

angelina l. de guevara
j. j. vega



DICCIONARIO
de los
REYES
del
IMPERIO VATICANO

**DICCIONARIO
DE
LOS REYES
DEL
IMPERIO VATICANO**

(Enciclopedia del papado romano)

angelina l. de guevara

j. j. vega

**DICCIONARIO
DE
LOS REYES
DEL
IMPERIO VATICANO**

(Enciclopedia del papado romano)



VÓRTICE

VÓRTICE

- Pigault–Lebrun: *El libro negro del Vaticano: La Biblia.*
- Arthur Drews: *El mito de Jesús. Análisis de las pruebas aducidas para demostrar la existencia histórica de Jesús.*
- Voltaire: *Diccionario Filosófico.*
- Emilio Bossi (Milesbo): *Jesucristo nunca existió.*
- Ignacio de Döellinger: *El Pontificado. Cómo, cuándo, dónde y quiénes crearon el papado católico.*
- Enrique Beati y Moglia: *Cartago mística. Ietzéus Krishena, origen de la idolatría lesus–cristológica del catolicismo ortodoxo, papista y protestante.*
- Dom Jacobus: *Esa Iglesia que tú no sabes. Esa Iglesia que te ocultan.*
- Fernando Garrido: *Pobres Jesuitas. Origen, doctrinas, máximas, privilegios y vicisitudes de la Compañía de Jesús desde su fundación hasta nuestro días.*
- A. D. White: *Historia de la lucha entre la ciencia y la teología judeocatólica.*

- Angelina. L. de Guevara & J. J. Vega: *Diccionario de los reyes del Imperio Vaticano.*

© j. j. vega

Nº de depósito legal: M-12123-2010

I. S. B. N.: Exento.

Maquetación: huella / huella@huellapreimpresion.es

Impresión: Queimada.

ÍNDICE

Memento	9
Agradecimiento	11
Acerca del lenguaje	13
Nota aclaratoria	17
Introducción	21
Diccionario	33
Anexos	645
Anexo primero. Consideraciones	647
Anexo segundo. Cronología	651
Anexo tercero. Orden alfabético por pseudónimo, alias o nombre habitual..	663
Anexo cuarto. Grupos de poder que hicieron el papado y construyeron el Imperio Vaticano	671
Anexo quinto. La Iglesia y el supuesto mensaje de amor y de paz de Jesús ..	673
Anexo sexto. El papado romano y su infalibilidad divina	695
Anexo séptimo. La escalada hacia el imperio final	715
Anexo octavo. Pagar mucho para pecar mucho. El libro de las tasas	737
Bibliografía	745
Libros de interés	751

MEMENTO

Lina, como era habitual que la llamaran todos sus amigos, hace tiempo que se marchó. No pudo ver publicada esta obra, pero a ella le pertenece por entero. Angelina pasó los últimos años de su vida dedicada a su elaboración, y a ella debe su desarrollo y contenido. Sin su ayuda, sin sus consejos, sin la búsqueda previa de obras y documentos, y sin la selección esmerada que hizo de los hechos más significativos de cada uno de los monarcas o papas del Imperio Vaticano, tanto míticos como reales, el libro no hubiera pasado de ser una copia más de las versiones oficiales y catequéticas para crédulos.

Angelina reunió, durante años, textos y documentos, y ofreció los recursos para la elaboración de cada una de las entradas, y, lo que debe destacarse, ofreció los medios para verificar y cotejar las aportaciones ofrecidas por las diversas fuentes. A ella, más que a nadie, se debe la elaboración y culminación de este estudio. Su presencia ha sido permanente desde la primera página hasta la última. Esta es la razón por la que el conjunto de las aportaciones biográficas que presenta este trabajo no puede leerse sin pensarse en ella y en la información que reunió. Los aciertos que puedan encontrarse, a ella se deben, pues es su obra, mimada durante años de silencioso trabajo; los errores, difíciles de evitar en una tarea de esta envergadura, y que espero poder corregir –si el tiempo me da tiempo–, deben cargarse a mi cuenta. Ella es, con toda la razón del mundo, la inspiradora indiscutible de esta obra.

Vórtice

AGRADECIMIENTO

Son muchas las personas que han contribuido a la realización de este trabajo o que me han ayudado, a lo largo de los años, a conseguir la información, los datos, los libros, los detalles necesarios para completarlo. Ellas saben quienes son y saben que, aunque no las mencione, cuentan con todo mi reconocimiento. Tienen la seguridad de que es así porque son los principales destinatarios de estas páginas, que constituyen la mejor garantía que podía ofrecerles.

Las publicaciones que me han servido de inspiración y en las cuales he encontrado la información necesaria para completar las entradas de este diccionario, han sido numerosas. La bibliografía específica y “Los libros de interés” manifiestan la deuda que tengo con todos sus autores, tanto vivos como muertos y con los traductores que me han ayudado a descifrar su contenido.

No puedo, sin embargo, dejar de mencionar a cuatro personas. La primera es María Jesús Pérez Fraile. Sin ella, esta publicación hubiera sido imposible. Durante largos años, más de veinte años, ha realizado la maquetación de todos los libros que he dado a la imprenta, y lo ha hecho con una generosidad absoluta, preocupada por conseguir la obra perfecta, y sin esperar nada a cambio. Además, las largas horas de conversación, que ha propiciado esta tarea, han servido para darnos cuenta de que merecía la pena contribuir, con los medios al alcance de cada uno, por mínimos que fueran, a desvelar y derribar los mitos y leyendas que enmascaran la mendacidad, la hipocresía y la criminalidad histórica del religionismo cristológico y la de su teofuncionariado –sacerdotes, obispos, cardenales y papas– teoparásitos, teovampiros y teogorrones irredentos, más versátiles y mórbidos que el virus del sida.

Sin la ayuda de María Jesús el libro hubiera dormitado en los anaqueles de las obras inéditas, y probablemente se hubiera perdido para siempre en el mundo de las realizaciones oníricas. Gracias a su colaboración, volvieron a imprimirse obras como *El mito de Jesús*, de A. Drews, *Jesucristo jamás existió*, de Bossi, *El Pontificado*, de Dœllinger, *Esa Iglesia que tú no sabes, esa Iglesia que te ocultan*, de Dom Jacobus, *El libro negro del Vaticano*, *la Biblia*, de P. Lebrun, etc., libros que desbrozaron el camino para la publicación de éste.

Otra persona es José María Kaydeda. Gracias al interés que puso en mis trabajos, pude ver impresas, para su examen y posterior ofrecimiento comercial, varias obras de teatro y una novela. Me animó a que culminara la tarea que estaba realizando, ofreciéndome la publicación en su propia editorial. El compromiso que adoptó, expresado en la inclusión de tres de mis traducciones y un diccionario en el catálogo de su editorial, manifiestan el interés real de su ofrecimiento. El diccionario pudo ver la luz, no así las traducciones. Unas circunstancias inesperadas obligaron a cancelar todos los proyectos. José María, a pesar de las dificultades que se presentaron, apoyó

generosa y desinteresadamente la publicación de las traducciones en otras editoriales. Su desprendimiento me permitió publicar dichas traducciones, iniciando así la colección de la que forma parte este trabajo. Lamento que la huída, más que la premura, del tiempo no me permitiera visitarlo con frecuencia, en su retiro. Cuando quise volver a verlo, ya era tarde.

Debo señalar, igualmente, la contribución permanente y desinteresada de Bernard Lorblanchès, quien, desde los lejanos días del franquismo con Franco, me ha animado y ayudado, poniendo a mi disposición los medios a su alcance.

Por último, he de mencionar a Pedro Moreno, que tuvo la paciencia y el mérito de leer el original y señalar dudas y errores, y cuyas observaciones han sido de capital importancia.

ACERCA DEL LENGUAJE

Algunos lectores podrían extrañarse del uso y utilización de unos términos a los cuales no están habituados, y que se utilizan corrientemente en estas páginas. Quizás se sorprendan también de que el empleo dado a algunas palabras no sea el que están acostumbrados a manejar, bien porque se reduzca el campo que abarcan, como sucede con la palabra biblia, bien porque se amplíe, como es el caso de la palabra evangelios, o bien porque designen a colectivos diferentes a los que hasta ahora han designado, como es el caso de cristianos. A lo largo de este trabajo y otros ya publicados, se justifican unas decisiones y otras.

Señalo ya, desde ahora, que los “*Evangelios*”, al haberles sido dado el significado de “buena nueva”, designan aquí los textos tradicionales, a los que título *Biografías nicenas de Jesús* o *Biografías de Jesús*, los *Hechos de los Apóstoles*, las *Cartas* y el *Apocalipsis*.

Existe una tendencia general, dentro de la corte del Imperio Vaticano, al uso y abuso de los genéricos, evitando de este modo la precisión que exigiría la búsqueda de la verdad que dice que motiva todas sus acciones, y, sobre todo, al uso y abuso de la jergonza grecolatina, para dar mayor lustre a sus exposiciones. Por mi parte, he despreciado los genéricos, en aras de la precisión, y he utilizado su jergonza y nuevas palabras cuando su significado no admite la posibilidad de la duda y ayuda a la claridad de los contenidos, como es el caso de las voces religionismo, teoparasitismo, judeocatolicismo, cantakyries, teofuncionariado, etc.

Cuando se habla de dios, estamos hablando de una abstracción, que nada nos dice y que, por lo mismo, puede designar a cualquiera de los millones de dioses como la fantasía y el miedo del hombre han creado. Al mismo tiempo, los ejecutivos de la corte del Imperio Vaticano (la nomenclatura cardenalicia), los sátrapas mitrados (los obispos y arzobispos), los príncipes cardenalicios (el politburó cristológico), los señores feudales de báculo y cogulla (abades y superiores generales), las logias (órdenes y comunidades religiosas), los imperialistas religiosos (misioneros) tratan de ocultar que el dios que han fabricado y del cual nos hablan se llama Yahvé, Elohim, Jehová, Adonai, etc., y que dicho dios tiene una historia y unos hechos que lo hacen inconfundible, dios que nada tiene que ver con la gran mayoría de los dioses que fabricaron otros pueblos y aun el mismo pueblo hebreo en épocas lejanas. Esta es la razón por la que en el libro se insiste en denominar al dios de los judíos, Yahvé, y al dios de los judeocatólicos, Yahvé–Cristo–Espíritu Santo, divinidades muy concretas, muy determinadas, con una historia de barbaridades, absurdos, aberraciones y memeces a su cuenta que no pueden cargarse a otras, y que no pueden relegarse al olvido, pues constituyen el fundamento del judaísmo y el del Imperio Vaticano.

Al hablar de los cismas, como quien habla del canto del cisne, la nomenclatura clerical vaticana está utilizando un eufemismo para ocultar las guerras civiles cristológicas y los crímenes y genocidios teopolíticos que los obispos de Roma organizaron, fomentaron y extendieron por toda Europa para imponerse sobre los demás obispados o papados con ayuda de emperadores y príncipes adictos.

Cuando se habla de religión y el derecho de los individuos a actuar de acuerdo con su conciencia, los jerarcas del Imperio Vaticano, aparte de silenciar que ellos asesinaron durante siglos, tras la tortura, con la hoguera y otros suplicios, a quienes reclamaban la libertad de conciencia y la libertad religiosa, o a quienes no pensaban como ellos, pretenden ocultar que toda religión es política pura, por lo que, al reclamar el derecho a la libertad de conciencia, están haciendo teopolítica, y al exigir esa libertad para sujetarse a las doctrinas emanadas del papa y su corte, están oponiendo los derechos y obligaciones que se arroga la corte pontificia de Roma a los derechos y las obligaciones de los pueblos, derechos y obligaciones que se enfrentan lógicamente en la conciencia de los judeocatólicos papistas, ya que, al poseer éstos una doble nacionalidad, la del Imperio y la del país en que nacieron, deben optar, en ocasiones, por los intereses del papado o por los de su nación. El imperialismo cristológico impone esa disyuntiva cuando no hay concordancia entre los intereses de la nación y los intereses de la curia romana. El derecho a la libertad religiosa que reclaman los jerarcas del papismo y sus turiferarios no es más que el derecho a sujetarse a sus imposiciones, es decir, la obligación de todo judeocatólico de someterse a su teoparasitismo.

Cuando se habla del sacerdocio y la vocación sacerdotal, obispos, cardenales y papas hablan con delectación de su papel de pastores melquisedecianos, guías elegidos, desde toda la eternidad, por dios –su Yahvé–Jesús–Paráclito–, cuando en realidad, se limitan a ser teofuncionarios rutinarios y rancios de la mendacidad humana, que pretenden justificar su parasitismo ancestral aduciendo el *Levítico*, escrito por ellos, las *Cartas paulinas*, escritas igualmente por ellos, y su unción divina, que no deja de ser una insensatez iniciática para psicóticos y teístas irrecuperables, para granujas y bribones teomílagreros y para prestidigitadores del teopapanatismo humano.

Hartos ya de saber que la licencia de matar libera a quienes la poseen del título de asesinos, no hemos dudado en aplicar dicho título a quienes sistemáticamente se han hecho merecedores de él, por muy consagrados que estuvieran. El papa que ordena el asesinato y el exterminio de un individuo, de un pueblo, o de un grupo juzgado por él herético, no merece otro título que el de asesino, sea cual sea la disculpa con la que se pretenda santificar dicho asesinato o exterminio.

Son también unos asesinos quienes aducen los derechos de conquista para justificar sus expolios y genocidios, aunque dicha conquista sea disfrazada con el nombre de evangelización –imperialismo religioso– o se pretenda disimular aduciendo una obligación compulsiva y evangélica de bautizar* a los hombres para salvarlos. Son igualmente unos criminales quienes justifican y ordenan las cruzadas y las invasiones cristológicas –el imperialismo religioso, de nuevo–, o conquista para dios –exterminio divino y robos santos–, con la disculpa de la mayor gloria de Jehová–Cristo–Espíritu Santo, triunvirato celestial donde los haya, que nada entre el absurdo*, la megalomanía universal, la criminalidad más rastrera y aberrante, y la estulticia crónica.

La utilización sistemática de palabras ambiguas, equívocas, hace que los contenidos reales se difuminen y no tengan el significado que deberían tener, esta es la razón por la que se acuñan palabras nuevas o se recuperan otras para reflejar mejor el contenido de las acciones y las instituciones con las que se nos ha familiarizado.

Cuando se habla de los diezmos y primicias a entregar religiosamente a la "Iglesia de dios", se oculta una historia de parasitismo secular que arrastra la humanidad desde los tiempos en que el hombre adoraba al fuego, y unos granujas y tahúres, llamados brujos y hechiceros, chamanes y magos –teofuncionarios, en lenguaje cristológico–, se hicieron con su control, y pretendieron vivir de su explotación. La contribución a la "Iglesia" no es más que la pervivencia de esa explotación a beneficio de sacerdotes, obispos, cardenales y papas –hechiceros, chamanes y brujos de nuevo cuño–, que no se resignan a renunciar a un parasitismo tan fructífero como el que llevan gozando desde que el hombre habitaba las cavernas. Designar esa contribución, esos diezmos, esas primicias, con el nombre de robo, no es más que designar las cosas con una palabra sugerente y atractiva, aparte de precisa y exacta; llamar ladrones a quienes exigen esos diezmos, esas primicias y esas contribuciones, constituye un ejercicio saludable de precisión, decencia y docencia.

Ciertamente, los sátrapas mitrados y tializados del religionismo papista, su politburó y nomenclatura –el teofuncionariado cristológico– aducen y aducirán siempre, para exigir esa contribución, que los creyentes la ofrecen desinteresadamente, lo que, de ser cierto, es tanto como aducir, para justificar su explotación, que las vacas mugen para que se las ordeñe.

Recordar que la Congregación para la doctrina de la fe no es más que el eufemismo con que se oculta la Santa Inquisición, la policía supranacional del papado, que actuaba con mayor impunidad e inmunidad de lo que pudieran actuar la CIA, la KGB y las SS al alimón, constituye una obligación para cualquier historiador que se precie. Y recordar que dicha policía contribuyó a la construcción del Imperio Vaticano, ocultando, en sus cimientos y muros un número incalculable de torturas, asesinatos, genocidios, masacres, holocaustos y crímenes contra la humanidad exigidos y ordenados por el papa de Roma, obispos y cardenales, no debería extrañar a nadie. Llamar a sus fundadores, directivos, gestores, acusadores, delegados, confidentes, espías, auditores, interrogadores, investigadores, registradores –dominicos, franciscanos, carmelitas, jesuitas, etc.– asesinos constituye un saludable ejercicio de precisión que todo el mundo debería agradecer aunque no fuese más que por razones semánticas e higiénicas.

Nuestra servidumbre, la servidumbre humana, comienza por la utilización errónea y equívoca del lenguaje. Recuperar el consejo del refrán castellano que invita a llamar al pan pan y al vino vino constituye una constante en este trabajo, que, a pesar de lo que pudiera parecer a cualquier teofundamentalista, a cualquier teísta y, sobre todo, a cualquier teopapista, se ha escrito pensando que las debilidades humanas nos ahogan a todos, por lo que no se han cargado las tintas, pues la historia y los hechos de que ha sido protagonista el papado romano las han cargado hasta el hastío. Pero no hemos podido olvidar que, si nosotros, en su lugar, quizá, hubiéramos hecho lo mismo que ellos hicieron, otros nunca se enfangaron, por eso fueron acusados, vejados y asesinados por los papas y sus sacerdotes y obispos con la disculpa de que sus dioses lo exigían, cuando su ambición, prepotencia, vesania e iracundia eran las responsables de tales crímenes.

Como simples humanos, reconocemos que no somos tanto víctimas de un tirano como de las instituciones que el hombre ha creado y puesto al servicio de los déspotas y asesinos consagrados; no somos tanto siervos de la autocracia como de nuestra propia sumisión y comodidad, de nuestra propia ignorancia, de la desidia y la renuncia al saludable desprecio de cualquier maestro que pretenda imponer sus criterios descartando la observación y el estudio, es decir, de quienes anteponen la autoridad y el dogma a la observación, el análisis, la experiencia y la reflexión.

La terminología empleada, en ocasiones, en este trabajo, constituye un esfuerzo por saltar la barrera de las insensateces apologéticas sacralizadas por el religionismo cristológico, sus papas, la patrística y la tradición, en aras de una mayor precisión en el lenguaje, y una mayor comprensión de los hechos históricos que han condicionado y condicionan la vida del hombre occidental y su visión de la muerte.

* Cuando, según el contenido de los *Biografías nicenas de Jesús*, la patrística y la tradición, a dicho dios le bastaría con un chaparrón para bautizar a todas las criaturas de este mundo y del universo entero, no se explica que haya recurrido, mal y tarde, al retorcido montaje de la encarnación, el calvario y la evangelización, que parece concebido por un gallinero de sadomasoquistas compulsivos en pleno delirio colectivo de automaculación orgiástica iluminado por el orujo. Siguiendo las motivaciones salvíficas catequéticas, el más imbécil de los hombres (1) –no hablamos del más inteligente de los dioses, como es el caso– hubiera recurrido a una ducha universal para llevar a la humanidad al cielo.

(1) En el año 1911, tras la caída del emperador, en China, los Señores de la Guerra dominaban el país a pesar de la presencia de Sun Yan-Sen. El llamado Señor de la Guerra Cristiano, Feng Yu Hsiang, bautizó a todos sus soldados con una manguera de bomberos. Lo que este hombre hizo pudo imitarlo la trinidad yahvídica seis mil años antes, en su paraíso bíblico, ahorrándose la fabricación del Infierno, Belén y los Olivos. Y si no brillaba por sus luces, como se empeña en demostrar en todo instante e ilustra su insensato proyecto humano, con haber aprovechado el diluvio universal para pronunciar las palabras sacramentales hubiera resuelto el problema.

NOTA ACLARATORIA

La construcción del obispado o papado romano y de la figura estelar de su papa tal y como se conciben en la actualidad, no fue tarea exclusiva de los obispos de Roma. Intervinieron en su formación situaciones, oportunismos históricos, órdenes o logias teístas, reyes, príncipes y, sobre todo, el pueblo de la ciudad de Roma, que no se resignaba a la pérdida del protagonismo que había tenido a lo largo de los siglos en tiempos del Imperio Romano y que perdió cuando Constantino decidió traspasar la capitalidad a Constantinopla. La importancia del pueblo de la ciudad de Roma en la construcción del Imperio Vaticano jamás se ha reconocido públicamente, cuando ha sido el factor más determinante¹. Con el fin, pues, de hacer más comprensible la existencia de la corte del Imperio Vaticano, y en contra de lo que resulta habitual en cualquier diccionario de los reyes de dicho imperio, se ha señalado en este trabajo una parte de los elementos y las personas que hicieron y han hecho posible la existencia del mismo y la creación de sus monarcas, elementos, situaciones y personas que tuvieron tanta o más importancia que los mismos obispos o papas titulares de la ciudad de Roma.

Aunque la historia considera que la presencia del Pedro evangélico en Roma no es más que una falacia, fabricada por la curia o corte vaticana, que nadie en su sano juicio puede creer ni aceptar, lo mismo que la existencia de sus inmediatos seguidores, ni aquél ni éstos se han eliminado de la cronología que presentamos. Los posibles lectores tendrán oportunidad de considerar parte de las razones que exigirían su

¹ No faltan las pruebas: Cuando el supuesto sucesor del Pedro evangélico se había aclimatado a los saludables aires de Aviñón, no teniendo interés alguno en fijar su sede en Roma, los romanos no se resignaron ni aceptaron la decisión del representante de Cristo en la tierra, por lo que eligieron un nuevo obispo de la ciudad y crearon un nuevo cisma que desgarró el teísmo cristológico latino y a Cristo entero y cubrió Europa de sangre y cadáveres. De ser el papa de Roma lo que decían ser, el sucesor de Pedro y el rey y jefe del judeocaticismo universal, no se concibe que no pudiera fijar su residencia en cualquier lugar del mundo si así le apetecía. Lo que oculta la decisión de la ciudad es que los romanos no estaban dispuestos a perder, como estaban perdiendo con el papado de Aviñón, ni su protagonismo, ni las innumerables riquezas, ni el prestigio, ni el poder e influencias que les había proporcionado la penosa e interminable construcción del papado. Otra prueba la ofrece lo sucedido a la muerte de Gregorio XI, a finales de marzo de 1378. Los ciudadanos romanos advirtieron a los cardenales electores, entre tumultos y amenazas, que querían un papa italiano y romano, para evitar que cayera en la tentación de fijar su residencia fuera de Roma y, lo que hubiera sido imperdonable, fuera de Italia. Los cardenales, aterrorizados, para satisfacer a los manifestantes, escogieron, al instante, al anciano Francesco Tebasdelchi, que renunciaría al trono papal cuando las aguas se calmaron. Una tercera prueba la ofrece Nicolás II (1059–1061), que dictaminó que el papa debía ser un sacerdote romano, siempre que se respetaran los derechos del emperador; expresaba de este modo el sentir de los romanos, que no querían correr el riesgo de perder el prestigio, el poder, la capitalidad y los múltiples ingresos económicos que por esta causa llegaban a la ciudad y a Italia.

exclusión; su conocimiento de la vida y de la historia efectuará la criba imprescindible a los listados al uso. Y podrán hacerlo, con toda confianza, cuando recuerden que, como en el caso de los papas o patriarcas de Constantinopla, los pastores romanos o de otras comunidades, con posibilidad de encarnar, de un modo más o menos preciso², la figura de quienes, con el paso del tiempo, serían denominados obispos, sólo existieron a partir del año 313, cuando el judeocatolicismo filorromano imperial (cristianismo, en lenguaje común) fue reconocido como una religión más del Imperio. Esta es la razón por la que todos los denominados obispos de Roma anteriores a Silvestre el Romano, papa Silvestre I (314–335), deben ser borrados por completo de las cronologías de dicho obispado, a pesar del *Liber Pontificalis*, de Eusebios Pamphili y de otros documentos o personajes. No se niega la posibilidad de que hubiera habido pastores de dicha comunidad o, mejor, en sus comunidades, pero la naturaleza de dichos pastores, que oscilaban entre levitas³ de nuevo cuño, rabinos heterodoxos judíos y tráfugas teopolíticas, no puede identificarse con la imagen que posteriormente se creó para dichos pastores, entre otras cosas, porque la naturaleza del judeocatolicismo estaba por definir todavía, como lo demuestra las luchas entre judíos ortodoxos y heterodoxos que narran los *Hechos de los Apóstoles*, crónicas más o menos míticas, que conforman la denominada *Buena nueva* (los *Evangelios*), y que debieron de comenzar a ser confeccionadas en los años tumultuosos de la deriva del judaísmo heterodoxo de la diáspora hacia el judaísmo filorromano imperial o judeocatolicismo, pasado el siglo II de la era común.

Es lógico pensar que, en las aguas cenagosas de la formación del judeocatolicismo, debieron de existir docenas de grupos y docenas de cabecillas y jefecillos que dirimieron con las armas el derecho a la discrepancia del credo fundamentalista hierosolimitano. Y no debe descartarse la posibilidad de que estos judíos heterodoxos se enfrentaran, sobre todo, entre ellos, para llevar las aguas a su molino. Esta es la razón por la que, rechazando en bloque a todos los supuestos obispos romanos anteriores a Silvestre el Romano, deba considerarse como posible la existencia de múltiples cabecillas cuyo recuerdo ha podido ser utilizado para la confección de los personajes ficticios que se anteponen, en las cronologías oficiales, a Silvestre.

² La *Vulgata* utiliza la palabra obispo “Fidelis sermo: Si quis episcopatum desiderat, bonum opus desiderat.” (Ad Timotheum I, III, 1), traduciendo la palabra griega. Pero como muy bien señalan los traductores Eloíno Nácar Fuster y Alberto Colunga, en la primera edición de su Biblia, publicada por la BAC, Madrid, MXMXLIV, y en nota a pie de página, el obispo no es más que un presbítero. De su lectura se deduce que el obispado bíblico nada tiene que ver con el obispado actual, por mucho que la nomenclatura cristológica se empeñe en decir que el obispado no es más que la plenitud del presbiteriado. Es evidente que el vocablo debió de introducirse en la jergonza judeocatólica y en la misma *Vulgata* (Jerónimo, siglo IV–V) en una época muy posterior a la que se pretende fijar para las cartas de Pablo.

³ Es evidente que el judeocatolicismo, popularmente llamado cristianismo, no es más que una secta judía, como tantas otras que brotaron del judaísmo. Durante siglos, por falta de una terminología propia, sus hechiceros, papas, brujos, obispos, magos, teólogos, chamanes o sacerdotes se vieron obligados a utilizar los términos judíos y romanos para designar las estructuras clericales, culturales, dogmáticas y pretendidamente sacrales que los caracteriza y caracteriza el Imperio Vaticano que terminaron fundando. Tal es así, que en una época tan tardía como es el año 1783, el *Diccionario Portátil de los Concilios* (2 tomos) preparado por D. Francisco Pérez Pastor, y publicado en Madrid, por D. Joachin Ibarra, Impresor de Cámara de S. M. (Tercera Impresión), que cuenta “con las licencias necesarias”, todavía utiliza el término de “levita” para designar uno de los grados del escalafón de su teofuncionariado.

Debido a la configuración del judeocatolicismo ortodoxo, tan distante del cismático judeocatolicismo papista, los listados que tiene el papado (patriarcado) de Constantinopla para sus obispos (metropolitanos), comienzan siempre con el nombre de Metrophanes (315–327?). No ha tenido que justificar una trayectoria desde los supuestos tiempos míticos en que se ha pretendido hacer nacer al Jesús evangélico hasta ese siglo, y no porque no hubiera habido en Constantinopla judíos reformados filorromanos, o judeocatólicos evangélicos y responsables de sus comunidades, sino por la sencilla razón, de que no pudieron existir con el significado que tuvieron a partir del reconocimiento del cristianismo como religión del Imperio.

El estudio del papado de Constantinopla⁴ resulta instructivo, además, por otra razón: porque es un papado que se tomó la molestia de señalar también el nombre de los obispos romanos reconocidos por dicha iglesia. Y los listados que tiene de los mismos son concluyentes: el primer obispo de Roma, digno de ese nombre, fue Silvestre el Romano (314–335).

Tanto para el pueblo romano como para la corte del Imperio vaticano esta afirmación constituye un heterodoxia digna de la hoguera, puesto que tira por los suelos la afirmación de que el apóstol Pedro⁵, del que hablan las *Biografías nicenas de Jesús*, haya muerto en Roma. Pero la misma condena hubiera caído, dos mil años antes, sobre quien osara afirmar que Rómulo y Remo, los supuestos fundadores de la Ciudad de Roma, jamás habían sido amamantados por una loba, y afirmar que Pedro estuvo y murió en dicha ciudad tiene menos fundamento que el que una loba hubiera amamantado a dos niños en lugar de comerlos.

En las cronologías oficiales o apadrinadas por el teofuncionariado cristológico o los turiferarios habituales del obispado romano es posible encontrar todo tipo de alabanzas y panegíricos aun para los más indecentes de sus titulares, que, como en todos los principados mitrados, no pudieron faltar. Esta razón es la que nos ha obligado a prescindir de los datos ofrecidos por dichas cronologías para, sintetizando lo más posible, ofrecer aquellos elementos capitales que distinguieron su reinado –mítico o real–, sin olvidar la forma en que accedieron al trono y cómo lo perdieron.

Los “Anexos”, al final del libro, que consideramos fundamentales para una consulta rápida, facilitarán la visión de conjunto.

⁴ Para el estudio sucinto del papado de Constantinopla puede Consultarse George Ostrogorsky, *History of the Byzantine State*. Basil Blackwel, Oxford, 1980. Un estudio más amplio puede encontrarse en *The Oxford dictionary of Bizantium*. 3 vol. Oxford University Press, 1991.

⁵ A Pablo se lo colocó más tarde al lado de Pedro para tratar de borrar la mala impresión que produce el que los denominados dos pilares del judeocatolicismo filorromano imperial se odieran visceralmente, como demuestran los *Hechos* y las *Cartas*.

INTRODUCCIÓN

Los largos tratados que se han dedicado al estudio de las formas de gobierno reflejan siempre una constante: la de que todo poder pretende justificar siempre su razón de ser para legitimarse. Monarquía, tiranía, democracia, cesarismo, nazismo, federalismo, república, liberalismo, fascismo, comunismo, dictadura, papismo, colectivismo, totalitarismo, zarismo, socialismo etc., tuvieron y tienen sus defensores a ultranza, que recurrieron a todo tipo de razones para demostrar la idoneidad de su gobierno y las bases humanas o divinas del mismo, cuando no ambas a la vez. Los mitos y las leyendas facilitan esa pretensión, pues para eso se recurre a ellos.

Las justificaciones históricas son más vulgares: la ambición, la fuerza, la sagacidad y el oportunismo les dio el poder, y su ejercicio lo consagró. Esta afirmación es evidente para los sistemas tradicionales, monarquía, tiranía, cesarismo, papismo, zarismo, etc., pero también lo es para quienes, con mejor o peor suerte, los derribaron o pretendieron derribar instaurando otras formas de gobierno: la codicia, el poder, la inteligencia y la situación social están siempre por medio. Que se empleen por un individuo, una tribu, o el grupo entero, no altera el fenómeno, aunque sean más o menos los beneficiarios del mismo. Los mismos teóricos tratarán de justificar, en nombre de los privilegiados, una minoría o la colectividad entera, su razón de ser.

La reina de Inglaterra, Isabel, se sorprendería al saber que el trono sobre el que se sienta lo empezaron a construir unos aventureros, corsarios y piratas sajones de nombre Hengest y Horsa¹, que la heráldica ha tratado de pulir y adecantar, y que aterrizaron por Inglaterra² en la primera mitad del siglo V, un siglo después de que Roma se desentendiera de aquellas islas, porque no podía defenderlas ni explotarlas.

Si nos alejamos de la, un tiempo ha, todopoderosa Inglaterra, y nos dirigimos al país europeo más pequeño, Mónaco, vemos que sus orígenes inmediatos no ofrecen mejores perspectivas. A la caída del Imperio romano, y tras pasar por diversas manos, cae en poder de unos corsarios árabes, y a éstos se la arrebatan, en el año 1191³, unos corsarios y piratas genoveses, los Grimaldi, que tratarán de justificar su piratería aduciendo que el terreno se lo había donado, en señorío, Otón I, otro corsario de altos vuelos, en el siglo X.

¹ Estos dos aventureros fueron quienes, según la tradición, fundaron el reino de Kent.

² Beda afirma que las invasiones "formales" fueron efectuadas, entre los años 428 y 455, por tres grupos distintos: los jutos, los sajones y los anglos. Formales o no, cualquier invasión coronada por el éxito sigue siendo el resultado de unas razzias de corsarios y aventureros, que terminan por apoderarse de los países que sufren sus rapiñas.

³ Aunque no consiguen poner los pies con seguridad en aquel territorio hasta el año 1297.

Tanto en el caso de Inglaterra como en el de Mónaco, las guerras y escaramuzas para mantener lo conquistado frente a señores más poderosos, constituyen una constante ineludible que generará víctimas y más víctimas, sea quien sea el triunfador. Y, cuando no son las armas las que justifican la propiedad, en las monarquías dinásticas, una vez establecidas, la entrepiera justificará la propiedad establecida por las armas.

No hubo excepciones a esta regla, e Iberia tampoco lo fue. A pesar de que los historiadores locales se empeñen con sorprendente tesón en tratar de convencer a sus habitantes de lo contrario, su historia confirma la regla general. Hasta que se inicia la conquista romana, estuvo habitada por pueblos y grupos que procuraron hacerse la guerra, siempre que les fue posible, tendencia a la que escaparon los Fenicios, ya que, dedicados al comercio, vivieron y dejaron vivir hasta que Roma los obligó a luchar. Las invasiones bárbaras dieron al traste con todo el montaje del Imperio, y los "godos" fueron a su vez aniquilados por los árabes. Algunos aventureros emparentados con los invasores anteriores, godos, romanos, y puede que con celtas e íberos, si no más antiguos, tanto por motivos teopolíticos como por ambiciones económicas, se levantan contra los árabes y mal que bien, de jefes de banda y de cabecillas de rufianes⁴, se convierten en reyezuelos que gobiernan pequeñas satrapías o pequeños reinos que arrebatan a los habitantes islámicos. Las bodas entre rufianes y levantiscos afianzan y acrecientan sus fortunas, lo que les permite eliminar competidores más débiles. La Edad Media termina y en Iberia quedan claramente establecidos dos reinos, el de Portugal y el de Hispania, que se han conformado a base de masacrar y exterminar a todos los competidores judeocatólicos y no solamente a los judeoislámicos. Pasan los siglos, se suceden e imponen dinastías importadas –como es natural, con las consiguientes guerras o guerrillas, cuyas víctimas se encontrarán siempre entre los más desfavorecidos de la sociedad– y, a la caída de Napoleón, una parte del pueblo decide prescindir de los borbones⁵, también importados, que, si en algo han destacado ha sido en su cretinismo estulto y en la aceleración con la que han destruido el Imperio español tan duramente construido en el siglo XVI. Sin embargo, los borbones franceses, que son quienes los impusieron, no piensan igual, y deciden enviar a los *Cien mil Hijos de San Luís*, para afirmar en el trono a un indeseable, si no un tarado, Fernando de Borbón, más conocido por rey Fernando VII. El teofuncionariado cristológico español y sus príncipes mitrados, que tocaron a rebato contra los franceses y Napoleón, años antes, se callan ante esta nueva invasión francesa, porque saben que Fernando de Borbón es una limaza obtusa y filopapista, que los tendrá en palmitas. La restauración no se hará sin víctimas, y las Cortes de Cádiz y sus entusiastas saben de qué se habla.

⁴ Nadie debe sorprenderse. La *Biblia* expresa esta realidad con una claridad divina. Un cabecilla de la peor calaña de una banda de rufianes, ladrones y asesinos, David, terminaría siendo el rey más alabado del pueblo hebreo. Como en el caso de la reina inglesa, el príncipe monegasco o el tataranieto de Fernando VII y sucesor de Franco, todavía está por descubrirse el motivo de tantas alabanzas, pero su mitificación es indiscutible.

⁵ Se ensalza hasta la saciedad el papel de Carlos III, pero aparte de terminar con la fauna de Madrid y ordenar la expulsión de los jesuitas está por descubrirse qué hizo para merecer tales elogios.

La historia da varios giros más, se suceden golpes y contragolpes, cae la última República y Franco⁶, representante de quienes la han derribado, tras haber llenado el país de cadáveres y antes de morir, tiene a gala, para eternizar el teofranquismo que él instauró con la ayuda del teofuncionariado papista, hacer sucesor suyo a un tal Juan de Borbón, que en nada desmerece a su tatarabuelo Fernando VII, pero del cual una publicidad bien orquestada ha tratado de hacer una figura estelar⁷. El pueblo español ignora las entretelas que ocultan dicha elección y persona, lo mismo que su significado histórico, al igual que sucede con el pueblo inglés respecto de su reina, y con el monegasco en el caso de sus príncipes.

Si se abandona el terreno de las monarquías dinásticas, y se aproxima uno a las monarquías electivas, se observa el mismo fenómeno de mitificación: se pretenden ignorar los fundamentos y cimientos de tales dinastías para ofrecer, en la actualidad, la imagen impoluta y atractiva de sus magnates, ocultando vehementemente su realidad histórica. Son contadas las monarquías electivas que existen en la actualidad, al menos para el hombre occidental, pero existen. Una de ellas, la más conocida, es la monarquía del Imperio Vaticano, que resulta vitalicia. Otra más, que también tiene una dimensión teopolítica inexcusable, es la monarquía tibetana, igualmente vitalicia y divina⁸. Y una tercera es la de Butham, que hasta el presente es temporal. En el pasado, la monarquías visigoda también fue electiva, aunque podía ser temporal: se aceptaba la renuncia del rey, tras un tiempo de ejercicio; por otro lado, el rey podía perder, por algunas razones determinadas, el cargo; la monarquía del Imperio Germano también era electiva y vitalicia.

Las monarquías electivas se diferencian claramente de las monarquías dinásticas –que proceden por transmisión familiar y genética–, en que la elección del monarca absolutista recae sobre los príncipes electores. En el Imperio Vaticano, la elección del papa, absolutista por necesidad, dictador y totalitario, recae, tras haber sido arrebatada a los creyentes de la diócesis de Roma, sobre la nomenclatura cardenalicia, mientras que en la monarquía tibetana los electores son los lamas más prestigiosos de los principales monasterios. La monarquía de Bhutam fue tradicionalmente electiva y temporal, aunque, hacia mediados del siglo XX, una casa se impuso sobre las demás, y la convirtió en dinástica. Con todo, la innovación no fue duradera, pues en los años

⁶ Se ha responsabilizado a Franco del franquismo y del borbonismo que le sucedió, pero Franco, franquismo y borbonismo no son más que el producto de la nobleza, el capitalismo, la clerecía, el ejército y la burguesía, que fueron quienes se levantaron contra la República en el año 36. Es más, de creer las declaraciones de uno de los ministros de Franco de última hora –López Rodó–, el borbonismo actual, sin mérito alguno por su parte, habría sido tarea del Opus Dei. (L. R.: *La larga marcha hacia la monarquía*).

⁷ Tan estelar, que puestos a concederle honores y parabienes, la Universidad Complutense, el día 20 de diciembre de 1984, a las 11 de la mañana, le concedió, el título de Doctor Honoris Causa “... a propuesta de la facultad de Derecho y en testimonio de reconocimiento de vuestros relevantes méritos científicos...” También es verdad que el título D.H.C. dicha Universidad lo concedió a Ceausescu, el presidente de Rumanía, aunque a su caída definitiva –lo mataron en un tugurio– la Complutense lo borró prudentemente de sus listados

⁸ El proselitismo búdico–tibetano es muy fuerte, y constituye una atracción irresistible para algunos jóvenes occidentales, de ahí la implantación de sus colonias, pequeñas colonias, en Europa y USA. En la actualidad, Tenzin Gyatso, el decimocuarto Dalái–lama tradicional tibetano, reside habitualmente en Nepal, al igual que los miembros más importantes de su gobierno, aunque visita con frecuencia las diversas comunidades tibetanas extendidas por el mundo.

setenta había vuelto a ser electiva y temporal. Siguiendo pautas ancestrales, resulta ser una monarquía cuya jefatura se reparte, por turnos rigurosos y limitados a tres o cuatro años, entre las cabezas de las pequeñas comunidades dominantes que controlan la economía y autonomía del país, a la sombra de vecinos tan poderosos como China –en su tiempo el Tíbet– y la India.

La monarquía electiva se aprecia también –con otros nombres–, en algunas logias, congregaciones, órdenes y asociaciones, etc. de los diversos teísmos, sobre todo en el cristológico papista, en donde los electores eligen a sus monarcas –superiores generales, en argot socioclerical– para toda la vida.

La monarquía electiva tibetana –en la actualidad, en el exilio–, que recae sobre la nomenclatura lamaísta, sigue un proceso específico y sorprendente, puesto que pretende encontrar en un niño, al que hay que localizar, las señales de la supuesta reencarnación del bodhisattva Avalokitesvara, patrón del Tibet, para convertirlo en el dalái–lama, jefe del gobierno de este país. Mal que bien, se trata de una elección, aunque los elementos decisivos consisten en el descubrimiento en un niño determinado del mayor número de coincidencias, físicas, psíquicas, volitivas y de comportamiento con los daláis–lamas que reinaron; el resultado final de esta elección recae sobre la concordancia de los lamas que participan en la búsqueda. Una diferencia capital entre la monarquía tibetana y cualquiera otra monarquía electiva, es que, en esta última, el rey electo, si acepta el cargo, pasa a convertirse en la autoridad máxima del país al instante –más o menos controlado por la corte, que lo moderará, o depondrá, asesinandolo si hace falta, como la historia demuestra, si pretende desviarse de la trayectoria deseada por la misma–, mientras que en la elección lamaísta, tras la declaración del descubrimiento de la reencarnación de Avalokitesvara y su proclamación, los electores necesitan formar y preparar al niño para el cargo que ha de ocupar, y que, en principio, no depende de él rechazar, por la sencilla razón de que no tiene capacidad para hacerlo⁹.

Mientras la monarquía tibetana se encuentra en estos instantes en el exilio y no cuenta con territorio alguno que gobernar, a pesar de poseer un territorio nominal de 1 221 600 kilómetros cuadrados de superficie y 3 000 000 de súbditos, la monarquía electiva del Imperio Vaticano, teniendo su corte en una sacristía desmesurada, el Estado Vaticano –0'44 kilómetros cuadrados y apenas 1000 sacristiales como ciudadanos vaticanos de pleno derecho– en el oeste de Roma, gobierna, en la práctica, aunque no nominalmente, un territorio inconmensurable¹⁰ en el mundo entero, en donde sus súbditos, sin ser conscientes de ello, tienen una doble nacionalidad: la propia del país en el que han nacido o nacieron sus padres y la del Imperio, que se oculta bajo el eufemismo de religión católica, y al que pertenecen por el mero hecho de haber sido bautizados, nacionalidades que, como es lógico, en ocasiones,

⁹ El niño en el que se descubrió hace años la nueva reencarnación de Avalokitesvara, por “razones de estado”, ha desaparecido de la vida pública. Esta puede ser una de las causas por las que Tenzin Gyatso –el dalái–lama actual– ha sugerido, en varias ocasiones, la necesidad de determinar a su sucesor por votación de la nomenclatura lamaísta en el exilio. Esta pretensión, cuyas consecuencias sólo el futuro descubrirá si será viable, constituye, en sí misma, un toque de atención sobre la validez de las supuestas reencarnaciones tradicionales y su propio papel en el lamaísmo tibetano y como dalái–lama

¹⁰ Cualquier atlas de las religiones puede presentar la extensión aproximativa del imperio judeocatólico papista. Y decimos aproximativa, porque ni están todos los que son ni son todos los que están.

pueden provocar un conflicto en sus miembros, cuando los intereses del papa y los de la nomenclatura cardenalicia –sacristiales o colectivo privilegiado, muy reducido, que cuenta con pasaporte de Ciudad del Vaticano– chocan con los intereses de los gobiernos y países colonizados. El que la mayoría de quienes están impregnados de teísmo cristológico papista no sean conscientes de la doble nacionalidad que poseen no la hace menos real.

Si hubiera que definir la forma de gobierno que existe en el Imperio Vaticano, habría que definirla como un poder absolutista, dictatorial y totalitario, históricamente moderado por el uso oportuno de estrangulamientos, mazas, espadas, morrillos, puñales y venenos, y, modernamente, por los accidentes lamentables, los infartos inesperados, y “la voluntad del Señor”. El papismo consiste en una monarquía electiva condicionada por fuerzas y estamentos muy dispares. Los orígenes de esta monarquía, pretendidamente divina, como los orígenes de cualquier monarquía, son escabrosos y están empapados en sangre. Ni siquiera es necesario apartarse de las versiones oficiales para comprender que su fundamento se debe a los esfuerzos de unos aventureros, en ocasiones auténticos predadores y carniceros, que fueron poniendo las primeras piedras de su edificio eclesial, ocultando en sus cimientos y muros los cadáveres de sus víctimas. En este terreno, hay que reconocerlo, la monarquía del Imperio Vaticano en nada se diferencia de otras monarquías, y sobre todo de la monarquía israelita bíblica, construida sobre masacres y genocidios sin cuento, y sus monarcas en nada se diferencian del David bíblico, un capitán de bandidos, ladrón y asesino, indecente, adúltero y libidinoso, que por elección divina¹¹ se convierte en rey de Israel, y sobre el que llueven alabanzas y salmos que ocultan sus crímenes y fechorías, haciendo de su reino un modelo a imitar.

Las raíces del vaticanismo pontificio se encuentran, por un lado, en el mosaísmo tradicional, que afecta a todos los hebreos ortodoxos, y, por otro, en el judaísmo heterodoxo de la diáspora, más concretamente, en la trayectoria demoledora de una de sus sectas, a la que podemos llamar, sin miedo a equivocarnos, judeocatólica filorromana imperial triunfante, la cual daría origen, con el paso de los siglos, al Imperio Cristológico Occidental o Latino, posteriormente, al Imperio Papista y, en la actualidad, al Imperio Vaticano. Judíos ortodoxos y judeocatólicos, padres e hijos, a pesar de un odio irreconciliable entre ellos, no son más que las dos caras de la misma moneda, acuñada ésta con una aleación de metales de muy diversa procedencia: romanos, griegos, orientales, semitas, etc.

Los tiempos míticos del religionismo evangélico se extienden desde la caída de Bar Cocheba, en el año 136 hasta el siglo VI, pasando por el reconocimiento del judeocaticismo –cristianismo, en lenguaje común– como religión del Imperio Romano, y, en años posteriores, como religión única del mismo. Son años en los que las luchas entre las diversas facciones judías son permanentes, y en donde los crímenes y asesinatos de todo tipo entre judíos renovados y ortodoxos se multiplican. Es una época en la que los levitas episcopales o rabinos diaconales se matan entre sí, en todo el Imperio, para lograr el control de las comunidades más ricas. La figura de Novatiano, en el año 251, disputando la dirección de la comunidad judeocatólica de

¹¹ La elección del obispo de Roma, rey del Imperio vaticano, también se afirma que es divina y, precisando más, paraclital.

Roma a Cornelio, otro sacerdote o levita renovado, es proverbial. También lo es, por aquellas fechas, la lucha entre Cipriano y Novat, que se disputaban el control de la comunidad de Cartago; los enfrentamientos entre los nuevos pastores levitas de las distintas facciones en pugna contabilizaron varios cientos de muertos. Constituyen la punta del iceberg. Apenas sesenta años más tarde, los judeocatólicos –los denominados, en lenguaje común, cristianos–, tan fanáticos –fundamentalistas, en lenguaje actual– como sus padres los judíos tradicionales, de los que se diferencian principalmente por el rechazo de la circuncisión, por el carácter metamaterial que pretenden dar al mesías tradicional judío, y por su tendencia filorromana imperial, se atreven ya a matar impunemente al hijo del emperador Galero, a un niño de ocho años, hijo del emperador Maximino y a una hija del mismo emperador, que tenía siete años. La emperatriz, la madre de ambos niños, es arrastrada con sus mujeres por las calles de Antioquía y arrojada, con sus hijos y sus mujeres, al Oronte. La carnicería sólo ha podido hacerse degollando y asesinando a defensores y siervos en número incalculable. Son los comienzos, pero para arriesgarse a atentar contra las casas imperiales, los judeocatólicos se han debido de multiplicar como la espuma, lo que hace sospechar que los judíos tradicionales de la diáspora, dadas las circunstancias, se han pasado en bloque a sus filas, y han hecho de la venganza en nombre de Cristo, el estandarte de su tradicional venganza en nombre de Yahvé.

Esta primera parte de la época mítica se extiende desde la derrota de Bar Cocheba hasta el siglo IV, en el que el judeocaticismo –bajo el nombre de cristianismo– es reconocido como una religión más del Imperio Romano. La segunda parte de la época mítica se extiende desde el año 313 hasta el año 590, en el que Gregorio de Anici es elegido para ceñirse la codiciada mitra romana. En esta época se han sucedido los emperadores y los decretos a favor del judeocaticismo y se han multiplicado los edictos y las razzias en contra de los miembros de las antiguas religiones del Imperio y contra los judíos ortodoxos. Los judeocatólicos exterminan a judíos y paganos; se apoderan de sus templos; condenan a muerte o asesinan sin escrúpulo alguno a los obstinados en adorar a los antiguos dioses de Roma; destruyen los templos que no pueden utilizar para sus dioses trinitarios, todavía en proceso de fabricación, e imponen, con ayuda de los emperadores adictos, su hegemonía absoluta. El coste en lágrimas, sangre y vidas de esta transformación es incalculable. Los bienes y riquezas de las víctimas han pasado a engrosar las arcas de los sátrapas mitrados de la nueva religión. El desencanto general, es absoluto. El derrumbe de Roma entera no tardará en llegar¹².

Junto al exterminio de los “paganos” renuentes y de los judíos ortodoxos hay que señalar el exterminio de los miembros de las diferentes sectas que constituían el judeocaticismo inicial, como consecuencia, por un lado, de la multiplicidad de las sectas judías y las religiones de cuño diferente que existían en el Imperio Romano y que originaron decenas de grupos y movimientos de características propias dentro

¹² Ante los asesinatos, masacres y genocidios perpetrados por los judeocatólicos filorromanos imperiales contra los adoradores de los antiguos dioses del Imperio, contra los judíos ortodoxos y aun contra los judeocatólicos de otras tendencias, amén de otros problemas que generó su reconocimiento, no es de sorprender que algunos historiadores, entre los que se encuentra en primera fila Gibbon, consideren que, con la proclamación del judeocaticismo –mal llamado cristianismo– como religión del Imperio, Roma acelerara su destrucción si no labró su propia muerte.

del religionismo o teísmo cristológico, y, por otro lado, porque todo dogmatismo doctrinal genera nuevas heterodoxias y seguidores. A unos y otros el judeocatolicismo triunfante destina al patíbulo bajo la acusación de mantener doctrinas falsas y perversas¹³. Los seguidores de tales doctrinas y movimientos, conocidos con el nombre de herejes, fueron masacrados cíclicamente, al amparo de los emperadores y príncipes de las mismas tendencias que los verdugos y asesinos, hasta su aniquilación pública, si no pudo ser total, en un espectáculo dantesco que escandalizó a humanistas y teístas. Arrianos, gnósticos, esenios, marcionitas, dositeos, ofitas, cainitas, nicolaítas, kukeanos, barbelitas, ebionitas, donatistas, circuncelianos, monofisitas, pelagianos, priscilianistas, bogomilas, y un largo etcétera, así fuesen de raíces judías, de raíces orientales o mixtas, o simplemente disidentes del dogmatismo en el poder, fueron asesinados y exterminados por los obispos y el clero judeocatólico imperial, y sus cadáveres pasaron a formar parte de los cimientos y muros de carga del que, con el paso de los siglos, constituiría el Imperio Vaticano. Lo que el Imperio "Pagano" Romano jamás hizo, condenar o ejecutar a nadie por sus ideas religiosas¹⁴, lo hizo el judeocatolicismo en nombre de su dios cristológico, aquél del cual se afirma que dio su vida por amor a los hombres, mientras sus creadores y autorrepresentantes asesinan a los hombres en nombre de su amor hacia él.

Con Gregorio de Anici (590–604) se inicia una nueva época. Por un lado, el judeocatolicismo oriental, en donde destacan las comunidades de Alejandría, Jerusalem, Antioquía, Éfeso y Constantinopla, a la sombra protectora del Imperio Romano de Oriente, sufrirá con éste los avatares de la historia y se debilitará en la medida en que el Imperio Bizantino pierda fuerza. Las invasiones islámicas lo estrangularán por completo y le harán perder influencia y poder. De esta situación, el judeocatolicismo occidental, más concretamente las comunidades romanas, hasta entonces en un segundo o tercer plano, sabrán sacar partido.

La lejanía y los peligros acuciantes que se van acumulando en torno a las fronteras noreste y sureste del Imperio no le permiten al emperador velar por sus propios intereses en Italia y los territorios que todavía constituyen sus dominios. Esta lejanía y precariedad la aprovecharán los presbíteros de la ciudad de Roma para lanzarse a una carrera de usurpaciones y falsificaciones que les permitirán situarse por encima de los demás presbíteros de Europa, agarrotados, también ellos, por las invasiones bárbaras. En esta carrera hacia el liderazgo absoluto va a entrar en juego un factor

¹³ Una característica típica de cualquier dogmatismo y, sobre todo, si es totalitario, es la de generar heterodoxias debido a la incapacidad de aherrojar la mente de los hombres instruidos, sensatos y honrados, quienes, ejerciendo su capacidad de reflexión y libertad de pensamiento, ven multitud de vías y caminos en cualquier campo social, científico, filosófico y humanístico. No es extraño, pues, que todo teísmo dogmático dominado por un dogmatismo teísta, no vea más que enemigos y sectarios –heréticos, en lenguaje sacristial– que su totalitarismo tiende a destruir, encontrando, lógicamente, la justificación de su destrucción en su propio dogmatismo y fundamentalismo.

¹⁴ Los mártires cristianos que tanto se aducen en los manuales de historia y catecismos, de haber existido, serían lo que son, mártires judíos, pues el nombre de cristianos pertenece a los judíos ortodoxos más que a los judeocatólicos. Pero hay que recordar y no olvidar, que los judíos jamás fueron perseguidos ni condenados o castigados en Roma por sus ideas religiosas, sino por las alteraciones que originaban algunos extremistas fanatizados –fundamentalistas, en lenguaje actual–. Es más, el comportamiento de los emperadores romanos con respecto a las creencias teístas judías fue, por regla general, de un respeto absoluto, como lo era el que tenían hacia las religiones de los países asociados.

inesperado y, a ojos vistas, inocente, muy distante de cualquier ambición política: el monacato.

Hasta el siglo VI, en el conjunto de las comunidades judeocatólicas –judías florromanas e imperiales–, todos los rabinos presbiterales –si se quiere, episcopales– tienen la misma autoridad. Nadie es superior a nadie. Los desacuerdos se resuelven en casa o entre pastores próximos reunidos en concilio. En casos de extrema gravedad, se acude a un concilio más amplio o al mismo emperador, que es, en último y primer término, la autoridad definitiva. Pero el monacato inaugurado con Benito de Nursia, es decir, el benedictidismo, va a trastocar este equilibrio, y va a echar por tierra, a la larga, esta federación de comunidades en la que nadie era superior a nadie y todos se consideran pares entre pares, a pesar de reconocerse la importancia de las comunidades de Alejandría, Éfeso, Antioquía, Constantinopla, Jerusalén, Roma, etc. Gregorio es benedictino y como benedictino ocupó el peligroso y más que ambicionado trono obispal romano. Los tiempos eran agitados y se acudió a él a pesar de su negativa primera –¿legendaria?– a ocupar el cargo. Lógico es pensar que contó en su tarea con su experiencia monacal y, lo que es más importante, con el apoyo incondicional de toda la orden benedictina. Aquí se encuentran las raíces del debilitamiento de los obispados “nacionales”, cuya autoridad fue socavada por la acción constante de los abades de los monasterios instalados en sus diócesis¹⁵. Además, Anici fue uno de los primeros obispos de Roma que trató de imponer el celibato y la renuncia a la sexualidad –habitual, al menos teóricamente, en los monasterios benedictinos– entre el clero, tanto el alto como el bajo, lo que crearía unos condicionantes psicológicos que permitirían reforzar la autoridad de los superiores últimos, al ser los responsables de dicha imposición, que se hacía en nombre de Cristo. En un principio la pretensión del obispo Anici fue despreciada por los demás obispos, pero los miembros de la orden benedictina que lograron la ambicionada satrapía de Roma fueron muchos, y mucha la influencia de la orden en general, por lo que, paso a paso, la imposición del celibato y la castidad para el clero se fueron imponiendo no solamente en la diócesis romana, sino en otras diócesis, con lo que la figura del obispo y presbítero casado fue desapareciendo del judeocatolicismo occidental. En este proceso, la figura del obispo de Roma fue fortaleciéndose. A ello ayudaron las falsificaciones y el uso oportuno de los ejércitos, puñales y venenos.

La figura del obispo judeocatólico (levita de nuevo cuño) era, en el Imperio, la de un gobernador absoluto para los asuntos religiosos. Con las invasiones bárbaras, la figura se mantuvo mientras desaparecía el prefecto romano, autoridad civil, que cayó con el Imperio. El obispo y la alta clerecía se convirtieron, automáticamente, en la clase feudal instructora y consejera de los invasores, que poseían las armas, pero cuya cultura era inferior y necesitaban de la experiencia y ayuda de los mismos conquistados. Los obispos y el clero cumplieron este papel. Esta es la razón por la que el obispo de Roma luchó, cuando lo juzgó conveniente, en contra del Imperio Romano y a espaldas de éste, a favor de los invasores, mientras que, en otras ocasiones,

¹⁵ La labor de zapa fue tanto más efectiva cuanto que muchos obispos de las diócesis de Europa fueron también benedictinos. El proceso se aceleró cuando otros obispados fueron ocupados por miembros de las logias o grupos religiosos que fueron apareciendo con el paso de los siglos, y que debieron su existencia “legal” al reconocimiento del obispado romano.

acudió al emperador para evitar el peligro de aquellos; y, cuando sus intereses se lo aconsejaban, no tuvo reparo en reconciliar a ambos enemigos. Este papel de celestina y traidora teopolítica fue efectuado por el obispo de Roma¹⁶ siempre que le convino para sacudirse la influencia del emperador tanto como para elevarse sobre los demás obispos. En este proceso fue subiendo escalones y fue tejiendo las redes en las que paralizaría a los demás obispos del orbe para evitar que le hicieran la competencia. Si alguno se oponía a sus designios, los ejércitos, el puñal o el veneno entraban en acción. A la muerte de Gregorio de Anici, en el año 604, la posibilidad de que el obispo de Roma constituya una autoridad por encima de los demás obispos o papas del judeocatolicismo occidental era una utopía; dos siglos más tarde, con Carlomagno (año 814), un asesino vocacional que se pasó la vida saqueando, destruyendo, exterminando pueblos para convertirlos al judeocatolicismo¹⁷, la figura del obispo de la ciudad del Tíber, que bendice con alegría cristológica todas las bestialidades del incansable carnicero, destaca por encima de los demás pastores del judeocatolicismo entero. Mientras que los obispos carolingios, siendo señores en sus diócesis o satrapías, son, a la vez, súbditos de Carlomagno y sus sucesores, el obispo de Roma reina como señor absoluto en el Estado Pontificio, que se ha materializado a costa del Imperio de Oriente.

Doscientos años más tarde todavía, con Hildebrando de Soana (Hildebrando Aldobrandescos), pontífice Gregorio VII, que se ha reservado en exclusiva el título de papa, prohibido en lo sucesivo a los demás prelados, el obispado de Roma, conoce un esplendor que nadie se atreve a discutir. Aunque Hildebrando terminará muriendo en el exilio, desterrado por el emperador Enrique IV, que se ha cuidado de colocar a otro hombre en su lugar, la realidad del poderío papal es indiscutible. La grandeza del pontificado romano es tal, que los aspirantes a ceñirse la tiara imperial, la corona de coronas, afilan sus puñales y preparan sus venenos. Nunca se agradecerá bastante el desparpajo o la sinceridad con que demostraron sus intenciones.

Se inicia la tercera época, a partir de la muerte de Hildebrando, finalizando el siglo XI, que abarcará hasta el denominado final de la Edad Media, el nacimiento del siglo XVI. En ésta época las escaramuzas y los crímenes se suceden en torno a la ambicionada mitra de Roma, que se robustece y fortifica con masacres como la de los Templarios, los Cátaros, la destrucción completa del Languedoc, etc. Conocerá la revolución cluniacense, la creación de las órdenes mendicantes y de predicadores, que se pondrán incondicionalmente al servicio del obispo de Roma, haciendo más precario el poderío de los demás obispados. Entra en juego, también, la policía más temible e inhumana que conociera jamás el mundo: La Santa Inquisición¹⁸. Un grupo de asesinos de cogulla y fetiche cruciforme en la mano, al servicio exclusivo del papado de Roma y sus propios intereses, que se encargará de vigilar la seguridad

¹⁶ En realidad, fue el papel de todos los obispos y abades, y de la Iglesia entera, en los territorios del antiguo imperio romano.

¹⁷ Predicando con el ejemplo, mandó degollar a doscientos mil sajones para convencer al resto de las excelencias de su religión. Con sus masacres, crímenes y genocidios en nombre de Cristo construirá el Imperio Carolingio y, espoleado por la codicia y ambición de los obispos o papas de Roma, hará realidad los Estados Papales.

¹⁸ En la actualidad Congregación para la doctrina de la fe.

del vasto Imperio Judeocatólico Occidental y la sumisión absoluta a su monarca, el papa. La codicia compulsiva de los obispos de Roma, su degradación humana, sus crímenes e indecencias, sus robos y saqueos, sus ignominias y abusos son tan escandalosos que parecen insuperables, lo que no es más que un espejismo. A juzgar por su comportamiento y los testimonios de la historia, tienen la santa intención, encomendándose a dios y al diablo, de pretender gozar en esta vida de lo que saben que jamás gozarán tras la muerte.

El despertar de las nacionalidades anuncia días tormentosos, pero la amenaza queda lejos todavía. Mientras tanto, el obispo de Roma, por derecho divino, se considera rey de reyes y señor de señores. La tiara pontificia, adornada con las tres coronas, habla no solamente de los campos que abarca, sino del poderío supremo de quien se la ciñe.

La cuarta época, que coincide con la denominada Edad Moderna, se inicia con el descubrimiento de América. Las nuevas rutas comerciales, que se abren con la navegación, hacen del papa romano el árbitro del mundo entero. El poderío indiscutible de los obispos de Roma alcanza a todos los puntos del globo descubiertos por los conquistadores. Es más, todas las conquistas se hacen, nominalmente, en nombre del dios bíblico y evangélico¹⁹ y su representante en la tierra, el pontífice de turno. El oro y la plata que llegan de los países conquistados se santifican en los palacios papales, a donde van a parar en cantidades ingentes. Sin embargo, la capital del Imperio Judeocatólico Latino jamás tiene bastante; la gula áurica del autoproclamado representante de Cristo es infinita, y corre pareja con su bribonería insaciable y su rijosidad compulsiva y pública. Juan de Médicis, papa León X, sifilítico desahuciado, en el colmo de su prepotencia y desprecio de sus rebaños, no tiene inconveniente en parcelar el cielo, la supuesta residencia de sus dioses trinitarios, mariológicos y santorales y saldarlo en lotes, asegurando su disfrute, para toda la eternidad, por la compra de unos valores que llevan el pomposo nombre de indulgencias. Para mayor burla, no tiene inconveniente en sugerir a la Santa Inquisición la necesidad de convencer a los indecisos para que compren. Y, como el cielo es infinito –sólo así puede contener la infinitud del dios yahvídico, cristológico y paraclital–, multiplica hasta la saciedad el número de valores con el fin de que nadie pierda la maravillosa oportunidad que ofrece de cultivar su parcela celestial. Las ganancias superan todas las esperanzas pero, en contrapartida, resquebrajan el Imperio Judeocatólico, una vez más, cuando Lutero se levanta contra oferta tan divina y promoción tan celestial. El día 31 de octubre de 1517, este hombre, que había profundizado en los contenidos paulinos, está convencido de que la salvación dentro del religionismo cristológico está garantizada por la fe, y no por los méritos personales, y mucho menos por unas disposiciones de los obispos o pontífices romanos, por lo que fija sus 95 tesis en la puerta de la iglesia de la Universidad de Wittemberg en protesta por la acción de Juan de Médicis. Tres años después, en venganza, Juan excomulga a Lutero, pero éste desprecia excomunión y papado, con lo que un nuevo cisma se inicia –una nueva guerra civil evangélica–, extendiéndose como la pólvora, por el norte de Europa, de Este a Oeste. La actitud de Lutero y sus imitadores hace tambalear el Imperio

¹⁹ El dios principal, por no decir los dioses principales, de todas las sectas judeocatólicas, tanto papistas como reformadas, es Yahvé–Cristo–Espíritu Santo.

Judeocatólico, y el terror a perder los beneficios, los privilegios, el poder y la autoridad que se han arrogado en Roma obliga a los jefes de la secta papista a volcarse en guerras tras guerras, ensangrentando una vez más la Tierra en nombre del dios cristológico y su supuesto amor a los hombres. Europa es un campo de batalla en donde los judeocatólicos papistas destripan a los judeocatólicos reformados con tanta ferocidad como éstos lo hacen con aquellos; y, en ambos campos, se lucha por el triunfo de Cristo, que resulta ser, a juzgar por sus efectos, un aborto sanguinario de la estupidez humana y justificación primera y última de sus crímenes.

Pasan los años y los siglos, y las últimas convulsiones de la época moderna golpean al papado romano de tal manera, que éste se ve obligado a plantearse seriamente su identidad con el fin de poder sobrevivir frente a las revoluciones que lo estrangulan y, sobre todo, se ve obligado a buscar compulsivamente la forma de perpetuar su teoparasitismo ancestral y mundial, a punto de escapársele de las manos.

Reducido a títere de su propia comedia, tras caer del pedestal que se había construido en los Estados Papales, el obispo de Roma, gracias a su poder de adaptación, que jamás ha perdido, y que en nada tiene que envidiar a la adaptación mórbida del virus del sida, alcanza, en un acto de enajenación compulsiva, el escalafón celestial, la realeza divina, es decir, se autoconvierte en un rey divino, en un papadiós, aunque sea de opereta y guiñol, gracias a la infalibilidad²⁰, atributo celestial, donde los haya, descubierto en los anaqueles de la estulticia humana por los jesuitas y Juan María Mastai-Ferretti, papa Pío IX²¹, título que será aplicado, con efectos retroactivos, a sus predecesores en el cargo. Por otro lado, si pierde los Estados Papales, su oportunismo político y la eterna imbecilidad humana le permiten la reconstrucción de un imperio económico, político y social mucho más sutil y poderoso, el Imperio Vaticano, cuyas colonias se extienden por el mundo entero.

²⁰ La infalibilidad, por definición, es un don inexcusable en el dios Yahvé-Cristo-Espíritu Santo, por lo tanto su poseedor goza de la naturaleza de los dioses. Pero dicho gozo, no puede ser parcial, porque en la divinidad nada es parcial, sino absoluto, por lo tanto Juan María Mastai-Ferretti y los Jesuitas hicieron a los papas absolutamente divinos, y no solamente cuando hablan "ex cathedra".

²¹ Se ha tratado de justificar este desvarío de Juan María aduciendo que era un epiléptico además de un ríjoso compulsivo, a quien los largos años de reinado le habían hecho perder el norte, y que, consciente o inconscientemente, trató de compensar sus servidumbres biológicas y genéticas con su exaltación divina, coreada por los turiferarios incondicionales del papado, que sirvieron de celestinas en este proceso. (Ver *Juan María Mastai-Ferretti*).

= A =

ABACHTA. La casa madre del judeocaticismo filorromano imperial triunfante es el judaísmo mosaico y hierosolimitano, pues de sus entrañas nació, y a él le debe su esencia y su vida. Puede afirmarse, igualmente, que los padres del teofuncionariado del Imperio Vaticano, sacerdotes, obispos, cardenales y papas fueron los teofuncionarios mosaicos: los levitas, rabinos y pontífices. El judeocaticismo también tomó del mosaísmo sus ángeles y demonios, criaturas pseudodivinas que en otras idolatrías se identifican con dioses de segunda o enésima categoría. Abachta, también conocido con el nombre de Abagtha es uno de los ángeles de la perdición, a quien vemos en relación íntima con los ángeles Barbonah, Bigtha, Carcas, Biztha, Mehuman y Zether¹. Estos ángeles de perdición –o de la confusión, como los define el judaísmo tradicional– forman parte del panteón angélico infernal del judeocaticismo papista, en el que también se han incluido Belial, Abbadoña, Biqa, Belcebú, Satanás, Luzbel, Gaap, Hakael, Jetrel, Leviatán, Metatrón, Ophis, Rahab, Salpsán, Tmsmael, Uvall, Yetzer Hara² y miles de millones más, puesto que, según la doctrina tradicional de la corte del Imperio Vaticano, si cada ser –y no solamente el hombre– posee su ángel bueno, en exclusiva, también tiene un ángel malo que le aconseja en todo momento seguir el camino que lo lleva al infierno.

Se impone la mención de los demonios, los ángeles caídos, porque sin ellos no habría existido ningún obispado o papado, incluido el de Roma, ni el teofuncionariado judeocatólico, ni los *Evangelios*³, ni su protagonista. La existencia de Jesús constituye el resultado de una exigencia teológica, nacida con la supuesta caída en el pecado del hombre, y este pecado no se habría producido si antes no hubieran existido los demonios, los diablos, los ángeles caídos, Lucifer, Satanás, Uval, Belzebú, Leviatán, Belial, por citar únicamente los más familiares a nosotros. La conclusión resulta curiosa: el papa y la corte del Imperio Vaticano constituyen una creación del demonio.

En efecto, de no haberse producido la caída de los ángeles, la *serpiente* no habría tentado a Eva, el hombre no hubiera pecado, un avatar de Yahvé no se hubiera visto forzado a encarnarse en Jesús, y éste, tras dejarse matar, no hubiera tenido necesidad de elegir a ningún representante suyo para continuar la tarea de salvación, que se vio obligado a interrumpir –es una suposición– porque otras necesidades reclamaban, con urgencia, su presencia imprescindible en el “cielo”.

La lección que se desprende de Abachta o de cualquier otro demonio, es que gracias a su existencia el hombre se halla sumergido en una realidad virtual, cuyo fundamento, para cualquier humanista⁴, reside en los dislates de la mente, la igno-

rancia primigenia del hombre y el oportunismo, la bribonería y el parasitismo de sus sacerdotes, obispos, cardenales, pontífices y papas –el teofuncionariado del Imperio Vaticano–, que fomentan su culto y recuerdan su existencia con el único fin de perpetuarse y mantener su parasitismo histórico. (Ver *El Mal y El Demonio*).

¹ Ginzber: *The Legends of the Jews* IV, 374.

² Para el estudio de la “ciencia” angeológica –la angeología–, resulta útil la obra de Gustav Davidson, *A Dictionary of Angels, including the fallen angels*. (The Free Press, USA, 1971).

³ Con el fin de aclarar este término, consultar la entrada *Evangelios y Biblia*.

⁴ Humanistas a los que se oponen siempre los teístas.

ABAD. En el judeocatolicismo papista¹, superior de un monasterio de monjes o de un colectivo de canónigos regulares. Tiene poderes independientes de jurisdicción. Fueron instrumentos dóciles a los obispos de Roma y, con frecuencia, actuaron al margen y aun en contra de los demás obispos de las diócesis en que estaban implantados, por lo que contribuyeron a minar la autoridad de éstos y fortalecer el poderío de aquellos, que terminarían elevándose sobre los demás y aun sobre el colectivo de los mismos. Los abades, auténticos señores feudales, como los obispos a quienes se equiparaban, gobernaban con toda impunidad los colectivos que tenían bajo su mando, y su poder se extendía, en ocasiones, a provincias enteras. Su influencia, con todo, fue decayendo en la medida en que la cultura y la ciencia destruyeron los mitos del judeocatolicismo, proceso que se aceleró, en ocasiones, debido a los abusos y arbitrariedades de algunos abades, abusos que terminaron provocando la ruina de sus monasterios. El origen de esta palabra está en la palabra hebrea *abba*, padre.

Los abades de los conventos benedictinos tuvieron una gran importancia en la preparación del papado romano, no solo porque algunos de ellos llegaron a conseguir el ambicionado cargo de obispo de Roma, fueron destinados a él o colocaron en él a sus peones, sino porque prepararon el camino para convertir dicho obispado en lo que, con el paso del tiempo, terminaría siendo la corte del Imperio Vaticano y el mismo Imperio. Entre los abades o superiores² de los conventos y monasterios que consiguieron coronarse con el título de reyes absolutos del imperio judeocatólico, se cuentan Federico de Lorena (Esteban IX Bis), Francisco della Rovere (Sixto IV), Nicolás de Breakspear (Adriano IV) y Pascual Massimi (Pascual I).

¹ Los ortodoxos utilizan el nombre de archimandrita.

² Simples monjes, en ocasiones, fueron igualmente elegidos para ocupar tan ambicionado cargo, como fue el caso de Gregorio de Anici (Gregorio I), Hildebrando de Soana (Gregorio VII), Juan Caetano (Gelasio II) y Juan Filagato (Juan XVI). Sin embargo, todo hay que decirlo, en ocasiones tales monjes estaban emparentados con la nobleza o contaban con la amistad de reyes, príncipes y nobles.

ABORTO, EI. La interrupción del embarazo. La curia romana, en la actualidad corte del Imperio Vaticano, contempló el aborto en su *Libro de las Tasas*¹, es decir, cobraba por los abortos una cantidad determinada. Se especificaba en él el precio a pagar tanto si el aborto era encomienda de los laicos como cuando el aborto venía procurado por un sacerdote o religioso, aunque la cantidad en ambos casos era la misma; tras el pago, el confesor y “recaudador de impuestos” perdonaba el delito, invitando de este modo a recurrir a él, pues los ingresos no eran despreciables.

El aborto fue un recurso siempre dentro de los conventos de religiosas y monjas y entre sus sacerdotes y guías espirituales,

para evitar los embarazos indeseados, por lo cual constituyó un acto delictivo a contemplar en el libro de las tarifas por los pecados, debido a la frecuencia con que se daban. La conclusión era fácil: cuantos más abortos hubiera más dinero ingresaban las jerarquías eclesiásticas, que los habían tasado. La acción de abortar, fueran cuales fueran las razones por las que se acudía a ella, era un recurso de limpieza en todos los estamentos sociales, y tanto las religiosas como las barraganas de los sacerdotes y religiosos abortaron cuando no pudieron abandonarse los recién nacidos discretamente, o cuando no podía evitarse el escándalo de otro modo. La decisión de los sacerdotes, obispos, cardenales y papas de cobrar dinero por una costumbre anclada en una sociedad en donde la hipocresía, el cinismo y la mentira eran encomienda permanente del teofuncionariado cristológico, aportó a las arcas del obispado y papado romano, y a todos los obispados y papados, ingentes cantidades de dinero. Pero no solo el aborto, sino la misma prostitución estaba tasada por la Iglesia, al igual que el crimen de seglares y sacerdotes, la simonía, el parricidio, el fratricidio y otros actos condenados por la sociedad y sus mentores clericales.

La aparente contradicción entre la moralidad que exige el obispado y papado romano y su teofuncionariado cristológico en público, y la costumbre del clero judeocatólico de acudir al aborto siempre que lo ha considerado conveniente y aun de cobrar por permitirlo, llama la atención, aunque constituye una costumbre habitual en ellos. Imponen normas a sus rebaños que ellos jamás han cumplido o se las han saltado a la torera en todas las ocasiones que les ha convenido. Cualquier sacerdote medianamente instruido en la historia del religionismo cristológico latino, y con un mínimo de sensibilidad,

se las vería y desearía para considerar un delito lo que en la curia romana y corte del papa, lo mismo que en todas las curias o principados mitrados, no era más que un negocio. Condenar el aborto ocultado a los creyentes, que ignoran su propia historia y la de la Iglesia y la corte que los gobierna, la aprobación descarada que se hizo de él en siglos pasados, y la fuente de ingresos que constituyó siempre para los jerarcas del teísmo cristológico occidental, resulta ser otra de las manifestaciones de la indecencia e hipocresía habitual de la corte del Imperio Vaticano y de sus reyes y sacerdotes, cuya ética y moralidad siguieron siempre por caminos tortuosos, ética y moralidad que les permitían utilizar reglas distintas para calificar los delitos propios y los ajenos.

¹ *Taxae cancellariae Romanae*. Conoció varias ediciones. (Ver Anexo séptimo. *Pagar para pecar. El libro de las tasas*).

ACADEMIA PONTIFICIAS. Se da este nombre a una serie de centros, dependientes de la corte del Imperio Vaticano, en los que se prepara la nomenclatura del teofuncionariado evangélico. Por regla general, quienes tienen acceso a tales centros son creyentes que han demostrado su fidelidad al papismo y su tendencia compulsiva hacia el imperalismo religioso. Entre los centros que las componen se encuentran secciones de espiritualidad¹, de liturgia, de ciencias, de arqueología, de mariología, etc.

¹ La espiritualidad, confundida, en ocasiones, con la mística, constituye una de las manifestaciones del erotismo mental teoilusorio o teoespejístico, sea éste yahvídico, cristológico, paraclical, mariológico o santoral.

ACTA APOSTOLICÆ SEDIS. Nombre moderno del boletín *Acta Sanctæ Sedis*, mandado publicar, en el año 1870, por el rey del Imperio Vaticano Juan María Mas-

tai-Ferreti, papa Pío IX. En dicho periódico el obispo de Roma publica sus leyes y disposiciones.

ADALBERTO. Personaje que debió de nacer a finales del primer milenio, principios del segundo. Elegido arzobispo de Hamburgo-Brema, constituye uno de los exponentes más importantes de las antiguas costumbres que había en el judeocatolicismo latino –en la actualidad, Imperio Vaticano–, con respecto a la elección de los pastores de las diócesis, pues a él se debe la fundación de varios obispados y la ordenación de varios obispos. Este poder de elegir a otros obispos, tras ser arrebatado a los fieles¹, pertenecía a todos y cada uno de los obispos del religionismo cristológico, y jamás perteneció, en exclusiva, al obispo de Roma. Uno de los hechos más conocidos de su vida fue el rechazo de la tiara pontifical romana, que se le ofreció en el concilio de Sutri. Consumado político, fue canciller de Enrique III. Murió en el año 1072.

¹ Las comunidades de fieles, en los primeros años del judeocatolicismo, fueron las únicas que tuvieron poder para escoger a quienes deseaban tener como pastores, guías y consejeros, los cuales, con el paso de los siglos, tomarían el nombre de obispos.

ADANA. Nombre de uno de los concilios celebrados en Asia Menor por una de las comunidades más antiguas del judeocatolicismo, si no la más antigua, la armenia. Tuvo lugar en el año 1316 y acudieron a él todas las comunidades de los armenios. En él se rechazaron las declaraciones del obispo de Roma, con respecto a las naturalezas de Jesucristo, por blasfemas y heréticas, y otras referentes a su nacimiento, por absurdas y mendaces. El rey Osin, que presidió el concilio, envió sus conclusiones al obispo de Roma, Jaime de Euse, más conocido por papa Juan XXII.

ADEODATO EL MONJE. Papa Adeodato II o Deodato II. Obispo de Roma del año 672 al 676, al que se cree hijo de un clérigo llamado Esteban o Joviniano. Sucedió en el obispado a Vitaliano de Segni. Fue otro de los obispos de la antigua ciudad imperial que trataron de imponer el celibato en el clero. Como Gregorio de Anici, uno de los primeros y más conocidos que trataron de hacerlo por decreto, fue monje benedictino, y perteneció a la abadía de San Erasmo en el Monte Celio. Pretendió imponer una nueva disciplina en los monasterios, lo que no consiguió. Trató, igualmente, de exterminar a los monotelitas que habían nacido, como el judeocatolicismo florromano imperial papista, por evolución del judaísmo heterodoxo.

Su obispado estuvo sacudido por guerras, terremotos y enfermedades, siendo la peste una de las más penosas.

Pretendió dominar el exarcado de Ravena, que no renunciaba a la independencia episcopal, que históricamente había pertenecido a todos los obispos de todas las diócesis y que el obispo de Roma deseaba sujetar a su mitra, aprovechando que el emperador Focas lo había declarado Obispo universal.

La vida de este hombre es una incógnita, pues aparentemente pasó por el obispado sin que se notara su presencia. Se le atribuyen dos cartas, una destinada a la abadía de Canterbury y otra al monasterio de San Martín de Tours. La particularidad de estas cartas estriba en que en ellas un obispo de Roma utiliza por primera vez la expresión *salutem et apostolicam benedictionem*, y que señaló la fecha en función de los años de su obispado.

El que no denigrara el obispado con una conducta tan escandalosa como muchos de sus predecesores y seguidores, y la dedicación que tuvo hacia los desam-

parados en tiempo de penalidades, más que su aportación al engrandecimiento del obispado romano, le valieron el título honorífico de santo.

Su sucesor en el obispado o corte romana fue Domno de Mauricio, papa Domno (676–678).

ADEODATO EL ROMANO. Papa Adeodato I (Deodato I). Se ciñó la mitra de la ciudad del Tíber a la muerte de Bonifacio Kataandiokes, papa Bonifacio III, en el año 615. Aparte de que era hijo de un tal Estefano, poco se conoce de este hombre, pero lo mucho que se ignora de él le merecieron el título de santo, pues con él lo honra el Vaticano. Murió a finales del año 618.

Su sucesor en el trono sería Bonifacio el Napolitano, papa Bonifacio V (619–625).

ADIVINACIÓN. La historia de la adivinación o el profetismo¹ se pierde en la penumbra que envuelve el conocimiento que el hombre tiene de sí mismo y el contexto que lo rodea. Sus raíces han de buscarse, pues, en los denominados albores de la humanidad. Si todo ser vivo está anclado en el entorno natural en que ha vivido, crecido y se ha diferenciado de los demás, al hombre le sucedió lo mismo, y, una vez que fue consciente de su propia existencia y del entorno, la inquietud por conocer el momento siguiente al presente, el futuro, no pudo tardar mucho tiempo en acuciarle. Esta es la razón por la cual el profetismo o la adivinación ha acompañado a la humanidad desde los primeros registros de su existencia. Uno no puede dejar de caer en la tentación de pensar que cuando el hombre de Altamira o de Lascaux dibuja un bisonte, no lo hace únicamente para representar un ser vivo cuya caza le permite vivir, sino para propiciar la caza con alusiones metanaturales, aunque

él no sea consciente de ello, convencido de que su dibujo le ha de facilitar el encuentro del animal deseado; es decir, está expresando la idea de que ha de suceder algo, agradable en este caso; está adelantando el futuro, está adivinando, se está comportando como un profeta cualquiera. Que exprese el futuro tras una comunicación y una orden recibida por un supuesto ser superior –denominado dios, en todas las idolatrías o teísmos–, o que lo exprese a través de intuiciones o convicciones científicas o paracientíficas, nada cambia en esencia. El profetismo ha sido una tentación en la mayoría de las colectividades, si no en todas, puesto que constituye una manifestación de la querencia que tiene el hombre de conocer el futuro, de prevenirlo, de esperarlo y aun de condicionarlo². Las razones de esta actitud, si positivas en muchas ocasiones, tan nefastas en otras, habrá que buscarlas en los arcanos del cerebro y la mente humana. La expresión de este profetismo y adivinación, lo mismo que los materiales que lo propician, partiendo de realidades materiales muy concretas, con el paso del tiempo, se va puliendo y complicando, y se manifiesta, en contextos diferentes, con formas y modos más o menos convincentes pero muy distintos unos de otros. Las mancias que ha conocido el hombre a lo largo de la historia del profetismo o la adivinación son incontables. Entre las más conocidas están la aeromancia, astragalomancia, astrología, aurispiscina, belomancia, brizomancia, cartomancia, abanomancia, fisiognomía, geromancia, hidromancia, hipomancia, prognosis, quiromancia, rabdomancia, profetismo, revelación, teomancia. Sus oficiantes oficiales fueron siempre brujos, sacerdotes, levitas, chamanes, profetas, magos, augures, hechiceros, visionarios, pontífices, iluminados, etc. Entre los marginados o

de segunda categoría, despreciados por las nomenclaturas oficiales, y, lógicamente, por el teofuncionariado del Imperio Vaticano, se encuentran quírománticos, tarotistas, geománticos, radioestesistas, astrólogos, hidrománticos, capnománticos.

La adivinación se ha condenado desde la curia vaticana, y adivinos y profetas fueron llevados al suplicio por el papa cuando, por otro lado, los propios papas estuvieron y están sumergidos hasta el cuello en dicha actividad, aunque no se reconozca en público. Asegurar, con todo el peso de su sacrosanta esencia, lo que ha de suceder “al final de los tiempos”, es un mero ejercicio de adivinación, se llame vaticinio, profetismo o expresión y confirmación de los contenidos evangélicos, pues éstos de sus manos salieron. Afirmar que el alma³ de un hombre o de una mujer ya están en el cielo en el momento presente, y que su cuerpo va a ocupar un destacado lugar, tras su resurrección, en él, no es más que un mero ejercicio de adivinación. Asegurar, que existe un cielo tras la muerte, un purgatorio, y un infierno, también lo es, lo mismo que asegurar que cualquier ser humano resucitará, con su cuerpo y alma, al fin de los tiempos.

Debe tenerse presente que la esencia del religionismo cristológico reside en hipotecar el presente en aras de un futuro que se sabe de antemano ha de tener lugar, lo que resulta ser el ejercicio adivinatorio más determinante y apodíctico de todos, pues condiciona la vida del hombre desde su nacimiento hasta la sepultura, y en este ejercicio el oficiante exclusivo es el papa, que lo manifiesta, asegura y confirma con su autoridad y naturaleza. Si esto no fuera suficiente, debe insistirse en que la adivinación, el preconocimiento de los hechos que han de ocurrir, en él no es más que un corolario de la infa-

libilidad; con ésta en su esencia, aquélla debe darse por supuesto⁴.

1 Una de las diferencias que se establecen entre el profetismo y la adivinación, está en que en la adivinación, el dinero juega un papel capital, puesto que es onerosa. Otra, que el profetismo se ejerce aun en contra de los deseos del mismo adivino o profeta, que no es consultado por su dios –en este caso, el yahvídico, cristológico y paraclital– sino que la acción profetizadora es compulsiva en él y, en ocasiones, constituye un peligro para su propia integridad o vida. Estos dos elementos diferenciales no tienen fundamento alguno. El profeta, lo mismo que el adivino, es recompensado, de un modo o de otro, por los destinatarios de su supuesta profecía. Además, existe el prestigio, el orgullo de saberse elegido, consultado; la consideración, las gratificaciones; con frecuencia, ambos viven también de la profecía. Si el profeta pone en peligro su vida al profetizar, también lo hace el denostado adivino de a pie, que con frecuencia perdió la cabeza en su ejercicio, o se vio perseguido y encarcelado a causa de su dedicación, en ocasiones compulsiva e insoslayable, por mucho que se oponga a ella.

2 La necesidad de prevenir y alterar el futuro constituye una aspiración humana, al parecer, inevitable, y es la razón que late, la mayoría de las veces, en la mente y el corazón del hombre. En su forma mórbida, el recurso al profetismo o la adivinación se hace dolorosamente compulsivo. Quizás puede que nazca del hecho de que el presente, punto de conjunción entre el pasado y el futuro, es insalvable para el hombre, ya que cualquier estímulo por muy “instantáneo” que pueda ser, aun luminoso, llega al hombre desde un “pasado” o lo amenaza desde un futuro.

3 Que hasta el día de hoy, los hechiceros o sacerdotes judeocatólicos, sus creadores, no aciertan a definir. Afirman que constituye la parte más importante de la persona, una especie incatalogable de espíritu puro o emanación de un espíritu puro, de naturaleza eterna en el futuro y eterna como proyecto en el pasado, pues ya estaba en la mente de su creador desde toda la eternidad, unida a un cuerpo recuperable y eterno tras la muerte y también eterno en el pasado como proyecto. Es decir, inanerías y memeces con que los teofuncionarios cristológicos pretenden justificar su teoparasitismo y teogorronería.

3 El obispo de Roma, al haberse elevado con la infalibilidad al emperio, es ajeno, por las connotaciones divinas de este dogma, a los conceptos de pasado, presente y futuro, pues para él no

existe el tiempo, ya que, como cualquier dios, contempla los extremos opuestos del tiempo, el universo mundo y su evolución, en un eterno presente. Esta es la razón por la que en él, lo mismo que en los dioses fabricados por los teoelucubradores cristológicos, el ejercicio de la adivinación es esencial a su naturaleza, y expresión de su omnisciencia.

ADIVINACIÓN, Condena de la. Los pontífices y levitas del judaísmo persiguieron toda adivinación que no fuera la propia, como se lee en *Levítico XX, 27* y otros lugares, al tiempo en que los actores de la misma eran condenados a muerte. Las profecías de los sacerdotes, profetas o adivinos que adoraban a dioses diferentes a Yahvé estaban totalmente prohibidas.

Cuando, con el correr del tiempo y los siglos, una parte considerable del yahvidismo desembocó en el judeocaticismo, los sacerdotes y artifices de esta nueva escisión del judaísmo tradicional, habiendo personalizado el mal en el demonio, justificaron las profecías de los magos y profetas no yahvídicos, diciendo que el demonio las había inspirado. Las razones que aducían eran apodícticas: toda profecía que se cumpla está fuera de la capacidad humana, y sólo puede provenir de un dios –en este caso Yahvé, transformado en Yahvé–Cristo Espíritu Santo– o de un demonio. No siendo el origen de la misma Yahvé, tiene por responsable al diablo.

Los monarcas del Imperio Vaticano, herederos, por evolución, del sumo sacerdocio judío, no tuvieron otra cosa que hacer, para justificar la condena de la adivinación, que seguir la línea marcada por sus padres.

ADIVINO. Persona que profetiza el futuro a partir de unos hechos, fenómenos, objetos o impresiones. Puede, igualmente, descubrir el pasado oculto, gracias a sus cualidades o a la inspiración de sus dioses negativos (diablos) o positivos

(creadores). En los religionismos consagrados por el uso, como sucede en el yahvidismo hebreo y judeocatólico, el nombre de adivino es sustituido por el de profeta, y el de adivinación por el de profetismo. El rey del Imperio Vaticano, el papa de Roma, entre las cualidades con que se adorna, están las de adivino¹, atributo otorgado milagrosamente por la corona imperial –la tiara– y corolario de su infalibilidad.

¹ Un ejemplo será suficiente para ilustrar esta realidad. Dando por admitida la existencia de un alma espiritual, todavía por definir, aceptando su naturaleza inmortal en el futuro –no eterna en el pasado, lo que constituye un problema filosófico aún por resolver– y la certeza de su ubicación en el “cielo”, cualquier declaración de santidad constituye un ejercicio claramente adivinatorio. Gracias a esta cualidad de adivino y su ejercicio, el papa asegura a sus ovejas el destino eterno tanto del alma como del cuerpo del santificado en su paraíso.

ADMINISTRADORES APOSTÓLICOS.

Representantes del obispo de Roma, a quienes éste confía el gobierno de una diócesis con el fin de sujetarlas más a sus directrices. Constituye una usurpación y arrogación injustificada hasta la actualidad, y difícilmente justificable, de dicho obispo, puesto que la administración de cualquier diócesis, en el judeocaticismo histórico recayó, desde los supuestos tiempos apostólicos, en los diáconos y presbíteros elegidos por los creyentes para su propio gobierno.

ADRIANO COLONNA. Papa Adriano I. Era hijo de Teodoro, duque de Roma y cónsul imperial. Consiguió la tiara a finales del año 771 o comienzos del 772, a la muerte de Esteban de Sicilia, papa Esteban III Bis (767–772), gracias a la influencia de su poderosa familia. Fue un hombre, cien por cien político, hábil e inteligente, que supo doblegarse ante los poderosos, tanto como levantarse

sobre los indefensos. Avaro hasta la miseria, sólo en una ocasión socorrió a los habitantes de Roma, obligado por las circunstancias y las quejas, cuando un desbordamiento del Tíber, destrozó la ciudad y las cosechas.

Al comienzo de su obispado, Didier, jefe de los longobardos, pudo penetrar en la ciudad de Roma, en donde comenzó todo tipo de saqueos, mientras que Adriano se encerraba en el palacio de Letrán, tras enviar a sus incondicionales a buscar la ayuda de Carlomagno, que no lo dudó un instante y pasó con sus ejércitos a Italia. Mientras sitiaba ciudades y conquistaba pueblos, este rey se acercó a Roma. Cuando se encontraron Adriano y Carlomagno, se juraron amistad eterna, y éste último, ante las súplicas de Adriano, renovó las donaciones de su padre al obispado de Roma, que se vio con el señorío de las ciudades de Bardi, Reggio, Mantua, las provincias de Venecia e Istria, el exarcado de Ravena, los ducados de Spoleto y Benvento y la isla de Córcega. Tras caer Pavía en manos de Carlomagno, Didier fue enviado a Francia.

La iglesia Oriental, estrangulada por el Islam, se encontraba en una situación penosa, y necesitaba la ayuda de Occidente y del obispo de Roma, por lo que Taraise, nombrado patriarca de Constantinopla, convocó un concilio a celebrar en Nicea y recurrió a Adriano, que exigió, entre otras disposiciones, la condena de los iconoclastas y la renuncia al título de obispo ecuménico que tenía el patriarca.

El concilio se reunió en el año 787, y a él acudieron cerca de cuatrocientos obispos, abades y clérigos, aparte de los enviados del obispo de Roma y de Carlomagno. Por deseo de éstos dos últimos, el concilio afirmó que las únicas imágenes que debían adorarse¹, eran las de Jesucristo, su madre María, los ángeles y los santos. Autorizado de este modo el

negocio de las reproducciones santorales, mariológicas, angélicas y trinitarias, los templos, monasterios, conventos y capillas se llenaron de esculturas y de fieles que se inclinaron ante ellas con más veneración que ante los originales, que desconocían por completo y jamás podrían conocer.

Cuando las actas del concilio llegaron a las Galias, sus prelados se escandalizaron, ya que la iglesia galicana sólo soportaba las esculturas e imágenes como ornamento en sus templos, y no como elementos a adorar. El mismo Carlomagno, o alguno de su séquito, combatió dicha adoración en un tratado titulado *Libros carolinus*.

En Hispania las cosas no iban mejor, pues tanto Félix de Urgel como Elipando de Toledo afirmaron que el Jesús evangélico, era hijo natural del dios Yahvé, por su constitución divina, mientras que por su naturaleza humana era un hijo adoptado, de donde dedujo Adriano que, en ese supuesto, la madre de Jesús era una adúltera, lo que no podía aceptarse, por lo que se empeñó en combatir tales declaraciones tratando de sujetar la Iglesia de Toledo a la curia romana.

Cuando, en el año 794, Carlomagno convocó un concilio, en Frankfurt, para terminar de una vez por todas con el espinoso tema de las imágenes, los asistentes rechazaron como sacrílego su culto, desechando el fallo de Roma y del concilio de Nicea del año 787. Nuevamente las armas salieron a relucir para imponer imágenes o quitarlas, y la sangre corrió de nuevo.

Adriano, que pudo mantenerse cerca de un cuarto de siglo a la cabeza del obispado de Roma, incrementó sus tesoros y sus propiedades hasta la exageración. Los Estados Pontificios se hicieron no solamente una realidad cada vez más palpable, sino que se extendieron en una

dirección y otra gracias a las donaciones de Carlomagno, que entregó a la curia romana Teano, Aquino y varias ciudades de Toscana entre las que se encontraba Viterbo. A su muerte, ocurrida a finales del año 795, los tesoros del obispado Romano se habían incrementado en cantidades increíbles, pues si a algo tenía afición Adriano era al dinero y al oro.

Entre los detalles que se desprenden de la vida de este hombre está el de que, según algunos historiadores, concedió a Carlomagno (742–814) la facultad de nombrar obispos o papas, lo que demuestra no que este obispo tuviera dicho poder, sino que el título de papa era común a todos los obispos del judeocaticismo cristológico todavía a finales del siglo VIII. El largo reinado de Adriano, lo hizo testigo y protagonista de numerosas convulsiones en el imperio romano que se pretendía resucitar. La curia romana lo colocó en su empíreo y le dio el título de santo, título que, en la actualidad, se le discute.

Su sucesor en el ya más que ambicionado trono fue León de Arupio, papa León III (772–795).

¹ *Sin idolatría alguna*, afirman las actas, extraña pretensión. Cualquier dios de dioses y señor de señores considera ídolos a sus oponentes, mientras éstos tienen el mismo concepto de ellos y los ven con un desprecio absoluto. La conclusión es apodíctica: toda religión es mera idolatría.

ADRIANO DE VIA LATA. Papa Adriano III. Fue elegido a la muerte del obispo Marín el Galo, papa Marín I, en el año 884. Se afirma de él que había nacido en Roma y su padre era un sacerdote de nombre Benedicto. Fue elegido por los mismos que habían escogido a su predecesor y el método fue el mismo: la compra del cargo.

En la época que le tocó vivir, Italia estaba convulsionada tanto por la situación de

Bizancio como por la inestabilidad que la política del emperador del imperio occidental, Carlos el Gordo arrastraba. A todo esto había que añadir la amenaza permanente del Islam. Para hacer las cosas más insoportables, lo primero que hizo este obispo romano fue echar leña al fuego de las disensiones con Bizancio, excomulgando una vez más al patriarca de Constantinopla Focio, que le pagó con el desprecio más absoluto. Le faltó tiempo, igualmente, para publicar dos decretos. En el primero afirmaba el poder del obispo de Roma para elegir al rey o emperador de Italia que le pareciera y quisiera. Un segundo decreto negaba a los emperadores de Occidente –a los de Oriente ya lo habían negado sus predecesores– derecho o poder alguno para elegir al obispo de Roma, o para mezclarse en su elección.

Estos decretos¹ provocaron respuestas sangrientas y guerras interminables. Italia fue desgarrada, una vez más, tanto por la ambición inconmensurable del obispado romano y sus titulares, como por el enojo de reyes y emperadores que se veían reducidos a meros títeres en manos de dicho obispado, que pretendía utilizarlos o se humillaba ante ellos hasta la indecencia cuando se veía en peligro, y a los que despreciaba cuando los vientos le eran favorables. Nuevas guerras civiles cristológicas ensangrentaron el territorio italiano, mientras que las recriminaciones brotaban de la corte bizantina y los principados latinos.

Adriano de Vía Lata no dispuso de mucho tiempo para envenenar más todavía la situación del judeocaticismo filorromano imperial, pues murió, en el año 885, un año después de su elección, camino de Worms, para asistir a una dieta a la que había sido invitado por Carlos el Gordo. Su sorprendente y sospechoso fallecimiento tuvo lugar en San Cesario,

cerca de Módena, en el año 885, siendo sepultado en la abadía de Nonatola. La corte vaticana lo declaró santo, aunque su culto no ha sido establecido, razón por lo que algunas cronologías, más o menos oficiales, le niegan dicho título. Los manuales franceses sí lo veneran como habitante del paraíso.

A su muerte, el trono fue a parar a manos de Esteban de Vía Lata, papa Esteban V Bis (885–891).

¹ Ante las reacciones que provocaron dichos decretos, y aprovechando la brevedad del reinado de este obispo, faltó tiempo a la curia para afirmar que tales decretos pudieran ser apócrifos, ya que había serias dudas de que hubieran salido de la mano de ese obispo o papa romano. Era uno de los recursos habituales de dicha corte para desautorizar a sus papas sin reconocer, ante sus siervos o rebaños, sus errores y la impertinencia de su publicación y declaración.

ADRIANO EL ROMANO. Papa Adriano II. Fue elegido, a la muerte de Nicolás I, en el año 867, habiendo rechazado el ambicionado trono, en dos ocasiones: siendo sacerdote titular de San Marcos de Roma, y cuando contaba cerca de 75 años de edad. Era hijo del obispo Talaro, y estaba emparentado con la familia de los papas Esteban IV y Sergio II. En contra de lo que se esperaba, pudo mantenerse en dicho trono cinco años más. Adriano estaba casado, siendo su mujer Estefanía, de la cual tuvo una hija, llamada Eleuteza. Es considerado, por este hecho, el último obispo de Roma casado, ya que cada vez se iba imponiendo más la idea de que los sacerdotes no debían casarse con el fin de no dilapidar los bienes de las comunidades y estableciendo, al mismo tiempo, una estructura piramidal y jerárquica en lugar de la federación de comunidades que existió en los primeros siglos. En esta pirámide social, imperial, la cabeza sería la curia romana, con su representante oficial o rey y obispo

de Roma –futuro rey del Imperio Vaticano–. Estaría seguida por la nomenclatura cardenalicia; en un plano inferior se situarían los príncipes mitrados (obispos y arzobispos) y abades; bajo éstos estarían los presbíteros, diáconos, monjes, etc.; mientras que en la base estarían los fieles que mantendrían todo el edificio con su credulidad e impuesta y, en ocasiones, gozosa servidumbre. A pesar de todo, la idea del celibato no se impondría más que con el paso de los siglos, e iría paralela, como sombra al navío, a la permisión de mancebías, queridas y barraganas de papas, obispos y sacerdotes, a la prostitución clerical, secular y regular, de todo sexo, a la pederastia¹, a la homosexualidad conventual y monacal, y a los incestos sacralizados por la clerecía. Admitió en su comunión a varias personas que habían sido anatematizadas por su predecesor, Nicolás, aunque no por ello renunció a colocar al obispado de Roma por encima de los demás obispados, imitando en esto a su predecesor. Una de sus primera medidas, fue la de llamar a los desterrados y liberar a los clérigos presos.

En Oriente, Basilio, elevado por el emperador Miguel al más alto cargo militar, hizo asesinar a su protector y ocupó el trono del Imperio, lo que fue condenado por Focio. El usurpador, depuso al prelado y comunicó la noticia a Adriano, que la recibió con gozo infinito y felicitó a Basilio por la suerte que le había destinado Yahvé, y declarando que su reinado era una bendición del Altísimo. Aprovechó la ocasión para anatematizar a Focio, como lo había hecho Nicolás I.

Por la misma época, Eleuterio se fugó con la hija del papa y su mujer y se refugió en Pavía. El padre de Eleuterio, el obispo Arsenio, se disculpó ante Adriano, que no se dignó escuchar su súplica. Eleuterio, perseguido por los esbirros del obispo

de Roma, y tras sufrir un intento de envenenamiento por sus propios criados, perdió la razón y mató a su esposa y a su suegra. Detenido al instante, fue decapitado delante de los emisarios de Adriano, por orden del emperador, que confiscó todos sus bienes y se los repartió con el papa. Adriano, llevado por la ira y el deseo de venganza, excomulgó a todos los familiares de Eleuterio entre los que se encontraba Anastasio el Bibliotecario (el papa destronado Anastasio III).

Durante el reinado de Adriano II se celebró un Concilio en Constantinopla, por orden de Basilio, en el cual se condenó a Focio, con gran regocijo de los enviados de Adriano, pues éste no podía soportarlo y había tramado su perdición desde que ocupó la silla de Roma.

Trató, como Nicolás I, de mezclarse en los asuntos de Francia, intentona que le valió la amenaza de su rey, ante la cual Adriano recogió velas.

Durante su reinado, fue testigo de las incursiones islámicas en el sur de Italia, que saquearon sus tierras y ciudades.

Adriano moriría a finales de noviembre del año 872, siendo juzgado como un hipócrita y un falso y tan orgulloso y potente como Nicolás I.

Su sucesor en el trono sería Juan el Longobardo, papa Juan VIII Bis II (872–882).

¹ Los escándalos y abusos de los sacerdotes y obispos católicos en sus centros, colegios, seminarios y palacios arzobispales o cardenalicios sobre niños inocentes puestos a su cuidado, que la prensa viene ofreciendo desde finales del siglo XX, no constituyen una excepción en la historia del teofuncionariado del Imperio Vaticano. Constituyen la punta del iceberg, que siempre navegó con él, pero que las condiciones históricas y el miedo a las represalias silenciaron.

ADRIANO FLORENT. Papa Adriano VI. Había nacido en Utrecht, en el año 1459, siendo sus padres unos personajes anónimos. Estudió en Lovaina, y terminó

siendo preceptor de Carlos V. A la muerte de Cisneros, fue nombrado inquisidor general en España. Y, a la muerte de Juan de Médicis, papa León X, fue elegido obispo y papa de Roma por decisión del emperador¹. Su elección tuvo lugar en el año 1522. No quiso cambiarse de nombre, costumbre que se había hecho casi obligatoria entre los obispos de Roma. Pretendió corregir las costumbres del clero y de los cardenales, pero lo único que logró fue ser odiados por unos y otros, y conseguir que la corte lo enemistara con el pueblo romano, que no tardó en desear su desaparición.

Entre las medidas inmediatas que impuso fue la de abolir la venta de cargos y terminar con el negocio de las indulgencias que estaba en manos de los franciscanos. Independientemente del deseo sincero de corregir las costumbres de la corte que gobernaba, resultó ser, con frecuencia, un juguete en manos de Carlos V², haciendo la política que a éste le convenía y oponiéndose a Francia por deseo expreso de Carlos.

No tuvo tiempo para hacer nada más. El 14 de septiembre de 1523, cuando no llevaba siquiera diez meses en el ambicionado trono papal, moría, se dice que envenenado³, tras tres días de penosa y repentina enfermedad.

Según algunos historiadores, Adriano tuvo tiempo, antes de despedirse de este mundo, de dictar el epitafio para su tumba: *Adrianus VI hic situs est, qui nil sibi infelicis in vita quam quod imperare duxit.*

Su sucesor sería Julio de Médicis, papa Clemente VII Bis (1523–1534).

¹ En agradecimiento, concedió al emperador a perpetuidad los maestrazgos de las órdenes militares españolas.

² Se afirma que negó el permiso de procesar, oponiéndose al emperador, al obispo Acuña, uno de los jefes de las comunidades castellanas, al que envió la absolución, que el empe-

rador despreció. Su sucesor en el obispado romano, Julio de Médicis, papa Clemente VII Bis, sería el encargado de conceder al emperador la licencia para procesar a Acuña.

² La casa del médico que le atendió, apareció la misma noche de su muerte, adornada y floreada, con un letrero, en el que se lo mencionaba como libertador de la patria. Algunas crónicas aseguran que dicho médico no tardó en morir envenenado también.

AETERNI PATRIS, I. Título de una carta con la que el rey de la dinastía electiva del Imperio Vaticano, Juan María Mastai-Ferretti, papa Pío IX, convocó el denominado concilio Vaticano I, con el fin de declararse infalible al tiempo que confirmaba, indirectamente, el nacimiento de María, la madre del Jesús evangélico, sin el denominado pecado original.

AETERNI PATRIS, II. Título y comienzo de una carta del obispo de Roma Joaquín Pecci (pontífice León XIII), en la que declara que los estudios de filosofía sólo pueden ser tomados en serio cuando se estudian los trabajos de Tomás de Aquino. Viene a decir, con otras palabras, que la cumbre de la filosofía seria, magistral, vital y fundamental se encuentra en la escolástica, nombre con que se designan los cientos de infolios que Aquino emborrónó en sus ratos de inspiración, que, a juzgar por el resultado, no faltaron en su vida.

AGAPITO EL ROMANO. Papa Agapito II. A la muerte de Martín III (o Marino II), en el año 946, Alberico II, hijo de Marozia, impuso a Agapito como rey y obispo de Roma. Este hombre pretendió sanear su corte y clero, pero se encontró con muchas dificultades, tanto internas como externas, que lo obligaron a pedir ayuda a Otton I, sin que por ello lograra su objetivo. Preparó un concilio, que terminaría celebrando en Ingelheim, en el que participaron prelados franceses y alemanes

con el fin de imponer la paz entre unos y otros y restablecer en su obispado a Artando, antiguo obispo de Reims, que había sido destronado por Hugo con la aprobación del obispo romano Esteban VIII Bis.

En el año 954 murió Alberico II, que había controlado con mano férrea la política de Roma durante más de veinte años. Agapito aprovechó su desaparición para tratar de imponer mayor disciplina en el clero y terminar con la corrupción que imperaba en la curia y los Estados Papales.

Su reinado duró diez años, y, a su muerte, ocurrida a finales de 955, fue sepultado en Letrán. La ambicionada corona-tiara caería en manos de Octaviano de Túsculo, papa Juan XII (955-964).

AGAPITO GIORDANO. Papa Agapito I o san Agapito I. Había nacido en Roma y era hijo de un sacerdote partidario de Símmaco, llamado Giordano, que había sido asesinado en un tumulto cuando los obispos del judeocatolicismo filorromano imperial se desgarraban las entrañas entre ellos para conquistar la primacía absoluta y construir un imperio teopolítico con su credo, dogmas y Cristo. Fue elegido a la muerte del obispo de Roma Mercurio de Proyecto, papa Juan II, en el año 535.

El primer acto que registran las crónicas de este obispo romano, fue el auto de fe en el que quemaba públicamente, y en los templos judeocatólicos, los anatemas que el obispo o papa anterior, Bonifacio el Godo había lanzado contra los amigos del papa Dióscoro, asesinado por orden suya.

Tuvo que acudir a Constantinopla a suplicar a Justiniano que renunciara a la campaña de Italia contra los ostrogodos. No consiguió su objetivo político, pero debido a su intransigencia turbó durante su estancia la posibilidad de

entendimiento entre las diversas sectas que configuraban el judeocasticismo filorromano imperial. Su derrota ante Antimio, que refutó al obispo de Roma en todos los terrenos doctrinales en que se enfrentaron, hizo que éste lanzara todos los anatemas habidos y por haber contra él y contra Severo, Zora y otros obispos. El único delito de Antimio era el de asegurar que las iglesias de Cristo eran todas iguales, y que igual dignidad y poder tenían las de Oriente que las de Occidente, la de Roma incluida. No existía ninguna cabeza que gobernara el conjunto de todas ellas, sino que todas y cada una debían ser gobernadas por sus pastores. Pero Agapito, lo mismo que la gran mayoría de los obispos romanos, no podía aceptar a los acéfalos, pues la doctrina de éstos iba directamente contra su ambición de proclamarse cabeza de la iglesia universal.

Su permanencia en el ambicionado trono no duró un año, pues murió el 22 de Abril del año 536, habiendo sido coronado el 13 de mayo del año anterior. Las causas de su muerte son desconocidas, pero sí pudo saberse que se hallaba en el cielo, por lo que se le honró con el título de santo.

Su sucesor sería Silverio de Hormisdas, papa Silverio (536–537).

AGATONE DE PALERMO. Papa Agatón o san Agatone. Fue elegido y coronado obispo de Roma dos meses después de que muriera el anterior obispo, Domno, a finales de junio del año 678. Era un fraile, muy entrado en años –se dice de él que se ciñó la mitra romana cuando ya se acercaba a centenario–, ilustrado y de gran cultura, que pudo mantenerse en el trono cuatro años más. Al comienzo de su reinado, recibió la carta que el emperador Constantino Pogonato dirigía a Domno pidiéndole hombres de ciencia

para conferenciar con los patriarcas de Antioquía y Constantinopla, y terminar así con los enfrentamientos entre las iglesias de Oriente y Occidente. Domno comunicó la noticia a todas las iglesias que le fue posible y la súplica del emperador se materializó, en un concilio en Bizancio en el que los enviados del obispo de Roma fueron Teodoro, Jorge y Egado de Provenza, el diácono Juan y el subdiácono Constantino.

El concilio, conocido como séptimo concilio general y tercero de Constantinopla, se desarrolló del año 680 al 681, estuvo presidido por el emperador, y en él se condenó la denominada herejía monotelita. Por esta causa se proclamaron anatemas y excomuniones contra Sergio, Ciro, Pirro, Pablo, Pedro y Teodoro, los principales defensores monotelitas de Oriente, acusados de impíos, sacrílegos y herejes. Pero la condena no terminó aquí, pues en el mismo concilio se condenó, por las mismas causas, al papa Honorio (625–638), convicto¹ de sacrilegio, impiedad y herejía.

La condena del papa Honorio tiraría por los suelos la pretensión del obispo Juan María Mastai–Ferretti, papa Pío IX, de hacerse infalible y con él de hacer infalible al obispado romano².

Agatone, a quien se le atribuyen milagros de todo tipo, murió a comienzos del año 682, como consecuencia de una terrible epidemia que asoló la ciudad. La curia romana lo vio en el paraíso judeocatólico, razón por la que se le honró con el título de santo.

Su sucesor sería León el Siciliano, papa León II (682–683).

¹ La ausencia de los acusados –todos muertos–, no constituyó ningún obstáculo para que las sentencias fueran consideradas justas e imparciales. El que en la historia del religionismo cristológico, sobre todo del judeocaticismo papista, jamás fuera una dificultad para la administración de una justicia equitativa el que

los jueces fuesen los principales acusadores, y que los acusados no tuvieran quienes los defendieran, no debe extrañar. Los obispos de Roma y, a través de ellos, sus delegados, su policía supranacional –Santa Inquisición–, como representantes de la justicia divina que ellos personificaban, no hacían más que imitar a su dios, al que en el día del juicio iba a encontrar la humanidad entera como acusador absoluto y juez único de sus acciones.

- ² Posteriormente, para salvar la infalibilidad, ante la condena por herético de Honorio, que tiraba dicha pretensión por los suelos, se afirmaría que el concilio no tuvo ningún valor, puesto que había sido local y no universal. Esta argucia, que se alegó en varias ocasiones sobre asuntos dispares, y que no pasa de ser una estratagema de casuista, constituye una imbecilidad despreciable, que, de tenerla en cuenta, inutilizaría todas las disposiciones y contenidos dogmáticos de los padres de la iglesia, de inspiración personal, y la de los primeros concilios, que fueron todos locales y regionales, empezando por el denominado primer concilio de Jerusalén, que se redujo a una tertulia de amigos iluminada por el mosto. El concilio había sido universal, pues participaron los obispos de Oriente y África, y los representantes de Occidente, que fueron enviados por el obispo de Roma. Por otro lado, salvar o no salvar a Honorio, no tenía mayor sentido, pues no era el único que había tirado la inoportuna e intempestiva infalibilidad de los jesuitas y Mastai–Ferretti por suelos.

AGNUS DEI. Amuleto, fetiche o talismán en forma de medallón de cera hechos con los restos del cirio pascual, en el cual estaba representado el bajo relieve de un cordero e impresa la expresión latina *agnus dei*. Su invención¹ se pierde entre las brumas que envuelven la fundación del judeocatolicismo filorromano imperial, pero su uso se multiplicó cuando Guillermo de Grimoard², papa Urbano V (1362–1370), afirmó que dicho amuleto era el medio más eficaz e infalible para disipar el granizo, la peste, las tempestades, los incendios y los encantamientos. El método era tan seguro, que los obispos de Roma se reservaron la fabricación exclusiva de este amuleto, del cual hacían donación a personas dignas de mérito. El *agnus dei* constituyó siempre

una prueba palpable de la eficacia científica de los métodos teológicos bíblicos y evangélicos, y confirmó durante cientos de años, el valor indiscutible de las verdades predicadas por el papado, verdades que encontraban su fundamento no solamente en sus textos sagrados, sino en su infalibilidad, la inspiración de su paráclito, la verdadera fe, y la verdadera gracia santificante³. Tan eficaz demostró ser en el terreno de la meteorología como en el de la medicina, la agricultura, la santificación personal, la guerra y otros campos, por lo que no faltaron oportunistas que lo fabricaron y comercializaron ilegalmente, a espaldas de la curia papal.

¹ Hay quien encuentra las raíces de estos amuletos en el siglo VII.

² En el primer año de su reinado o pontificado, y según algunos autores, escribió una carta por la que se reservaba su fabricación en exclusiva.

³ Ante el testimonio inexcusable de los hechos, uno cae en la tentación de pensar que los príncipes mitrados que se reunieron en la asamblea del Vaticano II, al dirigirse a los científicos del mundo, y al hablar de la verdadera ciencia y la verdadera fe con la que ellos colaboraron siempre al avance del progreso científico y técnico del mundo –persiguiendo, torturando, quemando y asesinando a científicos, investigadores, historiadores, médicos y sabios–, debieron de tener presentes, a no dudar, la eficacia de los *agnus dei* y otros amuletos para luchar contra las enfermedades, las tormentas, la peste y otras calamidades.

ALBERTO DE BOLLSTADT. (Ver ALBERTO de Laningen).

ALBERTO DE LA SABINA. Papa Alberto¹. Consiguió el trono en el año 1102, tras la desaparición de Teodorico, que había sido detenido por los partidarios del toscano Raniero Rainieri de Bleda, monje cluniacense más conocido como papa Pascual II. Alberto de la Sabina no tuvo tiempo de disfrutar del peligroso trono, porque en el mismo año de su elección

sería eliminado por los asesinos pagados por el papa Pascual II.

La victoria dio la razón a Ranieri de Bleda, y Alberto de la Sabina, lo mismo que su predecesor Teodorico, que no supieron defender su permanencia en el trono del Imperio cristológico latino, serían designados como antipapas.

¹ En algunos listados (Oxford) figura como Alberico, Albert o Adalbert, y su reinado se coloca en el año 1101.

ALBERTO DE LANINGEN. (Alberto de Bollstadt). Fue más conocido por Alberto Magno (1193–1280). Perteneció a la orden dominicana desde la edad de los veinte años. Condicionó los estudios de Tomás de Aquino, uno de sus discípulos predilectos, y la escolástica encontró en él su inspirador indiscutible. Ilusionado con los estudios científicos, y siendo obispo o papa de Ratisbona, se vio obligado a renunciar al cargo cuando sus descubrimientos chocaron por entero con la ciencia bíblica y evangélica, las cuales eran sagradas e infalibles. Defendió la idea de los antípodas, señaló la influencia del Sol y la Luna en los fenómenos naturales y climatológicos; sospechó la relación de los planetas con el Sol, etc. Pero al tratar de ilusionar al mundo judeocatólico con el estudio de la ciencia se encontró una barrera infranqueable dentro del teofuncionariado cristológico contra la que no pudo luchar. Ante la agresividad que levantaban sus estudios y descubrimientos, sobre todo en la corte papal romana, desencantado, abandonó la ciencia y se dedicó al cientifismo teológico bíblico y evangélico, refugiándose en Colonia. A pesar de su heterodoxia en el terreno científico, se lo considera una de las glorias del judeocatolicismo, y uno de los más destacados comentaristas de Aristóteles, razones por las cuales es alabado por los reyes tializados de Roma.

Entre sus trabajos destacan *De unitate intellectus contra Averroistas*; *Summa Theologiae* y *Summa de creaturis*.

ALBERTO DE MAGUNCIA. (1490–1545). Fue uno de los artífices indirectos de la división del judeocatolicismo latino en dos ramas principales, la papista y la renovada. Siendo arzobispo de Maguncia compró el cardenalato, que lo endeudó de tal manera que a punto estuvo de perder puesto y vida. Para salir del atolladero se alió con el rey y obispo de Roma, Juan de Médicis, papa León X (1513–1521). Ambos idearon e impulsaron, a gran escala, la liberación de las almas del “Purgatorio” y su traslado inmediato al cielo, lo mismo que la compra de una parcela en éste para los vivos, por el precio módico de una limosna con certificado de garantía, acción encomiable bautizada con el nombre de indulgencias. De común acuerdo decidieron que la mitad de lo recogido sería para la construcción del templo dedicado a san Pedro, en Roma, y la otra mitad para el arzobispo, que lo destinaría a pagar las deudas contraídas, aspiraciones dignas de todo elogio. Alberto confió el éxito de la operación al dominico Tetzels, quien, encomendándose a dios y al diablo, utilizando las mejores técnicas publicitarias de rigor, el púlpito y el palo, recaudó el oro a borbotones, con gran satisfacción de la corona papal y el cardenal. La contrapartida de esta campaña fue la protesta de Lutero y sus secuelas.

Los sucesores de León X, heredaron el problema creado por este representante de Cristo y su amigo Alberto, y para frenar la trascendencia de la revuelta de Lutero recurrieron a los jesuitas, que desde su nacimiento habían demostrado tener menos escrúpulos para la represión, las conjuraciones y el asesinato de los enemigos que aquéllos lo tuvie-

ron para la estafa y el robo. El resultado final de las maquinaciones jesuíticas fue la liberación de gran parte de Europa del imperialismo religioso pontificio, y los cauces de autonomía abierta por esta liberación. (Ver *Anexo Octavo. Pagar para pecar. El libro de las tasas*).

ALBERTO DE MORRA. Papa Gregorio VIII (en realidad Gregorio VIII Bis¹). Monje benedictino, que fue elegido en Ferrara para ocupar el ambicionado obispado romano a mediados de octubre de 1187, a la muerte de Uberto Crivelli, papa Urbano III. Había sido nombrado cardenal por el obispo de Roma Nicolás de Breakspeare, papa Adriano IV, y canciller, por Alejandro III. El poco tiempo que reinó, lo aprovechó para predicar la Cruzada –guerra de exterminio, en donde se permitían los asesinatos en masa, genocidios, masacres, saqueos, robos, indecencias y violaciones, a mayor gloria del dios Yahvé–Cristo–Espíritu Santo–, contra el Islam. Es considerado un hombre de gran erudición y cultura, que trató de conseguir la paz con el Imperio Germano, lo que no pudo hacer, pues murió, inesperadamente, en un viaje a Pisa, a las pocas semanas de ocupar el trono. Su sucesor sería Pablo Scolari, papa Clemente III Bis (1187–1198).

¹ Antes que él, ya había existido otro obispo o papa de Roma con el nombre de Gregorio VIII: Maurice Bourdin.

ALBERTO MAGNO. (Ver *ALBERTO de Laningen*).

ALBERTONI, Paluzzi Altieri Degli. (Más conocido como cardenal Paluzzo Paluzzi). Hombre ambicioso, pariente del rey del que llegaría a ser el Imperio Vaticano, el obispo de Roma Juan Bautista Emilio Altieri, papadiós y monarca divino más conocido como Clemente X (1670–

1676), al que estaba unido por la boda de la sobrina de éste papa con su propio sobrino. Altieri dio al cardenal su propio apellido, por lo que fue también conocido como cardenal Altieri–Paluzzi.

Juan Bautista era una anciano cuando se ciñó la tiara imperial, por lo que dejó el gobierno de su fabuloso imperio en manos de Albertoni. El cardenal dirigió la corte con mano férrea, ayudado por la Sancta Societas¹ y sus ramas de asesinos consagrados, el Círculo Octogonus y la Orden Negra, compuestas de elementos procedentes de la logia jesuítica y otras parecidas, a los que dirigió con verdadera pasión. Confió la Secretaría de Estado al cardenal Alderano Cibo, con el cual consultaba todos los asuntos de importancia. Siendo él, el verdadero monarca del imperio, no tuvo reparos en declarar que, en el caso de que el papa ordenara asesinar a alguien con el fin de defender la sacrosanta fe católica, la orden debía obedecerse sin preguntar, pues el papa constituía la voz de dios (se entiende el dios Yahvé–Cristo–Espíritu Santo), y sus súbditos, él y la Sancta Societas los primeros, debían obedecer sin dudarlo un instante.

Paluzzi aprovechó el cargo para desvalijar el tesoro papal e incrementar su propia fortuna mientras Clemente X contemplaba babeante sus maravillosas gestiones. Su ambición le creó no pocos enemigos, sobre todo entre los cardenales que vieron frustradas las esperanzas que habían concebido al escoger a Emilio Altieri como papa. Con todo, a la muerte de Clemente X, Benedicto Odelscalchi, que consiguió la ambicionada corona imperial y se la ciñó con el nombre de Inocencio XI (1676–1689), lo confirmó como director de la Sancta Societas.

El convencimiento, en la corte papista, de que el fin –sus propios objetivos– justifica todos los medios, aun los más

detestables y repugnantes, hicieron de Paluzzi el hombre más idóneo para llevar adelante la política cloacal de los pontífices.

Entre sus numerosas víctimas se encuentran el secretario Pal de la embajada francesa en Roma (1670), el jefe del espionaje de Luis XIV, en la misma ciudad, Scipión (1687), el de William Dekerry y el deísta Charles Blount (1693).

Este cardenal, asesino profesional, que bien pudiera haber formado parte, sin desmerecer en absoluto, de la Cossa Nostra, la Camorra y la Mafia actuales, por su querencia al crimen sacralizado por la sumisión "a las órdenes dadas" por sus capos, murió a finales de junio de 1698. La leyenda dio a entender que fue envenenado, lo que sólo podría ser demostrado a través del análisis de sus restos, si los hay. No faltan autores que afirmen que el asesinato de este hombre no constituye una leyenda, sino un hecho histórico.

¹ Se trata del servicio de espionaje de la corte del Imperio Papista. En la actualidad se ha cambiado su nombre y se denomina la Entidad. (Ver *ESPIONAJE Vaticano*).

ALBIGENSES. Uno de tantos grupos judeocatólicos que, al igual que el papista, tiene sus raíces en el judaísmo heterodoxo filorromano. El nombre tiene su origen en la ciudad de Albi, en el sur de Francia, en donde las creencias maniqueas, en oposición a las creencias del papismo imperial, habían echado raíces y se habían consolidado. A comienzo del siglo XIII, los soldados al servicio del papado romano cayeron como una plaga sobre el Languedoc, por orden del rey Lotario de Segni, papa Inocencio III (1209–1229). Al instante iniciaron los asesinatos en masa y las masacres de todos los albigenses, con la disculpa de que estos habían ajusticiado a su emba-

jador Pedro de Castelmar. Los crímenes en nombre de Cristo fueron dirigidos por Arnaldo de Citeaux¹, representante del obispo mencionado y sus sucesores, y Simón de Monfort. A Arnaldo de Citeaux se le atribuye la frase, "Matad a todos, que dios escogerá a los suyos", que ha hecho época en los anales de los crímenes contra la humanidad cometidos por los papas de Roma y el judeocatolicismo occidental.

¹ Conocido también como Arnaldo de Amalrich.

ALBINO LUCIANI. Papa Juan Pablo I. Nació el día 17 de octubre de 1912, en Fordoni Canale, Italia, en el seno de una familia de trabajadores. Juan XXIII Bis lo nombró obispo de Vittorio Veneto. En 1969, fue nombrado patriarca de Venecia. En 1973, fue nombrado cardenal. El día 26 de agosto de 1978, fue elegido papa romano.

Tenía el propósito de hacer varios cambios de importancia en la corte del Imperio Vaticano y varios más en el teofuncionariado papista. Pero, sobre todo, tenía intención de aclarar el estado de las finanzas del Vaticano y la corrupción que reinaba en el IOR (Banca Vaticana), el Banco Ambrosianos, y las oscuras relaciones que existían entre la curia, la mafia, la masonería y personajes como Roberto Calvi, Umberto Ortolani, Licio Gelli y otros mafiosos y asesinos de guante blanco, lo mismo que el papel jugado por el arzobispo Paul Marcinkus, el mismo secretario del Estado Vaticano, el cardenal Jean Villot, la nomenclatura vaticana más reaccionaria y otros criminales de manos consagradas.

Fue inadmisibile. La curia romana todavía no se había recuperado de los sobresaltos, angustias e infartos que había provocado Angelo Giuseppe Roncalli, papa Juan XXIII Bis, para tener que soportar los nubarrones que Luciani anuncia-

ba. Del mismo modo en que la cúspide cardenalicia ignoró el asesinato de Ambrosio Damiano Aquiles Ratti, papa Pío XI, años antes, el Vaticano¹ auspició la muerte del papa Juan Pablo I, al que temió desde entonces como a un tornado. El nuevo papa no tuvo tiempo siquiera de acostumbrarse a la corona imperial. Unos días después de expresar su proyecto de cambio y ordenar los informes del caso, su cadáver, frío y desangrado, era descubierto al amanecer: el politburó cardenalicio no había dormido esperando la noticia. A Marcinkus, Jean Villot y compañía no les pilló de sorpresa el anuncio de su muerte.

El 28 de septiembre del año de su elección Luciani se despidió de este mundo. Su reinado apenas había durado un mes. Una investigación encomendada por Carol Wojtyla, su sucesor en el ambicionado trono, afirmó que podía tratarse de un homicidio moral, o, en el peor de los casos, un asesinato moral, con lo cual se descartó la necesidad de una autopsia independiente de resultados públicos –jamás hubiera permitido hacerla la corte papal– para asegurarse de que su muerte no se debió a un asesinato real². La causa oficial de su muerte fue un infarto. Los viejos fantasmas del palacio vaticano, testigos de tantos asesinatos y crímenes en nombre del pragmatismo imperial y la ambición compulsiva de todos los aspirantes al irresistible y peligroso trono cristológico latino, se revolviéron inquietos en sus nichos una vez más. Pero Carol Wojtyla, que para reinar, tomó el nombre de Juan Pablo II (1978–2005), los tranquilizó. Comenzó por dejar las cosas como estaban, confirmó a Villot y a Marcinkus y a otros como ellos en sus cargos, y aun ordenó que la investigación sobre las causas reales de la muerte de Albino Luciani, y toda la información sobre el caso se archivara para siempre

y no se hablara más de ello. A pesar de todo, y dado la posibilidad evidente del asesinato puro y duro de Luciani, las preguntas brotaron a borbotones de un lado y de otro.³

No conviene olvidar que uno de los informadores que tuvo al corriente al papa Luciani de la singladura económica de la corte vaticana en aquellos tiempos fue el padre Giovanni DaNicola, que presentó al monarca todos los pormenores relativos a la corrupción del IOR (Banca Vaticana), los mafiosos y cardenales implicados en ella, al igual que el papel jugado por la masonería en el Banco Ambrosiano y los pasillos vaticanos. Cuatro días después de la repentina muerte de Luciani, DaNicola apareció suicidado –ahorcado– en un parque de Roma. Aunque había recibido un golpe en la nuca antes de ser colgado, y era miembro de la *Sancta Societas*, en el Vaticano nadie movió un dedo por buscar a sus asesinos. Para un observador imparcial, el suicidio de DaNicola si no confirmaba el asesinato de Luciani, al menos lo hacía posible y probable.⁴

¹ En realidad, en la corte del Imperio Vaticano existían personas y cardenales que deseaban que se terminaran las gestiones mafiosas del secretario de Estado, el cardenal Jean Villot, y del arzobispo Marcinkus, que si estaban llenando las arcas de la corte, también era verdad que lo hacían con el dinero procedente de la prostitución, la venta de armas, el blanqueo de dinero, las comisiones de la mafia y los negocios que le procuraba la masonería, concretamente la logia Propaganda Due (P-2) y su gran maestro Licio Gelli. A todo esto se unía las fructuosas aportaciones de los regímenes totalitarios y dictatoriales –de extrema derecha siempre– que la corte papal estaba ayudando a implantar en Suramérica y otros lugares.

² La hipótesis del asesinato por la nomenclatura cardenalicia que conforma la corte del Imperio Vaticano, es la más aceptada, en algunos medios, aun clericales, para justificar la muerte de Albino Luciani. Su justificación se apoyaría, entre otras causas más siniestras, en la inocencia e ingenuidad de Luciani, que se creyó el papel que le habían asignado.

³ Sin negar la existencia de un oportunismo periodístico y, sobre todo editorial, que nunca suelen faltar en estos casos, no fueron pocos los escritores y periodistas que formularon varias hipótesis, nada ortodoxas, sobre la muerte repentina de Albino Luciani, hipótesis que conviene no olvidar. Uno de los libros que más llamó la atención fue el de David A. Yallop, *In God's Name. An investigation into the murder of Pope John Paul I*. El libro fue atacado por el Vaticano, sus teofuncionarios y teoturiferarios, aunque no por ello dejara de tener menos rigor y lógica, ni quedaran demostradas la pretendida falsedad de sus afirmaciones. A favor de la nomenclatura vaticana surgieron multitud de trabajos, entre los que destaca el de John Cornwell –encargado por el mismo Wojtyla para efectuar la investigación sobre la muerte de su predecesor–, titulado *A Thief in the night*, y sobre todo, el de Lucio D'Orazi, *In nome di Dio o del diavolo? (La morte di Papa Luciani)*, escrito este último con el fin de atacar abiertamente el trabajo de Yallop.

Puesto que las dificultades que opone la corte del Imperio Vaticano a los investigadores independientes, sobre todo humanistas, y aun a los teístas cristológicos y judeocatólicos papistas más irredentos, son harto conocidas, no conviene olvidar el gran número de preguntas que la muerte de Luciani, tal y como la ha presentado la corte o curia vaticana, ha provocado. Un resumen, entre otros, de tales preguntas se encuentra en la obra del historiador Eric Frattini, *La Santa Alianza. Historia del espionaje Vaticano. De Pío V a Benedicto XVI*, (pags. 415–6, 5ª Ed. Espasa Calpe, Madrid, 2005).

⁴ Llama la atención, que el gobierno de Italia no quisiera investigar la muerte de un ciudadano italiano en un “país” tan cercano como es la Ciudad del Vaticano. La disculpa que adujo es que, habiendo ofrecido sus servicios de criminología para investigarla, el Vaticano había rechazado su colaboración.

ALBORNOZ, Gil Álvarez de. Nació en Cuenca, España, en el año 1300, en una familia unida a la nobleza de Aragón y León. Siendo arzobispo de Toledo tuvo que huir a Francia cuando Pedro I sucedió a Alfonso XI. Nombrado cardenal por el pontífice de Aviñón, se distinguió por la sanguinaria represión con la que sofocó los levantamientos de las ciudades italianas que no querían aceptar la autoridad de Esteban Auber, papa Inocencio

VI. Fue el fundador del colegio de San Clemente de Bolonia, Italia. Falleció en el año 1367, en Viterbo, Italia, pero sus restos fueron trasladados a Toledo, España.

ALEJANDRO DEL CAPUT TAURI. (*Pertenece a la leyenda*). Según los listados pontificales vaticanos, obispo de Roma, más conocido como papa Alejandro I. Su primacía se sitúa en los años 106 a 113¹, a la muerte de Evaristo el Hebreo, papa Evaristo (98–105). Tiene tan poco fundamento su historicidad, que todas las afirmaciones sobre este obispo intentan justificarse cargándolas a la tradición. Constituye una de las invenciones para colmar el vacío existente entre la supuesta muerte del Jesús evangélico, en el año 33 del cómputo actual, y la creación de los evangelios canónicos a partir del siglo IV de la era vulgar. Al inasible Alejandro I se le honró con el título de santo, al igual que a la mayoría de las creaciones obispales romanas de los primeros siglos. Entre los ficticios datos biográficos que se ofrecen de este ser evanescente se cuentan los que hacen de él el retoño de una familia patricia original del Caput Tauri; habría nacido en Roma, siendo su padre un tal Alejandro, y habría sido elegido obispo de la ciudad imperial cuando todavía era muy joven.

A este hombre se le atribuye el empleo del agua lustral de los adoradores de los antiguos dioses del Imperio para la expulsión de sus demonios, agua lustral a la que dieron el nombre de agua bendita.

Los listados oficiales lo veneran como santo y mártir, aunque se dice que Ireneo afirma que murió en paz. Sus huesos, que se conservan en Alemania, Francia e Italia, podían servir para dotar a todas las facultades de anatomía de los tres países de esqueletos completos para su estudio.

Su sucesor habría sido Sixto el Romano, Sixto I (115–126).

¹ Otros listados, incluidos los de la corte del Imperio Vaticano, con su *Nihil Obstat*, afirman que ocupó el supuesto obispado de los años 121 al 132.

ALEJANDRO FARNESIO. Papa Pablo III. Se ciñó la ambicionada corona imperial en el año 1534, sucediendo a Julio de Médicis, papa Clemente VII, tras haber comprado los votos no sólo a todos los electores de importancia, sino al Espíritu Santo. Su elección no fue fácil porque se enfrentaba a los intereses de los cardenales Trivulcio, al cardenal de Lorraine y varios cardenales más, partidarios de éstos. Alegaban que era un hombre glotón e incontinente, que no había dudado en hacer de su hija Constancia su querida, y de haber vivido incestuosamente con su hermana Julia, a la que había prostituido con el papa Alejandro VI. Afirmaron delante del cónclave, que el cardenal Farnesio, no se detuvo ahí, ya que siendo un hombre cruel hasta el horror, había mandado asesinar a cinco caballeros que habían compartido con él los favores de su hija y de su propia hermana.

A pesar de la violencia de los ataques que sufrió Alejandro Farnesio, sus agentes ganaron la batalla para él, tras pagar todo lo que exigieron los votantes y tras convencerlos de que siendo un cardenal anciano, achacoso y castigado por las enfermedades venéreas que lo corroían, no podía durar mucho en el ambicionado trono. Para mejor convencer a Trivulcio y a Lorraine, les hicieron una oferta fabulosa que terminó con su oposición. Farnesio era un toscano que había nacido en el pueblo de Carin, siendo sus padres Pedro–Luis Farnesio y Juanita Gaetani. Tuvo por tutores a Pomponius Laetus, que le inició en la cultura clásica, y a Albert Pigglius, que le enseñó matemáticas, astronomía, astrología jurídica y

magia negra. Esta formación le permitió expresarse en sus escritos con una elegancia fuera de dudas y le ayudó a resolver los problemas más complicados de su existencia con el recurso a la magia, la astrología y la nigromancia, más que con el teísmo y la credulidad evangélica.

Algunos historiadores afirman de este santísimo padre y de su hijo Pedro–Luis¹ que fueron dos de los hombres más infames que se vieron jamás en el obispado romano –futuro trono del Imperio Vaticano–, y que sobrepasaron, con creces, las indecencias de los papas Sixto IV, Alejandro VI, León X, Julio II y Clemente VII Bis juntos. Como buen vividor, y no menos cínico, no tuvo reparo en confesar al embajador de España, con motivo de las conversaciones para reconciliar a Carlos V con Francisco I, y según se lee en algunos textos, que para él el papado era una simple realeza que no tenía más fundamento que la estupidez humana, y que su supuesto fundador, Jesús, no era más que un mito como el de Mithra. Dado a las confidencias, ni siquiera respetó la supuesta originalidad de la tiara del obispado romano, que afirmó que no era más que una mala imitación de las mitras de los sacerdotes persas.

Tuvo la habilidad, en contra de sus predecesores, de no temer la convocatoria de un concilio, por lo que se presentó como el primer interesado en su formación. Lo convocó inútilmente en el año 1537, en Mantua, en el año 1538, en Vicenza, hasta que se materializó en Trento, en el año 1544. Ante la imprecisión que tenían todos sus gestos y palabras pudo decirse de él, más que de ningún otro, que moviéndose de arriba abajo sobre una escalera era imposible asegurar si subía o bajaba.

Pablo III, aparte de la convocatoria del concilio, se dedicó a lo que hicieron todos los papas: a la promoción de sus

hijos, bastardos y nepotes. Las crónicas afirman que ofreció el capelo cardenalicio a Guy Ascagne-Esforza de Santa Fiore, joven de dieciséis años, nacido de los amores con su propia hija Constancia; el cardenalato lo ofreció también a un joven llamado como él, Alejandro Farnesio, cuando apenas tenía catorce años de edad, y que era hijo de Pedro-Luis Farnesio, siendo este último hijo bastardo y preferido de Pablo III. Nombró, a pesar de la oposición de su familia, a varios cardenales ajenos a su entorno con el fin de preparar un frente para luchar contra los Reformadores, a los que combatió con todo tipo de armas.

El papa trató por todos los medios de que Carlos V se lanzara a una guerra de exterminio contra Lutero y sus seguidores, y por ello solicitó el encuentro con el emperador, encuentro que tuvo lugar en el palacio de Letrán en Roma. Pero el emperador tenía muy claro que no pensaba lanzarse a una guerra de religión, cuyo resultado era incierto, cuando estaba comprometido en una guerra sin cuartel con Francia.

Tras la apertura del concilio, al que se negaron a acudir los Protestantes, en la zona de Trento se declaró la peste, por lo que Alejandro Farnesio, en el año 1547, lo trasladó a Bolonia, y, tras la celebración de la segunda sesión, su continuación se suspendió hasta nuevo aviso.

Mientras tanto, saltó a la palestra un incondicional del papismo, Ignacio de Loyola, fundador de la logia jesuítica, que se entregó con mente y cuerpo al servicio a ultranza del obispo de Roma. Los seguidores de Ignacio afilaron los puñales y se dispusieron a utilizarlos contra los protestantes. Julio III, que recibió en Roma a Ignacio y a sus primeros seguidores, dio el visto bueno a la orden, y no tuvo más que alabanzas para estos fundamentalistas que iban a llenar Europa

de cadáveres con nuevas guerras civiles cristológicas en nombre del despotismo pontificio.

Mientras las luchas entre protestantes y papistas inundaban el mundo bajo un diluvio de sangre y en nombre de Cristo, el hijo del papa Pedro-Luis Farnesio violó y sodomizó, con la ayuda de unos amigos, al obispo Côme Gheri, del que se había enamorado locamente, y que se negaba a reconocer sus insinuaciones y recibir sus caricias. Cuarenta días más tarde, el obispo murió como resultado de la violación y sodomización sufrida y la infección que el hijo del papa le había transmitido. Pablo III, al conocer la noticia, la disculpó como aventuras de críos, y envió a su hijo una bula por la que quedaba libre de cualquier pena que su chiquillada hubiera podido provocar, mientras que los maliciosos protestantes se apresuraron a declarar que "los papistas habían encontrado un nuevo suplicio para llenar el mundo de mártires y santos."

Como los intereses de Pablo III no coincidieron siempre con los de Carlos V, al que traicionó cuando lo creyó oportuno, éste se vio obligado a recordarle al papa que no era más que un siervo del emperador, y ante la doblez y la hipocresía del representante de Cristo en la tierra, se dispuso a darle un golpe donde más le dolía. El papa había dado a su hijo Pedro-Luis la plaza de Plasencia, que éste había fortificado. Los españoles prepararon una conjuración que, tras matar al hijo del papa, tomó la provincia entera, expulsando a los soldados del obispo de Roma.

El Santo Padre, al conocer la muerte de su hijo y la pérdida de la provincia, maldijo a Cristo y al emperador, y preparó su venganza, pero a la larga, el tiempo jugaba contra él, por lo que tuvo que aceptar negociar con el emperador cuando éste se lo propuso. Quiso preparar a su

nieto, Octavio Farnesio, segundo hijo de Pedro–Luis, para grandes objetivos, pues en él había recaído el cariño que sentía hacia su hijo muerto. Lo nombró duque de Parma y le confió las tropas que debían defender los intereses del obispado romano, que estaban siendo minados por las tropas españolas. Sin embargo, ante la incapacidad que veía en su nieto, le pidió que regresara a Roma. Octavio, viéndose privado de honores y poderes, traicionó a su abuelo, y, no pudiendo recuperar Parma, negoció con Fernando Gonzaga, mano fuerte del emperador en la zona. Pablo III, al saber la traición de su nieto, abrumado por los años y atormentado por las enfermedades venéreas que le habían reducido a un despojo humano, sufrió varios desvanecimientos. Pero el odio que tenía a Carlos V pudo más que la enfermedad y, tras recuperarse un poco, extendió un documento en el que confirmaba el ducado de Parma a Octavio, que era quien le quitaba la vida con su traición, siempre y cuando rompiera con el emperador. El documento fue retenido por su depositario, que veía que las horas del obispo de Roma estaban contadas.

Alejandro Farnesio, papa Pablo III murió, en el año 1549, tras gozar del cargo, quince años, aunque los últimos estuvo atormentado por la gravedad de sus enfermedades venéreas, y las heridas provocadas por sus supuraciones. A pesar de su nepotismo e indecencia, reconocidos aun por sus panegiristas, las crónicas oficiales de este santo representante de Cristo afirman de él que su reinado fue uno de los más fructíferos para el papismo y la monarquía pontificia.

Quien ascendió al trono obispal romano, tras su muerte, fue Giovanni Maria Ciochi del Monte, papa Julio III.

¹ Tuvo cuatro hijos reconocidos.

ALEJANDRO LUDOVISI. Papa Gregorio XV. Nacido en Bolonia, estudió con los jesuitas, y terminó siendo obispo de su ciudad natal, alcanzando el obispado de la antigua ciudad imperial a la muerte de Camilo Borguese, papa Pablo V, en el año 1621, cuando tenía ya setenta años de edad, y gracias a la ayuda que le prestaron los jesuitas, de quienes era un incondicional.

Gracias a las misiones que le fueron encomendadas, tanto en España como en Francia, antes de ceñirse la corona pontificia, se había convertido en un diplomático excepcional y un espía fuera de serie. Cuando, deseando hacer carrera, se instaló en Roma, Borguese le encomendó la reforma de la *Sancta Societas*, el servicio de espionaje vaticano, que medio siglo antes fundara Pío V.

Al ocupar el ambicionado trono, lo primero que hizo fue nombrar cardenal a su sobrino Ludovico Ludovisi y le encomendó la dirección del servicio secreto, que tuvo como misión especial y urgente la derrota de Federico V frente a Maximiliano de Baviera.

Como monarca absolutista y totalitario, su política de represión del catolicismo reformado fue contundente y eficaz. Los hijos de Ignacio, aleccionados por él, recorrieron Bearn, el puñal en una mano y un crucifijo en la otra, quemando templos y degollando a los hugonotes y disidentes, ofreciendo un ejemplo de caridad evangélica y provocando todo tipo de guerras civiles cristológicas y de matanzas a mayor gloria de su trinidad¹. Ludovisi dio un impulso definitivo a la Congregación de Propaganda Fide, que actuó en todos los frentes del imperialismo religioso, fortaleciendo los antiguos mercados y abriendo nuevas colonias. Los ejércitos de Felipe III de España, en la medida en que pudieron hacerlo, recorrieron las regiones de los Países Bajos que se habían separado de España, aleccionados por los domi-

nicos, los franciscanos, los agustinos, los carmelitas y los jesuitas, quemando templos y exterminando a los judeocatólicos reformados que no querían someterse al papado. La "Unión Protestante" fue destruida gracias al apostolado exterminador de este representante de Cristo, para quien su propia gloria y la de su secta estaba por encima de toda consideración humana y divina.

Pero si en algo se distinguió este hombre fue en la promoción de sus parientes, es decir, en el nepotismo, que en el poco tiempo que ocupó el cargo, dos años, ejerció con inefable generosidad y sin parar en medios.

Mientras se dedicaba a masacrar a judeocatólicos reformados, apoderándose a la vez de sus riquezas, mientras con un celo digno de mejor causa promocionaba a su familia otorgándole todo tipo de sinecuras, mientras trataba de fortalecer el papismo, que amenazaba ruina por todos los costados, tuvo tiempo para colocar en el cielo² al mayor número de incondicionales, entre los que se encontraban Teresa de Ávila, Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Luís Gonzaga y Felipe Neri, honrándoles con el título de santos.

Alejandro Ludovisi, papa Gregorio XV, moriría en el año 1623, dejando tras sí una Europa ensangrentada por la guerra de los Treinta Años.

Su sucesor sería Maffeo Barberini, papa Urbano VIII (1623–1644).

¹ La mayoría de los historiadores afirman que el papa Gregorio XV fue quien provocó la Guerra de los 30 años.

² Teniendo en cuenta que el paraíso judeocatólico se encuentra, más allá de los límites del universo, dadas las distancias cósmicas que existen, la Virgen Santísima y los afortunados enviados al cielo por este hombre y por todos los obispos de todas las iglesias (1), aunque se desplacen a la velocidad de la luz hacia su celestial destino, tienen todavía varios milenios por delante de camino antes de alcanzarlo. (Ver *El Cielo*).

(1) No hay que olvidar que todas las iglesias, tanto de Asia como de África, ortodoxas como latinas, griegas como romanas, de Poniente y Levante, del Norte como del Sur gozan del privilegio de enviar a sus hombres más destacados al cielo y de declararlos santos. Que la corte del Imperio Vaticano quiera gozar de ese privilegio en exclusiva, es otro cantar, que no tiene más fundamento que la arrogación de un derecho que no le pertenece: la historia, la tradición y magisterio de los primeros siglos del judeocatolicismo desacredita totalmente esta arrogación del obispado de Roma.

ALEJANDRO OCTAVIANO DE MÉDICIS.

Papa León XI. Había nacido en Florencia, el día 2 de junio de 1535, y entre sus antecesores familiares se encontraba Juan de Médicis, papa León X. Fue obispo de Pistoia y Florencia, y Hugo Buoncompagni, papa Gregorio XIII, le concedió el capelo cardenalicio. Conocía la corte imperial judeocatólica –curia romana– a la perfección y los males que azotaban al judeocatolicismo papista. Su elección papal, tras la muerte de Hipólito Aldobrandini, papa Clemente VIII Bis, en 1605, fue patrocinada por el bando francés, a pesar de que no era del agrado del rey de España, Felipe III, ni de los dominicos ni de los jesuitas, como tampoco lo fue para la corte o curia romana, a la cual pretendió poner freno. Fueron muchos los enemigos que se echó encima, por lo que no pilló de sorpresa su asesinato, que tuvo por mano ejecutora, según las versiones más comunes, a los jesuitas, que lo habrían envenenado en cuanto conocieron su intención de suprimir su orden¹. León XI duró en el peligroso y ambicionado trono imperial del día 1 de Abril de 1605 al día 27 del mismo mes y año: 26 días en total.

La corona vaticana fue a parar a manos de Camilo Borguese, papa Pablo V (1605–1621).

¹ Las versiones oficiales jamás mencionan la administración del veneno o el uso del puñal

para expresar la repentina desaparición de los obispos de Roma, que en ocasiones no duraron en el ambicionado trono ni una semana. Como en este caso, se limitan a señalar que el ilustre personaje enfermó repentinamente, muriendo a los pocos días.

ALFONSO BORJA. (Alfonso Borgia o Borjia). Papa Calixto III Bis¹. Fue escogido para ocupar el ambicionado trono, a la muerte de Tomás Parentucelli, papa Nicolás V Bis, a comienzos de abril del año 1455, en un cónclave de 15 electores, en el que cuatro, con Borja, eran españoles. Había nacido en Játiva, Valencia. Fue profesor de derecho y secretario del rey Alfonso de Aragón. Cuando se ciñó la tiara pontificia tenía 78 años; la conservó tres años más, pues falleció en 1458. Si algo puede decirse de este hombre que, como dicen algunos historiadores, poseía más ambición que años, fue que no olvidó favorecer a todos los miembros de su familia con los cargos más envidiados de la curia romana. Rehabilitó, también, la memoria de Juana de Arco y procuró fomentar el entendimiento entre los príncipes y reyes europeos con el fin de luchar contra la amenaza turca. Estaba tan obsesionado con los turcos que, en el año 1456, con motivo de la aparición de un cometa y el establecimiento de los turcos en Europa, decretó solemnes rogativas públicas y estableció el *Angelus* del mediodía, pues relacionó, gracias a su infalibilidad, que él mismo ignoraba², la aparición del cometa con los turcos. La súplica establecida por este obispo o papa de Roma tenía la forma siguiente: *De los turcos y del cometa, libranos señor.*

Entre las acciones suyas que más trascendencia tendrían para el futuro, está la elevación a cardenal y a vicerecanciller de la iglesia de su sobrino Rodrigo Borja, a quien la historia conocería con el nombre de papa Alejandro VI.

Alfonso de Aragón, que no había dudado en acusar al papa de incestuoso con su hermana y sus sobrinos, al prepararse para alcanzar Roma con sus ejércitos, murió ante los muros de Génova, al parecer envenenado por orden del papa; el papa Alfonso Borja declaró nulo su testamento e impidió la coronación de su hijo Fernando. Cuando éste se dispuso a combatirlo, no pudo hacerlo: el papa cayó destrozado por un ataque agudo de gota que terminó llevándolo a la tumba. Calixto III murió a comienzos de agosto del año 1458. Su sucesor sería Enea Silvio Piccolomini, más conocido como papa Pío II (1458–1464).

¹ El primer obispo de Roma con el nombre de papa Calixto III fue Juan de Struma, elegido en el año 1168. Tuvo que renunciar al cargo, en el año 1178, por la falta de apoyo material de los electores que lo habían designado papa y las veleidades del Espíritu Santo, que lo abandonó a su suerte. Habiendo llevado las de perder cuando luchaba por mantenerse en el cargo frente al rey y papa Alejandro III, pasaría a los listados oficiales con el título de antipapa.

² La infalibilidad del rey del Imperio vaticano fue descubierta por Juan María Mastai-Ferretti, papa Pío IX, y la colaboración ciega de los jesuitas, en el siglo XIX.

ALIANZA, La Santa. (*Sancta Societas*). (Ver *ESPIONAJE vaticano*).

AMADEO DE SABOYA. Papa Félix V¹. En el año 1439, siendo duque de Saboya y habiéndose retirado de la vida pública al monasterio de Ripaille (Ripaglia), en donde era abad, los obispos reunidos en el concilio de Basilea lo eligieron papa, y en dicho cargo se mantuvo hasta el año 1450. Sin embargo, el concilio que lo eligió, que se había reunido con el fin de deponer a Gabriel Condolmer, papa Eugenio IV, no tuvo la fuerza para eliminar a Gabriel, por lo que, independientemente de los considerandos canónicos, hubo, en la práctica, dos papas.

La elección de este hombre, laico y padre de familia, nada modélico, provocó la oposición de muchos clérigos, pero terminó siendo consagrado. Cuando los años fueron eliminando aristas, Amadeo, que consideraba una pérdida de tiempo ocuparse en los asuntos de gobierno, se refugió en su retiro de Ripaglia y dejó los negocios divinos a sus delegados².

Tuvo la suerte de conocer la muerte de Eugenio IV, pero él no le sobrevivió mucho, pues falleció en el año 1450.

¹ El obispo de Roma Amadeo de Saboya es aún más conocido como antipapa Félix V.

² Otras versiones, tan dignas de crédito como la expuesta, y quizás no excluyentes, afirman que, a la muerte de Gabriel Condolmer, papa Eugenio IV, el 23 de febrero de 1447, obtuvo la disputada corona Tomás Parentucelli, papa Nicolás V Bis, y que éste logró, a través de Carlos de Francia, que Félix V abdicara (en abril de 1449). Carlos habría muerto un año después en su retiro.

AMBROSIO. (340–397). Se considera uno de los padres del judeocatolicismo imperial latino, y tiene el título de santo. Nacido en una familia afortunada, residente en Tréveris, a la muerte de su padre fue conducido a Roma, en donde terminó su formación. Convertido al judeocatolicismo, no tardó en ser elegido episcopo de la comunidad de Milán. Fue consejero del emperador Graciano, y probablemente influyó en la redacción de sus *Decretales*. Impuso el religionismo cristológico cuando el emperador Valentiniano II, influido por Símaco (Símmaco), parecía inclinarse por los cultos tradicionales romanos. Escritor destacado, predicador convincente, político astuto, fue una de las personas que más lucharon por conseguir el poder temporal de los príncipes mitrados del judeocatolicismo triunfante y la independencia de sus jefes. Entre sus escritos se mencionan diversos himnos entre los que pueden citarse *Æterne rerum conditor y lam surgit hora tertia*.

AMBROSIO DAMIÁN AQUILES RATTI.

Papa Pío XI. Alcanzó el trono pontificio romano tras un compromiso entre los grupos progresistas y conservadores, en el año 1922, a la muerte de Jaime della Chiesa, papa Benedicto XV.

Ratti había nacido en Desio, cerca de Milán, el 31 de mayo de 1857, en una familia de la baja burguesía. A los 22 años se ordenó sacerdote. José Sarto, obispo de Roma y rey del Imperio Vaticano, lo quería en la corte, y Ratti abandonó Milán para ponerse a las órdenes de su rey, que lo envió, como representante suyo a varios países europeos. Cumplida la misión encomendada, el monarca lo nombra cardenal y arzobispo de Milán.

Era, por encima de todo, un hombre enigmático, que jugaba a todas las cartas posibles, y que guardaba siempre en la manga un as por nadie conocido. Inasible y ambiguo, desconcertó siempre a todos los que quisieron calar en su interior, pues para ellos fue siempre un misterio. Quienes trataron de comprenderlo y seguirlo chocaron contra una diplomacia excesivamente refinada y tortuosa, que cerraba todos los accesos a cualquier confidencia. En 1929 preparó con Mussolini el Tratado de Letrán, tras dos años de negociaciones secretas. Escribió varias cartas, una de ellas en alemán, para protestar contra todo lo que no era del agrado de la monarquía vaticana. En los prolegómenos de la Segunda guerra mundial, el enfado contra Hitler y su gobierno fue tan grande que quiso romper las relaciones diplomáticas con ellos, y llamar a su embajador (nuncio) a Roma. Su secretario de Estado, Eugenio Pacelli, lo disuadió. En febrero de 1939, Ratti convocó a Roma a todos los obispos de Italia para el día 11–12. Tenía preparado un discurso que pensaba proclamar públicamente. Sin embargo no pudo leerlo, porque murió la noche del día 10. La

versión oficial declaró que murió por un fallo cardíaco. Un memorial atribuido al cardenal Tisserant, y que fue publicado en el año 1972 por *Paris-Match* y *Panorama*, afirmaba que Ratti había sido asesinado por orden de Mussolini, que tenía miedo de ser excomulgado. El autor material del asesinato habría sido el profesor Francesco Petacci, que le habría inyectado una dosis generosa de veneno, en el más puro estilo renacentista y tradicional, con el silencio cómplice de los cardenales que lo rodeaban, entre los que se encontraba Pacelli, su secretario de Estado, el futuro papa.

Los elogios hacia este obispo de la ciudad de Roma y rey del Imperio cristológico latino, que nacieron de los turiferarios de rigor, fueron siempre numerosos, quizás por afán de ocultar el presunto crimen que la corte o curia había cometido con el visto bueno o el silencio cómplice de todos los cardenales en escena, como lo demostrará la rapidez con que nombraron un sucesor para evitar preguntas. Se alaban de él los jubileos que organizó, nada menos que tres, con el fin de recaudar dinero, motivo principal de tales convocatorias. Se ponderan las sucesivas invitaciones a los patriarcas del judeocatolicismo griego para que se sometieran a su soberanía, y se unieran definitivamente al judeocatolicismo latino, bajo la guía paternal del obispo de Roma y rey del Imperio Vaticano, invitaciones que los griegos rechazaron, considerando que el papismo no era más que una secta herética de la Iglesia griega, la única verdadera, y la única fundada por Cristo.

Puesto que debido a las revoluciones filosóficas, políticas y sociales de comienzo de siglo, la pérdida de las colonias europeas había sido muy grave, se señala hiperbólicamente el afán que tuvo Ratti en fomentar, por encima de todo, el impe-

rialismo religioso –misiones, en lenguaje catequético–, con el fin de compensar con nuevas colonias la sangría producida en el Viejo Mundo. Y, como a pesar de sus múltiples ocupaciones le sobraba tiempo, se magnifica el esfuerzo que hizo por descubrir el mayor número de privilegiados en el olimpo judeocatólico, para poder honrarlos con el título de santos. Escritor fecundo, redactó todo tipo de cartas, siendo las de mayor envidia las que escribió sobre la escolástica –elucubraciones de Tomás de Aquino–; sobre la potestad de Cristo Rey, de quien las *Biografías nicenas de Jesús* afirman que nació en un establo; sobre el comunismo, al que odiaba visceralmente porque constituía una amenaza permanente para sus propias colonias, y sobre el humanismo y neopaganismo, que juzgaba un cúmulo de aberraciones.

Ambrosio Damián Aquiles Ratti, fue asesinado, según las memorias del cardenal Tisserant¹, el día 10 de febrero de 1939, siendo su sucesor Eugenio Pacelli, papa Pío XII (1939–1958), que no podía ignorar la sentencia de muerte que pesaba sobre Ratti, y que jamás denunció.

¹ El cardenal Eugène Tisserant, amigo del rey del Imperio Vaticano Aquiles Ratti, que lo llamó a la corte, pasó en ella largos años y tomó nota de un número considerable de sucesos en los que participó, fue testigo o tuvo noticias de primera mano. El día 21 de febrero de 1972 murió. *Paris-Match* recordó su muerte en el número 1191, del día 26 del mismo mes y año. Dos meses y medio más tarde, la misma revista publicó la noticia del asesinato de Aquiles Ratti por orden de Mussolini, y que Tisserant no olvidó. La noticia alcanzó la redacción de la revista gracias a monseñor Roche, depositario de las memorias del cardenal, y el historiador Philippe Saint-Germaint. Los jesuitas, turiferarios compulsivos y vocacionales del papismo, respondieron, en su número del 20 de mayo de la *Civiltà Cattolica*, negando el hecho, apoyando el desmentido que la corte o curia vaticana había ya proclamado. *Paris-Match*, en el número 1204, del 3 de junio de 1972, amplía la información sobre el tema, publicando una carta del historiador

Duilio Susmel, que pretende disculpar a Mussolini, pero al mismo tiempo publicó una carta de Philippe Saint-Germain, en la que el historiador insiste en la veracidad del asesinato.

ANACLETO EL GRIEGO. Presunto obispo de Roma, más conocido como papa Anacleto I. Para este personaje los “historiadores” al servicio del papado romano ofrecen dos biografías o síntesis. La primera puede apreciarse consultando cualquier *Anuario Pontificio* en torno a la Segunda Guerra Mundial; la segunda se percibe ya en el *Anuario Pontificio* del año 1970, si no antes. La primera versión hace de este hombre un obispo de Roma que habría ocupado dicho obispado tras Clemente, del año 100 hasta el 112. La segunda versión lo identifica con Cleto, y su obispado se habría prolongado del año 76 al 88. Hay otras versiones diferentes, siempre míticas, aunque también oficiales, que hacen más problemático saber de quién se está hablando. (Ver *CLETO el Romano*).

ANALES ECLESIASTICOS. Con este nombre se conocen los relatos, más o menos míticos o legendarios del judeocatolicismo latino o Imperio Vaticano. Como su nombre indica hace referencia a la anotación cíclica de los supuestos acontecimientos ocurridos en su seno. La veracidad de tales relatos resulta dudosa, lo que se aprecia, en ocasiones, a simple vista. Cada cual escribió lo que quiso o lo que le ordenaron, corrigió lo que no le gustaba de los escritos anteriores y tachó o interpoló lo que le favorecía. Como ocurre con todos los documentos históricos cuya falta de copias rigurosas, verídicas y confirmadas, y, sobre todo, la falta de documentos históricos ajenos a quienes confeccionan tales anales, dicen lo que sus poseedores quieren decir. Como muestra de lo que afirmamos, es suficiente consultar la

relación de santos y fechas que ofrece la *Leyenda dorada* de Jacques de Voragine¹ y las cronologías oficiales de los obispos de Roma, que rellenan los primeros años del judeocatolicismo filorromano con nombres pertenecientes a personas que jamás pudieron sentarse en su trono por la sencilla razón de que ni siquiera era una posibilidad su existencia. Entre los documentos que cumplen algunas de estas características se encuentran los *Annales Cantuarienses*, los *Annales Fuldenses*, los *Annales Mosellani*, la *Chronica Sancti Benedicti Cassinensis*, el *Chronicon Salernitanum*, y el *Liber Pontificalis*.

¹ Conocido con el nombre de Jacques de Varazze, por el nombre de la localidad cercana a Ginebra en la que se cree que nació.

ANANÍAS Y SAFIRA. Nombres de los esposos que fueron asesinados por el apóstol san Pedro, se supone –echándolo a buena parte– que con la ayuda de su dios Yahvé–Cristo–Espíritu Santo, según narran los *Evangelios*¹, concretamente los *Hechos de los apóstoles*. (*Hech. V, 1–11*). Si se aceptan como históricos dichos relatos, y no se quiere ver en ellos un doble crimen, cometido por la mano de Pedro –y su temible chaira– con la colaboración de la secta de los nazarenos, a la que pertenecía el grupo general de los denominados apóstoles y el mismo Jesús², lo vergonzoso de esta acción, que los sátrapas mitrados de las sectas judeocatólicas –ortodoxas, papistas y reformadas–, encuentran loable, por ser quien es el autor de los crímenes, es que constituye un crimen gratuito, que solo puede tener justificación por la necesidad doctrinal de resaltar la importancia de Pedro y su primacía en la comunidad. Que este matrimonio se reservara de sus bienes una parte ínfima, y quisiera ocultarlo a la comunidad, constituiría una reserva legítima, pues, como se deduce

del contexto, toda su fortuna la habían puesto al servicio del colectivo judeocatólico al que pertenecían. Y Pedro, que pudiera emplear sus supuestos poderes sobrenaturales y la aquiescencia de su dios yahvídico, cristológico y paraclital en defenderse de los perseguidores que por aquellas fechas, y según sus propios testimonios, oprimían a la naciente secta judeocatólica, por una reserva mental –tan alabada en la casuística judeocatólica, jesuítica o no– nacida de una acción legítima, y después de una generosidad que debería agradecerse, asesina imperturbable a este pobre matrimonio. De ser creíble la historia, sería de una repugnancia bochornosa. Pero la historia no es creíble ni puede serlo. El análisis del texto, si puede tenerse acceso a una cuidadosa versión, muestra cómo tal relato tiene un fundamento doctrinal que era imposible que existiera en los años siguientes a la supuesta muerte del protagonista evangélico: existe una organización, una jerarquía, una estructuración piramidal, una planificación, una costumbre, que descubren el paso de los años y de los siglos. Existe una exaltación de la figura del papado, que se apoyará en este crimen para justificar los propios, a todas luces anacrónico en aquellos tiempos, y que habla de una manipulación descarada en defensa del judeocatolicismo papista. El asesinato pontificio de Ananías y Safira, relatado en el *Evangelio*, viene a confirmar la idea de que estos textos, como nadie duda en la actualidad, son posteriores, en varios siglos, a la fecha oficial que el teofuncionariado cristológico ofrece para ellos.

En el caso de que se lean los textos con un mínimo de atención e imparcialidad, se es testigo, en esta escena, de unos asesinatos simples y puros, cometidos a ciencia y conciencia, con alevosía y premeditación, que habría que cargar a

Pedro, y con él a la secta de los nazarenos, que tanta prisa tuvo en ocultar los cadáveres de sus víctimas, como relatan los *Hechos*. La vocación criminal del Cristianismo³ y todos sus papas y sátrapas mitrados, tiene en esta acción su raíz y otra de sus justificaciones.

El relato se presta a una interpretación más terrorífica todavía, y que a juzgar por los hechos narrados por la historia, constituye una práctica habitual entre grupos radicales (fundamentalistas, en lenguaje moderno): ofrece un doble asesinato, cometido por unos individuos –identificados con Pedro y sus sectarios– con el fin de imponer, por el miedo a las represalias, una disciplina de grupo. (*Ver Simón Pedro*).

¹ Puesto que la “buena nueva”, expresión con que se traduce “evangelio” abarca tanto las “*Biografías nicenas de Jesús*” (los denominados tradicionalmente *Evangelios*), como los *Hechos*, *Cartas* y *Apocalipsis*, con el término *Evangelio* o *Evangelios* (buena nueva), en este trabajo, insistimos, se designa, para simplificar, el conjunto de los libros citados. Quien lo desee, puede consultar *Biblia y Evangelios*, con el fin de encontrar la justificación de los cambios de significado que se ofrecen para los términos tradicionales en uso.

² Para una visión más completa del papel de Pedro en las *Biografías de Jesús* y, sobre todo, en los *Hechos*, resulta imprescindible la obra de Arthur Heulhard *Tu es Petrus. L'Histoire et la légende*. (J. Tallandier, Éditeur, Paris, 1904).

³ Hablando con propiedad, del judeocatolicismo general y del papista en particular.

ANASTASIO DE ARSENI. (Anastasio el Bibliotecario). Rey y obispo de Roma, que debiera ser conocido por el nombre de papa Anastasio III¹. Fue hijo del obispo de Gubbio, Arsenio, y una persona de grandes conocimientos y erudición. Hombre decidido e independiente, se refugió, siendo cardenal, en Aquilea, por el odio que había inspirado al monarca de Roma papa León IV, el cual, no pudiendo atraerlo a Roma, en donde pretendía asesinarlo, lo excomulgó. Las versiones

sobre su elección difieren mucho unas de otras. La más común afirma que fue elegido obispo de aquella ciudad cuando ya había sido nombrado para dicho cargo Benedicto el Romano (papa Benedicto III), y que su elección se materializó gracias a los sobornos y a las generosas promesas de su tío a los electores que iban a presentar al emperador, para su aprobación, la elección de Benedicto. Los enviados del cónclave, convencidos por las dádivas de la familia de Anastasio, apoyaron a éste, que no tardó en presentarse en Roma con el séquito imperial, al que se incorporó en su viaje hacia la ciudad. Benedicto tuvo que huir para salvar la vida. Sin embargo, los excesos de Anastasio lo enemistaron con el pueblo, que terminó expulsándolo a pesar del apoyo de los legados imperiales. Su efímera ocupación del peligroso trono obispal romano apenas duró unos meses del año 855, siendo declarado antipapa. El orgullo y prepotencia que lo llevó al pontificado de Roma, a pesar de ser habitual en los aspirantes "de casta" al trono, lo desacreditó por completo.

Sin embargo, otras versiones afirman que, a la muerte de la papisa Juana o a la muerte de León IV, es decir, en el año 855, el pueblo romano y su clero eligieron como obispo de la ciudad a este Anastasio, antiguo cardenal de San Marcos, depuesto por León IV, e hijo del obispo de Gubbio, Arsenio. Sin embargo, en el Laterano fue elegido Benedicto III. El emperador se inclinó, en un principio por la candidatura de Anastasio, y Benedicto tuvo dificultades para conservar la vida. Sin embargo, Anastasio III, al presentarse en San Pedro de un modo violento, juzgado sacrílego por el pueblo, perdió las simpatías y el apoyo popular. La multitud, para no prolongar la lucha entre partidarios de uno y de otro, se inclinó hacia Benedicto, que

permanecía prisionero en el Laterano. Cuando Benedicto ocupó el trono papal, para no enemistarse con el emperador, partidario de Anastasio III, "perdonó" a su oponente, que terminó elegido abad del monasterio de Santa María in Trastevere, donde se supone que murió, en el año 879.

Algunos autores hacen de este hombre, del siglo IX, el autor del *Liber Pontificalis*, que sirvió como base para establecer la cronología oficial de los obispos de Roma y reyes del que terminaría siendo el Imperio Vaticano.

Ambiciones aparte, Anastasio fue uno de los hombres más cultos de su tiempo, y que llegó, como jefe de la Curia Romana a imponer su visión de la ortodoxia. Dominaba el griego y lo demostró traduciendo obras de Nicéforo, Sincelo y otros autores para componer una de sus obras más destacada, *Cronografía Tripartita*, de gran interés histórico.

En las luchas entre el patriarcado o papado de Constantinopla y el obispado o papado de Roma, Anastasio puso en manos del obispo romano las *Decretales*, falsificaciones oportunas, con lo que éste pudo elevarse sobre aquél sin ningún escrúpulo.

A pesar de los enemigos que tuvo, su habilidad y conocimientos, le permitieron salvar todas las borrascas que lo amenazaron, que fueron muchas, pues fue envidiado por su papel decisivo en defensa del obispado romano.

¹ En algunos listados oficiales se lo conoce con el nombre de antipapa Anastasio III.

ANASTASIO EL BIBLIOTECARIO. (Ver *ANASTASIO de Arsenio*).

ANASTASIO EL IGNORADO. Obispo de Roma más conocido, entre quienes lo mencionan, como papa Anastasio II. Las noticias sobre este obispo mítico no

abundan, pues si realmente disputó el trono a Inocencio de Albano (papa Inocencio I), y presunto hijo del obispo de Roma o papa Anastasio I, los documentos que pudieran confirmarlo no existen o siguen desaparecidos, de tal modo que es difícil encontrarlo en los listados papales, aun entre los denominados antipapas. ¿Pudiera haber ocupado el obispado de Roma en la primera ausencia de Inocencio de Albano, papa Inocencio I, que huyó de la ciudad del Tíber, en el año 405¹, cuando las tropas de Alarico la tenían sitiada, ausentándose de ella, según algunas crónicas, durante dos años? ¿Quién puede afirmarlo? Anastasio II, según algunas versiones habría sido perseguido por las tropas de Inocencio de Albano, y se desconoce su destino y la fecha de su muerte.

¹ La fecha exacta es incierta. Oscila entre ese año y el 408.

ANASTASIO EL PATRICIO. Papa Anastasio III Bis¹. Ocupó el trono romano a la muerte del papa Sergio III, y su reinado se prolongó desde la primavera del año 911 hasta el verano del año 913. Nada puede decirse de este hombre, salvo que su familia era patricia de cuna, siendo su padre un hombre llamado Luciano, y que sus actos fueron, con mucho, los menos indignos de todo el pontificado romano; a tanto llegó su honradez que nada digno de mención se encuentra en su biografía. Se afirma, y quizás para colorear su vida, que gracias a su intervención se evangelizó al inocente pueblo normando del rey Rollón, lo que tuvo una importancia capital para el desarrollo del poderío de los obispos de Roma. Le sucedería en el trono Landón de Sabina, papa Landón (913–914).

¹ Ya existió otro obispo romano con ese nombre y número, Anastasio de Arsenio (855).

ANASTASIO EL ROMANO. Papa Anastasio II (en realidad, Anastasio II Bis). Logró el ambicionado trono en el año 496, a la muerte de Gelasio. Amigos y enemigos afirman de él que cambió la política de dureza que sus predecesores habían adoptado contra las iglesias de Oriente, que despreciaban las pretensiones de los obispos de Roma de colocarse por encima de los patriarcados de Alejandría, Jerusalén, Constantinopla y Antioquía. Anastasio prefirió tratar de reconciliarse con ellas, eliminando todas las aristas posibles. Esta actitud fue despreciada por los romanos, que aspiraban a la supremacía sobre todos los obispados y, si posible fuera, sobre el conjunto de ellos, y a convertirse en jefes absolutos del judeocatolicismo filorromano imperial, por lo que escribieron sobre él todo tipo de injurias. Él, por su parte, escribió al emperador de Oriente Anastasio I, declarando que firmaba como legales las ordenaciones y bautismos hechos por Acacio.

Las leyendas afirman que, durante su corto reinado, del año 496 al 498, tuvo lugar la conversión del rey franco Clodoveo (Clovis), y sus hermanas Albofreda y Luadechilde, que el obispo San Reim bautizó y ungió, suceso que, con el tiempo, tendría una importancia capital para el destino de Occidente.

Las negociaciones en Constantinopla se acomodaron a los deseos de todas las partes, y los enviados del obispo de Roma se comprometieron a firmar, entre otros, el *Documento conciliatorio* (el *Henoticon*) de Zenón. Hecho esto, los enviados de Anastasio embarcaron para regresar a Roma. Sin embargo, no pudieron entregar el resultado de las conversaciones a su señor: cuando llegaron a puerto, les alcanzó la noticia de que Anastasio había muerto.¹

La posición ambigua y condescendiente –hay quien asegura que por razones políticas y de poder– con respecto al denominado monofisismo y otras corrientes que tuvo este obispo romano –o se desprende de su conducta–, le merecieron el título de herético, lo que no impidió que a su muerte, ocurrida en el año 498, fuese visto en el emperio judeocatólico y honrado con el título de santo.

Al comprobar el comportamiento de este obispo romano que, con todos los defectos que puedan atribuirse a cualquier hombre, mantuvo una política de concordia y amistad con la totalidad de las iglesias, tanto de Oriente como de Occidente, por encima de la ambición que habían demostrado sus predecesores, demostrarían sus seguidores y demostraron siempre los propios ciudadanos romanos, resulta llamativo que haya sido vituperado e injuriado por todos precisamente por aquellas virtudes de amor, amistad, respeto y caridad que lo acercaron más al supuesto Cristo evangélico predicado por el judeocatolicismo oficial.²

El sucesor incluido en los listados oficiales de este obispo romano fue Símmaco el Sardo, papa Símmaco (498–514).

¹ Los incondicionales del Imperio Vaticano, llevados por su afán de adulación, y expresando el sentir y el orgullo de la curia romana, no dudan en afirmar que este obispo, de haber podido recibir la respuesta del emperador y la iglesia constantinopolitana, los hubiera excomulgado. (Cons. Giuseppe Arienti: *Los Papas*).

² Dante, haciéndose eco del odio que había suscitado entre el clero y los fieles romanos la conducta conciliatoria de este obispo, lo colocó en su *Infierno*.

ANASTASIO MASSIMI. Papa Anastasio I. Según algunos autores, entre los que se encuentra el denominado san Jerónimo, al parecer amigo suyo, era romano, hijo de Máximo, y ocupó el obispado romano el año 399, a los pocos días de la muerte

del obispo Siricio. Luchó contra los judeocatólicos donatistas y contra Orígenes. Excomulgó a Rufino, sacerdote de Aquilea, que publicó una versión latina de la *Apología de Orígenes*, atribuida al mártir Pánfilo, denominado el Santo.

Según las crónicas, en su tiempo, la iglesia hispánica celebró su primer concilio, en Toledo.

Se afirma de él que murió en el año 401¹. Como sucedió con la mayoría de los presuntos obispos de Roma de los primeros cinco siglos, sería colocado en el emperio judeocatólico y honrado con el título de santo.

El trono vacante fue ocupado por Inocencio de Albano, papa Inocencio (401–417).

¹ Algunos autores afirman que murió un año más tarde.

ANATEMA. El significado que se daba y aún se da a esta palabra es el de condenado, excluido, y, por lo mismo, sujeto del odio de la comunidad y merecedor de la muerte. El origen del significado –la palabra es griega– proviene de la palabra hebrea “herem”, con la que se designaban la excomunión definitiva de un colectivo, tribu o pueblo –en este caso el pueblo de Israel o de Judá–, y se pedía para él la venganza del dios yahvídico y el odio de los hombres. Este significado sirvió para justificar todas las torturas y crímenes cometidos por los sacerdotes, obispos, cardenales y pontífices o papas del judeocatolicismo latino, es decir, del teofuncionariado cristológico, a lo largo de su historia, para mantener y extender su divina revelación. Actualmente el uso de este recurso es exclusivo del rey del Imperio Vaticano; cualquiera que pretenda utilizarlo, sólo puede hacerlo por delegación de dicho monarca.

ANDURAIN, Marguerite d’. (Marga). Hija de un juez francés y esposa del Vizconde

Pierre d'Andurain, con quien se casó a los 17 años. Hablaba correctamente el árabe. En 1918 trabajó para el espionaje francés. En 1925 se divorció y se caso con un jeque árabe. Tras la muerte del jeque –se la señaló como autora de su óbito– volvió a casarse con su primer esposo, lo que hizo en 1937. A las pocas semanas de celebrarse la boda, el cadáver de Pierre d'Andurain apareció apuñalado. Tras la ocupación de Francia por los alemanes, trabajó para los servicios secretos de los invasores, dirigidos por Reinhard Heydrich. No tardó en ser reclutada por el servicio secreto del rey del Imperio Vaticano, en aquellos tiempos Eugenio Pacelli, más conocido por papa Pío XII. Estuvo en contacto directo con el obispo Alois Hudal, de origen austriaco, responsable del Pasillo Vaticano, creado por Pacelli y su corte para ayudar a escapar de la justicia a los criminales de guerra alemanes del partido nazi. Buena marinera y propietaria de un yate, el obispo Hudal la contrató para que lo utilizara para cruzar el Estrecho de Gibraltar para ir del Peñón a Tánger poniendo a salvo a los jefes nazis al otro lado del Mediterráneo. Entre los invitados a sus cruceros de evasión –los protegidos de Pacelli y su corte, con el fin de que no cayesen en manos de la justicia– se sospecha que no faltaron criminales de guerra de la talla de Adolf Eichmann, responsable del exterminio de miles de prisioneros de los campos de concentración; Reinhard Kops, responsable de la deportación y exterminio de los judíos de Albania y colaborador de la *Sancta Societas*, el espionaje vaticano; Erich Priebke, uno de los responsables de la Gestapo en Italia, que ordenó, con otros de sus pares, los asesinatos y genocidios bautizados con el nombre de Masacres de las Fosas Ardeantinas, y el comandante de Treblinka, Franz Stangl.

Marguerite no pudo dedicarse mucho tiempo a esta tarea. El día 5 de noviembre de 1948, aparecería muerta en las aguas de Tánger. Quienes investigaron el caso sospecharon, entre otros, de los servicios secretos del rey del Imperio Vaticano, Pacelli¹. El espionaje papal habría movilizó a uno de sus hombres de máxima confianza, al sacerdote Nicolás Estorzi, alias el Mensajero, a deshacerse de ella. La mujer sabía demasiado y se afición a los hombres no era la mejor garantía para su silencio. Un golpe contundente en la cabeza demostró que la causa de su muerte no fue un accidente.

¹ Las sospechas recayeron también sobre los judíos y los mismos agentes de la Operación Odessa que colaboraban con el Vaticano en el salvamento de los criminales de guerra.

ANGELO CORRARIO. Papa Gregorio XII. Había nacido en Venecia, y terminó siendo monje franciscano. Alcanzó el obispado de Roma en el año 1406, a la muerte de Cosme Megliorati, papa Inocencio VII, con gran escándalo de la línea papal que el Espíritu Santo tenía establecida en Aviñón. Este papa romano, elegido cuando tenía 80 años de edad, intentó, por todos los medios, lograr la abdicación del papa Benedicto XIII, que reinaba en Francia. Dicha abdicación era imposible, puesto que al papa Benedicto XIII le asistía más derecho que al romano para permanecer en el trono, no solamente porque había sido elegido por el Espíritu Santo con todas las garantías canónicas de rigor, sino porque era más antiguo. Ante la imposibilidad de llegar a un entendimiento, Gregorio XII, que, fue elegido porque al parecer tenía un pie en la tumba, comenzó a disfrutar del ambicionado trono y a comportarse como un monarca absolutista de una venalidad ejemplar. Mientras tanto, se convocó una asamblea de cardenales y obispos de ambos

partidarios, en Pisa, con la finalidad de terminar con este rompecabezas de origen divino. Esta asamblea, manejada por el cardenal Baldassare Cossa, que se reunió en el año 1409, decidió deponer a los dos papas –prueba irrefutable de que las asambleas de obispos estuvieron siempre por encima del papado, al menos cuando el papado y su corte eran más débiles que las asambleas o concilios– y eligió otro papa, realeza electiva que recayó en Pedro Filargo, más conocido como papa Alejandro V, y al que toda Roma rindió homenaje. Esta nueva elección, que contaba también con todas las garantías que el Paráclito confiere a tales asambleas y decisiones, lo único que hace es aumentar la confusión que reina ya dentro del religionismo judeocatólico latino, puesto que ninguno de los dos papas anteriores está dispuesto a renunciar al cargo, y cuentan ambos con argumentos suficientes para oponerse a la decisión del concilio de Pisa, lo que da como resultado que, en lugar de un papa, o dos a lo sumo, ahora, por decisión del Santo Espíritu, existan tres. Gregorio XII, convocó el concilio de Cividale, en el que condenó a los dos oponentes que tenía ahora, mientras que el papa Benedicto XIII, prefirió refugiarse en su castillo de Peñíscola, en el Reino de Valencia, ante las amenazas de muerte que siempre rondaron el papado. De todos modos, el reinado del papa Alejandro V no duró mucho tiempo, pues a los cuatro años de reinado moriría envenenado, al parecer, en Bolonia, por el cardenal Baldassare Cossa (Baltasar Cossa), que ve en esta ocasión la oportunidad de hacerse con el papado. Se reúne, pues, un nuevo conclave en Bolonia, con el fin de nombrar sucesor al fallecido Alejandro, y Baldassare es proclamado papa, tomando el nombre de papa Juan XXIII. Gregorio XII, sería depuesto, lo mismo que Baldas-

sare Cossa, por el concilio de Constancia, convocado por el emperador Segismundo, y moriría a la edad de noventa años. La situación, a la muerte de Angelo Corrario, papa Gregorio XII, es que existen dos papas, por orden de antigüedad, Benedicto XIII (en Peñíscola), y Baldassare Cossa, Juan XXIII (en Roma), que no están dispuestos a renunciar ni aceptar la deposición.

ANGELO GIUSEPPE RONCALLI. Papa Juan XXIII (en realidad Juan XXIII Bis¹), sucesor de Eugenio Pacelli, Pío XII.

Había nacido en Brusico di Sotto il Monte, cerca de Bérgamo, a finales de noviembre de 1881. Fue el cuarto de una familia de 13 hijos. Su inteligencia lo hizo destacar y pronto se lo verá estudiando en el seminario diocesano de Bérgamo. Enviado a estudiar a Roma, en el año 1904, tras los actos iniciáticos –ordenación, en lenguaje sacristial– consigue el diploma de sacerdote y pasa a formar parte del teofuncionariado cristológico del Imperio Vaticano. Ambrosio Damían Aquiles Ratti, papa Pío XI, lo envía de visitador apostólico a Bulgaria y Turquía. En el año 1953 es nombrado cardenal y patriarca de Venecia, con lo que se le abría la posibilidad de llegar un día a ser el rey divino del Imperio Papista. Esa posibilidad se materializó el día 28 de septiembre de 1958.

Fue escogido, por su avanzada edad, ante la imposibilidad de que las facciones que querían colocar en el cargo a sus preferidos pudieran llegar a un acuerdo. Los electores y sus padrinos confiaban en que no sería difícil manejarlo y, sobre todo, confiaban en que la muerte lo sorprendiera cuando la ventaja fuese decisiva para colocar a sus peones en el ambicionado trono. Fue una expectativa vana. Roncalli, a pesar de la edad y su porte bonachón, no era manejable: era

un peso pesado. Por su parte, Roncalli fracasó en su intento de hacer olvidar el personaje que antes que él había tomado su mismo nombre y número: la figura estelar de Baltasar Cossa, mal que pese a la curia o corte romana, es demasiado imponente como para poderla olvidar.

Roncalli, al que se tiene por un obispo romano entregado al pueblo, como había demostrado ya en su larga carrera y su permanencia en Turquía, tuvo tres objetivos claros en su reinado: la reforma del código de derecho canónico, la convocatoria de un concilio y definir claramente la situación de la diócesis romana, estudio al que dedicó un sínodo. Siendo realista, Roncalli sabía que sus días estaban, por lógica, muy contados, por lo que tales proyectos constituyeron en él objetivos prioritarios y urgentes.

La convocatoria del concilio Vaticano II, convocación que sorprendió a tirios y troyanos, fue inmediata. Pretendía con ello tratar de imprimir una nueva dirección al teofuncionariado papista, a la corte o curia romana y al mismo Imperio Vaticano, lo que, como era lógico, se avveraría a la larga imposible: cualquier cambio serio, sincero y fundamental, podría provocar el derrumbe para siempre de todo el edificio eclesial. Tuvo la suerte de no poder contemplar cómo las transformaciones que se proponía con el concilio sólo sirvieron para no cambiar nada; es más, lo poco que logró cambiar, fue mal recibido por los cardenales de la curia, que no tuvieron inconveniente en repetir lo que uno de ellos no había dudado en expresar: "*Ci vorranno cinquant'anni per rimediare ai guasti che ha fatto alla Chiesa nei cinque anni del suo pontificato*"².

En el año 1961, público una carta, *Mater et Magistra*, que tuvo un éxito rotundo entre los teístas cristológicos; escribió igualmente, una carta dirigida al secretario general del partido comunista y jefe

de la Unión Soviética, Kruchev, a causa de algunos problemas mundiales y la cuestión de Cuba.

Roncalli fue un monarca que despreció totalmente la fenomenología fatimista y su montaje, en abierta oposición a su predecesor, el rey Eugenio Pacelli, papa Pío XII, que confirmó su milagrería y participó en ella a bombo y platillo, haciendo pasear la pretendida imagen de la supuesta aparición por todo el mundo, aunque jamás puso él mismo los pies en Portugal. Durante el reinado de Roncalli, la promoción de Fátima quedó totalmente paralizada, aunque recibiría un impulso decisivo con su sucesor, Giovanni Battista Montini, más conocido por Pablo VI (1963–1978), que no dudó en acudir a dicha localidad, confirmando con su presencia la veracidad de las apariciones, y, sobre todo, con el entusiasmo demostrado por el señor Carol Wojtila, papa Juan Pablo II, que era un ferviente propagador de la milagrería fatimista, y que acudió a Cova de Iría a postrarse ante ella.

Roncalli moriría a causa de un tumor en el estómago, cuya operación era inútil, el día 3 de junio de 1963, a los 82 años de edad.

¹ El primero fue Baltasar Cossa de Procida, Santísimo Padre Juan XXIII, elegido pontífice del judeocatolicismo papista en el año 1410. Renunció a la tiara –obligado– cinco años después de que conquistara el peligroso trono, por lo cual sería honrado con el título de antipapa.

² "Se necesitarán cincuenta años para corregir el marasmo en que ha sumergido a la Iglesia en sus cinco años de pontificado." (Citado por C. Rendina: *I Papi*).

ANICETO EL SIRIO. (*Pertenece a la leyenda*). Obispo mítico de Roma, más conocido por papa Aniceto. Personaje de las leyendas judeocatólicas pontificales, al que se hace sucesor del no menos mítico obispo de Roma Pío I. Habría conseguido

el obispado de la ciudad del Tíber en el año 156 y en él se mantendría diez años (murió en 166), en una época en la que otros autores colocan el obispado romano de Justino el Sirio, lo que expresa la falta de raíces convincentes del obispado romano y sus cronologías –son varias y, en ocasiones, dispares y aun contradictorias–. Fue colocado en el lote de los primeros obispos de Roma, míticos o reales, a los que se divinizó, siguiendo la costumbre romana de hacer divinos a los personajes destacados del Imperio, honrándolos con el título de santo.

Las biografías oficiales sitúan en tiempos de este obispo unas discusiones sobre la celebración de la Pascua, que las iglesias griegas celebraban de acuerdo con el calendario judío, y que este obispo celebraba siguiendo otros criterios que trató de imponer a los griegos.

Los cronistas oficiales le dan como sucesor a Sotero de Fondi, papa Sotero (167–174).

ANILLO. Los anillos fueron empleados, no solamente como elemento de distinción, sino de vanidad y prepotencia, pues en ocasiones valían sumas considerables de dinero, por el oro y engarces preciosos que llevaban. Siendo, con frecuencia, los obispados, abadías, cardenalatos, auténticas satrapías principescas, sus titulares quieren distinguirse y vanagloriarse de sus riquezas y canojías públicamente, de aquí que cuando alguien es honrado con cualquiera de tales títulos, se le entregue el anillo episcopal, cardenalicio, abacial, pontifical, etc., como anticipo de las prebendas a gozar en el futuro. Lógicamente, el obispo de Roma, emperador, rey o zar del judeocatolicismo latino –en la actualidad Imperio Vaticano–, es quien posee el mayor número de anillos: el llamado del pescador, el pontifical, el ordinario, etc. Históricamente, sus poseedo-

res tuvieron oportunidad de utilizar los anillos que quisieron para cometer todo tipo de actos criminales¹ si la ocasión y la época lo permitían.

¹ Los anillos eran, con frecuencia, depósitos de todo clase de venenos y ponzoñas en manos de la nobleza, de los ricos, los abades, obispos o papas. Que tales venenos fueran siempre efectivos es otro cantar.

ANNIBALLE DELLA GENGA. (Anibal della Genga). Papa León XII. Había nacido en el castillo de la familia patricia de los Genga, en Osimo, cerca de Ancona, el 20 de agosto del año 1760. Estudió en Roma, en la Academia de los nobles, y su carrera eclesiástica fue fulgurante, patrocinada por Juan Ángel Braschi, más conocido por papa Pío VI. Fue caballero hierosolimitano, arzobispo y representante papal en las cortes alemanas. En el año 1816, Bernabé Luís Chiaramonti, papa Pío VII, le concedió el título de príncipe cardenalicio, siendo introducido por el mismo papa en la curia romana. Durante el reinado de Chiaramonti se lo verá próximo a Napoleón, al que puso por las nubes en su apogeo y por los suelos en su desgracia, aunque compensó su versatilidad haciendo lo mismo con Luís XVIII.

A la muerte de Chiaramonti, tras un cónclave que se prolongó varios meses, salió elegido Anniballe rey del Imperio Vaticano, que se ciñó la tiara, el 28 de septiembre de 1823, con el nombre de papa León XII.

Una vez ceñida la tiara, resucitó la tortura y los crímenes patibulares a mayor gloria de su dios trinitario, abolidos por los franceses. Le faltó tiempo para felicitar al Fernando VII de Borbón, un personaje repugnante, mezquino y sanguinario, colocado en el trono de España por los Cien mil hijos de san Luís, y tatarabuelo de Juan Carlos de Borbón, clonación suya colocada en el mismo trono por Francis-

co Franco, personaje este último al que la mayoría de los historiadores colocan entre los dictadores más déspotas, fríos y sanguinarios de la época moderna.

Fue odiado por el pueblo, filósofos y humanistas de todo credo y tendencia, al mismo tiempo en que fue amado por fundamentalistas, conservadores y reaccionarios.

Considerado, por las mentes abiertas, un hombre mezquino y cretino tanto como plañidero e hipócrita, dirigió sus ataques contra la Escuela Filosófica y Liberal; reclamó la ayuda de los jesuitas; actualizó las tarifas de la Cancillería apostólica; resucitó los autos de fe, eufemismo para designar los asesinatos patibulares papales y persiguió a masones, judíos y carbonari. Condenó el espíritu de la Iglesia galicana y sus proposiciones; proscribió y condenó el denominado cisma de Utrecht; ayudó a los jesuitas con todo tipo de medios y recursos, poniendo en sus manos colegios y universidades; recurrió al fructífero método de recaudar dinero a base de perdonar cualquier infamia si era bien pagada, para lo cual resucitó el *Libro de las Tasas*, con lo cual se hizo de oro; negoció, con el mismo fin, todo tipo de dispensas, privilegios y sinecuras, que vendió al mejor postor; convocó un jubileo, en el año 1825, para recaudar fondos y llenar sus bolsillos y las arcas de su corte.

Este hombre, fue el hazmerreír de los espíritus más abiertos de la época, que no dudaron en escribir sobre él:

*Alto di corpo e piccolo di cuore,
ristretto nel talento e nel pensiero,
non mosso dalla stima e dall'onore,
disobbligante e privo di maniere;*

*con volto sempre scevro di colore,
siede sul trono senza antivedere,
contornato da birbe a tutte l'ore,
perché tra queste sol prova piacere.*

*O disgraziato popol di Quirino,
un tempo domator del mondo tutto,
gli scettri dispensavi e le corone!*

*Or misero ridotto dal destino,
soffri la sorte tua, véstiti a lutto
e piangi fin che vita avrà Leone¹.*

Annibal della Genga, pontífice León XII, moriría despreciado por el pueblo y Roma entera, el 10 de febrero de 1829.

Tras su muerte, el trono del Imperio Vaticano fue ocupado por Francisco Javier Castiglione, papa Pío VIII (1829–1830).

¹ Larguirucho de cuerpo; de corazón mezquino; De talento nulo; a estrenar, ósea, la mente; Alérgico al honor, grosero, procaz, hiriente; Rebusna al hablar el tializado equino.

La jeta siempre pálida, el color perdido,
subiendo al trono desagua en el retrete;
Y allí, con tahúres, bribones y motetes,
Pontifica, trino y uno, con infalible tino.

¡Oh desgraciado pueblo del Quirino!
¡Tuyo fue el mundo cuando los reinos y
Coronas dádivas de tus manos fueron!

Elegiste a León. Purga, ingrato, tu ceguera,
Que tu llanto no cesará, ni tu amargura,
Mientras ese pendón hice bandera.

ANSELMO DE LUCA. (Ver *ANSELMO de Baggio*).

ANSELMO DE BAGGIO. (Anselmo de Luca). Papa Alejandro II. Se cree que nació en Baggio, no muy lejos de Milán, y había sido obispo de Luca. Fue elegido obispo de Roma, en el año 1061, a la muerte de Gerardo de Borgoña, papa Nicolás II (1059–1061), por una parte de los electores, entre los que se encontraban Pedro Damián y el tortuoso Hildebrando de Soana, que lo ayudaron en todo momento. Sin embargo fue combatido por otras facciones que eligieron a Cadalo (Cadalus), anteriormente obispo de Parma, que contaba con el apoyo de los par-

tidarios del emperador Enrique III, y que tomó el nombre de papa Honorio II. En la lucha entre ambos obispos y sus partidarios, el protegido por Hildebrando llevó, en un momento dado, las de perder, pero terminó ganando la batalla gracias a la ayuda decisiva de Godofredo de Lorena, por lo que Cadalo tuvo que abandonar Roma y refugiarse en su obispado de Parma, en espera de mejor ocasión.

Una vez asegurado en el trono, Alejandro, en unión del Obispo de Colonia, Annon, conspiró para arrebatar la corona a Enrique. Annon se apoderó del joven rey, convocó una dieta, condenó a Cadalo y confirmó a Alejandro II en el obispado de Roma, y, como era de prever, depuso a la regenta, que no pudo actuar a tiempo ni defenderse. El golpe de mano de Alejandro y Annon iba dirigido a colocar la corona imperial sobre Godofredo de Lorena.

Honorio, entre tanto, se puso en contacto con Godofredo, que no parecía satisfecho con la lentitud con la que obraba Alejandro, por lo que la situación se complicó de nuevo, y la sangre volvió a correr por un lado y por otro.

En esta ocasión, la derrota fue nuevamente para Cadalo, papa Honorio II, que estuvo a punto de perder la vida, y que pudo salvarse de milagro y regresar a Parma. A la larga, también la victoria final sería para Alejandro II, por la sencilla razón de que Honorio II murió antes que él. Por esta causa el papa Honorio II fue borrado de las listas oficiales del papado y honrado con el título de antipapa.

Anselmo de Baggio pretendió la reforma del clero que, a pesar de los intentos de algunos obispos romanos, se negaba a renunciar a sus privilegios. Fue también partidario del celibato de sacerdotes, monjes y monjas, y participó activamente en la lucha por su imposición, aunque no vio coronados por el éxito sus esfuer-

zos, pues la muerte lo sorprendió, antes de lo que esperaba, en abril del año 1073.

La época en que Honorio II y Alejandro II se disputaron el trono del obispado de Roma es considerada como una de las más nefastas del obispado o papado romano, no solamente por los cismas que provocó, sino porque echaba por tierra, sin posibilidad de enmienda, las afirmaciones de infalibilidad con que querían adornarlo los turiferarios de la corte pontificia.

Hildebrando, que veló siempre por la seguridad de Alejandro II, sería su sucesor.

ANTERO EL GRIEGO. (*Entre la leyenda y la historia*). Obispo de Roma, del cual se afirma que fue escogido por el pueblo como pastor de la comunidad, en el año 235. Algunos manuales aseguran que gobernó la iglesia durante cuarenta días. Otros aseguran que fue martirizado durante una denominada sexta persecución, que habría sido ordenada por el emperador Maximino. Algunas versiones, ortodoxas siempre, puntualizan que fue nombrado pastor de la comunidad romana cuando todavía existía su predecesor, el obispo Ponziano, recluido, al parecer, en Sardegnia. Para el común de los mortales, Antero habría sido elegido a finales de noviembre del año 235 y habría muerto a comienzos de enero del año siguiente. La curia romana, con el paso de los siglos, no sólo le dio una biografía, sino también el título de santo.

Durante el supuesto obispado romano de este hombre, apareció un trabajo de Julio el Africano, *Historia Universal*, en el que se afirmaba que parte notoria de los contenidos de la Biblia era totalmente falsa.

La mitra romana recaería sobre Fabián el Paraclitado, papa Fabián (236–250).

ANTIPAPA. Término consagrado por el teofuncionariado cristológico y la corte del Imperio Vaticano, y recurso con el que se pretende eliminar de las listas oficiales del papado a todos los obispos de Roma –escogidos con la misma certidumbre canónica, legal, costumbrista y divinamente inspirada por el Paráclito– que fueron derrotados por los obispos romanos que habían sido elegidos por otras facciones opuestas a ellos. La idea de denominar a estos reyes destronados del judeocatolicismo latino antipapas es relativamente moderna, y sólo comenzó a tener relevancia cuando se pretendió ofrecer una historia inmaculada del obispado de Roma asimilable para los estómagos de sus rebaños. Ni siquiera cuando se quiso hacer del pontífice romano el único con derecho a utilizar el término de papa (siglo XI), ni cuando el obispado de Roma pretendió elevarse no solo por encima de cada uno de los obispos del orbe judeocatólico, sino por encima de las asambleas obispales, es decir de los concilios (siglo XVI), se vio la necesidad de generalizar la acuñación antipapa. Puede decirse que cuando la curia o corte del Imperio Vaticano pretendió hacer que su titular tuviera participación en la esencia divina, transformándolo en infalible, la necesidad de purificar los listados papales se hizo más acuciante. A lo largo de los siglos, las cronologías de los obispos de Roma, no dudaban en incluir en sus listados a todos los hombres que ocuparon el solio obispal romano, en función de los intereses que defendieran. El fenómeno de la existencia de varios obispos de Roma al mismo tiempo, como probablemente sucedería en otras diócesis y satrapías, era denominado con el nombre de cisma –guerras civiles cristológicas–, y se aceptaba la salida de la crisis por el recurso a las armas, el único argumento decisivo en tales casos.

A nadie se le ocurría hablar de antipapas por la sencilla razón de que cada uno de los litigantes, a los ojos de los colectivos que los habían elegido, eran auténticos obispos o papas de Roma, como otros lo eran de sus diócesis respectivas para sus electores. Pero la necesidad moderna de sincronizar, en lo posible, las diferentes relaciones, con el fin de ofrecer un listado más armónico de sus dirigentes, hizo que se recurriera al término de antipapa para designar a quienes se deseaba eliminar de dichos listados sin que pudiera negarse el hecho histórico de haberse sentado en la denominada cátedra de san Pedro.

ANTONELLI, Cardenal Giacomo. Había nacido en Sonnino, en 1806. El rey del Imperio Vaticano, Juan María Mastai-Ferretti, vio en Antonelli el hombre más idóneo para secundar sus planes, por lo que, cuando sólo llevaba un año en el ambicionado trono, le ofreció el capelo cardenalicio, y, un año más tarde, en 1948, lo nombró secretario de Estado. Era un hombre ambicioso, sin escrúpulos, obsesionado con su propia gloria y ambición, y tan reaccionario y fundamentalista como era su monarca. Fue el protagonista indiscutible de la organización del denominado Concilio Vaticano I, convocado por Mastai-Ferretti para declararse infalible, por lo tanto de esencia y naturaleza divina y, como corolario, papadiós. Obligó a todos los obispos reunidos a aprobar lo que su monarca quería, y que los teoturiferarios compulsivos e irredentos del papismo, los jesuítas, había diseñado para alabanza y gloria del pontificado romano. Fomentó la política cloacal de la corte y no dudó un instante en asesinar patibularmente a los revolucionarios que caían en sus manos y deseaban la desaparición, para siempre, del carcinoma papal

en Italia y el mundo entero. A él se deben los asesinatos patibulares y cloacales de numerosos revolucionarios y partidarios de Garibaldi, entre los que se encuentran Antonio de Felici, que intentó ajusticiarlo y falló en su objetivo, Ignacio Mancini, Gustavo Marloni y G. Paolo Rambelli. Antonelli moriría en Roma, en 1876, dos años antes de que lo hiciera su adorado monarca, Mastai-Ferretti, para el que había dedicado los mejores años de su vida.

ANTONIO ABAD. Considerado el fundador del monaquismo egipcio, aunque, en la actualidad se discute que hubiera escrito obra o regla alguna. Constituye un personaje medio mítico, cuya existencia debió de desarrollarse a finales del siglo III comienzos del siglo IV, al que se atribuye como patria Coma, en Egipto. La importancia del eremitismo y, más tarde, del monaquismo, en el que desembocó, debe resaltarse puesto que en ellos se encuentran las raíces psicológicas¹ y teopolíticas del pontificado romano, aunque su relación no sea evidente debido a la lejanía de los lugares, tiempos y hechos que implican.

¹ En las que la represión de la sexualidad –el teosadismo y teomasoquismo– constituye un ingrediente fundamental, lo mismo que el autodesprecio y la autorrepresión por Cristo.

ANTONIO FRANCISCO TODESCHINI PICCOLOMINI. Papa Pío III. A la muerte de Alejandro VI, ocurrida en 1503, ante la imposibilidad de ponerse de acuerdo entre los partidos reunidos en cónclave, se eligió, para salir de apuros, a este hombre, ya entrado en años, propuesto por el partido italiano, como obispo de Roma, al que se esperaba convertirlo en muñeco de los intereses en juego. Las crónicas afirman que había nacido en la región de Siena, a comienzos del

mes de mayo de 1439, siendo hijo de una hermana de Eneas Silvio Piccolomini, papa Pío II, que lo protegió en todo momento y le dio el obispado de Siena, cuando era un joven de veintiún años (1460), nombrándole, poco después, cardenal. Fue enviado, por Pedro Barbo, papa Pablo II, a la dieta de Ratisbona, y Rodrigo Borja, papa Alejandro VI, lo hizo obispo de Plasencia.

Su elección al trono ocurrió en septiembre de 1503. No disfrutó mucho del cargo, puesto que, deseando imponer la reforma de la curia y de la iglesia, se creó muchos enemigos, quienes, al ver su incorruptibilidad y la decisión de convocar un concilio para reformar clero y curia, decidieron eliminarlo. Uno de sus enemigos, Pandolfo Petrucci, señor de Siena, enemigo personal de Todeschini, fue quien suministró, según algunos autores, el veneno que, en el palacio papal, y por manos consagradas, terminó con su vida. No llegó a ocupar el cargo ni siquiera un mes: fue elegido el día 22 de septiembre de 1503, y el día 18 de octubre hubo que preparar su sepultura¹.

La rapidez con que se deshizo de él la curia o corte romana, habla de la honradez y honestidad de este hombre.

Su sucesor sería Giuliano della Rovere, papa Julio II (1503–1513).

¹ Otras versiones afirman que fue elegido el día 2 de septiembre, y al cabo de 36 días justos fue envenenado.

ANTONIO PIGNATELLI. Tras la muerte de Pedro Vito Ottoboni, papa Alejandro VIII, en el año 1691, las negociaciones para elegir su sucesor duraron cerca de seis meses pues no eran pocos los cardenales que se disputaban la tiara. Las discusiones se terminaron con la elección de este hombre, elección que se apoyó en la generosa suma de dinero que ofrecieron las arcas francesas. Antonio Pigna-

telli tomó para sí el nombre de pontífice Inocencio XII.

Había nacido en Nápoles y pronto debió de decirse que la carrera eclesiástica, dentro del teofuncionariado papista, sería el mejor recurso para él. Dedicado en cuerpo y alma a ella, pronto se lo verá de inquisidor en Malta. Años después se lo podrá ver en Florencia, como enviado del rey del Imperio Vaticano. Posteriormente se lo verá en Viena y Polonia y, con el tiempo, terminó siendo cardenal arzobispo de dicha ciudad, lo que le permitió la asistencia a los cónclaves.

Como miembro de la inquisición papista había demostrado su fidelidad al rey del Imperio Vaticano. De sus tiempos en Malta nacía la buena amistad que tenía con los cardenales Alderano Cibo, secretario de Estado del rey Benedicto Odescalchi (Inocencio XI) y Paluzzo Paluzzi, jefe de la *Sancta Societas* y sus dos brazos de asesinos consagrados y especializados, la Orden Negra y el Círculo Octogonus, compuestos mayoritariamente por sacerdotes pertenecientes a las logias dominicanas y jesuíticas. En aquellos tiempos, debido a la información dada por Pignatelli a Paluzzi y Cibo, la *Sancta Societas* asesinó al irlandés William Dekerry, que controlaba, a beneficio de los ingleses, la salida y llegada de los barcos al puerto maltés. El cardenal Paluzzi envió a sus asesinos papales a Malta; éstos se apoderaron de Dekerry y, tras torturarlo para que confesara, lo asesinaron y arrojaron su cadáver al mar. La red de Dekerry quedó totalmente desarticulada.

Una vez que se ciñó la corona imperial, sus antecedentes inquisitoriales comenzaron a manifestarse en la corte. No era una excepción. Con los cardenales que habían pertenecido a la Inquisición y le habían ayudado a conseguir el ambicionado trono papal romano iban sus querencias absolutistas, sus bajos instintos, y su inclinación a

la tortura. Por mucho que quisiera actuar con equidad y de acuerdo con un código humano, no podía hacerlo: el pasado tenía para él un peso determinante.

Se asegura que demostró un deseo sincero de terminar con algunas de las epidemias que habían configurado el obispado o papado romano, como era el nepotismo. A él se atribuye la proclamación de una ley –bula, en lenguaje sacristial– llamada *Decretum Romanum Pontificem*, por la cual quedaba establecido el derecho de un papa para arrancar a los parientes del papa anterior lo que éste les hubiera dado en exceso de los bienes eclesiásticos, extraña formulación cuyos términos, aparentemente claros, podían permitir cualquier interpretación. Se afirma que trató, por todos los medios a su alcance, de corregir los abusos a que se habían entregado algunos de sus predecesores, lo que fue imposible.

Necesitaba dinero para la política que pretendía hacer, por lo que anunció dos jubileos con el fin de recaudar fondos, pero Europa no estaba para jubileos. Su política contra los judeocatólicos reformados fue muy severa, y prohibió, entre otras cosas, el ejercicio de las profesiones liberales a quienes no pertenecieran al judeocatólicismo pontificio. Condenó el quietismo de Molina, que se propagó con gran facilidad por Francia. Intervino, con poca fortuna para sus planes, en los litigios surgidos con ocasión de la sucesión en el trono de España.

Viendo cómo el poderío de su corte se deshacía bajo sus pies, en Europa, pretendió, por todos los medios, fomentar el imperialismo religioso en América, Asia y África, y estuvo en el centro de las discusiones sobre los ritos chinos, que los jesuitas habían adoptado en los actos cultuales del teísmo cristológico, con el fin de poder ejercer el imperialismo religioso en aquel país sin alarmar a la población.

Antonio Pignateli, papa Inocencio XII, moriría el 27 de diciembre de 1700, tras un reinado de nueve años. Su sucesor sería Juan Francisco Albani, papa Clemente XI (1700–1721).

ANUARIO PONTIFICIO. Se denomina de este modo la publicación en la que la corte imperial vaticana expone los listados de los teofuncionarios más influyentes de su imperio. Comenzó a publicarse a mediados del siglo XIX. Ofrece una visión del poderío de esta corte y su influencia en el mundo entero.

APELANTES. Se emplea este nombre, de un modo específico, para designar, dentro del Imperio Vaticano, a los obispos franceses, profesores de la Sorbona y seguidores que se opusieron a una carta de Juan Francisco Albani, papa Clemente XI (1700–1721), y que este obispo publicó con el nombre de bula *Unigénitus*, y en la que condenaba al escritor Quesnel, jansenista, por su libro *Reflexiones morales sobre el Nuevo Testamento*. Los “apelantes” fueron condenados y excomulgados.

APOCALIPSIS. Este libro forma parte, con *las Biografías nicenas de Jesús*, *las Cartas* y *los Hechos*, de la Buena nueva (*Evangelios*), textos sagrados del judeocaticismo filorromano imperial¹. Al hablar, en el capítulo primero de las iglesias que existían en tiempos de su composición, menciona, por este orden, la de Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sarde, Filadelfia y Laodicea. No hace ninguna sugerencia sobre la existencia de una posible iglesia romana¹ y, lo que es más importante, al mencionar las diversas iglesias que el autor recuerda, nunca sugiere la posibilidad de que exista alguna por encima de las demás, y eso teniendo en cuenta que el texto debe ser muy posterior al tiempo en que tuvieron lugar los supuestos

hechos narrados en los mismos, pues era inconcebible, en los tiempos apostólicos, la existencia de iglesia alguna que no fuera la de Jerusalén. La conclusión que ofrece el Apocalipsis es la de que no existe una sola iglesia de Jesucristo, sino muchas; no existe una iglesia universal, sino tantas como comunidades hay; no puede existir un pastor universal, sino tantos pastores como comunidades; no existe un papado absoluto, sino tantas papas –padres– como diócesis e iglesias hay entre los seguidores del Jesús Cristo evangélico.

¹ Se insiste: puesto que a los *Evangelios* (en realidad *Biografías de Jesús*) se le ha dado el significado y uso de “buena nueva”, y los *Hechos*, *las Cartas* y el *Apocalipsis*, forman parte de esta buena nueva, en este trabajo, los términos *Evangelio* o *Evangelios* incluyen, en general, también estos últimos textos.

² Constituye una prueba no solamente de la falta de importancia de la iglesia romana, sino de su inexistencia. De haber sido cierta la presencia de Pedro en Roma, no se podría concebir el silencio del Apocalipsis sobre ella.

APOCRISIARIO. Delegado de los príncipes mitrados de Occidente ante el emperador de Constantinopla. Con el tiempo, los obispos de Roma y sus turiferarios afirmaron, con el fin de resaltar su papel en el mundo judeocatólico, que los apocrisarios fueron los delegados de dicho obispo ante aquella corte, lo que no era cierto. El apocrisario, que no tenía por qué ser un clérigo, no era exclusivo de los obispos de la ciudad del Tíber, pues cualquier noble o rey podía recurrir al emperador de Bizancio si lo deseaba, y enviar a su corte a sus propios delegados.

APOLOGÉTICA. Término que se identifica con el de alabanza a ultranza. Los emperadores, reyes o papas del Imperio Vaticano siguen desarrollando el estudio de las formas del imperialismo religioso más fáciles de emplear, dependiendo de

los medios –países y pueblos– que quieren conquistar (evangelizar, en lenguaje sacrificial). En la actualidad, sobre todo en los países occidentales, en donde los sermones de campanillas no tienen ya ningún atractivo, la apologética sigue los caminos más tortuosos del conductivismo psicológico y la captación de adeptos desde la infancia por medio de condicionamientos sutiles e imperceptible, de aparente asepticismo. En los primeros años del judeocatolicismo, los rabinos presbíteros, los levitas episcopos, la apologética y los apologéticos pretendieron justificar las nuevas corrientes en que se estaba desmembrando el judaísmo heterodoxo filorromano, con todo tipo de recursos y argumentos, más o menos convincentes, aunque no por ello menos falaces. Cuando el judeocatolicismo alcanzó el apoyo de los emperadores, la apologética sirvió para fanatizar a sus miembros y hacerlos cien por cien imperialistas, alabando los mismos métodos que empleaba Roma en sus conquistas: la destrucción de los oponentes y la invasión brutal de territorios y conciencias. Siglos después, y en función del entorno, se centró en formas más sutiles¹ de llevar a cabo el imperialismo religioso, método que sigue empleándose en los nuevos países abiertos a los mercados religiosos de las diversas idolatrías o teísmos. En la actualidad, en donde cualquier punto de la Tierra está al alcance de la mano gracias a las puertas abiertas por la ciencia y la tecnología, la apologética ha cambiando totalmente su rumbo. La corte del Imperio vaticano, papas y teofuncionariado, buscando mayor eficacia en el control y explotación de sus colonias, están recurriendo a la apologética electrocristológica plasmática espectacular para conseguir nuevos mercados y afirmar los tradicionales.

¹ O groseras, si el caso lo requería y la fuerza de las armas era más decisiva.

ARNALDISTAS. Seguidores de las doctrinas de Arnaldo de Brescia, que se oponían a las aspiraciones absolutistas de los obispos de Roma. Arnaldo de Brescia, que predicaba la sujeción de las sectas religiosas de cualquier credo e idolatría al Estado, sería asesinado patibularmente por el obispo de Roma, papa Eugenio III, el emperador Federico I, y el prefecto de la antigua ciudad imperial. De Brescia fue ahorcado en el año 1155, su cuerpo quemado, y sus cenizas arrojadas al Tíber.

ARRIANISMO. Doctrina de uno de los grupos del judeocatolicismo universal, brotado del desmembramiento del judaísmo de la diáspora. Nació en Alejandría, y uno de sus teóricos más importante fue Arrio (280–336). La doctrina principal de Arrio afirmaba que el padre de la trinidad judeocatólica debía ser anterior al hijo, para que pudieran salvarse los conceptos que, por definición, se habían aceptado dentro del teologismo de las sectas judeocatólicas imperiales. Para Arrio, la primacía de Yahvé padre sobre Yahvé hijo (Cristo) era evidente, lo mismo que su eternidad y esencia; esta misma prioridad y primacía hacían del hijo una subclase divina, lo que no querían aceptar los jerarcas mitrados del judeocatolicismo filorromano. La razón de esta negación no estaba en la naturaleza de las esencias atribuidas al padre y al hijo, que en realidad a nadie importaban; por otro lado, era a todas luces evidente que un hijo, nacido de un padre primigenio, no podía, en esencia y por definición de los conceptos que entraban en juego, ser coeterno con dicho padre. La oposición contra Arrio estaba fundamentada en razones teopolíticas y teosociales más que en razones filosóficas y especulativas o puramente teológicas¹, pues lo que entraba en juego era la primacía del judaísmo ortodoxo hierosolimitano o la del

judeocatolicismo filorromano, es decir, en último termino si era más importante el judaísmo que el judeocatolicismo², que había nacido de él. Si las doctrinas de Arrio triunfaban, fuera consciente de ello o no, el judaísmo tendría mayor importancia que el judeocatolicismo, del mismo modo en que el padre era más importante que el hijo, por ser origen de todo lo existente, incluido su vástago. Si triunfaba la idea de la igualdad eterna, la victoria sería para el judeocatolicismo. El encarnizamiento de las discusiones a que se entregaron los partidarios de una doctrina y otra, fue duro y cruel, y en ellas participaron también los emperadores, pero al final quedó establecida la igualdad, lo que supuso un triunfo indiscutible para los jerarcas de la secta judeocatólica. El judaísmo, aunque creado por Yahvé, lo habría sido a través de Moisés, ser excepcional, si se quiere, pero, por encima de todo, un ser humano; mientras que el judeocatolicismo habría sido fundado por el mismo Cristo, dios, en esencia, igual que Yahvé. Quedaba, pues, establecida la superioridad del judeocatolicismo sobre el judaísmo; y así como Moisés era imagen de Cristo, el verdadero dios y mesías, el judaísmo resultaba ser la imagen del judeocatolicismo, el verdadero pueblo escogido, del cual, aquél no era más que un símbolo. Arrio, a pesar de todo, no fue derrotado, y su doctrina se mantuvo, entre oscilaciones más o menos afortunadas, durante varios siglos.

¹ En último y primer término un conjunto de memeces abstrusas e inanes hilvanadas por los erotólogos teocristológicos.

² Cristianismo, en lengua vulgar.

ASOCIACIONES LAICAS ECLESIAÍSTICAS. Expresión que designa uno de los elementos más decisivos en la expansión del imperialismo religioso del Vaticano,

sin que se descubra fácilmente su origen. Constituye la "quinta columna" del judeocatolicismo papista. Está formado por laicos al servicio ciego del teofuncionario cristológico y la corte del Imperio. Tales asociaciones, conocidas con el nombre genérico de diocesanas, oficialmente están catalogadas como órdenes terceras, hermandades y pías uniones. En la práctica, sin embargo, podían incluirse aquí multitud de asociaciones, totalmente seculares y muy distantes, en apariencia, de las asociaciones diocesanas, que cumplen el mismo papel y que están controladas por sacerdotes o hechiceros tanto regulares como seculares. En tales grupos pueden catalogarse cofradías, pías uniones, asociaciones de antiguos alumnos de los colegios de religiosos y religiosas, las asociaciones seculares de apostolado, algunas ONGES dirigidas ocultamente por grupos religiosos, y nuevos grupos cuya definición todavía está por definir.

AUGUSTE MICHELE COLIN. Papa Clemente XV¹, por autoinspiración o designación divina.

Había nacido en Ginebra, en el año 1921. Cuando tuvo edad para decidir por sí mismo, ingresó en un seminario y terminó siendo ordenado sacerdote, por lo que pasó a formar parte del teofuncionario cristológico papista. Establecido en la localidad francesa de Clemery, su vida, más o menos anodina, por causas que hasta el presente no son del dominio público, sufrió un cambio radical. Según todas las manifestaciones y testigos, en el año 1973, como un nuevo profeta designado directamente por el dios Yahvé-Cristo-Espíritu Santo, comenzó, en el más puro estilo bíblico, a condenar las actuaciones de la curia romana y las del rey del Imperio Vaticano, el señor Giovanni Battista Montini, más conocido

como papa Pablo VI, y declarando que él, Auguste Michele Colin, era el verdadero representante de Jesucristo en la Tierra, que había sido elegido para gobernar el judeocatolicismo latino con el nombre de papa Clemente XV. Para hacer más efectiva la misión que los cielos le habían encomendado, según propia declaración, predicó a diestro y siniestro, con ocasión y sin ella, con toda paciencia y doctrina, como recuerda San Pablo en los *Evangelios*, no exenta de una energía profética arrolladora y recurriendo a la propaganda y las octavillas.

Este nuevo profeta, que en tiempos bíblicos hubiera sido lapidado, y en los tiempos esplendorosos del Renacimiento hubiera sido quemado vivo por los pontífices, sumos sacerdotes y levitas del judeocatolicismo papal romano, fue denunciado por el Vaticano a través de terceros, el mes de mayo de 1973 y terminó en los tribunales acusado de usurpación de nombre y, por lo mismo, acusado de ofensa a un jefe de estado en ejercicio: al señor Giovanni Battista Montini, rey del Estado Vaticano². Sin embargo, como es habitual en la corte vaticana, era fundamental que se guardara la discreción, para que las salpicaduras no mancharan la inmarcesible tiara del papado. Por esta razón, y en el más puro estilo nazi, soviético, fascista o franquista, la fiscalía de Venecia, lugar en el que se juzgaba el caso, ante la negativa del Papa Clemente XV a someterse a un examen psiquiátrico alegando que las leyes francesas lo protegían, pidió, al tribunal, el día 8 de noviembre de 1973, que se dictaminara la incapacidad o capacidad legal del acusado a través del estudio de sus escritos. Grafólogos, psiquiatras y psicólogos se pusieron a la tarea de analizar los trabajos del papa Clemente XV³, y, como se esperaba, vieron que el hombre debería ser protegido contra sí mismo en un manicomio.

El tribunal, complaciente con los deseos del Vaticano, y apoyándose en el informe pericial médico, el día 23 de febrero de 1974, tras absolverle de cualquier ofensa a Montini, impuso la reclusión del Papa Clemente XV en un manicomio durante dos años, reclusión que fue automáticamente realizada.

¹ A pesar de que al Vaticano no le agradaba la designación, Auguste Michele Colin fue denominado, por todos los medios de comunicación, antipapa Clemente XV.

² Hay que reconocer, que como cualquier profeta bíblico que se preciara, no ahorra precisamente los improperios contra Montini, no tanto por la persona, cuanto por su desviación de las enseñanzas yahvídicas, cristológicas y paraclitales.

³ Aceptar que había usurpación del nombre y, por lo mismo ofensa, complicaba demasiado las cosas y el tribunal y la opinión pública podían volverse contra los denunciantes. Era fundamental declararlo loco –más finamente, irresponsable–, porque el mero hecho de ser sacerdote le daba derecho al título de papa, que llevaron todos los presbíteros en los primeros siglos del judeocatolicismo, título que significa padre, y que en la actualidad todavía se emplea para designar a los sacerdotes del judeocatolicismo griego y eslavo. Resulta una ironía que la corte del Imperio Vaticano imponga y exija a sus rebaños que llamen padre a sus sacerdotes, cuando la palabra papa, de origen griego, tiene idéntico significado y la prohíbe.

AUSCHWITZ. Transcripción alemana de la palabra polaca Oswiecim, nombre de una localidad polaca que se encuentra a 30 km. al sureste de Katowice. El nombre designaba los campos de concentración construido por el gobierno alemán en dicho lugar, en 1940, tras la invasión de Polonia. En este campo, según algunas estimaciones, el Estado alemán asesinó a más de ochocientas mil persona. Uno de los médicos de este campo, Josef Mengele, escapó a la justicia de los ejércitos triunfadores gracias a la ayuda del rey del Imperio Vaticano, Eugenio Pacelli, más conocido como papa Pío XII, y sus teofuncionarios, lo mismo que a la colabo-

ración de los servicios secretos de dicha corte, la *Sancta Societas*¹. Entre los príncipes capelados y mitrados que colaboraron en la fuga y salvación de Mengele y otros como él, a través del Pasillo Vaticano, se encontraban los cardenales Tisserant, y Caggiano, los obispos Barrère, Hudal y Siri, y hombres de a pie, como el padre Krunoslav Draganovic. El servicio de espionaje vaticano y la nomenclatura cardenalicia a través de sus subalternos, firmaron solicitudes de pasaportes falsos, cuando no los preparaban ellos mismos, para que pudieran refugiarse en España, Argentina, Uruguay y Chile los criminales de guerra alemanes (nazis) y croatas (ustachis).

Auschwitz, cuyo interior aterró a los aliados al liberarlo, jamás fue condenado por el papa Pacelli, que tanta prisa se dio para felicitar Hitler cuando alcanzó el poder, y que todos los años, durante su carrera triunfal, le envió un telegrama personal de felicitación el día de su aniversario.

¹ En la actualidad, la corte del Imperio Vaticano ha cambiado el nombre de su servicio de espionaje, *Sancta Societas*, que tantas connotaciones bochornosas y criminales tiene, por el de La Entidad, del mismo modo y por la misma causa y razón por la que cambió el nombre de Santa Inquisición por el de Santo Oficio y, finalmente, por el de Congregación para la doctrina de la fe. El papa romano pretende de este modo borrar de la memoria de los hombres y los pueblos el pasado criminal de las instituciones que le sirvieron para alcanzar el poder de que hoy goza.

AUSSENWEG, La operación. Organización creada en plena agonía del III Reich –cuando apenas faltaban cinco meses para terminar la 2ª guerra mundial– por el mismo Heinrich Himmler, con el fin de ayudar a huir a los alemanes responsables de la hecatombe bélica más mortífera del siglo XX. Como organizador estuvo Carlos Fuldner, capitán de las SS. Tras una gira europea, que incluyó el Vaticano y España, la organización dispuso

de una serie de rutas, con destino a Suramérica, disponibles para que los jefes alemanes responsables de la guerra, los genocidios y los crímenes contra la humanidad salieran sanos y salvos de Europa. Para ello contaron, principalmente, con la ayuda de Eugenio Pacelli, rey del Imperio Vaticano, la corte del Imperio, parte de la nomenclatura cardenalicia y parte del teofuncionariado cristológico de baja graduación: capellanes y clero. Las rutas conducían, principalmente, a Bolivia, Argentina, Brasil, Uruguay, Chile y otros países suramericanos a través de Austria, Italia, España, Marruecos y Portugal. Los ejecutores directos de este puente entre Alemania y Suramérica fueron los servicios de espionaje del papa, el cardenal Tisserant, el padre Krunoslav Draganovic, los franciscanos y otros miembros de las diversas logias papistas. A su disposición tuvieron el Colegio de San Girolamo degli Ilirici, propiedad de la corte vaticana, y la residencia llamada Villa San Francisco, en donde tenía su sede la Comisión Pontificia de Asistencia, dirigida por Pietro Luigi Martin. Esta comisión se dedicaba a la fabricación sistemática de documentación para toda clase de criminales, mafiosos y asesinos protegidos por el rey del Imperio Vaticano y su corte. Ustachistas, fascistas, nazis y otros especímenes de particular devoción en la corte papal recibieron personalidades nuevas, y documentos que las avalaban, en el servicio de falsificaciones del papado. El servicio sólo se daba por concluido cuando el asesino se encontraba, sano y salvo ya, en su nueva patria de destino.

Gracias a esta organización, al papa Pío XII, al cardenal Tisserant, al padre Krunoslav Draganovic y otros miembros del teofuncionariado cristológico¹ criminales de guerra como el médico de Auschwitz Josef Mengele, el carnicero de Lyon, Klaus

Barbie, el general Hans Sichböck, Ante Pavelic, presidente de Croacia, los colaboracionistas franceses Emile Devoitine, Fernand de Menou, Marcel Bouche, etc., recibieron pasaportes nuevos que ocultaban su personalidad y les facilitaron la ruta hacia su salvación definitiva.

¹ La corte del Imperio Vaticano y su teofuncionariado han tratado siempre de dar a entender que si alguna vez la iglesia papista y el judeocaticismo general pudo cometer algún crimen contra la humanidad, ello sería cosa del pasado, cuando no se había acuñado este término, que por otra parte jamás debe serles aplicado por constituir un anacronismo. Es necesario recordarles que, en pleno siglo XX, los crímenes con que se mancharon las manos los obispos de Roma y el teofuncionariado general no desmerecieron en absoluto de los cometidos desde que Justiniano les dio el poder de hacer y deshacer a su antojo en lo tocante a la religión del Imperio. Quien desee profundizar en este terreno puede leer la obra de Karlheinz Deschner, *La política de los papas en el siglo XX*. Tomo 1º: *Entre Cristo y Maquiavelo*. Tomo 2º: *Con Dios y con los fascistas (1939–1995)*. (Edit. Yalde, Zaragoza, 1994–5). Esta obra constituye un complemento indispensable a *La historia criminal de Cristianismo*, del mismo autor.

AUTO DE FE. Crímenes y asesinatos patibulares, por el fuego, perpetrados y efectuados por el papado y la Iglesia católica, apostólica y romana, por medio de la Santa Inquisición¹, para imponerse y defender sus privilegios. Tales crímenes se cuentan por cientos de miles. Antes de que la víctima fuera quemada viva, los papas y sus secuaces inquisitoriales sometían a sus víctimas a la tortura más despiadada e inhumana, procurando no matarlas durante los interrogatorios para poderlas llevar al cadalso. El “auto de fe” tenían como finalidad la edificación de los fieles y la mayor gloria de la divinidad, que manifestaba de esta manera, y a través del papa, el amor a los hombres que quería salvar de la condenación eterna. Los jefes que dirigieron la policía inquisitorial en las diversas colonias del

imperio, fueron, dominicos, franciscanos y jesuitas de probada religiosidad y caridad, que trabajaron a las órdenes del papado, en un sistema organizativo en donde las mayores crueldades y los más despiadados crímenes fueron cometidos para demostrar la esencia humanística de su religión. Las víctimas fueron hombres y mujeres de todo tipo y profesión, desde científicos y escritores, hasta filósofos y médicos; desde campesinos y artesanos, hasta vagabundos y desamparados; desde nobles a plebeyos; desde hombres sanos hasta enfermos y psicóticos, desde religiosos hasta agnósticos, desde fervorosos a incrédulos. Los juicios en los que tantas víctimas inocentes fueron condenados a la hoguera sin la menor garantía jurídica, pero con verdadero celo apostólico, que eliminaba cualquier injusticia, se cuentan por cientos de miles; y la imparcialidad con que se desarrollaron queda demostrada si se recuerda el destino de las riquezas y bienes de las víctimas, riquezas que iban a parar al papado y sus inquisidores si conseguían la condenación de los acusados y su asesinato patibular cristológico.

¹ Aunque se desea ocultar su existencia por todos los medios, la Santa Inquisición, el Santo Oficio, etc., sigue existiendo como policía supranacional al servicio del rey del Imperio Vaticano, bajo el nombre de *Congregación para la Doctrina de la Fe*. Que sus métodos no sean los que antes imponía la corte vaticana, no es por falta de ganas, sino porque, obligada a guardar las apariencias ante una sociedad más crítica y menos sumisa, debe operar con toda la cautela del mundo para no tirar piedras contra su propio tejado.

AUTORIDAD CLERICAL, La. La nomenclatura cardenalicia y el teofuncionariado papista –la autoridad clerical–, que dominan y controlan la ortodoxia que emana de la curia romana, son quienes vigilan el cumplimiento de la misma siguiendo las pautas que el obispo roma-

no, el papadiós de turno, desea que imperen. Nada importa –no existe la crítica y, por lo tanto, las divergencias– que la autoridad del papado romano se haya conseguido a base de unas leyes cuyo fundamento son meras falsificaciones y fraudes; tampoco tiene mayor importancia que se apoye sobre un centralismo conseguido con la espada y los asesinatos; no resulta de interés para nadie el que allí donde la espada no ha podido llegar sea el dinero – proporcionado por los robos, extorsiones, estafas, saqueos, etc.– el que ha facilitado los objetivos que se ambicionaban; tampoco resulta oportuno recordar que ha sido gracias a la expansión de los territorios papales –con saqueos, conquistas, y usurpaciones–, y la mano de hierro con que se han santificado dichos saqueos y usurpaciones, como se ha conseguido la autoridad suma y la sumisión absoluta de los súbditos, por no decir los esclavos. Al fin y al cabo, puesto que se trata de un reino, el papal, su formación está fundamentada en el derecho de conquista, que justifica todas las injusticias e ignominias, conaturales a todos los reinos e imperios.

Sin embargo, la autoridad clerical, como expresión de la autoridad papal romana, va mucho más lejos y supera, con mucho, a todos los reinos e imperios que se dieron en la historia en todas las partes del mundo, y que, probablemente, puedan darse en lo sucesivo. En el Imperio Vaticano, en el judeocatolicismo cristológico latino, el dominio del papadiós de turno o rey divino, ha conseguido no solo el control de los hombres y la obediencia automática a sus más mínimos deseos, aspiración de cualquier tirano, sino que, por el control de la conciencia, ha conseguido también la aniquilación de la mente, y ha captado los más íntimos deseos del hombre, dejándolo a su merced al privarle de la voluntad de

elección y la capacidad de crítica. La imposición de la confesión y la denominada dirección espiritual, como expresión grosera de dicho control, ocultan sibilinamente la gran conquista del obispado romano y lo que diferencia el imperio papista de los demás imperios. Con la fuerza y el terror, ha conseguido la sumisión absoluta; con el control de la conciencia y de la mente, el papado romano ha desnudado al hombre y lo ha aniquilado por completo, pues ha eliminado el yo, sujeto de responsabilidad, al borrar los atributos más determinantes del individuo, la reserva personal, la autonomía de la conciencia, y la independencia de juicio y pensamiento, y lo ha convertirlo en un expositor amorfo, ante el inquisidor papal y el hechicero o sacerdote de turno.¹

Con el control de la conciencia por los esbirros tonsurados de la curia romana y del pontífice de turno, la autoridad clerical, la fuerza del teofuncionariado papista, ha dominado los pueblos y las naciones, y ha puesto a los pies del obispo romano a sus reyes, príncipes y emperadores. El bochornoso espectáculo de Canosa, ofrecido por el prepotente, criminal y orgulloso Hildebrando de Soana, papa Gregorio VII, exigiendo la humillación del emperador Enrique IV, no hubiera sido posible si antes no se hubiera reducido al hombre a un guiñapo desnudo y desamparado –a un robot, sin autonomía mental y autoprogramación independiente–, aterrorizado por las consecuencias de la amenaza del infierno y, sobre todo, de los anatemas y excomuniones.

¹ El jesuita y cardenal Roberto Belarmino (1542–1621), al que se ha declarado doctor y santo, expresó con un cinismo angelical y una frase lapidaria, esta realidad: “El estado no puede permitir jamás la libertad de creer.” (*Controversiae*, Lib. III. *De laicis sive secularibus*: “sine dubio tenentur principes christiani non permitte-

re subditis suis libertatem credendi). No habla de manifestar lo que se cree, sino de pensar lo que no se debe. Por otro lado, no debe uno extrañarse, cuando en otros pasajes de sus escritos Belarmino justifica el asesinato papal de los denominados herejes y llega a decir que quemarlos patibularmente es un acto de caridad hacia ellos. (Las citas están tomadas de Antonio Castro Zafra en *Los círculos del poder*. 1ª Ed. pg. 98–9).

AVIÑÓN. Ciudad francesa en la que tuvo su sede el obispado de Roma. Fueron varios los denominados papas romanos que residieron en esta ciudad del sur de Francia, entre los cuales se encuentran Juan XXII, Benedicto XII, Clemente VII y Benedicto XIII; a los dos últimos, como fueron borrados de las listas oficiales por sus enemigos, se les honró con el título de antipapas.



BABILONIA. Ciudad de Oriente Medio. Fue objeto, entre otras, de una falsificación histórica a beneficio del rey de la dinastía imperial electiva judeocatólica, es decir, de la monarquía vaticana –el papado romano–. En una de las supuestas cartas del apóstol Pedro¹, sin que quede muy clara y justificada su inclusión en ella, se hace una referencia, a la Iglesia de Babilonia². Como el papado necesitaba justificar que Pedro había estado en Roma y muerto en ella, aunque jamás, de existir, abandonara Israel y sus aledaños, hizo creer que esta alusión a Babilonia era en realidad la capital del Imperio romano y que en ella se encontraba Pedro. Dicha mentira se encuentra en todos los textos modernos de apologética y exégesis y se funda, al parecer, en las copias de las refundiciones de los textos, publicados con el *nihil obstat*, de Eusebio de Cesarea. La falsedad de esta interpretación y explicación, resalta por sí misma, pues niega el derecho a dar a las palabras el significado habitual que el uso ha establecido. Dejando de lado la oportuna o inoportuna inclusión de dicha referencia en la carta citada, con la misma libertad y razón, cuando los textos evangélicos hablan de Jesús, podemos interpretar que se refieren al dios Baal; cuando mencionan Belén, hemos de entender Gades; cuando escriben Jerusalén hay que pensar en Antioquía, y cuando mencionan Roma hemos de entender Burdeos. La infantil y ridícula adulteración de los

textos, en la que incurren los obispos de Roma y su corte vaticana con el fin de situarse por encima de sus pares, da lugar a que la *Biblia* y los *Evangelios* carezcan de sentido alguno, pues ninguna de sus frases o palabras, por la misma razón que ellos aducen, tendría significado alguno al perder el significado al uso. (Ver *Simón Pedro* y *Cartas de Pedro*).

¹ *Los Hechos de los apóstoles*, una de las partes de que se compone los textos sagrados oficiales del judeocatolicismo universal –para simplificar, la *Buena nueva* (los *Evangelios*)– desmienten totalmente esta pretensión de los reyes del Imperio vaticano y sus turiferarios.

² El texto exacto, que para nada habla de la estancia de Pedro en la ciudad persa dice así: “Por Silvano, a quien tengo por hermano fiel para con vosotros, os escribo brevemente, amonestándoos y testificándoos ser la verdadera gracia de Dios esa en que vosotros os mantenéis firmes. Os saluda la iglesia de Babilonia, participe de vuestra elección, y Marcos mi hijo. Saludaos mutuamente en el ósculo de caridad. La paz a todos vosotros los que estáis en Cristo. (I de Pedro, V, 12 a 14; Nácar Colunga; 19 ed. Madrid, 1973). En cualquier caso, las dos cartas de Pedro incluidas en la *Buena Nueva* (los *Evangelios*) son consideradas falsas aun por algunos especialistas judeocatólicos papistas.

BABINGTON PLOT. (Conspiración de Babington). Hace referencia al intento del rey de la corte pontificia de Roma (futuro Imperio Vaticano) Félix Peretti de Montalto, alias papa Sixto V, de asesinar a la reina Isabel de Inglaterra y poner en su lugar a María Estuardo, reina de Escocia. El nombre lo tomó de Anthony Ba-

bington, nacido en Dethick, en octubre 1561, y muerto en Londres el día 20 de septiembre de 1586, y que fue el líder de la conspiración. El rey Montalto quería someter a Inglaterra y hacerla, de nuevo, colonia de su imperio como lo era Escocia. La conspiración fracasó, pero no por ello fueron menos intensos y frecuentes los intentos de Montalto y sus sucesores. En la conspiración estaban implicados los jesuitas, imperialistas viscerales al servicio del papado y teoturiferarios compulsivos del obispo de Roma, que llenaron las filas de la *Sancta Societas*¹, y que consiguieron entrar ilegalmente en Inglaterra para tratar de llevar a cabo el asesinato de la reina Isabel. En la conspiración se comprometió Felipe II² de España, que arruinó el país por seguir la política imperialista de los obispos romanos.

La conspiración fue descubierta debido a que Babington escribió una carta a María, carta respondida por María, y ambas cartas cayeron en manos de los espías del secretario de Isabel, Sir Francis Walsingham. Babington sería ajusticiado el 20 de septiembre de 1586; María Estuardo lo sería pocos meses después, en 1587.

¹ Santa Asociación, S. Alianza, el servicio de espionaje fundado por el mismo papa Sixto V para llevar a cabo la política cloacal de su corte.

² El fracaso de esta conspiración llevó al rey español a meterse en la onírica aventura de la conquista, por la fuerza, de Inglaterra, empresa que llevó a cabo en contra del parecer del mismo duque de Alba y solo para satisfacer la ambición incontinente de los obispos de Roma, condicionado como estaba por un sadopapismo incontrolable y frenético. En 1588 la denominada Armada Invencible, al mando del duque de Medina Sidonia, era derrotada, y con ella el poderío marítimo de España, derrota de la que no se repondría jamás.

BALTASAR COSSA DE PROCIDA. Rey y obispo de Roma, que, al ceñirse la tiara pontificia, tomó el nombre de papa Juan XXIII¹. Antiguo pirata y corsario fi-

libustero, hijo de patricios napolitanos. Su ambición no conoció límite alguno, y, viendo que la carrera eclesiástica era más productiva que la piratería, y ofrecía menos riesgos con mayores ganancias, compró, a su santidad el papa Bonifacio IX el Arcedianato de Bolonia, ciudad en la que sería delegado del papa. Cansado de aquella ciudad, se dirigió a Roma y, gracias a la íntima familiaridad que tenía con el pontífice citado, éste, en agradecimiento por los buenos momentos que le hacía pasar, lo nombró cardenal y camarero secreto. Fue colector general de la Santa Sede, cargo que ejerció, como corsario irredento y pirata consagrado que era, con tal habilidad que al poco tiempo acumuló una fortuna superior a la de su protector. Pasan los años, y reina ahora, en Roma, el papa Alejandro V; las guerras civiles cristológicas que ocultan el denominado Cisma de Occidente, no parece tener fin y, sobre todo, no ponen en peligro la vida del papa romano. Baltasar Cossa, que tiene prisa por alcanzar el ambicionado trono, convence al médico del papa para que envenene al santo padre, y paga el servicio envenenando a su vez al envenenador del papa. Reunidos los electores en Bolonia, para decidir quién ocupaba el trono vacante y se ceñía la corona imperial, Cossa se presentó en el cónclave y se ciñó la misma, sin que ninguno de los electores se atreviera a oponerse a él. La consagración tuvo lugar en la primavera de 1410. Si la vida llevada por Cossa hasta entonces era la de un pachá, como papa no conoció límite alguno, pues según las crónicas, sus excesos en la mesa y en la cama sobrepasaron todo lo imaginable. Sin embargo, quedaban muy lejos los años en los que todos los obispos, y aun los simples presbíteros, eran denominados con el título de papa, por lo que, en aquellos años, no podía ya soportarse la existencia de tres

papas romanos a la vez –Juan XXIII, Gregorio XII y Benedicto XIII eran los afortunados elegidos por el Espíritu Santo para repartirse los beneficios del pastel imperial–, dado el carácter que el papado había ido adquiriendo con los siglos. Era imposible que situación tan anacrónica se soportara por mucho tiempo. En efecto, en pleno cisma, con tres monarcas papales como representantes en exclusiva de Jesucristo, el emperador Segismundo, harto también de la situación, convocó el concilio de Constanza y exigió la renuncia de los tres, y propuso la elección de un nuevo representante de Cristo para todo el judeocatolicismo latino. Juan XXIII, sería depuesto por el concilio, lo mismo que Gregorio XII, otro de los papas. Benedicto XIII, refugiado en su castillo de Peñíscola, España, despreció las decisiones del concilio y del emperador, y jamás renunció a la tiara. Baltasar Cossa, teniendo como enemigo al emperador, tuvo que renunciar a la tiara, y, al menos públicamente, someterse ante el nuevo rey del judeocatolicismo latino elegido por el concilio, Otón Colonna, papa Martín V, que lo trató con benevolencia y le nombró Decano del Sacro Colegio y Cardenal–obispo de Frascati y de Túsculo. No tardaría en morir, en Florencia, en el año 1417, sin que se pudiera saber si su renuncia fue sincera o, en el fondo, se consideraba el único y verdadero papa. Nadie pudo evitar la sospecha de que había sido envenenado por aquellos mismos príncipes cardenales que temían ser envenenados por él.

¹ Para ocultar la corrupción y pestilencia que protagonizaron los titulares de todas las sedes obispales o papales, se procuró, si no pudieron disimularse, buscar una razón para borrar de sus listados a quienes habían destacado por sus infamias, sobre todo, cuando la tiara la perdieron ante oponentes más fuertes. Esta es la razón por la que Baltasar Cossa de Procida fue honrado con el título de antipapa. El alias

o pseudónimo Juan XXIII se puso a disposición de quien quisiera tomarlo, lo que hizo Angelo Giuseppe Roncalli cuando alcanzó la ambiciosa tiara.

BALZANI, Giuseppe. Revolucionario italiano, residente en la Romaña cuando todavía esta parte de Italia era un feudo del rey del Imperio Vaticano, el papa de turno. Balzani se destacó como revolucionario cuando las tropas austriacas, que habían acudido a estrangular la revolución en Italia, se retiraron. Fue detenido en el año 1832, y no teniendo otra acusación contra él más que la de haber ofendido al papadíos de turno, en este caso Bartolomeo Alberto Mauro Capellari, Gregorio XVI, fue asesinado en el cadalso el día 14 de mayo de 1832. La orden de su asesinato patibular la plasmó el representante de Cristo en la tierra, el mencionado Gregorio XVI, teocriminal compulsivo cuyo deporte favorito debió de ser firmar sentencias de muertes. (Ver *CARBONARIOS*).

BANDINELLI, Orlando. (Ver *ROLANDO Bandinelli*).

BARI. Ciudad italiana en la que se celebraron varios concilios. Uno de los más destacados fue el convocado por el obispo de Roma Eudes de Lagery, papa Urbano II, con la finalidad de unir las grupos pontificales latinos con los ortodoxos, lo que no fue posible. En dicho concilio participó Anselmo de Canterbury, con cuyos discursos se disipó todavía más la posibilidad de la unión entre ambas sectas.

BARLAAM Y JOSAFAT. Título de una novela piadosa, del siglo VII de la era vulgar, compuesta en el convento de San Saba, no lejos de Jerusalén, y que se atribuyó durante muchos siglos a Juan Damasceno¹, personaje colocado por los obispos de Roma en su empíreo. La historia cuen-

ta la conversión de un príncipe indio al judeocatolicismo latino y el consecuente cambio que se opera en la vida de este hombre. La obra fue escrita en griego y traducida a varias lenguas, entre las cuales estaba el latín. Vicente de Beauvais la incluyó en su recopilación, y el príncipe indio no tardó en ser colocado en los santorales y martirologios al uso. De estos últimos libros, pasó a ser venerado como santo y a ser tema de la imaginaria y de los pintores. En el año 1590 era tan grande su fama, que Felix Peretti, papa Sixto V, sancionó con su autoridad infalible una lista de santos en la que se encontraba Josafat de la India, cuyos actos milagrosos había relatado nada menos que el ínclito san Juan Damasceno. Se escogió el día 27 de noviembre para honrarlo y venerarlo. Varios obispos o papas de Roma confirmaron la infalible disposición de Felix Peretti, y Juan María Mastai-Ferretti, papa Pío IX, a quien se le reveló el misterio dogmático de la infalibilidad de los obispos de Roma, confirmó solemnemente, en el año 1873 la santidad de Josafat, al que se había dedicado, en Italia, un templo en su honor. La sacralidad y realidad de este santo fue tirada por los suelos cuando dos historiadores y eruditos, Labouyale, francés, y Liebrecht, alemán, demostraron que Josafat no era más que el nombre que se había puesto a Bodisath –Buda o Buda Gautama–, cuando éste se hizo ermitaño. Los panegiristas antiguos habían tomado su vida y la habían judeocatólicizado; los pontífices de turno la habían sacralizado y los crédulos la habían venerado. Esta es la razón por la que Buda fue también visto en los anaqueles celestiales del papismo y favorecido con el título de santo.

¹ El dominico y arzobispo Jacques de Voragine (1227–1298), autor de la *Leyenda dorada*, relata sucintamente la vida de este personaje de

ciencia ficción cristológica, pero lo hace como si se tratara de dos santos distintos, Barlaam, por un lado, y por otro Josafat. Afirma que Juan Damasceno escribió la historia de ambos. De Damasceno pasaría a los púlpitos dominicanos y de la *Leyenda dorada* a todos los templos y logias. Pasado el tiempo terminó siendo sacralizada por los infalibles papas de Roma.

BARONIO, César. Nació en Nápoles, en el año 1538. Fue miembro del Oratorio, logia fundada por Felipe Neri, al que sucedió en el cargo de superior. Bibliotecario del Vaticano y cardenal, a él se deben varios libros sobre la historia, más o menos mitificada, del teísmo cristológico. Hubiera sido elegido obispo de Roma y rey de la dinastía imperial judeocatólica, de no haberse cruzado en su camino los intereses de la corona española, que se opusieron a ello. Sus trabajos principales llevan los títulos de *Historia ecclesiastica controversa* y *Anales Eclesiásticos*.

BARTOLOMÉ, La San. (Ver *NOCHE de San Bartolomé*).

BARTOLOMEO ALBERTO MAURO CAPPELLARI. Papa Gregorio XVI. Nació en Belluno, el 18 de septiembre de 1765. A los 18 años se hizo fraile camaldulense, terminando en el monasterio de S. Gregorio al Celio. Su visión de la cultura y el progreso quedó expresada en una obra que publicó, a los 34 años de edad, y que lleva por título *El triunfo de la Santa Sede y de la Iglesia contra los asaltos de los innovadores*, en la que se presenta como enemigo acérrimo de cualquier libertad que no sea la que ofrece la esclavitud papal en nombre de los principios bíblicos y evangélicos, obra que se publicó, por primera vez, en el año 1799. Siendo general camaldulense, fue nombrado príncipe cardenalicio, en el año 1826, por Anniballe della Genga, papa León XII, que le nombró también jefe de la Congregación de Propaganda Fide.

Las posibilidades de alcanzar el trono del Imperio Vaticano que se le ofrecían con tales nombramientos se materializaron cinco años después, cuando el día 6 de febrero de 1831 fue elegido obispo y papa de Roma, a la muerte de Francisco Javier Castiglione, papa Pío VIII.

Enemigo de todo progreso, como había demostrado con palabras y escritos, Castiglione se opuso a cualquier adelanto, tanto en el campo social como en el científico y humano. Lamentó la falta de poder de su policía papal, y el menosprecio que despertaba el teofuncionariado cristológico en la conciencia de los pueblos. Se opuso con garras y colmillos a la idea de Italia como República y Roma como capital de la misma. Excomulgó a diestro y siniestro, recordando la psicosis de grandeza que poseyeron los obispos de Roma en la Edad Media, y ofreciendo, a los ojos de sus súbditos, un espectáculo desconcertante por su fanatismo. Condenó todas las tendencias aperturistas y las concepciones filosóficas liberales. Al *Índice de libros prohibidos* fueron a parar todas las obras de la mayoría de los pensadores de la época. Renovó el racismo judeocatólico contra sus propios padres, los judíos ortodoxos que vivían en sus dominios, y a los que prohibió salir de sus ghettos. Lamentó no poder asesinar patibularmente a todos los hombres que se oponían a sus ambiciones, y eran muchos, por no decir todos, los pensadores y filósofos del momento, los políticos y los científicos que despreciaron el teísmo judeocatólico y la institución del papado.

Zarandeado por un lado y por otro por los impulsos revolucionarios que sacudían a Europa y al mundo entero, procuró que sus servicios secretos, la *Sancta Societas*, ahogara en germen todos los intentos de liberación que sacudían los Estados Papales. A la Romaña, uno de los feudos

del Vaticano en que hervían los grupos revolucionarios como los Carbonarios, los Protectores, los Independientes, los Peregrinos Blancos, los Calderari, etc., envió a uno de sus más siniestros sicarios, el cardenal Agostino Rivarolla, con la orden de no dejar vivo a nadie, si hacía falta para que terminaran los altercados. Como las revueltas continuaron, pidió ayuda a los austriacos, que estrangulaban las protestas y regaron los Estados Papales de sangre. Cuando los austriacos, "tras pacificar" el país, abandonaron Italia, los revolucionarios siguieron su labor de zapa. Capelari, ante la ineficacia de los inquisidores y la *Sancta Societas*, cesó a Bartolomeo Pacca en el cargo de director de esta última, dirección que puso, como la secretaría de Estado, en manos del cardenal Luigi Lambruchini, conservador a ultranza y dictador nato, dominado por un fundamentalismo criminal inigualable.

Capelari intentó por todos los medios evitar el derrumbe de su Imperio, por lo que se cebó contra filósofos, pensadores, humanistas, reformadores y revolucionarios. A él le cabe el triste honor de ser uno de los reyes del Imperio Vaticano que más asesinatos patibulares ordenó y firmó –por ofensas al soberano pontífice, afirman varias sentencias– de los tiempos modernos: más de un centenar. No contento con satisfacer sus instintos criminales de ese modo, prohibió la libertad de expresión en cualquier medio, y, llevado de su teogolatría compulsiva, ordenó la aniquilación inmisericorde de todos los grupos que no fueran turiferarios a ultranza de su persona y del papismo. Cegado por su soberbia, no pudo darse cuenta de que su intransigencia lo único que hacía era estrangular lo que tanto quería salvar.

Tuvo, también, el triste mérito de conseguir ser odiado por la gran mayoría del

pueblo romano, que le dedicó los más atroces insultos.

A su muerte, el desprecio se manifestó con especial alegría, por verlo desaparecer para siempre¹. Murió, corroído por el cáncer, el primero de junio de 1846, "*abbandonato da tuti nel letto pieno di merda*", como recuerda Giordani², aunque "santamente" en palabras de Castiglioni. Su sucesor sería Juan María Mastai-Ferretti, papa Pío IX (1846–1878).

¹ Las crónicas extraoficiales afirman que, siendo habitual enterrar a los reyes del Imperio vaticano a puerta cerrada, para evitar algaradas y discordias, la curia olvidó esta precaución, por lo que los romanos invadieron la basílica de San Pedro, en donde estaba siendo enterrado el cadáver, que fue despedido con maldiciones y silbidos por los fieles y creyentes.

² *Abbandonato por todos, en el lecho lleno de mierda*. Claudio Rendina: *I Papi; storia e segreti*. (Newton Compton editori. 3ª Ed. Roma, 1984).

BARTOLOMEO PRIGNANO. Papa Urbano VI. A la muerte de Pierre–Rogert de Beaufort, papa Gregorio XI, a finales de marzo de 1378, fueron tales los tumultos que se organizaron en Roma, que los cardenales reunidos en la ciudad, aterrorizados por la multitud, que les advirtió que quería un papa italiano y romano¹, tratando de satisfacer a sus padrinos y a la plebe eligieron, para ocupar la ambicionada y peligrosa sede, al arzobispo de Bari, Bartolomeo Prignano, napolitano, que ni estaba en el cónclave ni era cardenal. Sin embargo, viendo que los tumultos no cesaban y las amenazas y la violencia eran más graves, los electores escogieron, al instante, al anciano Francesco Tebaldeschi, para calmar las iras de los manifestantes. Cuando las aguas volvieron a sus cauces, Francesco hizo público lo que había sucedido y renunció². El pueblo se contentó con las explicaciones del anciano, y aceptó la elección de Prignano. Las dudas que existieron entre los cardenales franceses, quedaron en

estado latente en espera de los acontecimientos. Sin embargo las medidas autoritarias de Bartolomeo hicieron que trece cardenales de tendencias francesas, tras abandonar Roma, declararan anticánónica la elección y eligieran, en Fondi, obispo de Roma al cardenal Robert de Genève (Roberto de Ginebra), que tomó el nombre de papa Clemente VII. Un nuevo cisma –una nueva guerra civil cristológica– volvía a dividir al ya cismático judeocatolicismo imperial triunfante. Clemente VII se instaló en Aviñón mientras que Urbano VI se mantenía en Roma. El ascetismo de Bartolomeo Prignano, su intransigencia y soberbia, hicieron que poco a poco se encontrara abandonado por sus mismos seguidores y rodeado de enemigos, lo que hizo que su inseguridad creciera de día en día, y se viera obligado a cambiar de residencia continuamente para evitar lo peor. Salió de Nocera para refugiarse en Salerno; no encontrándose seguro en dicho lugar, se dirigió a Sicilia y, finalmente a Génova. Robó el reino de Nápoles a la reina Juana, por reconocer al papa de Aviñón, tomándole a él por usurpador, reino que puso en manos de Carlos III, duque de Durazo y que reclamó a la muerte de éste.

Como era lógico, luchó con garras y colmillos contra el papa de Aviñón, a quien excomulgó, lo mismo que a sus partidarios, a los que detuvo y asesinó siempre que le fue posible³, moneda que le fue devuelta en todo momento.

Cuando los franceses tomaron Nápoles, la ciudad reconoció como papa suyo a Clemente VII, despreciando a Urbano VI. Cuando éste se enteró, acudió con un ejército a recuperar la ciudad. Estando a la cabeza de sus tropas, cayó del caballo, y se lesionó gravemente. La muerte lo sorprendió en Roma, a donde había sido llevado urgentemente, el día 15 de octubre de 1389, siendo enterrado en ella.

Su sucesor inmediato en la dinastía romana fue Pedro Tomacelli, papa Bonifacio IX (1389–1404).

¹ Los conflictos electorales que tuvieron como protagonistas a los ciudadanos nacidos en Roma, que deseaban imponer un obispo romano, se originaron a partir del instante en que la curia romana deseó transformarse en la curia del judeocatolicismo universal, transformación que se adviera una posibilidad a partir sobre todo del siglo VIII. Hasta entonces los ciudadanos romanos, como sucedía –al menos en teoría– en cualquiera otra diócesis, eran los únicos responsables de la elección de sus pastores. Pero al serles robada su elección al mismo tiempo en que pretendían elevarse por encima de los demás obispados y colocarse a la cabeza de los mismos, se vieron inmersos en un conflicto de difícil solución, pues se debatieron, a partir de entonces, entre dos opciones difícilmente conciliables para una mente justa. Por un lado exigían que a la cabeza de su diócesis estuviera un papa nacido en Roma pero que fuese a la vez quien gobernara el religionismo cristológico universal. Por otro, y como consecuencia de esta última ambición, era natural que, siendo la cabeza del Imperio, cualquier ciudadano del mismo, cualquier creyente, pudiera ser coronado como rey pontifical aunque no fuese nacido en Roma y por mucho que la sede estuviera en esta ciudad, opción más que posible, como habían demostrado el Imperio Romano y sus emperadores. Pero ni el pueblo ni la nobleza romana querían renunciar a sus privilegios. Sin embargo, por muy visceral que fuera su ambición, no por ello quedaba ésta justificada. Finalmente los ciudadanos romanos, escogiendo entre dos males el menos amargo, terminarían aceptándose la idea de que, siendo la sede romana la cabeza del Imperio, bien pudiera ocuparla un italiano, pues no caería en la tentación de querer llevarla a otra ciudad, privándoles a ellos de las riquezas que llegaban a Roma por este concepto. Pasarían siglos, muchos siglos, antes de que aceptaran también la idea de que su obispo no fuese italiano y ni siquiera europeo, siempre y cuando la sede estuviera en Roma.

² No existe unanimidad entre los historiadores. Hay quien asegura que fue depuesto a la fuerza.

³ Los mismos turiferarios del papado aseguran que cinco cardenales murieron asesinados por orden suya, de la manera más cruel, acusados de conspirar contra él.

BASILEA. Ciudad en la que los arzobispos latinos se reunieron con el fin de terminar con las disensiones y problemas que conmovían sus fundamentos. Estas Cortes generales –concilios, en lenguaje sacristial– fueron convocadas, en el año 1431, por el obispo de Roma Otón Colonna, papa Martín V, siguiendo las pautas recomendadas por el concilio de Constanza. Otón Colonna murió el mismo año en que convocó dicha reunión, por lo que Gabriel Condolmer, que fue quien consiguió el ambicionado trono romano vacante, y que se coronó con el nombre de papa Eugenio IV, fue quien lo continuó. Sin embargo, este rey–dios, ante las presiones que la comunidad de obispos pretendían ejercer sobre él, disolvió la asamblea, de un modo definitivo, en el año 1437, sin que nadie tuviera fuerzas para oponerse a esa arbitrariedad.

BEATIFICACIÓN. Proceso por el cual, y mediante una buena suma de dinero, los jerarcas de la corte del Imperio Vaticano –las más altas autoridades del teofuncionariado cristológico latino– colocan a cualquier hombre en el zaguán de su paraíso o directamente en el cielo¹. A falta de dinero, pueden existir razones teopolíticas o teosociológicas que recomienden hacerlo. En algunas ocasiones basta el capricho del rey–dios para colocarlo ante el recibidor celestial o aun el de hacerlo pasar las puertas de tan honorífica mansión. La beatificación, como la santificación se limitan a ser las deificaciones romanas expresadas en jergonza sacristial.

¹ Para cualquier científico, la inanidad de la beatificación y santificación, resulta bochornosa y produce vergüenza ajena. El paraíso o cielo del Imperio Vaticano, siguiendo sus propias doctrinas, sólo puede encontrarse más allá de los límites del Universo, y esos límites, partiendo de la Tierra, se encuentran a varios millones de años luz de la misma. La santificación constituye la confirmación fidedigna, con certificado papal

de garantía, de que el alma del declarado santo se encuentra en dicho paraíso, y a ella se unirá, en un tiempo más o menos lejano, su cuerpo. ¿Cómo ha podido el papa desplazarse hasta dicho lugar para poderlo asegurar? O, si se quiere ¿cómo ha podido el alma privilegiada recorrer tales distancias? Sobrepasar esos límites no parece una hazaña posible ni siquiera para la más poderosa de las divinidades, que, aunque viajara a velocidades superlumínicas, estaría siempre inmóvil con respecto al Universo, y no solo por su inmutabilidad. ¿Alegar la transmisión de pensamiento o la revelación directa de Yahvé al papa de turno, como se defienden la curia? Salvar la distancia infinita que eso supondría, constituía una dificultad todavía mayor que la de trasladarse de un extremo a otro del Universo, y exigiría un tiempo infinito y no un milenio o dos.

BEDA. Personaje que vivió a caballo de los siglos VII y VIII. Se lo considera uno de los eruditos más importantes del religionismo cristológico. Había nacido en Jarrow, Inglaterra, se cree que en el año 673. Estudió con los benedictinos y se hizo sacerdote, siendo uno de sus más activos proselitistas. Confeccionó una historia del judeocatolicismo en Inglaterra y probablemente fue el primer hombre que comenzó a datar los hechos míticos e históricos a partir del supuesto nacimiento de su dios yahvídico en su avatar Jesús. Murió en el año 735. Ya desde muy antiguo fue honrado con el título de venerable, pero hasta finales del siglo XIX no fue visto claramente en el olimpo judeocatólico y honrado con el título de santo.

BELARMINO, Roberto Francisco. Sacerdote jesuíta, nacido en 1542, que alcanzó el grado honorífico de cardenal. Fue sobrino del obispo de Roma y rey del imperio pontificio Marcelo Cervinoi, papa Marcelo II. Destaca de él el celo con el que defendió el papado frente al judeocatolicismo renovado. La logia jesuítica trató de colocarlo en el paraíso judeocatólico y, a partir del Pío XI, ya es honrado

con el título de santo. Entre sus obras destaca, por la repercusión que tuvo para la afirmación de la monarquía electiva del que terminaría siendo el Imperio Vaticano, el *Tractatus de potestate Summi Pontificis*, aunque su obra más importante se considera *Disputationes de rebus fidei*. Entre los actos bochornosos que se cuentan en la vida de este hombre, uno de los mayores turiferarios del papismo romano, están las humillaciones a que sometió a Galileo, del cual recibió solemnemente su retractación y sumisión en nombre del papa de turno. La actitud de Belarmino reflejaba los sentimientos de los jesuitas, que se habían vuelto contra el astrónomo, tras haber sido decepcionados por éste. Murió en 1621.

BELTRAND DE GOTH. Papa Clemente V. Nació en la aldea de Villandraut, no lejos de Burdeos. Antes de ser nombrado obispo o papa de Roma lo fue de aquella ciudad. Su elección tuvo lugar tras el asesinato del papa Benedicto V, quien, como su médico reconoció, había sido envenenado cuando no llevaba un año siquiera en el peligroso trono obispal. Su elección no fue nada fácil, por los intereses en juego, ya que la lucha por el ambicionado trono se prolongó cerca de once meses. Hartos ya de la situación, el 5 de junio de 1305, los cardenales partidarios de Francia comunicaron a Felipe el Hermoso (Felipe IV), que estaban dispuestos a dar la tiara a de Goth, si él lo tenía a bien. Felipe convocó a éste, y le dijo claramente que en sus manos estaba el coronarlo como obispo de Roma. El elegido aceptó las condiciones que le impuso el rey, y la respuesta no tardó en llegar: de Goth se ciñó la tiara. El nuevo papa no quiso acudir a Roma para ser consagrado, sino que prefirió que la ceremonia oficial de toma del cargo se celebrase en Lyon. Todas las disposiciones

que había tomado el papa Bonifacio VIII contra el rey de Francia Felipe el Hermoso las anuló. Para estar más seguro, nombró nuevos cardenales franceses, que mantuvo a su vera, y fijó su residencia, primero en Poitiers y, posteriormente, en Aviñón, dando comienzo a la serie de los papas de esta ciudad. A él se debe, por entero, la abolición de la Orden de los Templarios, cuyas riquezas se repartió con el rey de Francia, siendo quemados vivos, masacrados donde los encontraron, o asesinados en prisión, sus jefes más señalados. No contento con ello, pretendió hacer lo mismo con los Hospitalarios. A este obispo de Roma, que jamás puso los pies en la antigua ciudad imperial, se debe la persecución de los begardos, los beguinos y los fraticelli, lo mismo que la condena de las doctrinas de Pedro Oliva y las de Joaquín de Fiori, yendo las riquezas de todos ellos a parar a las manos del papa y sus sicarios.

Su codicia fue admirable, por lo que acaparó el oro de todos los lugares en los que se encontraba, los templos y los monasterios¹, bajo la pena de excomunión a quienes se opusieran o lo ocultaran.

A pesar de la unión que existía entre de Goth y el rey Felipe, el primero supo escapar a los juramentos y promesas que hiciera antes de ser consagrado, para evitar la condenación del papa Bonifacio VIII, que le exigía el rey, valiéndose de varios engaños y de la convocatoria de un concilio en Viena.

Excomulgó a los ciudadanos de Mantua y de Modena, porque arrebataron a Raimundo de Ancona el oro que le llevaba. Se lo hace responsable del asesinato del emperador Enrique VII, el cual, viendo que no podría dominar Italia mientras fuera aliado de Clemente V, abandonó Roma para atacar a los Güelfos en Toscana. Clemente juzgó que aquello era

una traición descarada, y, a los dos meses, el emperador moría envenenado en el monasterio de Bonconvento, cerca de Florencia. Cuando el emperador fue a comulgar, bajo las dos especies, el fraile Bernard de Montpulcien, miembro de la Santa Inquisición, vertió el veneno en la sangre de Cristo que contenía el cáliz consagrado, y lo ofreció a Enrique. El papa Clemente V, silenció los clamores que levantó este asesinato, haciendo quemar vivos a los médicos que habían encontrado el veneno en el cuerpo del emperador, y declarando que éste había muerto de muerte natural. Los descontentos fueron entregados a la Inquisición, y jamás volvió a tocarse en público el tema.

Tuvo por barragana a la condesa de Foix, aunque, amigo de toda carne, no le faltaron niños con quienes solazarse en el lecho pontificio.

La edad y los excesos en la mesa y en la cama le provocaron algunas enfermedades y contagios, que los médicos aconsejaron curar en otros aires, por lo que decidió trasladarse a su tierra. En el camino de Burdeos, encontrándose en Roquemaure, a orillas del Ródano, en la diócesis de Nimes, su situación se agravó. Murió el día 20 de abril de 1314.

De Beltrand de Goth se conservan algunos escritos y constituciones, que se recogieron en las *Decretales*, y que llevan el nombre de *Clementinas*.

La curia romana jamás movió una ficha para disculpar a este papa, pues fueron inmensas las riquezas que perdieron a causa de él, riquezas que fueron a parar a Francia. Dante, que lo colocó en su infierno, lo insulta descaradamente. Los historiadores romanos contemporáneos, entre los que se encuentra el florentino Giovanni Villani, señalan su ambición, sus incestos, sus simonías y su creencia en brujas y magos.

Su sucesor sería Jaime de Euse, papa Juan XXII (1316–1334), elegido tras estar el peligroso trono vacío durante cerca de dos años, y que tendría que compartir, un tiempo, el título de obispo o papa de Roma con Pedro Rainalducci de Corbara, papa Nicolás V (1328–1330).

¹ En el monasterio de Cluny fue necesario emplear cinco días para retirar los tesoros que se acumulaban en sus sótanos. (Lachatre).

BENEDICTINOS. Logia –orden, congregación, monacato, en lenguaje ortodoxo– creada por Benito de Nursia, en el siglo VI. Constituyen, en realidad, una federación de monasterios y comunidades más que una unidad jerárquica. La importancia de este colectivo para el desarrollo del judeocatolicismo papista fue decisiva, pues de sus filas salieron varios de los obispos romanos más ambiciosos, que consiguieron imprimir el carácter de monarquía absolutista que posteriormente adquiriría el obispado romano. A Benito de Nursia se atribuye la fundación del monasterio de Montecassino¹, lugar en el que fijó su residencia. El concepto de monasterio que tuvo este hombre, fue el de un centro autárquico, sometido a la obediencia del prior. Con los siglos, surgieron, dentro de los benedictinos, varios movimientos reformistas, como los de Cluny, Gorce, el Císter, etc., que pretendieron adecuar su orden a las situaciones históricas del momento y, sobre todo, configuraron el judeocatolicismo y el papado en función de una mayor centralización, dándole su carácter piramidal e imperial. De sus filas surgió también, en el año 1313, la rama benedictina olivetana, que todavía existe, cuyo fundador fue Juan Tolomeo, noble de la ciudad de Siena.

¹ En textos antiguos se observa la grafía Monte Cassino.

BENEDICTO DE MAMMOLO. Papa Benedicto IV. Fue elegido para el cargo en el año 900, a la muerte de su predecesor, Juan de Tívoli (de Rampoaldo), papa Juan IX. Fue respetuoso con la memoria del obispo o papa de Roma Formoso, al que rehabilitó tras la bochornosa degradación que había sufrido por parte del papa Esteban VI Bis. Se hace de él uno de los obispos de la antigua ciudad imperial que más hizo por corregir las indecencias, robos y crímenes del clero y la curia romana, y se afirma que se preocupó por el bienestar de los pobres de Roma. Corrigió algunos de los errores pendientes que se acumularon en la corte pontificia, y procuró enmendar las injusticias de sus predecesores. Su pontificado apenas duró tres años, ya que murió en el 903, ignorándose la causa de su muerte. Es juzgado como uno de los obispos de Roma más humanitarios del siglo que inauguraba.

La ambicionada corona iría a parar a las manos de León de Ardea, papa León V (903), que moriría asesinado al poco tiempo de alcanzar el trono.

BENEDICTO DE SAVELLI. Papa Benedicto II el santo. Se lo tenía por hijo de un hombre llamado Juan, y nacido en Roma. Conseguido el sacerdocio, lo ejerció en uno de los templos de su ciudad natal. Alcanzó el ambicionado obispado romano en el año 684, cerca de un año después de la muerte del papa León II, y sólo cuando la corte de Constantinopla dio su aprobación. El hecho más importante que se le atribuye fue lograr que el emperador Constantino IV Pogonato (el Barbudo) renunciara al derecho a confirmar la elección del obispo de la ciudad de Roma votado por los electores, que todavía seguían siendo el pueblo, el ejército y sus pastores o presbíteros. El emperador, cedió a su súplica, lo que fue

considerado como un triunfo espectacular para la independencia del obispado de Roma¹.

Tuvo problemas con la iglesia hispana, ya que, cuando remitió a sus obispos las conclusiones del concilio de Constantinopla, estos añadieron que, en lugar de dos voluntades, había tres en Jesucristo, expresión que sorprendió al papa y sus teologistas. Benedicto pidió a los obispos ibéricos que se retractaran, pero ellos le respondieron que eran libres para expresar su opinión sobre lo que les había pedido.

B. de Savelli moriría, según las crónicas, en mayo del año 685, cuando apenas llevaba diez meses en el peligroso trono obispal romano, pero sus gestiones cerca del emperador para lograr la independencia de la mitra romana, le merecieron el paraíso y ser honrado con el título de santo.

Su sucesor en el trono sería Juan el Sirio, papa Juan V (685–686).

¹ El emperador Justino II, ante la importancia de esta concesión y su trascendencia, anuló el decreto de Pogonato y recuperó el derecho cedido.

BENEDICTO EL GERMANO. Papa Benedicto VI. Era hijo de un alemán o de un hombre de origen alemán llamado Hildebrando, y consiguió la disputada tiara romana en el año 973, a la muerte de su predecesor Juan XIII. Su elección había sido apoyada por el partido imperial. Mientras el emperador Otón I estuvo vivo, el partido italiano, que no había podido colocar en el obispado a ninguno de sus partidarios, se mantuvo a la expectativa. Sin embargo, en cuanto el emperador murió, Crescenzo, hijo de Teodoro II, jefe del partido italiano, se apoderó de Benedicto VI y lo encarceló en el castillo de Sant'Angelo. Cuando todavía estaba con vida Benedicto VI, fue elegido un nuevo obispo de Roma en la figura del diáco-

no Francone de Ferruccio, que tomaría el nombre de papa Bonifacio VII. Con el fin de evitar la permanencia de una corona bicéfala cristológica, el mismo papa Bonifacio VII asesinó –estranguló, según las crónicas– al papa Benedicto VI en prisión; era el año 974. Benedicto el Germano no había podido gozar de la peligrosa mitra ni siquiera un año.

BENEDICTO EL GRAMÁTICO. Obispo de Roma, más conocido por papa Benedicto V. Fue elegido obispo de la ciudad al día siguiente de la muerte del obispo y papa de Roma Juan XII, en el año 964, en disputa abierta con el también papa de Roma León VIII, que estaba apoyado por Otón I, y que había sido elegido tiempo antes, con ocasión del destronamiento de Juan XII, pero que había tenido que huir a escondidas cuando Juan recuperó por la fuerza el trono. El emperador sitió la ciudad, y Benedicto V se defendió con valor y arrojo, armas en la mano, pero la ciudad terminó por rendirse, y fue conducido prisionero a Alemania, dejando en su lugar al papa León VIII. Cuando León murió, y no se descarta la posibilidad de que fuera asesinado, los romanos reclamaron el regreso de Benedicto el Gramático, pero éste murió en el viaje de vuelta, en Hamburgo, el año 966. Teóricamente tuvo el título algo más de dos años, pero en realidad no gozó de él más que unas semanas. El marasmo que reinaba en la corte era tan grande, que Benedicto V fue descartado de la cronología papal y colocado en la cronología de los denominados antipapas, mientras el título de papa lo mantendría Juan de Teodora, papa Juan XIII (965–972).

BENEDICTO EL ROMANO. Papa Benedicto III. Era romano y sacerdote de San Calixto. Su elección tuvo lugar en el año 855, a la muerte, según algunas crónicas,

de Johannes Angélicus, Juan VIII Bis (la Papisa Juana, 855). Su elección, con todo, fue despreciada por los representantes imperiales, que coronaron a Anastasio de Arsenio, papa Anastasio III (855), sobrino del obispo de Gubbio Arsenio. Benedicto fue detenido y hecho prisionero.

El pueblo romano se reunió en uno de los templos, y se negó a reconocer como obispo suyo a un sacerdote del que se decía que había sido depuesto y anatematizado por un papa y un concilio. Los oficiales imperiales se enfrentaron a los amotinados, pero terminaron siendo convencidos por ellos. Dadas las circunstancias, se vieron obligados a destronar a Anastasio y consagrar definitivamente a Benedicto.

El obispado de Benedicto fue gratificado por la presencia en Roma del rey de Inglaterra, Ethelwulf, en el año 856, que hizo donación de las rentas de varios territorios y ricos presentes al papa; la de los embajadores del rey Miguel III, emperador de Oriente, gracias a cuyos regalos Benedicto firmó, sin estudiar ni examinar, la deposición del obispo de Siracusa, Gregorio; la presencia de los enviados de los abades de las Galias...

Intervino en asuntos domésticos de la familia de rey Lotario.

Su pontificado estuvo oscurecido por su enemistad con Focio, patriarca de Constantinopla, enemistad que sería origen de un nuevo cisma o una nueva guerra civil cristológica entre Oriente y Occidente.

Se considera que fue uno de los primeros obispos de Roma, si no el primero, que utilizaron para autodefinirse el título de *Vicario de San Pedro*, que más tarde sería transformado por sus sucesores en el de *Vicario de Jesucristo*.

Tras la convocatoria de un sínodo para estudiar el caso de Huberto, sacerdote que había convertido un convento en un lupanar, Benedicto falleció, en la pri-

mavera del año 858, siendo su repentina muerte demasiado sospechosa para ser natural.

El ambicionado y peligroso trono cristológico iría a parar a las manos de Nicolás el Patricio, papa Nicolás I (858–867).

BENEDICTO GAETANI. (Benito Gaetani, Benito Cayetano). Papa Bonifacio VIII. Nació en el año 1230, en Anagni, de noble familia, y no faltan autores que afirman que sus raíces pudieran ser catalanas. Hombre erudito, ambicioso, orgulloso, enérgico y práctico, a la vez que cínico e hipócrita, se caló la tiara imperial judeocatólica, en el año 1294, tras la renuncia a ella de Pedro Angele-ri de Morone, papa Celestino V, a quien Gaetani había materialmente obligado a abdicar. Contribuyó a su pronta elección –el cónclave, según C. Rendida¹, apenas duró un día– Carlos de Nápoles, y no resulta arriesgado pensar que Benedicto compró los votos de todos los electores, antes de la abdicación de Celestino V, a quien no solamente habría obligado a renunciar, sino que, con la tiara ya en su haber, terminó recluyéndolo en el castillo de Fumona², para evitar la tentación de que reclamara de nuevo la tiara o le hiciera sombra. Cuando se aseguró la tiara, trasladó la curia de Nápoles a Roma, gesto que le agradecieron los romanos, por el dinero que significaba para ellos. Revocó todas las disposiciones y gracias que Celestino había concedido, y se dispuso a gobernar con férrea mano, enfrentándose a tirios y troyanos.

Su enemistad con el rey de Francia Felipe el Hermoso, a raíz de la publicación de la bula *Clericis laicos*, con la que pretendía frenar todos los intentos de que se impusiera impuestos a los bienes de la Iglesia sin su permiso y a la que se oponía el rey, tuvo graves secuelas. Pretendió, por ello, excomulgar a Felipe y

robarle el reino³, lo que hizo tambalear su situación. Sus enemigos eran muchos, y entre ellos se encontraban los espiritualistas fundados por Celestino V, que afirmaban que el obispo de Roma no podía abdicar nunca, los Colonna⁴ y otros nobles y cardenales.

Necesitando dinero, convocó un jubileo, en el año 1300, con el fin de recaudarlo para luchar contra los enemigos que su política, ambiciosa y totalitaria, le estaba creando. Por este motivo publicó la bula *Antiquorum habet fidem*, con el fin de conceder una indulgencia plenaria a quienes acudieran a Roma, el mejor modo de recaudar dinero justificando las conciencias y, en último término, facilitando cualquier ignominia. Deseando obtener dinero a cualquier precio, canonizó a Luís IX de Francia, acto que le fue pagado en oro.

Sabiendo que las tropas del rey francés se encontraban fuera del país, publicó, el día 4 de diciembre del año 1301 la bula *Salvator Mundi*, por la que abolía los privilegios concedidos a dicho rey, y al día siguiente publicó otra bula, *Ausculda fili*, con la que convocaba, para el 10 de noviembre del año siguiente, un concilio para que quedaran claramente establecidas las relaciones entre el obispado de Roma y las monarquías. En esta última bula Bonifacio VIII exponía claramente la idea de que el papa había sido colocado por dios (Yahvé–Cristo–Paráclito) por encima de cualquier soberano del mundo, por lo que Felipe el Hermoso no podía presumir de no tener a nadie por encima de él: estaba sometido al papa, ante el cual debía disculparse.⁵

El 18 de noviembre del año 1302, Bonifacio VIII, en la asamblea que había convocado, hizo pública la bula *Unam Sanctam*, por la que dejó claramente establecido que en el mundo había dos espadas, la espiritual y la temporal, que pertenecían

las dos al papa, aunque éste entregara, en ocasiones, la segunda a los reyes para la defensa de la primera. Los reyes sólo podían manejarla en beneficio de la Iglesia y bajo sus órdenes y consejo, jamás de un modo independiente y arbitrario. Felipe convocó el 12 de marzo de 1303 su Consejo de Estado, y se dispuso a responder al papa. Mientras tanto éste, encontrándose a salvo en Anagni, preparó una bula de excomunión contra Felipe, titulada *Super Petri solio*, que pretendía publicar el 8 de septiembre de 1303. No tuvo tiempo de hacerlo. El día 7 de septiembre de 1303 fue detenido en su propio palacio por los soldados del rey de Francia, a la cabeza de los cuales estaban Nogaret, el cardenal Colonna y Flote, que le invitaron a unirse a ellos para conducirlo a Francia ante un concilio general, pues había sido condenado por varios concilios de París. Gaetani insultó a todos los presentes, e insistió en afirmar que él era la máxima autoridad religiosa y civil del mundo. Lo retuvieron prisionero, pero debido a que quienes fueron a buscarlo no se ponían de acuerdo con su destino –Nogaret no quería la muerte del papa, pero sí el cardenal Colonna–, se decidió esperar, hecho que salvó la vida al pontífice. A los tres días el pueblo de Anagni lo liberó y lo condujo a Roma. Sin embargo, la lección había sido demasiado fuerte, y aunque el deseo de venganza le comía las entrañas, todo había cambiado para él. Aquél hombre, rey–dios, que, con la misma prepotencia y cinismo con que lo había declarado el papa san Gregorio Magno por primera vez, se autotitulaba *Servus servorum Dei*, no era más que una sombra y una caricatura del hombre orgulloso que había encarcelado a Celestino V y pensaba gobernar el Mundo. Retirado en el Palacio del Laterano, la locura cavó su sepultura.

En Roma murió, arruinado psicológicamente y moralmente, el día 11 de octubre de 1303. Con él moría uno de los más tristes testimonios de enajenación mental –o quizás, de un cinismo divino⁶–, provocado por una autoestima ilimitada, un teoogolatría infinita, y se ponía término a la pretensión del obispo de Roma de construir un imperio romano teocrático mundial exclusivo y excluyente, con él como emperador absoluto.

A pesar del historial sangriento y criminal de este papa, la corte del Imperio vaticano insiste en justificarlo y sacralizarlo. La razón más importante resulta ser el impulso tan tremendo que dio a las ambiciones del obispado romano. Otra, también inestimable, es porque se ve en la necesidad de actuar de acuerdo con las bulas que dicho hombre escribió, tan útiles para los objetivos que persigue. Para dicha corte, no tiene ningún valor el que Bonifacio VIII haya sido considerado, por algunos historiadores, el más convencido de los incrédulos que pulularon por el Vaticano, lo que ya es difícil. Para demostrarlo, están las máximas que el historiador Giovanni Villani⁶¹, tomó de este hombre al dictado casi: “Que Dios me colme de bienes en este mundo, que el otro me deja indiferente”. “Los hombres poseen un alma semejante a las de los animales, pero ni unas ni otras son inmortales”. “El Evangelio enseña más mentiras que verdades; el parto de la Virgen es absurdo; la encarnación del hijo de Dios es ridícula, y el dogma de la transubstanciación es una imbecilidad”. “El dinero que la fábula de Cristo proporciona a los sacerdotes es incalculable”. “Las religiones son creadas por los ambiciosos para engañar a los crédulos”. “Es necesario vender en la Iglesia todo lo que los necios quieren comprar”⁸.

A pesar de las encontradas opiniones que la historia ofrece de este hombre, su inge-

nio está fuera de dudas. El método con el que convenció a su predecesor para que dejara el trono es digno de la picaresca más acendrada, y, aunque no fuese original el sistema, sí lo era la finalidad que le dio (Ver *PIETRO Angeleri da Morrone*). El modo de sacar dinero a los crédulos, fue más seguro, y menos escandaloso que la venta de las indulgencias, que protagonizaron Juan de Médicis, Papa Gregorio X, y su amigo Alberto de Maguncia, en el siglo XVI, y que provocó la Reforma iniciada por Lutero, cuando en el fondo, el Jubileo no era más que una venta de indulgencias –compra del perdón de los pecados, con plaza en el cielo como corolario– que resultó más provechosa, limpia y divina. A su ingenio se debe también el milagro de la aparición de la casa Nazaret (la vivienda evangélica de María, José y Jesús) en Italia que, al igual que el Jubileo, le proporcionó ingentes cantidades de oro. La casa, después de mandarla construir, estuvo un tiempo de la ceca a la meca hasta que, tras varias tentativas por fijarla en un lugar seguro y accesible, al amparo de asaltos y ladrones de caminos, terminó siendo colocada, definitivamente, en Loretto, en donde todavía se la venera.

Su sucesor sería Nicolás Boccasini, papa Benedicto XI, beato. (1303–1304).

1 C. Rendina, *I Papi, storia e segreti*. (Newton Compton editori. 3ª Ed. Roma, 1984).

2 Prisión que justifican todos los turiferarios de la corte del Imperio vaticano, afirmando que era necesario para evitar un posible cisma, cuando el prisionero, según el parecer de historiadores imparciales, era un santo –canonizado– y el usurpador un asesino, eso sí, que llenó de oro los depósitos del palacio papal y la ciudad entera.

3 Ofreció su trono a quien se lo entregara vivo o muerto.

4 Se enemistó con ellos, por su oposición en el cónclave, y los Colonna le acusaron de haber asesinado al papa Celestino V.

5 (C. Rendina. *Opera citada*).

6 Dante lo colocó en su Infierno, por ambicioso, cruel y corrompido. Sin embargo, si por algo

debía ocupar un espacio en dicho lugar, según el parecer de algunos estudiosos, debería haber sido por el cinismo y la prepotencia que refleja su propia vida, por encima del bien y del mal, y las máximas que se le atribuyen.

⁶¹ Historiador florentino, contemporáneo de Benedicto Gaetani.

⁸ Citado por Lachatré.

BENEDICTO ODESCALCHI. Papa Inocencio XI. A la muerte de Juan Bautista Emilio Altieri, papa Clemente X, y tras dos meses de discusiones, fue elegido este hombre para ocupar el trono del Imperio vaticano. Su elección tuvo lugar a finales de septiembre de 1676. Nació en Como, Lombardía, había estudiado con los jesuitas, siendo posteriormente soldado y protonotario apostólico, terminando por ser obispo y cardenal de Novara.

Inició pronto algunas reformas importantes y se distinguió por un deseo sincero de corregir la corrupción de la corte pontificia. Despreció el nepotismo, que se negó a practicar. Sin embargo, su odio a los grupos judeocatólicos protestantes, que estaban minando el poder del judeocatolicismo papista, su propio poder, terminó por esterilizar todos sus esfuerzos de reforma. Se opuso con todas sus fuerzas a quienes le disputaran su autoridad indiscutible, por divina, en todos los campos del conocimiento, ya fuera en la esfera teopolítica, en la teodogmática o la teocientífica. Reprimió todo intento de emancipación del pueblo, justificando y organizando masacres sistemáticas contra los descontentos y alborotadores, acusados de herejes.

Su ambición y prepotencia obligaron al clero galicano a adherirse a las tesis promulgadas por la Universidad de París que, en pocas palabras, venía a negar toda autoridad a los obispos o papas, y, por lo tanto, al obispo o papa de Roma, para intervenir en los negocios temporales; declaraba que los concilios eran

superiores a cualquier obispo o papa, y, lógicamente, eran superiores al obispo o papa de Roma; sujetaba la autoridad de todos los obispos o papas, y como era natural, la autoridad del obispo o papa de Roma, a los cánones generales; negaba la infalibilidad a todos los obispos o papas de cualquier iglesia, incluido el obispo o papa de Roma, aduciendo que la infalibilidad era patrimonio único de las iglesias generales reunidas en concilio. Como era de esperar, Benedicto Odescalchi quiso condenar no sólo el espíritu sino la letra de tales proposiciones, pero fue en vano. Tuvo más suerte condenando las doctrinas del clérigo español Miguel Molinos, autor de la teoría del quietismo, al que puso en manos de la Inquisición lo mismo que a sus libros. Tuvo el consuelo de conocer la subida al trono inglés de Jacobo II, un papista visceral, aunque la alegría no le duró mucho. Jacobo, despreciando los consejos de prudencia que le daba Odescalchi, consiguió que los nobles y el pueblo lo expulsaran del trono.

La energía que empleó para oponerse a la pérdida del poder temporal del obispado romano y del Imperio cristológico latino, fue tan grande, que tras su muerte, ocurrida el 12 de agosto del año 1689, tras una larga enfermedad, la corte y curia romana lo colocaron en el atrio de su paraíso, con el título de beato, en espera de que algún papa lo quiera introducir definitivamente en él y le conceda el título de santo.

El trono vacante lo ocuparía Pedro Vito Ottoboni, más conocido como Alejandro VIII (1689–1691).

BENEDICTO TUSCULANO. Papa Benedicto VII. Tras el asesinato del papa Benedicto VI, la huída de Roma del papa Bonifacio VII, temeroso de perder la vida a manos de los partidarios del nuevo

emperador Otón II (Othon II), y la repentina muerte del papa Domno II, que sólo pudo mantenerse en el ambicionado trono unos meses, se buscó un nuevo obispo o papa de Roma partidario del Imperio. Tras mucho buscar, se encontró a la persona deseada en el obispo o papa de Sutri, Benedicto, que aceptó el peligroso obispado o papado romano en el año 974, haciéndose llamar Benedicto VII¹. El hecho más notorio de este hombre fue que, habiendo tenido que huir de los palacios obispaes por una revuelta popular fomentada por el partido nacionalista, cuando Otón se presentó en Roma, el papa y el emperador prepararon un banquete al que invitaron a todos los nobles más díscolos de la ciudad. Tras servir abundante comida, vinos y licores, estando todos embriagados, mandaron degollar a cerca de cincuenta invitados, mientras Benedicto y Otón continuaban el banquete en otra sala. Se ha tratado de dar un carácter de leyenda a este hecho, pero no son pocos los especialistas y estudiosos del papado romano que aseguran su realidad histórica. Benedicto VII se mantuvo en el cargo nueve años, hasta el 983/4, que aprovechó para excomulgar al papa Bonifacio VII y fomentar el poderío del obispado de Roma.

A su muerte, ocuparía el trono vacante Pedro de Canepanova, papa Juan XIV (983/4–984/5).

¹ No faltan autores que lo enfrentan a Bonifacio VII, que habría tratado de aparecer por Roma a la muerte de Domno II. Hecho discutible, debido a que el emperador Otón II andaba por la ciudad y sus alrededores.

BENEFICIO ECLESÍASTICO. Eufemismo con el que se designan los salarios, bienes, retribuciones, pagas, prebendas, porcentajes y otros emolumentos destinados a gratificar el celo y ardor con el que el teofuncionariado cristológico se

dedica al imperialismo religioso. Tal beneficio admite grados, subgrados, divisiones, considerandos y otros elementos aleatorios. En resumidas cuentas, el beneficio eclesiástico constituye la suma de dinero destinado por el rey del Imperio Vaticano a sus cardenales, nuncios, obispos, arzobispos, sacerdotes y religiosos. Recibe este nombre, también, el dinero que los Estados judeocatólicos papistas destinan, por negociaciones secretas (no suelen aparecer en los concordatos que se hacen públicos) con la corte pontificia, para pagar a sus sacerdotes. Beneficios eclesiásticos son también las recaudaciones ofrecidas por sus ovejas en cada una de las parroquias y jurisdicciones, y las producidas por la explotación de los bienes clericales de todo tipo y valor.

BENEVENTO. Ciudad que fue testigo de varias asambleas o concilios de los jerarcas y sátrapas mitrados del judeocatolicismo filorromano imperial. Uno de los más destacados fue el convocado por el toscano Raniero Rainieri de Bleda, monje benedictino que ocupó la ambicionada sede obispal de Roma y se hizo coronar con el nombre de papa Pascual II (1099–1118).

BENIGNI, Umberto. Sacerdote o hechicero judeopapista, nacido en Umbría. En 1895, se trasladó a Roma, y pronto se lo verá mimado por la fortuna y demostrando sus posibilidades y, sobre todo, sus ambiciones. Escritor y reaccionario visceral, por su ideología conservadora, monárquica e imperial, se atrajo la atención del cardenal Merri del Val, en aquella época –el reinado de José Sarto, Pío X (1903–1914) era el secretario de Estado del Imperio Vaticano. Benigni entró en la secretaría de Estado y, ante las exigencias imperantes, terminó creando el servicio de contraespionaje del Vaticano y responsabilizándose de él. La nueva

organización, al servicio del rey del judeocatolicismo papista, sería llamada *Sodalitium Pianum*. La finalidad de esta asociación de espías sacralizados estaba dirigida, aparte de su tarea de contraespionaje, a terminar con cualquier intento de emancipación del yugo papal de los hombres, los pueblos y las naciones. Sus agentes, en gran parte captados dentro del clero secular y regular, al igual que los de la *Sancta Societas* y el círculo Octogonus, la Orden Negra y otras asociaciones similares, operaban con tanto secreto que ni siquiera eran conocidos por la gran mayoría del teofuncionariado de la corte papal.

Benigni creó, al mismo tiempo, un periódico para apoyar el reaccionarismo a ultranza y atacar al liberalismo, modernismo, y cualquier medida que pudiera ayudar a la emancipación del hombre. El periódico contaba con fondos concedidos por José Sarto, aunque este papadíos, ante las protestas que levantaron las injurias y ataques vertidos en sus páginas declarara, con la más celestial indecencia, que el periódico no era la tribuna oficial del Vaticano.

A la muerte de Sarto, Jaime della Chiesa vino a ocupar el trono del Imperio Vaticano, con el alias Benedicto XV. Habiendo sido uno de los personajes represaliados por el *Sodalitium Pianum*, dejó que la organización de Benigni y la misma *Sancta Societas* vegetaran en la rutina más ineficaz. Benigni terminaría siendo destinado de profesor a un lugar anodino, y privado de todo poder e influencia.

BENITO DE NURSIA. (Benedicto de Nursia). Nació en el año 480¹, dentro de una familia patricia romana. Por razones no muy claras, se ausentó de Roma, buscando la soledad y, con el tiempo, creó la orden benedictina, forma de monacato colectivo al que dio varias reglas, y

en el que, posteriormente, se inspirarían otros fundadores. En Montecassino, Frosinone, Italia, construiría, en el año 529, el monasterio o abadía que serviría de modelo a los demás centros del grupo. Murió en dicho monasterio, en el año 543. Su obra todavía pervive, no solo en los monasterios que conforman la federación benedictina y sus derivados directos –cluniacenses, cister, etc.– sino en la trayectoria que impuso al teísmo cristológico, que habría de configurar, con el paso de los siglos, el Imperio Vaticano y la creación de la figura del rey–divino, el papa romano.

¹ El cardenal Ildefonso Schuster, arzobispo de Milán, autor de la obra *San Benito y su tiempo*, coloca su nacimiento alrededor del año 470.

BERNABÉ LUIS CHIARAMONTI. Rey del Imperio Vaticano, conocido como Papa Pío VII. Sucedió, en el año 1800, a Juan Ángel Braschi, papa Pío VI, en tan ambicionado puesto, tras unas discusiones que se prolongaron varios meses. Había nacido en Cesena, Italia, el 14 de agosto de 1742, siendo hijo del conde Escipión Chiaramonti y Juana Glicini. A los 16 años de edad ingresó en la loggia benedictina, no tardando en ocupar un puesto de profesor de filosofía y teologismo cristológico en Parma y Roma. En el año 1782 fue creado obispo de Tívoli y luego de Imola. No tardaría mucho en verse nombrado cardenal, en 1785, por lo que se le abría la posibilidad de que, en un futuro más o menos lejano, pudiera ceñirse la ambicionada tiara romana. A la Muerte de Braschi, Napoleón, que facilitó la reunión del cónclave en Venecia, propició la elección de Chiaramonti al obispado de Roma, elección que fue proclamada el día 14 de marzo de 1800. Una vez obispo de Roma, como buen diplomático que era, consiguió firmar un tratado con Napoleón I, que hizo que

la secta judeocatólica papista volviera a renacer en Francia y en otras partes. La corte del Imperio Vaticano recuperó, gracias a ese tratado, sus posesiones y los Estados Papales, dejando al mundo asombrado. La conducta de Napoleón indignó a todos, y uno de sus generales, Lannes, declaró: "Bonaparte se está bañando en agua bendita, y ésta le ahogará." Otro se atrevió a decirle a la cara: "Sir, habéis deshecho de un plumazo lo que costó a Francia muchas vidas y esfuerzos construir."

En el año 1804, Chiaramonti, navegando a favor de la corriente, no tuvo inconveniente en acudir a Francia para consagrar a Napoleón, ahora emperador, que exigía su presencia. De regreso a Roma, decepcionado por su papel en Francia, esperó los acontecimientos, que no fueron nada agradables. Napoleón, en el año 1809, por un decreto firmado en Viena, incorporaba los Estados Pontificios al Imperio. Chiaramonti respondió excomulgando a Napoleón y a todos los que habían hecho posible dicho decreto, aliándose con Inglaterra y los enemigos de Francia. Posteriormente, tras la victoria de Austerlitz, adoptó una postura más complaciente y el obispo de Roma levantó la excomuniación.

Tras el fracaso de la aventura en Rusia, Napoleón derribado, Chiaramonti felicitó a Luís XVIII, y desterró y condenó a galeras y al suplicio a los romanos que se habían mostrado partidarios de los franceses.

El regreso de Napoleón fue una sorpresa para todos, y al papa Pío VII le faltó tiempo para huir de Roma y refugiarse en Génova. Pero la gloria del emperador se eclipsó definitivamente en Waterlloo, por lo que Chiaramonti pudo respirar satisfecho: de nuevo era el rey-divino, el papadiós, absoluto de los Estados Papales y del Imperio Vaticano.

En el año 1816, cuarenta y tres años después de la disolución de la Compañía de Jesús, impuesta con la publicación de una bula por Lorenzo Juan Ganganeli, papa Clemente XIV, Bernabé Luís Chiaramonti, papa Pío VII, la restablecía con la publicación de otra bula.

Fanático irredento –fundamentalista hasta la médula, se diría hoy–, aunque no podía ser otra cosa, cuando la Confederación Germánica proclamó la libertad de cultos, se negó a aceptarla, y ante las burlas que levantaban sus protestas, respondió excomulgando a los liberales franceses, y persiguiendo a muerte a los "Iluminados", a los "Carbonarios" y a todas las "Sociedades secretas" que no estaban contaminadas por el judeocaticismo pontifical, o deseaban terminar con esa lacra, como afirmaban sus miembros.

Bernabé Luís Chiaramonti, papa Pío VII, moriría en Roma, como resultado de una caída, el 20 de agosto de 1823, tras un reinado nada fácil de 23 años. Su sucesor en el trono sería Anniballe della Genga, papa León XII (1823–1829).

BERNARD GARNIER. Perteneció a la efímera dinastía electiva de papas que se formó en Peñíscola a partir del pontífice Benedicto XIII (nombre de pila, Pedro de Luna). Este último murió en su castillo de la villa mencionada, Valencia, en el año 1424, y su sucesor inmediato, Gil Sánchez Muñoz, fue elegido pontífice de la Iglesia universal gracias a la influencia del vicario general del papa Luna, el cardenal Jean Carrière¹, ciñéndose la tiara pontificia con el nombre de Clemente VIII. Clemente, según ciertas versiones, no fue capaz de mantenerse en el cargo y prefirió renunciar, siendo nombrado sucesor suyo un sacristán de Rodez, Bernard Garnier, que se ciñó la tiara con el nombre de Benedicto XIV, y cuya historia y vida es imposible descubrir en la his-

toria oficial u “homologada” del judeocatolicismo papista. Según todas las apariencias, una vez alcanzada la silla papal y consagrado como papa, Benedicto XIV cayó en el olvido y el común de los mortales jamás supo cual fue su destino.

¹ Este punto es dudoso, pues no faltan versiones que afirman que Gil Sánchez Muñoz fue elegido cuando Jean Carrière se encontraba en Armagnac, y que Carrière, a su regreso, descubrió en la elección uno defectos graves que aconsejaban anularla.

BERNARDO DE CLARAVAL. Reformador del judeocatolicismo filorromano latino, honrado con el título de padre de la iglesia. Nació en el año 1091, en Borgoña, y se hizo cisterciense. Fue uno de los fanáticos que más predicó a favor de las masacres y los asesinatos colectivos, guerras de invasión conocidas, dentro del judeocatolicismo papista, con el eufemismo de cruzadas, consiguiendo convencer a muchos nobles y señores para que se alistaran con la disculpa de recuperar los denominados santos lugares. Murió en el año 1153. Este hombre es considerado uno de los padres del misticismo, y, por los servicios prestados al que terminaría siendo llamado Imperio Vaticano y a su rey–divino, es honrado con el título de santo.

BERNARDO PAGANELLI. Papa Eugenio III. Fue elegido cuando su predecesor, el papa Lucio II perdió la vida a consecuencia de un morrillo, que le aplastó la cabeza, lanzado desde las murallas del Capitolio, lugar que había sitiado y trataba de conquistar, hacha en mano. La pedrada lo derribó del caballo y lo dejó malparado, muriendo poco después en el convento de San Gregorio, a donde había sido trasladado. El mismo día de su muerte, el 15 de febrero de 1145, fue elegido, para sucederle, Bernardo Paganelli, abad del monasterio de los Santos

Incensó y Anastasio. En Roma las luchas eran permanentes, y los nobles no permitieron que Eugenio III fuera proclamado solemnemente obispo o papa si no juraba respetar la nueva constitución republicana de la ciudad. Eugenio no quiso jurar, y se refugió en Viterbo, en espera de los acontecimientos. Posteriormente, y gracias a los tiburtinos, enemigos declarados de los romanos, pudo conquistar la ciudad, tras una guerra civil cristológica, sangrienta y cruel, y tras abolir el senado y destituir a los patricios. Con todo, no pudo residir en la ciudad por mucho tiempo, pues tuvo que huir para salvar la vida. Huyó a Francia y trató de lograr para su causa la ayuda de reyes y príncipes.

A él se debe la predicación de una segunda masacre de islámicos –Segunda Cruzada, en lenguaje ortodoxo–, cuya publicidad encomendó a Bernardo de Claraval, y que fue un fracaso, y la firma de un tratado con Federico Barbarroja, que benefició mucho a la curia romana y a su obispo. Durante su reinado, en el año 1150, se publicó el *Decretum Gratiani*, llamado así por su autor, el camaldulense Graciano, que hizo la recopilación de todas las leyes existentes en la curia romana referidas al funcionamiento del judeocatolicismo papista. Bernardo anduvo errante mucho tiempo antes de que pudiera fijar su residencia en Roma. Murió en el año 1153, y, por los servicios prestados, se lo colocó en la antesala del emperio judeocatólico con el título de beato.

La ambicionada corona caería en las manos de Corrado della Suburra, papa Anastasio IV (1153–1154).

BIBLIA. Nombre con el que se designa el conjunto de los llamados libros sagrados de los Hebreos y Judeocatólicos en todas sus sectas o ramas. Los primiti-

vos hebreos utilizaron la denominación de “Libro escrito” o “Libro sagrado”, para denominar sus textos santos (*sepher*), al emplear el hebreo o arameo en sus escritos; mientras que los textos que hacen referencia a los Macabeos, y que fueron escritos en griego, utilizaron la expresión “Libros santos” (*Biblia ta agia*). La expresión griega es la que terminaría imponiéndose dentro del judeocatolicismo filorromano imperial triunfante. Se atribuye a Clemente, uno de los denominados padres de la iglesia o padres apostólicos, la utilización específica de *Biblia* para señalar los libros que terminarían siendo reconocidos como textos canónicos del judeocatolicismo.

Con el nombre de *Biblia* pueden entenderse diversos textos que difieren en el canon o contenido, en función de sus autores, creyentes y destinatarios. Esta es la razón por la que se habla de la *Biblia samaritana*, la *Biblia hebrea*, la *Biblia griega* (la *Biblia de los setenta*), la *Biblia de la Vulgata*, las *Biblias políglotas*, la *Biblia de Sixto V*, la *Biblia pauperum* (se denominaba con este nombre las ilustraciones en piedras, maderas policromadas, vidrieras o pinturas –dentro de los templos judeocatólicos– de escenas bíblicas, sujetándose a las riquezas y al afán de protagonismo de sus constructores –obispos o papas, cardenales, abades y reyes–, y la imaginería de los artífices, escultores y artistas), la *Biblia de Clemente VIII*, etc.

Sin embargo, hablando con propiedad, debe afirmarse que no existe más que una *Biblia*, la Samaritana, a la cual, tras las alteraciones efectuadas por Esdras o la escuela que se oculte tras este nombre, se añadieron, con la vuelta definitiva de los judíos a Canaán, tras la liberación de Darío, otros libros que componen la *Biblia hebrea*. Ateniéndose a los libros propiamente hebreos –samaritanos incluidos–, se habla de diversas fuentes o

escuelas: la escuela yahvídica, la escuela elohímstica, la escuela deuteronomista y las escuelas sacerdotales.

Para simplificar las cosas, y dado que el texto samaritano está contenido en la *Biblia hebrea*, puede afirmarse que no existe otra biblia más que esta última, cuya autoría es cien por cien judeosemita y perteneció por completo al pueblo samaritano, al judío y al israelita y, en la actualidad, pertenece a sus herederos. Sin olvidar, como ya se ha dado a entender, que sus propietarios nunca estuvieron de acuerdo con el número de textos que la componen. El hecho de haber pasado a dominio público, no implica que la autoría haya cambiado. Tampoco cambiará nada el que se puedan descubrir un día las fuentes reales de sus textos¹. Hayan sido tomados, plagiados o inspirados en libros orientales u occidentales, la autoría sería siempre judeosemita, hebrea, pues suya es la versión que ha perdurado y ha terminado por imponerse.

Sin embargo, el judeocatolicismo filorromano imperial triunfante –la denominada popularmente Iglesia católica apostólica– no sólo se apropió del libro, sino que, dando a entender que dicha obra la había escrito su dios Yahvé–Cristo–Espíritu Santo, trata de convencer a sus fieles de que la *Biblia* le pertenece con mayor razón que a los judíos ortodoxos. Es decir, el teofuncionario cristológico añade al robo la justificación teolegal del mismo, afirmando, para quedarse con el copyright –los derechos de autor–, que los hebreos se hicieron indignos de su trabajo, por lo que la propiedad y autoría les pertenece totalmente. La santificación del robo quedaba establecida para siempre.

Los denominados padres de la Iglesia, los obispos y papas, y con ellos toda la clerecía y sus teólogos o teologistas no se han detenido en un robo descarado

y simple, no; no se han limitado a robar la autoría y el libro a sus verdaderos autores, sino que han tenido el mal gusto de añadir a la *Biblia* un texto cuya paternidad es más dudosa que la progenie de cualquier casa de lenocinio, los *Evangelios*², reclamando, con esta bastarda adición, la paternidad y maternidad entera del libro. Los mil quinientos años que el teofuncionario cristológico lleva afirmando su derecho sobre dicho texto han dado como resultado el que, en la actualidad, el judeocatolicismo mundial considere indiscutible esa afirmación.

A pesar del robo consagrado, a pesar del cinismo compulsivo del teofuncionario cristológico, a pesar del tiempo transcurrido desde que el robo se cometió, la *Biblia* es y será siempre un texto hebreo o judeosemita. El añadido efectuado por los teólogos y Padres de la Iglesia, los *Evangelios*, que resulta ser un refrito de textos, filosofías, hechos y personajes hebreos, tomados aun de la misma *Biblia*, y mezclados con elementos grecorromanos y orientales, constituye, más que un injerto, un incesto y una bestialidad bochornosa. Incesto que refleja la pretensión de legitimar la existencia de la denominada "Iglesia Católica" a la sombra del judaísmo tradicional. Pretensión que los teólogos citados jamás pudieron ocultar aunque nunca reconocieron.

No faltan críticos que afirman que una visión ecuánime y objetiva de la *Biblia*, de los *Evangelios* y de los hechos históricos que acompañan al judaísmo y al "cristianismo"³ (judeocatolicismo), descubre al instante que aquélla pertenece, sin lugar a dudas a los "cristianos"⁴ (judeocatólicos). Tales críticos aseguran que nadie encontrará un argumento serio para negar dicha afirmación. Quienes así se expresan debieran avanzar más y reconocer que esa propiedad sólo puede existir si se acepta que el "cristianis-

mo" (judeocatolicismo) es hijo directo o, si se quiere, un hijo bastardo o un aborto del judaísmo; si se reconoce y asume, sin reserva alguna, que el "cristianismo" (judeocatolicismo) no es más que una secta hebrea en desacuerdo total con el judaísmo hierosolimitano oficial y fundamentalista –e intransigente con Roma⁵–. Sin embargo, esta realidad, pues no deja de ser un hecho histórico, ninguna de las sectas que compone el judeocatolicismo universal –ortodoxos, armenios, coptos, papistas, renovados, etc.–, quiere reconocer o aceptar. El conjunto "cristiano" (judeocatólico) o, mejor dicho, el teofuncionario cristológico en bloque rechaza la posibilidad de ser una secta hebrea, rechazo que se opone frontalmente a sus pretensiones e invalida su derecho a reclamar la *Biblia* como herencia legítima y propiedad indiscutible. La *Biblia* sólo puede pertenecer a las iglesias de todo credo y bandera si éstas reconocen que sus padres son los judíos, y que su filiación y naturaleza, sus genes, son quienes legitiman sus pretensiones.

La insistencia del obispado o papado de Roma, y los demás obispados o papados por negar, por un lado, el robo de la *Biblia* a sus verdaderos autores, e ir, por otro, en contra de sus mismos intereses al negar su filiación judía, estriba, entre otras causas, en que no quieren reconocer que el judeocatolicismo filorromano imperial, desde su aparición a partir del siglo II o III del cómputo actual, no fue más que una organización judía –más bien heterodoxa y cien por cien antilevítica y opuesta al judaísmo hierosolimitano–, que harta ya del judaísmo fundamentalista, se pasó con armas y bagaje al Imperio Romano cuando la oportunidad histórica y social se lo permitió. Este –en lenguaje moderno– transfuguismo político les permitió gozar desde el primer momento de las estructuras teopolíticas,

teodogmáticas y teorreligiosas del judaísmo tradicional, y de los bienes que le pertenecían, al amparo de los emperadores romanos. (Ver *CANON BÍBLICO y Preludio al CANON BÍBLICO*).

¹ Los elementos tomados de Babilonia y todo el Oriente Medio son más que conocidos por los especialistas y aun las personas dotadas de cierta cultura y curiosidad. Sin embargo, no son del dominio público, por la persistencia de las autoridades tanto hebreas como judeocatólicas de ocultar su influencia y persistir cerrilmente en la originalidad de los contenidos bíblicos. En el año 1950 la editorial Payot, de París, publicó una obra del erudito H. E. Del Medico, especialista en lenguas semitas y eslavas, titulada *La Bible Cananéene, découverte dans les textes de Ras Shamra*. Con este trabajo no solamente se impone la aceptación tradicional de que una parte de la *Biblia* hebrea está tomada de Babilonia y de que otra parte está inspirada en los pueblos hititas, sino que ahora resulta imposible dudar de los elementos tomados de los Amorreos o Cananeos (nombres que designan, para el autor, al mismo pueblo), que ya sospechaban algunos críticos.

² La palabra evangelio, según la traducción al uso, significa "buena nueva". Teniendo en cuenta que los escritos principales añadidos a la *Biblia* son las *Biografías nicenas de Jesús* de Mateo, Marcos, Lucas y Juan (*Evangelios*) y el resto lo componen los *Hechos*, las *Cartas*, y el *Apocalipsis*, formando el conjunto la base de la denominada *Buena nueva*, en este trabajo, como se ha señalado en otros lugares, con el término *Evangelios* se designan no solamente los textos de Marcos, Mateo, Lucas y Juan, sino también los *Hechos*, las *Cartas* y el *Apocalipsis*.

³ En realidad, judeocatolicismo filorromano imperial triunfante, que abarca, entre otras, las sectas ortodoxas, armenias y papistas.

⁴ Propiamente, judeocatólicos de todo credo y filiación.

⁵ La existencia del judeocatolicismo, mal llamado "cristianismo", difícilmente se hubiera concebido si los hebreos ortodoxos hubieran aceptado dejar de lado su fundamentalismo no solamente con Roma, sino con todos los países que los conquistaron cuando se establecieron en Canaán.

BIBLIA DEL PAPA. La supuesta infalibilidad del obispo de Roma y rey del Imperio Vaticano quedó por los suelos, precisamente en un terreno inesperado:

en el de la traducción de la *Biblia*. Los príncipes mitrados que se reunieron en el Concilio de Trento afirmaron que la traducción de Jerónimo era el texto escrito por el dios Yahvé y era el aprobado por la curia o corte pontificia. Pero, en contra de lo que pudiera esperarse, a pesar de los siglos transcurridos desde que Jerónimo hiciera su traducción, no existía ninguna edición consagrada por los obispos de Roma. Felix Peretti, más conocido por papa Sixto V, decidió ofrecer una traducción con todas las garantías de la infalibilidad papal que descubriría, años después, Juan María Mastai-Ferretti. Su trabajo apareció con una bula en la que declaraba que su traducción, corregida por su propia mano, era la única digna de fe, la única verdadera y auténtica. Cualquier cambió, hasta de una mera palabra, entrañaba la pena de excomunión. Cuando la *Biblia de Sixto V* pudo analizarse, se vio que contenía cerca de dos mil errores cometidos por el mismo papa. "El jesuita Bellarmin (Belarmino), velando siempre por los intereses del papado, se opuso a que se prohibiera dicha *Biblia*, y logró que se reeditara con la misma autoría, aduciendo que los errores eran de los impresores, correctores e intermediarios".¹

¹ Ignacio de Doellinger: *El pontificado. Cómo, cuándo, dónde y quiénes crearon el papado católico*. (Capít. 3º, *Los tiempos modernos*; 4. *Perfeccionamiento por los jesuitas de las ideas romanas sobre la omnipotencia del papa romano. Falsificación de la historia por Baronio*).

BIBLIA PROHIBIDA, La. Cuando dentro del judeocatolicismo cristológico, la ignorancia fue perdiendo terreno, al tiempo en que el latín perdía su interés, el judeocatolicismo reformado comenzó a imprimir la *Biblia* en lenguas vernáculas¹, lo que no agradó en absoluto a los monarcas del que terminaría siendo llamado Imperio Vaticano, es decir, al obis-

po de Roma. La *Biblia* en latín sólo podía ser leída por algunos teofuncionarios –algunos, no todos, pues la ignorancia era proverbial entre sacerdotes o hechiceros cristológicos, príncipes mitrados y capelados–, por lo que no fue necesario prohibir nunca su lectura: eran pocos los que podían leerla. Pero con los movimientos reformados, que despreciaron la *Vulgata* atribuida a Jerónimo, y se volcaron en el estudio de las lenguas originales y su traducción directa a las lenguas propias de cada país, el panorama cambió por completo. A partir de entonces, la *Biblia* era posible que fuese leída por un número mayor de interesados, lo que daría al traste con el monopolio doctrinal bíblico que había impuesto la corte del Imperio Vaticano. La reacción del obispado romano fue prohibirla e incluirla en el *Índice de Libros Prohibidos*. Que nadie manifestara un mínimo de asombro ante esta decisión, desconcierta: una autoridad que se justifica a sí misma aduciendo que la *Biblia* le da ese derecho, desautoriza al libro que le da dicha autoridad; y unos súbditos que necesitan el testimonio de la *Biblia* para aceptar su papel y el de la autoridad que les ha sido impuesta, no pueden recurrir a la *Biblia* porque ha sido desautorizada por la autoridad que aquella ha justificado. Como todo teísmo es, por encima de todo, irracional, y queda justificado por el magismo y la ignorancia y los caminos inescrutables del señor de turno, resulta inútil formular ninguna pregunta.

Las pruebas de esta prohibición e insistencia en la misma persisten. Una de las más evidentes proviene nada menos que de un obispo romano y rey del Imperio Vaticano que ha sido calificado, en múltiples ocasiones, de progresista. Se trata de Joaquín Pecci, más conocido como papa León XIII (1878–1903). Este hombre publicó un texto o constitución

apostólica sobre la prohibición y censura de libros, “Dado en Roma, junto a San Pedro, el año de la Encarnación del Señor 1896, el octavo día de las Kalendas de Febrero, de nuestro pontificado el decimonono.” Pecci, después de exponer las razones por las que tiene derecho a imponer la prohibición y censura de libros y los antecedentes históricos de tales prohibiciones, presenta los decretos generales sobre dicha prohibición. En el Título I, referido a esta prohibición, dice textualmente: “Capítulo II... 5. Las ediciones del texto original y de las versiones antiguas católicas de la Sagrada Escritura, aun las de la Iglesia Oriental, publicadas por escritores no católicos, cualesquiera que sean, aunque parezcan fieles e íntegras, se permiten solamente a los que se ocupan en estudios teológicos y bíblicos, con tal de que no ataquen ni en los prefacios ni en las notas los dogmas de la fe católica.

“6. De igual modo y con las mismas condiciones se permiten las versiones de la Sagrada Biblia, publicadas por escritores no católicos, y publicada, ya en latín ya en otra lengua no vulgar.

“Capítulo III... 7. Como es notorio que si se permiten sin discernimiento las Biblias en lengua vulgar resultan, por la imprudencia de los hombres, más inconvenientes que ventajas; todas las versiones en lenguas vulgar, aun las publicadas por católicos, se prohíben en absoluto, si no han sido aprobadas por la Sede Apostólica, o publicadas bajo la inspección de los obispos, con anotaciones sacadas de los Santos Padres de la Iglesia y de escritores doctos y católicos.

“8. Se prohíben todas las versiones de los Sagrados Libros, compuestas en lengua vulgar por escritores no católicos, cualesquiera que sean, y especialmente las publicadas por las Sociedades Bíblicas que más de una vez condenaron los Ro-

manos Pontífices; pues en dichas publicaciones no se han tenido presentes las leyes saludables de la Iglesia sobre esta materia.

Sin embargo, se permite el uso de estas versiones a los que se ocupan en estudios teológicos o bíblicos, siempre que se cumplan las condiciones ya establecidas (nº 5).” (*Constitución apostólica de nuestro santísimo padre León XIII, papa, por la Divina Providencia. Sobre prohibición y censura de los libros*. Texto bilingüe. Imprenta del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús. Madrid, 1897). Los tiempos presentes han sido testigos de un otro fenómeno sorprendente. Nadie recuerda las prohibiciones que recaeron sobre la *Biblia*. Nadie las menciona tampoco. Las razones siguen siendo oscuras y tiene igualmente que ver con los designios inescudriñables del dios trinitario. Hoy la *Biblia* se ofrece a quien quiera comprarla –en ediciones de lujo, mejor todavía– sin peligro alguno para la conciencia de los mansos rebaños del teofuncionariado cristológico. La corte del Imperio Vaticano ha terminado reconociendo que nadie la lee. Resulta ser un libro pesado, aburrido, desconcertante y soporífero, aparte de grosero, vulgar y, con frecuencia, repugnante y abyecto. Pero es un filón. Una buena publicidad puede hacer su compra rentable. No es extraño que se encuentre, en compañía de los *Evangelios* –éstos, en el texto ofrecido por el papismo, están incluidos en la *Biblia*– en las casas de los creyentes. Pocos serán los que la hayan abierto, y menos los que la han leído. El teísmo es, sobre todo, un negocio que mueve millones de millones de euros al día, y la *Biblia*, leída o no, forma parte de él. (Ver *Biblia, Evangelios y La Ignorancia*).

¹ Con la aparición de la imprenta y el impulso dado por Lutero, se multiplicaron los textos bíblicos en circulación, en lenguas vernáculas,

ya en el siglo XVI, siendo todos prohibidos. “Tyndale y Coverdale hicieron una en inglés, en 1535; tres años después, Brucioli la hizo en italiano revisada por Marmocchini; y otra Zacarías, florentino, en 1542; más tarde Diodati la publicó en sentido protestante. En 1543 Francisco Erzina imprimió el nuevo Testamento en español, y después en Ferrara toda la Biblia, en 1553. Olao Petri la publicó en sueco; Palladio en danés; muchos en flamenco y holandés; Sante-Pagnino, en 1528, la publicó en latín como Sebastian Catulio Beza y otros; en 1534, Sebastian Munster la publicó alemana en Basilea, y lo mismo hicieron en Zurich en 1543 León de Judá y Bibliandro. Olivetano la imprimió en francés, y en Neufchatel, el año 1535; en polaco, en 1563, se publicó bajo los auspicios de Radzivil; en eslavico, en 1581; en árabe en Roma en el año 1591; y el *Pentateuco* fue impreso por los Judíos en Constantinopla en 1547.” (César Cantú. *Historia Universal*; Tomo V, Pág. 230. Madrid, 1856). Gaspar Haltay, en 1562, utilizó como fuente el texto latino para su traducción; Gaspar Karoli la tradujo, en 1589, utilizando el texto hebreo.

BLOODY DRAGANOVIC. (Ver Padre Krunoslav DRAGANOVIC).

BLOODY MARY. (María la Sanguinaria). Nombre con que se conocía a la reina de Inglaterra María Tudor (Greenwich, 1516–Londres, 1558), hija de Enrique VIII y de Catalina de Aragón. El nombre o apodo, con que la bautizó el pueblo llano, se lo había ganado la mujer a pulso, debido a los crímenes y asesinatos patibulares y no patibulares que habían colmado su reinado (1553 a 1558). Tales crímenes estaban justificados por el empeño que la reina puso para convertir Inglaterra, a sangre y fuego, al judeocaticismo papista y reconvertirla en una colonia sumisa del imperio papal romano. Para esta tarea, en que cayeron miles de cabezas, María Tudor¹ contó con la ayuda a ultranza de Juan Pedro Carafa, papa Pablo IV, que consideraban que tales asesinatos y crímenes eran una bendición del cielo, y la del emperador Carlos V. Para colmar el desprecio que se estaba ganando a pulso entre su pueblo,

se casó con su primo, hijo de Carlos V y heredero de la corona española, el futuro rey Felipe II. Entre los asesinatos de obispos judeocatólicos protestantes ordenados por Bloody Mary y santificados por el papa de Roma, asesinatos que se justificaron con la acusación de herejía, se encuentra el de Ridley, antiguo obispo de Londres, que fue quemado vivo el día 16 de octubre de 1555, en Oxford; el de Latimer, antiguo obispo de Worcester, y el de Thomas Cramer, antiguo obispo de Canterbury, asesinado el 21 de marzo de 1556.

¹ Se ha tratado de justificar la sumisión de María Tudor a las ambiciones del papado romano y las directrices de Carafa y los españoles aduciendo las experiencias traumáticas que la reina tuvo que experimentar cuando era niña con el divorcio de sus padres y la fijación que tuvo hacia su madre, hija de los reyes católicos.

BLOUNT, Charles. Escritor y filósofo inglés, hermano del sabio inglés Thomas Pope e hijo del escritor y viajero Henri Blount. Nació en 1654 y murió en Agosto de 1693. Estudió en la casa paterna, y pronto dio a la prensa numerosas obras que levantaron grandes tormentas tanto entre los judeocatólicos protestantes como los papistas. Muchas de sus obras atacaban abiertamente las doctrinas de los teísmos revelados, como era el caso del religionismo cristológico, yahvídico e islámico. Deísta destacado, sus predicaciones tuvieron una gran aceptación en Inglaterra, Francia y alcanzaron los Estados Papales. El deísmo predicado por Blount y sus seguidores pretendía apoyarse en tres elementos fundamentales: 1º, una gran fe en la mente y la razón humana, su desarrollo y sus posibilidades. 2º, Un desprecio absoluto por las llamadas religiones reveladas y dogmáticas. 3º, la idea de una fuerza primigenia, que bien pudiera bautizarse con el nombre de dios, tan socorrido en todos los de-

vaneos mórbidos de los teístas de todo credo y casta, fuerza etérea y evanescente, pero no por ello menos activa, y que resulta ser el arquitecto racional de un mundo, para aquellas mentes, ordenado y determinado.

El deísmo –en oposición abierta a todos los teísmos supuestamente revelados– fue expuesto con gran claridad por un grupo de escritores y pensadores ingleses del siglo XVII, entre los que se encontraban el noble Edward Herbert y, como es lógico, Blount. En Francia, quien predicó el deísmo y creyó en él fue Voltaire, que lo defendió como una necesidad, lo que se aprecia en su *Diccionario Filosófico* y otros escritos.

Desde un principio el deísmo fue combatido, como se ha dicho, tanto por el judeocatolicismo papista como el protestante, lo que no impidió que esta filosofía alcanzara las fronteras de los Estados Papales y llegaran a la corte del que, con el tiempo, sería la sede del Imperio Vaticano, lo que no fue del agrado de los reyes pontificios, que la combatieron con garras y colmillos.

Cuando consiguió el obispado de Roma el inquisidor Antonio Pignatelli, papa Inocencio XII (1691–1700), la elocuencia y el atractivo de las explicaciones de Blount habían contaminado por completo el entorno de la tiara, lo que imponía una respuesta contundente y rápida, sobre todo cuando en los mismos estados papales habían sido detenidos algunos deístas que, bajo la tortura, confesaron que eran seguidores del filósofo inglés. La vena inquisitorial de este monarca se manifestó en este caso con singular fuerza. Convocó al cardenal Pauluzzo Paluzzi, jefe de la *Sancta Societas* y de sus asesinatos santificados, los sacerdotes de la Orden Negra y el Círculo Octogonus, exigiéndole que terminara como fuera con la vida de Charles Blount. La orden del

asesinato¹ dada por el papa movió toda la maquinaria de la *Sancta Societas* y varios sacerdotes mafiosos se desplazaron a Londres. Poco después Blount apareció gravemente herido en su residencia, con un tiro en el pecho, del que no tardaría en morir. Los asesinos, el papa Inocencio XII, el cardenal Paluzzi y sus monjes y religiosos hicieron correr la versión de un suicidio por decepción amorosa, que fue aceptada por el público² y que cerró el caso.

Entre las obras de Blount se cuentan *Anima mundi, or an historical Narrative of the Opinions of the Anciens concerning Man's soul after this Life, Great is the Diana of the Ephesians, Religion laici y Januas scientiarum*.

¹ Cons. Heinrich Brueck, *History of the Catholic Church*.

² La versión del suicidio, aceptada por la mayoría de las biografías sobre este hombre, tenía, aparentemente, un fundamento aceptable para el gran público. Charles, cuando quedó viudo, se había querido casar con su cuñada. A la boda se oponían los teólogos cristológicos. Charles escribió todo un tratado, juzgado como uno de los estudios de mayor erudición y agudeza sobre el tema, que fue combatido por el arzobispo de Cantorbery y otros teofuncionarios. Charles, despreció las opiniones de tales teoparasitos y teogorrones, pero no habría podido soportar que la mujer con la que deseaba casarse apoyara las razones del obispo y sus teoturiferarios, razón por la cual se habría quitado la vida.

BOLANDISTAS. Nombre con el se que conoce a varios grupos del religionismo cristológico, encabezados por los jesuitas, que compusieron los *Acta Sanctorum* en Amberes. Tomaron el nombre de Juan de Bolland (1596–1665), que fue quien editó el primer volumen, siguiendo los trabajos de Heriberto Roweyde, otro jesuita. Las características de los hechos de los santos salidos de los bolandistas y sus fundadores, son dignas de mención, pues cualquier parecido con lo que pudo ser la realidad, si alguna hubo, era

mera coincidencia. Con todo, contaron con el silencio permisivo, cuando no la alabanza, de los reyes pontificios del que terminaría siendo el Imperio Vaticano.

BONIFACIO DE MARSICA. Papa Bonifacio IV el Santo. Había nacido en Marsica, y tras conseguir el cargo, a la muerte de Bonifacio III, en el año 607, no pudo gozarlo hasta diez meses después de la muerte de su predecesor, es decir, a mediados del año 608. Se entendió muy bien con el emperador Focas, que le regaló el Panteón de Agripa, y que Bonifacio consagró a la madre de la divinidad trinitaria judeocatólica, la denominada Virgen María. Durante el obispado romano de este hombre los persas invadieron Jerusalén, y, en Arabia, Mahoma inició su andadura, la cual, con el paso de los años, se convertiría en una amenaza incuestionable para el judeocatolicismo ortodoxo y el latino en Asia y África. Bonifacio trató de conseguir que el emperador Focas le donara todos los templos y monumentos de los antiguos dioses del Imperio para dedicarlos a sus propios dioses, y Focas, a quien le interesaba estar en buenos términos con el obispado de Roma, cedió con frecuencia a sus demandas.

En el año 615, y dedicado a la transformación de los templos y santos paganos en templos y santos judeocatólicos, sorprendió la muerte a Bonifacio. La curia romana, agradecida por sus desvelos, lo colocaría en el empíreo propio con el título de santo.

Su sucesor sería Adeodato el Romano, papa Adeodato I (616–618).

BONIFACIO EL EXCOLMULGADO. Rey y obispo de Roma, más conocido por papa Bonifacio VI. Era toscano e hijo de un hombre llamado Adriano. Mucho antes de ser elegido por el Espíritu Santo para obispo de la antigua ciudad

imperial, a la muerte del papa Formoso, ocurrida en abril del año 896, había sido excomulgado por dos veces; la primera, siendo diácono, por adúltero, y la segunda, siendo ya sacerdote, acusado de asesino, excomuniones que se debían al papa Juan VIII. A pesar de todo, el mencionado espíritu, que tiene por costumbre elegir lo que la fuerza de las armas y el poder eligen, lo colocó en el trono obispal romano, gracias a los desvelos de la facción italiana y al oro que Bonifacio repartió entre los electores. Sin embargo, no pudo disfrutar mucho tiempo del sanguinario trono, pues a los quince días justos, sería asesinado por los secuaces y esbirros de quien sería su sucesor, el santísimo padre el papa Esteban VI Bis (o VII). La milagrosa vida y oportuna muerte de Bonifacio lo hicieron merecedor de ser borrado de los listados oficiales del obispado de Roma –con la aprobación de un concilio en Ravena, celebrado en el año 1304–, pero el testimonio del Espíritu Santo no pudo borrarse, de aquí que se conserve con el título honorífico de haber sido uno de los obispos o papas romanos que menos días duró en el cargo. Para justificar su repentina muerte, y no cargar el sanguinolento trono del Imperio Vaticano con otro asesinato más, algunos cronistas afirman, con la mayor inocencia, que murió de gota.

BONIFACIO EL GODO. Papa Bonifacio II. Era hijo de un hombre llamado Segisbaldo, y es considerado el primer obispo romano de origen alemán. Las ansias de ceñirse la mitra romana, uno de los obispados más envidiados del judeocaticismo latino, por las incontables riquezas que ocultaban sus palacios, monumentos y templos, hacía que los aspirantes al título se desgarraran las entrañas en aquellos años, y víctima de estas ansias compulsivas fue también Bonifacio. Los

electores lo eligieron obispo de Roma, respetando la voluntad del obispo anterior, Félix III Bis (o Félix IV), que lo designó como sucesor suyo, en el año 530, en que murió. Sin embargo una parte considerable del pueblo romano eligió para el mismo cargo, en la basílica Julia, al griego Dióscoro. Los partidarios de Bonifacio eran filogermanos, mientras que los partidarios de Dióscoro eran filogriegos. El Espíritu Santo, según toda evidencia, había escogido a los dos para regir los destinos de la diócesis romana¹, y no parecía muy inclinado a privar a ninguno de los dos de la apreciada mitra, que sería transformada en el paradigma de la megalomanía humana: la tiara pontifical, la corona del papa². Los partidarios de uno y otro, se enfrentaron varias veces en una guerra civil cristológica de escaramuzas. La incertidumbre se mantuvo cerca de un mes, tiempo que Bonifacio tardó en asesinar a Dióscoro, con lo cual el problema quedó resuelto definitivamente. Bonifacio no dudó en anatematizar al vencido y muerto, acusándole, además, de simonía.

El nuevo obispo de Roma organizó un concilio, en la basílica de San Pedro, con el fin de promulgar un decreto por el que designaba sucesor suyo al diácono Virgilio. Ante el descontento que provocó dicho decreto, se reunió otro concilio en el que tuvo que reconocer que se había equivocado al designar a su sucesor, y en el que se vio obligado a quemar el decreto de sucesión por ir en contra de la tradición y las costumbres de todas las iglesias.

En su tiempo florece el orden benedictino. Son habituales, en Roma, las luchas contra los pelagianos. Y, lo que no podía faltar, él mismo pretenderá, como la mayoría de sus predecesores, extender el poderío del obispado romano por encima del los patriarcados griegos.

Bonifacio moriría dos años después de su elección, en 532. Algunas crónicas hablan de que, en su fuero interno, se consideraba un usurpador.

La mitra romana cayó en manos de Mercurio de Projecto, Juan II (533–535).

¹ En contra de la trascendencia que la curia romana tratará de dar a su obispado en los primeros siglos, dicho obispado ni la tuvo ni la pudo tener: el obispo de Roma, en aquellos siglos, no era más que el obispo de Roma. Se tardaría siglos todavía en hacer de él el representante directo del Jesús evangélico y el jefe absoluto del judeocatolicismo latino.

² Todos los obispos de todas las diócesis eran llamados papas, padres, costumbre que se mantuvo hasta cerca del siglo XI, y que aún se conserva en el judeocatolicismo ortodoxo griego; todos tenían jurisdicción absoluta en sus diócesis; todos eran elegidos por los electores respectivos, sin intromisión alguna de otros obispos, salvo que se encontrara en ese momento en la diócesis en cuestión, y fuese consultado; y todos estaban sujetos a las asambleas de obispos, los concilios, que eran las únicas que podían deponer o privar a un obispo de su cargo, y eso, siempre y cuando el obispo lo aceptara o no tuviera la fuerza y el poder de oponerse. En una palabra, no había una iglesia universal, sino múltiples iglesias a la sombra del religionismo cristológico y la inspiración evangélica.

BONIFACIO EL NAPOLITANO. Papa Bonifacio V. Era benedictino, y fue coronado en 619, un año después de la muerte de su predecesor, Adeodato el Romano, ocurrida en noviembre de 618. Habiendo perdido todas las posibilidades de extender su imperialismo religioso hacia Oriente Medio, el Oriente Lejano y el norte de África, que no tardarían en verse afectados por las avalanchas mahometanas, trató de imponerlo en los países nórdicos; con este fin procuró la conversión evangélica de sus príncipes. Moriría en el año 625.

El trono sería ocupado por Honorio de Campania, Honorio I (625–638).

BONIFACIO EL ROMANO. Papa Bonifacio I. Fue elegido, en pugna con el obispo Eulalio, escogido antes que él, a la muer-

te de Zósimo, ocurrida en el año 418. Sin embargo, los partidarios de Bonifacio, y a pesar de que Eulalio contaba con el apoyo del prefecto de Roma, Aurelio Anicio Simmaco, terminaron llevando la victoria. Tras la convocatoria de las reuniones de Ravena y Espoleto, Honorio, que había apoyado en un principio, también, la elección de Eulalio, ante el atrevimiento de éste, prefirió que Bonifacio ocupara la ambicionada diócesis. Bonifacio fue declarado oficialmente vencedor de la disputa el día 10 de abril del año 419, aunque a Eulalio, para contentarlo, se le ofreció el obispado de Nepi. Una de las características de este hombre fue su misoginia, que lo llevó a prohibir a todas las mujeres –casadas, vírgenes o consagradas–, tocar los denominados ornamentos sagrados. Cuando los legados de Zósimo volvieron de África, tras el rapapolvo que se llevaron por las pretensiones ambiciosas que tenía y por las falsificaciones de los cánones de Nicea que fraguó este obispo, Bonifacio puso el grito en el cielo y, lleno de rencor, decidió exterminar a los pelagianos, por lo que solicitó la ayuda de Honorio, a quien debía el obispado. Con él se agriaron las relaciones entre el obispado de Roma y los obispados de África, pues quedó claramente confirmado que las iglesias de Constantinopla, Antioquía y Alejandría y todas las de África tenían igual autoridad que la de Roma. Murió en el año 422/3, y la curia romana lo colocó, en el lote de los obispos de los cinco primeros siglos de la era vulgar, en su paraíso con el título de santo.

Su sucesor sería Celestino de Campania, papa Celestino I (422/3–432).

BONIFACIO KATAANDIOKES. Papa Bonifacio III. De origen griego, era hijo de Juan Kataandiokes (J. Cataudioce). Tomó posesión del ambicionado obispado

de Roma en el año 607, a la muerte de Sabiniano de Volterra, ocurrida en 606, y tras cerca de un año de espera. Había sido amigo de Gregorio de Anici, papa Gregorio I el Magno. En su afán de colocar el obispado de Roma por encima de los demás obispados, ambición tan cara a Gregorio de Anici, consiguió que el emperador Focas declarara que así debía de ser en lo sucesivo. La decisión de Focas estaba motivada por la postura del patriarca de Constantinopla, Tomás, que se había negado a permitirle la entrada en los templos después del asesinato de la emperatriz Constancia y sus hijas. En venganza, Focas declaró que la silla romana era superior a la de Bizancio, honrando a Bonifacio con el título de Obispo Universal. La ocasión le vino a Bonifacio como anillo al dedo, y a partir de entonces utilizó dicho título en sus escritos y protestó ante el uso que del mismo hacían los patriarcas de Constantinopla, a pesar del decreto de Focas.

Con el nuevo título que le había ofrecido el emperador, el verdadero jefe y primado de la Iglesia, Bonifacio decretó que en lo sucesivo ninguna elección obispal sería canónica sin la confirmación del obispo de Roma. Igualmente decretó, que ninguna elección obispal o papal debería hacerse mientras estuviera vivo el titular.

Bonifacio no pudo disfrutar un año del ambicionado solio de Roma: la muerte lo sorprendió a los ocho meses de ocupar el cargo. Pero al haber conseguido el título de Obispo universal, aunque también lo utilizara el patriarca de Constantinopla, había colocado uno de los pilares más sólidos para imponer la supremacía del obispado de Roma sobre los demás obispados, pilar que reforzaría los cimientos sobre los que se construiría la monarquía papal en Occidente, base y fundamento del Imperio Vaticano.

La tiara romana, que tan rápidamente había escapado de sus manos, recaería en las de Bonifacio de Marsica, papa Bonifacio IV (608–615).

BONINZONE. Obispo de Sutri y de Placencia. A él se debe un tratado en el que defiende el derecho de los príncipes mitrados del judeocatolicismo papista a recurrir a las armas para defender el religionismo cristológico y las formas en que se manifiesta. El libro, de capital importancia para el análisis de la vocación criminal del catolicismo latino y los crímenes contra la humanidad cometidos por el papado, lleva por título *Liber ad amicum, sive de persecutione Ecclesiae*. Boninzone murió en una revuelta, en el año 1090, a los 45 años de edad.

BONOSIO EL ROMANO. Papa Benedicto I. Fue elegido obispo de dicha ciudad en el año 575, cerca de un año después de la muerte de Catelino el Romano, papa Juan III, su predecesor en el ambicionado episcopado. No existiendo ninguna información fidedigna sobre sus orígenes, “se supone” que era hijo de un hombre llamado Bonifacio, y se considera que fue el tercer obispo de la antigua ciudad imperial que cambió de nombre al subir a dicho trono. Es lo único que se sabe de él, y aun esto no está muy claro. Tampoco es seguro su nombre de pila, Bonosio, que podía ser un apodo. Durante su principado, que duró cuatro años –murió en 579–, Italia entera, aterrorizada por las incursiones de los longobardos, padeció una penuria desastrosa, que obligó a Justino II, emperador de Oriente, a enviar granos desde Egipto.

Su sucesor sería Pelagio de Unigildo, papa Pelagio II (579–590).

BORGIA, Rodrigo. (Ver *RODRIGO Borja*).

BORADAJKEWYCZ, Taras. Espía enviado por los altos mandos del Tercer Reich a Roma, tras el presunto asesinato del rey del Imperio Vaticano Aquiles Ratti, papa Pío XI. Gracias a los informes de este antiguo estudiante de teologismo, que aseguraba tener un contacto inestimable en la corte papal, el gobierno alemán destinó tres millones de marcos oro para comprar a varios cardenales con el fin de que saliera elegido un obispo de Roma claramente pronazi, como podían serlo los cardenales Maurilio Fossati o Elia dalla Costa. La operación se llevó a cabo con el visto bueno de Hitler, y el oro salió de Berlín.

Cuando la elección recayó sobre Pacelli, germánico y fascista visceral, pero no el esperado por los sobornadores, los mandarines nazis reclamaron el oro, pero Borodajkewycz no apareció por ningún sitio. Pocos días después fue encontrado ahorcado en un parque. Su contacto en la corte del imperio, que se suponía ser Nicolas Estorzi, tampoco pudo ser localizado. La versión más convincente fue la de que Taras Borodajkewycz había sido asesinado por los espías del Vaticano, la Sancta Societas, y concretamente por los asesinos cristológicos –frailes y religiosos, la mayoría de ellos– que conformaban las reliquias de la Orden Negra y el Círculo Octogonus. Uno de los asesinos, si no el único, pudo ser Nicolas Estorzi.

El oro que habría sido estafado a los nazis y, en último y primer término al pueblo alemán, habría ido a parar a unos depósitos secretos de la corte papal en Suiza.

BRESSANONE. Ciudad del norte de Italia, conocida en alemán por Brisen, en la que se celebró un concilio ecuménico, convocado por Enrique IV de Alemania, el 25 de junio de 1080, con el fin de deponer al obispo de Roma Hildebrando Aldobrandescos, papa Gregorio VII. En

junio de dicho año, Hildebrando fue depuesto. En su lugar fue elegido Guiberto, arzobispo de Ravena. Este hombre tomó el nombre de papa Clemente III. Hildebrando, como no era de extrañar, hizo oídos sordos a las conclusiones del concilio, y jamás quiso separarse de la tiara imperial que con tantos esfuerzos había conquistado. Esta asamblea es conocida también con el nombre de Concilio de Brisen.

BRUNO. Se cree que nació hacia mediados del siglo XI, y que fue educado en el monasterio benedictino de San Perpetuo, no lejos de Asti. Incondicional judeocatólico papista, se enfrentó a Berengario de Tours, al que denominaba herético por no aceptar el credo pontificio romano. Fue nombrado obispo de Segni, y, sin renunciar a este principado, se hizo monje benedictino. Amigo de Hildebrando de Soana, Aldobrandescos o Aldobrandini, también benedictino, contribuyó a centralizar el poder del judeocatolicismo latino en manos del obispo de Roma. Moriría en su feudo de Segni, en el año 1123. Por los servicios prestados a la curia romana fue deificado –santificado, en jerga sacristial–.

BRUNO DE EGISHEIM–DAGSBOURG. Papa León IX el santo. Era hijo del conde Hugo de Egisheim y primo del emperador Enrique III. Había nacido en 1002. Ingresó en la orden o logia benedictina, y gracias a las relaciones familiares fue elegido, a los 24 años, obispo de Toul. En el año 1049, y a raíz de la muerte de Poppo de Brixen, papa Dámaso II, y el destronamiento definitivo del papa Benedicto IX, se lo designó para ocupar el trono pontifical romano, pero, astuto y ambicioso, en un gesto teatral que causó la admiración de quienes no lo conocían, condicionó su aceptación a su designación por

todos los elementos que entraban en la elección del obispo de Roma entonces: nobleza, clero, religiosos, cardenales, curia, ejército, emperador y pueblo. Cuando la unanimidad se hizo evidente, con un gesto de humildad característico en los grandes actores, aceptó con resignación la pesada cruz que le enviaba Jesucristo, y que él, si no era digno de aceptar, tampoco podía rechazar.

Tras la elección se dirigió a Roma, en donde fue recibido con grandes honores y pompa, pero con la secreta oposición del partido nacionalista al que pertenecía Hildebrando, otro fraile como él. El día 12 de febrero de 1049, se ciñó la tiara del obispado.

Orgullosa del papel que debía jugar él mismo en la historia de Europa y del mundo entero, y con él el papado romano, llevó a cabo numerosas reformas dentro del clero y curia, con el fin de elevar el prestigio de su pontificado. Tuvo como secretario de confianza a Hildebrando, que llegaría a ocupar, también, el ambicionado trono.

La careta de humilde fraile que renunció a la pesada carga de la elección que había recaído sobre él, Bruno la dejó de lado en cuanto fue coronado. El mismo año de su elección convocó un concilio en Roma para reformar al clero y anular las elecciones simoníacas. Él se consideraba libre de esa lacra porque el prestigio de su familia anulaba cualquier necesidad de comprar ningún cargo eclesiástico: era la que los concedía. A pesar de todo, como la simonía era conatural al teofuncionariado cristológico, no hubo modo de hacer efectiva la prohibición, ya que hubiera terminado con el teofuncionariado de todas las diócesis o iglesias, debido a que hasta los cargos de monaguillo se compraban y vendían. Quiso imponer el celibato más absoluto en el clero, siendo otro de los obispos de

Roma que prohibieron sus matrimonios y barraganas. Las relaciones con la iglesia oriental fueron pésimas, ya que por encima de cualquier considerando humano y divino quería situarse él, teniendo a sus pies a todas las iglesias, empezando por la oriental. A tanto llegó su orgullo y teogolatría, que se afirma que, en una de sus cartas dirigidas al emperador, no tuvo reparo en escribir "que el papa (él mismo) no perdonaba el oro ni la sangre para hacer su trono digno de la majestad de Dios."

Contra los deseos del emperador, la nobleza y el clero, convocó un concilio en Reims, aconsejado por Hildebrando. Exigió que se reconociera al obispo de Roma como jefe absoluto de la Iglesia universal, concepto extraño a todos los obispos de todas las iglesias, pues ni existía una iglesia universal, sino un conjunto de iglesias, ni se podía admitir la existencia de un obispo superior a los demás y, sobre todo, por encima de los colectivos de obispos o concilios.

Bruno de Egisheim, en otra de las reuniones que celebró en Roma, se opuso a la doctrina de Berenguer sobre la eucaristía, e hizo quemar los libros de Juan Scot. Sus gestiones con la Iglesia oriental no tuvieron más efecto que el de acentuar las distancias que las separaban. Realizó un nuevo viaje a Alemania para pedir al emperador ayuda contra los normandos establecidos en Italia. Aprovechó para reclutar todo tipo de haraganes, facinerosos, mercenarios y bandidos alemanes que vivían del pillaje, y con ellos compuso un ejército con el que combatir a los normandos. Éstos, que no deseaban la guerra, ofrecieron a León la paz en condiciones muy ventajosas para el obispo de Roma, pero Bruno, orgulloso y prepotente, se negó en redondo. Con la coraza puesta, espada al cinto y la lanza en la mano, arengó a sus tropas en nombre

de Cristo. La batalla definitiva se dio en Civitella, el día 18 de junio del año 1053, y los normandos fueron los vencedores. El obispo de Roma Bruno de Eigsheim, León IX, fue hecho prisionero, y conducido a Benevento. Allí permaneció cerca de un año, en una prisión dorada, hasta que, gravemente enfermo, pidió su traslado a Roma, en donde moriría a mediados de abril de 1054. Los esfuerzos para engrandecer el obispado romano y su curia fueron tan válidos y efectivos, a pesar de la falta de interés que demostró por ocuparse de los problemas inmediatos que afectaban a los ciudadanos de Roma, que no hubo ningún inconveniente en verlo en el paraíso y honrarlo con el título honorífico de santo.

La tiara caería en poder de Gebardo de Dollnstein-Hirschber, papa Víctor II (1055-1057).

BRUNÓN DE CARINTIA. Papa Gregorio V. Había sido nombrado para el obispado de dicha ciudad a la muerte de Juan de Gallina Alba, Juan XV Bis, en el año 996, cuando apenas tenía veinticuatro años de edad, por el emperador Otón III, del cual era sobrino¹. Fue el primer obispo alemán que ocupó el trono del obispado de Roma. Sin embargo, Crescencio Nomentano, príncipe italiano, no aceptó esta elección, y en cuanto el emperador se perdió por el norte de Europa en sus viajes, trató de eliminar a Gregorio, que tuvo que huir de Roma, buscando un lugar seguro para ocultarse. En el trono pontifical romano fue colocado el obispo de Plasencia Juan Filagato, más conocido por papa Juan XVI, por lo que hubo dos personas que pretendieron ser los legítimos propietarios del mismo. La suerte favoreció al papa Juan XVI hasta el instante en que el emperador regresó a Roma. Crescencio fue derrotado y el papa Juan XVI, detenido y mutilado,

siendo asesinado posteriormente². Lógicamente, la pérdida de la guerra por él y sus partidarios, más que de la vida, conllevaba la pérdida del título de papa, y Juan XVI sería declarado antipapa.

Gregorio había aprovechado su ausencia forzada de Roma para convocar un concilio en el que excomulgó a Juan XVI. A pesar de todo, Gregorio V no pudo disfrutar del ambicionado trono papal durante mucho tiempo, pues falleció, repentinamente, el año 999. Se afirmó que había sido envenenado, lo que no sería de extrañar, pues fue larga la serie de obispos de Roma que tuvieron que pagar su elección humanamente divina por el veneno o desgarrados por los puñales de las divinidades humanas. Durante su corto reinado consolidó la influencia del obispo de Roma en Francia, interviniendo en los asuntos internos de este pueblo.

Su sucesor en el trono sería Gerberto de Orillac, papa Silvestre II (999-1003).

¹ Sus antecedentes familiares no están claros. Hay quien lo hace hijo de Judit y de Othon de Sajonia, mientras que no faltan quienes lo hacen hijo de Othon, duque de la Francia romana, y de Lutgarda, hija del emperador Othon I.

² La suerte reservada a Juan XVI es incierta. Se habla de que, tras sufrir todo tipo de humillaciones, se le cortó la nariz y la lengua; otros afirman que también le sacaron los ojos. Algunas versiones afirman que fue llevado a Alemania y otras que fue arrojado al vacío desde las almenas del castillo de Sant'Angello.

BULA. Certificado emitido por la corte del Imperio Vaticano con el fin de acaparar fondos para los caprichos de sus reyes o papas, ofreciendo a cambio el perdón de los pecados y la posibilidad de entrar en el paraíso judeocatólico, tras la muerte. Entre las numerosas bulas que la historia nos recuerda se encuentran las que dieron como resultado las protestas de Lutero y los estados del Norte de Europa, originando finalmente nuevos desmem-

bramientos en el judeocatolicismo, bastante dividido ya con las sectas papistas, ortodoxas, armenias, coptas, etc.

BULA DE INDULGENCIAS. Encierra el mismo significado que la entrada anterior. Fueron, como la historia del Imperio Vaticano recuerda, varias, y todas tenían la misma finalidad: la de sacar dinero a los crédulos con el fin de que los obispos de Roma pudieran construirse un reino a la medida de sus ambiciones. Una de las primeras bulas, si no la primera y la única, que tuvo la gloria de salir de las manos del mismo Gutemberg y de su primera prensa, en el año 1455, fue la proclamada por Tomas Parentucelli, papa Nicolás V Bis (1447–1455), e iba destinada a sacar fondos para las arcas de la corte apostólica romana con la disculpa de luchar contra los enemigos de Cristo. Dice así:

“PAULINO Chappe, Consejero, Embajador y Procurador general del Serenísimo rey de Chipre, para los efectos de este indulto, a todos los fieles cristianos que vieren las presentes letras,

SALUD EN EL SEÑOR:

Nuestro Santísimo Padre en Cristo y Señor, Nicolás, por la divina providencia Papa V de este nombre, condolido misericordiosamente de la tribulación del Reino de Chipre, en lucha contra los perfidísimos enemigos de la Cruz de Cristo, Turcos y Sarracenos, concedió gratuitamente a todos los fieles de cualquier parte del mundo, exhortándolos piadosamente por la sangre de Nuestro señor Jesucristo en que fueron redimidos, y con tal que en el término de tres años, a contar desde el primero de Mayo de MCCCCLII, dieren para la defensa de la fe católica y del dicho Reino de Chipre a los procuradores o nuncios, substitutos

de éstos, alguna parte de sus bienes, mayor o menor, según lo que sus conciencias les dictare, la facultad de poder ser debidamente absueltos y recibir saludable penitencia, por una sola vez, de mano de cualesquiera confesores idóneos, seculares o regulares, elegidos por ellos para que los oigan en confesión aun de los pecados reservados a la Sede Apostólica, excesos, crímenes y delitos, por más graves que fueren. Asimismo, si lo pidieren humildemente, los mencionados confesores podrán absolverlos válidamente de cualesquiera excomuniones, suspensiones, entredichos y otras sentencias, censuras y penas eclesiásticas a jure vel ab homine, en que pudieran haber incurrido, imponiéndoles la penitencia acomodada a la culpa y el cumplimiento de lo que proceda en derecho. Y también facultamos a los referidos confesores para que puedan concederles con autoridad apostólica, una vez en la vida y otra en el artículo de la muerte, plenísima indulgencia y remisión plenaria de todos sus pecados, con tal que los hubieren confesado con verdadera contrición; o, si tal vez no pudieren confesarse por haber perdido el habla, con tal que dieren señales de su arrepentimiento, debiendo satisfacer por sí mismos y si sobrevivieren, o por sus herederos en el caso de fallecer entonces, de modo que, por espacio de un año después de concedido el indulto, deberán ayunar todos los viernes o cualquier otro día en que no obste impedimento legítimo, precepto de la Iglesia, observancia regular, penitencia obligatoria por voto u otra causa. Y, si estuvieren impedidos en dicho año o parte del mismo, lo efectuarán al año siguiente o cuanto antes pudieren. Mas si no les fuere posible cumplir dicho ayuno en otro cualquier año o parte del él, el confesor que al efecto eligieren podrá conmutarles el ayuno por obra de caridad que tendrán obligación de hacer, siempre que la confianza de obtener el perdón no

les sirva de estímulo para pecar, lo que Dios no permita; pues, en este caso, declaramos nula y de ningún valor la concesión predicha en cuanto a la remisión plenaria en el artículo de la muerte y la de los pecados cometidos con la confianza de ser fácilmente absueltos. Y porque el devoto, dio piadosamente limosna de sus bienes conforme al precitado indulto, debe justamente gozar de las indulgencias mencionadas. En prueba de verdad, estas letras testimoniales llevan colgado el sello ordenado a este efecto. Dado en año del Señor MCCCCV, día ... Mes

FÓRMULA DE LA ABSOLUCIÓN Y REMISIÓN PLENARÍSIMAS EN VIDA

APIÁDESE DE TI &. Nuestro señor Jesucristo por su santísima y piadosísima misericordia te absuelva, y yo con su autoridad, con la de sus bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo y en virtud de la autorización apostólica que me ha sido confiada y a ti concedida, te absuelvo de todos tus pecados contritos, confesados y olvidados, y también de todos los casos, excesos, crímenes y delitos por más graves que puedan ser, reservados a la Sede Apostólica, así como de todas la excomuniones, suspensiones, entredichos y otras censuras y penas eclesiásticas promulgadas a jure vel ab homine, si acaso incurriste en alguna de ellas, concediéndote plenísima indulgencia y remisión de todos tus pecados, en cuanto alcanzan en esta parte las llaves de la Santa Madre Iglesia. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

FÓRMULA DE REMISIÓN PLENÍSIMA EN EL ARTÍCULO DE LA MUERTE

APIÁDESE DE TI &. Nuestro Señor ... (como arriba). Yo te absuelvo de todos tus pecados contritos, confesados y olvidados, restituyéndote a la unidad de los fieles y sa-

cramentos de la Iglesia, perdonándote las penas del purgatorio que hubieres merecido por tus culpas y ofensas, y concediéndote remisión plenaria de todos tus pecados, en cuanto las llaves de nuestra Santa Madre la Iglesia alcanzan en esta parte. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén

Juan de Itstein, Doctor en Sagrada Teología, Secretario Extraordinario. Comisionado para lo sobredicho.

Andrés Inder Clunsen, Notario, lo firmó"

El negocio de las bulas e indulgencias constituyó una fuente de ingresos inagotables para las arcas del obispado romano, ingresos que contribuyeron a conformar el Imperio Vaticano tal y como se conoce en la actualidad. Con la misma finalidad de recaudar dinero para la corona de dicho imperio, la corte y curia romana publicó el *Libro de las Tasas*², en donde estaban especificados los precios de cada pecado. No había infamia ni crimen que no pudiera perdonar la Iglesia siempre y cuando se abonara al obispo y rey de Roma el costo establecido. Junto a estas dos fuentes habituales de ingresos estaban también las tarifas por dispensas, que abarcaban un número singular de actividades, y que contribuyeron a enriquecer en grado sumo a la curia romana.

¹ Traducción de uno de los originales –a beneficio de Federico Schulem, altarero en la iglesia de S. Sebald, y dado en Núremberg, el 24 de marzo de 1455–, publicada por la obra *Historia del Mundo en la edad Moderna*, de la Universidad de Cambridge. Edi. española en 25 tomos, bajo la dirección de D. Eduardo Ibarra y Rodríguez. *El Renacimiento*. Tomo II (Edi. La Nación. Buenos Aires, 1913).

² (Ver Anexos).

BULA DE LA SANTA CRUZADA. Aportación económica que todavía tiene que pagar el pueblo español a la corte del Imperio Vaticano gracias a la complacencia de sus gobernantes y la compulsiva codicia de los papas romanos. Consiste en la oportunidad de entrar en el empíreo judeocatólico ideado por la curia romana a cambio de la oferta de varios millones de euros que “el pueblo” entrega anualmente, como “limosna” al denominado siervo de los siervos de Cristo, el obispo romano de turno. El origen de esta “graciosa donación” –como la definen los turiferarios del Vaticano– se quiere remontar a las denominadas cruzadas, de los siglos XI y sucesivos, organizadas por los obispos de Roma con el fin de acaparar riquezas, tierras y poderío, alegando la disculpa de recuperar los denominados santos lugares del judeocaticismo imperial. Los reyes de España contribuyeron a tales cruzadas con una generosa aportación de dinero, que se hizo permanente a partir de los denominados Reyes Católicos. En la actualidad, la Bula se mantiene como un tributo generoso y desinteresado “que ofrecen todos los españoles” al papa.

BULA DE ORO. Documento por medio del cual el emperador Carlos IV, en el año 1356, se sacudía el derecho que se habían arrogado los obispos de Roma de intervenir en la elección del emperador. El obispo de Roma Esteban Auber, más conocido por papa Inocencio VI, impotente, aunque no por ello menos amargado, tuvo que aceptar la decisión del soberano. La elección del emperador alemán recayó entonces en los obispos de Colonia, Maguncia y Tréveris, en el rey de Bohemia, el conde del Palatinado, el duque de Sajonia y el margrave de Brandeburgo.

BURLA. Si los teístas, sobre todo el teofuncionario vocacional y el teofuncionario vitalicio, no pueden soportar algo es la burla y la chanza sobre sus concepciones religiosas, hacia la parafernalia cultural con que las adornan y hacia los vestuarios que emplean en sus representaciones cómicas. En el campo que nos ocupa, ver al papa y rey del Imperio Vaticano con el gorro que emplea en sus exhibiciones multitudinarias, la corona de coronas, al que se le ha puesto el nombre de tiara, cuyo peso en metales y piedras preciosas le obliga a encorvarse al andar; verlo vestido con sus capas áuricas, como si fuera un expositor de baratijas chino; verlo grave y sacral, en andas, cargado de pedrerías, sobre la silla gestatoria, con el ceño fruncido y adusto que parece que reclama un laxante con urgencia; ver la corte de criados, guardas, cardenales, arzobispos, monseñores y patriarcas desfilar delante y detrás de él, con el aire prepotente y soberbio de quienes expresan la alta estima que tienen de sí mismos porque tocan el cielo y la divinidad con la mano, es un espectáculo circense y cómico que no tiene desperdicio, pero que mueve a risa ante la mentecatez humana. Si además, se pretende ver en dicho rey, en medio de tan pomposa corte de lacayos y turiferarios, al último esclavo de los esclavos del Jesús evangélico, de quien se asegura que nació en un establo porque sus padres no pudieron ofrecerle mejor cuna, y que murió colgado porque no tuvo mejor lecho para hacerlo, la risa estalla en hilaridad incontenida¹. Sin embargo, a pesar de que sería la risa más justificada del mundo ante un exponente tan grosero de la hipocresía y el cinismo de la corte del Imperio Vaticano y su rey, y ante la muestra más apodíctica de la estupidez humana, es una risa que no pueden tolerar. Identificados con sus divinidad

des, y nadie mejor que ellos para saber cómo hacerlo, pues son sus fabricantes, incapacitados para ver la ridiculez y la mendacidad de sus desfiles, ropajes, actos culturales y ceremonias, ante la risa y la burla que provocan sus fantochadas teocircenses, se sienten ofendidos hasta la médula de una manera irracional y frenética, compulsiva y desorbitada, y están dispuestos a los mayores crímenes para justificar la seriedad y magnificencia de sus representaciones. Si algo no soporta la estupidez sacralizada que adorna la corte del Imperio Vaticano y al teofuncionariado judeocatólico es la burla y la risa que provocan, que descubre al instante la ridiculez e inanidad de sus pretensiones místicas y teológicas, y la vacuidad de sus ceremonias y actos: su reacción iracunda e incontrolada, es la mejor prueba de su desequilibrio mental y humano. Y, sin embargo, la risa y la burla constituyen para la humanidad entera los mejores instrumentos para luchar contra la querencia compulsiva del hombre hacia la fatuidad, prepotencia y, sobre todo, la teogolatría. Pero la risa y la burla ante sus fantasmáticas teocircenses se consideran un sacrilegio y, durante muchos siglos fue un sa-

crilegio penado con la muerte. La razón de este asesinato patibular ante algo tan elemental en la vida humana como es el saber reírse de todo lo divino y de casi todo lo humano, empezando por reírse de uno mismo y sus creaciones, parece residir en la sensación de ridículo que se produce en quienes provocan la risa, sensación de ridículo que descubre la íntima convicción de que sacerdotes, obispos, cardenales, patriarcas y papas son los primeros convencidos en estar participando en una impostura sacralizada; de no ser así, su criminalidad compulsiva estaría ligada a las frustraciones y represiones de las impulsiones sexuales, afectivas, volitivas, creativas, lúdicas, amistosas, familiares, expansivas, etc., frustraciones que habrían hecho de ellos unos seres patológicos y mórbidos por necesidad². (Ver *Eliseo y Ridículo*).

-
- ¹ No se habla de la venalidad de sus pretensiones y justificaciones metafísicas, espirituales o divinas, que no resisten un examen siquiera superficial.
 - ² Son muchos los observadores que encuentran en estas frustraciones la querencia inevitable del teofuncionariado cristológico hacia el culto a la muerte, comenzando por la de su supuesto fundador, que recuerdan y provocan miles, por no decir millones, de veces al día.

— C —

CADALO DE PARMA. (Peter Cadalus, Cadelo de Verona). Papa Honorio II. En su tiempo fue conocido con el nombre latino de *Cadelus*. Fue nombrado obispo de la antigua ciudad imperial por los obispos lombardos y germanos, a petición de la emperatriz Agnes, madre del rey germano Enrique IV, en el concilio de Basilea. Ocupó el ambicionado trono, en el año 1061, tras la muerte de su predecesor, Gerardo de Borgoña, Nicolás II. Poco antes, se había elegido a otro obispo, gracias a las intrigas de Hildebrando, quien, con la ayuda del poderoso Ricardo de Capua, logró colocar en el disputado trono a Anselmo de Baggio, papa Alejandro II. El cisma –guerras civiles cristológicas– una vez más, era una realidad en la diócesis romana. Entre ambos papas o, mejor, entre sus partidarios, los enfrentamientos fueron sangrientos, y se llevaron a todos los terrenos imaginables. Las excomuniones brotaron de un lado y de otro, y también las escaramuzas, las intrigas y los asesinatos; las deposiciones, teóricas al menos, no faltaron tampoco. Pero si Honorio II, no pudo gobernar como un rey absoluto, Alejandro II tampoco tuvo más libertad que él para hacerlo. La victoria definitiva fue, de todos modos, para Hildebrando, en contra del emperador, porque Alejandro II pudo contemplar la muerte de su enemigo, ocurrida en Parma, en el año 1072, y regresar a Roma. Cuando, a la muerte de Alejandro II, en el año 1073,

Hildebrando subiera al ensangrentado trono pontifical, con el nombre Gregorio VII, pretendería borrar hasta el recuerdo del papa Honorio II, deseo que jamás se cumplió.

CAGGIANO, Monseñor Antonio. Obispo argentino, a quien el rey del Imperio Vaticano Eugenio Pacelli, papa Pío XII, ofreció el capelo cardenalicio. Fue el encargado de negociar con Perón la protección que Pacelli quería ofrecer a los criminales de guerra alemanes y croatas. Las negociaciones se materializaron con el cardenal Tisserant por medio, que era el superior del padre Kranoslav Draganovic, director, este último de la residencia en que una parte notoria de los criminales mencionados vivieron durante su paso furtivo por Roma. En las negociaciones participó, también, el cardenal Montini, futuro rey del Imperio con el nombre de Pablo VI. La ayuda no consistió solo en facilitarles el paso hasta los países de destino, sino que por medio de la *Sancta Societas* y sus agentes, varios criminales de guerra alemanes, croatas, italianos y franceses fueron liberados de los campos de internamiento establecido por los aliados para los asesinos de alta graduación. Las negociaciones de salvamento se llevaron a cabo entre el espionaje vaticano y la organización Odessa, que ya actuaba en Argentina. Los interlocutores principales fueron Gino Monti Valsassina y Reinhard Corps,

el primero en representación de la corte del Imperio Vaticano y Pacelli, el segundo por parte de Odessa.

CALIXTO DE RAVENNATIO. (*Pertenece a la leyenda*). Papa Calixto I. Habría estado a la cabeza de la comunidad judía reformada de dicha ciudad, tras la muerte de Ceferino el Romano, papa Ceferino (199–217), del año 218 al 223¹, disputando la mitra a Hipólito el Letrado (217–235), que sería declarado antipapa. Su existencia histórica es etérea como la de sus predecesores, oponentes y seguidores inmediatos. Se compuso para él una vida en la que se afirmaba que era un esclavo de un patricio llamado Aurelio Carpofo-ro, familiar del emperador Commodo, que reinó del año 180 al 192. Calixto habría nacido en el Ravennatio, es decir, en Trastevere. Habría conseguido huir de su dueño, con ánimo de llegar a un puerto y embarcarse, pero fue capturado por su señor. Pasando por unas aventuras y otras, consiguió alcanzar el ambicionado obispado Romano. Tuvo que defenderlo contra Hipólito, al que apoyaban levitas clericales y pueblo. El cisma –guerra civil cristológica– se estableció entre ambos elegidos, y se prolongó varios años. Calixto murió, e Hipólito pudo ver pasar el cadáver de su enemigo, pero no pudo conseguir ser reconocido y sacralizado por las facciones que finalmente lograron controlar el obispado de Roma. Calixto, mientras tanto, fue facturado al emperio judeocatólico y honrado con el título de santo. Los textos, supuestamente antiguos, que hablan de él, deben de ser mirados con mucha prudencia: la curia romana tuvo cerca de mil quinientos años para destruir, variar, falsificar, alterar, fabricar todo tipo de pruebas y documentos que necesitaba para sus fines. Las comunidades judías heterodoxas de la ciudad de Roma eran un hecho, y, lógi-

camente, debe admitirse que tenían sus rabinos o pastores, a veces enfrentados entre sí, para controlarlas. Pero otra cosa es pretender que tales comunidades de judíos reformados, heterodoxos, sectarios, fuesen comunidades judeocatólicas en el sentido que hoy se da al término oficial de cristianas.

Los listados oficiales lo hacen obispo de Roma del año 221 al 227¹, y afirman que mejoró el estado de las catacumbas de la Vía Appia. Aseguran igualmente que fue defenestrado y arrojado a un pozo, el cual fue cubierto de cascotes.

¹ La fechas que ofrecen no son nada precisas, no pueden serlo, aparte de que son muy diferentes una de otras. Las más aceptadas, lo colocan a la cabeza de la comunidad romana del año 217 al 222.

CALVI, Roberto. Era hijo de un banquero, y nació en Milán, el día 13 de abril de 1920. A los 19 años era ya responsable de la propaganda fascista en Milán. En esta época estableció los primeros contactos con los amigos que se codearon con él hasta su brutal caída. Con el fin de ayudar a su padre, inició un curso de economía y comercio. En 1941, fue enrolado y luchó en la Segunda guerra mundial. Llegó a ser oficial de lanceros y fue citado, en alguna ocasión, por su valor y eficacia.

Al regresar del frente, su padre le ayudó a encontrar un trabajo en la banca. Posteriormente se decidió a trabajar en el Banco Ambrosiano, en donde ingresó en el año 1947. El Ambrosiano era un modesto y pequeño banco que apenas arrastraba una existencia de crisálida. Era una banca que había sido fundada por un monseñor con iniciativa, Giuseppe Tovini, en el año 1896, y que intentaba tener éxito en las finanzas. Para ser accionista del Ambrosiano debía estarse en posesión del certificado de bautismo y del de buena conducta proporcionado

por el párroco del lugar del aspirante. Además, el consejo de administración tenía la obligación de controlar y limitar los títulos de los accionistas para evitar el control "pagano" del banco. Entre los accionistas más destacados se encontraban el Instituto per le Opere di Religioni (IOR), es decir, la Banca Vaticana, el Instituto Pontificio para las Misiones, La Venerable Fábrica del Duomo, el Banco San Pablo de Brescia, el Instituto Figlie del Sacro Cuore di Gesù y el Seminario Arzobispal de Milán. El conjunto de todas las entidades mencionadas representaba directamente a la corte del Imperio Vaticano y la curia de Milán y Brescia.

Tras unos meses de experiencia, Calvi entró a trabajar en la secretaría general del banco, dependiendo directamente del director general, Carlo Alessandro Canesi. En el año 1970, Calvi encuentra en Michele Sindona un colaborador eficaz, pero también lo encuentra en Licio Gelli, Umberto Ortolani y Paul Marcinkus, que le facilitarán, en el año 1971, la dirección del Banco Ambrosiano. A partir de ese momento, y en solo tres meses, Calvi estableció las bases de su imperio: La Compendium, S. A., en Luxemburgo; la Ultrafin International Corporation en Nueva York; la Ultrafin A. G., en Zurich; la Cisalpina Overseas, en las Bahamas, sociedad esta última que terminaría llamándose Ambrosiano Overseas; etc. Los negocios fueron viento en popa hasta que las cosas se empezaron a torcer cuando Carol Wojtyla ocupó el trono del Imperio Vaticano, y este papadiós comenzó a pedir dinero para ayudar a Walesa y Solidaridad en Polonia y para apoyar a regímenes militares de extrema derecha en varios puntos del globo. Con tales objetivos, y sin ninguna garantía, los fondos del Ambrosiano fueron desapareciendo. Marcinkus, que controlaba las finanzas de la Banca Vaticana, no solamente no

restituyó el dinero que había tomado del Banco Ambrosiano para cumplir los deseos de Wojtyla, su rey, que fueron cerca de mil millones de dólares, sino que además remató el desfalco –el robo de guante blanco– sacando del Banco Ambrosiano Overseas cincuenta millones de dólares más, con el fin de contentar a Carol y al cardenal Poggi, jefe de la *Sancta Societas*. El arzobispo Marcinkus no dudó en efectuar este robo a beneficio del papa y su proyecto polaco, despreciando a Roberto Calvi y agravando las deudas que el Ambrosiano de Milán tenía con otros bancos.

La tensión se hizo tan fuerte, pues las autoridades fiscales italianas exigían cuenta, que Calvi, perdidos los nervios, advirtió a varios cardenales que si el Ambrosiano caía, la Banca Vaticana (IOR), caería con él. Habían pasado apenas once años desde que ocupara el ambicionado puesto de director del Ambrosiano. En este tiempo había trabajado para mafiosos y masones, políticos, financieros, golpistas, revolucionarios y, sobre todo, con la nomenclatura vaticana, haciendo todo tipo de operaciones fraudulentas para ellos, lavando su dinero negro, legalizando los beneficios de la prostitución e invirtiendo en cientos de operaciones arriesgadas, que sangraron los depósitos de accionistas, inversores y clientes.

Cuando el día 31 de mayo de 1982, Calvi se quejó a los cardenales fue porque la situación era más que desesperada. A juzgar por lo sucedido, la cúpula del Imperio Vaticano puso en marcha la *Sancta Societas*, y Calvi conoció al instante cual iba a ser su destino. La Banca Vaticana no puede correr peligro, y Carol Wojtyla tampoco está dispuesto, por un banquero de poca monta, a perder la oportunidad de hacerse con Polonia, a la que quiere incorporar a su imperio. Calvi, tratando de distanciarse de la amenaza

que ha desatado sobre él con sus palabras, el día 15 de junio se marchó a Londres. Dos días más tarde, el 17, se entera de que ha sido destituido como director del Ambrosiano. Comprende que ya no tiene salvación alguna. El rey del imperio Vaticano, Carol Wojtyla, Marcinkus, la *Sancta Societas* y la Banca Vaticana, no solamente no están dispuestos a devolver los más de mil millones de dólares que han robado al Ambrosiano, y cuya devolución pudiera salvar al banco de la quiebra, sino que además pretenden asesinar al antiguo director para que no hable. Calvi, aterrorizado, llama a su familia para que se ponga a salvo. Los asesinos ya se habían puesto en marcha. El día 19 de junio de 1982 Calvi apareció ahorcado en un puente de Londres.

Pensar que la orden de asesinato partió de la corte del Imperio Vaticano con la aquiescencia o la ignorancia cómplice y estimulante de su rey o papa no constituía un desatino. El arzobispo Marcinkus, acusado de complicidad, escapó a la justicia gracias a la protección que le otorgó el rey Carol Wojtyla. La nomenclatura cardenalicia, que jamás soportó una afrenta, no perdonó a Calvi ni sus palabras ni sus amenazas. La *Sancta Societas*, el *Sodalitium Pianum* y los asesinos consagrados estaban a disposición de la nomenclatura vaticana para cerrar la boca a sus enemigos. Y, si no bastara con ellos, la mafia, tan oportuna en ocasiones, y tan servicial y agradecida otras, ahí estaba, dispuesta a cumplir santamente cualquier encomienda. Uno de los acusados directos del asesinato de Calvi fue un mafioso, Vincenzo Casillo, que sería asesinado a comienzos de 1983, para evitar que confesara quién le había dado la orden de matar a Calvi.

CÁMARA APOSTÓLICA. Órgano administrativo de las riquezas de la secta

judeocatólica papista. Su sede se encuentra, en la actualidad, en Roma, en la residencia de la corte del Imperio Vaticano, la denominada Ciudad del Vaticano. Tiene como misión el incremento de las ganancias económicas de la corona y de todo el teofuncionariado cristológico residente en la denominada Santa Sede, y su administración. La importancia de esta cámara es fundamental a la muerte de los reyes del Imperio, dioses pontificios, pues administra, bajo el control del cardenal camarlengo, las riquezas de la corte hasta la elección de un nuevo soberano o papadiós.

CAMARLENGO, Cardenal. Jefe absoluto de la Cámara de cardenales en la corte del Imperio vaticano. A la muerte del monarca de dicho imperio, el rey-dios o papadiós, se convierte automáticamente en regente del mismo, y obispo de Roma interino. Es el puente entre el rey difunto y el nuevo rey.

CAMILO BORGUESE. Papa Pablo V. A la muerte de Alejandro Octaviano de Médicis, papa León XI, muerto de muerte natural, según las crónicas oficiales, y según crónicas heterodoxas, envenenado por los jesuitas, en el mismo mes en que había sido elegido, abril de 1605, los electores, ante la imposibilidad de llegar a un compromiso satisfactorio para todos, eligieron a un hombre que no militaba en ningún grupo, y este hombre fue Camilo Borguese, que fue consagrado el 17 de mayo.

Siendo de familia noble, tuvo opción de elegir la carrera que deseara, pues medios no le faltaban. En un principio se dedicó a la abogacía, pero terminó siendo tentado por el teofuncionariado cristológico latino. Su nombre le abrió todas las puertas, y su carrera fue fulgurante. Esta fue la razón por la que pronto se lo verá

al servicio de Clemente VIII, que lo envió como representante suyo a España. Se lo verá igualmente de inquisidor y cardenal en un tiempo breve. La ambicionada tiara obispa romana, la corona de coronas, pudo ceñírsela a los 53 años de edad.

Tras su elección, para protegerse de las intrigas que habían abreviado la vida de sus predecesores, se rodeó de sus familiares, y nombró entre ellos a sus cardenales. De una severidad sorprendente, no permitió ni una crítica al obispado de Roma, lo que demostró mandando asesinar patibularmente a Piccinardi de Cremona, autor de un libro contra el papa Clemente VIII, del cual decía que había sido tan indecente y criminal como Tiberio, a pesar de que dicho libro no había sido publicado. Hombre versado en leyes, trató de imponer su gobierno en todos los países, lo que originó no pocos problemas y conflictos. Procuró reformar la conducta del clero y los cardenales, y exigió que las logias u órdenes religiosas cumplieran sus reglas y estatutos. Puso en movimiento la Congregación del Índice, que publicó un decreto emanado de la infalibilidad papal condenando "todos los escritos que afirman la rotación de la Tierra alrededor del Sol", decreto que se hizo público el día 13 de marzo de 1616. A este hombre se le debe la honrosa tarea de haber convertido la *Sancta Societas* –la Liga, el Servicio de espionaje del papa–, en una organización de asesinos sacerdotales selectos. Se inspiró para esta transformación en los Assasinis musulmanes del siglo XII, a través de las lecturas de sus proezas. Ordenó el asesinato de Enrique IV de Francia, que fue llevado a cabo por Jean-François Ravailiac, probable miembro del Círculo Octogonus y de la *Sancta Societas*, y pupilo de los jesuitas.

Se enemistó con la Serenísima de Venecia, con Francia, con España, y jugó todas

las cartas posibles para hacer siempre lo que más convenía a sus intereses y a los del obispado de Roma, excomulgando y levantando excomuniones en función del oportunismo teopolítico.

Dándose cuenta de la importancia que tenían las logias religiosas para fortalecer el obispado romano y debilitar las otras diócesis, y como fuentes de riquezas para la corte papal, aprobó todo tipo de congregaciones que, en agradecimiento, trabajaron a su servicio sin reserva alguna. Fomentó el imperialismo religioso en el Lejano Oriente y en África.

Se le reprocha el enriquecimiento exagerado de sus parientes y familiares, pero no se quiere reconocer que se limitó a hacer lo que la gran mayoría de obispos romanos habían hecho: era imposible no caer en el nepotismo, pues constituía, aunque no siempre, el método más seguro de permanecer en el peligroso trono, lo que a él le permitió mantenerse en él durante 17 años. Moriría, según las crónicas oficiales, de un ataque de apoplejía, a finales de enero del año 1621. Crónicas menos divulgadas hablan de que fue asesinado. De ser cierta esta versión, se demostraba una vez más que el nepotismo no era siempre el escudo más idóneo para mantenerse en el peligroso trono del religionismo cristológico latino.

Su sucesor sería Alejandro Ludovisi, papa Pablo V (1621–1623).

CANCILLERÍA APOSTÓLICA. Nombre que oculta, en la corte del Imperio Vaticano, el departamento habitual de falsificaciones y fraudes, y que, según algunos estudiosos, fue uno de los organismos que colaboraron para hacer del obispo de aquella ciudad un vicediós y el representante más directo de la teoegolatría y vacuidad humana. La denominada cancillería romana apostólica, que con los si-

glos cambió de nombre y de funciones, a pesar de que su antigüedad quiere remontarse al siglo IV, no tuvo existencia más que a partir del momento en que el obispo de Roma, aprovechando el vacío operado por la marcha definitiva de los emperadores romanos a Bizancio, y, sobre todo, a partir de la pérdida de poder de Constantinopla con las invasiones del Islam, en los siglos VII y VIII, vio el campo libre para poder elevarse sobre el resto de los demás príncipes mitrados del judaísmo reformado latino o judeocatólico y, con el paso del tiempo, por encima de la asamblea general de los mismos, es decir, por encima de las Cortes generales o concilios del judeocatólico. Sinónimos de cancillería romana son los nombres de curia romana, departamento de falsificaciones del Vaticano, clerecía romana, departamento legislativo.

CANON BÍBLICO. La *Biblia* hebrea¹, haya o no haya sido robada por el judeocatólico mundial a los Hebreos, está compuesta por:

Los 5 libros del Pentateuco: el *Génesis*, el *Éxodo*, el *Levítico*, *Números* y el *Deuteronomio*,

Los 6 libros de los Primeros profetas: *Josué*, *Los Jueces*, el *Primer Libro de Samuel*, el *Segundo Libro de Samuel*, el *Primer Libro de los Reyes*, el *Segundo libro de los Reyes*,

Los 15 libros de los Últimos Profetas: *Isaías*, *Jeremías*, *Ezequiel*, y los Profetas Menores: *Oseas*, *Joel*, *Amós*, *Obadía*, *Jonás*, *Miqueas*, *Nahum*, *Habacuc*, *Cefania* o *Sofonía*, *Haggal* o *Aggee*, *Zacarías* y *Malaquías*,

Los 13 libros Hagiógrafos: los *Salmos*, los *Proverbios*, *Job*, el *Cantar de los Cantares*, *Ruth*, las *Lamentaciones*, el *Eclesiástico* o *Kohelet*, *Ester*, *Daniel*, *Ezra*, *Nehemías*, el *Primer libro de las Crónicas* y el *Segundo Libro de las Crónicas*.

El número total de libros es, pues, 39, número que difiere del número de libros que los jerarcas del Imperio Vaticano incluyen en lo que ellos llaman Antiguo Testamento, en realidad, la *Biblia* judía, a la que han añadido varios textos más, hasta alcanzar el número de 46, y en la que también se han alterado sus títulos. Éstos son, tal y como los presentan los libros judeocatólicos papistas: *Génesis*, *Éxodo*, *Levítico*, *Números*, *Deuteronomio*, *Josué*, *Jueces*, *Rut*, *1º Samuel*, *2º Samuel*, *1º Reyes*, *2º Reyes*, *1º Paralipómenos* o *Crónicas*, *2º Paralipómenos* o *Crónicas*, *Esdras*, *Nohemías*, *Tobías*, *Judit*, *Ester*, *1º Macabeos*, *2º Macabeos*, *Job*, *Salmos*, *Proverbios*, *Eclesiastés*, *El Cantar de los Cantares*, *Sabiduría*, *Eclesiástico*, *Isaías*, *Jeremías*, *Lamentaciones de Jeremías*, *Baruc*, *Ezequiel*, *Daniel*, *Oseas*, *Joél*, *Amós*, *Abdías*, *Jonás*, *Miqueas*, *Nahum*, *Habacuc*, *Sofonías*, *Ageo*, *Zacarías* y *Malaquías*.

Entre los hebreos se acepta la idea de que el canon bíblico fue consagrado como definitivo unos cien años antes del cómputo actual, aunque tampoco existe concordancia en este punto.

¹ *La Bible*. Edition Bilingue. Texte hébraïque d'après la version massorétique. (Librairie Colbo, Paris. 1983). Es de advertir, que no existe concordancia entre los mismos hebreos acerca de su canon, que algunos limitan a 24, y aun 22 libros, dejando a un lado un número variable de los considerados libros apócrifos.

CANON BÍBLICO, Preludio al. El estudio de la *Biblia* puede abordarse entre otras, a partir de dos posturas claras y definidas que se oponen visceralmente.

1ª. La que considera que el denominado históricamente "cristianismo" constituye una religión, teísmo o teopolítica nueva, fundada por el Jesús evangélico.

2ª. La que afirma que el "cristianismo" no es más que una secta desgajada del judaísmo mosaico, nacida, sobre todo, del judaísmo de la diáspora y del judaísmo heterodoxo filorromano.

Para quienes se acerquen a la *Biblia* partiendo del primer supuesto, los seguidores del Jesús evangélico se habrían apropiado, en un expolio sin precedentes dentro del religionismo mundial y de los derechos originados por la propiedad intelectual, de la *Biblia* hebrea, la única digna de ese título, con el fin de dar un sentido a los textos evangélicos, en los que dicen fundar su teísmo o teopolítica.

Quienes parten del segundo supuesto consideran que no habría existido apropiación o robo, por la sencilla razón de que los judeocatólicos, siendo judíos, por muy sectarios o filorromanos que fuesen, también tenían derecho a tales textos, es decir, la *Biblia* les pertenecería, dijeran lo que dijeran los judíos ortodoxos.

Ahora bien, la primera postura, por los elementos que ofrece la historia es insostenible. El Jesús tradicional es un personaje evangélico, es decir, de novela, de psicoficción y teoficción, pero no puede ser un personaje histórico. El resultado de una cópula entre un ser infinito producido por la imaginación humana y una mujer, sólo puede ser un mestizo, jamás un hombre o un dios. El cruce entre ambas especies, una humana y otra supuestamente divina, imposible además por los términos en juego, sólo puede ser un aborto divino o un engendro humano. Mas no es necesario recurrir a la razón cuando los mismos textos evangélicos en que sus sacerdotes, hechiceros o autoteofuncionarios pretenden fundamentar su existencia echan abajo la supuesta historicidad de su protagonista, que, insistimos, es un personaje de psicoficción.

El proceso de fabricación, selección y consagración de las *Biografías nicenas de Jesús* atribuidas a Mateo, Marcos, Lucas y Juan, terminadas, al menos oficialmente, en el año 325 con el supuesto concilio de Nicea, demuestra con claridad meridiana

que antes fueron las “iglesias”, sus doctrinarios y pastores que la doctrina, que antes fueron las sectas que los *Evangelios*, que antes fueron los *Evangelios* que Jesús. En resumidas cuentas: que antes fue el “cristianismo” que Cristo.

La segunda postura es, a todas luces, la que más se acerca a la realidad, pero es una postura que el teofuncionariado cristológico rechaza de plano, por las consecuencias que pudieran derivarse para su propio movimiento o “Iglesia”. Si se admite como aceptable esta negación, debe tenerse presente que el canon bíblico únicamente comprende los libros hebreos o judeosemitas. El añadido evangélico efectuado por el teofuncionariado o hechiceros cristológicos constituye un esfuerzo desesperado e inútil por convencer a los judíos ortodoxos de que su dios Yahvé, transformado ahora en Yahvé–Cristo–Espíritu Santo, sigue manifestándose para ellos. Que dicho teofuncionariado, con ese injerto, trate igualmente de convencer a los paganos y los goyines de que la “Iglesia” se fundó con la “creación” relatada en la *Biblia*, siendo importante, no lo es tanto. La conclusión que se deriva de estas reflexiones es que, en contra de lo que se afirma habitualmente, no existe más *Biblia* que la *Biblia* judeosemita. El añadido niceno, conocido por *Evangelios*¹ no es más que un postizo o injerto fracasado tendente a justificar una apropiación y un robo descarado. (Ver *Biblia* y *Canon Bíblico*).

¹ En realidad *Buena nueva* (por *Evangelios*), que abarcaría las *Biografías de Jesús*, los *Hechos*, las *Cartas* y el *Apocalipsis*.

CANON BÍBLICO JUDEOCATÓLICO. Los denominados Padres de la Iglesia, si por algo se preocuparon fue por borrar las raíces judías de su movimiento, lo que resultó imposible. Salvo el rito de ini-

ciación, por el bautismo en lugar de la circuncisión, y algunas aberraciones teodilirantes¹ –dar a Yahvé un hijo, hacerlo trinitario, encarnarlo, ser el origen del mal, hacerlo eterno y a la vez temporal, hacerlo omnipotente y esclavo de sus criaturas, etc., etc.– todo en la denominada iglesia católica apostólica romana es judío, y, lo que no es judío resulta ser griego, romano, persa o de otras religiones del Mediterráneo y del Oriente lejano. La conclusión es que la *Biblia* también es cien por cien judía, a pesar de los esfuerzos que hicieron dichos padres y todo el teofuncionariado cristológico para demostrar que les pertenecía con mayor razón que a nadie.

En esta realidad se encuentra la causa por la que, negando su filiación, pretendieron justificar la propiedad de la *Biblia* creando los textos evangélicos con el fin de incrustarlo en dicho libro y justificar, por la parte, su propiedad del todo. El esfuerzo tan absurdo que se observa en el denominado evangelio de Mateo por dar a entender que todo lo que ocurre y ofrece en su texto no es más que una continuidad de la *Biblia hebrea* resulta penoso de contemplar: las supuestas profecías cuando no son más que meros refritos resultan falsas o se prestan a cualquier interpretación.

Se conoce, por otro lado, la razón de las creaciones evangélicas. Aprovechando leyendas, hechos históricos, textos bíblicos, y posibles elementos de las vidas de personajes más o menos públicos, las autoridades del judeocatolicismo filorromano imperial, todo el teofuncionariado eclesial, quisieron oponer a los textos mosaicos –si se quiere, cien por cien dictados por Yahvé a Moisés– unos textos que, proviniendo del mismo Yahvé, tuvieran como transmisor nada menos que al hijo de este dios, con lo que la importancia de los segundos se colocaba enci-

ma de los primeros, del mismo modo en que Jesús era superior a Moisés². Como corolario, la *Biblia hebrea* dejaba de tener importancia por sí misma para tenerla como prefiguración de los *Evangelios*³. Se acuñó el término Antiguo testamento o Ley antigua para el libro hebreo y el de Nuevo testamento o Ley nueva para los *Evangelios*. Gracias a este proceso, se afirma, los *Evangelios* no quedan incrustados como un carcinoma o un injerto de mal gusto en la *Biblia hebrea*, sino que ésta queda exaltada y engrandecida a la sombra de aquellos.

A pesar de las múltiples dificultades que levantó el proyecto, y la oposición de tirios y troyanos, el teofuncionariado judeocatólico, ex levitas y ex rabinos judíos, no retrocedió, y debió de decirse que mayores barbaridades de las que contenía la *Biblia hebrea* no podían tener los evangelios que se estaban elaborando, escribiendo y había ya en circulación, por lo que el proyecto siguió adelante.

Cuando contaron con el poder incondicional de los emperadores romanos, se dedicaron a quemar libros y autores con el fin de terminar con la oposición –el apelativo de herejías y herejes justificaba cualquier extremo– y borrar todas las huellas que descubrieran sus raíces. La ignorancia y el fanatismo de las masas eran sus mejores argumentos.

Como resultado de la operación efectuada, operación que exigió el paso de los años y los siglos y la ayuda de las espadas, los *Evangelios* se impusieron, y el canon bíblico judeocatólico terminó de completarse. En la actualidad, está compuesto por la *Biblia hebrea*, en la que se han introducido seis relatos que los judíos ortodoxos desprecian, y a la que se han añadido los libros que componen el injerto niceno, 27 textos de amplitud muy dispar: *Evangelio de Mateo*, *E. de Marcos*, *E. de Lucas*, *E. de Juan*⁴, *Hechos de los*

apóstoles, *Carta de Pablo a los Romanos*, *1ª Carta de P. a los Corintios*, *2ª C. de P. a los Corintios*, *Carta de P. a los Gálatas*, *Carta de P. a los Efesios*, *Carta de P. a los Filipenses*, *Carta de P. a los Colosenses*, *1ª Carta de P. a los Tesalonicenses*, *2ª C. de P. a los Tesalonicenses*, *1ª Carta de P. a Timoteo*, *2ª C. de P. a Timoteo*, *Carta de P. a Tito*, *Carta de P. a Filemón*, *Carta de P. a los Hebreos*, *Carta de Santiago*, *Carta 1ª de Pedro*, *C. 2ª de Pedro*, *Carta 1ª de Juan*, *C. 2ª de Juan*, *C. 3ª de Juan*, *Carta de Judas y Apocalipsis*.

El número total de libros de la denominada *Biblia judeocatólica*⁵ en vigor, en el Imperio vaticano, es de 72.

El canon judeocatólico se dio como establecido, definitivamente, en tiempos del obispo de Roma Inocencio de Albano, más conocido por papa Inocencio I. A este hombre se atribuye una carta, dirigida a una persona llamada Exuperio de Tolosa, en la que se enumeran los libros contenidos en la denominada *Biblia judeocatólica*. Por esta carta se han fijado los libros canónicos de la misma. Sin embargo, debe procederse con cautela ante estas afirmaciones, porque aunque el canon haya sido fijado, sus contenidos pudieran ser aleatorios, como se demuestra al comparar las versiones de los diferentes grupos y, sobre todo, ante la falta de textos antiguos que pudieran confirmar el contenido de los textos actuales.

Si los textos veterotestamentarios de la *Biblia* vigente en todas las sectas del judeocatolicismo filorromano imperial quedan sujetos al canon de la *Biblia hebrea*, pues de ella nace, no sucede lo mismo con los textos neotestamentarios, ya que, aunque se hayan inspirado en aquellos, son de factura independiente. Ni siquiera las *Biografías de Jesús* (los textos evangélicos tradicionales), que fueron fijadas –es voz común– en el denominado concilio de Nicea, del año 325, son fiables, ya que no se conserva ninguna copia original de ta-

les textos; las más antiguas son del siglo VI. El resto de los libros que componen la aportación judeocatólica a la *Biblia judía* son todavía más problemáticos, y sus contenidos igual de dudosos, aunque no sea más que por la falta de los originales primitivos. En resumidas cuentas, no existen textos originales de los *Evangelios*, todos son copias y refritos de copias y refritos de origen más que dudoso. La veracidad de este aserto se demostrará a partir del siglo XVI y XVII, cuando los grupos judeocatólicos neotestamentarios, los grupos protestantes o reformados, intenten buscar los primitivos textos y traducirlos con mayor fidelidad y exactitud que los estudiosos fieles al papismo⁶. Esto obliga a considerar con reserva los cánones admitidos⁶¹ y también sus contenidos, aunque no sea más que por la insatisfacción de los propios interesados en establecer su dogmatismo, insatisfacción que los obliga una y otra vez, a ofrecer a sus rebaños, nuevas versiones, de los supuestos escritos divinos, con cambios perceptibles, en busca de “una mayor fidelidad”.

¹ Toda teología es pura aberración, un teodelirio construido sobre la fantasía mórbida de unos aprovechados perturbados mentales, hechiceros, sacerdotes, brujos o arzobispos, hierofantes o papas, que se tienen por elegidos selectos de la divinidad o ídolos que ellos mismos han fabricado para poder vivir del teoparasitismo y la teogorronería más acendrados. Elevadas las elucubraciones de tales gorriones a la categoría de ciencia pura y subliminal, se autogeneran en sus cátedras como el virus del sida en una célula. Mientras la sabiduría popular define la teología como la ciencia que estudia la esencia de un chorizo vacío y sin pellejo, los teólogos están convencidos de que, con sus elucubraciones oníricas desentrañan la naturaleza de los seres más excelsos del universo. Mientras el vulgo se ríe de sus memeces infinitas, ellos pretenden moverse en las aguas deliciosas de la esencia divina, cuando en realidad son arrastrados por el tobogán delirante de su propia estulticia y logorrea.

² En el fondo de las denominadas discusiones bizantinas por determinar si el hijo era coeterno o no con el padre lo que se dirimía y estaba en

juego era establecer qué resultaba más importante el judaísmo o el judeocatolicismo, mal llamado cristianismo. La conclusión que triunfó demostró ser de una utilidad asombrosa para los intereses de la secta filorromana. El Hijo, al ser coeterno, no provenía del Padre sino que era igual a éste. El resultado era que la *Biblia judía* tenía menos valor que los *Evangelios*, pues aquella la había presentado un hombre, Moisés, mientras que éstos los había presentado Jesús, dios mismo. El pueblo de Israel se convertía, de este modo en imagen de la Iglesia, mientras que Moisés no era más que una imagen de Cristo. La *Biblia* resultaba ser, de este modo, el anuncio de los *Evangelios*, y de éstos adquiriría su importancia.

³ Esta es la razón que anida en la fabricación compulsiva del Jesús evangélico, que no puede convencer a nadie de su realidad humana e histórica, ante la imposibilidad de su existencia –un cruce entre un dios y una mujer (1)–, y la inanidad de su psicología.

(1) Dejando de lado la opinión de los judíos sobre este disparate, “la encarnación” judeocatólica no es más que un mal plagio de las religiones clásicas y orientales, en donde los dioses se pasan la eternidad fecundando a todas las vírgenes que estaban a su alcance.

⁴ San Ireneo de Lión, uno de los padres de la Iglesia, justifica de este modo la elección de las cuatro *Biografías de Jesús* atribuidas a los evangelistas: “Por otro lado, no puede haber un número mayor o menor de *Evangelios*. En efecto, puesto que existen cuatro regiones del Mundo en el cual estamos y cuatro vientos (cuatro puntos cardinales), y puesto que, por otra parte, la Iglesia se ha extendido por toda la Tierra y que ella tiene por columna y por base el Evangelio y el Espíritu de vida, es natural que existan cuatro columnas que ofrezcan de todas partes la incorruptibilidad y devuelvan la vida a los hombres.” (Ireneo de Lión: *Contra las Herejías*. Libro III, El 11, 8. *El Evangelio tetramorfo*. Editorial: Les Éditions du Cerf. 29, Bd. Latour-Maubourg. Paris, 1984. Pg. 314).

⁵ *Sagrada Biblia*, preparada por Eloino Nácar Fuster y Alberto Colunga Cueto. (Biblioteca de Autores Cristianos, Decimonovena edición, Madrid, 1973).

⁶ El gran esfuerzo de los reformadores o protestantes se centró en el estudio de los denominados textos bíblicos en su lengua original, ante las alteraciones descaradas que habían hecho los turiferarios del papado romano para expresar en la *Biblia* lo que la curia romana quería que dijera. Esta fue la razón por la que los reyes del que terminaría siendo el Imperio Vaticano prohibieron la lectura de la *Biblia* a sus rebaños

y la incluyeron en el *Índice*, prueba más que suficiente de la inanidad evangélica y bíblica de su fundación.

⁶¹ No entramos en el estudio de los libros considerados falsos por la crítica moderna, pero señalamos, como tales, entre otros, los *Hechos*, la *Epístola a Bernabé*, el *Apocalipsis*, el *Evangelio de Juan*, las *2 Cartas de Pedro*, la *Carta de Pablo a los hebreos*, etc.

CANÓNICOS, Libros. Generalmente se refieren a los contenidos en la *Biblia hebrea* y en los *Evangelios*, pero existe un número considerable de libros canónicos. Unos hacen referencia a las reglas atribuidas a los apóstoles del supuesto Jesús evangélico, llamados cánones apostólicos, otros a los decretos de los concilios, otros a las penas a aplicar a los pecadores que se reconcilian con el clero, cánones llamados penitenciales, etc. (Ver *Canon Bíblico*).

CANONIZACIÓN. Proceso por el que los reyes del Imperio Vaticano, los obispos de Roma, con la garantía de su participación en la infalibilidad divina, colocan en el cielo judeocatólico a una persona determinada. La canonización, acto costosísimo que sólo está al alcance de algunos colectivos privilegiados, puede hacer de un hipócrita, un sandio o un bribón, un macarra o un tahúr, y hasta una buena persona, un digno habitante del paraíso vaticano.

CANOSA. (Canossa). Población italiana situada al suroeste de Regio de Emilia. Este lugar fue testigo de uno de los actos más bochornosos de la prepotencia, orgullo y vesania del papado romano. El ambicioso Hildebrando de Soana, obispo de Roma y rey del judeocatolicismo latino, más conocido por papa Gregorio VII el Santo, teniendo presente el lema acuñado siglos atrás por otro Gregorio, *ego sum servus servorum dei*, exigió de emperador alemán Enrique IV que se hu-

millara ante él, arrastrándose en su presencia. La repulsiva escena, exigida por Hildebrando, se desarrolló ante el castillo de la condesa Matilde de Toscana, en enero de 1077. La corte pontificia consideró siempre este acto despreciable la manifestación más grande del poderío del obispado de Roma, que alcanzó, en el siglo XI, cotas demenciales. El camino recorrido por la divina encarnación del dios Yahvé (el obispo de Roma) desde el mítico Belén hasta Canossa había sido duro, pero mereció la pena. La corte pontificia no quería ver que, si mucho degradaba a Enrique, más degradaba al propio dios yahvídico, cristológico y paraclital, al hacerlo juguete de las pasiones de Hildebrando, una hormiga teogólatra de un hormiguero perdido de una no menos perdida galaxia en el Universo.

CAPITULACIONES, Las. El poder del Imperio Vaticano reside no tanto en el obispo de Roma cuanto en la curia romana. La prueba está en el gran número de papas que fueron asesinados dentro de los muros de los palacios papales o del Vaticano. También es verdad que, cuando se ceñía la tiara imperial una personalidad fuerte, déspota y prudente, que sabía rodearse de incondicionales, pocos eran los miembros de la nomenclatura cardenalicia que se habrán arriesgado a atentar contra su vida. Pero la complicada trama que se ponía en movimiento para la elección de los papas, cuando esta elección recayó única y exclusivamente en los cardenales –sobre todo a finales del siglo XIII hasta bien entrado el siglo XVIII– impuso la necesidad, para proteger los derechos de los cardenales, de las negociaciones antes de la votación. Los cardenales querían estar seguros de que sus beneficios no serían menguados, ni se elegirían nuevos cardenales –poder exclusivo del obispo o papa romano–, elección que obligara a repartir

dichos beneficios. Esta es la razón por la que se establecieron las capitulaciones. La finalidad última de estas capitulaciones era la de limitar el poder del papa y aumentar el de la nomenclatura capelada. Lógicamente, los compromisos adquiridos por el futuro obispo romano en las negociaciones y capitulaciones podían, una vez ceñida la tiara imperial, olvidarse y, en el caso de que algún cardenal se empeñara en recordarlos, su impertinencia podía costarle la vida. Sin embargo, por las quejas de algunos papas romanos, es fácil deducir que, por debilidad o por otras causas, se vieron con las manos atadas debido a los compromisos jurados y, en ocasiones, firmados.

El final de las capitulaciones se impondría por razones económicas, cuando quedara claramente establecido que los métodos tradicionales utilizados para arrebatarse la tiara a los privilegiados –el crimen y el asesinato– no podían ser mantenidos por más tiempo, pues iban en perjuicio de la nomenclatura cardenalicia y todo el teofuncionariado cristológico que la apoyaba, al mermar la credulidad de los fieles. A esto se unía el que empezaban a formar parte del colegio cardenalicio personas que no eran italianas, con lo que se hacía imposible las negociaciones y capitulaciones. Por otro lado, la divinización oficial del obispo de Roma, convertido a partir de Trento en la autoridad absoluta del judeocatolicismo cristológico, por encima de los concilios, y, con el Vaticano I, en papadiós o rey divino, distanciaba de tal modo al titular de la tiara, que la comunidad cardenalicia apenas tenía la posibilidad de verlo, si aquél no descendía de su inmarcesible altura.¹

¹ Las capitulaciones desaparecidas, el poder, en la práctica, seguía estando en la curia ya que, salvo casos excepcionales, ésta ha tenido el tiempo de modelar al que ha de designar como obispo de Roma.

CARBONARIOS, Los. (Carbonari). Se ha considerado siempre que este grupo nació en Italia meridional, derivado de la masonería y dispuesto a luchar contra el judeocatolicismo papista, y todo tipo de tiranías y absolutismos, por la independencia de los pueblos y la libertad del hombre. Sus raíces se remontan al comienzo del siglo XIX, entre los años 1807 a 1812. Los papadioses del Imperio Vaticano los persiguieron a muerte, porque veían que entre sus objetivos estaba la lucha contra los teoparásitos y teogañanes de todo tipo y género que imponían su tiranía a los pueblos. Por esta razón ordenaron a la *Sancta Societas* y sus sectas de asesinos consagrados, las tradicionales Orden Negra y Círculo Octogonus y otras de nuevo cuño, como la Sociedad de los Trece, los Hábitos Negros, los Seguidores de Jehú y los Sanfedisti la lucha sin cuartel contra ellos. A partir de los años 20, los carbonarios, que se extenderían por otros países –entre ellos España– fueron el alma de la revolución en Nápoles y de la insurrección del Piamonte; posteriormente, Mazzini conformaría su movimiento de la Joven Italia con sus miembros e ideología. Al comienzo de los años 20 del siglo XIX, reinaba en el Imperio Vaticano Bernabé Luis Chiaramonti, Pío VII, que cedería la tiara imperial a Anniballe della Genga, León XII, y éste la cedería a Francisco Javier Castiglione, Pío VIII. Durante los reinados de estos hombres, al frente de la Santa Alianza estuvo el cardenal Bartolomeo Pacca que tenía la orden de los papadioses mencionado de exterminar como fuera a los carbonarios. Las informaciones que Pacca pudo conseguir a través del departamento de espías que él dirigía le confirmaron que dos hombres, Angelo Targhini y Leonida Montanari eran los responsables de los carbonarios de Roma. Pacca ordenó su secuestro en nombre del papismo.

Cuando sus gángsteres sacralizados –la *Sancta Societas* estaba compuesta, sobre todo, de jesuitas y de miembros de otras logias teoparasitarias– trataron de llevar a cabo la orden, sus víctimas se defendieron, y uno de los secuestradores cayó muerto de un disparo. Anniballe della Genga exigió la muerte de quienes se habían defendido para no ser secuestrados por sus agentes. El día 20 de noviembre Pacca consiguió secuestrar a Targhini y Montanari. El 21 fueron llevados a Roma, y el día 22 fueron juzgados acusados de ofensa al papadiós Anniballe della Genga, rey del Imperio vaticano, y el día 23 fueron asesinados por dicho papa, tras un simulacro de juicio en que acusadores, jueces y verdugos no eran más que esbirros del papismo. Las cabezas de los dos hombres rodaron por el patíbulo, a mayor gloria del colgado en el Gólgota.

Con el fin de terminar como fuera con los carbonarios en Roma, Pacca y su hombre de confianza, el cardenal Agostino Rivarola, con la complacencia cristológica de della Genga, se dedicó a secuestrar a todos los sospechosos de ser simpatizantes dicho grupo, a torturarlos y a asesinarlos en las cárceles papales. Para guardar las formas ante el escándalo producido por estos métodos mafiosos y en el más puro estilo inquisitorial, nazi y chequista, della Genga privó al cardenal Giulio della Somaaglia del cargo de secretario de Estado, pero nada hizo contra Bartolomeo Pacca, jefe de la *Sancta Societas*. Este santo capelado no perdió el tiempo. Intentando exterminar a todos los carbonarios posibles, secuestro a Luigi Zanoli, a quien asesinó, tras un simulacro de juicio, el día 13 de mayo de 1828. A Angelo Orlandi, que se había defendido valientemente contra los esbirros del papa que querían secuestrarlo, tras apoderarse de él, lo ahorcó sin miramiento alguno.

Los carbonarios, en respuesta, pretendieron terminar con los asesinos consagrados que habían matado a sus compañeros y amigos y seguían secuestrando y torturando a sus activistas, pero la suerte les fue adversa. Gaetano Montarini, uno de los revolucionarios más arriesgados, fue secuestrado y asesinado patibularmente, acusado de haber pretendido asesinar al cardenal Agostino Rivarola. Otro de los revolucionarios, Gaetano Rambelli, también fue asesinado patibularmente. Los dos, Rambelli y Montarini, fueron ahorcados en Roma con la firma de Della Genga, papadios y rey del Imperio Vaticano.

CARDENAL. Antigua denominación con la que se conocía a toda la clerecía adscrita a uno de los templos de la naciente secta judeocatólica, por estar encardinados en ellos. Posteriormente se designó con este nombre a los diáconos de los templos romanos; finalmente, terminó aplicándose a los diáconos de los templos de todas las diócesis. A mediados del siglo XI fue cuando los denominados cardenales comenzaron a tener la importancia que tienen en la actualidad, ya que fue entonces cuando la elección del obispo de Roma, tiempo ha robada al pueblo romano, se concedió a los cardenales, que serían, también a partir de entonces, elegidos únicamente por dicho obispo. Esto sucedió cuando ocupaba la ambicionada silla arzobispal romana Gerardo de Borgoña, papa Nicolás II, aunque en la práctica todavía tardaría un siglo más. Puede decirse que este grupo conquista realmente el poder a partir del año 1150, en tiempos de Bernardo Paganelli, más conocido como papa Eugenio III (1145–1153). La confirmación definitiva de esta modalidad, que se había ido imponiendo poco a poco, ocurrió en el año 1179, en los agi-

tados tiempos en que se batían el cuero los papas Ottaviano de Monticello (Victor IV Bis, 1159–1164), Rolando Bandinelli (Alejandro III, 1159–1181), Guido de Cremona (Pascual III, 1164–1168), Juan de Struma (Calixto III, 1168–1178), y Lando de Sezze (Inocencio III, 1179–1180). El espectáculo de varios papas, de procedencia variopinta, aunque no por ello menos legal, que se excomulgaban entre ellos y, si les era posible, también se mataban, no constituía precisamente un elemento a favor del mensaje de amor y caridad, humildad y resignación que el judeocatolicismo cristológico pretendía imponer a sus rebaños. Había, pues, que cortar con las elecciones del pueblo romano, sus presbíteros y los soldados, por lo cual se desterraron todas las modalidades populares para dejar la elección a los grupos de poder que apoyaban a los cardenales. Estos serían los elementos visibles de quienes los patrocinaban. Las denominaciones de los cardenales son variopintas, lo mismo que sus funciones, pero lo que constituye una constante en ellos, es el lujo en que viven gracias al teoparasitismo que les permite ejercer la credulidad de sus corderos, teoparasitismo y teogorronería justificados por la misión divina que se han atribuido. En la actualidad, tras la firma del tratado entre la corte del Imperio Vaticano y Mussolini, a los cardenales se les considera, a efectos diplomáticos, como príncipes de sangre, lo que no tiene nada de extrañar pues desde hace siglos viven como tales.

CAREW, Padre. Sacerdote o hechicero jesuita, miembro de la *Sancta Societas*, que recibió del obispo de Roma Hipólito Aldobrandini, papa Clemente VIII Bis (1592–1605), la orden personal de asesinar a la reina Isabel I de Inglaterra. A bordo de una barca pesquera cruzó el canal

de la Mancha y se dirigió a Londres con otros dos padres de la logia. Tenía como enlace a un criado del palacio Real. El enlace, pocos días antes de la programación del atentado, denunció el caso. Los dos compañeros de Carew son detenidos en la posada en que se hospedan y ejecutados en la Torre de Londres, en abril del año 1602. Carew consiguió escapar, pero terminaría siendo detenido y ejecutado en febrero de 1603.

CARLOS REZZONICO. Papa Clemente XIII. El cónclave, a la muerte de Benedicto XIV Bis (1740–1758), se prolongó dos meses ante la imposibilidad de ponerse de acuerdo los electores, debido a los intereses en juego y las fuerzas en litigio. Finalmente fue elegido un cardenal que no militaba bajo ninguna bandera, salvo la suya, y, sobre todo, que era un crédulo fundamentalista, lo que no era habitual entre los cardenales, que no tenían más credo que sus propios intereses, el de los príncipes que los apadrinaban, o la misma curia.

Rezzonico había nacido en Venecia, de una familia originaria de Como. Estudió las primeras letras con los jesuitas, en Bolonia, y derecho y teologismo, en Padua. El rey Lorenzo Corsini, papa Clemente XII, lo había nombrado cardenal diácono de S. Niccolò in Carcere, en el año 1737. Estaba tan obsesionado con los órganos genitales humanos y divinos que, al subir al ambicionado trono, en 1758, promulgó un decreto obligando a cubrir la testicular, verga, pubis, glúteos y entrepiernas de las obras artísticas de los palacios y museos pontificales, que fueron ultrajadas a brochazo limpio. Condenó a Helvecio, a Rousseau, el jansenismo, el galicanismo, a los enciclopedistas y sus obras, a Voltaire y todo lo que oliera a modernismo, y para él todo era nuevo. Posteriormente, Rezzonico

tuvo que soportar la aparición de un libro contra la autoridad de los obispos o papas de Roma escrito nada menos que por el obispo o papa de Trèves, Nicolás de Hontheim, obra que apareció con el pseudónimo de Febronius, y que le faltó tiempo para condenar, lo mismo que a su autor.

Protegió, en un principio, a los jesuitas, lo que le creó no pocos problemas con las coronas que los estaban expulsando de sus países.

A los pocos meses de ocupar el trono papista, el rey de Portugal José I sufrió un atentado. El carruaje real fue acribillado a balazos, aunque el rey no sufrió ninguna herida. Las investigaciones demostraron que el intento fallido se debía a razones políticas, y en él estaban implicados varios nobles, aparte del marqués de Tavora, con cuya esposa el rey había pasado la noche antes de que, regresando a palacio, sufriera el atentado. Las investigaciones y las declaraciones que se hicieron durante el juicio, demostraron que la *Sancta Societas*, los jesuitas y la corte vaticana eran los responsables verdaderos del atentado. Comprobada esta afirmación, los nobles fueron ejecutados y los jesuitas fueron expulsados de Portugal y sus dominios. La amante del rey, que también estaba implicada en la conspiración, fue ejecutada.

A partir de este momento, los problemas cayeron sobre la corte papal uno detrás de otro. Los jesuitas estaban implicados en las estafas y fraudes que el padre Antoine Lavalette había organizado en la Martinica y otros lugares, problemas que, al llegar a los tribunales, supusieron un escándalo indescriptible. Rezzonico se quejó a los responsables de la *Sancta Societas* de no haberle informado de lo que estaba sucediendo, y éstos se defendieron aduciendo que no tenían ni medios ni agentes.

Ante las presiones que los borbones de Francia, España y otros lugares, le hacían para que disolviera la logia¹, en un principio se negó, pero finalmente se dispuso a hacerlo, convocando un consistorio para ello. Habiendo dado a entender el objetivo principal de dicho consistorio, murió a los pocos días de haberlo anunciado. Los rumores señalaron que había sido envenenado por los hijos de Ignacio. Su muerte, ocurrida el 2 de febrero de 1769, salvaba a la logia por el momento, pero su suerte estaba echada. Su sucesor, Lorenzo Juan Ganganelli, papa Clemente XIV (1769–1774), fue elegido con la única finalidad de que disolviera dicha sociedad o logia. También a él le costaría la vida.

¹ Que había sido ya expulsada de Portugal y sus colonias en el año 1761, de Francia y sus territorios, en el año 1762, de España, en el año 1765, y del reino de las dos Sicilias y del ducado de Parma por la misma época.

CAROL WOJTYLA. Obispo de Roma y rey del Imperio vaticano, más conocido por papa Juan Pablo II. Nació el 18 de mayo de 1920, en Wadowice, Krakovia, Polonia. Fue un consumado actor y un hombre de fuerte personalidad, aunque no destacara por sus luces. Vengativo y rencoroso, no olvidó jamás los ultrajes que tuvo que soportar en la vida. Práctico y ambicioso, no desaprovechó ninguna de las oportunidades que tuvo al alcance de la mano. Fundamentalista a ultranza, supo ampararse en los estamentos más reaccionarios del judeocatolicismo papista para escalar puestos. Tras la repentina y extraña muerte del papa Juan Pablo I, el 16 de agosto de 1978, fue elegido rey del Imperio Vaticano y obispo de Roma. Inició su pontificado ignorando las razones por las que se habría, presuntamente, asesinado a su predecesor, Albino Lucini, y confirmó en sus puestos a los miembros de la

nomenclatura vaticana que controlaba el IOR y eran responsables de la corrupción financiera que reinaba en la corte vaticana. El cardenal Jean Villot, presuntamente miembro de la logia masónica Propaganda Due (P-2), siguió siendo secretario de Estado y monseñor Marcinkus siguió manejando las finanzas.

Gracias a la connivencia y la corrupción de Wojtyla, que vio lo que quiso ver, y no vio lo que él mismo hacía –condenó la llamada teología de la liberación, por considerarlo un movimiento político ajeno a los Evangelios, e hizo cama redonda con personajes como Pinochet, Walesa y Reagan–, las logias masónicas que operaban en el Vaticano siguieron actuando con la misma libertad con que lo hacían en tiempo de Montini, papa Pablo VI. La logia masónica Propaganda Due, dirigida por Lucio Gelli, a la sombra del Vaticano, siguió apoyando, en Suramérica y otros puntos de la tierra, regímenes dictatoriales y represivos, que pagaban en oro su colaboración. Wojtyla no tendría inconveniente en fomentar la corrupción para ayudar, como fuera, a Lech Walesa, en Polonia, y su sindicato Solidaridad. En una actividad política que desbordaba todas las previsiones, luchando contra viento y marea contra sus antiguos verdugos, apoyó ciegamente a Walesa, lo que fue causa de que sufriera un atentado, que a punto estuvo de costarle la vida, el día 13 de mayo de 1981. El autor directo del atentado fue un joven, Mehmet Ali Agca, que al parecer, actuaba por órdenes que partían de Moscú.

Amigo del teatro y de las exhibiciones circenses, toda su vida transcurrió entregado a la farándula y al aplauso colectivo, y en esa vena lo pillaría la muerte. Colocó en el emperio judeocatólico a todo el que quiso, poniendo a saldo el título de santo. Los favorecidos por las rebajas y saldos celestiales que este hombre

promocionó fueron muchos, y entre ellos pudo verse a varios españoles, entre los que se encontraba el fundador de la logia que le había ayudado a calarse la tiara pontifical, José María Julián Mariano Escriba Albás Corzán Blanc, más conocido como Josemaría Escrivá de Balaguer, que no hubieran logrado el paraíso de no ser por la querencia compulsiva de este hombre por ocupar un puesto ante las cámaras.

Amigo del espectáculo y los viajes turísticos, fue de la ceca a la meca vendiendo su imagen y promocionando una cristología de castañuela y pandereta, verbera y circo, en el más puro estilo goyesco, para animar la apolillada, aunque siempre mitificada, oferta bíblica y evangélica, totalmente desplazada por las nuevas corrientes teosalvíficas, de carácter oriental, de mayor atractivo iniciático y sentimental. En un baño de multitudes, en el que se ofrecía como imagen estelar del año, sufrió el atentado citado antes, que a punto estuvo de terminar con su vida. Aunque amigo de la pose milagrosa, la nomenclatura cardenalicia, en lugar de poner la estampita de la virgen en la herida mientras lo llevaban a Lourdes, Fátima o a Loreto, que está mucho más cerca de Roma, se apresuró a llevarlo a quirófano y ponerlo en manos de los cirujanos, ignorando las de su dios. Era evidente, que quedaban lejos los tiempos en que se quemaba vivo a los médicos por pretender alterar el orden divino de la enfermedad, en oposición permanente a los santos sanadores y a la milagrería mariológica, cristológica, paraclital y yahvídica.

Fue enemigo visceral de los jesuitas, a los que no perdonaba el no haberlo admitido, años atrás, en su colegio de Roma, por falta de luces; admirador de los opusdeístas, a los que tanto favores debía y a quienes tenía que agradecer la

tiara; adversario irredento de la nomenclatura comunista, a la que no perdonaba los malos tragos que había pasado en su infancia, juventud y carrera; amigo y confidente de Pinochet, a quien visitó para animarlo en la santificación de Chile, que con tanto afán emprendiera este hombre en el año 1973, tras asesinar a Allende y sus seguidores. Sus actividades específicamente teopolíticas se redujeron a fomentar el teofascismo en cualquier punto de la tierra en que se diera, y a reprimir cualquier movimiento de emancipación social que estuviera ligado a un humanismo regenerador y libre de cualquier teísmo, y no solamente del teísmo cristológico¹.

Tras la caída de la Unión Soviética, pudo comprobar cómo sus hijos predilectos, Lech Walesa, Solidaridad y la misma Polonia, a cuya liberación había contribuido enfangando a Cristo y la Virgen en los turbios manejos de las finanzas vaticanas, no estaban para misas, ingratitud que clamaba al cielo.

No se resignó a la decrepitud que la edad y la enfermedad esculpían en su cuerpo y mente, y, hasta que la muerte lo arrancó materialmente de los objetivos, no renunció al aplauso del público, por lo que no dudó en ofrecer, en las pantallas, la imagen penosa de su miseria, impotencia y agonía, dando a entender que hacía por Cristo lo que no era más que el efecto doloroso de su querencia compulsiva hacia las cámaras².

Carol Wojtyla moría en la sede del Imperio Vaticano, el día 2 de abril, sábado, de 2005, a las nueve y media de la noche. Su sucesor sería Joseph Ratzinger, que ocuparía el trono imperial con el nombre de Benedicto XVI.

¹ En la misma vena, se cargó la teología de la liberación, como hemos sugerido, detalle que deberían agradecerle sus protagonistas e inspiradores en lugar de criticarle, pues les evitaba

de ese modo la decepción más absoluta, cuando comprendieran que era una insensatez tratar de armonizar teísmo y humanismo, pues se oponen radicalmente, del mismo modo en que se oponen radicalmente la ciencia y cualquier religionismo, no solo el cristológico.

² Síndrome de abstinencia, en jerga pseudocientífica.

CASTI CONNUBII. Título de una carta del rey del Imperio Vaticano Aquiles Rati, papa Pío XI. En esta carta, denominada encíclica en argot papista, Rati defiende con garras y colmillos la institución pontificia del matrimonio contra toda influencia disolutoria de los tiempos modernos, matrimonio tan caro al obispado de Roma por los pingües beneficios –y no solamente en dinero– que proporciona a las arcas papales y los bolsillos de los príncipes mitrados del religionismo cristológico.

CASTIGLIONI, Francisco Javier. (Ver *FRANCISCO Javier Castiglioni*).

CASTIGO, EI. Entre las motivaciones existentes para imponer una norma de conducta el castigo constituye la más pobre y grosera, y la más primitiva, utilizada por el domador en el circo, el pastor con sus rebaños y el cochero con su tiro. El miedo que produce en sus víctimas constituye un elemento disuasorio o activo que paraliza o agujonea al animal, haciéndolo un juguete en manos de quien lo maneja; si la víctima es el animal hombre el efecto es el mismo. Las excepciones no cuentan. Esta es la razón por la que el castigo y la amenaza constituyen elementos fundamentales para la pervivencia y expansión de los religionismos en el mundo, y, lógicamente, para la pervivencia y la expansión del religionismo cristológico. La corte del Imperio Vaticano y su teofuncionariado pudieron darse gracias al castigo y al miedo, y deben su permanencia gracias a los mismos. Esta

es la razón por la que reclaman para sí el derecho a la formación de sus víctimas, con el fin de condicionar sus mentes –si puede ser en la infancia, cuando más indefensos están, mejor–, infundiéndoles un pavoroso miedo al castigo que les espera si no se sujetan a las normas y directrices que tratan de imponerles.

El recurso al “infierno”, lugar de tormento ubicado, antes, en el centro de la Tierra, y ahora en “nadie sabe dónde”, constituye un tormento inquisitorial divino, el agente persuasivo por excelencia para los insumisos.

La pobreza de este recurso para imponer una norma de conducta, una ética y una moral, manifiesta la pobreza y la inanidad de los contenidos éticos y morales de los sacerdotes o hechiceros cristológicos, incapaces ofrecer a sus crédulos rebaños una alternativa de conducta superior a la representada por la opción premio (alimentada por la codicia) o castigo (la fuente del miedo), elementos, ambos, irracionales y genéticos. Pobreza indiscutible, nadie lo duda, pero fundamental para la existencia y pervivencia de todos los teísmo y, sobre todo, de cualquier papismo, no solo el vaticano.

CASTRATI. Colectivo de hombres castrados físicamente, cuando eran niños, con el fin de que sus voces atipladas pudieran deleitar los oídos de los obispos de Roma y reyes del judecatolicismo papista –en el presente, reyes del Imperio Vaticano–. Efectuaban el papel de sopranos o contraltos, con una gran variedad de matices. El fundamento teológico y divino de su castración sagrada se encontraba, por un lado, en el hipermisógino san Pablo de los textos evangélicos, que prohíbe que la mujer tenga ningún papel en los templos del judecatolicismo, salvo el de fregona, por lo cual no podía cantar en los mismos; por otro,

en la necesidad de deleitar los oídos del autoproclamado representante del dios yahvídico, cristológico y paraclital en la Tierra –el papa de Roma–, que necesitaba imperativamente este deleite. La costumbre se estableció cuando la curia romana, alcanzó el esplendor refinado del renacimiento y afluía a ella el oro de todas sus colonias. Los castrati comenzaron a actuar a partir del siglo XVI, coincidiendo con la prohibición de que las mujeres actuaran en los templos y los teatros, se mantuvieron hasta el siglo XVIII y no desaparecieron, en Occidente, hasta el siglo XIX. No faltaron turiferarios papales –apologistas, teólogos y santos– que justificaron, de un modo o de otro, esta aberración. Entre los santos que apoyaron y justificaron esta emasculación, y sabía lo que decía porque se lo considera un teólogo consumado y doctor de la Iglesia vaticana, se encontraba San Alfonso María de Liguori, que veía además, en el papel de los castrados, una forma segura de ganarse la vida, lo que debían de agradecer al papa. El más famoso de los castrati italianos fue Carlo Borschi, más conocido por Farinelli.

CATECISMO, EI. Síntesis de los contenidos dogmáticos, doctrinales, éticos, morales y pseudohistóricos del religio-nismo cristológico y del teofunciona-rio papista. Compuesto y elaborado por la nomenclatura judeocatólica para el adoctrinamiento de los niños que caen en su poder, constituye un manual de mentalización pseudocientífica en torno a la mitología bíblica y evangélica, base y fundamento del Imperio Vaticano. Es una herramienta imprescindible para el acondicionamiento mental del niño cuando éste no puede defenderse, con la razón y la lógica, de los abusos de los sacerdotes o hechiceros papistas que se lo imponen. El catecismo familiariza al niño con el absurdo, la aberración, el ma-

gismo y toda clase de necedades primitivas y cavernarias, elaboradas al calor del miedo y la ignorancia de nuestros antepasados. Él es quien impone en el niño la creencia en pretendidas verdades supraracionales, metahumanas y metafísicas, que las jerarquías del Imperio Vaticano y su teofuncionariado insisten en grabar en su mente para hacer de él una víctima dócil de su parasitismo y gorronería. El catecismo está redactado de tal manera que, con frecuencia, su impresión en la mente del niño condicionará a éste durante el resto de su vida, sin que por otro lado el niño, ya maduro, sea consciente de la violación mental a que fue sometido por los sacerdotes o hechiceros cristológicos. Esta violación lo traumatizará y hará de él una víctima voluntaria del teovampirismo sacerdotal e incapaz de rebelarse contra las teosanguijuelas que lo devoran. La corte del Imperio Vaticano tiene en el catecismo, en todas sus formas y variantes, la mejor herramienta de represión psicológica, tanto más peligrosa cuanto más anodina se manifiesta.

CATELINO EL ROMANO. Obispo de Roma que, según la mitología de la corte del Imperio Vaticano, sería hijo de un noble romano llamado Anastasio el Ilustre. Consiguió la codiciada sede de la antigua capital imperial en el año 561, habiendo tomado el nombre de Juan III para gobernar su diócesis. Habría sido, según todas las apariencias, el segundo obispo de Roma que habría cambiado de nombre para ejercer su cargo. Durante su episcopado, los Longobardos ocuparon Italia. Los graves problemas provocados por la lejanía de los emperadores, las invasiones de los Nórdicos y la falta de un ejército debidamente preparado en Italia, hicieron que todo el país viviera en la incertidumbre y la angustia, que se agravaron con la falta de alimentos.

Durante su obispado, se reunió un concilio en Lyon, con el fin de decidir la suerte de dos obispos del reino de Gontran acusados de violadores, adúlteros y asesinos. El concilio, en el que se probó la culpabilidad de dichos obispos, los destituyó, pero los obispos acudieron a Catelino, que les dio su apoyo. Ante la postura de Roma, el odio hacia sus obispos fue creciendo, mientras que la indecencia y osadía del clero, ante la impunidad de que gozaban, no conoció límites.

Se ha querido resaltar el papel de este hombre, pero fue, como la mayoría de sus predecesores y seguidores, una víctima más de las circunstancias históricas provocadas por las invasiones "bárbaras", en este caso las de los longobardos, en el año 568, al mando de su rey Alboino (Albuino)¹, los intereses y problemas que sacudían la corte de Bizancio, y la ambición sin límites del obispado romano y los ciudadanos de Roma. Catelino moriría hacia mediados de julio del año 574, siendo su sucesor Bonosio el Romano, papa Benedicto I (575–579).

¹ El exarcado de Ravena siguió perteneciendo al emperador de Bizancio, lo que tendría gran importancia en el futuro para la construcción de los denominados Estados Papales.

CATEQUESIS, La. Proceso por el que la corte del Imperio Vaticano viola la mente de los niños y los familiariza con los contenidos ideológicos de su teoparasitismo y teovampirismo. Constituye una inversión fundamental para la perpetuación de su poderío y teofuncionariado. Gracias a la catequesis, violación mental del niño –cuando no origen de otras violaciones, como demuestra la historia y ha puesto en evidencia la prensa en varias ocasiones–, ejercitada con una impunidad que asombra, el hechicerismo y teofuncionariado cristológico se conservan y prolongan como una pandemia implacable imposible de erradicar.

Durante la catequesis, se familiariza al niño con la aberración, el absurdo, la irracionalidad, la mentira y el engaño sistemático. Los catequistas se esfuerzan en amoldar la mente y la conciencia de los niños a los intereses del rey del Imperio Vaticano, su corte y su teofuncionariado, con el fin de hacerlos un instrumento maleable en sus manos, bajo la disculpa de la servidumbre a los intereses de sus dioses o ídolos trinitarios, mariológicos, santorales y clericales. La catequesis y el catecismo, que centran su interés, aparentemente, en la entelequia cristológica y en el teísmo evangélico, ocultan, consciente o inconscientemente, una realidad indecente y dolorosa: la de hacer del hombre un ser débil, desorientado ante los imperativos de su naturaleza y las exigencias doctrinales que se le imponen, torturado y tortuoso, dócil y sumiso a las órdenes y exigencias de sus mentores. (Ver *Catecismo*).

CAYETANO THIENE. Nació en el año 1480, en Vicenza, de una familia que pertenecía a la nobleza. Inclinado, en cuerpo y mente, al filomisticismo, entró a formar parte del teofuncionariado cristológico, con el grado de sacerdote. En colaboración con Juan Pedro Carafa, príncipe cardenalicio, fundó la logia de los Teatinos. Carafa conseguiría el ambicionado trono del obispado de Roma, y sería más conocido por papa Paulo IV, mientras que Cayetano, más humilde y discreto, no pudo impedir que a su muerte, ocurrida en el año 1547, le honraran con el título de santo.

CAYO DE DALMACIA. Gayo de Dalmacia. (*Entre la leyenda y la historia*). Obispo de Roma, más conocido por papa Cayo. Había nacido en Salona, y se asegura que era pariente del emperador Diocleciano. Ocupó el ambicionado obispado

romano en el año 283, a la muerte de Eutiquiano de Luni. Según los mitos y leyendas propalados por la corte del Imperio Vaticano, dos años más tarde se inició la persecución de Diocleciano, que Cayo procuró soslayar, huyendo de la ciudad y dejando a sus fieles en la escacada, queriendo ignorar lo que, según las crónicas oficiales, estaba sucediendo con la mítica y evanescente Legión Tebana, que era pasada por las armas a causa de sus creencias.¹

Cayo moriría en el año 296, según algunos relatos, mártir también él, siendo enterrado en el cementerio de San Calixto, y honrado con el título de santo.

Su sucesor sería Marcelino el Patricio, papa Marcelino (296–304).

¹ La fuga de Cayo ningún listado oficial la menciona, a pesar de lo que estaba sucediendo con la Legión Tebana, cuyos miembros, incluido Mauricio, fueron, según las crónicas, todos degollados; es más, terminan confesando que la vida de este santo es totalmente desconocida. Sorprende este desconocimiento, cuando por otro lado se afirma que ocupó el obispado romano trece años, en una época cargada de convulsiones y nada fácil para el judaísmo reformado o judaísmo cristológico, y siendo, como se asegura, pariente del emperador Diocleciano.

CECCO D'ASCOLI. (Francesco Stabili). Poeta y astrónomo italiano, nacido en Ascoli, Florencia, en el año 1269. Defendió la idea de la esfericidad de la Tierra y la existencia de los antípodas. En un obra poética titulada *L'acerba*, que fue publicada en el año 1326, y en la que refutaba varios contenidos de la *Divina Comedia de Dante*, Cecco incluyó gran parte de los conocimientos científicos y astronómicos que poseía, que se apartaban totalmente de los conocimientos de Dante y de la ortodoxia a la que éste último se sujetaba. Su poema cayó como una pedrada en los estómagos del teofuncionariado cristológico y del rey del Imperio Papista, en aquella época Jacques–

Arnaud d'Euse, pontífice Juan XXII. Al instante fue acusado de hechicería por la clerecía y los sátrapas mitrados, y expulsado de su cátedra. Posteriormente sería torturado y asesinado patibularmente por el papa Juan XXII, sus secuaces y la Santa Inquisición. Su muerte –quemado vivo– tuvo lugar en Florencia, en el año 1327, y estaba justificada porque la idea de la esfericidad de la tierra y la existencia de los antípodas iba en contra de la verdadera fe, la verdad más depurada, la verdadera ciencia¹ teológica bíblica y la infalibilidad² del papado romano.

El marqués de Santillana (1398–1458), escritor español, en su *Proemio*, lo colocó entre Dante, Petrarca y Boccaccio, considerándolo uno de los poetas italianos más importantes de su época.

¹ Verdad, fe y ciencia de la que hablará el Vaticano II al dirigirse a los científicos del mundo.

² Infalibilidad descubierta por los jesuitas y Juan María Mastai–Ferretti, papa Pío IX, y promulgada en el concilio Vaticano I.

CEFERINO EL ROMANO. (*Entre la leyenda y la historia*). Obispo de Roma, conocido por papa Ceferino. La vida que se compuso para él afirma que era romano, hijo de un hombre llamado Abundio, y que llegó al obispado de dicha ciudad en el año 199, como sucesor del papa Víctor I. Tuvo que enfrentarse con algunas corrientes heréticas, lo que resulta inverosímil, si no se quiere ver en las formas heréticas meras manifestaciones de un judaísmo evolucionando con tendencias dispares, en frecuente oposición unas con otras. Habría muerto en el año 217¹, y habría sido enviado al cielo judeocatólico en el lote formado con los obispos de Roma de los primeros siglos del judeocaticismo o judaísmo reformado de tendencia filorromana. Oficialmente se afirma de él que sufrió las persecuciones del emperador Se-

vero, aunque no se menciona su huída de la ciudad con el fin de salvar la vida, mientras dejaba que sus rebaños se defendieran como pudieran. Dividió la ciudad de Roma en sectores para mejor gobernarla. Condenó a Artemón y Teodato, porque negaban la divinidad del mesías esperado por los judíos, el Jesús evangélico. Se enfrentó a los montanistas y a todo el mundo que podía hacerle sombra; condenó a Tertuliano, y no faltan autores que aseguran que lo obligó a retractarse con el tormento.

En este hombre se ha querido ver a uno de los primeros obispos de Roma que fueron, por su afán de protagonismo, preparando la dominación del obispado romano sobre los demás obispados.

A su muerte, según las crónicas oficiales, el trono sería disputado por Hipólito el Letrado y Calixto de Ravennatio.

¹ No debe buscarse la unanimidad de fechas, procedencias y hechos. No existe. Arienti lo coloca en el obispado romano del año 203 al 221; el Anuario Pontificio de 1937, presenta los mismos años de obispado, pero el de 1996 presenta las fechas que ofrecemos.

CELESTINO DE CAMPANIA. Obispo de Roma, más conocido por papa Celestino I. Había nacido en la Campania, y se lo cree hijo de un tal Prisco y amigo de Agustín de Hipona. Su elección, tras la muerte de Bonifacio el Romano, no parece que tuviera ningún contratiempo, aunque la mitra romana se ofreció, según algunos estudiosos, al antiguo obispo de Roma Eulalio, que la despreció. Sucedió a Bonifacio, en el año 422–3. Durante su obispado, tuvo la suerte de ver la caída de la floreciente iglesia africana, debida a las invasiones vándalas, lo que permitió que se crearan condiciones favorables para la ascensión del obispado de Roma. Celestino condenó el maniqueísmo, tendencia muy común en el judeocatolicismo griego y africano; se

enfrentó a Nestorio, patriarca de Constantinopla, que negaba la posibilidad de que una criatura pudiera ser la madre de un dios, aberración que Nestorio consideraba una ofensa a dios y a la mujer. La reacción de Celestino fue declarar, por encima de todo, la maternidad divina de María evangélica, lo que tampoco era ningún descubrimiento, pues no eran pocas las religiones que predicaban la maternidad divina de muchas de sus protagonistas. Convocó varias reuniones o asambleas, llamadas posteriormente sínodos y concilios, lo que no tenía nada de excepcional pues todos los obispos o papas de las demás diócesis del Imperio Romano hacían lo mismo. Hacia el fin de su vida, se enfrentó a los obispos de las Galias, que rechazaban algunas de las concepciones religiosas y doctrinas de Agustín de Hipona.

Aun entre los incondicionales del papado es posible encontrar expresiones sobre este obispo de Roma que describen su fanatismo, su ambición y su prepotencia, cargada de una pesada ampulosidad. Expulsó a los novacianos de Roma; condenó, como señalamos, a los nestorianos; puso un freno a los semipelagianos y procuró imponer siempre su criterio.

Moriría hacia el año 432, siendo su sucesor Sixto el Arquitecto, papa Sixto III (432–440). Fue colocado en el emperio judeocatólico, con el título de santo, en el lote que se hizo con los obispos de Roma, presuntos o reales, de los cinco primeros siglos.

CELIBATO CLERICAL. Arma con la que el obispo de Roma, futuro monarca absolutista de la realeza judeocatólica imperial, afirmó su autoridad. Los esfuerzos para imponerlos, fueron realizados, principalmente, en los comienzos del siglo VII, cuando Gregorio de Anici, monje bene-

dictino, más conocido por papa Gregorio Magno, fue obispo de dicha ciudad. Sin embargo su intento fue abucheado por todos los sacerdotes de su diócesis y los obispos de las demás, por lo que tuvo que recoger velas. La imposición del celibato, como obligación fundamental del sacerdocio o levitismo judeocatólico, no se estableció definitivamente hasta la asamblea o concilio de Letrán, en el año 1123. Esta asamblea de episcopos judeocatólicos latinos, gracias a las presiones de los obispos que pertenecían a las órdenes monacales, declaró nulo el matrimonio de los clérigos que hubiesen sido ordenados ya. Para justificarlo, se afirmó que la negación y la renuncia a las impulsiones sexuales impuestas por el dios Yahvé al común de los hombres constituía una manifestación de perfección muy superior al ejercicio de las mismas, es decir que el celibato era más perfecto y agradable al ídolo Yahvé–Cristo–Espíritu Santo que el matrimonio. A pesar de todo, el papismo tuvo que aceptar el que sus hechiceros o sacerdotes siguieran casándose o se hicieran clérigos después de casarse mucho tiempo después de las disposiciones del concilio citado. El judeocaticismo ortodoxo permite el matrimonio de sus clérigos, aunque lo evita en sus obispos, mientras que el reformado lo permite; las nuevas tendencias del religionismo evangélico, aun el papista, están haciendo tabla rasa de esta imposición de la corte o curia romana que, para mayor abundamiento, raramente se cumplió entre los clérigos –barraganas, queridas y amantes, lo confirman–, quedando con frecuencia en papel mojado.

CELIO FÉLIX DE ANICI. (Celsius Felix, papa Félix III). Obispo de Roma, que fue elegido para ocupar el ya más que ambicionado y peligroso obispado a la

muerte de Simplicio de Castino (papa San Simplicio), ocurrida en marzo del año 483. Su elección estuvo apadrinada por el emperador Odoacro, pues era de familia senatorial. Perteneció a la familia de los Anici (familia Anicia), y cuando fue elegido ya estaba casado y tenía hijos. Con el tiempo sería el bisabuelo de Gregorio de Anici (papa San Gregorio I el Magno).

Fue otro de tantos protagonistas del obispado romano que lo único que pretendieron fue situarse por encima de las iglesias orientales y africanas, y para ello recurrió a todo tipo de anatemas, amenazas y excomuniones, que también se volvieron contra él, pues demostraban el despecho infantil que lo torturaba y la inanidad de sus pretensiones.

Excomulgó a Acacio, patriarca de Constantinopla, a Pedro Mogo, a Fulon; anuló el *Decreto conciliatorio* de Zenón, que intentaba unir a los etiquianos (eutiquianos, entiquianos) con los latinos. Cuando los enviados de Félix llegaron a Abidos, se dejaron convencer por el oro y regresaron a Roma, en donde su señor estuvo a punto de sufrir un infarto ante la inutilidad de sus gestiones. Los anatemas volvieron a circular de Roma a Constantinopla, implicando al emperador. Éste y Acacio, despreciaron las ridículas pretensiones de Félix, y cortaron las cabezas de los clérigos que las publicaron. Para rematar todo, borraron el nombre de Celio Félix de los dípticos sagrados, por considerarlo hereje y excomulgado.

Félix, en donde se veía el orgullo de casta –patricio y senador–, se pasó la vida excomulgando a diestro y siniestro. El primer concilio que reunió en Roma, lo hizo expresamente para excomulgar a sus propios legados, por haberse pasado al bando contrario. Anatemizó a otro de sus enviados, el clérigo romano Tutus, porque también se había dejado con-

vencer –por el oro que le presentaron, se afirma– por sus enemigos; excomulgó al emperador, a Flavita, que había sustituido a Acacio, y que terminaría muriendo demasiado pronto y de una enfermedad desconocida, que sugería el empleo generoso de un veneno fulminante.

Durante su reinado, Italia se vio envuelta en las guerras entre Odoacro y Teodorico, mientras el norte de África sufría las incursiones de los vándalos, cuyo jefe era Hunerico.

Félix se mantuvo en el principado de Roma hasta el año de su muerte, en 492. Por los servicios prestados, se lo colocó en el cielo con el título de santo.

Su sucesor en la ambicionada diócesis fue Gelasio el Africano, papa Gelasio I (492–496).

CELIO HORMISDAS. (Celsius Hormisdas). Obispo de Roma al que se conoce como papa San Hormisdas. Nacido en Frosinone, Campania, era hijo de un hombre llamado Justo. Alcanzó el ambicionado y peligroso trono obispal romano a la muerte de Símmaco, siendo elegido y consagrado a mediados de julio del año 514.

La situación del judeocatolicismo ortodoxo y latino era caótica, pues tanto en Roma como en Oriente se luchaba, en nombre de Cristo, por alcanzar las mitras más ricas y prestigiosas. En Alejandría, el obispo San Protero fue degollado con sus seguidores. En Antioquía, latinos y orientales cometían los mismos crímenes. Los denominados católicos degollaban a los denominados herejes, y estos hacían lo mismo con aquellos cuando podían. El obispo católico de Jerusalén, Sabas, con un ejército de árabes destrozó al ejército del emperador Anastasio, que vio cómo un ejército de frailes católicos, al frente de un ejército de fanáticos, con un crucifijo en una mano, la espada en la otra y la

arenga en la boca, asesinaban a sus mejores amigos. Él mismo hubiera perecido de no haber reconocido lo que aquella turba quería que reconociera.

En el terreno doctrinal el marasmo era tan confuso que nadie se aclaraba. Se hablaba de que un concilio había aprobado los escritos de Teodoreto, el credo de Teodoro y las cartas de Ibas, y los tres tenían partidarios y fanáticos –fundamentalistas, en lenguaje actual– dispuestos a morir por defender sus doctrinas. De las guerras civiles cristológicas que desgarraban el judeocatolicismo oriental y latino el obispado romano supo sacar el mejor partido posible. Lentamente se fue levantando sobre los demás obispados, aprovechando la lejanía forzosa del emperador y los intereses de los reyes “bárbaros”. Jugó con todos con las cartas marcadas, pues no tuvo inconveniente, para afirmar su poderío y colmar sus ambiciones, en utilizar a los nuevos señores contra los emperadores de Bizancio, con la misma libertad de conciencia con la que los traicionó con ayuda de los emperadores.

Cuando se reunió el concilio de Heraclea, convocado por el emperador Anastasio con el fin de reunir el judeocatolicismo oriental y latino, y terminar con las guerras civiles cristológicas y alcanzar la tan deseada paz, Hormisdas se negó, aduciendo que debía borrarse el nombre del patriarca Acacio, venerado por santo en Oriente, de los libros sagrados. Ni el emperador ni los obispos orientales pudieron aceptar un insulto de tal categoría contra uno de los pilares de la iglesia oriental, por lo que, rotas las negociaciones, volvió a correr la sangre.

A la muerte del emperador Anastasio fue elevado al trono Justino, judeocatólico latino. Los enviados de Hormisdas lo convencieron para que eliminara de los escritos sagrados a quienes Hormisdas odiaba visceralmente, y los patriarcas

Acacio, Eufemio, Flavita, Macedonio y Timoteo, lo mismo que los emperadores Zenón y Anastasio fueron borrados de los libros santos. Sin embargo, el obispo Doroteo, de Tesalónica, se negó a condenar a Acacio, por lo que sublevó al pueblo, y los enviados del papa tuvieron que esconderse para evitar lo peor. Detenido Doroteo, tuvo que demostrar su sometimiento a Hormisdas, si no quería ser enviado a Roma y perder la vida allí.

Juzgado como ambicioso y fanático a ultranza, la intolerancia y prepotencia de este obispo de Roma destrozaron todas las posibilidades de unión entre la iglesia griega y la latina y todos los esfuerzos que hizo el emperador Anastasio para que la sangre dejara de correr dentro del judeocatolicismo florromano imperial. Hormisdas quería, por encima de todo, que se reconociera el derecho del obispado romano a la supremacía absoluta, y no paró hasta dejar bien claro que nadie había por encima de él y que él estaba por encima de todos. Su orgullo y prepotencia anuló todos los esfuerzos de quienes buscaban la paz y la armonía en la multiplicidad de ritos, costumbres y pastores, y en el respeto a la diversidad de cada una de las iglesias. Pero la idea de una iglesia federalista, no cuajaba en los planes de los obispos de Roma ni en sus ciudadanos¹, los cuales, favorecidos por la situación política del antiguo imperio, soñaban con una iglesia piramidal y dictatorial, una sola iglesia con ellos a la cabeza.

La sangre de las víctimas de los obispos romanos fue siempre un trampolín milagroso que sirvió a sus asesinos para alcanzar la santidad. Este fue el caso del papa Hormisdas, como antes lo había sido el de su predecesor, el papa Símmaco. Por los servicios prestados a la curia romana, cuando Hormisdas murió, en verano del año 523, fue volando al paraí-

so, en donde habría de ser descubierto para honrarlo en Roma con el título de santo.

La ambicionada diócesis y mitra fue a parar a las manos de Catelín el Toscano, papa Juan I (523–626).

¹ No se ha publicado ningún estudio, o al menos no es conocido del gran público, en el que se analice el peso de los ciudadanos romanos en los crímenes de su obispado o papado. Al ver la trayectoria de esta curia, en donde las falsificaciones y los fraudes surgen como por ensalmo, contra toda lógica y verosimilitud, para justificar sus sevicias y ambiciones, y al ver cómo las traiciones y los crímenes se multiplican hasta la saciedad para alcanzar una nueva primacía entre todos los pueblos y naciones, es imposible no caer en la tentación de pensar que los ciudadanos de la ciudad del Tíber han hecho y configurado a sus obispos, y los han configurado falsos, ambiciosos y asesinos, porque ellos lo han sido, como lo han sido todas las cabezas de los imperios. En el ánimo de los ciudadanos romanos parecía anidar el complejo de imperiales, título del que habían gozado durante más de un milenio, y que los hacía los más favorecidos y privilegiados de todo el Mediterráneo. La pérdida de la capitalidad, llevada a cabo por Constantino, debió de constituir una espina dolorosa que, a juzgar por los hechos, torturaba cruelmente a los romanos. No se resignaban a perder los privilegios de los que habían gozado hasta Constantino, y no dudaron en exigir de sus obispos una nueva capitalidad, que les librara de la vergüenza de haberla perdido, y les proporcionara las ganancias que les deparaban sus colonias. Esta debe de ser la razón por la que santificaron a los obispos, por más criminales que fueran, que colaboraron en hacer de su ciudad una nueva Roma y de ellos los ciudadanos privilegiados de un nuevo Imperio –el actual Imperio Vaticano– y por la que denigraron a quienes se negaron a ello, por muy honrados y humanitarios que hubieran sido.

CENCIO SAVELLI. Papa Honorio III. Ocupó el trono pontificio romano a los dos días exactos de la muerte de Lotario de Segni, papa Inocencio III Bis, en 1216. Natural de Roma, durante el reinado de Pablo Scolari, papa Clemente III Bis, había sido ecónomo del trono, por lo que había controlado todas las finanzas y

ampliado sus relaciones. Era un hombre culto, autor de varios trabajos literarios que habían aumentado su fama. Fue un incondicional de Lotario de Segni, que lo recomendó a su muerte. Contando con la ayuda de la poderosa familia de los Segni y de otros nobles, fue escogido obispo y rey de Roma, y no tuvo inconveniente en tratar de superar a su predecesor. Su ambición, despotismo y crueldad, lo harían digno de tal maestro.

Tras ser consagrado en Perugia se trasladó a Roma.

Su gran pasión fue la conquista de Palestina y el imperialismo religioso; en estas dos empresas le aconsejó Domingo de Guzmán, que creó la Orden dominicana con el fin de someter el mundo conocido al papado, pasando por encima de los crímenes y guerras que tales objetivos debían provocar. Las grandes masacres y los interminables genocidios que originaron las denominadas "cruzadas", nacidas en la mente de estos dos "asesinos a lo divino", es decir, fríos, calculadores y sin escrúpulos ni remordimientos, no pueden contabilizarse.

Convocó un concilio en París para condenar a los Albigenses, dando la orden a Santo Domingo de Guzmán, para que los quemaran vivos, lo que éste hizo con la ayuda de Monfort. Para contar con la ayuda real, escribió una carta amenazadora al rey Luis XII de Francia en la que exigía la muerte de todos los herejes meridionales franceses porque lo exigía el dios Yahvé-Cristo-Espíritu Santo y el interés de su corona. Exigió del emperador Federico, al conocer la caída de Damietta, en el año 1217, que fuera al instante a defender allí los intereses del reino pontificio -iglesia, en lenguaje sacristial-bajo pena de excomunión. Federico, que debía de estar hecho de una pasta que ignoraba el rey pontificio, despreció las excomuniones de Cencio Savelli, y recu-

peró todos los dominios que los obispos de Roma le habían usurpado. Expulsó de Nápoles y Sicilia a todos los truhanes de hábitos y cogullas, un ejército de frailes y clérigos dedicados al teoparasitismo evangélico, que pululaban por tales reinos con un fetiche cristológico en la mano y la espada en la otra, en nombre del pontífice romano, y exigió de éste que le devolviera todo lo que le habían robado los papas cuando era niño, o de lo contrario, saqueaba Roma. Honorio III, temiendo el castigo del emperador, se retractó, e inspirado por el Espíritu Santo, valiente con los indefensos y cobarde con los valientes y poderosos, se olvidó de las excomuniones y se declaró protector suyo.

En marzo de 1227, cuando más ocupado estaba por extender sus dominios en el norte de Europa y cuando preparaba otro ejército de cruzados para asolar Oriente, Savelli bajaba a la tumba: el fracaso de sus objetivos más preciados había terminado con su vida.

La ambicionada corona sería ceñida por Hugolín de Segni, papa Gregorio IX (1227-1241).

CENSURA JUDEOCATÓLICA. (Censura clerical). La ejercida por los jercas mitrados del judeocatolicismo, papista o no, desde los tiempos en que Teodosio y Justiniano hicieron de esta secta judía la única religión del imperio. Siendo absoluto el poder que gozaron tales jercas y príncipes mitrados y tializados, la censura la ejercieron con una arbitrariedad absoluta, siempre en beneficio de sus intereses, durante siglos y siglos, pues fueron los sucesores del Imperio, los verdaderos señores feudales, que durante dos milenios aherrojaron, con sus mezquinas gazmoñerías, su ambición manifiesta, sus intereses inconfesables y sus criminales métodos, el pensamiento,

la ciencia y la cultura de los pueblos que dominaron. La censura del teofuncionario ortodoxo y latino, controlada esta última por los reyes del que terminaría siendo el Imperio Vaticano, se dedicó, en sus comienzos, a la destrucción de todos los libros paganos y judíos que podían demostrar el origen y la evolución de las sectas judías reformadas filorromanas de las que nacería el mal llamado cristianismo, una de cuyas pruebas la encontramos en los mismos textos neotestamentarios, en donde se habla ya del primer auto de fe, en el que se queman los primeros libros molestos (*Hechos*, XIX, 19). Posteriormente, controlaron, gracias a las leyes emanadas de los emperadores judeocatólicos, que convirtieron a los obispos o príncipes mitrados del judeocaticismo en cogobernadores de sus provincias, todo tipo de doctrinas y escritos que se consideraran contrarios a sus intereses. Con la aparición de la imprenta, el teofuncionario judeocatólico se alarmó hasta el punto de recurrir a la policía supranacional del papado, la Santa Inquisición, para controlar todas las publicaciones, siendo asesinados, a mayor gloria de Cristo, los autores, impresores y poseedores de los libros que habían sido prohibidos por el judeocaticismo papista y renovado. En la actualidad, en donde los groseros métodos tradicionales –el asesinato patibular y la hoguera– no pueden emplearse sin alarmar al gallinero, la censura se hace llana y simplemente por el control económico de editoriales, periódicos y cadenas de televisión.

CENTRALIZACIÓN CLERICAL, La. En la lucha por la preeminencia entre los patriarcados y arzobispados, el patriarcado de Constantinopla se levantó con el poderío en Oriente y el Norte de África, sobre todo a partir de que las conquistas

“bárbaras” terminaran con sus rivales de Antioquía, Alejandría y Jerusalén. Por su parte, en Occidente, la caída del Imperio Romano contribuyó definitivamente al auge ambicioso del obispado de Roma, que terminó siendo el más favorecido por el traslado de la corte imperial a Oriente y las invasiones bárbaras en Europa. El proceso que siguió esta centralización, es posible rastrearlo sin muchas dificultades. Los primeros pasos efectivos se dan con el obispo romano Gregorio de Anici, Gregorio I (590–604), y la ayuda de la poderosa orden benedictina. Un paso de gigante se dio con Hildebrando de Soana, Gregorio VII (1073–1085), que tiene la soberbia, el orgullo y la prepotencia de escribir los *Dictatus Papae*, manifestación mórbida de una megalomanía y teogolatría compulsivas incurables. Un nuevo paso, de incalculable trascendencia, lo dio Miguel Ghislieri, Pío V (1566–1572), cuando los embates de la Reforma hacen tambalear el edificio del teopapismo vaticano¹ con tantos crímenes, guerras y genocidios construido. Ghislieri tan ambicioso y soberbio como la mayoría de los papas de Roma que lo precedieron, pero también más práctico, impuso a sangre y fuego su visión de la corte papal y su imperio, y para ello echó mano de tres publicaciones fundamentales con el fin de unificar los criterios y que todas las diócesis se rigieran por los dictados emanados por la corte. En el año 1566 impone su *Catecismo Romano*, resumen de todas las creencias y exigencias de la corte. Dos años más tarde, en 1568, impone a sus sacerdotes o hechiceros la lectura diaria obligatoria del *Breviario Romano*, con el fin de fanatizarlos eliminando toda posibilidad de análisis y crítica por falta material de tiempo. En 1570 impone su *Misal Romano*, tratando de unificar los elementos culturales en torno a la llamada misa.

En el fondo, la centralización, que elimina totalmente la idea y la posibilidad de una federación de comunidades, iglesias o diócesis, que era lo que se dio en los primeros siglos del judeocatolicismo cristológico, tiene cuatro objetivos por los que luchan los obispos de Roma desde hace siglos. El primero, que encierra en sí mismo los restantes, es el de ser la cabeza de un nuevo imperio que sustituya al Imperio Romano. Este objetivo está en el ánimo de todos los ciudadanos romanos, no solo en el de sus obispos y curia, que no se resignan a aceptar la pérdida de la capitalidad que Constantino les robó. El segundo objetivo es el económico. El obispo de Roma, y con él su corte, quiere ser el destinatario de las ganancias originadas por impuestos, beneficios, reservas, exclusiones, prebendas, permisos, licencias, etc., con el fin de automantenerse lo más holgadamente posible. En esto en nada se diferencia de cualquier monarquía, imperio, reino o principado. Este segundo objetivo es el que ha centralizado, además en exclusiva, la milagrería trinitaria, mariológica y santoral, la santificación de los "prohombres" venerados por la plebe, el certificado de las reliquias, las apelaciones contra la justicia clerical y civil (la real incluida), los destinos, la ocupación de todos los títulos, canonjías, obispados, sinecuras, abadías, etc. Una tercera razón es de índole pastoral, por la que se han unificado los criterios culturales, las manifestaciones públicas devotas; gracias a ella se han eliminado no pocas discrepancias doctrinales y se han eliminado también las disensiones teológicas, que amargaron la vida a no pocos papas y fueron un nido de discordias y confusión. La centralización pastoral ha contribuido a controlar la distribución de los beneficios y cargos, que se harán, en lo sucesivo, según los criterios de la

curia. Una cuarta razón es de carácter estratégico, al hacer del papa el centro indiscutible de referencia y el único autorizado para designar quiénes han de ocupar los puestos más altos del escalafón teofuncionario; esta razón permitirá a los papas el rodearse de los hombres de confianza que ha de necesitar para ejercer su gobierno.

¹ La disculpa será siempre la misma: "A mayor gloria de dios", y "por el triunfo del reino de Cristo" eufemismos que ocultan, en realidad, las ambiciones de los obispos de Roma, las de la nomenclatura cardenalicia y las de todo el teofuncionariado. Hacer depender la gloria de los ídolos o dioses trinitarios judeocatólicos de la grandeza de sus sacerdotes o hechiceros, arzobispos o brujos, papas o hierofantes, constituye una imbecilidad y una insensatez más que evidentes, y sólo se explica por la querencia y soberbia compulsiva de los teofuncionarios de cualquier idolatría por identificar su propio bienestar, su propia gloria, su propia grandeza y su propio poderío, con el bienestar, la gloria, la grandeza y el poderío de sus ídolos o dioses.

CEPILLO. Término popular para designar los cofres, grandes o pequeños, que se emplean en los templos para recaudar el dinero para alimentar al teofuncionariado cristológico. Según su situación y época, el dinero recogido es muy variado; puede oscilar entre auténticas fortunas en un solo día de recaudación, en los barrios adinerados, hasta apenas unos céntimos, o nada, en algunas localidades. Sin embargo el cepillo, lo mismo que la colecta –cepillo móvil, descarado, que se ofrece a los presentes durante los actos culturales, para que en él depositen su dinero delante de otros, en un jugoso ejercicio de emulación¹–, sea grande o pequeña, está fundamentada en dos ideas prácticas decisivas. La primera es que si un grano no llena el granero, ayuda siempre al compañero. La segunda es que un pobre jamás es tan pobre que no pueda ser explotado más todavía, además, por propia iniciativa. El óbolo de la

viuda, alabado tanto por el protagonista evangélico, puede ser tan fructífero que supere las fortunas más escandalosas, como conocen muy bien los bancos, y pudo comprobar el señor Wojtyla, papa Juan Pablo II, con las colectas multitudinarias que organizó en sus giras por Suramérica, en las que se recaudaron sacos enteros de monedas de los bolsillos de los más miserables de los parias de los países que visitaba.

¹ Ante el peligro de robo, las canastas, bandejas y cestos que se pasan para la colecta se están convirtiendo en bolsas profundas, largas, sujetas a un aro colocado en el extremo de un palo o vara, para alcanzar a los fieles que están en los centros de los bancos, sin necesidad de que nadie toque ni pueda ver lo que hay en su interior. Se pierde en ostentación, pero se ha ganado en seguridad.

CESÁREO DE HEISTERBACH. Monje cisterciense del siglo XIII, que recogió en sus obras la doctrina tradicional de los denominados Padres de la Iglesia y primeros santos del judeocatolicismo filorromano imperial. Siguiendo a Tertuliano, Eusebio, Gregorio de Niza, Agustín de Hipona, Beda, Isidoro de Sevilla y otros lumbreras de la teocienciología bíblica y evangélica, demostró e ilustró con cientos de ejemplos que los conceptos sobre meteorología, el rayo, las aguas y los depósitos de las mismas en el cielo, los truenos y el granizo eran cien por cien fenómenos teológicos, celestiales o infernales. Y puestos a afirmar y demostrar, probó a ciencia y conciencia, que Jesucristo había sido crucificado en el centro del Universo mundo, que estaba en la Tierra¹. Tal afirmación, que había defendido con su infalibilidad el obispo o papa de Roma Urbano, estaba apoyada científicamente en la teología bíblica y evangélica, que demostraba que la Tierra era un paralelogramo plano², idea que el infalible papa citado, el teofun-

cionariado cristológico y los científicos oficiales con él afirmaban que estaba inspirada por su Yahvé-Cristo-Paráclito y plasmada en sus textos santos.

¹ En Jerusalén, exactamente en el punto central del Gólgota.

² Idea precisa que el monje egipcio Cosme Indicleustes había tomado de la mitología egipcia, y que los judíos, siglos antes, habían plasmado en sus libros, aunque de una forma más etérea, tras tomarla también de los egipcios.

CESAROPAPISMO. Teoría política que defiende el derecho del Estado a ejercer toda autoridad en el terreno del religionismo, sea de la clase que fuere. Se opone, pues, a la teocracia, doctrina por la cual, los jefes de una secta teopolítica¹ pretenden imponerse como autoridad exclusiva e indiscutible también en el terreno civil. En el Imperio Vaticano, los teofuncionarios cristológicos, con su rey a la cabeza, pretenden negar a los representantes de los pueblos y las naciones el derecho a inmiscuirse en el resbaladizo y evanescente mundo de la conciencia, por considerarlo terreno vedado de uso propio, como si las manifestaciones denominadas por ellos espirituales tuvieran una consistencia etérea que para nada afectara las manifestaciones sociales del hombre y la marcha de los pueblos. La realidad es que, en el mundo occidental, siendo difícil la imposición de una teocracia descarada, el teofuncionariado cristológico y su corte vaticana tratan, con mayor o menor disimulo, de gobernar la conciencia de los pueblos a través de la conciencia de sus gobernantes y la connivencia, muchas veces más que criminal, con ellos.

¹ Todo religionismo –cualquier religión, en lenguaje común– es, en esencia, teopolítico.

CIBO, Cardenal Alderano. En tiempos del obispo de Roma Benedicto Odescal-

chi, papa Inocencio XI (1676–1689), fue encargado de la Secretaría de Estado. Era también responsable de la *Sancta Societas*, cuya dirección estaba en manos del cardenal Pauluzzo Paluzzi Altieri degli Albertoni. En aquellos tiempos la relación del rey del imperio papista y el rey francés no era de lo más ejemplar, y se hizo insoportable para Odescalchi cuando se descubrió que varios espías de Luis XIV debían de operar en altos departamentos de la corte Vaticana. Apremiado por su rey Inocencio XI, Cibo dio orden a Paluzzi de que consiguiera desarticular dicha red como fuera. La red se denominó Scipion, nombre, al parecer, utilizado por los topos del vaticano. Paluzzi, sabiendo que era la voluntad del papa, se aplicó a la tarea. Los agentes de Scipion no tardaron en caer, y el mismo Scipion, antiguo miembro de la *Sancta Societas*, fue asesinado. Los cadáveres de los tres agentes principales aparecieron colgados de los puentes del Tíber; todo llevaban el sello de los monjes de la Orden Negra.

CIELO, EI. Premio que espera a los súbditos del rey del Imperio Vaticano y a los miembros de las restantes sectas cristológicas si son dóciles a las exigencias de su teofuncionariado. Constituye un lugar, todavía por ubicar –más allá del Universo, lo único que parece seguro y no está claro– supuesta morada de los ídolos trinitarios del judeocatolicismo cristológico. El premio constituye una de las motivaciones más rastreras, junto al miedo, que condicionan la conducta de todos los animales y seres vivos, incluido el hombre. Es probable que el premio –gratificación– como el castigo –disuasión– estén condicionados por las estructuras biológicas de todos los seres orgánicos, pero precisamente por ello demuestran el primitivismo motor y la pobreza moral y ética del teofuncionariado, cristológico

co o no, que lo ofrece. Cualquier teísmo, y el papista más que ninguno, se apoya en la esperanza del premio para pervivir, lo mismo que en la amenaza del castigo. El papismo nada original ofrece para la superación del hombre y nada nuevo presenta para justificar su existencia y la de su doctrina y mensaje; se ha limitado, como hicieron otros religionismos antes que él, a fusilar otros teísmos. El papismo no existiría si no se hubiese hecho del cielo y del infierno, es decir, del premio y del castigo, los pilares más socorridos de sus cimientos. (Ver *El MONOPOLIO celestial*).

CINISMO. Virtud teologal, que puede definirse como el ejercicio de la hipocresía por sistema en nombre de cualquier divinidad. Constituye una disposición de autoengaño permanente, más o menos libremente adquirida, de los colectivos sacerdotales o teofuncionariado de todo credo e idolatría. Tales colectivos, sumergidos en la mentira, la mendacidad, la estulticia y el fanatismo, cuando son sinceros, son carne de psiquiátrico, pues están afectados por la psicosis teocrática y teísta más virulenta y peligrosa; cuando no lo son, nadan en la megalomanía y teoegolatría criminal. Tras esta definición, resulta imposible no percibir, en la forma de actuar del teofuncionariado cristológico, una querencia sospechosa hacia el cinismo, que puede no ser real en unos, pero que, a juzgar por los hechos, se hace evidente en otros, sobre todo en sus autoridades y jercas. Una de las pruebas que justifican esta aseveración es la inclusión en las *Biografías nicenas de Jesús* de una frase que los desenmascara: “Haced, pues, y guardad lo que os digan, pero no los imitéis en las obras, porque ellos dicen y no hacen.” (Mateo, XXIII, 3). No haber eliminado esta frase cuando sacerdotes, obispos y papas cristológicos pudieron borrarla con toda

impunidad, como borraron otros textos, expresa que su cinismo e hipocresía ya estaba en ejercicio cuando compusieron los evangelios. Aunque se les insultara públicamente, como lo hace Jesús al pronunciar esas palabras, no se sentirían afectados. No es extraño que, ante situaciones realmente bochornosas, ante la acusación de criminales, para un número amplio de historiadores ampliamente fundamentada, no se sintieran aludidos y se perdieran en disquisiciones metafísicas de nimiedad absurda. Con ocasión de la destrucción de Bézier, en verano de 1209, los judeocatólicos papistas asesinaron a cerca de treinta mil personas, según las cifras más sopesadas y parcas. Los secuaces del papa, aleccionados por sacerdotes y obispos y por el mismo legado pontificio, asesinaron a mujeres, niños y ancianos sin dejar a uno vivo. Durante esta masacre en nombre de Jesucristo y fundamentada en la *Biblia* y en los *Evangelios*, el representante del obispo de Roma (legado, en jergonza cristológica, nuncio, en jerga diplomática), Arnaud-Amalric, cuando fue preguntado qué hacían para evitar la muerte de algunos papistas que había entre los sitiados, respondió: "*Matad a todos. Dios escogerá a los suyos.*" Que la historia considere esta respuesta apócrifa no es relevante ante aquella carnicería y crimen contra la humanidad cometidos por los sacerdotes, obispos y el papa de turno. Sin embargo, el cinismo de las jerarquías católicas y del papado se eleva hasta las mas altas cotas de estimación y de gloria cuando, en lugar de avergonzarse de los crímenes, genocidios e infanticidios de que fueron protagonistas, y las formas repugnantes con que se cebaron con los sitiados antes de matarlos, se exaltan iracundos y se encolerizan ante la posibilidad de que dicha respuesta, que ellos consideran apócrifa, se les aplique injustamente. ¡Trein-

ta mil personas asesinadas en nombre de Cristo por el papa y sus secuaces no suponen un motivo de escándalo y sí lo es que se les inculpe de una frase que, de no ser pronunciada, estaba en el ánimo de los asesinos papales, como demuestran los hechos! Una perla más de este cinismo e hipocresía, que demuestra hasta qué punto puede llegar cualquier teísmo o religión en la apreciación y valoración de las hechos más criminales, ocurrió con ocasión de la Noche de San Bartolomé, la del 23 al 24 de agosto del año 1572, noche en la que los papistas asesinaron, por imperativos religiosos, y aleccionados por sacerdotes, obispos y el papa de turno, a más de veinte mil hugonotes en París y otros puntos de Francia. Cuando la noticia llegó a Roma, el papa y toda la curia celebraron los asesinatos y masacres en nombre de Cristo con un "*Te Deum*" de acción de gracias, que resonó en todo el orbe cristiano. El cinismo de los papas y la corte vaticana luce de nuevo con inmarcesible candor al considerar que el canto del "*Te Deum*" no ha sido registrado por la historia en documentos públicos dignos de crédito, por lo que braman exaltados ante la posibilidad de que se mencione ese hecho, y les deja indiferentes la sangre de los más de veinte mil crímenes de que sí fueron indiscutibles protagonistas y que la historia ha conservado.

CÍRCULO OCTOGONUS, EI. Organización que comienza funcionar hacia el año 1610. Todas las pistas y detalles de esta organización, existentes hasta la actualidad, hacen pensar que su fundación se debe al obispo de Roma y rey del judeocatolicismo papista Camilo Borghese, Pablo V (1605–1621). Borghese había sido un gran admirador de la secta persa de los Asesinos, que conoció su apogeo en el siglo XII. Los Asesinos estaban com-

puestos por fundamentalistas suicidas especializados en el asesinato con daga, puñal, chaira, faca y objetos cortantes y punzantes de pequeño tamaño, que exigían la proximidad a la víctima, y, por lo tanto, impedían, en ocasiones, la huida a tiempo. Borghese había logrado un ejemplar de la edición de un libro en el que se explicaban los métodos para el asesinato que utilizaba la secta persa y, admirado y encantado, trató de dotar a la *Sancta Societas* de un colectivo de asesinos selectos y fundamentalistas, dispuestos a perder la vida en el cumplimiento de sus órdenes y deseos. En el Círculo Octogonus, cuyos miembros eran escogidos con muchísimo cuidado y tras una selección esmerada, se aprendía a matar y, sobre todo, se aprendía a callar para no denunciar jamás la procedencia de las órdenes que se recibían. Eran auténticos comandos suicidas, cuyo origen oficial continúa siendo un secreto a voces, pues todas las pistas llevan a Camilo Borghese, un asesino vocacional.

Entre los distintivos que utilizaban sus miembros, estaba el empleo de un trozo de pergamino octogonal, con el nombre de Jesús en cada uno de sus lados, y en el centro una frase acuñada que decía: "Dispuesto al dolor por el suplicio, en nombre dios." Existía la clara sospecha de que los miembros del Círculo Octogonus eran miembros preparados por los jesuitas y pertenecientes a los sectores más fundamentalistas y fanáticos de la *Sancta Societas*.

Entre los asesinos papales que formaron parte de este círculo se encontraba, según todas las sospechas, Jean-François de Ravailac, que en mayo de 1610 asesinó al rey de Francia Enrique IV.

CISMA. Eufemismo empleado por los príncipes mitrados y cardenalicios del judeocatolicismo filorromano imperial

triumfante para designar las guerras civiles cristológicas que desgarraron, a lo largo de los siglos, sus entrañas y, por ende, las de sus principados, sobre todo los más ambicionados: Alejandría, Jerusalén, Antioquía, Éfeso, Lyon, Ravena, Marsella, Toledo, Roma, Armenia, Constantinopla, Cartago, etc. El fenómeno, con todo, no se limitó a estas comunidades, pues se dio tanto en Oriente como en Occidente, en las comunidades del norte de África como en las del norte de Europa, en las más próximas como en las más alejadas, en las más antiguas, como en las más modernas.

El cisma es, ante todo y sobre todo, una lucha entre hermanos en religión, que se asesinan en nombre de sus divinidades, Yahvé, Cristo, Paráclito, María, y sus lares santorales, con el fin de imponer una doctrina o colocar a la cabeza de su comunidad a sus preferidos o, precisando más, los preferidos de sus señores, príncipes, reyes y emperadores. La historia de las distintas comunidades guarda el recuerdo de los enfrentamientos entre los diversos aspirantes y presbíteros, obispos o papas que lucharon a muerte por conseguir las ambicionadas mitras y su utilización exclusiva. En estos enfrentamientos siguieron las mismas pautas y los mismos métodos sanguinarios que siguieron los demás príncipes en sus luchas por el poder absoluto en sus dominios o los territorios que deseaban conquistar: los aventureros menos escrupulosos ganaron la partida. Las monarquías establecidas, sacralizadas por el uso en la actualidad, nacieron con la sangre derramada de sus enemigos o competidores a la jefatura de los pueblos; la monarquía electiva del Imperio Vaticano no se diferenció, en este terreno, de las más sangrientas, en el caso de que no merezca el triste honor de haber sido la más sanguinaria.

Cuando la localidad era reducida, los enfrentamientos, luchas, asesinatos en nombre de Cristo, tenían un carácter limitado, y se reducía al pueblo o la comarca que controlara. Cuando la satrapía era más amplia, el número de implicados y las víctimas que producían los cismas o guerras civiles cristológicas eran más numerosos y las consecuencias mucho más graves. En ocasiones, el cisma o guerra civil implicaba, por la importancia de la satrapía mitrada, la participación de otras satrapías que tomaban parte por uno u otro de los candidatos.

Es indudable que el número de guerras civiles locales, regionales y nacionales provocadas por los enfrentamientos entre unos y otros candidatos y aspirantes a colocarse las ambicionadas tiaras es excesivamente grande, y no creemos que exista una relación de todas, ni que sea posible su estudio general, sin un esfuerzo considerable.

En el mundo latino, es decir, dentro del judeocatolicismo occidental, se ha utilizado este término para designar, preferentemente, las guerras civiles provocadas entre los candidatos y sus partidarios a ocupar el ambicionado trono del obispado romano. Y estas luchas y guerras civiles fueron cada vez más frecuentes, abarcaron mayor número de pueblos y resultaron cada vez más graves, al compás en que el obispado romano se fue levantando sobre los demás obispados, y en la medida en que dicho obispado fue condicionando la vida de las demás diócesis. Guerras civiles que dejaron cicatrices y huellas cada vez más profundas e incurables, como lo demuestra el mismo sectarismo vaticano, desde hace siglos separado del judeocatolicismo ortodoxo y del armenio, sectarismo que desprecia igualmente al judeocatolicismo neoevangélico, renovado o protestante, y que no ha dudado en provocar

todo tipo de guerras para imponer su hegemonía y para controlar el judeocatolicismo universal.

Guerra civil, cisma, división, separación, secesión, etc., son términos que ocultan siempre la misma realidad en el mundo teopolítico: crímenes, entre “hermanos de religión” en nombre de las divinidades yahvídicas, cristológicas, paraclitales, mariológicas y santorales.

El supuesto mensaje de paz, que se atribuye al judeocatolicismo universal, y que se pretende fundamentar en los *Evangelios* y en la *Biblia*, lo único que oculta en sus entrañas es la carroña producida para implantarse y mantenerse. Los sacerdotes, obispos, papas, religiosos y religiosas –el teofuncionariado en pleno–, hablan de los supuestos mártires del judeocatolicismo¹, pero no quieren hablar de los mártires reales producidos por ellos entre los propios creyentes evangélicos². Se empeñan en ignorar las víctimas de su ambición y prepotencia, los asesinatos entre pastores y aspirantes para alcanzar los tronos y principados arzobispales y papales, las guerras civiles provocadas para mantenerse en los mismos.

La dramática realidad de los cismas, de las guerras civiles evangélicas, fue supranacional, puesto que afectó a todos los creyentes, y no solamente a los Estados Papales o la comunidad romana. Roma no fue más que una comunidad entre muchas otras, que sólo tras largos siglos de luchas y falsificaciones llegó a tener la preponderancia que tiene en la actualidad, en que se permite dictar, dentro del judeocatolicismo latino, las reglas del juego. Pero los cismas se dieron en todas las satrapías. Hablar de ello, debiera ser lo más natural, y así fue hasta la época moderna, en que se ha pretendido ocultar su existencia y, sobre todo, su realidad estremecedora: la de una guerra civil entre hermanos en Cristo.

Hoy, se habla de los cismas como si fueran una abstracción carente de significado. Esta querencia es más exagerada dentro de la corte pontificia. Las razones que ocultan este nuevo enfoque son muchas. Señalamos únicamente cuatro: 1ª.– Se pretende negar las guerras civiles que ocultan, con el fin de exaltar todavía más el papado, y eliminar la podredumbre, la abominación y los detritus humanos que encierra la dinastía electiva del Imperio Vaticano.

2ª.– Se intenta imponer la idea de que, entre los papas en litigio, creados por los diversos electores, uno era el legal y divino –lógicamente y, en principio, el más fuerte y triunfador– y el otro ilegal y espúreo –el más débil o derrotado–. Al primero era lógico que se lo confirmara como papa, pues Yahvé es el dios de las victorias, y por tanto estaba con el ganador; al perdedor se lo denominó antipapa, pues demostraba con su derrota que dios no estaba a su lado.

3ª.– Se pretende, igualmente, depurar las dinastías papales romanas, cargadas de miserias, asesinatos, complots, traiciones, derrocamientos, deposiciones y crímenes a mayor gloria del dios Yahvé–Cristo–Espíritu Santo, con el fin de evitar un paralelismo excesivamente exagerando con las demás dinastías³, sublimando tanto el campo batalla (el alma humana), como los objetivos a conseguir (la gloria de Cristo)⁴.

4ª.– En el judeocatolicismo universal la lucha por el poder fue constante, por ello ninguna de las sectas que todavía perduran, la ortodoxa, la armenia, las neotestamentarias o reformadas, la copita, la papista, etc., se libró de esta plaga. Lucharon entre ellas y dentro de ellas, y justificaron la ambición humana que espoleaba a todos los presbíteros, obispos, metropolitanos, patriarcas, papas y pastores que deseaban alcanzar gloria

y poder, aduciendo que luchaban por el reino de los cielos. En las raíces de tales guerras, luchas y cismas se veía siempre, más allá de la disculpa cristológica, la mano criminal de las divinidades judeosemíticas, origen y expresión de la divinidad yahvéica, que de la primera a la última página de la *Biblia* no da un paso sin dejar tras sí un reguero de sangre y un sendero de cadáveres.

¹ Todos sus martirologios están plagados de mártires, cuya posibilidad histórica y la de sus alabadas reliquias o momias, salvo en contadas excepciones, son nulas. (Consultar *Actas de los Mártires*, de Daniel Ruiz Bueno; BAC, Madrid, 1972, y Karlheinz Deschner, *Historia criminal del Cristianismo*).

² No se tienen en cuenta los mártires de las cruzadas, de las evangelizaciones, del imperialismo religioso –misiones, en jerga sacristal–, de las conversiones en masa de los pueblos, de las conquistas para Cristo. Tampoco se consideran los asesinatos masivos provocados por la policía supranacional del obispado y papado de Roma, la Santa Inquisición. Tampoco se habla del exterminio rutinario de disidentes y supuestos herejes, de brujas y brujos, de pobres enfermos mentales y marginados, cuyas víctimas anónimas se cuentan por millares, si no por millones.

³ Las monarquías dinásticas conocieron igual fortuna siempre, y la lucha por el poder entre los aspirantes al trono y quienes creían tener derecho a él era moneda frecuente, lo mismo que las usurpaciones o el triunfo de una casa sobre la reinante. Recurrir a los asesinatos para conseguir las ambicionadas coronas, constituía una tentación inevitable. Esta fue la razón por la que los parricidios y fratricidios estuvieron siempre a la orden del día, lo mismo que los derrocamientos, las usurpaciones y los cambios dinásticos. Y fueron tanto más frecuentes cuanto más envidiables eran las riquezas que esperaban a quienes se sentaban en sus tronos. El papado romano, monarquía electiva, no pudo escapar jamás a esta realidad, como no podían escapar a esta lucha descarada o sibilina las demás diócesis o satrapías. El paso de los siglos, que incrementó el poderío del obispo de Roma hasta límites insospechados, hizo que los crímenes en torno al trono imperial judeocatólico papista se hicieran compulsivos: la tentación era irresistible, y quienes aspiraban a sentarse en el peligroso trono, obispos y cardenales, sabían que la tiara en sí, si algo tenía de

divino, era su enajenante atractivo soberbiamente humano.

- ⁴ La sacralidad de medios y objetivos constituyó siempre un espejismo provocado para acentuar la enajenación de los rebaños de creyentes y ocultar la bribonería pontifical. El terreno, en realidad, era el triste suelo de esta pobre Tierra, regado con la sangre de los perdedores, y el objetivo el codiciado trono obispal romano, probablemente el más sangriento y criminal de todos los tronos que conoció la historia, y no solamente la de Occidente.

CISMA DE OCCIDENTE. Divisiones y guerras civiles cristológicas que se dieron dentro del religionismo latino romano entre los partidarios de unos papas y otros durante el período de tiempo que va desde el año 1378 al 1417. En este período, que conoció la existencia de hasta tres papas a la vez, tuvo lugar el establecimiento de unos papas en la ciudad francesa de Aviñón, mientras que en España se refugió Benedicto XIII, en su feudo de Peñíscola. Este último papa, jamás renunció al derecho que le asistía, según los cánones, al título de pontífice que había recibido tras la muerte de Clemente VII. Esta es la razón por la que en la dinastía de Peñíscola se dieron dos papas más, ignorados por la historia oficial del "papado".

CISMA ORIENTAL. En Occidente –feudo papal latino– se denomina con este nombre la separación definitiva del obispado de Roma de las iglesias orientales, por la ambición de los titulares de la antigua ciudad imperial, que, aprovechando primero la ausencia de los emperadores romanos de Italia, posteriormente el estrangulamiento de las iglesias orientales por el Islam, nacido éste del judaísmo y judeocatolicismo árabe, trataron, ayudados por todo tipo de falsificaciones y fraudes, de levantarse por encima de todas las iglesias, lo que fue tomado por las iglesias orientales como una deserción absoluta de los dictados evangélicos. A

pesar de tales falsificaciones, el obispado de Roma, el ya muy consolidado papado latino, por las connotaciones históricas que se dieron en el Oriente Medio y en Occidente, salió el más favorecido y presentó el cisma como un acto de soberbia de los patriarcas orientales, que no querían someterse a la autoridad apostólica de los obispos de Roma.

CIUDAD DEL VATICANO. En la actualidad, sede de la corte y realeza electiva del Imperio Vaticano y centro de poder del judeocatolicismo pontificio. Está situada en Roma, Italia, y en ella convergen todos los frutos del imperialismo religioso vaticano. Gracias a la explotación intensiva y programada de sus colonias, se ha convertido en la primera potencia económica mundial, en términos relativos, y probablemente sea la cuarta en la actualidad –2009– tras USA, Japón y China¹, en términos absolutos.

¹ O tras USA, la Comunidad Europea y China.

CIUDADANOS VATICANOS. Reducido número de afortunados en Cristo y en la Tierra que gozan de pasaporte diplomático del Estado Vaticano. Constituyen la cima del imperialismo religioso y el centro de control de la metrópoli y las colonias del Imperio Vaticano. Según el tratado Lateranense y la Ley Interna de dicha sacristía convertida en Estado, aparte del obispo o papa de Roma, son ciudadanos de esta corte imperial los cardenales residentes en dicha ciudad o en la misma Roma; los cardenales que residan de modo permanente en la misma, por razones diversas y si el pontífice de turno lo decide; quienes residan en el lugar por decisión pontificia, tengan o no tengan nada que hacer; el cónyuge, los hijos, los ascendientes y los hermanos de un ciudadano vaticano, en el caso de que vivan con él y hayan sido autorizados por

el obispo romano o sus representantes, siempre y cuando se cumplan otras condiciones. Hasta no hace muchos años, el número de ciudadanos de este Estado oscilaba en torno a los mil, lo que les hacía las personas de mayor renta per capita del mundo entero. El gobierno directo de esta corte está oficialmente en manos del papa, aunque, en realidad, lo tiene la curia, que es la que decide quien ha de ser la persona más apta para ceñirse la corona o tiara imperial. Ella se encarga, si el elegido desea extralimitarse en sus funciones o, llevado por los delirios embriagadores del mundo en que está inmerso, se crea realmente el papel asignado, de frenarlo a tiempo¹ y colocar a otro en su lugar, como demuestra, no solamente la historia antigua del papado romano, sino la moderna.

¹ Una muerte oportuna y repentina siempre será la expresión clara de la voluntad divina, como sucedió en tantas ocasiones en la historia del obispado romano y otros obispados, y como lo demuestran, en los tiempos modernos, el presunto asesinato de Aquiles Ratti, papa Pío XI, y la muerte de Albino Luciani, más conocido por papa Juan Pablo I.

CLANDESTINOS, Los. Grupo de fundamentalistas del Imperio Vaticano, que pretendieron colonizar la Unión Soviética en los mejores tiempos de Stalin, y que iniciaron su andadura en 1926. Formaban un conjunto de hechiceros o sacerdotes papistas, obispos y hierofantes cristológicos, entregados en cuerpo y mente al imperialismo religioso. Su responsable absoluto fue el jesuita Michel D'Herbigny, quien por aquellas fechas ya tenía el título honorable de obispo. D'Herbigny entró como un visitante anodino en la Unión Soviética. Hizo obispo a un hechicero o sacerdote papista francés que llevaba en Rusia desde antes de la Revolución. Por la acción de estos hombres se multiplicaron los mitrados papis-

tas tras el telón de acero. La afluencia de fundamentalistas hizo que el grupo creciera y fuera conocido como los Clandestinos, convencidos de que eran ignorados por los servicios secretos soviéticos. D'Herbigny pronto se dio cuenta de que no era así, y que, para colmo de males, debía de existir un infiltrado prosoviético en su organización.

El 16 de septiembre de 1926, D'Hergigny fue acompañado a la frontera por la policía, y la cédula de fundamentalistas papistas, los Clandestinos, que operaba en la Unión Soviética, terminaría siendo desarticulada.

CLARAVAL. Centro de la vida monástica benedictina reformada, más conocido por Clairvaux, fundado a comienzos del siglo XII por san Bernardo. Fue la raíz de más de cincuenta monasterios diseminados por Francia, su cuna, Italia, España, Alemania, Portugal e Inglaterra. La importancia de tales monasterios fue decisiva, ya que condicionaron la posterior evolución del judeocatolicismo latino primero, y el papista después.

CLEMENTE DEL PALMAR. (Ver *CLEMENTE Domínguez Gómez*).

CLEMENTE DOMÍNGUEZ GÓMEZ. Obispo y pontífice, más conocido por papa Clemente del Palmar (Clemente XV Bis). Nació en Sevilla, España, el 23 de abril de 1946. Hombre modesto, oficinista, fue, según sus propias palabras y las de sus seguidores, favorecido con la visión de la Virgen Santísima que se venera en el judeocatolicismo papista, la cual se le apareció en varias ocasiones. También fue favorecido con los estigmas dolorosos de sus manos.

María, la madre del dios Yahvé-Cristo-Espíritu Santo, en su avatar Jesús, que había prodigado las visitas por toda Eu-

ropa a lo largo de los siglos¹, harta de tener que soportar a su sagrada y celestial familia, aburrida del paraíso a que había sido condenada o amante del turismo interestelar, había visitado, en el siglo XIX y XX, entre otros lugares, La Salette, Lourdes y Fátima². España, capital del turismo europeo, no podía faltar en su programa, por lo que fue vista, entre otros lugares, en Carabandal, el Escorial, Mazarrón Puerto y, con mayor frecuencia, en el Palmar de Troya, Sevilla. Las apariciones sevillanas habían comenzado el 30 de Marzo de 1968, en una finca de dicha localidad, llamada La Alcaparrosa. Los primeros favorecidos con dicha visión habían sido, como era querencia habitual en la celestial señora, unos niños humildes y sencillos, para que se reflejara con mayor esplendor la grandeza de los cielos. La veracidad de las pruebas testimoniales y documentales de tales visitas no diferían, en absoluto, de las suministradas en las visitas habituales de esta señora, reconocidas por las autoridades del Imperio Vaticano, en Fátima y los anteriores lugares mencionados. Sin embargo, la corte del Imperio guardó, oficialmente, un silencio absoluto y desdeñoso³, a pesar de que las características de las visiones y hechos que se produjeron en La Alcaparrosa eran semejantes y aun superaban en prodigios y maravillas a los de La Salette y Lourdes (Francia), Fátima (Portugal), y los más recientes de El Escorial (España). Clemente, tras las visiones que tuvo, se hizo religioso –Carmelita de la Santa Faz–, y fue ordenado sacerdote *in eternum* –papa en sentido ortodoxo y judeocatólico primitivo–, por el arzobispo Pedro Martín Ngô Dinh Thuc⁴, la noche del 31 de diciembre de 1975. Este prelado, de igual edad que el rey del Imperio Vaticano, Montini⁵, pocos días después, ungiría y consagraría (11 de enero de 1976), a Domínguez Gómez como obis-

po, lo que según la tradición secular del judeocatolicismo apostólico le confería automáticamente, por designio divino, el título de pontífice y papa.

El desprecio por parte de la corte vaticana de los sucesos milagrosos del Palmar originó un cisma que situó a Domínguez Gómez a la cabeza de la iglesia del Palmar.

Si se deja aparte el primado y papado de Toledo, la iglesia española, que fue totalmente independiente de Roma hasta que, en el siglo XI, los monjes cluniacenses la sometieron, con todo tipo de artimañas, falsificaciones y amenazas, a la obediencia al obispado de Roma, el papa Clemente del Palmar se convertía, probablemente sin que él mismo tuviera conocimiento del hecho, y gracias a los avatares de la historia, en el cuarto papa del judeocatolicismo occidental, tras Benedicto XIII y sus sucesores inmediatos, Clemente VIII y Benedicto XIV, que tuvo su cátedra paraclital en España.

Clemente Domínguez Gómez, papa felizmente reinante, vive entregado a la oración y al gobierno de su iglesia, a pesar de la ceguera con que el Cielo le ha querido probar.

¹ Nadie se sorprende de que María, lanzadera espacial desde su primera ascensión a los cielos, se pase la vida subiendo y bajando por el espacio interestelar, a velocidades superiores a la de la luz, para pedir a sus incondicionales que recen el rosario, súplica tan insensata y huera que produce un auténtico malestar pensar que haya nadie que pueda creer tales insensateces.

² Un estudio detallado y único sobre el fenómeno de Fátima, que analiza también, aunque brevemente, las denominadas apariciones de La Salette y de Lourdes, se encuentra en el trabajo de Gérard de Sède titulado *Fatima, Enquête sur une imposture*. (Éditions Alain Moreau, París, 1977), obra que sigue encontrando todo tipo de dificultades para su divulgación en España.

³ La expresión no corresponde a la realidad, porque los milagrosos sucesos, que nada tienen que envidiar a Lourdes o Fátima, y que los superan en pureza, claridad y verosimilitud, fueron atacados por todos los lados por los príncipes mitrados locales, ataques que se incrementa-

ron ante el silencio del rey del Imperio Vaticano Montini, papa Pablo VI, al informe que la comunidad religiosa del El Palmar le envió explicándole los hechos.

⁴ Hermano del antiguo presidente de Vietnam Ngô Đình. Éste fue asesinado junto con su hermano Ngô Đình Nhu, jefe de la policía, y con el visto bueno de los jefes yanquis, el día 2 de diciembre de 1963.

⁵ Para desprestigiar las consagraciones realizadas por el obispo vietnamita, se afirmó que era un anciano que chocheaba. (Quienes deseen mayor información sobre las versiones que corren sobre las apariciones de la Alcaparrosa, pueden consultar a J. G. Buron y A. M. Alonso, *El enigma de El Palmar de Troya*, y a J. Alonso y R. Canales, *El Palmar de Troya, el festival del Integrisimo*.)

CLEMENTE EL JUDÍO¹. (*Pertenece a la leyenda*). En los listados pontificios vaticanos, obispo de Roma, más conocido por papa Clemente I. Ser mitológico, al que se le ha hecho jefe de la comunidad de judíos reformados de la antigua ciudad imperial, del año 90 al 97, cuando el judeocatolicismo, griego o latino, no era ni siquiera una posibilidad. A pesar de todo, el teofuncionariado cristológico, obligado a tener que rellenar los siglos que transcurrieron desde la supuesta muerte de Jesús, en el año 33 de la era vulgar, hasta la existencia de los rabinos pastorales de las sectas heterodoxas judías de carácter filorromano que pudieran darse a partir del siglo III o más tarde todavía, confeccionaron listas y pseudo vidas con el fin de salvar la tremenda laguna creada por la historia que habían compuesto. El vacío se rellenó con varios nombres de contenido huero, para los que fue necesario construir una historia. Clemente I fue uno de ellos. La vida de esta entelequia², siempre justificada con expresiones ambiguas –se dice..., parece que..., se cuenta..., leyendas antiguas..., narraciones dignas de crédito..., ya en aquel tiempo..., los antiguos ya creían..., es de dominio público...–, queda perdida en el marasmo de las suposiciones tendenciosas con el fin de nadar y guardar la ropa,

aunque en algunos casos se confiesa –jamás abiertamente– que son pura ficción. La historia elaborada por la curia romana, y que puede leerse en cualquier relación de obispos o papas romanos afirma que son dudosas las noticias acerca de este personaje mítico: *Pudo ser el tercer sucesor de Pedro, y es probable que conociera a los apóstoles. Es posible, también, que fuera martirizado en tiempos de Trajano. A él se atribuye una carta a los corintios*.³ Los historiadores de la ortodoxia romana y del papismo, intentando unificar criterios, afirman que era romano aunque de origen judío, siendo su padre el senador Faustino, de los Flavios. Habría sido hecho episcopo por Pedro, el discípulo de Jesús, y se salvó de las persecuciones de Domiciano porque su familia era patricia. Pero no faltan autores que aseguran que fue desterrado por orden de Trajano, enviado a trabajar en las minas, y que tras varios milagros, entre los que se encontraba el haber descubierto un manantial de agua pura en las desérticas minas, terminó siendo arrojado al mar, hecho que sitúan en el año 100.

Existe una profecía, que se atribuye al apóstol Bernabé, muerto –se afirma– en tiempos del obispado romano de Clemente, que asegura que el judeocatolicismo filorromano imperial, más conocido por Iglesia católica, apostólica y romana, “*seguirá un camino de perdición, en la senda de la muerte y los suplicios; brotarán los males que son perdición de las almas; la idolatría, la audacia, el orgullo, la hipocresía, el adulterio, el incesto, el robo, la apostasía, la magia, la avaricia y el asesinato, constituirán el patrimonio de sus ministros; serán los que corromperán la obra de Dios, los adoradores de los ricos y los opresores de los pobres*.”⁴

¹ Los antiguos listados afirman que era romano, hijo de Faustino, y que su juventud transcurrió en el barrio de Roma conocido por Monte Ce-

lio. Los modernos aseguran que su familia era judía.

- ² La falta de datos históricos, imposibles de encontrar, ha hecho que ni los listados oficiales coincidan entre ellos a la hora de ofrecer una biografía medianamente creíble de este hombre. Clemente I, como sus seguidores inmediatos o predecesores, pertenece a la fábula, no a la historia.
- ³ En cualquier relación de los papas de Roma de los años cincuenta, publicada con el *nihil obstat*, se encuentran tales expresiones.
- ⁴ Citado Por E. R. Solís, en *La santidad del Pontificado*, pag. 23. (Edi. El Museo Universal, Madrid, 1986).

CLETO EL ROMANO. (*Pertenece a la leyenda*). ¿Levita, rabino, sacerdote de las nuevas sectas judías de la diáspora? De no ser un producto de la imaginación, resulta imposible conocer su identidad. Se hace de él el sucesor de Lino, y tercer obispo de Roma. Se afirma rotundamente que estuvo a la cabeza de este obispado del año 78 al 90, cuando el judeocaticismo no era siquiera una posibilidad, pues no se había inventado todavía la figura mítica de Jesús, ni se habían compuesto sus primeros esbozos, es decir, no se habían escrito las *Biografías nicenas de Jesús*, los *Hechos*, las *Cartas* ni el *Apocalipsis*, en una palabra, los *Evangelios*¹. Hasta el siglo tercero o cuarto, cuando se habla de las comunidades “cristianas” de Roma y su imperio, debe entenderse que se está hablando de las comunidades judías, más o menos ortodoxas y, cuando se habla de los presbíteros o pastores de Roma, hay que pensar que se está hablando de rabinos judíos heterodoxos o de rabinos y levitas judeocatólicos claramente filorromanos y, por lo mismo, antimosaicos. Conviene tener presente que, a pesar de los esfuerzos continuos realizados por las autoridades del judaísmo reformado, los romanos se las veían y deseaban para diferenciar claramente entre judíos ortodoxos y judeocatólicos, y esta confusión se prolongó hasta el siglo V o VI.

Las biografías oficiales², al hablar de este hombre, con las consiguientes contradicciones entre ellas, lo hacen de forma ambigua. Ni siquiera hay unanimidad en hacerlo sucesor de Lino, pues no faltan quienes aseguran que el sucesor de este hombre fue, en realidad, Clemente. El evangelista Lucas, del que se dice que era contemporáneo de Cleto, afirma en su evangelio que este hombre estaba casado.

El año de su muerte también resulta ser una incógnita; pudo haber muerto el año 89, el 90, que hemos señalado, o el 91. En cuanto a su sucesor, se señala habitualmente a un tal Clemente el Judío, papa Clemente (90–97).

Eusebios Pamphili se limita a darnos el nombre de este hombre. Los detalles sobre su supuesta vida, son obra de hagiógrafos posteriores, que, entre otras cosas, le atribuyeron unas falsas decretales seis o siete siglos más tarde. Habiendo muerto en la cama, la curia romana lo considera un mártir, y justifican este título en razón de los “tiempos heroicos” en que vivió y murió. (Ver *ANACLETO el Griego*).

¹ Los *Evangelios* sólo adquirieron carta de ciudadanía en el siglo IV, momento en que se pretende establecer las bases para la elaboración de una biografía ortodoxa de Jesús-Cristo.

² La confusión que existe en los listados oficiales del obispado de Roma, publicados por el mismo Vaticano, no termina de eliminarse. La edición del *Anuario Pontificio* de 1937, hace de Cleto un mártir romano, claramente diferenciado de Anacleto, al que hace un mártir griego, que ocupó el obispado de Roma del año 100 al 112. Sin embargo el *Anuario Pontificio* de 1970 y otros posteriores, de Cleto y Anacleto hacen un único personaje, al que coloca en la silla obispa romana del los años 76 al 88, variando, por consiguiente la cronología posterior y la duración de la precedente. Y dicha confusión no resulta muy explicable cuando, aparte de ser publicaciones de una sede infalible, que participa en la naturaleza de sus dioses, se ciñe a los supuestos documentos de

los libros pontificales y las representaciones pictóricas de los obispos de Roma que existen en algunos templos de Italia, documentos y testimonios pictóricos considerados de una fidelidad cuasi dogmática.

COLEGIOS DE LOS ESCOCESSES, Los.

Colegios fundados en España por Felipe II para formar a los sacerdotes o hechiceros papistas¹, ingleses o escoceses, que se introducirían de incógnito en Inglaterra y Escocia. Uno se fundó en Valladolid y otro en Sevilla. Posteriormente serían confirmados por el obispo de Roma Hipólito Aldobrandini, papa Clemente VIII Bis. Este mismo papa creó un colegio de los escoceses en Roma, con la misma finalidad, sobre todo al ver que Jacobo I de Inglaterra y VI de Escocia no tenían ninguna intención de convertir sus reinos al papismo. Dichos colegios se pusieron en manos de los jesuitas, y el papa les concedió privilegios y prebendas y los dotó generosamente para su buen funcionamiento y durabilidad. De estos colegios salieron generaciones y generaciones de sacerdotes o hechiceros, miembros de la Santa Alianza, que trataron de imponer el imperialismo religioso papista en Inglaterra y Escocia por toda clase de medios.

¹ En ocasiones, tales hechiceros o sacerdotes, para no ser descubiertos por su forma de vida, tenían licencia para casarse y fundar una familia, con el fin de no resultar sospechosos a sus vecinos y a los agentes de la corona.

COMPAÑÍA DE JESÚS. Logia fundada por Ignacio de Loyola, en París, el año 1534. Tuvo y tiene como finalidad, la defensa a ultranza del despotismo papal y del que más tarde sería llamado Imperio Vaticano. No tardó, ya en vida de Ignacio, en ser uno de los baluartes más poderosos del judeocatolicismo pontificio, y uno de los organismos más eficaces de la política cloacal del papa¹. Entre luchas,

derrotas, condenaciones, confirmaciones, resurrecciones y victorias, se considera que todavía, en la actualidad, constituye una de las logias más poderosas al servicio del papado romano. Se la tiene, también, por la creadora de la idolatría papal², para cuyo servicio, los denominados profesos se obligan con un cuarto voto de obediencia especial.

¹ (Ver *El ESPIONAJE vaticano*)

² Nada nuevo hay bajo el Sol. El obispo de Roma ha sido convertido en un divinidad, un papadios o rey idolátrico, refrito de las antiguas religiones cuyos monarcas –reyes divinos– eran expresión y parte de las divinidades en juego. Los artifices de esta conversión fueron los jesuitas, que se desvivieron por llevar a la práctica las ocurrencias febriles y delirantes del señor Mastai-Ferretti, papa Pío IX.

CONCIENCIA, La violación de la. Constituye un arma efectiva y, en su tiempo, en exclusiva, de los reyes del Imperio Vaticano, que la utilizan desde el instante en que una persona nace hasta que se la entierra. A ella han recurrido y recurren, sistemáticamente, los teofuncionarios cristológicos papistas a través de la formación–deformación, la confesión y la dirección espiritual. A ella recurrieron, por la tortura física y la amenaza de asesinato patibular o cloacal, cuando el poderío del obispado y papado romano les permitió, abusando de su prepotencia y orgullo, su utilización impune. Cualquier interrogatorio constituye una violación de la conciencia. Cualquier sistema de tortura –un interrogatorio ya lo es–, aplicado con el fin configurar la mente de una persona, o de descubrir el interior de su mente, resulta ser una violación de la conciencia.

La violación de la conciencia en los colegios y las casas de formación regidos por los teofuncionarios papistas está aceptada por la sociedad, y se ejerce y mantiene sin que los mismos padres de

las víctimas se escandalicen, cuando no son los primeros que colaboran en ella. La violación de la conciencia a través de la tortura moral –descontamos ahora la tortura física, que tanto utilizó la policía supranacional de los papas, la Santa Inquisición y otras instituciones pontificias, aunque no la tuvieran en exclusiva–, constituye un arma fabulosa en manos de superiores y maestros de novicios. (Ver *El CONTROL de la mente del niño*).

CONCILIARISMO, Los padres del. La superioridad de los concilios sobre el obispo de Roma y sobre cualquier obispo o patriarca, archimandrita o metropolitano, tanto de las comunidades judeocatólicas antiguas como modernas resultaba evidente para todos. Esta doctrina constituía la tradicional en toda las iglesias y comunidades tanto orientales como occidentales. Para el obispo de Roma, que aspiraba al poder absoluto en el terreno material, el doctrinal y el dogmático, resultaba molesta y odiosa. El concilio podía declarar hereje al papa de Roma, como había ocurrido en alguna ocasión; el concilio podía deponer a cualquier obispo o papa, el de Roma incluido; el concilio era el único que podía declarar un dogma, en contra del parecer de cualquier obispo, incluso el de Roma, y de cualquier ideología, incluso la de los obispos romanos. Resultaba lógico que los obispos de Roma odiaran a los concilios y los temieran más que a un nublado. Resultaba, por otro lado claro, como había ocurrido en los primeros siglos del judeocaticismo, que los concilios no tenían poder material para imponer sus conclusiones, porque el terreno en que se movían era el terreno de la fe y en el de los evangelios; podía excomulgar, al igual que los obispos, pero jamás podía atentar contra la vida o los bienes personales de los excomulgados. Por

lo mismo, cualquier obispo, debía moverse siempre en el terreno espiritual y evangélico, jamás en el civil o material. Los bienes que administraban obispos y concilios eran de carácter espiritual y salvíficos, nunca económicos o materiales. En una fecha tan tardía como era el siglo XVI, el dominico Francisco de Vitoria (1483–1546), desde su púlpito de Salamanca se atrevió a afirmar que “... el papa –el obispo de Roma– no tiene potestad alguna que sea meramente temporal, y que, en defensa propia, cualquiera puede lícitamente matar al papa invasor.”¹

Los papas de Roma no se resignaron a esta costumbre, que los amenazaba con la excomunión y aun la deposición en cualquier momento, y que ponía trabas al ejercicio del poder absoluto al que aspiraban. Pero en contra de tales aspiraciones estaban los padres del conciliarismo, que se apoyaban en la tradición y los santos padres. Fueron muchos, pero los más destacados fueron Marsilio de Padua, escritor y rector de la Universidad de París (1290–1342), que negaba aun el poder espiritual de los obispos o papas de Roma, que debía estar sometido al del Emperador; Juan de Jandún, teólogo francés (1280–1328), que proponía, siguiendo la tradición y los evangelios, la subordinación de la iglesia y sus papas u obispos a los emperadores y reyes; Guillermo de Ockham, filósofo y teólogo inglés (1285–1349), que perteneció a la logia franciscana, y que tuvo que escapar de Roma ante el peligro que corría por sus ideas.

Frente a los conciliaristas se levantó Juan de Torquemada, llamado por Eugenio IV defensor de la fe. Los jesuitas serían los enemigos más acérrimos del conciliarismo, como lo demostraron en Trento y en el Vaticano I.

¹ *Relecciones theologicae*. (Citado por A. Castro Zafra en: *Los círculos del poder*).

CONCILIO, Los. Reuniones, cortes generales o asambleas de los príncipes mitrados del judeocatolicismo filorromano imperial. Los concilios demuestran indirectamente la inexistencia, durante los primeros siglos de nuestro cómputo, del "cristianismo", entendido no como un movimiento de judíos heterodoxos confundidos, en ocasiones, hasta bien entrado el siglo V del cómputo actual con el judaísmo general o los judíos ortodoxos, sino como la realidad en que dicho movimiento se convirtió a partir de los siglos VI y VII. En efecto. En un movimiento que abarca la totalidad del Imperio Romano y allende sus fronteras, según se afirma, nada más natural que la necesidad de las reuniones, más o menos frecuentes, para contrastar opiniones, unificar criterios, evitar desvíos y dictar credos, dogmas y conductas. Si tales reuniones no se dieron, es por la sencilla razón de que no existía el "cristianismo" (judeocatolicismo) del cual se nos ha hablado hasta la saciedad. El teofuncionariado cristológico y con él la corte imperial vaticana, agarrándose a un clavo ardiendo, han denominado concilios lo que resulta ser, en realidad, la mención, en los textos nicenos evangélicos, de los encuentros de una docena de paisanos y desocupados, que han perdido al cacique del grupo. No pueden tomarse las dos supuestas reuniones de Jesuralén¹, narradas en los *Hechos de los apóstoles*, tras la muerte, resurrección y ascensión de Jesús, por lo que la historia del judeocatolicismo imperial romano entendió siempre por concilio, y mucho menos por lo que se entiende por concilio ecuménico.

Los concilios que se mencionan tras los bíblicos, no tienen mayor consistencia. Se habla de un supuesto concilio en Hierápolis, en el año 170, cuando resulta totalmente imposible su existencia, puesto que ni siquiera existe todavía el judeoca-

tolicismo como secta del judaísmo ortodoxo ni como fundación del supuesto Jesús, que todavía no ha sido creado. Es más, la misma ambigüedad con la que se le quiere dar carta de ciudadanía demuestra la indecencia de quienes lo citan, pues son los primeros convencidos de que no hubo tal concilio: "se cree", "se supone", "se piensa y se tiene por habido", son expresiones habituales para justificarlo. El hecho de que se hable de grupos como los Montanistas y Cataphrigas, grupos que, de haber existido en esa época, deben considerarse movimientos heréticos judíos, aunque la iglesia oficial judeocatólica papista los haya convertido en grupos heréticos propios, obliga a desconfiar del valor probatorio que se le quiere dar. Y lo mismo puede decirse de los supuestos concilios de Roma, Éfeso y Palestina, en el año 196, el de Roma, Cesarea y León, en el año 197, o el de África, en el año 200. Todos son citados con una ambigüedad absoluta, lo que hace dudar de su existencia, naturaleza e identidad. No debe olvidarse que el judeocatolicismo se formó a lo largo de los siglos –lo demuestran las transformaciones que aun hoy día se efectúan en su seno–, y que hasta la destrucción definitiva del último Mesías judío guerrero de envergadura, Bar Cocheba, en el año 136, la destrucción de Jerusalén y la expulsión de los judíos de Palestina por los Romanos, no pudo comenzarse a hablar, de un modo firme, general y definitivo², de la existencia de un nuevo Xristós (messiah) de carácter pacífico y manso. Y este nuevo Cristo, pacífico, manso y bueno, que no tenía la pretensión de reinar sobre el pueblo judío con la espada, solo pudo ser predicado abiertamente, tras el fracaso de Bar Cocheba, y recogiendo aspiraciones y corrientes renovadoras más antiguas, por Marción, que se presentó en las sinagogas judías romanas, en el

año 140 del cómputo actual, con unos escritos que constituyen, según algunos autores, los verdaderos protoevangelios. Marción, en realidad, constituye el gozne que permite un giro radical del judaísmo tradicional, debilitado por un sectarismo galopante, hacia el judeocatolicismo filorromano imperial, al hacer del dios Yahvé hebreo un dios malo y pernicioso³, rechazable por todos los judíos y goyines de buena fe y de mente abierta. Lógicamente, contando con las dificultades naturales de la época, la expansión de un movimiento embrionario como el iniciado por Marción, aunque tuviera raíces más antiguas, exigió muchos años, y las asambleas o concilios necesarios para unificar criterios dogmáticos, jerárquicos, culturales y sociales, sólo pudieron darse cuando el movimiento de judíos reformados o heterodoxos pudo imponerse sobre los grupos ortodoxos, lo que exigió un tiempo más largo todavía. Puede decirse que si hubo reuniones y asambleas en los tres primeros siglos del cómputo actual sólo pudieron ser reuniones y asambleas de los judíos, fuesen ortodoxos o heterodoxos, filorromanos o no, reuniones y asambleas que, posteriormente se diría –cuando las jerarquías de las sectas judeocatólicas filorromanas imperiales se impusieron sobre todas las demás, y tras un programa de falsificaciones intensivas y sistemáticas–, eran asambleas “cristianas”. La credibilidad en la existencia de concilios anteriores al más admitido de Nicea, en el año 325, es nula, pues se toman como concilios lo que no eran más que posibles reuniones locales, más o menos ruidosas, de judíos ortodoxos y heterodoxos, y aun de ello no se tiene ninguna garantía, pues cualquier noticia, documento o testimonio de la época pasó por la criba y las manos de los pastores y obispos de la secta judeocatólica filorromana imperial, la que

resultó triunfante tras inclinarse Constantino hacia ella y, sobre todo, cuando Teodosio, en el año 380, la declaró única religión del Imperio. Sólo a partir del denominado concilio de Nicea, del que se afirma que tuvo lugar en el año 325 se aprecia una cierta regularidad, más o menos fiable, en los listados de los concilios. La ausencia pues, de concilios fidedignos hasta el siglo IV ofrece claras dudas sobre la existencia de un religionismo judeocatólico que no fuera otra cosa que un movimiento de judíos heterodoxos filorromanos, nada discretos y dados a las algaradas y los disturbios, como siempre lo fueron los judíos, que llevaban camino de emanciparse de las sinagogas y de las corrientes tradicionales hierosolimitanas y fundamentalistas.

Tras el denominado concilio de Nicea, los concilios fueron más regulares, pero todos los ecuménicos fueron convocados por los Emperadores, la máxima autoridad de la Iglesia y del Imperio. Además, y esto quedó de manifiesto hasta el concilio de Trento, los concilios siempre constituyeron la máxima autoridad del judeocatolicismo cristológico en el terreno doctrinal y dogmático. Todos los obispos, el de Roma incluido, eran inferiores a los concilios y debían someterse a ellos bajo pena de excomunión.

¹ Hc. I, 13 y II, 1–4.

² La existencia de los Esenios, la de su Maestro de Justicia, unida a la denominación de “Cristianos” que recayó sobre los judíos, en las colonias griegas a partir de la traducción al griego de la Biblia, permite encontrar antes del siglo primero de la era común la idea de un mesías (cristo) pacífico y espiritual. Pero esta idea no pudo ser de dominio común hasta pasado el tiempo, por el carácter secreto del Maestro de Justicia. Tampoco pudo hacerse popular y pública tras la destrucción de Jerusalén, en el año 70, a pesar de la terrible decepción que dicha destrucción significaba y la servidumbre que cayó sobre todos los judíos e israelitas como consecuencia del alzamiento y la derrota; y, sobre todo, no alcanzó la magnitud que alcanzaría con la de-

rrota de Bar Cocheba en el año 136, en que desapareció, por completo ya, la idea de un mesías triunfador y la existencia de Israel y Judá, que se convirtieron en Aelia Palestina.

- ³ El extremismo de Marción y de la escuela que puede ocultarse en este hombre, fue la palanca que terminó desplazando a las grandes masas del judaísmo hierosolimitano y mosaico hacia un judaísmo avinagrado que desembocaría en el judeocatolicismo filorromano imperial triunfante. Sin llegar a los extremos de Marción, que maldice y desprecia a Yahvé, los pastores de las nuevas sectas, se apropian de su evangelio y cartas y, siguiendo sacralizando a Yahvé, lo inutilizan y paralizan totalmente, dejándolo en un segundo plano, para crear la figura de Jesucristo, al que hacen hijo suyo. De este modo se roba a los hebreos o judíos ortodoxos, y sin escrúpulo alguno, su pasado histórico y sagrado, es decir, les roban descaradamente la *Biblia*, aparte de que la adulteran añadiéndole el denominado *Evangelio* o *Evangelios*. Para justificar el relevo, se inventan la escena del bautismo de Jesús (1), en la que no tienen inconveniente en hacer que el mismo Yahvé se exprese dando a entender que ya chochea y deja las riendas de su propiedad al hijo que jamás pudo tener: "Este es mi hijo amado, en quien tengo mis complacencias" (Mt. III, 17), palabras que repiten Marcos y Lucas también.

- (1) El bautismo de Jesús manifiesta, en contra de las afirmaciones en vigor, que la secta judeocatólica, el mal llamado cristianismo, tiene, en el momento de ser escritas sus páginas, una antigüedad muy superior a la que se afirma, ya que el bautismo lo tomaron los sectarios judíos filorromanos de los cultos de iniciación de las religiones de misterio. Es de rigor pensar que los judíos, ortodoxos o heterodoxos, tan reacios a toda alteración de sus ritos y la interpolación de elementos nuevos en ellos, no pudieron rechazar la circuncisión iniciática por una iniciación bautismal, carente de significado para ellos, de la noche a la mañana. Tuvieron que pasar años, y aun siglos, antes de que el bautismo sustituyera a la circuncisión. Y tuvieron que pasar los años antes de que se construyera, para hacer divina dicha sustitución, la escena del bautismo del protagonista evangélico. En el tiempo en que se pretende situar las escenas evangélicas es imposible que existiera el bautismo, puesto que éste ya constituye la puerta única de entrada a la Iglesia: y Jesús no pretendió construir una organización—el nombre no tiene ninguna importancia—, ya que había venido a salvar a sus contemporáneos, a los que advierte, en varias ocasiones, que verán llegar el día del juicio

final. Solamente cuando el paso de los años y los siglos dio al traste con la profecía inmediata del fin del mundo, que sería contemplado por muchos de los que veían en ese instante a Jesús, se vio la necesidad de posponer dicho fin y se fue consciente de la necesidad de estructurar, en una organización firme y segura, a los desorientados rebaños que esperaban inútilmente la resurrección de los muertos. El bautismo constituyó entonces la puerta de entrada a la nueva y necesaria "fundación", puerta que sustituía a la circuncisión.

Las discusiones tan agrias que se observan en las cartas y hechos de los apóstoles sobre este punto muestran la distancia tan tremenda que separaba aquellas comunidades eclesiales, tan organizadas y estructuradas ya, de los supuestos años en que vivió el protagonista evangélico.

CONCILIO DE JERUSALÉN. Nombre específico con que se ha dado en llamar una de las reuniones de los seguidores de Jesús, que se narra en los *Hechos de los Apóstoles*¹. La importancia de esta reunión o concilio, tiene un carácter excepcional para el papismo, pues se dice presidido por san Pedro, ya para entonces cabeza de la incipiente iglesia. La realidad de los textos que se mencionan es más modesta. En primer lugar, nada indica que se tratara de una reunión diferente a las que habitualmente podían tener unas personas que han perdido recientemente a un amigo. En segundo lugar, el grupo en sí, se limita a los amigos de siempre, por lo que sigue tratándose de un grupo de nazarenos. En tercer lugar no se menciona para nada el sentido doctrinal ni ejecutivo de dicha reunión, exigencia sin la cual no hay concilio, en el sentido en que, en la actualidad, se da a este término. En cuarto lugar la reunión, en sí, no podía tener ninguna trascendencia, elemento fundamental de todos los concilios, puesto que Jesús no había venido a fundar ninguna organización—afirmó en varias ocasiones, y lo repite el mismo san Pablo en otras, que el fin del mundo estaba a la puerta, y que muchos de los presentes podrían contemplarlo

con sus propios ojos carnales, pues no les daría tiempo a morir de viejos—. En quinto lugar, la consecuencia inmediata, tangible, del supuesto concilio es absurda, puesto que, los apóstoles, destinados a las ovejas de Israel, como recordaría Pablo en sus cartas, no necesitaban hablar parto, medo, elamita, egipcio, cretense, árabe, latín, griego, etc., idiomas de que les dotó el celestial palomo, cuando bastaba con que se expresaran en hebreo o arameo. El ponderado concilio de Jerusalén para lo único que ha servido ha sido para ahorrar a los reunidos el esfuerzo de estudiar lenguas extranjeras y hacerlos intérpretes multilingües simultáneos, milagrería absurda y ridícula, que, por otra parte, el autor de los *Hechos*, intenta justificar con la intervención de su Espíritu Santo ante la extrañeza del fenómeno que él mismo se ha inventado.²

Si algo descubre este supuesto concilio, es que quienes han compuesto los *Hechos de los apóstoles* son miembros de una organización ya establecida, a todas luces imposible en la época en que se quiere situar la acción, que han tratado, por este medio, de justificar lo que en ellos ya es habitual: han santificado su propia organización aduciendo para ello que ésta había sido creada por el mismo Jesús evangélico. Y como la organización quiere resaltar la importancia de sus jefes, sobre todo la importancia de Pedro —elemento fundamental para la preeminencia del obispado de Roma³—, el concilio de Jerusalén⁴, a pesar de su inverosimilitud, a pesar de sus absurdos, a pesar de sus contradicciones, a pesar de unos mensajes anacrónicos para la época, se presenta como un elemento capital del judeocatolicismo filorromano imperial, que es, en último y primer término, el que se quiere justificar. Pero este mismo deseo de justificación, nos retrotrae a unas épocas muy posterior-

res a las que el texto quiere presentar, ya que los contenidos era imposible que se hubieran dado antes del siglo III de la era vulgar. El presunto concilio de Jerusalem constituye una inanidad absoluta, tan fuera de sitio, que resulta imposible no pensar que quienes describen este pasaje, no fueran conscientes del embuste que estaban componiendo; y resulta imposible no pensar que el cinismo de que hacían gala, estaría más que justificado ante la credulidad infinita de sus rebaños, dispuestos a comulgar no sólo con ruedas de molino, sino con el molino entero y las aspas desplegadas.

¹ (Hc. II, 1 a 4).

² *Otros, burlándose, decían, están cargados de mosto.* (Hc. II, 12).

³ La intempestiva y grosera preeminencia que se da a Pedro en los capítulos primeros de los *Hechos* resulta demasiado sospechosa como para pasar desapercibida la necesidad, por parte de su autor, de ensalzar su papel.

⁴ Para darle mayor relieve y consagrarlo como divino, quienes escribieron o alteraron dicho texto, obligaron a intervenir al Espíritu Santo (Pentecostés), anacronismo que descubre la falsificación e interpolación posterior de dicho pasaje.

CONCILIO DE NICEA. Supuesta tercera asamblea¹ o Cortes generales de los obispos del judeocatolicismo filorromano imperial, que, con el tiempo, pasaría a llamarse cristianismo. Según las crónicas oficiales esta asamblea o concilio fue convocado por Constantino en el año 325, en la ciudad mencionada, en la actualidad Iznik, Turquía. Sin embargo, algunos autores, poniendo en solfa las afirmaciones oficiales y tradicionales de Roma y el Vaticano, ante la ambigüedad real que envuelve dicho concilio y el silencio de los autores civiles de la época, niegan sus conclusiones y existencia. Juan G. Draper, citando al historiador Mosheim, nos dice de él que "... los antiguos críticos no están acordes en el tiem-

po ni el lugar en que se convocó, ni en el número de obispos que concurrieron, ni en el nombre del que lo presidió. No se extendieron actas de su famoso decreto, o al menos, ninguna ha llegado hasta nosotros". (J. G. Draper: *Conflictos entre la religión y la ciencia*. Edit. La Revista Blanca, Barcelona; pg. 167).

¹ La primera habría sido el supuesto primer concilio apostólico de Jerusalén, narrado en Hc. I, 15; la segunda sería la reunión que se relata en Hc. II, 1-4.

CONCILIOS ECUMÉNICOS. Cortes generales y máximo organismo directivo, dogmático, doctrinal, legislador, ejecutivo y sancionador del judeocatolicismo general hasta el concilio de Trento. Fueron siempre convocados a petición de un patriarca, de un obispo o por el conjunto de obispos de una zona o región, o por el emperador Romano, o los emperadores alemanes, etc. A partir de Trento, la máxima autoridad la perdieron los concilios ecuménicos para recaer en el obispo de Roma y, en el fondo, en la corte del que terminaría siendo el Imperio Vaticano. Este proceso y "traspaso" de poderes se sacralizó, de una vez por todas, cuando Juan María Mastai-Ferretti, papa Pío IX, organizó, con la ayuda de los jesuitas el Concilio Vaticano I para declararse infalible. El proceso de desplazamiento de la suprema autoridad en el judeocatolicismo latino desde los concilios hasta el obispo de Roma fue lento, en ocasiones aparentemente anodino, con altibajos y peligros para todos y cada uno de los obispos de las diversas diócesis. Este proceso se inició con la marcha de los emperadores a Bizancio, la oportuna caída del Impero Romano con las invasiones bárbaras, el estrangulamiento de las "iglesias" orientales por el Islam, las falsificaciones compuestas por la clerecía y corte papal de Roma a

lo largo de todos los siglos, la determinante ayuda de los benedictinos a partir del siglo VII, la decisiva de los dominicos y franciscanos hasta el siglo XV, sobre todo como directores de la policía papal supranacional, la de Santa Inquisición, y la de los jesuitas a partir del siglo XVI. Estos elementos mencionados constituyen auténticos pilares que señalan la cronología de una usurpación, y que se remata, finalmente con la declaración, en pleno siglo XIX, de Mastai-Ferretti sobre su propia infalibilidad y la de todo el obispado romano. A partir de este hombre, Mastai-Ferretti, convertido en papadiós o rey-divino, el concilio solo puede ser convocados por el obispo de Roma y rey del Imperio Vaticano, que se lo reserva en exclusiva. Al mismo tiempo en que los concilios agonizan bajo las presiones del obispo de Roma, que los temió siempre como a un nublado, pues podían despojarlos del cargo, se inició, paralelamente el proceso de mitificación del mencionado obispo, proceso que también resulta fácil rastrear. Debe recordarse que el papado, tal y como se pretende consagrar en la actualidad, y dejando aparte su aspiración de hacer del papa un rey-dios, es de creación moderna; segundo, que el título de papa era común a todos los obispos del judeocatolicismo, y que sólo a partir de siglo X comenzó a tener vigencia real su uso exclusivo por el obispo de Roma, dentro del catolicismo latino, pues el título de papa, que significa padre, es utilizado todavía por todos los sacerdotes ortodoxos del judeocatolicismo oriental¹; tercero, que la autoridad de los concilios ecuménicos, que pudieron ser convocados por cualquiera de los obispos o patriarcas más influyentes del judeocatolicismo imperial fue siempre superior a la de cada uno de los obispos y patriarcas, el de Roma incluido; que los concilios ecuménicos, haciendo uso de la

autoridad máxima de que gozaron siempre, destituyeron y condenaron a varios obispos, anatema que cayó también sobre alguno de los obispos de Roma; cuarto, que con el concilio de Trento, que se extendió de los años 1545 al 1563, y en el que colaboraron activamente los jesuitas, se asiste al desconcertante espectáculo de que la máxima autoridad del judeocatolicismo, el concilio ecuménico, declare, como pedía el obispo de Roma, que este obispo está, en autoridad, por encima de los concilios; quinto, que en esta carrera desviacionista en que nace, crece y se desarrolla el papismo, se puede observar que el concilio Vaticano I no duda en permitir que Juan María Mastai-Ferretti, Pío IX, se declare partícipe en la naturaleza divina de los dioses, al declararse infalible. Actitud permisiva que supone el derrumbe definitivo de los concilios y del movimiento federativo de las "iglesias" independientes que nacieron de la evolución progresiva del judaísmo heterodoxo de la diáspora, sobre todo, del judaísmo filorromano.

El número oficial de concilios ecuménicos se eleva en la actualidad, para la corte papal y su teofuncionariado, a 21, cifra que no es compartida por el judeocatolicismo ortodoxo, armenio y reformado, ni por algunos historiadores ortodoxos del Imperio Vaticano, dóciles a la corte papal.

¹ Resulta ilustrativo que Eusebios Pamphili (Eusebio de Cesarea), en pleno siglo IV, en su *Historia de la Iglesia*, cuando habla de los obispos que ocuparon las diversas diócesis del mundo judeocatólico, jamás utiliza la palabra papa o pontífice para designar al obispo de Roma, ni da a entender, en ningún momento, que el obispo de esta ciudad estuviera, en absoluto, por encima de los obispos de las iglesias de Cartago, Antioquía, Jerusalem, Alejandría, Éfeso, Corinto, etc. En la enumeración de los diversos obispos que se sucedieron en las diócesis que menciona, jamás habla de la existencia de una supremacía por parte de ningún obispado, pues considera que todos los obispos del judeocatolicismo son iguales.

CONCINI, Concino. (Mariscal Ancre). Diplomático florentino, al servicio de la reina regente de Francia, María de Médicis, tras el asesinato, por el papa Pablo V (1605–1621) y sus agentes de la *Sancta Societas* y el Círculo Octogonus, del rey francés Enrique IV, Concini se convirtió en el favorito de la reina, pero era, sobre todo, un espía del mencionado papa o rey, Camilo Borghese. Gracias a la fortuna que logró amasar pudo conseguir el marquesado de Ancre y el título de mariscal de Francia (1613). El rey del que terminaría siendo el Imperio Vaticano, gracias a Concini y, sobre todo, a su esposa Leonora Galiagi, estuvo siempre informado de todo lo que ocurría en la corte francesa y sus proyectos para el futuro. La información llegaba a Borghese a través de la *Sancta Societas* y sus espías.

La ascensión de Concini se inició en el año 1610 y su época gloriosa concluyó en el año 1617, momento en que se produjo su derrumbe. Camilo Borghese, prevenido a tiempo de lo que se avecinaba por su embajador Bentivoglio, ordenó a los agentes de la Santa Alianza que las órdenes del florentino se consulten antes con Roma. La antipatía que había despertado Concini, que perjudicaba tanto a la reina madre como a Luix XIII, pudo con él. El día 24 de abril de 1617, caía asesinado por orden del rey y los puñales de tres desconocidos. La Esposa, Leonora Galiagi, fue matada, también, por orden real. Richelieu se encargó de acusarla de brujería y, a pesar de que la mujer trató de que el nuncio Bentivoglio y el papa la protegieran, aunque no fue más que por los servicios prestados, estos últimos la dejaron caer. "Probada" la acusación de brujería, la sentencia se cumplió un día después. Los mismos hombres de la guardia real que habían matado a su marido, la decapitaron y quemaron su cuerpo. La gloria francesa

del matrimonio Concini había durado siete años. Por ironías de la historia, en ese tiempo tuvo la oportunidad de proteger y ayudar a uno de los hombres que más contribuirían a determinar los destinos de Francia, a Armand Jean du Plessis, el futuro Cardenal Richelieu, tan odiado en la corte del judeocatolicismo papista.

CÓNCLAVE. Lugar en el que, a puerta cerrada, se reúnen los cardenales electores para escoger al rey del Imperio Vaticano y obispo de Roma. La costumbre de hacerlo a puerta cerrada parece ser que se originó ya avanzado el siglo XIII, tras la muerte de Guy le Gros Fulcodin, papa Clemente IV. Al no ponerse de acuerdo los electores, alargando la elección hasta límites insospechados, el pueblo de Viterbo, lugar en que se reunieron los cardenales electores, los recluyó en el palacio episcopal, sin que pudieran salir, terminando los magistrados del lugar por quitar el tejado de palacio para que el Espíritu Santo tuviera más fácil acceso a ellos. Al salir elegido Teobaldo de Visconte como obispo de Roma, que ocupó el ambicionado trono con el nombre de Gregorio X, determinó que en lo sucesivo, sus sucesores fuesen escogidos a puerta cerrada por los electores, que no podrían salir del cónclave mientras no hubieran escogido al nuevo obispo de la antigua ciudad imperial.

El cónclave tiene su origen en la reforma que hiciera Nicolás II (1059–1061), a mediados del siglo XI (1059), con su decreto *In coena Domini*, ordenando que, en lo sucesivo, los únicos electores del obispo de Roma serán los cardenales. Hasta aquel instante, el clero y el pueblo romano eran los verdaderos electores de su obispo. El nuevo decreto tardó en imponerse y no se hizo realmente efectivo hasta cerca de un siglo después. A pesar de todo, el derecho al veto, que

constituía un modo de limitar el poder de los cardenales, lo tuvieron los emperadores alemanes hasta época reciente. Igualmente condicionaron las elecciones obispales romanas los grupos de poder que apadrinaban a los diferentes cardenales.

CONCORDATOS. En su afán por diferenciarse de los demás príncipes, reyes y emperadores, los reyes del Imperio vaticano designan con este nombre los acuerdos y tratados que establecen con los países que lo reconocen. Tales tratados, no suelen ser de dominio público, y mucho menos lo son los acuerdos secretos que siempre los acompañan.

CONGREGACIÓN. Nombre genérico de algunas logias de la idolatría cristológica judeocatólica papista. Se conocen con ellas de los lazaristas, claretianos, filipenses, eudistas, oratorianos, silvestrinos, y un largo etc. Su importancia estriba en que, directa o indirectamente, apoyaron y fortalecieron el imperialismo político y religioso de la corte del obispo de Roma.

Con este nombre se designan también algunas de las organizaciones que pululan por la corte del Imperio Vaticano, y entre las que se reparten la organización de la monarquía electiva que constituye el obispado o papado romano. Entre ellas se encuentran la de los ritos, las consistoriales, las ceremoniales, las de propaganda, las de negocios ordinarios y extraordinarios, las de religiosos, las de seminarios y universidades, las de los concilios, de los cardenales, etc. Todas ellas se llaman sagradas, porque las prebendas y sinecuras de sus miembros son intocables. Tienen también el nombre de romanas, porque nacieron y son manifestaciones del obispado romano, el verdadero creador del Imperio Vaticano.

CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE. Nombre con el que se designa, en la actualidad, a la antigua Santa Inquisición y al antiguo Santo Oficio, la policía supranacional del papado romano, policía que probablemente tenga en su conciencia el mayor número de torturas, crímenes, asesinatos, genocidios y masacres que conoce la historia de las represiones institucionalizadas y, sobre todo, sacralizadas y cuyos directores y responsables fueron siempre obispos y cardenales, mientras que sus fiscales, jueces, agentes, torturadores, ejecutores, asesinos, acusadores, interrogadores, etc., etc., fueron siempre religiosos dominicos, franciscanos, jesuitas al mando de un a chusma incontable de delatores y confidentes. El afán constante de borrar las huellas de sus crímenes e indecencias, ha hecho compulsivo, en la corte del Imperio Vaticano, el cambio de nombre de las entidades y organismos que han permitido su formación y su existencia. Sin embargo es imposible borrar sus huellas. Independientemente de que varios superiores generales de la Inquisición (C. para la D. De la Fe) alcanzaron a ceñirse la corona del Imperio vaticano –el caso de Joseph Ratzinger, papa Benedicto XVI–, y no puede estudiarse su vida sin ignorar el siniestro pasado que los conforma; existen multitud de testimonios, grabados en la conciencia de los pueblos que no pueden olvidarse ni borrarse. El peso de esta congregación sigue haciéndose sentir, aunque no tenga el poder, en la mayoría de los países europeos, para atentar contra la vida de sus víctimas.

CONGRUA, Portio. Expresión latina que puede traducirse por “la parte conveniente o necesaria”. En realidad no es más que un modo de denominar, en la actualidad, y en jergonza clerical, los

beneficios y prebendas de los clérigos, abades y príncipes mitrados, sean estos últimos con diócesis o sin diócesis, salvo a quienes estén en tierra por colonizar o en fase de colonización.

CONON EL ANCIANO. (Conon el Viejo). Obispo de Roma más conocido como papa Conon (o Conón). A la muerte del obispo Juan V, ocurrida en el año 686, hubo tres obispos de Roma. Uno de ellos fue el sacerdote romano Teodoro, que fue escogido por el ejército en el templo de San Juan de Letrán, pero al que no quisieron reconocer los presbíteros y clero de la ciudad. El segundo, escogido por el clero, fue el arcipreste Pedro, que fue nombrado a cielo abierto. El tercero, elegido por el pueblo, que siempre había sido el único con derecho a escoger a su obispo o papa, como sucedía en todas las diócesis, fue el anciano Conon¹. Los tres elegidos estuvieron a la greña hasta que el clero, en vista del cisma, que sólo podía perjudicarlo, y viendo el apoyo del pueblo a su elegido, destituyó al arcipreste Pedro. El ejército, viendo que el Conón pasaría a mejor vida en poco tiempo, depuso a Teodoro y aceptó a Conon².

Las crónicas hablan de este hombre con elogio, y afirman que era un hombre versado en letras y honrado. Durante su pontificado raro era el día que no estuviese aquejado de alguna dolencia. No fue de extrañar su muerte, en otoño del año 687, cuando apenas llevaba doce meses en el disputado trono.

El trono vacante sería disputado por Pascual el Archidiácono, papa Pascual I, que sería destronado y asesinado en prisión³ por Teodoro el Presbítero, papa Teodoro I Bis, que volvió por 2ª vez a la carga, y por Sergio de Palermo, papa Sergio I.

¹ Algunos textos hacen a Conon oriundo de Tracia, aunque natural de Sicilia.

² El Anuario Pontificio del año 1970 señala dos obispos o papas de Roma en el año 687, antes de la muerte de Conon, Teodoro, ya mencionado, y Pascual. Lógicamente, para gran parte de los listados oficiales, el arcipreste Pedro, Teodoro I y Pascual no serían más que antipapas, esto explica que sean muy pocos los historiadores que los mencionan como obispos de la antigua ciudad imperial.

³ Su derrota y asesinato le merecieron el título de antipapa.

CONSEJO MUNDIAL DE LAS IGLESIAS.

Organismo interconfesional de las diversas sectas que componen el judeocaticismo. Fue fundado en Amsterdam a mediados del siglo XX. Participan en él todos los grupos del religionismo evangélico salvo el vaticano, que no renuncia al título de cabeza de la iglesia. Constituye un esfuerzo para tratar de unificar los contenidos dogmáticos, culturales y de gobierno del teofuncionariado cristológico mundial.

CONSISTORIOS. Reunión del cuerpo cardenalicio residente en Roma con su rey. Pueden ser secretos o públicos. Si son secretos no consisten más que en una reunión del gobierno y consejeros del Imperio Vaticano, con su emperador o papa para dilucidar asuntos confidenciales de teopolítica. Si es público, no tiene otro sentido más que el dejar permitir en sus asambleas la presencia de testigos. Estos últimos se utilizan para nombrar nuevos cardenales.

CONSPIRACIÓN DE BABINGTON, La. Operación ordenada por el obispo de Roma Felix Peretti de Montalto, más conocido como papa Sixto V (1585–1590), a los jesuitas y a la *Sancta Societas*. Tenía como objetivo colocar en el trono de Inglaterra a María Estuardo, tras conseguir el asesinato de Isabel I. La operación se inició en la primavera de 1586, pero en agosto del mismo año la conspiración fue

descubierta y los conjurados detenidos. Los más conocidos fueron Ballard, Savage y el mismo Thomas Babington. La conspiración, que implicaba, por unas causas o por otras, a María Estuardo de Escocia, supuso la muerte de esta mujer, que sería decapitada el día 8 de febrero de 1587.

CONSPIRACIÓN DE THROCKMORTON,

La. Conjura prepara por el obispo de Roma Hugo Buoncompani, papa Gregorio XIII, para asesinar a Isabel I de Inglaterra. En dicha conspiración y asesinato estaba implicado, entre otros, también Felipe II de España, María Estuardo y Enrique III de Francia. Throckmorton, de nombre pila Francis, era un judeocatólico papista, fundamentalista hasta la médula, e intrigante vocacional, que fue reclutado por Thomas Morgan, secretario de la embajada de María Estuardo en Francia. Ganado para la causa, Throckmorton pasó a Inglaterra y comenzó a enviar a Roma todo tipo de información, pero sus planes y objetivos fueron descubiertos a tiempo por los espías ingleses, gracias a Giordano Bruno, que trabajaba en la embajada de Francia en Londres y era conocido por Fagot. Walsingham, secretario de Isabel, ordenó la detención Throckmorton, que sería ejecutado el 10 de julio de 1584, aunque por mucho que se buscó, no se encontraron las pruebas existentes sobre la intervención de los españoles en conjura.

CONSPIRACIÓN RIDOLFI, La. Se bautizó de esta manera el intento de asesinato organizado por el rey del judeocaticismo papista y obispo de Roma Miguel Ghisleri, Pío V, contra Isabel I de Inglaterra. La finalidad de este asesinato era la de hacer de aquel país un feudo y colonia sumisa del imperialismo papista. El nombre lo tomó del banquero florentino Roberto Ridolfi, espía de la *Sancta Socie-*

tas, organización de asesinos fundamentalistas creada por el mismo papa Pío V, y cuyos agentes eran reclutados entre los jesuitas, sacerdotes regulares y seculares y los teofuncionarios cristológicos.

La conspiración conduciría, a pesar de su fracaso, a la construcción de la Armada Invencible, con el fin de invadir Inglaterra y asesinar a Isabel, operación en la que España se arruinó por la servidumbre ciega de Felipe II a los deseos de los ambiciosos obispos de Roma. Las víctimas mortales de este desvarío del ambicioso y prepotente obispo de Roma se contarían, a la larga, por miles.

El duque de Alba, que controlaba los Países Bajos, vio siempre la invasión de Inglaterra como un desatino, y con buenas palabras se lo dio a entender a Felipe, que no tuvo en cuenta su parecer, por lo que, el de Alba, como fiel can, secundaría en todo momento el parecer de su monarca, y la conspiración Ridolfi siguió adelante. Pero las dificultades de la operación se advirieron tan serias, que no tardando –agosto de 1578–, el espionaje inglés tenía los nombres de todos los conspiradores y los planes de la invasión proyectada por el papa con las tropas españolas. Norfolk fue detenido, lo mismo que el obispo escocés de Ross, fiel a María Estuardo. El obispo confesó bajo la tortura y aseguró que María, la reina católica había envenenado a su primer marido, el rey Francisco II de Francia, había permitido el asesinato de Enrique Darnley, su segundo esposo, se casó con el enemigo de Isabel Lord Bothwell y quería casarse con el traidor duque de Norfolk.

Felipe II¹, al saber que la conjura había sido descubierta, dejó que el destino decidiera su suerte, y no movió un dedo ni por María Estuardo ni por los conjurados. Inglaterra, por su parte, se contentó con expulsar al embajador español Guerau de Spes.

Los conjurados fueron conducidos al patíbulo. Roberto Ridolfi no pudo ser localizado y consiguió huir, escondido en un barco, que lo llevaría al continente. A los pocos días sabría la noticia de que el Miguel Ghisleri, Pío V, había muerto y había tenido que abandonar para siempre el ambicionado trono papal, desde el que tanta sangre derramó.

¹ Decidido, con todo, a cumplir los deseos de los reyes del judeocaticismo papista, siguió con el proyecto de la construcción de una gran armada para invadir el odiado reino de Isabel y terminar con su vida..

CONSTANTINO DE NEPI. Papa Constantino II. Había sido elegido a la muerte del obispo Pablo I, en el año 767. Era hermano del duque Toto de Nepi. Al mismo tiempo, el rey de los lombardos, Didier, presentó a otro candidato, Filippo, que fue elegido por sus partidarios. Los dos obispos estuvieron a la greña un tiempo, hasta que Filippo, viendo lo que se avecinaba, prefirió retirarse: otros, más fuertes que ellos, ambicionaban el peligroso trono. Efectivamente, el diácono Cristóforo, a la sazón, uno de los hombres más poderosos, entró en liza, y, con sus partidarios, impuso a su candidato, Esteban de Sicilia, papa Esteban III. Constantino de Nepi, perdió la tiara y se vio obligado a huir, pero fue detenido, le reventaron los ojos, y sus partidarios fueron asesinados con el visto bueno del papa Esteban. Posteriormente el papa Constantino sería asesinado también. Su pontificado se había prolongado trece meses. Siendo el perdedor, se encontró para él, lo mismo que para todos los perdedores en la batalla por dicho obispado, el título de antipapa, cuando había sido escogido con las mismas garantías, los mismos procedimientos, las mismas normativas, con idéntica legalidad que quienes los despojaron o asesinaron.

CONSTANTINO EL GRANDE. Emperador romano. La vida de este hombre fue ejemplar: asesinó a su suegro Maximiano, a su propio hijo Crispo, a su segunda mujer Fausta y a no pocos de sus cortesanos. Político pragmático, pensó que no podía tener mejores aliados que a los judeocatólicos, mal llamados cristianos, por lo que los reconoció con mayores derechos que a nadie, haciendo del judeocatolicismo otra religión del imperio. Los jefes judeocatólicos, agradecidos, intentando borrar la deplorable impresión de ser sacralizados por un asesino que tuvo que abandonar Roma, entre otros motivos, por el odio que había despertado su despotismo y su crueldad, crearon la leyenda de que el dios Yahvé-Cristo-Espíritu Santo, dios de judíos y judeocatólicos, lo había hecho digno de la visión de una cruz sobre la que podían leerse estas palabras: *In hoc signo vinces*. El afán de justificar a este hombre, llevó al teofuncionariado cristológico a considerarlo santo, ya que –dicen– se bautizó en su lecho de muerte, abriéndosele al instante, las puertas del cielo. Con todo, en la actualidad, los reyes del Imperio Vaticano, en su política de acomodación a las circunstancias que ofrece su divina providencia, sin desdecirse, han dejado en el olvido su más que demostrada, en otros tiempos santidad, y para nada hacen mención de la presencia de este asesino pragmático, realista y cruel, en su paraíso. Sin embargo, la iglesia judeocatólica ortodoxa, más consecuente, además de mantenerlo en los altares y celebrar su fiesta el 3 de Junio, lo ha declarado y lo venera como isapóstolos, “igual a los Apóstoles”. Murió en el año 337.

CONSTANTINO EL SIRIO. Papa Constantino I. Fue elegido, en el año 708, tras la muerte de Sisinio. Su presencia en Roma, lo mismo que la presencia de gran núme-

ro de monjes y sacerdotes griegos en la antigua ciudad imperial, estaba motivada por la implantación del Islam en África, que, desde su cuna en Arabia, se extendía implacable hacia el Este y el Oeste, hacia el Norte y el Sur.

Nombró a su amigo, el diácono Félix, arzobispo de Ravena, quien, nada más tomar posesión del cargo, negó toda obediencia al obispado romano, lo que habían hecho muchos de sus predecesores. Constantino, ayudado por las tropas del emperador de Bizancio, Justiniano II, tomó por asalto la ciudad, y no dudó en colaborar en los actos de venganza de dicho emperador. El patricio Teodoro, para agradar al pontífice, y por orden del emperador, recorrió la ciudad de Ravena, deteniendo a los nobles y eclesiásticos enemigos de Constantino, bajo la acusación de pretender la independencia; al obispo de la ciudad, el anciano Félix, que había reclamado el derecho de todos los obispos, el de Roma incluido, a la igualdad y a la independencia apostólica, de elección y de gobierno, lo torturó, le cortó la lengua y le sacó los ojos, desterrándolo finalmente; torturó igualmente al patricio Calinico y a otros, a los que mandó arrancarles la lengua, sacarles los ojos y enviarlos al destierro. Apaciguados de este modo los ánimos en Italia, Justiniano II invitó a Constantino a la nueva ciudad imperial, invitación que el obispo romano aceptó, y aprovechó para llegar a un acuerdo acerca de los contenidos de la asamblea o sínodo de *In Trullo*, que se había celebrado años antes, en 692, y que tantas fricciones estaba provocando entre Roma y Bizancio.

A la muerte de Justiniano, destronado y matado por las tropas de Filípico Bardanes, Constantino pudo contemplar cómo el pueblo romano maldecía a su antiguo amigo y tirano, y jugaba con sus despojos, que habían sido llevados a Roma.

Filípico, envió al obispo de Roma las actas del concilio de Constantinopla para que las aprobara, a lo que se negó Constantino. La reacción del nuevo monarca fue la reinstauración del monotelismo y la santificación de todos los patriarcas que el monarca anterior había anatematizado, lo mismo que la santificación del papa Honorio, que los había aprobado. Constantino, pagándole con la misma moneda, santificó todo lo que la Iglesia oriental condenaba. Una nueva batalla civil cristológica se inició en Roma entre los partidarios de unos y otros, hasta que el enviado del emperador, Pedro, viendo correr de nuevo la sangre, se retiró a Ravena para no agravar la situación.

Un nuevo giro en la política del Imperio facilitó las cosas en Roma. Anastasio destronó a Filípico, y el monotelismo pagó las consecuencias de este destrocamiento, pues el nuevo emperador era partidario del credo romano. La nueva situación la aprovechó el papa romano para consolidar todavía más la sede romana y colocarse por encima de los demás obispados.

Cuentan las crónicas que Félix, el antiguo metropolitano de Ravena, mudo y ciego, fue admitido ante la presencia del papa, su antiguo amigo y verdugo, al que entregó un acta de sumisión, con una gran suma de dinero, para que se le restableciera en su cátedra. Constantino I, ablandado por aquel despojo humano, y el oro entregado a su tesorero, no tuvo inconveniente en devolverle su obispado.

Constantino, protagonista de tantas acciones y batallas, moriría en la primavera del año 715. Su sucesor en el ambicionado trono sería Gregorio el Romano, papa Gregorio II (715–731).

CONSTANTINOPLA. Ciudad mandada construir por Constantino el Grande, al extremo noroeste del mar de Marmara,

en un entrante que contempla la unión de este mar con el mar Negro. Lugar privilegiado entre Europa y Asia, que debió ser, en tiempos lejanos, un asentamiento pesquero envidiable. Las razones por las que el emperador se decidió por este emplazamiento pudieron ser muchas, probablemente de carácter estratégico y de interés para el Imperio, pero no hay que descartar las de carácter personal. Roma no era un lugar seguro para él, por ello no hay que descartar que la abandonara para escapar a los atentados. No eran pocos quienes lo odiaban por haber asesinado a varios miembros de su familia, pero sobre todo, por haber abolido los dioses tradicionales del Imperio para erigir al judeocatolicismo, popularmente conocido por cristianismo, como religión del imperio, imponiendo a la divinidad cristológica como divinidad romana.

La existencia de esta ciudad como sede del emperador, haría que, con el paso de los siglos, el obispo de Roma se erigiera en cabeza de la nueva idolatría: la evangélica. En esta ciudad los príncipes mitrados del judeocatolicismo florromano imperial se reunieron en varias ocasiones para tratar de unificar criterios con el fin de construir un mundo a su medida. Entre las reuniones más importantes destacan las que se iniciaron en el año 381, las del año 553, las del año 680, y las tenidas en el año 869. Latente estaba la idea de construir un imperio judeocatólico, que sustituyera al imperio romano. Si en un principio este imperio podía decantarse en una federación de diócesis de igual importancia, con los titulares de la misma como jefes independientes unos de otro, las ambiciones de los patriarcas de Constantinopla, Jerusalén, Antioquía, Alejandría y Éfeso y las del obispo de Roma borrarían pronto dicha ilusión: la figura de los emperadores romanos, por un lado, y la del sumo pontífice judío, por

otro, estaban demasiado próximas y eran envidiadas por todos ellos. El resultado final sería la ruptura del judeocatolicismo griego y el latino, que haría que, en el mundo latino, el obispado de Roma, más favorecido por las circunstancias históricas, luchara descaradamente por elevarse por encima de todos los obispados. No pudo lograrlo en Oriente, pero sí lo logró en Occidente. La sucesión de las asambleas o concilios constantinopolitanos exponen, en no pocas ocasiones, el proceso de esta ambición.

CONSTANTINOPLA, El primer concilio

de. Celebrado en el año 381, y que fue convocado por Flavius Teodosius, más conocido como Teodosio I el Grande (347–395). Asistieron todas las iglesias menos las occidentales, a pesar del interés que tuvo el obispo de Roma Dámaso por acudir a él; sin embargo el Emperador, el auténtico pontífice máximo de la nueva religión del imperio, no se dignó invitarlo. El concilio, con todo, tuvo la deferencia de enviar a los obispos de Occidente, entre los que se encontraban Ambrosio, Brito, Valeriano, Ascolio, Dámaso y otros, unas cartas para ponerles al tanto de las incidencias del concilio y los temas aprobados. Entre las disposiciones que aprobó el concilio se encontraba una por la que se prohibía terminantemente a los obispos ensanchar sus diócesis a costa de otras. Además, quedó establecido, en lo sucesivo, que Constantinopla era una nueva sede patriarcal, con lo que pasaban a ser cinco las sedes patriarcales del judeocatolicismo cristológico: Alejandría, Antioquía, Constantinopla, Jerusalén y Roma. La creación de la Ciudad del Bósforo como sede patriarcal fue un trago durísimo para Dámaso, que no solamente debe contemplar como se amplía el número de los patriarcas, sino que ve cada vez

más lejos la posibilidad de colocarse a la cabeza de la iglesia universal, papel que le corresponde a Constantinopla al ser la residencia del emperador, el verdadero jefe del judeocatolicismo filorromano imperial o religionismo cristológico.

CONSTANZA. Ciudad en la que tuvo lugar, en 1418, una de las asambleas o cortes generales de los príncipes mitrados del judeocatolicismo latino. Se convocó para que quedara claro, de una vez para siempre, que el concilio estaba por encima de todos los obispos, el de Roma incluido. Sin embargo, los obispos de la ciudad del Tíber no se resignaron a estas conclusiones y se opusieron radicalmente a ellas. Los casuistas clericales romanos, pudieron demostrar con todo el peso de sus argucias, que las conclusiones emanadas del concilio referidas a la superioridad del mismo sobre el denominado papado, eran nulas ya que no habían sido hechas *conciliariter*, sino *nationaliter*, argumento apodíctico donde los haya.

CONSTITUCIONES APOSTÓLICAS. Documentos de dudosa procedencia, “encontrados” por la curia romana, y que ésta atribuyó al siglo V. En ellos, la curia o corte del Imperio Vaticano pretende fundamentar las fuentes evangélicas, cristológicas, históricas y dogmáticas de su derecho a la primacía episcopal y eclesial, afirmando que tales constituciones, “según su autor”, están inspiradas en el legado auténtico e indiscutibles de los discípulos de Jesús.

CONTRARREFORMA. Este término se utiliza para designar los esfuerzos que hizo la secta judeocatólica papista por recuperar el terreno perdido ante el judeocatolicismo reformado. El papismo y su corte romana, ante la pujanza de las ra-

mas reformadas, que estaban debilitando el poderío e influencia del obispado romano, contó con la ayuda inapreciable de la logia jesuítica, recién fundada por Iñigo de Loyola, y con el fundamentalismo demostrado por sus miembros. El movimiento de la contrarreforma, que se inicia con Juan Ángel de Médicis, más conocido por papa Pío IV (1559–1565), estuvo plagado por todo tipo de guerras civiles cristológicas, conjuraciones, asesinatos, crímenes y masacres, perpetrados y llevados a cabo por los papas y sus nuevos sicarios en los países en los que fueron perdiendo influencia o corrían peligro de perderla. El final de la Contrarreforma lo sitúan los reyes del Imperio Vaticano en el año 1648, al finalizar la Guerra de los Treinta Años, lo que no es cierto, pues la guerra por el mercado religioso, uno de los más fructíferos, si no el más provechoso de todos los mercados, lo prolongaron las sectas judeocatólicas, de todo credo y color, papistas y reformadas, fuera de Europa, en los mercados americanos, asiáticos y africanos, que se disputaron con garras y colmillos para compensar las pérdidas en el Viejo Continente. Con un cinismo angelical, los historiadores sujetos a la obediencia vaticana no tienen empacho en afirmar que la Contrarreforma impulsó al papado a desarrollar el imperialismo religioso mundial –misiones, en jerga sacristial– con el fin de compensar la pérdida de los mercados europeos.

CONTROL DE LA MENTE DEL NIÑO, EI. Constituye una constante, en cualquier teologismo, el control de la mente del ser humano desde su más tierna infancia, por no decir desde el instante de ser gestado o aun antes, si posible fuera. Nace, lógicamente, de unos progenitores que ya están marcados por el religionismo a que pertenecen, lo que condicionará

para siempre al neonato. Posteriormente, se lo incluirá a la fuerza, a través de los ritos de iniciación –bautismo, circuncisión, inmersión, rapado de pelo, etc.– al grupo, del cual no podrá salir si no es a través de una apostasía imperdonable, que pocas veces se da. Esta inclusión se realiza, por lo regular, a los pocos días del nacimiento. A partir de ese instante, el neonato pertenece en cuerpo y mente al religionismo de los padres y puede que al de la familia o al de la tribu. Constituye, pues, el primer abuso y una de las indecencias más imperdonables de los padres y sus mentores, puesto que tal inclusión, y las secuelas que trae, inoculan en los niños el sistema de castas –en este caso el teorracismo–, y fija y eterniza la separación sistemática de los creyentes de todas las idolatrías en compartimentos estancos, con frecuencia enemigos unos de otros. Los padres, en el mejor de los casos, no quieren aceptar su propia ceguera, al predicar el entendimiento entre los hombres y la fraternidad universal mientras inculcan en los niños el racismo religioso, base y raíz de guerras y genocidios interminables a lo largo de la historia. No quieren aceptar tampoco que sus hijos tienen las mismas creencias que ellos, porque ellos mismos se las han inculcado e impuesto, y no por una elección libremente admitida. La unión y la igualdad universal jamás podrá existir mientras a los niños se los adoctrine en el teorracismo y se los divida y clasifique con considerandos teosociales y teopatrióticos. Constituye una locura y un sinsentido, romper la tendencia universal de los niños a entenderse y jugar entre ellos sin reserva alguna, y, sorprenderse después por el odio visceral que puedan demostrar de adultos debido a sus creencias irreconciliables.

En el judeocaticismo cristológico, papista o no papista, el niño es bautizado

a los pocos días de nacer¹. Gracias a este rito de admisión, que consiste en unos pases de prestidigitación inanes que se pretenden mágicos, al tiempo en que se derrama un poco de agua sobre la cabeza del niño y se recita una salmodia más inane todavía, se opera la transformación mágica del niño y se le abren las puertas de judeocatolicismo papista y, de morir en ese instante, las del cielo².

La aberración que encierra esta inclusión, indecente y vergonzosa, siempre impositiva y forzosa –cuando el niño no tiene capacidad para negarse– es evidente. Si la relación con la divinidad Yahvé–Cristo–Espíritu Santo o cualquier otro habitante del olimpo universal debe ser una relación personal y libremente aceptada, resalta a todas luces la brutalidad de dicha inclusión. No existiendo el conocimiento y la libre opción, los padres se están arrogando un poder que nadie les ha concedido, y quienes lo exigen –el papadiós de turno y todo su teofuncionariado– no tienen autoridad para ello. La persona que acaba de nacer, aunque haya nacido de ellos, no es un objeto, por lo tanto, es de una inmoralidad absoluta el que se lo clasifique para siempre sin haberle dado la opción de escoger libremente.

Un niño no puede ser papista, reformado, islámico, judío, mormón, del mismo modo en que no puede ser demócrata, comunista, monárquico, republicano, racista o socialista. Afirmar que el niño es cristiano, constituye una aberración. El niño sólo puede ser, y más si la criatura acaba de nacer, hijo de unos padres judeocatólicos papistas, de unos padres judíos, de unos padres demócratas, de unos padres islámicos, de unos padres monárquicos o de unos padres republicanos.

Desgraciadamente, y con una falta de moralidad y ética escandalosa, los teofuncionarios cristológicos, desde el papa al último monaguillo, pretendiendo

condicionar desde su nacimiento a toda persona, en la misma cuna comienzan su adoctrinamiento con el fin de que, llegada a la edad del discernimiento del joven, ya no pueda decidir por sí mismo, por los condicionantes psicológicos con que han violado y adulterado su cerebro. La violación, que ha sido brutal, aunque por ser progresiva y oculta nada tenga de espectacular³, ha inutilizado al niño y lo ha convertido en un juguete en manos de sus mentores. Al niño no se le ha enseñado a pensar, sino que se le ha inculcado unos pensamientos; no se le ha enseñado a discernir, sino que se le han incrustado aberraciones; no se le ha habituado a comparar, sino que se le han impuesto dogmas; no se le ha enseñado a mirar, sino que se le han clavado imágenes; no se le ha enseñado a vivir, sino que se le ha colocado en un tobogán sin salida; no se le ha enseñado a dudar, sino que se lo ha fanatizado; no se le ha enseñado a escoger, sino que se le ha impuesto la elección; no se le ha enseñado a decidir, sino que se le ha obligado a asentir; no se le han proporcionado el gusto por la vida, sino que lo han aterrizado; no le han hecho independiente, sino carne de rebaño; no se le ha hecho fraternal y universal, sino desconfiado y racista cristológico; no se le ha enseñado a ayudar a los demás, sino que se le ha convertido en un imperialista religioso... El periodo de formación terminado, el hombre no es más que un juguete en manos de quienes lo deformaron, y una oveja sumisa a los silbos del pastor y aterrizada ante los gruñidos de sus canes o las amenazas del infierno. Cuando, obligado por las deformaciones sufridas eche a andar y ruede por la vida, se convertirá, a su vez, en un torturador y un verdugo, más o menos de guante blanco, para otros niños, justificado por las experiencias traumáticas que vivió en

su infancia y juventud. Como cualquier virus que se precie, inoculará el veneno que le inocularon a él, y hará que se multipliquen hasta la saciedad sus clones, perpetuando de ese modo el religionismo cristológico y abocando a otros al fundamentalismo más criminal⁴.

Los gestos de ira del papadiós de turno, los colmillos tenebrosos de la nomenclatura cardenalicia, las garras afiladas del teofuncionariado cristológico ante la posibilidad de perder el control de la infancia y la juventud constituyen un espectáculo penoso para cualquier humanista consciente de lo que pretenden con ello. No se resignan a perder el control de las conciencias. Ni papas, ni cardenales, ni obispos ni sacerdotes –hechiceros, brujos y magos de nuevo cuño– están dispuestos a dejar escapar de sus manos, de sus colegios, de sus seminarios, de sus universidades, a la juventud. Saben que es la mejor inversión que pueden hacer en sus vidas, y no están dispuestos a perderla. Les costó siglos darse cuenta de ello pero, aprendida la lección, tienen las armas y el dinero para imponerla. Una guerra más o menos en sus conciencias, no les altera el pulso: la historia ofrece demasiadas pruebas de ello. (Ver *Edgar-do MORTARA*).

¹ Se hizo así, con el fin de plagiar y desplazar la circuncisión del niño judío, que se efectuaba al octavo día de su nacimiento.

² Según afirma la ortodoxia tradicional.

³ Si la impunidad lo permite, la brutalidad física, no solamente mental, la violación de la mente, y no solamente del cuerpo, se hace con el mayor desprecio hacia la criatura. Si el sistema y la ocasión da pie para ello, la mujer y el hombre deben soportar durante toda su infancia y juventud el teosadomasoquismo de sus padres y educadores, los cuales, pagados de sí mismo y de su prepotencia, utilizarán todos los recursos que puedan para adoctrinar a los niños y hacerlos un juguete en sus manos, justificados por el sacrosanto poder que se han atribuido y en nombre de las entelequias idolátricas a las que pretenden y dicen adorar: Jesús, Yahvé, el Santo

Espíritu, la Virgen, Alá, Moloch o quien quiera que sea, serán su disculpa.

⁴ En la actualidad, la “sociedad”, ante los fundamentalistas islámicos, que bien pudieran haber recibido lecciones del papismo, de Carlomagno, de la Santa Inquisición, de Tomás de Aquino, de Bernardo de Claraval, de Tomás de Torquemada, de Gregorio VII, de Julio II, Pablo II, Pío II, Johann Sprenger, de Sixto V, de la *Sancta Societas*, de los Jesuítas, de los Dominicos, de los Franciscanos, de los Cruzados, de Franco, de Pinochet, de Reza Pavelic, etc., pretende señalarlos como terroristas, cuando no son más que jóvenes religiosos, a quienes se les ha lavado el cerebro –como el papismo lo hizo y sigue haciéndolo con sus catecúmenos–, y que gracias a sus sacerdotes y directores espirituales están llenos de fe y de ilusión por conquistar el paraíso prometido por el Corán con el sacrificio de sus vidas. Se pretende ocultar el malestar que produce la existencia de tales suicidas por Alá, que recuerda demasiado un pasado glorioso no tan lejano en el judeocaticismo papista y reformado, ante la negativa a reconocer que no son actos terroristas, sino que se trata de una guerra de religión entre judeocatólicos e islámicos, que cada litigante lleva y desarrolla en función de los medios y los recursos económicos que tiene a mano. Lo mismo puede decirse de la enemistad entre fundamentalistas papistas irlandeses y fundamentalistas reformados ingleses, que tantos actos violentos generó de un lado y de otro, y que fueron bautizados, cuando sus protagonistas eran irlandeses, como actos de terrorismo.

CONVENTO, La Operación. Proyecto auspiciado por el rey del Imperio Vaticano Eugenio Pacelli, papa Pío XII¹, llevado a cabo por los espías de la *Sancta Societas*. Esta operación se encargó de ofrecer a los criminales de guerra alemanes –sobre todo nazis–, tras la derrota definitiva del Tercer Reich, documentos falsos y nuevas identidades, con el fin de que pudieran escapar, sanos y salvos, a Suramérica y Australia. En realidad, la Operación Convento fue un montaje en el que participaron los propios criminales de guerra con la corte del Imperio Vaticano, los servicios secretos de éste, la *Sancta Societas*, el *Sodalitium Pianum*, los servicios de espionaje y contraespionaje americanos,

italianos y de otros países, y los asesinos consagrados, sacerdotes papistas, del mismo Vaticano, que se encargaban de liquidar a los colaboradores y espías que podían ser molestos. Entre estos asesinatos tonsurados estaba la misma sección de los Assasini, que colaboraron con los servicios secretos de USA, con el fin de llevar no solamente a los criminales de guerra alemanes a los lugares mencionados, sino a la misma USA para trabajar allí como científicos y colaboradores. El principal responsable de esta operación fue James Jesus Anglente, en aquel momento jefe de la OSS, y que había sido reclutado por este servicio en 1943.

Como en toda política cloacal de los políticos y gobiernos, las pruebas de las colaboraciones entre los diversos países implicados en la Operación Convento eran difíciles de obtener, pero los hechos y las huellas que se advertían en algunas acciones y crímenes eran unas pistas que siempre los acusaban. A los responsables de esta operación se los señaló como autores del asesinato de la espía Marguerite D'Andurain, que había trabajado para ellos.

¹ A pesar de que se ha tratado, desde la corte del Imperio Vaticano, de adecentar la imagen de este papadiós, auntoexaltado como un rey divino puro e incorpóreo, y testigo de varios milagros, el hedor que desprende su vida frenó los intentos de colocarlo en los altares. Sin embargo, el antiguo inquisidor general (1), Joseph Ratzinger, más conocido como papa Benedicto XVI, tan fundamentalista o nazi como Pacelli, pretende santificarlo para siempre.

(1) La Inquisición sigue existiendo oculta bajo el nombre de Congregación para la Doctrina de la Fe, organismo que estuvo bajo la dirección de Joseph Ratzinger.

CORNELIO EL PATRICIO. (*Entre la leyenda y la historia*). Tras la muerte del supuesto obispo de Roma Fabián o Fabiano el Santo (236–250), el obispado romano no

tuvo titular durante más de un año, ya que nadie se arriesgaba a ocupar el ambicionado puesto ante las persecuciones que, según ellos, Decio mantenía en el Imperio contra los judíos reformados, incorrectamente denominados cristianos. Tampoco era de extrañar. Si el pueblo llano siempre es carne de martirio, sus jefes han escurrido el bulto siempre que les ha sido posible. A juzgar por los relatos míticos que han elaborado, los obispos de todas las diócesis desaparecieron como por encanto, siendo el clero bajo quien mantuvo el control de las comunidades. "El obispo de Cartago, Cipriano, no dudó en esconderse, afirmando que abandonó su trono por mandato de su dios. Gregorio Taumaturgo, santo, obispo de Neocesarea, en el Ponto, también fue a esconderse."¹

Tras desaparecer la tormenta, es decir, cuando Decio murió, la comunidad de Roma, en el año 251, escogió como pastor a Cornelio, que tuvo que defender su derecho al cargo contra Novaciano, al que apoyaban Novato y un gran número de fieles.

Según las crónicas, la situación se complicó, puesto que, con el principado de Gallo y su hijo Volusio, las persecuciones contra los judeocatólicos se iniciaron de nuevo, y Cornelio fue desterrado. Las versiones, a partir de este momento, son más confusas. Algunas leyendas aseguran que Cornelio murió mártir; otra afirman que murió, sin pena ni gloria, en el año 253², siendo colocado en el olimpo judeocatólico con el título de santo.

La diócesis pasaría a manos de Lucio de Porfirio, papa Lucio I, (253–254).

¹ Solís: *La Santidad del Pontificado*. (Pag. 39).

² Existen listados que colocan su gestión a la cabeza de la comunidad de Roma, del año 254 al 255. En la confusión que reina en todos los listados, se aprecia una discordancia absoluta en función de los criterios aleatorios de la selección.

CORTE PAPAL. Conjunto de instituciones, personas, clérigos y parientes que rodean al rey absolutista del Imperio Vaticano en Roma, y que constituyen la corte vaticana –curia romana, en jerga sacristial– del obispo romano de turno. Como cualquier corte, tiene la finalidad de proteger, en principio, al titular durante su vida, siempre y cuando las decisiones que tome estén de acuerdo con los criterios de dicha corte; en caso contrario, la misma corte –exceptuando, en principio, a sus familiares– será la primera en eliminarlo, recurriendo a un asesinato formal, discreto o grosero, como demuestra la historia.

En la carrera hacia la jefatura del judeocatolicismo universal¹, los obispos de Roma siguieron la evolución que se produjo, de un modo más o menos simultáneo, en los jefes de las comunidades judías descontentas con el judaísmo ortodoxo hierosolimitano. Todos ellos pasaron de ser unos simples levitas o rabinos de la comunidad judía, que no tenían ni siquiera un ayudante que les quitara las tareas más pesadas, viéndose obligados a trabajar para ganarse la vida, a ser los encargados de dicha comunidad, aunque obligados permanentemente a ejecutar una actividad retribuida que les permitiera vivir sin ser una carga para nadie. Posteriormente, cuando las comunidades crecieron, fueron abandonados los términos de levitas y rabinos, que descubrían groseramente sus raíces mosaicas, y se substituyeron por los de padres, pastores, diáconos, subdiáconos y presbíteros. Y cuando los colectivos de judíos heterodoxos fueron lo suficientemente grandes, se creó el grado de episcopado, como responsable de las comunidades enteras y sus presbíteros.

Al fluir el dinero a las comunidades, los pastores, obispos o papas de las mismas, se olvidaron del trabajo para ganarse

la vida y exigieron de la comunidad los medios de poder vivir a costa de ella, por su dedicación absoluta. El impulso definitivo lo dieron los emperadores que reconocieron el judeocatolicismo filorromano imperial como religión única del imperio, empezando por Teodosio, llamado el Grande, a partir del año 380. Con este emperador, los obispos fueron equiparados al prefecto romano (gobernador de la provincia), pasando a poseer una corte de ayudantes para mejor ejercer sus funciones. Con todo, transcurrirían siglos antes de que uno de los obispos del mundo occidental, el de Roma, fraguara la secreta ambición de colocarse por encima de todos los demás obispos, no solamente en el terreno práctico, debido a la situación histórica en que desembocó la caída del Imperio, sino en el terreno doctrinal y dogmático; y pasarían siglos también antes de que se fabricaran las falsificaciones y fraudes documentales imperiales, evangélicos y cristológicos en que apoyar dicha ambición. Y pasarían siglos antes de que los demás obispos o papas de otras diócesis, tuvieran que renunciar al título de papas, que les correspondía desde los inicios del judeocatolicismo filorromano imperial, y tuvieran que someterse a las decisiones del obispo de Roma. A pesar de todo, la corte pontificia, seguía siendo una camarilla de rapaces y carroñeros en torno al cadáver de Jesucristo, que procuraban, en lucha permanente entre sí, llevarse la mejor tajada del pastel que tenían entre manos. Fueron necesarios muchos siglos antes de que, ante la conciencia de los pueblos, el obispo de Roma y los buitres que componían la curia romana tuvieran que aceptar la necesidad de guardar las formas para mejor parasitar la metrópoli y las colonias del imperio mistagógico que habían montado a base de la explotación de sus

divinidades yahvídicas, cristológicas y paraclitales. Quienes pululaban por los pasillos y cámaras de los palacios imperiales pontificios, monaguillos, presbíteros, obispos, cardenales, metropolitanos, patriarcas, abades, monseñores, etc., se dieron cuenta de que era llegada la hora de trabajar al alimón antes de dirimir con el asesinato de los titulares pontificios y sus secuaces, su aspiración al ambicionado trono y al control del Imperio Vaticano. Cuando, en la época moderna, el papado romano alcanzó el reconocimiento de que goza en la actualidad, quienes aspiraban al trono pontificio debieron renunciar, para conseguirlo, a los expeditivos y escandalosos métodos que habían seguido hasta entonces sus aspirantes. Era fundamental resignarse a aceptar esta realidad, y trabajar entre bastidores para que los beneficios obtenidos por largos siglos de traiciones, usurpaciones, falsificaciones, crímenes, asesinatos, masacres y guerras recayeran en todos los miembros de la curia romana, quienes habían fabricado el papado romano y el trono pontificio. Solo a partir de entonces se inició la dirección que presenta en la actualidad su corte imperial. El obispo de Roma sería, pues, el jerarca absoluto, el zar por excelencia, el emperador por antonomasia, el rey de la dinastía electiva más codiciada del mundo, el papadíos omnisciente y todopoderoso, pero moderado por la silenciosa, sana y oportuna acción del veneno o la inyección letal de la curia o corte romana². Esta corte está compuesta, en la actualidad, por los cardenales llamados palatinos, el secretario de Estado y la Antecámara secreta. Ésta, a su vez, está compuesta por los prelados palatinos, mayordomo, auditor, maestro del denominado Santo Palacio Apostólico; el maestro del denominado Santo Hospicio, los camareros secretos participantes, los camareros secretos

de capa y espada participantes. Junto a todas estas camarillas se encuentran los prelados domésticos, los guardias nobles, los camareros de honor, el estado mayor, los oficiales de alta graduación de los cuerpos armados, y un largo etc.

¹ La separación entre el judeocatolicismo latino y el griego se originó con el paso de los siglos. Tras la ruptura definitiva, el papismo trató de imponerse a la iglesia griega, pero ésta despreció siempre la arrogancia y pretensiones del obispado romano.

² Esto explica los deslices tradicionales, no del todo desterrados en la actualidad, del ídolo paraclital judeocatólico, que designaba para obispo de Roma a un personaje que, en contra de las expectativas y la lógica, apenas duraba en el cargo un día, una semana o, a la sumo unos meses o un año. Su muerte fulminante se debía, en ocasiones, a la oportuna moderación que imponía la curia a sus elegidos más heterodoxos, costumbre que se mantiene en vigencia en la actualidad, sin descartar por ello el papel, tantas veces decisivo, de los aspirantes impacientes por ocupar dicho trono.

CORRADO DELLA SUBURRA. (Conrado de Benedicto). Papa Anastasio IV. Fue elegido, como sucesor de Eugenio III, a mediados de julio de 1153. Era ya un anciano casi cuando ocupó el cargo, y duró en él un año y medio. Había sido canónigo de San Anastasio, y su pariente Lamberto de Fiagnano, papa Honorio II Bis, lo había nombrado obispo y cardenal de Sabina. La mayoría de los autores, al hablar de él, ofrecen la imagen de un hombre sensato y práctico, que trató de limar las asperezas entre el obispado, el Imperio y el senado, aunque el teofuncionariado cristológico romano consideró que hacía excesivas concesiones y que estaba dando demasiadas muestras de debilidad.

Se le atribuye una carta sobre los Caballeros hospitalarios de San Juan (posteriormente llamados de Rodas y Malta), y la construcción de un suntuoso palacio en Santa María de la Rotonda. Hombre de buenos sentimientos, con ocasión

de una época singularmente desastrosa, dedicó los tesoros de su corte para aliviar la miseria de los más pobres.

Murió en diciembre de 1154, y la ambicionada corona del Imperio cristológico latino fue a parar a manos de Nicolás Breakspear, papa Adriano IV (1154–1159).

CORROCHER, Graziella. Secretaria de Roberto Calvi, director del Banco Ambrosiano de Milán. Tras el presunto asesinato por la corte del Imperio Vaticano de Calvi, y su presunta programación por el cardenal Luigi Poggi, jefe de la *Sancta Societas*, la presunta orden directa del arzobispo Marzinkus, el nada presunto silencio esperanzador de Carol Wojtyla, rey del Imperio Vaticano, y la probable participación de los jefes de la logia masonica Propaganda Due (P-2), cuyo gran maestro era Licio Gelli, la siguiente víctima sería la secretaria de Calvi, Graziella Corrocher. Era un testigo muy molesto para Wojtyla, la nomenclatura cardenalicia y la Banca Vaticana. Graziella, estando en su despacho, fue visitada por dos personas de porte digno y sacro, que se suponían serían agentes de la *Sancta Societas*, sacerdotes especializados en los asesinatos “a mayor gloria de dios”. Pocos minutos después, Graziella era suicidada “arrojándose” por la ventana de su despacho a la calle. Los visitantes dejaron una nota a la policía, aparentemente escrita por la secretaria, en la que confesaba que se suicidaba a causa de su jefe, Roberto Calvi, a quien acusaba del derrumbe del Ambrosiano. Su suicidio fue efectuado el día 18 de Junio de 1982. Aunque los problemas no habían terminado, Wojtyla, Poggi, Marzinkus, la Banca Vaticana y la nomenclatura cardenalicia entera se dieron un respiro.

COSIMO MEGLIORATI. (Ver *COSME Megliorati*).

COSME MEGLIORATI. (Cosimo M.). A la muerte de su predecesor, Pietro Tomacelli, papa Bonifacio IX, ocurrida en octubre de 1404, y de un modo tan súbito como para no resultar sospechoso, los cardenales franceses pidieron a los romanos que reconocieran a Benedicto XIII, por obispo de Roma, para terminar con el cisma y las guerras civiles cristológicas que continuamente se producían por su causa. Pero los romanos, que no estaban dispuestos a perder las ganancias que les producía la presencia del papa en su ciudad, se negaron a ello, convencidos de que Benedicto XIII no residiría jamás en Roma. Por esta razón, colocaron la ambicionada tiara pontificia sobre la cabeza de Cosimo Megliorati, nacido en Sulmona, que se la ciñó tomando el nombre de papa Inocencio VII. El papa Benedicto XIII, desacreditó totalmente el nombramiento y, como era de rigor, excomulgó de nuevo a electores y elegido.

Con el fin de solucionar el problema entre dos papas que se maldecían cristológicamente, los cardenales, hartos de no poder servir ni a dios ni al diablo, les pidieron la renuncia a ambos, invitación que fue rechazada.

En Roma los Colonna y Gibelinos derrotaron a los Güelfos, y reclamaron los derechos que les había arrebatado el papa Bonifacio IX. El nuevo papa no quiso acceder a sus súplicas, a pesar de las buenas palabras que les ofreció, y tras matar a los regentes que fueron a quejarse a él por las medidas que había tomado, el pueblo se sublevó, e Inocencio tuvo que ponerse a salvo en Viterbo.

Cosme Meglioratti, papa Inocencio VII, no pudo disfrutar mucho tiempo de su sinecura, pues su dios se lo llevó a los dos años de estar en el trono, y tras rechazar a los embajadores¹ que Benedicto XIII le había enviado para proponerle el arreglo de la situación. Murió, efectivamente, a comienzos de noviembre del año 1406.

Si algo se recuerda de este hombre, fue su nepotismo.

Su sucesor en el trono romano sería Angelo Corrario, papa Gregorio XII (1406–1415).

¹ Como en el caso de su predecesor, los rumores señalaron que su muerte se debió a la eficaz dosis de veneno que le fue administrada por los partidarios del papa Benedicto XIII.

CREDO. Expresión del contenido dogmático fundamental de las sectas judeocatólicas en todas sus ramas. Las autoridades clericales y el teofuncionariado cristológico con ellas, lo llaman credo de los Apóstoles, dando a entender que dicho símbolo tiene su origen en los seguidores del supuesto fundador evangélico, y que fue “elaborado” por ellos, en el siglo I de la era vulgar, lo que constituye, dos mentiras manifiestas, puesto que dicho credo se conformó a partir del siglo IV y, como es lógico, no pudo ser escrito por aquellos personajes de ciencia ficción evangélica.

CRICHTON, Padre. Sacerdote o hechicero jesuita a quien el papa Gregorio XIII le dio el encargo personal de asesinar a Isabel I de Inglaterra y al príncipe Guillermo de Orange. Crichton pudo matar, con la ayuda de dos fundamentalistas papistas franceses, Baltasar Ghérard y Gaspar de Albrech a Guillermo. Crichton, capturado, por pura casualidad, por unos piratas holandeses, fue entregado a los ingleses que, sin imaginar el motivo de su presencia por aquellos lares, por exceso de generosidad o por otras causas, se contentaron con expulsarlo del país con la amenaza de perder la vida si pisaba de nuevo suelo inglés. Crichton regresaría Roma, con su logia y moriría anciano. En el momento en que fue capturado por los piratas, éstos descubrieron varios documentos relativos a la conspiración y una carta firmada por el secretario de estado, cardenal Galli, en la que aseguraba el cielo a quien asesinara a la reina.

CRIMEN LAESAE MAJESTATIS DIVINAE. (Crimen de lesa majestad divina). Expresión acuñada por los sacerdotes del dios Yahvé–Cristo–Espíritu Santo para satisfacer sus ansias de venganza en quienes despreciaban sus ficciones y su parasitismo compulsivo. El término, siempre que el rey del judeocatolicismo latino, sus teofuncionarios e inquisidores lo querían, se identificaba con el de “herejía” y “blasfemia”, siendo considerado por “rebaños y pastores” el delito mayor que podía cometer un hombre cualquiera; delito que exigía la aplicación sistemática de la tortura y la quema, en vivo, del hereje. Cuando el delito era cometido por una colectividad, la masacre y el genocidio eran de rigor; en este caso, sacerdotes, clérigos, obispos y papas –todo el teofuncionariado cristológico– predicaban una cruzada para exterminar, a mayor gloria de los cielos, a los descarriados habitantes de la tierra.

CRISTÓBAL EL ROMANO. Obispo de Roma, conocido por papa Cristóbal¹. Era presbítero del templo de San Dámaso, y había sido elevado a la dignidad de cardenal por León de Ardea (papa León V). Conquistó el ambicionado obispado romano tras asesinar a su protector y predecesor², en el año 903. Fue proclamado obispo de la ciudad en septiembre del mismo año, aunque unos meses después, en enero de 904, fue asesinado por Sergio de Túsculo, papa Sergio III (904–911), que tenía prisa por ocupar el cargo.

Cristóbal el Romano, papa Cristóbal, del que existen pruebas más que suficientes que demuestran que fue el asesino de León V, fue colocado tradicionalmente por el *Anuario Vaticano*, órgano oficial de la corte del Imperio Vaticano, en los listados obispaes o papales de la curia romana, y eso se aprecia todavía en el año 1937, pero en los modernos se ha procurado señalarlo como antipapa, mentira piadosa o embus-

te cristológico que hay que comprender, por el afán que tiene la corte vaticana de ofrecer a sus rebaños unos listados dignos de la santidad de su pontificado.

¹ Desde mediados del siglo XX, se aprecia en los listados papales, un esfuerzo por hacer de este papa un antipapa. El intento, para cualquier historiador, no deja de ser una mala argucia para negar la evidencia. No hubo antipapas en el obispado romano. Todas las personas que ocuparon su trono y se ciñeron la mitra o la tiara de la ciudad de Roma fueron papas de pleno derecho que perdieron la mitra o la tiara ante enemigos más fuertes que ellos o que fueron borrados de sus listados por el odio de sus sucesores y el de la corte del Imperio Vaticano, como sucedió con Cristóbal.

² No faltan autores que afirman que el asesino del obispo o papa León V fue el sucesor de Cristóbal, el papa Sergio, que aprovechó para estrangular, al mismo tiempo, al papa Cristóbal y a su prisionero, León V, que sólo había podido mantenerse en el ambicionado trono obispal romano un mes.

CRUZ. Elemento de tortura durante siglos y en el que perecieron miles de desgraciados, en una terrible agonía, que se prolongaba horas y horas, y, cuya sola presencia, a juicio de algunas personas, debía provocar la más viva repugnancia y el rechazo más absoluto. Si nadie tiene a gloria llevar una reproducción, en el pecho, de una horca, de una silla eléctrica, de un garrote vil, de una guillotina, de un tajo y hacha, o de un potro, no se concibe el exhibicionismo mórbido de las cruces, que la corte del Imperio Vaticano fomenta con fervoroso entusiasmo, en una pandemia de macabra idolatría incomprensible para cualquier persona con un mínimo de cordura. La justificación, entre los judeocatólicos, del culto a la cruz, que es anterior en varios milenios¹ al inicio del teísmo cristológico, encuentra un argumento demasiado endeble en la afirmación gratuita, y más que onírica demencial, de que en la misma pereció el dios Yahvé–Cristo–Espíritu Santo en su avatar Jesús evangélico. Dicha justificación resulta ser de una insensatez absoluta, puesto que, además

de su imposibilidad e inutilidad², según las lumbreras del teísmo evangélico al servicio del papismo, la programada y supuesta muerte en la cruz de dicho dios y su avatar se reduce a un mero suicidio proyectado desde toda la eternidad, de claras connotaciones sadomasoquistas y voyerismo celestial. La evocación de los gritos, la sangre, las contorsiones y sufrimientos de quienes sí murieron en las cruces, de todo tipo y forma, durante siglos, que evoca ese instrumento de tortura, destrucción y muerte, es demasiado real y cruda como para hacer de él un objeto de adorno, publicidad y exhibición impúdica.

¹ Las reproducciones cruciformes pueden observarse en multitud de culturas diferentes en todas las latitudes y en todos los tiempos, y expresa la veneración en que se las tenía en la lejana antigüedad y el Oriente lejano. Sin embargo, la utilización que se hizo de ella en los países de oriente Medio, en el norte de África, en Roma y en el entorno Mediterráneo, es decir, el ser un instrumento de tortura y asesinato colectivo y patibular, constituye un motivo más que suficiente para mirar con suspicacia y repugnancia dicho objeto, convertido en un fetiche, un talismán y un amuleto universal.

² La pretensión de un sacrificio salvífico constituye una aberración como tantas otras del teologismo cristológico. La supuesta salvación es superflua, inoperante, inútil y gratuita. A esos dioses trinitarios, en el caso de que existieran, nadie les pidió la vida, nadie pudo ofenderlos, y nadie les pidió una redención tan absurda, gratuita, superficial e insensata.

CRUZ PECTORAL. Joya, por lo regular de oro macizo esmaltado, piedras preciosas, tamaño respetable y su correspondiente cadena de oro, que los príncipes mitrados del judeocatolicismo papista llevan con carismático y orgulloso pavoneo e inevitable ostentación, en el pecho, para demostrar su profunda humildad y como testimonio de su elección divina para el sacerdocio y el pastoreo de los fieles. Jamás se verá al rey del Imperio Vaticano o a cualquiera de sus príncipes y sátrapas

mitrados, con vestido de gala, que no lleve este fetiche, talismán o amuleto cristológico en sus apariciones estelares.

CRUZADAS, Las. Constituyeron un fenómeno cuyo estudio todavía no se ha agotado. La primera cruzada, convocada por Eudes de Lagery, pontífice Urbano II (1088–1099) fue, por encima de todo, una manifestación del poder del papado romano. Las raíces que la originan están latentes en toda Europa, esperando la chispa que provoque el fuego devastador que se necesita para purificar el aire y eliminar tensiones. Y esa chispa surge, de donde menos se esperaba, en el reinado de Urbano. En efecto, del modo más inopinado llega hasta la corte papal una embajada del César del Imperio de Oriente, Alexius I Comnenus, solicitando ayuda del pontífice para luchar contra los turcos que señorean Palestina. La llamada de socorro, que sorprende a tirios y troyanos, conmueve el judeocaticismo cristológico latino y, sobre todo, a Urbano, cuyo orgullo se eleva hasta los cielos, al ver en esta súplica la confirmación de su importancia. Al instante convoca a los caballeros, los príncipes y reyes cristianos quienes, deseosos de eliminar los problemas que amenazan reinos y señoríos, secundan los deseos del papa. La rápida y masiva respuesta, sorprende al pontífice que, bañado en su propia gloria, promete el oro y el moro en esta vida a los cruzados y todo tipo de delicias en el más allá a quienes mueran en la lucha. Su grandeza y poderío han sido reconocidos, y espera con ansiedad la materialización de la magna convocación para luchar contra el infiel.

Las causas de la fulminante respuesta que ha desbordado todas las esperanzas del papa, son complejas. La situación en Europa no era fácil, pues la miseria estaba a la orden del día. Los pobres eran más pobres que nunca y, sobre todo,

más numerosos, pues con frecuencia eran semiesclavos que escapaban de sus señores en busca de nuevas posibilidades. Entre la nobleza y los ricos, las cosas no iban mejor. Debido a que la herencia pasaba al primogénito, los demás hijos se veían obligados a refugiarse en el claustro o a buscarse la vida como pudieran, lo que significaba, con frecuencia, dedicarse al bandolerismo y al asalto en los caminos, que se hacía cada vez más difícil transitarlos. Por estas razones y otras de singular peso, la amenaza de un levantamiento general constituía una posible salida que había que tener en cuenta. La alternativa de la cruzada constituía la única posibilidad que se ofrecía a unos y a otros para escapar de la miseria. Ante estos hechos, a oferta de la cruzada supuso para los señores feudales, los príncipes arzobispaes y capellados, y para el mismo papa, un respiro y alivio. La respuesta fue inmediata, y venía justificada también por la experiencia de un milenio que se terminaba, y que quizás se cerrara con la llegada del juicio final. La participación en la cruzada abría la esperanza de un futuro celestial lleno de felicidad y gloria para los que murieran en la lucha. Y para quienes tuvieran la dicha de participar y no morir, se ofrecían riquezas sin cuento que iban a ser arrebatadas al enemigo infiel y que pasarían a sus manos por deseo divino. La oferta era, pues, tentadora y, para muchos, irresistible: no tenían otra solución. También es verdad que no faltaban los aventureros, los agresivos por vocación, los oportunistas, los maleantes de toda cepa y casta, quienes esperaban encontrar en la singular aventura la posibilidad de enriquecerse con el saqueo, o la de liberar sus complejos y sus ansiedades y traumas con la violación de quien se pusiera a mano o el asesinato sistemático del infiel. Franceses y normandos, que

fueron los principales agentes de esta aventura, al mando de Godofredo de Bouillon, se pusieron en marcha con la bendición papal.

El reverso de la moneda era, para la iglesia y el papado, todavía mucho más tentador. Los príncipes dejaban sus propiedades, mujeres e hijas en manos de los obispos y clérigos, que las cuidarían como si fueran propias. Además, quienes no pudieran acudir, por una razones o por otras, podían contribuir a la gloriosa empresa con un aporte monetario o en especies que, lógicamente, sería generoso y abundante.

El mercado de las indulgencia ya había sido ensayado durante las guerras en la Península Ibérica para expulsar al moro. Con la experiencia adquirida, en esta ocasión su desarrollo llegó a extremos demenciales; se vendieron indulgencias a millares y se recaudan millones. El dinero entró a borbotones en las arcas romanas. Los nobles dejan sus propiedades en manos de los teofuncionarios y, con frecuencia, dejan la herencia, en caso de muerte, a la iglesia. Se establecen mandas con el fin de pagarse misas y sufragios; se ordenan rogativas y se construyen templos y capillas para lograr la ayuda de los cielos. Urbano II no da crédito a lo que está viendo. Si algo se ha logrado con la convocación a luchar contra el fiel ha sido nada menos que el reconocimiento de su autoridad y la grandeza del papado romano. Para él y para su corte, aunque la cruzada sea un fracaso en destino, los beneficios, en origen, han sido incalculables, y merecían la pena. Un millón de muertos más o menos no podían importar a nadie. Detenerse a considerar el saqueo de las tierras cristianas por las que han tenido que transitar los cruzados, tampoco es relevante. Los ríos de sangre que produjo dejaron indiferente a sus protagonistas, pero sobre todo a sus organizadores: la gloria de la con-

quista de Jerusalén, que cayó en manos de los cruzados en el año 1099, a punto de terminar el siglo, estaba por encima de toda consideración.

Bernardo de Claraval, por orden del papa de turno, predicó la segunda cruzada, que se desarrolló del año 1147 al 1149. Fue un fracaso. Tras ésta, se organizaron varias más –hasta un total de ocho¹– cuyos resultados jamás respondieron a las esperanzas despertadas. Y si la primera sirvió para ensalzar la gloria del papado y afirmar el poderío de Roma, las últimas lo único que demostraron fue la caída en picado del pontificado. Finalmente, tres siglos y medio más tarde de la primera convocada, Eneas Silvio Piccolomini, pontífice Pío II (1458–1464), convocó una más contra los turcos, que no fue secundada por nadie.

¹ La cuarta cruzada destruyó todas las posibilidades de alianza entre el judeocatolicismo papista y el judeocatolicismo ortodoxo griego, además hirió mortalmente al Imperio Bizantino.

Entre la cuarta y la quinta cruzada, concretamente en el año 1212, cuando se ceñía la tiara imperial Lotario de Segni, Inocencio III Bis (1198–1216), el papado y sus súbditos organizaron la Cruzada de los niños. En este delirio monstruoso de aberración cristológica, miles de niños fueron arrastrados a ella con la esperanza mórbida y sádica de que su inocencia lograra el milagro de conmovir los cielos y al ídolo trinitario, rescatando, para el papado, con su inmolación forzosa e inevitable, lo que los hombres no pudieron rescatar. La mayoría murieron por el camino, fueron objeto del abuso sin freno de frailes, religiosos y la soldadesca que los acompañaban, o terminaron vendidos como esclavos.

CUERPO DIPLOMÁTICO VATICANO.

Nombre con el que se designa al conjunto de personas que, rodeando al obispo de Roma y rey del Imperio Vaticano, viven en su corte y constituyen la nomenclatura vaticana. El territorio geográfico de dicha corte, residuo de los Estados Papales, confirmado por el tratado entre Mussolini y Aquiles Ratti, papa Pío XI, en el año 1929,

se encuentra en Roma. Entre las personas que forman este cuerpo diplomático se incluyen a sus embajadores, a los que se conoce, en jerga sacristial y diplomática, con el nombre de nuncios.

CUERPOS ARMADOS PONTIFICIOS.

Como todo Estado que se precie, el paraíso terrenal que se construyó el obispo de Roma en el Vaticano, residuo de gloriosos predios perdidos, necesita, para los mil y pico ciudadanos de pleno derecho que tienen pasaporte de la Ciudad del Vaticano y, sobre todo, para la protección de su rey, un sistema seguro de defensa, que en este caso está constituido por cuatro cuerpos policiales. El Vaticano constituye el país, entre todos los del mundo entero, con el mayor número relativo de cuerpos de defensas y de policías. Los organismos armados que se encargan, por encima de todo, de velar por la seguridad del obispo de Roma, rey dictatorial del Imperio Vaticano, son la Guardia Noble, la Guardia Suiza, la Guardia Palatina de honor y la Gendarmería Pontificia. No debe extrañar a nadie la proporción tan alta de policías que existe en el Vaticano, si se tiene en cuenta que a su mítico fundador le pasó lo que le paso, en el Gólgota, por no tenerlos. Los papas de Roma, aprendida la lección, no quieren que se repita la experiencia con ellos, y terminen por enfrentarse a una turba tan inconsecuente como la hierosolimitana, que un día te aclama como rey y al siguiente te lincha, y, lo que sería peor, a un nuevo Caifás y a un nuevo Pilatos.

CUIUS REGIO, ILLIUS EST RELIGIO. Fórmula latina de gran interés. Aunque se acuñó en la primera mitad del siglo XVI, constituye la expresión más acertada de lo ocurrido en la historia del religionismo mundial y el modelo seguido por la expansión de todo religionismo. La frase fue pronunciada por Felipe de Hanau en la

asamblea de Spira, en el año 1526, y viene a decir, en castellano castizo, que la religión del monarca será siempre la que se imponga en su reino. Esta fórmula aprobada, ante la imposibilidad de destruir al adversario, por el judeocatolicismo papista y el judeocatolicismo reformado en Spira, se complementa con otra también conocida en derecho, y que se acuñó en España, que dice: *Allí van leyes do quieren reyes*. De la expresión, “*cuius regio, illius est religio*”, se infiere que las creencias religiosas de un país han de ser siempre las de los dueños del país, sin que los individuos sometidos al señor, que se supone son las personas que han de estar en contacto personal e íntimo con las supuestas divinidades, tengan opción para escoger dioses y cultos. Cuando se habla de la expansión milagrosa de la secta judeocatólica en el mundo Romano, debe recordarse que dicha expansión fue impuesta a la fuerza, con todo tipo de injusticias, brutalidades, asesinatos, crímenes y masacres por los emperadores simpatizantes con el judaísmo heterodoxo imperial romano –cristianismo, en jerga vulgar–, a quienes los elementos más activos del mismo, sacerdotes y obispos ya habían convencido, y los impulsaban a cometer tales crímenes para imponer sus mensajes de paz y caridad fraterna.

CURIA ROMANA. Organismo de gobierno al servicio del rey del Imperio Vaticano. Está compuesta por varias congregaciones, que se ayudan mutuamente en la buena marcha de los negocios eclesiales. Sus beneficios anuales se cuentan por miles de millones de euros, y las pagas y prebendas de sus ejecutivos mitrados –príncipes cardenales– son de las más atractivas y envidiables de todas las empresas y gobiernos. Su tarea se centra en la obligada necesidad de adaptar su mensaje subliminal a las necesidades de todos

los grupos humanos, para mejor parasitarlos, evitando su destrucción mientras sean productivos; en la utilización más adecuada de la diplomacia con el fin de contagiar y parasitar, de la manera menos escandalosa, inocente, subrepticia y provechosa, cada país, pueblo y grupo; en encontrar los caminos y conductos más adecuados para transferir los beneficios de su parasitismo a las arcas del Vaticano y los bancos papales. Como contrapartida, la única obligación seria que se echan a las espaldas es la de participar en las parafernalias culturales del templo de san Pedro, otros templos y monasterios para encandilar, con sus espejísticas prestidigitaciones oníricas, a sus rebaños. Entre los organismos que componen la curia vaticana se encuentran la Congregación de Propaganda Fide, la de los Seminarios y Universidades, la de los Ritos Sacros, la de los Religiosos, la Sagrada Congregación del Santo Oficio (Congregación para la doctrina de la Fe), etc.

El origen de la curia, lo mismo que el nombre que la determina, se remonta a los tiempos del Imperio Romano, en que los diversos obispados, siguiendo el modelo que reina en tiempo de los césares, copian organismos, nombres y estructuras.

En un principio, la curia romana tuvo como encomienda el tratar de demostrar que el obispo de Roma fue siempre superior al resto de los obispos del orbe. Para ello fabricó una serie de documentos, auténticas invenciones sin fundamento alguno, fraudes descarados, que fue poniendo en manos de sus obispos. En manos de Nicolás I (858–867), puso las *Decretales de Isidoro*. Posteriormente, la misma curia, y con ella el pueblo romano, que la aplaude, falsificará todos los documentos necesarios para que Hildebrando de Soana (H. Aldobrandesco), papa Gregorio VII (1073–1085) componga y publique sus *Dictatus papae*, y pueda elevarse, por

derecho divino, por encima de los emperadores y de todo poder civil y militar. La curia estará detrás del concilio de Trento, cuando se declaró al papa superior a los concilios, y, a pesar de lo peligroso de la aventura, fue un apoyo decisivo para que el alumbrado Mastai-Ferretti, Pío IX, encontrara el atrevimiento suficiente para declararse infalible y convertirse en papadiós o rey divino, y con él convertir a todos sus sucesores en el trono pontificio. Al mismo tiempo la curia intenta la aventura de conseguir, por todos los medios, la centralización en Roma de todos los poderes habidos y por haber. En esta tarea son decisivas las actuaciones de algunos monarcas del imperio papista, como el citado Gregorio y, cerca de cinco siglos más tarde, con Miguel Ghisleri, papa Pío V (1566–1572); pero aun siendo estos hombres excepcionalmente ambiciosos, la curia es la verdadera promotora y se encuentra siempre tras ellos, apoyándoles en todo momento y sugiriendo siempre los atajos a tomar en las dificultades. Esta es una de las razones por las que puede afirmarse que la curia es, en realidad, más fuerte que el papa.

La curia estuvo controlada, hasta el siglo XI, por el Bibliotecario. Posteriormente, cuando la enormidad de los asuntos a tratar exigió un cuerpo de hombres dedicados al servicio de la corte papal, la curia, convertida en cancillería, fue el Canciller quien se encargó de dirigir y controlar todos los asuntos de la corte, y en este papel se lo verá hasta el siglo XVI. En pleno renacimiento, la curia estará en manos del "Sobriño del papa", el cardenal "Nepote", también conocido como "Cardenal Padrone".

En la actualidad, la curia esta formada por cerca de tres mil monseñores y una tanda de teofuncionarios de orden menor, controlados y dirigidos por varias decenas de cardenales bajo la guía del cardenal Secretario de Estado, puesto

≈ CHI ≈

que se creó en el siglo XVII.

CHRONOGRAPHUS. Según algunos autores, constituye la primera relación o anales de los hechos ocurridos en el judeocatolicismo filorromano imperial, que terminaría conociéndose popularmente con el nombre de cristianismo. Apareció a mediados del siglo IV, y su contenido dio lugar a los listados que, posteriormente Louis Duchesne¹ bautizaría con el nom-

bre de *Liber Pontificalis*, primera cronología, más o menos oficial, de los supuestos primeros obispos de Roma.

¹ Prelado del Imperio vaticano (1843–1922), nacido en Francia y autor de un estudio sobre las cronologías antiguas de los reyes del judeocatolicismo filorromano latino, al que tituló *Liber Pontificalis*, expresión que quedó acuñada para designar la relación de obispos de Roma. Tiene varios escritos y publicaciones más, relativos siempre a la historia del teísmo cristológico y

de la corte romana.

DÁMASO EL HISPANO. (Papa Dámaso I). A la muerte de Liberio, en el año 366, hubo dos facciones que se disputaron el ambicionado trono obispal romano. Un grupo se reunió en la basílica de Sta. María in Trastevere y eligió al diácono Ursino como obispo, y allí fue consagrado. Otra parte se reunió en S. Lorenzo in Lucina y eligió a Dámaso, un patricio procedente de Hispania.

El partido de Ursino acusó a Dámaso de haber traicionado al obispo Liberio para unirse a Félix, y de ser un mujeriego empedernido que andaba siempre entre las faldas de las patricias romanas, de las cuales obtenía todo tipo de placeres y riquezas.

Ninguno de los dos elegidos estaba dispuesto a renunciar al obispado, por lo que las dos basílicas se convirtieron en sus cuarteles generales. Durante tres días se enfrentaron en una guerra civil cristológica, hiriéndose y matándose entre ellos. Ammiano Marcellino, secretario de Dámaso y testigo de las luchas, relata de esta manera los sucesos: "El ardor de Dámaso y Ursino por dominar la sede episcopal superaba cualquier ambición humana. Terminaron por enfrentarse como dos partidos políticos, llegando a un encuentro armado con heridos y muertos; el prefecto de la ciudad, incapaz de impedir y sofocar el tumulto, se mantuvo apartado. Dámaso tuvo la mejor parte; la victoria fue para su partido. En

la basílica de Siccinio, en donde los cristianos se habían reunido, fueron encontrados 137 cadáveres, y tuvo que pasar mucho tiempo antes de que los ánimos se calmaran. No era de extrañarse, considerando el esplendor de Roma, que un premio tan grande provocara el deseo de los hombres maliciosos y diera lugar a las luchas más feroces y obstinadas. Una vez conseguido aquel puesto, se goza y disfruta, en santa paz, de la fortuna y las donaciones de las matronas, se pasea en carrozas majestuosas vestido de oro, se participa en banquetes cuyo lujo supera el del trono imperial." San Jerónimo se expresa con similares palabras al hablar del clero y los obispos romanos.

Los partidarios de Ursino, numerosos siempre, se volvieron a reunir en la basílica Liberiana. Dámaso y sus partidarios la tomaron por asalto y mataron a todos los seguidores de Ursino. Dámaso pasó por encima de todos los cadáveres, y terminó quemando la basílica. Aunque fue acusado por los asesinatos cometidos, consiguió salir bien parado de la acusación.

Una vez afirmada su posición en el peligroso trono obispal, Dámaso dio rienda suelta a sus ambiciones. El sínodo de Roma, del año 369 y el de Antioquía del 378, declararon, por imposición suya, que un obispo sólo podía ser considerado legítimo si era reconocido por el obispo de Roma. Era uno de los primeros pasos que se darían para hacer del obispado romano la corte del que terminaría

siendo el Imperio Vaticano. Posteriormente, Dámaso tendrá la arrogancia de imponerse como sucesor de los apóstoles. No contento con eso, tiene el desparpajo de declarar que la diócesis romana es la verdadera sede apostólica, ya que el obispado de Roma, según él, fue fundado por Pedro. Puesto que su ambición no conoce límites, no duda en apropiarse del título de Pontífice Máximo cuando los emperadores renuncian a él. Como por otra parte está dispuesto a que recaigan sobre su persona todos los atributos que se puedan otorgar a Pedro, honra a éste con todo tipo de títulos, entre los que se encuentra el de Portero del Cielo, el dueño de las llaves, y el de Cabeza Apostólica, títulos que revertirán en él o en sus sucesores.

A pesar de todos los esfuerzos que hizo para colocarse sobre todos los obispados, tanto de Oriente como de Occidente, tuvo que soportar la amargura de ver como el primer concilio de Constantinopla declaraba que había cinco patriarcados en el judeocatolicismo cristológico –Alejandría, Antioquía, Constantinopla, Jerusalén y Roma–, y lo que era más insoportable todavía, que la sede principal de todo el movimiento, se encontraba en la ciudad del Bósforo, residencia del emperador, el verdadero Pontífice Máximo y el jefe indiscutible del judeocatolicismo universal. Su prepotencia, orgullo y crueldad se manifestaron en la aniquilación de todos los grupos que pudieron hacerle sombra: donatistas, ursinianos, luciferinos.

Las leyendas oficiales cuentan de él que encomendó a Jerónimo la traducción de la *Biblia* lo mismo que la traducción de los *Evangelios* al latín.

Durante su reinado, Prisciliano hizo su aparición en las Galias, y arrastró al maniqueísmo a numerosos fieles, sobre todo mujeres, que lo consideraban santo, aunque una asamblea tenida en Zaragoza, en el año 380, lo condenó. Pos-

teriormente, acusado por dos obispos envidiosos, sería condenado a muerte por el emperador y decapitado.

La muerte de Dámaso se sitúa en el año 384. Siendo el ganador, y el que supo acaparar beneficios y prebendas para la curia romana, ésta lo colocó en el em-píreo judeocatólico y, a pesar de los crímenes de que había sido protagonista, o precisamente por ellos, lo honró con el título de santo, mientras que Ursino, que jamás renunció al título de obispo o papa de Roma, y que lo reclamó a la muerte de su enemigo, fue borrado de los listados papales romanos.

DaNICOLA, Giovanni. Sacerdote o hechicero papista, miembro de la *Sancta Societas*, especialista en economía y en la creación de sociedades fantasmas en paraísos fiscales. A la muerte del rey del Imperio Vaticano Giovanni Battista Montini, papa Pablo VI, el cardenal Benelli le pidió que inspeccionara las actividades del IOR (Banca Vaticana), con el fin de pasar información al nuevo soberano, Albino Luciani, papa Juan Pablo I, acerca de las actividades de la Banca y de sus ejecutivos. Benelli cumplía las órdenes directas de Albino Luciani. Tras el asesinato de este papa¹, y solo cuatro días después, Giovanni DaNicola apareció ahorcado en un parque abandonado, lupanar público, con un golpe en la cabeza. Había sido asesinado por los viejos y nuevos señores de la curia papal, y, probablemente, por las experimentadas manos de sus compañeros de la *Sancta Societas*. La policía dio la versión, cómoda para sus jefes y padrinos, de que se trataba de un suicidio y no movió un dedo para investigar la causa del golpe que había recibido DaNicola antes de ser ahorcado.

¹ La tesis del asesinato del papa Albino Luciani se apoyaría en un hecho fundamental de la corte del Imperio Vaticano: las estructuras de poder que lo configuraron son más fuertes que

el mismo papa, que es elegido con el fin único de fortalecer dichas estructuras, lo que implica la ascensión y afirmación del papado, y, en el peor de los casos, si no es capaz de auspiciar nuevos poderes, al menos velar por la conservación de los logrados. Entre las estructuras de poder se encuentra la nomenclatura cardenalicia. El papa, por encima de todo, es un símbolo de esas estructuras de poder. Esa es la razón por la que, cuando los papas han luchado para fortalecerlas, encumbrándose ellos mismos por encima de los demás obispos y aun por encima de reyes y emperadores, y arrastrando en esta ascensión la diócesis de Roma, y los estamentos que la conforman, han sido ensalzados por la curia y han sido santificados por ella, por muy incestuosos, soberbios, sanguinarios y criminales que fueran, como fue el caso de Hildebrando de Soana, papa San Gregorio VII. Pero cuando los papas han tratado de destruir las mismas estructuras de poder que los arropaban –nada más impensable que un imperio justo, por muy cristológico que se lo declare, aspiración ingenua de Luciani–, éstas se han rebelado y han demostrado estar por encima del supuesto representante de Cristo en la Tierra: no han tenido inconveniente en eliminarlo. Albino Luciani es una prueba de ello. Apoyan la tesis del asesinato, algunos hechos que sugirieron un gran número de preguntas que jamás fueron respondidas por la nomenclatura cardenalicia –más concretamente, por el poderoso cardenal Jean Villot, Secretario de Estado– tras las explicaciones oficiales con que pretendían justificar su muerte. Y confirma esa tesis, la oportuna desaparición de algunas personas que pudieran hacer pública la relación entre las estructuras de poder del Imperio Vaticano y las estructuras de poder del delito, sea este político, militar, económico y financiero, judicial o pura y abiertamente mafioso, fuentes ineludibles del poderío histórico del judeocatolicismo papista y universal. Albino Luciani no solamente no estaba dispuesto a colaborar groseramente en ese juego, al que tan aficionados fueron los papas Pío XII y Pablo VI, y lo sería su sucesor Juan Pablo II, sino que pretendía saber más para terminar con él, lo que era impensable. Tras la desaparición de Luciani, le llegó el turno a quienes pudieran descubrir el submundo del delito santificado por el papado, y tuvieron relación con el IOR (Banca Vaticana) y el Banco Ambrosiano, entre los que se encontraba el mismo Danicola y, pasado el tiempo, cuando la política cloacal vaticana amenazaba con saltar por los aires, Roberto Calvi, Graziella Corrocher y Giuseppe Dellacha, por citar algunos. Los cuatro fueron suicidados oportunamente para cerrar

sus bocas y paralizar sus plumas, mientras que, con el mismo objetivo, se mataba sin disimulo alguno a Michele Sindona y al periodista Mino Pecorelli; al primero con una dosis generosa de veneno, en la misma cárcel en la que estaba recluido; al segundo con una descarga, no menos eficaz, de balas cuando se sentaba al volante de su coche.

DAPPER, Olfert. Comerciante holandés al servicio de Van Hoorn. Dapper pretendió conseguir en China el derecho exclusivo –el monopolio– del comercio de China con los países europeos. Al enterarse de ello el obispo de Roma Julio Rospigliosi, papa Clemente IX (1667–1669), dio la orden a la *Sancta Societas* para que asesinara a todo aquel que pudiera obstaculizar el comercio de sus colonias –los países papistas– con China. La *Sancta Societas* a, fiel a los deseos del papa, asesinó a Olfert Dapper, que apareció decapitado en el puerto de Cantón, el día 11 de octubre de 1668. La operación, según los comentarios de las delegaciones europeas la había llevado a cabo el Círculo Octogonus o la Mano Negra. El éxito de este asesinato papal fue evidente, pues impidió que durante años no existiera ningún acuerdo comercial entre China y Holanda.

DECRETALES. Cartas de los obispos del judeocatolicismo florromano imperial, en las que se ofrecía la solución de los casos que se les habían consultado. Entre las decretales atribuidas a los obispos de Roma, son alabadas las que se atribuyen a Hugolín de Segni, más conocido por papa Gregorio IX, y que reinó de 1227 a 1241.

DECRETALES DE GRACIANO. Una de las primeras recopilaciones de los escritos de los obispos romanos en los que se fundamentará el denominado derecho canónico. Se atribuyen a Graciano, un canonista boloñés de renombre, que las habría publicado hacia el año 1140.

DECRETALES DE ISIDORO. Conjunto de cánones que se atribuye a Isidoro de Sevilla. Existen dos versiones, la española, tenida por verídica, concluida hacia el año 732, y la francesa, considerada abiertamente falsa. La curia y corte del obispo de Roma afirmaba que la versión francesa estaba inspirada en las *Sentencias de Angilram*, recogidas por el obispo de Roma Adriano I, y en el *Liber Pontificalis*. La importancia de estas decretales para el desarrollo de la monarquía electiva del religionismo cristológico papista resulta evidente. La autenticidad de ambas versiones y su origen, a pesar de los pesares, son dudosos, por no decir falsos.

DELIRIO DE GRANDEZA. En este delirio predomina la exaltación del yo y un sentimiento de fuerza, de potencia, de bienestar y de superioridad, unido a un despliegue de vanidad que envidiarían los pavos reales. El carácter de los delirantes adquiere manifestaciones oníricas pues se creen reyes, emperadores, dioses, diosas. Su aspecto exterior y modo de comportarse está en armonía con su delirio, vistiéndose y adornándose con la chatarrería de oropeles simbólicos y heráldicos, pretendiendo con ello manifestar su alta jerarquía. Coleccionan títulos honoríficos, diplomas, cetros y birretes, para satisfacer sus compulsivas ansias de superioridad, su teoegolatría. Sus palabras y ademanes manifiestan el concepto tan sublime que tienen de sí mismos. Es el delirio de los modernos fundadores de logias religiosas, pues queda atrás la aparente humildad de los antiguos. Si no fuera el delirio de grandeza la expresión mórbida de un enfermo, sería la expresión de una consigna actualmente en vigencia dentro del judeocatolicismo pontificio: sube para arrastrar; elévate para que atraigas; alcanza los altares –el trono– para llevar las almas a Cristo.

En este grupo, las cotas más altas de la megalomanía humana, de teoegolatría, se encuentran en la figura del rey supremo, el papa, que no dudó en declararse copartícipe de la naturaleza de los dioses, al proclamarse infalible, es decir, se hizo un rey–divino, un papadiós. Ante la trayectoria de este personaje –desde un simple encargado de la incipiente comunidad de judíos reformados en la ciudad del Tíber hasta llegar a ser la testa coronada del Imperio Vaticano–, no puede evitarse la sospecha de que su aspiración última sea la de proclamarse, con la ayuda de las nuevas logias, si los jesuitas¹ no están, en el presente, para tales empresas, dios de dioses y señor de los señores. El título no sería más que el corolario final de su tradicional proclamación como *Siervo de los siervos de Cristo*.

¹ Turiferarios pontificales hasta la coprofagia y el coproerotismo, los jesuitas fueron quienes colocaron a los papas de Roma por encima de los Concilios y quienes los hicieron infalibles.

DELLACHA, Giuseppe. Uno de los ejecutivos del banco Ambrosiano de Milán, colaborador directo de Roberto Calvi. Entre las actividades que tenía encomendadas estaba la de servir de enlace entre el Ambrosiano y el IOR (Banca Vaticana), es decir, entre Roberto Calvi y el arzobispo Marcinkus. Cuando Calvi fue asesinado en Londres, tras amenazar con denunciar a la prensa y a las autoridades financieras italianas los robos de la corte vaticana al Banco Ambrosiano, si no se restituían los más de mil millones de dólares que Marcinkus y sus acólitos había sustraído, Dellacha pasó a convertirse en un testigo innecesario y molesto para los intereses de la corte del Imperio Vaticano y su rey Carol Wojtyla. Por ello tuvo que ser eliminado. La nomenclatura cardenalicia, la *Sancta Societas* y sus asesinos consagrados se pusieron

en movimiento. El día 2 de Octubre de 1982, apenas unos meses después de ser suicidado Calvi, su confidente y fiel servidor Giuseppe Dellacha era suicidado arrojándolo desde de un sexto piso de la sede del Banco Ambrosiano a la calle, en Milán. La misma suerte que había corrido la secretaria de Calvi, Graziella Corrocher, cuatro días después del suicidamiento de Calvi.

DEMONIO, EI¹. La justificación última del Imperio Vaticano, del papado, de la iglesia, del Jesús evangélico y de la denominada economía de la salvación, no es más que la existencia del Demonio, cuya naturaleza está todavía por descubrir.

Dotar al Demonio de una naturaleza divina, como siempre tuvo, sería reconocer la dualidad de los dioses primigenios, y los teólogos de dicha corte, enredados como están en sus propias redes, no pueden dar marcha atrás, tirando todo el sistema que han montado tras múltiples esfuerzos y penosos partos. Han hecho a su dios Yahvé–Cristo–Espíritu Santo el fundamento del universo entero, incluidas las desgracias, el sufrimiento y la muerte, y no pueden retractarse. El dios *Yahvé es un dios celoso*, donde los haya, y no permite que se le pongan cuernos, y, desde luego, no quiere volver a pasar por una experiencia similar a la del becerro de oro. Donde esté él, no hay lugar para otros dioses: sería limitar su omnipotencia y unicidad. Hacer del Demonio un ángel caído, es decir, hacerlo una criatura salida de las manos de su dios Yahvé, sería reconocer y tener que aceptar que el origen del mal, Satanás, está en dicho dios; admitir públicamente esta realidad, sería dar al traste también con toda la cristología y el entramado clerical. Éstas son las razones por las que se da por admitida la existencia del Demonio sin que nadie tenga, a pesar de las apariencias, ningún

interés en definir ni su esencia ni su origen; los más afamados teólogos judeocatólicos, cuando pretendieron hacerlo, lo único que consiguieron demostrar fueron los desgarros oníricos de su propia estulticia y presuntuosa mendacidad: ignoraban todo de sí mismos, de su propia constitución, y pretendían demostrar la naturaleza íntima de un ser al que, por definición, habían hecho semiespiritual y semimaterial, aparte de colocado a una distancia inconmensurable, al situarlo entre el infinito y las criaturas.

Las consecuencias de la existencia del Demonio, sea uno o legión –y a juzgar por la doctrina tradicional de la corte del Imperio Vaticano, son miles de millones, pues cada ser vivo tiene uno destinado por “Satanás” para que lo tiene en todo momento, lo mismo que tiene un ángel para que lo salve de la tentación– sumerge al hombre en una realidad virtual, que no tiene más fundamento que la codicia y el parasitismo del teofuncionario cristológico, que hace de esta realidad virtual el arma más eficaz para mantener su teogolatría compulsiva. (Ver *El Mal*).

¹ La ambigüedad que existe en torno a los conceptos diabólicos es envidiable. Al hablar del Demonio y del Diablo, uno no sabe si son nombres genéricos o son nombres propios, como pueden serlo Satanás, Lucifer y Belial. Por Demonio y Diablo se entiende, en ocasiones, un colectivo de pequeños engendros que se afanan por destruir la obra de los dioses trinitarios, tarea coronada por el éxito en todo momento, a juzgar por las apariencias; esta es la razón que pudiera justificar el uso de los plurales demonios y diablos. Pero sucede lo mismo cuando se habla de Satanás, Lucifer y Belial, puesto que no se descarta la posibilidad de que con tales nombres, aparentemente propios, se designe un colectivo, y eso sin tener en cuenta que con tales nombres se designa a seres claramente diferenciados. No es nada inocente esta ambigüedad, pues pretende excluir radicalmente la idea de la dualidad dios bueno–dios malo, al reducir a Lucifer, Satán, el Demonio a una ininidad pseudodivina compuesta por infinitas unidades diabólicas. A estas unidades diabólicas,

cuya existencia y esencia, son indefinibles, al rechazar el dualismo, se las hace responsables del mal, evitando que se acuse a Yahvé-Cristo-Espíritu Santo de su origen.

DEODATO I. (Ver *Adeodato el Romano*).

DEODATO II. (Ver *Adeodato el Monje*).

DERECHO CANÓNICO. En síntesis, resulta ser el conjunto de doctrinas y leyes emanadas de los emperadores o reyes del Imperio Vaticano, dirigidas a estructurar los beneficios y obligaciones de los integrantes del judeocatolicismo latino. Comprende la organización del teofuncionariado, sacerdotes, obispos, cardenales, prelados, etc. Los medios de que se valen para extender su dominio; la relación entre sus miembros; los terrenos en los que se desarrolla la actividad específica de cada uno... Su evolución tiene un largo camino de ajustes, falsificaciones, fraudes, usurpaciones, falsas atribuciones, arrogamientos, componendas y mistificaciones, dirigidos siempre a la explotación manifiesta del clero bajo y laicos. Su elaboración ha desplazado el supuesto derecho evangélico, emanado de las doctrinas acuñadas en los textos atribuidos al ídolo o divinidad paraclital, el Espíritu Santo, y los amanuenses o teocompiladores de turno, por las elaboraciones de los leguleyos papistas. En último y primer término los obispos de Roma y sus turiferarios han suprimido el mensaje evangélico por el mensaje que emana de la corte papal, en el que jamás aparecen la equidad, la justicia, la caridad, el amor al prójimo, el respeto al desamparado. En realidad el derecho canónico no es más que la expresión de una corte y un rey que impone a sus súbditos las reglas por las que se ha de regir su gobierno; constituye la manifestación más clara de la igualdad existente entre la corte vaticana y las demás cortes del

mundo; el argumento más apodíctico de la conversión del reino espiritual de Cristo en el reino material del papado; la prueba manifiesta de su semejanza con ellos y, el argumento más apodíctico contra el mensaje de amor, humildad y renuncia que, a juzgar por sus creadores, el protagonista evangélico exigía de sus seguidores.

Los principales artífices del derecho canónico son el pseudo Isidoro, Graciano, Hugolin de Segni (Gregorio IX), Benedicto Gaetani (Bonifacio VIII), Beltran de Goth (Clemente V) y Jacques-Arnaud d'Euse (Juan XXII). Entre los libros que se incluyen en su composición o raíces se mencionan la *Didaché* (atribuido a los compañeros de Cristo), el *Pastor* de Hermas, las *Cartas* atribuidas a San Policarpo, los *Libros penitenciales*, las *Decretales* de Graciano, el *Sexto* de Bonifacio VIII, y algunos otros más o menos conocidos o legendarios.

DESIDERIO DE BENEVENTO. (Papa Víctor III). Fue elegido, en el año 1086, tras la muerte de Hildebrando Aldobrandescos (H. de Soana), papa Gregorio VII, quien, antes de morir, exigió de sus partidarios que escogieran como sucesor suyo a este hombre, que en aquel momento era cardenal, sacerdote y abad de Montecassino¹, y que había dado pruebas indiscutibles de su dedicación a la grandeza del obispado Romano en contra de los demás obispados. Perteneía a la familia ducal de Benevento, y había llamado la atención por su diplomacia, por lo que se le encomendaron algunas misiones en Bizancio. Con todo, las discusiones para designarlo duraron varios meses, por las dificultades teopolíticas que envenenaban el ambiente de la ciudad. Tras su elección, nuevas discusiones frenaron su entronización pública durante varios meses más, debido a que Ruggero, hijo

de Roberto el Guiscardo, desacreditó su elección y se opuso a ella.

En realidad, demostró una falta de interés absoluta por ocupar el cargo de obispo de Roma, que rechazó en varias ocasiones, y que despreció a la primera dificultad, teniendo que ser forzado por sus partidarios para que lo aceptara. Tanto la elección como su pontificado, plagados de sucesos rocambolescos, estuvieron ensombrecidos por la presencia del papa Guiberto de Ravena, papa Clemente III, que había sido elegido obispo de Roma por un concilio en Alemania que destronó a Gregorio VII. Víctor tuvo que huir de Roma en varias ocasiones para evitar caer en manos de los partidarios de Clemente III, refugiándose, sobre todo, en su antigua abadía.

En Capua, convocó una asamblea o concilio con el fin de clarificar el panorama obispal de la ciudad de Roma, pero, harto de un cisma que era incapaz de entender ni dominar, al volver de Capua, se refugió definitivamente en Montecassino, en donde moriría misteriosamente² a mediados de septiembre de 1087. La logia benedictina pudo hacer que se lo colocara en el número de los beatos.

Al disputado trono subiría Eudes de Lagery, papa Urbano II (1088–1089), que también alcanzó el título de beato.

¹ Su gestión a la cabeza de ese monasterio fue efectiva, y no faltan historiadores que hacen de él el más digno sucesor de Benito, su fundador.

² La sospecha de que había sido envenenado, no tardó en saltar al público.

D'HERBIGNY, Monseñor Michel. Hechicero o sacerdote papista, con el título de obispo, perteneciente a la logia jesuítica y agente del espionaje vaticano, la *Sancta Societas*. Fue enviado por el rey del Imperio Vaticano Ambrosio Damián Aquiles Ratti, papa Pío XI a Moscú, con la orden secreta de establecer un gobierno colonial

y secreto en Rusia a beneficio del papado. D'Herbigny, papista compulsivo por vocación y destino, apareció por el templo de St. Louis–des–François, en Moscú, hacia finales de abril de 1926. Tenía como misión ponerse en contrato con los judeo-católicos papistas que todavía se mantenían fieles al religionismo vaticano. Con sus credenciales, tenía la orden expresa y personal de Aquiles Ratti de crear una sección de espionaje de la *Sancta Societas* no solo en Moscú, sino en toda la Unión Soviética, al servicio del papismo e imperialismo teopolítico vaticano.

En el templo mencionado, D'Herbigny se reunió con varias personas entre las que se encontraba el hechicero o sacerdote católico Eugène Neveu, a cuyo encuentro había ido el jesuita a Moscú con el fin de darle el grado de obispo, ante varios testigos. D'Herbigny, tras los supuestos pases mágicos de la denominada consagración episcopal, un juego de prestidigitación manual, con aceite por medio, para crédulos, le dijo a Eugène Neveu que ya era obispo, y le dio la orden, encomendada por Aquiles Ratti, de que a su vez él, hiciera obispos, con los mismos pases pretendidamente mágicos, a dos hechiceros o sacerdotes papistas que operaban, uno en Odessa, Alexander Frison, y otro en Leningrado, Boleslas Sloskans. Los tres nuevos mitrados formarían el brazo del espionaje de la *Sancta Societas* en la Unión Soviética. Sin embargo, el movimiento fundamentalista papista de D'Herbigny, que fue conocido con el nombre los Clandestinos, fue desarticulado antes de ponerse en Marcha y sus jerarcas mitrados y hechiceros o sacerdotes detenidos. D'Herbigny no pudo regresar a la Unión Soviética a partir del otoño de 1926, por lo que se dedicó, en Roma, a preparar la infiltración del papismo en aquel territorio de otra forma. El rey del Imperio Vaticano,

Ratti, ordenó crear, dentro de la *Sancta Societas*, una rama especializada en la Unión Soviética, a cuya cabeza estuvo D'Herbigny. La unidad fue bautizada con el nombre de Russicum. Se trataba de mercenarios fundamentalistas de choque, pagados en promesas para el cielo, bulas e indulgencias, preparados para todo tipo de operaciones imperialistas, y con nociones de defensa personal y ataque. Debían hablar a la perfección el ruso, conocer la historia de Rusia al dedillo y ser además buenos paracaidistas, pues debían ser lanzados al territorio soviético desde aviones clandestinos.

D'Herbigny aceptó en su servicio al sacerdote o hechicero Alesander Deubner, nacido en San Peterburgo, en 1899. Su padre había sido un papista convulsivo, por lo que fue enviado a un seminario de Turquía. Tras sus estudios y algunos trabajos parroquiales aterrizó por Roma, en donde, ya en 1928, se puso en contacto con D'Herbigny que lo aceptó en el Russicum. Éste, que pretendía colonizar Polonia para el papismo, envió a Deubner a preparar el terreno. Las consecuencias de esta decisión jamás las olvidaría la corte del Imperio Vaticano. En el año 1932, los titulares de los periódicos dieron la noticia de que Deubner, el espía del Russicum y hombre de confianza de su jefe, había sido expulsado de Polonia por espía al servicio de la Unión Soviética. Cuando el rey Aquiles Ratti pidió explicaciones a D'Herbigny, éste no pudo aducir nada válido en su defensa, ya que había sido el primer sorprendido por la noticia. No pasaron muchos días antes de que perdiera el puesto y debiera abandonar Roma, para ser recluido a perpetuidad en una residencia de su loggia, con la orden irrevocable de permanecer aislado para siempre. D'Herbigny moriría en 1957, sin haber podido hablar en público o escribir cosa alguna sobre

el Rossicum, su experiencia y su actividad en Roma. El mismo jefe de su loggia, el general Ledochowsky, lo visitaría en la residencia o clínica de Bélgica, en donde estaba recluido, para que firmara el último documento que le enviaba el rey del Imperio Vaticano, Ratti: la dimisión de todos sus cargos.

DICTADOR. Título que, por encima de todo, designa al rey del Imperio Vaticano, el obispo o papa de Roma, que no solamente exige la obediencia ciega a todos sus teofuncionarios y a todos sus rebaños, sino que además constituye la encarnación del concepto de autoridad absoluta, totalitaria y, por lo mismo dictatorial –como corresponde a los dioses– por ser de naturaleza divina su esencia, según sus propios cánones, al ser infalible. Las órdenes de este dictador, como las órdenes de los dioses, son indiscutibles y operantes cien por cien, por constituir la única realeza absolutista creativa. Su deseo y palabra son creadores, como el verbo divino; su palabra es activa, como la de su dios Yahvé–Cristo–Espíritu Santo, y además instantánea. En él, deseo, potencia, palabra y ejecución son una misma cosa. Esta es la razón por la que la corte del Imperio Vaticano constituye la encarnación de toda dictadura. Sólo en el obispo de Roma y rey del Imperio Vaticano se da, junto a la obediencia ciega, el reconocimiento colectivo y absoluto de su superioridad y, por lo mismo, la sumisión compulsiva a sus dictados.

DICTADURA PAPISTA. La que emana de la corte pontificia del Imperio Vaticano. La monarquía electiva vaticana es, por esencia, una dictadura absolutista y totalitaria, y no puede dejar de serlo, sin que se derrumben igualmente los presupuestos que la crearon. El monarca papal –más que monarca, emperador– no

es sólo el representante del dios o ídolo Yahvé–Cristo–Espíritu Santo en la Tierra, sino, y por encima de todo, es copartícipe de su naturaleza, al haber sido declarado infalible¹. Esta infalibilidad es garantía de acierto en todos los terrenos y puede afirmarse, por lo mismo, de que goza de la omnisciencia divina o idolátrica. Por esta razón la corte vaticana no puede ser consultora o consultante jamás –será siempre consultada y a ella se recurrirá en última instancia–, ni el judeocatolicismo latino puede ser una democracia o una república, pues constituyó, tiempo ha, una realeza absolutista, y, en la actualidad, es un imperio totalitario, con el obispo de Roma o pontífice como cabeza del mismo y papadiós absoluto. La finalidad que persiguen cortes, senados y asambleas es el mejor gobierno de una nación, y nadie mejor que el mismo dios o ídolo supremo para saberlo y ponerlo en práctica, papel que ha recaído en el emperador del Imperio Vaticano, quinta² persona de la trinidad yahvéica, rey divino por excelencia.

La dictadura papista posee, además, otro ingrediente que fortalece la idea de excepcionalidad que ya posee por ser de carácter divino o idolátrico. Constituye, por encima de todo, una dictadura absolutista y totalitaria no solamente dirigida al dominio de la sociedad, las estructuras y el hombre en sus manifestaciones externas, sino que se ejerce, y este es su gran descubrimiento y uso en exclusiva, sobre las conciencias de los individuos, que no pueden tener ni una parcela mental en propiedad que escape al control del papadiós. La dictadura sobre las conciencias, ejercida por la nomenclatura vaticana y el teofuncionario, como comisarios del monarca del Imperio Vaticano a través de la confesión y la denominada dirección espiritual³, ha constituido el arma más diabólicamente

efectiva, que ha manejado la corte papal. (Ver *Control de la CONCIENCIA*).

1 Proclamación que nos retrotrae al momento en que, en el Génesis, la serpiente dice a la mujer, que ellos serían como dioses, profecía que ya se cumplió para el obispo de Roma.

2 La cuarta persona de esta trinidad, incrustada en su esencia, es la de María la madre del Jesús evangélico y sus hermanos y hermanas.

3 Cuando las circunstancias se lo permitieron, el papadiós de turno, a través de la nomenclatura cardenalicia y el teofuncionario general, no tuvo inconveniente alguno en recurrir a la tortura más despiadada para inquirir lo que la conciencia de las víctimas de su prepotencia ocultaban. Son cientos de miles las víctimas de la torturas papales, que vieron como los torturadores cristológicos les daban la vuelta a su cerebro, como se da la vuelta a un calcetín, con el fin de descubrir sus pensamientos más íntimos y lo que las mismas víctimas ignoraban de sí mismos. Que los despojos humanos de esta aberración terminaran siendo asesinados patibularmente por el papa, en un holocausto todavía más terrorífico de su venalidad y absolutismo, era con frecuencia, el remate a esta violación de la conciencia.

DICTATUS PAPAЕ, Los. Nombre de un escrito compuesto y redactado por Hildebrando de Soana (H. Aldobrandescos) rey del Imperio Cristológico Latino y obispo de Roma, más conocido como papa Gregorio VII y San Gregorio Magno, y que hizo publico en su día¹. El escrito lo elaboró apoyándose en las falsificaciones y fraudes documentales que la corte del Imperio Cristológico Papista venía fabricando desde sus tiempos míticos, y se afirma que lo ofreció al público en el sínodo de Roma del año 1076. Con este documento, esgrimido durante más de un milenio para exigir de reyes y emperadores la sumisión al papado, Hildebrando de Soana satisfizo su prepotencia compulsiva y su soberbia divina, cuyas siniestras secuelas llenaron de sangre la Tierra, aunque a él le merecieron el cielo y el título de santo. Con dicho documento, exponente de su teoogolatría visceral,

Gregorio VII trató de situarse por encima de los obispos, de los emperadores y de los reyes, y aun por encima del derecho natural, civil y aun del derecho divino, si lo hubiera, pues no tuvo reparo alguno en considerarse él mismo poco menos que encarnación de la divinidad. El documento expresa veintisiete enunciados en los que se afirma que la máxima autoridad en el Mundo es el obispo de Roma; que el judeocatolicismo, conocido con el nombre popular de iglesia y cristianismo, nunca erró ni errará nunca, es infalible, porque el obispo de Roma, su jefe supremo, lo es por designación divina². Estos *Dictatus Papae*, demencial pretensión de un megalómano y teogólatra visceral, criminal colocado en los altares, sembrarían el caos en Europa entera y la llevarían a guerras interminables de sucesión y de religión, ya que entre las pretensiones que se arrogaba este obispo de Roma estaba la de deponer o colocar en los tronos a quienes él quisiera, y la de conceder la nobleza y realeza o quitarlas a quienes se le antojara.

Gregorio VII, tuvo que comprobar, en su propia carne, que los *Dictatus papae* no constituían más que las manifestaciones mórbidas de sus propios complejos: perdió el trono, el papado y los papeles, y, si no perdió la vida con ellos, fue porque, dando al traste con su divinidad y grandeza, salió por piernas de Roma en busca de un refugio seguro en el que esconderse. (Ver *Texto de los DICTATUS PAPAE*).

¹ Los teoturiferarios del papismo, con título de historiadores o sin él, han pretendido salvar la megalomanía compulsiva de este criminal y dictador, el gran Hildebrando, Gregorio VII el Magno, aduciendo que el escrito se atribuye a él, pero que en realidad apareció por la corte papal sin que él tuviera arte ni parte en el mismo. Quienes no viven de las limosnas que la corte pontificia distribuye a sus teoapologetas, son de otro parecer, y así lo manifiestan. A. Castro Zafra, entre otros, nos recuerda: "Los *Dictatus Papae* fueron redactados e incluidos en su Registro por

el propio Papa Gregorio VII, y esta afirmación, aceptada por la mayoría de los historiadores, queda fuera de cualquier razonable duda desde los exhaustivos estudios realizados por W. M. Peitz. Esta serie de 27 proposiciones que analizaremos más adelante aparece en el *Register*, II, 55 a 202–208, y así lo recoge LO GRASSO, *Eccl. et Stat.* N. 276–278, y otros autores." (A. C. Z., *Los Círculos del Poder*, pg. 86, nota 3).

² Declaración que no se atrevió a hacer en estos términos, pero que Juan María Mastai-Ferretti, papa Pío IX, no tuvo empacho en proclamar.

DICTATUS PAPAE, Texto de los. No es frecuente que se publique el texto original, y mucho menos en lenguas vernáculas, debido al control y, en la actualidad, al autocontrol de las publicaciones. El texto original que se presenta se ha tomado del italiano César Cantú, que lo publica en el tomo III, página 550, de su *Historia Universal* (traducida por Nemesio Fernández Cuesta, y publicada en Madrid, en el año 1855).

"1.– *Quod romana Ecclesia a solo Domino sit fundata.*

2.– *Quod solus romanus pontifex jure dicitur universalis.*

3.– *Quod ille solus possit deponere episcopos vel reconcilare.*

4.– *Quod legatus ejus omnibus episcopis praesit in concilio etiam inferioris gradus, et adversus eos sententiam depositionis possit dare.*

5.– *Quod absentes papa possit deponere.*

6.– *Quod cum excommunicatis ab illo, inter caetera, nec eadem domo debemus manere.*

7.– *Quod illi soli licet pro temporis necessitate novas leges condere novas plebes congregare; de canonica abbatiam facere, et e contra; divitem episcopatum dividere, et inopes unire.*

8.– *Quod solus possit uti imperialibus insignis.*

9.– *Quod soli papae pedes omnes principes deosculentur.*

10.– *Quod illius solius nomen in ecclesiis recitetur.*

- 11.– *Quod unicum est nomen in mundo.*
- 12.– *Quod illi liceat imperatores deponere.*
- 13.– *Quod illi liceat de sede ad sedem, necessitate cogente, episcopos transmutare.*
- 14.– *Quod de omni ecclesia quocumque voluerit clericum valeat ordinare.*
- 15.– *Quod ab illo ordinatus alii ecclesiae praesse potest, sed non militare; et quod ab aliquo episcopo non debet superiorem gradum accipere.*
- 16.– *Quod nulla synodus absque praecepto ejus debet generalis vocari.*
- 17.– *Quod nullum capitulum, nullusque liber canonicus habeatur absque illius auctoritate.*
- 18.– *Quod sententia illius a nullo debeat retractari, et ipse omnium solus retractare possit.*
- 19.– *Quod a nemine ipse judicari debeat.*
- 20.– *Quod nullus audeat condemnare apostolicam sedem appellantem.*
- 21.– *Quod majores causae cujuscumque ecclesiae ad eam referri debeant.*
- 22.– *Quod romana Ecclesia numquam erravit, nec in perpetuum, Scriptura testante, errabit.*
- 23.– *Quod romanus pontifex, si canonice fuerit ordinatus, meritis beati Petri indubitanter efficitur sanctus, testante sancto Ennodio, papiensi episcopo, ei multis Sanctis Patribus faventibus, sicut in decretis beati Symmachi papae continetur.*
- 24.– *Quod illius praecepto et licentia subjectis liceat accusare.*
- 25.– *Quod absque synodali conventu possit episcopos deponere et reconciliare.*
- 26.– *Quod catholicus non habeatur qui non concordat romanae Ecclesiae.*
- 27.– *Quod a fidelitate iniquorum subjectos potest absolveret.¹¹*

Lógicamente, las explicaciones de la curia y corte del Imperio Vaticano relativas a la ejecución de este monumento a la teogolatría de Hildebrando de Soana y sus sucesores, en lugar de atemperar sus

desvaríos, los potenciaban y multiplicaban, porque en el fondo constituían la aspiración de la diócesis romana y sus pastores, que pretendían recuperar la grandeza de la ciudad en los mejores tiempos de los césares.

-
- ¹¹1.– La iglesia romana fue fundada únicamente por el Señor.
 - 2.– El obispo de Roma es al único al que le corresponde el título de universal.
 - 3.– Sólo él puede deponer a los obispos o absolverlos.
 - 4.– Los legados papales presiden los concilios, aunque sean inferiores en grado a los obispos, y pueden deponer a éstos.
 - 5.– El obispo de Roma puede deponer aun a los ausentes.
 - 6.– Está totalmente prohibida la comunicación y relación con las personas excomulgadas por el obispo de Roma.
 - 7.– El papa es el único que puede establecer, según los tiempos, nuevas leyes, unificar nuevos pueblos, hacer de una canonjía una abadía y viceversa; puede dividir un episcopado rico y unificar los pobres.
 - 8.– El papa es la única persona que puede utilizar las insignias imperiales.
 - 9.– El papa es la única persona a quien deben besar los pies todos los príncipes sin excepción.
 - 10.– El nombre del papa es el único que debe ser pronunciado en todas las iglesias.
 - 11.– En el mundo no hay otro título como el de papa.
 - 12.– El papa tiene el poder de destronar y depone a los emperadores.
 - 13.– El papa tiene la facultad de trasladar a los obispos de unas diócesis a otras.
 - 14.– Tiene también el derecho y el poder de ordenar a un clérigo de cualquier iglesia y destinarlo donde quiera.
 - 15.– El ordenado por el papa puede mandar en otras iglesias, pero no puede hacer la guerra; no debe tampoco recibir de otro obispo un grado superior al concedido por el papa.
 - 16.– Nunca puede convocarse un concilio si no es por el papa.
 - 17.– No puede aprobarse canónicamente ningún texto que no haya sido autorizado por el papa.
 - 18.– Ninguna persona tiene el poder de revocar las sentencias del papa; éste tiene el poder de revocar las de todos.
 - 19.– Nadie tiene el poder ni el derecho de juzgar al papa.

- 20.– Nadie que apele a la sede apostólica puede ser condenado.
- 21.– Al papa deben ser remitidas todas las causas mayores de cualquier iglesia.
- 22.– La iglesia romana jamás ha caído en el error, y está a salvo de él, como lo atestiguan las Escrituras.
- 23.– El pontífice romano, si ha sido canónicamente elegido, jamás se ha equivocado ni caído en el error, debido a los méritos del beato Pedro, como lo afirma el testimonio de san Enodio y lo aseguran los padres de la iglesia, extremos que puede apreciarse en los decretos del beato papa Simmaco.
- 24.– Los súbditos pueden, por orden y permiso del papa, acusar a sus señores.
- 25.– El papa puede, dejando de lado los concilios o sínodos, deponer y absolver a los obispos.
- 26.– No es tenido por católico aquél que no está de acuerdo totalmente con los preceptos, hacer y sentir de la iglesia romana.
- 27.– El papa tiene el poder de desligar a los súbditos de la obediencia jurada a sus señores cuando éstos son inicuos.”

DIEGO CONTO. Historiador portugués del siglo XVI que advirtió que la vida de los santos papistas Barlaam y Josafat coincidía plenamente con la vida de Buda. Su observación fue despreciada y él se vio obligado a guardar silencio sobre su descubrimiento. Tuvieron que pasar los siglos antes de que su opinión fuese confirmada por el francés Laboulaye y el alemán Liebrecht. El resultado final fue la demostración de que el beatífico Josafat no era más que Buda santificado por la ignorancia y el oportunismo –los fraudes y las falsificaciones– de los papas de Roma y su teofuncionariado. A pesar de todo, el descubrimiento no alteró para nada la infalibilidad papal –en uso siempre, aunque no fue proclamada hasta el siglo XIX–, que siguió navegando por las procelosas aguas del oportunismo histórico.

DIEZMO. La décima parte de un producto. Impuesto obligatorio, tributo ineludible o robo descarado¹, con el que los obispos del judeocatolicismo incre-

mentaron sus arcas, y se permitieron una vida holgada en sus principados. Para poderlo disfrutar con la conciencia tranquila, adujeron que su dios Yahvé–Cristo–Espíritu Santo lo hizo obligatorio, con el fin de alimentar a la clase sacerdotal, es decir, al teofuncionariado mosaico, levítico y, tras una adaptación a los nuevos tiempos, cristológicos. Estos señores de sotana o alzacuello, lógicamente cegados por la infalibilidad papal, olvidan que la heredad de la tribu de Leví, la clase sacerdotal judía, tenía derecho al diezmo, pero no tenía ningún terreno o edificio en propiedad, mientras que ellos no solamente exigen y reciben los diezmos y otras aportaciones, de dudoso origen y justificación, sino que tienen en propiedad terrenos y latifundios, bienes inmuebles y factorías enteras, acciones bancarias y empresariales que en absoluto encuentran su justificación en la *Biblia* o los *Evangelios*. En los tiempos míticos del judaísmo, la tribu de Leví, la casta sacerdotal, la autora de los libros santos judíos, recibía la décima parte del producto de un agricultor o ganadero, y la décima parte de los salarios. En la actualidad la corte del Imperio Vaticano ha conseguido que los Estados y gobiernos, aun los aconfesionales, carguen con largueza con su mantenimiento y holganza; es decir, que recaiga sobre sus ciudadanos, sean papistas o no, el mantenimiento de sacerdotes, obispos y clero, y parte de los gastos y lujos del papa de turno y el Vaticano, encontrando su justificación en los textos evangélicos, escritos por ellos, y en la tradición, que, en ocasiones, no es más que la injusticia histórica injustamente justificada.

¹ Las formas que adoptan estas exigencias, ayer groseras y con ayuda de las armas, hoy también más sutiles y discretas, son múltiples y constituyen uno de los apartados más bochornosos que enturbian la hegemonía de las naciones sometidas al Imperio Vaticano.

DIFUNTOS, Las indulgencias para los.

Otra de las fuentes fabulosas de dinero para la corte del Imperio Vaticano, la nomenclatura cardenalicia y sus teofuncionarios. La dramática querencia del obispo de Roma y su curia por sacar dinero de debajo de las piedras, les llevó a formular la existencia del purgatorio¹, como lugar de espera y purificación para quienes hubieran muerto con deudas pendientes hacia Cristo, haciendo de éste un vulgar prestamista, que no perdona una deuda, y, para más inri, haciéndolo tan vengativo como el más canalla y rencoroso de los mortales, cualidad cristológica que, para su justificación, se desprende de los evangelios. Tras la formulación del purgatorio, el rey del Imperio Papista, Francesco della Rovere, pontífice Sixto IV (1471–1484), tuvo la feliz idea de asegurar que los vivos podían sacar a los muertos de tan peligroso trance² con sólo aportar las cantidades estipuladas en las tarifas emanadas de la corte papal. En un primer momento, las afirmaciones del papa y su corte produjeron cierto desconcierto entre los teopuristas, pero viendo los beneficios que entraban en las arcas clericales, pronto dejaron sus escrúpulos y los teoturiferarios a ultranza del papado se lanzaron a una carrera de alabanzas sin fin hacia el nuevo descubrimiento. El invento no era nada nuevo, puesto que los sacerdotes egipcios, dos mil años antes del inicio del cómputo vulgar, ya vendían indulgencias escritas en papiros; tales indulgencias expresaban las gracias concedidas y el tiempo de su duración; quienes las compraban escribían sus nombres en ellas y éstas eran efectivas tras la muerte. Nuevo o viejo, el sistema hizo de oro a della Rovere y sigue haciéndolo a sus sucesores, que jamás terminan de admirarse de la credulidad de sus rebaños. Por otro lado, el papa había sido consecuente con una

disposición del sínodo de Florencia del año 1492, que afirmaba que el obispo de Roma era el único que podía librar de las penas del purgatorio a las almas que en el sufrían gracias a los méritos de Jesús y a los de los santos. (Ver *Sufragio*).

¹ Copia vulgar de los lugares de purificación que habían formulado otros religionismos antes que los perspicaces teólogos judeocatólicos dieran con él en el más allá.

² Los más sesudos predicadores papistas aseguran que las penas del purgatorio son tan terro-ríficas como las del infierno, aunque suavizadas por la esperanza de que acabarán algún día.

DINASTÍAS PONTIFICIAS. Es imposible una exposición, ni siquiera sucinta, de todas las dinastías pontificias del judeocaticismo filorromano imperial triunfante en todas sus sectas y divisiones, pues exigiría, al menos, la presentación de todos los obispos, metropolitanos, archimandritas, patriarcas o sátrapas mitrados de los colectivos o iglesias más importantes del judeocaticismo filorromano imperial. Obligaría a ofrecer los listados de los pastores de las diócesis tradicionales de Jerusalén, Constantino-pla, Antioquía, Alejandría, Lyon, Toledo, Éfeso, Ravena, Corinto, Milán, Roma, etc., pues todos tuvieron el nombre de papa, padre, mientras que algunos lo mantienen todavía. Conllevaría la aportación de los nombres de todos los papas de Armenia y sus diócesis, de Etiopía, de Cartago, de Grecia; todas las diócesis del Asia Menor, del Norte de África, de las Galias, de Hispania, de Italia, y, en general, de todo el mundo romano y las comunidades judeocatólicas más próximas a sus fronteras. En estos listados se contemplaría la sucesión de los papas o pontífices del judeocaticismo ortodoxo, en todas sus ramas, judeocaticismo que, en la actualidad, sigue llamando a sus sacerdotes papas, y con mayor razón a sus episcopos. Obligaría a incluir, inexorablemente

a los obispos o papas del judeocatolicismo reformado. Igualmente tendrían que incluirse los jefes y pastores de las comunidades llamadas heréticas y que fueron masacradas, exterminadas o asesinadas por los obispos de Roma, en el ejercicio de su caridad divina e imitación de Cristo. Esta tarea se adviera, a todas luces, imposible, pues los catálogos son múltiples y sus listados interminables. Si a las comunidades tradicionales se añaden las comunidades eslavas y del Oriente y Occidente septentrional, la tarea, a pesar de todo, quedaría siempre incompleta y exigiría un esfuerzo titánico para llevarla a buen término.

En cualquier caso, la modestia de este trabajo exige limitar los objetivos, y centrar nuestra exposición en las dinastías del judeocatolicismo pontificio vaticano¹.

El estudio atento, aunque sucinto, del obispado de la ciudad de Roma –transformado, con el paso de los años y de los siglos en una especie de imperio judeocatólico latino papista y, con el devenir de la historia, la aparición de los nacionalismos y las democracias, bautizado con el nombre de Imperio Vaticano–, aunque entraña no pocas dificultades, resulta factible, y puede ser un punto de arranque para estudios más completos. En síntesis, puede resumirse que abarca varios períodos, más o menos definidos. En un comienzo, nos encontramos con una evanescente historia que, por definición, fue necesario rellenar con elementos míticos, tan míticos como había sido su supuesto fundador. La prioridad entre Cristo y el Cristianismo, entre los *Evangelios* y Jesús, entre la Iglesia y los apóstoles, se decanta definitivamente por la Iglesia, los *Evangelios* y el Cristianismo. Ante fue el Cristianismo que Cristo, antes los *Evangelios* que Jesús, antes la Iglesia que los apóstoles, antes el judeo-

catolicismo que su trinidad yahvídica–cristológica–paraclital: los hombres son siempre los creadores de los dioses, del mismo modo en que los pueblos y, sobre todo, los privilegiados, son los creadores de los tabúes divinos y metanaturales. La confusión que reina en los primeros siglos del judeocatolicismo, que abarca desde la traducción de la *Biblia* hebrea al griego, en tiempos de Ptolomeo Filopator, doscientos años antes del cómputo actual, y que se extiende hasta el siglo III o siglo IV, es fecunda en invenciones y mitos, en creaciones y destrucciones, en evoluciones y regresiones, en falsificaciones y distorsiones, en apropiaciones e interpolaciones. La creación de la dinastía pontificia romana, monarquía electiva que todavía perdura en el mundo occidental, siguió los avatares que condicionan toda monarquía: ambiciones sin límites, luchas interminables, asesinatos sin cuento, enfrentamientos, afirmaciones y debilidades, mitos y leyendas, usurpaciones y arrogaciones, y un largo etc. Los primeros obispos de la ciudad de Roma son míticos, como míticos fueron los comienzos del judeocatolicismo entero, cuya historia el teofuncionario ha falsificado compulsivamente. Pedro, Lino, Cleto, Clemente, Telesforo, Higinio, y un largo etc. son exponentes de esta mitología vaticana, de la necesidad de rellenar de algún modo los largos siglos ahistóricos que ignoran todo por completo de su supuesto fundador y sus seguidores inmediatos. Sus biografías nada verosímil dicen de ellos por la sencilla razón de que la historia los ignora, como ignora el pontificado romano de los primeros siglos. El judeocatolicismo primitivo, por la evolución del judaísmo de la diáspora, estaba compuesto de multitud de comunidades, más o menos independientes o federadas, que vivían y dejaban vivir, pero en lucha a muerte

con el judaísmo mosaico y hierosolimitano². Los rabinos, levitas, jefes o papas de tales comunidades tenían una importancia tan efímera, que pocas comunidades guardaban una relación de sus pastores. Pero todo iba a cambiar de un modo insospechado. El obispado de Roma, tras el reconocimiento por los emperadores del judeocatolicismo –vulgo, cristianismo–, por sus características era demasiado codiciado, a pesar –o precisamente por ello– de que el emperador tenía su sede en Constantinopla. Las luchas y envidias que provoca dicho obispado son en ocasiones tan sangrientas, que el emperador terminó reservándose su elección o, al menos, la aceptación de los obispos elegidos por la comunidad entera, y, posteriormente, por los presbíteros y nobles de la ciudad, que cambian al ritmo en que cambian las invasiones de los “bárbaros” venidos del Norte. Ninguna elección sería válida sin la aquiescencia de la corona imperial. Esta primera “dinastía” reconocida, la de los emperadores de Bizancio, velará como una sombra en las sucesivas dinastías, y se transmitirá a los emperadores del Sacro Imperio Romano y, posteriormente, a los emperadores alemanes.

Una segunda dinastía se establecerá con la orden monástica benedictina, fundada en el año 529, y con otras órdenes religiosas y militares. De los claustros de la orden fundada por Benito de Nursia, muerto hacia el año 550, han salido los primeros obispos de Roma con “destino en lo universal”. A esta orden o grupo corresponden los obispos romanos que trataron de implantar el celibato como condición indispensable para el triunfo de una iglesia jerarquizada y piramidal. Fueron, conscientes o inconscientes de la importancia del celibato, quienes pusieron los cimientos del actual Imperio Vaticano. Cimientos reforzados con otro

elemento fundamental para su construcción: ellos y sus órdenes minaron la autoridad de los obispos locales³, regionales y nacionales a beneficio de la propia orden y a beneficio del obispo de Roma, que salió siempre reforzado en sus escaramuzas con los demás obispos. De esta dinastía benedictina salieron hombres como Gregorio de Anici, papa Gregorio I el Grande (590–604), Agatone de Palermo, papa Agatón (678–672), Pascual Massimi, papa Pascual I (817–824), Bonifacio el Excomulgado, Bonifacio VI, Adeodato el Monje, papa Adeodato II, Juan de Tívoli, Juan IX, León de Ardea, papa León V, Desiderio de Benevento, Víctor III, Eudes de Lagery, Urbano II, Juan Caetano, Gelasio II, Maurice Bourdin, Gregorio VIII, Bernabé Luís Chiaromonte, papa Pío VII. De las dinastías benedictinas reformadas, cluniacenses y cistercienses, y de otras dinastías, como la dominicana, la franciscana, etc., surgieron hombres como Hildebrando de Soana, papa Gregorio VII, Guillaume de Grimoard, Urbano V, Nicolás de Breakspeare, papa Adriano IV, Geoffredo Castiglioni, Celestino IV, Jacques Fournier, papa Benedicto XII, Pedro de Tarantasia, Inocencio V, Pietro Angeleri, papa Celestino V, Nicolás Boccasini, papa Benedicto XI, Miguel Ghisleri, Pío V, Pedro de Luna, papa Benedicto XIII, Pedro Filargi, papa Alejandro V, Francisco della Rovere, papa Sixto IV, Felix Peretti de Montalto, papa Sixto V, Juan Pedro Carafa, papa Pablo IV, Roberto de Ginebra, papa Clemente VII, Lorenzo Juan Ganganelli, papa Clemente XIV, Annibale della Genga, papa León XII, y Gregorio de los Crescencios, papa Gregorio XVI.

Las dos líneas dinásticas mencionadas, la imperial y monacal, no se excluyen, sino que se complementan y ayudan, aunque en ocasiones esporádicas se enfrenten entre sí. Tampoco están reñidas con las

nuevas dinastías, pues con frecuencia algunos de sus hijos militarán en sus filas. Pero las dos permanecerán vigilantes y contemplarán, con mayor o menor recelo, la aparición de las dinastías de carácter familiar⁴, que surgieron en Italia y se renovaron a partir de la desaparición del Imperio Romano.

Hasta el siglo XIII podemos decir que se suceden obispos o papas de Roma emparentados con los intereses de la familia Teofilatto o salidos de sus filas; los relacionados con la familia Crescentius o Crescenzi; los relacionados con los condes de Tusculum y otros descendientes de los Teofilatto; los relacionados con la familia de los Pierleoni; los relacionados con la familia de los Conti primitivos.

Desde el siglo XIII hasta finales del siglo XV, puede verse la relación de los obispos de Roma con las familias de los Conti, con los Fiechi, los Visconti, los Orisini, los Savelli, los Caetani o Gaetani, las familias francesas (Aviñón), la dinastía Veneciana, la familia Colonna, la Familia Piccolomini.

A partir del siglo XV, en pleno Renacimiento, nos encontramos con la familia della Rovere, la Cibo, la familia Borja, la familia Médicis, la familia Farnesio, la familia Sforza, la familia Monte y la familia Carafa.

Desde finales del siglo XVI, se suceden las familias Boncompagni, Peretti, Sfondrati, Aldobrandini, Borghese, Torlonia, Ludovisi, Barberini, Colonna, Chigi, Albani, Rospigliosi, Altieri, Odescalchi, Ottobioni, Boncompagni, Pignatelli, Carafa, Orsini, Corsini...

A las familias citadas debe unirse el peso, en determinados momentos, de las coronas europeas, que mueven sus peones para colocar en sus cabezas las tiaras o ejercen su derecho al veto para eliminar en el trono pontificio romano personas no gratas para ellos.

Todas las familias mencionadas han tejido la urdimbre y la trama de que está compuesto el obispado de Roma. Las relaciones entre los miembros de las mismas con el papado han seguido los avatares de la historia, y han compuesto los hechos más sobresalientes, vergonzosos y aberrantes de los obispos de dicha ciudad: los crímenes, los asesinatos, las matanzas, las guerras, las razzias, los robos, los estupro, las simonías, los incestos, los odios y las traiciones más ignominiosas se han dado entre ellos. Si entre tanta podredumbre, existiese en el papado judeocatólico alguna página gloriosa, puede decirse que habría sido a pesar de sus protagonistas. La costumbre de ocultar los nombres con un alias, no constituye un hábito inocente. La indecencia de los destinados al obispado romano, al ocultar su nombre familiar, no recaería sobre las familias de las que habían surgido o los habían elegido: si así fuera, las nuevas generaciones, al olvidar sus apellidos, olvidarían de dónde brotaron.

¿Por qué negarlo? El obispado de Roma, la corte del Imperio Vaticano, tras unos siglos de brutalidad desenfadada alimentados por las marejadas y tormentas que sacudieron los últimos siglos del Imperio Romano y los primeros de las invasiones "bárbaras", se construyó sobre secretos y alianzas secretas entre las familias más poderosas de Italia y de Europa y, en la actualidad, del mundo entero. Demasiados secretos que ahogan, hieden y asfixian cuando uno se aproxima a ellos. Las dinastías tradicionales fueron sustituidas por otras nuevas; las viejas órdenes religiosas, aunque se resisten a morir gracias a las riquezas que acumularon en los siglos pasados, dejaron el protagonismo a las nuevas y a los grupos emergentes del imperialismo religioso moderno; las viejas familias han

dado paso a sociedades anónimas, cuyas acciones decisivas están en manos de cuatro privilegiaos –los de siempre, tiene uno la tentación de decir– que manejan los hilos de todos los centros de poder, la corte imperial vaticana incluida. Si ayer los alias o pseudónimos pontificios sirvieron para ocultar, a los ojos de la gran masa de creyentes del judeocatolicismo cristológico, el origen familiar de sus reyes, hoy día sigue siendo, para los mismos, un enigma su elección. No es de extrañar, por tanto, que esa masa ingente, esclavizada por los condicionantes catequéticos incrustados desde el nacimiento por el ambiente, y desde la infancia inmunizada contra la lógica, la razón y el sentido común con la milagrería y las aberraciones sacristiales y clericales más burdas, siga creyendo, como les dijo su párroco al hacer la primera comunión, que la elección del obispo de Roma –rey del Imperio Vaticano– recae siempre en el Espíritu Santo.

¹ Quienes deseen profundizar en las dinastías orientales, pueden consultar, si no tienen otros medios a su alcance, en primer lugar, los martirologios y relaciones de los santos de las iglesias ortodoxas, griegas, rusas y otras; los de la iglesia de Armenia, la iglesia copta, etc., en los que aparecen no pocos papas que gobernaron las diversas comunidades de que constaban.

² Esta lucha se refleja en las cartas atribuidas a Pablo y en los mismos *Hechos de los apóstoles*.

³ Un ejemplo será suficiente, puesto que atañe a España o, si se quiere, a toda Hispania, como era conocida entonces. El obispado de Toledo, que no desmerecía en nada del obispado romano, al cual superaba en algunos aspectos –por sus concilios, su universalidad, sus conocimientos, su tolerancia con los grupos judeosemitas y judeoislámicos– brilló y fue punto de referencia en el judeocatolicismo universal durante siglos, y al margen del obispado romano. Sin embargo, una rama de la logia benedictina, la rama cluniacense, al implantarse en España, minó la autoridad del obispado de Toledo y consiguió, en el siglo XI, tras no pocos esfuerzos, intrigas y gestiones ante sus reyes, que se adhiriera al rito romano y terminara sujetándose al obispado de Roma. Ello conllevaba, como es lógico, el

que España tuviera que pagar tributo –denario de San Pedro, bulas, encomiendas, etc.– a la curia romana, privando a la iglesia española y todo el país de unas riquezas necesarias para su desarrollo, riquezas que iban a engrasar las arcas romanas; y privándole también de una independencia más conforme con el espíritu evangélico y los primeros siglos del judeocatolicismo. El proceso de socavar la autoridad federativa de todos los obispos, se agravó por el hecho de que la titularidad de la diócesis recaía, con frecuencia, en los miembros de las órdenes monacales, los únicos que tenían acceso al obispado en muchas ocasiones.

⁴ Cualquier historiador caería en la tentación de utilizar la palabra “mafiosa” si no fuera por el miedo a un anacronismo demasiado violento. Pero el comportamiento de las familias enumeradas y sus papas, pertenecientes a la más alta “nobleza” italiana, francesa, española o alemana, hacen de la Camorra, la Cossa Nostra y la misma Mafia un juego de niños.

DINERO, El. Constituye el dios por excelencia, la divinidad que ocultan las diversas denominaciones de los dioses o ídolos de todos los religionismos. Sus teofuncionarios son infinitos. Adoran el dinero, buscan el dinero, se desviven por dinero, recurren al dinero, y guardan el dinero con codicia compulsiva. En Europa y Occidente, el dios dinero se llama Yahvé–Cristo–Espíritu Santo, y sus teofuncionarios, sacerdotes o hechiceros, no mueven un dedo si no es engrasado por la caricia redentora del oro. En Oriente, los nombres de Siva, Visnú, Brama y Buda ocultan el ambicionado metal áurico, tan estimado en sus templos y pagodas como lo es en el Vaticano. En el Tibet, el oro lleva el nombre de los dioses del budismo lamaísta, y su hechicero o sacerdote supremo, el dalai–lama, en sus giras apostólicas, vive en los hoteles más selectos del mundo, que sólo abren sus puertas a precio de oro. En Oriente Medio y norte de África el oro se oculta bajo el nombre de Mahoma. Entre los judíos el dios oro lleva setenta nombres, entre los que figuran Yahvé, Eloím, Adonay, Jehová, etc. Sean cuales sean los

nombres con que se disfracen las divinidades o ídolos de Oriente y de Occidente, del hemisferio sur o del hemisferio norte, siempre, siempre, los sacerdotes de tales divinidades o ídolos estarán adorando al dios dinero. Entre otras cosas, porque para el teofuncionariado mundial, no hay dioses si no hay dinero, y son los primeros en estar convencidos, y en confesar, en algunas ocasiones, con un desprecio absoluto por sus rebaños, que el día en que la idea de dios haya dejado de ser productiva, todas los religionismos del mundo y sus nomenclaturas dejarán de existir. (Ver *Dinero Sagrado*).

DINERO SAGRADO. Se denomina de esta manera, aunque sea de un modo informal, todo el dinero que entra en los cepillos y las arcas de los templos de cualquier idolatría, destinado al mantenimiento y buen vivir de sus hechiceros, brujos, pastores, pontífices, lamas y monjes, es decir, el dinero propiedad de los teofuncionarios. Dicho dinero es intocable –se entiende, para los profanos– aun cuando la justicia pretenda utilizarlo como exigencia judicial compensatoria para los delitos del clero y sus jerarquías. Su sacralidad se defiende con la afirmación de que dicho dinero es propiedad de su dios.

Puede designarse con estas palabras el dinero que los lamas, pontífices, sumos sacerdotes, reyes divinos, representantes celestiales y teocráticos, sea cual sea su divinidad, reciben de todas las partes del mundo que gobiernan. En este sentido pudiera identificarse con los tributos y los impuestos exigidos por los emperadores a sus provincias, a las colonias por las metrópolis, a los súbditos por los reyes, a los siervos por los señores, a los esclavos por los dueños, etc., con la única diferencia de que tales tributos e impuestos han calado tanto en la mente de los hombres y las sociedades, que

se ha terminando haciendo de ellos una exigencia natural, que no necesita para su ejercicio –salvo en casos esporádicos de rebeldía e insumisión, siempre silenciados–, ni el látigo ni la coacción física, aunque exige, siempre la coacción moral y psicológica.

Este nombre se aplica, dentro del judeo-catolicismo pontificio, al dinero que el teofuncionariado privilegiado con pasaporte de Ciudad del Vaticano, la nata y la crema de la pirámide imperial, reciben, sin coacción alguna por su parte –“voluntariamente”–, de sus seguidores, es decir, de la metrópoli y colonias del Imperio. No están incluidos aquí ni el denominado óbolo o denario de san Pedro (destinado al obispo o papa de Roma de turno), ni los beneficios derivados de los negocios e inversiones pontificias, ni el dinero abonado por las logias u órdenes y congregaciones religiosas, ni los destinados por los gobiernos para mantener al clero por los acuerdos entre el Vaticano y los diversos Estados.

Se ha tratado de justificar esta aportación económica, estas colectas interminables, que suponen millones y millones de euros y que administra la curia cardenalicia, diciendo que son limosnas y aportaciones gratuitas de los fieles, pobres y ricos, lo que nadie discute, pero dichas limosnas constituyen una sangría grosera, y groseramente justificada, producto de un teo-expolio, teoparasitismo y teogorrismo aceptados mórbidamente por ancestrales y crónicos, que permiten a papas y cardenales una vida holgada, cargada de lujos y comodidades, en nombre de la pobreza cristológica de su supuesto fundador. El origen de este parasitismo es variopinto, como variopintos han sido los caminos que han llevado dicho dinero a las arcas de la curia romana. Las cantidades que se barajan son fabulosas, y jamás se han querido publicar, para evitar el escándalo.

lo, aunque el escándalo siempre entra en juego. En este sentido, son de recordar las colectas escandalosamente burdas y humillantes para el género humano que entre los rebaños pontificios se hacían en las visitas del señor Carol Wojtyla, obispo de Roma, a los países sudamericanos y otros, en cuyas imágenes de culto multitudinario, se veía a los sacerdotes colectores con enormes sacos de dinero recogido de una multitud hambrienta y brutalmente explotada, dinero que, en ocasiones, requería varios furgones para ser transportado. La frase neotestamentaria que afirma que *al que tiene se le dará y a quien no tiene, aun aquello que tiene le será quitado*¹, tiene en este tráfico papal de miseria y capitales, un claro exponente. (Ver *La Torna*).

¹ Mt. XXV, 28–9.

DIONISIO EL BREVE. Fraile o monje judeocatólico filorromano imperial, que se cree que murió en el año 540, y que estudió detenidamente los calendarios romanos y antiguos con el fin de establecer una cronología más aceptable para el calendario litúrgico y santoral de su grupo. Dicho monje, conocido también con el nombre de Dionisio el Exiguo, fijó el nacimiento del protagonista evangélico en el año 754 de la fundación de la ciudad de Roma, y fijó el día exacto en el solsticio de invierno, nacimiento del dios Sol y, sobre todo, nacimiento del dios Mithra, cuyo culto estaba muy extendido en Roma en la época en que el judaísmo heterodoxo de la diáspora se hace filorromano e imperial. El oportunismo divino del teofuncionariado papista, se pone de manifiesto al tratar de justificar los plagios que hicieron para la creación de sus dioses mayores y menores, puesto que, ante la evidencia de las apropiaciones de que eran protagonistas, no dudan en decir que la navidad no determina el día exacto del nacimiento de Jesús, sino

el hecho de haber nacido, tratando de ocultar que hecho, fecha y divinidad no son más que meros plagios.

DIONISIO EL GRIEGO. (*Entre la leyenda y la historia*). Tras la muerte de Sixto el Griego (papa Sixto II), el ambicionado obispado de Roma no fue reclamado por nadie durante un año, debido –dicen las crónicas– a la actitud de Macriano, que gobernaba la ciudad en ausencia de Valeriano, que no soportaba a los judíos reformados, popularmente conocidos como cristianos. Suavizada la situación, en el año 259, Dionisio fue elegido obispo de la ciudad, y se mantuvo en el ambicionado obispado hasta su muerte, en el año 268¹. La muerte del emperador Valeriano, en el año 260, en la guerra contra el rey persa Sapor permitió –según las mismas crónicas– que su hijo Galieno adoptara una postura más permisiva y aun protectora con el judeocaticismo naciente. Entre los elementos míticos o cuasi míticos que se atribuyen al obispado de este personaje está su decisiva defensa de la trinidad yahvídica, tal y como se concibe hoy, condenando la doctrina de Sabelio. Se habría enfrentado, por esta razón, también, a Pablo de Samosata y a la esposa del emperador Galieno, Zenobia, judeocatólica que negaban la divinidad cristológica y la redención. Aparte de estas inanidades de dogmatismo sacristial, difícilmente demostrables, nada se sabe de este personaje, del cual se afirma que fue citado por san Atanasio, y que rellena la cronología de los obispos de Roma. Se ignora cómo murió, pero fue colocado en los altares judeocatólicos latinos y honrado con el título de santo. Su sucesor, según las cronologías oficiales fue Félix el Romano, papa Félix I (269–274).

¹ Autores hay que fijan su principado del año 261 al 272:

DIÓSCORO EL GRIEGO. Obispo de Roma, más conocido por papa Dióscoro. A la muerte del obispo y papa de Roma Félix V, en el año 530, y por inspiración del Santo Espíritu, se formaron dos grupos de electores. Uno escogió como obispo de la ciudad a Bonifacio el Godo, papa Bonifacio II, que había sido designado por el difunto para sucederlo; otro escogió a Dióscoro. El primero era nacionalista; el segundo imperial. Sin embargo, como los ejércitos del emperador y el mismo emperador estaban lejos, el papa Bonifacio II y sus partidarios consiguieron derrotar a los partidarios del papa Dióscoro y asesinar a éste. Dióscoro el Griego sólo pudo gozar del disputado trono unos veinte días, y, con la vida, perdió el derecho a gozar, tras la muerte, del título de papa, por lo que fue incluido en el listado de los papas derrotados o antipapas. Su asesino, el papa Bonifacio II, se quedaría con la ambicionada mitra y, para la posteridad, con el título.

DISCIPLINA ECLESIASTICA. Obligación que tienen todos los miembros que conforman el teofuncionariado cristológico papista de sujetarse a la normativa del rey del Imperio Vaticano, expresada en el denominado Derecho Canónico.

DISPENSA. Término genérico para definir la proscripción eventual o definitiva, personal o colectiva, de una regla o norma. El término se aplica, dentro del religionismo judeocatólico latino, sobre todo, para eximir de las obligaciones generales de un código a un individuo concreto. Las dispensas se extienden, gracias a la participación del obispo de Roma en la esencia divina de su dios Yahvé-Cristo-Espíritu Santo, a cualquier obligación teodisciplinar, teopolítica o teonatural. Las dispensas pueden relajar cualquier disposición del Derecho Canónico, código

de leyes por el que se rige la disciplina clerical. Con dispensa se pudieron y se pueden casar parientes próximos; con dispensa se casaron y pueden casarse los sacerdotes que deban impulsar el imperialismo religioso pontificio en aquellos países en los que les esté prohibida su entrada, como sucedió en Inglaterra, en tiempos de la Reina Isabel I, y en la antigua Unión Soviética; con dispensa y bula –en ocasiones estos términos son sinónimos– pueden saltarse todas las leyes humanas y divinas, puesto que son emanaciones celestiales, y nadie más divino y celestial que el papadiós, rey del Imperio Vaticano, infalible donde los haya, que es quien, por derecho propio, en último y primer término establece las leyes y su derogación pasajera o definitiva.

Pero el aspecto más sórdido de las dispensas papales es el que hace referencia al costo de las mismas cuando iban en beneficio de cualquier persona que no perteneciera a la corte o curia romana. Todas las leyes y cánones podían limitar su aplicación cuando se pagaba generosamente su suspensión o, al menos, se pagaban las tarifas mínimas establecidas. Se podían comprar para no sujetarse al ayudo, para estudiar, para tener escuelas, para negociar con los infieles, para ser ordenado sacerdote si uno tenía una tara física, para tener criadas en el convento, para heredar, para dotar a los bastardos, para acuñar moneda, para que un convento quedara libre de las posibles excomuniones de los obispos de la diócesis, etc.

DOELLINGER, Ignacio. (J. J. Ignaz von Doellinger). Autor de un libro titulado *El pontificado*. Quizás sea ésta una de las obras más adecuadas para el estudio del obispado de Roma. Constituye un trabajo tanto más estimable, cuanto que el autor, un historiador de fama mundial,

era un verdadero creyente y sacerdote papista de reconocida honradez. A pesar de todo, el libro fue incluido en el *Index*, y Doellinger fue excomulgado por Juan María Mastai-Ferretti, papa Pío IX. El autor lo escribió antes de que se celebrara el concilio Vaticano I, cuando la corte del Imperio Vaticano hizo sondear los ánimos para saber cómo responderían sus rebaños a la pretensión del rey mencionado, que deseaba declararse infalible. La respuesta de Doellinger fue el libro. Mastai-Ferretti, desquiciado por la respuesta del historiador, no lo quemó vivo porque no estaba en sus manos el hacerlo, y el autor se guardó bien de acudir a Roma, a donde fue invitado para ofrecerle el capelo cardenalicio si se retractaba. Doellinger perdió el trabajo en la aventura, pero jamás la estima de sus discípulos y los historiadores dignos de dicho título.

DOMNO DE MAURICIO. Obispo de Roma, más conocido como papa Domno I (Domno, Dono I o, simplemente, Dono). Era hijo del romano Maurizio, y fue proclamado obispo o papa de Roma a comienzos de noviembre del año 676, tras la muerte de Adeodato el Monje, papa Adeodato II.

Una vez confirmado en el trono, el patriarca de Constantinopla, a la sazón Teodoro, monotelita hasta la médula, le envió una carta con el fin de que ayudara a la unión entre las iglesias de Oriente y las iglesias de Occidente. La propuesta, al menos en principio, debió de agradar al obispo de Roma, por lo que se apresuró a contestarle, para manifestarle su opinión. Por desgracia es una carta que no ha llegado al público, ni al de Oriente ni al de Occidente, y no se descarta la posibilidad de que la razón esté en la concordancia de pareceres entre el patriarca y el obispo romano. Platina¹ asegura que

este obispo romano tenía muchas dudas acerca de los dogmas, y, hablando con sus confidentes, no tenía ninguna reserva en decir que no comprendía cómo Jesús podía tener dos naturalezas, dos voluntades y dos actividades cuando los evangelistas para nada hablaban de ello, es más, afirmaba, cuando se expresaba lo hacía con una simplicidad absoluta, como el más normal de los hombres.

Como el obispado de Roma, desde tiempos inmemoriales aspiraba a sujetar el arzobispado de Ravena bajo su control, en el año 677, Domno obtuvo del emperador Constantino III Pogonato, que revocara el decreto imperial que declaraba al obispo de aquella ciudad al margen de la jurisdicción del obispo o papa romano². Para hacer más suave la decisión del emperador, y que el obispado de Ravena no protestara contra esta decisión arbitraria, que iba contra el derecho y la independencia de todos los obispados, no solamente el de esta ciudad, Domno colmó de presentes al nuevo obispo, llamado Repartan.

Cuando se enjuicia el proceso seguido entre Roma y Ravena, se tiende a afirmar que con esta acción de Constantino Pogonato se concluyó el cisma entre el judeocatolicismo papista romano y el de Ravena. En realidad no hubo jamás un cisma. El judeocatolicismo primitivo estaba compuesto de multitud de iglesias, no era una sola iglesia. Los *Hechos*, las *Cartas* y el *Apocalipsis* que forman parte de la *Buena nueva* –para simplificar, *Evangelios*– hablan siempre de la pluralidad de las iglesias, jamás de una. Lo que sí se dio en las iglesias más antiguas y conocidas, fue un deseo de situarse por encima de las iglesias nuevas, tendencia que la iglesia de Roma, quizá por su pasado de capital imperial, heredó espoleada por el trauma y el complejo de haber perdido la capitalidad a favor de

Constantinopla. Roma no se resignaba a ser la última llegada al festín que se adivinaba, ni siquiera aceptaba ser una más entre todas, quería ser la primera. Si la capitalidad política la había perdido con Constantino, y ningún emperador quiso restablecerla de nuevo, la ambición de los romanos no paró hasta que la supremacía eclesial suavizó sus frustraciones, ya que no perdonaron jamás a Constantino la humillación sufrida. La curia romana y todo su clero, que expresaban la ambición herida de todos los ciudadanos de la ciudad, ayudados por todo tipo de falsificaciones, interpolaciones, fraudes, crímenes, traiciones, indecencias y guerras, lo mismo que por las condiciones históricas que se dieron en el Imperio romano, fueron situándose lentamente por encima de todos los obispados de Occidente, ya que en Oriente tuvieron, desde el primer momento, la batalla perdida: se enfrentaban allí con enemigos de más altura y categoría. Los cismas no constituyen más que episodios de una guerra civil cristológica, iniciada siempre por el afán de los obispos romanos de conseguir el poderío absoluto de la nueva religión del Imperio, que se enfrentaban a comunidades cristológicas que no renunciaban a su independencia. Si “por las buenas” podía lograrse ese sometimiento de las demás iglesias al obispado de Roma, miel sobre hojuelas; si había que recurrir a las traiciones, asesinatos y guerras, se recurría a ellos. Siempre se encontrarían en los *Evangelios*, o en la *Biblia*, si llegara el caso, razones para justificar esos extremos.

Ravena perdió la batalla contra Roma, porque no disponía del apoyo militar con el que contaba Domno, ni de las riquezas con que este hombre encandiló al nuevo obispo del exarcado. Los habitantes de Ravena, tuvieron que resignarse a perder su autonomía y sujetarse a las directrices

del obispo romano, ante las presiones totalitarias de su vecino.³

Domno moriría a mediados de Abril del año 678, siendo su sucesor en el peligroso trono Agatone de Palermo, papa Agatone o Agatón (678–681).

¹ Barthélemy De Sacchi, más conocido por Platina o Platino (1421–1481). Historiador italiano, que entró al servicio del cardenal Francisco de Gonzaga, con el que se dirigió a Roma, entrando a trabajar para el obispo o papa Pablo II, que mandó torturarlo, aunque finalmente se le indemnizaría por las sevicias que había sufrido. A pesar de todo se le prohibió abandonar Roma. Sixto IV lo hizo bibliotecario, y gracias a la información inestimable que le ofrecía ese puesto pudo escribir una historia de los obispos romanos, inestimable para cualquier investigador, titulada *In vitas Summorum pontificum opus*. Obra de fácil lectura por su estilo elegante y limpio, que el autor hizo tanto más atractiva cuanto que no tuvo reparos ni miedo a expresar las cosas tal y como él las vio.

² Que Domno hubiera conseguido de Constantino Pogonato la revocación de dicho decreto, bien porque éste no podía apoyar al obispo de Ravena en su afán de independencia, bien porque las fuerzas y riquezas del obispo de Roma superaban con creces a las del Imperio en la zona, no tenía mayor importancia. Lo importante es que, en lo sucesivo, Ravena quedaba sujeta al obispado romano y constituiría un elemento fundamental en lo que terminaría llamándose Estados Papales, que Louis Douchesne asegura que deben su existencia al vacío de poder de Bizancio en la localidad. Lo que interesa destacar aquí es la negativa de la curia de Roma, en la actualidad corte del Imperio Vaticano, a colocar a Domno entre sus santos: por servicios menos importantes, colocó a otros obispos cuya trayectoria los hacía habitantes incuestionables de su averno. La razón, pudiera residir en la acusación de heterodoxia que empañaba la figura de este obispo o papa romano, cuya prueba evidente la constituiría la carta que envió a Teodoro, el patriarca de Constantinopla, como respuesta a su solicitud, al comienzo de su reinado.

³ Presiones y pretensiones que se habían manifestado en varias ocasiones, y que se habían dirimido en escaramuzas, batallas y guerras. La precariedad de la situación se volvió contra los habitantes de Ravena, que tuvieron que aceptar, por falta de recursos económicos y militares propios y de Bizancio, la pérdida de su independencia.

DOMNO EL ROMANO. Obispo y rey de Roma, al que se conoce con el nombre de papa Domno II. Las noticias sobre este hombre son demasiado evanescentes como para poder afirmar nada seguro sobre él, lo que reconocen las biografías que rellenan los listados oficiales¹. Se afirma que se ciñó la tiara pontificia en el año 974, tras el derrocamiento de Benedicto VI, la elección de Francone de Ferruccio (papa Bonifacio VII), el asesinato del primero por el segundo, y la marcha de éste, tras el saqueo de los tesoros papales, a Constantinopla. Era un clérigo que fue colocado en el ambicionado obispado y trono gracias a la ayuda que le prestaron los condes de Toscanella. Domno, el segundo obispo o papa de Roma con este nombre, pudo mantenerse en el peligroso obispado tres meses. La causa de su desaparición, constituye una incógnita: se ignora si fue destronado, asesinado o si murió de muerte natural. La corona que él tuvo que abandonar cayó en manos de Benedicto Tusculano, papa Benedicto VII (974–983).

¹ El Anuario Pontificio del Vaticano lo incluyó siempre como obispo o papa de Roma en sus listados, lo que se puede apreciar todavía en el del año 1937. Sin embargo, en la actualidad, ha sido eliminado de tales anuarios, lo que se observa ya en el Anuario Pontificio del año 1970, eliminación que se mantiene todavía, como se observa en los anuarios actuales. Algunos cronistas oficiales tratan de justificar esta eliminación amparándose en razones etimológicas de algunas expresiones latinas.

DONACIÓN DE CONSTANTINO. Falsificación perpetrada y efectuada por los obispos de la ciudad de Roma, con el fin de justificar su insaciable codicia y el afán “divino” de riquezas que los caracterizó siempre. Los documentos de la supuesta donación de Constantino constituyeron uno de tantos fraudes que permitieron asentar las raíces del poderío del obispo de Roma y, con el paso de los siglos, del

Imperio Vaticano, al ser uno de los elementos, utilizados por la curia romana para destruir la esencia federalista de las comunidades judeocatólicas que nacieron del judaísmo heterodoxo filorromano, la federación de las “iglesias”, esencia natural del judeocaticismo de los primeros siglos. Permitió también al obispo de aquella ciudad, proclamarse heredero del Imperio Romano y colocarse a la cabeza de todos los obispos. Finalmente, y como consecuencia de esta primacía, lograda por medio de fraudes benditos y falsificaciones cristológicas, el obispo de Roma, ya con el título de papa en exclusiva, se colocaría por encima de los concilios, lo que le coronaba como rey absolutista por derecho divino, y heredero indiscutible de Constantino.

El núcleo original de esta falsificación tiene varias fuentes, pero la principal se sitúa en la falsa *Vita S. Silvestri*. En el siglo IX fue incluida en las *Falsas Decretales*, y dos siglos después se incluyó en las *Decretales de Graciano*, inclusión que se atribuye a uno de los discípulos del mismo Graciano. La primera utilización descarada de esta falsificación se debe a Bruno Egisheim–Dagsbourg, papa León IX, en una carta a Miguel Cerulario, Patriarca de Constantinopla. El contenido de la *Donación* asegura que Constantino regaló al obispo de Roma Silvestre el Romano, papa Silvestre I (314–337), y sus sucesores la supremacía espiritual y dogmática sobre todos los obispos del orbe, y la realeza del Imperio de Occidente. Lógicamente, los hijos de Constantino, tras esta donación, fueron encomendados a la caridad pública.

DRAGANOVIC, Padre Krunoslav. Conocido también con los nombres de Bloody Draganovic (el Sanguinario Draganovic), Doctor Fabiano, Dynamo y otros alias. Sacerdote o hechicero papista croata, di-

rector del Colegio de San Girolamo degli Illirici en la corte del Imperio Vaticano. Era íntimo del dictador croata Ante Pavelic. Durante la Segunda guerra mundial, se trasladó a Roma para ocuparse, oficialmente, de trabajar para la Cruz roja, aunque su misión era la de realizar, al amparo del Vaticano y su servicio de espionaje, la *Sancta Societas*, la colaboración efectiva de los grupos fascistas italianos en Croacia.

Tras el rotundo fracaso de los sueños imperiales alemanes, italianos, croatas y papistas, Draganovic se dedicó a la tarea de proporcionar, con la ayuda de la corte del Imperio Vaticano y su servicio de espionaje, documentación falsa a todos los criminales de guerra ustachis que deseaban escapar de la justicia de los vencedores y podían pagarse el servicio. Su cuartel general fue el Colegio de San Girolamo, siendo él mismo el eje visible del denominado Pasillo Vaticano.

Aunque, en un principio, las actividades de falsificación fueron empleadas para salvar al mayor número de criminales de guerra ustachis, que habían recibido la bendición apostólica del rey del Imperio Vaticano, el angelical Eugenio Pacelli, papa Pío XII, en sus operaciones de exterminio para hacer de Croacia un feudo papista y un santuario Mariano, el padre Draganovic y su Pasillo Vaticano fueron empleados también por la cúpula vaticana, nazi y fascista para dotar a los criminales de guerra alemanes e italianos de una nueva personalidad y un refugio seguro en países colaboradores, como Argentina, Uruguay y Chile. Gracias a las organizaciones creadas por los alemanes en Austria, los ustachis en Croacia y el Vaticano y sus teofuncionarios por todo el mundo, y no solo en Italia, la *Sancta Societas* y sus agentes, básicamente religiosos y sacerdotes o hechiceros cristológicos, y la dedicación entusiasta de

hombres como Draganovic, se fundaron las redes de evasión que permitieron a gran número de responsables de genocidios y masacres escapar a toda persecución. Entre los hombres que escaparon vía el Pasillo Vaticano, la colaboración de Draganovic y la de otros teofuncionarios papistas como él, deben mencionarse Klaus Barbie, conocido como el Carnicero de Lyon; Franz Stangl, ayudado, sin que exista la menor duda, directamente por el príncipe mitrado Alois Hudal, obispo de Austria establecido en Roma a la vera de Pacelli, con el fin de facilitar la fuga a los criminales de guerra alemanes; Adolf Eichman, que sería localizado por los servicios secretos israelitas y asesinado patibularmente por el Estado de Ocupación en Palestina; el mismo Ante Pavelic¹, que asesinó a más de quinientos mil serbios ortodoxos, con la bendición apostólica de su santidad Pío XII o su silencio aleccionador; el médico Josef Mengele, destinado al campo de Auschwitz.

Draganovic había sido visitado en Roma por diversos personajes nazis, a quienes afirmó que su colegio y las organizaciones que él dirigía estaban dispuestas a trasladar a todas las personalidades alemanas que quisieran huir de la hecatombe que se avecinaba, con toda seguridad. Sus espaldas estaban más que cubiertas y protegidas desde la corte del rey Pacelli. Draganovic estaba en contacto con dicha corte a través del franciscano Stefan Guisan, miembro de la *Sancta Societas* y los servicios secretos vaticanos.

A pesar de la evidente importancia de Draganovic en la Operación Pasillo Vaticano, y en contra de todas las defensas que se ha hecho para exculpar a Pacelli y su corte, existen pruebas convincentes de que la organización estaba dirigida no por el director del Colegio de San Girolamo Degli Illirice, sino por el cardenal francés Eugène Tisserant², en aquella

época, todavía con el cargo oficial de secretario de la Congregación para la Iglesia Oriental, cargo que mantuvo hasta 1959. Draganovic no fue ni pudo ser el eje de la operación Pasillo Vaticano y otras similares pues era un mero peón, por muy simpatizante que fuera de nazis y ustachis, de los capelados de renombre como Montini, Caggiano, Tisserant y del mismo Pacelli. Este último, si no quiso involucrarse, no por ello dejó de saber –aunque oficialmente no supiera– que todas las operaciones de salvamento de los antiguos criminales de guerra había sido llevadas por súbditos suyos, que se encargaron de negociar en su nombre, con los jefes de estado suramericanos la salvación de tales criminales. Los teofuncionarios papistas como Draganovic, por mucho entusiasmo y talento que pusieran en la operación, no eran más que títeres en manos de los príncipes mitrados y capelados de la corte papista y las organizaciones alemanas de salvamento, como era Odessa, que operaban en Suramérica. Una prueba más que evidente de la dependencia de Draganovic de Pacelli y su sinuosa y descomunal política cloacal, la constituye el hecho de que con la muerte del último el primero desapareció de la escena. El rey Pacelli murió el día 9 de octubre de 1958, y pocos días después, Draganovic fue abordado en el mismo colegio que dirigía y expulsado por agentes de la *Sancta Societas*, sin que pudiera llevar nada consigo. La orden de expulsión había sido dada por el mismo jefe de la Santa Alianza, lógica-

mente con el visto bueno del nuevo rey del Imperio Vaticano, Angelo Giuseppe Roncalli, más conocido como papa Juan XXIII (en realidad, Juan XXIII Bis).

Draganovic, caído en desgracias, tras varias peripecias, terminó fijando su residencia en Yugoslavia, en donde moriría en 1983.

1 Terminó refugiado en España, a la vera de Franco, en donde murió.

2 Se opuso a que Pacelli fuera nombrado rey del Imperio Vaticano y obispo de Roma. Su privilegiada situación en la corte papal le permitió descubrir, según expuso en sus memorias, que el papa Pío XI, Aquiles Ratti, había sido asesinado.

DUPHOT, Mathurin-Léonard. Militar, con el grado de general que, en los agitados días que siguieron a la Revolución Francesa estuvo a las órdenes de Napoleón. La *Sancta Societas*, se supone que por orden del rey del Imperio Vaticano, tuvo la encomienda de matar a este general para vengarse de las restituciones a Francia que Napoleón obligó a que hiciera el papado. El general, estando en Roma, durante un tumulto, fue apuñalado secretamente por los espías de la organización papista. El cadáver del general llevaba el sello del Círculo Octogonus, los asesinos a sueldo –espiritual, se entiende– del papa. Su asesinato tuvo lugar en la embajada francesa, el día 28 septiembre de 1797. Al tener conocimiento de la muerte de Duphot, Napoleón ordenó la conquista de Roma, y despojó al rey del Imperio Vaticano, Juan Ángel Braschi, de los Estados Papales, dando lugar a la República Romana.

ECCLESIAE DECUS. Nombre de una carta –encíclica, en jerga sacristial– del rey del Imperio Vaticano Eugenio Pacelli, el angelical papa Pío XII, que tras el fracaso del “Plan Tisserant”¹ para conquistar para el imperio papista la Unión Soviética al amparo de Wehrmacht alemana, publicó, el día 23 de abril de 1943, en la que decía que esperaba que un día pudiera el mundo ser un solo rebaño gobernado por un solo rey o guía. Lógicamente, no se atrevió a decir que el rey o guía sería él o sus sucesores, y los subalternos, el teofuncionariado papista, se aplicaría a la tarea de esquilar y sacrificar las ovejas de sus apriscos. En la carta insiste en la idea de un solo rebaño a las órdenes de un solo pastor. Tan desafortunada imagen, o tan cínica alegoría, que no ha podido evitar el iluminado personaje, constituye un profundo motivo de reflexión para los teístas de buena fe.

¹ En síntesis, el plan del cardenal Tisserant consistía en dotar a las unidades alemanas que invadieron la Unión Soviética de capellanes papistas y otros efectivos del teofuncionariado vaticano, con el fin de desplazar por completo el judeocatolicismo ortodoxo e implantar el judeocatolicismo pontificio, plan aprobado por Pacelli, pero que, como es sabido, no pudo ponerse en práctica.

EIR, Departamento del (Executive Intelligence Review, P. O. Box 17390, Washington, D.C. 20041–0390). En febrero de 1990, publicó un informe especial, priva-

do, preparado por Carol White y Jeffrey Steinberg y un equipo de investigadores del EIR, titulado *Satanism Crime wave of the '90s*. En este informe se ofrece una visión de lo que el Satanismo es en la actualidad. Lo mencionamos porque dicho informe no alcanzó al público.

A pesar de la impresión tan nefasta que pudiera producir dicho informe, no puede compararse, por poner un ejemplo próximo a nosotros, con los crímenes que el judeocatolicismo y teofuncionariado papista alimentó tras la guerra civil española, en donde sacerdotes, obispos y cardenales asesinaron patibularmente en nombre de Cristo, al alimón con Franco y la bendición papal o su aprobación silenciosa, a más de cien mil personas. Remontarse a otras épocas, sería convertir el Satanismo en un juego de niños.

Como en dicho informe se habla también de los abusos sexuales de todo tipo, difícilmente tales abusos pueden alcanzar los que a diario, y en cientos de colegios, postulados, seminarios, noviciados y orfanatos han tenido por protagonistas a sacerdotes, religiosos y religiosas papistas y no papistas.

El informe que citamos, constituye una queja ante la libertad con que los grupos satánicos operan en la sociedad, grupos que parecen estar protegidos por la ley, más que perseguidos por ésta. Aun en esto, el papismo creó escuela, pues sus tribunales se constituyeron con la única finalidad, práctica –se deja su justi-

ficación teórica por inane– de asesinar impunemente a sus enemigos reales o supuestos.

La conclusión del informe es ilustrativa, puesto que afirma (pg. 145) que los problemas con los que se enfrenta la ley, ligados al satanismo y las actividades ocultas son: 1º, vandalismo; 2º, profanación de templos y cementerios; 3º, robos en templos y cementerios; 4º, creación de bandas juveniles (de 13 a 19 años); 5º, mutilación de animales; 6º, suicidios juveniles; 7º, abuso de niños; 8º, raptos; 9º, asesinatos y sacrificios humanos. El informe reconoce que la conexión entre el satanismo y los puntos 7º, 8º y 9º no se ha podido demostrar ni está nada clara. Si se matizan seriamente los seis puntos primeros, que son los que parecen poseer una relación estrecha con el satanismo, el papismo no saldría bien parado. El vandalismo es un elemento esencial de todo fundamentalismo, y el papismo demostró, a lo largo de la historia, y lo sigue demostrando donde puede hacerlo con toda impunidad, su predilección por la destrucción de bibliotecas y la quema de libros, lo mismo que por la destrucción de obras de arte, edificios y cuadros que no eran ni son de su agrado. Demostró, con hechos claros, el odio que tuvo hacia los hombres que consideraba sus enemigos, a los que ni siquiera dejó en paz después de muertos; con frecuencia arrancó de las sepulturas los cuerpos de sus enemigos, a los que arrojó a un muladar infecto para satisfacer su odio y deseo de venganza, si no pudo matarlos con sus propias manos. Se cebó en la destrucción de templos y edificios, de un valor testimonial y artístico incalculable, por todos los lugares del mundo en que pudo imponer su hegemonía y su imperio. Conviene señalar, de todas las maneras, que cuando el botín pudo ser utilizado, no dudó en robar a dies-

tro y siniestro para satisfacer su codicia. Procuró agrupar a los niños y jóvenes en asociaciones, más o menos públicas o secretas, con el fin de hacerlos dóciles instrumentos en sus manos. Si no predicó abiertamente el salvajismo hacia los animales, dio siempre a entender que su dios yahvídico los había creado para el uso y entretenimiento de los hombres, por lo cual jamás se opuso a las salvajadas contra ellos, como lo demuestra –y volvemos a España– el que no haya fiesta patronal –dedicada a los denominados santos papistas– en que no haga sufrir a los animales cruelmente, y no solo en las corridas de toros. El suicidio lo predica abiertamente cuando pone por ejemplo para la juventud supuestos niños que, llevados por el fervor de su devoción a Cristo, se ofrecieron libremente al martirio: todo fundamentalismo es suicida, y exige víctimas infantiles e inocentes. Podemos ver, pues, por lo que ocurre con el fundamentalismo islámico en la actualidad, lo que pudo ser el fundamentalismo judeocatólico en sus inicios y el los largos siglos en que se fue formando e imponiendo.

En cuanto a los puntos 7º, 8º y 9º, que los autores del informe no se atreven a imputar al Satanismo, la historia nos recuerda que sí están muy unidos a la historia, aun moderna, del judeocaticismo papista, en donde los abusos sexual de niños y niñas por sacerdotes, obispos y religiosos de todo confesión por fin están saliendo a la luz; en donde el rapto de todo tipo de personas, niños¹ y ancianos incluidos, por la policía papal, la Santa Inquisición, y los gobiernos papistas, lo ejercieron continuamente y con la mayor impunidad –hasta hacerlo necesario a los ojos de sus rebaños–, y en donde las víctimas humanas sacrificadas por la pandemia papista se cuentan por cientos de miles, y, para mayor bo-

chorno, como medida inexcusable para mayor gloria del papismo, bajo el lema *Ad majorem dei gloria*.

¹ El rapto público, en 1858, del niño judío Edgardo Mortara por el rey del Imperio Vaticano Juan María Mastai-Ferretti, papa Pío IX y sus secuaces, constituye la punta del iceberg que oculta las ignominias cometidas por teofuncionariado cristológico papista durante siglos, en donde, con una impunidad absoluta, y con la disculpa de cobijarlos, alimentarlos y formarlos, los sometieron a todo tipo de sevicias. (Ver *Edgardo MORTARA*).

ELEGIDOS, Los. Hubo un tiempo en que para ser sacerdote o hechicero cristológico no se necesitaba pasar por ningún seminario o casa de formación. El colectivo de creyentes elegía a quienes deseaba tener como responsables de la comunidad y, si éstos aceptaban, el problema quedaba resuelto. No había unciones ni ordenaciones; tampoco había escalafón; todos eran pastores de las comunidades. Quien más prudente y fuera, podía ser consultado por sus compañeros; a eso se reducía su autoridad. Nada era sagrado, y no existía lo que los teofuncionarios cristológicos llaman hoy día sacramento. Las categorías vinieron después, cuando las riquezas se acumularon en sus manos y todos querían gozar de ellas; los más ladinos y zorros consiguieron la mejor parte y sacralizaron sus usurpaciones y arrogaciones con la justificación de las jerarquías y sus grados. En pleno renacimiento, el teofuncionariado cristológico establecido en escalafones, no era extraño todavía consagrar obispo o papa de cualquier diócesis, aunque fuese la de Roma, a un seglar al que se le concedían todos los títulos de la escala en un solo día. Pasaron los años, y se vio la necesidad de erradicar la ignorancia del clero con el fin de hacerlo más selecto y, sobre todo, con el fin de que pudieran defenderse contra los desgarros que la ciencia, la cultura,

los descubrimientos, la razón y la lógica estaban haciendo en el immaculado manto del monopolio papal romano. Para colmo de males, el judeocaticismo reformado, con su afán de estudio y crítica bíblica y evangélica, hizo su aparición, y a las hordas de gañanes y cebones con hábito y tonsura del papismo no les quedó otro remedio, para evitar lo peor, que imitar a los protestantes. Si algunas logias religiosas estaban más preparadas, no todos sus miembros se dedicaban a la enseñanza, de aquí que la ilustración no fuera moneda corriente ni aun dentro de ellas: podían tener copistas y aun apologetas, pero no tenían pensadores. El clero regular, de donde habían brotado con harta frecuencia las mitras, los capelos y las tiaras¹, fue perdiendo su importancia en el escalafón –no en la curia ni en las altas esferas– ante el empuje de un clero secular con mejor formación. En la actualidad, el proceso de formación de los ordenados se ciñe a unos principios claramente establecidos, de los cuales señalamos algunos:

- 1º. El sacerdocio es un privilegio inestimable y divino.
- 2º. Sólo pueden llegar a él los elegidos por Yahvé. (No pueden ser tarados o minusválidos ni exageradamente feos, porque su dios les niega la vocación por sistema).
- 3º. Quienes acepten la invitación divina –tengan vocación–, ofrecida con cuentagotas y negada a los feos y minusválidos, están por encima de todos los humanos, pues entran a formar parte de los “selectos”.
- 4º. La ordenación les proporcionarán poderes mágicos y sobrenaturales.
- 5º. Para alcanzarla, junto a un deseo ardiente, deberán renunciar a la vida del “siglo”.
- 6º. Renunciarán igualmente, a las manifestaciones y ejercicio de la sexualidad y

la afectividad entre humanos. La entrega a Cristo será suficiente para colmar cualquier ansiedad amorosa.

7°. Deberán leer el Breviario obligatoriamente.

8°. Han de estar preparados para soportar los embates del Demonio. (El dios, que los escogió, les dará la gracia para ello; no exige imposibles).

9°. Procurarán llevar el mayor número de almas a Cristo.

10°. El interés de la Iglesia, manifestado en las órdenes del pontífice romano a través de sus ordinarios, será quien esté presente en todas sus acciones; interés que es el de Cristo.

11°. La obediencia a Cristo, a través del papa y los superiores, es, pues, una condición inexcusable de todo sacerdote.

Cuando uno lee estos principios, y tiene algunas nociones de la historia del judeocatolicismo pontificio romano, saltan a la vista tres hechos fundamentales: a) La autoridad del papa ha venido a substituir a la autoridad cristológica, evangélica y bíblica. b) El proceso de preparación de los aspirantes al sacerdocio papista consiste, en principio, no en un lavado de cerebro, como pudiera pensarse a primea vista, aunque sea un ingrediente capital, sino en una represión sexual total, en una castración mental absoluta y en una negación de la afectividad. c) Está prohibido pensar. Los tiempos muertos, si los hay, se ocuparán con la lectura del Breviario, lecturas reiterativas o el recurso a la plegaria. (La idiotización sistemática es un objetivo prioritario para la milagrería).

A los tres elementos señalados se une una motivación egoísta cien por cien: Los elegidos y consagrados son superhombres y tienen no solamente a dios de su parte, sino que se identifican con él; la mejor prueba de esta superhuma-

nidad, que constituye su esencia, es la misma ordenación que reciben. Además, la elección divina es gratificante hasta el éxtasis, pues cuentan en esta vida con el ciento por uno en sus inversiones, y, en la otra, el cielo.

Tras el reclamo que se presenta al niño o al joven sin experiencia para que se ponga en sus manos, el objetivo es claro: Se pretende embotar la mente, reprimir las impulsiones más naturales del aspirante, borrar todos los lazos afectivos con los padres, hermanos y amigos, familiarizarlo con el magismo, y hacer del futuro sacerdote un instrumento dócil a las órdenes del pontífice romano.

Durante cuatro, cinco años, ocho o diez, el agraciado, que siendo niño fue engañado miserablemente por un juego de abalorios edulcorado con satisfacciones metahumanas, ha tenido que renunciar al contacto y calor familiar y al juego con sus amigas y amigos para recluirse en un bunker teodisciplinar, cerrado al mundo y la vida², en donde el control y la represión constituyen elementos ineludibles. Todas las impulsiones naturales deberán dominarse y reprimirse. La mortificación, la obediencia, el masoquismo y el sadismo serán compañeros obligados de viaje durante su teodeformación. La sexualidad se convertirá en una obsesión que, a fuerza de reprimirla, cobrará más vigor, y provocará en el estudiante no pocos traumas psicológicos cuyas consecuencias más escandalosas serán evitadas a través de la confesión, la dirección espiritual y los comprimidos; y, si la tentación de novicios y mentores es irreprimible, con la violación, lisa y llana.

Los programas de estudio estarán dirigidos no a buscar el porqué de la represión y el sadomasoquismo que le imponen, sino a fortalecer la idea de que la autoridad que le ha impuesto dicho programa y dicha forma de vida tiene toda la razón

del mundo para hacerlo, pues ocupa el lugar de Cristo, que es quien lo exige.

La transformación mental que debe haberse dado en el individuo para que llegue a creer sinceramente que con unos movimientos de manos y unas palabras supuestamente mágicas, se cambia la esencia de los cuerpos y las personas, aunque las apariencias engañen, es producto de un trauma brutal o el resultado de una idiotización insidiosa, constante e imperceptible a lo largo de los años.

La imposibilidad de los dioses concebidos no como materia o energía, sino como entes personales, sujetos de intencionalidad y responsabilidad, con voluntad propia y deseos variables o fijos, resulta tan evidente, que insistir sobre ello constituye una pérdida de tiempo total. Pero aceptar que los dioses, de existir, se van a preocupar por sus criaturas, dejando una supuesta salvación, que nadie les ha pedido, tampoco se necesita y no tiene fundamento alguno para formularse ni reclamarse, en manos de un grupo de "elegidos", de "selectos", constituye una aberración imposible de explicar, si no es por el embrutecimiento programado, amparado en el desconocimiento ancestral y tradicional que dominó al hombre en sus primeros balbuceos y la bribonería de unos tahúres consagrados, sacerdotes y obispos –hechiceros y brujos de nuevo cuño–, que tratan de mantener, a toda costa, los beneficios que en la infancia de la humanidad consiguieron.

La ignorancia constituye el paraíso de los dioses, y éstos son fruto de aquella. Mantener unas creencias que pertenecen a los balbuceos del ser humano, en contra de todos los adelantos sociales, científicos, técnicos y filosóficos que ha conocido el hombre, sólo puede hacerse oponiéndose cerrilmente a la evolución natural de la persona y la humanidad y poniendo freno a sus ansias de liberación

y conocimiento. Y contra esta liberación se trabaja en los seminarios. Entre sus paredes los inexpertos jóvenes fueron transformados eliminando de su naturaleza lo que iba a impedirlos sujetarse a las directrices de una gerontocracia ávida de carne fresca a la que modelar. Sus sentimientos fueron reprimidos; peor aún, pervertidos, haciéndolos verdugos insensibles de sí mismos, de sus propios amigos y de sus familiares. Fueron destetados con el sadomasoquismo cristológico, que les permitiría organizar y contemplar las mayores canalladas y los peores crímenes y genocidios con exultante alegría cristológica o –expresión de sus necrosados sentimientos– sin emoción alguna, remitiendo a las víctimas propias al cielo con una jaculatoria de ocasión, murmurada al paio. Sus mentes fueron inutilizadas hasta negarles la posibilidad de considerar que era pan lo que pan era y que era vino lo que vino era. Los programas de estudio a que los sometieron jamás les presentaron la verdadera historia de su iglesia; nunca pusieron en duda el nacimiento real del poderío papal; jamás les permitieron llegar a un crítica comparativa de los contenidos evangélicos; jamás les permitieron descubrir lo que éstos tenían de plagio de otros religionismo o filosofías; jamás les fue posible el estudio crítico de todo su entramado doctrinal, dogmático e histórico. Nunca pusieron sobre sus pupitres o encontraron en sus bibliotecas la historia real del pontificado romano y de todos los pontificados ni la razón de sus crímenes sistemáticos y sus ambiciones desbocadas. Nadie les explicó el fundamento de toda la milagrería clerical y evangélica. Es más, los familiarizaron con la magia, los espejismos, la irracionalidad, lo inconcebible, con el fin de que ellos mismos se creyeran objetos mágicos, capaces de cambiar la naturaleza de

las cosas con meras palabras, gestos e intenciones. Fueron alimentados con el absurdo y la aberración, al comulgar día a día con la aberración y el absurdo.

Jamás, en filosofía, los apartaron de la casuística, y los llevaron por caminos de liberación mental y humana.

Como a robots, les inyectaron dogmas, credos, fechas, concilios, nombres, sacramentos, códigos, leyes, listados, anuarios, principios, categorías, penalizaciones, premios, obligaciones, exenciones y jerarquías celestiales y humana, mientras destruían su capacidad de pensar, de análisis, de crítica. Los abrumaron con datos, exigiendo su memorización estéril, y los saturaron de información espúrea, que jamás pudieron desentrañar, siquiera superficialmente. Y, traumatizados por sus propios desgarros psicológicos, no fueron capaces nunca de percibir la realidad engañosa y teovirtual en que estaban inmersos. Cuando quisieran darse cuenta, sería ya demasiado tarde para empezar de nuevo. Unos indecentes tonsurados habían quemado sus naves, y el único recurso que les quedaba era unirse al ejército de cínicos e hipócritas que los habían elegido y consagrado. Cuando la cápsula acerada que los aherrrojaba se abriera, cuando el duro tegumento que había sido testigo de su vida de crisálida rompiera sus paredes, cuando el criptorrefugio que había contemplado su transformación y contribuido a ella los liberara, se creyeran seres esplendorosos, mariposas áureas, representantes divinos o emanaciones celestiales, lo único seguro era que el obispo de Roma y rey del Imperio Vaticano contaba con una nueva generación de incondicionales. (Ver *Ridículo*).

¹ Todos los puestos que ofrecían una sinecura estaban en manos de las órdenes religiosas o en las manos de los parientes de príncipes, nobles y señores. Es más, con frecuencia todos los gra-

dos del escalafón teocristológico, por la política de los obispos de Roma, terminaron siendo vendidos y comprados, lo que apartaba de sus mieles a los hombres de a pie y sin recursos. El sacerdocio, salvo que se lograra la admisión, para el estudio, en una logia religiosa, cerraba sus puertas a quienes no poseían dinero al ser un coto reservado a los ricos.

² En la actualidad los seminarios refugios han perdido vigencia. Las logias históricas, franciscanas, dominicas, jesuíticas, etc., y las modernas, de todo tipo y condición, entre las que destaca, por el número, el Opus Dei, han substituido el bunker tradicional y colectivo por una sobreepidermis individual y elástica a prueba de tentaciones, que los envuelve de pies a cabeza y los aísla del "mundo", deformándoles la percepción de los sentidos. Los niños y jóvenes que caen en manos del teofuncionario cristológico mentor, creen "vivir en el siglo", porque utilizan la calle para desplazarse, cuando en realidad viven y se desarrollan en una burbuja onírica de aparente inocuidad y desastrosas consecuencias para ellos y para el entorno, pero útiles para sus mentores.

ELEUTERIO DE NICOPOLI. (*Pertenece a la leyenda*). Obispo de Roma, al que se incluye en los listados oficiales con el nombre de papa Eleuterio. Otro de los personajes, entre levita y episcopo, que, a juzgar por lo que se asegura desde la corte del Imperio Vaticano, debieron dirigir a las comunidades judías heterodoxas de Roma, posteriormente sectas judeocatólicas, en los primeros siglos del cómputo común. Habría sido elegido en el año 175¹, como sucesor de un tal Sotero. Habría muerto en el año 189. Fue colocado, en el empíreo judeocatólico, con el título de santo y el de mártir.

Las biografías oficiales lo hacen hijo de un tal Abundancio. Afirman también que Ireneo de Síon, santo, lo visitó para que se opusiera a los montanistas. Puestos a afirmar, no faltan autores que aseguren que Lucio, rey de la Gran Bretaña le envió una carta en la que le comunicaba su deseo de convertirse al judaísmo reformado filorromano.²

En “tiempos” de Eleuterio, Clemente de Alejandría, santo, escribió *Stromatos*, un libro de filosofía judeocatólica en el que alaba el matrimonio de los levitas, rabinos o sacerdotes de la nueva secta judía.

Su sucesor sería Víctor el Africano, papa Víctor I (189–199).

¹ No hay unanimidad en las fechas. Listados hay que lo hacen obispo de Roma del año 182 al 193; otros lo hacen del 174 al 189; el Anuario Pontificio del año 1937 da a entender que lo fue del 182 al 193, mientras que el Anuario Pontificio del año 1970 lo hace del año 175 al 189.

² Anécdota que los más sensatos turiferarios del rey del Imperio Vaticano colocan entre sus leyendas.

ELISEO. Personaje de la *Biblia*. Se hace de él un discípulo de Elías, y la escena en que los dos hombres se encuentran debió de servir de inspiración para construir el cuadro de los *Evangelios* en que Jesús encuentra y llama a los Hermanos Simón Pedro y Andrés¹. Ambos hermanos, como Eliseo, estaban trabajando, éste último con el arado, aquellos con las redes, y Jesús los invita a seguirlo, lo mismo que había hecho Elías con Eliseo². Pero no es esta la única similitud que se encuentra entre la vida de Eliseo y la de Pedro. Una de las secuencias más terroríficas de los *Evangelios*, que tiene relación con Pedro, parece ser un plagio, mejor o peor elaborado, de otra de las secuencias de Eliseo. Pedro, ante la burla –el engaño– de Ananías y Safira, unidos en matrimonio, pide –se supone– a Jesús su muerte, y el matrimonio cae muerto al instante³. Eliseo, ante la burla de unos niños que se reían de él porque era calvo, los maldice en nombre de Yahvé y al instante unos osos salieron del bosque y destrozaron y devoraron a cuarenta y dos de los niños.

Cada una de las dos escenas pretenden exaltar los papeles asignados a sus pro-

tagonistas respectivos. En el primer caso cronológico a Eliseo, más que a Yahvé, pues la escena denigra a este último tanto como ensalza al primero, en el segundo a Pedro, de quien Jesús no es más que un mero esclavo, y que resulta tanto más humillado cuanto más exaltado es Pedro.

Las dos secuencias, es evidente, se han compuesto para resaltar el papel supranatural de los protagonistas, al amparo de sus dioses o ídolos⁴, de aquí que su verosimilitud caiga por los suelos: existe un mensaje doctrinal demasiado evidente, y la realidad, de haber ocurrido la muerte de los niños y la de Ananías y Safira, debió de ser otra⁵.

La desproporción entre el delito, una burla, y el castigo, el asesinato de unos niños inconscientes y el asesinato de dos personas que han entregado su fortuna a “la causa”, aunque por miedo ante el futuro o por otras razones, todas ellas justas, se han reservado una parte, sorprende. Se están justificando dos crímenes monstruosos sólo por favorecer a la casta sacerdotal –elegidos divinos– y para tratar de demostrar que la autoridad que se arrogan proviene de su dios. Que tales hechos vayan en contra de la moral que ellos mismo pretenden establecer con su decálogo, y en contra de éste, no tiene ninguna importancia, es más, resulta correcto y santo –como lo demuestran las dos escenas–, puesto que por encima del decálogo están los sacerdotes que lo establecieron: el crimen es obligatorio cuando la autoridad del sacerdote, del teofuncionariado, está en juego; la causa, su para ellos santa causa, justifica siempre los medios, aun los más infames, y los justificará siempre. Esta es la razón por la que la tribu de Leví y el teofuncionariado judeocatólico jamás se han sentido incómodo ante estos dos relatos. El malestar que les produce

la burla y el ridículo ante sus pretensiones metahumanas y la burla y el desprecio que generan encuentra un alivio en la satisfacción con que leen la citada escena bíblica de Eliseo y la evangélica de Pedro. La venganza está servida y, en este caso, es sagrada. No en vano la existencia del religionismo judeocatólico está establecida sobre la venganza de sus divinidades yahvídicas, cristológicas y paraclitales –el infierno para quienes las desprecien–, por mucho que, intentando suavizar esta idea, se pretenda, en la actualidad, exaltar el aspecto amoroso que se empeñan en encontrar en la denominada economía de la salvación. La brutalidad de estas dos escenas, y la complaciente aprobación que encuentra en el teofuncionariado yahvídico–cristológico no puede provenir tanto de las alteraciones mentales de su propia megalomanía, teogolatría o autolatría, cuanto de la sensación de ridículo que les produce su propia mendacidad, a la que quieren acallar con un fundamentalismo compulsivo que los lleva hasta el crimen. (Ver *Burla y Ridículo*).

¹ Mt. IV, 18.

² 1ª Rey., I, 1–21.

³ Hc. V, 1–10.

⁴ En la *Biblia*, Yahvé; en los *Evangelios*, Yahvé en su versión Jehová–Cristo–Espíritu Santo.

En el caso de Pedro, la conclusión resalta a la vista, y recuerda a los ajustes de cuentas entre mafiosos. Aquellos que han pretendido engañar al jefe, son liquidados al instante. El grupo de los sicarios nazarenos, del que Pedro parece tener la voz cantante, no admite ninguna infidelidad. Como Ananías y Safira se han reservado una parte del dinero que, en buena ley, les pertenece, son asesinados por Pedro y su camarilla. La fidelidad mafiosa de los nazarenos exige que sus seguidores entreguen a la causa –la de Pedro y sus incondicionales– todo, sin reserva alguna.

EMPRESA, La. Nombre en clave con que se conocía, de un modo general y público, la posibilidad de una invasión espa-

ñola de Inglaterra. Los intereses en juego que justificaban esta teórica posibilidad estaban constituidos, en primer lugar, por los del obispo de Roma, el papa de turno, fuese quien fuese el titular, aunque lógicamente deben señalarse a los obispos de Roma que ejercieron el cargo durante el reinado de Isabel I. Tras los fracasos de las conspiraciones anteriores a la ejecución de María Estuardo, el día 8 de febrero de 1587, el obispo de Roma interesado en la puesta en marcha de esa invasión era Félix Peretti de Montalto, papa Sixto V, que urgió a Felipe II a dicha aventura. Como turiferarios incondicionales del papa, se encontraban los jesuitas, quienes, al menos teóricamente, le obedecían sin hacerse preguntas. Si los objetivos primarios que justifican la “Empresa” habían desaparecido con la ejecución de María Estuardo, quedaba el deseo de venganza del obispo de Roma, papa Montalto (Sixto V) y la respuesta de Felipe II a Isabel por lo que aquél consideraba unas agresiones de la reina a su regia y católica persona (tratado de Non-such y el pillaje de las posesiones españolas de Francis Drake).

La “Empresa” se conocía en Inglaterra, y, ante la inminencia de su puesta en marcha, Inglaterra se preparó. Y como primera medida autorizó a Francis Drake a atacar la flota española en donde la pillara. Resultado de esta orden, fue la destrucción de cerca de treinta barcos en Cádiz y gran número de instalaciones de la ciudad. La “Empresa” tuvo que aplazarse un año.

Mientras Felipe II ponía en pie la Armada Invencible, la *Sancta Societas*, es decir, los jesuitas y otras logias papistas, tenían orden de preparar a la población inglesa de la costa para levantarse contra la reina nada más divisar las velas de los navíos españoles. Los agentes del papa debían, igualmente, comunicar a Roma y

España cualquier proyecto inglés de ataque o defensa.

Felipe II puso la flota e manos del duque de Medina-Sidonia, aunque en realidad, el soberano decidió los planes generales de actuación.

La "Empresa" inició su andadura el 7 de junio de 1588, cuando la denominada Armada Invencible partió del puerto de Lisboa. Eran ciento treinta galeones y 30.000 soldados, sin contar las tropas acantonadas en Holanda, y que se unirían a la empresa dispuestos a invadir Inglaterra, que sólo podía oponerles treinta y cuatro navíos y algo más de seis mil quinientos hombres.

La aventura parece que llevaba escrito el fracaso desde sus inicios. Concebida como un desembarco masivo en Inglaterra, como mil quinientos años antes había hecho César, no estaba diseñada para una batalla naval, en lo que terminó. Sólo consiguieron regresar a España veintisiete buques, con el general de la empresa, el duque de Medina-Sidonia. La operación fue un completo fracaso. El único consuele para el obispo de Roma Montalto, Sixto V, fue saber que los informes de la derrota los conoció él, gracias a los espías de la *Sancta Societas*, antes que el mismo Felipe II.

ENCÍCLICAS. Sinónimo de declaraciones, imposiciones, decretos, etc. Los obispos de la ciudad de Roma, reyes electos de la monarquía imperial judeocatólica, tienen por costumbre, cuando imponen una normativa o la conducta a seguir en cualquier terreno, denominar encíclicas a sus proclamaciones y bandos, con el fin de convertir una acción común a todos los gobernantes en un hecho excepcional, reservado únicamente a ellos. El no llamar a las cosas por su nombre, con el fin de hacerlas excepcionales aunque sean la más rastrera vulgaridad, constitu-

ye una querencia compulsiva en los emperadores o reyes del Imperio Vaticano y de todo su teofuncionariado.

ENEAS SILVIO PICCOLOMINI¹. Papa Pío II. Nació en una familia noble en decadencia, el 8 de octubre de 1405, en Corsignano, posteriormente, Pienza, no lejos de Siena. Su atractivo y vivacidad lo llevaron a muchos lechos y le abrieron muchas puertas, sobre todo a partir del momento en que, en Siena, encontró un protector que se encariñó con él, y lo hizo entrar, para tenerlo cerca, en el monasterio del cual era abad. En dicho monasterio, y gracias a su protector, pudo estudiar letras y leyes, lo que hizo de él un gran humanista. Eneas sintió toda su vida una verdadera pasión por los autores clásicos. Su atractivo y vivacidad hicieron que el cardenal Capranica quisiera tenerlo en su séquito; igualmente se lo ve junto al obispo Nicodemus de Frisinga, con Bartolomé de Novara, y al servicio del cardenal Albergati, que lo envió a Escocia con una misión secreta, de la que el joven Eneas volvió con dos hijos, uno de una bretona y otro de una escocesa. Lógicamente, en sus memorias o *Commentarii*, Eneas, que escribe para la posteridad, nada dice de sus correrías en los lechos de amantes y protectores. La vida diplomática y las relaciones de alcoba, le enseñaron a estar siempre en el momento oportuno en el lugar adecuado, por lo que, viendo la importancia de la carrera eclesiástica para quienes como él, nada podían esperar de la sangre heredada, se decidió por ella y, en el plazo de un año, sus protectores lo hicieron subdiácono, diácono y sacerdote, y en abril de 1447 lo consagraron obispo de Trieste. Nueve años más tarde, en 1456, su protector Alfonso Borgia, más conocido por papa Calixto III (Bis), lo nombró cardenal. A la muerte de Calixto III, en el año

1458, los electores, aun conociendo que Eneas era un humanista² irrecuperable (incrédulo radical, en lenguaje teísta), o precisamente por ello, lo eligieron papa, convencidos por las dádivas y promesas que distribuyó entre ellos. Fue coronado el día 3 de septiembre de ese mismo año, y disfrutaría del ambicionado trono, al cual se creía destinado por el mismo dios Yahvé–Cristo–Espíritu Santo, hasta 1464.

Preocupado por sacar dinero de cualquier sitio, pues las arcas de la corte papal habían sido vaciadas por los sobrinos de Alfonso Borja, vendió el reino de Nápoles al hijo bastardo de Alfonso, en contra del derecho que asistía a René d'Anjou y a su hijo Juan, duque de Calabria, lo que le proporcionó una fortuna de seiscientos mil escudos de oro. Con la fortuna en sus manos, y ya más tranquilo, recurrió a la imposición de impuestos con la disculpa de las cruzadas, y la convocatoria de un concilio general en Mantua con el fin de reclamar de reyes y príncipes fondos para el mismo.

Trató de mezclarse en la marcha de todos los países, e hizo la vida imposible a unos y a otros. Los romanos, que en un principio vieron su elección al obispado de Roma como una suerte, pronto se cansaron de él, de su codicia, de su prepotencia y ambición. Hartos de sus desmanes proclamaron la república. Eneas, con un ejército de mercenarios, pudo entrar en la ciudad, y exterminó a diestro y siniestro; mandó ahorcar a todo el que se había destacado en la revuelta, y expulsó a quienes no pudo matar, para apoderarse de sus bienes. Intentó, por todos los medios, que en Francia se aboliera la *Pragmática sanción* por la que la Iglesia galicana se independizaba totalmente de la Iglesia de la ciudad de Roma, lo que, a pesar de las apariencias, no consiguió.

En su megalomanía y teoogolatría, creyó que podía convencer al califa Mohamet II para que se convirtiese, enviándole para ello una carta. El califa despreció lo que a todas luces era una necedad, y Pío II, humillado, puso mayor entusiasmo en la organización de una cruzada contra él. Cuando ésta se estaba materializando en armas, dinero y efectivos –se habla de un ejército de más de trescientos mil hombres–, en junio de 1464, Pío II abandonó Roma para embarcarse en Ancona. Pero en esta última ciudad cayó gravemente enfermo. El 4 o 5 de agosto del mismo año, bajaba a la tumba. Su cruzada se desvaneció como un sueño.

En la vida de este hombre, existe un gesto que ha desconcertado a los estudiosos, aunque creemos que encuentra una justificación clara cuando se conoce su vida.

Escritor³, poeta, inteligente, perspicaz y diplomático, sabiendo todo el mundo que compró el obispado romano con un aplomo y desparpajo admirable, sorprende la condena que tuvo para sus propios escritos de juventud, escritos que reflejan su habilidad, ingenio y pluma, gesto que, a primera vista, no se comprende demasiado bien, y que se refuerza con otra declaración pública, la de *que condenaba como Pío lo que como Eneas había escrito*, condena que hizo al fin de su vida, concretamente, en abril del año 1463. Estas condenas, de ser sinceras, expresarían el ocaso humano de Eneas Silvio Piccolomini, pues demostrarían que había sucumbido mentalmente al peso de la tiara áurica que ceñía su cabeza; se había identificado, hasta olvidar su propia identidad y la del mundo de ficción –mundo virtual– constituido por el religionismo cristológico en boga, con el papel que él mismo representaba

en la comedia que estaba ofreciendo al público. En el caso de no ser sinceras estas condenas, no serían más que el resultado de una hipocresía y un cinismo divino, cuya aparente humildad dejaría mal parada la humildad manifiesta de su dios al hacerse hombre. En efecto, estas condenas encuentran su explicación en dos razones apodícticas. La primera era la de que, en los tiempos en que se opuso al papado romano, no podía soñar en que algún día él mismo podría ceñirse la corona imperial del obispado de Roma. La segunda era la de que, conociendo la historia de la iglesia, estaba convencido de la igualdad de todos los obispos y de la superioridad del concilio sobre cualquier obispado, el de Roma incluido. Estas dos razones –ha de admitirse que la primera pudiera actuar de un modo inconsciente en su juicio– fueron las que le impulsaron a luchar contra las pretensiones de superioridad que demostraban todos los obispos romanos al colocarse la corona o tiara sobre su testa. Condena que jamás tuvo reparo en expresar, como lo demostró, siendo ya cardenal, en el concilio de Basilea. Desde el ambicionado trono, que él con tanto desparpajo había comprado a los electores y al Espíritu Santo, las cosas debían de verse de otro modo. Y, con el aplomó que los años y la experiencia le habían dado, no dudó proclamar la condena de todo lo que había hecho, escrito y dicho antes de alcanzar el pontificado romano. Y lo hizo, a sabiendas de que amigos y enemigos podrían echarle en cara su glorioso pasado y sus más que gloriosas declaraciones en contra de la superioridad del papa sobre los concilios. Enajenado por su propia gloria –o en una muestra de cinismo e hipocresía inimitable–, le faltó tiempo para publicar un decreto –bula– por el que prohibía oponerse a sus mandatos recurriendo a

los concilios, en oposición abierta de la defensa que había hecho de los mismos en el concilio de Basilea contra el papa. No es de extrañar que Mézeray⁴ escribiera sobre él: “*Ningún hombre trabajó lo que Eneas Silvio para reducir el poder papal, y jamás otro papa se esforzó más en extenderlo por encima del derecho y la razón.*” El sucesor de Eneas fue Pedro Barbo, papa Pablo II (1464–1471).

¹ En España, la *Autobiografía* de este hombre fue traducida, adaptada, comentada y publicada por el historiador y escritor Antonio Castro Zafra, libro de especial interés para el conocimiento de *Eneas Silvio*. Lleva por título *Pío II, Así fui papa*. (Argos–Vergara, Barcelona, 1980). Castro Zafra pudo darse cuenta de que la *Autobiografía* de Eneas, escrita para que pudiera ser publicada tras su muerte, no lo fue hasta un siglo más tarde, en 1584, y la censura sólo permitió que se publicara un tercio de su extensión.

² Término, similar al de humano, al cual los creyentes de cualquier religionismo, y con mayor razón los cristológicos, oponen el de teístas o deístas.

³ Los más conocidos son *Autobiografía, Descripción del mundo, Vida de Federico III, Comentarios, Poesías*. Se conserva de él una colección numerosa de cartas.

⁴ François Eude de Mézeray, historiador francés (Hameau de Ri, 1610–Paris, 1683). Entre sus obras se cuentan *Histoire de France, Histoire des Turcs depuis 1612 jusqu'à 1649, Les Vanités de la Cour*.

ENGHIEM, Conjura de. Conspiración contra Napoleón descubierta por Fouché. En la conjura, junto a los monárquicos, a la cabeza de los cuales se encontraba el duque de Eghiem, Louis–Antoine Henri de Borbon, está el cardenal Caprara, jefe del espionaje papal en Francia y miembros de la *Sancta Societas* en París. Entre los militares implicados para derribar a Napoleón se encontraban Georges Cadoudal, Morau, Vovuet de Lozier y Pichegru. Cuando la conspiración fue descubierta, pudo saberse que estaba implicado en ella el mismo rey del Imperio Vaticano, el obispo de Roma Bernabé Luis

Chiamonti más conocido como Pío VII, a través del jefe de la *Sancta Societas* y un antiguo miembro de Guardia Suiza, enviado a Francia clandestinamente. A finales de febrero de 1804, todos conjurados estaban localizados, en prisión o a punto de caer en manos de Fouché. El duque de Enghiem sería fusilado el día 21 de marzo. Pichegru aparecería estrangulado en su celda el día 6 de abril del mismo año. Aunque se trató de acusar a Napoleón de esta muerte, hay que aceptar, a falta de otras pruebas, la versión más lógica: que fue asesinado por orden del cardenal Caprara, y la complacencia de su monarca, para que sus confesiones no alcanzaran a descubrir las implicaciones de la corte del Imperio Vaticano en la conjura.

Las cabezas de varios conjurados fueron cortadas en el patíbulo, el día 26 de junio de 1804. Uno de los conjurados, Moreau, abandonaría, sano y salvo, Francia con permiso de Napoleón.

ENRIQUE III DE FRANCIA. El último de los Valois (Fontainebleau, 1551–Saint Cloud, 1589). Era hijo de Enrique II y de Catalina de Médicis. No faltan historiadores que afirmen que a él se le debe, lo mismo que a su madre, que debió de ser la verdadera instigadora, la noche de San Bartolomé, en donde fueron asesinados, en París, todos los hugonotes de la ciudad, con el beneplácito y la complacencia del obispo de Roma de turno. En el año 1574, sucedió a su hermano Carlos IX en el trono de Francia. Inmerso en las guerras de religión organizadas por el papado romano, no fue capaz de actuar con decisión y rigor para defender sus intereses. Tuvo que enfrentarse al fanático papista duque de Guisa, que defendía los intereses del ambicioso Félix Peretti de Montalto, papa Sixto V. Ante la actitud de Enrique, que quería favorecer a los

judeocatólicos reformados para conseguir la paz en el reino, los judeocatólicos papistas de París formaron la Santa Liga, bajo la dirección del duque de Guisa, apoyada, como es lógico por Montalto y el mismo Felipe II de España, que no veía con buenos ojos que Enrique de Navarra pudiera un día heredar la corona francesa. Enrique III trató de combatirlos, pero la chusma fundamentalista y la nobleza, aleccionados por los agentes del papado y de la Liga, se levantaron contra él, y se las vio y se las deseó para poder huir de la ciudad sano y salvo. Ante la dificultad de derrotar al ambicioso duque de Guisa, ordenó su muerte y la de su hermano, el cardenal Luis de Lorena. Como los ligeros se le resistía, Enrique III se alió con Enrique de Navarra y sitió París. No contaba sin embargo con el servicio secreto fundado por Félix Peretti de Montalto, el ambicioso papa Sixto V y sus agentes, básicamente jesuitas y dominicos, aunque hubiera también miembros de otras logias y del clero secular, cien por cien fundamentalistas. Un religioso dominico, Jacques Clement, monje que pertenecía a la Liga, se presentó ante el rey el día uno de agosto de 1589, con unas cartas. Mientras el rey leía las cartas, el dominico lo apuñaló. Al día siguiente, 2 de agosto, hacia las dos de la tarde, Enrique III de Francia expiraba. Un año después de él, en 1590 moriría el ambicionado rey del judeocatolicismo papista romano, Sixto V, responsable último de su asesinato, mientras que la causa próxima del mismo señalaba a madame de Montpensier, hermana de la duquesa de Guisa.

ENRIQUE IV DE FRANCIA. Era rey de Navarra cuando alcanzó, tras el asesinato de Enrique de Valois, Enrique III de Francia, el trono francés. Aunque era judeocatólico calvinista, para tener la fiesta en paz, no tuvo inconveniente en “convertirse”

al judeocatolicismo papista, lo que hizo solemnemente el día 25 de julio de 1593, cuando se ceñía la tiara pontificia el ambicioso Hipólito Aldobrandini, papa Clemente VIII Bis. Sin embargo, esta conversión no convenció, en absoluto, ni a los fundamentalistas papistas de París, ni mucho menos a Clemente VIII Bis, que, a juzgar por los acontecimientos, debió de ordenar a la *Sancta Societas*, el servicio secreto del papismo, fundada unos años antes por Félix Peretti de Montalto, papa Sixto V, su eliminación a cualquier precio. Apenas un año después de su conversión, es decir, en 1594, Enrique IV sufrió un atentado del cual pudo escapar con vida de pura casualidad. El autor, Jean Chatel, era un fraile de la *Sancta Societas* preparado por Roma. Pero no fue el único atentado que debió de sufrir antes de caer asesinado bajo el puñal de Ravailac. Pierre Barrière y el cartujo Pierre Ouin, un vicario de Saint-Nicolas-des-Champs, que sería ahorcado en 1595, habían tratado de asesinarlo también.

Enrique IV estableció la libertad religiosa en todo su reino mediante el edicto de Nantes. Ante la política del rey, el obispo de Roma Camilo Boghese, Pablo V (1605-1621), le envió una carta advirtiéndole que no debía de molestar a Felipe III de España, gran mecenas del papado, como lo había sido su padre. El papa, convencido de que tiene en sus manos el poder divino de dar la muerte, si no la vida, ordenará a la *Sancta Societas* y a los jesuitas terminar con la vida de Enrique IV como fuese. El rey, confiado, rechaza con frecuencia la escolta en sus paseos por París.

François de Ravailac era un antiguo fraile, cien por cien fundamentalista, que se había jurado dar muerte a cualquiera que atentara o pusiera en duda la grandeza del papado romano. Aleccionado por los hombre de la *Sancta Societas* y

antiguos miembros de la Liga Santa, se impuso el objetivo de terminar con la vida de Enrique IV a la primera oportunidad que tuviera, propósito que, según algunos biógrafos, venía alimentando desde años atrás. El día escogido, el día 14 de mayo de 1610, Ravailac se sentó sobre una piedra, no lejos de las puertas del Louvre. Poco antes de las cuatro de la tarde, vio al rey subir a una carroza a la que siguió unos pasos más atrás. En medio de la calle de la Féronnerie, la carroza tuvo que detener el paso, y Ravailac se subió a una de las ruedas traseras y, aprovechando que el rey se había vuelto a hablar al duque de Epernon, compañero de paseo, le dio dos puñaladas, la segunda mortal de necesidad. Ravailac, que pudo huir sin que nadie le molestara, no lo intentó siquiera. Cuando Ravailac, iba a ser descuartizado por cuatro caballos, en la plaza de Grève, sin que nadie le hubiera hecho confesar quienes eran sus cómplices, los doctores de la Sorbona Filesac y de Gamacho, presentes en el patíbulo, consiguieron que Ravailac se decidiera a hablar en el último instante. Sin embargo, de su confesión no queda ningún testimonio lisible, debido a que el escribiente no fue capaz –se comentó– de escribir una palabra clara. Otra versión asegura que los implicados en el asesinato eran de tal categoría, que los jueces no se atrevieron a acusarlos.

Las preguntas que pudieran formularse para explicar el asesinato quedaron sin respuesta, aunque la mano criminal era la del rey del judeocatolicismo papista, Camilo Borguese, Pablo V y la de su servicio secreto. La forma rápida y contundente con que Ravailac efectuó el crimen, señalaba una preparación y entrenamiento evidente, sobre todo cuando, de haberlo querido, hubiera podido escapar impune al crimen. No fue de extrañar que, tras su descuartizamiento, se afirmara que

había pertenecido al *Círculo Octogonus*, asociación de asesinos consagrados, al servicio del papado, y mano armada de la *Sancta Societas*, que contaba con ese grupo de fundamentalistas suicidas, dispuestos a dar la vida con tal de alcanzar los objetivos asignados.

Cuando Borguese recibió la buena nueva del asesinato del rey, con un cinismo angelical y una hipocresía divina tan evidentes como burlonas, no tuvo inconveniente en oficiar una misa solemne, aparentemente, por el descanso eterno del alma de su víctima.

ENTIDAD, La. Nombre que se da, en la actualidad, al servicio de espionaje de la corte del Imperio Vaticano. El nombre designa a la antigua *Sancta Societas*, fundada siglos atrás por su rey Félix Peretti de Montalto, papa Sixto V (1585–1590) y el de su servicio de contraespionaje, fundado en 1931, y bautizado con el nombre de *Sodalitium Pianum*. De este modo, y fiel a su costumbre, la corte del judeocatolicismo papista pretende borrar las huellas de un pasado de asesinatos y atropellos y cuatro siglos de política cloacal papista de lo más bochornosa y criminal justificada en nombre de sus ídolos o dioses yahvídicos, cristológicos, paraclitales y mariológicos¹ crímenes y atropellos que tanto el papa como la nomenclatura cardenalicia y su teofuncionariado intentan que desaparezcan de la memoria de los hombres al cambiar el nombre de sus instituciones. En la misma línea cambiaron el nombre de Santa Inquisición, que designaba a la policía papal y sus crímenes y genocidios, por el de Santo Oficio, y el de éste por el de Congregación para la Doctrina de la Fe. Resulta sorprendente, por no decir sospechoso, que ni siquiera los libros más serios sobre el espionaje mundial no mencionen, siquiera de pasada, el de la

Sanca Societas, cuando probablemente sea el servicio secreto de espionaje más antiguo del mundo occidental, con más de cuatro siglos de existencia. (Ver *ESPIONAJE Vaticano*).

¹ Aunque oficialmente se siga negando la existencia de un politeísmo descomunal en el judeotolicismo papista, con los dioses Yahvé, Jesucristo, Espíritu Santo, como figuras estelares de dicha idolatría, existe también la presencia de una diosa Madre, la virgen María, cuarto personaje de la trinidad yahvídica, copia de otras vírgenes y madres de idolatrías anteriores, y que es venerada en multitud de avatares diferentes. Si no fuera suficiente la presencia de estos cuatro dioses mayores, están los dioses santorales, lares de andar por casa, que tienen mayor aceptación entre los rebaños papistas que los dioses principales. Como colofón a esto olimpo metanatural, el judeocatolicismo cristológico latino cuenta con una divinidad en la tierra, el papadiós de turno, que conforma el quinto personaje de la trinidad mencionada.

EPÍSTOLA. Sinónimo de carta y encíclica. El afán de los príncipes mitrados por no llamar al pan pan ni al vino vino con el fin de ensalzar por medio de las jergonzas sacristiales sus inanerías culturales, dogmáticas y doctrinales, hace que continuamente designen con palabras rebuscadas o sinónimos grecolatinos lo que en lengua española o castellana tiende a ser el habla común de todos.

Se denominan con este vocablo las cartas canónicas contenidas en los textos evangélicos sacralizados por el teofuncionariado cristológico, y que se atribuyen, lo que no deja de ser una aspiración digna de alabanza, aunque no tenga ningún fundamento, a varios discípulos de su protagonista.

ERZBERGER, Mathias. Fue líder del Partido Político Centrista Católico en Alemania, en tiempos de la Primera Guerra mundial. Había sido enviado a la corte del Imperio Vaticano a comienzos de febrero de 1915, cuando Jaime della Chie-

sa llevaba un año como papadiós (1914–1922). Mathias Erzberger llevó al rey del Vaticano y su Imperio varias propuestas políticas del Kaiser Guillermo, con el fin de que no interviniera en la guerra y, al menos oficialmente, realizara una política “de no intervención” aunque siempre a beneficio del Kaiser. Para ello éste le hizo la saludable oferta de una contraprestación monetaria que della Chiesa aceptó con singular alegría pues suponía un alivio para las arcas del Imperio Vaticano. Las aportaciones secretas de dinero del Kaiser al rey del judeocatolicismo papista, el obispo de Roma, que fueron a parar a las cuentas secretas del Vaticano en Suiza y otros lugares terminaron siendo millonarias, por lo que, para evitar la protesta de las naciones aliadas, en el caso de que se descubrieran, se consignaban como si se tratara del carismático “óbolo de san Pedro”. La política cloacal papal y vaticana, a pesar del dinero del Kaiser, no impedía que della Chiesa, siempre que el oportunismo político y económico lo aconsejaban, hiciera el mismo juego con los aliados.

ESCRIBA ALBÁS CONTRÁN BLANC, José María Julián Mariano. Más conocido como Josemaría Escrivá de Balaguer. Nació en Barbastro, Aragón, en 1902. Su madre, carente de recursos, lo encaminó hacia el sacerdocio, único modo de asegurarle unos estudios y, a la postre, el cocido. Traumatizado desde la infancia por la miseria a que había quedado reducida su familia, y dominado por una madre que hizo de él un misógino irredento, si no lo era por convicción o constitución, fundó la Sociedad Sacerdotal de la Santa cruz y la Obra de Dios, conocida como Opus Dei, tras la que ocultó sus complejos haciendo de ella su lazarillo de por vida. Las constituciones de esta logia fueron compuestas, en Roma, en el año 1950.

José María Julián Mariano es también el autor de un libro llamado *Camino*, publicado en el año 1939, y que constituye un exponente panfletario de fascismo cristológico, de teorracismo sexual y misógino, de aristocracia catequética. El libro manifiesta la teogolatría culpable y resbaladiza del autor, que jamás, a pesar de las apariencias, se atrevió a salir de la matriz tentacular de su madre ni de la cápsula protectora que había fundado para ser adorado. Moriría en el año 1975, aquejado por una grave diabetes que arrastraba desde la infancia, por un fallo cardíaco. Su sucesor a la cabeza de la Obra sería Alvaro de Portillo. La sociedad o logia a la que dio vida, convertida, en 1982, en prelatura personal, tiene, en la actualidad, un lugar preferencial en la corte del Imperio Vaticano. La Obra influyó decisivamente en la elección de Carol Wojtyla como papadiós y ayudó a este hombre, con sus aportaciones masivas de dinero, a solucionar los problemas que había creado en las finanzas italianas por ayudar a Walesa y al sindicato Solidaridad. Carol Wojtyla, chocheando e incapacitado por la enfermedad y la edad, de la mano del Opus colocó como pudo a José María Julián Mariano en el cielo y le honró con el título de santo.

ESCRIVÁ DE BALAGUER, Josemaría. (Ver *José María Julián Mariano ESCRIBA Albás Corzán Blanc*).

ESCUELA DE BOLONIA, La. Se designa, con este nombre, en realidad, las facultades del derecho civil y canónico de Bolonia, que se crearon en la Edad Media, y que sirvieron para fortalecer y estructurar las directrices emanadas de la corte papal en materia de derecho. Aunque en un principio tales ramas estuvieran separadas, terminaron estando tan unidas que no era extraño que quien se hubiera

licenciado en derecho civil (en realidad romano) fuera considerado, a su vez, como licenciado también en derecho canónico, pues llegó un momento en que no podía estudiarse uno sin el otro. La importancia de esta escuela radicaba en que sus especialistas trabajaban al unísono con la curia papal, con el fin de poder dar forma legal a las ambiciones del papado romano. Por otro lado los canonistas de dicha escuela y los de la curia condicionaban totalmente los códigos civiles de los pueblos y reinos del mundo judeocatólico, que no podían establecer sus leyes sin tener en cuenta los intereses del obispo de Roma. No podía establecer una constitución “seglar” y “laica” para ningún pueblo, porque el papado estaba a la expectativa con la amenaza de la excomunión y la deposición de los reyes y príncipes que pretendieran hacerlo. Tampoco podía establecerse una constitución parlamentaria que no fuera inmediatamente condenada por el papa, ante la amenaza que significaba para su propia realeza.

ESPIONAJE¹ VATICANO, EI. La corte del Imperio Vaticano, al igual que todos los principados, reinos e imperios, tiene en su haber una historia de luchas, robos, usurpaciones, conquistas, saqueos, invasiones, ambiciones y amenazas que le impusieron la necesidad del espionaje para mejor lograr sus objetivos. Y, siendo una de las cortes más antiguas de Occidente –arrastra una historia de quince siglos–, su servicio de espionaje, si no adquirió carta de ciudadanía hasta el siglo XVI –jamás oficial–, con el dominico Miguel Ghislieri, papa Pío V (1566–1572) y el franciscano Félix Peretti de Montalto, papa Sixto V (1585–1590), no por eso dejó de existir en la práctica y mantenerse con una eficacia que los siglos fueron depurando.

Dejando aparte los tiempos míticos², y tomando como punto de arranque de su historia el reinado de Teodosio el Grande (379–395), el último emperador que gobernó sobre todo el Imperio Romano, cuando ya el obispado de Roma pretendía situarse sobre los demás obispados, se observa cómo los obispos de la antigua ciudad imperial se han lanzado de cabeza a la tarea imparable de buscar ayuda para lograr dicho objetivo. Y su actividad se ha decantado en tres terrenos. El primero ha sido en el de conseguir adeptos para su causa, intentando imponer su imperialismo religioso a los destructores del Imperio Romano y sus vecinos. Otro campo prioritario ha sido el de minar la autoridad de los demás obispados, aprovechando todas las oportunidades que tenía a mano para arrancarles parcelas de su poder. Otra esfera en la que se ha procurado mover ha sido en la colocación de sus peones en torno a las cortes de los emperadores romanos y carolingios, con el fin de prevenir y adelantarse a sus proyectos, siempre que pudieran perjudicarlo. Las personas destinadas a tales tareas han constituido los elementos de información necesarios para la ejecución perfecta de los objetivos trazados, y se comportaron, en ocasiones, como auténticos espías y saboteadores en el sentido actual de la palabra. Es evidente que no siempre el obispado romano pudo realizar una política regular en cada uno de estos campos y, en ocasiones, no tuvo, durante años, ninguna oportunidad sería en ninguno de ellos, pero la tendencia general hacia el espionaje en cualquiera de las tres esferas citadas constituyó una constante en la mentalidad de muchos de los titulares de la mitra romana.

Con Teodosio, lo que pudo haber sido una actividad prometedora, pero excepcional, sobre todo por falta de medios y

de justificación, se hace más frecuente, puesto que el emperador ha decretado que al obispo de Roma se remitan las causas entre obispos que no terminen de resolverse. Esta orden constituye un reconocimiento de supremacía, que el obispado romano agradece y explota hasta la saciedad. Enviará mensajeros a un lado y a otro, con el fin de interferir en todas las causas de litigio; tales mensajeros tienen también el encargo de informarle sobre los puntos de interés que le puedan afectar o puedan serle útiles. En realidad, todos los legados y enviados por el obispo de Roma a otras diócesis, a la corte o a "tierra pagana" son espías, que velan por los intereses de quien los envía. Zósimo (417–418) manda sus legados a África con el fin de que impongan su versión sobre los cánones de Nicea. El proyecto fracasó, pero la intentona quedó registrada. Celio Félix de Anici, papa Félix II Bis o III (483–492), tuvo que soportar que sus enviados y espías a Constantinopla regresaron tras haberse dejado comprar por el oro que les ofrecieron, e inutilizando todas las esperanzas del obispo. Anastasio el Romano, Anastasio II Bis (496–498), envía legados a la corte de Constantinopla para llegar a un acuerdo con el emperador y conocer las intenciones de su patriarca y clero. Celio Hormisdas (514–523) fue un caso excepcional, pues jugó a todas las bandas posibles, enviando sus espías y legados a negociar con los reyes invasores para perjudicar al emperador, al tiempo en que los traicionaba con la ayuda de los emperadores cuando le convenía. No tuvo inconveniente en organizar guerras y represiones con el fin de incrementar su poderío y minar la autoridad de los patriarcados del Norte de África y de Constantinopla. Gregorio de Anici, Gregorio I (590–604), antes de alcanzar el codiciado obispado romano fue enviado

por Pelagio II a Constantinopla para pedir ayuda al emperador. Pero no pudo inclinarlo a secundar los intereses de Pelagio, por lo que tuvo que regresar y refugiarse en su convento. Una vez que se ciñó la mitra de Roma, la orden benedictina, a la que pertenecía, se dedicó, por todos los medios, a minar la autoridad de los obispos de todas las diócesis en que estaba implantada o había conseguido introducirse. Se suceden los obispos de Roma mientras su poder se va estableciendo por encima de los demás obispos. Gregorio el Romano, Gregorio II (715–731), bien informado, se atreve a enfrentarse al emperador León el Isaurio. Pero quien fue un maestro en el espionaje y contraespionaje fue Hildebrando de Soana, Gregorio VII (1073–1085), que antes de ceñirse la tiara imperial había coronado y destronado papas siguiendo sus intereses y los de sus señores. Una vez en el trono cristológico, la red de espías de que tuvo que disponer para llegar a enfrentarse al emperador Enrique IV y exigirle lo que le exigió, tuvo que ser densa y efectiva.

Pasa el tiempo y hace su aparición la Santa Inquisición con su corte de espías y delatores. Unos años más tarde el Imperio Cristológico, que arrastra una ruptura radical ente Oriente y Occidente debido a las ambición y corrupción de los obispos romanos, sufre una nueva ruptura en Occidente debido a las mismas causas. Por una lado estará la secta papista, con sede en Roma, que no renuncia a la corrupción, y por otro lado el judeo-catolicismo reformado, que tratará de ceñirse a la interpretación más genuina –según sus criterios– de los contenidos bíblicos y evangélicos. Para luchar contra él los obispos romanos emplearán toda la fuerza de la Inquisición y creará un servicio especial de espionaje, la *Sancta Societas*, que se encargará de realizar la

política cloacal tan necesaria en estos casos. Quienes tuvieron el honor de crear dicho servicio fueron los obispos ya citados al comienzo de esta entrada, Pío V y Sixto V. Este servicio fue de una eficacia tan efectiva, que en la actualidad, bajo otro nombre –La Entidad– sigue existiendo.

Entre los monarcas del Imperio Vaticano que más lo apoyaron y fortalecieron se encuentran Hugo Buoncompagni, Gregorio XIII (1572–1583); Hipólito Aldrobrandini, Clemente VIII Bis (1592–1605); Alejandro Octaviano de Médicis, León XI (1605), aunque su labor principal la hizo siendo cardenal; Camilo Borguese, Pablo V (1605–1621); Alejandro Ludovisi, papa Gregorio XV (1621–1623); Anniballe della Genga, León XII (1823–1829); Juan María Mastai–Ferretti, Pío IX (1846–1878); Eugenio Pacelli, Pío XII (1939–1958); Giovanni Battista Montini, Pablo VI (1963–1978), y Carol Wojtyla, Juan Pablo II (1978–2005). Entre sus jefes más carismáticos se encuentran Ludovico Ludovisi, Lorenzo Magatoli, Olimpia Maidalchini, Sforza Pallavicino, Pauluzzo Paluzzi, Bartolomeo Pacca, Giovanni Battista Caprara y Pietro Fumasoni Biondi.

En su haber cuenta con el asesinato de reyes³, el envenenamiento de diplomáticos, el apoyo a bandas en conflicto, el fomento de genocidios y holocaustos, la financiación a grupos terroristas y a dictadores suramericanos, la protección de criminales guerra, el lavado del dinero de la mafia, la manipulación de mercados financieros, quiebras bancarias, la venta de armas. En los últimos asesinatos en los que han participado las diversas secciones que en la actualidad, constituyen el servicio de espionaje y contraespionaje del papado romano hay que señalar las muertes ocurridas en torno al escándalo del Banco Ambrosiano de Milán y la muerte de Albino Luciani, Juan Pablo I.

¹ El espionaje constituye una actividad permanente entre vecinos, sean personas, pueblos, comarcas, principados, o reinos. Resulta una constante inevitable aunque no sea más que por la necesidad de hablar, y resulta una necesidad imperiosa cuando se desea conquistarlos o aprovecharse de ellos por el robo, el saqueo las razzias y otras actividades agresivas. Lo mismo puede suceder, si se quieren establecer relaciones comerciales, con el fin de ver su oportunidad o no.

Los primeros testimonios históricos de espionaje, se encuentran en unas tablas de arcillas de los Hititas, que están datadas en el año –1370. Y el primer tratado sobre el tema se debe a los Chinos, concretamente al filósofo Sun Tzu, que publicó, en el año –510, su obra *Ping Fa* (Las Reglas de la guerra).

La Biblia hace mención a una actividad de espionaje, llevado a cabo por doce hombres, para preparar la conquista de Canaán.

² Es habitual encontrar, en las biografías ortodoxas de la curia romana, la mención de “ que Pedro, fijando su residencia en Roma, envió a sus fieles a predicar en Occidente y Oriente, y hace muchas conversiones, incluso en el Palacio Imperial.” (Giuseppe Arienti: *Los papas*). El ejemplo de Pedro, fue plasmado por otros historiadores en sus trabajos, atribuyendo a los míticos papas sus mismas acciones o similares.

³ El asesinato de la reina de Inglaterra fue una obsesión para varios papas de Roma, que lo intentaron por todos los medios, y no les fue posible. Entre los medios puestos en juego se cuenta la conquista de Inglaterra proyectada, con la ayuda de los papas romanos, por Felipe II de España y su Armada Invencible.

ESTADOS PAPALES. Territorios dominados por los obispos de Roma, como señores y reyes absolutos de los mismos. Quedaron “legalizados” a partir del siglo VIII, en que una situación de hecho se convirtió, al expresarse en el papel, en una de derecho. Dejando de lado el denominado Patrimonio de San Pedro, que comprendía la diócesis de Roma y los territorios sujetos a ella, suele decirse que el origen legal de los tales territorios se remonta al año 743, en que el obispo Zacarías santificó la usurpación de Pipino, que había destronado al rey franco para ceñirse él la corona a cambio de

los territorios que ambicionaba. Pipino, para agradecer a Zacarías la bendición del robo y los crímenes que había cometido para hacerse con el poder, sacralizó las pretensiones de Zacarías y le entregó los territorios que éste exigió para coronarlo. Los acuerdos entre “caballeros” siempre son sagrados. De tales acuerdos brotaron los Estados Papales, y en virtud de aquellos, “se legalizaron” éstos. La donación de los reyes francos al obispado de Roma, que tuvo lugar del año 754 al 756, abarcaba un territorio de más de 42.000 kilómetros cuadrados de tierra en el centro de Italia. Dos siglos y medio más tarde, en el año 1001, Otón III donó al obispo de Roma ocho condados.

Entre los territorios que abarcaban los bienes temporales del obispo de Roma se cuentan el Ducado romano, los patrimonios tradicionales del obispado en Cerdeña, Córcega, Sicilia, etc., más los regalos de Pipino, que incluían el exarcado de Ravena, la Pentápolis, etc. El obispado romano consideró siempre las donaciones de los reyes, príncipes y señores como restituciones al papado de lo que fueron los territorios donados por Constantino al obispo de Roma. Sin embargo, la opinión general era la que la Donación de Constantino era una falsificación de la curia romana. El mismo Otón III, cuando hizo su donación a Gerberto de Orillac, pontífice Silvestre II (999–1003), afirma que la donación es falsa. Un siglo más tarde, el Abad Bernardo III, reclama el Castillo de Trébula y sostiene en público que los documentos de la donación que presentan los obispos de Roma son falsos, como la misma donación. A mediados del siglo XV, Nicolás de Cusa (1401–1464) afirma igualmente que la donación no es más que una falsificación de los papas. Apoyando el sentir de la mayoría de los observadores e historiadores de la época, el erudito Lorenzo Valla demostrará por el

análisis interno de los documentos, que éstos son falsos, lo que no impidió que las reclamaciones de los papas romanos sobre las tierras que compusieron el antiguo Imperio Romano, se hicieran a tiempo y destiempo, con ocasión y sin ella. Esta fue la razón por la que la mayoría de los pueblos y las naciones tuvieron que pagar al papa los derechos de liberación, y que tales derechos se sigan pagando, de un modo o de otro, hasta el presente –caso de España– cuando tales derechos no eran más que meros robos apoyados en fraudes descarados.

El ocaso de los Estados Papales tradicionales tuvo lugar cuando las tropas de Italia entraron en Roma, en el año 1870. A partir de entonces y debido a las circunstancias históricas por las que pasaba Europa, la corte del Imperio Vaticano procuró utilizar medios más sutiles de explotación de sus colonias, tarea que le fue facilitada con la creación del Estado de la Ciudad del Vaticano.

ESTADOS PAPALES, Raíces de los. La ausencia de un poder civil y social en Roma, capaz de aglutinar los intereses de sus ciudadanos, se hizo sentir, tras las invasiones bárbaras, a partir del siglo V. Ausencia de poder, que hizo que la autoridad religiosa pudiera hacerse con el poder político y militar. Si es verdad que muchos historiadores piensan que fue una decisión premeditada y programada, otros, como Louis Marie Olivier Duchesne¹, afirman que se debió, sobre todo, a la falta de poder de Bizancio, en lucha permanente contra las incursiones bárbaras en Italia, y las dificultades que lo estrangulaban en Oriente.

Evidentemente Duchesne está expresando una opinión errónea, y tiene que ser consciente de ello, aunque, como buen papista, escriba para la galería lo que escribe. Su misma preparación, que nadie

puso en duda nunca, le habría obligado a contar otra historia diferente más acorde con la verdad, pero no quiso hacerlo. Todas las comunidades judeocatólicas pretendieron establecerse y confirmarse ampliando siempre la influencia de sus pastores a nuevos territorios. Cuando Justiniano (emperador desde el año 527 al 565) equiparó a los obispos con los prefectos romanos, la tentación se hizo todavía más fuerte y la comunidad romana, recordando las mieles de su pasado glorioso, no pudo evitar seguir los pasos de sus abuelos, los ambiciosos y agresivos etruscos. Por ello apoyó incondicionalmente todas las tentativas de sus pastores de engrandecer su comunidad a costa de las de sus vecinos, política a la que siempre fueron tan aficionados todos los obispos, el de Roma incluido. Posteriormente, si hacía falta, ya se encontraría el modo de justificar y legalizar documentalmente lo que no era más que el producto de un saqueo y un robo, como efectivamente se hizo, y Duchesne no podía ignorarlo, puesto que a lo largo de los años, del tiempo que va desde el siglo V al VIII, en que los Estados papales son algo más que una promesa, los obispos de Roma ya habían dado demasiadas muestras de sus ambiciones y objetivos, y se habían entregado a una guerra solapada y, en ocasiones no tan oculta, para aumentar su poderío y conquistar nuevos territorios. Gelasio I (492–496), es el primero que habla de dos espadas en el mundo, de los dos poderes que existen en éste; el espiritual, que pertenece al obispo de Roma, y el temporal que pertenece al emperador. En años sucesivos, la inoperancia de los representantes imperiales en Ravena, fue aprovechada por los obispos de Roma para conseguir descaradamente el poder en la ciudad, tarea facilitada por la huída de los nobles más señalados de la misma desde los tiem-

pos de las primeras invasiones bárbaras. Los obispos romanos, entregados a este juego de declaraciones y usurpaciones, fueron estableciendo el embrión de lo que serían los Estados Papales. Nadie ignora, y menos Duchesne, que las coincidencias y las oportunidades ayudaron a despertar la codicia de los titulares del obispado de Roma y favorecieron sus proyectos, pero también es verdad, que la gran mayoría de los obispos romanos, si no todos, pretendiendo imitar el ejemplo de los emperadores romanos, fueron espoleados por el afán de colocarse por encima de todo poder religioso, político y militar. El desconcierto que reinaba entre los invasores y la inoperancia del emperador de Bizancio y su representante en Ravena, serían el cultivo que permitiría al obispo de Roma afirmar su poder en la antigua ciudad imperial y ensanchar sus dominios sin que nadie tuviera fuerzas para oponerse a ello. Las alianzas que estableció con uno y con otros, sobre todo las alianzas establecidas entre el papa Zacarías y Pipino, dejaron al obispado romano el campo abierto. Los Estados Papales no solamente serían una realidad geográfica, sino que no tardaron en ser también una realidad jurídica y civil. Ninguno de los obispados de Italia, y mucho menos de Oriente gobernaba unas provincias de aquella extensión, desde Roma a Ravena, en el centro de Italia, tanto en el terreno "espiritual" como en el político, es decir, en el teopolítico y teomilitar; eran los únicos feudos de Italia, que no pertenecían a Bizancio ya, y en los que los invasores no tenían ninguna autoridad ni social ni militar. Los siglos VIII y IX serían testigo de la "legalización" de una usurpación histórica, cuando el dominio del obispado romano sobre tales territorios era indiscutible.

¹ Este hombre, teofuncionario papista, filólogo e historiador, en su obra *Les Premiers Temps de*

L'État Pontifical (1), señala la trayectoria desde las primeras invasiones "bárbaras" hasta el momento en que al obispo de Roma, en este caso Zacarías (741–752), echándose de menos el poder de Bizancio, negocia, como si fuese el verdadero señor de la región, con el rey de los Lombardos Liutprando, la salvación de Ravena y sus territorios, que gracias a la intervención de Zacarías permanecen, aunque por poco tiempo, en poder de Bizancio. Las negociaciones de Zacarías con el sucesor de Liutprando, Ratchis, no solamente consiguieron detener todos los amagos de conquista de este rey en la región, sino que lo convirtieron al judeocatolicismo romano. Cuando Zacarías murió, en marzo del año 752, el régimen imperial había desaparecido por completo de aquella zona, y los sucesores de Zacarías tenían a su disposición el gobierno de lo que podía llamarse "una tierra de nadie", que abarcaba lo que con el paso del tiempo se daría en llamar las raíces de los Estados Papales. Para Duchesne la autoridad de Zacarías se había hecho tan decisiva, que sus habitantes vieron natural, en lo sucesivo, considerarse sujetos del obispo de Roma.

 (1) Fontemoing & Cie. Éditeurs. (París, 1911). Duchesne es también el autor de la edición crítica más apreciada del *Liber Pontificalis*, título acuñado por él.

ESTEBAN DE GIOVANNI. Papa Esteban VI. Era hijo de un sacerdote judeocatólico llamado Giovanni y de una cortesana romana, y había nacido en la ciudad imperial. Alcanzó la ambicionada tiara real del que terminaría siendo Imperio Vaticano, gracias a la ayuda de Adaberto, marqués de Toscana, y Lamberto de Espoleto, en el año 896, a la muerte de Bonifacio el Excomulgado (papa Bonifacio VI). Antes de ceñirse la carismática corona había sido obispo o papa de Anagni. Si por algo llama la atención este hombre fue por el odio que había demostrado en vida al papa Formoso, y que no concluyó con la muerte de su víctima.

Según algunos historiadores, entre los miles de infamias, crímenes, masacres, fraudes, genocidios, robos, indecencias, guerras, estupros y violaciones que tuvieron y tendrían como ejecutores y pro-

motores a los santos padres representantes de Cristo en la tierra, los papas de Roma, no podía faltar la que terminó por protagonizar este hombre: la de, una vez desenterrado el cadáver de un muerto¹, el del papa Formoso, tras vestirlo con los ropajes pontificales, presentarlo delante de un concilio de severos dignatarios clericales, cardenales, obispos y sacerdotes, darle de bofetadas, despojarle de ellos, escupirlo, denigrarlo, injurarlo, cortarle los tres dedos con los que impartía la bendición llamada papal, decapitarlo y arrojar los restos al Tíber para que los llevara la corriente. Y tales actos debió de inspirárselos el Espíritu Santo, pues el papa, como quedaría demostrado siglos después, gozaba de su asistencia, por participación en la naturaleza divina por ser infalible. Redondeó esta manifestación de la justicia divina¹ anulando todos los actos del difunto.

Este Santo Padre, cuando apenas llevaba siete meses como representante de Yahvé–Cristo–Espíritu Santo en la tierra y Pastor de la Iglesia universal, fue sorprendido por una conjuración que lo destronó y los conjurados, por disposición divina también, lo estrangularon. Su muerte tuvo lugar en el año 897. Romano de Gallese, uno de los asesinos, ocuparía el ambicionado trono con el nombre de papa Romano (897), aunque no tuvo mejor suerte que su víctima, pues la muerte lo sorprendió –¿asesinado?– unos meses después de ceñirse la mortífera tiara o corona.

1 Acción que sería imitada por el teofuncionario pontifical, sin escrúpulo alguno, cuando desenterrara a quienes habían sido sepultados y, posteriormente, juzgados como heréticos, y otros delitos de igual estulticia, y condenados.

2 Quizás algunos críticos se extralimiten al juzgar, con una falta de visión cristiana, las acciones de Esteban VI Bis, aduciendo que era acusador y juez. No hay razón alguna para ello. El dogma judeocatólico se alimenta precisamente con el miedo al dios trinitario, que será, al fin de los

tiempos, el acusador y juez del hombre. Esteban VI, se limitaba a ser coautor de esta prerrogativa que se le ofrecía como representante de dicha divinidad en la tierra.

ESTEBAN DE MARINO. Obispo y rey de Roma, papa Esteban IV Bis (o V). Consiguó el ambicionado trono obispal de Roma en el año 816, a la muerte de León III, gracias a la influencia de su familia, una de las más importantes entre las patricias de la ciudad. Esteban IV obligó a sus siervos –fieles, en jerga vaticana– a prestar juramento de fidelidad al emperador Ludovico Pío (Luís el Piadoso), y éste, en agradecimiento, le permitió que lo coronara¹, lo que crearía un precedente, que los obispos y curia de Roma aprovecharían para proclamar o destronar reyes. La habilidad de Esteban se demostró en los beneficios y donaciones que tuvo el emperador para él, en su encuentro en Reims, con motivo de la coronación, y la promesa de que todos los beneficios y las propiedades del obispado de Roma serían defendidos contra las pretensiones de los emperadores de Bizancio.

Un detalle, que nadie ignora, es que a su vuelta de Reims, consiguió que todos los desterrados en razón de su enemistad con el anterior obispo de Roma León de Arupio (papa San León III), y que habían sido acusados de atentar contra la vida de este pontífice, fueran indultados y pudieran regresar a Roma. La preocupación de Esteban por la suerte de tales conspiradores, obliga a pensar que él mismo pudo estar involucrado en los atentados contra su predecesor. El indulto, bien visto por una parte considerable de la población, hace pensar que el papa León III era menos apreciado por su clero y el pueblo romano de lo que las crónicas oficiales afirman.

Poco tiempo duró en el peligroso trono Esteban de Marino, pues moriría al cabo de un año (817), pero fue suficiente para

que los Estados Papales se consolidaran firmemente, aunque el papa mismo estuviera siempre sujeto al capricho de reyes y emperadores.

Tras su repentina e inesperada muerte –no se descarta la posibilidad de que fuese asesinado–, la tiara pasaría a Pascual Massimi, papa Pascual I (817–824).

¹ La corona que se ciñó Ludovico Pío en el día de su consagración, una obra singular de oro y pedrería, fue regalada al emperador por el mismo Esteban.

ESTEBAN DE SICILIA. Rey y obispo de Roma, al que se conoce con el nombre de papa Esteban III (Bis) o Esteban IV. En el año 767, a la muerte del obispo de Roma Pablo I¹, el duque de Nepi, Totón, pudo hacer que se eligiera a su propio hermano, Constantino, como sucesor de aquél. El designado fue hecho sacerdote y proclamado papa por sus seguidores y por el obispo de Preneste, Jorge, siendo conocido, para la posteridad, con el nombre de Constantino II. Más tarde, una parte del pueblo, a instancias de Valdeperto, enviado por Desiderio, eligió como obispo de Roma a Filippo el Monje (Felipe), que sería proclamado papa mientras el pontífice Constantino II pretendía mantenerse, contra viento y marea, en el ambicionado sitial. Pero se levantó otra facción más fuerte, que eligió obispo o papa de Roma a Esteban, sacerdote benedictino y titular de la iglesia de Santa Cecilia, apoyado por Cristóforo, hombre violento y autoritario. La elección de los tres obispos mencionados provocó otro de tantos cismas en la diócesis de Roma y no pocos problemas, que fueron resueltos con caridad cristológica. Los partidarios de Constantino fueron perseguidos y exterminados por Esteban de Sicilia, Cristóforo y sus protectores, y a muchos nobles que lo apoyaron les sacaron los ojos, lo que hicieron tam-

bién con aquel papa. Filippo renunció en cuanto vio cómo estaban las cosas, y Esteban fue proclamado, con todos los honores, el único obispo de Roma válido. Era, según algunos autores, el premio a un ambicioso que había conspirado durante muchos años por apoderarse de la codiciada tiara romana.

El pontificado de este hombre fue tenebroso. La muerte de sus oponentes al trono, siniestra y macabra, no fue más que el comienzo. Al poco tiempo de eliminar a sus competidores, hizo detener al obispo Teodoro, amigo del papa Pablo I, y, tras cortarle la lengua y sacarle los ojos, lo tiró a un calabazo en donde sus carceleros, frailes al servicio de Esteban, terminaron matándolo de hambre. Lo mismo hizo con otro noble, llamado Pasivo, al que, tras dejarlo ciego, lo arrojó en los calabozos de San Silvestre. Al sacerdote Waldiperto, acusado de haber querido asesinar a Cristóbal, su amigo, tras torturarlo en público, le arrancó la lengua y le sacó los ojos, muriendo el acusado a consecuencia de tales sevicias. No tuvieron mejor suerte sus propios compañeros y amigos. Sergio y Cristóbal, incondicionales del papa y a los que éste debía el trono, que exigían a Didier, representante del rey longobardo y duque de Istria, el cumplimiento de los acuerdos firmados, fueron acusados por el chambelán Pablo Ariarte de conspirar para derrocar a Esteban, gracias a la suma de dinero que Didier le entregó. La acusación en marcha, trataron de huir, conociendo a su señor, pero fueron detenidos, y el papa ordenó sacar en su presencia los ojos a Cristóbal, que murió por la hemorragia provocada, mientras que a Sergio lo recluyó en una mazmorra, en la que murió estrangulado por Pablo Ariarte. Esteban IV, poseedor a ultranza de la verdad absoluta, infalible, no pudo saber a tiempo que había sido engañado por su chambelán y por Didier.

Ocupado como estaba por mantenerse en el trono contra viento y marea, Esteban apenas tuvo tiempo para ocuparse de otras cosas. Pero se afirma que, entre las disposiciones de gobierno que proclamó, se encuentra un decreto por el que, en lo sucesivo, no se elegiría jamás a ningún seglar pontífice, decreto que no se cumplió². Se empeñó en una lucha sin cuartel contra los iconoclastas, que querían terminar con el productivo negocio de la adoración de las imágenes, los fetiches, talismanes y amuletos yahvídicos, cristológicos, paraclitales, mariológicos y santorales que adornaban templos y santuarios, adorados idolátricamente por clerecía y pueblo.

Esteban III Bis (o IV) moriría en el año 771³. El *Anuario Pontificio* no lo coloca en su emperío con el título de santo, mas los listados oficiales franceses sí lo hacen.

La peligrosa tiara o corona del Imperio cristológico latino, a la muerte de Esteban, sería disputada por Teofilacto el Archidiacono y Pablo el Diácono.

¹ La muerte de Pablo I provocó una ola de sucesos tan difíciles de analizar, y están inmersos en una bruma tan espesa, que los relatos sobre lo acaecido, son habitualmente contradictorios aun entre las versiones más autorizadas. (Ver *Constantino II*).

² No solamente no se cumplió entonces, sino que los futuros cardenales, que terminarían siendo los únicos electores y posibles papas regulares de Roma, no tenían necesidad de ser sacerdotes para calzarse el capelo. Dicha disposición tampoco tuvo mayor repercusión; en teoría, aun hoy día, cualquier seglar puede ser elegido obispo de Roma, pero no solamente de esta ciudad, sino de cualquier diócesis, como ocurrió en los primeros siglos del judeocatolicismo, en los que los habitantes de cada región eran los únicos electores válidos de sus propios pastores: ellos elegían a quienes deseaban tener como guías, episcopos o papas.

³ O en el año 772.

ESTEBAN DE TEUEMONDO. (E. de Teudemundo). Obispo y rey de Roma, conocido por papa Esteban VII¹. Consiguió

la ambicionada tiara romana, gracias a Marozia, que lo hizo su amante, tras el posible asesinato de su predecesor, el papa León VI, en el año 928. La buena sibila lo conservó en el lecho –y en el ambicionado trono imperial– más tiempo que al anterior titular, el papa León VI, nada menos que dos años. Aparte de santificar la entrepierna de Marozia con sus incursiones, Esteban VII no hizo gran cosa². Se afirma, con todo, que recaudó no pocos fondos, concediendo privilegios y bendiciones. Fue asesinado, como su predecesor, por los secuaces de su amante. Su fatal destino se cumplió en el año 931, cuando Marozia juzgó llegado el momento de colocar la envidiable tiara imperial judeocatólica en la cabeza de uno de sus propios hijos, Juan, que la mujer había tenido con Sergio de Túsculo, papa Sergio III.

¹ Le corresponde, para mayor precisión, el nombre de Esteban VII Bis.

² Los historiadores al servicio del obispado de Roma no dudan en afirmar que “el profundo silencio que existe sobre la vida de este papa demuestra la esclavitud que entonces oprimía a la Iglesia.” (G. Arienti, *obra citada*). Conviene responder a esta declaración. Primero: el obispo de Roma ni era ni podía ser identificado con la totalidad de las iglesias del religionismo evangélico; por no ser, ni siquiera era la iglesia de la ciudad de Roma. Segundo: nadie oprimía a las iglesias que componían el judeocaticismo imperial triunfante, la de Roma incluida, pues la gran mayoría de las mismas, con sus obispados a la cabeza, eran las grandes ganadoras en el hundimiento del Imperio Romano; si alguna iglesia podía pasar más apuros de los que ella podía provocar a quienes despreciaban su credo, se encontraba en África o en Oriente Medio, aherrojada por el Islam. Tercero: la iglesia romana, otra de tantas iglesias en el amplio mosaico del religionismo cristológico, había ido creciendo en importancia y, en torno al siglo X del cómputo actual, tenía una vida pletórica y llena de salud envidiada por los demás obispados a los que había conseguido, en conjunto, aplastar con las armas y todo tipo de falsificaciones y traiciones; gozaba, en ese tiempo, de su época más gloriosa. Cuarto: identificar al obispo de Roma con la iglesia de la ciudad de Roma constituía

un error, pues era tomar la parte por el todo. La iglesia de la ciudad de Roma, insistimos, había alcanzado alturas envidiables, y lo mismo dicho obispado. Que el titular del mismo fuera un juguete en manos de otros poderes, nada de qué extrañarse: había sido siempre así, a pesar de la soberbia divina y prepotencia evangélica que demostraron algunos de sus titulares. Si los cronistas oficiales nada tenían que decir de los titulares era por la simple y llana razón de que no tenían ningún interés en reconocer la servidumbre humana, excesivamente humana, de sus protagonistas y los modos en que habían accedido al trono pontificio y lo habían tenido que abandonar.

ESTEBAN DE VÍA LATA. Papa Esteban V Bis. Era hijo de un patricio llamado Adriano, y consiguió el codiciado trono obispal en el año 885, a la muerte de Adriano III. El emperador Carlos el Gordo, no estuvo de acuerdo y quiso deponerlo, pero terminó aceptando la elección, ya que su representante pudo comprobar que Esteban había sido elegido por unanimidad.

Con la tiara en la cabeza, le faltó tiempo para excomulgar a todos aquellos que en Francia habían arrebatado la corona imperial a la familia de Carlomagno. Basilio, emperador de Bizancio, le pidió que reconociera a Focio, pero Esteban se negó. Al poco tiempo, moriría Basilio y su heredero, León el Filósofo, enemigo personal de Focio, privó a éste del patriarcado de Constantinopla y lo recluyó en un convento. No tardó en morir también Carlos el Gordo, y el alto clero del Imperio de Occidente, siguiendo los decretos de Adriano de Vía Lata (papa Adriano III), se reunió para elegir su sucesor. La elección recayó en Guy, duque de Espoleto que, con la ayuda del obispo romano, consiguió el cargo. Intervino directamente para que la corona francesa recayera sobre Luís, un niño de diez años, heredero del trono de Borgoña, que fue elegido por el clero francés siguiendo las instrucciones del papa.

Independientemente de los aciertos y errores de su teopolítica, centrada siempre en la grandeza del obispado romano, se afirma de él que hizo lo posible por remediar el hambre de sus vasallos, cuando Roma fue azotada por la desgracia, poniendo en venta su patrimonio familiar para poder socorrer a los necesitados.

Durante su reinado murió Focio, antiguo patriarca de Constantinopla, muerte que constituyó una victoria indiscutible para él y un alivio para su corte. Esteban V Bis moriría a finales de verano del año 891. Su reinado a la cabeza del Imperio judeocatólico latino había durado cerca de seis años. Su sucesor en el trono sería Formoso el Romano, papa Formoso (891–896), que moriría envenenado.

ESTEBAN EL ARCEDIANO. Papa Esteban II Bis. Fue elegido, en el año 752, a la muerte de Esteban II. Era hijo de un patricio llamado Constantino, y antes de ocupar el obispado romano había sido arcediano de Roma. El obispado de este hombre, en pleno siglo VIII, contribuyó a la fabricación de todo tipo de falsificaciones que pretendían demostrar la existencia legal del "Patrimonio de san Pedro", y la "Donación de Constantino", documentos que saldrían de los laboratorios de falsificaciones y apócrifos de la curia romana.

El primer año en que Esteban ocupó el pontificado romano, el rey Astolfo, tras derrotar a Entiquio, se apoderó de Ravena, con lo que finalizó el imperio de los Exarcas, quienes durante cerca de un siglo fueron los representantes del Imperio Bizantino y su autoridad indiscutible. La alegría de Esteban, ante la pérdida sufrida por Bizancio, no conoció límites, porque aspiraba a conquistar él mismo el Exarcado, pero se transformó en angustia al saber que Astolfo pretendía apoderarse de Italia entera. Con el fin

de evitarlo, envió a su hermano Pablo y a un personaje llamado Ambrosio, con tan gran cantidad de presentes para Astolfo, que éste no tuvo inconveniente en firmar una tregua de cuarenta años para no atacar Roma. La tregua no se cumplió, pues a los tres meses de nuevo se inició la guerra. El papa solicitó el auxilio de Bizancio, pero el emperador le envió una carta recordándole, por un lado, que tenía que enfrentarse con los árabes, y, por otro, que la actitud de los obispos de Roma con respecto a su prohibición de adorar a las imágenes había sido detestable, lo que hacía imposible acudir en su auxilio.

En Constantinopla se reunió un concilio, al que asistieron más de 300 obispos, que declararon que Jesucristo había venido al mundo para librar al hombre de la idolatría, y que por lo tanto debían ser arrojadas de los templos todas las imágenes que los ensuciaban, expulsando a sus clérigos por sacrílegos.

Astolfo, mientras tanto, había penetrado en territorio romano, mientras el papa se refugiaba tras las murallas de la ciudad, apelando ahora a Pipino, y prometiéndole, en nombre de San Pedro, el perdón de todos los pecados cometidos y por cometer. Los embajadores franceses se presentaron con el fin de interceder entre Astolfo y Esteban, pero éste lo único que pensaba era en salvar la vida y abandonar Roma, ante la firme actitud del rey.

Los embajadores franceses regresaron ante Pipino con Esteban. El rey francés le prometió todo tipo de ayuda, aunque antes de iniciar la guerra, trató de negociar con Astolfo. La guerra no pudo evitarse, y de nuevo las batallas cristológicas por la grandeza del obispado de Roma volvieron a ensangrentar la tierra. Finalmente la razón se impuso, gracias a la intervención del hermano de Pipino, pero Astolfo alegó que no devolvería

el exarcado de Ravena porque al emperador le pertenecían los pueblos que perdían a sus gobernantes, mientras el obispo y papa Esteban II Bis aseguraba que Ravena le pertenecía por derecho divino, por ser despojo de un sacrilego y un condenado. El hermano de Pipino le dijo al papa que constituía un sacrilegio el que un sacerdote reclamara los bienes de un hereje.

Pipino se inclinó a favorecer al papa, despreciando la reclamación de los embajadores de Bizancio, y el exarcado de Ravena cayó en poder del obispado de Roma. Astolfo no tardó en reclamarlo, y Esteban envió a Pipino una carta, de origen celestial, en la que, firmando como san Pedro, amenazaba con la condenación eterna a los franceses y a su rey. La burda estratagema hizo su efecto, y Pipino arriesgó sus ejércitos para arrancar a Astolfo más de veinte ciudades que puso bajo el dominio directo del obispo de Roma.

El triunfo de Esteban era evidente, y, aunque no tardaría en morir, en el año 757, dejaba al obispado Romano una herencia incalculable, que, con el paso de los siglos daría lugar a la creación del Imperio Vaticano. Resulta extraño, por lo tanto, que habiendo luchado con tanta pasión y efectividad para engrandecer el poderío de la corte papal, la curia romana no haya favorecido su recuerdo con el título de santo. La única razón que justifica esta reserva pudiera ser el que el engaño de hacerse pasar por San Pedro para movilizar a Pipino a su favor, oscurece demasiado su imagen pública, lo que resulta inconcebible, pues si en algún lugar del mundo ha constituido una obligación inexcusable la utilización de la máxima, *el fin justifica los medios*, ha sido en el religionismo cristológico papista.

Este pontífice figura en algunos listados como Esteban II, mientras que en otros figura como Esteban III¹.

La peligrosa corona del obispado romano y, por lo tanto, del incipiente imperio judeocatólico latino sería disputada por dos aspirantes, Teofilacto el Archidiácono, papa Teofilacto, que murió destronado e ignorado, y Pablo el Diácono, papa Pablo I, que mantuvo el título.

¹ El Anuario Pontificio del año 1970 y posteriores, le da el nombre de Esteban II, al haber suprimido radicalmente al primer Esteban II, muerto –no se descarta la posibilidad de que fuera asesinado– a los tres días de su elección. Pero, no hay que olvidarlo, la cronotaxis oficial tradicional le da el nombre de Esteban III.

ESTEBAN EL GERMANO. Papa Esteban VIII Bis (o IX). Era presbítero del templo de San Silvestre y San Martín de los Montes, y logró la ambicionada tiara pontificia en el año 939, a la muerte de León VII.

Algunos autores afirman que era alemán y que estaba emparentado con el rey Otón I¹; otros aseguran que era romano. La primera afirmación vendría apoyada en el interés que puso este obispo por ayudar a la dinastía carolingia a mantenerse en pie.

Por los sucesos que habían de condicionar su obispado y su propia vida, parece ser que Alberico, señor de Roma en aquel momento, no tuvo ni arte ni parte en su elección, por lo que es muy probable que los votos que le dieron el pontificado estuvieran al servicio de los enemigos de Alberico e, indirectamente, a favor del rey Otón.

Los datos sobre su vida no son muchos. Se afirma que trató de intervenir en la decisión del concilio de Soissons de depone al obispo de Reims Artando, enviando a Francia al obispo Dámaso para intervenir en las querellas que dicha decisión había provocado.

Durante su obispado, Odón de Cluny volvió a Roma con el fin de lograr una paz duradera entre Hugo y Alberico, paz amenazada continuamente por las ambiciones de este último.

Esteban VIII Bis moriría² en otoño del año 942, siendo su sucesor Marino II.

¹ Resulta difícil aceptar que fuera romano, porque de lo contrario habría tenido que ser un enemigo declarado de Alberico II, ya que, a pesar de las versiones que afirman que debió su nombramiento a este príncipe, otras aseguran que Alberico organizó un levantamiento contra él, y que sus soldados sorprendieron a Esteban y le desfiguraron el rostro de tal modo, que jamás volvió a mostrarse en público. Es más, algunos puntualizan que fue el mismo Alberico quien le causó las heridas.

² Es difícil conocer las causas de su muerte. Se afirma que fue eliminado por el pueblo romano cansado de soportarlo. Esta afirmación pudiera ser gratuita, y sólo es aceptable si tras el pueblo romano se ve la mano de Alberico II, y en Esteban un defensor exagerado e imprudente del Imperio Carolingio, lo que está por probar.

ESTEBAN EL PATRICIO. (*Entre la leyenda y la historia*). Papa Esteban I. Había nacido en la ciudad imperial y su padre fue un sacerdote judeocatólico llamado Julio. Fue elegido obispo de Roma a la muerte del obispo o pastor Lucio de Porfirio (Lucio I, el santo), hacia el año 254¹. Se dice de él que estuvo comprometido en la lucha contra Novato y en las discusiones sobre el bautismo. Se inclinó por la heterodoxia de Basildo obispo de León y Astorga, y de Marcial, obispo de Mérida, que terminarían depuestos por un concilio de obispos españoles. Esteban apoyó a los dos obispos depuestos, pero quienes los condenaron solicitaron la ayuda de los obispos de África contra el obispo de Roma. Los africanos confirmaron las deposiciones, pero Esteban no quiso escucharlos, lo que indignó a todas las comunidades de Oriente, que estuvieron a punto de excomulgarlo. San Cipriano, en una carta dirigida a Firmiliano, obispo de Cesarea, trata a Esteban de soberbio, arrogante, enemigo de los cristianos y defensor de la herejía. Le llega a decir, literalmente "... eres orgulloso, incoherente, ignorante, frívolo, pre-

suntuoso, obstinado, manifiestamente loco y el peor de los herejes."² E insiste "... tú te crees que has excomulgado a todos, y en realidad no has excomulgado a otro que a ti mismo, separándote de todos."²

En torno a esta época, los judíos reformados o judeocatólicos florromanos de Tolosa (Francia) eligieron por obispo o papa suyo a Saturnino, mientras que los de París eligieron a Dionisio.

Los listados oficiales aseguran que, en tiempo de Valerio, se produjo una nueva persecución que obligó a Esteban a huir; pero, habiendo regresado a Roma, fue detenido y murió decapitado, el día 3 de agosto del año 257, habiendo designado a su diácono Sixto el Griego como sucesor suyo, que sería conocido como papa Sixto II (257–258).

¹ Algunos listados señalan el año 257, y su muerte en el año 260.

² Epístola 74. (Trad. A. Castro Zafra: *Los círculos del poder*).

ESTEBAN EL ROMANO. Obispo de Roma, que hubiera sido conocido como papa Esteban II, de no ser por el empeño que han puesto los listados oficiales por ignorarlo. A la muerte del obispo de Roma, Zacarías, el 22 de marzo del año 752, fue elegido para ocupar el ambicionado trono, el presbítero romano Esteban. Sin embargo, el hombre no tuvo tiempo siquiera de ser oficialmente proclamado, pues moriría –es imposible no caer en la tentación de pensar que asesinado por los aspirantes al trono–, a los dos días de ser elegido por el Espíritu Santo, aunque la versión oficial más común fue que había muerto por una lipotimia. La curia romana, deseosa de ocultar este fallo paraclital, que se saldó con una muerte o posible asesinato, ni siquiera incluyó a Esteban II entre sus obispos, por lo que no llegaría a figurar en algunos listados

papales. Se ocultó fácilmente lo ocurrido porque dio la casualidad de que quien consiguió la corona del obispado romano fue un homónimo de él, Esteban¹, conocido en la cronología de los pontífices romanos como papa Esteban II o III².

¹ Esteban el Arcediano, papa Esteban II Bis.

² La confusión que reina entre los diversos listados oficiales es tan grande, que algunos hacen de él el obispo o papa de Roma cuarto de este nombre. El Anuario Pontificio, órgano oficial del Imperio Vaticano, lo incluye con el nombre de Esteban II en el año 1937, pero lo suprime ya en el año 1970, si no antes.

ESTERILIDAD SACERDOTAL. Expresión de la represión sexual y humana.

Entre los mamíferos, pocas especies, si hay alguna, escapan a la necesidad de seguir sus impulsiones afectivas y sexuales, y, durante un tiempo más o menos largo, cargar con las consecuencias de su práctica: velar por la seguridad de los hijos y su alimentación. A la preocupación por su propia supervivencia añaden los esfuerzos por conseguir la supervivencia de los hijos, lo que, en término de esfuerzos y energías, supone un aumento visible y claramente condicionante, tanto de sus posibilidades como de su propia vida: trabajan y mueren para que ellos vivan. El hombre no escapa a esta realidad.

Sin embargo, dentro del religionismo mundial, de la teopolítica universal e histórica, existieron colectivos privados, muy limitados si se quiere, que escaparon¹ a la servidumbre de la procreación, de la paternidad y la maternidad, y que condicionaron la vida del grupo entero. En el judeocatolicismo filorromano imperial, sobre todo a partir del siglo VII, se observa un esfuerzo permanente por tratar de prohibir las manifestaciones de los impulsos afectivos y sexuales entre los sacerdotes, obispos, cardenales y papas, además de poner mayor control en

los colectivos clericales regulares con el fin de que cumplan el voto de castidad que formularon al ser admitidos en las distintas logias y monasterios. La imposición, nadie puede dudarla, nace de la orden benedictina, aunque sus raíces se remontan al eremitismo judío y judeocatólico primitivo. Esta logia o grupo, cuyos miembros ocuparon numerosos principados obispaes y llegaron, con harta frecuencia, a ocupar el de Roma, hizo verdaderos esfuerzos por eliminar las manifestaciones sexuales y afectivas del clero regular y secular, comenzando por sus propios miembros. El obispado de Roma, tomaría el testigo de la represión afectiva y sexual y trató de imponerla, por su cuenta y riesgo ahora, aunque siempre con el apoyo de los benedictinos. Al mismo tiempo pretendió imponer su primacía sobre los demás obispaes e intentó crear un imperio teopolítico, con él a la cabeza. La represión sexual y el imperio, irían a la par, y la imposición total del celibato oficial al clero, alto y bajo, se coronó al mismo tiempo en que la estructura piramidal de la secta judeocatólica papista y el poderío imperial de la curia romana se hacían una realidad. Las reflexiones que imponen estos objetivos paralelos son esclarecedoras, y dignas de un estudio detenido y profundo, imposible de realizar en esta breve entrada.

En el fondo, las imposiciones y el objetivo, consciente o inconscientemente, serán factibles y lograrán su propósito debido a unas razones de carácter económico y psicológico, razones que se complementan de tal modo que resulta casi imposible su estudio independiente: cualquier ahorro, consciente o no, implica un estado psicológico determinado. Sobre el carácter económico del celibato pueden hacerse las siguientes observaciones:

1ª.- La sexualidad es una impulsión absorbente y determinante, que reduce la efectividad de los hombres y las mujeres en otras tareas y otros campos, aparte de que los hace totalmente imprevisibles. La pasión puede surgir en cualquier momento, dando al traste con cualquier otro imperativo, como es harto conocido.

2ª.- La procreación² y su servidumbre, corolario de la sexualidad, constituye igualmente un impedimento absorbente, al cual difícilmente puede escapar nadie, y no por consideraciones morales, sociales o religiosas, sino por exigencias biológicas y naturales.

3ª.- La vida entera del hombre y de la mujer está condicionada por estas dos realidades mencionadas. En términos de energía y trabajo, se expresa en un esfuerzo considerable que podría ser utilizado en otros campos.

4ª.- En la lucha por la vida, el factor sexual, es fundamental, puesto que permite la pervivencia de la especie. Que sean los mejor dotados los que pueden manifestarlo con mayor frecuencia, no es razón para que los más débiles no puedan hacerlo y aun ser elementos de transmisión. Las manifestaciones de las impulsiones sexuales y afectivas, en cualquiera de sus formas, son exigencia ineludibles, en circunstancias normales, de todos los individuos de todas las especies.

5ª.- El autocontrol de la sexualidad, en contra de lo que pueda parecer, constituye uno de los elementos más determinantes de aislamiento real voluntario. Al eliminar las manifestaciones afectivas se eliminan, al unísono, las consanguíneas, en conjunto, las únicas que ponen realmente en contacto a los individuos entre sí, y las únicas que los integran al grupo de forma natural. El autocontrol constituye una expresión inequívoca del egoísmo del individuo³, que pretende ir

en contra de las tendencias manifiestas de la naturaleza.

6ª.- Las consideraciones mentales, del género que sean, jamás integran al individuo al grupo como lo integran las impulsiones naturales de la afectividad, la necesidad vital, los imperativos sexuales, etc. Cualquier integración por considerandos mentales, expresa ya el distanciamiento del individuo con respecto al grupo. En estas circunstancias, al hombre aislado puede resultarle indiferente la suerte del grupo, puesto que jamás él se siente identificado visceralmente con él. Esta es una de las razones por las que, en cualquier tipo de guerra entre individuos o grupos del mismo clan, tribu o pueblo, cualquier guerra civil, diríamos, los sacerdotes o hechiceros, que se protegen a la sombra de sus dioses, salvo excepciones muy contadas, siempre salen victoriosos, gane quien gane la guerra. Ellos se consideran por encima del bien y del mal, aunque, como sucede con excesiva frecuencia, sean los impulsores de los enfrentamientos y las guerras.

7ª.- La falta de impulsiones afectivas y sexuales corre pareja con la decrepitud del individuo. Cuando el individuo comienza a degradarse, cuando envejece, cuando va perdiendo visiblemente las energías para vivir; él mismo, por su propia naturaleza, se aísla y encierra en sí mismo, aunque dentro del grupo, si se quiere, por falta de impulsos vitales. Llegado a esta etapa de la existencia, se observa que el aislamiento por falta de energía vital constituye la manifestación más clara de la próxima muerte física del individuo tras su muerte útil para el grupo. La falta de energía mental, corre pareja con la falta de energía física, inutilizando al individuo aun para el papel de guía o "consejero".

Teniendo en cuenta las observaciones señaladas, resulta necesario insistir en la

energía que el individuo, integrado en el grupo, pone en juego en el ejercicio de la sexualidad y en el mantenimiento de la prole, lo mismo que en el ahorro que supondría para él, prescindir de esos imperativos e impulsiones.

La necesidad de "esclavos" cuando no se conocía otra energía que la del animal de tiro, la del fuego –limitada al calentamiento de los hombres y sus residencias–, la del agua en movimiento, el viento, y pocas más, podía recomendar el ejercicio de la sexualidad y la procreación con el fin de producir "mano de obra barata", pero ello no afectaba en absoluto al teofuncionariado, cuyo egoísmo podía llevarlo a despreciar totalmente la sexualidad y la procreación, servidumbres naturales que sus miembros podían tratar de frustrar o, en el caso de sucumbir a ellas, podían cargar las consecuencias a otros⁴, dando lugar a una permanente situación de hipocresía y cinismo, fatal para el resto del grupo, hipocresía y cinismo que parecen connaturales a los grupos sacerdotales.

Sea por egoísmo, sea por un ideal teopolítico⁵, sea por sentirse desplazado⁶, sea por accidente, por malformación congénita, o por otras causas, la renuncia al ejercicio de la sexualidad libera al hombre de muchas preocupaciones, aunque la factura a pagar por esta renuncia, en términos psicológicos, y aun sociales, sea grave y más o menos evidente⁶¹.

Por otro lado, la represión de los impulsos sexuales, lo mismo que la renuncia a la procreación y el cuidado de la prole, hace que el hombre y la mujer dispongan de un exceso de energías para poder emplear en otros campos. Bien utilizada, esa energía puede canalizarse hacia objetivos determinados, cuyos resultados no tardarán en apreciarse.

Cualquier religionismo que esté dispuesto a renunciar al uso de la sexualidad

y renuncie a la paternidad y maternidad de sus miembros, y se sacuda la servidumbre familiar, verá, si éstos se agrupan en colectivos, cómo sus beneficios se multiplican, lo que se aprecia en todas las pandemias religiosas, sean cuales sean sus fundamentos, creencias y divinidades, y sea cual sea el punto de la Tierra en que se estudie. En el judeocatolicismo filorromano imperial es más que evidente: las sectas ortodoxas y reformadas de todo credo y condición, aunque resisten contra viento y marea, se sienten desbordadas por la eficacia de las sectas papistas, que cuentan con un exceso de energías que a las primeras falta, ocupadas como están en el ejercicio de la sexualidad y el mantenimiento de los hijos. Y, si bien es verdad que las impulsiones sexuales no se reprimen sin un precio alto, sobre todo psicológico y social, también es verdad que el ahorro de su ejercicio, es decir, la liberación de los lazos intersexuales y paternales, sobrepasa, en términos financieros y económicos, el costo de la castidad. Si el precio fuera excesivo para un individuo concreto, no lo sería jamás para el grupo de célibes entero, que siempre saldría beneficiado, y con creces, como lo demostraría un estudio sociológico: si el coste fuera mayor, el grupo desaparecería por sí mismo, lo que no ha ocurrido en la historia por esta razón, aparte de que cada vez son más los grupos que se lanzan por este camino, sobre todo entre las mujeres, que van desplazando, muy lentamente si se quiere, a los hombres en el judeocatolicismo papista, cien por cien machista.

Pero no solamente existe un ahorro de energía en el individuo y en el colectivo, que en último y en primer término está dispuesto a entregar su vida por la comida, un lugar donde dormir y un trapo con que cubrirse, si llegara el caso, sino

que existe un ahorro de energía generacional, que se unirá a las energías disponibles de las generaciones posteriores a las que ha conseguido transmitir sus creencias, lo que permitirá diversificar los objetivos y contar con recursos suficientes para llevarlos a cabo. El ahorro de energías ofrecerá la posibilidad de emplear los excedentes –a los individuos mejor preparados– en las actividades más lucrativas y de gobierno, aunque no sean aparentes, con lo que los beneficios a obtener se irán incrementando, a un ritmo espectacular, en una progresión geométrica si no cúbica.

Cuando se admiran los grandes monasterios, los grandes templos, las grandes construcciones cristológicas, mariológicas y santorales, se exagera la importancia de las mismas: se han podido construir y mantener, como se mantiene un gran ejército a costa de sus habitantes, porque existe dinero –energía– suficiente para permitírselo. Y pensar que todo es el fruto de una providencia que vela por los intereses de sus fieles, no deja de ser una veleidat absurda: es simplemente el resultado de un exceso de energía (en términos económicos, dinero), que la egolatría más sibilina y el egoísmo mistificado del individuo y la logia a la que pertenece han puesto a disposición de sus objetivos y creencias. Pudieran estar convencidos de que trabajan por la gloria y el engrandecimiento del pretendido reino de Cristo, como en realidad sucede con los más ignorantes, cándidos o sinceros, que quizás sean los más numerosos del grupo, nadie lo duda; pero en realidad, lo crean o no lo crean, se limitan a gastar un superávit energético que los obliga a estar en activo por un precio mínimo, y les proporciona unas ganancias envidiables.

Se vuelve siempre a la misma realidad: tales colectivos clericales, cuando creen

desvivirse por Cristo, lo único que hacen es trabajar para los estamentos dirigentes del religionismo evangélico y la corte del Imperio Vaticano. El resultado final de la esterilidad sacerdotal, no debe de extrañarnos, es la acumulación insaciable de riquezas en este mundo, con la disculpa onírica de estar trabajando para un supuesto mundo metafísico y meta-natural, que ellos mismos han imaginado, pues son los autores y creadores de los *Evangelios*, de la *Biblia*, y de todos sus dioses; es también el engrandecimiento a ultranza de su propia orden o logia religiosa por encima de cualquier valor o consideración humana; es el control del mayor número de estamentos sociales, con el fin de ser los primeros beneficiarios de sus gestiones; es la prepotencia y el orgullo de casta al saberse los escogidos por dios y los privilegiados divinos más selectos de toda la humanidad, pues fueron destinados para el sacerdocio o la vida monástica y religiosa por la misma divinidad, que pensó en ellos desde toda la eternidad. Esta esterilidad sacerdotal es la responsable también de la transformación de una federación de iglesias independientes, como existió en los siete primeros siglos del judeocaticismo filorromano imperial, en la realidad en que se ha convertido en la actualidad: un imperio piramidal, el Imperio Vaticano, que cuenta con un ejército de eunucos y vírgenes, castrados mentales, que pretenden imponer en el mundo su religionismo cristológico, y que disponen para ello de un exceso de energías que su egoísmo compulsivo les permite poner a disposición de la corte del Imperio, llave de sus aspiraciones celestiales y garantía de su propia mendacidad.

La dinámica natural de los elementos en juego contribuyó a que el joven, que se alistó en una logia religiosa o se recluyó en el seminario por considerandos de

“apostolado” –sin tener conocimiento, en realidad, del imperialismo religioso que oculta esta expresión o el término “misión”–, llevado por lo que creyó ser una entrega generosa y desinteresada a Cristo, terminara siendo, con el paso de los años, un elemento castrado mentalmente y, cien por cien castrante y represor. Un elemento incapaz, si fue sincero, de ver la terrible distancia que separaba aquél pobre niño que tuvo que nacer en una cuadra por falta de medios, y que terminó muriendo como un vulgar facineroso, víctima de las injusticias humanas y divinas –según reza su propio credo–, y el emperador o rey del Imperio Vaticano, su idolatrado papa, el Siervo de los siervos de Cristo. Emperador, rey, papadiós o como se lo quiera llamar, que posee y controla la mayor fortuna, en términos relativos, de todas las naciones, y a cuyo servicio él se entregó, con toda la generosidad de su corazón, engañado por unos mistagogos tan engañados como él, o, si eran conscientes de los elementos en juego, engañado por unos hipócritas consagrados, que buscaban, en un proselitismo compulsivo, pasional e incontrolable, la satisfacción de sus impulsiones afectivas y sexuales reprimidas, y la descendencia, tan estéril y huera como ellos, que no pudieron lograr por su castración psicológica.

En cuanto a las razones de orden puramente psicológico o, mejor, psicopatológico, que han contribuido al triunfo del judeocatolicismo papista y su estructuración piramidal y jerárquica, son de destacar aquellas que, provocadas por la represión sexual, convierten al individuo en un fanático, en un cruzado, en un apóstol carismático, en un elemento compulsivo, espoleado por unas frustraciones que hacen de él un enemigo encarnizado de sí mismo y, por lo tanto, un enemigo inmisericorde del género

humano, al que machacará, insensible, siempre que sus superiores se lo exijan, en aras de la obediencia ciega, militar o teopolítica, panacea contra todas las dudas o escrúpulos provocados por las infamias morales y éticas cometidas por el reprimido sexual. Cuando el individuo es sincero, si es posible serlo en esas condiciones, se halla inmerso en una realidad virtual que nada tiene que ver con la vida natural, a la que sus mentores y fieles destruyen, siempre que les es posible, en aras de las concepciones holográficas que se forjan desde la infancia. La liberación de tales frustraciones se efectúa con la práctica de la obediencia y con la pretendida sublimación de las mismas en la entrega asexual a las fantasías cerebrales elaboradas en torno a la idea que se han forjado del Jesús Cristo evangélico. El hombre se convierte en un ser insensible a las injusticias e impulsiones humanitarias⁸ a pesar de su aparente sensibilidad a ella, que dejará de lado siempre por imperativos de eficacia, obediencia, provecho y considerando teístas difícilmente clasificables y siempre demasiado turbios. (Ver *Ananías y Safira, Burla, Eliseo, Insensibilidad sacerdotal, Obediencia, Obediencia ciega, Obediencia y represión sexual, Parábola del SAMARITANO, Ridículo y Samuel*).

1 No tiene importancia el que algunos individuos de tales colectivos, o de los colectivos sacerdotales femeninos, o vírgenes consagradas, no cumplieran esta exigencia fundamental, una vez instituida. El fenómeno individual no cuenta para el estudio social del teofuncionariado. Esta es la razón por la que, tras la imposición del celibato como una realidad incuestionable a partir del siglo XI dentro del judeocatolicismo papista, las inmoralidades de frailes, sacerdotes, obispos, cardenales y pontífices romanos no alteran para nada la trayectoria del colectivo.

2 La procreación, que no la familia, pues ésta, tal y como se concibe en la actualidad, es una creación social moderna.

3 Hablar de superación de la naturaleza es una mendacidad: a la naturaleza jamás se la supera;

se la desvirtúa y fuerza, pero siempre termina por imponerse, lo que se advierte, entre otras pruebas, en el número sospechoso de psicóticos que pululan por las casas de religiosos y en el número cada vez más creciente de sacerdotes y obispos que han sido acusados y llevados a los tribunales de justicia acusados pederastas, por violaciones de niños y niñas, y por los abusos sadomasoquistas con que castigaron a sus pupilos, número que se limita a ser la punta del iceberg. Las exigencias naturales, la afectividad y la sexualidad entre ellas, son manifestaciones de una naturaleza sana, y no son juzgables moralmente, como no se pueden juzgar moralmente el comer y el descomer, el beber y el desbeber, la vigilia o el sueño; y si nadie pretende reprimir estas últimas imposiciones biológicas, ni juzgarlas nefastas para el individuo, ni una ofensa para la supuesta divinidad que las ha creado y creó al hombre con tales exigencias, no tiene sentido el reprimir la afectividad y sexualidad aduciendo que la pretendida divinidad se alegra con dichas aberraciones. Se reprime la sexualidad y el afecto porque son goces naturales; y nada más maleable, dócil y obediente, para los jefes, obispos, papas, reyes, emperadores y pontífices de los colectivos gregarios, que una persona reprimida y castrada mentalmente.

- ⁴ El ejercicio de la sexualidad entre el clero, cuando se hubo prohibido totalmente, no por ello se eliminó, por la sencilla razón de que las exigencias biológicas de la naturaleza no pueden ser eliminadas. Pero sirvieron para hacer del individuo sincero, un ser todavía más peligroso, al tener que cargar con su infidelidad a los ideales que se le habían inculcado, necesitando un vía de escape tanto para las represiones afectivas y sexuales como para la mala conciencia que le provocaba su infidelidad y su caída "en el pecado". Para los cínicos e hipócritas, el problema se limitaba a eliminar el escándalo, cuando éste estaba mal visto. Las consecuencias de sus indecencias –las de los sacerdotes, obispos, abades, prelados y papas– estaban a cargo de las familias en que se ejercían, mientras que las de las monjas o religiosas, menos perdonables si eran conocidas, se ocultaban con el aborto a tiempo o el asesinato clandestino de los neonatos.
- ⁵ No hay un religionismo enteramente ajeno a la vida, cien por cien divino o místico; se anclan todos en el individuo y en los pueblos y, por lo tanto, son cien por cien teopolíticos.
- ⁶ El ejercicio de la sexualidad, el apareamiento, con frecuencia, lo mismo que la lucha por la vida, deja de lado a quienes no tienen la energía suficiente para imponerse sobre los demás, es decir, crea eunucos por eliminación. No se

descarta, con todo, el que algunos individuos, por unas razones o por otras, pudieran estar al margen de tales impulsiones.

- ⁷ No es mera coincidencia el que algunos fundadores de logias religiosas y monásticas sean seres que se han sentido desplazados y frustrados en la lucha por la vida. Benito de Nursia (480–547), hastiado –y no es pública la causa real– de los goces y posibilidades que le proporciona su cuna, se aleja de Roma, huyendo de todo contacto y relación, para refugiarse en la soledad más absoluta, y terminar fundando la orden monástica benedictina. Ignacio de Loyola, desplazado de la corte a raíz de una cojera como consecuencia de una herida, frustrado en sus aspiraciones mundanas, funda la Compañía de Jesús, para saciar su tendencia compulsiva al mando y la jerarquía e imponer en ella la obediencia ciega que se exige a los militares. José María Julián Mariano Escriba Albás Corzán Blanc, más conocido como Josemaría Escrivá de Balaguer, misógino irredento que jamás se atrevió, a pesar de las apariencias, a enfrentarse a un grupo desconocido y descontrolado en un espacio abierto, traumatizado y amargado por sus raíces, se pasó toda su vida mendigando y coleccionando certificados de chico bueno y prometedor, y fotografías testimoniales, para construirse un pedestal mayestático y olvidar la humillante, para él, cuna que lo vio nacer. Con ese objetivo nada secreto, a juzgar por los hechos, fundó el Opus Dei.
- ⁸ Su aparente humanismo, no es más que una manifestación cerebral, al ser una expresión de su teísmo, no de sus impulsiones naturales, que desde que entró en el seminario o noviciado se han pretendido machacar y anular.

ESTURMIO. Monje que estudió con el denominado San Bonifacio, y que residió en un monasterio en Fulda, del cual llegó a ser abad. Carlomagno le encomendó extender el judeocatolicismo entre los nórdicos, que el propio emperador comenzó a evangelizar, haciendo degollar, para convencerlos, a más de cien mil sajones. Esturmio impuso la regla benedictina en sus comunidades, y ayudó a Carlomagno en su misión evangelizadora, lo que le mereció el título de santo. Según las crónicas, Esturmio alcanzó el paraíso hacia el año 780. El papel de este hombre por incrementar el poderío del obispo de Roma entre los sajones fue decisivo.

ETIENNE AUBERT. (Esteban Auberto). Nació en Beyssac, diócesis de Limoges, Francia. Fue elegido papa de Aviñón a la muerte de Pierre Roger de Maumont, papa Clemente VI, ocurrida en el año 1352, y subió al trono pontifical como papa Inocencio VI. Etienne Aubert, cardenal y obispo de Ostia, era un hombre austero y un gran erudito, lo que no impidió que se comportara con una prepotencia bochornosa y repugnante en numerosas ocasiones. Persiguió a los grupos religiosos de los Fratricelos, y mando asesinar, quemándolo vivo, a Juan de Chatillon, un fraticelo destacado, espectáculo que no se perdió. A él se debe el asesinato de Rienzi, tribuno romano que había hecho posible la República, y al que mató un fraile cuando estaba en compañía del legado papal. Gracias a este asesinato Étienne Aubert, papa Inocencio VI, quedaba de nuevo como único soberano en Roma, siendo gobernada la ciudad por su legado.

El emperador de Bizancio, Paleólogo, amenazado por los Turcos, solicitó ayuda al papa a cambio de sujetar la Iglesia griega a la romana, pero el proyecto no pudo llevarse a cabo: el espejismo de las Cruzadas había pasado a la historia. Los intentos que hizo Inocencio VI, para llegar a un acuerdo entre ambas iglesias fueron un fracaso, pues en el fondo lo que pretendía, y siempre pretendieron los obispos romanos, era controlar como reyes absolutos el religionismo cristológico mundial.

Etienne moriría, tras un esfuerzo inusitado por situar el papado romano por encima de cualquier autoridad civil e imperial, a mediados de diciembre del año 1362.

Dejando aparte los ejércitos que levantó contra la nobleza romana, algún asesinato patibular que tiene en su cuenta, alguna traición destacada, la quema de

todos los herejes que cayeron en sus manos y en los de la Santa Inquisición y la destrucción de todos los que pretendían hacerle sombra, y su reconocida crueldad, *"poseyó todas las cualidades de un buen papa; su vida fue ejemplar y su reputación sin mancha."* (Palabras de Arienti, citando a Robarcher).

Su sucesor en el trono fue Guillon de Griboard, papa Urbano V (1362–1370).

EUDES DE LAGERY. (Llamado Otón de Châtillon y Otón de Lagery). Obispo de Roma, más conocido como papa Urbano II. Fue elegido tras largas y duras discusiones, a la muerte de Desiderio de Benevento, papa Víctor III, en el año 1088. Su elección, efectuada en Terracina, se oponía al papado de Clemente III, que reinaba en la antigua ciudad imperial, y que sería declarado antipapa, y al emperador Enrique IV. Nació en Francia, hacia el año 1042, y pertenecía a la familia noble de Lagery. Siendo canónigo de Reims, fue sorprendido en el lecho con una religiosa, por lo que dejó la ciudad y terminó de monje en Montecassino. Sus cualidades llamaron la atención de Gregorio VII, que lo nombró cardenal y le entregó el principado arzobispal de Ostia. Las luchas intestinas que desgarraban Europa, Italia y Roma no le facilitaron la tarea, pero él se mantuvo firme en su política de intransigencia absoluta.

Consiguió que Clemente III tuviera que abandonar el casco viejo de Roma, en donde reinaba, refugiándose en el castillo de Sant'Angelo, con lo que Eudes pudo pasearse libremente por toda Italia. Organizó y presidió varios concilios. Persiguió a los berengarios, los nicolaítas, y otros grupos que no aceptaban el judeocaticismo impuesto por el obispo de Roma. Se opuso, siguiendo las ambiciones de Gregorio VII, del cual había sido consejero, a la investidura

de los obispos de Roma por los reyes o emperadores.

Mientras el santo padre Urbano II se encontraba en Salerno, el no menos santo padre Clemente III celebró con sus partidarios un concilio en Roma que lo excomulgó, pero en cuanto Urbano II regresó a Roma, se encarnizó con los padres conciliares, que tuvieron que refugiarse fuera de los territorios de Urbano. Éste, para no ser menos, convocó otro concilio para insistir en la condena de quienes lo habían condenado a él.

En el haber de Eudes (Otón) de Lagery se cuentan varias cartas, enemistades, condenas y la organización de la Primera cruzada, predicación que contó con la ayuda de Pedro el Ermitaño, un fundamentalista judeocatólico, que arrastró a las multitudes¹, al grito de “¡¡¡Dios lo quiere!!!”. Urbano II, despidió a los cruzados, dándoles todo tipo de justificaciones morales y éticas para actuar con la más indecente inmoralidad que pudo conocer la historia de las religiones, pues les permitió todo tipo de crímenes en nombre de su divinidad yahvídica, cristológica y paraclital. A pesar de ser el promotor de tales cruzadas, no pudo enterarse de la toma de Jerusalén por aquella plaga de haraganes y fanáticos fundamentalistas sedientos de sangre que asolaron Oriente Medio, un machete en la mano y un fetiche cristológico en la otra, ya que la muerte lo sorprendió antes de que pudiera llegarle la noticia.

La curia romana, a su muerte, ocurrida a finales de julio de 1099, le honró con el título de beato. Las riquezas que había conseguido para el obispado romano con los saqueos y crímenes de los cruzados, justificaban largamente esta medida, aparte de que era el mejor modo de desacreditar a su oponente, el papa Clemente III, que había contemplado su desfilar forzoso hacia la tumba.

EUGENIO DE SANTA SABINA. Obispo de Roma, al que se conoce con el nombre de papa Eugenio II. A la muerte de Pascual I, en el año 824, hubo dos obispos o papas romanos. Por un lado Sisinnio, escogido por el pueblo y el clero bajo. Sin embargo la nobleza, que era filoimperial, escogió al presbítero Eugenio, titular de Santa Sabina. Otra nueva guerra civil cristológica –cisma, en jerga sacristial– salpicaba el codiciado trono obispal romano. La lucha entre ambas facciones fue enconada, pero las armas, y el Espíritu Santo con ellas, dieron la victoria a Eugenio. El papa Sisinnio y sus partidarios, legítimos electores siempre, fueron desplazados. Para evitar nuevas sorpresas, el emperador Lotario preparó unas ordenanzas con el fin de controlar en lo sucesivo la elección del obispado de Roma, que poco a poco iba sobresaliendo sobre los demás obispados, en poder e influencia, y pretendía gobernar no solamente Occidente, sino Oriente. Estas ordenanzas fueron llamadas *Constitutio Lothari*.¹ Su contenido se pone hoy en duda, puesto que las únicas copias que existen de dicha constitución son muy posteriores, cuando la curia romana y sus obispos o papas se habían lanzado ya a una carrera sistemática de fraudes y falsificaciones para justificar su pretensión de colocarse a la cabeza de todos los obispados.

La Iglesia galicana organizó un concilio, que Ludovico el Pio (Luís el Piadoso) quiso celebrar en París. En este concilio se censuró a los obispos de Roma por su querencia irresistible a obligar a la Iglesia griega a adorar a las imágenes, y se consideró impía la carta que el obispo de Roma Adriano I había enviado a Carlomagno. No solamente cayeron las condenas sobre el obispo de Roma, sino que se condenó, al mismo tiempo, el concilio de Nicea y la intransigencia de los metropolitanos de Bizancio.

Eugenio pretendió, a través de un concilio celebrado en Roma, reformar las costumbres del clero, de los monasterios y conventos, lo que resultó imposible imponer, pues, según las crónicas, era un hombre sencillo y modesto, entregado a los pobres, que se sentía sin fuerzas para obligar a nadie. A pesar de la forma en que sus electores lo colocaron en el ambicionado trono, su designación constituía, a todas luces, un error en los listados papales; quizás por ello, y a pesar de que el pueblo llano lo designaba con el nombre de "Padre de los pobres", la curia romana le negó el título de santo a su muerte, ocurrida en el año 827.

Su sucesor oficial en el ambicionado trono sería Valentín de Vía Lata, papa Valentín o Valentino, que apenas pudo mantenerse con vida en la escurridiza y mortífera corte cuarenta días.

La muerte del papa Sisinnio quedó en penumbras.

¹ Dicha constitución, que consta de nueve artículos, es considerada por los historiadores independientes, un fraude.

EUGENIO EL ROMANO. Papa Eugenio I. Mientras que el obispo de Roma Martín de Todi, papa Martín I (649–655), se encontraba exiliado en Tracia, acusado de herético por el emperador, el patriarca de Constantinopla y el juecatolicismo griego, en la antigua ciudad imperial se creó un vacío de poder que inquietó sobremanera al clero y a la nobleza. Había muchos intereses en juego, y la situación no podía mantenerse.

La causa de esta situación era que, por los cismas –guerras civiles cristológicas– que surgían uno tras otro, por nimiedades inconcebibles, Martín I había anatematizado a la iglesia griega, a sus patriarcas y al mismo emperador, Teodoro de Caliope. El emperador, tras reclamar la presencia del obispo romano en su

corte, había tratado de obligar a Martín a renunciar al trono episcopal, a lo que el obispo se negó, por lo que éste fue enviado al destierro sin más dilaciones, propiciando aquél nuevas elecciones¹.

El clero romano guardó las formas un tiempo, pero ante lo inevitable, no tardó, en el año 654, en elegir al sucesor de Martín, elección que recayó en Eugenio el Romano, hijo de Rufiniano (Rufinianus). No esperaron a la muerte de quien años antes habían tenido por verdadero pastor de la diócesis, para evitar que los monotelitas pudieran elegir a un obispo ortodoxo impuesto por el emperador. Martín I, al tener conocimiento de ello, tampoco renunció al obispado de Roma, por lo que hubo dos obispos o papas titulares en esa ciudad hasta su muerte.

La primera medida de Eugenio al ceñirse la peligrosa mitra romana, y a espaldas de quienes lo habían elegido, fue enviar unos emisarios a Constantinopla con el fin secreto de lograr entenderse con el emperador y los patriarcas de Constantinopla. Pero en la misma corte bizantina surgieron los problemas, pues el abad de Crisopla, San Máximo, se opuso públicamente a la negociación, y no se dejó convencer ni siquiera ante la seguridad que daban los emisarios de que el nuevo obispo de Roma iba suscribir totalmente el credo monotelita.

Máximo se mantuvo en su rechazo, a pesar de las amenazas que pendían sobre su cabeza, pues el emperador deseaba la reconciliación entre Bizancio y Roma. Llevado ante los jueces, defendió con firmeza su postura, aduciendo que su regla era la del Espíritu Santo, que condenaba por boca del apóstol a los obispos que enseñaban una fe distinta a la de Cristo. Ante su intransigencia, que recordaba la que había tenido Martín de Todi (papa Martín I) poco tiempo antes, en el mis-

mo lugar y por la misma causa, Máximo fue conducido al verdugo, en cuyas manos, tras ser azotado y torturado públicamente, perdió la vida.

Mientras unos autores aseguran que Eugenio tuvo una parte decisiva en el fin desastroso y cruel de este prelado que se oponía a la negociación y el entendimiento entre Roma y Bizancio, y que tanto contrariaba sus planes, otros lo alaban hasta el infinito proclamando su caridad y dando a entender que era imposible que hubiera podido ser el protagonista de una infamia semejante: *Era bueno, dulce, tolerante, amable con todos y destacaba en santidad. Dejó los bienes acostumbrados al clero, y se ocupó personalmente de los menesterosos, a los cuales jamás les faltó su limosna. Tan grande fue su preocupación por los pobres y su clero, que a su muerte les hizo herederos de todos sus bienes.*² Algunos van todavía más lejos, y señalan que mientras estuvo con vida Martín I, su predecesor, él se consideró un simple representante suyo, lo que descartaba, radicalmente, el que hubiera perpetrado contra su señor y padre una traición tan vergonzosa.

Eugenio el Romano, moriría dos años después de su elección (657). La curia Romana, para resaltar el papel de este obispo de Roma y su legitimidad, y aceptando a pies juntillas lo que el *Liber Pontificalis* afirma de él, lo colocó en su emperio y lo honró con el título de santo.

Su sucesor oficial sería Vitaliano de Segni, papa Vitaliano (657–672).

¹ La razón que adujo el emperador, fue que Martín no había esperado la confirmación de Bizancio.

² *Le livre des Papes, Liber Pontificalis, (492–891)*. Traduit y présenté par Michel Aubrun. (Brepols; Belgium, 2007).

EUGENIO PACELLI. Obispo de Roma y rey del Imperio Vaticano, más conocido por papa Pío XII, sucesor de Ambro-

sio Damián Aquiles Ratti, papa Pío XI¹ (1922–1934).

Gran amigo del gobierno nazi alemán y del fascista italiano, fue elegido por esta causa para ceñirse la tiara absolutista del ambicionado trono a la muerte de su predecesor, el cual a pesar del tratado firmado con Mussolini, que tanto beneficiaba a la corte vaticana, pensaba, la víspera de su muerte, ponerlo en la picota. Su elección, tras la muerte del anterior obispo de Roma, fue inmediata, como si todo hubiera estado preparado para que terminara cuanto antes la política renuente del Vaticano y se eligiera para el cargo un obispo todavía más complaciente con los fascistas y nazis, como lo demuestra el desarrollo de los actos que siguieron al asesinato del rey Aquiles Ratti. No debe olvidarse que Eugenio Pacelli era el Secretario del Estado Vaticano, y tras la muerte de Ratti, Pacelli, como cardenal camarlengo, asumía automáticamente el gobierno del Imperio Papista durante la vacante del trono.

Pasan los largos actos oficiales que conlleva la muerte de cualquier mortal coronado, y más si era el representante de Cristo en la Tierra y el emperador del Imperio Vaticano, y, tras la despedida al muerto, Pacelli, que ha convocado el cónclave para el día 1 de marzo, ese mismo día da por inaugurado el encierro. No hubo duda alguna: al día siguiente, Pacelli era elegido obispo de Roma. Era lógico pensar que tanto la muerte de Ratti como la elección de Pacelli no eran más que el principio y el fin de una representación –tragicomedia– preparada con mucho tiempo de antelación².

Eugenio Pacelli fue un niño mimado, y ni siquiera tuvo necesidad de ir al seminario de nobles con el fin de hacerse sacerdote, pues se le perdonaron todas las formalidades que implicaban un obstáculo para su buena vida. A los 23 años

de edad, teofuncionario cristológico ya, entró por la puerta grande a los servicios del subsecretariado del Estado Vaticano, sin por ello dejar de estudiar, y dando clases en el Seminario Romano. No tardó en recorrer todos los peldaños del escalafón. Pío XI lo nombró Secretario de Estado, Prefecto de la Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios y Presidente de la Comisión de Cardenales para preservar los bienes temporales de la corte romana. Acaparó para sí otros puestos y dignidades, y consideró normal ser elegido como representante de su dios en la Tierra, para ello estaba destinado. Fue tenido siempre por un señor feudal, frío, distante; altamente autoritario, vanidoso, despectivo y agrio en el ejercicio de sus funciones "divinas". Complaciente con Franco y con Hitler, calla ante los asesinatos masivos de Franco en España³ y las atrocidades que los nazis estaban cometiendo en Polonia y en los países invadidos. Y, con respecto a Mussolini, le faltó tiempo para bendecir los aviones con que Italia iba a bombardear las aldeas de Etiopía, para construir allí el imperio fascista que no podía construir en otro lado, aviones que los Etiopes sólo podían derribar a pedradas. Se crearon para él varias leyendas⁴, con el fin de lavar ante el público el rostro aristocrático y despectivo de este hombre, a quien se veía, en su torre de marfil vaticana, oscilando entre la megalomanía compulsiva y la milagrería demencial. Una de estas leyendas afirmaba que había gastado su fortuna personal para salvar a los judíos que huían de Alemania y los países ocupados; leyenda que no dejó de ser más que eso, un mito, pues a la muerte de este hombre se vio que su fortuna personal estaba intacta, y que no se había gastado un céntimo con los perseguidos. Es más, no solamente no se gastó un céntimo con ellos, sino que vio

con ojos complacientes el exterminio de los judíos del Estado Católico de Croacia, a los que el dictador Ante Pavelic estaba masacrando sin compasión.

Cuando se conocen las cifras de quienes fueron asesinados por el católico Pavelic, admirador de Pío XII, con la comprensiva aprobación de todos los obispos papistas y su teofuncionariado, y la colaboración entusiastas de clérigos y religiosos, entre los que destacaron los franciscanos, que no dudaron un instante en coger los fusiles y las metralletas para unirse a los asesinos, las cifras, aun comparadas con las de Hitler y sus seguidores en Alemania y las de Franco y sus turiferarios clericales en España, resultan aterradoras. Más de cuatrocientos cincuenta mil serbios ortodoxos fueron asesinados; más de veinticinco mil gitanos fueron igualmente exterminados; más de treinta mil judíos fueron matados, unos en los campos habilitados por los ustachis para ellos, otros en las cámaras de gas. Pero lo más aterrador de estas cifras, en un país tan pequeño como era el feudo de Pavelic, resulta ser el hecho de que tales masacres se cometieron, bajo el parasol papal, en el tiempo que va de 1941 a 1945.

Ante Pavelic, tras el inicio de las masacres, fue a rendir pleitesía al rey del Imperio Vaticano, Eugenio Pacelli, el alabado Pío XII, su protector. Los regalos que presentó al angelical papa no son conocidos del gran público. Tampoco es conocida la contraprestación que le hizo el papa finalizando la Segunda guerra mundial. Pacelli le facilitó, más que agradecido, la fuga, para que no fuera llevado a juicio por los crímenes contra la humanidad que había cometido durante su dictadura. Para ello movilizó a la *Sancta Societas* y el *Sodalitium Pianum*, que durante los últimos meses de la guerra, y los años inmediatos que la siguieron, tuvieron la encomienda de

llevar a puerto seguro, con documentos y pasaportes falsificados por la corte vaticana, a todos los criminales de guerra ustachis y alemanes que deseaban poner tierra por medio para escapar a la justicia y pudieran pagarse el servicio. Con esta acción Eugenio Pacelli se hacía cómplice de los crímenes contra la humanidad cometidos por Pavelic y Hitler.⁵

Pasan los años y este papadiós, teogólatra irredento, pagado de sí mismo, envuelto en su propia autoestima, cuya aureola celestial, según sus turiferarios, le brotaba por los poros, declina hacia la chochería taumatúrgica, siendo el primer rey del Imperio Vaticano que santificó el montaje de Fátima⁶. No contento con eso, en su enajenadora megalomanía aseguró que había sido testigo, en su trono, del denominado "Baile del Sol" del que habla la milagrería fatimista; y afirmó que Jesucristo se le apareció en persona, en su palacio real.

Pagado de su propia aura, de su cumbre paradisiaca, su muerte tiene un tinte lúgubre y macabro: fue anunciada, como sucedida, 24 horas antes de que realmente muriera: "*Pío XII é morto*", anuncian los titulares en los avances periodísticos, el día 8 de octubre de 1958, a las 11'30 horas de la mañana, para afirmar, al día siguiente "*Pío XII é veramente morto!*"

Su sucesor sería Angelo Giuseppe Roncalli⁷, papa Juan XXIII Bis (1958–1963). (Ver *El trauma de PACELLI*).

¹ El cardenal Tisserant afirmaría, años después, que fue un asesinato. De ser cierto, la rapidez con que fue elegido Pacelli formaba parte del juego, e induce a pensar en la connivencia de los cardenales de la corte del Imperio y el mismo Pacelli en el tránsito de Aquiles Ratti.

² Pacelli fue escogido en el tercer escrutinio por unanimidad absoluta. Si era imposible, para un observador malicioso, no pensar en la connivencia de la curia romana entera en el asesinato de Ratti, un observador imparcial se las vería y desearía para no caer en la misma tentación.

³ Una síntesis, escueta, precisa y exacta de la complacencia de Pacelli hacia Franco y Hitler se encuentra en la introducción que el historiador Herbert R. Southworth presenta en su libro *El mito de la Cruzada de Franco* (Plaza y Janés, Barcelona, 1986). Complacencia que ya manifestó cuando era Secretario de Estado de la Ciudad del Vaticano y, por lo tanto, la persona más poderosa del Imperio Vaticano, tras el mismo rey o papadiós. Ceñida la tiara imperial, como recuerda el autor, los asesinatos masivos de Franco contra los republicanos que perdieron la guerra, pobres católicos, los vio con una complacencia tan gratificante como vio los asesinatos de anarquistas, ortodoxos y judíos llevados a cabo por Hitler y sus secuaces.

⁴ Los esfuerzos por lavar la cara de los reyes totalitarios del Imperio Vaticano son permanentes. Lo mismo se observa en la vida de Eugenio Pacelli. Todavía en la actualidad –domingo, 12 de octubre de 2008–, un periódico madrileño afirma el odio de Hitler hacia Pacelli, y habla del apoyo incondicional a éste por algunas autoridades judías, agradeciendo su ayuda a los judíos durante la guerra. Precizando más, asegura que la leyenda negra de este hombre la crearon, en los años sesenta, algunos sectores ligados al comunismo.

Es suficiente leer la obra citada de John Cornwell, *Hitler's Pope. The Secret History of Pius XII*, para darse cuenta de la imposibilidad de este maquillaje. Y leer la obra de Karlheinz Deschner, *La política de los papas en el siglo XX*, elimina todas las dudas que pudieran tenerse sobre Pacelli.

Dejando aparte el papel tan decisivo que tuvo el Espionaje Vaticano durante su gobierno, y las más que dudosas operaciones en las que se embarcó la corte vaticana para obtener dinero de los nazis y ustachis que deseaban escapar, hay que recordar que Pacelli despreciaba, por no decir odiaba, a los ortodoxos y eslavos, y el exterminio de los mismos en los Balcanes, que a tan bajo precio le ofreció el dictador Ante Pavelic, era una medida higiénica necesaria para Cristo, y una oportunidad única para incrustar a la fuerza el judeocatolicismo papista en aquellas regiones. Y con respecto a las invasiones alemanas en Ucrania y Rusia, conviene recordar que Pacelli, cuando tuvo conocimiento de la "Operación Barbarroja" desatada por Hitler contra la Unión Soviética, el día 22 de Junio de 1922, exigió al cardenal Tisserant y al jefe de la Santa Alianza Robert Leiber, un plan para saturar los países eslavos conquistado por el ejército alemán de teofuncionarios papistas, con el fin de desplazar el judeocatolicismo ortodoxo e implantar el judeocatolicismo vaticano. Que el proyecto fracasara en embrión porque Hitler

despreció totalmente el papismo como despreciaba cualquier religionismo que no fuera el nazi y sus dioses arios, es otro cantar. Pacelli era visceralmente un pronazi y proario irredento, por lo que no tuvo necesidad de ver –y mucho menos reprobár– lo que Hitler y los alemanes, en general, estaban haciendo con gitanos, eslavos, comunistas, anarquistas y algunos judíos en las cárceles, campos de concentración y campos de exterminio. Tampoco tenía necesidad de mirar hacia Croacia, y, sobre todo, hacia España, en donde, coincidiendo con su reinado, el papismo imperial de obispos y militares, buguesía y nobleza estaban asesinando diariamente a cientos y cientos de “enemigos de la fe” –las cifras más sobrias hablan de más de cien mil personas asesinadas después de la guerra, en nombre de Cristo y España para Cristo–, sin contar los prisioneros que morían, por otras causas, en los penales, campos de concentración y de trabajo.

⁵ Se ha tratado también de poner a salvo la responsabilidad del rey Pacelli en la trama de Odessa y el Pasillo Vaticano, alegando que no existe documento alguno que pruebe las implicaciones de este dictador en ambas tramas. La observación construye un insulto para Pacelli, pues le negaría las cualidades que lo adornaban por su personalidad y por su esencia divina, independientemente de que la objeción constituye una imbecilidad: la política cloacal de cualquier gobierno es tal precisamente porque se hace fuera de los cauces oficiales y al margen de cualquier documentación o firma. Pacelli, antes de ser elegido rey del Imperio Vaticano, conocía mejor que nadie no solo el vaticano entero, sino el submundo cloacal que lo alimenta. Por ello tuvo que saber –y no hablamos de a su esencia, que le hace omnisciente, a pesar de que nadie se atreva a confesarlo, como corolario ineludible de su infalibilidad– lo que se estaba haciendo, pues nadie se hubiera atrevido, a sus espaldas, a realizar una operación de tal magnitud y de tan serias implicaciones para su corte. Que no firmara un documento oficial para ello, ni lo autorizara a bombo y platillo, a nadie debe sorprender; la política cloacal de todos los Estados y gobiernos lleva esta denominación precisamente por ser su característica principal la de hacerse fuera de los cauces oficiales testimoniales y por perderse en el laberinto del alcantarillado estatal. Pacelli admiraba a los nazis y despreciaba a los eslavos, y su silencio ante las barbaridades de los primeros en Ucrania y Rusia y de los ustachis en Croacia, fue su mejor apoyo y, conviene no olvidarlo, una fuente inagotable de dinero, regalos y objetos de valor incalculable que sólo pudieron ingresar en sus cuentas privadas y cámaras, o a las de la corte

vaticana “por los servicios prestados.” Tras las perspectivas de una derrota segura del Eje, la munificencia de donaciones y objetos de valor no se detuvo, por lo que es obligatorio concluir que tales donaciones y ayudas estaban justificadas por “los servicios que se iban a prestar”, y Pacelli era consciente de que el filón que alimentaba sus cuentas y las de la corte de su imperio estaban justificado por las actividades cloacales del Vaticano para salvar el mayor número de generosos nazis, fascistas y ustachis, que corrían peligro de ser llevados a los tribunales internacionales para ser juzgados como criminales de guerra.

⁶ El espaldarazo de Pacelli al montaje de Fátima fue decisivo, como lo demuestra Gérard de Sède en su obra, *Fatima. Enquête sur une imposture*.

⁷ A la muerte de Roncalli, papa Juan XXIII Bis, su sucesor, Montini, pretendió abrir el proceso de beatificación de Pacelli a la sombra del proceso de Roncalli, pero hubo que dar un carpetazo a dicho proceso por el hedor que emitía la vida del denominado Pastor Angélico (1). Como anécdota, baste decir que jamás confesó a un pobre, según afirman algunos seguidores de su vida. Durante la guerra, declaró Roma ciudad abierta, y fue el único detalle digno de mención que encuentran en su vida algunos historiadores, a pesar de que era una declaración sin contenido, pues no tenía dominio alguno sobre ella.

— — —

(1) La última noticia que ha saltado a la prensa (19–XII–2009, sábado), es que Joseph Ratzinger (Benedicto XVI) ha iniciado el proceso de beatificación de Eugenio Pacelli, a la sombra del proceso de beatificación de Carol Wojtyla. Las protestas han saltado a la prensa. Nada importa. Lo más transcendental es que la tormenta levantada contra la beatificación de Pacelli favorecerá a Wojtyla –amigo y protector de Pinochet y otros dictadores y asesinos, y quien se cargó la denominada Teología de la Liberación y otros movimientos renovadores–, en último término al Opus Dei, que verá confirmada la santidad de Don José María Julián Mariano Escriba Albás Corzán Blanc, su fundador, más conocido como Josemaría Escrivá de Balaguer, al ser un presunto beato –futuro santo– quien lo puso en los altares. (Ver *El TRAUMA de Pacelli*).

EULALIO EL ARCEDIANO. Obispo de Roma, más conocido por papa Eulalio. Fue elegido apenas muerto su predecesor, Zósimo, el día 26 de diciembre del año 418, en el templo de San Juan de Letrán. Sin embargo Eulalio no pudo

gozar con tranquilidad del ambicionado obispado, puesto que, si a las pocas horas de la muerte de Zósimo, era elegido obispo de Roma por una parte del pueblo romano, otra parte, muy numerosa también, tres días después, escogía para pastor de su diócesis a un viejo presbítero romano llamado Bonifacio, lo que dio origen a nuevas luchas y matanzas cristológicas. Para terminar con este nuevo cisma de la ciudad de Roma, y los crímenes evangélicos que se sucedían entre unos partidarios y otros, Aurelio Anicio Simmaco, prefecto de Roma, remitió al emperador Honorio el problema, y éste, siguiendo el consejo del prefecto, apoyó a Eulalio. Bonifacio fue recludo. Sin embargo, los partidarios de Bonifacio no cejaron en su empeño, y fueron convocadas varias reuniones en Ravena y Esposito para aclarar el asunto. Finalmente Eulalio, desobedeciendo a Honorio, que había prohibido la entrada en Roma de los dos obispos, sería privado de su obispado y entró a formar parte de los antipapas, acuñación que no negaba su obispado romano y su legalidad papal, sino que manifestaba su incapacidad de mantenerse en él frente a sus enemigos. Los partidarios de Bonifacio ganaron la batalla y el anciano, hacia comienzos de la primavera del año 419, fue declarado oficialmente vencedor y obispo de la ciudad, aunque a Eulalio, para consolarlo, le entregaron el obispado de Nepi¹.

¹ No faltan autores que afirmen que, a la muerte de Bonifacio, el obispado de Roma se ofreció de nuevo a Eulalio, pero éste lo despreció y prefirió permanecer en su retiro.

EUSEBIO DE CESAREA. (Ver *EUSEBIOS Pamphili*).

EUSEBIO EL GRIEGO. (*Entre la leyenda y la historia*). Aun los listados más ortodoxos reconocen no haber tenido noti-

cia alguna de la vida y milagros de este hombre hasta finales del siglo XIX, en que el arqueólogo judeocatólico, al servicio de la corte del Imperio Vaticano, Giovanni Battista de Rossi (1822–1894), encontró una piedra, que se dio prisa en atribuir al obispo de Roma Dámaso, afirmando que lo mencionaba. Gracias a la interpretación que De Rossi hizo de los cuatro signos que contenía dicha piedra o lápida, a la curia romana le faltó tiempo para proclamar que los signos encontrados hacían referencia, sin posibilidad alguna de error, al obispo de Roma Eusebio, y “que éste había sido el obispo de Roma sucesor de Marcelo el Romano (papa Marcelo I); había nacido en Grecia y era hijo de un médico. Había sido elegido gracias a sus virtudes encomiables por el pueblo y el clero romano, el día 20 de marzo del año 310¹. Había sido un obispo complaciente con todos aquellos que, en tiempo de las persecuciones, habían renunciado al martirio glorioso, renegando de Cristo y la fe, enfrentándose a los rigoristas que no querían admitirlos a la penitencia. Su vida admirable había llamado la atención de Majencio, que lo desterró a Sicilia, y en aquella isla murió pocos meses después.”

No tenía ningún sentido preguntarse cómo cuatro garabatos pudieron ofrecer tanta información y cómo habiendo muerto Eusebio en Sicilia, en el olvido y la soledad más absoluta, De Rossi y la curia romana encontraron su lápida en el cementerio de San Calixto, en Roma. Si, en la actualidad, es difícil la conservación y el traslado de un cadáver de un lugar a otro, en aquellos tiempos, no existían los problemas de felatos y aduanas que tanto complican las cosas, aparte de que siempre existía el recurso al milagro, que de tantos apuros sacó a la corte papal. Eusebio, pues, sólo pudo mantenerse en dicho trono un año, siendo sucedido

por Melquíades. Como todos los obispos reales o supuestos de los denominados primeros años del judeocatolicismo, fue colocado por la curia romana en su paraíso y recibió el título de santo, palabra que encubre, en realidad, el proceso de divinización de otras religiones.

¹ A pesar de los signos de la lápida, no existe una fecha segura, pues hay autores que afirman que gobernó la comunidad romana del año 309 al 310, en que murió. Este obispo o papa de Roma sólo se incorporó a los listados oficiales del pontificado romano recientemente. La mayoría de los autores pasan como gato por brasas sobre su vida y, dejando en la bruma sus raíces e historia, se limitan a decir que fue el sucesor de Marcelo.

EUSEBIOS PAMPHILI. Obispo judeocatólico florromano imperial, llamado así por el nombre de su maestro Pamphili. Habiendo sido príncipe mitrado de Cesarea, es más conocido por Eusebio de Cesarea, y con este nombre suele figurar en los textos y trabajos en los que se le cita. Nació en Palestina, hacia el año 264 y murió en torno al año 340. Falsificador irredento y vocacional, sus escritos constituyen un ejemplo de distorsionismo histórico: sucedió lo que él quería que sucediera, y da como historia lo que no era más que pura ficción de sus intereses. No hubo, en este terreno, regla de conducta más ética –por no decir inspirada– que la suya, y no dudó, para justificar sus objetivos, en citar trabajos y escritores que sólo existieron en la necesidad compulsiva que tuvo de que los hechos históricos hubieran sucedido como lo exigían su parcialidad, su orgullo y su prepotencia, y, se da por descontado, los de la secta a la que pertenecía. Panegirista a ultranza de las facciones florromanas imperiales, heréticas y cismáticas en que se desmembró el judaísmo ortodoxo de la diáspora, y turiferario hiperbólico del emperador Constantino, es considerado,

entre los eruditos y estudiosos, el historiador menos fiable de toda la plantilla y el más espúreo¹. A él se atribuyen, en principio, los siguientes trabajos: *Vida de Constantino*², *Historia eclesiástica*, el *Triakonterikos*, la *Crónica*, y dos libros más titulados *Preparación evangélica* y *Demostración evangélica*. En todos ellos se descubre la tendencia encomiable de despreciar los hechos históricos más verosímiles con la pía finalidad de llevar el agua a su molino aunque fuese a contracorriente. A partir de estos libros y otros de varios autores, se han establecido los listados, más o menos oficiales, en ocasiones totalmente oníricos, de los diáconos y episcopos que fueron responsables de las diversas comunidades de las nacientes sectas judeocatólicas en los supuestos primeros siglos del judeocatolicismo, impropriamente llamado cristianismo.

Es de rigor pensar que, ante la imposibilidad de que en los dos primeros siglos de la era común hubiera nada parecido a lo que posteriormente sería el judeocatolicismo florromano imperial, los supuestos obispos de Jerusalén, Alejandría, Antioquía, de Roma, etc. de tales siglos sean mera ficción, como lo es el protagonista Jesús de los textos neotestamentarios.

También es de rigor insistir en que Eusebios, a pesar de que pudiera soñar con una iglesia imperial y jerárquica de la magnitud del Imperio Romano, en la relación que ofrece, en su *Historia Eclesiástica*³, de los obispos de las diócesis importantes en que el judaísmo heterodoxo florromano imperial luchaba contra el judaísmo hierosolimitano y mosaico, presenta una federación de iglesias, un judeocatolicismo federal, impregnado hasta la saciedad todavía, todo hay que decirlo, de hebraísmo mosaico y hierosolimitano⁴, que nada tiene que ver

con la idea que el obispado de Roma y, finalmente el papado romano, trató de imponer con garras y colmillos a lo largo de los siglos, para terminar creando su Imperio Vaticano.

Eusebios se limita a dar una sucesión de obispos de las diócesis o satrapías que se iban constituyendo, sin que destaque para nada el papel de ningún obispo o sátrapa mitrado, limitándose a llamar a todos ellos con el apelativo de episcopo, y sin que emplee jamás el título de pontífice o santo padre para designar a nadie. Tampoco sitúa a ningún obispo por encima de cualquier otro, a pesar de la mucha o poca importancia que pudiera tener su diócesis; y desde luego, jamás colocó a ningún obispo por encima de un colectivo de obispos. Es más, a dichos colectivos encarga la tarea de retirar de la jefatura de las diócesis a los obispos indignos de ocupar su sede, como fue el caso de Pablo de Samosata, obispo de Antioquía, al que un grupo de obispos depuso. Es decir, el libro atribuido a Eusebios Panphili, titulado *Historia de la Iglesia*, demuestra la inexistencia de una iglesia jerárquica y piramidal, y ofrece, por el contrario, la existencia de múltiples iglesias; demuestra igualmente que no hubo un representante de Cristo en la figura de Pedro y sus supuestos sucesores, sino múltiples pastores, iguales todos, que regían las iglesias que el destino les había encomendado.

Apoyando todavía más la idea de una iglesia federativa en los primeros años del judeocatolicismo incipiente, Eusebios nos muestra un fenómeno que ya se dio en el hebraísmo mosaico y que se verá varias veces en el judeocatolicismo de los primeros siglos. Es el hecho de que, cuando un hombre destacaba por su virtud o ciencia, aunque no fuese obispo, es decir cuando un rabino, maestro judeocatólico, destacaba por sus dotes y clari-

dad de ideas, era consultado y llamado por otras iglesias para que ilustrara con su ciencia a otras comunidades, con el fin de que se beneficiaran de su sabiduría, lo que sucedió con Orígenes y otros estudiosos; en estos hombres, con frecuencia, reposaba la ortodoxia evangélica y cristológica, apostólica e histórica. Este papel de maestro itinerante u ocasional, jamás se ofreció a ningún obispo por el mero hecho de ser obispo, el de Roma incluido. Y como se verá también, jamás se esperó la aprobación de ningún obispo, y mucho menos del obispo de Roma, para confirmar una doctrina o una causa que afectara a toda la federación. Podían enviarse cartas a los obispos más alejados de las diócesis en que surgía la duda o un problema, pero eran cartas destinadas a poner en antecedentes a quienes no tenían otro medio para saber lo que pasaba en comunidades más distantes. A Eusebios también se debe la confirmación de este judeocatolicismo imperial triunfante establecido como una federación de comunidades federativas o iglesias federadas, en donde el papel de todos los obispos era similar en todas ellas, como lo demuestra el caso que suscita el comportamiento del obispo de Roma Víctor, quien, en las discusiones acerca del día de Pascua, y a raíz de una información que tuvo sobre este tema, pretendió excomulgar, por su cuenta y riesgo, a las iglesias de Asia. En cuanto manifestó esa peregrina idea, los obispos o papas de las demás comunidades le dieron un varapalo, del cual salió con el rabo entre piernas, y se le quitaron todas las veleidades de meter las narices en donde nadie lo había llamado. El mismo Ireneo, uno de los obispos de las Galias, en representación de los pastores de aquél país, se manifestó en contra de Víctor, que se vio obligado a recoger velas, y tuvo que limitarse a pastorear sus

ovejas, renunciando a meterse en apriscos ajenos. (*H.E. V, 9–18*).

Igualmente se deduce de la obra de Eusebios que los grados que existían en el judeocatolicismo florromano eran los tradicionales de apóstoles, diáconos y diaconisas, presbíteros y obispos. No existía ni un grado más. Y, en lo que se refiere a los hombres, por su papel de pastores y protectores, se acepta, aunque para nada lo menciona, el que todos fueron conocidos por el nombre de padres o papas,

Las papados u obispados que señala el escritor (o el grupo de escritores que pudiera ocultarse bajo su nombre) son los de Alejandría, comunidad supuestamente fundada por el evangelista Marcos, Antioquía, Bostra, Cartago, Corinto, Cesarea de Capadocia, Cesarea de Palestina, Éfeso, Egipto, Emesa, Esmirna (Smirna), Galia, Hierápolis, Iconio, Jerusalén, Laodicea, Nicomedia, Ponto Euxino, Roma, Sardes, Sidón, Tarso, Tiro, Tolemada, etc., sin que destaque para nada el papel de ningún obispo sobre los demás, limitándose a llamar a todos ellos con el nombre de episcopo, y sin que emplee, en absoluto, insistimos, el título de pontífice o santo padre para designar a nadie. Aunque les duela a los partidarios de un papismo cristológico, aunque levante ampollas en los jerarcas de la curia del Imperio Vaticano, Eusebios Pamphili, Eusebio de Cesarea, a pesar de ser un pilar indiscutible de dicho imperio, para nada menciona la supuesta primacía con que se adornarán, con el paso de los siglos y como pavos en celo, los obispos de la ciudad de Roma.

El listado que ofrece para el papado de Alejandría, tras su fundación por Marcos es el siguiente: 1º Aniano, 2º Abilio, 3º Cerdón, 4º Primo, 5º Justo, 6º Eumenes, 7º Marcos, 8º Celadión, 9º Agripino, 10º Juliano, 11º Pantero, 12º Clemente, 13º

Demetrio, 14º Heraclas, 15º Dionisio, 16º Máximo, 17º Teonas, 18º Pedro.

Listado del papado de Antioquía: 1º Evidio, 2º Ignacio, 3º Herón, 4º Cornelio, 5º Eros, 6º Teófilo, 7º Maximino, 8º Serapión, 9º Asclepiades, 10º Fileto, 11º Zebeno, 12º Babila, 13º Fabio, 14º Demetrio, 15º Pablo de Samosata (depuesto por una reunión de obispos), 16º Domno, 17º Tímeo, 18º Cirilo, 19º Tirano.

De Bostra, señala como papa a Máximo. De Cartago a Cripriano. De Corinto a Baquilo. De Cesarea de Capadocia, el 1º es Teófilo, el 2º Firmiliano. De Cesarea de Palestina ofrece: 1º Teoctisto, 2º Domno, 3º Teotecno, 4º Agapio, 5º Pánfilo. De Éfeso a Polícrates. De las iglesias de Egipto señala: 1º Peleo, 2º Nilo, 3º Fileas, 4º Hesiquio, 5º Paquimio, 5º Teodoro, 6º Népote. De Emesa a Silvano. De Esmirna: 1º Policarpo, 2º Traseas. De las Galias a Ireneo. De Hierápolis, menciona a Felipe, apóstol. De Iconio a Nicomas.

Para el listado del papado de Jerusalén, tras el de Jesús evangélico, a quien considera su fundador, ofrece los siguientes nombres: 1º Santiago (“primo” de aquél), 2º Simeón, 3º Justo, 4º Zaqueo, 5º Tobías, 6º Benjamín, 7º Juan, 8º Matías, 9º Felipe, 10º Séneca, 11º Justo, 12º Leví, 13º Efrén, 14º José, 15º Judas (Estos primeros 15 papas son todos hebreos; serie que se termina con el levantamiento de Bar Cocheba, 132–136). Tras éstos, ofrece una nueva lista de quince papas más, todos “gentiles” incircuncisos, a la que añadirá otros nombres sin precisar claramente su orden cronológico. El listado de papas hierosolimitanos se completa del siguiente modo: 16º Marcos, 17º Casiano, 18º Publio, 19º Máximo, 20º Juliano, 21º Cayo, 22º Símaco, 23º Cayo, 24º Juliano, 25º Capitón, 26º *Máximo*, 27º *Antonino*⁵, 28º Valente, 29º Doliquiano, 30º Narciso (desaparecido). Tras la desaparición de Narciso, Eusebios completa

el listado del siguiente modo: 31º Díos, 32º Germanión, 33º Gordio, 34º Narciso (reaparecido), 35º Alejandro. Posteriormente añadirá, sin orden, a los siguientes papas: Mazabanes, Himeneo, Zabdas y Hermón.

Para el papado de Laodicea ofrece los siguientes pastores: 1º Sagaris, 2º Papiro... Sócrates, Eusebio, Anatolio, Esteban y Teodoto. Para el papado de Nicomedia presenta como primero de todos sus pastores a Antimo. Del Ponto (Euxino): 1º Palmas, 2º Gregorio, 3º Atenodoro.

Para los obispos o papas de Roma ofrece la siguiente relación, a partir de Pedro: 1º: Lino, 2º: Anacleto, 3º: Clemente, 4º: Evaristo, 5º: Alejandro, 6º: Sixto, 7º: Telesforo, 8º: Higinio, 9º: Pío, 10º: Aniceto, 11º: Sotero, 12º: Eletuerio, 13º: Víctor, 14º: Zeferino, 15º: Calixto, 16º: Urbano, 17º: Ponciano, 18º: Antero, 19º: Fabian, 20º: Cornelio, 21º: Lucio, 22º: Esteban, 23º: Sixto, 24º: Dionisio, 25º: Félix, 26º: Eutiquiano, 28º: Cayo, 29º: Marcelino.

En el papado de la ciudad de Sardes presenta a Melitón, del que especifica que es eunuco, o así es llamado. En el de Sidón a Zenobio. En Tarso a Heleno. En el de Tiro, 1º Casio, 2º Tiranión. En el papado de Tolemaida presenta a Claro.

El trabajo general de Eusebios, por muy dudoso que sea, se ha centrado principalmente en el área sureste del Mediterráneo, por lo que prescinde totalmente de los papados del Imperio Romano de Occidente, aunque menciona, en cierta ocasión, los de Lyon y Viena y, desde luego, recuerda con especial interés a Ireneo, figura destacada de las Galias.

Por otro lado, Eusebios ha tenido "la prudencia" de señalar el gobierno de los obispados en el marco de los principados del Imperio, con el fin de precisar mejor su situación en el tiempo. Supone un esfuerzo digno de consideración, pero, en lo que respecta a los tres primeros si-

glos del cómputo actual, totalmente inútil. Nunca se repetirá bastante, dada la abrumadora información falsa, mendaz y tendenciosa que la corte del Imperio Vaticano ha hecho circular por todos los puntos del globo sometidos a su influencia, que el judeocatolicismo sólo pudo nacer, de un modo público y general, a partir de la derrota de Bar Cocheba, en el año 132-6, cuando todas las esperanzas de los Hebreos para construir un pueblo fuerte e independiente, quedaron definitivamente rotas. El descalabro del año 70, con Vespasiano, fue su aviso y el inicio de una gestación más o menos cínica -con el fin de evitar los impuestos de amortización de la guerra- y soterrada. Con Adriano como emperador, el destino de los judíos fue sellado para siempre. Israel y Judea dejaron de existir para dar paso a Aelia Palestina, nuevo nombre de la Tierra Prometida, y quienes esperaban un Mesías (Xristós, en griego) liberador y fuerte, tuvieron que navegar por otros mares: la belicosidad del último mesías, Bar Cocheba, los había conducido a la ruina por completo.

Había llegado el turno a los pacíficos y oportunistas, a los débiles y condescendientes: el turno de quienes se dieron cuenta que las vías que conducían a Jerusalén habían quedado totalmente destruidas. No tenía sentido luchar contra la corriente: su dios Yahvé, a pesar de lo que predicaran sus profetas, pastores y escrituras, siempre los había sumergido en la pobreza y la esclavitud, en el dolor y la desesperación. Había llegado la hora de decir basta. Y, si se quería coger a tiempo el tren de la historia, no quedaba otro remedio más que coger el que se dirigía a Roma, y es lo que hicieron.

Debe advertirse que el listado de Eusebio, con respecto al obispado de Roma de los supuestos cuatro primeros siglos del judeocatolicismo, por muy falso que sea,

es el que se observa, por lo regular, en las cronologías que ofrece la jerarquía papal para ese período, aunque en las más recientes versiones del Anuario pontificio se incluyen también, en ocasiones, los obispos elegidos por las facciones que llevaron las de perder en la lucha contra sus oponentes y que indican claramente la existencia de los cismas provinciales romanos –guerras civiles cristológicas–, cismas que, a no dudar, se dieron también en otras satrapías o diócesis, debido a las riquezas y beneficios que conllevaba el cargo de obispo y la codicia de sus aspirantes. Si es lógico pensar, que el Anuario pontificio se ha inspirado en él, eso no quiere decir que los listados de ambos coincidan con todos los listados ofrecidos por otras fuentes también judeocatólicas. (Ver *Jesucristo, SIMÓN Pedro, Papa*).

¹ Los trabajos de Eusebios, en el terreno teopolítico, cantando las glorias de Constantino, pueden compararse a los trabajos de los turiferarios del teofranquismo tras la guerra civil española del 36, cantando las glorias de Franco. Un ejemplo concreto para ilustrar esta afirmación: *Madre España*, (Publicaciones "Perficit", Salamanca, 1964) del jesuita Enrique Basabe. Leyendo atentamente las dos obras, se aprecia al instante que *Madre España* nada tiene que envidiar a la *História eclesiástica*. Ambos autores se sujetan fielmente a la norma jesuítica de afirmar que el fin justifica los medios, si así se lo exige "la iglesia", es decir, sus propios intereses, pues ellos, por encima de todo, son "la iglesia". Si se pretendiera echar a buena parte la supuesta honradez de ambos autores resultaría imposible, pues una ceguera e indecencia de tal calibre no se justifica con la expresión de que no hay mayor ciego que aquél que no quiere ver.

² Esta obra, cien por cien panegírica, es de autoría dudosa, pues no faltan historiadores y eruditos que la atribuyen a Euzoius obispo de Cesarea de finales del siglo IV.

³ Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*. Texto, versión española, introducción y notas por Argimiro Velasco-Delgado, O.P. (B.A.C., Madrid, 2001).

⁴ A tanto llega, que no duda en afirmar que los 15 primeros obispos de Jerusalén, sin contar el Jesús evangélico, fueron hebreos circuncidados, lo que induce a pensar que no está dando una

relación de obispos, sino de levitas o rabinos mosaicos más o menos ortodoxos.

⁵ Eusebio no incluye en su *H. E.* estos dos nombres, que los aporta el traductor y crítico.

EUTIQUIANO DE LUNI. (*Entre la leyenda y la historia*). Obispo de Roma, más conocido por papa Eutiquiano (Eutiquio). Había nacido en la Toscana y su padre fue un hombre llamado Marín, únicos datos que se ofrecen como seguros de su vida privada. Se afirma de él que ocupó el disputado obispado romano ocho años, desde la muerte de Felix I, en el año 275, hasta su propia muerte, ocurrida en el año 283.

En este tiempo se extendieron las creencias maniqueas, que se observan, aunque no se quiera reconocer oficialmente, tanto en el judaísmo ortodoxo y bíblico como en el judaísmo evangélico o cristológico, es decir, la existencia de dos divinidades primordiales opuestas radicalmente, una buena y otra mala. Aunque se atribuye a Manes esta doctrina, en realidad es tan vieja como la humanidad entera.

Algo en lo que parecen coincidir todas las cronologías sobre este hombre es su dedicación al trabajo de sepulturero, que parece que ejerció con especial gozo.

Tras su muerte fue colocado en los altares. Se asegura que su sepulcro fue encontrado en el cementerio de Calixto, y que sus huesos fueron al templo catedralicio de Sarzana, en donde se le levantó una estatua monumental.

Su sucesor en la diócesis romana fue Cayo de Dalmacia, papa Cayo (283–296).

EVARISTO EL HEBREO. (*Pertenece a la leyenda*). Papa san Evaristo. La curia romana lo creó con el fin de rellenar de algún modo el vacío que tenía la cronología oficial de sus supuestos obispos. A este hombre se lo hace el cuarto o quinto¹ sucesor del Pedro evangélico; por lo que habría apacentado los rebaños de la

capital del Imperio del año 98 al 105, en una fecha en que el mismo Jesús, el Cristo de Juan y de Pablo, no era siquiera una posibilidad. Cualquier cosa que se afirme de esta entelequia es pura ficción, como él mismo. Para dar una cierta consistencia a su etérea biografía, se lo hace nacer en Belén, de padres judíos; habría estudiado en Grecia y se habría convertido al judeocatolicismo filorromano gracias al denominado papa Clemente I. Una vez ocupado el cargo de obispo de Roma, se dedicó al ordenamiento del territorio con el fin de gobernarlo mejor. Imitando las costumbres del Imperio, comenzó a consagrar las casas de reunión de los sectarios judeocatólicos, que terminaron siendo las capillas y templos del judeocatolicismo, casas que tomaron el nombre de títulos. Rechazó las sinagogas como lugares de reunión de los nuevos judíos antimosaicos. La corte o curia del Imperio vaticano, no sabiendo qué más decir de él, le atribuye unas decretales, a todas luces falsas.

Las cronologías oficiales le dan como sucesor a Alejandro del Caput Tauri, papa Alejandro I (105–115).

¹ No hay concordancia sobre este punto. Quienes lo hacen el quinto sucesor del Pedro evangélico, entre los que se encuentra el historiador Baronio, aseguran que ocupó el obispado del año 112 al 121; en este caso, hacen de Anacleto el sucesor de Clemente el Judío, papa Clemente I.

EX CÁTEDRA. Expresión que manifiesta la carrera a la que se ha lanzado la corte del Imperio Vaticano y todo su teofuncionariado hacia la divinización de su rey. Que sea fruto de una disfunción psicológica¹ o de la bribonería más cínica y descarada, no tiene mayor importancia; tampoco la tiene el que se justifique con la *Biblia*, los *Evangelios*, los escritos patrísticos y la tradición en la mano: siempre ha de encontrarse en ellos lo que la corte pontificia desea encontrar.

Los artífices de esta acuñación fueron los jesuitas y Juan Maria Mastai–Ferretti, papa Pío IX, quienes, el 18 de Julio de 1870, hicieron proclamar al concilio Vaticano I, el dogma de la infalibilidad papal. Para suavizar el impacto que, como era lógico, iba a producir la declaración, se dijo que la infalibilidad sólo era segura y de disposición divina, cuando el obispo de Roma hablaba “ex cathedra” (desde la cátedra²), justificación que, en sí misma, encierra todo un tratado de imbecilidades. No hubiera sido de extrañar que surgieran comentarios afirmando que el próximo paso que se vislumbraba en esta carrera hacia la divinización sería el de declarar al obispo de Roma omousios con Yahvé, y, en un futuro más o menos lejano, digno de desplazarlo. Comenzó como “servus servorum dei”, es decir, el último de los siervos de dios; se colocó a la cabeza de todos los poderes temporales y divinos, como lo demostró confeccionando la tiara pontificia y sus tres coronas, declarándose rey de reyes y haciendo beneficiario de dicho título al mismo a Cristo; declarada su infalibilidad, propiedad divina por definición, es copartícipe con dios de la divinidad de éste y con él se sienta en su altísimo trono. La carrera ascendente del obispo de Roma debe rematarse, tras relegar a Yahvé al panteón de las divinidades que se fueron, haciéndose adorar como dios de dioses y señor de los señores, lo que vistas las manifestaciones multitudinarias³ que provoca su presencia, ya se ha logrado. (Ver *Infalibilidad*).

¹ Mastai–Ferretti, papa Pío IX, que fue quien convocó y obligó al concilio Vaticano I a que lo declararan infalible, y con él a sus predecesores y seguidores, era un enfermo mental, aquejado de epilepsia, cuyas crisis fueron, en ocasiones, un obstáculo muy serio en su vida.

² Es decir, desde el trono magistral vaticano.

³ Recuérdese la expectación provocada, en su día, por Montini en la ONU, las aclamaciones, más próximas del señor Wojtyła en Suramérica, y las más discretas de Joseph Ratzinger por Europa.

EXCOMUNIÓN. Recurso empleado por los jefes y pastores de las comunidades judeocatólicas para excluir públicamente a los fieles de ellas. Todos los pastores o episcopos podían recurrir a la excomunión, que, cuando el poderío de la Iglesia fue absoluto, suponía la infravaloración del excomulgado y, en ocasiones, su asesinato patibular en nombre de Cristo y el pontífice romano de turno.

EXENCIONES Y RESERVAS, Las. Constituyen un subterfugio legal para saltarse todas las leyes divinas y humanas que existan y puedan existir. Las exenciones y reservas, y el recurso a las mismas por medio de las apelaciones y el pago consecuente de dinero, fue y continúa siendo una de las fuentes de ingreso más significativa de la corte del Imperio Vaticano. Se apoyan en textos falsos y los obispos romanos la ejercen desde el siglo XI. Fueron elementos fundamentales de la centralización del poder en manos del obispo de Roma. Las reservas, se entiende asuntos y privilegios reservados y pertenecientes al papa, limitaron el poder de los demás obispos, que para poder ejercer los derechos que tradicionalmente les pertenecieron desde la fundación del judeocatolicismo, tuvieron que comprar al obispo de Roma el ejercicio de los mismos. En el año 1265, Guy de Foulques, papa Clemente IV (1265–1268), fue el primer rey del Imperio Cristológico Latino que se reservó para sí toda clase de beneficios, que luego vendería, ejemplo que seguirían sus sucesores.

En cuanto a las exenciones, privilegios que tiene una persona, un grupo, una logia, un estamento o cualquier entidad civil o religiosa de quedar liberada de una ley de aplicación general impuesta por el Código de Derecho Canónico, fruto lógico de la centralización del poder, constituyó y constituye, igualmente, una fuente de ingresos fabulosa para el papado romano.

Con el nombre específico de exención se entiende la autonomía, más o menos absoluta, de los grupos y logias religiosas con respecto al príncipe mitrado de la localidad, quienes, cuando la exención es absoluta, tienen como autoridad única al obispo de Roma. La exención es una prerrogativa que la corte vaticana utilizó precisamente para imponer la supremacía del obispado romano sobre los demás obispados, y para llegar a considerarse partícipe de la esencia divina de los dioses, al poder gozar, con pleno derecho, de la infalibilidad.

Cuando, a partir del siglo VII, los obispos de Roma comienzan a salir de los colectivos y logias religiosas, como los benedictinos, tales obispos se dan cuenta, de que la carrera hacia el control absoluto del obispado romano sería más fácil si los grupos u órdenes religiosas, minaran la autoridad de los obispos en los lugares en los que se establecieran, bien como obispos o bien independientemente, y nada mejor para conseguirlo, que lograr que las nuevas logias que quisieran fundarse y ser reconocidas, desearan su confirmación y aun aprobación del obispo de Roma, lo que las haría más dóciles a los deseos de su corte o curia. El primer paso estaba dado, pues no hubo orden o congregación religiosa que no quisiera ser reconocida y confirmada por el obispo de Roma, y que, por lo tanto, no estuviera dispuesta a pagar, en oro o servicios esa confirmación. Lentamente la autoridad de los ordinarios del lugar, fue resintiéndose, y a pesar de sus quejas a emperadores y reyes, la voluntad del obispo de la ciudad del Tíber se fue imponiendo, y la exención se fue haciendo ley. Este recurso permite a los jefes de las comunidades y logias actuar al margen de los obispos, no buscando conflictos, si el papa romano no se los pedía, pero procurando no perderlos cuando el obispo trataba de imponerse en algo fundamental para los intereses de la orden o del Vaticano.



FABIÁN EL PARACLITADO. (*Entre la leyenda y la historia*). Obispo de Roma, más conocido por papa san Fabián (Fabiano). Se lo hace sucesor de Antero, y habría sido elegido en el año 236¹. Unos textos atribuidos a Eusebios Pamphili afirman que, cuando la asamblea estaba reunida para discutir a quién colocar en el puesto de pastor de la comunidad, una paloma, se posó sobre la cabeza de Fabián. Y con detalle tan inequívoco, todos los reunidos afirmaron –siempre según Eusebios– que su Espíritu Santo no solamente les demostraba quién debía ser el pastor de la comunidad, sino que confirmaba su elección colocándose él mismo sobre la cabeza del elegido. Moriría, según la cronología oficial, en el año 250. Con tan paraclitales antecedentes, no hubo ningún reparo en colocarlo en el olimpo judeocatólico y hacerlo santo.

Al igual que sus predecesores y seguidores, persiguió a todos los que se oponían a la visión del obispado de Roma sobre creencias, dogmas y doctrinas, lanzando excomuniones a diestro y siniestro.

Tras su muerte, la ambicionada mitra romana no encontró una cabeza en la que posarse hasta pasado un año, debido a la codicia de todos los aspirantes, que se oponían a cualquier elección que no fuese la propia. Finalmente ganó la batalla Cornelio el Patricio, papa Cornelio (251–253).

¹ Tampoco hay concordancia en los listados oficiales. Algunos textos afirman que ocupó el obispado del año 240 al 253.

FABIO CHIGI. Papa Alejandro VII. Ante la incertidumbre que existía entre los electores tras la muerte de Juan Bautista Pamphili, más conocido por papa Inocencio X, al cabo de dos meses de deliberaciones, y tras un golpe bajo en contra del cardenal Sacchetti, que tenía más posibilidades que él de ceñirse la ambicionada corona del Imperio Vaticano, el día 7 de abril de 1655, fue elegido obispo de Roma Fabio.

Nació el 13 de febrero de 1599, en Sena, en el seno de una familia de banqueros famosos. Fue el representante del obispo de Roma en Münster, cuando se firmó el tratado de paz que ponía fin a la Guerra de los treinta años. Como consecuencia de dicho tratado, Fabio Chigi se ganó la enemistad del cardenal Mazzarino. Esta enemistad se haría sentir, no tanto por los personajes en cuestión, sino por los intereses que ambos defendían; Fabio Chigi, los intereses del obispado romano y la corte del Imperio Vaticano, Mazzarino, los intereses de la corona francesa y del rey de Francia. El resultado de los enfrentamientos entre ambos monarcas fue que Francia¹ recuperó Aviñón y su condado, y que Fabio Chigi tuvo que aceptar el tratado de Pisa (1664).

Tomó como consejero y confesor al cardenal y jesuita Sforza Pallavicino. Organizó los servicios secretos y la Santa Alianza, desplazando a Olimpia Maidalchini, a la que ofreció varias compensaciones por la pérdida del cargo. Antes, exigió a

la mujer la disolución de la Orden Negra, asociación de asesinos consagrados, al servicio del papismo y de sus causas. La organización, sin embargo, sería resucitada a espaldas del papa, por el cardenal Sforza Palavicino, y amargaría la vida de Alejandro VII debido a los asesinatos de dos empleados de la embajada francesa en Roma. La represión de Francia fue tan brutal, que Fabio Chigi debió emplearse a fondo para cumplir todas las exigencias que el rey francés quería, lo que le obligó a escribir una bula secreta para disculparse. La bula en sí no era más que una rabieta ante la impotencia que sentía al no poder responder al rey como le hubiera gustado hacerlo de ser más fuerte que él.

Se rodeó de nepotes, a pesar de que había jurado solemnemente no recibir a ninguno en Roma², a los que concedió prebendas y señoríos, y con los que llevó los asuntos de Estado. Aconsejado por los jesuitas, reafirmó la condena lanzada por Juan Bautista Pamphili, papa Inocencio X, contra Jansenio, obispo de Iprés, condena que explicó en una publicación que vio la luz en el año 1665. Confirmó la concepción inmaculada de María, la madre del Jesús evangélico.

Entre las muestras de la infalibilidad y omnisciencia divina con que están armados los reyes o emperadores del judeocatolicismo papista se encuentra la carta especial –bula, en jerga vaticana–, *Speculatorios*, publicada por este monarca en el año 1664, por la que confirmó todas las condenas de los libros que enseñaban y enseñaran que la Tierra giraba en torno al Sol. En la misma, afirmaba y mantenía, con la inspiración infalible e inefable de su Espíritu Santo, que lo asistía en todo momento, y la lámpara maravillosa de la fe de que habla el concilio Vaticano II, que era el Sol el que giraba en torno a la Tierra³ como lo demostraban hasta la

saciedad el teologismo cientifista bíblico, los *Evangelios*, los santos padres y la tradición.

Fabio Chigi, papa Alejandro VII, moriría, sin pena ni gloria, el 29 de mayo de 1667, siendo su sucesor en el obispado romano Julio Rospigliosi, papa Clemente IX (1670–1676).

¹ La disculpa para el comienzo de las hostilidades la ofrecieron los insultos que la guardia corsa del pontífice dirigió al embajador francés y el asesinato, por los mismos, de un paje del embajador. El papa se negó a disculparse y a dar satisfacción por la ofensa y la muerte del joven.

² Chigi, para mantener el juramento y cumplir con su deseo de tener a sus familiares con él, no tuvo que echar mano a sus poderes extraordinarios de atar y desatar. El jesuita Palavicino, que era su confesor, a juzgar por los hechos, debió de tener una charla en el confesionario con su penitente en estos términos:

“–¿Cuáles fueron las palabras concretas de su juramento?

–Juré por los *Evangelios*, que jamás recibiría en Roma a mis parientes y familiares.

El venerable sacerdote, no necesitó pensar mucho para darse cuenta de la falta de fundamento de los escrúpulos de aquel penitente torturado por la duda. Con voz firme y segura, consciente de lo que decía, afirmó.

–Usted no faltará jamás a dicho juramento si, en lugar de esperar a sus familiares y parientes en Roma los espera y recibe fuera de la ciudad.”

El agosto penitente conservó a Palavichini como confesor y consejero.

³ Para el estudio del cientifismo bíblico e infalible papal, resulta indispensable la obra de A. D. White, *Historia de la lucha entre la ciencia y la teología judeocatólica*, que en español conoce varias traducciones, títulos y ediciones diferentes.

FASANO EL ROMANO. Papa Juan XVIII. Los detalles que existen sobre la vida de este hombre lo hacen hijo de una mujer llamada Estefanía y de un cardenal de San Pedro llamado Orso, habiendo nacido en Roma. Su elección al trono pontificio estuvo apadrinada por los Crescencios, que lo designaron para él, a finales del año 1003, a la muerte de Juan

Sicconi, papa Juan XVII, siendo coronado solemnemente en enero de 1004.

Durante su reinado, la relación entre el judeocatolicismo papista y el ortodoxo griego se hizo menos tirante, puesto que Fasano jamás pretendió ser rey de reyes, aspiración de la curia romana. Es más, se cree que, cansado de las intrigas y corrupciones de la curia romana, se retiraba con frecuencia a la abadía de San Pablo, en donde lo sorprendería la muerte en julio de 1009. A pesar de su moderación, deseando ardientemente la expansión del judeocatolicismo latino, envió al monje Bruno a Rusia, con el fin de convertirla en colonia del papado. A él se debe, también, la creación del obispado de Bamberg.

Su sucesor en el ambicionado solio sería Pedro Bucca Porca, papa Sergio IV (1009–1012).

FAWDONSHIDE, Lord. Noble escocés que participó en la conjuración contra el agente papista en la corte de la reina de Escocia María Estuardo, David Rizzio. La noche del asesinato, el día 9 de marzo de 1566, en Edimburgo, Fawdonshide se atrevió a apuntar con una pistola a la reina. Miguel Ghisleri, rey del judeocatolicismo pontificio, papa Pío V, dio la orden a su servicio de espionaje, la *Sancta Societas*, para que se vengara la muerte de Rizzio y se matara a todos los que habían participado en ella. La *Sancta Societas* envió a Escocia al jesuita Lamberto Machi con dos hombres más para terminar con la vida de todos los que participaron en la pérdida del italiano. Uno de los asesinados por los sicarios del papa y cumpliendo sus órdenes fue Fawdonshide. Machi lo asaltó en su propia casa, y lo ahorcó, dejando el sello de la organización a la que pertenecía. No fue el único que pagó con la muerte la muerte de Rizzio.

FEDERICO DE LORENA. Papa Esteban IX, aunque debería ser reconocido como Esteban IX Bis¹. A la muerte de Víctor II, en el año 1057, el intrigante Hildebrando² hizo todo lo posible para que la ambicionada tiara imperial judeocatólica fuese destinada, sin dilación alguna, al abad de Montecassino, el benedictino y cardenal Federico, hermano de Godofredo de Lorena, con el fin de excluir por completo a los partidarios del emperador. Fue ayudado en esta tarea por Pedro Damián, otro intrigante irredento. El mismo Federico, gracias al dinero de la familia y el de la poderosa orden benedictina, compró el voto a los electores reacios y al Espíritu Santo. Es más, para nadie era un secreto que Federico de Lorena había comprado el cargo de abad de Montecassino y otros cargos, empleando una fortuna inmensa para prepararse a conquistar la corona del que, con el paso de los siglos, terminaría siendo el Imperio Vaticano. Hombre práctico, ambicioso y soberbio, nada más ceñirse la tiara imperial, se apropió de las riquezas y tesoros de la abadía de Montecassino –sabía lo que ocultaban sus muros, pues había sido abad de dicho monasterio–, un error que pagaría caro. Organizó sínodos y concilios con el fin de imponer la reforma del clero y el teofuncionariado general, y terminar con la simonía cristológica, auténtica pandemia desde los orígenes del judeocatolicismo³, esfuerzo que iba dirigido, básicamente, a obtener dinero con exenciones, permisos, bulas y penitencias, pues él mismo había comprado con dinero todo lo humano y divino. Intentó terminar con el matrimonio⁴ de los clérigos de todo grado y título, y exigió el celibato de todo el teofuncionariado cristológico, otro error que levantó muchas ampollas.

Trató de apoderarse de los tesoros de varios conventos más, con el fin de que el

imperio de Occidente recayera en su hermano Godofredo⁵, en contra de Enrique, el legítimo rey de Alemania, pero este objetivo tan ambicioso, se volvería contra él también. Se desplazó a Florencia con el fin de preparar con su hermano la posibilidad de hacerse con el trono alemán⁶, pero en dicha ciudad se derrumbaron todos sus objetivos. A nadie sorprendió, el repentino ataque que lo fulminó, a los ocho meses de disfrutar de la peligrosa corona, y lo llevó a la tumba. Murió en marzo de 1058. Nadie habló de venenos ni de asesinos: no había necesidad de hacerlo. Tampoco se habló de la mano traidora, si la hubo, en su muerte. Complacientes con su última disposición, sus sepultureros lo enterraron en la catedral de Florencia.

Su sucesor inmediato en el trono fue Juan el Bobo, papa Benedicto X (1058–1060), al que se borraría de los listados oficiales por su ingenuidad e inocencia –ignorancia, afirman las crónicas–, siendo sustituido por Gerardo de Borgoña, papa Nicolás II (1059–1061).

1 Por esta razón, se lo conoce también por Esteban X.

2 Hildebrando conseguiría, para sí, dicha tiara imperial, en el año 1073, y se la ceñiría con el nombre de Gregorio VII.

3 Se da la curiosa coincidencia de que quienes habían ocupado el obispado romano y franquearon todas sus puertas con el saludable ejercicio de la simonía, y vendieron a su dios y a su madre al más generoso, siendo papas, fueron quienes, sobre el papel clamaron contra esta pandemia y lucharon por erradicarla en los otros.

4 Vida en común; todavía no se había inventado el sacramento matrimonial que tantas riquezas proporcionaría a la curia romana.

5 No era una aspiración demencial. Godofredo se había casado con Beatriz, la viuda de Bonifacio, marqués de Toscana, y esto le daba ya un poder excepcional para apoderarse de la corona imperial con Federico como dueño absoluto de los Estados Papales.

6 Existen versiones que aseguran que las riquezas conventuales de las que se apropió y la conferencia con su hermano estaban destinadas a luchar contra los normandos.

FELIPE EL MONJE. Obispo de Roma, al que se conoce por el simple nombre de papa Felipe. A la muerte de Pablo el Diácono (papa Pablo I), en el año 767, las facciones que aspiraban a colocar a sus peones en el ambicionado trono papal romano se lanzaron a una encarnizada lucha¹. Pasó un año antes de que se decantaran las fuerzas, pero no hubo unanimidad. Esteban de Sicilia, papa Esteban III (o IV), fue escogido por una facción. Otros electores, entre los que se encontraban el primicerio Cristóbal y su hijo Sergio eligieron a Constantino de Nepi, papa Constantino II², hermano del duque de Nepi, Totone. Las revueltas del nuevo cisma romano llegaron al oído del rey longobardo Desiderio, que tenía como consejero al presbítero Valdiperto, que le recomendó poner en el ambicionado obispado a un partidario suyo, por lo que acudió a Roma con el objetivo de terminar con la situación. Finalmente, el 31 de Julio del año 768, Valdiperto, con los partidarios longobardos, llegó al convento de San Vito, en el Esquilino. Sacó del convento al presbítero y monje Felipe (Filippo), y lo llevó al Laterano, en donde fue solemnemente proclamado papa de Roma. Tras la proclamación, se organizó una gran fiesta y un banquete oficial para todos los nobles laicos y eclesiásticos. Sin embargo, la reacción de Cristóbal no se hizo esperar, y al día siguiente, 1º de agosto, consiguió apoderarse de Felipe y lo mutiló de un modo salvaje. Tras esto, Felipe no tuvo otra opción más que la de abandonar Roma, y refugiarse en su antiguo convento³. En su puesto fue colocado, de nuevo, Constantino de Nepi. El pontificado de Felipe apenas duró un día. La curia romana y sus turiferarios jamás lo mencionaron y, por supuesto, nunca lo incluyeron en sus listados, ni siquiera entre los denominados antipapas.

-
- ¹ No es la única versión que existe sobre lo que en realidad ocurrió a la muerte de Pablo el Diácono. Aunque concurrentes en lo fundamental, difieren mucho en la forma y los detalles en que se dirimieron las disputas surgidas para alcanzar el ya más que ambicionado trono obispal romano.
- ² El pontificado de Constantino II duró 13 meses, tiempo que tardaron Esteban de Sicilia, papa Esteban III (o IV), y Cristóforo en derrocarlo; el nuevo papa y su cómplice, le sacarían los ojos y terminarían matándolo.
- ³ Otras versiones afirman que Felipe, tras ser elegido, viendo lo que se avecinaba, prefirió renunciar al cargo, pero que, a pesar de su pronta renuncia, no pudo escapar a la mutilación y la tortura, y que sus verdugos, el papa Esteban III y Cristóforo, lo recluyeron finalmente en un convento.

FÉLIX DE CASTORIO. Papa Félix III Bis (o IV). Se afirma de él que era de Benevento e hijo de Castorio (o Castasio). Fue elegido para el cargo por el rey Teodorico, en un ambiente cargado de enfrentamientos verbales y luchas callejeras, a la muerte del obispo Juan I, en el año 526. La decisión del rey no alegró al pueblo romano ni al clero; sin embargo, y a pesar de que el rey murió apenas un mes más tarde, Félix fue aceptado y fue el número IV de los obispos romanos con ese nombre¹. Durante su obispado, en el año 528, Benito de Nursia fundó el monasterio de Montecassino, cuna de los benedictinos, que condicionó el obispado de Roma y el judeocatolicismo filorromano imperial durante siglos, por no decir hasta el presente. Al menos 24 obispos de dicha ciudad fueron benedictinos. La fundación de Benito imprimió una dirección insospechada, en los primeros siglos, al judaísmo reformado o judeocatolicismo imperial.

Félix fue un hombre activo, que se vio enfrentado al problema de los semipe-lagianos de las Galias y otras disidencias; reformó algunos templos y mandó construir la basílica de San Cosme y San Damián; y, no contento con ello, envió al

concilio de Orange (529) un escrito en defensa de sus ideas y del papado romano. Con el fin de tratar de solucionar los problemas que provocaba la elección de los obispos, elegidos todavía por los fieles de las distintas diócesis, designó como sucesor suyo al archidiácono Bonifacio, lo que provocó nuevos conflictos en la ambicionada corte. Moriría en 530, y fue colocado en el cielo con el título de santo. Quizás mereciera, con mayor razón que otros obispos de Roma, este reconocimiento póstumo, pues los desangelados de la ciudad elogiaron siempre su amor a los pobres, su liberalidad y su sencillez.

Su sucesor inmediato fue Dióscoro el Griego, papa Dióscoro, que murió a los pocos días asesinado por Bonifacio el Godo, papa Bonifacio II (530–532), y sus partidarios.

¹ Algunos listados oficiales pretenden negar el derecho de figurar entre sus miembros al obispo de Roma Félix II, lo que haría de Castorio el obispo de Roma tercero con el nombre de Félix. Sin embargo los Anuarios Pontificios publicados por el Vaticano hasta, al menos, el año 1937 no solamente lo hacen papa, sino que lo hacen santo.

FÉLIX EL ARCHIDIÁCONO. Obispo de Roma, más conocido por papa Félix II. Fue elegido para este obispado por Constancio II y los grupos religiosos arrianos, en el año 355, tras ser condenado al destierro Liberio, por su oposición al arrianismo. Sin embargo, dos años más tarde de iniciado su destierro, Liberio aceptó la doctrina del emperador, es decir, el arrianismo, por lo que recuperó su antiguo obispado, que tuvo que compartir ahora con Félix II, que también tenía derecho al cargo. El cisma, como algo natural, se estableció de nuevo en la ambiciosa comunidad romana. El pueblo, sin embargo, no quiso tener a la cabeza de la diócesis a dos dirigentes, por lo que, se-

gún algunas versiones, Liberio, a quien los teólogos ortodoxos condenan por herético, pagó una gruesa suma de dinero para permanecer en ella. El papa Félix II, más pobre, se vio obligado a huir, pero nadie discutió nunca, seriamente, su derecho a figurar en los listados de los obispos de Roma. Siglos después, cuando los obispos y sacerdotes de las demás diócesis del mundo perdieron su derecho tradicional al título de papas, aquellos listados, llamados listados papales o pontificales, lo incluirían siempre entre los papas romanos. Félix moriría hacia el año 365, sin haber renunciado jamás al título de obispo o papa de Roma, que se le niega en la actualidad. Fue otro de los privilegiados que recibieron, a título póstumo¹, el apelativo de santo, siendo colocado en los altares por Gregorio el Grande.

¹ No falta quien asegure que murió mártir y quien afirme que murió asesinado.

FÉLIX EL ROMANO. (*Entre la leyenda y la historia*). Obispo de Roma, más conocido por papa Félix I. Se lo hace hijo de un tal Constancio, ciudadano romano, aunque no se precisa nada más de su vida. Se cree que fue elegido como pastor de la diócesis en el año 269 y en dicho puesto se mantuvo hasta el año 274¹, sucediendo en ella al obispo Dionisio. Para rellenar su inane existencia, se afirma de él que ordenó que se celebraran los cultos sacrificiales –las misas– sobre las tumbas de los supuestos fanáticos –fundamentalistas, en la actualidad; mártires para admiradores y beneficiarios– que se ofrecieron a un suicidio voluntario para exaltar el judeocatolicismo incipiente, y que escribió alguna carta a papas de otras diócesis.

Participó en la condena de Pablo de Samosata, que gozaba de gran fama en Antioquía, y que no había querido recono-

cer como obispo o papa de esta ciudad a Domno, hijo de Demetrio, ni reconoció el decreto del concilio que pretendía excomulgarlo.

Los listados más ortodoxos hacen de Félix un mártir en tiempos de la persecución promovida por Aureliano, y lo colocan en su paraíso con el título de santo. Su sucesor a la cabeza de la diócesis romana fue Eutiquiano de Luni, papa Eutiquiano (275–283).

¹Listados hay que afirman que hasta el año 272 no ocupó el obispado de Roma, muriendo en él en el año 275.

FÉLIX PERETTI DE MONTALTO. Papa Sixto V. Fue elegido a la muerte de Hugo Buoncompagni, papa Gregorio XIII, en 1585. Hijo de una familia pobre, había nacido en Grottamare, en el año 1521. A la edad de nueve años, siendo un cuidador de puercos, los franciscanos, a la caza de futuros frailes, lo descubrieron y lo llevaron a su monasterio de Ascoli, en la ciudad próxima de Montalto. Mente despierta, al terminar sus estudios, se lo verá como profesor de teología y, gracias a la ayuda de los jesuitas, canciller de la Inquisición y del Santo Oficio y procurador general de los franciscanos. Estando en Venecia, fue expulsado del Senado de la Serenísima, por su fundamentalismo, no siendo éste el único lugar en que tuvo contratiempos por su severidad, en grado sumo, y sus deseos de reforma. Estando en Roma, Miguel Ghisliere, papa Pío V, que gobernaba el imperio pontificio en aquella época, lo nombró cardenal de San Jerónimo (1570). La puerta del pontificado, se abriría para él más tarde. A la muerte de Ghisliere, odiado por el pueblo por su crueldad, el pueblo se amotinó y Montalto tuvo que huir a uña de caballo, para poder salvar la vida, pues su crueldad como inquisidor había sido sanguinaria y mortífera. Se refugió

en su principado mitrado y conventos y esperó los acontecimientos.

La medida que había demostrado alejado del poder y de la Inquisición le abrió las puertas del pontificado, que logró en el año 1585. Su elección, según algunos historiadores, fue digna de los mejores cómicos. Sabiendo lo que eran los cónclaves, el cardenal Montalto, así era llamado Félix Peretti, se había presentado al cónclave como si fuera un anciano a punto de expirar, con el auxilio de unas muletas, agonizante e incapaz de tenerse en pie, y necesitando la ayuda de sus siervos para poder avanzar. Al entrar al lugar de las votaciones, tras decirles a los cardenales Éste y Médicis, que no le molestaran mientras duraran las discusiones, se retiró a su habitación, tras prometerles que, de salir elegido, dejaría el gobierno en sus mantos.

Como las disputas eran incesantes a causa de las ambiciones personales y los intereses en juego, para salir del atolladero, los cardenales participantes en las discusiones, pensando que Montalto estaba con un pie en la tumba, decidieron escogerlo para salvar la situación y en espera de que se decantaran las fuerzas. Peretti fue llevado ante el consistorio en donde se le dijo que era él el nuevo papa. En el instante mismo, sorprendió a todos arrojando las muletas delante de ellos, vistiéndose sin ayuda de nadie las pontificales, ciñéndose la ambicionada tiara imperial y cantando a pleno pulmón el *Te deum*. Cogidos por sorpresa, los electores sólo pudieron arrodillarse ante él, reconocerlo como representante de su dios en la tierra, y corear la canción¹.

Una vez ocupado el trono cristológico, gobernó con una firmeza implacable y una arbitrariedad absoluta, por lo que fue tan odiado por sus enemigos como alabado por sus incondicionales. Era costumbre, en la elección del obispo de Roma, liberar

a varios presos para dar muestras de benevolencia al iniciar su pontificado, pero Félix Peretti, papa Sixto V, en lugar de liberar a nadie de la prisión hizo asesinar patibularmente a varios. Un detalle más que hacía temer presagios nada consoladores para el pueblo romano. Otro detalle que no presagiaba nada bueno, era que fortaleció, con todos los medios a su alcance el servicio de espionaje pontificio, denominado, por algunos autores, la *Sancta Societas* (en la actualidad, La Entidad), que él mismo especializó como una rama de información al servicio de la Inquisición cuando era inquisidor en Venecia. Montalto no tuvo inconveniente en emplear esta organización para perpetrar todo tipo de crímenes con el fin de fortalecer el trono del judeocatolicismo papista y su propia gloria.

Los intereses del papa, que se identificaban con los de la curia, estaban en contra de la grandeza de España, Francia e Inglaterra, por lo que, sin estimar para nada a Felipe II, y agradeciendo internamente a la reina Isabel su lucha permanente contra el monarca español, ofreció una recompensa a quien le entregara dicha reina viva o muerta, y al monarca español lo invitó a luchar, sin reparar en medios, contra Francia e Inglaterra. Isabel hizo anatematizar al obispo de Roma por sus cardenales, y siguió impertérrita su política antipapista y antiespañola. Achacándole la muerte de Enrique de Guisa, Montalto excomulgó a Enrique III de Francia, y aplaudió y santificó el regicidio de Jacques Clement contra dicho rey, no teniendo reparo alguno en elogiar al asesino en un consistorio de cardenales, aunque, en contra de lo que se esperaba, cuando Enrique IV fue elegido, siendo como era protestante, en un primer momento lo trató con una moderación tal, que sorprendió a tirios y troyanos. Como buen franciscano, no ocultó

el desprecio que tenía hacia los jesuitas, a pesar de que lo habían ayudado en los comienzos de su carrera de inquisidor, a los que soportó porque el cuarto voto los obligaba a una disponibilidad pública indiscutible. Éstos, juzgándole un ingrato, le pagaron con la misma moneda, y quizás con creces.

Las pruebas que Sixto V había dado de su prepotencia y ambición en el instante de su elevación al trono del Imperio cristológico latino, fueron labrando su gloria y su perdición. Felipe II descubrió la política tortuosa de este hombre; los jesuitas se sintieron odiados y despreciados por él; los franceses jamás pudieron fiarse de su persona; el pueblo romano se hartó de sus impuestos, su mezquindad y sus crímenes. Únicamente los franciscanos, a cuya logia pertenecía, y los dominicos, directores de la Inquisición, estaban en la gloria con sus gestiones, y las riquezas que ponía en sus manos.

Puritano hasta la náusea, publicó el decreto *Ad Compescendam* con el que condenó a la pena capital a los adúlteros. En 1585 publicó otro decreto, *Coeli et terrae creator*, por el que prohibía los libros de astrología, geomancia, hidromancia, pirromancia, onemancia, quiromancia, nigromancia y todas las mancias en curso. La muerte de este hombre, cuya ambición le hizo jugar con los intereses de todos los monarcas de Europa para obtener el mayor provecho posible de sus enfrentamientos, y cuya rapacidad y tiranía fue una carga insoportable para sus súbditos, no sorprendió a nadie. Era odiado por unos y por otros, y quienes más llegaron a odiarlo fueron los jesuitas, a quienes se enfrentó en varias ocasiones, un error que no le perdonaron jamás: moriría, según los relatos oficiosos, envenenado² por orden de la curia de Borgo S. Spirito, 5, Roma, a finales de agosto del año 1590.

La alegría y los alborotos que provocó su muerte en Roma fueron espectaculares; y, según las crónicas, no faltaron sacerdotes que alabaron públicamente la desaparición de este monarca papal³.

Su sucesor sería Gian Battista Castagna, papa Urbano VII (1590).

¹ El relato es considerado por los teoturiferarios del papado como una anécdota sin fundamento. Pudiera ser cierto, pero que era un hombre que sabía lo que quería, y lo que debía hacer en cada momento, lo demostró en varias ocasiones. Con la transformación que se dio en él, con ocasión del cónclave y su elección, el deán del cónclave le dijo que podía haber un error, pero él le respondió que la elección era segura. Y al ser felicitado por el cardenal Médicis, por su repentina transformación, le respondió: "Me incliné todo lo que pude para buscar las llaves del paraíso por el suelo, en donde estaban; ahora que las tengo, puedo mirar a dios (Yahvé-Cristo-Paráclito) cara a cara."

² Las versiones de su asesinato, cuando tenía 69 años de edad, son confusas. Hay quien afirma que, no pudiendo nadie acercarse a él como no fuese con hábito franciscano, los asesinos acudieron a éstos para administrarle el veneno. Otros afirman que su asesino tuvo la audacia de vestir el sayal de la orden y ahogarlo en la cama. Y no faltan quienes aseguren que se recurrió al veneno y a la sofocación para librarse de él.

³ El jesuita Aubri, sacerdote de Saint-André des Arcs, no tuvo reparo en proclamar desde el púlpito de su templo: "Dios nos ha librado expresamente de un papa repugnante, hermanos míos, porque si hubiera vivido más tiempo, la Iglesia habría tenido que excomulgarlo debido a que era un adúltero, un incestuoso, un simoníaco, un brujo, un sodomita y un herético. Este papa infame, no se contentaba con robar a los fieles para enriquecer a sus nietas y nietos, que eran para él compañeros de lecho y amantes, sino que pretendía declararse el protector del Béarnais (1) para mejor explotarnos. Pero Dios ha destruido, con un rayo, a este Satanás cuyas sienes ceñía la tiara." (Lachatre, *Urbano VII*).

(1) Hace referencia a la moderación con que, inexplicablemente, aceptó la elección al trono francés de Enrique IV, lo que los jesuitas jamás le perdonaron.

FEMINISMO, EI. (Ver La Mujer).

FERRARA. Ciudad de Italia en la que se tuvo lugar una reunión convocada por el obispo de Roma Gabriel Condolmer, papa Eugenio IV, cuando vio que el concilio de Basilea pretendía quitarle el título y el poder. La autoridad de los concilios sobre cada uno de los obispos del judeocatolicismo imperial triunfante, el de Roma incluido, era indiscutible, y la historia lo demuestra; por esta razón Gabriel Condolmer, agarrándose a los privilegios obtenidos hasta entonces, y viéndose con la soga al cuello, decidió convocar un concilio favorable a sus ambiciones, por lo que, el 8 de enero de 1438, se reunió con sus incondicionales en la ciudad italiana que dio nombre a esta asamblea. Los reunidos tuvieron que interrumpir sus sesiones ante el peligro de la peste que se había declarado, y emigrar a Florencia, acuciados, sobre todo, por la falta de dinero de Gabriel Condolmer.

FLABELO. Cada uno de los grandes abanicos, de plumas blancas de avestruz y pavos reales con que el rey del Imperio Vaticano, el obispo de Roma, es abanicado –en ocasiones de un modo simbólico– en las festividades solemnes. Está inspirado, por un lado, en las cortes orientales y en la necesidad de encontrar un alivio a las recargadas ceremonias culturales y teopolíticas de la corte Romana. Por otro lado tiene unas raíces todavía más antiguas, por cuanto representan los abanicos primitivos que utilizaban los sacerdotes o hechiceros de las tribus cavernarias para la obtención del fuego. Estos sacerdotes o brujos, de los que nacieron todas las castas sacerdotales de todas las divinidades solares –Jesucristo incluido–, cuando consiguieron la obtención de las primeras chispas y brasas al frotar dos palos cruzados de madera seca, en sentido perpendicular, uno sobre otro, necesitaron soplar sobre

ellas, y no tardaron en recurrir a los abanicos. La imagen de la cruz tiene sus raíces en esta ceremonia; la idea de la lámpara luminosa que se quema junto a los tabernáculos papistas en que se guarda al dios Sol, la hostia consagrada, es una reminiscencia del culto al dios del fuego, que tan difícilmente fue conseguir en los albores de la humanidad, cuando todavía era un producto del azar, y que era necesario conservar con todo cuidado; y los mismos flabelos papales también son reliquias de aquellos tiempos heroicos en que el fuego era una emanación del Sol, y una gracia que esta divinidad ofrecía a la pobre humanidad.

FORMOSO EL ROMANO. Papa Formoso. Había nacido en la ciudad imperial, hacia el año 816, y logró el ambicionado trono obispal en el año 891, a la muerte de Esteban V, tras una larga compenenda entre los partidos nacionalistas e imperiales. Formoso fue apoyado por los duques de Espoleto, mientras que el candidato principal de la oposición, apoyado por los Toscanella, era Sergio, hombre de gran fortuna. Guy, el sucesor de Carlos el Gordo, se inclinó por Formoso, y la corona del que con el tiempo sería el Imperio Vaticano, la tiara pontificia, ciñó la cabeza de éste. Probablemente era el primer obispo romano que provenía de otro obispado o sede papal.

La carrera clerical de este representante de Cristo en la tierra pasó por una prueba difícil y peligrosa, ya que siendo cardenal y obispo o papa de Oporto, por ser partidario de Arnolfo, rey de Germania, fue excomulgado por el papa Juan VIII. Sin embargo, el también infalible papa Marín (Marino), levantó la excomunió, pues no le faltaban razones divinas para levantarla ni la asistencia del Santo Espíritu, lo que le posibilitaría el acceso al obispado romano.

Se afirma que tenía un conocimiento profundo de la *Biblia* y de los *Evangelios*, lo que pudo demostrar en algunas ocasiones. Coronó emperador de Occidente a Guy, duque de Espoleto, con la intención de que la corona recayera, con el tiempo, en Lamberto, su ahijado. Intervino en las disputas entre Carlos el Simple y Eudes, que ambicionaban la corona de Francia.

Habiendo coronado a Lamberto, duque de Espoleto, como emperador, en el año 892, terminó enemistándose con él por el dominio del ducado de Roma, y lo destronó, ofreciendo el trono, primero, a Bereguer, que no quiso aceptarlo, y, posteriormente, a Arnolfo, rey de Alemania, a quien coronó en abril del año 896. Arnolfo, aprovechando la ocasión, expulsó a todos sus enemigos, y se hizo con el imperio.

A los pocos días de la coronación imperial, en el mismo mes de abril, Formoso, presa de horribles dolores, se despidió de la vida, lo que hizo pensar que murió envenenado, aunque nadie se atrevió a señalar al culpable.

El odio que suscitó este santo padre entre sus ovejas nacionalistas, fue tan grande que, poco tiempo después de su muerte, su sucesor, el santísimo padre el papa Esteban VI Bis (o VII), por inspiración divina, convocó un concilio, hizo desenterrar su cadáver, lo vistió con las vestiduras pontificales y presentó la momia en el concilio, reunido para juzgar a dicho cadáver. La momia fue destronada (el fantasma de Formoso excomulgado), le fueron cortados tres dedos de la mano derecha, con los cuales daba la bendición llamada papal y el cadáver fue arrojado a la calle, en donde fue arrastrado por el populacho, y, finalmente, fue arrojado al Tíber. La indecencia que caracterizó siempre al obispado o papado de Roma, que parecía desbordar en esta época, fue justificada

por los turiferarios del obispado romano y los historiadores adictos a su causa diciendo que Yahvé–Cristo–Paráclito permitió tales indecencias, crímenes y atrocidades para demostrar la divinidad de su iglesia¹, y para que se viese que tenía un fundamento divino, que era el mismísimo Jesús evangélico.

¹ Esta es la causa por la que una acción cuanto más indecente, criminal y repugnante sea es más divina, como respondía Voltaire a dicha argumentación. Y, según el parecer de no pocos historiadores, no le faltaba razón, pues las atrocidades, ignominias y crímenes del obispado de Roma y de todos los obispados o papados del judeocatolicismo pudieran estar inspirada en las acciones atribuidas por la *Biblia* y los *Evangelios* a su dios yahvídico, cristológico y paraclital, acciones que, en punto a ignominia e indecencia son un modelo divino.

Esta es también la razón, según dan a entender los mismos historiadores, por la que aquellos obispos romanos, posteriores al siglo VI, que no destacaron por su ambición ni por deseo de colocar dicho obispado sobre los demás obispados y sobre el conjunto de obispos, al precio de sangre, calamidades y guerras, pero que se distinguieron por su bondad, por el reconocimiento de todas las iglesias y diócesis en un plano de igualdad y fraternidad federativa, y se volcaron en el bienestar de sus fieles, ofreciéndoles la enseñanza y los útiles de trabajo en lugar de las espadas y los botines, jamás fueron vistos en el cielo ni se les honró con el título de santos, mientras que a quienes contribuyeron a hacer de la última de las diócesis del judeocatolicismo primitivo la más ambicionada de todas y la corte del Imperio Vaticano, convirtiendo el mundo entero un cementerio y un campo de sangre, saturado de guerras civiles cristológicas, traiciones, ignominias y sevicias, fueron honrados con el título de santos, de magnos y de doctores de la Iglesia.

FRANCESCO DELLA ROVERE. (Francisco Alvescola de la Rovere). Papa Sixto IV. Ocupó el cargo, en el año 1471, a la muerte de Pedro Barbo, papa Pablo II. Había nacido en Celle di Savona, en julio de 1414, en la familia de los Riario, nobles de poca monta, pero fue protegido, por su belleza física y su inteligencia, por el

señor de la Rovere, que le dio su apellido. Gracias a él entró en la logia franciscana. Tras sus estudios universitarios, fue profesor en las universidades de Padua, Bolonia, Siena, Florencia y Perugia. En el año 1464 fue elegido general de su orden; en el año 1467 fue nombrado cardenal, gracias a Bessarion. En su elección como obispo de Roma contó con el apoyo de los cardenales Orsini, Borja, Gonzaga y del mismo Bessarion, que fue uno de los candidatos con mayores posibilidades de ser elegido, y a quienes della Rovere recompensó con todo tipo de distinciones y privilegios. Su vida privada, según historiadores como Onufro, Maquiavelo, Pedro Volaterrano y otros, fue de lo más edificante: de joven debió de ser iniciado en los secretos del lecho por su entorno familiar, y la experiencia más decisiva la tuvo con sus propias hermanas, a quienes violó en un empeño loable de prepararse para el cargo al que su dios Yahvé–Cristo–Espíritu Santo lo tenía destinado. Alguno de los historiadores mencionados le hace maestro sexual de dos hijos que había tenido con su hermana mayor. Fuese lo que fuera, reinando ya sobre el inmenso imperio pontificio, distribuyó dones y prebendas a todos sus hijos–nepotes y sobrinos, en jerga vaticana–, y no tuvo empacho alguno en declarar “que los hijos bastardos y los sobrinos de los papas eran por derecho inalienable príncipes romanos”. Este hombre sólo se preocupó por el poder temporal del obispado de Roma, poder que llevó a límites insospechados. Elevó a la satrapía cardenalicia a todos sus hijos, nepotes, sobrinos, parentela –entre los que se encuentran Juliano della Rovere– y los Riario, que son los que controlarán la política pontificia dirigida a hacer del obispo de Roma el monarca único y absoluto de los Estados de la Iglesia, de Italia y del mundo entero. Su ambición es tan

desmedida, que no tiene inconveniente en participar en un complot contra los Médicis, llevado a cabo por la familia rival de los Pazzi, en el año 1478. Todos los bastardos del santo padre participan en dicho complot, y el papa el primero, aunque hipócritamente sugiere que, si es posible, no se llegue al asesinato. Fracasado el complot, Lorenzo de Médicis se vengó cruelmente, y el santo padre lo excomulgó, se supone que por no haberse dejado asesinar. La misma indecencia demostró este pontífice cuando su sobrino o nepote Girolamo Riario conspiró contra Fernando I de Nápoles. Della Rovere autorizó el establecimiento de la Inquisición en España y nombró al dominico Tomás de Torquemada como inquisidor general, con lo que queda dicho todo. Al mismo tiempo, y no olvidando sus raíces franciscanas, le faltó tiempo para colocar en el cielo al franciscano Buenaventura, en el año 1482, declarándolo santo. Incapaz de privarse de nada, amante como era del arte, gastó a manos llenas para hacer de los estados papales y de Roma un paraíso en la tierra, antes que perder el tiempo en forjarse uno para el Cielo, en el cual demostraba ser el primero en no creer. Para ello, como todos sus predecesores y seguidores, sacó el dinero de debajo de las piedras cuando le hacía falta, y le hizo falta siempre. Esta es la causa por la que estableció lupanares –prostíbulos– públicos, alimentados en carne por la clerecía, que era la que los controlaba y gestionaba, y que le produjeron unas rentas envidiables, y en donde la sodomía se daba por admitida y, lógicamente, debía pagarse.

Francesco della Rovere, papa Sixto IV, morirá el 12 de agosto de 1484, y con él murió el verdadero primer papa rey, el primer César imperial tiaralizado, que conoció el que más tarde sería el Imperio Vaticano. A su muerte los pasquines y es-

critos anónimos inundaron las calles de Roma, siendo uno de los más conocidos y alabados el siguiente:

*Sisto, sei morto alfine: ingiusto, infido, giace, chi la pace odiò tanto, in sempiterna pace. Sisto, sei morto alfine: e Roma ecco in letizia, che te regnante, fame soffri, stragi e nequizia. Sisto, sei morto alfine: tu di discordia eterno motor fin contro Dio, scendi nel cupo inferno. Sisto, sei morto alfine: in ogni inganno destro, in frodi, in tradimenti altissimo maestro. Sisto, sei morto alfine: orgia di sozzi pianti ti dan ruffian, cinedi, meretrici e baccanti. Sisto, sei morto alfine: obbrobrio e vitupero del papato, sei morto alfine, Sisto, è vero? Sisto, sei morto alfine: su, su, gettate a brani le scellerate membra in pasto ai lupi e ai cani!*¹

Su sucesor sería Juan Bautista Cibo, papa Inocencio VIII (1484–1492).

¹ Sixto, has muerto. Pérfido, traidor, sanguinario y rapaz, yaces, al fin, impotente y mudo, en marmórea y eterna paz.
Sixto, has muerto. Roma renace y exulta de alegría,
Cuando tú la colmaste de hambre, saqueos y sevicias.
Sixto, has muerto. De envidias y discordias manantial eterno.
Competiste con Dios. Perdiste. ¿Acaso dudas? Eres infierno.
Sixto, has muerto. Doctor en fraudes, en engaños diestro.
En traiciones, intrigas, celadas y venenos inmortal maestro.
Sixto, has muerto. Hidra libidinosa, limaza vil de repulsiva flora
A quien una iglesia de tahúres, pederastas, putas y bacantes llora.
Sixto, has muerto. ¡Aun oprobio y vergüenza eres del papado!
¡Al fin has muerto! Sixto, ¿no es un engaño?
Sixto, has muerto. ¡Trocead, al instante, su sacralizado cuerpo
Y arrojadlo, carnaza repugnante, a los lobos y los perros!

FRANCESCO STABILI. (Ver *CECCO d'Ascoli*).

FRANCESCO TEBALDESCHI. Obispo de Roma, más conocido por papa Tebaldeschi. A la muerte de Gregorio XI, en el año 1378, el pueblo de la ciudad de Roma, dijo a los conclavistas que querían un obispo romano o, en el peor de los casos, italiano. Los conclavistas terminaron escogiendo a Bartolomeo Prignano, obispo o papa de Bari, un canonista eminente, que estaba ausente de Roma. Sin embargo, entre el pueblo se corrió la voz de que había sido elegido un francés para el cargo. Oído lo cual, los romanos asaltaron el cónclave y, por miedo, los electores declararon obispo y papa al anciano Francesco Tebaldeschi. El pueblo exigió que fuera proclamado papa al instante, a pesar de la resistencia del anciano, lo que así se hizo. Pasados los tumultos y calmadas las aguas, Francesco renunció al peligroso puesto, y reveló al pueblo el nombre del que había sido elegido antes que él, para que lo tuvieran por su pastor, y se retiró de la vida pública.

FRANCISCO JAVIER CASTIGLIONI. Papa Pío VIII. A la muerte de Aníbal de la Genga, papa León XII, en el año 1829, fue elegido este hombre para ocupar el trono del Imperio Vaticano.

Había nacido en Cingoli, Ancona, en el año 1761. Hombre de principios firmes, ocupaba el obispado de Montalto cuando fue desterrado por Napoleón al no querer prestar juramento a la República. Su carácter y firmeza le atrajeron la admiración de la curia, que lo encumbró al cardenalato. Fue gran penitenciario y prefecto de la Congregación del *Índice* (*Index librorum prohibitorum*).

Su elección, cuando estaba seriamente afectada su salud, y tras 50 días de discusiones, constituía un apaño para

que los intereses creados, que siempre rondaban los cónclaves, se decantaran. Nadie, ni siquiera el pueblo llano, dudaba de que se esperaba, con su elección, que se clarificaran las cosas para el Espíritu Santo y supiera a quién iba a designar para hacerlo copartícipe de su naturaleza divina cuando este hombre muriera. Mientras llegaba ese momento, Castiglioni escribió una carta a todos los obispos, condenando a los republicanos, y exigiendo a los primeros que entregaran a éstos a la Inquisición, para tratar de atraerlos, con el tormento y la tortura, a los apriscos de la madre Iglesia; santificó el siniestro y tenebroso teísmo cristológico del rey Fernando VII de España, y protestó contra los príncipes alemanes que subordinaron la autoridad clerical a la autoridad civil.

Tuvo la alegría, antes de morir, de ver cómo Bélgica, judeocatólica papista, se separaba de Holanda, judeocatólica reformada.

Los pronósticos que se hicieron cuando fue elegido, no tardaron en cumplirse: Francisco Javier Castiglioni, papa Pío VIII, apenas pudo mantenerse en el cargo poco más de un año. Murió —él mismo deseaba llegar al término de sus sufrimientos—, en Roma, el día 30 de noviembre de 1830.

El monje camaldulense Bartolomeo Alberto Mauro Capelari sería su sucesor con el nombre de Gregorio XVI (1831–1846).

FRANCO DE FERRUCCIO. (Ver *FRANCO-NE de Ferruccio*).

FRANCONE DE FERRUCCIO. (Franco de Ferruccio). Papa Bonifacio VII¹. Fue elegido, en el año 974, tras la revuelta popular, nacionalista, que arrojó al obispo romano Benedicto el Germano (papa Benedicto VI) a presidio, porque había sido elegido por los partidarios del Im-

perio, lo que no estaban dispuestos a soportar los amotinados. Se eligió, como sucesor suyo, al diácono Francone, hijo de Ferruccio, que ocupó el ensangrentado trono obispal de Roma en junio del mismo año. Lo primero que hizo Bonifacio VII, tras ser coronado, fue estrangular, “con sus propias manos”, rezan algunas crónicas, al papa Benedicto VI, encarcelado en el castillo de Sant’Angelo; el hecho tuvo lugar en julio del mismo año. Posteriormente, Bonifacio VII, recogió todos los tesoros de la corte obispal romana y con ellos y con sus partidarios abandonó Roma, que quedó sumida en el más completo desorden, y se dirigió a Constantinopla, en donde fue acogido fraternalmente por su patriarca, y en donde, dando una muestra de un ecumenismo ejemplar, vivió hasta el año 984. Las tropas del Imperio Germano, con el conde Sikko a la cabeza, pudieron establecer el orden en Roma, y el mismo Crescenzo, decidió alejarse de los tumultos que él mismo había provocado para derrocar a Benedicto VI.

Mientras el representante de Cristo en la tierra, el papa Bonifacio VII, ecumenizaba a todas las jóvenes griegas que podía en su lecho de Constantinopla, los rebaños de los apriscos romanos habían tenido como pastores a Domno el Romano, papa Domno II, a Benedicto Tusculano, papa Benedicto VII y a Pedro de Caneanova, papa Juan XIV. Este último no tuvo tiempo de sorprenderse cuando le anunciaron el fin de su interinidad.

Francone de Ferruccio, Bonifacio VII, hasta que no murió el emperador Otón II, no pretendió regresar a Roma, para no alcanzar el martirio infructuosamente. Pero en cuanto el emperador murió, en el año 984, Bonifacio regresó de Constantinopla, llamado por sus partidarios nacionalistas. Ocupó triunfalmente la ciudad y, tras detener a quien se sentaba

en el trono papal, Juan XIV, lo destronó y lo encarceló, terminando por hacerlo morir de hambre. Él se ciñó de nuevo la tiara, y dirigió los destinos del judeocatolicismo romano. Dedicado con todas las fuerzas de su espíritu a vengarse de la amada grey que le era hostil, no pudo evitar que el veneno de quienes aspiraban al papado terminara con su vida, un día de agosto del año 985. Cuando los romanos se enteraron de su muerte, arrancaron el cadáver del lecho mortuario, lo arrastraron desnudo por las calles de la ciudad, y lo colgaron por los pies de la estatua ecuestre de Marco Aurelio. Hasta el día siguiente, sus siervos no pudieron dedicarle las honras fúnebres pontificales que clausuraban el reinado de los monarcas cristológicos.

Su sucesor inmediato fue Juan el Romano, papa Juan XV, que moriría asesinado a los pocos días por Juan de Gallina Alba, papa Juan XV Bis (985–996), y sus partidarios.

¹ Los listados catequéticos para niños prefieren hablar del antipapa Bonifacio VII, ocultando que Francone Ferruccio fue elegido por los mismos electores titulares, con las mismas garantías, con la misma asistencia del Espíritu Santo con que fueron escogidos, durante siglos, decenas de obispos o papas de Roma antes y después que él. Es más, resulta a todas luces una insensatez el pretender negar la existencia de este hombre en el obispado o papado de la ciudad de Roma, cuando fue titular de la misma durante 11 años, desde 974 al 985, mientras a los interinos que lo reemplazaron durante sus giras apostólicas y ecuménicas en Constantinopla, los consideran papas. El apelativo antipapa no constituye más que un recurso casuístico para ocultar lo que jamás podría ocultarse: la persistencia de las guerras civiles cristológicas, cismas locales o generales provocados en Roma y por Roma, reflejo de los cismas que sin duda alguna debían producirse en otras diócesis a la muerte de los titulares o por otras causas, y la derrota y asesinato de los más débiles, que fueron los que cargaron con el insulto de antipapa. Insulto que se hacía más denigrante ante la exaltación de los triunfadores y santificación de su reinado, infectado por el mutante virus del oportunismo más pragmáti-

co, o por la hipocresía y el cinismo más péfido, triunfadores que no eran más que aventureros y asesinos sin escrúpulos, santificados por la codicia de la insaciable curia romana y la servidumbre de todo el teofuncionariado.

FRONDA, La. Conocido, en realidad, como Movimiento de la Fronda. Constituía un grupo de oposición de la nobleza francesa, dirigido a luchar contra el centralismo de la corte y el absolutismo del cardenal Mazarino (1602–1661), político astuto e inteligente, educado en la escuela de Richelieu, que dirigió el destino de Francia desde el año 1640. Los miembros de la Fronda se oponían al aumento de los impuestos dictados por Mazarino para seguir una política de grandes dispendios pero encaminada a fortalecer el poderío de Francia. La Fronda fue ayudada por el papado y, sobre todo, por Olimpia Maidalchini, cerebro y mano ejecutora del rey del judeocatolicismo papista –futuro Imperio Vaticano–, Juan Bautista Pamphili, pontífice Inocencio X, su cuñado.

Uno de los documentos de la Fronda, que hacía referencia a sus objetivos en contra de Mazarino, cayó en manos del espía y sacerdote o hechicero papista Alberto Mercati, cuando el documento fue enviado de Francia al cardenal Panciroli, jefe de la *Sancta Societas* y, lógicamente, de la Orden Negra, su rama de asesinos consagrados, al servicio del papa. Mercati conoció, por el documento que tenía en sus manos, la implicación del papa Inocencio X, su cuñada y la corte papal en la conjura contra Mazarino, por lo que escribió una carta al cardenal en la que exponía lo que había descubierto y le enviaba el documento en cuestión, carta que entregó a uno de los guardias que le servían de correo. El guardia fue encontrado al día siguiente ahorcado y colgado de un puente con el sello de la Orden Negra como firma, y sin los comprome-

tedores documentos. Mientras tanto las revueltas organizadas por la Fronda, alimentadas por el obispo de Roma y sus agentes, obligó a la corte a tomar medidas más drásticas. El movimiento controlado, volvió a resurgir cuando Luis de Borbón, uno de los jefes más activos de la Fronda, fue detenido por Mazarino cumpliendo una orden de Ana de Austria, la regenta. Las revueltas causada por esta detención fueron tan grandes, que Mazarino, en un gesto teatral, decidió exiliarse. Las revuelta no cedieron, y Mazarino fue llamado por la corte para que terminara con ellas.

FUERO ECLESIAÍSTICO. Denominación de los tribunales de las sectas judeocatólicas papistas. Tales tribunales se rigen por el derecho canónico, con el que se pretende normalizar, según la visión de algunos estudiosos, el parasitismo de los jerarcas y sátrapas mitrados del Imperio Vaticano y la explotación más productiva de sus ovejas o víctimas. Los aspectos que abarca el fuero eclesiástico, como en todo derecho, comprenden el legislativo, el judicial y el ejecutivo, todos ellos emanados del parasitismo clerical. En sí, el fuero eclesiástico sería papel mojado, si la estupidez y la estulticia humana no se dejaran encandilar y engañar por la bribonería de sus autodenominados pastores, que pretenden con él no solamente regir la conducta interna de sus seguidores, sino que quieren condicionar totalmente el derecho de los pueblos. El caso más grosero de esta pretensión, en el mundo occidental, es la explotación que la monarquía vaticana hace de sus colonias –naciones católicas, en jerga sacristial–, a las que sangra a través de concordatos, nuncios, cardenales, obispos, sacerdotes y mistagogos, es decir, con ayuda del teofuncionariado cristológico.

FULDNER, Carlos. Alemán nacido en Argentina el día 16 de diciembre de 1910. Estando en Alemania, en el año 1932 fue captado por las SS para militar en sus filas. Era un hombre de recursos, con conocimiento perfecto del español, lo que le hacía idóneo para ciertas misiones entre las naciones de habla hispana.

Cuando el fracaso del Tercer Reich se advertaba como una realidad fuera de toda duda –faltaban, en realidad, pocos meses para que su derrota fuera absoluta– Heinrich Himmler encargó a Fuldner una misión secreta cuya finalidad era la de preparar la fuga de la nomenclatura hitleriana que quería escapar a la responsabilidad de la guerra organizada por ella. El proyecto de evasión fue denominado Operación Aussenweg. Para llevar a cabo el proyecto, Fuldner aterrizó en Madrid, en donde estableció su cuartel general. La operación Aussenweg contó en todo momento con la ayuda incondicional –no oficial, todo debe decirse– del rey del Imperio Vaticano Eugenio Pacelli, más conocido como papa Pío XII, y la colaboración activa del cardenal francés Eugène Tisserant, la de la *Sancta Societas*, servicio de espionaje de la corte pontificia y la del *Sodalitium Pianum*, su servicio de contraespionaje. La organización de la nomenclatura papal destinada a facilitar la fuga de los jefes nazis, fascistas y ustachis, que terminó siendo conocida, entre los iniciados, con el nombre de Pasillo Vaticano, proporcionó a los criminales de guerra que se lo pudieron pagar, pasaportes falsos y todo tipo de documentos necesarios para poder llegar a los países de destino sanos y salvos. El papel de Fuldner en esta operación fue decisivo, pues facilitó y preparó las negociaciones para que, vía España, los aristocráticos nazis pudieran alcanzar, sin peligro, Argentina, Chile, Uruguay y otros destinos de Suramérica.

FUNDACIONES PÍAS. Dinero, riquezas, bienes cedidos a los príncipes mitrados y tializados del Imperio Vaticano, a través de escritura pública, con el fin de que se destinen, en su totalidad a la propagación del religionismo evangélico. Lógicamente, como dicha propagación no pueden hacerla más que las personas, los principales beneficiados por esta fundación son siempre los sacerdotes, obispos, cardenales, superiores y pontífices, que son quienes pueden efectuar las bendiciones, misas, consagraciones y rezos a que se destinan las fundaciones pías.

FUNDAMENTALISMO. En el campo que nos ocupa, constituye un movimiento que se opone a cualquier negociación sobre los contenidos dogmáticos esta-

blecidos por la corte del Imperio Vaticano. En el judeocatolicismo reformado, sobre todo el norteamericano, designaba, en el primer cuarto del siglo XX, los movimientos que exigían un regreso a las fuentes bíblicas, sobre todo a partir del instante en que las ideas evolucionistas se fueron imponiendo tras la publicación de los trabajos de Charles Darwin. En la actualidad el término se aplica profusamente a los grupos radicales del judeoislamismo.

El fundamentalismo, común a todos los religionismos, puede identificarse, en ocasiones, con el integrismo, al que se define como un estado mental caracterizado por la exaltación de un pasado cien por cien teocrático y por el rigorismo cultural tradicional.

≈ Gr ≈

GABAI. Término con que se conocía entre los judíos al recolector de impuestos y guardián de los tesoros de la sinagoga. Habitualmente, y dentro del submundo cloacal del Imperio Vaticano, este papel recayó sobre los nuncios, los provinciales y generales de las órdenes, congregaciones y asociaciones religiosas, y los bancos del Vaticano o de sus incondicionales. En la actualidad, con la aparición de los ordenadores e internet, el trasvase de fondos a las cuentas secretas del Vaticano y sus monarcas se ha hecho menos peligroso, más fluido y seguro.

GABRIEL CONDOLMER. Papa Eugenio IV. Era hijo del santo padre Gregorio XII y de una religiosa benedictina¹, su concubina, además de ser hijo adoptivo de Ángel, un patricio de Venecia. Su *curriculum* dentro del teofuncionariado cristológico latino no podía ser mejor, puesto que había sido obispo de Sena y representante del papa romano en la Marca de Ancona, habiendo sido elegido cardenal de San Clemente. Con tan buenos antecedentes, la carrera de Gabriel estuvo asegurada siempre. A la muerte de Martín V, en el año 1431, Condolmer recibió la tiara imperial. Antes de ser proclamado oficialmente obispo de Roma, y de las representaciones teatrales de su coronación, tuvo que jurar que contaría con el colegio cardenalicio para cualquier decisión que pudiera afectarlo, juramento que, lógicamente, no respetó. Su obispado romano no fue fácil.

Excomulgó a los Colonna y amenazó con la excomunión a cualquiera que se resistiera a sus deseos.

Descubrió a tiempo una conspiración, y a uno de los implicados, el fraile Masins, que fue detenido, lo torturó en público de un modo infernal y terminó matándolo en presencia de una gran multitud. La repulsa que suscitó su venganza y su modo de conducirse, hizo que el concilio de Basilea, que había sido convocado por Martín V, lo destituyera y nombrara papa a Amadeo, duque de Saboya, que tomó el nombre de Félix V. Eugenio lanzó todos los anatemas que se le ocurrieron contra el nuevo papa y el concilio. A pesar de todos sus enemigos, la presencia del papa Félix V (1439–1450), y las atrocidades que se le atribuyen, Eugenio IV pudo mantenerse en el codiciado trono 16 años. En su “largo obispado romano” tuvo tiempo para tratar de unir el judeocatolicismo griego al latino, pero su esfuerzo fracasó, por la pretensión inevitable de sujetar aquél a la corona papal. Intentó imponer la disciplina en el teofuncionariado cristológico latino y en su misma corte. Y, siendo él mismo un producto del nepotismo más puro y divino –hijo de un papa y de una religiosa–, luchó firmemente contra él.

Tuvo que soportar cómo el concilio de Bourges, del año 1433, publicaba la “*Pragmática sanción*”, por la que la Iglesia galicana recuperaba la independencia que, en los siglos primeros del judeoca-

tolicismo florromano imperial habían tenido todas las iglesias, independencia que la ambición del obispado de Roma había ido destruyendo con el paso de los siglos. “*Pragmática*” que jamás aceptaron ni él ni el obispado de Roma, no solamente por la pérdida en dinero que eso significaba, sino porque, de cundir el ejemplo, el imperio cristológico latino, que con tanto esfuerzo había construido el obispado de Roma, se derrumbaba solo.

Su muerte ocurrió en el 1447, y fue un alivio para todos. Pese al desprecio que suscitó hacia su persona y a la costumbre establecida para estos casos², es considerado un obispo o papa romano destronado, mientras que el papa nombrado por el concilio de Basilea, Félix V, es tenido por antipapa en los listados oficiales.

El sucesor “oficial”, en los listados papales fue Tomás Parentucelli, papa Nicolás V Bis (1447–1455).

¹ La expresión “dios no dio hijos a los papas, pero les dio nepotes” fue acuñada para sugerir lo que no podía decirse, a partir del instante en que se prohibió definitivamente al clero juntarse, tener barraganas, amantes o casarse. Tales nepotes eran, la mayoría de las veces, por no decir siempre, hijos bastardos de los santos padres que los protegían. La prohibición de las relaciones sexuales para clérigos y monjas, represión fundamental para la construcción del Imperio Vaticano, piramidal y totalitario, no afectaba a los príncipes mitrados o tialarizados del religionismo judeocatólico: ellos, como buenos legisladores, estaban por encima de las leyes, independientemente de las proclamas públicas que hicieran.

² Lo sucedido con el papa Benedicto XIII y con otros obispos de Roma, por poner un ejemplo, a los que se declaró, siguiendo otros criterios, y con menos razón que a él, antipapas.

GALICALISMO. Movimiento de la iglesia galicana (francesa), de carácter político jurídico, que frenó la ambición del papado romano de situarse por encima del

poder temporal de los reyes y príncipes. Los primeros conflictos serios aparecen ya con el rey Felipe el Hermoso y con Benito Gaetani, más conocido por papa Bonifacio VIII, a finales del siglo XIII y comienzo del XIV. El problema volvió a surgir con el rey Luís XIV, que despreciaba las ambiciones terrenales del obispo de Roma (con el título de papa en exclusiva ya), y exigía, fundándose en la historia del judeocatolicismo papista, que dicho obispo limitara sus ambiciones al terreno espiritual de su diócesis romana, y dejara el poder temporal, que había usurpado a base de todo tipo de falsificaciones, fraudes y guerras, en manos de quien debía estar: los reyes y príncipes, y sus representantes. En resumidas cuentas, el galicalismo pretendía que la corte papal perdiera su poder temporal en beneficio del Estado y sus gentes. La denominada iglesia galicana, con Bossuet a la cabeza, redactó los siguientes artículos, que fueron sancionados por el rey:

1º.– El rey, los príncipes y las naciones son absolutamente independientes, en lo que atañe al gobierno de los pueblos, de la autoridad eclesiástica y las ambiciones papales;

2º.– El obispo de Roma, más conocido en la actualidad con el título de papa, está subordinado a los concilios generales, como lo estuvo siempre, pues los concilios son superiores al papado;

3º.– La autoridad que se arroga el obispo de Roma o papa está limitada por la legislación y costumbre de la iglesia galicana;

4º.– El juicio del obispo de Roma o papa no tiene validez si falta el consentimiento de la iglesia general, pues ésta está siempre por encima de cualquiera de los obispos del orbe, el de Roma incluido.

Lógicamente, los reyes papales del que terminaría siendo el Imperio Vaticano se defendieron con garras y colmillos contra estas declaraciones de la iglesia gali-

cana, destacando por encima de todos, Benedicto Odescalchi (papa Inocencio XI), en el año 1682, y Pedro Ottoboni (Alejandro VIII), ocho años después. Inexplicablemente, salvo que perdiera el norte con el poder alcanzado, Napoleón, que tanto luchó para encumbrarse contra el poder del obispo de Roma, reduciría a polvo las disposiciones del galicalismo francés, favoreciendo descaradamente las ambiciones de dicho obispo.

GASPARRI, Pedro. Príncipe cardenalicio y personaje fundamental en la creación de la Ciudad del Vaticano, pues fue quien negoció con Mussolini el tratado por el que se creaba. Nació en Perugia, Italia, en el año 1852; fue profesor de derecho canónico, secretario de la congregación de asuntos eclesiásticos del obispo de Roma, secretario de la curia romana y escritor.

Había pasado una temporada en Suramérica, como representante del rey del Imperio Vaticano José Sarto, papa Pío X. A su regreso a Roma, Sarto le encargó la redacción codificada de las leyes de su imperio –el denominado Derecho Canónico–, tarea que le mereció el capelo cardenalicio con que Sarto le honró (1907). Cuando Jaime della Chiesa logró la tiara imperial –reinó con el nombre de Benedicto XV– nombró a Gasparri Secretario de Estado (1915), cargo que mantuvo durante el reinado de su sucesor, el rey Ambrosio Damián Aquiles Ratti, Pío XI. Gasparri fue uno de los políticos más hábiles y retorcidos que estuvieron a la cabeza del Ministerio de la Gobernación del Imperio Vaticano –Secretaría de Estado–, y fue el protagonista indiscutible de los acuerdos de Letrán, acuerdos que firmó, en nombre del papadíos Aquiles Ratti, con Mussolini, en el año 1930. Con la firma de dicho tratado se fijaron, para la posteridad, los límites territoriales

de la corte, la Ciudad del Vaticano, tal y como hoy se conoce y con los significados coloniales que conlleva, y se ponía fin a la incertidumbre que se arrastraba desde hacía años sobre su ubicación real y la de la sede del trono papista. Los beneficios obtenidos por Gasparri para el pontificado romano fueron más que evidentes, pues aparte de los millones de dólares que el Estado Italiano se comprometió a pagar a los reyes pontificios como compensación de sus pérdidas territoriales, se creaba el reducto sacralizado del Estado Vaticano, feudo papista prohibido a toda persona ajena a la corte, que permitiría al pontífice romano de turno ejercer su imperialismo material al amparo de su imperialismo teopolítico con mayor eficacia que a través de los antiguos Estados Papales, y lo que era más importante, convertía una sacristía, bien que mastodóntica –0'4 Km. cuadrados–, y privada, en un país y nación independiente equiparable, a cualquier otra nación. Gracias al cardenal Pietro Gasparri, la nomenclatura cardenalicia y su teofuncionariado pudieron regocijarse impudicamente con los beneficios obtenidos, y pudieron iniciar una época de esplendor y grandeza, como nunca conoció, época en la que sus sacerdotes, obispos, cardenales y papas, teoparásitos, teogorriones y teogañanes cristológicos de acrisolado cinismo y divina hipocresía, disfrutaban compulsivamente del paraíso en esta tierra gracias a las promesas de un paraíso eterno para el resto de los mortales. La muerte sorprendió al cardenal Pietro Gasparri en Roma, en el año 1934.

GEBARDO DE DOLLNSTEIN-HIRSCHBERG. Rey y obispo de Roma, más conocido por papa Víctor II. Era alemán, y fue escogido para el cargo a la muerte de León IX, en 1055, y tras largas discusiones, escaramuzas y acuerdos, que se

prolongaron cerca de doce meses. Era obispo o papa de Eichstätt, y su principal valedor en el cónclave romano fue Hildebrando, que lo recomendó a Enrique III. Como alemán que era, estuvo preocupado más por los problemas de la corona imperial que por otros intereses –llegó a amenazar a Fernando de Castilla con la excomunión si no reconocía como emperador a Enrique III–. Envió a Hildebrando a Francia, con el fin de sujetar dicha iglesia al obispado Romano, y corregir la simonía. Preocupado por la grandeza del obispado de Roma, trató de controlar cualquier nombramiento y destino; por esta causa, cuando Riche, abad de Montecassino, falleció, anuló la elección que habían hecho los frailes para sucederle, deteniendo al elegido, Pedro, un anciano, al que arrojó en prisión, en donde murió. En su lugar colocó a uno de sus protegidos.

Prohibió la enajenación de las propiedades de la iglesia (en realidad de la clerecía), la simonía, la barraganería. Luchó, contra viento y marea, por imponer la represión de los impulsos afectivos y las manifestaciones sexuales tanto entre el clero secular como el regular, es decir, en todo el teofuncionariado, fomentando de este modo los abusos, las violaciones y atropellos sacralizados en los monasterios, templos, sacristías, conventos, seminarios y academias, silenciados por los privilegios judiciales y sociales del clero. En el año 1057, y tras dos de reinado, encontrándose en Arezzo, se sintió repentinamente enfermo, y en aquella ciudad murió. Su sucesor en el trono fue Federico de Lorena, papa Esteban IX Bis o X (1057–1058).

GELASIO EL AFRICANO. Obispo de Roma, conocido por papa Gelasio I. Se afirma de él que nació en África, y que era hijo de un hombre llamado Valerio.

Fue elegido, en el año 492, por el pueblo y el clero romano a la muerte del anterior obispo, llamado Celio Félix de Anici (papa Félix III). Tuvo una importancia capital puesto que durante su obispado se percibe hasta la saciedad el esfuerzo que estaban haciendo los obispos de la ciudad imperial para situarse por encima de los demás obispos. Luchó con todas sus fuerzas contra todos aquellos que negaban dicha superioridad y contra los judeocatólicos maniqueos. De aquí que fuese otro de los protagonistas que fomentaron, por su ambición, orgullo y prepotencia, la separación de la iglesia latina de la ortodoxa griega, renunciando a los principios evangélicos para imponer y regirse por los del papado romano. Al mismo tiempo en que luchaba con las armas por imponer la superioridad del obispado de Roma, su corte se afanaba por establecer los documentos en que se afirmaba y justificaba dicha superioridad. Durante su corto episcopado, del año 492 al 496, y aprovechando una reunión o concilio de sus partidarios, Gelasio declaró que el obispado de Roma era superior a cualquier otro obispado, y deja ya a entender que el obispo romano goza de una independencia absoluta con respecto a los concilios. En esta reunión se designaron también los libros que la curia romana considera aceptables y sagrados en la *Biblia* y los que considera aceptables y sagrados en los *Evangelios*. Se considera que es el primer obispo de la ciudad de Roma que hace mención a la existencia de dos espadas en el mundo, de dos poderes en él; la espada del poder espiritual que pertenece al obispo de Roma y la espada del poder temporal que él ofrece al emperador, sujeto siempre, a la obediencia al obispo de Roma

A este hombre se atribuye una carta, dirigida al emperador Anastasio I, empera-

dor de Oriente, en la que viene a afirmar que, como emperador, estaba obligado a someterse al poder de los obispos, que eran los únicos que podían ofrecerle los sacramentos y el camino de salvación. Afirma también en ella que si todos los fieles deben seguir ciegamente las órdenes que emanan de los obispos, con mayor razón, él, como emperador, debe someterse a la voluntad del obispo de Roma, que Dios ha elegido como el primero de los obispos, y al que la Iglesia ha reconocido siempre como jefe absoluto. En el año 495 escribió una decretal recordando cuales eran las sedes apostólicas y su orden jerárquico. La finalidad de dicha decretal era la de hacer que las sedes tradicionales de Antioquía, Alejandría y Jerusalén, se rebelaran contra la sede de Constantinopla, erigida en patriarcado por el emperador.

Se admite que a él se debe un decreto en el que se estipula que los bienes de la Iglesia de Cristo deben ser divididos en cuatro partes equitativas, una para el obispo, otra para la construcción de templos, otra para el clero y la cuarta para los pobres, decreto que, de ser cierto, no necesita comentario alguno.

Gelasio, al igual que todos los obispos legendarios de la antigua ciudad imperial, fue divinizado y colocado en el paraíso judeocatólico con el título de santo.

Su sucesor en el principado obispal de Roma fue Anastasio el Romano, papa Anastasio II Bis (496–498).

GELLI, Licio. Escritor, masón, mercenario, corsario de las finanzas y protector de fascistas y golpistas. Nació en Pistoia, Italia, en 1919. Fue uno de los voluntarios que se alistaron al lado de Franco durante la guerra civil española del año 1936, enrolándose en el Tercio. Será visto, con idéntico entusiasmo, con los Camisas Negras italianos, siendo un admirador a

ultranza de Mussolini, lo que le permitió entrar en el círculo de sus conocidos personales. Tras la 2ª guerra mundial, se dedicó a los negocios editoriales. Instalado en Roma, entre otras actividades, tuvo la de consejero financiero de la embajada americana, durante el mandato de Nixon y Reagan. En el año 1965 se afilió a la masonería, apadrinado por Pellegrino Ascarelli. En el año 1967, el gran maestro Giordano Gamberini trasladó a Licio Gelli de la logia Romagnosi a la de Propaganda Due (P-2). El gran maestro Lino Salvini nombró a Gelli secretario de la misma.¹ En 1975 se convirtió en el gran maestro de la logia. A partir de entonces sus pasos se mueven entre las procelosas aguas de las finanzas, debido a los fondos que maneja y las “altas personalidades” del ejército, la política, la corte del Imperio Vaticano –la nomenclatura cardenalicia–, los empresarios, la judicatura y otros campos que pertenecen a su logia. Es tan grande el número de teofuncionarios, capelados y mitrados que pertenecen a ella que un periodista no tiene reparos en bautizar a la logia P-2 con el nombre de Logia Ecclesia.

Gelli, que había sido un fascista medular desde joven, exigió a los aspirantes a su logia una disciplina, obediencia y sumisión acorde con sus ansias de poder y criterios. No tuvo ningún reparo en confesar, al grupo selecto que formaban sus consejeros, que la finalidad que se proponía era la de ayudar con dinero, armas e influencias a los gobiernos dictatoriales, en contra de las democracias. La actitud de Lino Gelli constituyó una espina insoportable para la logia P-2 original, de la que había brotado su grupo selecto, y para la masonería general, pues enfangó la honorabilidad de la misma en un concubinato procaz e incestuoso con el rey del Imperio Vaticano, el papadios de turno, cuyos objetivos apoyó siempre, olvi-

dando las condenas que llovieron sobre la masonería, procedentes de la corte del judeocatolicismo papista, desde su nacimiento. Y, sobre todo, la enfangó al margen de toda ética y moral, pues fiel al principio de que el fin justifica los medios –el fin establecido por quienes actúan según este principio– no se detuvo ante ningún crimen, ignominia o guerra a la que se lanzaban sus protegidos.

El poder de Lino Gelli se puso en evidencia, tras la muerte de Juan XXIII Bis, con la ascensión de Giovanni Battista Montini como nuevo rey del Imperio Vaticano, a cuya elección tanto contribuyó. A partir de Montini, los masones Sindona, Ortolani, Gelli y Calvi controlaron, directa o indirectamente, las finanzas vaticanas y, los fines justificando los medios, no hubo escrúpulo alguno en utilizar el dinero de la mafia para financiar operaciones más que dudosas en el ámbito internacional. Los golpes de estado en Grecia, Chile y otros lugares son buena prueba de ello, pues fueron financiados por Gelli para implantar una dictadura de extrema derecha. Para ello contó con la ayuda inestimable del IOR, la Banca Vaticana.

Pasa el tiempo y, a la muerte de Montini, quienes controlan el Banco Ambrosiano y el IOR (la Banca Vaticana), entre los que destaca el arzobispo Marcinkus –un personaje que aparece en las finanzas vaticanas gracias a Montini–, junto a Gelli, y los hombres fuertes de la corte, como el cardenal Villot (Secretario de Estado), tras la elección de Albino Luciani, que resultó ser un estorbo para sus planes, se preguntan qué hacer con el nuevo rey del Imperio Vaticano, que está empeñado en terminar con la oscuridad financiera que reina en torno a la corte del imperio y a la Banca Vaticana, y que se arrastraba como un cáncer desde la elección de Montini.

Quizás no existan pruebas evidentes y públicas –hasta hoy– del presunto asesinato del papa Juan Pablo I, pero lo que sí que es cierto, y que nadie puede negar, fue que cuando fue anunciada la muerte de este rey, ni el arzobispo Marcinkus, ni el cardenal Jean Villot, ni otros cardenales afiliados a la masonería, ni los dirigentes y asesores del IOR demostraron ninguna extrañeza, como si esperaran la confirmación de un evento que conocían con antelación que iba a suceder.

La elección de Carol Wojtyla como rey del Imperio Vaticano fue un alivio para Gelli y los cardenales masones, y mucho mayor para el arzobispo Marcinkus, que aspiraba al capelo cardenalicio. Quienes dirigían el mundo cloacal de las finanzas vaticanas se encontraron durante unos años en un paraíso, pues hicieron y deshicieron a voluntad, bajo la complacencia de un rey, que no preguntaba para nada sobre el origen del dinero que pasaba por sus manos. Sin embargo las cosas se empezaron a torcer cuando Wojtyla, pretendiendo ayudar compulsivamente a Lech Walesa y al sindicato Solidaridad de Polonia, contribuyó, con sus exigencias de dinero, a la bancarrota del Banco Ambrosiano que dirigía Roberto, y la de otros bancos como corolario. Para evitar que Calvi hablara, alguien lo asesinó en Londres, en donde se había refugiado. Ello provocó una ola de investigaciones, denuncias y detenciones. El rey del Imperio Vaticano, Carol Wojtyla, –por ironía del destino, tuvo a bien tomar el nombre de batalla de Albino Luciani para reinar, Juan Pablo– como responsable último de la nomenclatura cardenalicia y sus financieros, corría peligro de ser señalado, por algunos sectores de la magistratura italiana, como autor de un robo, a través de Calvi, Macinkus, Michele Sindona, Licio Gelli, el IOR (Banca Vaticana, la logia masona P–2, la mafia (la familia Gambi-

no de Usa y las familias Inzerizo y Spatola de Sicilia) de más de mil millones de dólares desaparecidos del Banco Ambrosiano, de los cuales, más de doscientos millones era necesario restituir inmediatamente para salvar la honorabilidad de la corte vaticana y su rey Wojtyla.

En la aventura perdieron la vida Roberto Calvi y otras figuras relacionadas con él y con las actividades delictivas del Vaticano. También la perdió el periodista Mino Picorelli, que fue asesinado cuando quería chantajear a Gelli por una cantidad de dinero que éste no estaba dispuesto a pagar. Picorelli fue asesinado a tiros, en el más puro estilo mafioso.

Mientras los delitos penales cometidos en la órbita del Vaticano ponían en movimiento a la policía criminal, los delitos económicos protagonizados por la iglesia judeocatólica papista y la corte de su imperio pusieron al papa Juan Pablo II entre las cuerdas. Las autoridades financieras italianas, tan complacientes siempre, pero ellas mismas en el cuadrilátero también, exigían la devolución del dinero robado por la iglesia y el Vaticano a través del Banco Ambrosiano, sin mayor dilación. El Vaticano, viendo que el escándalo podía ser mundial, y que la honestidad y ética del papa y la curia quedarían por los suelos en lo sucesivo; viendo además cómo el arzobispo Marcinkus era acusado del robo –a beneficio del papa, lo que no figuraba en el expediente– y que había una orden de búsqueda y captura contra él, restituyó lo robado, aduciendo que nada tenía que ver con el desfalco o robo², pero que su deseo de colaborar con la justicia italiana lo llevaba a tener ese gesto magnánimo para salvar la situación³. Marcinkus, gracias a la ayuda del Juan Pablo II, que no podía dejarlo en la estacada, pudo escapar impune y salir subrepticamente de Italia, protegido además, en su tierra de

origen –tenía varias cuentas pendientes con la justicia americana– con un pasaporte diplomático vaticano.

En septiembre de 1982, llovieron sobre el jefe de la logia Propaganda Due (P-2), Licio Gelli, las denuncias. Las acusaciones no eran despreciables: estafas y fraudes, pero sobre todo conspiración política y, lo que era más grave, asociación criminal. Se le acusaba, entre otras cosas, en estar comprometido en el asesinato de Calvi. A pesar de estar vigilado, consigue escapar, pero volvió a ser detenido en Ginebra cuando pretendía retirar de un banco una maleta con más de cuarenta millones de dólares en su interior. La honorable vida del honorable mafioso papista había llegado a su fin con la confirmación, por el tribunal de apelación de su condena. Le esperaban dieciocho años de prisión por la quiebra del Banco Ambrosiano. Su amigo Umberto Ortolani, que había hecho posible la coronación de Montini como rey del Imperio Vaticano, al igual que la coronación de Wojtyla, y que contaba con la amistad de numerosos cardenales, que no tenían inconveniente en reunirse en su casa, fue condenado a diecinueve años de cárcel. Gelli sabía que se había librado de la acusación más grave, la de asociación criminal y su participación en el asesinato de Roberto Calvi. En la sombra quedaba, también, no podía olvidarlo, su posible responsabilidad, la de Roberto Calvi y la de los todopoderosos cardenales de la curia afiliados a su logia y a otras logias masónicas, en la muerte y presunto asesinato de Albino Luciani, papa Juan Pablo I. En efecto. Se recuerda una conversación entre Calvi y Gelli, en la que ambos se sorprendían por el interés de Luciani por descubrir el fondo de corrupción que había en la Banca Vaticana, el IOR, y las estafas, corrupciones, contactos con la mafia, el desvío de fondos, el

lavado de dinero, apoyo a dictadores, etc. En aquella ocasión Gelli le dijo, a un Roberto Calvi⁴ aterrorizado por el interés del papa por terminar con la corrupción, que “el problema había que solucionarlo y pronto.” A los pocos días el papa Juan Pablo I apareció muerto. Apenas pudo ceñirse la tiara imperial un mes.

¹ Los autores A. Ferrer Benimelli y Aldo A. Mola, en *La Massoneria Oggi* (Bastogi, 1991), aseguran que el cargo de secretario le fue concedido por Pellegrino Ascarelli, en 1970.

² Las publicaciones en torno a este punto, si el IOR (Banca Vaticana) era responsable o no del pasivo de la Banca Ambrosiana, se multiplicaron durante el otoño de 1982. Los supuestos expertos del Vaticano, los señores Brennan, de Weck y Cerutti trataron de desligar al IOR de los robos cometidos por el Vaticano –sus hombres, Marcinkus en primera línea, aunque quizás no el más responsable– en las cuentas del Ambrosiano. Es más, no solamente no se contentaron con eso, sino que justificaron la desaparición del dinero, aduciendo que en las operaciones bancarias no siempre hay ganancias, sino que existen pérdidas, pues ellos mismos –la curia vaticana– habían sufrido numerosas pérdidas, que les permitían comprender la situación actual de los demás damnificados por la bancarrota ambrosiana.

³ El Opus Dei, que supo encontrar entre los talones bancarios, el oro y las piedras preciosas a los que tan aficionado era su fundador, a su dios trinitario como Santa Teresa de Jesús lo había encontrado entre sartenes y pucheros, tuvo el detalle, a juzgar por lo publicado, de ayudar a Wojtyla a devolver esa suma de dinero. (En lo tocante al compromiso o no compromiso del IOR con respecto al Banco Ambrosiano, y sobre otros puntos relativos a este tema, puede leerse la obra de Leonardo Coen y Leo Sisti, *Marcinkus, el Banquero de Dios*, la de Rossend Domenech Matillo, *Marcinkus. Las claves secretas de las finanzas del Vaticano*, la de Gianfranco Piazzesi y Sandra Bonsanti, *La historia del banquero Roberto Calvi*, la de Luigi DiFonzo, *Michele Sindona, el banquero de San Pedro* y la de Leo Sisti-Fianfranco Modolo, *Il banco paga. Roberto Calvi e l'avventura dell'Ambrosiano*).

⁴ El terror de Calvi hacia lo que Juan Pablo I pretendía hacer, estaba más que justificado, pues el banquero se había cargado, con sus acciones, años antes, la Banca Cattolica de Veneto. Además, había desviado de los fondos del Ambrosiano cuatrocientos millones de dólares, que depositó en cuentas secretas de bancos suramericanos.

GENDARMERÍA PONTIFICIA. Cuerpo armado, al servicio del obispo romano, que presta servicios de vigilancia en la corte del Imperio Vaticano, situada al oeste de Roma. Existe un coronel a su mando y varios oficiales. Su creador, en el año 1816, fue el papadiós Bernabé Luís Chiaramonti, pontífice Pío VII.

GERARDO CACCIANEMICI. Obispo de Roma, más conocido por papa Lucio II. Nacido en Bolonia, terminó siendo canónigo de Santa María y, desde el año 1125, cardenal de Santa Cruz de Jerusalén en Roma, título que había recibido por los servicios prestados al trono pontificio. Los testimonios que permanecen sobre este personaje, lo describen como un hombre orgulloso y déspota, que trató de oponerse, con garras y colmillos, al desmoronamiento de la corte del obispado romano. Sus enemigos capitales, los romanos, hartos de soportar los caprichos y vesanias de sus obispos, quisieron dejar bien claro, que el gobierno de la ciudad correspondía al pueblo y al senado, y que su obispo y clero debían limitarse a vestir santos en las sacristías. Lucio se opuso a la creación y funcionamiento del senado, que había sido resucitado en el Capitolio en tiempos de su predecesor, Guido de Castellis (papa Celestino II Bis, 1143–4). Pero gracias a la habilidad de Arnaldo de Brescia y otros hombres como él, que estaban hartos de aguantar la dictadura cristológica de los obispos o papas romanos, el senado fue una realidad, y los esfuerzos de Lucio no sirvieron para nada, salvo para demostrar lo que no hacía falta esforzarse mucho para que quedara demostrado: la ambición y vesania de los papas de Roma, quienes, arrogándose el papel de representantes del cielo, lo único que pretendían era vivir como dioses en la tierra.

Los romanos, gracias a Arnaldo de Brescia, le obligaron a desprenderse de cualquier mando secular en Roma, y le dejaron con la denominada autoridad espiritual, que era la que correspondía a todos los obispos del judeocatolicismo filorromano imperial, en los primeros siglos de su aparición, y nombraron a Jourdain patricio y gobernador, prestándole fidelidad. Este hombre se apoderó de las rentas de la ciudad, eliminó al teofuncionariado cristológico de su gobierno e impuso un funcionariado laico.

El obispo y rey de Roma Lucio II levantó en armas al clero y sus esbirros y trató de reprimir la insurrección, pidiendo ayuda a los feudatarios de su trono y a los reyes de Sicilia y al mismo Conrado III de Hohenstaufen, el emperador, que le dieron la espalda. Impaciente por recuperar el poderío que se le escapaba de las manos, Gerardo Caccianemici, papa Lucio II, al frente de cardenales, clero y soldadesca, con un hacha en la mano, trató de destrozar las puertas del Senado. Una avalancha de piedras, arrojadas desde lo alto del edificio cayó sobre los sitiadores. El papa, dios justiciero que se afanaba por destrozar las puertas con el hacha, recibió un morrillo en la cabeza que le abrió con el cráneo las puertas del otro mundo. Apenas duró en el peligroso obispado un año, pues murió en 1145.

Con el obispo de Roma Gerardo Caccianemici, papa Lucio II, se rompieron los grilletes con los que Hildebrando de Soana, papa Gregorio VII, y, tras él, sus sucesores inmediatos, habían tratado de aherrojar a los emperadores y reyes. Una vez la cadena rota, la decadencia del poder temporal de los obispos de Roma se aceleró. Mas, si perdieron las plumas en la aventura, no se resignaron: les quedaba el recurso a la astucia, el dinero, y la política cloacal para imponer lo que por las armas y a cielo abierto había demostra-

do ser una aventura ruinosa. La avalancha de piedras que enterró la soberbia y prepotencia del papa Lucio II, constituyó una lección que jamás olvidarían. En lo sucesivo, ante enemigos más poderosos, tendrían sumo cuidado en arrojar la piedra y esconder siempre la mano.

Quien se ciñó la ambicionada corona del imperio cristológico latino, a la muerte de Lucio II, fue Bernardo Paganelli, papa Eugenio III (1145–1153).

GERARDO DE BORGONA. Obispo de Roma y rey del imperio judeocatólico occidental, al que se conoce como pontífice Nicolás II. Nació en Chevrón, se cree que en el año 980, y era obispo de Florencia cuando, en el año 1059, consiguió la ambicionada corona obispal romana durante el reinado de Juan el Bobo, papa Benedicto X (1058–1060), al que quitaron de en medio, gracias a la ayuda incondicional de Hildebrando y el apoyo de la princesa Matilde, condesa de Toscana, enemigos estos últimos del emperador Enrique IV en la "Querrela sobre las Investiduras". A pesar de su designación para el obispado de Roma, no renunció jamás al obispado o papado de Florencia, que conservó hasta su muerte.

En una escena irrisoria, perdonó a Juan el Bobo, papa Benedicto X, por haber aceptado su designación al obispado de Roma, papa al que había condenado Hildebrando de Soana y excomulgado Pedro Damián, en oposición abierta a los partidarios del conde de Túsculo y Gerardo de Galera.

Por un decreto de este hombre, el pueblo romano, el verdadero elector –al menos nominal– desde los inicios del judeocatolicismo imperial, perdió el derecho –nominal y real– a la elección de su propio obispo, derecho que otros pueblos seguían teniendo en la elección del ordinario del lugar y papa de la diócesis.

A partir de este hombre, la elección pasó a ser, por decreto, encomienda de la nomenclatura cardenalicia. Es más, con el fin de evitar las intrusiones de príncipes y nobles, en una reunión o concilio que celebró en Roma, dictaminó que, mientras el clero de la ciudad de Roma contara con un sacerdote digno de ser obispo de Roma, debía preferirse al de otras iglesias, siempre que se respetaran los derechos del emperador.

Nicolás renovó la excomuni3n contra los teofuncionarios casados o amancebados. No pudiendo terminar con los normandos, negoció con ellos. Les levantó la excomuni3n, y les cedi3 –no podía hacer otra cosa– la Calabria y otros territorios, bajo el compromiso de feudatarios, y les ordenó asolar las tierras de todos sus enemigos, entre los que se encontraban los condes de Túsculo, y arrasaron las propiedades del conde Gerardo de Galea, la ciudad incluida, pasando a cuchillo a sus moradores.

Nicolás II, más que anciano, moriría en el año 1062, tras tres años de reinado, cuando se encontraba en Florencia, en donde sería enterrado.

Lachatre remata el pontificado de este hombre mencionando a dos historiadores que hablan de él. “El obispo Mainard, escribe¹, exalta las grandes virtudes del papa Nicolás II, y afirma que el santo padre no pasaba un solo día sin lavar los pies a doce pobres. Baronius puntualiza, que hubiera sido mucho más útil que alimentara a esos desgracias en lugar de parodiar la humildad de Cristo por una ceremonia insensata y ridícula.”

A la muerte de Nicolás II, la ambicionada corona se disputó entre los papas Honorio II (1061–1072) y Alejandro II (1061–1073).

¹ M. Lachatre: *Histoires des Papes*.

GERBERTO DE AURILLAC. Papa Silvestre II. Había nacido en Aquitania, en torno al

año 943, en el seno de una familia humilde, y fue educado en Aurillac. Cansado de la vida monástica, y atraído por la cultura árabe, fue a España, terminando por establecerse en el monasterio de Ripoll, en Cataluña. Con la ayuda de un mecenazgo fue llevado a Roma. El Emperador Othon II le colocó a la cabeza de la abadía de Bobbio, en donde abrió una escuela. Su ciencia se hizo sospechosa, y, calumniado, tuvo que refugiarse en Alemania. Posteriormente se lo vería en Francia, en donde Hugo Capeto le ofreció el papado de Reims. Años después fue invitado a Italia por Brunón de Carintia (papa de Roma Gregorio V), con el ofrecimiento del obispado de Ravena.

A la muerte de Brunón de Carintia, Papa Gregorio V, en el año 999, fue impuesto para obispo de la antigua ciudad imperial por el Emperador Othon III, quien lo protegió y favoreció con grandes dádivas y riquezas, porque había sido su maestro y profesor. Su amplia ciencia se hizo sospechosa para el pueblo. El levantamiento de la nobleza romana expulsó al emperador y al papa de la ciudad. A la muerte del emperador, el 24 de enero de 1002, Gerberto pudo regresar a Roma, pero su reinado fue corto: moriría el 11 de mayo de 1003.

Pudiera decirse de él que fue el único obispo romano realmente sabio y, probablemente, el más grande de su tiempo. Era matemático, astrónomo, filósofo, naturalista y hombre de letras. Sus estudios en España le permitieron asimilar una parte de la ciencia árabe, estudios que lo hicieron sospechoso. Su saber inmenso entró con él en la leyenda. Se lo tuvo por un gran mago, y así fue representado en muchas ocasiones.

Las opiniones sobre el carácter moral y ético de Gerberto de Aurillac son dispares. Se lo presenta astuto y generoso a la vez, como se manifestó en su conducta

con Arnaldo, a quien restableció en el obispado o papado de Reims, siendo de sobra conocida la enemistad que existía entre ellos, para ganarlo para su causa. En Letrán convocó un concilio para colocar en su cargo al abad de San Pedro, abadía próxima a Perusa, a quien el obispo Conon había arrojado de ella. A pesar de sus muchas aficiones, jamás se alejó del objetivo que se habían impuesto los obispos de Roma, de colocarse por encima de los demás obispados o papados, por lo que contribuyó a engrandecer los denominados Estados Papales, origen del que llegaría a ser, con el paso del tiempo, el Imperio Vaticano.

Hay quien le atribuye el reloj con balancín; estudió retórica, geografía, astronomía, astrología, medicina, materias, estas últimas, sobre las que escribió algunos tratados.

Su sucesor en Roma sería Juan Sicconi, papa Juan XVII (1003).

GIACINTO BOBONE. (G. De Boccardi, G. Di Pietro di Bobone, Jacinto Boccardi, Jacinto Bobocardi). Más conocido con el nombre de papa Celestino III. Se ciñó la ambicionada corona del obispado de Roma a la muerte de Pablo Scolari, papa Clemente III Bis, en el año 1191, cuando tenía 80 años largos, y la disfrutó hasta su muerte, ocurrida en 1198. Perteneció a la familia de los Orsini. Se asegura de él que era romano, y que había sido cardenal diácono de Santa María de Casmedín.

En la fiesta de Pascua de 1191, coronó emperador a Enrique VI. Enrique, como regalo, le entregó la ciudad de Tusculum, de la cual el papa quería vengarse, y éste la puso en manos de los romanos, con la orden de destruirla y degollar a sus habitantes. Posteriormente excomulgó al emperador y a Leopoldo de Austria. Y, a la muerte del emperador, por permitir su entierro, exigió una cantidad fabulosa

de dinero¹, sin duda alguna, para compensar la miseria y el oprobio en que fue enterrado Jesús.

Según algunos historiadores, con este hombre quedó totalmente admitido el derecho que tenían los obispos de Roma de elegir y destronar reyes, poderes que, lógicamente, se arrogaron a sangre y fuego, tras llenar la tierra de cadáveres. Para permitir la coronación del hijo del emperador Enrique VI, exigió que a cada uno de los cardenales se le entregaran mil marcos de plata.

Entre los hechos que se recuerdan de este hombre, está la cruzada que predicó a la muerte de Saladino, y el apoyo incondicional que ofreció a los caballeros teutones, templarios y hospitalarios.

A la edad de noventa años, trató de abdicar a favor del cardenal de San Pablo, pero no pudo hacerlo: se consideraba que iba contra los cánones. Murió a comienzos del año 1198, siendo su sucesor Lotario de Segni, más conocido por papa Inocencio III (Bis).

¹ Las cifras más discretas hablan de 150.000 marcos de plata.

GIAN BATTISTA CASTAGNA. Papa Urbano VII, y rey del Imperio Judeocatólico Papista. Fue elegido a la muerte de Félix Peretti, papa Sixto V, el día 14 de septiembre de 1590. Había nacido en Roma, en agosto de 1521. Su padre se llamaba Cosme y su madre Riccia. Amante de los estudios, se volcó en el conocimiento del derecho civil y canónico. Fue favorecido por Juan Ángel de Médicis, papa Pío IV, que lo nombró diputado suyo en el concilio de Trento, y que le favoreció largamente, ofreciéndole las embajadas de España y de Venecia. Con Hugo Buoncompagni, papa Gregorio XIII, llevó a cabo algunas gestiones diplomáticas, que le valieron nuevas recompensas y el capelo cardenalicio. Félix Peretti de Mon-

talto, papa Sixto V, le colmó de favores, y lo alabó hasta la saciedad.

Su elección al obispado de Roma fue bien acogida por el pueblo, debido a que conocía la equidad y la justicia con la que había cumplido todas sus funciones. No decepcionó a los ciudadanos romanos, que desde el primer día fueron los destinatarios de las primeras disposiciones beneficiosas de este hombre.

Sin embargo sus deseos de reforma chocaron frontalmente con los intereses de los jesuitas. No habiendo querido rodearse de sus familiares para estar más protegido en la curia, las órdenes que había dado para el estudio de las reformas religiosas, comenzando por la logia jesuítica, firmaron su sentencia de muerte. Doce días después de su designación al obispado de Roma, es decir, el día 26 de septiembre del 1590, moría envenenado de la misma manera que lo había sido el papa Sixto V¹ y por las mismas manos.

Todos sus bienes pasaron a la fraternidad de la Annunziata, en Santa María sopra Minerva, para que fuesen distribuidos como lote a las jóvenes casaderas de maridos sin recursos.

Su sucesor sería Niccolo Sfondrati, papa Gregorio XIV (1590–1591).

¹ El papa Sixto V había dado a entender, en varias ocasiones, que el cardenal Castagna era quien podía ayudarle a domar a los rebeldes ignacianos, y lo había señalado como el sucesor suyo más idóneo. Si realmente fueron envenenados, las esperanzas y las vidas de ambos papas se vieron truncadas por sus enemigos: el primero por prepotente, el segundo por confiado.

GIL SÁNCHEZ MUÑOZ. Papa Clemente VIII (sede de Valencia). Sucedió al papa Benedicto XIII, cuando éste murió en el castillo de Peñíscola¹, en el año 1424. Fue escogido por los cardenales y obispos que rodearon el lecho mortuario de Benedicto, siendo protegido por el

rey Alfonso V de Aragón. Tuvo que compartir el título y tiara con Otón Colonna, pontífice Martín V, enemigo de Benedicto XIII, que reinaba en Roma. Poco puede decirse de éste pontificado, inaceptable en los listados oficiales del obispado o papado romano. Cuando el rey Alfonso V se reconcilió con Martín V, Clemente VIII abandonó la tiara pontificia², que fue destinada a otro de los incondicionales del Papa Luna, Bernard Garnier, que adoptó el nombre de papa Benedicto XIV. Gil Sánchez se retiró al obispado o papado de Mallorca, ciudad en la que murió.

¹ Algunas versiones afirman que asesinado por orden del papa Martín V, extremo que, ante las pruebas que se ofrecen, resulta, al menos, dudoso.

² No faltan quienes afirmen que su retiro se debió a la decisión de Jean Carrier, vicario general de Benedicto XIII, el cual, considerando la elección de Muñoz simoníaca, pasó la tiara a Bernard Garnier, que tomó el nombre de Benedicto XIV.

GIOVANNI BATTISTA MONTINI. (Juan Bautista Montini). Rey del Imperio Vaticano, más conocido por papa Pablo VI. Nació en Concesio, cerca de Brescia, el 26 de septiembre de 1897. En el año 1920 alcanzó el grado de sacerdote judeocatólico, y dos años más tarde se lo ve trabajando en la secretaría de la corte imperial, en el Vaticano.

A punto de terminar la Segunda guerra mundial, se lo ve, siguiendo las instrucciones del rey Pacelli, Pío XII, inmerso en las negociaciones con el general Perón (Argentina), para lograr un refugio seguro a los criminales de guerra alemanes, que pretendían escapar a la justicia de los vencedores de la contienda. Las negociaciones implicaban también la ayuda a los ustachis croatas y a los fascistas italianos, negociaciones que llevó a buen término.

En el año 1954 fue nombrado príncipe mitrado de Milán. Años después reci-

birá el capelo cardenalicio y no tardará muchos tiempo en ser una figura capital dentro de la política de la corte del Imperio Vaticano.

A la muerte de Roncalli, papa Juan XXIII Bis, ocurrida el día 3 de junio de 1963, un grupo de cardenales, de gran influencia dentro de la nomenclatura vaticana, se reunió en una casa de propiedad del masón Umberto Ortolani. Entre ellos se encontraba el cardenal Giacomo Lercaro, arzobispo de Bolonia. En dicha reunión se decidió el apoyo incondicional a la candidatura de Montini, que fue quien salió elegido obispo de Roma y, por lo tanto, rey del Imperio Vaticano. Su elección quedó determinada a los dos días justos de iniciarse el cónclave, es decir, el día 21 de junio de 1963. Montini culminaba de este modo la coronación de su carrera.

Entre otras actividades que adornaron su ascensión se contaban no solamente las negociaciones para ofrecer un refugio a los criminales de guerra nazis, fascistas y ustachis, sino la de llevar a buen término las operaciones de salvamento a través del "Pasillo Vaticano" y la ayuda de la "Organización Odessa", dejando en el punto de destino a todos los criminales que pudieron pagarse el servicio. Fue quien apoyó incondicionalmente al sacerdote papista Krunoslav Draganovic a crear y dar forma los servicios materiales de ayuda. Montini, los cardenales Pietro Fumasoni-Biondi, director de los servicios secretos del Vaticano –la *Sancta Societas* y el *Sodalitium Pianum*–, Caggiano y Tisserant, constituyeron el grupo más elevado de la nomenclatura papista –exceptuando al mismo Eugenio Pacelli (Pío XII)– que más hicieron para que el "Pasillo Vaticano" y la "Operación Odessa" no decepcionaran a los fugitivos que se iban a beneficiar de ellos. Montini fue quien aleccionó a los arzobispos Alois Hudal y Barrère a fabri-

car todo tipo de documentos falsos para proporcionar a los asesinos y criminales que requerían la ayuda del papa y su corte, un puente de salvación seguro y eficaz hacia un destino prometedor. Él fue quien controló las tareas de monseñor Fumasoni-Biondi y los sacerdotes como Petranovic, Dömoter, Bucko, Draganovic, Heinemen, etc., que se dedicaban a firmar las solicitudes de pasaporte de la Cruz Roja para los criminales de guerra, asesinos y genocidas, que habían pagado¹ a Pío XII y su corte la ayuda que aquéllos les prestaban. Gracias a Pío XII y Montini, su siervo, criminales de la talla de Adolf Eichmann, Ante Pavelic, Klaus Barbie, Erik Priebke, Josef Mengele, Hans Fischböck y otros como ellos, encontraron un refugio seguro en los países de destino, protegidos por todo el aparato de la *Sancta Societas*, el "Pasillo Vaticano" y la "Operación Convento".

Tras largos años de servicio fiel y sumiso, Montini veía recompensados su docilidad y obediencia a sus soberanos, y la eficacia de sus gestiones. No ignoraba, por otro lado, el peso que habían tenido los cardenales que se habían reunido en casa de Umberto Ortolani en su elección. Dispuesto a agradecer favores y servicios, se ciñó la tiara imperial el 21 de Junio de 1963.

Resucitó las actividades de la *Sancta Societas*, a la que Juan XXIII Bis había condenado al ostracismo más absoluto, y dejó que los especialistas en temas financieros siguieran adelante con sus gestiones, con tal de que el dinero no faltara en sus faltriqueras y las cajas fuertes de la curia. Hizo del arzobispo Marcinkus el jefe de su guardia personal y, finalmente, le responsabilizó de la dirección del IOR (Banca Vaticana), en colaboración con Roberto Calvi, Michele Sindona y la supervisión general del cardenal Jean Villot, Secretario de Estado.

Entre las gestiones oficiales que ocuparon su tiempo al ceñirse la tiara, estaba la continuación del concilio Vaticano II, inaugurado por su predecesor, y su culminación en 1965. Uno de sus objetivos prioritarios fue tratar de colocar en el emperio cristológico a sus dos últimos predecesores, Pacelli (Pío XII) y Roncalli (Juan XXIII Bis); sin embargo, la podredumbre que descubrió la vida de Pacelli, era tan apesetosa –sorprende que él pretendiera ignorarlo e iniciara su proceso–, que tuvo que desistir². Viajó a USA y se presentó en la ONU. Fue el primer monarca del Imperio Vaticano que santificó, con su presencia personal, el montaje de Fátima, en Portugal. Condenó cualquier método de control de la natalidad que no fuese el dejado “a la mano de dios”, como expone en su carta *Humanae vitae*, lo que generalizó la expresión de algunas madres poliparturientas por vocación o destino, que “preferían tener veinte hijos en brazos antes que uno en la conciencia”.

Su reinado terminó el 6 de agosto de 1978, año en el que lo sorprendió la muerte. Su sucesor a la cabeza del Imperio fue Albino Luciani, papa Juan Pablo I, que apenas pudo mantenerse un mes con vida en tan sanguinario trono.

¹ El oro y el dinero con que pagaron su ayuda provenía de las extorsiones y robos hechos a sus víctimas y a los países de procedencia en que reinaron como dictadores.

² La tarea de santificación de Pacelli, a la sombra del proceso de Carol Wojtyla, la iniciará, de nuevo, Joseph Ratzinger, Benedicto XVI. No se descarta la intervención del Opus Dei, que colocó a Wojtyla y Ratzinger en el trono del Imperio Vaticano. La oposición contra la santificación de Pacelli permitirá la santificación de Wojtyla sin muchas objeciones, lo que realmente interesa al Opus. (Ver El *TRAUMA de Pacelli*).

GIOVANNI MARIA CIOCHI DEL MONTE.

Papa Julio III. Hombre nacido en la antigua ciudad imperial, y, según algunos

testimonios, hijo, que no sobrino, de Alejandro Farnesio, papa Pablo III. Cuando este último papa murió –una grave enfermedad venérea, la tristeza producida por la traición de uno de sus nietos más queridos, y la infección de una hernia operada fueron las causas oficiales que lo llevaron a la tumba–, las facciones en que se dividía el cónclave estaban claramente definidas. Por un lado se hallaban los partidarios de Carlos V, por otro los partidarios del rey de Francia, y, en tercer lugar, la familia Farnesio, que había preparado todo para que el ambicionado centro siguiera en sus manos. Las dos primeras facciones eran las más fuertes, pero sus votos estaban igualados, y el Espíritu Santo no parecía inclinarse por ninguno de las dos, por lo que el cónclave corría peligro de prolongarse eternamente. Los Farnesios trataron de escoger a un cardenal de sangre inglesa, Polus, pero el cardenal Carafa se opuso acusándolo de luterano. El efecto de esta acusación fue demoledor e hizo que “la familia” Farnesio se inclinara por uno de sus miembros, Giovanni María Ciochi, de una vida tan disoluta como había sido la de su tío o padre, y aunque no pudiera compararse con su progenitor o tío, era una garantía fundamental para que se retrasaran las reformas que tanto se temían en la curia. Aprovechando, pues, la inutilidad del Santo Espíritu para decidirse por uno de los dos partidos más fuertes, lo inclinó a su favor, y ganó la votación, siendo Giovanni elevado al cargo con el nombre de pontífice Julio III.

Este hombre había nacido en Roma, en el barrio de Periono, según las crónicas oficiales, en el seno de una pobre familia de una aldea llamada Monte Sansavino, en la Toscana, que dependía de la diócesis de Arezzo. Era un aventurero a quien la fortuna le ayudó a trepar, como un mercenario clerical, por todos los gra-

dos del teofuncionariado cristológico. Comenzó siendo metropolitano de Siponte, auditor de la cámara apostólica, gobernador de Roma y cardenal, llegando, con este título, a ocupar la presidencia del concilio de Trento gracias a su tío o padre Alejandro Farnesio. Su belleza y atractivo físicos eran desbordantes, y los supo explotar al máximo desde niño, disponibilidad que le atrajo los elogios y los favores de damas, prelados y papas. La unanimidad de los historiadores al manifestar las tendencias congénitas o adquiridas de este hombre hacia su disponibilidad en el lecho para los hombres y las mujeres es total, y no faltan quienes aseguren que no tuvo inconveniente, en pleno cónclave de dejarse sorprender sodomizar por sus pajes.

Una vez en el trono del imperio cristológico latino, trató de cumplir todas las promesas que había contraído, antes de ser votado, con su propia familia, los Farnesio, con los partidarios de los reyes de Francia y con los del emperador, lo que tuvo la habilidad de hacer dejando a todos satisfechos. Libre ya de compromiso alguno, dejando para más adelante la exigencia del emperador de que se convocara cuanto ante el concilio de Trento, se dedicó a disfrutar de los placeres inmensos que la corona le ofrecía, y a recompensar a su familia, parentela y amigos la ayuda incondicional que le habían prestado hasta entonces, lo que se manifestó en el número de cargos y títulos que puso en sus manos¹.

La bodega y la cama fueron los polos que atrajeron la atención de este hombre, siendo el eje de los mismos la mesa, por no decir la cocina, pues toda su vida fue un epicúreo irredento.

Se vio obligado a convocar de nuevo el concilio tridentino, aunque hubo de suspenderlo a los cuatro meses. Durante su reinado, y al margen de sus gestiones,

el que con el tiempo sería denominado Imperio Vaticano se fue extendiendo, en la medida en que los descubrimientos se ampliaban, por América, Asia y África, conquistando los imperialistas religiosos –misioneros, en lenguaje catequético– nuevas colonias para la corona papal.

El emperador, que tenía sus espías en la corte papal, se dio cuenta de que nada tenía que temer de un hombre como Giovanni María Ciochi y comenzó a hacer y deshacer sin tener en cuenta para nada los intereses del obispado de Roma. Julio III, por su parte, estaba convencido de que no merecía la pena enfrentarse al destino, y procuró solucionar los problemas que se le presentaban, teniendo en cuenta el presente, jamás el futuro. Las luchas entre los reyes de Francia y Alemania le concernían sólo en la medida en que pudieran turbar la paz en Roma, y jugó con ellos, siempre que pudo, lo mismo que ellos pretendieron jugar con él, aunque guardando las formas, lo que no fue siempre posible².

Su reinado duró del año 1550 a 1555. Como se esperaba de él, para nada se ocupó de la reforma de la curia ni de la clerecía en general, y siguió entregado a la vida de placeres y disolución de que había hecho gala antes de alcanzar el ambicionado principado. Concedió grandes privilegios a la logia jesuítica; confirmó los estatutos de esta organización y permitió a los hijos de Ignacio la apertura, en Roma, del “Colegio Romano”, creado, inicialmente, con la idea de oponer un barrera ideológica efectiva contra el judeocatolicismo reformado, que comenzaba a extenderse por Europa. Moriría cinco años después de conseguir el trono, destrozado por las enfermedades venéreas que lo consumían, y, sobre todo, ante la ira y el despecho³ que le produjo el conocimiento de que el judeocatolicismo reformado tendría, en lo sucesivo, más

importancia en Alemania que el judeocatólicismo papista, como la Dieta general de Augsburgo había decretado.

Su sucesor en el trono sería Marcelo Cervini de Spannochi, papa Marcelo II (1555).

¹ El nombramiento de uno de sus amantes preferidos, un niño de 17 años llamado Inocencio, para cardenal, levantó una polvareda tan tremenda en el palacio apostólico, que los ecos se oyeron por toda Europa. Sin embargo, el razonamiento del papa, en el consistorio, ante los cardenales que se oponían a dicho nombramiento, fue tan contundente, que todos cerraron la boca: "... ¿Qué tenéis que reprocharle vosotros para rechazar su admisión en vuestro colegio? ¿Sus vicios! ¿Pero si no hay ni uno entre todos los aquí presentes que no esté corroido por las enfermedades más repugnantes y que no esté inmerso en las más detestables abominaciones! ¿Que quien entre vosotros no se haya prostituido carnalmente, al menos una vez en la vida, tire la primera piedra!... ¡Ah! Guardáis silencio. ¿Estáis de acuerdo entonces que somos la vergüenza de la humanidad? ¡Comenzando por mí! ¡Sí! ¡Yo el primero! ¿Cuáles han sido las grandes virtudes, cuáles han sido los conocimientos excepcionales que vosotros habéis encontrado en mí para hacerme papa? ¿No soy yo un sacerdote detestable? ¿No soy yo mil veces más infame que mi amante, el cuidador de monos, al que yo he corrompido? Por lo tanto, puesto que él vale mucho más que yo, que soy el representante de Cristo en la tierra gracias a vosotros, ¿con qué derecho os atreveréis a negaros que sea consagrado cardenal y obispo?" (Lachatre. *Julio III*).

² El asesinato del obispo y cardenal Jorge Martinuzzi en su palacio de Winitz, que operaba en Hungría al servicio de Carlos V, constituyó un motivo de fricciones realmente serias entre el obispo de Roma y el emperador. El crimen había sido provocado por el hermano de Carlos, Fernando, nombrado rey de Roma, y se había servido, para su ejecución, del marqués de Castaldo.

³ Algunos autores han sugerido la posibilidad del crimen, lo que dadas las circunstancias, constituye una presunción difícil de demostrar debido a los intereses en juego. Su verosimilitud se vería justificada por rencillas o ambiciones secretas personales, más que por razones de índole teopolítico.

GIULIANO DELLA ROVERE. Rey del Imperio judeocatólico latino, más conocido

como papa Julio II. Nació en Albissola, Italia, en el año 1443. Su tío, Francisco Della Rovere, papa Sixto IV, lo nombró cardenal. Tuvo antes los obispados de Aviñón, Bolonia y Vercelli. A la muerte del obispo de la antigua ciudad imperial, Francisco Todeschini-Piccolomini, papa Pío III, la lucha por el disputado trono fue enconada, pues eran cinco las facciones que luchaban por conseguir la codiciada tiara. Rovere derramó el oro y las promesas a manos llenas entre los conclavistas, por lo que los cardenales no dudaron en dejarse comprar e, inspirados por el Espíritu Santo, que sabe inclinarse allí donde el oro lo llama, lo eligieron como rey. Corría el año de 1503 cuando este hombre se ciñó la disputada corona de coronas.

Aventurero nato, hay quien dice que fue marinero si no pirata, para él el obispado de Roma fue una aventura más que pretendió vivirla a lo grande, como conquistador y dictador implacable. Guerrero hasta la médula, a partir del instante en que se ciñó la tiara, todo su esfuerzo fue dirigido a incrementar, por todos los medios lícitos e ilícitos, el poderío temporal del obispado de Roma. A pesar de que César Borja¹ había contribuido decisivamente a su elección, despojó a toda la familia de sus bienes. Conquistó Bolonia y Perugia, y promovió la guerra por toda Italia, que quería ver a sus pies. Con la espada en la mano, vestido de armadura, dirigió en varias ocasiones sus propios ejércitos, y peleó a la vanguardia de sus tropas, como ocurrió en la conquista de la Mirándola.

Julio II organizó la Liga de Cambrai para derrotar a los venecianos, en la que participaron el rey de Francia, Luís XII, y el emperador de Alemania, Maximiliano. Aquellos fueron expulsados de Faenza, Rímíni y de todos los territorios que Julio II consideraba suyos. Posteriormente

te, viendo en Francia un obstáculo para los objetivos que se proponía, traicionó a su rey, le creó enemigos por todos los lados y fomentó su derrota en todos los frentes². El rey reaccionó convocando dos concilios que condenaron al papa, lo depusieron y lo excomulgaron por sodomita, incestuoso, corsario y asesino. Giuliano della Rovere respondió condenando los concilios franceses, la *Pragmática sanción* y excomulgando al rey francés, a quien había utilizado sin vergüenza alguna cuando le convino.

Ocupado como estaba en una lucha sin cuartel por recuperar la grandeza del obispado de Roma, tuvo tiempo, a pesar de todo, para hacer que dichas conquistas se completaran con las conquistas en las nuevas tierras descubiertas por Colón y sus imitadores, por lo que fomentó el imperialismo religioso enviando conquistadores de crucifijo y espada, a las denominadas tierras de misión: América, la India, África y el Lejano Oriente.

Amante de las artes y las letras, se volcó también en embellecer la ciudad y fomentar la arquitectura, la escultura, la pintura y la literatura. Inclinado a la buena vida y los placeres, lo mismo que lo había sido a la guerra y los peligros, terminó su vida consumido por las enfermedades venéreas que lo corroían. Murió en el año 1513, dejando tras de sí un panorama excepcionalmente bello del resurgir clásico.

Sería su sucesor Juan de Médicis, papa León X (1513–1521).

¹ César había olvidado, o cometió el error, inexplicable, de no tener en cuenta que su padre había desterrado al cardenal della Rovere, y no podía esperar que éste, en el trono, tuviera misericordia con él.

² Dispuesto a colmar sus ambiciones y a conseguir los otrora supuestos dominios papales, pidió ayuda a los turcos para conquistar Bolonia, que estaba en manos de los franceses.

GODOFREDO DE CASTIGLIONI. (Goffredo C.). Papa Celestino IV. Había nacido en Milán; fue canónigo y canciller de la iglesia de dicha ciudad, y poco después se hizo monje cisterciense. El obispo de Roma Cencio Savelli, papa Honorio III, lo ordenó cardenal de San Marcos, y Hugolín de Segni, papa Gregorio IX, lo nombró obispo de Sabina.

La elección de este hombre estuvo cargada de dificultades.

A la muerte de su predecesor en el trono, Hugolín de Segni, en 1241, en Roma no había más que una decena de cardenales, por lo que solicitaron al emperador Federico que permitiera a quienes estaban prisioneros, presentarse a la votación. El emperador dio salvoconductos a los prisioneros, con la condición de que votaran a Otón, su preferido, y aquéllos se dirigieron a Roma jurando que así lo harían. Sin embargo, los electores que había ya en la ciudad, ante el temor de su llegada, se arrepintieron de haber pedido su libertad, y, para no anular los compromisos contraídos, no esperaron a los cardenales ausentes y eligieron unos a Godofredo (cinco votos) y otros se decidieron por Romano, obispo de Oporto (tres votos). Contra la elección de Romano, uno de los responsables directos de los asesinatos de los Albigenses, se opuso el emperador, con lo cual el peso de la balanza se inclinó hacia Godofredo. Pero la elección de éste no estaba de acuerdo con la normativa impuesta por Orlando Bandinelli, papa Alejandro III (1159–1181), por lo que hubo que proceder a una nueva elección, que hubiera terminado en una batalla campal entre los electores de no haberlo impedido el senado y el prefecto de la ciudad. El conflicto se dirimió ganando Godofredo de Castiglioni un voto más, por lo que fue elegido obispo de Roma con el nombre de Celestino IV¹. La elección fue efectua-

da el 28 de octubre del año 1241, dos meses después de la muerte de su predecesor, Gregorio IX.

Se afirma de él que era un hombre honrado y, más difícil todavía, también honesto, virtudes que sorprenden entre cardenales y obispos, pues, como dice la sabiduría popular, no son grano de tales silos. Pretendió, y así lo declaró, reformar las costumbres del clero y monasterios, saneando y desinfectando, a la vez, la misma corte episcopal romana. Los objetivos que se había propuesto eran demasiado ambiciosos y se volvieron contra él, al no tener la prudencia de alejar de la corte a los cortesanos clericales del reinado anterior. Lo pagó con la vida. A los 17 días justos de su elección moría envenenado² por quienes deseaban ocupar el cargo o ponerlo en manos amigas.

Celestino IV había cometido dos errores imperdonables en la corte vaticana: haber anunciado sus propósitos y haber confiado en quienes se inclinaban ante él y lo reverenciaban públicamente como a representante de su dios en la tierra: había olvidado que en la curia romana nadie cree en los cuentos de hadas, y menos en Cristo.

Tras el asesinato de Celestino IV, la lucha entre los asesinos que aspiraban al trono fue implacable, pero ninguno tuvo posibilidad, en el plazo de dos años, de ocupar el peligroso trono. Finalmente, pudo ceñirse la ambicionada corona Sinibaldo Fieschi, papa Inocencio IV (1243–1254).

¹ La elección de este monarca señala el inicio de lo que, en siglos sucesivos, terminaría siendo reconocido como el cónclave, la elección “a puerta cerrada” de los obispos de la antigua ciudad imperial o papas romanos.

² Entre los historiadores que afirman que murió envenenado se encuentran Mateo París, Lachatre y Llorente; este último asegura que quien se encargó de administrarle el veneno fue Román, cardenal de Sant Angelo.

GRACIANO. Nombre de un monje italiano, nacido hacia finales del siglo XI, en Chiusi, en Toscana, y que murió, en torno al año 1160, en Bolonia. Perteneció a la logia camaldulense, y vivió en el monasterio de San Félix de Bolonia. Es el autor de un archivo que recoge la colección de leyes, mandatos y disposiciones de los primeros príncipes mitrados del judeocatolicismo filorromano imperial. El nombre que el autor puso a su colección fue el de *Concordia discordantium canonum*. La importancia de este archivo es fundamental para la historia del derecho canónico, puesto que en él tiene su raíz. Posteriormente el archivo tomó el nombre de *Decretales*, de su palabra latina *decretum*.

Es muy probable que Graciano no fuera el autor único, pero lo que no cabe la menor duda es que él ofreció las bases “legales” para la elaboración del denominado Derecho Canónico, y que, a partir de sus trabajos se elaboraron los códigos que más tarde los obispos de Roma impusieron a todo el judeocatolicismo papista. Fueron muchos los autores que, sobre las aportaciones de Graciano, completaron y perfilaron las *Decretales*, haciendo de ellas el código por excelencia del pontificado romano, que era quien deseaba justificar su pretendida superioridad sobre obispos, concilios y emperadores, aduciendo la existencia de una tradición y unas leyes que se remontarían, no a los tiempos de Cristo, sino a los de Adán, si hacía falta. Como es lógico, el fundamento de tales leyes se encontraba en el servicio de falsificaciones del obispado romano, que dio como auténticos lo que sabía que no eran más que invenciones descaradas y falsificaciones de sus turiferarios.

Entre los autores que adaptaron y completaron las *Decretales* y sus cánones se encuentran Rolando Bandinelli, que ter-

minaría ciñéndose la tiara imperial con el nombre de Alejandro III; un tal Rufino, al que se considera autor de una *Summa Decretorum*; Esteban de Tornai; Hugo de Ferrara, maestro de Lotario de Segni, que consiguió la ambicionada tiara imperial, y que reinaría con el nombre Inocencio III (Bis), y Juan Teutónico. Posteriormente colaborarían en esta impostura San Raimundo de Peñaflo, cuyos trabajos los publicaría, en 1240, Hugolín de Segni, papa Gregorio IX (1227–1241). No fueron los únicos, porque Sinibaldo Fieschi, que también consiguió el peligroso trono, y que gobernó con el nombre Inocencio IV, colaboraría igualmente en su redacción, lo mismo que hicieron Enrique de Susa, llamado el Hostiense, y otros más. Su elaboración fue continua y se incrementó con nuevas aportaciones a lo largo de los siglos. El cuerpo total de la doctrina sería publicado, el año 1580, por Hugo Buoncompagni, papa Gregorio XIII (1572–1585), texto que permanecería vigente hasta comienzos del siglo XX.

GRADOS CLERICALES. El judeocatolicismo antiguo, consciente de que el fin del mundo era inminente, ni tuvo templos ni los necesitó; tampoco necesitó, por lo mismo, pastores permanentes que velaran por ellos y por sus rebaños. Quienes cuidaban de los colectivos y las cosas comunes eran las diaconisas, los diáconos, y, posteriormente, los presbíteros¹. Cuando, con el paso de los años y los siglos, se vio que las palabras colocadas en la boca del Jesús evangélico con respecto al fin del mundo eran profecías fallidas y pura insensatez, las comunidades, ya numerosas, comenzaron a necesitar pastores permanentes que velaran por la integridad del colectivo y sus bienes. Y, cuando estas colectividades se hicieron inabarcables, entraron en juego los responsables, quienes, elegidos por

la comunidad, llevaron todos el nombre de padre –papa–, y tenían como ayudantes próximos, a los presbíteros. Para entonces, las diaconisas, por el matiz misógino que iba impregnando el judeocatolicismo, fueron desapareciendo de la comunidad, y fueron ocupando el papel de fregonas. Cuando en el año 311 el judeocatolicismo –impropiamente llamado cristianismo– fue reconocido como religión del Imperio, el colectivo de responsables comenzaba ya a controlar las comunidades, tomando el nombre de obispos. A partir de entonces, en pleno siglo IV, las luchas por ocupar las cabezas de las comunidades, que habían sido más o menos constantes, se recrudecieron e intensificaron, por la querencia de las comunidades más antiguas e importantes, las más ambicionadas, a tratar de imponer su criterio sobre las demás. El nombre de patriarca entra en liza, y el obispo de Constantinopla se levanta con el título de Patriarca Ecuménico, lo que no le agrada en absoluto al obispo de Roma, que lo deseaba para sí, y protesta ante la osadía del obispo constantinopolitano. Los siglos VI, VII y VIII ven la querencia de los obispos romanos por elevarse por encima de los demás obispos, y por reservarse, en exclusiva, el uso del título de papa, que era común a todos los pastores de las comunidades del judeocatolicismo, objetivos que no lograrán hasta llegado el siglo XI. Mientras tanto han ido acuñándose los cargos de arzobispos, cardenales, metropolitanos, que se mezclan con otros de menor enjundia, abades, canónigos, nuncios, legados, etc. En la actualidad, el conocimiento de todos los grados y títulos, honoríficos o no, en que se distribuye el teofuncionariado del Imperio Vaticano, exige un esfuerzo descomunal². Y se necesita un esfuerzo todavía mayor para imaginar que la plantilla de teofunciona-

rios que pululan en torno al papadiós –el obispo de Roma– es la heredera directa del colectivo apostólico que se arrastra en chancletas tras el desnudo protagonista evangélico.

¹ El grado de presbítero y obispo viene a ser lo mismo. (Ver *El SACRAMENTO del orden*).

² Entre los grados tradicionales, aunque poco conocidos y de escaso mérito en la actualidad, se encuentran los de hostiario, lector, acólito, exorcista y subdiácono.

GREGORIO CONTI. Papa Víctor IV¹. Fue elegido, siendo cardenal, para ceñirse la tiara del obispado de la ciudad del Tíber en 1138, en oposición a Gregorio Papareschi, más conocido por papa Inocencio II, y a la muerte del papa romano Anacleto II², que, al parecer, había sido asesinado por los partidarios de Inocencio II. Bernardo de Claraval obligó a Gregorio Conti a que renunciara a la tiara pontifical, pues eran muchas las fuerzas que tenía en contra, y podía sucederle lo que había sucedido a su predecesor Anacleto II. Conti, ante las veladas amenazas del santo que se cernían sobre él, y no queriendo terminar asesinado, decidió renunciar a tan peligroso cargo, abandonando la tiara. Con su abandono, se dio por terminada esta bipolaridad o cisma que se arrastraba desde hacía años, debido a las ambiciones e intereses que pretendían controlar el obispado romano.

¹ En los listados oficiales y oficiosos, se lo presenta con el nombre de antipapa Víctor o antipapa Víctor IV.

² Anacleto perdió la guerra contra Inocencio II, y fue declarado antipapa para justificar y normalizar los tan frecuentes errores electivos del Espíritu Santo y pretender ocultar los cismas locales romanos.

GREGORIO DE ANICI. Papa Gregorio I el Magno. Nació en Roma, en el año 540, de familia noble y rica. Tenido por hombre de gran cultura, sin ambiciones, tras re-

partir la herencia de su padre, se refugió entre los benedictinos¹, y de allí fue llamado por el obispo de Roma Pelagio II para enviarlo como representante suyo a Bizancio, con el fin de pedir ayuda al emperador contra los longobardos. A su regreso de Constantinopla volvió a su convento² hasta que fue designado para ocupar el obispado de Roma, a la muerte de Pelagio. Dicen las crónicas que él, en un principio, se negó, pero terminó siendo consagrado. Corría el año de 590.

La aparente humildad y el público desprecio con que recibió su designación como obispo de Roma, se convirtió, al ceñirse la mitra, en una arrogancia sin límites y en una prepotencia escandalosa. Trató, desde el primer instante, que quienes no comulgaban con las ideas suyas, es decir, los denominados por él herejes, las abrazaran, bajo pena de enviarlos a todos a los infiernos. Convocó una asamblea o concilio con el fin de juzgar al obispo de Aquilea, Severo, pidiendo la ayuda del emperador Mauricio para condenar al acusado. Un grupo numeroso de obispos se opusieron, aduciendo que no podían aceptar que Gregorio fuera a la vez acusador y juez, y recordando al emperador que Gregorio pretendía obligarlos a rechazar los tres capítulos aprobados por los obispos reunidos en el quinto concilio. El emperador recomendó prudencia a Gregorio y que moderara su rigor, sobre todo al insistir los demás obispos en que era inconcebible que el obispo de Roma defendiera a los judíos y persiguiera a los judeocatólicos orientales. Trató de imponerse sobre el obispo de Ravena, como se había impuesto sobre el de Milán, pero aquél le respondió que los obispos de Cristo eran iguales en poder y en dignidad, y que el obispo de Roma no tenía por qué inmiscuirse en los negocios de otras diócesis.

Como su predecesor, se enfrentó al patriarca de Constantinopla, Juan el Ayudador, que desde hacía tiempo tenía el título de Obispo universal, título que deseaba para sí y para el obispado de Roma. Exigió al patriarca que abandonara el título, pero Juan y el emperador despreciaron sus pretensiones. La humillación no pudo soportarla, y Gregorio debió de jurarse no descansar hasta conseguir su renuncia.

Varios concilios y obispos de Roma³, antes de que él lo fuera, habían tratado de imponer una vida edificante en la clerecía, y procuraron que sus relaciones familiares no fueran escandalosas; insistieron en que los sacerdotes no se casaran, o, al menos, no vivieran públicamente con sus mujeres; procuraron apartar del sacerdocio a los hombres casados, y trataron de que los obispos no estuvieran casados tampoco y, sobre todo, no se casaran una vez alcanzada la mitra. Insistieron, sobre todo, en que no se casaran en segundas nupcias. Gregorio fue más lejos y trató de imponer el celibato no solo en su comunidad, sino en otros obispados, y su intento fue recibido con grandes burlas, y una resistencia firme, tanto en Italia como en España y Francia. Ni que decir tiene la impresión que causó en el judeocatolicismo ortodoxo su pretensión, cuando en Oriente y África jamás habían dudado de la necesidad de que los sacerdotes se casaran y vivieran honestamente con sus mujeres, como recomienda San Pablo y era común entre los apóstoles y tradición en sus iglesias. A pesar de la oposición que vio por todas partes, prepotente y contumaz, terminó publicando un decreto obligando a los sacerdotes a separarse de sus esposas, lo cual produjo un número tan grande de infanticidios y protestas, que Gregorio se vio obligado a retirarlo.

Durante su reinado, Focas, para ocupar el trono de Bizancio, degolló a Mauricio y a todos sus hijos, y a Gregorio le faltó tiempo para felicitarlo, demostrando con ello el odio que incubaba contra el antiguo emperador por haber rechazado sus pretensiones de hacerlo obispo universal, quitando el título al patriarca de Constantinopla. Con la felicitación, se quitó la careta, pues esperaba que Focas publicara un decreto por el que elevaba el obispado de Roma por encima de todos los patriarcados y obispados, no solamente el de la nueva ciudad imperial. A pesar de que no faltan incondicionales del obispado de Roma, que ven en este hombre, por el contenido de sus múltiples escritos y cartas, un pozo de ciencia y sabiduría, lo que sí es cierto es que, para empezar, era supersticioso y creía en la magia, por lo que sus conocimientos no debían ser tan científicos como aparentes, y lo demostró persiguiendo sin piedad a los acusados de hechicería y artes diabólicas. En realidad era enemigo de toda ciencia y procuró destruir todos los libros que no fueran religiosos. A tanto llegó su fanatismo, que excomulgó a numerosos hombres de ciencia y letras, entre los que se encontraba el arzobispo de Viena, Didier, porque enseñaba en su diócesis la gramática. A él se atribuye el incendio de la biblioteca Palatina⁴, que fundara Augusto siglos antes. La única ciencia que admitía era el cientifismo teomilagrero bíblico y evangélico y si algo recomendaba, era la lectura de sus cartas, cuyo número supera con creces el medio millar.

Su pretendida sabiduría, caridad, humildad para lo único que sirvió fue para hacer todavía más grande la distancia que separaba el judeocatolicismo filorromano imperial latino del ortodoxo, y para que se siguiera cultivando el odio entre todas las sectas cristológicas; para

que los estudios se estancaran, al haber destruído los libros de los autores clásicos y santificado la ignorancia; para que la hipocresía y la prostitución se instalaran en conventos y residencias de sacerdotes y religiosas, al prohibir que se casaran y obligarlos al celibato forzoso y antinatural.

Pero, todo hay que decirlo, fue uno de los protagonistas más activos y prestigiosos, de entre los jerarcas mitrados que ocuparon la ambicionada sede de la antigua ciudad imperial, que se encelaron en una lucha descarada y sin cuartel por conseguir para el obispado o papado de Roma, y contra costumbres y tradición, contra documentos e historia, contra Jesús y los *Evangelios*, la supremacía absoluta sobre los demás obispados o papados del orbe, supremacía que la curia romana lograría alcanzar, siglos después, con la ayuda de la todopoderosa orden benedictina y otras órdenes. No sin razón, algunos críticos ven en él al autor primigenio de aquella supremacía. En agradecimiento por este servicio, la curia romana, a juzgar por los hechos, la gran ganadora en esta carrera de desatinos, le concedió el título de magno y doctor y lo divinizó, tras su muerte, colocándolo en su empíreo y dándole el título de santo. Gregorio de Anici moriría a mediados de marzo del año 604, aquejado de dolorosas enfermedades y de la penosa amargura de haber fracasado en muchos de sus ambiciosos planes.

El pueblo romano, agradecido, hizo de su entierro un espectáculo multitudinario: no en vano Gregorio había luchado por hacer de él la cabeza de un nuevo imperio.

La corona que dejaba este hombre recaería sobre la cabeza de Sabiniano de Blera, papa Sabiniano (604–606).

³ León de Volterra, papa León I, fue uno de los primeros, del que se tienen noticias, que pretendió imponer la continencia sexual entre los sacerdotes y religiosos de su diócesis, en el año 442.

⁴ Extremo que niegan algunos historiadores incondicionales del papado romano.

GREGORIO DE LOS CRESCENCIOS. Papa Gregorio VI. A la muerte de Sergio IV, en el año 1012, los Crescencios, apoyados por el pueblo y el clero romano eligieron como obispo o papa de la ciudad a un presbítero llamado Gregorio, que fue proclamado con el nombre de Gregorio VI. Sin embargo, los condes de Túsculo eligieron como candidato a uno de los suyos. El partidario de los Túsculo fue Teofilacto, hijo del conde Gregorio y hermano de Romano, que también alcanzaría el título de obispo de Roma. Teofilacto Tusculano, al ceñirse la corona o tiara imperial, tomó el nombre de papa Benedicto VIII. Gregorio VI recurrió al rey de Alemania Enrique II, quien, en un principio y, aparentemente, reconoció su derecho. Benedicto VIII, por su parte, envió varios embajadores al rey, prometiéndole coronarlo como emperador si apoyaba su causa. Enrique, ante esa promesa, fue a Roma decidido a ayudar a Benedicto VIII contra Gregorio VI. Éste y sus partidarios fueron derrotados, y Enrique colocó solemnemente en el trono obispal a Teofilacto, el cual, a su vez, coronó emperador a Enrique. El Espíritu Santo, siempre al lado de los vencedores, inspiró la consagración de Benedicto VIII mientras condenaba la pretensión de Gregorio VI, que desaparecería para siempre, tras dos años largos de pontificado¹. Los listados papales oficiales ignoraron su primacía y lo colocaron entre los papas denominados antipapas.

¹ Baronio afirma que no se recluyó entre los benedictinos sino entre los frailes de San Equicio.

² No hay concordancia: también se afirma que Pelagio lo mantuvo de secretario a su lado.

¹ Existe una versión, que parece gozar de gran aceptación, no porque pueda ser más verídica, sino porque la curia romana sale mejor parada, que afirma que el primer elegido fue Teofilac-

to Tusculano, pero que las indecencias de este hombre obligaron al pueblo romano a destruirlo y expulsarlo de Roma, siendo elegido, en su lugar Gregorio de los Crescencios. El recurso al emperador, resultó, a la larga, favorable a Teofilacto que fue quien definitivamente se quedó con el trono.

GREGORIO EL PATRICIO. Papa Gregorio IV, el santo. Romano, hijo del patricio Juan. Era sacerdote en la basílica de San Marcos cuando fue elegido para ocupar el obispado de Roma, en el año 827, tras la muerte, demasiado inesperada y precipitada de Valentín de Vía Lata, papa Valentín (827), que apenas duró en el peligroso trono cuarenta días, lo que da razones para pensar que pudo ser asesinado. Sin embargo, ninguno de los historiadores oficiales del obispado o papado romano, encuentra una relación de causa y efecto entre la muerte de Valentín, y la ascensión de este hombre para ocupar su puesto; pero no faltan autores independientes que afirman que Gregorio abrevió la vida de su predecesor con el fin de ocupar su puesto.

Ambicioso pero poco diplomático, según sus propios cronistas, cuando el emperador Ludovico Pío tuvo conocimiento de la vida y milagros de este hombre y su conducta escandalosa, le amenazó con deponerlo, y Gregorio esperó la ocasión de hacerle pagar la humillación.

Con el tiempo, en Francia se complicaron las cosas para Ludovico, pues su hijo Lotario de Italia, con sus hermanos Pipino de Aquitania y Luís de Baviera, se levantaron contra él, con el fin de arrebatarse el trono, que ambicionaba Lotario. Gregorio fue a Francia para mediar en la situación, y sus gestiones fueron tan funestas para el emperador, que hay serias suposiciones de que aprovechó la ocasión para dar rienda suelta al rencor acumulado contra él, apoyando hipócritamente las pretensiones de sus hijos. Ludovico Pío fue destronado y recluido

en un monasterio, mientras clero, nobles y ejército juraron obediencia a Lotario. Gregorio consagró la usurpación y regresó, satisfecho, a Roma.

No tardaron los pueblos en rebelarse contra Lotario y restablecer al emperador, que quiso conocer la parte que el papa había tenido en la conjura. El papa trató de ganarse a los embajadores con regalos y honores, mientras confesaba su inocencia y fidelidad a Ludovico Pío. El emperador, una vez más, aceptó como buena la explicación de un papa, y se opuso a que Lotario maltratara a quien había traicionado a su padre primero y a él mismo después.

Gregorio, llevado por su rencor, por su orgullo y la falta de visión teopolítica, añadió errores tras errores a su pontificado, por lo que es juzgado por una parte notoria de los historiadores del papado romano como un hombre cobarde, astuto pero no inteligente, oportunista y traidor.

Entre los sucesos que cabe destacar, ocurridos durante el obispado romano de este hombre, debe señalarse la "evangelización" de Suecia y Dinamarca, mientras que en España se hacía correr la voz de que se había encontrado el cuerpo del apóstol Santiago en Galicia, con el fin de desterrar, de una vez para siempre, el culto a Prisciliano, antiguo obispo de las Galias y tenido por santo y mártir por el pueblo y venerado con especial devoción en el noroeste de España y en toda las Galias.

El reinado de Gregorio a la cabeza del judeocatolicismo latino duró diecisiete años, murió a finales de enero del año 844, y se caracterizó por perturbaciones y guerras de todo tipo. La curia romana ensalzó como pudo la figura de este papa y terminó colocándolo en los altares con el título de santo. Que fuera o no fuera el asesino del papa Valentín

y tuviera las manos manchadas de la sangre de sus víctimas, no tenía mayor importancia. Al fin y al cabo, la santidad del pontificado, como se empeñaban en demostrar los turiferarios del papado, y los jesuitas entre ellos, no se juzgaba por sus virtudes, imposibles de encontrar, sino por sus crímenes, tanto más divinos cuanto más detestables.

El trono que dejaba vacante con su muerte Gregorio sería disputado por el papa Juan VIII (844) y Sergio II (844–847).

GREGORIO EL ROMANO. Obispo de Roma, del año 715 al 731, más conocido como papa Gregorio II el Santo. Había nacido en la antigua ciudad imperial y era hijo de un patricio llamado Marcelo. Andaba por la corte desde el reinado del papa Sergio I, en el que alcanzó el puesto de tesorero y bibliotecario de la curia. Hombre culto e inteligente, recibió la tiara a la muerte de Constantino el Sirio, papa Constantino I. Gregorio supo en todo momento lo que quería; supo igualmente, justificar siempre sus deseos, y conocía el peso del dinero para lograrlos. Cuando los longobardos se adueñaron de Cumas, Gregorio trató de negociar con ellos, pero aquellos rechazaron sus propuestas. El papa no se amilanó. Con la mayor naturalidad, recurrió a la traición y ofreció varias libras de oro al gobernador de Nápoles, Juan, para expulsarlos. Juan, durante la noche, degolló a los centinelas y se apoderó de la ciudad. La traición, coronada por el éxito, convenció al papa de su eficacia, y le animó a recurrir a ella para salvar todo tipo de obstáculos que se oponían a su ambición.

Conociendo la eficaz labor de zapa de conventos y monasterios para la buena marcha de los intereses del obispado y la corona romana, inundó el judeo-caticismo de frailes y conventuales.

Restauró el convento de Montecassino, en el año 718, y la mansión de su madre Águeda, cuando ésta murió, la transformó en un monasterio al que dotó de tierras y señoríos. Si los monasterios y conventos fueron, en ocasiones, el refugio de seres inspirados por las ansias de “perfección”, con gran frecuencia fueron también el refugio de indeseables y proscritos escapados a la justicia, que encontraban en ellos un modo de entregarse a la ociosidad y a la buena vida y, si llegaba el caso, el modo más seguro de alcanzar los puestos más altos de la jerarquía clerical.

Iconolatra convencido, se enfrentó al emperador León el Isáurico, que estaba escandalizado al ver el negocio que producían los fetiches, talismanes y amuletos trinitarios, cristológicos, mariológicos y santorales, comercializados por monasterios y conventos y adorados tanto en templos como en basílicas, en capillas como en casas particulares. Rechazó la embajada, que el emperador le envió para que se terminara con el tráfico de imágenes y su adoración idolátrica, cubriéndole de reproches e insultos.

El emperador mandó detener a Gregorio, pero éste, puesto al corriente por sus espías, sublevó al pueblo y cortó la cabeza al cartulario del emperador, Jourdain, y al presbítero Juan, obligando a Basilio, capitán del ejército, a refugiarse en un convento y hacerse fraile para no perder la vida.

El obispo de Roma, orgulloso y prepotente, teoogólata incontenible, ensoberbecido todavía más por el éxito de su oposición, no tuvo miedo en armar a sus seguidores contra el ejército que el emperador envió a detenerlo. Consiguió sublevar a jefes y gobernadores; se alió con los longobardos, ofreciéndoles dinero y poder. Una nueva guerra cristológica, en la que fueron asesinados a millares, tan-

to de un bando como de otro, volvió a ensangrentar la tierra por el orgullo y la soberbia de este papa. Los partidarios de Gregorio, en Roma, expulsaron a los magistrados y degollaron a los soldados. En Nápoles asesinaron al gobernador, a sus hijos y a los soldados. En Ravena decapitaron al exarca, a sus mujer y a sus hijas. Italia entera se convirtió en un campo de sangre, gracias a la elocuencia de este representante de Cristo en la tierra, y a los tesoros que derrochó para convencer conciencias y voluntades. Gregorio quería sacudirse la tutela del emperador de Bizancio y gobernar en lo sucesivo con plena libertad, y puso todos los medios para conseguirlo: el precio en sangre y en vidas, no tenía ninguna importancia. Cuando el emperador consiguió que los longobardos se aliaran a su causa, Gregorio ofreció al rey Luitprando grandes presentes para que se mantuviera a su lado, por lo que Luitprando trató de mediar entre ambos soberanos con el fin de alcanzar la paz. Una vez lograda, el emperador prohibió nuevamente la adoración a los fetiches cruciformes y los amuletos y talismanes sacralizados por considerar su culto pura idolatría, mientras que Gregorio lo fomentó aduciendo que las imágenes cristológicas no tenían punto de comparación con las imágenes de los dioses paganos.

La guerra volvió a florecer y la sangre corrió a raudales. En Roma, los clérigos, aleccionados por el papa, sublevaron a toda la población, que juró morir por el culto a las imágenes. En Campania, los secuaces del papa asesinaron al duque de Nápoles y a sus hijos, y con ellos a sus siervos y soldados. En Venecia quemaron las ordenanzas imperiales y se arrojó al mar a sus oficiales, matando a soldados y servidores. En las cinco ciudades de Pentépolis, los oficiales del imperio fueron degollados por los mismos clérigos.

No contento con esto, el autodenominado representante de Cristo en la tierra, exigió del rey Luitprando y de todos sus partidarios tomar por asalto Ravena en donde se había refugiado el patricio Entiquio, al tiempo que enviaba mensajeros secretos con el fin de levantar contra el emperador a otros señores y príncipes.

No faltan autores que afirmen que, ante el cariz que tomaban las cosas, el emperador, temiendo la sublevación de Italia entera, trato de negociar con Gregorio la paz, pero éste, que durante la guerra ofreció el maravilloso y meritorio sacrificio de humildad y caridad de andar siempre descalzo mientras sus hombres degollaban sin piedad a todos sus oponentes, se negó a dialogar con sus embajadores escupiéndoles a la cara: *"Que el jefe universal de la Iglesia, el sucesor de los apóstoles, el vicario de Cristo, ruega a Dios Padre que envíe a Satanás sobre la tierra para arrancar del trono al odioso iconoclasta que persigue la fe."*¹

Imperialista irredento, Gregorio envió a Alemania a Bonifacio, que la colonizaría a beneficio de Roma. Práctico siempre, contra el emperador, como es de sobra conocido, se alió con los longobardos, pero contra estos últimos se alió con Carlos Martel. Su ambición no tuvo límites y fue uno de los primeros en hacer suyo el lema de que el fin justifica los medios, como lo demostró en todo momento, es decir, que el objetivo final, si se alcanza, santifica todos los crímenes.

Gregorio, que trabajaba para la eternidad, se encontró con que no era eterno, y la muerte le sorprendió poco después de haber dado la contundente respuesta a los embajadores del emperador de Bizancio. El fatal desenlace tuvo lugar a comienzos de febrero del año 731, siendo enterrado en la basílica de san Pedro.

La curia romana no tardó mucho en verlo en el empíreo judeocatólico, a la derecha de su dios primigenio, su dios de

los ejércitos, como dice la *Biblia*, su dios de las victorias, como reza el mismo libro, a quien él sirvió de todo corazón, convencido, mientras llenaba la tierra de sangre y convertía Italia en un montón de ruinas, de que la gloria del obispado romano se identificaba plenamente con la gloria divina, y que su glorificación personal, con tanta humildad sobrellevada, a pies desnudos, no era más que la exigencia inevitable que había recaído sobre los hombros del *último siervo de los criados de Cristo*.

No solamente la corte lo vio en el cielo debido a los cadáveres con que había sembrado la tierra con sus masacres y genocidios para construir el Imperio Vaticano, lo que le hacía merecedor del título de santo, sino que además Jesús le honró con el don de hacer milagros².

Su sucesor en el trono fue Gregorio el Sirio, papa Gregorio III (731–741).

¹ Señalado, entre otros, por Maurice Lachatre: *Histoire des Papes. Mystères d'iniquités de la cour de Rome*. Vol. Prem., page 323. (Librairie du Progrès. Paris): "Le chef universel de l'Eglise, le successeur des apôtres, le vicaire du Christ, prie Dieu le Père d'envoyer Satan sur la terre pour arracher du trône l'odieux iconoclaste qui persecute la foi!"

² Lachatre, citando al padre Pagi, relata un milagro que, como afirma este sacerdote, justificaría, él solo, la santidad de este papa y su glorificación entre los bienaventurados; milagro que pudiera ser la matriz de los "¡Detente!", que el clero español repartía entre sus soldados, cuando los obispos y sacerdotes, con el capitalismo, la burguesía, la nobleza y gran parte del ejército se levantaron en armas para derribar a la 2ª República Española. "El duque Eudes, escribe el angelical narrador, solicitaba, desde hacía tiempo a la corte papal el envío de algunas reliquias. Gregorio II, conmovido por sus ruegos y su fe, le envió tres esponjas que servían para limpiar las mesas del palacio de Letrán. ¡El Santo Padre había obtenido de Dios que dichas esponjas hicieran invulnerables a los soldados que combatían contra los sarracenos! Cuando las esponjas llegaron a los campamentos, fueron desmenuzadas y repartidas entre los soldados. ¡Y ni uno de los que comieron de las santas esponjas cayó muerto o herido! ¡Ni uno! (*Obra citada*).

GREGORIO EL SIRIO. Obispo de Roma, del año 731 al 741, más conocido por papa Gregorio III. Fue el sucesor directo de Gregorio el Romano, papa Gregorio II el Santo, en el ambicionado trono, al que procuró imitar, emular y aun superar siempre que le fue posible.

Cuando el emperador de Bizancio le felicitó por su elevación al obispado o papado romano, Gregorio respondió a su felicitación, pero dejándole entrever, suavemente, que estaba dispuesto a levantar Italia entera contra las ingerencias molestas de la corte. Jorge, un sacerdote al que había mandado para entregar su respuesta al emperador, no se atrevió a hacerlo, por lo que volvió de Bizancio sin entregar la carta. Al llegar a Roma, Gregorio lo obligó, con grandes amenazas, a embarcarse de nuevo.

Gregorio reunió un concilio, que anatematizó a todos aquellos que negaban el culto a las imágenes, y las conclusiones del concilio se enviaron al emperador. Cuando por distintos emisarios y conductos, las conclusiones de Roma llegaron al emperador, León se dispuso a imponer por la fuerza sus ideas, y confiscó todas las tierras del denominado patrimonio de San Pedro.

Gregorio, amenazado por el emperador y por el rey de los longobardos, Luitprando, que había alcanzado el exarcado y pretendía tomar Espoleto y Benevento, acudió en demanda de ayuda a Carlos Martel, duque de los franceses, que le dio largas, porque no quería enemistarse con el rey de los longobardos.

Gracias a la intervención de Carlos Martel, el obispo y rey de Roma, estableció la paz con Luitprando.

Gregorio moriría a finales de noviembre del año 741. Embriagado por su propia grandeza, el Sirio no tuvo reparo en confesar –algunos historiadores aseguran que lo afirmó en el concilio que había

convocado—: “Que la sede romana se encontraba por encima de los tronos de los reyes, y que los pontífices podían llevar a los pueblos por los caminos que desearan, sin que nadie tuviera derecho de acusarlos, porque los obispos de Roma no se hallaban sometidos al juicio de los hombres.”

El *Liber Pontificalis*, ofrece de Gregorio el Sirio un testimonio idílico y un ejemplo maravilloso de humildad y bondad, mientras que los panegiristas irredentos de la corte del Imperio Vaticano aseguran que Gregorio II y Gregorio III fueron los papas más grandes del siglo VIII. La razón de esta glorificación a ultranza era debida a la lucha constante a la que estos dos hombres se lanzaron por situar el obispado romano por encima de todos los obispados. Los dos alcanzaron la santidad promoviendo guerras y masacres; los dos alcanzaron el cielo asolando la tierra y cubriéndola de cadáveres; los dos fueron ofrecidos como ejemplo, por seguir, a pies juntillas, las doctrinas y órdenes de sus ídolos o dioses trinitarios. Su sucesor sería Zacarías el Griego, papa Zacarías (741–752).

GREGORIO PAPARESCHI. Obispo de Roma, conocido como papa Inocencio II. Fue designado, en 1130, por un grupo de electores, que habían ocultado la muerte de Lamberto Fiagnano, papa Honorio II Bis, acaecida en el monasterio de San Andrés, se cree que el día 13 ó 14 de febrero. Gregorio pertenecía a la familia de los Papi y era canónigo de Letrán y cardenal de San Angelo. Cuando su elección se hizo pública, los cardenales que no habían participado en la elección de Gregorio al papado, sintiéndose engañados, se reunieron con los obispos y clérigos y eligieron a Pedro de León, conocido también por Pedro Pierlione, que tomaría el nombre de papa Anacleto II,

elección confirmada, en un principio, por el emperador Lotario. Una nueva guerra civil cristológica, un nuevo cisma romano, se originó por los intereses en juego. Los dos hombres se disputaron con las armas el derecho al título, y la sangre corrió a raudales. Papareschi fue vencido y salió de Roma y aun de Italia con el fin de salvar la vida.

Pasó el tiempo, san Bernardo de Clara- val por medio, Lotario se puso de lado de Papareschi, y el papa Anacleto II, tras varios enfrentamientos, se vio solo y acosado, y, en el año 1138, dejaría el cargo para siempre, envenenado, según algunas plumas, por su enemigo.

Los partidarios de Anacleto II, eligieron al cardenal Gregorio Conti como nuevo papa, que tomó para sí el nombre de pontífice Víctor IV. Sin embargo, este nuevo pontífice, no teniendo demasiado interés en el cargo, renunciaría¹ un mes más tarde al mismo, y por fin, Gregorio Papareschi, pudo disfrutar del ambicionado trono sin competidor alguno, pues los Pierlione, sus enemigos encarnizados, terminaron por reconocerlo. La balanza inclinada de forma definitiva a su favor, se dedicó a borrar el recuerdo de los dos papas que le disputaron el trono, comenzando por anular la elección de los obispos y cardenales que habían nombrado a sus competidores.

El pontificado de Inocencio II no fue un paseo triunfal: conoció el destierro, la derrota, la prisión y la humillación de saberse execrado por numerosos prelados y el pueblo. Para colmar la medida, al final de su reinado, en Roma, el pueblo se sublevó por los problemas surgidos en Tívoli y la postura que él adoptó, y restableció el senado, que había sido abolido hacía siglos. La independencia del obispo de la antigua ciudad imperial quedaría, en lo sucesivo, gravemente comprometida, y su ambición de convertirse en reyes

absolutos de la misma pasaría a ser un sueño del pasado.

No faltan historiadores que aseguren que Gregorio Papareschi, papa Inocencio II, incapaz de comprender lo que estaba pasando, y, sobre todo, incapacitado para aceptarlo, enfermó gravemente, y no tardó en enfrentarse a la muerte. A la tumba bajó a finales de septiembre del año 1143. Su reinado a la cabeza del Imperio cristológico latino había durado 13 años.

Su sucesor, en las cronologías oficiales, fue Guido de Castellis, papa Celestino II Bis (1143–1144).

¹ La renuncia del papa Víctor IV, estuvo motivada, según algunos textos, por las amenazas que le dirigió san Bernardo de Claveral, que en varias ocasiones ofreció al papa Inocencio II su inestimable colaboración para luchar contra quienes le disputaban el trono obispal de Roma.

GUERRAS DEL PAPADO ROMANO, Las.

Se iniciaron en los tiempos míticos, pero deben considerarse aquellas que la historia ha registrado a partir del reconocimiento por Constantino del judeocatolicismo como religión oficial del Imperio. Son incontables, y, en ocasiones difíciles de rastrear, aunque no resulta una tarea imposible. Abarcan cuatro campos claramente especificados. Por un lado las guerras que organizan los aspirantes a colocarse a la cabeza de las comunidades, en todo el Imperio Romano, con el fin de ceñirse la mitra obispal o arzobispal. En la comunidad romana, la más estudiada y al alcance del público, son de destacar, en sus inicios, los enfrentamientos Dámaso y Ursino, que lucharon a muerte por conseguir el obispado, que costó la vida a cerca de doscientas personas. Los enfrentamientos entre aspirantes se prolongarían a lo largo de los siglos, y no cesarían hasta pasado el renacimiento. Las guerras defensivas, que tuvieron que soportar algunos obispos

de Roma para no perder la ambicionada tiara. En tercer lugar, las guerras ofensivas, organizadas por el papado para conquistar nuevos objetivos o para situarse por encima de otros obispos, reyes o emperadores. Y, por último, las organizadas por el judeocatolicismo general, desde la secta papista a las reformadas, desde las ortodoxas hasta la coptas, con el fin de expandirse en todo el mundo conocido. Voltaire¹, al hablar de los asesinatos cometidos por los papas romanos y no romanos y las víctimas producidas por la implantación del cristianismo en el mundo ofrece una relación que se acerca a los veinte millones de víctimas. Aunque la relación no pretende agotar ni apura el estudio, constituye una cifra indicativa. Si a las víctimas ofrecidas por Voltaire se añade las que pudieran atribuirse a la corte del Imperio Vaticano y a los cristianísimos gobernantes que se ampararon en sus creencias para provocar guerras, revueltas, levantamientos, golpes de estado, represiones, exterminios, genocidios y evangelizaciones forzosas, y que fueron santificados por los obispos romanos y por los reformados o por los patriarcas ortodoxos, en los dos siglos transcurridos desde la muerte del filósofo, las cifras resultan aterradoras. El supuesto mensaje de paz, que con tanta engolamiento predicaban los sacerdotes o hechiceros cristológicos, como brotado de los *Evangelios*, al ver los resultados de su implantación y expansión, obliga a preguntarse si los protagonistas de tales masacres y crímenes, guerras y genocidios, son consecuentes con el texto evangélico o, por el contrario, se inspiran en otros textos criminales.

La lectura atenta de los textos evangélicos, por no recurrir a la *Biblia*, en la que con frecuencia se apoyan obispos y pa-

pas de todo credo y condición para justificar sus crímenes, demuestra que las acciones criminales de los papas y sus esbirros son consecuentes con la doctrina evangélica, que se presta a todo tipo de interpretación, y da para justificar cualquier extremo, aun el más criminal y repulsivo. La consecuencia lógica de esta observación tras la lectura cuidadosa de las palabras de Jesús es que el *Evangelio* constituye una disculpa justificada para tales criminales.

De haber engaño, éste reside únicamente en la ignorancia, por parte de los rebaños del judeocaticismo papista, ortodoxo y reformado, de los contenidos reales de los denominados textos sagrados y de las palabras reales atribuidas al protagonista de los mismos. El pacifismo ocupa una parte mínima de los contenidos evangélicos y está fuertemente contrarrestada por la belicosidad y la actitud vengativa de Jesús en los mismos. Por ello, con los Evangelios en la mano, papas, obispos y patriarcas justificaron y justifican las cruzadas, las guerras civiles cristológicas –cismas, en jerga vaticana–, la Inquisición, la tortura, la quema de herejes, los asesinatos patibulares, las conquistas de Carlomagno, las evangelizaciones forzosas del Nuevo y Viejo mundo, la denominada Reconquista Española, la destrucción de la República Española, el golpe de Pinochet en Chile, las torturas en Argentina, los crímenes de Ante Pavelic en el Católico Reino de Croacia, y un largo etc. La causa última de esta justificación y los resultados mortíferos que de la elaboración evangélica y su expansión en el mundo fue, y sigue siéndolo, la construcción del Imperio Vaticano, y el control del mismo por la corte del obispo de Roma.

¹En *Diccionario Filosófico*.

GUIBERTO DE PARMA. (Ver *GUIBERTO de Ravena*).

GUIBERTO DE RAVENA. (Guiberto de Parma). Papa Clemente III. Fue elegido obispo de Roma, siendo obispo de Ravena, por un concilio convocado por el episcopado alemán a instancias del emperador Enrique IV, para destituir al papa Gregorio VII, el ambicioso y prepotente Hildebrando, acusado de simoníaco, de asesino y de herético, de afición a las faldas y lechos, aparte de vivir en adulterio permanente con la princesa Matilde y santificar, a la vez, la entropierna de la madre de ésta. El concilio destronó a Gregorio y puso en su lugar a Guiberto de Ravena. La elección de este hombre tuvo lugar en el año 1080. Gregorio VII, con todo, no renunciaría a la tiara. Es más, Hildebrando se defendió, a su vez, excomulgando al nuevo papa y a todos los que lo habían elegido (a Enrique IV ya lo había excomulgado antes). Hubo hasta la muerte de Hildebrando, en 1085, un nuevo cisma en la ciudad de Roma, con dos obispos o papas romanos, cada uno con sus partidarios de rigor, y lo mismo sucedería hasta la muerte de Guiberto. Clemente III gobernó Alemania, parte de Italia, Inglaterra, Hungría y otros pueblos, mientras que Hildebrando, sólo pudo contar, para mantenerse en el codiciado trono, con Matilde de Canosa y algunos Normandos. Clemente moriría en el año 1100, compartiendo el pontificado romano con los sucesores de Hildebrando, Víctor III, Urbano II y Raniero Rainieri. A pesar de la importancia de los pueblos que reconocieron a Clemente III como papa romano legítimo, la victoria final fue para los seguidores de Hildebrando¹, a quien la corte del que terminaría siendo el Imperio Vaticano quería salvar por encima de todo. Por esta razón, la nomenclatura cardenalicia declaró anti-papa a Clemente III.

¹ El papel jugado por Hildebrando para elevar el obispado romano a la cabeza del judeocaticol-

cismo fue tan decisivo, que la curia romana, agradecida, lo declaró santo. Bajo esta perspectiva era lógico que el clero de Roma considerara al papa Clemente III, partidario del Imperio, un antipapa. La curia romana –clero, cardenales y prelados de Roma, el teofuncionario de la ciudad imperial–, más que el titular de la diócesis, era quien sacaba mayor provecho de la simonía, la corrupción, los robos, los asesinatos y la indecencia de todos sus papas. La cínica visión de la historia da la razón a quienes piensan que los vicios de los magnates labran la prosperidad de los súbditos, como recuerda, entre otros, Bernard Mandeville en su obra *The Fable of the Bees: or Private vices, Public Benefits*. La riqueza artística y monumental de Italia, labrada por infinitos artesanos y asalariados anónimos, no puede explicarse sin las ambiciones, codicia, orgullo y soberbia, vicios e indecencias de los emperadores romanos y los obispos de Roma, que provocaron guerras, organizaron expolios, saqueos, razzias, asesinatos y todo tipo de masacres, para alcanzar la “gloria”, pero tampoco hubiera sido posible sin la colaboración del senado, la curia y la ciudad.

GUIDO DE BORGOÑA. Obispo de Roma, más conocido por Calixto II. Según las crónicas, hijo de Guillermo Testardita y hermano de los condes de Borgoña, que le ofrecieron el obispado de Viena antes de alcanzar el romano.

Sucedió en Roma a Juan Caetano, de los Crescencios (papa Gelasio II), en el año 1119, aunque tuvo que compartir el cargo con el papa Gregorio VIII, elegido por el emperador Enrique V.

Calixto II, orgulloso, prepotente, soberbio y autoritario hizo su entrada triunfal en Roma con una pompa digna del cualquier sátrapa oriental.

Tras fracasar las conversaciones con el emperador con respecto a las investiduras, y tras haber convocado un concilio, lo excomulgó; condenó, igualmente, las investiduras, que tan malos tragos le habían hecho pasar, y trató, por encima de todo, de que se pusiera fin a ellas. Posteriormente, como su política en Francia e Inglaterra no prosperaba, se volvió nuevamente hacia el emperador Enrique V,

al que levantó la excomunión y con el que entró en negociaciones, que se materializaron en el Tratado de Worms, por el que Enrique V dejaba de proteger al papa Gregorio VIII.

Calixto II, con las manos libres ahora, luchó contra el papa Gregorio VIII, que se había refugiado en Sutri, y al que odiaba visceralmente, odio que lo llevó a sitiario, no descansando hasta que, tras sacarlo del refugio en que se había hecho fuerte, lo humilló y torturó hasta la locura y, tras hacer que le sacaran los ojos y lo castraran¹, lo arrojó en prisión.

En el año 1123 convocó un concilio en Letrán, en donde se confirmaron los tratados firmados con el emperador.

Calixto II pretendió construir un imperio a su medida, procurando reformar las costumbres del clero en función de su sumisión al trono papal. Moriría en diciembre de 1124, sin haber conseguido ni la reforma del clero ni la de la curia romana.

Su sucesor inmediato fue Teobaldo Boccadipepera, papa Celestino II, que sería asesinado a los pocos días.

¹ Gregorio VIII, habiendo perdido la partida frente a Guido de Borgoña, su enemigo visceral, fue colocado en el listado de los antipapas, mientras que Calixto II mereció ser colocado en los listados oficiales.

GUIDO DE CASTELLIS. En el año 1143, a la muerte de Gregorio Papareschi, más conocido por papa Inocencio II, los Güelfos (partidarios nacionalistas) y los Gibelinos (partidarios del Imperio Germano) se enfrentaron en lucha abierta para conseguir el obispado de Roma. El pueblo de la ciudad¹, harto de sus disputas, en unión del clero y de los magistrados, eligió a Guido de Castellis, toscano, que era presbítero y cardenal del templo de San Marcos. Éste hombre tomó el nombre de papa Celestino II, aunque en realidad debería haber sido llamado Celestino II Bis,

pues ya hubo otro obispo de Roma con este nombre y número: Teobaldo Bocca-dipecora.

Castellis no disfrutó mucho tiempo del cargo ya que moriría, un año después de su elección, sin que se precisara la causa de su muerte. Poco antes de morir, tuvo tiempo de levantar el entredicho que su predecesor, Inocencio II, había pronunciado contra Francia.

Su muerte se sitúa a comienzos de marzo de 1144, siendo su sucesor Gerardo Caccianemici, papa Lucio II (1144–1145).

¹ En los primeros siglos del judeocaticismo, la comunidad de los fieles fue siempre la verdadera y única electora de sus obispos o papas en todas y cada una de las iglesias. Posteriormente serían sus presbíteros quienes efectuarían la elección. La diócesis de la ciudad de Roma estuvo sujeta a esta ley y regla. Solamente cuando el poder y el dinero hicieron de Roma el obispado más ambicionado de todo el judeocaticismo latino, la curia romana creó –por medio del obispo de turno– el estamento cardenalicio (1), imponiendo que la elección de su obispo fuese un atributo de los cardenales, que fueron quienes terminaron por controlar la curia.

(1) En realidad, dio nueva forma al estamento cardenalicio. (Ver *Cardenal*).

GUIDO DE CREMONA. Papa Pascual III, aunque sus enemigos lo consideran antipapa del mismo nombre. Había sido cardenal de San Calixto, y por esta razón había sido elegido, en el año 1164, el sucesor del papa Víctor IV Bis, por los cardenales partidarios de éste y del emperador Federico Barbarroja. Fue consagrado por el obispo de Lieja Enrique y confirmado por la dieta de Wurzburg. Tuvo como enemigo encarnizado a Rolando Bandinelli, papa Alejandro III, al que consideraba un usurpador, por lo que la disputada sede se vio de nuevo inmersa en uno de tantos cismas que perturbaron la ciudad y sus dominios, cismas que constituían auténticas guerras civiles cristológicas, que se prolongaron durante años y se derra-

maron por toda Italia y, en ocasiones, por toda Europa. Los hechos que cabe destacar de su pontificado fueron la canonización de Carlomagno, el hijo de Pipino el Breve, y la coronación del emperador y su esposa. Murió en septiembre del año 1168, con ocasión de una gran epidemia que diezmo Roma, aunque la razón de su muerte se relacionó con sus excesos en la mesa. Los cardenales partidarios del emperador, escogieron como sucesor suyo a Juan de Struma, que se ciñó la tiara pontificia con el nombre de Calixto III (1168–1178).

GUILLAUME DE GRIMOARD. (Guillon de G.). Papa Urbano V. Había nacido en Grizac, en el Languedoc, Francia, hacia 1309. Se hizo monje benedictino y fue abad de Saint-Victor de Marseille. Hombre de gran cultura y conocimientos, no era cardenal siquiera cuando fue elegido papa, sede de Aviñón, a la muerte de Etienne Aubert, papa Inocencio VI, a finales de septiembre de 1362.

Para los intereses del obispo de Roma, en esta ciudad, las cosas no iban nada bien, pues Visconte, con los Gibelinos, había derrotado al cardenal Albornoz y a los Güelfos. Urbano V lanzó contra aquellos una excomunión, aunque posteriormente la levantó.

Ante las súplicas de los romanos y el consejo de la denominada Santa Brígida de Suecia, decidió trasladar su corte a Roma. Llegó a la ciudad el 16 de octubre de 1367. Sin embargo, tres años después, ante la gravedad política de la ciudad, decidió regresar a Aviñón.

A finales de septiembre de 1370, se sintió gravemente enfermo, muriendo antes de finalizar el año.

Habiendo sido considerado uno de los obispos reales, no míticos, menos indecentes que tuvo la ciudad de Roma, fue honrado con el título de beato.

Su sucesor sería Pierre Roger de Beaufort, papa Gregorio XI (1370–1378).

GUY FOULQUES. (Guido le Gros, Guido le Gros Foulques). Obispo de Roma, más conocido como papa Clemente IV. Se ciñó la tiara pontifical romana en el año 1265, cuatro meses después de la muerte de su anterior propietario, Jacques Pantaléon (papa Urbano IV), tiempo que tardaron los electores en ponerse de acuerdo con el Espíritu Santo para designarlo. Había nacido en St. Gille, cerca de Nimes, en la Provenza, siendo, por lo tanto, súbdito de Carlos de Anjou. Había sido soldado y era abogado de profesión, estuvo casado y tenía dos hijos. A la muerte de su esposa, se refugió en un convento, pero, por su habilidad como abogado, le fue ofrecido el obispado o papado de Le Puy, posteriormente el obispado–papado de Narbona. La tiara pontificia le fue ofrecida por una reunión de cardenales en la que él no estaba presente. Nada más ceñirse la corona facilitó la ambición de Carlos de Anjou de hacerse con Sicilia, esperando un día hacerse él mismo con la isla¹. La batalla de Benevento puso fin al reinado y la vida de Manfredo de Sicilia, y su hijo Conradino fue asesinado patibularmente por Carlos², asesinato que, los turiferarios del papado afirman que no pudo ser evitado por el piadoso pontífice³. Clemente IV moriría en Viterbo, a finales de noviembre de 1268. Tras su

desaparición, el trono permaneció sin titular durante cerca de cuatro años. Finalmente, en el año 1272, Teobaldo Visconti se haría con él y reinaría con el nombre de papa Gregorio X (1272–1276).

¹ Las condiciones impuestas por el papa Clemente IV a Carlos de Anjou, autorizándole la conquista de Nápoles y Sicilia van en esta dirección. Es más, su sucesor, Teobaldo Visconti (papa Gregorio X, beato), que se había manifestado en contra de la elección de Rodolfo de Habsburgo, se reconcilió con él, cuando Rodolfo le prometió ayudarle a quitar Sicilia a Carlos de Anjou para entregársela a él.

² Según algunos historiadores, a instancias de Clemente IV, que no ocultó, en ningún momento, las ansias que tenía de incorporar Sicilia a los Estados papales, lo que habría que descartar, en redondo, si Conradino seguía con vida. El papa unió al crimen la infamia. Si la desaparición del joven príncipe era fundamental para colmar las ambiciones de Clemente, también lo era ocultar que, mientras Conradino subía al patíbulo, sus últimas palabras habían sido para declarar solemnemente que dejaba el Reino de las dos Sicilias, en herencia, a su primo Federico de Aragón, como afirmaron algunos testigos, a quienes Clemente no pudo matar antes de que hablaran.

³ G. Ariento, en *Los papas*, hablando de Carlos y del piadoso Clemente IV, afirma: “Un mes después (Carlos) derrotaba a Manfredo en Benevento y se manchaba con el cruel asesinato de Conradino; muerte que fue censurada y juzgada severamente por el papa Clemente, que en vano exhortara a Carlos a la moderación y a la justicia.” Lo que calla Ariento es que el obispo de Roma, al ser consultado sobre la suerte del niño –Conradino tenía 15 años– dijo claramente que si el niño vivía, Carlos vería peligrar su propia cabeza, lo que no era una invitación pura y simple al asesinato, sino una exigencia al mismo.



HÁBITOS NEGROS, Los. Una de tantas logias que se formaron al amparo del servicio de espionaje de Imperio Vaticano, la *Sancta Societas*, con la finalidad de llevar adelante la política cloacal de la corte pontificia romana y sus papadioses o reyes divinos. Estaba dirigida, al igual que los “Seguidores de Jehú” y la “Sociedad de los Trece”, a luchar contra los Carbonari, los Calderari, los Peregrinos Blancos, los Independientes, etc., asociaciones revolucionarias que se oponían al teofuncionariado papista y que luchaban contra la opresión secular del Imperio Vaticano y sus reyes o pontífices. Floreció, como otras similares, a comienzos del siglo XIX.

HEBRAICA, Religión. Expresión con la que se conoce, habitualmente, el teísmo yahvídico, abrahámico o mosaico, una de tantas ramas del politeísmo semítico, y del cual, por evolución y ruptura, surgiría la cepa del judeocatolicismo filorromano imperial, que daría lugar, con el paso de los siglos, a la creación del Imperio Vaticano. El fundamento teopolítico hebraico se encuentra narrado en la *Biblia*, y tiene como protagonista principal al pueblo hebreo, una de tantas ramas de los pueblos semitas¹, y su dios Yahvé, convertido en Yahvé–Cristo–Espíritu santo, por sus hijos bastardos, los judeocatólicos de todo signo y color.

¹ Esta afirmación debe tomarse con ciertas reservas, a pesar de la opinión generalizada de mu-

chos historiadores, para quienes el origen de los pueblos semitas, según el catecismo bíblico, estaría en Sem. H. E. Del Medico, en su obra *La Bible Cananéenne*, ya en la introducción sugiere que los Hebreos constituyen el resto de la población Hitita que hacia el año –1900 partieron a la conquista de Babilonia, opinión que, según este autor, se desprende de los textos de *Ras Shamra*. (Payot, Paris, 1950).

HENRICH KRAEMER. Se cree que nació hacia el año 1430, en Schlettstadt, y cuyo apellido era, en realidad, Institoris. Sacerdote o hechicero cristológico, perteneciente a la Orden de Predicadores (dominicos), autor, con su compañero de andadura, Johann Sprenger, del libro *Maellus Malificarum*, libro destinado a exterminar a quienes eran acusados de la brujería. Los dos hombres, encargados por los reyes del judeocatolicismo imperial latino de terminar con la denominada brujería en Alemania, consiguieron que su sanguinario recuerdo no se borrara jamás de la mente de los alemanes. Su vesania, atropellos, torturas, crímenes y atrocidades en nombre del Jesucristo evangélico y a beneficio de la corona imperial papista fueron tan monstruosos como arbitrarios. El libro, a pesar de su aberrante indecencia fue durante muchos años el manual idóneo e imprescindible de todo agente policial supranacional del papado, es decir, de todo inquisidor. Kraemer, ya anciano, siguió publicando obras y tratados de carácter polémico, entre los que se encuentran

Tractatus varii contra quattuor errores... (1496) y *Sanctae romanae Ecclesiae fidei defensionis clypeus...* (1502).

HEREJE, EI. En principio, miembro de un grupo al que se considera el enemigo del poder y de la cédula de poder que controla el grupo. Se lo define, pues, según los contextos, como traidor y renegado. Cuando los miembros que controlan los grupos y las sociedades ven su poder en peligro por las predicaciones de los herejes tratan de destruirlos. Para ella nada mejor que considerarlos enemigos públicos número uno, con el fin de justificar su exterminio. El teofuncionario cristológico, más concretamente el obispado romano –vulgo, papado–, siempre que vio un peligro para su pervivencia y poderío dentro del religionismo evangélico, acusó a sus protagonistas de herejes y los denigró con sus anatemas, que era tanto como levantar la veda de la caza de los mismos. El hereje, por encima de todo, era considerado un delincuente político, y como decía Alfonso de Castro, un teólogo español y teoturiferario del papado, no existía delito tan grande como el de la herejía, por esta causa el hereje debe de ser eliminado como sea, antes de que contamine la sociedad, ya que es un enfermo que no quiere aceptar la cura.

Sorprende que, desde los tiempos míticos del judeocatolicismo, jamás hayan faltado herejes que pusieron en solfa las doctrinas dogmáticas, los contenidos evangélicos y la ética del judeocatolicismo cristológico. Ya a finales del siglo segundo, el escritor y filósofo Celso reconoce que desde que los judeocatólicos comenzaron a manifestarse, se apreciaron las divisiones y subdivisiones que los diferenciaba, y afirmaba que no todos estaban motivados por los mismos sentimientos. Poco después, Ireneo

de Lyon no duda en manifestar que ya desde los míticos tiempos apostólicos las discrepancias entre los seguidores de Cristo se multiplicaron hasta el infinito y las herejías surgieron incontenibles. Pero esta tendencia, natural en el contexto en que surgió y se consagró el judeocatolicismo, se multiplicó cuando el obispado de Roma pretendió, con todo tipo de falsificaciones, colocarse a la cabeza de los demás obispados. Quienes se opusieron a esta nueva aberración, en el ya más que aberrante religionismo cristológico, fueron declarados herejes; y, cuando el poderío papal se incrementó y pudo hacerlo¹, tales disidentes, fueron condenados, torturados y asesinados en nombre de Cristo para mayor gloria del obispo de Roma. Para hacerlo con la conciencia tranquila, elaboraron todo tipo de leyes, que condicionaron durante siglos la sociedad, y que les permitieron justificar todos los crímenes contra la humanidad que cometieron, entre los que estaban la matanza inmisericorde de los herejes.

¹ En los primeros siglos del judeocatolicismo filorromano imperial, la herejía fue esgrimida por campos opuestos, en función de las creencias de los emperadores. De aquí que las contiendas se dirimieran, en ocasiones, en los campos de batalla, o, en el caso de incertidumbre –un emperador que no terminaba de decantarse por una creencia u otra– en algaradas callejeras que no se saldaban sin víctimas mortales. Cuando el poder se decantó en un sentido definitivo, y se expresó cuál habría de ser en lo sucesivo la ortodoxia dominante, las víctimas terminaron siendo siempre los enemigos del obispado romano, para el que nunca faltaron teogorrones y teoparásitos dispuestos a lucir la teopologética más depurada para justificarlo y ensalzarlo.

HEREJÍA. Apelativo con el que el clero, obispos, cardenales, pontífices, popes, papas y pastores del religionismo evangélico –teofuncionario cristológico–, en todas sus ramas, justificaron sus guerras, genocidios, masacres, asesinatos patibulares, robos y crímenes contra la

humanidad, desde el siglo IV al XIX¹. La acusación de herejía, como es lógico, llegaba aparejada la condena y, con muchísima frecuencia, la tortura y el asesinato “legal” en nombre de Cristo². El desprecio absoluto que el clero, obispos y papas demostraban hacia la finalidad teórica con la que habían justificado la encarnación de Jesús, es decir, el supuesto amor de su dios trinitario a los hombres y sus ansias de salvación de los mismos, reflejaba claramente cómo los textos bíblicos y evangélicos fueron escritos por el clero leviticocristológico, demostrando a la vez, que el judeocatolicismo o “cristianismo”, papista o no, y el clero fueron anteriores a los *Evangelios* y a Cristo, y que los colectivos sacerdotales, obispaes y pontificios judíos y judeocatólicos fueron los verdaderos escritores de la *Biblia* y de los *Evangelios*. Era imposible que se dieran contradicciones tan brutales entre la supuesta doctrina pacifista, amorosa y universal³, pretendidamente evangélica y cristológica, y su práctica; y estas contradicciones sólo son explicables si la finalidad última de salvar la propia organización estaba por encima de los supuestos teóricos y cristológicos con que se pretendía justificar dicha organización. El credo o los contenidos dogmáticos era lo de menos, por ello la herejía se vio en todos aquellos movimientos, ideas, tendencias que pusieran en solfa el poderío papal romano. Su aplicación arbitraria e inmisericorde estaba justificada por los objetivos a perseguir: la supremacía de la curia romana sobre las demás curias, la realeza del obispo de Roma y la superioridad de éste sobre el colectivo de obispos. Cualquiera que pudiera atentar contra estos objetivos podía ser acusado de herejía y ser asesinado patibularmente por el papa y sus secuaces. Esta es la razón por lo que la jerarquía judeocatólica papista es la única que permanece

incólume frente a los avatares de la historia, mientras se aprecia la degradación progresiva de los textos evangélicos y la momificación permanente de Jesucristo, lo que lleva a pensar que si ayer la curia y corte del Imperio Vaticano necesitó componer los *Evangelios* para poder configurarse, alcanzar el poder del que hoy todavía goza, y mantenerse en él contra viento y marea, mañana fabricará los documentos necesarios para seguir navegando, viento en popa, aunque sea condenando, por heréticos, a los mismos *Evangelios*⁴. Este cambio, que ha podido apreciarse a lo largo de los siglos, ha sido acertadamente culminado el siglo pasado, puesto que el estatuto de Estado autónomo logrado por la corte papal del Imperio Vaticano, reconocido internacionalmente, le garantiza, en la actualidad, mucho más que los *Evangelios*, catecismos, dogmas, encíclicas y cartas, una pervivencia sin obstáculos. Esta es la razón por la cual, en el contexto mundial de la teopolítica vaticana, la acusación de herejía ha dejado de tener, en principio, el significado tenebroso de un asesinato patibular, en nombre de Jesucristo, cometido por el papa romano de turno y sus sicarios.

¹ Con los emperadores Graciano y Teodosio la herejía había sido equiparada al crimen de lesa majestad y era castigada con la pena de muerte.

² Hacia el año mil las herejías habían desaparecido, al menos oficialmente, del panorama del judeocatolicismo florromano imperial, tanto el griego como el latino. Ciertamente, no faltaban acusaciones recíprocas de heréticos entre el patriarca del judeocatolicismo griego y el obispo romano, pero las sedes estaban lejanas y el litigio no podía dirimirse con las armas en la mano. Además, se tenía la esperanza de que con el fin del milenio la parusía cristológica se realizara, por lo que constituye un tiempo de espera. Pero cuando el siglo XII comienza su andadura, y ni llega la parusía ni el papa romano renuncia a su corrupción y teoogolatría, los descontentos saltan a la calle y exigen del

teofuncionario papista una mayor pureza de costumbres, y una fidelidad a la pobreza evangélica más consecuente. Los fieles, que deseaban terminar con la corrupción papal, a la cual no se ponía freno, sino que se fomentaba desde la misma corte pontificia, se unieron en grupos de protesta, lanzándose a la calle y predicando la pobreza que Cristo manifestó en los evangelios. Albigenses, Cátaros, Valdenses, Husitas y otros grupos similares conmocionan Europa entera y pretenden, predicando con el ejemplo, terminar con la corrupción de Roma. El pontificado se solivianta y castiga con el anatema a todos. El rey y obispo de Roma Lotario de Segni, papa Inocencio III Bis, (1198–1216), exige del cuarto concilio de Letrán, celebrado en el año 1215, que se los asesine a todos. Para lograrlo con mayor efectividad, los legados papales se mueven de un reino para otro, de un principado a otro, ofreciendo las riquezas de los acusados de herejía a quienes colaboren en su destrucción. Más adelante, se crea un organismo dirigido especialmente a dicha la tarea, la Santa Inquisición, el Santo Oficio –en la actualidad, la Congregación para la Doctrina de la Fe–, encargada de descubrir el menor rastro de herejía y de asesinar patibularmente, por orden y en nombre del papa romano, a todos heréticos y sospechosos tras haberlos sometido a la tortura. A pesar de los crímenes del papado, los movimientos de purificación evangélica no podrán controlarse y dos siglos después el poderío papal en Europa se resquebrajará por completo.

³ Es obligado precisar, que la supuesta doctrina amorosa y pacifista de los textos evangélicos es lo que es: una supuesta doctrina. Tales contenidos, al igual que los bíblicos, pueden dar opción a todo tipo de interpretaciones, aun las más contradictorias, justificando tanto el pacifismo a ultranza como los crímenes más indecentes (1). Las pruebas son apodícticas, lo que implica una ambigüedad absoluta, tanto en el terreno doctrinal, en el ético, como en el moral y el práctico, que dará opción a utilizar sus contenidos en función de los intereses en juego. Esta es la razón por la que puede afirmarse, sin faltar en absoluto a la verdad, que todas las bestialidades, masacres, crímenes, asesinatos, tropelías y genocidios –hoy diríamos crímenes contra la humanidad– del papado romano, y del judeocatolicismo en general, encontraron su justificación en la *Biblia*, en los *Evangelios* (*Biografías nicenas de Jesús*, los *Hechos*, las *Cartas* y el *Apocalipsis*) y en los creadores y sacralizadores principales de tales libros y sus protagonistas, los levitas, judeopontífices y los llamados Padres de la Iglesia.

(1) Jesús se manifiesta en los textos evangélicos, en ocasiones, como un hombre bueno y pacífico, amante y solícito, mientras que en otras se muestra como un perseguidor implacable, vengativo y exterminador y con un lenguaje barriobajero, que enriquece todavía más el argot malsonante con que su padre Yahvé ilustra la *Biblia*, y que ya quisieran para sí los especialistas en chairas. Estas dos posturas, claramente definidas en los textos citados, brotan, como es lógico, de la unión de dos personajes totalmente diferentes, o, lo que no puede descartarse tampoco, de una misma persona que se dirige a dos colectivos distintos. La figura que se manifiesta amante, buena y complaciente se dirigiría a los de su propia casa –habría que entender los judíos y, más particularmente, a sus propios sectarios–, y cuando se manifiesta con un odio perverso y ansias vengativas estaría dirigiéndose a los extranjeros –en este caso a los romanos, y a los judíos que no actuaban como él quería–. Las hipótesis que se desprenden de estas conclusiones tienen sus defensores, aunque resulta difícil aceptar, por la lectura detenida de los textos y los datos que ofrece la crítica histórica, que se trate de una sola persona. Parece más adecuado concluir que el Jesús evangélico no es más que un personaje de ficción con injertos de personajes reales de la historia judía, muy opuestos entre sí, y emplastes tomados de la *Biblia*.

⁴ Conviene recordar que la *Biblia* y los *Evangelios* estuvieron incluidos ya en el *Índice de Libros Prohibidos*, por ser considerados por el rey del Imperio Vaticano y sus teoturiferarios como libros nefastos para sus rebaños.

HERMANAS. Con el título genérico de hermanas se conoce gran número de logias femeninas, dirigidas a la propagación del religionismo cristológico y al engrandecimiento del Imperio Vaticano. Sin embargo, siendo las posibilidades de actuación tan grandes, y los campos tan variados, las actividades se reparten en función de una preferencia, más o menos manifestada por la fundadora o fundadores de tales logias, aunque predomina siempre el criterio de rentabilidad económica –jamás expresado– y la conservación del grupo. Su actividad oficial se centra en la asistencia sanitaria, la acogida a los menesterosos y la “for-

mación" de la juventud. Entre las logias más conocidas se encuentran las H. Adoratrices de la Preciosísima Sangre, las H. Carmelitas de la Caridad, las H. de la Caridad, conocidas también como Hijas de la Caridad, las H. de la Doctrina Cristiana de Nancy, las H. de San José de la Aparición, las H. de Santa Ana, las H. del Bocado del Pobre, etc.

HERMANOS. Título genérico, adoptado por un gran número de logias masculinas judeocatólicas papistas, y que tienen como finalidad principal el engrandecimiento y consolidación del Imperio Vaticano y sus reyes a través del proselitismo en los colectivos y pueblos en que se establecen. Entre las logias que utilizan este nombre, repartidas por toda Europa, si no por todo el mundo, se encuentran los H. Cristianos, los H. de la Caridad, los H. de la Instrucción Cristiana de Ploermel, los H. de la Instrucción Cristiana de san Gabriel, los H. de la Sagrada Familia de Belley, los H. de la Vida Común, los H. de las Escuelas Cristianas, los H. de Nuestra Señora de la Misericordia, los H. de San Francisco Javier, los H. de san Vicente de Paúl, los H. del Sagrado Corazón, lo H. y Hermanas de Jesús, los H. Misioneros de san Francisco de Asís, y otros muchos.

HIEROCRACIA. Palabra que, por sus raíces griegas, significa el gobierno de lo sagrado. Ahora bien, puesto que, en último y primer termino, lo sagrado, en cualquier sociedad o colectivo, consiste en prohibir a la mayoría los privilegios que se reserva una parte determinada del mismo, la hierocracia se reduce a lo que resultan ser todas las formas de gobierno: el ejercicio del poder, más o menos sutil, de las minorías en detrimento de los intereses de la mayoría. En el caso de la hierocracia, las minorías pretenden ser el teofuncionariado de una divinidad

que inspira todo el sistema social. Esta es la razón por la que con esta palabra se designa, habitualmente, el gobierno de los colectivos de hechiceros o sacerdotes sobre sus parasitados o víctimas. Pretenden de este modo separar claramente la teocracia, que sería el gobierno de un ídolo –dios, en jerga clerical– del gobierno de los brujos, sacerdotes o mistagogos de ese ídolo o cualquier otro. Sin embargo, esta separación es ficticia, puesto que los ídolos o dioses sólo existen en la mente de sus creadores, hechiceros, sacerdotes, brujos, obispos, papas y magos que los han configurado, en función de sus propios intereses, por causas históricas que exigirían un estudio profundo y detallado. En sí misma, la hierocracia resulta idéntica a la teocracia, puesto que las manifestaciones de cualquier dios, de existir, sólo pueden ser reconocidas o interpretadas a través de sus autoproclamados teotraductores o teorepresentantes, lo que obliga a reconocer, ante la imposibilidad de saber por otros conductos la voluntad de los ídolos o dioses, que los colectivos sacerdotales son los verdaderos reyes divinizados de una colectividad. La mente (el cerebro), a la vez que formula la existencia de los ídolos o divinidades, los invalida al instante, pues demuestra que son su propia creación, y que sólo a través de ella misma puede demostrarse su existencia o puede constatarla. La razón, aunque no pueda oponerse a las elucubraciones metanaturales, metafísicas y metahumas, puesto que ella misma brota de la mente, y ésta no tiene límites en sus devaneos, sí puede descubrir y controlar sus desvaríos, en cuanto que intenta actuar en función de realidades físicas, químicas, biológicas, matemáticas, científicas y lógicas a las que debe su existencia la mente y por lo mismo, el hombre entero. Éste, a su vez, puede actuar como si las elaboraciones

de la mente gozaran de una existencia real, pero eso jamás podría constituir una prueba de la existencia de los dioses o seres metanaturales o metafísicos que ella misma forja, construye y da vida. Si el hombre actuara¹ dando por admitido dicho presupuesto, lo único que haría sería sumergirse en una realidad virtual, teopsicológica, que pudiera dar sentido a su vida, pero que no por ello dejaría de ser una ficción y un espejismo de graves consecuencias para él mismo y para la sociedad, como demuestra la historia. Esta elaboración teocrática virtual, esta ficción motora o justificadora, puede ser sostenida con la supuesta intervención de los dioses o ídolos en la vida del hombre, del grupo, del mundo y del universo, es decir con los denominados milagros y la magia. Pero la magia y la milagrería, argumentos históricos tradiciones y fundamentales para demostrar la existencia de los dioses ante los pueblos², no existieron más que en la enfermiza mente de los parásitos y los parasitados de la divinidad; en los primeros, como expresión de su bribonería e indecencia o de su fanatismo y ceguera, en los segundos como resultado de su ignorancia y servidumbre.

¹ En realidad el hombre se mueve, a lo largo de su vida, víctima del magismo teomístico, teopolítico, teosocial, de su ignorancia, de la inercia y de la bribonería de sacerdotes, maestros y líderes, inmerso en realidades virtuales que no existen más que en su mente, y que se han ido forjando a lo largo de los siglos para mantener las desigualdades sociales y la explotación del hombre por el hombre.

² La razón no existe para una colectividad, que se mueve, por encima de todo, por impulsos primitivos, cuyas raíces hay que buscarlas en el subconsciente, la bioquímica o la simpatía de masas. La irracionalidad, que ha condicionado durante milenios la ignorancia visceral que tenía el hombre sobre sí mismo y el entorno que lo envolvía, sigue siendo un elemento fundamental para configurar sus conceptos sociales, de aquí que las manifestaciones de carácter mágico, el folclore místico y la teomilagrería sean elementos y argumentos fundamentales de su vida, dando

lugar a su inmersión de lleno en lo que pudiera llamarse teopolítica primitiva virtual.

HIGINIO EL ATENIENSE. (*Pertenece a la leyenda*). Obispo de Roma, más conocido por papa Higinio. Según las crónicas oficiales compuestas en la curia romana, fue elegido rabino, levita o pastor de la comunidad judeocatólica de la ciudad del Tíber en el año 136, a la muerte de Telesforo, y se mantuvo a la cabeza de dicha comunidad hasta el año 140¹. Se afirma de él que empleó una gran energía para reprimir las herejías de su tiempo, de aquí que se lo haga luchar contra Cerdón y los seguidores de Marción, lo que expresaría claramente que no nos encontraríamos en una comunidad judeocatólica, sino en una comunidad judía, cien por cien, aunque heterodoxa, de la diáspora. Además, en el tiempo de su supuesta muerte –año 140– es cuando se estima que Marción presentó sus cartas y su evangelio a las autoridades judías de Roma, lo que pone en solfa la lucha que mantuvo con los seguidores de este reformador. Por otro lado, el evangelio de Marción se considera el primero de todos los conocidos hasta la actualidad, tanto entre los apócrifos como los canónicos, evangelio que para nada hace referencia al Jesús que se fraguaría y fabricaría en siglos posteriores.

No teniendo nada que decir de esta entelequia histórica, la corte del Imperio Vaticano le atribuye un tratado sobre el dios Yahvé–Cristo–Espíritu Santo y unas decretales.

Higinio fue uno de tantos supuestos obispos de Roma facturados al emperador judeocatólico en lote y honrados con el título de santos.

Su sucesor sería, según las cronologías al uso, Pío de Aquileya, papa Pío I (140–155).

¹ Listados hay, con el *nilhil obstat*, que señalan su reinado del año 154 al 158.

HIJAS. Nombre genérico de varias logias femeninas, dedicadas a la propagación del religionismo cristológico. Entre ellas destaca la de las H. de la Caridad, fundada por Vicente de Paul y Luisa de Marillac, en el año 1623. Esta logia fue confirmada en el año 1660 por el obispo de Roma Fabio Chigi, más conocido por papa Alejandro VII. Su dedicación oficial es la asistencia a los menesterosos, gracias a la cual se ha convertido en la logia femenina más rica del mundo occidental. Se las conoce también con el nombre de Hermanas de la Caridad. Sus fundadores, por el servicio inestimable que ejerció y ejerce la logia en la propagación del imperialismo vaticano, fueron colocados en el empíreo judeocatólico y son honrados con el título de santos. Otra logia que destaca, es la de las H. de la Sabiduría, fundada por Grignon de Monfort y Maria Luisa de Jesús, en Poitiers, en los primeros años del siglo XVIII. Su finalidad pública es la asistencia a pobres, enfermos y niños necesitados. Tiene singular importancia la logia de las H. del Sagrado Corazón, fundada por la beata¹ Verzeri, en el año 1831, en Bérgamo, que tiene como dedicación exclusiva la propagación del culto a la víscera motora –el corazón– del supuesto Jesús evangélico en sus colegios.

¹ Título honorífico que la coloca, como interina, en el atrio del paraíso judeocatólico papista.

HIJOS. Con este término se conocen algunas logias masculinas judeocatólicas. Los más conocidos son los H. de la Divina Providencia, los H. de la Sagrada Familia, los H. de María Inmaculada, los H. de Santa María Inmaculada, los H. del Sagrado Corazón de Jesús, etc. Todos ellos tienen como finalidad específica el proselitismo religioso y la expansión del Imperio Vaticano.

HILARIO EL SARDO. Obispo de Roma, más conocido como papa San Hilario. Nacido en Cerdeña, fue elegido por el pueblo romano en el año 461, tras la muerte de León de Volterra, papa León Magno. Antes de conseguir la ambicionada mitra de Roma había sido representante de Zósimo en el concilio de Éfeso, y de León de Volterra en el de Calcedonia, en donde trató de defender, contra viento y marea, los intereses de sus señores. Siguió la política de su predecesor, con el fin de lograr la supremacía del obispo de dicha ciudad por encima de los demás obispos, por lo que trató de inmiscuirse en los asuntos de las demás diócesis. Se enfrentó al obispo de Viena, San Mamerto, porque había destinado al obispado de Die a un sacerdote al que el pueblo y el clero respetaba; a tanto llegó Hilario, que amenazó a Mamerto con quitarle sus privilegios, lo que hizo que éste le respondiera claramente, que se limitara a dirigir las ovejas de sus apriscos, y no se metiera en camisa de once varas¹.

Persiguió a nestorianos, macedonios, entiquianos (eutiquianos) y a quienes podían empañar su poderío absoluto.

Mientras el pueblo moría de hambre se dedicó a llenar las arcas de sus palacios y a construir templos.

Llama la atención un detalle, sobre todo teniendo en cuenta el orgullo que demostró en su vida y actos. Si fue designado con el título de papa, al igual que todos los pastores o sacerdotes del judeocatolicismo general, él mismo no se designó con él, a pesar de que era el nombre común, no solamente para los obispos, sino para todos los presbíteros y consagrados del judeocatolicismo: pasarían siglos antes de que el nombre de papa designara, en exclusiva, al obispo de Roma. En la pequeña capilla adosada que erigió junto al templo dedicado al evangelista Juan, en el Laterano, al que

profesaba especial devoción, tiene a gloria ser designado con el nombre de obispo, y no con el de papa, por ser éste un calificativo general entre los sacerdotes. En dicho templo está escrito: *Liberatori suo, Iohanni Evangelistae, Hilarius Episcopus famulus Christi*. El detalle obliga a pensar que, a pesar de las ambiciones que venían demostrando los titulares del obispado de Roma, la figura del papado no se había fabricado todavía, ni tampoco, a pesar de las afirmaciones de la corte del Imperio Vaticano, se veía en el obispo de Roma a ningún representante de Cristo que no se viera igualmente en los demás sacerdotes y obispos del judeocatolicismo, y que la distinción que dicho título sugeriría con el paso de los siglos no existía entonces, pues era utilizado por todo el clero.

Hilario debió de morir, según rezan las crónicas más antiguas, en el año 468, siendo enterrado en la cripta del templo de San Lorenzo. Los servicios prestados y la época en que vivió le merecieron el título de santo.

Su sucesor en el trono de la disputada diócesis fue Simplicio de Castino, papa Simplicio (468–483).

¹ Siglos después, Baronio, tratando de justificar a Hilario, afirma que cualquier hombre puede equivocarse en asuntos religiosos.

HILDEBRANDO DE SOANA. (Conocido, también por H. Aldobrandesco, H. Aldobrandini).¹ Papa Gregorio VII. Hijo de una mujer llamada Berta, e hijo legal de su marido, llamado Bonizione (Banizon), se ignora la fecha de su nacimiento, que se cree no fue anterior al año 1014, en la pequeña localidad de Soana, en Toscana. Su padre era un humilde carpintero, que sólo hubiera podido prepararlo para el oficio, pero pudo estudiar gracias a la ayuda de un cierto tío materno llamado Lorenzo², abad del monasterio clunia-

cense de Santa María del Monte Aventino, que vigiló su formación y estudios en todo instante, y le proporcionó las enseñanzas necesarias para moverse en el delicado mundo de la diplomacia clerical y teopolítica. Lorenzo se lo llevó con él a Roma, cuando todavía era un niño³. El atractivo que Hildebrando encontró en la vida religiosa, desvelada por Lorenzo, le hizo progresar en esa dirección. A los quince años, por disposición de sus protectores, que cuidaban con esmero de su formación, fue enviado al monasterio de Cluny, Francia, donde terminaría sus estudios.

Antes de regresar a Roma, decidió pasar por la corte del emperador Enrique el Negro, en donde su elocuencia y habilidad le abrieron muchas puertas. Su fama llegó hasta Roma, en donde reinaba Bruno de Egisheim–Dagsbourg (papa León IX), que lo llamó al instante, y lo tuvo de consejero, poniendo en sus manos la abadía del monasterio de San Pablo, en donde los monjes vivían con sus amantes, a las que tenían al servicio del monasterio. Hildebrando trató de imponer una rígida disciplina, y expulsar a las mujeres, pero habiendo sido sorprendido en la cama con una de las criadas más bellas del monasterio, tuvo que condescender con las costumbres imperantes para no ser acusado de hipócrita y cínico.

A la muerte de León IX, la mano de Hildebrando se hizo sentir en lo sucesivo en la elección o derrocamiento de los reyes tializados del obispado de Roma⁴, futuro Imperio Vaticano. Su habilidad y astucia lo hicieron idóneo para las misiones diplomáticas, que llevó a cabo con gran satisfacción de sus mecenas y señores.

En el reinado de Anselmo de Baggio, papa Alejandro II, Hildebrando de Soana había ya sobrepasado los cincuenta años de edad. Era un hombre más que maduro, y un diplomático que contro-

laba los hilos de la política de la curia romana, con relaciones en todas las cortes de Italia y de Europa. Era la persona mejor dispuesta para sucederle. Enemigos no le faltaban, pero él, a su vez, era enemigo acérrimo de no pocos nobles y aun de la corte imperial aunque no lo demostrara⁵.

Cuando Alejandro II murió, a finales de Abril del año 1073, Hildebrando juzgó llegado el momento de ceñirse él mismo la envidiada corona del obispado romano y, sin esperar el entierro del difunto, se presentó en el cónclave con gente armada, y al punto fue elegido, tomando el nombre de Gregorio VII. Por fin podía dar rienda suelta a su teogolatría, soberbia y orgullo.

Este papadiós, este inigualable rey-divino, un año después de su conquista del trono pontificio, convocó un concilio (1074), en el que exigió la prohibición absoluta de clérigos casados. Tenía muy claro que el matrimonio de los clérigos los ataba al Estado, por medio de la familia, y por ello había que evitarlo, para que se sujetaran en cuerpo y alma al obispado de Roma. No faltan quienes atribuyen a este papa la afirmación de que eran preferibles los clérigos amancebados, sodomitas, incestuosos y pederastas antes que los casados.

El clero francés, ante la hipocresía del papa Gregorio VII, al que acusaba de adulterio con la condesa Matilde y con su madre, declaró, en conjunto, que antes abandonaría el sacerdocio que la familia. Las ambiciones del papa lo enfrentaron al emperador Enrique IV de Alemania, el cual se vio obligado a oponerse a él; contaba con la ayuda del clero alemán y el de Lombardía. El emperador convocó un concilio contra el papa. Tras un tira y afloja, la ventaja fue para Gregorio, que echó mano de excomuniación para amedrentar al emperador y levantar a los príncipes

contra él. Enrique, viendo el efecto de la excomuniación, tuvo que dar su brazo a torcer, y acceder a las exigencias del papa. Y no solamente tuvo que ceder, sino que tuvo que aceptar la humillación pública de presentarse ante el papa para pedirle perdón, escena que se desarrolló delante del castillo de la princesa Matilde, en Canossa (1077).

Pasado el tiempo, y como la ambición de Hildebrando crecía, lo mismo que sus exigencias y pretensiones, Enrique, harto ya de ser acusado de debilidad ante el obispo romano, se preparó para enfrentarse definitivamente a su tortuosa política. Reunió un nuevo concilio en Worms que condenó y destituyó al papa, eligiendo en su lugar a Guiberto de Ravena, que tomó el nombre de papa Clemente III (1080–1100). Habiendo triunfado de los partidarios de Rodolfo, al que Gregorio había nombrado rey de Germania, se dirigió a Roma. En el año 1084 sitió la ciudad y, utilizando todas las argucias del papa, consiguió que sus partidarios le abrieran las puertas de la ciudad. Gregorio VII se refugió en el Castillo de Sant'Angelo y consiguió sobornar a un cardenal para que matara al rey. El atentado, fallido, señalaba al papa, por lo que le granjeó nuevos enemigos. Enrique tuvo que regresar a Alemania sin haber conseguido poner la mano en el astuto pontífice, lo que aprovechó éste para seguir maquinando contra él.

Cuando Enrique volvió a Roma, en la primavera del año siguiente, Hildebrando Aldobrandine, papa Gregorio VII, se había refugiado en Salerno, temiéndose lo peor, y en esa ciudad moriría a finales de mayo de 1085, devorado por la ira y la impotencia. Según algunos testigos, las últimas palabras de este papa, cuando todavía estaba consciente, fueron para maldecir a todos los que había odiado, entre los que se encontraba Guiberto,

Enrique y quienes habían tratado de poner un freno a sus ambiciones.⁶

Hildebrando no deja de ser una figura controvertida, pues hay quien lo considera un ambicioso y un asesino nato, y hay quien lo tiene por un tirano y un cínico e hipócrita visceral, lo que le permitió defenderse contra viento y marea y defender sus propios intereses –que identifico con los intereses del imperio judeocatólico y los de la curia romana– por encima de cualquier otro objetivo. No faltan tampoco quienes lo consideran un político realista, sin escrúpulo alguno, y un ególatra compulsivo, virtudes fundamentales para todo jefe carismático, tan alabadas, con otros nombres, en las minorías gobernantes, y necesarias para construir y consolidar cualquier imperio. Su soberbia y prepotencia le crearon muchos enemigos, pero él, a su vez, odió con todo el alma a quienes no quisieron reconocer que, él, Hildebrando Aldobrandescos, obispo y rey de Roma y del judeocatolicismo cristológico, estaba por encima de toda autoridad y de todos los reyes de la tierra.

La obra más discutida de Hildebrando, aparte de su propia vida y su teopolítica, fueron los *"Dictatus Papae"*, que constituyen el sueño de un loco con el orgullo y el cinismo suficiente para creer que es cierto lo que dice y que puede imponerlo. La pretensión que ocultan estos dictados era la de hacer de Europa entera una teocracia absoluta, teniendo como jefe indiscutible al obispo de Roma y como ejecutores a la clerecía romana y al teofuncionariado imperial. En tales dictados, el autor, Gregorio VII, exigió que el título de papa, común a todos los obispos y sacerdotes hasta entonces, pues su significado es el de padre, se reservara para él solo y sus sucesores.

El servicio que hizo a la curia romana y a la institución del papado este humilde

monje, salido de las esferas más pobres de la sociedad, y que llegó a creerse un dios sobre la tierra, era impagable para la corte pontificia. Hábil, astuto, maquiavélico, falto de escrúpulos para las inmoralidades más bochornosas –y no se habla de camas o lechos conyugales–, y siempre mirando por su propia grandeza y poder, que identificó con el poder y la grandeza celestiales, mereció más que nadie su divinización póstuma y su colocación en el empíreo judeocatólico. No era de extrañar, pues, que la curia romana lo viera en el paraíso y le concediera el título de santo, lo que fue declarado en el año 1606.

Hildebrando de Soana, el gran San Gregorio VII, moriría fuera de Roma, amargado y destrozado por la envidia y los celos al ver que uno de sus enemigos, el papa Clemente III, se mantenía en su trono, mientras él se encaminaba a la tumba, y, por no poder, no podía siquiera morir en Roma y ser sepultado en ella.

¹ Para muchos observadores de la historia, la defensa habitual que se hace del obispado romano y del Imperio Vaticano, aduciendo que, siendo tan indecentes no podrían durar sin la mano milagrosa del dios Yahvé–Cristo–Espíritu Santo (1), que permitiría tales manifestaciones para que su gloria brillara con mayor esplendor, la vida de Hildebrando de Soana, justifica esta afirmación, y constituye una prueba evidente y apodíctica de la veracidad de su contenido. La razón es sencilla, a juicio de tales observadores. Un hombre que se ha merecido, según el parecer de gran número de historiadores, que no han dudado en aplicárselo, el dudoso título de *Envenenador de los papas* –lo que hace pensar el valor que tendrían para él las demás personas, y los asesinatos que podía tener en su haber–, es considerado como una figura inmortal y modélica para la curia del Imperio Vaticano, por los servicios prestados. Que tales servicios estuvieran bañados en sangre, y que sus manos fueran las de un asesino nato, aunque político y tortuoso, no tiene ninguna trascendencia, es más, por ello mismo sus servicios son más estimables: eliminó enemigos en nombre de Cristo y la gloria del papado. De aquí que sea uno los hombres más ensalzados por la Iglesia católica

apostólica y Romana, y que sea el prototipo a imitar por todo buen cristiano y, sobre todo, por todo buen gobernante. Él justifica, más que ningún otro de los obispos de Roma a los que se ennobleció con el título de santos, el argumento habitual entre los miembros del teofuncionariado cristológico, de que en el Vaticano, habiendo dinero y poder por medio, cuanto más indecente, traidor e inmoral es un hombre, más divino, y cuanto más ladrón, homicida y asesino, más santo.

- (1) Nada nuevo hay bajo el sol. El origen de todas las monarquías que perduran en el mundo, y no solamente el de la monarquía vaticana, se identifica con la vida de unos facinerosos y aventureros, piratas, corsarios y bucaneros que hicieron del saqueo, de las razzias, los abordajes, las traiciones, los asesinatos individuales y colectivos –genocidios–, las deposiciones o derrocamientos, una actividad ineludible para su propia pervivencia y la de sus descendientes –las tan alabadas genealogías dinásticas–. La rutina, la inercia, los siglos, los “historiadores”, la adulación y, sobre todo, la ignorancia, se encargarían de consagrar y santificar a tales corsarios.
- ² La razón de esta ayuda no queda muy clara. Lachatre afirma que algunos historiadores hacen de Lorenzo el padre real de Hildebrando, que sería el amante de Berta, su propia hermana. C. Rendina, que, en su breve historia del papado, no ahorra las escabrosidades, no menciona para nada este extremo.
- ³ La labor de Lorenzo recibió un impulso crucial con el papel jugado por el aricpreste de San Giovanni a porta Latina, Juan Graciano –con el tiempo llegaría a ocupar el ambicionado trono romano con el nombre de papa Gregorio VI–, que lo inclinó definitivamente hacia la carrera eclesiástica y le hizo capellán suyo.
- ⁴ Pedro Damián llegó a decir de él que era el dueño de los papas. Otros autores, entre ellos G. Arienti, afirman sin tapujos que contribuyó a la elección de los papas de Roma León IX, Víctor II, Esteban IX, Nicolás II y Alejandro II; pero se olvida decir el número de papas a los que arrancó la tiara o llevó a la tumba.
- ⁵ Tanto es así, que no tuvo inconveniente en solicitar del emperador la confirmación de su elección al obispado romano, confirmación que, en lo sucesivo, pensaba quitar a los emperadores.
- ⁶ Los panegiristas, que siempre se encuentran a la hora precisa en el lugar oportuno, afirman que sus últimas palabras fueron: “Amé la justicia y odié la iniquidad; por esta causa muero en el exilio.” (G. Arienti). En el remate final a la entrada de este papa, este autor se traiciona, quizás sin darse cuenta, al escribir: “Fue juzgado

como un ser siniestro por escritores alemanes, cesaristas fanáticos, y por otros escritores, entre ellos algunos italianos adoradores del Estado laico. Pero todos coincidieron en reconocer en él grandes cualidades intelectuales y morales. Gregorovius, acérrimo adversario de los papas, escribió de él: ‘Frente a Gregorio VII, Napoleón no parece sino un bárbaro sanguinario’. Y esta cita del historiador, la considera Arienti una alabanza, ya que la trae a colación para ensalzar la moralidad e inteligencia de Hildebrando.

HIPOCRESÍA. Calidad divina de la que gozaron y gozan los papadioses del Imperio Vaticano y el teofuncionariado universal. Se define como actitud personal o colectiva que implica la expresión de unas ideas contrarias a las que se tienen, oposición entre teoría y práctica, exhortación moralizante en contradicción total con la práctica personal, etc. La hipocresía supone la mentira y la intención de engañar, elementos que se identifican, con frecuencia, con la astucia, la sagacidad y la habilidad. Se diferencia de la reserva o inexpresividad, en cuanto que ésta, aunque exista la intención de engañar, no ofrece ninguna manifestación que pueda inducir a pensar lo contrario de lo que se pretende, aunque en rigor, es difícil, en ocasiones, que no sea tomada como hipocresía. En el judeocatolicismo, la hipocresía es recomendada por Cristo en varias ocasiones, como se demuestra en Lucas, XIV, 8 a 11, y en XVI, 4 a 8. Pero como Cristo no está hecho de una sola pieza, también la condena, con lo cual, quienes lo fabricaron, sacerdotes, obispos y papas judeocatólicos pueden echar mano de su aprobación o de su condena en función de sus intereses. Existe, con todo, un actitud de repulsa total, original, primigenia, en las *Biografías nicenas de Jesús*, que probablemente tenga que ver con el pensamiento inicial de Marción y su protoevangelio, y es de suponer que corriera profusamente entre los judíos heterodoxos seguidores de

este apóstol, y que demuestra hasta qué punto el odio de los judíos renovados, los futuros judeocatólicos, se dirigía contra las clases sacerdotales que habían rechazado su credo. Está relatada en el capítulo XXIII del supuesto san Mateo. Su comienzo es apodíctico: *"En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos. Haced, pues, y guardad lo que os digan, pero no los imitéis en las obras, porque ellos dicen y no hacen. Atan pesadas cargas a los hombres, pero ellos ni con un dedo hacen por moverlas. Todas sus obras las hacen para ser vistos de los hombres."* (Mateo XXIII, 2-4). Todo el capítulo es un reproche de Jesús a sacerdotes, obispos y papas –escribas y fariseos de nuevo cuño– por su hipocresía, su cinismo y su fatuidad. Este pasaje, revela, además, un fenómeno histórico. Cuando surgieron los primeros textos en torno a la figura de Jesús, hemos de suponer, tras el rodaje del primer evangelio, escrito por Marción¹ hacia el año 140 del cómputo actual, los judíos heterodoxos imperiales, futuros judeocatólicos, no estaban organizados bajo un clero, en contra de lo que pretende la jerarquía papista, pues la nueva doctrina con el nuevo dios no necesitaba ni de templos ni de sacerdotes: su dios exigía ser adorado en verdad y en el fondo de los corazones. Difícil es aceptar que las diatribas citadas corrieran de mano en mano en unos colectivos revolucionarios que despreciaban a los sacerdotes, escribas, diáconos, rabinos, presbíteros y pontífices si estos colectivos eran gobernados por un teofuncionariado establecido y consagrado. Era imposible. Y era tanto más imposible cuanto que el fin del mundo estaba a las puertas y la generación que escuchaba a Jesús era la última generación de la humanidad: ni existía la iglesia ni existían sus pastores ni tenía sentido su existencia. ¿Entonces?

Podemos preguntarnos ¿cómo no se eliminó ese texto, cuya inclusión en los *Biografías de Jesús* es el colmo de la impudicia sacerdotal, obispal y papal, una vez que el judeocatolicismo, mal llamado cristianismo, fue reconocido como religión del Imperio y, posteriormente, fue la única religión del mismo? ¿Cómo no se eliminó en las cribas efectuadas durante el supuesto concilio de Nicea o posteriormente? Existen varias conjeturas que pudieran ser las razones reales: eran los menos malos; eran conocidos por las iglesias orientales, nada propensas a sujetarse a los caprichos de Roma; las tragaderas de los príncipes mitrados primitivos, menos vapuleados, admitían todo tipo de absurdos, contradicciones y aberraciones, y su ignorancia era también manifiesta; se desconocía el número de textos que rodaban por las comunidades; etc.

El rechazo que había sufrido Marción queda largamente expresado en el capítulo citado. Los sacerdotes y jefes de las comunidades, una vez que su hipocresía ha sido puesta al descubierto, se ven amenazados con un futuro sombrío y estremecedor: *"Colmad, pues, la medida de vuestros padres. Serpientes, raza de víboras, ¿cómo escaparéis al juicio de la gehenna?"* (Mateo, XXIII, 32-33).

Es evidente que la persona que se expresa como lo hace Jesús en este texto no puede ser la misma persona que en otro lugar defiende y alaba la hipocresía y el cinismo de las serpientes –a las que hay que imitar, según sus palabras–, ensalza la conducta del administrador infiel, que es cómplice de una estafa y un robo, recomienda la humillación aparente para lograr una exaltación mayor ante el público y aconseja la resignación silenciosa con el fin de acumular mayores penas sobre la cabeza de los malvados. No puede ser. Es lógico pensar, pues, que los textos en los que Jesús alaba y recomienda la hipocresía provienen de

la mano de los pastores y obispos que han conseguido colocarse por encima de todo el movimiento judeocatólico, y que comienzan a aplicar la doctrina de que el fin justifica los medios. En cualquier caso, los textos están ahí. Y, según la doctrina tradicional del papado, son textos escritos por su dios trinitario por mediación de unos iluminados. Tampoco puede decirse que sean una excrescencia anormal, pues se reitera varias veces en los *Biografías de Jesús* y también puede apreciarse en los textos bíblicos en los que también se inspiraron los escritores de aquéllas.

¹ Ya que las raíces de los *Evangelios* se fundamentan en multitud de fenómenos nacidos dentro del judaísmo universal y en su relación con el contexto político y teopolítico en los que estaba inmerso, no se descartan otras posibilidades, aunque, hasta el presente, no parezcan existir.

HIPÓLITO ALDOBRANDINI. Obispo de Roma, al que se conoce como papa Clemente VIII (Bis)¹. Ocupó el sangrante y sanguinario trono pontifical romano, a comienzos del año 1592, tras el asesinato de su predecesor, el papa Inocencio IX, que fue envenenado por los mismos cardenales que lo habían elegido, cuando no llevaba disfrutando de la tiara imperial ni siquiera dos meses.

Había sido miembro de la *Sancta Societas* en la corte de Felipe II, en Madrid, de 1571 a 1572. Sixto V fue su protector. Entre otras misiones le encomendó la de sujetar Polonia al imperialismo papista, misión que inició en 1588. El prestigio que logró con el éxito de esta misión aumentó considerablemente, al encontrar un sucesor a Etienne Bathory a gusto del papa. A la muerte de Inocencio IV, el día 30 de diciembre de 1591, se le abrieron las puertas del pontificado.

Algunos historiadores italianos, cuando hablan de este hombre, afirman que fue más audaz y aventurero que Bonifacio VIII y Juan XXIII juntos, más soberbio y ávido

de dominio y oro que Gregorio VII y Sixto V al alimón, y más pérfido que Alejandro VI. Junto a cualidades tan destacadas unía las de ser un teólogo excepcional, versado en la *Biblia*, los *Evangelios* y cánones, que dominaba con una maestría ejemplar y de los cuales hacía uso generoso para satisfacer sus ambiciones. En resumidas cuentas, y según el parecer de algunos críticos, o era un materialista y humanista ejemplar, que despreciaba cualquier teísmo o teologismo, y que sólo tenía la burla para las concepciones espiritualistas de cualquier signo, o era un cínico y un hipócrita redomado que no se detenía ante nada.

Su habilidad diplomática se manifestó en numerosas ocasiones. Su nepotismo se puso de manifiesto nombrando cardenales a varios "sobrinos" suyos. Su indecencia quedó en evidencia, entre otras acciones más repugnantes, con la humillante y bochornosa exigencia de que Enrique IV, rey de Francia, acudiera a Roma a sufrir el castigo que él quería imponerle, humillación que tuvo que soportar el embajador del rey, públicamente, en San Pedro de Roma. Sus anhelos y aspiraciones criminales se manifestaron en la continua exigencia de que se exterminara, como fuera, a todos los reformados que pudieran caer en manos de los obispos, de los príncipes judeocatólicos y de la Santa Inquisición. Él fue el asesino patibular de Giordano Bruno, acusado de hereje y apóstata, que quemado vivo por sus esbirros. La idea de matar a la reina Isabel de I de Inglaterra constituyó en él, como en sus predecesores, una obsesión maniática, y, para llevarla a cabo, contaba con la colaboración de Felipe II de España, para quien terminar con la soberana se había convertido en una cuestión de honor. La tarea de asesinar a la reina la encomendó el papa a la *Sancta Societas* y a los jesuitas. Tanto empeño puso en ello que, en 1593, un jesuita estuvo a punto de matar

a la reina en su carroza, lo que Walsingham, el secretario de la reina, consiguió evitar. Tras la muerte de Felipe II, el día 13 de septiembre de 1598, Clemente VIII Bis mandó preparar una conspiración para terminar con la molesta soberana. La conspiración fue organizada por los jesuitas y la *Sancta Societas* en los Países Bajos, protegidos los conspiradores por el yerno de Felipe II, el archiduque Alberto, que gobernaba la zona. Tres jesuitas, entre los que se encuentra el padre Carew, cruzan el Canal sobre un pesquero. Los tres tienen por destino Londres. Sin embargo, la conspiración es descubierta y los tres espías y asesinos potenciales fueron ejecutados. Con la llegada al trono de Inglaterra de Jacobo I, las esperanzas de convertir este reino y Escocia al judeocaticismo papista son nulas, por lo que Clemente VIII Bis crea el Colegio de los Escoceses de Roma para preparar sus espías y agentes destinados a estos reinos.

Haldobrandini tuvo el acierto de enviar a Alejandro Octaviano de Médicis –futuro papa León XI– a Francia para resolver asuntos de gran interés para el imperialismo vaticano. El representante papal aprovechó su larga estancia en Francia para crear una red de espías, pertenecientes a la *Sancta Societas*, de gran eficacia y solidez.

A pesar de los servicios que los jesuitas le prestaron, se enfrentó a ellos, en sus duelos contra los dominicos, y aquellos le pagaron oreando sus trapos sucios y poniendo en duda su legitimidad como obispo de Roma y rey del imperio cristológico latino. Quizás, lo que más molestó a Hipólito, fue que hicieran correr la voz de que había violado a su propia hija bastarda, Beatriz. En esta disputa intervino a favor de los jesuitas Felipe III de España, pues el papa tenía la intención de disolver la Compañía de Jesús. Los turiferarios del papado romano, al hablar de este magnífico ejemplar, recuerdan, con

lágrimas en los ojos, la infinita caridad de que hacía gala, pues con no poca frecuencia hacía sentar a su mesa a un puñado de pordioseros y mendigos, para que pudieran gozar de las delicias de su cocina, y a los que él mismo servía.

Organizó el jubileo del año 1600, y vigiló personalmente sus preparativos. A la muerte de Alfonso de Este, en el año 1597, se apoderó del ducado de Ferrara, que pertenecía a César, el hermano del difunto.

Hipólito Aldobrandini, Clemente VIII Bis, moriría el 3 de marzo de 1605. Las versiones oficiales afirman que fue durante un ataque de gota; otras versiones aseguran que el veneno terminó con su vida, y que dicho veneno fue suministrado por los jesuitas y sus secuaces.

El peligroso y ambicionado trono que dejaba vacante este hombre fue ocupado por Alejandro Octaviano de Médicis, papa León XI, que apenas pudo mantenerse vivo en él unos meses.

¹ Debe ser llamado Clemente VIII Bis ya que el primero que llevó este nombre y número fue Gil Sánchez Muñoz, sucesor del papa Benedicto XIII, de la dinastía Aviñón–Peñíscola.

HIPÓLITO EL LETRADO. St. Hippolytus. (*Pertenece a la leyenda*). Obispo de Roma, más conocido por papa Hipólito. A la muerte del obispo Ceferino, en el año 217, un grupo de fieles escogió, para dirigir la comunidad de judíos reformados de dicha ciudad al presbítero Calixto de Ravennatio (papa Calixto I); sin embargo, otros grupos eligieron al presbítero y escritor Hipólito, un hombre de gran cultura, al que no faltaron seguidores. El Espíritu Santo, no sabiendo qué partido tomar, dejó que cada uno de los designados controlara las comunidades que los habían elegido, dando origen a otro de los cismas locales que con tanta frecuencia aparecieron en el obispado de Roma, y,

probablemente, en los demás obispados. Hipólito pudo contemplar la muerte de Calixto –según algunos textos, defenestrado y arrojado a un pozo– y alguno de los pastores que lo sucedieron. Él moriría en el año 235, pero los partidarios de sus enemigos pretendieron ignorar su existencia, por lo que es uno de tantos papas del judeocatolicismo filorromano honrado con el título de antipapa, aunque también con el de santo¹. Su oponente, Calixto I, sería honrado igualmente con el título de santo.

¹ La confusión que reina en torno a los primeros tres siglos del cómputo actual, con respecto a los obispos de la ciudad de Roma es ejemplar. Dejando de lado la inexistencia histórica del judeocatolicismo, erróneamente denominado cristianismo, en los dos primeros siglos del cómputo actual, salvo que se acepte que no son más que judíos hartos del mosaísmo hierosolimitano, que utilizan ahora el nombre de cristianos, los listados de los pastores del judaísmo reformado constituyen un enigma confuso y nada fácil de resolver, de aquí que resulten míticos en su mayor parte.

En algunos martirologios, existe la figura de un san Hipólito, del siglo III, escritor –se conservan, al parecer, algunos fragmentos de sus escritos–, y al que se mata lanzándolo por la borda de un barco con varias piedras atadas a su cuello. El paralelismo entre la muerte de Calixto y la de este Hipólito sorprende, como también sorprende el paralelismo entre el pontífice Hipólito y este santo. No resulta extraño, ante esta confusión, que en ciertos listados el papa Hipólito sea considerado santo, mientras que otros lo ignoren o lo clasifiquen como antipapa.

HOGUERA. Constituyó, hasta hace apenas trescientos años, un elemento de tortura y el suplicio máximo establecido por los papas, cardenales, obispos, sacerdotes, y todo el teofuncionariado cristológico, para defender sus privilegios. El recurso a la hoguera para la ejecución de la pena capital estaba fundamentado en el uso y abuso del poder, la prepotencia de los sacerdotes judeocatólicos y la prohibición bíblica de derramar la

sangre de nadie. *"Solamente os absten-dréis de comer carne con su alma, es decir, su sangre. Y ciertamente os demandaré vuestra sangre, que es vuestra vida: de mano de cualquier viviente la reclamaré, como la demandaré de mano del hombre, extraño o deudo, pidiendo cuentas de la vida humana. El que derramare la sangre humana, por mano de hombre será derramada la suya; porque el hombre ha sido hecho a imagen de Dios."* (Génesis, IX, 4 a 6). Esta prohibición se refuerza con la advertencia evangélica contra el uso de la espada. *"Uno de los que estaban con Jesús extendió la mano, y sacando la espada, hirió a un siervo del pontífice, cortándole una oreja. Jesús entonces le dijo: Vuelve tu espada a su lugar, pues quien toma la espada, a espada morirá."* (Mateo, XXVI, 51-2). Por otro lado la misma *Biblia* señalaba cuál debía ser la pena capital para quien hubiera de ser condenado a muerte, pues junto a la lapidación –una nueva contradicción bíblica más, pues es imposible sin el derramamiento de sangre–, ya estrenada en Números, XV, 32-36, se añadía la hoguera, como se narra en uno de los primeros crímenes colectivos perpetrados por los mentores de los papas: el primer auto de fe que conoció la historia del judeocatolicismo. *"Tomó entonces Josué a Acán, hijo de Zeraj; la plata, el manto, la barra de oro, sus hijos, sus hijas, sus vacas, sus asnos, sus ovejas, su tienda y todo lo que le pertenecía, y, acompañando de Israel en pleno, los hizo subir al valle de Acor. Dijo entonces Josué: '¿Por qué nos atrajiste la adversidad? ¡Que Yahvé hoy te traiga la desgracia!' E Israel en pleno lo lapidó, prendiéndole luego fuego y lanzándole piedras."* (Josué, VII, 24-5). Junto a esta última razón estaba la necesidad de purificar, por todos los medios posibles la raíz del pecado, el pecador, y el mejor modo de hacerlo era reduciéndolo a cenizas a través del fuego. Este carácter pu-

rificador no deja de estar impregnado de una complacencia sacrificial grata tanto a los verdugos como a los dioses, pues en último término toda hoguera constituye un holocausto, y más cuando en ella se consume un enemigo y sus obras del ídolo adorado, en este caso Yahvé y su avatar Jesús, y de los verdugos: sus sacerdotes y papas.

HOMBRE TEÍSTA. Expresión que debe emplearse en lugar de Humano Teísta. Un humanista jamás puede ser teísta, lo mismo que un teísta jamás podrá ser un humanista. El teísta, por encima de cualquier concepción del hombre colocará siempre los presuntos valores que haya elaborado para sus dioses o ídolos. Para el teísta, nada hay por encima de sus creaciones divinas, y, ante la alternativa de terminar con los dioses o con los hombres, como la historia demuestra, procurará siempre la muerte de los hombres y su erradicación de la Tierra ante que atentar contra sus creaciones idolátricas o divinas¹. Teísta, para los humanistas, es sinónimo de psicótico y enfermo mental. Se designa con esta expresión a todas las personas contaminadas por cualquier religionismo y, sobre todo, a los núcleos de infección: hechiceros, sacerdotes, chamanes, obispos, brujos, arzobispos, magos, levitas, cardenales, hierofantes, papas, rabinos, ulemas, lamas, mucines, pontífices, etc. Se caracterizan, por un afán compulsivo de transmitir su enfermedad a quienes están libres de ella, los humanistas, con el fin de autojustificarse y poder ejercer el parasitismo secular que les es innato. Dependiendo del ídolo o dios al que dicen adorar, la compulsión y el parasitismo se hacen más virulentos y graves. En Occidente, uno de los virus más comunes, y cien por cien mutante, que, como el del sida, puede adoptar transformaciones variopintas para poderse introducir en el

mayor número de colectivos y pueblos, y para resistir cualquier ataque antiviral de la razón, el sentido común, la lógica y la experiencia, es el cristológico, que se fabricó, por primera vez, hace ya cerca de diecisiete siglos, con los desechos, detritus, desperdicios y virus de otros religionismos, sobre todo desechos judíos, romanos y orientales, y que se comercializa e inocular, desde la curia romana, por sus fundamentalistas. La marca –el Imperio Vaticano o Papismo– cuenta con infinidad de laboratorios –seminarios, noviciados, monasterios, colegios, residencias, casas de formación, etc.– en los que fabrica a los transmisores, que terminarán componiendo el teofuncionariado cristológico. La finalidad de los transmisores es la explotación, a beneficio de la corte del Imperio, el papa y el Vaticano, de las personas y pueblos contaminados y que constituyen sus colonias. Esta institución posee, además, una rama de psicoteofuncionarios especializados en abrir nuevos mercados y realizar nuevas conquistas en nombre de su rey–divino, los misioneros.

¹ En la actualidad, se habla de terrorismo cuando, en realidad, debe hablarse de guerra de religión. El fundamentalismo musulmán, con un número incalculable de santos mártires, no es más que el reflejo del fundamentalismo judeocatólico y papista que tantos crímenes cometió a lo largo de su historia, y tantos genocidios y masacres llevó a cabo cuando los reyes del Imperio Vaticano tuvieron el poder de hacerlo con plena impunidad. La única constante que se observa es que judíos, judeocatólicos y judeoislámicos se asesinan mutuamente, en Palestina, Afganistán, Irak e Irán y en otros lugares, en nombre del mismo dios o ídolo, el Yahvé bíblico en sus versiones evangélicas y coránicas.

HONORIO DE CAMPANIA. Obispo de Roma, más conocido como papa Honorio I. Hijo del cónsul Petronio. Hombre cultivado, fue elegido obispo de Roma por el pueblo romano a finales de octubre del año 625, a la muerte del napolitano Bonifacio

V, que ocupó el cargo durante seis años. Honorio sería conocido mundialmente como el primer “papa” de Roma que cayó descaradamente¹ en la herejía, debilidad justificable cuando todavía no se habían descubierto las claves evangélicas que hacían del obispo de Roma un ser infalible gracias a su coparticipación en la naturaleza divina. La infalibilidad, por definición, es un atributo divino, es decir, mal que les pese a los teólogos vaticanos, hace de su rey un ser consubstancial –homousia– con Yahvé–Cristo–Espíritu Santo, consubstancialidad que hubiera evitado el error de Honorio, y de la que éste no pudo disfrutar a tiempo. Cuando el obispo de Roma Juan María Mastai–Ferretti, papa Pío IX, se creyó infalible y obligó a los miembros que participaron en la asamblea conocida con el nombre de Vaticano I, a que tuvieran en cuenta su naturaleza divina, por la cual había declarado la concepción inmaculada de María, la esposa de José el Carpintero, este pontífice, repetimos, no quiso valorar el nuevo problema que creaba a historiadores, exegetas y teólogos judeocatólicos, ya que existían papas romanos que habían sido desposeídos del cargo por los concilios debido a sus errores y su vesania, nada divinos, al parecer. La disculpa de que hacía falta que se expresara *ex cathedra*, es pura casuística, puesto que se habla de la consubstancialidad de la persona con la divinidad, no de un púlpito, real o etéreo, pero siempre mágico desde la que ésta se manifiesta. El papa de Roma es infalible tanto en el excusado como ante el altar, y la infalibilidad no puede estar condicionada al pijama o a la tiara. Se ha tratado de eliminar la acusación de monotelita que ha caído sobre Honorio, dando a entender que fue engañado miserablemente por Sergio, el patriarca de Constantinopla, que se había hecho portavoz de Sofronio, monje palestino, que había desarrollado la idea del monotelismo, es decir, la idea de que

Cristo, en realidad, operaba sólo con su voluntad divina, puesto que la humana, de existir, era más bien decorativa. Los defensores de la infalibilidad del papa de Roma, al admitir que Honorio cayó en el engaño, y no en herejía, no se dan cuenta que, por lo mismo, lo hacen víctima, igualmente, del error y, por tanto, de la falibilidad, al ser este hombre incapaz de distinguir, con Espíritu Santo o sin él, el fondo, la verdad, de lo que traía entre manos. Cuando, intentando salvarlo a toda costa, aducen que no fue consciente de la herejía y del engaño, sino que cayó en la precipitación, la compulsión y la imprevisión, vuelven a tirar por el suelo tanto la infalibilidad como la primacía y su magisterio docente, pues aparte de invalidar la pretendida participación de los papas romanos en la esencia de su divinidad, lo desautorizan como persona digna de confianza por su ciencia y su psicología, al ser una persona carente de equilibrio y serenidad.

Honorio I murió, en el año 638, sin que pudiera conocer el alcance de sus concesiones al patriarca de Constantinopla. Sin embargo, el denominado sexto concilio declaró que el obispo Honorio había caído en el error y la impiedad, y sus cartas fueron tiradas al fuego, mientras que los participantes en el concilio declaraban a este papa romano anatema. Posteriormente, los concilios séptimo y octavo confirmaron el anatema contra Honorio. Quienes pretendieron y pretenden salvar a ultranza el obispado romano, entre los que se encuentra Ariento, afirman de este hombre “... que si Honorio fue digno de censura por la imprevisión de que dio muestras en su modo de proceder, no se le debe acusar, como se ha hecho, de herejía. Creyó que era sólo una cuestión de palabras, y en las famosas cartas, si bien no se explica con segura precisión, admite la acción de las dos naturalezas en Cristo, como enseña la doctrina católica. La condenación del con-

cilio de Constantinopla está bien explicada con las mismas palabras que dicen que *'no extinguió, como correspondía a la autoridad apostólica, la incipiente herejía, sino que más bien la favoreció en cierto sentido con su imprevisión (negligendo confovit).'*"²

A su muerte el ambicionado trono permaneció sin titular durante dos años. En el año 640 se ceñiría la corona Severino di Labieno, papa Severino, que apenas pudo mantenerse en la escurridiza silla unos meses.

¹ Otros, antes que él, anduvieron por esos yerros, entre los que cabe citar al obispo o papa de Roma Vigilio y sus inmediatos predecesores y seguidores.

² Giuseppe Ariente: *Los papas*.

HUGO BUONCOMPAGNI. Papa Gregorio XIII. Hombre nacido en Bolonia, en el año 1502, estudió derecho, compró el cargo de obispo y, posteriormente, pudo pagarse también el capelo cardenalicio. Consiguió el ambicionado trono del judeocatolicismo papista (futuro Imperio Vaticano) en el año 1572, a la muerte de Miguel Ghislieri, papa Pío V.

Mantuvo una opresión feroz contra el judeocatolicismo renovado, que ayudó a combatir con dinero y toda clase de medios. Fue uno de los promotores y participantes en la masacre de los hugonotes franceses¹, que fueron pasados a cuchillo o degollados en la noche de san Bartolomé (23 al 24 de agosto de 1572), en París, y en días sucesivos en toda Francia, gracias a él, a Catalina de Médicis, y a Carlos IX². Cuando Hugo conoció el éxito de los crímenes perpetrados, entonó un *Te Deum* de acción de gracias en su corte. Y no faltan historiadores que afirman que recibió con agrado la cabeza de Coligny, que Catalina le envió como recuerdo del fratricidio colectivo cometido al amparo del *Evangelio* y a mayor gloria de su dios Yahvé-Cristo-Espíritu Santo.

Se alió con Felipe II con el fin de asesinar a la reina Isabel de Inglaterra, para lo cual ofreció a dicho monarca la ayuda incondicional y valiosa de los teóricos y prácticos del regicidio, los jesuitas, capaces de justificar cualquier atrocidad que conviniera al obispo de Roma. La historia recuerda que no solamente no lo lograron, sino que varios sicarios de Ignacio de Loyola perdieron la vida en tan arriesgada aventura³.

En 1583, Buoncompagni cuenta con 83 años de edad, pero no se resigna a morir sin antes haber terminado con la vida de Isabel, a pesar de los intentos fracasados que ha protagonizado. Pone una vez más a los jesuitas en movimiento, y encarga al padre Crichton, que ha podido regresar a Roma tras el último fracaso, que cumpla su deseo y de muerte, al mismo tiempo, al príncipe Guillermo de Orange. Crichton, fiel al deseo de su señor, se alió con dos fundamentalistas papistas dispuestos, en un acto suicida, si fuera necesario, a cumplir las órdenes que les habían dado. Guillermo sería asesinado por los secuaces sacralizados del papa en una emboscada, en que salieron a relucir las espadas, el día 10 de julio de 1584. La noticia fue un alivio para el papa. Imperialista como todos los obispos romanos, fundó en la capital de su reino el Colegio inglés⁴, el armenio, el griego y el marionita, con el fin preparar el teofuncionariado destinado a conquistar para la curia romana los países respectivos a que iban mandados, con el nombre de misioneros autóctonos, por oposición a los misioneros extranjeros, imperialistas religiosos de otros países.

A este hombre se debe la reforma del calendario, que llevaría su nombre.

Gregorio XIII moriría en abril del año 1585, sin haber podido exterminar los movimientos reformistas que tanto había combatido.

Su sucesor en el trono sería Félix Peretti de Montalto, papa Sixto V (1585-1590).

1 Los asesinatos cometidos por este papa, Catalina de Médicis y el teofuncionariado francés superan con mucho las 25.000 víctimas.

2 La responsabilidad del rey, que se da por admitida en varios historiadores, es dudosa para otros. Su edad y la falta de experiencia, se insiste desde otras tribunas, hacían de él un juguete en manos de su madre.

3 El deseo de terminar con la vida de Isabel de Inglaterra lo desbordaba. Obcecado, financió la aventura irlandesa, con el fin de lograr un levantamiento en aquel pueblo contra la soberana, lo que resultó un fracaso. Fue el responsable de la "Conspiración de Ridolfi" y la de "Throckmorton", que fracasaron igualmente. Organizó una más con el mismo objetivo, con la ayuda del general de los jesuitas Claudio Aquaviva, que puso a su disposición a los sacerdotes Crichton, Holt, Edmon Champion y Robert Parsons. Esta última conjura, destinada a convertir Inglaterra en una colonia del papado, trataría, tras el asesinato de Isabel, de entregar el trono inglés a María Estuardo y hacer de Jacobo VI un rey papista. La conjura, en la que el papa implicó a Felipe II y a Enrique III de Francia fracasó. Jacobo fue detenido, Esmé d'Aubigny, uno de los nobles implicados, huyó a Francia, el jesuita Holt fue ahorcado, Crichton consiguió escapar, Parson se refugió, también, en Francia, mientras que Champion escapó a Escocia, aunque sería detenido, tiempo después, en Inglaterra y tras crueles suplicios, que soportó con una entereza que admiró a sus verdugos, sería colgado en Tyburn.

4 Felipe II, fundamentalista a ultranza, fundó en Valladolid, el Colegio de los Escoceses, con el fin de formar a los futuros sacerdotes o hechiceros judeocatólicos papistas destinados a invadir Inglaterra; sacerdotes que tenían el permiso de casarse y tener hijos, para evitar que la policía isabelina sospechara de ellos.

HUGOLÍN DE SEGNI. Tenía 80 años de edad cuando su familia, los duques de Segni, le ofreció el obispado romano, apenas un día después de la muerte de Cencio Savelli, papa Honorio III, muerto en 1227. Había nacido en la ciudad de Anagni y era primo de Lotario de Segni, papa Inocencio III Bis. Con tales padrinos, a nadie sorprendió su elección primera al obispado de Ostia y, posteriormente, al título de cardenal; rematando su ascensión con la corona del obispado de Roma cuando todavía el cadáver de su predecesor estaba tibio.

A pesar de sus años, fue probablemente uno de los más belicosos obispos romanos que jamás existieron, aunque por su edad, al ocupar el trono, no pudiera empuñar las armas. Organizó cruzadas, guerras, genocidios y masacres, a mayor gloria de su dios Yahvé–Cristo–Espíritu Santo, que dejaron las arcas del obispado de Roma y de toda Italia en la miseria, y la tierra empapada en sangre. Con una política rastrea de amenazas, tratados, traiciones, conjuras y excomuniones fue llevando adelante sus planes. Excomulgó al emperador Federico II porque no se avenía a ser un juguete en sus manos marchando a las guerras de exterminio contra el Islam, y, cuando Federico se decidió a ir, volvió a excomulgarle por ir¹. Federico, antes de partir a la cruzada, animó a los Frangipani contra Gregorio IX, al que lograron expulsar de Roma, teniéndose que refugiar en Perusa. La cruzada de este hombre contra el Islam, como todas las cruzadas, fue un fracaso absoluto, y sólo dejó a su paso la desolación y la muerte, hundiendo a los países que habían participado en ella en la bancarrota más absoluta. A este hombre vesánico como pocos, se le debe la imposición de las *Decretales*, conjunto de disposiciones de los obispos de Roma para dominar, por el derecho, a los obispos de otras diócesis y controlar el imperialismo cristológico. El trabajo lo encomendó Gregorio IX a Raimundo de Peñafort, dominico, el cual sería divinizado y honrado con el título de santo.

Trató de someter la Iglesia armenia al obispado de Roma; promovió nuevas masacres y asesinatos contra los albigenses; organizó los tribunales de la Santa Inquisición, que la mayoría de los historiadores consideran una organización compuesta por un grupo de filocriminales sedientos de sangre y codicia insaciable, de impunidad y arbitrariedad absoluta, que trabajaban como mafias santificadas –eran religiosos dominicos, franciscanos, jesuitas, etc.– bajo las órdenes

de obispo de Roma y sus representantes, opinión no compartida por otros historiadores, que la consideran una obra divina. Hugolín murió a la avanzada edad de 94 años, en 1241, siendo enterrado en el templo de San Juan de Letrán. Su sucesor al codiciado trono obispal romano sería Goffredo de Castiglioni, papa Celestino IV (1241).

¹ La razón de esta contradicción venía motivada, independientemente del orgullo y la vesania de Gregorio IX, en que Federico no había ido cuando se le había pedido, y ahora iba para recuperar el trono de Jerusalén, que le pertenecía por parte de su suegro Briene, trono que Gregorio quería para él.

HUMANISTA. (Ver *Humano humano*).

HUMANO HUMANO. Expresión que se utiliza, cada vez con mayor frecuencia y como sinónimo de *humano naturalista* o simplemente *humanista*, para designar a las personas que consideran que la vida ofrecida por la Naturaleza y el Universo es la única real y perceptible, suficiente en sí misma, para justificar su existencia y la del entorno que lo abriga. El ser humano humano prescinde de elucubraciones metanaturales y metauniversales y se limita a aceptar, como fundamento de su propia realidad, los elementos que encuentra en la existencia de todos los seres vivos. Todo se le ha dado por la Naturaleza, y la Naturaleza le ha dado todo: en ella se halla la vida y la muerte, y más allá de su propio nacimiento y de su propia muerte, ni encuentra ni pretende encontrar nada. Resistirse a este sencillo planteamiento y a esta formulación tan clara es introducirse en el mundo etéreo de los devaneos mentales y la estupidez humana que, a juzgar por las pruebas que ofrece la historia y la arqueología, no parecen tener límite alguno¹.

Los teístas, para justificar su existencia, aseguran que ellos son cien por cien humanistas, como seguidores conscien-

tes del más humano de los hombres, el Jesús evangélico. Esta afirmación no deja de ser una insensatez, que hay que despreciar sin perder el tiempo en ella. ¿Cómo puede concebirse, que un ser, el Jesús evangélico, sea el más humano y la representación idónea de los hombres, cuando constituye un cruce entre un ídolo o dios y un mujer? Primero habría que recordar a tales teístas que, por definición de las partes, la distancia entre su ídolo o dios Yahvé y el hombre es infinita, lo que hace imposible el cruce entre él y una criatura; el cruce entre un dinosaurio y una pulga encierra menos dificultades. Faltos de razón, aducirán lo que siempre aducen, que no existen tal cruce, sino que Jesús es el resultado de un misterio y un milagro que supera la comprensión humana². La pregunta brota instantánea, ¿A cuantos hombres, en la vida real y no en la mitología, la ficción y la leyenda, conocen que hayan nacido de este modo para poder afirmar que Jesús es el más humano de los humanos y el humanista por excelencia? (Ver *Hombr Teísta*).

¹ El cementerio de los sistemas filosóficos, de las pandemias teológicas, de los dioses que se fueron –resucitados y enterrados en varias ocasiones, con nombres distintos y nuevos atributos–, de las concepciones históricas y sociales, de las verdades eternas, constituye un camposanto inabarcable. Resulta desconcertante que, ante esta realidad, el hombre no haya escarmentado todavía, y siga empeñado en la creación de divinidades eternas, cuando todas terminan descansando en el cementerio de la estupidez humana.

² ¿Descartar el cruce y el milagro no obliga a considerar el experimento –no hay forma de designar de otro modo el proyecto evangélico– como una clonación divina y humana en la matriz de María llevada a cabo por la insensatez yahvídica en los laboratorios de la estulticia humana? ¿Habría que pensar, más bien, que todo el entramado redentor no es más que una de tantas alucinaciones que el hombre ha fraguado para no verse obligado a aceptar su condición natural y biológica, de la cual abomina?



IGNACIO DE LOYOLA. (Ignacio López de Recalde). Fue el fundador de la logia jesuítica. Nació en el año 1491. A raíz de una herida que le dejó una pierna más larga que otra, sufriendo en lo sucesivo una ligera cojera imposible de disimular, y viendo la imposibilidad de seguir en la corte sin ser despreciado por las mujeres, decidió cambiar de rumbo y destacar en otros campos. El más idóneo le pareció la carrera eclesiástica; pero no queriendo ser un teofuncionario más, sujeto a ningún superior, amante como era del mando y la autoridad, decidió crear su propia organización, y siendo un militar nato, la denominó *Compañía de Jesús*¹, haciendo de ella un copia exagerada de las órdenes militares. El arma que escogió para mejor gobernar a los futuros miembros, fueron los *Ejercicios Espirituales*, uno de los primeros manuales de lavado de cerebro que reconoce la historia de la psicología y psiquiatría occidental, y que él empleó para la propagación del judeocatolicismo papista. Estudió como pudo; fue expulsado de Salamanca; colaboró con la Inquisición y también fue detenido por ella; fue visto en París, en donde conquistó a los primeros colaboradores de su compañía, y terminaría muriendo en Roma, en el año 1556. El servicio prestado por este hombre a la curia vaticana fue inestimable, pues sus seguidores lograron que el obispado de Roma pudiera levantarse, con todo tipo de falsificaciones y crímenes, por encima

del colectivo o colegio episcopal, declarándose superior a los concilios. Y, con una casuística digna de toda alabanza, consiguieron que, salvando sus humanísimos escrúpulos, el obispo de Roma y rey del Imperio Vaticano no se avergonzara de declararse infalible.

¹ En el año 1534.

IGNORANCIA, La. Elemento fundamental para el nacimiento de los dioses y su pervivencia y, lógicamente, para la supervivencia del Imperio Vaticano y sus papas. Donde reina la ignorancia, los dioses o ídolos imperan. Una de las razones que justifican esta realidad pudiera ser la de que el niño, desde su más remota infancia está acostumbrado a encontrar una procedencia y un autor de todo lo que le rodea. Lo bueno lo hace o procede de la madre o del padre; la luz procede del Sol; la leche la hace o procede del seno de la madre; la comida la procura el padre; las heces las produce el mismo, sus padres y hermanos y los animales que lo rodean; los gritos proceden de las gargantas; la quemadura procede del fuego; el agua procede de la fuente o de la lluvia, etc. Esta disposición mental pervive, con frecuencia, en las personas adultas, como se observa con frecuencia cuando afirman que si no hay reloj sin relojero, no puede haber un mundo sin un autor. El argumento es el mismo y está manejado con igual fundamento. Se

buscan autores porque las cosas con las que se está familiarizado los tienen. Esta es una de las razones por la que todos aquellos fenómenos que observaba el hombre en la infancia de la humanidad, cuando no encontraba su procedencia u origen, ante la terrible ignorancia que lo abrumba, debía de atribuirlos a seres desconocidos que estaban fuera de su alcance. Y según fuese la magnitud de tales fenómenos así sería la magnitud y el poder de tales autores. Y puesto que los autores de las cosas inmediatas, a las cuales encontraba una explicación, eran el entorno familiar, social y zoológico –animales de todo tipo y condición–, aquellas cosas cuya magnitud superaba las posibilidades de su entorno debían de tener como autores seres superiores al hombre y a los animales. Los autores sobrehumanos entran en juego y, siendo los fenómenos más frecuentes e inexplicables los concernientes a la naturaleza de la tierra y de los cielos, de las tormentas, la sequía, las plagas, las enfermedades, la vida, la muerte, fue necesario concebir autores colosales, fabulosos, ídolos o dioses, allá donde sus conocimientos no encontraban una explicación lógica. El desconocimiento del medio obligaba a esta elaboración, siendo la ignorancia fundamental para la misma.

No resulta extraño pues, que la ignorancia sea el plato preferido de los teofuncionarios de cualquier teísmo, pues deben su existencia a la misma. Todas las incógnitas que la ignorancia no puede resolver, el teísta, sobre todo el hechicero o sacerdote, las explica por la intervención de sus ídolos o dioses. Y, en la medida en que la inanidad de tales respuestas no pueden comprobarse, el teísmo sigue funcionando. Esta es la razón por la que los teofuncionarios de cualquier divinidad o ídolo niegan la información, la ciencia, el estudio, el análisis, la com-

paración, la búsqueda e investigación, la reflexión, la razón, la lectura, la duda, y la observación y se refugian en los dogmas, las doctrinas, las órdenes, la obediencia, las reglas, las constituciones, los evangelios, el magisterio, la apologética, el misterio, el magismo, la autoridad, la credulidad, la fe –la creencia en una afirmación apodíctica, de carácter dogmático–, la reiteración absurda, las preces y el anquilosamiento cerebral.

La ignorancia¹ es un elemento capital para cualquier teísmo, pues fomenta el miedo, la angustia, el terror, la inseguridad, el desconcierto, lo que debilita al individuo, lo infantiliza, y lo obliga a buscar en mentores, gurús y maestros la ayuda necesaria para poder moverse por la vida. Esta ayuda, imprescindible para él mientras siga sumergido en la ignorancia, será la causa de su servidumbre y la justificación del teoparasitismo, la teogorronería y el teovampirismo de sus mentores.

¹ La ignorancia, fundamento ineludible de todo teísmo, conduce siempre a una endogamia vital, cerrada en sí misma, para poder mantenerse y pervivir. Aquí tenemos una de las causas por las que a los catecúmenos y teofuncionarios de cualquier teísmo, dando por supuesto siempre la honradez y la sinceridad en gurús y discípulos o seminaristas –y nada más digno de admiración, en este campo, que una juventud generosa e impulsiva–, se les prohíbe terminantemente libros, lecturas, investigaciones, el trato, la comparación y el estudio de otras materias y con otros profesores, en los propios, y se les prohíbe frecuentar a otros miembros que no sean los de su misma logia, y se les prohíbe trabar amistad con nadie ajeno al grupo. Todas las logias teístas, desde las benedictinas a las opusdeístas, desde las trapenses a las jesuíticas o franciscanas mantienen a sus miembros y, sobre todo a sus novicios, en guarderías iniciáticas en donde son vigilados y en donde se les administra la papilla digestiva de sus valores y conceptos; los obligan a vivir en una concha protectora, en un estado de crisálida, que evita la visión natural del mundo y presenta una imagen distorsionada de la realidad de éste y la del propio individuo. Admitiendo, insistimos,

la sinceridad y la honradez en todos –difíciles de mantener incólumes, con el paso de los años y la rutina, sin caer en el cinismo y la hipocresía–, la endogamia que imponen los mantiene en una cápsula aséptica, con la disculpa de ser la mejor preparación para oponerse al mundo (1).

El atraso imperdonable, durante siglos, de la medicina dentro del Imperio Vaticano y el religionismo mundial cristológico se debía a que la ignorancia teísta se negaba a renunciar a sus sacrosantos principios de cultivar la estulticia y la insensatez teomística, y se empeñaba en fomentar el desprecio sadomasoquista del cuerpo, la cultura y la ciencia. Al mismo tiempo, y como consecuencia de tales principios, ponía su fe en la intervención de sus ídolos trinitarios y, sobre todo, en la intervención de los santos sanadores, históricamente establecidos y consagrados por obispos y papas (2). Un médico que no enarbolará la bandera de la ignorancia recurriendo, como prueba apodíctica de su ciencia y ortodoxia, a la milagrería era un peligro. Un médico que no recomendara jaculatorias o la visita a un santuario y a un santo, era el peor enemigo de la salud y del género humano. Y si la picaresca y la bribonería no podían faltar entre los patrocinadores a ultranza de tales remedios, tampoco faltaba la sinceridad en los mentores más crédulos e ingenuos. En cualquier caso, la indecencia de unos y la credulidad de otros sólo podían mantenerse gracias a la ignorancia de todos.

(1) Preparados de este modo, y lanzados al mundo cuando los esquemas mentales inculcados resultan ya difícilmente alterables, y cuando los modelos de conducta y los valores morales y éticos se han petrificados, creyéndose salvadores de una sociedad que para nada los necesita, se convierten, en realidad, en los virus transmisores de un teísmo mortífero, de cuyo testimonio la historia de la humanidad, y no digamos en Occidente, tiene hartas pruebas.

(2) No se tiene en cuenta la otra cara de la moneda. Los santos sanadores eran explotados por el teofuncionariado evangélico y las logias religiosas, a los que proporcionaban unos ingresos fabulosos. Estas ganancias y beneficios justificaban la fabricación o compra de reliquias, fiambres y momias de todo género y santo y la construcción de santuarios grandiosos –Santiago de Compostela es un ejemplo–, con el fin de atraer el mayor número de enfermos y sus aportaciones económicas. Se negaba el estudio científico de la medicina porque este negocio se hubiera ido a pique. Que se justificara esta ignorancia aduciendo que la salud y la enfermedad debían

dejarse en manos del dios yahvídico, cristológico y paraclital, que se manifestaba en la milagrería de rigor, no era más que una disculpa indecente, pues quienes la imponían eran los primeros en llamar a los médicos árabes y judíos para que pudieran sanarlos, cuando ellos mismos habían prohibido la preparación y formación científica de los propios.

IMPRIMATUR. Autorización que extienden los obispos en sus principados para que un libro pueda ser impreso. Va precedida por el “Nihil obstat”, confesión que afirma que no hay nada criticable para los intereses de la corte del Imperio Vaticano y para los intereses del divino teofuncionariado cristológico. El *imprimatur*, en función de los tratados entre los diversos Estados y el obispo de Roma, puede resultar, una necesidad inevitable, cuya no observancia puede llevar al secuestro del libro y la penalización y cárcel para el autor, editores e impresores. En la actualidad, el *Imprimatur*, al menos en Europa, es una reliquia de un pasado glorioso y fructífero para los jerarcas y sátrapas mitrados del religionismo cristológico, en el que podían, en nombre de Cristo, torturar y asesinar patibularmente a quienes se arriesgaran, no solamente a publicar, sino a escribir y pensar algo que a ellos les pudiera molestar, fuese de carácter profano o religioso, ya que cualquier tema que se tocara tenía, según ellos mismos reconocían por la censura, una dimensión teopolítica, teocientífica, teosocial y teoeconómica inevitable. En cualquier caso, los censores tenían muy en cuenta, y actuaban en consecuencia, del hecho de que el escrito más peregrino, fuese sobre la materia que fuese, iba contra la *Biblia*, los *Evangelios* y sus propios intereses o favor de ellos, por lo tanto era materia de examen.

IN NOMINE DOMINI. Decreto que promulgó el concilio Laterano, el día 13 de Abril de 1058, y que firmó el rey y obispo

de Roma Gerardo de Borgoña, más conocido como papa Nicolás II (1059–1061). Por dicho decreto quedaba establecido que, en lo sucesivo, el obispo de Roma sería escogido únicamente por el colegio cardenalicio. El decreto, en realidad, tardaría mucho años en llevarse a la práctica, puesto que existían no pocas lagunas que no habían sido determinadas por Nicolás II. Era, por otro lado, imposible que los grupos que hasta entonces había determinado y elegido al obispo de Roma, renunciaran a un derecho establecido por los siglos y la práctica.

A pesar de que la costumbre terminó imponiéndose, la elección está determinada por los grupos de poder que se ocultan tras los cardenales y los apadrinan.

INDEX LIBRORUM PROHIBITORUM.

(Index, Índice). Listado de libros prohibidos, confeccionado por los reyes del judeocatolicismo papista –en la actualidad Imperio Vaticano– y su teofuncionario. La posesión de uno de los libros incluidos en el *Index* llegó a estar castigada con la pena de muerte. Fue el catálogo oficial de todos los libros que la clerecía cristológica consideraba que no podían ni publicarse ni leerse bajo pena de condenación eterna, la privación de todos los derechos humanos y divinos y la tortura y el asesinato legal impuesto por la curia romana en todo su imperio. Existió siempre, puede decirse, pero vio la luz, oficialmente, a raíz de la invención de la imprenta¹, en el siglo XV, y, hasta su desaparición, en los años cincuenta o sesenta² del siglo XX, conoció varias ediciones tanto en Roma, por la imprenta Vaticana, como en diversos países europeos y americanos. La primera edición fue realizada en el año 1557, ordenada por Juan Pedro Carafa, más conocido como papa Paulo IV³. En la actualidad, los príncipes cardenalicios y mitrados han puesto en

circulación una nueva versión, aparecida en el año 2005, y propiciada por el príncipe capelado Tarcisio Bertone y el Vaticano entero, de este libro. La tentación de controlar todo lo que brota de la pluma de cualquier autor, es siempre absoluta para quienes se creen de hechura divina –los obispos de Roma, por su autoproclamada infalibilidad–, de aquí que vean en el fondo y en la forma de todo texto una dimensión teopolítica inevitable que pudiera hacer temblar el imperio papista, tan penosamente construido.

¹ El listado de libros prohibidos se creó, en realidad, con el Decreto Gelasiano, en el año 494, al señalar, en un concilio presidido por él, los libros aceptados por el judeocatolicismo y los que no lo eran.

² En el año 1966 los jerarcas de la secta judeocatólica papista, la única que continuaba imponiendo su supuesto derecho a la censura, decidieron no publicarlo más. Sin embargo, se siguieron publicando, con otros nombres, listados diferentes con el fin de evitar la lectura de algunos libros a sus rebaños, hasta su resurrección presente. El príncipe cardenalicio Tarcisio Bertone, se supone que con el visto bueno del rey del Imperio Vaticano, ya que, en la actualidad, es Secretario de Estado de dicho imperio, ha publicado la nueva versión, a la que no se le ha dado publicidad ninguna entre profanos, pero que está presente en todas las centros de proselitismo cristológico a través de Internet, titulada *Index Librorum Prohibitorum 1948, Abrogée dans les années 70, remise à jour le 15 février 2005*.

³ En los tiempos míticos del judeocatolicismo cristológico no hizo falta prohibir la lectura, porque la gran masa de creyentes no sabía leer. La ignorancia, mantenida y fomentada desde los centros de control y de poder del religionismo papista, fue la gran barrera contra las lecturas juzgadas perniciosas por el teofuncionario general. Es más, no era de extrañar que en pleno Renacimiento, algunos cardenales no reconocieran las letras de los documentos que firmaban o emitían, y si de algo podían presumir los hechiceros o sacerdotes era de su proverbial ignorancia. No hacía falta prohibir nada, porque eran contadas las personas que sabían leer. A pesar de todo, el control existía, y debió de existir desde los tiempos míticos, ya que en los *Evangelios*, concretamente en los *Hechos*, se narra la escena de una quema de libros juzga-

dos perniciosos por los pastores de la incipiente comunidad. Dejando aparte el decreto de Gelasio mencionado en la nota primera y los libros prohibidos por los emperadores romanos, algunos reyes y algún concilio, libros juzgados como heréticos o atribuidos a los denominados herejes, debe señalarse que Otón Colonna, obispo de Roma más conocido como Martín V (1417–1431), al excomulgar a todas los grupos heréticos que hacían la competencia al papismo, excomulgó a todos aquellos que leyesen los libros de Wiclef y de Juan Hus. Siguiendo los pasos de sus antecesores, Juan de Médicis, León X (1513–1521), al excomulgar a Lutero prohibió la lectura de todos sus libros. Tras León X aparece la bula *In Coena Domini*, por la que se excomulga a todos los herejes y a quienes lean sus libros. Existe algún catálogo de libros prohibidos, pero será el monarca español Felipe II quien dé la orden de que se imprima un listado con los libros que no deben leerse nunca. Siguiendo el ejemplo del monarca Español, Paulo IV, publicó la edición mencionada.

INDULGENCIAS. Uno de los negocios más fecundos y fructíferos para los reyes del Imperio Vaticano y su teofuncionario y la más jugosa y grosera explotación de la estupidez humana que jamás se haya inventado. Bajo el pretexto de que el fondo de “bienes espirituales” que acumulan las cámaras acorazadas y secretas del Banco Vaticano en el Cielo está disponible para quien desee pagarlos, el obispo o papa romano de turno, que es quien tiene las llaves y las claves de tales cámaras, los ha vendido y sigue vendiéndolos para lograr en la tierra el paraíso que ofrece a los demás en el cielo. La estupidez y procacidad que envuelve todo el negocio de las indulgencias es tan grosera, que resulta sorprendente que el creyente judeocatólico papista sea tan estulto, se deje engañar tan miserablemente, que siga pagando religiosamente por conseguir las supuestas gracias. En efecto, el fondo de “bienes espirituales” pertenece a la “iglesia”, y es administrado –según autoproclamación infalible de los interesados en su explotación– por los papas de Roma. Pero ese

fondo es infinito, no porque sea grande la aportación de los bienes consignados por los santos y los inocentes, sino porque es infinita la aportación de los bienes consignados por Cristo, quien, al ser dios y parte de la iglesia colma hasta el infinito tales cámaras. Resulta a todas luces una insensatez el que los jeques de la iglesia, teniendo bienes inagotables, capaces de salvar no solamente nuestro mundo sino todos los imaginables que pudieran existir sin que el tesoro infinito mermara en absoluto sus reservas, no los ofrezcan gratuitamente a diestro y siniestro para la salvación del género humano. Pero, sobre todo, resulta un insulto para Yahvé el que su supuesto representante, el papa romano, sabiendo que el caudal inagotable de los méritos de Cristo están enteramente a su disposición –finalidad de su suicidio en la cruz¹–, pretenda añadir al infinito mar de los méritos divinos la supuesta gota de agua de las aportaciones económicas de sus vasallos y siervos a su cuenta corriente², pretensión en la que uno no sabe qué debe admirarse más, si la truhanería papal o la imbecilidad humana³.

Se da por admitido que el mercado de las indulgencias comenzaron a explotarlo los obispos romanos a partir de Eudes de Lagery, papa Urbano II (1088–1099). A pesar de las consecuencias tan nefastas que tuvo para el papado romano dicho mercado, pues originó la repulsa de Lutero y todos sus seguidores e imitadores, la corte del Imperio Vaticano no renuncia a tan saludable fuente de ingresos y mantiene su explotación aunque con una mayor discreción.

¹ Según los cánones, la programación de la muerte de la segunda persona del dios Yahvé–Cristo–Espíritu Santo existió eternamente, por decisión de este dios trinitario. Es decir, la muerte evangélica de Cristo en la Cruz constituye un suicidio puro y llano. A este argumento se añade otro. Dando por supuesto la inanidad

del pecado y la caída del hombre, y dando por supuesto el que el hombre quisiera ser redimido –extremo éste que para nada se le consultó, y que, lógicamente, ni la *Biblia* ni los *Evangelios* ofrecen una pista clara sobre ello–, pudiendo dicho dios, escoger entre los infinitos recursos con los que debía contar para efectuar la supuesta salvación metanatural del hombre, se inclinó por el suicidio en la persona de su propio otro yo o hijo. De donde se deduce que, aparte de la dimensión sadomasoquista con la que los sacerdotes y rabinos del judeocatolicismo papista dotaron a sus dioses trinitarios, también los hicieron imbéciles por necesidad: la cura fue más desastrosa que la enfermedad, se tomen o no se tomen los textos del Génesis y del Gólgota al pie de la letra: en la caída, no se dio más que una desobediencia, justificada por un engaño; en la redención, un asesinato o un suicidio, a cual más estúpido.

² El papado y sus teofuncionarios, estando al quite, afirman que para nada interesa el dinero, que es lo que menos cuenta en este negocio. Lo que realmente interesa –aseguran– es el espíritu de sacrificio que demuestra esa limosna, dando a entender que por la mortificación que ello supone, el hombre imita a Cristo, que no dudó en morir en la cruz por él. Esta justificación resulta ser una nueva mendacidad, que va en contra de todo el proceso de la supuesta creación y redención humana: la felicidad de las criaturas. Malamente se puede concebir un dios amante de las criaturas, y sabio, cuando dicho dios necesita matar a su propio hijo para salvar al hombre, y se ha pasado la vida, torturando, asesinando, exterminando al hombre desde que lo creo hasta nuestros días; malamente puede concebirse una divinidad salvífica cuando aparte de la muerte, en ocasiones con una crueldad indescriptible, lo condena a un sufrimiento tanto más doloroso cuanto más divino. Y, desde luego, resulta una broma de mal gusto el que en los planes de dicha divinidad se contemple, no la venta de las indulgencias papales –un timo para idiotas y listillos–, sino el masoquismo crudo y duro de unas infelices como la alternativa ineludible a sus proyectos transcendentales y eternos.

³ Los defensores de la actitud sumisa de las multitudes a las vejaciones a que son sometidas, aluden con frecuencia al miedo y al terror provocado por la reacción de los estamentos dominantes hacia la rebelión de sus víctimas. Este miedo y terror al castigo, más que a la ignorancia y la estulticia, constituirían la verdadera razón de su sumisión. El argumento, aparentemente tan sólido, resulta un espejismo, pues la represión y el castigo sólo es posible con la colaboración de los oprimidos.

INERRANCIA. Con este término se define la particularidad de que gozan la *Biblia* y los *Evangelios* de ser los únicos libros¹ en toda la Tierra que no contienen error alguno, sobre la materia tratada. La aclaración es fundamental, no en vano la afirmación de que ni la *Biblia* ni los *Evangelios* contienen error alguno en materia religiosa es una verdad de fe. La dificultad es llegar a saber qué se entiende por materia religiosa, punto nada claro en la actualidad todavía. Hubo un tiempo en que tales libros no contenían ningún error, no solo en materia religiosa, sino en todas y cada una de las materias y disciplinas existentes y por existir y en todas y cada una de las afirmaciones o suposiciones que se derivaran de sus contenidos: palabra por palabra eran dos libros escritos por el dios Yahvé–Cristo–Espíritu Santo, y en este dios no existía la posibilidad de error, ni siquiera el ortográfico, por lo tanto la *Biblia* y los *Evangelios* decían siempre la verdad y la inerrancia era absoluta, lo que también era una verdad de fe. Por formular afirmaciones científicas en todos los terrenos imaginables, muchos hombres fueron asesinados, masacrados y exterminados vilmente por los papas y obispos del mundo entero porque sus descubrimientos iban en contra de la inerrancia bíblica y evangélica y, sobre todo, contra sus propios intereses teoeconómicos y teoabsolutistas. Contra la inerrancia de la *Biblia* y los *Evangelios* hablan sus mismos textos, salvo que se entienda que dos afirmaciones que se contradicen totalmente, son ambas verdaderas, además de infalibles.²

¹ No existe más que una *Biblia*, la judía. La denominada *Biblia judeocatólica*, el conjunto de la judía y el postizo de los *Evangelios* en ella, no es más que un aborto como resultado de un raptó y una violación; constituye una utilización fraudulenta del libro sagrado de los judíos, por parte de los reyes del Imperio Vaticano, su

teofuncionariado y sus creadores, con el fin de justificar y sacralizar los *Evangelios* a la sombra del mismo. (Ver *Biblia* y *Evangelios*).

² Un ejemplo, será suficiente: La *Biblia* afirma que el dios Yahvé hará pagar los pecados de los padres hasta la séptima generación, es decir, siempre; en otra ocasión, que no hará pagar a los hijos los pecados de los padres.

INFALIBILIDAD. Cualidad que excluye el error. Cualidad de la que gozan colectivos, seres, libros, etc., dentro del religionismo cristológico. Gozaron de ella los colectivos patrísticos que, tras los supuestos apóstoles, infalibles por necesidad, conformaron con sus enseñanzas las sectas judías heterodoxas de la diáspora que se desgajaron del judaísmo ortodoxo. Goza de ella la "Tradición", que no puede confundirse; entelequia demasiado aleatoria para poderla precisar con un mínimo de rigor, y que viene a decir que en tiempos se dijo siempre lo que en la actualidad se quiere decir y conviene. La "Tradición" es precisamente, por esta cualidad, la más infalible, independientemente de que cualquier colectivo tradicional de psicópatas o gañanes mitrados sea tan estulto como todos y cada uno de sus componentes, sean antiguos o modernos. Disfruta de ella el obispo de Roma de turno por su coparticipación en la naturaleza del dios Jehová–Verbo–Paráclito. De esta cualidad gozan, sobre todo, la *Biblia* y los *Evangelios*, por ser dos libros escritos por dicho dios. Igualmente, gozan de esta cualidad los concilios generales cuando el obispo de Roma los preside, y siempre que se hable de los concilios ecuménicos posteriores al Vaticano I.¹ La infalibilidad, es decir, la coparticipación de la naturaleza divina de los seres y entidades mencionadas, resulta rotunda e inexcusable; la bíblica destaca al leer cualquiera de sus páginas, a pesar de sus escabrosidades, con excesiva frecuencia tan crueles, aberrantes, absurdas y contradictorias; la evangélica no desmerece los absur-

dos del primer libro; la de los colectivos patrísticos, se aprecia al conocer sus vidas y las sandeces que gestaron; la del obispo de Roma resulta igualmente sorprendente y merece la pena detenerse en ella, sucintamente, por ser la que los jesuitas y sus corifeos han ensalzado por encima de la tradición, los santos padres y aun la misma *Biblia* y los *Evangelios*, y si se nos apura, por encima del mismo Yahvé–Cristo–Espíritu Santo.

Si la cualidad de infalible es esencial al obispo de Roma, lo de *ex cathedra* sobra, puesto que sería infalible tanto en babuchas como con la tiara puesta, al igual que Yahvé nada perdía de su divinidad e infalibilidad cuando andaba en chancletas de cháchara con Adán en el paraíso o creaba los cielos. Si la infalibilidad reside en ese modo indefinible o celestial de hablar que denominan *ex cátedra*, desde la cátedra, en ese caso cualquiera que la utilizara gozaría del mismo don. Pero resulta paradójica esta pretensión de infalibilidad *ex cathedra* con que se descuelgan los teólogos judeocatólicos para ocultar la vergüenza que les provoca la perturbación mórbida de Juan María Mastai–Ferretti, papa Pío IX, quien, según el parecer de los estudiosos, en un espasmo de enajenación mental, y alocionado por los turiferarios a ultranza del papado, los jesuitas en pleno, se consideró infalible y exigió del concilio Vaticano I, al que convocó ex profeso, que como tal lo proclamara. La justificación se advierte una mendacidad, puesto que implicaría la infalibilidad de la *cátedra*, lo que a todas luces no nos es dado conocer ni admitir puesto que nadie posee la cualidad de infalibilidad para reconocerla y declararla. Si se necesita la conjunción del "obispado de Roma" y la "cátedra" para que exista la infalibilidad, resulta llamativo, puesto que dos elementos finitos, por muy unidos que estén, no

pueden dar una magnitud infinita como es la supuesta infalibilidad, atributo, por definición, cien por cien divino. Si la infalibilidad está en el "obispado de Roma", las dificultades se mantienen por la finitud de los elementos que participan, obispado-hombre. La infalibilidad de los concilios cuando los preside el obispo de Roma, no es moneda legal, se acepte o no se acepte la infalibilidad de éste: en los primeros siglos del judeocatolicismo, y durante más de un milenio, los concilios siempre estuvieron por encima de todos y cada uno de los obispados, el de Roma incluido, a los cuales depusieron por sus errores u otras causas. Los concilios eran los únicos que podía legislar, interpretar y ejecutar en el conjunto de todas las iglesias o comunidades judeocatólicas. Pero la misma infalibilidad de los concilios, asistidos siempre por el Espíritu Santo, que para algunos estudiosos resulta ser un sarpullido clónico de dios en dios, cae por los suelos ante las contradicciones y sandeces que registran sus cánones y declaraciones, y las excomuniones que se lanzaron entre ellos y quienes los convocaron, fuesen concilios nacionales o ecuménicos; aparte de que una comunidad de ciegos no tiene mayor capacidad de visión que uno cualquiera de sus componentes.

¹ Mal que pese a los reyes del Imperio Vaticano y a los jesuitas, que les fabricaron su cualidad de infalibles y su superioridad sobre los concilios, nadie ignora que los concilios anteriores al de Trento siempre fueron superiores al obispo de Roma, y, curiosamente, también fueron infalibles.

INFALIBLE. El teofuncionariado cristológico actual adorna a su dios trinitario Yahvé-Jesús-Espíritu Santo, con la cualidad de infalible a pesar de las contradicciones que encuentran en sus manifestaciones, contradicciones que no sólo muestran la *Biblia* y los *Evangelios*, sino todas sus manifestaciones y milagrerías.

El mismo teofuncionariado ha encontrado en el obispo de Roma esta cualidad, que se manifiesta como una imposibilidad absoluta de caer en el error.

La historia del papado romano es demasiado conocida, a pesar de las muchas lagunas que contiene, como para poder mantener esta afirmación. A pesar de todo, la curia papal se obstina en declararlo infalible, aduciendo que la naturaleza intrínseca del obispado de Roma es divina –hechura de la divinidad y manifestación de la misma–. Por si esto no fuera poco, su cualidad de infalible se transmite, automáticamente, por designación del Espíritu Santo, a los titulares del trono¹.

¹ Que se haya tardado más de mil quinientos años en descubrir la infalibilidad del obispo de Roma, y, sobre todo, en proclamarla, no tiene ninguna importancia, ante la pretensión, ya manifestada por iluminados como Roberto Belarmino y otros de su hechura, de hacer de dicho obispo la autoridad absoluta de referencia moral y ética del judeocatolicismo papista, es decir, de hacerlo dios.

INFIERNO, EI. En el teísmo cristológico, en todas sus ramas, y no solamente en la secta papista o Imperio Vaticano, el infierno es un lugar de castigo para los insumisos y para quienes no acepten las doctrinas elaboradas por el teofuncionariado evangélico. Resulta ser, pues, un generador del miedo, del terror, de la angustia, del dolor más pavoroso, sea cual sea su naturaleza y esencia, y eso es lo que importa. Aunque todavía está por definir, describir y ubicar, su existencia es innegable –se argumenta– pues los religionismos superiores lo poseen, y cuando el río suena agua lleva. La fuerza de este argumento es apodíctica. Poco importan los plagios. Que su naturaleza sea dispar, tampoco tiene importancia alguna. En tiempos pasados, los reyes o papas del que llegaría a ser el Imperio

Vaticano, corriendo pareja su desparpajo con su ignorancia, descubrieron el infierno en el centro de la Tierra, lo mismo que descubrieron el paraíso o cielo por encima de las nubes, dominando las estrellas¹. En la actualidad, tras los varapalos de la ciencia a su pseudocientifismo bíblico, evangélico y paraclital, ni papas, ni obispos ni teólogos saben dónde colocarlo. A pesar de su inanidad visceral, como amenaza permanente constituye la expresión de la venganza y el castigo de sus dioses e ídolos, la más pobre de las motivaciones para justificar una conducta, aunque no por ello la menos útil para la creación del Imperio Vaticano. Sin el miedo al infierno y otras calamidades más inmediatas y sangrantes, la existencia del teofuncionariado cristológico, el papismo y su dictador pontificio difícilmente se hubieran dado.

¹ Tradicionalmente la infalibilidad pontificia y sus teoturiferarios colocaron el cielo por encima de las nubes, relativamente a mano, puesto que sus moradores necesitaban trasladarse a la Tierra con frecuencia. Como el infierno debía estar, también, asequible, nada mejor que colocarlo en el centro del globo terráqueo, incandescente a juzgar por los volcanes y otros fenómenos. Tanto la *Biblia* como el *Evangelio*, y no digamos la infalibilidad pontificia y la fe, alimentaban estas creencias. En la actualidad, destruidas estas elaboraciones por la ciencia, y no pudiendo colocar ni el paraíso ni el infierno en el ámbito del universo material, hay que desplazar su ubicación, es cierto, pero el problema que se presenta a los teólogos es irresoluble, pues cualquier desplazamiento de la tierra al cielo o al Infierno se mide por millones de años luz, lo que tira por los suelos el castillo de naipes construido por el teofuncionariado cristológico, que se ve obligado a reconocer que toda su corte celestial, la Virgen María incluida, de existir, anda todavía por el espacio en unos viajes interestelares inacabables. La solución a tantas sandeces elaboradas con tanta meticulosidad y cultivadas con tantos esmero a lo largo de los siglos, ha sido la de afirmar que el cielo y el infierno se encuentran en las criaturas –y se hace una distinción entre pena de daño y de sentido– con lo que intentan ocultar la miseria dogmática que durante tantos siglos predicaron. Antiguamente

pretendieron salvar los grandes escollos que levantan sus elaboraciones y explicaciones aduciendo que en Yahvé–Cristo–Espíritu Santo el querer y el ser son instantáneos; pero esta imbecilidad, fruto de las concepciones oníricas de Tomás de Aquino y otros como él, difícilmente puede comprobarse: el hombre ignora todo de sí mismo y pretende conocer la naturaleza de unos seres cuya esencia, por definición, es la inmutabilidad.

INOCENCIO DE ALBANO. Papa Inocencio I. Nombre de uno de los dos obispos de Roma que consiguieron el ambicionado trono en el año 401–2, a la muerte de Anastasio Massimi, papa Anastasio I. Según el Girolamo, fue el hijo del obispo de Roma Anastasio, de quien habría heredado la disputada mitra. El otro afortunado sería un sacerdote, llamado Anastasio al igual que el obispo difunto, y del cual se hizo un personaje cuasi mítico, al borrar de él hasta el recuerdo, pero cuyo derecho al obispado de Roma no fue menor que el que tuvieron quienes permanecen en los listados papales. Por esta exclusión, resulta casi imposible encontrar su mención en ninguno de los listados oficiales y en los elaborados por los incondicionales del papado. Inocencio, con la secreta esperanza de mantenerse a la cabeza de la comunidad de Roma y fortalecer la importancia de su obispado, buscó la amistad del emperador Honorio, esperando que le ayudara a exterminar a los donatistas, competidores en la lucha por el poder dentro del judeocatolicismo filorromano imperial. A este hombre se atribuye también el canon de los libros contenidos en la denominada *Biblia judeocatólica*¹, y que terminó imponiéndose dentro del judeocatolicismo latino. Fue uno de los enemigos más encarnizados de las antiguas religiones del Imperio, por lo que se cebó en el exterminio de los adoradores de los antiguos dioses de Roma, y de sus representaciones, siendo su objetivo im-

poner la adoración exclusiva a los dioses de nuevo cuño que habían sido fabricados por el judaísmo y el judeocatolicismo, los dioses yahvídicos, cristológicos, paraclitales, mariológicos y santorales. No le fue fácil, ya que las críticas a sus proyectos e ideas brotaron por todos los lados.

Vigiliano, un clérigo de renombre, publicó, en el año 406 una obra en la que censuraba el celibato de los sacerdotes y las religiosas –imposición juzgada nefasta por no pocos estudiosos, y origen de múltiples aberraciones, violaciones y abusos de niños inocentes, y origen de la pederastia cristológica–; criticaba igualmente el culto de los huesos y fiambres de los mártires –llamando idólatras a quienes lo practicaban–; calificaba de superstición pagana los cirios de los templos judeocatólicos. Se oponía frontalmente a que se enviaran limosnas al obispo de Roma, y no dejaba de zaherir las costumbres que se habían ido introduciendo en el religionismo evangélico, inspiradas en las religiones antiguas del imperio.

Durante el obispado de Inocencio, las luchas entre el judeocatolicismo oriental y el latino no desaparecieron, a pesar de la muerte, en el destierro, del patriarca de Antioquía, Juan Crisóstomo (354–407).

Los invasores “barbaros”, con Alarico a la cabeza, cercaron Roma y la diezmaron por el hambre (405). La peste se declaró en la ciudad, y los senadores decidieron sacrificar a los dioses del imperio para que levantaran el cerco. Inocencio, que fue consultado, dio su entera aprobación. Cuando trataron de comprar la paz a Alarico, el rey godo prefirió negociar directamente con Honorio, pero Jovis rompió las negociaciones. Inocencio, viendo lo que se avecinaba, en lugar de regresar a Roma, prefirió refugiarse en Ravena, dejando abandonados a sus fie-

les; y, aunque posteriormente regresó, fue por poco tiempo, pues no tardó en acogerse a la sombra del emperador.

Cuando los “barbaros” levantaron el cerco, Inocencio regresó a la ciudad imperial, dedicándose, con especial ardor ahora, a destruir a todos sus enemigos, entre los que se encontraban novacianos y pelagianos. Arrastrado por su ambición y prepotencia e inspirándose en un teólogo llamado Celestino, declaró que las leyes de la Iglesia ordenaban que todas las dudas importantes, antes de sancionarse, se remitieran al sucesor de Pedro –él, por la gracia de dios–, atrevimiento y desliz que estuvo a punto de costarle el papado, pues los obispos de África, aparte de rechazar dicha pretensión, lo amenazaron con declararlo herético, pues se había hecho sospechoso de herejía. Inocencio recogió velas, y se apresuró a condenar a Celestino, origen último de la declaración, a quien antes apoyaba, y que había sido condenado, como herético, por la Iglesia africana.

A su muerte, ocurrida en el año 417, Inocencio fue colocado en el emperio judeocatólico, por los servicios extraordinarios prestados al obispado romano, y fue honrado con el título de santo.

La ambicionada mitra de la antigua ciudad imperial fue conseguida por Zósimo el Griego, papa Zósimo (417–418).

¹ No existe *Biblia judeocatólica*. La *Biblia* es cien por cien judía. Los judeocatólicos robaron a sus padres, los judíos hierosolimitanos y mosaicos, la *Biblia*, para poder sacralizar los *Evangelios* que ellos habían compuesto, renegando de sus raíces y para justificar su existencia al margen de sus padres. (Ver *Biblia* y *Evangelios*).

INQUISICIÓN. Policía supranacional al servicio del papado romano y que obraba con mayor impunidad que la KGB, la Gestapo, la PIDE y la CIA juntas. Fue creada con el fin de consolidar el imperio papista, que ya comenzaba a desmo-

ronarse en las postrimerías del siglo XIII y los albores del siglo XIV. Un estudio detallado, vería sus orígenes en el escrito *Ab abolendam* del rey papal Lucio III, publicado en el año 1184, en el que invita al asesinato y exterminio de los Cátaros. Cuando se pretende precisar más el establecimiento inquisitorial dentro del imperialismo cristológico, se acepta que la organización, de pleno derecho, fue fundada por Inocencio III, en el siglo XIII, considerándose su primer inquisidor general Domingo de Guzmán, que predicó la cruzada contra los cátaros, y al que se colocó en el empíreo judeocatólico, por los servicios prestados¹. La nueva organización se estableció, por primera vez, en Toulouse, en el año 1233. Cinco años después, es decir, en el año 1238 se estableció en Aragón, y poco después pudo verse establecida en Alemania, en Holanda, España, Portugal y Francia. Con el paso de los siglos, Europa entera, América, Asia y África gozaron de inquisidores propios a medida en que los imperialistas religiosos –misioneros, en jerga sacristial y catequética– iban conquistando tierras y continentes para Roma y el papado romano. El final oficial de esta casta de asesinos sacralizados puede colocarse en el siglo XIX. Los crímenes y asesinatos cometidos por los papas, prelados, obispos y sacerdotes judeocatólicos a través de la Santa Inquisición, se cuentan por millares, mientras que las torturas y los suplicios a que sometieron a sus víctimas, no fueron superadas por nadie, y mucho menos por los denominados motivos religiosos, elementos difíciles de precisar, puesto que tales asesinatos consideran que todo lo que afecte al hombre es teopolítica pura, es decir: cae dentro de su jurisdicción. Durante siglos y siglos la curia romana y sus papas asesinaron con la mayor impunidad, pues constituían el poder absoluto por

autonomasia, a miles de inocentes que no cometieron otros delitos más que el de poner en solfa la creencia en un dios tan aberrante, que para salvar a los hombres necesitaba asesinarlos, destruirlos o degradarlos con todo tipo de torturas y sevicias. La Inquisición, que velaba por la aplicación de las leyes emanadas de la corte papal en todos sus dominios, estuvo dirigida, por los padres dominicos, aunque no era extraño, en los países de misión, que los inquisidores fueran franciscanos, jesuítas, o de otras logias y colectivos. La brutalidad de sus métodos no desapareció hasta que la realeza o el imperio papal, perdiendo ascendente sobre los pueblos y las naciones, al menos públicamente, tuvo que resignarse a renunciar a sus pretensiones públicas de hegemonía mundial, fenómeno que se agudizó en el siglo XIX.

Desde las cátedras y púlpitos del papismo, se pretende justificar y santificar el papel del papado romano y su policía supranacional, dando a entender que deben verse con la conciencia de aquellos tiempos, como si los crímenes contra la humanidad, las masacres, las guerras, los genocidios y las torturas cometidos por los pontífices o papas judeocatólicos y sus secuaces pudieran ser justificados por el tiempo y época en que se cometieron y no por el poder omnímodo que consiguieron a partir de Constantino, Teodosio, Justiniano y otros, y la caída del Imperio romano, a la que tanto contribuyeron. La justificación histórica que se pretende, aparte de ser una argucia despreciable, olvida que si se dieron esos crímenes, fue simplemente porque los reyes y príncipes mitrados del Imperio papal, obcecados por su codicia y delirios compulsivos, no querían escuchar la voz de quienes se oponían a su prepotencia supuestamente teológica, a su orgullo divino, a su absolutismo, a su teogolatría,

a su totalitarismo, a sus privilegios y sinecuras; porque tales asesinos sacralizados por la estulticia y la borrachera del poder absoluto, que conquistaron con mayores crímenes aún, no querían perder las prerrogativas y privilegios logrados con el ejercicio inmisericorde de su mendacidad vesánica, única razón que justifica, en último y primer término, los crímenes del papado y su policía supranacional. Si realmente sus crímenes se justifican por el contexto en que los cometieron, ¿en donde estaba la originalidad de su mensaje evangélico cuando se limitaban a hacer lo que todos hacían? Además, esta justificación es de una indecencia despreciable, pues, hasta entonces², ningún grupo religioso, salvo el hebreo, y ningún imperio justificaron su expansión ni sus conquistas, guerras y crímenes por razones religiosas, y, aunque lo hubiesen hecho, insistimos, ¿en donde estaba la originalidad que aportaba el evangelio y sus apóstoles, si se limitaban a imitar lo que decían combatir? Esa justificación, oída hasta la saciedad, constituye además, una mentira bochornosa, pues jamás en el Imperio romano, se persiguió a nadie por sus ideas religiosas, y mucho menos a los propios romanos y creyentes de las religiones oficiales. Los supuestos mártires del cristianismo, fueron mártires cien por cien judíos, puede que heterodoxos, pero fundamentalistas la mayoría de las veces, que resultaron castigados no tanto por sus ideas religiosas sino por las consecuencias sociales que implicaban sus creencias. Roma, en el terreno religioso vivió y dejó vivir, la prueba: todos los dioses de los pueblos que conformaban el Imperio tenían lugar en el panteón de los dioses romanos. Sólo con la llegada del judeocatolicismo –el mal llamado cristianismo– y su reconocimiento oficial, se comenzó a perseguir, de un modo sistemático y compulsivo, a

todos los creyentes de otras religiones y a los disidentes del judeocatolicismo en el poder, hasta su exterminio completo. El análisis del fenómeno inquisitorial y su justificación resulta excesivamente complejo, puesto que son múltiples los factores que entran en juego, aunque la razón primera y última de este crimen está en la existencia misma del judeocatolicismo imperial triunfante y en la lenta elaboración del papado. Los pasos escabrosos que hicieron de un levita judío de la diáspora el obispo de Roma y, finalmente, el rey del Imperio Vaticano, son largos y exigieron tiempo. Pero así como el judeocatolicismo encuentra su esencia en la existencia del judaísmo heterodoxo, que las circunstancias transformaron, pero que no podía desaparecer por las innegables ventajas que tenía su supervivencia, alimentadas por la inercia y la estupidez humana, el judeocatolicismo inquisitorial papista nace del judaísmo reformado latino, que se encuentra con un bagaje humano, cultural, y económico de tal magnitud, que, meramente dejándose ir, se podía disfrutar de él durante siglos. El pastel, el enorme pastel judío alimentado por Constantino, Teodosio Justiniano, Teodora, los bárbaros y la imbecilidad humana, existía y no tenía sentido perderlo, cuando era tan fácil dejarse llevar por la corriente y disfrutarlo. El papismo se hace inquisitorial, porque todo ser tiende a pervivir y es, con muchísima frecuencia, excluyente, dinámica que la naturaleza confirma con frecuencia. Y nada más fácil que, de los centros de poder, ejercer el poder mismo; y nada más fácil que, desde el poder absoluto, se ejerza dicho poder absolutamente. La zanahoria o la hoguera, no son más que aspectos diferentes de un mismo proceso: la pervivencia al coste que sea. Cuando la zanahoria y la persuasión no son excesivamente convincentes, se

recurre al palo, a la tortura y el asesinato descarado. El pastel justifica todo, y serán muy pocos, dado su atractivo, los que se opongan a la eliminación y al asesinato de los aguafiestas. Pero como se dispone del poder absoluto y la justificación de dicho poder, también se dispone de la justificación de sus consecuencias y de la justificación de los medios. De donde resulta, que las detenciones, las torturas y los asesinatos papales se harán de acuerdo con la justicia más equitativa, es decir, con la arbitrariedad absoluta que emana de la más arbitrarias de las leyes: las divinas, pues divinos son los papas que las imponen, según propia declaración.

En un principio, pues, la inquisición consistió en un tribunal de justicia divina creado por el rey electo del judeocaticismo imperial, el obispo de Roma, cuando ya se había arrogado la primacía arzobispal, se había reservado en exclusiva el título de papa, y había conseguido imponerse también sobre los reyes temporales, declarándose rey de reyes y señor de los señores; cuando este rey había elaborado una corona imperial, la tiara, compuesta de tres coronas superpuestas, expresión del poder conseguido, de su soberbia irrefrenable y de su teoogolatría.

Gracias a los elementos en juego, el obispo de Roma, el rey de reyes, en el culmen del poderío político militar, se aproxima al siglo X, época en que en Europa comenzaban a surgir visiones nuevas del viejo mundo y nuevas esperanzas para el futuro. Tiempo que cerraba una época para siempre y se intuía la salida del túnel oscurantista en que el judeocaticismo imperial latino había sumergido a la humanidad desde la caída de Roma. La Santa Inquisición, hunde sus raíces en el miedo del papado a perder privilegios y sinecuras ante las nuevas corrientes que se vislumbran en el comienzo del

milenio. Y es creada con el fin de luchar contra la posibilidad de perder lo que tantos siglos costó conseguir: una Europa teocrática, dominada por la férrea mano del papa, quien, en sus delirios de grandeza, su megalomanía, quiere tener al mundo bajo sus pies y se complace en su autodivinización. La Santa Inquisición será creada por el papado con el fin de poder asesinar, siempre impunemente, pero también judicial y patibularmente³ a todos los que considere enemigos o puedan atentar contra su ambición y dogmatismo. Para ello nada mejor que buscar una fórmula que justifique tales crímenes, y esa fórmula se encontró en la acusación de que las víctimas inquisitoriales eran nada menos que enemigos declarados del género humano, de la santa iglesia y del mismo dios, por lo cual eran designados como herejes⁴, designación que justificaba tanto su tortura como su extinción⁵. Pero el término de hereje no quedaba definido más que por la sospechosa acusación de practicar, seguir, fomentar la herejía, mientras que la misma herejía no consistía más que en el hecho de apartarse de los cánones establecidos por la corte romana y las veleidades del papadiós. Esta es la razón por lo que la ambigüedad del término se hacía más precisa en función de los intereses del monarca tializado de turno y las ventajas económicas, sociales y políticas que aportara la destrucción del acusado.

¹ El mejor servicio que pudo hacer en ese momento fue la creación de la logia dominicana, que sería también la primera encargada de la dirección de la policía supranacional del papado.

² El judaísmo, antes que el judeocaticismo, justificó su expansión por razones teopolíticas, y lo mismo haría, a partir del siglo VII, el Islam. Pero da la casualidad de que los tres grupos pertenecen al judeosemitismo y conforman la trinidad abrahámica: el judaísmo origina el judeocaticismo y de estos dos brota el islamismo. Y también es verdad que los jercas, pontífices,

rabinos, ulemas, califas y responsables de estos tres grupos abrahámicos han sido los principales verdugos de sus propios seguidores.

³ El rito y el circo, lo mismo que el dogma, son fundamentales en cualquier pandemia religiosa, y lo son mucho más en el religionismo cristológico. El papado, que está por encima del papa, jamás dudó en el empleo del asesinato furtivo y mafioso, y muchos obispos, cardenales y aun papas perdieron la vida de ese modo dentro de los palacios vaticanos. Mas, al igual que el papa o cualquier papanata, el papado no resiste la tentación del espectáculo, del rito, ostentación cultural que libera de no pocos traumas, incertidumbres y angustias psicológicas. Aquí se encuentra una de las razones de los autos de fe, tan cuidados, tan exquisitamente minuciosos y ordenados por la corte papal, sus sátrapas mitrados y su policía inquisitorial.

⁴ La justificación psicológica que ve en el hereje un enemigo y lo hace carne de cañón reside en que antes se ha hecho del término hereje una maldición, un ser ajeno al grupo, la oveja negra del aprisco, que puede atentar contra la vida del grupo entero. Quien destaca por otras lindes que no sean las ortodoxas, quien rompe la armonía del conjunto, quien escapa a su uniformidad, constituye una piedra de escándalo para los miembros aborregados del grupo, por lo que éstos reaccionan marginándolo y, si resulta peligroso, destruyéndolo. Los jéarcas mitrados y tializados del judeocatolicismo papista, y todo el teofuncionariado cristológico con ellos, son los encargados de inocular en el grupo la idea de que la existencia de la herejía, y los herejes son peligrosos para la comunidad. Esto explica no solo el silencio de los judeocatólicos ante la eliminación del hereje, sino la satisfacción que experimentan con su destrucción, puesto que el aniquilamiento de éstos constituye la salvación de aquellos.

⁵ El hereje, en el mejor de los casos, es un loco. Y si al loco, siendo pacífico se lo soporta, y siendo peligroso se lo destruye, al hereje se lo destruye siempre, pues desde el instante en que su herejía se manifiesta de algún modo –y los inquisidores son especialistas en descubrir su manifestación–, el hereje deja de ser un loco pacífico para ser un loco peligroso destinado a la tortura y al cadalso según los designios del dios evangélico y bíblico, que habla por boca de su albacea en la tierra: el obispo de Roma.

INSENSIBILIDAD SACERDOTAL. La insensibilidad sacerdotal la reflejan las *Biografías de Jesús* en la *Parábola del buen samaritano* (Lc. X, 30 a 37), y otros pasa-

jes. Como sucede con todos los escritos que denigran la figura de los sacerdotes, obispos, pastores y papas, su inclusión y permanencia en los textos evangélicos se debió a causas ajenas a la voluntad de las jerarquías judeocatólicas. Las razones de la insensibilidad sacerdotal son múltiples, y entre éstas se encuentra el proceso de formación –o de deformación– humana que reciben en los seminarios, los noviciados y los conventos; la eliminación de los sentimientos afectivos; la valoración teórica de las personas, pero el rechazo, en la práctica, de las mismas; la idea de que por encima de hombres son sacerdotes y religiosos, con lo que, junto al orgullo de casta y la prepotencia derivada de saberse elegidos por la divinidad de turno, se promueve un distanciamiento absoluto del hombre como individuo o como colectividad, al mismo tiempo que desprecian los impulsos afectivos más humanos o biológicos; la exigencia ineludible de colocar los valores dogmáticos y clericales por encima de los considerandos éticos y morales; el cinismo derivado de las disociaciones internas, conflictivas, que imposibilitan una toma de conciencia más humana y liberadora cuando, con el paso de los años, se dan cuenta del contenido estéril de la doctrina que predicán y la vacuidad de su credo. Dicha insensibilidad se manifiesta en todas aquellas situaciones en las que la clerecía no puede sacar provecho, beneficio que se resume en dos palabras: poder y dinero, sus únicos dioses. La insensibilidad se hace más cruel cuando estos dos elementos –poder y dinero– entran en juego y pueden perderse; entonces su insensibilidad y su discreción ante los abusos y crímenes de los ricos y poderosos y ante las injusticias sociales son absolutas y, con muchísima frecuencia los colectivos religiosos y sacerdotales, de todo tipo y casta, resultan

ser cómplices, cuando no son los protagonistas, de tales injusticias y crímenes. Es de sobra conocido que los motores que impulsan la vida son la sexualidad, la alimentación y el orgullo o poder. La relación de estos elementos entre sí es íntima y se manifiesta básicamente en la comodidad –descanso incluido– y la armonía del individuo. Cuando uno de estos elementos priva por encima de los demás hasta llegar a la exageración, la desarmonía es evidente y las consecuencias pueden ser nefastas tanto para el individuo como para su entorno. Por lo mismo, el desprecio a cualquiera de ellos, puede originar un tipo de problemas, más o menos enmascarados, que conlleva a consecuencias penosas para el sujeto y su entorno.

Cuando se reprime la sexualidad¹ se reprime conjuntamente la afectividad, el cariño, los juegos amorosos, la realización humana, la confianza en el otro, el deseo de su proximidad. Y cuando la represión de la sexualidad es absoluta, las manifestaciones afectivas y cariñosas no se permiten bajo ningún concepto. El niño al que se arranca de sus padres para conducirlo a un seminario, a un noviciado o a un postulante con el fin de adoctrinarlo cuando más maleable es, privado de los lazos afectivos con la familia, termina perdiendo la manifestación de esos impulsos, y por mucho que se le enseñe que esa manifestación ha de dirigirla a sus dioses o ídolos –sublimar la sexualidad, en palabras pseudocientíficas–, jamás podrá sustituir una entelequia mental, por muy real que quiera imaginarla, a sus padres, a sus hermanos, a sus amigos, a sus amantes. Si sigue en dichos centros, el paso de los años, borrarán de él toda impulsión afectiva para sustituirla por fantasmas mentales que a la larga, lo dejarán agonizar en una sequedad humana absoluta. En el fondo, lo que se ha logrado hacer de él ha

sido una entelequia humana, insensible, en realidad, a los problemas del hombre², aunque incondicional a ultranza de la logia o grupo en que se ha formado. Quince años, veinte, treinta, viviendo esa experiencia de sequedad y esterilidad humana, desembocan claramente en una insensibilidad afectiva y cínica total, que resultará muy difícil de eliminar. En tales condiciones, una persona bien constituida, debe perder el norte, por necesidad, y terminará siendo un cínico o un psicótico si no es capaz de romper con todo para iniciar una nueva vida en donde poder manifestar, con naturalidad, sus impulsiones afectivas y sexuales.

De la represión afectiva y sexual, en contra de lo que se predica, sólo puede salir fortalecido el egoísmo de la persona³, manifestado cínicamente, en expresiones similares a “la caridad bien entendida, empieza por uno mismo”, cinismo del que se hace eco el mismo evangelio en la escena mencionada.

En último y en primer término, puede afirmarse que ni el Imperio Vaticano en la actualidad, ni siquiera el judeocaticismo papista, tal y como se concibió del siglo IX al XV, jamás se hubieran podido dar sin la represión sexual a que se condenaban las órdenes monásticas, las de predicadores, las mendicantes y las logias que las sucedieron. Y hay que tener muy presente, que los obispos de Roma que pertenecieron a estos grupos fueron los primeros en tratar de imponer el celibato a los clérigos y obispos del judeocaticismo latino. Aunque no lo formularan abiertamente, debían de intuir que sólo alcanzarían el poder absoluto, imperial, cuando la represión sexual de sus rebaños y pastores fuera absoluta⁴. La historia se manifiesta, sobre este punto, con una elocuencia indiscutible.

¹ Se habla de represión o autorrepresión, del carácter que sea. No se niega la existencia de

hombres y mujeres que, por unas causas o por otras, llevando una vida apacible y satisfactoria, no se sienten inclinados a las relaciones afectivas o experimentan un rechazo visceral de todo contacto sexual o cualquier manifestación y culminación de las impulsiones sexuales. No parecen faltar, pero constituyen una excepción.

² Se habla con frecuencia de teofuncionarios cristológicos que han volcado su vida entera en el servicio de una colectividad, como prueba evidente de la falsedad de lo que se expone. Nadie duda que haya existido una dedicación, pero los motivos no son los que se aparentan. El evangelio insiste claramente "... y el que diere de beber a uno de estos pequeños sólo un vaso de agua fresca en razón de discípulo (por ser mi discípulo), en verdad os digo que no perderá su recompensa" (Mt. X, 42), "... y el que por mí recibiére a un niño como éste, a mí me recibe" (Mt. XVIII, 5). La motivación es una motivación cien por cien egoísta y cien por cien cristológica y testimonial. Basta que el superior destine a otro lugar a quien de ese modo se manifiesta, para que, con la mayor alegría pase de cuidar a un enfermo a ser el más duro de los ecónomos de una residencia, dejándole totalmente insensible las necesidades de aquellos a quienes aparentemente tanto quería.

³ De la persona y la logia, pues sólo a través de la represión sexual, manifestada en el voto de castidad y lo que ello conlleva y exige, puede darse el voto de obediencia y la renuncia a las riquezas personales que exige cualquier orden religiosa o congregación.

⁴ La represión sexual de los rebaños, se manifiesta de múltiples maneras. La más sencilla y escandalosa es la que impone, a los solteros, una continencia absoluta, lo que constituye una utopía de interesantes beneficios para los príncipes mitrados del judeocatolicismo. En cuanto a los casados, la represión es evidente: cualquier acto sexual debe estar encaminado a la procreación; evitar ésta constituye una ofensa a sus dioses imperdonable.

INSTITUTO RELIGIOSO. Nombre que recibe cualquier logia o sociedad, al servicio del imperialismo judeocatólico papista, cuyos miembros laicos no emiten los denominados votos de castidad, obediencia y pobreza. Pueden ser masculinos o femeninos.

INVESTIDURAS, Lucha de las. Cuando el judeocatolicismo fue convertido en

religión oficial del Imperio romano por Constantino y claramente confirmado como religión única del Imperio por Teodosio, en el año 380, y potenciado por Justiniano, la autoridad máxima de la nueva religión fue siempre el emperador, y, durante siglos, lo fueron siempre los emperadores. Los pastores de la nueva secta judía, la denominada iglesia, no eran más que simples representantes de la comunidad, que no tenían otro sentido más que el servicio a la misma. No había ningún episcopo superior a otro, y si alguno destacaba en su incipiente amanecer eran precisamente los patriarcas de Alejandría, Antioquía, Constantinopla, Éfeso y Jerusalén. El obispo de Roma no podía soñar siquiera en compararse con aquellos, aunque era un puesto muy envidiado, que ya había hecho correr regueros de sangre entre quienes se lo disputaban. La primacía de la "iglesia" griega sobre la latina era tan evidente, que no es extraño ver que los primeros documentos que surgen en aquellos siglos estén redactados en griego, y no en latín, lengua "oficial" del Imperio. Pasan los años, pasan los siglos, y la importancia de las "iglesias" africanas y de Oriente Medio sufre un golpe evidente, no solamente por las incursiones bárbaras que también las alcanzaron, sino por el desarrollo del Islam, a comienzos del siglo VIII, que las estrangula. Mientras tanto, la curia romana se ha lanzado, abiertamente ya, a una lucha desenfrenada, empleando cualquier tipo de armas, para colocarse por encima de los demás obispados del religionismo cristológico. También ha sido favorecida, en muchos aspectos, por la suerte y la situación política del antiguo imperio, pero sobre todo porque se ha entregado, sin escrúpulo alguno, a falsificar todo lo falsificable para justificar su ambicioso objetivo de colocarse por encima de cada uno de

los obispos de la denominada cristiandad. Todavía no pretende abiertamente colocarse por encima del colectivo de obispos –las asambleas de obispos, las cortes generales del judeocatolicismo imperial triunfante, los denominados concilios–, pero no tardará en aspirar públicamente a ello. Cuando, a finales del siglo XI, alcanza el ambicionado obispado de Roma Hildebrando, más conocido por papa Gregorio VII, se siente ya con fuerza para sacudirse definitivamente la tutela de cualquier monarca, el emperador de Bizancio incluido, y proclama que el poder de los obispos romanos está por encima de todo poder temporal y, por ende, de los manejos o aspiraciones de todos los laicos, fuesen quienes fuesen. La lucha por las investiduras, al menos oficialmente, había comenzado. Cuatrocientos años antes, el obispo de Roma era un don nadie, que suplicaba humildemente la ayuda de los emperadores y las autoridades civiles y militares para poder vivir; cuando Hildebrando alcanza el ahora más que nunca ambicionado trono, se siente con fuerza para usar de él a voluntad, y para negar a príncipes, reyes y emperadores, todo derecho sobre “su iglesia”. Con la firma de la paz de Worms, en el año 1122, entre el emperador y el papado, se terminó, al menos oficialmente, esta lucha.

IOR, EI. (Istituto per le Opere di Religione). Constituye la banca oficial de la corte del Imperio Vaticano, siendo conocida como Banca Vaticana. Fue fundada, en realidad, el día 7 de Junio de 1929, por el rey del Imperio Vaticano Aquiles Ratti, Pío XI. Su capital inicial fueron cerca de 85 millones de dólares de la época, siendo su primer director Bernardino Nogara. Eugenio Pacelli, Pío XII, le dio un gran impulso, y Montini, Pablo VI, permitió, que sus hombres de confianza en el terreno

de las finanzas, Roberto Calvi, Umberto Ortolani, el gran maestre masón Licio Gelli, Michele Sindona, y el arzobispo Marcinkus, controlaran el IOR y esta banca fuera protagonista de un desfalco de más de mil millones de dólares al Banco Ambrosiano que se gestó básicamente, y se hizo público, con el rey del judeocatolicismo papista Carol Wojtyla, Juan Pablo II. La sede central de ese banco se encuentra en un edificio secular de la Ciudad del Vaticano. La estafa alcanzó la cifra que se ha señalado debido al deseo de Wojtyla de ayudar, de una manera compulsiva, a Lech Walesa y al sindicato Solidaridad de Polonia para que escaparan a la férula de la Unión Soviética y cayera en la órbita de su Imperio. En torno a esta estafa y robo, se contaron algunas víctimas mortales –Calvi, Sindona, algún magistrado italiano, la secretaria de Calvi, el enlace entre Calvi y el arzobispo Marcinkus, y algunos mafiosos declarados–, que fueron asesinados o suicidados por la nomenclatura cardenalicia y la misma mafia hacia 1982.

ISABEL I. Reina de Inglaterra e Irlanda. Hija de Enrique VIII y Ana Bolena. Nació en 1533, y es considerada la última Tudor. Alcanzó el trono en el año 1558, tras la desaparición de su hermanastra María I, hija de Catalina de Aragón, judeocatólica papista irredenta. Isabel, dotada de un valor y de una habilidad a toda prueba, en una época y un reino atormentado por las diferentes fuerzas dinásticas, políticas y religiosas, en lucha permanente por hacerse con el poder, fue capaz de sortear infinidad de peligros y atentados contra su vida y reino. Debido a la firmeza con que defendió la Iglesia anglicana de las ambiciones de los reyes del que sería, con el paso del tiempo, el Imperio Vaticano, los papas de turno, y la ayuda incondicional que les prestó Fe-

lipe II de España, estuvo en el punto de mira de tales reyes, que organizaron varios atentados y conjuras para asesinarla y apoderarse de Inglaterra e Irlanda¹. Los papadioses, obispos de Roma o reyes tiaralizados que destacaron en su odio y el deseo de destruirla fueron Juan Pedro Carafa, Pablo IV, Juan Ángel de Médicis, Pío IV, Miguel Ghislieri, Pío V, cuyo odio a Isabel lo llevó a crear el primer servicio de espionaje de la corte papista, la *Sancta Societas*, para tratar de asesinarla a cualquier precio², Hugo Buoncompagni, Gregorio XIII, Félix Peretti de Montalto, Sixto V, Niccolo Sfondrati (Gregorio XIV) e Hipólito Aldobrandini (Clemente VIII Bis).

Isabel, tras hacer de Inglaterra la primera potencia marítima mundial, y tras haber contribuido a levantarla por encima de amigos y enemigos, y contra todo peligro y conjura, murió, en su lecho, a los 70 años de edad, en la madrugada del día 24 de marzo, jueves, de 1603. Cuando la noticia de su muerte alcanzó Roma, Hipólito Aldobrandini, Clemente VIII Bis, hizo repicar las campanas para celebrar su desaparición, ya que no le cupo otro consuelo.

¹ La Armada Invencible no es más que el exponente más claro de estas pretensiones.

² Sin duda alguna esta fue la razón por la que fue colocado por la corte vaticana en el paraíso judeocatólico papista y honrado con el título de santo; los servicios de la *Sancta Societas*, al igual que los de la Santa Inquisición, fueron inapreciables para la construcción del Imperio Vaticano.

ISCARIOTE, La Operación. Conjura que el jefe de la *Sancta Societas* –el servicio de espionaje del Imperio Vaticano–, el cardenal Annibale Albani, con la ayuda del secretario de Estado, Fabricio Paolucci, organizó en contra del cardenal Nicolás Coscia, hombre de confianza del papa Benedicto XIII Bis (1724–1730), con el fin de derribarlo. El cardenal Cos-

cia tenía toda la confianza de Benedicto, y era lo que le permitía hacer y deshacer en contra de todas las leyes humanas y divinas y aun en contra de los intereses del papado. Los dos cardenales, enemigos de Coscia, no pudieron jamás vencer al papa de la corrupción de su secretario, por lo que, decididos a perderlo, consiguieron introducir un espía de la *Sancta Societas* –compuesta, hasta entonces, principalmente por jesuitas– en la camarilla de Coscia. El espía era el sacerdote o hechicero Enrico Fasano. Coscia, que no ignoraba quienes eran sus enemigos, no se inmutó. Es más, dándose cuenta de la traición tramada, nada dio a entender, pero el hechicero cristológico apareció un día muerto y con claras señales de haber sido torturado. Los conjurados contra Coscia, persistentes, consiguieron introducir a otro miembro de la *Sancta Societas* en la secretaría del papa, en territorio cosciano. Se trataba del hechicero o sacerdote Lorenzo Valdo, que apareció apuñalado, en el Tíber, el día 9 de junio de 1726. El mismo cardenal Fabricio Paolucci, tío y protector de Annibale Albani y secretario de estado, murió misteriosamente el día 12 de junio del mismo año. Las conjeturas fueron de todos los colores, pero Coscia siguió siendo el hombre de confianza del papa a pesar de los esfuerzos de Albani. La Operación Iscariote, montada para derribar a Coscia, fracasó rotundamente, pues hasta la muerte de Benedicto XIII Bis, Coscia fue el verdadero señor de los Estados Papales. Eso no significaba que pudiera escapar de sus enemigos, que no faltaban entre la nomenclatura cardenalicia. El nuevo rey del Imperio Vaticano, Lorenzo Corsini, papa Clemente XIII (1730–1740), nada más ceñirse la tiara imperial, encerró a Coscia en el Castillo de Sant'Angelo, en donde éste se enfrentaría a la muerte.



JACOPO SAVELLI. (Jaime Sabelli). Papa Honorio IV. Había nacido en Roma y pertenecía a su nobleza. Era casi un hombre maduro que, carcomido por las enfermedades venéreas, parecía un anciano. Estaba medio paralítico cuando alcanzó, gracias a su familia, la ambicionada corona: no era el primer miembro que se la ceñía.

Fue escogido al poco tiempo de la muerte de su predecesor en el cargo, Simón de Brion, papa Martín IV. Ocupó el ambicionado trono durante dos años, de 1285 a 1287.

Sostuvo una cruzada –guerra de exterminio y genocidios en nombre de su divinidad cristológica– contra el rey Pedro III de Aragón, y excomulgó a su hijo Jaime, al que Pedro había cedido la corona del reino de Sicilia, al hermano de éste y a su madre Constanza, y depuso a los obispos que habían coronado a Jaime. Vendió la absolución de Viterbo por dinero¹. Nombró senador romano a su hermano Pandolfo. Trató de impedir que Andrónico, emperador de Constantinopla, reuniera un concilio, pero todos sus esfuerzos y amenazas chocaron contra la decisión del emperador, que en el año 1286 inauguró el concilio en el que se confirmó la condena del obispado romano y del judeocatolicismo latino, por sectarios y heréticos.

Se afirma de él que aprobó las logias de los Carmelitas Descalzos y la de los Ermitaños de San Agustín.

La enfermedad y los excesos pudieron con él, y Jacopo Savelli dio con sus huesos en la sepultura, a comienzos de abril del año 1287.

Su sucesor sería Jerónimo Masci, papa Nicolás IV (1288–1292).

¹ La mayoría de los historiadores aseguran que la cantidad fue de mil marcos de oro.

JACQUES-ARNAUD D’EUSE. (Jaime de Osa, Jacobo Ossa). Papa Juan XXII. Pertenece a la dinastía de Aviñón. Tras la muerte de Beltrand de Goth, papa Clemente V, y tras dos años de peleas, luchas y batallas por el ambicionado trono, fue elegido en Lyon, en el año 1316, y gracias a la intervención directa de la corona.

A la muerte de Felipe el Hermoso, su hermano se encargó de reunir el cónclave, lo que hizo en Lyon. No permitió que nadie saliera de allí hasta que eligieran un nuevo papa. Los cardenales, condenados a pan y agua, pidieron a D’Euse que eligiera uno. Éste, ni corto ni perezoso, se ofreció para llevar la pesada tiara, y no dudó en colocársela sobre su cabeza. Cogidos de sorpresa, y por no prolongar la vacante o para evitar un cisma, lo aceptaron. Había nacido en Cahors, Francia. Su carrera eclesiástica fue fulgurante. Fue elegido obispo de Fréjus, arzobispo de Aviñón y Porto. Había sido profesor de derecho en Nápoles, y preceptor de los hijos de Carlos II.

Una vez elegido papa, fijó su residencia en Aviñón, y jamás tuvo la tentación de volver a Roma. Intelectual y culto, defendió las letras y creó varias academias. Hombre inteligente, ambicioso, humanista descarado, para nada teísta, es decir, incrédulo como todos los prelados y cardenales, y además sincero, no tuvo inconveniente en redactar un libro, llamado de las *Tasas*¹, en el que se vendía cualquier tipo de absolución para todos los delitos habidos y por haber, desde el parricidio hasta la estafa, pasando por el aborto, el asesinato de parientes, amigos o desconocidos, el adulterio, la sodomía, la pederastia, la bestialidad, el sacrilegio, el incesto, las ofensas al Espíritu Santo y a María santísima. Todo. Vendió todo, la mejor prueba de su incredulidad y desprecio a los teístas que lo tenían por representante de Cristo en la tierra. No era el único caso en la historia de los reyes tiaralizados del judeoatolicismo florromano imperial latino, pero era un caso destacable, y la naturalidad con la que saldó el paraíso e inutilizó el purgatorio y el infierno, es digna de admiración. Si era el depositario de los bienes infinitos del protagonista evangélico, del sufragio universal, ¿por qué no ponerlos en venta, en lugar de dejarlos enmohecer haciendo inútil la redención? Todos salían ganando: Yahvé, porque sus planes eternos se cumplían a la perfección; Cristo porque podía apreciar la estima en que se tenía su masoquismo salvífico y su suicidio testimonial; los creyentes, porque podían cometer cualquier tipo de delito sabiendo que con cuatro o cuatrocientos chavos se verían limpios y puros y con una plaza segura en el cielo; y el papa, porque de este modo llenaba las arcas, tan necesarias de fondos, para la evangelización del mundo. Sin embargo no todo eran mieles y delicias en la corte de Aviñón.

Por su negativa a reconocer a Luís de Baviera como emperador y la excomunión que lanzó contra él, los partidarios de éste escogieron otro papa, de los frailes menores, Pedro Rainalducci de Corbara, que subió al disputado trono con el nombre de pontífice Nicolás V. Ambos papas se excomulgaron cristológicamente, pero la victoria final sería de d'Euse, ya que el emperador fue derrotado por Roberto de Nápoles. No contando con ningún apoyo, en el año 1330, Nicolás V abandonaría la tiara y se sometería finalmente al papa Juan XXII, que mandó estrangularlo.

Déspota, orgulloso, violento y ambicioso, vendió todo lo vendible, y sacó dinero de debajo de las piedras. El tráfico de prebendas, la compra de cargos, la venta de lo humano y lo divino, lo diabólico y celestial, adquirieron dimensiones de epidemia, llegando hasta límites insospechados. Su prepotencia le hizo añadir la tercera corona a la tiara pontificia², habiendo colocado la segunda el obispo de Roma Nicolás II.

Persiguió a los fraticellos, llenó Italia y Alemania de guerras cristológicas civiles, mandó a la hoguera a miles de víctimas, y no dudó en hacerse con todas sus propiedades. De tal manera, que aseguran que la fortuna que legó al papado este hombre al morir, se elevaba a más de quince millones de florines en monedas, y siete en joyas y en amuletos, fetiches y talismanes cruciformes, mariológicos y santorales. Murió en 1334, nonagenario, siendo maldecido por el pueblo romano, que tuvo conocimiento de la fortuna incalculable que había logrado para el papado de la ciudad del Tíber, pero que jamás verían en Roma.

Destaca de este hombre un edicto –bula, en jerga vaticana– publicado en el año 1317, llamado *Spondent Pariter*, dirigido contra los alquimistas, que hundió la in-

cipiente aparición de la química. Por dos veces se queja este hombre de que su vida y la de sus rebaños han sido amenazadas por los alquimistas y hechiceros.

Un punto que no debe olvidarse de este sorprendente ejemplar es su postura en las disputas que se originaron en torno a la pobreza franciscana, que el fraile y teólogo Pedro Oliva había formulado pocos años antes, y que por haber intervenido en ella el pontífice Nicolás III, afectaba a la infalibilidad papal. Juan XXII, despreciando a su predecesor, a los franciscanos y a todos los que apoyaban tal desatino, manifestó que el fraile era un hereje y aseguró que la doctrina de la infalibilidad papal era herética. Para que quedara constancia de su pensamiento sobre tan perniciosa doctrina, el día 10 de noviembre de 1324, promulgó un decreto o bula, titulado *Quia Quorundam*, en la que condenaba la doctrina franciscana de la infalibilidad papal y afirmaba que dicha doctrina era una obra del demonio.

Su sucesor sería Jacques Fournier, papa Benedicto XII (1334–1342).

¹ La existencia del libro de las *Tasas* constituye un testimonio tan rotundo de la codicia y vesania de los obispos o papas de la ciudad de Roma, que no hay historiador que desee congraciarse con la corte del Imperio Vaticano, que no afirme, contra toda evidencia, que dicho libro es una falsificación. Algunos llegan, en su servilismo, a jurar que constituye una creación del judeocatolicismo reformado para denigrar al judeocatolicismo papista.

² Hay quien asegura que la tercera corona la colocó en la tiara Pedro Tomacelli, papa Bonifacio IX.

JACQUES FOURNIER. (Jaime, Jacobo Fournier). Obispo de Roma en Aviñón, más conocido por papa Benedicto XII. Resulta ser el tercero de tales obispos con sede en la ciudad del Ródano. Fue elegido a finales del año 1334, a la muerte de Jacques de Euse (Jaime de Euse), papa Juan XXII. Era hijo de un panadero pastelero llamado Guillermo¹, que vivía

en el pueblo de Saverdun, en el condado de Foix. Por sus cualidades intelectuales fue aceptado en la logia cisterciense. Gracias a sus méritos e inteligencia, ascendió dentro de la orden y terminó siendo nombrado, por el papa Juan XXII, obispo de Pamiers y de Mirepoix, y cardenal de Saint Prisque.

La primera impresión que produjo, al alcanzar el papado romano, fue agradable, pues se manifestó generoso y sobrio, y decidido a poner un límite a las indecencias del clero. El tiempo habría de cambiar radicalmente la visión que se tenía de este hombre. Como se ha afirmado en otras ocasiones, el cargo hizo al diablo, y las pruebas no habrían de faltar.

Al comienzo de su obispado o papado convocó un concilio en esta ciudad, con el fin de reformar las costumbres del clero, y obligó a todos los prelados que haraganeaban en torno a él, a que regresaran a sus diócesis y procuraran el control de sus diáconos y presbíteros.

En lo tocante a los dogmas sobre la muerte y la supuesta visión beatífica de los muertos y santos, negó totalmente las afirmaciones que su predecesor inmediato había hecho sobre el particular². Quiso también sujetar el judeocatolicismo ortodoxo griego al papista, lo que no consiguió.

Vivió una época conflictiva, y él fue igualmente conflictivo, esta es la razón por la que los juicios sobre esta persona son discordantes y, en ocasiones, contradictorios. Se afirma de él que era sobrio y austero, cuando por otro lado a él se debe la construcción del gigantesco palacio de Aviñón, conocido con el nombre de Palacio de los Papas, y en donde fijó su residencia; se asegura, también, que no le importaba pagar una fortuna por obtener un capricho. Se lo tiene por un hombre honrado y honesto³, pero, por otro lado, se asegura que murió corroído

por las enfermedades venéreas y la gota, resultado de sus excesos en la mesa y en la cama, y que no dudó en traicionar a quien fuera para encumbrarse por encima de todos los reyes de la tierra e imponer su voluntad. Se asegura que era generoso, pero fue incapaz de ofrecer una dote a la única sobrina que tenía para poderla casar con un mínimo de dignidad.

Sus relaciones con Luís de Baviera fueron más que tirantes, y no ahorró excomuniones. En los problemas que envenenaban las relaciones entre Francia e Inglaterra, no fue capaz de mediar eficazmente, pues jugaba a varios palos. Si levantó excomuniones fue mediante el trueque por dinero.

Anciano antes de tiempo, y con las piernas cubiertas de llagas, si no todo el cuerpo, se encaminó al sepulcro, al que bajó a finales de abril de 1342.

Su sucesor sería Pierre Roger de Maumont, papa Clemente VI (1342–1352).

¹ Versiones no oficiales afirman que en realidad era el fruto de un incesto entre el papa Juan XXII y su propia hermana, asegurando que Guillermo no era más que su padre adoptivo. Esta historia se carga de verosimilitud cuando se tienen en cuenta los pasos que siguió la vida de Jacques Fournier. Siendo niño, y sin motivo aparente, el abad de la abadía de Boulbone había acudido a Saverdun para recoger al niño y llevarlo a su monasterio. Poco después lo envió a París, con una pensión generosa, para estudiar teología y derecho. Una vez que hubo terminado sus estudios, se le entregó la rica abadía de Fontfroide. Pasado cierto tiempo, el mismo papa Juan XXII, lo había nombrado obispo de Pamiers y cardenal, siendo su protector en todo momento.

Se concibe mal que la hermana del todopoderoso cardenal Jacques-Arnaud d'Euse fuese la esposa de un pobre y humilde molinero o panadero de un pueblo perdido. A Juan de Austria, cuando el emperador Carlos V, quiso alejarlo del mundanal ruido, y ponerlo en buenas manos, lo puso en las de Don Luís de Quixada y Doña Magdalena de Ulloa, señores de Villagarcía de Campos, siendo la residencia del niño el castillo de tales nobles. Sólo la discreción que

exigía el clero en Francia, menos permisivo que el italiano y, sobre todo, que el romano, pudiera haber recomendado esta medida.

Manuel Aragonés Virgili, en su *Historia del Pontificado*, asegura:

"Hijo de un humilde molinero, llamado Guillermo, y sobrino por parte de madre del papa Juan XXII, nació en Saverdun (Tolosa) y, después de abrazar el estado eclesiástico en la abadía cisterciense de Bolbone, estudió teología y jurisprudencia en la Universidad de París. Siendo ya bachiller fue elegido abad del Monasterio de Fontfroide, perteneciente a la Orden del Císter, llegando a ocupar el obispado de Palmiers (1317), el de Mirepoix (1327) y la dignidad de cardenal presbítero de Santa Prisca por nombramiento de Juan XXII." (2º Vol., pg. 166).

Aceptando la veracidad histórica de las afirmaciones de Virgili e historiadores como él, resulta difícil armonizar el desinterés del cardenal d'Euse, futuro papa Juan XXII, hacia su propia hermana, a la que permite casarse con un pobre molinero, y se tome la molestia de ofrecer, al hijo de este hombre, una abadía, cuando éstas, en poder y riquezas, superaban con creces a muchos obispados, para, finalmente, colocarlo en los más altos cargos de la corte del imperio cristológico en el que él mismo reina.

² Se trata de Juan XXII, su presunto padre, que afirmaba que quienes habían merecido el paraíso, la Virgen María incluida, no pueden gozar, hasta el día del juicio final, de la visión beatífica.

³ Hieronimo Squarciafico afirma que este papa estaba locamente enamorado de la hermana de Petrarca, Selvaggia, de 17 años de edad, que se encontraba con sus hermanos Petrarca y Gérard en Aviñón. Benedicto XII, quiso comprarle a Petrarca la licencia de poseerla, pagándole dicha licencia con oro y el título de cardenal. Petrarca despreció la proposición del papa, pero tuvo que huir para salvar la vida, dejando a su hermana en manos de Gérard; éste no pudo resistir la oferta del papa, y le entregó a la hermana, que fue llevada al palacio papal y colocada en el lecho del representante de Cristo. (Citado por Lachatre).

JACQUES PANTALÉON. Papa Urbano IV. A la muerte, en Viterbo, de Reinaldo de Segni, papa Alejandro IV, en mayo de 1261, fue escogido como sucesor suyo, en la misma ciudad y a finales de agosto del mismo año, Pantaléon. Hijo de un zapatero remendón, había nacido en Troyes, Champagne, Francia, en torno al año

1200. Por sus cualidades, llegó a ocupar el obispado de Verdún y el patriarcado de Jerusalén. Estaba en Viterbo a la muerte de Alejandro IV, y los electores, ocho en total, ante la imposibilidad de ocupar todos el ambicionado trono cristológico, llegaron a un acuerdo para elegir sucesor a Pantaleón, entrado en años, en espera de que las fuerzas se decantaran por una de las facciones en pugna. No era de extrañar, dadas las circunstancias, que Pantaleón no pudiera jamás residir en su obispado con tranquilidad.

Se embarcó en algunas empresas guerreras que se volvieron contra él. Avivó la guerra con Sicilia, y trató de contar con el apoyo de Francia para solucionarlo, ofreciendo la corona de Sicilia a Carlos de Anjou¹. Éste no movió un dedo para llegar a Roma y ocupar el trono ofrecido por Jacques, ante la situación ambigua de algunas ciudades, que habían abandonado la causa del papado. Predicó una cruzada contra Manfredo, cuya consecuencia inmediata fue que tuvo que marchar fugitivo ante el peligro de perder la vida.

A él se debe la introducción en la liturgia judeocatólica latina de la fiesta del *Corpus Domini*, que ya gozaba de un culto particular en Liegi, establecido sobre las bases de unas alucinaciones celestiales de una monja agustina llamada Giuliana de Liegi. Preocupado por los problemas culturales del religionismo evangélico, encargó a Tomás de Aquino la recopilación de unos oficios religiosos que el angélico dominico no concluyó a causa de la muerte de Urbano. Reformó la Inquisición y excomulgó a Conradino, designado emperador por los electores alemanes.

No pudiendo residir ni en Roma ni en Orvietto, en donde se había refugiado, se dirigía a Perugia cuando cayó enfermo. La muerte lo sorprendió, en pleno viaje,

a comienzos de octubre del año 1264. Fue enterrado en esta última ciudad. Su sucesor en el ambicionado trono sería Guy de Foulques, más conocido por Clemente IV (1265–1268).

¹ Hermano del rey de Francia, Luis IX, el santo.

JAIME DELLA CHIESA. Obispo de Roma y rey del Imperio Vaticano, más conocido por papa Benedicto XV. Ocupó el ambicionado trono a la muerte de José Sarto, papa Pío X.

Nació en el seno de una familia rica, en Pegli, Génova, en el año 1854. Estudio derecho. Terminada la carrera, se hizo sacerdote judeocatólico. En el año 1907 fue nombrado príncipe mitrado de Bolonia y cardenal. A la muerte del obispo de Roma José del Sarto, papa Pío X, en 1914, la lucha entre los aspirantes a controlar la corte del imperio judeocatólico es breve –hay que guardar las formas– y termina siendo elegido Della Chiesa para ceñirse la ambicionada tiara.

Quiso recuperar el protagonismo que los obispos romanos tuvieron en los conflictos entre países y pueblos a lo largo de un milenio, pero los responsables, que no estaban para letanías ni rosarios, despreciaron todas sus intervenciones, y la guerra siguió el curso impuesto por los combatientes. Lo que sí que logró fue que, tras la terminación de la guerra, algunos Estados quisieran tener un representante cerca de la corte del Imperio Vaticano, es decir, en Roma, entre ellos Inglaterra, que había despreciado dicha corte desde hacía siglos.

Su necesidad de protagonismo universal, tan despreciado en los últimos decenios, no le impidió preocuparse por la buena marcha de los asuntos doctrinales, por lo que le faltó tiempo para condenar toda desviación que se apartara de la ortodoxia vaticana.

Durante el reinado de este hombre se montó, lo que resulta ser, según algunos críticos, la comedia de Fátima, Portugal, en 1917, con el fin de entretener con la milagrería mariológica y la estulticia sacralizada la espantada de creyentes ganados por la evolución, la ciencia, el humanismo, el laicismo y, sobre todo, por el hastío y aburrimiento provocado por el ya más que hediendo y soporífero judeocatolicismo cristológico papista.

Jaime della Chiesa, papa Benedicto XV, moriría en el año 1922, tras haber visto fracasar todos sus intentos de protagonismo universal, contemplado el triunfo del comunismo en Rusia y amargado por el desprecio que los protagonistas de la guerra del 14 tuvieron para sus iniciativas¹.

Sus sucesores en el trono fueron Ambrosio Damián Aquiles Ratti, papa Pío XI (1922–1934).

¹ Elegido para el cargo para seguir las directrices marcadas por la nomenclatura cardenalicia, nada excepcional pudo decirse de este hombre, por lo que, para dar colorido a su inevitable destino, ya que no a su reinado, se afirmó que “había muerto ofreciendo, de todo corazón, la vida por la paz del mundo”, frase de una inanidad absoluta, aunque della Chiesa se hubiera suicidado para justificarla.

JERARQUÍAS ECLESIASTICAS. (Ver *Grados clericales*)

JERÓNIMO MASCI. (Jerónimo de Ascoli). Papa Nicolás IV. Las luchas que se sucedieron por alcanzar la corona de la monarquía pontificia, hicieron que, a la muerte de su último titular, Jacobo Savelli, papa Honorio IV, en el año 1287, el trono papal permaneciera vacante durante diez meses, mientras los cardenales se desgarraban las entrañas por ocuparlo. Finalmente, en 1288, llegaron a un compromiso y ofrecieron la tiara, en espera de mejores tiempos, al superior de la Orden de los Mínimos de san Francisco de Asís, Jerónimo Masci, que se negó varias

veces a ser elegido. Finalmente aceptó, y el cargo hizo al diablo: de generoso se hizo avaro, y de tolerante, intransigente. Había nacido en el año 1230, en Ascoli. Sacrificó los intereses del obispado de Roma al engrandecimiento de su humilde familia y a la Regla de san Francisco; aunque no por ello olvidó favorecer a la familia de los Colonna, nombrando a uno de ellos cardenal.

Tras la caída del último reducto del reino latino en Palestina (1291), pretendió preparar una nueva cruzada contra el Islam para recuperar el territorio perdido, pero no consiguió salir adelante con su proyecto, por la indiferencia con que fue recibido en todas las cortes.

Creó los tribunales inquisitoriales de Venecia y Aviñón, y fue él quien dio a los inquisidores amplios poderes para interpretar las leyes eclesiásticas a su antojo. A este hombre se debe una acción que se iba imponiendo entre los obispos o papas de todas las iglesias: la de desenterrar los cadáveres de sus enemigos para arrojarlos al fuego. Por ello mandó desenterrar el cadáver de Juan de Béziers, monje franciscano, y el de Pedro Casidoro, y los entregó al verdugo para que los quemara, manifestando de ese modo la condenación al fuego eterno al que estaban destinados por él. Habían cometido el delito de acusarlo, y un representante de Cristo en la tierra jamás podía ser acusado, por ser él el acusador eterno y omnipotente de todo el mundo, según rezan los cánones inspirados en los *Evangelios*.

Murió en Roma, a comienzos de abril de 1292.

Su sucesor en el trono vacante sería Pietro Angeleri, papa Celestino V, santo (1294), escogido tras largas luchas y enfrentamientos entre los aspirantes, más de dos años después de la muerte de Masci.

JERUSALÉN. Tanto la *Biblia* como los *Evangelios* señalan con claridad prístina que la ciudad santa de los judíos y la de Jesús es Jerusalén. En ella fijó su residencia terrena Yahvé–Cristo–Espíritu Santo, y Jesús, avatar del Verbo, residió y murió en ella para salvar a la humanidad. Jesús es enterrado en la ciudad eterna y en ella resucitó. Tras su muerte, sus apariciones giran en torno a la ciudad. En Jerusalén se manifestó el espíritu de Yahvé y el de Jesús –el Espíritu Santo, en versión judeocatólica–, y en ella tuvieron lugar los acontecimientos más importantes de la vida judía y la del teísmo cristológico. Jesús es judío y su ministerio lo ejerció en dicha ciudad y en torno a ella. Los principales hechos que tuvieron lugar en la comunidad de sus seguidores, cuando se despidió de ellos, tienen en el seno de la ciudad su principal desarrollo. Jesús habla en alguna ocasión de que ha venido a salvar, en primer lugar a las ovejas de sus apriscos, y tales aprisco se mueven siempre en torno a la ciudad de David. En los enfrentamientos que se descubren entre las diversas facciones judías que luchan tras la resurrección evangélica de Jesús, queda establecido que los gentiles y goyines serían encomienda de Pablo¹ mientras que los circuncisos serían la encomienda de Pedro y los primeros apóstoles, y los judíos, los destinatarios del apostolado de éste último, están en Jerusalén y en torno en sus campos. La primacía de la Iglesia de Jerusalén sobre cualquier otra iglesia queda establecida, pues, por la presencia de Jesús en ella, porque el misterio de la salvación se efectuó entre sus muros, porque la muerte, la sepultura, la resurrección y la ascensión de Jesús tiene lugar en su suelo y en sus aledaños, porque el Espíritu Santo se manifestó entre sus piedras, porque Jesús fue el primer pontífice del judeocatolicismo, porque su supuesto

sucesor, Pedro, tuvo siempre, en dicha ciudad, a los destinatarios de su apostolado; porque que Jesús quiso salvar, por encima de todo, a su pueblo, y su pueblo estaba en Jerusalén y sus alrededores.

La conclusión es apodíctica: el centro del judeocatolicismo es, por designio divino, Jerusalén. No porque fuese la ciudad de David y la ciudad santa de israelitas y judíos, sino porque el dios Yahvé–Cristo–Espíritu Santo la honró con su presencia y la ha santificado con su muerte. Pedro, de ser fiel al mensaje de su maestro, no pudo abandonar jamás dicha ciudad, y debió considerar una suerte el poder morir en la misma ciudad en que murió aquél.

Pero el triunfo del judeocatolicismo no podía hacerse sin Roma, y Roma no puede aceptar al judaísmo hierosolimitano que tantos quebraderos de cabeza le ha dado, aparte de que Jerusalén, tras dos guerras infernales en su seno², ha quedado reducido, como Israel entero, a escombros. Esta es la razón por la que los levitas–diáconos que rigen los destinos de las comunidades de judíos reformados se inclinan definitivamente por el Imperio y los emperadores, abandonando el fundamentalismo tradicional del judaísmo ortodoxo y radical, en lucha permanente contra cualquier invasor: Roma, la ciudad de Roma, es la cabeza del Imperio, y en ella se encuentra el porvenir del judeocatolicismo. Cuando Constantino decide trasladar la capital al Bósforo, Roma pretendió recuperar el protagonismo perdido, pero no pudiendo hacerlo en el terreno político³, lo intentó en el terreno religioso. La empresa le llevó siglos, pero terminó lográndolo. Jerusalén, en contra de toda lógica, de la presencia durante siglos de Yahvé en ella, del apostolado y destino mortal de Jesús entre sus paredes, de su pontificado –¡el primer pontífice de la Iglesia

universal!–, perdió su primacía. El dinero, que todo lo puede había huido de la calcinada ciudad santa y eterna de patriarcas, profetas y reyes yahvídicos y se encontraba en Roma⁴. Con él a su disposición, sus presbíteros y pastores romanos no tardaron en fabricar los documentos necesarios para demostrar que la primacía del judeocticismo les pertenecía por derecho divino. (Ver *Simón Pedro*).

¹ Gal. II, 7–8.

² La primera en el año 70, en que ha quedado destruido el templo y gran parte de la ciudad, la segunda en el año 132, con Bar Cocheba, en que todo el país fue arrasado.

³ Decantado, tras la caída del Imperio, en Constantinopla y, siglos después, en el Sacro Imperio Germano.

⁴ También el dinero que los judíos de todo el Imperio destinaban al templo de Jerusalén, dinero que, a partir de Vespasiano, en el año 70, fue destinado al erario público como impuesto para amortizar los gastos de guerra que había provocado su levantamiento. (Cons. Philippe Simonnot, *Les Papes, l'Église et l'argent*. Bayard, Paris, 2005).

JESUCRISTO. Los príncipes mitrados y tializados del judaísmo filorromano imperial triunfante, lo mismo que sus teólogos y todo el teofuncionariado cristológico afirman que la personalidad de su divinidad (ídolo) principal se resume en una proposición sencilla y clara: *Jesucristo es el mesías prometido en la ley antigua; es verdadero dios y verdadero hombre; en él no existe más que una persona, y no dos, denominada Verbo; en esta persona existen dos naturalezas que no se mezclan ni confunden, sino que permanecen claramente diferenciadas; el Verbo se hizo carne para salvar al mundo de la esclavitud del pecado y del demonio; con esta finalidad redentora, Jesucristo, Verbo y hombre, derramó su sangre y fundó la iglesia, que puso en manos de sus apóstoles para que logran la santificación de todos los hombres.*

La vacuidad de esta proposición –larga, por lo demás–, está más que clara... Jamás en toda la historia del pueblo hebreo, tal y como se contempla en la *Biblia*, jamás, se habla de la salvación eterna de nadie de las consecuencias de un pecado, jamás. Jamás se habla de la inmortalidad del alma. Jamás se habla de la existencia de una trinidad idolátrica o divina. Jamás se habla de un padre, de un verbo y de un espíritu santo. Nunca aparece que el hombre esté compuesto de un cuerpo material y de un alma espiritual, que por otra parte ningún autor bíblico se tomó nunca la pena de tratar de definir, por la sencilla razón de que nadie había formulado su existencia. Cuando Yahvé, o si se quiere, Yahvé–Cristo–Espíritu Santo, habla del alma de los seres vivos o animales, el hombre incluido insiste en que dicha alma no es más que la sangre del animal; y como al quedarse sin sangre el animal –incluido el hombre– el animal muere, todos los hebreos y sus contemporáneos identifican la sangre con la vida, por lo que sangre, vida, alma constituyen claramente sinónimos, que nada tienen que ver con el concepto de espíritu, en el sentido que hoy se entiende, o que los jerarcas y príncipes mitrados del religionismo evangélico pretenden dogmatizar. El pueblo hebreo jamás habló de un mesías que lo librara del pecado y del dominio del demonio, conceptos totalmente ajenos a su mentalidad y a sus necesidades de pueblo esclavizado por sus conquistadores y opresores. Si habla de un mesías salvador es con la esperanza de que lo libere de la opresión material que soporta desde tiempos inmemoriales: de la opresión física y política, de la esclavitud y la servidumbre, de la humillación y el escarnio vital en que los ha colocado su situación geográfica y su debilidad histórica. Y puesto que las últimas opresiones que ha sufrido están relacionadas

con el mundo helénico y romano, si algo espera es ser librado del yugo de estos dos mundos, sobre todo del yugo romano, que es quien domina el Mediterráneo, en el que él se encuentra.

La antigua ley es la única "Ley" del pueblo ortodoxo hebreo, y dicho pueblo, como lo demostrará la historia, no reconoce otra ley. Y esta "Ley", le ha prometido que lo librará de la opresión de los tiranos; le dará la independencia; le pondrá a la cabeza de todas las naciones; le hará señor de señores, y tendrá hijos sin fin. Pero jamás, jamás, le ha dicho que lo salvará de una muerte metafísica y lo librará del dominio de un demonio, que para nada cuenta en su historia. El concepto de nueva y antigua ley es un concepto acuñado por los reyes y príncipes tiaralizados y mitrados del judeocatolicismo para justificar la separación entre judíos ortodoxos –hierosolimitanos y mosaicos– y judíos heterodoxos –filorromanos imperiales triunfantes y de la diáspora–, y para justificar el control de los últimos. Estos conceptos, antigua y nueva ley, jamás fueron empleados por los hebreos hierosolimitanos o mosaicos, es decir, por los judíos tradicionales ortodoxos.

La idea de un mesías que viniera a salvar al pueblo judío del dominio del pecado, sólo comenzó a surgir, tras los sucesivos fracasos de las revueltas contra los invasores, la imposibilidad de evitar la esclavitud –impuesta por egipcios, babilónicos, persas, griegos, romanos–, y la imposibilidad de ser los señores en su propia tierra. Idea que sólo pudo tomar cuerpo, de un modo generalizado¹, cuando tras la derrota del año 74 y la del año 136, la pervivencia política de Israel y Judá desapareció por completo de las esperanzas factibles del pueblo en general.

Hacer que el pueblo hebreo, cansado del judaísmo hierosolimitano y mosaico más fanático –fundamentalista, en lenguaje

actual–, fuera por otros derrotados que los marcados por la tradición no fue tarea fácil, pero sí fue posible gracias a los condicionantes políticos y sociales que se dieron en Roma y en Israel, sobre todo tras las dos derrotas señaladas². Pero las clases dirigentes, entre las que se encontraban los elementos más activos de las principales sectas judías y, sobre todo, los levitas, interesados en conservar su *modus vivendi*, ante el fracaso de toda esperanza política, tuvieron conciencia de que era necesario mantener la unidad de los judíos descontentos, abriendo nuevos horizontes a sus perspectivas sociales y políticas, obsoletas hasta aquel momento, y, sobre todo, obsoletas en lo sucesivo; por ello procuraron transformar las aspiraciones inmediatas de libertad e independencia y grandeza del pueblo, en aspiraciones de libertad personal, liberación individual y grandeza a largo plazo del individuo. Lo que iba a ser una liberación en vida fue necesario transformarlo en una exaltación tras la muerte. El elemento metafísico hizo su entrada en la conciencia de los judíos heterodoxos, hartos ya de la rigidez de la ley mosaica.

Los pasos para lograr esta transformación no fueron fáciles, de aquí la oscuridad que reina en los últimos años del judaísmo hierosolimitano de la diáspora y los primeros años del judaísmo filorromano imperial triunfante o judeocatolicismo, porque se confunden e identifican durante siglos. Pero en lo que respecta a la "Ley" estaba claro que había que ofrecer un legislador que oponer a Moisés y un cuerpo de doctrina que oponer al mosaísmo y la *Biblia*. Y, como tanto el legislador como la doctrina tenían que estar por encima de Moisés y la ley mosaica, se inventó un legislador nuevo –nada menos que un hijo de Yahvé, blasfemia que ningún judío ortodoxo hubiera po-

dido soportar–, se justificó su necesidad –ejecutor de la idea metafísica de salvación–, y se construyó una historia para él –contenida en las *Biografías nicenas de Jesús*, los denominados tradicionalmente *Evangelios*–, con el fin de hacerlo creíble para los judíos de la diáspora y, sobre todo, para los goyines o gentiles conversos, ignorantes por completo de la historia general del judaísmo ortodoxo.

El credo dogmático del teofuncionario cristológico se fue componiendo en función de la situación política y religiosa del judaísmo y el Imperio Romano, tras muchas dudas y vacilaciones³, levantando polvos y polvaredas a cuyo favor los truhanes y oportunistas hicieron su agosto e impusieron su parecer.

Es fácil ver cómo el judaísmo tradicional, hierosolimitano, por descomposición, se escinde y origina, entre otras sectas, el judeocatolicismo; con éste –y de éste– nacen doctrinas heterodoxas; las doctrinas pretenden justificarse metafísicamente y se escriben los *Evangelios*⁴; con los *Evangelios* se fabrica al protagonista, Jesús; y de Jesús se hace el nuevo legislador; del nuevo legislador se hace la nueva ley. Las piezas ya en el tablero, se pretendió encajarlas lo mejor posible haciendo de su necesidad crucial una exigencia lógica e ineludible. El dogma aparece mucho más tarde, pues no hay tiempos para dogmatismos: la urgencia de vivir, la necesidad de coger el tren del Imperio, es la que priva. El llamado credo de los apóstoles, cuyo contenido se refleja al comienzo de esta entrada, no se compuso hasta el siglo IV y quizás después. Primero hubo necesidad de sacralizar los *Evangelios* (las *Biografías de Jesús*, los *Hechos*, las *Cartas* y el *Apocalipsis*), la vida y doctrinas del supuesto protagonista⁵ y el mismo judeocatolicismo, tarea nada fácil, que sólo fue posible con las espadas que el Imperio Romano puso

en manos de los levitas, rabinos y príncipes mitrados de la nueva secta judía.

-
- ¹ No se descarta la posibilidad de que algunas mentes preclaras, viendo la sucesión de fracasos que salpican la historia hebrea, pudieran considerar la idea de un tipo de mesías que nada tuviera que ver con las realidades materiales, políticas e histórica del colectivo hebreo y pensarán en la posibilidad de un mesías de carácter interno e individual. Pero aun en esta posibilidad, que se aprecia ya en los Esenios, no quedaba definido el papel a desempeñar por este mesías.
 - ² Existieron, antes y después de estos levantamientos, protestas y enfrentamientos más o menos notorios, sin posibilidad alguna de éxito. Otro levantamiento, que apenas se menciona, se debió a Patricius, en el año 351. De todo ello se deduce que no tenía sentido, con Cristo o sin Cristo, hacer de Jerusalén la cabeza del judeocatolicismo renovado. La ciudad, por no decir el país entero, se había convertido en un erial, para colmo de males, infectado por descontentos y fundamentalistas a la espera de poder desquitarse de las derrotas y humillaciones sufridas.
 - ³ La prueba la constituye el número incontable de tendencias –denominadas herejías– que los judeocatólicos imperiales tuvieron que combatir, abrazar, despreciar y volver a tomar.
 - ³ Que son cientos. Algunos historiadores aseguran que eran cerca de dos mil los textos evangélicos que rodaban por las comunidades judeocatólicas; en una primera criba se habían reducido hasta dejarlos en unos sesenta, que fueron los que se presentaron en Nicea para su elección final.
 - ⁴ La imposibilidad de hacer un hombre medianamente aceptable del protagonista evangélico, Jesús, corre pareja con la imposibilidad de hacerlo un dios, de aquí que nos encontremos en él ante un aborto divino y un engendro humano expresión de la mendacidad del hombre.

JOAQUÍN PECCI. Obispo de Roma y rey del Imperio Vaticano, más conocido por papa León XIII, que consiguió la corona imperial a la muerte de Juan María Mastai-Ferretti, papa Pío IX.

Nació en Carpineto Romano, cerca de Anagni, el 2 de marzo de 1810, de una familia noble. Estudió con los jesuitas y en la academia de los eclesiásticos nobles. La fortuna y la influencia de su familia,

hicieron que las puertas se abrieran para él sin dificultad alguna. Esta es la razón por la que pronto se lo verá como enviado de la corte papal en Benevento y Perugia. Más tarde, en Bélgica. Estuvo también en Damietta con el título de arzobispo *in partibus*. En el año 1846, cuando apenas tenía 36 años de edad, es elegido obispo de Perugia, alcanzando el título de cardenal en el año 1853, cuando Mastai-Ferretti, Pío IX, le ofrece el capelo.

A la muerte de su predecesor, el Vaticano, necesitaba con urgencia que alguien se ciñera su corona para contrarrestar los ataques a los que la ciencia, la técnica, la filosofía y las revoluciones sometían a las viejas estructuras, y para evitar que las amenazas que sufrían la sociedad europea y el mundo entero, no arrastrara la realeza cristológica como amenazaba arrastrar a las demás realezas del mundo. Esta fue la razón por la que, al día siguiente de reunirse los electores, con la lección bien aprendida, escogieron a Joaquín Pecci, que oficiaba de camarlingo, como rey del Imperio Vaticano. Su elección se celebró públicamente a finales de febrero, comienzos de marzo, de 1878, y Pecci tomó, para gobernar, el pseudónimo León XIII.

Su reinado fue largo, hasta 1903, y conoció momentos de gloria, sobre todo a partir de su carta *Rerum Novarum*, que pretendió ser el programa social de su gobierno. Pero su ambición de recuperar el poderío temporal para el papado judeocatólico, quedó en eso, pura ambición: no estaba el horno para bollos. La desorientación que experimentó su política en los últimos años de su vida, a pesar de su infalibilidad, era reflejo del desconcierto personal y la incertidumbre en la que lo sumergía la evolución de la sociedad y las aspiraciones del hombre, que, según el parecer de algunas mentes, despreciaba la mendacidad y el

parasitismo crónico del teofuncionario cristológico que él encarnaba.

Pecci intentó, ante la velocidad con la que caían los valores que representaba y defendía como rey del Imperio Vaticano, unir sus fuerzas con las del judeocatolicismo griego, pero el afán de que éste se sometiera al judeocatolicismo papista demostró la esterilidad y la falta de sinceridad de su pretensión, que, por lo demás, había sido la falta de sinceridad de todos los obispos o papas romanos que lo habían intentado antes que él. Trató por todos los medios de que los representantes de su imperio en Alemania, España, Francia y todo el mundo nadaran a favor de las corrientes históricas aunque guardando la ropa, es decir, las propiedades de la corona y curia romana, para acomodarse, lo mejor posible, a las circunstancias sin perder los privilegios y bienes que el papado había acumulado a lo largo de los siglos. Donde no le quedó otro remedio más que el de aceptar las imposiciones de los pueblos y gobiernos revolucionarios, como sucedió en Francia con la imposición de la República¹, trató de ofrecer a sus fieles lo que durante siglos les había negado el judeocatolicismo papista y que la revolución ofrecía: la formación humana, las escuelas, la enseñanza. Aunque todo hay que decirlo, siempre dentro de la "verdadera ciencia" de la que hablará, décadas después, el Concilio Vaticano II, de aquí que diera ejemplo abriendo una academia en Roma para fomentar el estudio de Tomás de Aquino. Intentando no quedarse demasiado atrasado ante las corrientes modernistas y sociales, se pasó la vida componiendo cartas con el laudable objetivo de ofrecer una imagen innovadora, cuando en el fondo, lo único que pretendía era salvar el Imperio Vaticano y la corte papal de la bancarrota social².

Condenó, aunque con más prudencia y discreción, todo lo que había conde-nado Pío IX y algo más, y aquello en lo que no estuvo de acuerdo con él ni con sus predecesores anteriores, dejó que se apolillara en el limbo de la ignorancia y del olvido, siguiendo también en esto la política ancestral de su corte y la de los reyes que lo precedieron: era consciente de que las heces, cuanto más se revuelven peor huelen.

Pecci procuró, para oponerse a las ofertas que hacía un mundo secularizado que despreciaba todo teísmo, ofrecer a sus rebaños el recurso a la milagrería moderna y las panaceas mistificadoras, de aquí que insistiera en la celebración de jubileos, la práctica del rosario, la devoción a la víscera motora (corazón) del Jesús evangélico, para lo cual no tuvo inconveniente en aconsejar la reproducción sanguinolenta de su supuesto corazón y hacer viable la multiplicación de fetiches, amuletos y talismanes cristológicos con dicha reproducción. Y, para estimularlos a estas y otras prácticas teomísticas y teotaumaturgas, tan apreciadas entre sus ovejas, recurrió a colocar en su cielo al mayor número de santos posible, con el fin ofrecerlos como modelos de obediencia y sumisión a Cristo –imagen del papa en el cielo³–, virtudes de las que jamás debe carecer un buen siervo.

Joaquín Pecci, moriría, tan desorientado como su protector Mastai–Ferretti, el día 20 de Julio de 1903, a los noventa y tres años de edad. El trono que él dejaba a tan propecta edad sería ocupado por José Sarto, papa Pío X (1903–1922).

¹ Exigió al teofuncionariado francés, desde el primado al último monaguillo, que aceptaran la República, ya que la realeza no parecía que tuviera ninguna opción de ocupar el trono perdido. Como el realismo histórico demostraría, el Reino de los cielos no está reñido, en principio, con ninguna forma de gobierno.

² Esta es la razón por la que se resalta el hecho de que escribió el mayor número de cartas –encíclicas, en jerga sacristial– en un esfuerzo desesperado por no naufragar. Entre tales cartas destacan, *Aeterni Patrias*, *Matrimonio cristiano*, *Principado político*, *La constitución cristiana de los Estados*, *Rerum Novarum*, *Sobre la secta masonica*, etc.

³ (Ver nota ¹ en *Juan Bautista Cibo*).

JOHANN SPRENGER. (1436–1495). Sacerdote judeocatólico, perteneciente a la logia dominicana, y autor, con Henrich Kraemer del libro *Maellus Malificarum* (Martillo de Brujas), manual de uso de los torturadores y asesinos patibulares al servicio de la corona imperial del papado romano. Todos los inquisidores dominicos, y otros que no pertenecían a dicha logia, utilizaron ese libro como guía para sus investigaciones, torturas y asesinatos judiciales. Sprenger y Kraemer contaban con una sólida base para escribir la obra mencionada, ya que, como inquisidores, asolaron las tierras del norte de Europa con sus torturas y crímenes en nombre de Cristo y la gloria del papado romano.

JOHANNES ANGELICUS. Personaje más conocido por papa Juan VIII (Bis)¹, y, todavía más, por Papisa Juana². Nombre de una ¿mítica? mujer inglesa, que, enamorada de un religioso entró en su convento para vivir juntos. Los dos terminaron viajando por varios puntos de Europa mientras se dedicaban al estudio, lo que hizo que Johannes Angelicus adquiriera una gran cultura. A la muerte de su amante, ocurrida en Grecia en donde estudiaban y enseñaban, la mujer, haciéndose pasar siempre por hombre, se estableció definitivamente en Roma, en donde abrió una academia. Su gran cultura y sabiduría, el conocimiento del latín y del griego y otras lenguas, la amenidad de su trato y sus encantos, harían que obispos y cardenales se volcaran en ella

y la impulsaran a ascender por los escalones del teofuncionariado cristológico, con lo cual le fueron abiertas las puertas del palacio papal. A la muerte de León IV, obispo de Roma, en el año 855 (o en el año 853, según otras crónicas), los cardenales escogieron a Johannes como nuevo obispo de la ciudad, y Johannes tomó el nombre de Juan VIII (Bis). La vida de la mujer, en el palacio de los papas, fue dedicada al estudio y al magisterio. Pasado el tiempo, su constitución la impulsó a entregarse a uno de los personajes de la corte –se sospecha que un cardenal– de quien se habría enamorado. El tiempo fue pasando y la entrega tuvo unas consecuencias naturales, que las amplias vestiduras papales pudieron disimular. Próxima a dar a luz, su tradicional confianza y fortaleza hizo que no se negara a participar en una procesión que partía del Coliseo. En plena procesión, los dolores del parto la sorprendieron y, en plena calle, dio a luz. El espectáculo desató la ira de los cardenales y dignatarios, quienes, azuzando a la plebe contra ella, la destrozaron al instante, lo mismo que al recién nacido.

Cuando los ánimos se calmaron, el pueblo romano, ya más sereno, erigió un pequeño mausoleo a quien había sido su pastora durante cerca de dos años y en él la enterró juntamente con su hijo, monumento que mandó destruir su sucesor. Nunca pudo saberse quién fue el padre de la criatura ni el amante de la papisa.

A partir de entonces, afirman algunas plumas, fue preciso que todo elegido para el obispado de Roma, se sentara en una silla horadada con el fin de que demostrara, a la vista de todos, que estaba dotado de una testicular y un pene, atributos fundamentales para merecer el disputado trono y ser representante de Cristo en la tierra³.

En contra de esta versión de la historia, que constituye el hilo medular de todos los relatos escritos sobre Johannes Angelicus, están los documentos que pretenden demostrar que esta narración es pura ficción; los más importantes aseguran que la historia de esta mujer⁴ se compuso en el siglo XIV, y fue narrada de un modo tan verosímil que aun los mismos papistas creyeron en ella. Con motivo de la Reforma, cuando los ánimos se agriaron, la historia de la Papisa volvió a ocupar las mentes de los hombres, y los jesuitas, turiferarios irredentos y vocacionales del papado, hicieron circular la idea de que la historia de la Johannes Angelicus había sido una creación de los judeocatólicos reformados para denigrar el papismo. No contentos con esto, y aprovechando el peso que tuvieron algunas mujeres en la historia de dicho obispado, la cargaron de simbología aduciendo que no era más que una recreación mítica de aquella realidad histórica que hizo que el obispado romano estuviera controlado por varias mujeres, de fuerte personalidad, que hicieron de sus amantes títeres tializados. La corte del Imperio Vaticano, sus teólogos y defensores, recurrían una vez más al simbolismo cuando la realidad histórica se volvía contra ellos o la inanidad de sus escritos sagrados quedaba en evidencia.

¹ De ser cierta su historia, debería haber sido llamada Juan VIII Bis, ya que el nombre y número con que se la conoce corresponde, en realidad, a Juan el Diácono, Juan VIII (año 844), que fue destronado por los partidarios de Sergio II.

² No faltaron estudiosos que niegan la existencia de este personaje, y la lógica, en principio, les da la razón, pues hay razones de todo tipo que se oponen a la realidad histórica de esa mujer a la cabeza del obispado romano, entre las cuales, las de “carácter íntimo” no son despreciables. En los palacios habituales de la época es difícil encontrar, a pesar de lo que se cree, y pese a la existencia de “cámaras reservadas” y “cámaras privadas”, habitaciones independientes, pues todo el espacio arquitectónico se concibe como

un “pasillo” interminable limitado por puertas que lo fraccionan y lo convierten en cámaras y habitaciones. Por otro lado, los personajes públicos, aunque no lo quieran, “deben ser vistos” por sus protectores y servidores para atender al instante a cualquiera de sus requerimientos o necesidades. Una persona puede entrar y salir de sus dependencias en secreto, por escaleras y pasillos disimulados, que la mayoría ignora o a los cuales no tiene acceso, pero siempre, a la larga, efectúe su entrada disfrazada total o parcialmente, ha de contar con la discreción de los servidores y ayudas de cámara. Pensar que una mujer joven podía ser tomada por un hombre largo tiempo, sujeta como estaba a las servidumbres típicas de toda mujer, sin que nadie en los palacios papales se diera cuenta, resulta difícil: no había intimidad ni podía haberla, y, a menudo, las entregas amorosas constituían casi un espectáculo público ante la imposibilidad de encontrar una cámara realmente secreta que pudiera escapar a la astuta mirada de los espías. Los papas de todas las diócesis, incluidos los de Roma, fueron asesinados en brazos de sus queridas y barraganas, cuando creían estar protegidos de las miradas indiscretas. No había operación íntima que no debiera contar con la colaboración de los ayudas de cámara, y estos ayudas de cámara, por muy discretos y fieles que fueran, necesitaban los servicios de otros hombres y de otras mujeres, que, podían ser espías al servicio de enemigos nada despreciables. La multiplicación de confidentes hace imposible la guarda de un secreto, y si las cortes pudieron ocultar, a los ojos del público, los hechos y personajes que anidaron en ellas, tales secretos fueron comidilla común entre los iniciados. Hay que tener presente, y no olvidarlo nunca, que una persona, antes de poder tener acceso al trono pontifical judeocatólico, debía recorrer un largo camino en el que todos sus pasos eran contados y medidos por amigos y enemigos.

¿Pudo darse una serie de coincidencias que facilitaran el acceso al trono pontificio de una mujer? Pudo darse, y no se descarta esa posibilidad. Pero no es fácil demostrarlo.

³ La negativa a aceptar que una mujer hubiera podido ocupar el trono del que, con el paso del tiempo, sería el Imperio vaticano, se apoya en algunas reservas fundamentales, de las cuales señalamos tres. Una de ellas, está expuesta en la llamada anterior: la dificultad de orden práctico que entrañaba esa aventura, en un lugar, los palacios papales, en donde la traición, el puñal y el veneno estaban esperando la ocasión más propicia para entrar en juego, por lo que el espionaje era una necesidad inevitable y esencial.

Otra se refiere al carácter machista que inspira la corte del religionismo cristológico y el teofuncionariado judeocatólico. En los primeros siglos del judeocaticismo, hasta bien entrado el siglo VII, se ha constatado en la clerecía cristológica, la existencia de sacerdotisas, y lo demuestra el hecho de que el concilio de Calcedonia afirma claramente que las mujeres pueden recibir el sacerdocio (1). Es de suponer que esta realidad es el resultado de la importancia que tuvieron las mujeres y sus riquezas, en los primeros siglos del judeocaticismo, en la conversión de la nobleza romana, y del judaísmo ortodoxo, hacia el judaísmo heterodoxo filorromano imperial. Pero finalmente la mentalidad machista del levitismo judío, del que deriva el sacerdocio evangélico universal, terminó de imponerse de nuevo, y la mujer fue desplazada por completo, como actora, de los actos culturales de la nueva secta judía reconocida por los emperadores romanos. En el siglo IX, aunque existían abadesas y conventos de mujeres de un poderío indiscutible, lo cierto es que era imposible encontrarlas oficiando en los altares, y mucho menos a la cabeza de un obispado. Las diaconisas de las que se habla en algunos documentos, hacía tiempo que habían pasado a la historia.

No quiere decir que no hubieran entrado mujeres en los conventos y monasterios de hombres, a las que se recibió pensando que no lo eran, pero constituyen casos excepcionales, que atraen la atención precisamente por su excepción.

Una tercera reserva o razón, y creemos que ha de considerarse de capital importancia, y que se opone a ultranza a la aceptación de la existencia de la Papisa Juana, es que para el obispado y curia romana, el reducto sacrosanto del machismo más depurado y fundamentalista, un fenómeno como ese no podía pasar desapercibido. Era imposible. Tenían que detectarlo al instante. Como en el caso de los osos polares, que olfatean a varias decenas de kilómetros la presencia de una hembra, el machismo de la nomenclatura cardenalicia tenía que detectar, al instante, la presencia de una mujer entre ellos. No podía ser de otro modo. Fracasarse en su detección hubiera sido la ruina para el judeocaticismo entero.

En efecto, aceptar que una mujer pudo sentarse en la presunta cátedra de Jesucristo, dejada a los hombres, únicamente a los hombres, en herencia y responsabilidad, entrañaba el hundimiento de la supuesta designación de Pedro como pastor absoluto del judeocaticismo evangélico. Este hundimiento daría al traste, por un lado, con la predicada designación directa del Espíritu Santo en la elección del

obispo de Roma, que habría demostrado una ceguera mayor que la del colegio cardenalicio. Tiraría por los suelos, igualmente, la pretendida santidad del pontificado, infalibilidad incluida, y la de toda la Iglesia, como manifestación de la realeza de Cristo, que se habría manifestado irremisiblemente en una mujer considerada una prostituta y encarnación de Satanás por la clerecía y la Iglesia entera. Y daría al traste igualmente con el magisterio docente de dicho obispado, no porque Johannes Angelicus no fuese un pozo de ciencia digno de admirar, como aseguran que fue, sino porque habría roto la imagen de unos pastores y una Iglesia, que encarnan la verdad absoluta, la de Cristo, cuando en realidad eran incapaces de descubrir una superchería tan grosera y burda.

(1) El concilio general de Calcedonia del año 451, en su canon 15 prohíbe ordenar por la imposición de manos ningún Diaconisa que tenga menos de cuarenta años, y si tiene poca experiencia, y anatematiza a las diaconisas que se casen, al igual que anatematiza a quien se case con ella.

⁴ Entre los nombres que defienden la existencia de Johannes Angelicus a la cabeza del obispado de Roma, en torno a los años 853–855, se encuentra el mismo Baronio, que considera a la Papisa como un engendro del demonio producido por ateos y heréticos; el historiador inglés Alexandre Cook; Launoy, que afirma que si es cierto que eclesiásticos contemporáneos de León IV y Benedicto III, por un celo exagerado hacia la religión, no han querido hablar de esta mujer excepcional (en los listados pontificales), otros menos escrupulosos, lo han hecho; el monje Marianus Scotus, que había defendido, en la misma corte de Roma, a Gregorio VII contra el emperador Enrique IV, y cuyos manuscritos se encontraban en las principales bibliotecas de Alemania, de Francia, de Oxford y del Vaticano.

JOSÉ SARTO. Obispo de Roma y rey del Imperio Vaticano, más conocido por papa Pío X, que sucedió en el trono a Joaquín Pecci, papa León XIII. Nació en Riese, en la comarca de Treviso, el día 2 de junio de 1835, siendo el segundo hijo de un cartero y una costurera. En 1858 fue hecho sacerdote del religionismo cristológico. Destacando por sus cualidades, se le adjudicó una capellanía de Tombolo y, más tarde, fue nombrado

arcipreste en Salazano. A los cuarenta años consiguió ser nombrado canónico en Treviso. Joaquín Pecci, papa León XIII, en el año 1884, lo nombró obispo de Mantua, y, en 1895, cardenal y patriarca de Venecia.

A la muerte de Pecci, en 1903, sería elegido su sucesor en el trono imperial, a pesar de que puso algunos reparos a su propia elección. Su reinado sufrió, en Francia, España y Portugal, la separación de los Estados respectivos y la corte del Imperio Vaticano, a lo que Sarto respondió, lleno de ira ante la pérdida de tales colonias, con dos cartas de protesta –encíclicas, en jerga sacristial–. En tales cartas, *Lamentabili* y *Pascendi*, aparte de llorar por la pérdida de los privilegios que la curia romana llevaba disfrutando desde hacía más de mil años en dichos cotos, condenó 65 “proposiciones” preparadas por la policía supranacional del papado, la Santa Inquisición, en las que resumía los errores del modernismo, el racionalismo, el positivismo y el relativismo. Tuvo la misma furibunda condena contra el agnosticismo, por conducir al desprecio absoluto de todo religionismo y teísmo, y, en cualquier caso, por facilitar, con su escepticismo y tolerancia, el panteísmo, ambos en oposición permanente del religionismo cristológico.

Condenó el modernismo en todas sus facetas y manifestaciones, condena que expresó en el decreto titulado *Pascendi Dominici gregis*, que vio la luz en el año 1907. En dicho decreto señala las doctrinas “heréticas” del modernismo, a las que pretendía combatir con todos los recursos de la corona.

Dedicado a la organización y renovación de su corte, se afirma, desde la cúspide de la nomenclatura cardenalicia, que quedó tan sorprendido por el inicio de la primera guerra mundial, que resultaba ser, como todas las guerras en Europa

y en torno al Mediterráneo, una guerra civil cristológica, que no pudo superar el desencanto y la pena que le provocaron, pena y desencanto que quebrantaron su salud y lo condujeron a la tumba¹.

José Sarto moriría el 20 de agosto de 1914. La energía con la que defendió los intereses de la corte del Imperio Vaticano, hizo que la curia romana colocara a este rey en el empíreo judeocatólico latino y lo honrara con el título de santo.

Su sucesor sería Jaime della Chiesa, papa Benedicto XV (1914–1922).

¹ Los teoturiferarios del vaticano, teoaduladores a ultranza del papado, que les permite comer con largueza y vivir con aire señorial, parecen ignorar que este hombre hizo varias declaraciones que demostraban su desprecio, si no su odio, a los serbios y a los judeocatólicos ortodoxos. Tras el atentado que terminó con la vida del archiduque Francisco Fernando y señora, Sarto no tuvo reparo alguno en ignorar, aleccionador, los esfuerzos del emperador para exterminar sistemática y persistentemente a los serbios. Era tal la alegría que le producía a Sarto la ignorancia de su eliminación programada, que el embajador de Baviera en el Vaticano, desbordado por la complaciente ceguera del pontífice, pudo comunicar al emperador que el papa Pío X veía con buenos ojos las masacres de serbios, y que el mismo Secretario del Estado, Merri del Val, consideraba que era el momento ideal para que Austria se lanzara ya, sin pensarlo más, a la guerra. (Cons. Karlheinz Deschner, *La política de los papas en el siglo XX*).

JOSEPH RATZINGER. Papa Benedicto XVI. Nació en el año 1927. Tras sus primeros estudios entró en el teofuncionariado cristológico con el grado de sacerdote. Pronto consiguió un cargo de profesor de teologismo cristológico en la Universidad de Bonn y de dogmatismo papista en Münster. Pasado el tiempo conseguiría la mitra obispal y el capelo, más envidiable, de cardenal, capelo que le abría la posibilidad de ocupar, en un tiempo más o menos lejano, el ambicionado trono imperial. Mientras llegaba ese momento, estuvo en la dirección de

la Congregación para doctrina de la Fe, el antiguo Santo Oficio, la antigua Santa Inquisición, policía supranacional del papado, con lo que algunos ven más que justificado el apelativo de nazi con el que se le conoce en algunas esferas.

El mismo mes en que moría el rey Carol Wojtyla, papa Juan Pablo II, abril de 2005, Ratzinger, con la ayuda del Opus Dei, se ceñía la corona del Imperio Vaticano. Las mentes retorcidas afirmaron que, en su agenda, estaba el proyecto de colocar cuanto antes a Wojtyla en los altares, para asegurar la endeble santificación del fundador del grupo que le había ofrecido la corona imperial. Vaticinio que el tiempo se encargará de sentenciar.

Si su predecesor estuvo inclinado a la farándula y al espectáculo, entre el circo y la Plaza de Oriente, Ratzinger destaca por su querencia hacia los deslices teopolíticos que le han dado una gran publicidad.

JUAN ÁNGEL BRASCHI. Obispo de Roma más conocido por papa Pío VI. Tras la desaparición del papa Clemente XIV, víctima, según no pocos autores, de los jesuitas y sus partidarios, y que murió, el día 22 de septiembre de 1774, entre dolores atroces y espasmos violentos que hacían sospechar el empleo del veneno¹, las luchas en el cónclave giraron sobre la reciente supresión de los jesuitas y sus consecuencias. Los partidarios de España y Francia se enfrentaron contra el resto del judeocatolicismo filorromano papista. Tras cinco meses de intrigas, el día 15 de febrero de 1775, fue elegido obispo de Roma este hombre, Braschi, de quien suele decirse que era un cabeza hueca, frívolo, disipador, amanerado, trivial, lleno de majestuosa fatuidad, considerado un homosexual divino. Había nacido en Cesena, en el año 1717. Fue educado con los jesuitas. De joven se hizo amar por su atractivo, que le valió muchos protecto-

res. Fue nombrado tesorero de la cámara apostólica, y Lorenzo Juan Ganganelli, papa Clemente XIII, lo nombró cardenal en el año 1773.

En un comienzo, se distinguió por el celo que puso en la mejora de los servicios públicos en Roma; creó hospitales, limpió la Vía Apiana, construyó el canal de Sogliano, etc., y parece que sintió una preocupación verdadera por mejorar las condiciones del pueblo. En el terreno teopolítico de carácter internacional, tuvo que enfrentarse a la secularización de las propiedades clericales en Alemania y otros países y la imposición del código civil a todos los ciudadanos, fueran laicos o religiosos, lo que motivó varias protestas por su parte, protestas que no condujeron a nada.

Con el paso del tiempo, las buenas intenciones con las que pareció iniciar su reinado se fueron embotando descubriendo las facetas más ocultas de su carácter. Su largo pontificado, en donde no faltaron consejeros de la más variada procedencia, terminó distinguiéndose por el odio a los judíos ortodoxos y por su nepotismo, que nada tuvo que envidiar a los tiranos papales que crearon escuela. Para dar ejemplo, comenzó por nombrar cardenal a su sobrino Romualdo Onesti Brachi, mientras que al hermano de éste lo hizo duque de Nemi, y, con el fin de facilitarle la vida principesca a la que se entregó el buen hombre, ordenó secar los pantanos Pontinos con la encomiable finalidad de procurar tierras a precio de saldo a este sobrino. Tuvo que soportar que se reuniera el concilio de Pistoya, con clara asistencia de los jansenistas franceses, que tenían por protector al gran duque de Toscana. Las decisiones del concilio fueron agresivamente antipapistas, por lo que Braschi se dio prisa en condenarlas en un decreto conocido por *Auctorem Fidei*.

La Revolución Francesa sorprendió a este hombre, que dormitaba perdido entre la impotencia y la falta de luces paraclitales, en el tocador, en donde pasaba horas acicalándose el rostro. Durante su largo reinado a la cabeza del Imperio Vaticano, la Revolución promulgó la Constitución Civil del Clero (12 de julio de 1790), que Braschi se apresuró a condenar en un decreto publicado el día 10 de marzo de 1791, titulado *Quod aliquantum*. La Revolución respondió expulsando al embajador del papado en Francia. La Santa Alianza, por orden de Braschi, aconsejó a Luis XVI que se opusiera a la nueva constitución francesa, lo que el rey hizo, sin advertir que su gesto lo conduciría a la guillotina. Por negarse a aprobarla, el pueblo lo miró con desconfianza y lo consideró un traidor. El rey del Imperio Vaticano no podía dejar caer a su homólogo francés, por lo que, ante el peligro que corre Luis XVI, ordenó a la Santa Alianza preparar la huida del rey francés. Por desgracia para el monarca, fue reconocido, cuando estaba a punto de pasar la frontera, y devuelto a París en donde perderá la cabeza.

Juan Ángel Braschi protestó ante la ejecución, pero lo único que consiguió con sus furibundas pataletas fue que los revolucionarios ocuparan Avignon. El obispo de Roma ordena entonces fortalecer la *Sancta Societas* y llenar Francia con sus espías. Uno de sus agentes más efectivos fue el abate Sifrein Salamon, recompensado por el papado con el obispado de Orthoisa. Mientras tanto, y cuando la Revolución declaró que los bienes clericales pertenecían a la Nación, Braschi suspendió la constitución civil del clero y a todos aquellos sacerdotes o levitas judeocatólicos que la habían firmado, y, para dejar bien claro lo que pensaba de la Revolución, lamentó en público consistorio la ejecución de Luis XVI.

Pasado el tiempo, la ascensión de Napoleón, no facilitó las cosas a Braschi. La situación se complicó todavía más, cuando la *Sancta Societas* recibió la orden de asesinar al general francés Duphot, lo que hizo aprovechando un motín que ella misma había organizado, frente a la embajada francesa en Roma, el día 28 de diciembre de 1797. El asesinato dio lugar a que los franceses se apoderaran de la ciudad y de su obispo y monarca, terminando definitivamente con el poder supranacional y temporal del papado romano.

Juan Ángel Braschi, papa Pío VI, tras ser conducido a Florencia, posteriormente a Brianzón, Francia, moriría, mientras era arrastrado de Ceca a la Meca, en Valence, el 29 de Agosto de 1799. Napoleón procuró que su cadáver fuese sepultado en el cementerio de la ciudad, aunque en 1802, permitió que se llevara a Roma.

Su sucesor sería Bernabé Luís Chiaramonti, más conocido por papa Pío VII (1800–1823).

¹ El uso y abuso de los venenos era más que conocido, pero no siempre las muertes repentinas, precedidas de dolores intensos, estaban justificadas por ellos. La muerte natural, dolorosa y fulminante, había sido el pan nuestro de cada día en la historia del hombre, y lo sigue siendo hoy, con médicos y sin ellos. La autopsia era la única que podía aclarar la causa real de la muerte.

JUAN ÁNGEL DE MÉDICIS. Rey y obispo de Roma, más conocido por papa Pío IV. A la muerte de quien la historia juzga un tirano sin escrúpulos y un asesino, Juan Pedro Carafa, papa Pablo IV, el día 18 agosto de 1559, el pueblo de Roma, espoleado por el odio acumulado contra dicho déspota y los largos años de represión que había tenido que soportar con dicho tirano, se desató en un afán destructivo que nada pudo contender. El edificio de la Santa Inquisición, en donde

los papas habían perpetrado tantas torturas, asesinatos, crímenes, y genocidios, y seguirían programando y ejecutando, fue quemado; la estatua de mármol del sanguinario santo padre fallecido, que estaba en Campidoglio, fue derribada y destrozada. Y para librar el cadáver de dicho papa de las iras del pueblo, tuvo que ser sepultado a escondidas en las cloacas del Vaticano, y allí estuvo hasta que Miguel Ghislieri, papa Pío V, lo hizo enterrar en el templo de santa María sopra Minerva. Mientras tanto, era evidente que Roma no estaba para cónclaves, y tuvieron que pasar los días antes de que el ambicionado trono vacante pudiera ser ocupado por quien demostrara ser el más indecente de sus aspirantes. El cónclave se inició el día 5 de septiembre, pero pasaron las semanas antes de que hubiera un acuerdo entre los cardenales franceses y españoles, quienes por fin decidieron escoger, a finales de diciembre, a Juan Ángel de Médicis, que tenía ya 60 años de edad.

Juan Ángel había nacido en Milán, dentro de una familia con títulos, aunque sin recursos. Gracias a los esfuerzos de su hermano mayor, Medeghino, duque de Mariñán, el solar familiar recuperó cierta estabilidad, que ayudó a la formación del futuro papa. Bajo Alejandro Farnesio, papa Pablo III, fue nombrado arzobispo de Ragusa; Giovanni María Ciochi del Monte, papa Julio III, lo nombró legado suyo. Habiendo cumplido a la perfección su tarea al servicio del papa, éste le compensó con el capelo cardenalicio de Santa Prisca. La puerta hacia la realeza estaba abierta para él. La alcanzaría el día 26 de diciembre del año 1559.

La elección no desagradó, en un principio, al pueblo romano, pero pronto sus ilusiones fueron traicionadas, pues el nuevo obispo de Roma demostró ser un déspota demencial, arbitrario y prepo-

tente, en cuanto se ciñó la ambicionada tiara. Favoreció a su familia y parentela hasta límites inimaginables hasta entonces, lo que ya era difícil, y llegó a conceder el capelo cardenalicio a su sobrino Carlos Borromeo cuando éste sólo tenía 21 años de edad; emuló al asesino que ocupó el puesto antes que él y lo superó en muchos aspectos. Todo lo "dulce" que se había presentado antes de la coronación desapareció tras ella, ofreciendo la imagen de un avaro codicioso de riquezas y poder, cruel y disoluto, espoleado por un afán compulsivo de gozar de lo que no pudo gozar en tiempos pretéritos. A sus parientes ofreció beneficios, abadías, obispados, capelos... Su prepotencia hizo que el judeocatolicismo no solamente permaneciera dividido entre ortodoxos y sectas papistas tradicionales, sino que, por sus palabras y escritos, el papismo se apartó definitivamente del judeocatolicismo reformado, consagrando, con su contumacia, esta nueva escisión y haciéndola irreversible. El odio que había despertado en algunos sectores del pueblo romano y la nobleza hizo que se preparara una conspiración contra él. Sin embargo la indecisión del ejecutor directo, Benito de Ascolti, hijo del cardenal Ascolti, hizo que Médicis sospechara y los conjurados fueron detenidos, torturados por los incondicionales del papa, los dominicos inquisitoriales, y terminaron asesinados patibularmente en la hoguera, en una plaza de la ciudad.

Como afirman los incondicionales del obispado de Roma, a este hombre le cupo el honor de convocar el arrastrado y fantasmagórico concilio de Trento, que ningún papa quería continuar, y que fue abierto nuevamente el 15 de enero de 1562 y clausurado el 14 de diciembre de 1563, tras nueve sesiones.

Este santo padre moriría, dicen las crónicas, por una apoplejía, tras los excesos

en un banquete, el día 9 de diciembre de 1565.

Su sucesor en el trono obispal romano fue Miguel Ghislieri, papa Pío V (1566–1572).

JUAN ANTONIO FACCHINETTI. Obispo de Roma, más conocido por papa Inocencio IX. Para evitar los roces con el embajador de Felipe II, en la elección del sucesor del papa Gregorio XIV, los cardenales nombraron como obispo de Roma, el 29 de octubre de 1591, al anciano J. A. Facchinetti, de 73 años de edad, que pertenecía al partido español.

Había nacido en Bolonia, y había sido obispo de Nicastro y, posteriormente, cardenal.

Su primera preocupación, al aceptar el cargo, fue la de aliviar las desgracias de los romanos, diezmados por la peste que reinaba en Italia, y que se había cebado con Roma.

A pesar de haber sido elegido por el partido hispano, y, a juzgar por su edad, para ganar tiempo, Inocencio IX, haciendo algunas concesiones a España, no por ello secundó la política de Felipe II, y reconoció, al menos en su fuero interno, y ante los íntimos, que Enrique de Navarra era el sucesor legítimo de la corona de Francia. Siendo consecuente con este pensamiento, privó a la *Liga* del dinero que le había destinado su predecesor, por lo que los electores españoles se alarmaron tanto como Felipe II, sobre todo cuando afirmó en el consistorio que deseaba la paz y que deseaba reformar la curia y la Compañía de Jesús, renovaciones necesarias para la buena marcha de los negocios de la Iglesia. Tales declaraciones fueron su sentencia de muerte, porque a los pocos días, el día 30 de diciembre del mismo año 1591, caía fulminado por el veneno de quienes lo habían colocado en el peligroso trono y le habían ceñido la mortífera tiara.

Su sucesor sería Hipólito Aldobrandini, papa Clemente VIII Bis (1592–1605).

JUAN BAUTISTA CIBO. Papa Inocencio VIII. Ganó el ambicionado trono prometiéndole todo tipo de privilegios y fortunas a quienes lo eligieran, como alternativa más clara a los sobornos y promesas de Rodrigo Borja y Julliano della Rovere, candidatos y oponentes nada despreciables. Fue elegido el día 29 de agosto de 1484, a la muerte de Francesco della Rovere, papa Sixto IV (1471–1484), y pudo mantenerse en él durante ocho años, pues murió en 1492.

Había nacido en Génova, de raíces griegas, en el año 1432. Su padre era médico con posibles, que le permitió la formación y el estudio, pero el espaldarazo definitivo lo tuvo cuando Francesco della Rovere, papa Sixto IV, al que sucedió en el trono del Imperio cristológico, le ofreció el cardenalato.

Sus aventuras amorosas fueron sonadas y con sus amantes tuvo varios hijos, siete de ellos, atribuidos a una mujer napolitana. Sus hijos preferidos fueron Franceschetto y Teodorina, de cuyo destino se ocupó con gran cuidado.

En el año de su elección, en 1484, confirmó con su autoridad divina, la realidad del comercio de las mujeres con Satán o sus demonios, es decir, la brujería, lo que dio origen a la caza de brujas. Gracias a él y al amor de Cristo, en doscientos años, y sólo en Europa, se quemaron vivas cientos de miles de mujeres¹ acusadas de tener íntimos contactos con los diablos. El procedimiento que se seguía, una vez acusadas y detenidas, era sencillo: su destino, reconocieran o no reconocieran la supuesta culpa, era siempre la hoguera. Si las acusadas reconocían su culpabilidad, se las quemaba sin más y se ahoraban, en principio, la tortura. Si negaban la acusación, se las torturaba

primero, y, si morían durante la tortura, se quemaban sus cadáveres. Si, al ser torturadas, terminaban confesando, a la hoguera eran llevados los despojos humanos de las acusadas, quebrantados y destrozados por las sevicias protagonizadas por los sicarios del papado y su representante en el cielo, Cristo².

El nuevo papa, mientras auspicaba, ordenaba y exigía las torturas y los asesinatos patibulares, no tenía inconveniente en dejar testimonio de su ferocidad, su crueldad y sus instintos criminales en los escritos y en las cartas que dirigió al obispo de Brescia y al inquisidor de Lombardía ordenándoles, perentoriamente, perseguir a los denominados herejes, y exigiéndoles el exterminio inmediato –una cruzada, en jerga sacristial– de los valdenses.

Mientras se ocupaba de organizar masacres y genocidios, daba rienda suelta a sus impulsiones libidinosas, que jamás fueron reprimidas, lo que prueba el número de hijos y amantes reconocidos que tuvo. Su avaricia tampoco conoció límites alguno, lo mismo que su rapacería y prepotencia. Exigió que el Gran Maestre de Rodas le entregara al príncipe Zizimo, prisionero de los caballeros de San Juan, y hermano del Sultán Bajazet II para tenerlo de rehén –un secuestro santificado–. Zizimo, en posesión del papa, fue una mina para éste, pues gracias a él le llegaron ingentes cantidades de dinero. Posteriormente, negoció con el soldán de Egipto la libertad del príncipe, por una suma de 400.000 ducados y la entrega de Jerusalén, con el fin de enfrentarlo a su hermano y derrocar al sultán, dinero que recibió, pero no por ello dio la libertad al joven. Las negociaciones, aunque llevadas en secreto, no lo fueron tanto que no alcanzaran los oídos del embajador de Bajazet II, que ofreció al papa una suma muy superior a la ofrecida por

Egipto para matar al príncipe, con el fin de evitar posibles competidores. El papa, siempre con Zizimo en su poder y bien vigilado, aceptó también esta nueva negociación y recibió el dinero, pero no teniendo intención ni de liberar al príncipe ni de matarlo, pues era una mina de oro, detuvo al asesino ganado para la causa de Bajazet, un oficial de su palacio llamado Cristóbal Macrin, y mandó descuartizarlo en público. Los embajadores, ante la indecencia y codicia del representante de Cristo en la tierra, abandonaron Roma con destino a Constantinopla, acusando al papa de ladrón y fulero.

Juan Bautista Cibo moriría hacia finales del mes de julio del año 1492, siendo su sucesor en el trono del judeocatolicismo latino Rodrigo Borja, papa Alejandro VI (1492–1505).

¹ Algunos historiadores dan cifras que superan las 500.000 víctimas.

² No constituye un equívoco. En realidad los dioses son hechos a la medida de los hombres y por los hombres, como no podía ser de otro modo. Aunque es habitual afirmar que el papa es el representante de Cristo en la tierra, no es menos cierto que, la realidad, resulta ser la inversa: Cristo es el representante del papa en el Cielo, en donde se lo ha colocado para justificar lo que el obispo de Roma quiere.

JUAN BAUTISTA EMILIO ALTIERI. Papa Clemente X. Se ciñó la tiara imperial el 26 de abril de 1670, cuatro meses después de que hubiera muerto su predecesor, Julio Rospigliosi, papa Clemente IX. La duración del cónclave se debió a la falta de unanimidad entre los electores: los intereses en juego eran irreconciliables. Finalmente, se decidieron por este anciano, que tenía 80 años de edad, para no escandalizar, con la tardanza, a quienes esperaban el anuncio de un nuevo emperador a la cabeza del religionismo cristológico. En el ínterin, los cardenales afilarían sus puñales y aprovecharían la más mínima oportunidad de ascender

que les deparara la espera. La historia se decantaría por otros derroteros. Debido a su avanzada edad, el nuevo papa adoptó al cardenal Paluzzo Paluzzi Altieri degli Albertoni, a quien dio su apellido, porque el sobrino de éste se había casado con la sobrina del papa, la única heredera de la familia Altieri. Paluzzi, hombre que sabía moverse entre los pliegues hipersensibles de la diplomacia de la corte romana, controló a su protector, y amasó para su familia inmensas riquezas. Emilio Altieri, el papa titular, con una querencia hacia el alcohol pronunciada, no pudiendo hacer otra cosa, a pesar de la asistencia permanente del Espíritu Santo, se limitaba a observar babeante la saludable gestión del cardenal Altieri–Paluzzi para aumentar su fortuna personal, ante la impotencia y envidia de los demás cardenales y la curia entera. Sin embargo la integridad del papa estaba salvada, pues Paluzzi supo establecer un cordón de seguridad en torno a él, que impedía el recurso al puñal o al veneno de los demás cardenales. La semidesaparecida Orden Negra, organización de asesinos especializado y consagrados al servicio del papa y la política cloacal vaticana, apareció de nuevo, con mayor fuerza, durante el reinado de Altieri–Paluzzi. El espionaje lo manejó el cardenal con una liberalidad envidiable para sus fines, pero no pudo evitar una agresión a Clemente X por parte del embajador francés, que obligó al papa a sentarse en el trono, cuando aquél daba por terminada una entrevista. El papa advirtió al diplomático que no soportaría ni una grosería más de Francia. El aviso se concretizó en el asesinato del secretario de la embajada francesa una semana después. El secretario había sido envenenado por el papa, Paluzzi y, se supone, por dos sacerdotes jesuitas o dominicos pertenecientes a la Mano Negra o al Círculo Octogonus de la *Sancta*

Societas. Los dos asesinos estuvieron cenando con el secretario de la embajada, y en un descuido o ausencia de éste, vertieron el veneno en su comida. El secretario no alcanzó jamás su destino: cayó muerto en el camino. Paluzzi esperó a los asesinos para felicitarles por la tarea cumplida. Para mayor infamia, Clemente X nombró al día siguiente del asesinato a seis nuevos cardenales, ninguno de ellos francés, lo que colmó la paciencia de Francia, que rompió las relaciones diplomáticas con el papa.

Uno de los actos de Altieri-Paluzzi fue la santificación del obispo de Roma Miguel Ghislieri, papa Pío V, que fue quien creó el grupo de agentes y asesinos consagrados que componía la *Sancta Societas*, la agencia de espionaje del papado.

Pasaron los años, y el cardenal Paluzzo Paluzzi, el plenipotenciario papal, aunque prevenido, no pudo evitar que su protegido y protector se le escapara de las manos, pues éste murió antes de lo que esperaba. Altieri, papa Clemente X, alcoholizado perdido, postrado en cama y privado de todo movimiento, murió, ciego casi, el día 22 de Julio de 1676. Los pronósticos que se hicieron quienes lo eligieron, fueron totalmente defraudados. Ante la incredulidad de quienes lo designaron como una marioneta en el trono, el verdadero ganador fue el príncipe cardenalicio Altieri degli Albertoni. Para sucederle, fue elegido Benedicto Odescalchi, papa Inocencio XI (1676-1689), que confirmaría a Pauluzzi como jefe supremo de la *Sancta Societas*.

JUAN BAUTISTA PAMPHILI. Papa Inocencio X. A la muerte de Maffeo Barberini, papa Urbano VIII, La familia Pamphili, con todo el peso de su poderío y riquezas, entró en Roma para dominar la elección, que recayó, en el año 1644, sobre uno de sus miembros, Juan Bautista, elegido,

como todo el mundo esperaba dadas las circunstancias, por el dedo divino. Tenía 72 años cuando se ciñó la tiara.

Había nacido en Roma, pertenecía a la nobleza, y había sido auditor de la Rota y representante del papa en Nápoles.

Era un hombre prepotente, soberbio e impulsivo, aunque no por ello menos calculador, que había estudiado con los jesuitas. Era también el amante de su propia cuñada, Olimpia Maidalchini de Viterbo, esposa de su hermano, y lo había sido ya en vida de éste. Se llevó a Olimpia y a su nuera, de nombre Olimpia también, a palacio para hacer más agradable su estancia en él. Pero no se detuvo aquí, pues llenó la corte de sobrinos y parentela, haciendo que fuera duramente criticado por su nepotismo y la prepotencia de sus protegidos y protegidas, que gobernaron con él.

La violencia de este hombre y sus instintos criminales, se manifestaron ampliamente en la querrela entre él y el duque de Parma, que no le quería pagar una supuesta deuda; Pamphili se vengó arrasando la ciudad y reduciéndola a cenizas¹; después hizo colocar sobre sus ruinas un cartel para memoria de su castigo. Persiguió a los judeocatólicos no papistas, se opuso a la paz de Westfalia², y, en 1650, organizó un jubileo para sacar la mayor cantidad de dinero posible para sus excesos tanto en el lecho como en la mesa. Condenó las proposiciones de Jansenio, que él consideraba heréticas, publicando una bula, *Cum occasione*, que dio lugar a incesantes luchas fratricidas cristológicas, cuyas víctimas para nada conmovieron a este hombre.

Inclinado a los efebos de su corte, tuvo a su alrededor a Camilo Astallini, uno de sus favoritos y al no menos lindo Azzolino, que le tenía absorbido el seso.

Juan Bautista Pamphili, papa Inocencio X, moriría destrozado por la gota y los

excesos sexuales, el 5 de enero del año 1655. Los actos más decisivos de su gobierno estuvieron aconsejados e inspirados por su cuñada, Olimpia Maidalchini, que fue también quien creó un servicio de contraespionaje y asesinatos especializados y consagrados, para oponerse al espionaje de Mazarino, bautizado con el nombre la Orden Negra.

Su sucesor en el trono sería Fabio Chigi, papa Alejandro VII (1655–1667).

¹ Algunas crónicas afirman, con el fin de justificar al papa, que éste, tras despojar al duque de la ciudad, colocó a un obispo de su agrado en la misma, pero el obispo fue asesinado. En justo castigo, y como saludable cura, Pamphili hizo quemar y arrasarse la ciudad entera con sus habitantes dentro.

² Debido a que reconocía al judeocatolicismo reformado los mismos derechos que al papista, y autorizaba y legalizaba las apropiaciones del estado y de la comunidad de los bienes que había usurpado el teofuncionariado cristológico.

JUAN CAETANO. (Giovanni Caetani, J. De Caeta, J. Gaetano). Papa Gelasio II. Sólo tres días después de la muerte del papa Pascual II, el 24 de enero de 1118, y en gran secreto, fue elegido Giovanni Caetani obispo de la peligrosa y disputada sede romana. Era hijo de Crescencio, duque de Fondi. Monje benedictino de la abadía de Montecassino, canciller, diácono y cardenal. No acababa de ser coronado cuando fue destronado, de mala manera, por Cencio Frangipane y sus partidarios, y arrojado en prisión. Sin embargo, tras las conversaciones entre los príncipes cardenales y partidarios de uno y otro, Juan Caetano fue colocado otra vez en el trono, aunque por poco tiempo, pues el emperador de Alemania Enrique V corrió a Roma para exigir de Caetano la confirmación de la bula de Pascual II sobre las investiduras, pero Gelasio II, soberbio y prepotente, al igual que su predecesor en el trono, se negó en rotundo, por lo que Enrique V

lo destronó e impuso otro para el cargo, siendo el elegido, Maurice Bourdin, que tomó el nombre de papa Gregorio VIII. Estaba servido el nuevo cisma (las guerras civiles cristológicas). Para salvar la vida, Caetano tuvo que huir de Roma a uña de caballo, refugiándose en Gaeta, en donde excomulgó al emperador y al papa Gregorio VIII. Cuando Enrique abandonó Roma, Juan Caetano volvió a la ciudad, a pesar de la perspectiva de tenerse que enfrentar a Cencio Frangipane, lo que no tardó en ocurrir. Gelasio II, en una aventura espeluznante, pudo huir, pero la edad le aconsejó que evitara dichas aventuras si no quería perder la vida, por lo que se decidió a abandonar Roma e Italia hasta que las aguas se calmaran. Consiguió llegar a Francia con los cardenales fieles que le habían seguido. Desgraciadamente para él, era demasiado viejo para soportar semejantes cabalgatas y contratiempos, por lo que la muerte lo sorprendió en Cluny, el 28 de enero de 1119. Su sucesor en el peligroso trono sería Guido de Borgoña, papa Calixto II (1119–1124).

JUAN CA TELÍN EL TOSCANO. (Juan de Constantino, papa Juan I). Su patria de origen, lo mismo que la fecha en que consiguió el ambicionado obispado y el tiempo de su permanencia en él, son inciertos¹. Lo único que puede afirmarse es que la fecha de su subida al trono no pudo ser después del año 525, ni antes de la muerte de Celio Hormisdas, papa Hormidas, al que sucedió. Tras su elección, fue a Constantinopla para suplicar al emperador Justino que exterminara a los judeocatólicos arrianos, con el fin de imponer el judeocatolicismo filorromano imperial, como única religión. Justino complació al obispo y le entregó los templos que había arrebatado a los arrianos. A su regreso de Constantino-

pla, por los odios que había suscitado su gestión ante el emperador, fue encarcelado por Teodorico, que lo recluyó en Ravena, en donde debió de morir en el año 526. No destacó más que por su odio a todos aquellos que podían enturbiar la grandeza del obispado romano, principalmente por su odio a los arrianos, en los que veía unos adversarios temibles para lograr su ambición de colocarse a la cabeza de todas las iglesias. A pesar de la brevedad de su obispado, tuvo tiempo suficiente para ganarse un lugar en el paraíso judeocatólico, por lo que la corte vaticana le honró con el título de santo. Su sucesor en la diócesis romana sería Félix de Castorio, papa Félix III Bis o IV.

¹ Ni hagiógrafos ni apologetas se ponen de acuerdo al señalar su procedencia: Se habla de Populonia, de Siena, y de otros lugares más o menos míticos, y se duda, igualmente, del nombre de su padre, aunque se acepta que se llamaba Constantino. La incertidumbre sobre el principado de este hombre hizo que no pudiera precisarse si fue el sucesor de Gelasio I o de Hormisdas, aunque en la actualidad, se da por sentado, con el fin de ahorrarse confusiones, que fue sucesor del segundo.

JUAN CAYETANO ORSINI. Papa Nicolás III. En el año 1277, moría, hay quien dice que asesinado por los cardenales que lo habían elegido, el santo padre Juan XXI. En cualquier caso, las ambiciones de unos y otros, y las luchas por ceñirse la corona de coronas, la tiara papal, en la que se había convertido la antigua mitra obispal de Roma, hizo que nadie tuviera fuerza para colocarse por encima de los demás aspirantes, y la apreciada diadema de Jesucristo permaneció sin sienes a las que ceñirse durante más de seis meses, hasta que J. Cayetano, de los Ursinos, hábil diplomático y comprador de voluntades, consiguió hacerse con los votos necesarios para ocupar el puesto. Había nacido en Roma, hacia el año 1210, y era hijo del senador Matteo. Había sido

inquisidor general de Italia y secretario de varios obispos de Roma, entre los que se encontraba su predecesor.

Hombre ambicioso e insaciable, que no paraba en medios para lograr sus objetivos, consiguió para la tiara imperial de la curia romana grandes extensiones de terreno y otros bienes, aunque tuvo la prudencia de rodearse de nepotes, que fueron quienes los disfrutaron¹. Organizó la expulsión de los franceses de Sicilia, que daría lugar a las “Vísperas Sicilianas”, en donde fueron asesinados todos los franceses que había en la isla. Prohibió la lectura de las obras del monje Rogerio Bacon. Pretendió terminar con el cargo de patricio y senador, que redujo a una mínima expresión. Se declaró el único y legítimo propietario de Roma. Excomulgó a Felipe el Atrevido por favorecer a su primo Carlos de Anjou.

J. Cayetano moriría, en las cercanías de Viterbo, en el año 1280. Fue llamado el Patriarca del nepotismo, por la habilidad que demostró para enriquecer a su familia², y Dante lo coloca en su infierno (Canto XIX) y le acusa de simoníaco.

Su sucesor en el trono sería Simón de Brión, papa Martín IV (1281–1285).

¹ De los seis cardenales que creó, tres eran Orsini, a los cuales entregó riquezas y honores, saqueando los templos y monasterios de su reino.

² G. Arienti, turiferario incondicional del obispado de Roma, afirma: “En su defensa cabe advertir que las dificultades políticas en que se encontraba entonces Italia pudieron plantear al Pontífice la necesidad de rodearse de personas que le ayudasen en el gobierno y que le guardasen fidelidad.” (*Obra citada*).

JUAN DE GALLINA ALBA. Obispo de Roma, más conocido como papa Juan XV¹, aunque en realidad debería ser llamado Juan XV Bis. Este obispo de Roma, hijo de un sacerdote llamado León, fue elegido en el año 985–6, en circunstancias no muy claras. La incertidumbre de

su elección se fundamenta en que su familia era enemiga de Crescentius Nomentanus y, por lo tanto, debía de estar apoyado por las facciones imperiales, lo que haría inadmisibles su elección. Se piensa, con todo, que el partido nacionalista, representado por Crescentius, no debió ver muy inoportuna su elevación al trono papal puesto que la permitió, aunque trató siempre de terminar con el poderío del papado romano y establecer la República². En cualquier caso, Juan XV Bis, gracias a su nepotismo y su codicioso afán de acumular riquezas y dinero sangrando al pueblo romano, se granjeó el odio de la ciudad, que se levantó contra él y lo recluyó en el Castillo de Sant'Angelo. Juan consiguió huir a Toscana y a Etruria, y reclamó la ayuda del Imperio. La emperatriz regente Theophano fue a Roma, pero sin conseguir quebrantar el poderío de Crescentius. Juan, reinstalado en el trono, siguió sangrando al pueblo y robando las riquezas de los templos con el fin de pagarse sus bacanales y la corte de prostitutas y "meninos" de lujo que llevaba a su lecho papal. Como era crónico entre los obispos de la ciudad de Roma, cualquier afirmación de los obispos o papas de otras diócesis, la consideró una ofensa para su ambición, por lo que se opuso a la Iglesia galicana y a las conclusiones del concilio de Reims, en el que Arnaldo, obispo de Orleans, negó la supremacía y la infalibilidad del obispo romano.

Con él se inicia el proceso de divinización –santificación, en jerga sacristial– de los aspirantes a los altares de sus templos, una de las fuentes de riqueza más señaladas de la curia romana. La denominada canonización de Ulrico de Augsburg constituye la primera canonización del obispado romano de la historia, y tuvo lugar en el año 993. A pesar de su indecencia, demostrada a lo largo de su pon-

tificado, el pueblo romano soportó su presencia con resignada entereza. Gallina Alba moriría en marzo del año 996.

El trono vacante sería disputado por los papas Juan XVI (997–998) y Gregorio V (996–999).

-
- ¹ Como papa Juan XV debe ser reconocido Juan el Romano (985), que fue elegido obispo de Roma a la muerte de Bonifacio VII, aunque sus días en el ambicionado trono fueron contados. Fue asesinado, según algunas crónicas, por orden de Otón III, o, mejor, de la emperatriz regente Theophano.
- ² Una versión más lógica, que corre también entre los cronistas oficiales, es que Crescencio, ante la elección de Juan de Gallina Alba, trató de prenderlo, pero éste huyó de Roma y se refugió en Toscana, desde donde solicitó la ayuda del emperador Otón III. Ante la amenaza de los alemanes, los romanos aceptaron a Gallina Alba, siempre que viniera solo, y bajo condiciones aceptables para unos y otros.

JUAN DE MAROZIA. Papa Juan XI. A la muerte de Esteban de Teudomondo, papa Esteban VII Bis, en el año 931, Juan alcanzó el obispado romano. Tenía 18 años de edad, y pudo ceñirse la ambicionada corona gracias a la influencia de su propia madre, la princesa Marozia, que lo había engendrado con ayuda del santísimo padre Sergio III, cuando era esposa de Alberico I, duque de Espoleto.

El control que Marozia ejerció sobre su hijo fue absoluto¹, tanto que llegó a temer que su debilidad no terminara acarreándole a ella alguna desgracia, por lo que prefirió buscarse un sostén más seguro. Estando casada con Guy, marqués de Toscana, no tuvo inconveniente en envenenarlo y ofrecerse a su cuñado Hugo, hermano de madre de Guy, y rey de Italia, con el cual se casó. La situación estabilizada, Hugo se dedicó a los asuntos civiles, mientras que Juan, eterno prisionero de su madre antes, y de su padrastro ahora, se dedicaba a los menesteres teopolíticos que le imponía la titularidad del obispado romano.

Hugo, en la cumbre de su poder, no tuvo inconveniente en manifestar el desprecio que tenía hacia Alberico II, hermanastro de Juan por parte de madre, llegando, en una ocasión, hasta la ofensa física. Alberico, de otra pasta que Juan, no se resignó, y amotinó al pueblo romano, que tomó por asalto el castillo de Sant'Angelo en el que vivía Hugo, y éste, para salvar la vida, tuvo que saltar las murallas y huir a uña de caballo. Alberico II se hizo proclamar duque de Roma, y encerró en prisión a su hermanastro. La teopolítica del obispado de Roma seguía siendo firmada por Juan, pero venía dictada por Marozia y el nuevo señor de los Estados Papales, Alberico II, su hijo.²

El relajamiento ético, moral y religioso que existía entre la nobleza, el alto clero, y el teofuncionariado cristológico en Italia era el que florecía en el judeocatolicismo latino entero. Si el judeocatolicismo oriental escapaba a esta degradación, al menos públicamente, era por la sencilla razón de que la tenaza islámica lo había reducido a una pequeña manifestación, el Imperio Bizantino, obligado a guardar las formas para no ser un elemento de escándalo y de burla.

Alberico gobernó los estados papales con una arbitrariedad absoluta, y no dudó en sofocar con las armas cualquier tumulto. Mientras, su hermanastro, el obispo de Roma Juan XI, se pudría en el lujo de una prisión que satisfacía todas sus inclinaciones y apetitos y que terminaron por llevarlo a la tumba.

Se ha dicho que Juan fue asesinado por su hermano. Quizás la afirmación esté de acuerdo con la realidad. Pero existe alguna razón que se opone, implacable, a esa afirmación: con su hermano de titular, el control de Roma y los Estados Papales estaba en sus manos; asesinarlo no tenía sentido, pues la férrea vigilancia que le había impuesto eliminaba cual-

quier intento de rebelión. No hay que olvidar que Juan, por sí mismo, jamás hubiera sido capaz de sacudirse el yugo de oro y placeres que le paralizaba: había quedado reducido a un despojo humano en una mesa bien servida. Cualquier otra persona en el peligroso obispado hubiera podido causarle problemas, lo que jamás ocurriría con Juan. Si hubo un verdugo para este obispo romano, fue la molicie y los placeres; ellos cavaron su tumba, a la que bajó a principios de enero del año 936.

El cetro y la corona del judeocatolicismo cristológico pasaron a manos de León el Reformador, papa León VII (936–939).

¹ Algunos historiadores no dudan en afirmar que Marozia, una belleza irresistible, no tuvo inconveniente en seducir a su hijo y convertirlo en su amante en el palacio de Letrán en donde lo tenía materialmente secuestrado.

² Las crónicas refieren que Alberico tampoco fue insensible a los encantos y las caricias de su madre, y que de la unión de ambos nació un fruto, Octaviano de Túsculo, que sería designado obispo de Roma, y que tomaría el nombre de papa Juan XII.

JUAN DE MÉDICIS. Papa León X. Este hombre, modelo de precocidad, fue nombrado protonotario apostólico a la edad de 7 años, y cardenal a los 13, y recibió las denominadas sagradas órdenes, a los 17 años de edad, en Roma.

A la muerte de Giuliano de la Rovere, se encontraba en Florencia, y estaba incapacitado por la enfermedad para moverse cuando se reunió el cónclave tras la muerte del pontífice Julio II, ocurrida en el año 1513. Apenas tenía entonces 38 años de edad, y estaba ya destrozado por una enfermedad venérea, que algunos historiadores identifican con la sífilis, razón por la cual se hizo conducir desde Florencia a Roma en litera para asistir al conclave¹. Los demás cardenales, gracias al trabajo de Bernardo Dovizzi da Bibbiena, secretario particular de Juan

de Médicis, escogieron al sifilítico papa, cuya muerte creían era cuestión de días o de semanas, esperando tener tiempo para ponerse de acuerdo entre los aspirantes al trono pontificio y sus padrinos. La enfermedad del elegido, menos grave que repugnante, engañó totalmente a los electores.

Su padre fue Lorenzo el Magnífico de Médicis, y había nacido en Florencia el 11 de diciembre del año 1475. Tuvo como profesores y tutores a Caleondila, Poliziano, Eginota y Bibiena. A la muerte de su padre, Juan regresó a Florencia, viviendo en el lujo más exagerado. Durante el reinado de Rodrigo Borja, papa Alejandro VI, tuvo que exiliarse para conservar la vida, y aprovechó para viajar por Alemania, Flandes y Francia, visitando todos los burdeles que encontró por el camino y santificando la entrepiera de las cortesanas más envidiables que se confesaron con él, quienes, en compensación a su generosidad, no dudaron en dejarle un recuerdo imborrable en la testicular y la sangre.

Regresó a Florencia cuando Giuliano della Rovere, papa Julio II consiguió el ambicionado trono del Imperio cristológico, y, aunque no eran precisamente amigas las dos familias, della Rovere lo nombró gobernador de Perugia.

Alcanzada la ambicionada tiara imperial, fue cuando dio rienda suelta a su ambición y pasiones, pero también a su afición al arte. Como cualquier potentado que se precie, cuidó con esmero del enriquecimiento de su familia, a la que ofreció los puestos más envidiables de la corte y de su reino; reunió en sus palacios a poetas y artistas con el fin de gozar en esta vida lo que sabía que jamás gozaría tras la muerte, pues era un humanista –pagano– convencido², que no tuvo reparo alguno en negar la inmortalidad de la supuesta alma con que habían ador-

nado a los hombres los teólogos más iluminados. Dejándose llevar por la borrachera del poder absoluto, Médicis no tuvo inconveniente en declararse superior a los concilios.

Con el fin de gobernar sin sombra alguna en los Estados Papales, y procurar sacar el mayor provecho de Italia y las colonias de su Imperio, firmó acuerdos con los reyes y príncipes, cuando servían a su causa, y no tuvo inconveniente alguno en volverse contra ellos y traicionarlos cuando su interés lo recomendaba. Gracias a esta política fraternal, Italia y Europa entera se vieron sumergidas en guerras civiles cristológicas provocadas por la codicia y vesania de este papa.

Hizo que el concilio Lateranense, convocado por su predecesor, Julio II, concluyera (marzo de 1517), tras haber decretado unos impuestos para recaudar fondos para luchar contra el Islam, pero que en realidad sirvieron para sostener todos sus caprichos. Arruinado como estaba siempre, se alió con el cardenal Alberto de Maguncia, arzobispo de esta ciudad, que también andaba en apuros económicos tras la compra de su cardinalato. Entre ambos decidieron resucitar el negocio de las indulgencias, con una nueva versión del libro de las *Tasas*, con el fin de recaudar fondos, ofreciendo a los crédulos un lugar en su paraíso, con certificado incluido, por un módico precio. La nueva versión de este libro de las *Tasas*, señalaba el dinero a pagar por cada uno de los crímenes, asesinatos, masacres, indecencias, incestos, sacrilegios, faltas y pecados habidos y por haber, y se lanzó al mercado con todo tipo de publicidad desde el púlpito de los templos y monasterios, con el fin de que nadie se perdiera la posibilidad de tener un lugar en el paraíso judeocatólico, con certificado de garantía incluido. Se requirió la ayuda de los Dominicos y la Santa

Inquisición, con el fin de convencer a los reacios, y el oro llovió a espuestas en las manos del papa León X y en las arcas de Alberto de Maguncia. Ciertamente, esta nueva estafa destruyó todavía más el desgajado religionismo cristológico, dando lugar a las protestas de Lutero y la creación del neojudeocaticismo protestante, pero tales consecuencias no iban a repercutir inmediatamente en la corte de León X, a quien le traían sin cuidado los problemas con los que tuvieran que pechar sus sucesores; y lo que pudiera sucederle a él tras la muerte le importaba un ardite; era un incrédulo visceral, como sabían sus confidentes y amigos³. Puesto que no podía asesinar a Lutero, ya que ni el mismo emperador Carlos V de Alemania se atrevía a hacerlo, se limitó a excomulgarlo, y a torturar y ejecutar a todos los que se atrevieran a poner en duda su legalidad en las tierras que todavía le debían obediencia, en donde los autos de fe y el hacha del verdugo no conocían descanso.

Cuando quiso incrementar todavía más sus riquezas, que se evaporaban en sus manos con una prodigalidad divina, tuvo la feliz idea de despojar a varios cardenales, pero éstos organizaron una conjuración (1517), que fue descubierta a tiempo, y que sirvió para que el soberbio papa manifestara toda la magnanimidad que correspondía al representante de Cristo en la tierra: a todos los sospechosos, y un dictador sospecha de todo el que quiere, mandó torturarlos sin piedad, y asesinarlos sin molestarse siquiera en hacerlo patibularmente, con un simulacro de juicio. La sangre corrió a raudales, y las cabezas rodaron una tras otra.

Juan de Médicis, papa León X, culto, soberbio, generoso, siempre necesitado de dinero, si supo rodearse de artistas, filósofos, escritores eruditos, que embellecieron sus palacios y colmaron sus bibliotecas⁴, y que jamás pusieron en duda

la legalidad de sus caprichos, también se creó enemigos que esperaron la menor ocasión para terminar con su vida.

La causa de su muerte se ha tratado de atribuir a la derrota de los franceses frente a los ejércitos de Carlos V, en los complejos problemas que envenenaban la relación entre éste y Francisco I de Francia por el derecho a la posesión de Milán, Navarra, Nápoles, etc. El papa, que era aliado del emperador, contra Francia y sus aliados, recibió con una explosión de alegría tan grande la noticia de la derrota de los franceses, que murió en el acto. Algunos historiadores, más sinceros, afirman que murió por las mismas causas por las que murieron tantos obispos de Roma en aquella corte: por una generosa dosis de veneno, aplicada en el momento oportuno y en el lugar adecuado. Juan de Médicis, papa León X, murió el 1 de diciembre de 1521, a los cuarenta y seis años de edad. Su pontificado, para los electores que colocaron la pesada tiara sobre su cabeza, había durado una eternidad, y tuvieron tiempo de lamentarlo: el difunto había dejado arruinado el tesoro de la corona, que, siendo ingente, había gastado en lujos y placeres. (Ver *Causas de la REFORMA* y *ALBERTO de Maguncia*). Su sucesor fue Adriano Forent, papa Adriano VI (1522–1523).

1 No fueron pocos los que pensaron que no fue más que una argucia para inclinar los votos de los electores a su favor.

2 Amigo de coloquios y charlas filosóficas, discutiendo en una ocasión con el cardenal Bembo, éste quiso oponerse a las ideas del Santo Padre con un texto de los Evangelios, y el papa le respondió: *¿Me queréis persuadir con los textos de una novela, mal escrita encima?*

3 Pico de la Mirandola asegura que siempre fue un humanista convencido, jamás un teísta, pues ni antes ni después de ser elegido obispo de Roma creyó en la existencia de ningún dios, y mucho menos en el dios Yahvé–Cristo–Espíritu Santo de los judeocatólicos.

4 Enriqueció la biblioteca de su corte y creó la biblioteca Laurentiana de Florencia.

JUAN DE PLATÓN. Papa Juan VII. Era griego e hijo de un hombre llamado Platón. Elegido para el cargo en el año 705, fue proclamado solemnemente a comienzos de marzo. Recuperó algunos territorios que reclamaba a los longobardos, lo que le permitió extender las posesiones temporales de los obispos romanos que, al igual que los papas u obispos de otras satrapías, eran los auténticos señores feudales de la época.

El emperador bizantino, Justiniano, le envió los cánones del segundo concilio *in Trullo* (año 692), que ninguno de sus dos inmediatos predecesores, Sergio I y Juan VI quisieron aprobar, pidiéndole que aprobase aquellos que estaban conformes con su parecer, y los demás los considerase nulos, si así lo creía conveniente. Juan de Platón, tras haberlos leído, los devolvió sin hacer ninguna observación ni poner reparo a ninguno de los cánones aprobados. Su silencio manifestaba el acuerdo con dichos cánones¹. Esta actitud del obispo y papa de Roma, levantó numerosas ampollas entre sus contemporáneos, y, como era natural, entre sus sucesores, que no quisieron dar su aprobación a los cánones de dicho concilio, que jamás fue reconocido oficialmente por la curia romana, y con ella, por el judeocatolicismo latino.

A pesar de que durante su pontificado, Ariberto, rey de los longobardos, para atraerse al obispo de Roma, aumentó sus dominios con la soberanía de los Alpes Cocios, desde Turín a Ginebra y la frontera con Francia, y cuyas actas de donación, según el diácono Pablo, habían sido escritas en letras de Oro², la corte del Imperio Vaticano nunca quiso colocar a este obispo romano entre sus santos, cuando a otros, por servicios menores y con una vida más dudosa, los había ensalzado hasta la saciedad y los había colocado en los altares. La razón de esta

anomalía, nadie lo duda, estaba en la aprobación tácita que este santo padre y representante de Cristo en la tierra había hecho de los cánones del segundo concilio *in Trullo*, aprobación que jamás le perdonaron sus sucesores.

Juan de Platón, murió, dos años después de haber alcanzado el trono, en el 707, y sobre su vida y milagros se corrió un tuído velo.

Su sucesor en la ambicionada diócesis y trono sería Sisinio el Sirio, papa Sisinio I (708), que apenas pudo mantenerse con vida en la peligrosa corte unos meses.

¹ Puede que intentara de este modo evitar roces con el emperador. Pero no hay que descartar, en absoluto, la posibilidad de que estuviera de acuerdo con todos los cánones, aunque no quisiera aprobarlos para evitar mayores males en su diócesis. Su silencio constituía, al menos, una medida política digna de admiración, que remitía su interpretación a quienes desearan juzgarlo.

² Aunque el dominio del obispo de Roma sobre estos territorios fuese nominal, no dejaba de ser una joya más en la tiara pontificia, tan sedienta de títulos y honores.

JUAN DE SABINA. Obispo y rey de Roma, al que se conoce con el nombre de papa Silvestre III. A finales del año 1044, el pueblo y la nobleza, hartos de las infamias del santísimo padre el papa Benedicto IX, lo expulsaron de Roma con cajas destempladas y eligieron como sucesor suyo al obispo de Sabina, llamado Juan. Su coronación tuvo lugar el 20 de enero de 1045, iniciándose otro de tantos cismas locales en la ambicionada satrapía romana. Sin embargo, cuando los tumultos que habían conmovido la ciudad se calmaron, Benedicto IX se presentó con un ejército a reclamar el trono perdido. El papa Silvestre III, no teniendo dinero para mantener un ejército a su costa, tuvo que huir para salvar la vida. Benedicto IX recuperó el trono, pero Juan de Sabina no renunció al papado, a

pesar de estar en el exilio. Mientras tanto, Benedicto IX vendió el trono obispal romano a Giovanni Graziano, que sería consagrado papa el 5 de mayo del mismo año, con el nombre de Gregorio VI, lo que creaba una situación divina en la ambicionada corte: había tres papas para gobernar el obispado de Roma y el ya más que estabilizado imperio judeocatólico latino. No contentos con un cisma a dos bandas, se imponía otro a tres. Pasaron los meses, se sucedieron las conjuraciones y traiciones y Juan de Sabina terminó siendo depuesto por el concilio de Sutri, en el año 1046, pasando su muerte desapercibida. Algunos historiadores consideran a Juan de Sabina, Silvestre III, un antipapa, lo que constituye una estupidez y una necedad: no hubo antipapas en la historia del obispado romano ni en la de ningún otro obispado. Todos los obispos que se ciñeron la mitra obispal de Roma o la de cualquier otro principado lo fueron con un derecho inalienable: el de la usurpación de poderes. Que perdieran derechos y garantías contra otros elegidos más fuertes, es otro cantar; que los ganadores los estigmatizaran, también es otro tema. Aunque la institución obispal romana se arrogara el derecho de autoconsagrarse y perennizarse, los fieles no por ello perdieron su derecho a nombrar a sus pastores o papas como hacían todas las iglesias y todas las diócesis, como tampoco perdieron el derecho a deponerlos si los juzgaba indignos. Que no ejerciera tales derechos más que en situaciones extremas, no por ello era menos real. En el ejercicio de este derecho destronaron a Benedicto IX e impusieron como pastor suyo a Juan de Sabina. Si se mirara esta elección con ojos humanos, su designación no fue ni más regular ni menos de lo que lo habían sido la mayoría de las veces las elecciones de los obispos de

Roma y de todos los obispado: los creyentes o crédulos, el dinero, la nobleza, los reyes o los emperadores imponían o condicionaban la elección.

El Anuario pontificio, que constituye el órgano oficial del imperialismo vaticano, incluye a Silvestre III entre los obispos de Roma pero algunos historiadores, ni siquiera como intruso lo incluyen en los listados de dicho obispado.

JUAN DE STRUMA. (Giovanni di Strumi). Obispo y rey de Roma, conocido por papa Calixto III. Fue escogido a la muerte del papa Pascual III, en el año 1168, por los partidarios del Imperio, y, lógicamente, fue apoyado por el emperador Federico Barbarroja. Era cardenal y obispo de Albano cuando fue elegido para el obispado de Roma. Sin embargo, el partido nacionalista tenía como obispo de la ciudad a Alejandro III (1159–1181), por lo cual, ninguno de los dos papas romanos, en un principio, tuvieron el camino fácil. Sin embargo, el emperador, habiendo fracasado en varias ocasiones contra Alejandro III, se vio obligado a negociar con él, y una de las cláusulas era que terminara de apoyar al papa Calixto III¹. Éste, no contando con el apoyo de las armas ni el de sus electores, no pudo permanecer en Roma, teniendo que trasladarse de una ciudad a otra hasta que, finalmente, viendo que el destino se comportaba como una veleta en el vórtice de un huracán, en el año 1178, renunció a la tiara y se refugió en Viterbo. Sin embargo el cisma y sus secuelas, que se arrastraban desde la muerte de Nicolás Breakspear, papa Adriano IV (1154–1159), no concluyeron, pues los cardenales incondicionales de Víctor IV Bis, Pascual III y Calixto III no se dieron por vencidos y eligieron como obispo de Roma a Lando de Sezze (Laudonio Sitionio), que se ciñó la tiara con el nombre de papa Inocencio III (1179–1180).

¹ Alejandro III, habiendo sido el triunfador en la batalla, sería declarado apto para su inclusión en los listados pontificales de la curia de Roma; Calixto III, siendo el derrotado, tuvo que contentarse con el título de antipapa.

JUAN DE TEODORA. Tenía el cargo de obispo o papa de Narni cuando fue elegido obispo de Roma, en el año 965, a la muerte de León el Laico, papa León VIII, siendo conocido, en lo sucesivo, con el nombre de papa Juan XIII. No estaba solo en el pontificado, pues el papa Benedicto V¹ (964–966), reinaba en su reino de taifas. La sabiduría popular hacía a Juan hijo de Teodora la Joven, hermana de Marozia. La vida de este hombre fue tan indecente y nefasta, aun para los criterios tan lasos en rigor en el obispado romano, que el pueblo, harto de sus arbitrariedades y corrupción, le arrancó la tiara y lo encarceló en el castillo de Sant'Angelo, antes de mantenerlo prisionero en una fortaleza de la Campania. Juan XIII consiguió escapar de la prisión, y pudo reunirse con el emperador, quien, un año después, lo colocó de nuevo en el ambicionado trono. Juan XIII se vengó cruelmente de todos sus enemigos, asesinando a diestro y siniestro a quienes le resultaran sospechosos de haber buscado su perdición, y fueron muchos. La muerte lo sorprendió, un día de septiembre del año 972. A pesar de su vida ajetreada y los peligros que había corrido, consiguió grandes beneficios para el poder temporal de la monarquía electiva del Imperio Judeocatólico Latino.

La corona que él se vio obligado a dejar, con su muerte, se la ciñó Benedicto el Germano, papa Benedicto VI (973–974).

¹ Benedicto el Gramático, que sería declarado antipapa.

JUAN DE TÍVOLI. Obispo de Roma, más conocido por papa Juan IX. Era hijo del

patricio Rampoaldo de Tívoli, y monje benedictino, que alcanzó el codiciado obispado en el año 898, tras la muerte de Teodoro de Focio, papa Teodoro II, que no llegó a reinar ni siquiera un mes. Sin embargo, si tuvo muchos partidarios, entre ellos el duque de Espoleto, Lamberto, que lo eligieron para el cargo, también los tuvo Sergio, del partido romano, que sería finalmente derrotado, aunque no renunciara al sueño de ceñirse algún día la ambicionada corona del peligroso obispado. Juan IX, en un concilio celebrado en Roma, rehabilitó la memoria del papa Formoso, que había sido acusado de herejía por el papa Esteban VI; desenterró su momia e hizo enterrarla de nuevo con todos los honores, anulando el concilio en el que había sido condenado el cadáver. Gracias a él se fomentaron las actuaciones de las órdenes monásticas, que favorecieron los intereses de la curia romana en contra de los derechos e intereses de los demás obispos del judeocatolicismo filorromano imperial.

El mismo año de su elección, estuvo en Ravena con Lamberto para presidir un concilio, y en él excomulgó a quienes se opusieran a los "Impuestos de los diezmos" para el papado y la "iglesia", ordenados por Carlomagno, Lotario y Ludovico Pío. En el mismo concilio se levantó contra la costumbre, denominada *Venganza del Pueblo*, que consistía en el saqueo por la población de las casas y palacios de los obispos, incluido el obispo de Roma, a la muerte de cada uno de los titulares de las diócesis.

Concedió el título de rey de Italia y emperador de Occidente a Luís, hijo de Boson, que juró velar y cumplir los privilegios de la Iglesia.

A pesar de sus muchos enemigos, del futuro santísimo padre Sergio, de los odios y las mujeres que había detrás de cada

uno de los papas, se dice de él que murió apaciblemente, hecho inexplicable, dadas las circunstancias. Murió en el año 900, dos años después de alcanzar la disputada tiara.

Su sucesor sería Benedicto de Mammo-
lo, papa Benedicto IV (900–903).

JUAN DE TOSSIGNANO. Papa Juan X. Hombre bello, atractivo, guerrero, mujeriego y rijoso como pocos de los que ocuparon el disputado trono del judeocaticismo filorromano papista lo fueron. Antes de ser elegido obispo de Roma, había sido obispo o papa de Bolonia y después de Ravena, de donde había sido expulsado por el pueblo encolerizado por su indecencia y crímenes. Teodora la Mayor lo ayudó para que obtuviera el pontificado romano, y se cree que influyó en ello, también, la concubina de su enemigo el santo padre Sergio III, Marozia, que se enamoró locamente de él. Juan X se ciñó la tiara imperial en el año 915.

Fomentó la lucha contra los sarracenos, a los que combatió personalmente, espada en mano, en unión de príncipes y nobles, y sobre los que triunfó.

Se ocupó, como era de rigor, de las relaciones con la Iglesia de Bizancio, a la que pretendió someter, como habían hecho sus predecesores, y negó su aprobación a un concilio celebrado en Constantinopla porque no habían contado con él para nada.

Tuvo, también, la genial idea de nombrar obispo de Reims a un niño de cinco años, Hugo, al que puso un tutor al lado, para que le instruyera.

Hombre de fuerte personalidad, a pesar de las servidumbres que pesaban sobre su elección al ambicionado trono, cuando se vio seguro en el cargo, comenzó a llevar una política independiente, y pretendió distanciarse de su protectora Marozia, que no se lo perdonó.

En Italia la situación política empeoraba cada día que pasaba, mientras que en Francia las cosas iban en contra de los deseos y ambiciones de este papa. Las revueltas en Roma estaban a la orden del día. En una de ellas, los levantiscos¹ se apoderaron del palacio de Letrán, en donde asesinaron –según algunos testimonios– delante del papa a su hermano Pedro, lo que debió de constituir un trauma para el pontífice. A partir de este instante, las versiones se confunden y aun se oponen. Del marasmo de datos que ofrecen unos y otros se desprende que, fuese traicionado por Hugo, rey de Provenza, al que, según algunos testimonios, había pedido ayuda, fuese a raíz del asesinato de su hermano Pedro, Juan, incapaz de defenderse, cayó prisionero y fue asesinado en prisión. Que terminara ahorcado, asfixiado o estrangulado por orden de Marozia, en nada cambia su destino. Su fatal desenlace ocurrió en junio del año 928. Su reinado había durado 14 años.

Su sucesor en el trono sería León Cristoforo, papa León VI (928), que apenas pudo mantenerse en la peligrosa corte unos meses.

¹ Las versiones más coincidentes afirman que Marozia, que se había convertido en la reina absoluta de Roma, estaba detrás de los motines y tumultos. Según tales versiones, la mujer no le perdonó nunca que se quisiera despegar de ella, por lo que finalmente le quitó el trono y mandó estrangularlo.

JUAN EL BOBO¹. Papa Benedicto X. Fue elegido obispo de Roma, en el año 1058, a la muerte de Federico de Lorena, papa Esteban IX Bis², fallecido, en Florencia, de una manera demasiado fulminante, para ser natural. La elección había sido hecha a espaldas del intrigante Hildebrando de Soana (futuro obispo de Roma con el nombre de papa Gregorio VII el Santo) y en contra de los deseos del no menos in-

trigante Pedro Damián, obispo de Ostia y compinche del primero, que querían que ciñera la sangrienta tiara imperial un partidario del emperador germano. Las cosas se torcieron para los dos aliados, debido a la inesperada muerte de Federico: Hildebrando no se hallaba en ese instante en Roma, y Pedro Damián no tuvo fuerzas para dominar el cónclave. Juan el Bobo, elegido por sus familiares en contra de Hildebrando, Pedro Damián y la emperatriz Inés, regente del pequeño Enrique IV, era cardenal y obispo y papa de Velletri y pertenecía a la familia de los Túsculos. La elección fue aceptada por todos menos por Pedro Damián, obispo de Ostia, que se negó a consagrar al nuevo papa. El papa Benedicto X, tenido por santo por muchos y por imbécil por muchos más, sólo pudo disfrutar del peligroso obispado desde abril del año 1058 hasta finales de enero de 1059, ya que, en cuanto Hildebrando regresó de Roma, amotinó al populacho y al clero para expulsarlo y colocar en su lugar a uno de sus peones y de la emperatriz Inés. Ante las amenazas de las armas, Benedicto X tuvo que escapar para salvar la vida. Para legalizar la expulsión, Hildebrando y Pedro Damián montaron la pantomima de un concilio en Sena, que condenó a Benedicto y colocó en su lugar al obispo de Florencia, Gerardo de Borgoña, que se ceñiría la ambicionada tiara con el nombre de Nicolás II. A pesar de dicho concilio, no faltaron cardenales y obispos que siguieron considerando al despojado prelado papa absoluto del judeocatolicismo. Giovanni el Mincio o Minchione, el desplazado Benedicto X, moriría hacia el año 1073, y, según algunas crónicas, el prepotente y presuntuoso Hildebrando lo enterró con los honores pontificios. La mayoría de los listados oficiales –dependiendo de los países– pretenden ignorar el papado de

Benedicto X; sin embargo, no pudiendo excluirlo, pasan sobre su vida como gato por brasas. Algunos llegan incluso a honrarlo con el título póstumo de antipapa.

1 Giovanni el Mincio o Minchione.

2 En algunos listados se lo conoce como Esteban X.

JUAN EL DÁLMATA. Obispo de Roma, más conocido como papa Juan IV. Era hijo de un diácono llamado Venancio. Alcanzó la disputada corona del pontificado latino en el año 640, a la muerte de Severino di Labieno, papa Severino (640), y subió al trono como Juan, su nombre propio, cuarto obispo con dicho nombre. Tuvo que ser confirmado por el emperador.

Pasa el tiempo, y el emperador de Bizancio, Heraclio, muere, subiendo al trono su primogénito Constantino. Pero la madre de éste, Martina, que deseaba que el trono fuese para el benjamín de sus hijos, Heracleone, con la ayuda del patriarca de Constantinopla Pirro, envenenó a Constantino. Juan IV, ante estos sucesos, no se dio por enterado, y prefirió mantenerse a la expectativa. Pero cuando Pirro dejó el patriarcado, fue sucedido por Pablo, un monotelista convencido, a quien Juan el Dálmata, no pudo soportar, por lo que le anatematizó y excomulgó con toda la hiperbólica verbosidad de que el obispado romano hace gala en estas ocasiones para impresionar al auditorio. Las armas sustituyeron a las palabras cuando fue posible, y de nuevo el judeocatolicismo filorromano imperial se vio envuelto en guerras civiles cristológicas y en escaramuzas sangrientas en nombre de la unión hipostática de dos naturalezas que, por definición y esencia, sólo pueden ignorarse. En Occidente se reúne un concilio convocado por el obispo de Roma, mientras que Bizancio se afirma en su fe.

Ante la postura del emperador, Juan combatió con todos los medios a su alcance a los grupos judeocatólicos monotelitas y pelagianos, a los que asesinó y exterminó en toda ocasión que se le ofreció. Aparte de eso, como dicen los panegiristas del papado romano, su obispado fue tranquilo y transcurrió en la vía del Señor. Tampoco dispuso de mucho tiempo para sorprender al mundo: el año 642, después de dos de reinado, la muerte, inesperadamente, llamó a su puerta. Su lugar lo ocuparía Teodoro el Griego, papa Teodoro I (642–649).

JUAN EL DIÁCONO. Papa Juan VIII. A la muerte de Gregorio el Patricio, papa Gregorio IV el Santo, a finales de enero del año 844, la comunidad de creyentes escogió como pastor al diácono Juan y lo entronizó en el palacio Laterano, siendo el octavo obispo y papa de Roma con dicho nombre, aunque no había sido confirmado por el emperador. Sin embargo, los aristócratas de la ciudad y la región escogieron como pastor al aristócrata Sergio, que era arcipreste, y que sería el segundo obispo de Roma con este nombre. La lucha entre ambas facciones no tardó en entablarse, pero la facción aristocrática, aunque tampoco contaba con la aprobación del emperador Lotario, consiguió expulsar del Laterano, ese mismo año 844, a Juan VIII, el cual terminó siendo despojado del cargo y arrojado en prisión, sin que se tengan noticias de su destino posterior o muerte, aunque no se descarta la posibilidad de que fuera asesinado en la prisión por orden de quien le arrebató la tiara. Por esta razón, y debido a la brevedad de su pontificado, se lo excluyó de los listados oficiales de los obispos de Roma y es raro encontrarlo incluso en los listados de los llamados antipapas.

JUAN EL GRIEGO. Papa Juan VI. Alcanzó el ambicionado trono a finales de octubre del año 701, tras la muerte de Sergio de Palermo, papa Sergio I. Fue elegido a pesar de la oposición del emperador Tiberio Apsimaro de Bizancio, debido a la enemistad que había entre ellos. Tuvo la habilidad suficiente para consolidar la marcha hacia la independencia temporal y el poderío político y militar del obispado romano.

Cuando el duque de Benevento, Gisulfo, invadió la Campania, Juan consiguió apaciguarlo con dinero, y ponerlo de su parte, liberando a la vez a los presos que había hecho. Sofocó una revuelta contra el nuevo exarca de Ravena, Teofilacto. Intervino en las disputas surgidas en Inglaterra entre San Wilfrido y Bertualdo, arzobispo de Cantorbery, defendiendo los derechos del santo.

Juan moriría a comienzos del año 705, tras cuatro de reinado, siendo su Sucesor Juan de Platón, papa Juan VII (705–707).

JUAN EL LONGOBARDO. Papa Juan VIII (Bis II). Era hijo de un patricio llamado Gundo, de estirpe longobarda. Nació en Roma hacia el año 820, y se ciñó la ambicionada corona en el año 872, a la muerte de Adriano el Romano, papa Adriano II. Fue duro, enérgico, y sabía lo que quería, de ahí que no tuviera ningún inconveniente en ceñir la espada para combatir a sus enemigos, y masacrarlos sin piedad. No por ello la suerte le sonrió siempre, puesto que fue perseguido y tuvo que esconderse en varias ocasiones. Él, a su vez, no tuvo piedad de sus oponentes, y al Duque Sergio, de Nápoles, que había firmado un acuerdo con los árabes, lo persiguió, mandó sacarle los ojos, y, tras torturarlo hasta la demencia, mandó asesinarlo.

Si por algo se distinguió este representante de Cristo fue por su ecumenismo

sexual, pues la trinidad yahvídica le había dotado generosamente para complacer tanto a las mujeres como a los efebos, y para ser complacido por éstos.

Durante su obispado debió soportar las incursiones de los guerreros islámicos a los que tuvo que pagar tributo para que no saquearan sus dominios, los Estados Papales. Había pedido ayuda contra ellos a Carlos el Calvo, pero la muerte de éste eliminó toda esperanza. Un viaje a Francia para pedir ayuda no le deparó más que buenas palabras, pero ninguna ayuda efectiva.

En Constantinopla las cosas no fueron mejor para él. Exigió que el patriarca Ignacio retirara el clero griego que había enviado a Bulgaria, amenazándole con la excomunión y el derrocamiento o deposición. No solamente Ignacio no hizo lo que le pedía, sino que Focio, contra toda esperanza volvió a ocupar la silla de Constantinopla, y el obispo romano tuvo que reconocer todo lo que Focio le exigió si quería que el emperador de Oriente le ayudara. Esta fue la razón por la que Focio convocó un concilio, en el que los legados del papa Juan VIII aceptaron la condenación de los papas Nicolás I y Adriano II, lo mismo que el octavo concilio y la palabra *Filioque*, en su tiempo impuesta por Ignacio y aprobada por Roma. Juan tuvo que reconocer que la palabra *Filioque* era la mayor blasfemia que se podía pronunciar contra la Iglesia, y se vio obligado a reconocer públicamente, en un concilio en Roma, todas las disposiciones que Focio había aprobado en Constantinopla.

Cuando el papa se dio cuenta de que había sido un juguete en manos de la Iglesia ortodoxa griega, tuvo que aceptarlo y contener su despecho, al menos públicamente, puesto que de su aceptación dependía la ayuda que había pedido al emperador bizantino para luchar contra

las incursiones y tributos que los Estados Papales debían pagar al Islam. Basilio preparó una escuadra que derrotó por completo a los musulmanes, derrota que supuso una liberación para el obispo de Roma.

Solicitó la ayuda de Carlos el Gordo, al que había coronado como emperador, en el año 881, para la reconstrucción de los Estados Papales, pero, salvo buenas palabras, nada práctico obtuvo. Al conocer la marcha de los acontecimientos en Constantinopla, y la negativa de Focio a tener en cuenta sus exigencias, terminó, despechado, por lanzar una excomunión más contra aquel patriarca que, contando con la ayuda del emperador Basilio, ignoraba por completo las pretensiones de Juan.

Sus mismos familiares, hartos de él, terminaron envenenándolo. Sin embargo, el veneno actuaba con tanta lentitud, que no tuvieron la paciencia de soportar su larga agonía, por lo que, cogiendo unas mazas lo destrozaron a golpes, hasta dejarlo irreconocible¹. Gracias a tan contundente ayuda, pudo descansar, finalmente, en los brazos del Señor. Su tránsito por este mundo terminó el 15 de diciembre del año 882.²

La corona pontifica fue a ceñir las sienes de Marín el Galo, papa Marín I (882–884).

¹ Las crónicas oficiales reconocen que murió envenenado y destrozado a martillazos, pero hacen responsables de esto a sus enemigos, que habrían pagado a uno de sus familiares para que lo asesinara. Las crónicas de la abadía de Fulda, precisando la causa real de su descalabro, afirman que murió a martillazos por los parientes de una dama romana, cuyo marido era el amante del papa.

² Era pública la fama que tenía este Santo Padre de retorcido, inconstante y traicionero, sodomita vocacional y compulsivo, rencoroso, dado a la abulia y la molicie, a la vez que vengativo –tantas excomuniones y anatemas lanzó, que constituyó en él una querencia inevitable–, por lo que sorprenden las palabras con las que un teoturiferario de la corte del Imperio Vaticano

cierra la breve nota biográfica de este hombre: "Espíritu justo y viril, vio los males de la Iglesia y de la sociedad y quiso constantemente su remedio; pero su obra fue impedida y traicionada por aquellos que le habrían debido ayudar" (G. Ariente: *Los Papas*).

JUAN EL MAGO. Obispo de Roma. Los conflictos originados por la venta y compra del papado romano, y los intereses que había en juego en el siglo XI, permitieron al papa Benedicto IX, vender la tiara, por primera vez, a este prelado, que tomó el nombre de papa Juan XX¹, y a quien él mismo consagró, en el año 1046, siendo, en contra de todas las opiniones de los más afamados teólogos al servicio de la curia romana, la consagración más divina jamás efectuada: era un papa quien la hacía, y al obrar así, actuaba con toda la infalibilidad y potestad celestial de que gozaba y le otorgaba el cargo². No debe olvidarse que, al mismo tiempo, disfrutaban del trono pontificio Benedicto IX y Silvestre III, cuyo nombre de pila era Juan, y que había sido nombrado papa por la comunidad de creyentes y el bajo clero. Benedicto IX, cuando se quedó sin dinero, regresó a Roma y se ciñó de nuevo la tiara, ofreciendo a la ciudad un espectáculo poco habitual: la existencia de tres papas al mismo tiempo, todos ellos de pleno derecho. Juan XX sólo pudo gozar del cargo unos cuatro meses, pues la muerte, provocada o no, lo sorprendió poco tiempo después de la llegada de Benedicto IX a la antigua ciudad imperial. A su muerte, el panorama pontifical romano no quedó clarificado: pronto habría en liza otros tres papas y un cuarto más impuesto por el emperador Enrique III.

¹ Los intereses que hubo en torno al obispado o papado romano, una vez convertido en el más poderoso de todos los obispados de Occidente, fueron tan dispares, confusos y contradictorios, que no es extraño que los listados oficiales ignoren por completo la existencia de un obispo de

Roma con el nombre de Juan el Mago, Juan XX. El comportamiento de Benedicto IX no facilitó la claridad de la cronología obispal romana.

² Otras versiones hablan de que Benedicto IX, a punto de perder el obispado romano por una revuelta popular, a la que no serían ajenos los Crescenzo, aprovechó para vender la tiara a Juan el Mago y consagrarlo papa.

JUAN EL ROMANO. Papa Juan XV. Unas crónicas lo hacen hijo de un noble llamado Roberto. Es difícil fijar claramente el día exacto en el que este hombre ocupó el obispado de Roma, pero lo alcanzó en el año 985, a la muerte del papa Bonifacio VII¹. Su elección al obispado romano fue su condenación. No pudo disfrutar del cargo jamás, y, por no disfrutar, no disfrutó siquiera de la declaración solemne de su elección, ni de los actos cultuales de su consagración en el codiciado y peligroso trono obispal, puesto que fue, según algunos textos, asesinado a los pocos días de su elección, por orden de Otón III, o, hablando con propiedad, de la emperatriz regente Theophano, que hizo sacarle los ojos, cortarle la lengua, la nariz y las orejas antes de matarlo. Su obispado romano fue tan breve, que con frecuencia se omite de los listados obispaes de dicha ciudad, por lo que su sucesor, al tener el mismo nombre, lleva el mismo número que él. Otros, si lo mencionan, pretendiendo ofrecer un listado puro y cristalino de los sátrapas tiaralizados de la curia romana, lo colocan en el número de los antipapas. No faltan tampoco quienes lo ignoran por completo y aseguran que, como un número no desdeñable de obispos romanos de los primeros siglos, se crearon y se les dio vida ante la necesidad compulsiva de completar una cronología medianamente verosímil de los obispos de Roma. En el mejor de los casos, sólo existirían por suposiciones nacidas en indicios tan evanescentes y tan traídos por los pelos², que pertenecen más a la imaginación que a la historia.

Juan de Gallina Alba, papa Juan XV Bis (985–996), sería quien heredara la ambicionada y peligrosa mitra romana y el título de papa.

¹ Declarado antipapa en los listados oficiales, e ignorado por los Anuarios pontificios.

² Colocados en tales listados por indicios tan inanes, los teofuncionarios cristológicos se encargaron, ante la vacuidad de su existencia, de construirles unas vidas más o menos creíbles para los estómagos de sus apriscos.

JUAN EL SIRIO. Obispo de Roma, al que se conoce por papa Juan V. Se afirma de él que nació en Antioquía, y era hijo de un clérigo llamado Ciriaco. Con él se inicia la serie de obispos romanos procedentes de la corte de Bizancio, griegos y sirios, elegidos por los emperadores del Imperio. Ocupó el ambicionado trono en el año 685, a la muerte de Benedicto de Savelli, papa Benedicto II (684–685), y apenas disfrutó de él un año, que lo pasó, principalmente, en el lecho, pues era un enfermo crónico. Incapacitado casi para tenerse en pie, tuvo la energía suficiente para continuar la lucha contra sus competidores monotelitas, nacidos, como el judeocatolicismo papista, del judaísmo heterodoxo en la diáspora. Consiguió recuperar el derecho que habían logrado los obispos de Roma de elegir a los príncipes mitrados de la isla de Cerdeña. Para ello se opuso al metropolitano Citonato, que había ordenado a Novello, y adujo para esta oposición, un decreto de San Martín, que había encontrado, según afirmó, en los archivos de Letrán, prohibiendo a los obispos de Cagliari elegir a sus pares. El recurso a los archivos, a los que el obispado de Roma acudía siempre que tenía necesidad de demostrar su superioridad, constituyó una necesidad endémica y salutífera de la corte del que terminaría siendo el Imperio Vaticano: jamás le decepcionaron; allí estaban para justificar todo lo humano y divino

que se deseara justificar a beneficio de la curia papista.

Escribió varias cartas y se le atribuye un tratado *Sobre la dignidad del Palio* y un texto llamado *Pronósticos respecto al porvenir*, que resulta ser una disertación sobre el fuego del Purgatorio judeocatólico.

Murió a mediados del año 686, siendo enterrado en San Pedro. El trono que él dejaba sería disputado por varios aspirantes: Pedro el Arcipreste, papa Pedro II (686), Teodoro el Presbítero, papa Teodoro I Bis (686), Conón el anciano, papa Conón (686–687).

JUAN FILAGATO. Papa Juan XVI. A la muerte de Juan de Gallina Alba, Juan XV Bis, en el año 996, fue elegido, por los electores nacionalistas, para ceñirse la tiara imperial, Filagato. Tuvo que luchar, para imponer su elección al disputado trono, contra Brunón, primo sobrino del emperador Otón III, que había sido elegido, poco antes, por la facción imperial y que había tomado para reinar, el nombre de papa Gregorio V (996–999), pero que había abandonado la ciudad cuando Crescencio, que no renunciaba a su deseo de liberar Roma del yugo imperial, expulsó a los germanos y a punto estuvo de detenerlo. Brunón, más escurridizo que el agua, escapó, abandonando mitra y cetro.

Filagato, nacido en Rossano, Calabria, tenía una larga vida a sus espaldas. Era monje benedictino, de la comunidad de Montecassino, y de él se dice que había sido celestino de la emperatriz Teofania, embajador en Constantinopla, arzobispo de Plasencia y un ardiente partidario de Crescencio y del pueblo. Pudo mantenerse en el trono mientras el emperador y su corte estuvieron lejos de Roma, a pesar del odio que había despertado en Brunón, papa Gregorio V, que ni se resignaba a su suerte ni se tenía por destro-

nado. Es más, a pesar de no poder poner los pies en Roma convocó un sínodo en Pavía y logró la excomunión de Juan XVI, excomunión lanzada, como era natural, por sus partidarios, en este caso, los alemanes, los italianos y los galos.

Cuando Otón pudo acercarse a Roma, Juan XVI, imitando la fuga que meses antes protagonizara el papa Gregorio V, huyó de la ciudad, mientras Crescencio se oponía a la entrada del emperador. Filagato fue alcanzado en su fuga por los soldados del emperador, le cortaron la nariz, la lengua, le sacaron los ojos, y lo arrojaron en prisión. Sin embargo el papa Gregorio V, no contento con el castigo que había impuesto a su rival, exigió que se lo llevaran a su presencia, y tras insultarlo y rasgar sus ropas, lo hizo pasar por la ciudad montado al revés en un asno, con el fin de humillarlo recreándose en su venganza.

Crescencio defendió la ciudad piedra a piedra, y cuando su último baluarte fue tomado, se arrojó desde lo alto de las almenas.¹

Su amigo, el papa Juan XVI, no tuvo mejor suerte. Algunas crónicas señalan que fue enviado a Alemania, lo que no tendría mucho sentido dado su estado. Otras afirman que, en realidad, irreconocible tras las torturas sufridas, fue precipitado al vacío, por los sacerdotes y clérigos por orden del papa Gregorio V, desde lo alto del Castillo de Sant'Angello, un año después de su consagración pontifical.

¹ Otras versiones aseguran que fue decapitado.

JUAN FRANCISCO ALBANI. Papa Clemente XI. Fue elegido a los tres días justos de la muerte de Antonio Pignatelli, papa Inocencio XII, que expiró el día 27 de septiembre de 1700. La premura de la elección estaba motivada por la presencia en Roma de multitud de peregrinos, que habían acudido a festejar el Año Santo, y la situación europea, que

auguraba malos presagios. Los conclavistas se inclinaron por Albani, aunque éste ni siquiera era sacerdote, y no aceptaron su negativa, debido a la buena relación que tenía con el Rey Sol y Felipe V, nuevo rey de España. Había nacido en Urbino, el 23 de julio de 1649, en el seno de una familia patricia. Alejandro VIII lo nombró cardenal, y esto le abrió las puertas del obispado de Roma. Intentó, aparentemente, mantenerse neutral en los conflictos europeos, pero era difícil compaginar dicho deseo con la realidad de ser no solamente el pontífice máximo del religionismo papista, sino que era el rey de los Estados Pontificios, y en esto nada se diferenciaba de otro rey o príncipe. La perplejidad en la que lo sumergió su deseo de neutralidad y su poderío real, no le dejó actuar y fue uno de los puntos decisivos en la ambigua actitud que siguió frente a muchos de los problemas con que se enfrentó en el terreno político. Si en algo fue claro, fue en su lucha contra los jansenistas, a los que persiguió con todos los medios que tuvo a su alcance. Su largo reinado le hizo testigo y protagonista de varios hechos capitales para la consolidación del Imperio Vaticano. Tuvo que enfrentarse con la causa establecida en contra de los cultos chinos, impuestos por los jesuitas para introducirse en el Celeste Imperio sin levantar sospechas; en Francia se las vio y se las deseó con el Parlamento de París, la Universidad y Noailles, a los que exigía la condenación de las obras de Quesnel, aspiración que no estaban dispuestos a satisfacer; pretendió, con inusitado empeño, eliminar las apelaciones y el recurso a los concilios para anular las disposiciones papales, que los papas temían como a un nublado, puesto que tales apelaciones y recursos demostraban la superioridad tradicional y absoluta de los concilios sobre el papa romano, au-

toridad que su corte no se resignaba a aceptar y pretendía eliminar por todos los medios, como lo demostraban sus falsificaciones y fraudes.

Perdido y desorientado, con infalibilidad o sin ella, se dedicó a descubrir santos en el cielo, actividad en la que le sorprendió la muerte.

Juan Francisco Albani, papa Clemente XI, moriría el 19 de marzo de 1721, siendo su sucesor Miguel Ángel Conti, papa Inocencio XIII (1721–1724).

JUAN GRACIANO. Papa Gregorio VI (propiamente, Gregorio VI Bis). En el año 1045, compró el ambicionado trono romano a su sobrino, Teofilacto el Niño (Tusculano), conocido por papa Benedicto IX, hombre ambicioso y problemático, que ocupó el obispado de Roma en varias ocasiones. Juan Graciano, que pagó una suma desorbitada para obtener el papado, se mantuvo en él un año únicamente. Su situación fue siempre muy delicada, porque su sobrino, el papa Benedicto IX, que, al parecer, le había vendido el papado por dinero y por amor, salió defraudado en los dos campos, por lo que regresó a Roma reclamando la tiara. Al mismo tiempo, el trono romano era disputado también por el papa Silvestre III, Juan de Sabina, que había sido designado, en su día, obispo de Roma por la feligresía y el clero bajo, ante la corrupción que demostraba Benedicto IX, al que despojaron del título. El cisma no llevaba camino de resolverse, debido a que ninguno de los tres papas tenía las armas y el dinero suficiente para expulsar a los otros dos. Se acudió al emperador Enrique III para que resolviese el problema. Se reunió un concilio, que nombró obispo y papa de Roma a Suigder de Morsleben, que tomó el nombre de papa Clemente II, y exigía la renuncia de los demás representantes de Cristo en la tierra. Mientras las

renuncias se negociaban y aceptaban, la trinidad yahvídica se había más que doblado entre los copartícipes en su naturaleza divina que tenía en la tierra, los cuatro infalibles. Como las renuncias no se materializaban en hechos, Silvestre III fue depuesto y encarcelado. Benedicto IX también fue depuesto. Gregorio VI Bis, viendo lo que ocurría, aceptó renunciar, y se afirma que fue a Alemania y se estableció en Colonia.

Suigder de Morsleben (S. Maresleve), antiguo obispo de Bamberg, consagrado como papa de Roma Clemente II, tampoco se mantendría mucho tiempo en el fatídico trono pontificio romano. Enrique III, que no quería dejarlo expuesto a las iras de los romanos, que no soportaban un obispo extranjero, hizo que lo acompañara en sus viajes por Alemania, en donde moriría¹. Su reinado no llegó al año, entre 1046 y 1047, siendo enterrado su cuerpo en Bamberg.

El trono vacante lo recuperaría Benedicto IX, que sería destronado, definitivamente, en 1048.

¹ Existen versiones que señalan como autor de su muerte a Teofilacto el Niño, papa Benedicto IX, que no se resignaba a perder la atractiva tiara romana.

JUAN MARÍA MASTAI-FERRETTI. (Giovanni María dei Conti Mastai-Ferretti). Obispo de Roma y rey del Imperio vaticano, más conocido por papa Pío IX. Nació en Sinigaglia, el 13 de mayo de 1792, en el seno de una familia acomodada y de mentalidad liberal. Era de complexión enfermiza y, según las crónicas que relatan su infancia y juventud, en el año 1808, tuvo que abandonar el colegio de los escolapios, en que estudiaba, debido a los ataques epilépticos que sufría. Amante de la literatura, la música y las aventuras intelectuales, se inscribió en la francmasonería, con el nombre de

Mucio Scévola. Las decepciones amorosas de juventud le agriaron el carácter y para olvidar las penas, dicen las mismas crónicas, se dedicó al juego, del cual era un entusiasta, y se hizo querer por su hermana de leche, la actriz Marandi, esposa de un hombre llamado Ambrogio. El escándalo fue sonado, y sus padres decidieron enviarlo a Roma, en donde contó con la ayuda de su amigo el conde Vincenzo Colonna, de cuya mujer, Clara Colonna, obtuvo numerosos favores, y a la que guardó fidelidad, a pesar de sus muchas correrías, hasta la muerte de la mujer. Deseó entrar en los guardias de Corps del obispo de Roma y rey del Imperio Vaticano, pero sus ataques epilépticos lo impidieron. Ante las dificultades que iba encontrando en su camino a causa de su enfermedad, estudió derecho, pero sus planes volvieron a estropearse por la aparatosidad de sus ataques. Fue salvado de la bancarrota humana por el canónigo Storace, que le hizo ingresar en el hospicio de Tata-Giovanni, en donde, gracias a una buena alimentación y una férrea disciplina, se aliviaron sus ataques y pudo centrar su vida en un objetivo. Terminados sus estudios, y gracias a la ayuda incondicional de Bernabé Luís Chiaramonti, papa Pío VII, que tuvo a bien unirlo para siempre, pasó a engrosar el número de los teofuncionarios cristológico, con el grado de sacerdote. En el púlpito destacó gracias a su vena literaria, por lo que, cuando volvió a su tierra natal, Sinigaglia, que lo había conocido jugador y libertino, causó gran admiración, sobre todo entre las mujeres, que no dudaron en ofrecerle sus favores de nuevo.

De regreso a Roma, pudo embarcarse en una misión que iba a Chile, al mando de Muzio. La misión fue un fracaso absoluto, pero Mastai aprovechó todas las ocasiones que tuvo a mano para introducir

se en la alta sociedad, lo que resultó un éxito. Obligado a regresar a Roma con Muzio, Anniballe della Genga, papa León XII, le nombró presidente del hospicio de San Miguel en Ripa. Su efectividad y dureza, le valieron el aprecio de su protector, por lo que León le ofreció, más tarde, el obispado de Spoleto. Pasan los años y, en 1840, aquél joven que fue expulsado del colegio de los escolapios por sus ataques epilépticos, era promocionado una vez más, esta vez por Bartolomeo Alberto Mauro Capelari, papa Gregorio XVI, que le nombró cardenal arzobispo de Imola. A partir de entonces, entró en el privilegiado número de los papables. El 16 de junio de 1846, se ciñó la ambicionada tiara que pocos días antes había tenido que abandonar para siempre Cappellari. Mastai-Ferretti, en un principio, desconcertó a los observadores y al pueblo, por lo que la noticia de su elección fue recibida fríamente, aunque luego fue aplaudido por los romanos. Desconcertante siempre, al iniciar su pontificado pareció estar dispuesto a reconocer la necesidad de que el judeocatolicismo entero, y por tanto el papismo, abandonara los intereses teopolíticos y se limitara al teísmo evangélico, sacristial y celestial o la teomística cultural. Su pasado, equívoco siempre debido a las jugadas del destino o la enfermedad, que oscilaba entre la utopía y el reaccionarismo más temible, hizo pensar que estaba dispuesto a dejar de lado las ambiciones terrenales con el fin de perderse en el limbo de las elucubraciones cristológicas y análisis sacristiales. Las dudas que provocó su elección explicaban las reacciones contradictorias que se observaron en su exaltación.

Pronto demostró que no estaba dispuesto a renunciar a su Imperio, y, además, megalómano compulsivo, quiso gozar de la naturaleza divina. Este hombre, de

quien algunos autores señalan que sufría explosiones de violencia y rabia incontroladas, tenía una querencia hacia la teogolatría imposible de reprimir, lo que demostrará en múltiples ocasiones de su larga realeza. Incapaz de analizar y comprender los sucesos que conmovían Europa y el mundo entero, y ante las revueltas populares, que luchaban por el establecimiento de la República romana, salió huyendo de la ciudad, sobre todo al ver que la multitud había ajusticiado, en el Quirinal, al príncipe cardenalicio Palma. Cuando regresó fue para condenar a diestro y siniestro las ideas modernistas de todo tipo y género, incluyendo en sus anatemas el panteísmo, el naturalismo, el racionalismo, el liberalismo, el socialismo y el comunismo. A los jesuitas les encargó el *Syllabus*, libro de oro que refleja la miseria humana y pobreza mental de sus autores. A los miembros del concilio Vaticano I los trató con desprecio y una prepotencia bochornosa, y, además, los obligó a que reconocieran que él, Juan María Mastai-Ferretti, desde el momento en que había sido escogido por su dios Yahvé-Cristo-Paráclito como pontífice suyo en la Tierra, era infalible¹. Al historiador, profesor y sacerdote Ignacio de Doellinger lo excomulgó, y su libro, *El Pontificado*, lo incluyó en el Índice. El autor, pretendiendo hacer un servicio al papismo, al que pertenecía en cuerpo y mente, trató de evitar, con dicha obra, que Mastai-Ferretti se declarara casi divino con su infalibilidad. Doellinger, estando en Alemania, tuvo conocimiento de lo que tramaban los jesuitas y el papa², y, gracias a su conocimiento de la historia y a su honradez, publicó, bajo pseudónimo, la obra citada, en la cual demostraba cómo el obispado de Roma, falsificando documentos, destruyendo pruebas, usurpando poderes, y engañando a dios y al diablo, se había levan-

tado por encima de los demás obispos. La postura y la obra de Doellinger, al que Pío IX quiso comprar con el capelo cardenalicio, y la de sus seguidores, que fueron muchos, en Suiza y Alemania, jamás pudo asimilarla el papa y constituyó una espina dolorosa por la fama que el historiador tenía en el mundo.

La vida de Mastai-Ferretti estuvo condicionada por su amor a las mujeres, que le habían ayudado a conseguir el trono vaticano, y por la epilepsia, protagonista oculto de sus aspiraciones de autoafirmación. Estas dos fuerzas permanentes en él marcaron su trayectoria. Es lógico caer en la tentación de pensar que, para librarse del amor a las mujeres, trató de centrarse en la madre del Jesús evangélico, a la que declaró inmaculada, recurso que, en el fondo, no podía librarlo de su condición humana. Resulta natural también pensar que la infalibilidad nació de la necesidad compulsiva de contrarrestar la debilidad crónica, y bochornosa para él, que lo hace digno de lástima cuando el ataque epiléptico lo expone a la conmiseración de los testigos³.

Sea lo que sea, en los treinta y dos años largos de reinado, Mastai-Ferretti fue un juguete de la historia, de su constitución, y de las ansias de liberación del pueblo europeo, harto ya de la presencia omnímoda de reyes y papas. Las convulsiones políticas y teopolíticas se suceden. Las revoluciones triunfan y fracasan. Los idealistas son exaltados y asesinados. Mastai-Ferretti se ve obligado a huir, a regresar, a refugiarse, a gritar, a plantarse, a reclamar. Excomulga y condena. Y, porque no se resigna a perder el poder temporal alcanzado por sus predecesores, trata de elevarse hasta los cielos cuando la tierra desaparece bajo sus pies.

Con el derrumbe de los Estados Papales, los historiadores humanistas de la época pensaron que el imperio cristológico

papista era época del pasado. Pocos fueron los escépticos que pudieron entrever que el teísmo cristológico no estaba dispuesto a morir. Dos mil años de historia, en realidad tres mil, si no son cuatro mil, no se borran ni con un plumazo ni con una revolución. El gesto de Juan María Mastai-Ferretti, declarándose divino con la infalibilidad, aunque fuera el grito desesperado y ridículo de un hombre que ve como desaparece de sus pies el terreno en el que se asienta, constituye el eje en torno al cual el judaísmo abrahámico, efectúa, como el virus del sida, una nueva mutación para no desaparecer. Los Estados Papales desaparecen, nadie lo duda, pero resurgen con más fuerza que nunca en el Imperio Vaticano, transformación que viene fraguándose desde hace siglos, y que se hará evidente en pleno siglo XX. El nuevo Imperio, en contra de lo que pudiera pensar el mismo Juan María Mastai-Ferretti, no necesitará la existencia oficial de un estado, aunque haga uso de ella⁴.

Juan María Mastai-Ferretti moría el 7 de febrero de 1878, convencido de que el Mundo, al perderlo a él, perdía a un ser divino. El desprecio que la población romana tuvo hacia este rey, megalómano compulsivo, que se declaró divino, y el asco y la repugnancia que les producía su persona, hicieron que, a su muerte, algunos romanos quisieran apoderarse de su cadáver para descargar en él la ira y el desprecio que les provocó en vida.

Su sucesor sería Joaquín Pecci, papa León XIII (1878–1903).

¹ No era la primera vez que un obispo y rey de Roma tenía la debilidad mental de creerse infalible y manifestarlo. Cerca de un milenio antes de que él lo hiciera, Nicolás el Patricio, papa Nicolás I (858–867), había gritado, en el colmo de su prepotencia y enajenación, que él, Nicolás, el todopoderoso papa de Roma, no podía equivocarse por ser de naturaleza divina, *dios en la tierra*—fueron sus palabras—, y no podía equivocarse porque era infalible.

² Mastai-Ferretti había encargado a los jesuitas que hicieran correr la voz de que la convocatoria del Vaticano, que pensaba ordenar, era para que lo declararan infalible, aprovechando que iba a confirmar la pureza divina de la madre del supuesto Jesús evangélico. Pretendía, de esta manera, preparar los ánimos para tan fausto acontecimiento y sondear a los demás obispos.

³ Rijoso compulsivo, la fidelidad a Clara Colonna, uno de sus primeros amores de juventud, no impidió la presencia de otras mujeres en su vida. Que su biografía se haya dulcificado hasta hacerla una papilla digestiva para cualquier novicia es otro cantar. Es conocido el consejo que dio a Juan María el papa Pío VII. Este hombre, que no ignoraba los dos polos que condicionaban la vida del joven, le dijo en cierta ocasión: “Padecéis dos crueles enfermedades: el amor y la epilepsia. Hacerlos clérigo y os curaréis de ambas.” (1) Siguió el consejo, pero jamás se curó, y ambas servidumbres condicionaron siempre su vida, a pesar de que la historiografía oficial las ocultó siempre.

— — —

(1) Citado por Solís: *La Santidad del pontificado*.

⁴ No son los muros, ni la guardia suiza, ni mucho menos los *Evangelios*, que a nadie importan, los que aseguran la impunidad e inmunidad del obispo de Roma y su Imperio Vaticano, es el valor material y humano de sus posesiones en todo el mundo y el reconocimiento internacional de su existencia lo que constituye su mejor garantía de pervivencia. En la medida en que duren éstos, es decir, en la medida en que exista el teísmo papista, el culto al papadiós, su pervivencia está asegurada.

JUAN PEDRO CARAFA. Papa Pablo IV. Se ciñó la ambicionada corona o tiara pontifical en el año 1555, a la muerte del santísimo padre Marcelo II, quien, según algunos autores, murió envenenado por quienes deseaban ocupar el atractivo aunque peligroso obispado.

Carafa había nacido en Nápoles, el 28 de junio de 1476. Estudió teología; fue camarero de Alejandro VII; embajador del obispo de Roma en la corte española, en la que contribuyó a dar mayor poder a su Inquisición; y, finalmente, fundó, con Cayetano de Thiène la logia denominada de los Teatinos.

La impresión que produjo su elección al pontificado romano cuando tenía la

respetable edad de 79 años, fue positiva, hasta tal punto, que el pueblo le erigió una estatua en la ciudad romana, pero esta impresión se borró pronto. Se rodeó de parientes y amigos, a los que ofreció cargos y sinecuras. Trató, igualmente, de fortalecer el poder de la curia romana en Italia, y procuró que la península se viera libre de potencias extranjeras, sobre todo la española, cuya política odiaba con singular encono. Esta fue la razón por la que persiguió a los Colonnas y Esforzas y se alió con Francia. El duque de Alba sometió los Estados de la Iglesia al yugo español, y a Carafa le faltó tiempo para excomulgar al duque y al emperador. Los franceses acudieron a ayudar a Carafa, con el conde de Guisa a la cabeza. La batalla fue ganada por los españoles y el papa Pablo IV tuvo que comerse la excomunión, rendir pleitesía al duque de Alba y firmar la paz.

Con su intransigencia, soberbia y altanería, se negó a reconocer a Isabel de Inglaterra, a la que exigió que abandonara el trono. Isabel, indignada ante el desprecio del papa, proscribió el judeocatolicismo cristológico papista en su reino.

El amor a su parentela no fue un obstáculo para desterrarla enteramente de la corte, al comprobar su indecencia y las actividades escandalosas a las que se entregaban al amparo de su nombre.

Si las decisiones teopolíticas que adoptó fueron un fracaso rotundo para el poderío de la corona del judeocatolicismo latino, tuvo más éxito a la hora de imponer la represión y el terror en su corte y las colonias que todavía le eran fieles. Renovó los antiguos castigos contra quienes no pensaban como él, potenció el poder de los inquisidores hasta la demencia, y amplió las atribuciones de la Inquisición hasta extremos inconcebibles, siendo tan aficionado a las torturas y los asesi-

natos patibulares, que se reservó la dirección absoluta de tan siniestra policía, a la que dirigió con férrea mano, asesinando patibularmente a todos los que disentían del credo, los dogmas y la política propia. Fue tanto el odio que levantó contra él por su intransigencia, despotismo y totalitarismo, y por la impunidad de los crímenes inquisitoriales, que la población romana entera, en el instante en que conoció la muerte de este hombre, a quien consideraba un asesino de lo más detestable, se levantó en armas, incendió los palacios inquisitoriales, derribó los muros de las cárceles en los que agonizaban los torturados por los inquisidores, y trató de incendiar el Convento de Minerva, donde estaban los Dominicos, sicarios consagrados del papado y responsables directos de la Santa Inquisición. El pueblo romano, igualmente, destruyó todas las estatuas de este hombre que pudo encontrar, arrojando sus pedazos al Tíber, faltando poco para hacer lo mismo con el cadáver de quien juzgaba un criminal en nombre de Cristo, que fue enterrado de noche, y a toda prisa, para que no cayera en sus manos.

A pesar del juicio emitido sobre su reinado por los fieles romanos, los apologetas del papado encuentran muchos elementos de alabanza, precisamente en lo que cualquier historiador expondría como algo nefando, pues se atreven a afirmar que, "sus actividades, en el campo espiritual, tuvieron mejor éxito, promulgó reformas e hizo de la Inquisición un medio poderoso de combatir a los herejes y sospechosos de herejías."¹

Murió a mediados de agosto del año 1559, siendo su sucesor en el trono Juan Ángel de Médicis, papa Pío IV (1559–1565).

¹ *Enciclopedia del Católico*, dirigida por Mons. Giustino Boson. Versión española bajo la dirección de Cipriano de Montserrat. *Paulo IV*; Parte Tercera. (Ed. Seix Barral; Barcelona, 1951).

JUAN SICCONI. Papa Juan XVII. Las versiones sobre su origen familiar son dispares. Por un lado se lo relaciona con unos patricios de Venecia, los Pascalis, mientras que por otro se lo hace miembro de los Sicconi, idea más generalizada. Subió al trono obispal romano, en el año 1003, tras la muerte de Gerberto de Aurillac, papa Silvestre II (999–1003). Como sucedería a menudo en todas las iglesias, y no solamente en la iglesia de la ciudad de Roma, ante la imposibilidad de que las facciones que dominaban las elecciones pudieran ponerse de acuerdo en la elección del obispo, los electores se decidieron por un hombre provector, de escaso relieve, para salir del paso. Este fue el caso de Juan Sicconi, elegido por el electorado romano, mientras que las familias de los Tusculanos y los Crescencios, los señores del momento, medían sus fuerzas. Debe afirmarse, pues, que Sicconi fue elegido por méritos propios, o, precisamente, por no tener ninguno, salvo el de ser un anciano.

Sicconi, antes de ser sacerdote, había estado casado, tenía tres hijos, y terminó repudiando a su mujer. Las esperanzas que motivaron su designación se cumplieron, pues la muerte lo sorprendió a los siete meses de su elección.

Durante su corto obispado, se hizo pública la historia de un hombre llamado Vilargo que predicaba la necesidad de considerar profetas a los poetas romanos Horacio, Juvenal y Virgilio. El papa Juan XVII, cuando tuvo noticia de este hecho, exigió a los obispos de Italia que lo prendieran y lo ejecutaran allí donde lo localizaran, acusado de herejía.

La muerte de este pontífice romano tuvo lugar en otoño del año 1003, siendo su sucesor Fasano el Romano, papa Juan XVIII (1004–1009).

JUANA, La Papisa. (Ver *JOHANNES Angelicus*).

JUBILEO. Institución de la curia romana, establecida con el fin de recaudar fondos. Tiene su origen en el año del jubileo judío y en otra de sus instituciones –la de acudir al templo de Jerusalem todos los años– que los obispos de Roma resucitaron con la sana idea de incrementar sus ingresos con las peregrinaciones a Roma. Quien puso en práctica, dentro del judeocatolicismo papista, la feliz idea de resucitar los jubileos –años de gozo en que los judíos liberaban a los siervos y perdonaban las deudas– fue el obispo de la antigua ciudad imperial Benito Gaetani, pontífice Bonifacio VIII, que los inauguró en el año 1300. En un principio se pretendió hacerlo cada cien años, pero viendo lo productivos que eran para las arcas papales, se impuso cada cincuenta años –al igual que el jubileo de sus padres, los judíos– y, posteriormente, cada veinticinco, independientemente de que pudieran convocarse jubileos extraordinarios con motivos especiales, siempre con la finalidad palmaria de recaudar fondos para la corona imperial del judeocatolicismo papista.

JULIO DE MÉDICIS. Obispo de Roma, al que se conoce como papa Clemente VII (en realidad, Clemente VII Bis). Era hijo natural de Juliano de Médicis¹, hermano de Lorenzo el Magnífico y primo de Juan de Médicis, papa León X. Sin embargo, en el año 1495, cuando las tornas se volvieron nefastas para los Médicis, tuvo que huir de Florencia para salvar la vida. Al volver las aguas a sus cauces, con della Rovere como papa, pudo regresar a su ciudad natal.

Con los antecedentes familiares que tenía, la carrera hacia la gloria la tenía asegurada. En el año 1512 fue nombrado gran prior de Capua, tras haber sido antes elegido caballero de Rodas. Su tío León X lo nombró arzobispo de Floren-

cia. Lógicamente, el cardenalato, que le abriría las puertas del obispado de Roma, no se le pudo negar. Conquistó el ambicionado trono del judeocatolicismo papista en el año 1523, a la muerte de Adriano Florente, papa Adriano VI, y tras cincuenta días de enfrentamientos, acuerdos, componendas, sobornos, compras y negociaciones entre los cardenales electores, que fueron cerca de treinta y cinco. Julio, no viendo otra posibilidad para conquistar la ambicionada corona, compró la renuncia de sus competidores más poderosos, por lo que la balanza se inclinó definitivamente hacia él. Su política se redujo a mantener el poderío de su familia y, sobre todo, del obispado de Roma (la corte o curia romana), contra las nuevas corrientes que amenazaban con destrozarse y enterrar el judeocatolicismo papista, construido con tanto esfuerzo por dicha curia y las familias patricias romanas durante siglos. No fue tarea fácil, pero contaba con una absoluta falta de escrúpulos para lograrlo, y no paró en medios. Pero la historia estaba en contra suya. Durante su reinado se creó la Liga Santa, con el fin de oponerse al derrumbe que se avecinaba; Lutero, a quien no pudo asesinar, a pesar de todos los intentos que hizo, predicó a diestro y siniestro los fundamentos humanos, demasiado humanos, del judeocatolicismo latino y sus pontífices, que nada tenían que ver con los textos bíblicos y evangélicos, como demostró; Enrique VIII proclamó la independencia de la Iglesia Anglicana; en Suiza el judeocatolicismo reformado y neoprimitivo, predicado por Zuinglio y Calvino, crecía a costa del papismo, más corrupto, aunque no por ello menos fanático que el primero. Para colmo de males, el emperador Carlos V, viendo que el papa le traicionaba con Francia permitió² el Saqueo de Roma, y Colonna, a quien Carlos ayudaba, obli-

gó al papa a refugiarse en el castillo de Sant'Angelo para no perder la vida. Tras la capitulación del papa, éste se negó a cumplir las condiciones, y huyó a Orvieto, aunque posteriormente se llegó a un acuerdo entre todos los interesados (1530), y el papa coronó al emperador en Bolonia.

Consiguió para Catalina de Médicis, hija legítima de Lorenzo el Magnífico, la corona de Francia al unirla con el rey Enrique II, y aprovechó su estancia en aquél país para potenciar el trabajo de la Inquisición en él.

A su regreso a la ciudad de Roma, Clemente VII se consoló como pudo de las adversidades y fortunas variables del destino, al amparo de su familia, y manifestando su gusto por el arte y las letras con sus construcciones y creaciones.

Moriría a finales de septiembre del año 1534, siendo su sucesor en el ambicionado y peligroso trono obispal romano Alejandro Farnesio, papa Paulo III (1534–1549).

¹ Mandado asesinar por el Santo Padre Sixto IV, Francesco della Rovere. La mayoría de los historiadores, al tratar de la muerte de Juliano de Médicis, insisten en afirmar que Sixto IV no quiso la muerte de su enemigo, y que recomendó a sus sicarios que no lo mataran "si buenamente se podía evitar", inculcando de su muerte a la conjuración de los Pazzi, que fueron más allá de los deseos del papa. Esta explicación, a juzgar por otros testimonios, no es más que una falacia, pues la conjuración, organizada por el papa, iba dirigida contra Juliano y la casa entera de los Médicis.

² Un número notable de historiadores insiste en afirmar que Carlos V no ordenó el saqueo de Roma, sino que lo permitió, siendo el condestable de Borbón y, posteriormente el príncipe de Orange, quienes lo realizaron por su cuenta y riesgo.

JULIO EL ROMANO. (Papa Julio I). A la muerte del obispo Marcos de Prisco, el trono del obispado de Roma permaneció vacío durante cerca de un año. Finalmente, en el año 337, consiguió el ambi-

cionado trono Julio, y se mantuvo en él hasta el año 352. En el año de su elección, murió Constantino el Grande, y antes de morir, el teofuncionariado judeocatólico –sin fundamento alguno, pues Constantino, como lo demostraba su vida, despreciaba el teísmo cristológico tanto como había despreciado el imperial– insiste en afirmar que recibió las aguas del bautismo de las sectas judeocatólicas filorromanas imperiales que él había legalizado. Sus enemigos afirmaron que ningún sacerdote de las religiones antiguas quería perdonarle sus muchos pecados, y que solamente los sacerdotes judeocatólicos se declararon dispuestos a perdonarle, por medio del bautismo, todos sus crímenes: los beneficios que habían conseguido con padrino tan generoso hubieran perdonado mil vidas peores que la suya¹. Tras el paréntesis de su muerte y los trámites de la sucesión, la vida siguió su curso mientras que las tormentas que originaron las ambiciones de los diversos príncipes obispaes volvieron a sacudir una vez más todo el entramado eclesial. El patriarca Eusebio condenó, en un concilio al que no acudió ninguno de los obispos de Italia, pero al que asistieron cerca de noventa obispos, a san Atanasio, colocando en la sede de Alejandría, que aquél ocupaba, a Gregorio; Julio el Romano, por su parte, convocó una asamblea de obispos italianos para condenar el concilio convocado por Eusebio y al mismo Eusebio, recurriendo finalmente a Constantino el Joven².

Los correos se apresuraban de los obispos a los emperadores y de Asia a Roma, mientras el tiempo pasaba. Los partidarios de Eusebio siguieron adelante en sus propósitos. Confirmaron la sentencia contra Atanasio y depusieron y excomulgaron al obispo de Roma por haber caído en la herejía del condenado y haberlo recibido en su comunión. Al mis-

mo tiempo depusieron a Osio de Córdoba, por hacerse cómplice de las herejías de los obispos de Antioquía, Paulino y Eustaquio, de los cuales era amigo. No contentos con tales medidas, depusieron también al obispo Protogeno de Gaudencia y Sárdica (Iliaria), en donde se había convocado un concilio³. Las tormentas provocadas por las ambiciones de unos y otros escandalizaron a todo el judeocatolicismo durante años.

El papel del obispo de Roma Julio I, quedó por los suelos, ya que, si su actitud fue sincera en la pugna desatada con respecto a Atanasio y su herejía, se había dejado engañar por los obispos Unacio y Valente, por lo cual demostró la poca fiabilidad de su infalibilidad que, aunque todavía por descubrir, operaba en él, según los cánones, desde el instante de su elección. Si no fue sincero, y pecó de oportunismo por tener a los emperadores de su parte, demostraba la poca moralidad y su indecencia, capaz de pasar por encima de la infalibilidad y de todos los dones que le hacía el Espíritu Santo al ocupar el ambicionado trono.

Las versiones oficiales, con todo, aducen que el equivocado era Gregorio, que ocupó el obispado de Alejandría gracias a los obispos arrianos, mientras que Julio no hizo otra cosa más que defender el derecho de Atanasio al trono, no viendo en él herejía alguna⁴.

Finalmente, Atanasio, que había sido condenado por los concilios y emperadores del judeocatolicismo arriano, fue rehabilitado por las nuevas corrientes imperiales triunfantes, de las que Julio I no era más que el exponente, como antes lo había sido de las perdedoras.

Como a la gran mayoría de los obispos míticos o reales de la ciudad de Roma anteriores al siglo VI, a este hombre se lo colocó en el empíreo judeocatólico, dándole el título de santo. Su sucesor

fue Marcelino Félix Liberio, papa Liberio (352–366).

-
- ¹ Contra las versiones de turiferarios y enemigos habla el pragmatismo de Constantino, que, si algo demostró, fue ser un agnóstico, por no decir un mundano convencido, por lo que no necesitaba de nadie que le perdonara lo que en él no podía ser un crimen, por muchas víctimas inocentes que hubiera sacrificado a sus intereses y caprichos. Además, con un desprecio absoluto hacia las antiguas religiones del Imperio tanto como por la nueva religión, siempre demostró estar por encima de los dioses, Yahvé–Cristo–Espíritu Santo incluido.
- ² A la muerte de Constantino I, sus hijos Constantino el Joven, Constancio y Constante se repartieron el Imperio
- ³ Propiciado por el emperador Constante en el año 342 (o 347).
- ⁴ Los incondicionales de la corte del Imperio Vaticano, aducirán que ni Julio I, ni Atanasio, ni el mismo Espíritu Santo podían aclararse ante el marasmo creado por las querencias alternativas de los emperadores, quienes, en función de considerandos más o menos personales y enigmáticos, defendían unas veces el arrianismo haciéndolo ortodoxo, y otras lo condenaban haciéndolo herético. Al hacer esta confesión, reconocían una realidad indiscutible: el obispo de Roma, como todos los demás obispos, en concilio o en privado, se tenían que limitar a decir amén a lo que decían los emperadores, pontífices máximos de la nueva religión.

JULIO ROSPIGLIOSI. Papa Clemente IX. Consiguió la tiara imperial, en el año 1667, a la muerte de Fabio Chigi, Alejandro VII. Nació el 28 de enero de 1600, en Pistoia. Estudió con los jesuitas. En el año 1644, fue nombrado embajador del obispo de Roma en España. Alejandro VII lo hizo secretario de Estado, y, en 1657, fue nombrado cardenal de San Sixto. Su ascensión al trono del que terminaría siendo el Imperio Vaticano no sorprendió, pues eran conocidas sus dotes diplomáticas y su tacto. Trató de mediar en la guerra entre Luis XIV y los demás soberanos europeos, que terminaron firmando la paz de Aquisgrán, en 1668. Ayudó a los Venecianos en su lucha contra el turco, ayuda que no pudo evitar la

catástrofe que se temía. A pesar de haber estudiado con los jesuitas, o quizás por ello, como monarca tializado no soportó su presencia, siendo pagado con la misma moneda por aquéllos.

Tuvo conocimiento de que Holanda iba a conseguir el monopolio del comercio con China, y dio la orden de asesinar –oponerse como fuera, en jerga diplomática– a quienquiera que se opusiera al comercio de sus colonias –los países judeocatólicos papistas– con Oriente. La orden no tardó en cumplirse. En el año 1668, Olfert Dapper, holandés del séquito de Van Hoorn, que estaba a punto de conseguir el monopolio, fue asesinado por los agentes del papado pertenecientes a la *Sancta Societas*. La mano ejecutora, según los comentarios escuchados en las delegaciones europeas en China, habían sido la de los miembros de la Orden Negra o el Círculo Octogonus. La operación ordenada por el papa consiguió que no se firmara ningún tratado comercial entre China y Holanda durante varios años.

Clemente IX moriría dos años después de ceñirse la tiara imperial, debido al desmoronamiento psicológico que le produjo conocer la caída de la fortaleza de Candia, Creta, en mano de los Turcos. Candia había capitulado el 6 de septiembre de 1669. Rospigliosi moriría a los tres meses, el día 9 de diciembre del mismo año.

Su sucesor sería Juan Bautista Emilio Altieri, papa Clemente X (1670–1676).

JUSTINIANO. Emperador Romano (483–565). Accedió al trono en el año 527. Fue otro de los padrinos indiscutibles del judeocaticismo. Completó las leyes necesarias para hacer del mismo una potencia absoluta. Entre sus grandes glorias se cuentan la persecución a sangre y fuego de los judeocatólicos montanistas

y el cerrar, en el año 529, dos años después de alcanzar el trono, las escuelas filosóficas de Atenas.

JUSTINO EL SIRIO. (*Pertenece a la leyenda*). Papa Justino. La vida de este hombre se identifica con la del filósofo platónico, del mismo nombre, reconocido como uno de los padres del judeocatolicismo. Se lo hace nacer en el año cien, y morir en el año 165, cuando disputaba su derecho al obispado romano con Aniceto el Sirio, al que se honra como santo, y que habría ocupado el obispado de Roma del año 155 al 166. Los datos son tan imprecisos como su paso por la ciudad de Roma y, sobre todo, como su elección para dirigir la comunidad de judíos reformados o heterodoxos de la misma. Al pretender situar su vida, básicamente, en la primera mitad del siglo II del cómputo actual, se derrumba por completo la posibilidad de que fuera un seguidor de los evangelios, pues no estaban escritos, mientras que su protagonista, Jesús, no era siquiera una posibilidad, ya que se elaboró y fabricó mucho después, no teniendo carta de ciudadanía hasta muy entrado el siglo IV, en la época en que se afirma que tuvo lugar el denominado concilio de Nicea. Al situar su muerte en el año 165, con Marco Aurelio como emperador, de ser verdad que fue condenado entonces, no pudo serlo como judeocatólico,

aunque se empleara para designarlo el nombre de "cristiano" –término que pertenece, cien por cien, a los judíos, heterodoxos o no, que vivían entonces–, por la sencilla razón de que Marco Aurelio no persiguió a nadie, durante su principado, por motivos meramente religiosos. El uso indebido de estos dos términos, cristiano y cristianismo permitió al teofuncionariado judeocatólico robar los mártires judíos a la comunidad hebrea para convertirlos en mártires propios, mientras la impunidad que tuvieron durante siglos para destruir todos los documentos que les molestaban o hacer interpolaciones o anulaciones en los que querían conservar, les permitió escribir la historia de acuerdo con sus intereses. A este hombre se atribuyen varias obras de apologética y varios diálogos. Figura entre los afortunados que alcanzaron el emperio judeocatólico y se le honra con el título de santo. Su paso por Roma, es tan discutido, y, sobre todo, su primacía a la cabeza de la comunidad judeocatólica de aquella ciudad es tan inverosímil –por la misma inexistencia entonces del Jesús evangélico, al que se pretende que represente–, que es imposible verlo en ninguno de los listados oficiales de los papas, que han preferido incluir en ellos a Aniceto el Sirio. Con todo, insistimos, fue colocado en el emperio judeocatólico con el título de santo.



KOPS, Reinhard. Ciudadano alemán, nacido a finales de septiembre de 1914, en Hamburgo. Fue conocido por los nombres Juan Maler, Juan K. y Hans Raschenbach. Durante la 2ª guerra mundial, se había especializado en las tareas de exterminio masivo, en cuyo ejercicio se lo verá en Albania, Francia y Bulgaria. Tras la derrota de Alemania, Kops consiguió escapar de un campo inglés y refugiarse en Roma a la sombra del divino Eugenio Pacelli, rey del Imperio Vaticano, más conocido como papa Pío XII. Rápidamente se lo verá trabajando en una de las oficinas de la Santa Sede, dedicada a la protección de los criminales de guerra nazis, en donde se les suministraba pasaportes falsos y una nueva identidad. El destino de tales criminales, que utilizaban los corredores austriacos, suizos, italianos, españoles, marroquíes y portugueses era Suramérica y Australia. La curia vaticana les proporcionaba la documentación y protección necesaria hasta llegar a destino. Kops trabajó activamente como colaborador del obispo Alois Hudal, teonazi compulsivo, que ayudaba por encargo del Vaticano a todos los criminales de guerra alemanes huidos que podían pagarse la "gratuita" ayuda papal para escapar a la justicia de los aliados. Kops conocería en Roma, gracias a la interven-

ción directa del sacerdote papista Krunoslav Draganovic, a la espía, al servicio del Vaticano, Marguerite d'Andurain, con la que colaboraría activamente. La mujer estaba relacionada con la *Sancta Societas* a través del sacerdote Nicolás Estorzi, enlace del espía papal Robert Leibe, alias el Mensajero.

Kops, ante el temor de ser capturado nuevamente, en 1948, en posesión de una nueva identidad y los documentos y pasaportes que lo acreditaban, se trasladó a Argentina, vía Génova. En su nueva patria, y con el nombre de Juan Maler, se ocupó de los fondos de la organización Odessa.

KUENEN. Crítico bíblico que puso en evidencia la falsedad de la cronología ortodoxa tradicional de la *Biblia*, cronología aceptada y consagrada por los pontífices judíos y judeocatólicos de todo credo y secta. Demostró que el texto de la *Ley* fue compuesto cuando el pueblo hebreo había dejado de existir como pueblo independiente. Su obra, *La religión de Israel*, fue publicada en el año 1869. Tras su aparición, Kuenen fue criticado y combatido, pero con su acción mostró el camino a seguir para el estudio de la crítica bíblica, y su texto se convirtió en un clásico en la materia.



LAICOS. Nombre con el que los teofuncionarios papistas designan a sus seguidores. Este nombre se emplea también para designar a los apóstoles aficionados seculares, fundamentalistas o no, que no pertenecen a los núcleos de proselitistas compulsivos establecidos corporativamente y de carácter clerical. Los príncipes cardenalicios y mitrados, lo mismo que sus sacerdotes, definen a los laicos como el colectivo general de hijos del dios Yahvé–Cristo–Espíritu Santo a los que deben conducir al cielo a través de su domesticación en la tierra. Su estado jurídico es diferente, por derecho divino, al del clero, y, por derecho eclesiástico, al de los religiosos. Sus deberes son principalmente los de obediencia, sumisión absoluta y mantenimiento del clero, exigencias divinas donde las haya. La diferencia entre laicos y clero o teofuncionariado es evidente, éstos son los parásitos y los señores, aquéllos son los esclavos de éstos y también sus víctimas. Al estado laical se accede a través del bautismo, forzoso, impuesto y abusivo –cuando se bautiza a los niños al nacer o siendo todavía unos irresponsables jurídicamente– o voluntario, que lo marcará, como se marca al ganado perteneciente a un rancho, para siempre, mientras que al estado clerical sólo puede pertenecerse por selección especial de la divinidad, privilegio reservado, como es lógico, a quienes fueron destinados, para tan honroso ministerio, desde toda la eternidad.

LAMBERTO DE FIAGNANO. Papa Honorio II (en realidad, Honorio II Bis). Fue elegido como rey y obispo de Roma, entre gritos, tumultos, enfrentamientos y asesinatos cristológicos entre las facciones que se disputaban la corte pontificia, en el año 1124, tras la muerte de Guido de Borgoña, papa Calixto II, y poco después de que fuera elegido Theobaldo Buccapeco, Teobaldo Boccadipecora, que tomó el nombre de papa Celestino II. Los partidarios de Lamberto de Fiagnano, entraron por la fuerza en el Laterano, destruyendo todo a su paso, y obligaron a firmar al papa Celestino II la renuncia al cargo, lo que el hombre hizo para evitar un nuevo cisma. Celestino, herido seriamente en los tumultos organizados por los partidarios de Lamberto, moriría poco después a causa de la gravedad de las heridas, pero mientras vivió, el pueblo romano, su clero y la mayor parte de los señores lo tuvieron por único obispo romano, declarando que Honorio II (Bis) no era más que un usurpador, aparte de un sacrílego. La muerte de Celestino II dejó abierto el camino a Lamberto, que, tras la comedia de una renuncia al obispado romano, regada con todo tipo de dádivas y grandes sumas de dinero, fue confirmado en el trono y terminó siendo el dueño absoluto de Roma. Como todos los obispos que se ciñeron la mitra romana, manejó la excomunión como un recurso para recaudar dinero. Intervino en los problemas surgidos en

la abadía de Cluny; trató de acaparar el ducado de Sicilia, aunque su gestión no solamente fracasó rotundamente, sino que él mismo estuvo a punto de perder las plumas en ella; tomó parte muy activa en los movimientos de las cruzadas, y aprobó, en el año 1128, la Orden Militar de los Caballeros del Temple.

Murió a mediados de febrero del año 1130, en el monasterio de San Andrés. Sin embargo su muerte no fue anunciada hasta la elección, entre los cardenales que la presenciaron, de su sucesor, Gregorio Papareschi, que, para reinar, tomaría el nombre de Papa Inocencio II (1131–1143).

LAMMENAIS¹, Félicité Robert de. Historiador, filósofo y escritor francés, nacido en Saint-Malo, en 1782. Educado en la ortodoxia papista más férrea y depurada, terminó recibiendo el grado de sacerdote o hechicero del judeocatolicismo vaticano. Sus primeras páginas fueron prohibidas por la policía imperial, lo que lo inclinaron hacia el papismo hasta niveles inconcebibles. Su obra *De la religion considerée dans ses rapports avec l'ordre politique et civil*, publicada en París, en el año 1826, le atrajo las alabanzas más sinceras del Vaticano y, lógicamente, de Anniballe della Genga, León XII (1823–1829), a la sazón reinante, que no cabía en sí de gozo ante las afirmaciones que hacía sobre el papado. Entre las perlas que Lamennais deslizó en esta obra, se encuentra una que en nada desmerece a las que el jesuita Roberto Belarmino compuso para ensalzar la realeza pontificia: "... Sin papa no hay iglesia, sin iglesia no hay cristianismo, sin cristianismo no hay sociedad, de suerte que la vida de las naciones europeas tiene su única fuente en el poder pontificio."²

A pesar de todo, y gracias a su evolución posterior, Lamennais, terminó abando-

nando el papismo y combatiéndolo. De tal modo, que el Vaticano lo condenó y el papadiós de turno, en este caso Bartolomeo Alberto Maruo Capelari, Gregorio XVI (1831–1846), no pudo reprimir su descontento, ira y decepción y escribió una carta contra él condenando uno de sus escritos: *Essai sur l'indifférence en matière de religion*. La condena de Lamennais, por el papa, llevaba por título *Singulari*.

Los trabajos de Lamennais alcanzaron gran popularidad, y fueron bien recibidos por el pueblo y los revolucionarios, que lo eligieron, en 1848, como representante suyo en la Asamblea constituyente.

Los últimos años de su vida los paso en el retiro más absoluto. A su muerte, en 1854, en París, el pueblo de la ciudad, que lo veneraba, acudió en masa a sus exequias.

¹ Aparece, también, con la grafía La Mennais.

² Citado por A. C. Zafra, en *Los círculos del poder*.

LANDO DE SEZZE. (Landón el Lombardo, Laudonio Sitinio). Papa Inocencio III. Ocupó el ambicionado trono a la muerte de Juan de Struma, papa Calixto III, desde finales de septiembre del año 1179 a enero de 1180. Son pocas las noticias que se ofrecen de este hombre antes de que alcanzara la disputada tiara. Se lo hace nacer en el seno de una antigua familia lombarda y en la ciudad de Sezze, situada en una loma de la provincia Latina que domina la llanura Pontina. Fue creado cardenal diácono de S. Angelo por el obispo y papa de Roma Víctor IV, que gobernaba en oposición abierta con el también obispo y papa de Roma Alejandro III. La elección de Lando fue decidida por un grupo de cardenales partidarios del papa Víctor IV Bis, del papa Pascual III, y de Calixto III –a quienes los listados del papismo honran con el título de antipapas–, en el momento en que

Alejandro III había sido obligado a huir de Roma, por la inquina del pueblo, para no perder la vida.

Sin embargo, cuando las aguas se calmaron, el papa Alejandro III regresó y lo primero que hizo fue comprar, por una fuerte suma de dinero, a uno de los partidarios y protectores del papa Inocencio, dueño de la plaza fuerte en que éste papa se encontraba. La traición se materializó, en el día fijado, cuando el caballero abrió para Alejandro la plaza fuerte en que dormía el confiado papa. Inocencio III fue hecho prisionero por su enemigo, que lo encarceló en la abadía benedictina de la Santísima Trinidad de la Cava, en la provincia de Salerno, donde mandó estrangularlo.

Con el asesinato del papa Inocencio III, en el año 1180, por el papa Alejandro III, se remata uno de los episodios más siniestros de la historia del judeocatolicismo latino.

LANDÓN DE SABINA. Papa Landón (Landone, Landon). Sucedió al papa Anastasio III y precedió al pontífice Juan X. Era hijo, por lo que se cree, de un tal Taino o Anastasio, y nació en Sabina, Italia. Se ciñó la tiara en julio del año 913.

Su elevación al pontificado fue debida a Teodora la Joven¹, que lo convenció para que, en agradecimiento, diera el obispado de Ravena a Juan, su preferido, del que haría también otro papa más. Era la feliz época del pontificado romano en que las Teodoras y Marozias, esposas de los Teofilattos y los Albericos, hacían de sus amantes y queridos los jefes supremos del judeocatolicismo papista, ofreciéndoles la tiara pontificia por el expedito sistema de asesinar a sus predecesores y competidores.

Se afirma de él que, a pesar de la brevedad de su obispado romano –murió en marzo del año 914–, pudo evitar la gue-

rra entre los hijos del conde Guy, Berenguer y Rodolfo, que trataban de llegar a las manos para conseguir la corona imperial. No pudo hacer mucho más, porque sólo pudo mantenerse vivo unos ocho meses, lo que hace pensar que fue asesinado, por el puñal o el veneno, por los aspirantes a tan honorífica y peligrosa dignidad como era el trono del obispado de Roma.

Su sucesor sería Juan de Tossignano, papa Juan X (914–928).

¹ Los historiadores del obispado de Roma niegan la influencia de Teodora y de Marozia en la elección y derrocamiento de algunos papas de este período, aduciendo que sólo las señala Liutprando. Solís, ofrece una cita literal del padre Berti, historiador ortodoxo, que dice: "Si la verdad no me obligase a ello, tendría rubor de referir que no sólo Sergio III, sino Landon Sabino, subieron al pontificado por disposición de Teodora, madre de Marozia, y que, por gusto de esta impurísima ramera, fueron intrusos varios pontífices en la silla de Roma, y después echados con ignominia." (E. R. Solís: *La santidad del pontificado*. Landon. Edi. el Museo Universal, Madrid, 1986). Se da por admitido que todos los historiadores pueden equivocarse, y más si los ciega la pasión, y E. R. Solís y el padre Berti no pueden escapar a esta realidad. Pero, teniendo en cuenta la férrea censura que impuso la corte papal a lo largo de los siglos, y la compulsiva querencia que tuvo a quemar todos los documentos que podían demostrar su origen, historia y métodos, la inexistencia de documentos contrarios a las versiones de la historia que ella ofrece no debe extrañar. Y si bien la quema de documentos no es un argumento en contra de sus versiones, si lo son los testimonios que pudieron escapar a sus *autos de fe*, pues constituyen, a no dudar, la punta de un iceberg que la curia romana trató de ocultar por todos los medios.

LANDÓN EL LOMBARDO. (Ver *LANDO de Sezze*).

LASCARI, Vincenzo. Veneciano, consejero del duque de Módena, que intentó que éste se uniera al emperador de Austria en la lucha por la sucesión en España. Su postura, juzgada peligrosa para los inte-

reses del rey del Imperio Vaticano Juan Francisco Albani, Clemente XI (1700–1721), la *Sancta Societas* recibió la orden de que se terminara con su vida. Gracias a una puta de lujo, que trabajaba para el espionaje vaticano, se tendió una encestada a Lascari, que moriría apuñalado, por los asesinos a sueldo del papado, la noche del 11 de enero de 1702.

LEFFEVRE. (Ver MARCEL Leffevre).

LEGADOS PONTIFICIOS. Título dado a los representantes ocasionales del rey de la monarquía imperial vaticana. Los antiguos criados y consejeros más fiables del obispo de Roma, como emisarios suyos, gozando de más libertad que los criados y representantes de otros obispos, colaboraron activamente en el encumbramiento de sus señores, y, mientras el tiempo minaba poco a poco la autoridad de los demás obispos y el papel de sus criados y siervos, el papel del obispo de Roma se fue elevando por encima de aquellos, y lo mismo sucedió con quienes estaban a su servicio. El tiempo convirtió en institución lo que era el resultado de unos condicionantes históricos que nada tenían que ver con los contenidos evangélicos. En su afán por disimular el origen de instituciones y cargos, la curia romana dio a los antiguos criados obispaes el título de legados pontificios, y a sus embajadores, para evitar la identificación con aquellos primitivos criados que gozaron de la confianza de sus obispos, los llamó nuncios apostólicos, que posteriormente fueron convertidos en diplomáticos estatales del Imperio Vaticano, cuya sede en Roma se conoce con el nombre de Ciudad del Vaticano o Estado Vaticano.

La explicación oficial de esta institución, ofrecida por la curia romana, afirma que la necesidad de conocer el estado de la

Iglesia, desde los tiempos apostólicos, hizo que los obispos de Roma enviaran a hombres de confianza a recabar información y a transmitir órdenes y consignas con el fin de continuar el deseo de Cristo de mantener un solo rebaño bajo la guía de un solo pastor. A este propósito aducen que existen documentos fidedignos que demuestran cómo los representantes de Dámaso, de Zósimo y de otros obispos romanos se establecieron en diversos países para mantener a los fieles en la fidelidad a Roma.

LEGOS. Nombre que se da, en las logias judeocatólicas de carácter ortodoxo o papista, a los hombres que no han pasado por las pantomimas culturales que se estiman necesarias para alcanzar el título de sacerdote o hechicero cristológico. En realidad, lego es sinónimo de criado o esclavo, aunque el nombre oficial es el de hermano lego. El papel de los legos en tales logias es la realización de los trabajos serviles a beneficio de los colectivos sacerdotales. Con el fin de disimular la injusticia que encierra esta institución, las clases más beneficiadas de tales logias insisten hasta la saciedad en inculcar en ellos la sumisión y la renuncia a su propia voluntad y deseos naturales trayéndoles a colación la humildad excepcional de Jesús, que siendo dios, no tuvo en menosprecio hacerse el último de los hombres. Para fomentar todavía más la servidumbre en estos colectivos, la mayoría de las logias, sean benedictinas, dominicas, jesuíticas, carmelitanas, franciscanas o de otros hábitos, sayales o sotanas, han santificado a algunos de sus legos que destacaron por su renuncia a la condición de hombres dotados de un entendimiento y de una voluntad propia, para comportarse como esclavos infrahumanos al servicio incondicional de sus señores.

LEÓN CRISTOFORO. Papa León VI. Pertenecía a la nobleza romana y se cree que era hijo del primiciero Cristóbal. Recibió la tiara de manos de Marozia. Sucedió, en el año 928, al denominado papa Juan X, cuando éste, según algunas versiones, todavía estaba vivo en prisión, sufriendo todo tipo de tormentos por quienes terminarían asesinandolo.

Las gestiones de este obispo o papa en la corte romana han sido alabadas por todos los historiadores, no solamente por la ausencia de connotaciones negativas en su haber, sino por una gestión pacificadora evidente. Con todo, la suerte de este hombre estaba echada antes de que hubiera sido elegido papa. La prueba clara de su efímero triunfo fue lo poco que duró en tan ambicionado y peligroso trono: a finales del mismo año de su elección¹ –se conjetura– fue asesinado² por quienes lo habían elegido, que destinaban al trono obispal romano a un nuevo representante de la infalibilidad trinitaria.

A su muerte, recibiría la ambicionada y peligrosa corona Esteban de Teudomondo, papa Esteban VII Bis (928–931).

¹ Algunas versiones afirman que su muerte ocurrió a comienzos del año 929. Se acepten unas versiones u otras, la duración de su reinado no supero los ocho meses.

² La mayoría de los historiadores pasan sobre la causa de su muerte como gato por brasas. La ignorancia real que existe sobre los antecedentes de la mayoría de los obispos de Roma hasta los siglos XIV y XV, elimina la posibilidad de saber si su muerte, acaecida a los pocos meses o días de su elevación al obispado romano, podía constituir un fenómeno natural o se trataba llana y simplemente de un asesinato. Las posibilidades de que León VI hubiera sido asesinado, a juzgar por el contexto y su prematura muerte, no puede descartarse. Pero tampoco puede descartarse, a falta de pruebas más apodícticas, que hubiera sido escogido por su estado de salud precario o por su avanzada edad, en espera de que las fuerzas en litigio se decantaran y pudieran avanzar sus peones.

LEÓN DE ARDEA. Papa León V. Fue elegido a la muerte de Benedicto de Mammolo, papa Benedicto IV. Perteneció a la orden benedictina, y fue nombrado cardenal al ser elegido obispo de Roma. Hombre pacífico y bueno, había sido escogido en contra de los deseos de las facciones poderosas que dominaban la ciudad, y coronado en Junio del año 903. Enemigos no le faltaron, pero lo que jamás pudo imaginar fue, que un hombre, al que había criado en su propia casa y tomado bajo su protección, el cardenal Cristóbal, lo despojaría de la ambicionada corona, apenas dos meses después de ser coronado, lo enviaría a prisión, y, tras torturarlo salvajemente, lo asesinaría para ocupar su puesto. El crimen se materializó en diciembre del año de su elección.

LEÓN DE ARUPIO. Papa León III. Hijo del romano Arupio, cuando fue elegido obispo de la antigua ciudad imperial, en el año 795, a la muerte de Adriano Colonna, papa Adriano I, temía la reacción de los partidarios y parientes del obispo anterior, que querían colocar en el ambicionado trono a Pascual, sobrino del difunto pontífice. Trató, para salir del paso, de congraciarse con el rey franco Carlomagno, al que reconoció como emperador. El clero de la ciudad intentó despojarlo de la mitra romana, y León fue hecho prisionero y a punto estuvo de quedar mutilado y perder la vida. Pudo escapar ileso, y se refugió en la corte de Carlomagno. Cuando años más tarde pudo regresar a Roma, lo hizo más seguro.

Pascual y Campul, que habían provocado el atentado contra León, a la llegada Carlomagno, en el año 800, tuvieron que dar explicaciones y justificar las acusaciones contra el obispo. León juró que era inocente, y sus enemigos fueron azotados y conducidos a prisión.

Coronó a Carlomagno como Emperador de Occidente, siendo de este modo inaugurado el Sacro Imperio Romano, que duró, al menos sobre el papel, hasta comienzos del siglo XIX.

En Aquisgrán se volvieron a encontrar Carlomagno y León, que volvió de aquella ciudad cargado de regalos. Poco tiempo después Carlomagno dejaba este mundo.

León de Arupio tuvo que enfrentarse a una nueva conspiración contra él, que fue descubierta a tiempo, y cuyos autores fueron asesinados patibularmente –el papa era acusador y juez– y sus familiares despojados de sus bienes y los hijos detenidos. La usurpación de la justicia por parte del papa, provocó una protesta del emperador Luís, a través de su sobrino Bernardo, rey de Italia, al que trató de calmar el pontífice con todo tipo de regalos¹.

En el terreno doctrinal acuñó la fórmula “*qui ex Patre Filioque procedit*”, contra el adopcionismo, que no fue aceptada por varias iglesias. Para terminar de amargarse la vida, tuvo que ver, impotente, cómo el obispo de Ravena, Martín, despreciaba sus directrices, y hacía en aquella ciudad lo que él mismo hacía y había hecho siempre en Roma: vender cargos y prebendas.

León de Arupio moriría en junio del año 816, y la curia lo divinizó, colocándolo a la diestra de la Trinidad yahvídica y dándole el título de santo y mártir.

Su sucesor sería Esteban de Marino, papa Esteban IV Bis (816–817).

¹ La versión clerical romana de la represión de este atentado resulta ilustrativa: “Aprovechándose de la muerte de Carlomagno, gran defensor de León, en el año 815 se urdió una nueva conspiración contra el Pontífice que fue prontamente reprimida con severos castigos. A causa de los tumultos que en aquella ocasión se produjeron, el emperador Luís envió a Roma a su sobrino Bernardo, sucesor de Pipino en el

reino de Italia, y éste, con la ayuda del duque de Espoleto puso fin castigando inflexiblemente a los culpables.” (Giuseppe Ariente: *Los Papas*).

LEÓN DE VOLTERRA. Papa León I, que alcanzó la ambicionada mitra romana en el año 440, a la muerte de Sixto el Arquitecto, papa Sixto III. Se lo hace hijo de un patricio llamado Quintiliano, y nacido en Volterra. Hombre orgulloso y prepotente, a él se atribuye el servilismo de besar los pies al obispo romano, pues se creía la encarnación de la divinidad yahvídica, y como tal actuó durante todo su pontificado.

Persiguió a maniqueos y entiquianos. Trató de terminar con la vida de Juliano de Eclano por su ayuda a los pelagianos y, no siendo capaz, en el plano doctrinal de oponerse a ellos, solicitó la ayuda del emperador para exterminarlos con la espada y las leyes. Persiguió, igualmente, a los priscilianistas, que tenían gran aceptación en Hispania y las Galias.

El obispo de Viena Celedonio, fue depuesto por los obispos San Hilario y San Germán, de las Galias, por lo que acudió a León, reclamando su ayuda. La razón de su deposición no era el que se hubiera casado con una mujer que había matado a su marido, que para nada lo tuvieron en cuenta lo dos santos, sino el que había sido probado en público que había sido el protagonista de varias violaciones y de varios asesinatos. Hilario, se dirigió también a Roma para recordar a León que no tenía por qué mezclarse en los asuntos internos de una iglesia que no era la suya. León, prepotente y soberbio, no soportó el lenguaje del santo y encarceló a Hilario. Éste pudo escapar, tras convencer a sus carceleros, y regresar a su país. Cuando León tuvo conocimiento de su fuga, excomulgó a san Hilario y repuso a Celedonio en su antigua diócesis tras convocar un sínodo que afirmó y dictaminó todo lo que León de Volterra quería afirmar y dictaminar.

Un concilio, celebrado en Constantino-
pla, condenó a Entiques (Eutiquio), por
su vida y errores, pero éste solicitó igual-
mente la ayuda de León, el cual, dis-
puesto siempre a sacralizar lo que con-
denaban las iglesias de Asia y África, lo
protegió. El emperador decidió trasladar
el concilio a Éfeso, en donde se continua-
ron sus sesiones, en agosto del año 449,
y nombró presidente al obispo Dióscoro,
sucesor de San Cirilo de Alejandría. Diós-
coro, pronunció una sentencia de exco-
muni3n contra el papa romano León,
en raz3n de su ambici3n y despotismo.
En Italia se reaccion3 convocando un s3-
nodo con el fin de excomulgar a los pa-
dres de Éfeso.

Las leyendas de la corte del Imperio Va-
ticano, no dudan en afirmar que León
fue capaz de frenar, gracias a su per-
suasi3n, al jefe de los Hunos, Atila, para
impedir la invasi3n de Roma; se olvidan
decir que no fueron sus palabras las que
convencieron al invasor, sino el oro y las
riquezas que le ofreci3 para que pasara
de largo. Cuando Genserico, al mando
de los v3ndalos, siti3 Roma, las ofertas
no fueron tan convincentes, "... logr3 al
menos una mitigaci3n del saqueo, que
dur3 14 d3as, remediando luego con los
tesoros de la Iglesia los da3os inferidos
por la invasi3n."¹

Consciente de la importancia que ten3a
la repres3n sexual para lograr la sumi-
si3n del individuo e imponer una autori-
dad imperial a la que acudir, aunque no
fuese m3s que simb3lica, la de pont3fice
m3ximo o papa, exigi3, ya a comienzos
del a3o 442, que los cl3rigos se abstuvie-
ran de toda pr3ctica sexual, prohibici3n
que antes hab3a tratado de imponer en-
tre los obispos, y que le hicieron el haz-
merre3r de todos. Los di3conos se nega-
ron a observar tan extravagante decreto
y lo mismo hicieron todos los obispos,
pues el obispo romano no ten3a, al igual

que ninguno de los obispos de la secta
judeocatólica imperial, derecho a inmis-
cuirse en los asuntos de los pastores de
otras di3cesis.

De Volterra se distinguir3a tambi3n en
la lucha contra los movimientos que no
siguieron la direcci3n de la secta judeo-
cat3lica romana, contra los que reclam3
la tortura y el suplicio. Daba por sentado,
que el temor al suplicio y el miedo a la
ejecuci3n patibular cristol3gica eran los
mejores remedios contra la incredulidad
y la herej3a. Con principios salv3ficos tan
saludables, puso los cimientos de la In-
quisici3n y la intolerancia, que siglos
despu3s llenar3an de cad3veres Occiden-
te y el mundo entero.

Este modelo de virtudes evang3licas,
por los encomiables servicios prestados
a la clerec3a romana y a todo el teofun-
cionariado cristol3gico, y por la parte
tan activa que tom3 en la construcci3n
del papado latino, fue considerado por
los incondicionales de la corte vaticana
como "la m3s bella figura del siglo V"².
No es de extra3ar en que fuese colocado
en el empi3reo judeocatólico con el nom-
bre de santo y el t3tulo de Grande. Mu-
ri3 en el a3o 461, siendo su sucesor en
la di3cesis romana Hilario el Sardo, papa
Hilario (461-468).

¹ Giuseppe Arienti, *Los Papas*. Para terminar en el
mismo punto, seg3n algunos maliciosos, cu3n-
to mejor hubiera sido ser m3s generoso en las
negociaciones.

² G. A. *Idem*.

LEÓN EL LAICO. Papa León VIII¹. Antiguo
abogado, que fue elevado al ambiciona-
do trono obispal romano, en el a3o 963,
cuando el papa Juan XII fue destronado
por los obispos del judeocaticismo la-
tino, a instancias del emperador Othon I,
debido a la vida depravada que llevaba,
demasiado escandalosa aun para aque-
llos tiempos de reputada indignidad

pontificia. León VIII, en el mismo día de su designación, pasó por todos los grados del teofuncionariado cristológico, gracias al cardenal Sicone, obispo de Ostia, que lo hizo hostiario, lector, acólito, subdiácono, diácono, clérigo y papa en un abrir y cerrar de ojos. El emperador sancionó la elección. Sin embargo, el sumo pontífice Juan XII, cuando el emperador abandonó la ciudad, se dirigió con todos sus partidarios a Roma, de donde tuvo que huir el santo padre León VIII a escondidas. Juan XII, convocó un sínodo en Letrán, en el que, aquellos mismos que lo habían destronado, lo volvieron a confirmar como rey absoluto y único obispo de Roma, momento que se aprovechó para borrar de los listados oficiales al papa León VIII. A la muerte de Juan XII, matado a martillazos por un marido celoso que lo encontró desnudo santificando la entrepierna de su mujer, León VIII, recuperó el pontificado, a pesar de que los romanos habían elegido otro obispo para sustituir a Juan XII. El papa recientemente elegido, que tomó el nombre de pontífice Benedicto V, tuvo que ausentarse de Roma cuando León VIII se presentó en la ciudad. Sin embargo León no pudo disfrutar mucho tiempo de la codiciada tiara, pues la muerte lo sorprendió poco después de recuperarla. Su muerte fue tan repentina y fulminante, en el año 965, que los rumores de que había sido asesinado inundaron la ciudad. Su sucesor fue Juan de Teodoro, papa Juan XIII (965–972), que tuvo que enfrentarse al papa Benedicto V (964–966).

¹ Con el fin de disimular el origen humano de la dinastía papal romana, en donde los crímenes, usurpaciones, falsificaciones, derrocamientos, fraudes, guerras y conquistas fueron sus verdaderas raíces, a León el Laico se le estigmatizaría con el título de antipapa, pretendiendo encubrir, de esta manera, la penosa fabricación de la realeza vaticana y su esencia y naturaleza criminal, que en nada difería de la de cualquiera otra realeza o dinastía.

LEÓN EL REFORMADOR. Papa León VII. Monje benedictino, según el parecer de todos los historiadores, que aceptó la mitra del obispado romano¹ a la muerte de Juan de Marozia, Juan XI, en el año 936, gracias a la intervención de la propia Marozia. A pesar de tan señalada madrina, fue uno de los privilegiados que tuvo muy claro que el poder del obispado de Roma sólo podía ser totalitario si conseguía imponer al clero y a sus príncipes mitrados una represión sexual absoluta y el celibato más férreo, por ello merece, más que ningún otro, el apodo de Reformador. Pidió a Odo de Cluny (San Odón) que acudiera a Roma para tratar de imponer la continencia al clero, que no estaba dispuesto a abrazar el celibato, sobre todo con el rigorismo y la urgencia que exigían los obispos y reyes de Roma, y para tratar de terminar con la enemistad entre Hugo y su hijo político Alberico II.

Odo de Cluny consiguió que se reconciliaran los dos príncipes, y trató de reformar al clero, empezando por imponer el celibato más severo en los monasterios que pudo reformar. La represión sexual, el celibato institucionalizado, era fundamental para la construcción de un pontificado piramidal e imperial, como deseaba la curia romana y sus jerarcas, por la inseguridad psicológica que acarrea, tan fructífera para la imposición de un superior absoluto, divino si posible fuera, imagen con la que se quería adornar el papado romano.

Entre los actos más destacados de este obispo de Roma se señala el esfuerzo que hizo para convertir a los judíos ortodoxos al judeocatolicismo papal, mientras que, por otro lado, a él se le debe también el destierro de aquellos judíos que no aceptaron su ofrecimiento. Murió, en el año 939, tras tres años de reinado, siendo su sucesor Esteban el Germano, papa Esteban VIII Bis (939–942).

¹ Algunas crónicas aseguran que se negó a aceptarla cuando se lo propusieron por primera vez.

LEÓN EL ROMANO. Papa León IV. Antiguo monje benedictino, hijo de un hombre acomodado italiano llamado Rodoaldo. Gregorio el Patricio, papa San Gregorio IV, lo hizo subdiácono, y Sergio el Romano, papa Sergio II, lo nombró cardenal, aparte de colmarle de riquezas que le permitieron comprar el obispado de Roma, del que fue elegido titular en el año 847, a la muerte de Sergio II.

Por miedo a los sarracenos, no esperó la aprobación de Lotario, y al instante se puso a reforzar las murallas de la parte de la ciudad en la que se encontraba el templo de San Pedro, en donde había depositado cuantiosas riquezas.

A él se debe la redacción de los documentos conocidos con el nombre de *Falsas Decretales*, documentos fraudulentos dirigidos a justificar la pretensión de los obispos romanos de colocarse a la cabeza de todos los obispados del judeocatólicismo latino, y la ambición, tantas veces demostrada, de elevarse por encima de sus pares.

Los juicios sobre la vida y milagros de este hombre son muy dispares y aun contradictorios. Existen historiadores que hablan de él reconociendo que era un hombre virtuoso, de gran cultura y humanismo, preocupado por la suerte de sus vasallos y clero, mientras que otros no le ahorran los vituperios, le cargan de todos los vicios imaginables, y aseguran que era tan grande su amor hacia las riquezas, que resultaba imposible hablar con él si antes no se enviaba unos presentes de acuerdo con la categoría de un hombre que se creía por encima de los reyes y el representante directo de la divinidad¹.

Moriría en el año 855, y sería divinizado con el título de santo.

La leyenda o historia de la Papisa Juana se coloca en los dos últimos años de este obispo romano, y su composición fue tan verosímil que muchos hombres de la curia y la ciudad llegaron a creer en ella².

¹ Extremo que se atribuye al abad Lobo de Ferrière, embajador francés en Roma.

² Abundan los historiadores que tienen el relato por verídico, aunque pocos son judeocatólicos papistas o turiferarios del papado.

LEÓN EL SICILIANO. Papa León II. Se asegura que nació en Sicilia, y que era hijo de un médico de nombre Pablo.

Tras la muerte de su predecesor, Agatone de Palermo, papa Agatone o Agatón, el obispado de Roma estuvo vacante un año debido a los intereses que había en juego.

Una vez en el trono obispal, al que accedió en el año 682, El Siciliano sorprendió a amigos y extraños confirmando las actas del tercer concilio ecuménico de Constantinopla, que le habían presentado los delegados que enviara su predecesor a aquella ciudad, y declaró solemnemente la condena del santísimo padre el papa Honorio I, por hereje monotelista o cómplice de monotelismo, iniciando así el número de los obispos de Roma que condenaron a Honorio I.

Con la seguridad de que el emperador de Bizancio estaba de su parte, se dedicó a exterminar a los monotelitas, encerrándolos en las prisiones y monasterios y torturándolos para que abjuraran de su fe. Entre los sacerdotes monotelitas que firmaron, sometidos a la tortura, lo que León quiso, se menciona a Anastasio y Leoncio. El patriarca Macario, que había caído en sus manos, no quiso renegar de su fe, a pesar de que León se cebó con él.

Las alabanzas sobre este hombre, han llovido por todos los lados, elogiando su elocuencia y cultura, lo mismo que su

conocimiento del griego y del latín. Nadie habla de los esfuerzos que hizo, recurriendo a la tortura y a los crímenes, por situar al obispado romano por encima de los patriarcados de Oriente, esfuerzos que fueron sostenidos por el emperador, y que se manifestaron en el exterminio, casi por completo, de todos los monotelitas de sus dominios.

Algunos autores afirman que prohibió a los habitantes de Ravena celebrar el aniversario de Mauro, y que no contento con esto, exigió a sus sucesores que se le entregaran los decretos del emperador en los que aseguraba la independencia de la iglesia de dicha ciudad.

Aunque su reinado apenas duró un año, los servicios prestados a la curia romana le merecieron ser divinizado y colocado en el empíreo con el título de santo. Murió en julio del año 683, siendo su sucesor Benedicto de Saveli, papa Benedicto II (684–685).

LETRÁN, Palacio de. La historia oficial, elaborada por el teofuncionariado cristológico afirma de este palacio, cuya edificación se atribuye a Plaucio Latera, que fue donado a comienzos del siglo IV por Constantino al obispo de Roma Melquias. En cualquier caso, en dicho edificio, que hasta el siglo XIV fue la residencia oficial de los obispos o papas de Roma, se tomaron decisiones de capital importancia para el desarrollo del imperialismo religioso pontificio romano. El edificio Antiguo fue derribado y se construyó otro en su lugar, cuyo destino, en la actualidad, es el de museo arqueológico.

LIBER PONTIFICALIS. Título¹ que se da a unas pretendidas biografías de los míticos o reales obispos de Roma, que, con los siglos, se identificarían con los reyes del judeocatolicismo papista y más tarde con los monarcas del Imperio Vaticano.

A juicio de sus lectores, el valor de tales biografías es muy discutible. La primera parte de esta colección, comprende la historia de todos los obispos de Roma, desde el supuesto Simón Pedro hasta Félix de Castorio, más conocido por papa Félix IV, muerto en el año 530. La exactitud de este listado queda demostrada cuando es de sobra conocido que el denominado Pedro, por los testimonios evangélicos que hablan de él, jamás estuvo en Roma, ni pudo estarlo, y cuando se comprueba que el judeocatolicismo, llamado erróneamente cristianismo, no pudo existir antes de finales del siglo II², como tampoco existían los *Evangelios* ni su protagonista. Esta primera parte se atribuye a un autor contemporáneo de Bonifacio el Godo, papa Bonifacio II, al que se supone muerto en el año 532; sus relatos, cien por cien hagiográficos, están cargados de anacronismos. La segunda parte se termina con la muerte de Esteban de Vía Lata, más conocido por papa Esteban V, muerto en el año 891. Se quiere atribuir esta segunda parte al papa Anastasius Bibliothecarius, lo que no es muy creíble, pues se ven las manos de varios autores en ella. Los especialistas del tema, consideran que la edición más seria y crítica del *Liber Pontificalis* es la de Duchesne (2 volúmenes; 1886–1892).

¹ El título, que se impuso entre los estudiosos, lo acuñó L. Duchesne.

² Sus inicios, claramente diferenciados del judaísmo o hebreísmo mosaico y hierosolimitano, deben buscarse en el siglo III.

Que, partiendo de los grupos más pacíficos de los esenios, en el siglo primero de la era vulgar, se hicieran más numerosas las sectas en desacuerdo con el hebreísmo fundamentalista, y que, tras la destrucción del templo de Jerusalén, en el año 70, dichas sectas y un número cada vez más amplio de judíos de la diáspora quisieran distanciarse de la casa nutricia, utilizando el nombre de cristianos con preferencia al de judíos, no significa que la evolución del hebreísmo al judeocatolicismo se hubiera dado o consumado. Hasta la derrota de Bar Cocheba,

en el año 136, la generalidad del pueblo judío no pudo perder la esperanza en un mesías luchador y guerrero triunfador, por lo que no pudo existir una decepción en masa y sincera en sus filas, que justificara un distanciamiento radical entre ortodoxos y renovados. La aparición de Marción, en el año 140, con sus cartas y evangelio, si demuestra las ansias de nuevas aspiraciones religiosas para el pueblo, no demuestra, en absoluto, que dichas aspiraciones se hubieran plasmado ya en un nuevo credo y una nueva revelación. Aunque el contexto teopolítico favoreciera la aparición de nuevas tendencias, éstas no se habían clarificado todavía, por lo que resulta imposible hablar de nuevos pastores, cuando no había todavía nuevos rebaños. Y no puede hablarse de los representantes de Jesús cuando éste no se había fabricado todavía, los *Evangelios* estaban en proceso de fabricación, y hasta el siglo cuarto no tuvieron carta de ciudadanía los canónicos (año 325).

El último siglo de la era antigua, como los tres primeros de la era vulgar, constituyen un hervidero de cambios y transformaciones, avances y retrocesos dentro del judaísmo, difícil de analizar por la destrucción persistente y sistemática que los jerarcas del judeocaticismo imperial, cuando consiguieron el apoyo de Roma, hicieron de todos los documentos que pudieran descubrir su formación.

LIBERTAD DE CONCIENCIA, La. Con frecuencia se la confunde con la libertad religiosa, lo que constituye un error evidente. La libertad de conciencia es una exigencia ineludible de cualquier ser humano, pero suele estar reñida con los teísmos de cualquier género, origen y casta, pues éstos son impositivos, compulsivos y, la mayoría de las veces, obligatorios sin remisión. Esta es la razón por la que los papas de Roma y reyes del Imperio Vaticano utilizan los dos términos en función de sus intereses económicos y de dominio. Jamás, a lo largo de la historia del judeocaticismo cristológico, los obispos, romanos o no, levantaron el banderín de la libertad de conciencia cuando ellos conquistaron el poder, jamás. El hombre no era libre para creer. Y lo demostraron con la siniestra costumbre de la confesión y la dirección

espiritual, realidad morbosa y mórbida dirigida precisamente al control de la conciencia del hombre para evitar que pudiera escapar de sus rebaños. Sin embargo los teofuncionarios cristológicos la reclaman siempre que el poder no está en sus manos, aduciendo que es sagrada y un atributo imprescindible del hombre.

LIBERTAD RELIGIOSA, La. Identificada habitualmente con la libertad de conciencia, constituye una expresión que deberá desaparecer de las constituciones de todos los países del mundo, y que desaparecerá con el tiempo. Las creencias religiosas o idolátricas, estén aceptadas por la mayoría de los habitantes de un pueblo o país, no tienen por que ser objeto de ninguna constitución, que no debe mencionarlas para nada, del mismo modo en que no mencionan el derecho a comer papas o garbanzos, o el derecho a beber agua con gas o sin gas. Constituye un asunto personal, que cada crédulo o creyente, cada teísta o deísta, debe ventilar en el ámbito íntimo y personal, sin que deba hacer un exhibicionismo de ello¹. Mencionar el derecho a la libertad religiosa constituye, por encima de todo, un derecho a la desigualdad de derechos de todos los ciudadanos de un país, que ven como una parte de los mismos se ven favorecidos, y precisamente en una prerrogativa que constituye, para un número considerable de ciudadanos, una enfermedad psicológica, impuesta por la tradicional ignorancia del género humano y la bribonería tradicional de sus promotores, brujos o teofuncionarios, que hacen de dicha imposición la mejor herramienta para mantener sus privilegios. La mención del derecho a la libertad religiosa, exigido por los reyes del Imperio Vaticano y su nomenclatura, constituye además una injusticia y una

agresión contra los humanistas, que no tienen por qué aceptar las imposiciones mórbidas e idolátricas de nadie por sistema, del mismo modo en que los humanistas o universalistas no reclaman el derecho de imponer su visión humana, positivista, racional y lógica del mundo. Las jerarquías de cualquier idolatría o teísmo, paladines a ultranza de esta expresión mórbida del infantilismo humano, exigen que se acuñen en las constituciones de los pueblos el derecho a la libertad religiosa, con el fin de imponer sus criterios y, seamos sinceros, con el fin de conservar sus sinecuras y privilegios, pues viven precisamente de la consagración de su teoparasitismo, de su insaciable teogorronería, y de su inmisericorde teovampirismo.

En Occidente, los reyes del Imperio Vaticano y papas de Roma, cuando tuvieron el poder, lucharon contra la libertad de conciencia y la libertad religiosa con las armas en la mano, matando y asesinando a diestro y siniestro con el fin de no perderlo. Gracias a su represión de la libertad religiosa y la de conciencia se elevaron por encima de pueblos y reyes, y construyeron el siniestro imperio que todavía gobiernan y pretenden ampliar haciendo de los demás países colonias del papado. En la actualidad, cuando la razón, la lógica, la ciencia y el desarrollo humano y filosófico se extiende por el mundo, los sátrapas mitrados de todo credo y casta, ante el retroceso mundial de la ignorancia, baluarte fundamental de la teoidolatría cristológica, agarrándose a un clavo ardiendo, reclaman la libertad religiosa y la de conciencia como una bien ineludible de la persona, mientras lamentan no tener el poder en las manos para terminar con ellas.

¹ Los teofuncionarios cristológicos insisten en la relación personal e íntima de sus ovejas con los dioses o ídolos de su panteón. Nadie

tiene, pues, por qué soportar su exhibicionismo ni testimonio, pues constituyen una agresión a los derechos de quienes no estén infectados por dicha idolatría o sean humanistas convencidos.

LIBRO ABIERTO, La operación. Proyecto diseñado por el jefe de los servicios de contraespionaje del rey del Imperio Vaticano Carol Wojtyla, el cardenal Josef Tomko, y Zbigniew Brze Zinski, asesor de Jimmy Carter para Polonia y los países del Éste. El proyecto consistió en inundar Polonia, Ucrania, Bielorrusia, Letonia, Lituania y Estonia de libros y propaganda anticomunista e ideología capitalista al comienzo de la década de los ochenta. Tomko, jefe supremo del Sodalitium Pianum, el servicio de contraespionaje vaticano, contaba con miembros de la *Sancta Societas* y sus propios agentes en Polonia y países del Este, y, sobre todo, contaba con los sacerdotes o hechiceros papistas establecidos en dichos países.

LIBROS, El control de los. (Ver *Index librorum prohibitorum*).

LIGA SANTA, La. Fueron varias, y en todas participaron los reyes del Imperio Vaticano para fortalecerlo o para ampliarlo. La primera, digna de ese nombre, fue la establecida, en el año 1495, entre el papa Alejandro VI con Fernando el Católico de España, con Milán, Venecia y el emperador Maximiliano I, en contra del rey de Francia Carlos VIII. En el año 1511, se estableció otra Liga Santa entre Venecia, España y el papa Julio II, con el fin de luchar contra Francia y sus pretensiones en Italia. A partir de 1570, el papa Pío V promovió otra Liga Santa contra los turcos, que llevó el nombre de Liga de Lepanto. En 1576 se crea otra Liga Santa, llamada también Santa Unión, de inspiración papista, con el fin de oponerse a la Unión Calvinista.

LINO DE VOLTERRA. (*Pertenece a la leyenda*). Personaje de ficción, del que se ha hecho un obispo de Roma, y cuyo fundamento quiere verse en los textos evangélicos. Se pretende hacer de este hombre el sucesor de Pedro¹, a partir de los años sesenta de la era vulgar, cuando en estas fechas el judeocatolicismo no era siquiera una posibilidad, y cuando el Jesús evangélico no se había concebido siquiera. Por otro lado, los textos que hablan de Jesucristo, es decir las *Biografías de Jesús*, afirman claramente que Jesús no había venido a fundar ninguna iglesia que prosiguiera su trabajo, puesto que la generación que lo contemplaba sería la última de toda la humanidad. Esta realidad, por sí misma, echaría por los suelos cualquier pretensión de la existencia de Lino y los demás sucesores de Pedro y Jesús. Si se tiene en cuenta, además, la imposibilidad de una encarnación biológica (animal en cualquiera de sus especies, hombre incluido) de una divinidad; si a esto se añade la imposibilidad de que cualquier dios, aun el peor concebido, pueda tener interés alguno en la criatura más excepcional, pues sería infinita, por definición, tanto en grado como en esencia, la distancia que los separara; teniendo lo que antecede presente, la pretensión de que unos seres orgánicos, de un planeta perdido, en una sistema solar olvidado, perteneciente a una galaxia indetectable entre millones de galaxias, en un universo inconmensurable, pudieran ser, insistimos, pudieran ser las criaturas privilegiadas de una aventura divina, constituye una insensatez y una falacia. Lino y Pedro, como todos los obispos romanos, en el mejor de los casos, no son más que la expresión de la estupidez humana; la manifestación de la mendacidad del hombre. Y, de no ser así, sólo pueden ser el resultado de la picaresca y desvaríos nada inocentes del

teofuncionariado cristológico, que ha hecho de las creencias metarracionales y metafísicas, la forma más segura, provechosa y fructífera de su teoparasitismo. Las biografías oficiales no son claras con respecto a este hombre, ni pueden serlo, a pesar de que se lo cita en los *Evangelios*. Se lo hace hijo de un tal Herculano y natural de Volterra, en Toscana, Italia, y el primer sucesor de Pedro, en el año 67. Se afirma de él, que exigió de las mujeres que entraran con la cabeza cubierta en los templos, lo que resulta una estupidez evidente, ya que, en los tiempos primitivos, los creyentes en Jesús, no necesitaban ni templos ni sinagogas, pues debían adorar a su dios Yahvé-Cristo-Espíritu Santo en verdad y con el corazón. Se afirma de él que murió en el año 78, pero tampoco existe unanimidad en este punto, ni puede buscarse, aparte de que otros textos lo hacen mártir en el año 76.

Entre las leyendas que corren sobre este fantasmal obispo de Roma está la de que expulsó un demonio de la hija de un cónsul llamado Saturnino. Cuéntanse de él muchos otros "milagros", y que fue decapitado a raíz de un milagro que ofendía a los dioses del Imperio. Esta última leyenda comenzó a correr a partir del siglo IX.

Las cronologías oficiales le dan como sucesor a Cleto el Romano, papa Cleto (76/8-78/90).

¹ Se atribuye a Ireneo la afirmación de que los supuestos Pedro y Pablo nombraron a Lino primer pastor del judeocatolicismo en la ciudad de Roma. Afirmación que se encuentra en la obra *Contra herejías*, libro III.

LÓPEZ, Rodrigo. Médico portugués de origen judío, que se estableció en la corte de Isabel I de Inglaterra. Era miembro de la *Sancta Societas* (espionaje pontificio) y tenía el objetivo, encomendado

por el rey del judeocatolicismo papista Hipólito Aldobrandini, Clemente VIII Bis (1592–1605), de asesinar, por cualquier medio, a la reina, lo que López estuvo a punto de conseguir. Era un espía que trabajaba a varias bandas, por lo que trabajó para el papa en contra de los enemigos de éste, para Felipe II y aun para el mismo Burghley, el jefe de los espías ingleses. El conde de Essex, favorito de la reina, denunció a López ante Anthony Bacon, un hombre de confianza de la soberana. Isabel desconfió de la acusación, pero debido a las sospechas Rodrigo López fue interrogado y terminó confesando. Con López cayó otro de los espías del papa, Claudio Tinicio, que servía de enlace entre el médico y Roma. Tras su confesión, los dos espías fueron condenados y colgados, en verano de 1594, en el patio de la Torre de Londres.

LORENZO CORSINI. Papa Clemente XII. Fue elegido a la muerte de Pedro Francisco Orsini, papa Benedicto XIII Bis, en el año 1730. La elección fue larga –cinco meses–, debido a los intereses en juego. Fue escogido, por la misma razón por la que fueron escogidos otros ancianos para ocupar dicho cargo: en espera de llegar a un acuerdo, o que se decantara la balanza hacia el más poderoso de los cardenales o sus mentores.

Había nacido en una familia de patricios florentinos, los Corsini, el día 7 de abril de 1652. Estudió leyes, pero escogió el presbiteriado del teísmo cristológico, que le fue concedido a los 33 años. Juan Francisco Albani, papa Clemente XI, le concedió el capelo cardenalicio. Se caló la tiara cuando, aparte de ser un anciano, estaba seriamente enfermo y era casi ciego, lo que no advirtieron los conclavistas, gracias a su ayuda de cámara, y, en el momento de firmar el acta, gracias a la ayuda de una mano amiga. Dos años después

quedó totalmente ciego. Lo primero que hizo fue desautorizar al cardenal Coscia¹, que había hecho y deshecho en tiempos de Benedicto XIII Bis, acumulando una fortuna fabulosa a costa del pueblo romano. Cuando Coscia fue detenido, lo arrojó al Castillo de Sant'Angelo. Lo segundo, fue revocar parte de los decretos emitidos por su predecesor, aduciendo que habían sido arrancados a la fuerza por Coscia. Posteriormente, nombraría cardenal a su sobrino Neri Corsini, que se ocuparía, en lo sucesivo de guiar su mano, si falta le hacía, y a quien pondría al frente de la *Sancta Societas*, su servicio secreto. Fue un hombre enérgico, autoritario y soberbio, a pesar de su ceguera, vejez y enfermedad, o precisamente por ellas. Se enemistó con los cardenales por las negociaciones que mantenían en los cónclaves; combatió a los jansenistas y a todos los movimientos religiosos que no se sometieran a su mandato, y luchó contra el modernismo que iniciaba su ascendencia.

A los cuatro años de estar en el cargo, concretamente el día 14 de enero de 1734, aprobó una constitución en los Estados Pontificios, por la que se prohibía a sus ciudadanos, bajo la confiscación de todos sus bienes y la pena de muerte, tomar parte en las ceremonias culturales de los masones. No contento con eso, le faltó tiempo para condenar, además de una manera absoluta y general, a la masonería en el mundo, lo que hizo mediante un decreto –bula– llamado *In eminenti*, que publicó a finales de abril de 1738. Con dicho decreto, cualquier judeocatólico papista que se hiciera o perteneciera a la masonería quedaba excomulgado. En el mismo decreto declaró la guerra abierta a todo tipo de sociedades secretas.

Condenó a Voltaire y las tendencias filosóficas que se apartaban de los cauces marcados por la ortodoxia del teofun-

cionariado cristológico y el fundamentalismo más reaccionario.

Moriría, a pesar de su enfermedad y ceguera, a los 88 años de edad, tras diez de reinado, el día 7 de febrero de 1740, siendo enterrado en la Basílica de Letrán, en la capilla de los Corsini, que él había edificado.

Su sucesor en el obispado, fue Próspero Lambertine, papa Benedicto XIV Bis.

¹ En el cónclave que eligió a Corsini, en una de las papeletas figuraba el nombre del cardenal Coscia, que se había salvado de ser linchado, a la muerte de Benedicto XIII Bis, de puro milagro.

LORENZO EL ARCIPRESTE. Papa Lorenzo. A la muerte de Anastasio el Romano, papa Anastasio II Bis, a finales del año 498, los partidos en liza se disputaron con garras y colmillos el ambicionado obispado de la ciudad del Tíber, y mientras un grupo escogía a Símmaco, otro escogía como obispo y papa a Lorenzo, arcipreste de Santa Práxedes, que fue proclamado solemnemente en el templo de Santa María la Mayor, el mismo día, por no decir a la misma hora, en que Símmaco lo era en la Basílica laterana. La guerra civil cristológica, eufemísticamente llamado cisma, se desató entre los judeocatólicos de la ciudad, que se enfrentaron sin piedad para hacer valer los derechos de sus elegidos. La batalla definitiva la ganó Símmaco, porque los litigantes, habiendo acudido a Ravena, a que el rey Teodorico decidiera la disputa, éste falló a favor del que hubiera sido elegido en primer lugar, lo que era más que dudoso, aunque los partidarios de Símmaco, más ladinos y fuertes, se las apañaron para demostrar que había sido su elegido. Lorenzo fue obligado a renunciar al obispado de la ciudad de Roma, y tuvo que conformarse con la diócesis de Nocera, en Campaña, siendo borrado de los listados oficiales de la

ciudad del Tíber, e ignorándose cuál fue, finalmente, su destino y en dónde lo sorprendió la muerte.

LORENZO JUAN GANGANELLI. (Juan Vicente Antonio Ganganelli, Lorenzo Ganganelli). Obispo de Roma y rey del Imperio Vaticano, más conocido como papa Clemente XIV. El cónclave que siguió a la muerte de Carlos Rezzonico, en el año 1769, bien asesinado por los jesuitas, como se dio a entender, bien por saludable decisión de la divinidad yahvídica, cristológica y paraclital, que, según doctrina general, todo lo gobierna –ni una hoja se mueve en un árbol sin su voluntad, como rezan los cánones–, tuvo por objetivo, una vez que la facción que apoyaba a los jesuitas, encabezada por el cardenal Chigui, perdió fuerza y quedó descartada, la designación de un obispo de Roma que estuviera dispuesto a cargar con la disolución de la Compañía de Jesús. Para que no hubiera duda de lo que se esperaba, el emperador José II, se presentó de incógnito en Roma y en el cónclave para indicar que su madre y él no pondrían ningún reparo a la disolución de dicha logia. El cardenal de Bernis fue el encargado de poner los puntos sobre las íes y lograr, a base de compromisos, la elección de Lorenzo J. Ganganelli¹ para obispo de Roma.

Lorenzo había nacido el 31 de octubre de 1705, cerca de Rímimi, siendo hijo de un médico. Ingresó en la Orden de los Frailes Menores. Benedicto XIV lo llamó a Roma. Clemente XII lo hizo cardenal. Era un hombre simpatizante con los jesuitas, y ello fue un punto a favor de su designación. Ganganelli, que aspiraba, como la gran mayoría de los conclavistas, a ceñirse la tiara imperial vaticana, aunque no en esta ocasión, y con el objetivo programado, aceptó² la elección y fue preparando el breve con el cual disolve-

ría la logia, tan odiada en aquel tiempo. Su simpatía anterior por los jesuitas se transformó en odio ante la necesidad de suprimirlos. Cuatro años después de subir al ambicionado trono, el 21 de julio de 1773, publicó el decreto, *Dominus ac redemptor*, que declaraba la disolución canónica de la Compañía de Jesús. A pesar de todo, muchos profesos, cuya naturaleza exige un voto especial de obediencia al obispo de Roma, no se dieron por enterados; otros, aun sabiendo que la intención del superior, una vez conocida, debe ser ejecutada sin dudar, tampoco se dieron por enterados y se protegieron, aduciendo que, no habiendo sido publicada la orden oficialmente en algunos países, no estaban obligados a cumplirla; y tanto unos como otros buscaron el amparo de aquellos países que quisieron acogerlos para seguir siendo lo que habían sido y querían ser: jesuitas hasta la muerte. La orden de disolución, publicada en los países borbónicos, fue impuesta y cumplida a la fuerza, y lo mismo sucedió en los Estados Papales; pero no pocos jesuitas encontraron refugio en Prusia y Rusia y otros pueblos, desobedeciendo totalmente el supuesto espíritu y sumisión a la voz del papa, y la voluntad de Cristo expresada en ella, que, al menos teóricamente, los había guiado siempre. El general de la orden, Lorenzo Ricci, fue recluido en el castillo de Sant'Angelo; los demás fueron dispersados, pasando, en su mayoría, a formar parte del clero secular.

Ganganelli eliminó las desavenencias entre las diversas cortes europeas, dejó de publicar el decreto -bula- *In coena Domini*, que se publicaba cada año, enriqueció la biblioteca del Vaticano con manuscritos inestimables y creó el que terminaría llamándose museo Clementino, que recogió los fragmentos arqueológicos de la antigua Roma.

Cumplida la finalidad para la que había sido elegido obispo de Roma, Ganganelli, no pudo esperar vivir mucho más³. Su último año de pontificado fue triste, siendo su estado de salud precario⁴. Murió en el Quirinal, el 22 de septiembre de 1774, tras una larga agonía. Los misterios que envolvieron su muerte dieron lugar a que fuesen acusados los jesuitas y sus sicarios de haberlo envenenado.

Quien ocuparía el trono del Imperio Vaticano sería Juan Ángel Braschi, papa Pío VI (1775-1799).

¹ Fueron propuestos varios cardenales antes que él para ocupar el trono, pero fueron descartados por el veto de algún monarca. Finalmente, cuando Ganganelli fue elegido, a la pregunta que le hizo el decano de si aceptaba, respondió que "el pontificado ni se pide ni se rehúsa".

² Pocas veces, en la historia del obispado o papado romano, se eligió a un hombre con el fin primordial de cumplir un objetivo tan claro. Casi puede decirse que jamás se había impuesto, con una visión tan precisa, formulada sin disimulo alguno, lo que irremediablemente debía de hacer el elegido para ocupar el trono del Imperio Vaticano en esta ocasión. Ganganelli, según algunas confidencias, no ignoraba el precio que tendría que pagar por su elección, a pesar de que disolvió la logia sin condenarla.

³ No le fue fácil decidirse a cumplir lo que se había comprometido a hacer, pues pasaron cuatro años desde su elección, en el año 1769, hasta la publicación del decreto por el que prohibía la logia, en el año 1773. Tiempo que dejó pasar esperando un milagro o que cambiara la situación. Pero ni se produjo el milagro ni cambiaron las cosas, sino que éstas se agravaron, y continuamente "las altas esferas" le exigían que cumpliera el compromiso.

⁴ Una vez firmado el decreto, aseguró que, "de no haberlo firmado ya, lo firmaría con gusto, pues he meditado bien los pros y los contras, pero preveo que me costará la vida." Si el veneno fue empleado para eliminarlo, la protección con que se rodearon todos los obispos de Roma en los palacios papales, extremada en este caso, debió de hacer difícil su empleo fulminante, por lo que debió de utilizarse un veneno de efectos acumulativos y en dosis mínimas para evitar la sospecha de su origen y los cauces empleados.

LORENZO VALLA. (1407–1457). Historiador e investigador, gran erudito. Fue uno de los primeros en demostrar, por métodos de crítica interna y científicos, que la tan alabada *Carta de Cristo a Abgar* era una falsedad manifiesta, fabricada por los obispos de Roma para construir su propio reino en este mundo y elevarse ellos como reyes indiscutibles del Imperio Vaticano. Demostró igualmente, que la *Donación de Constantino*, no era más que un fraude, fabricado por el obispado romano con el mismo fin. Que el *Símbolo de los Apóstoles* se había escrito varios siglos después de que tuviera lugar la muerte de los supuestos apóstoles y del supuesto fundador del religionismo cristológico. Igualmente, por la crítica y el estudio de los textos evangélicos, tiró por los suelos su supuesta paternidad apostólica y gran parte de su contenido.

LOTARIO DE SEGNI¹. Alcanzó el obispado de Roma en el año 1198, siendo más conocido, como papa Inocencio III, aunque más apropiado sería llamarlo Inocencio III Bis². Nació en Segni, y pertenecía a la familia de los condes de Segni que, como era natural, apadrinaron su carrera, desde presbítero a cardenal. A la muerte de Giacinto Bobone, papa Celestino III, y de un modo furtivo casi, le entregaron también el obispado de Roma. Estudió en París y Bolonia. Fue uno de los hombres más intrigantes y ambiciosos que subieron al disputado trono, a la vez que mezquino y avaro³, cualidades que demostró hasta la saciedad en su largo pontificado, que le fue puesto en bandeja, cuando tenía 37 años de edad. Su soberbia –de casta le venía al galgo, asegura la filosofía popular– le obligó de un modo compulsivo a situarse no solamente por encima de cualquier obispo, sino por encima de cualquier autoridad civil o religiosa del mundo entero,

al precio que fuese, y con él, a situar el obispado Romano en la cumbre de todo poderío. Su megalomanía y teogolatría sin límites y, por lo mismo, su orgullo y prepotencia, alcanzaron cotas de sublime bochorno. Quiso ser adorado y temido en todos los lugares, tanto de Oriente como de Occidente, y hacerse notar en cada uno de ellos, para lo cual lanzó amenazas, excomuniones e interdictos a diestro y siniestro. Fortaleció el obispado romano hasta límites insospechados, y para lograrlo, entre otras cosas, dio el espaldarazo definitivo al tribunal de la Inquisición, que puso en manos de Domingo de Guzmán, fundador de los dominicos, juzgado por la historia como un filocriminal nato y uno de los responsables de los asesinatos papales de los valdenses y su destrucción definitiva, al menos oficialmente, en 1218.

Enfrentó a unos príncipes con otros. Usurpó poderes. Avivó las enemistades de las cortes, con el fin de ser él el primer beneficiado de las luchas fratricidas cristológicas de todas las dinastías. Consiguió, a sangre y fuego, Marca, Spoleto y Toscana. Hizo todo lo posible para que Sicilia fuera un feudo del obispado de Roma. Excomulgó a Felipe Augusto y a su hijo. Luchó contra los Griegos. Fue contra los intereses de Francia. Predicó una cruzada contra los Albigenses. Promovió varias cruzadas contra el Islam. Puede decirse de este hombre que no pasó un solo día, de los 6.570 que duró su reinado, en que la sangre no corriera por algún punto de la dolorida Europa por causa suya, mientras ofrecía la paz de Cristo a todas sus víctimas.

La soberbia de este papadiós, de este modélico teogolatra, llegó a tales extremos, que no tuvo reparo en exigir que no se le denominara vicario de Pedro, sino de Cristo. Y, siendo consecuente con la idea que destilaba la corte papal, de

que al papa le correspondía la potestad absoluta y plena, no tuvo inconveniente en afirmar que el poder de los reyes y los emperadores no era más que una emanación del poder del papa.

Este hombre moriría en Perugia, el 16 de julio de 1216, tras los excesos sexuales y pantagruélicos a los que se entregaba con ardor divino⁴. Su sucesor sería Cenocio Savelli, papa Honorio III (1216–1227).

¹ Resulta imposible resistir la tentación de presentar un texto, entre muchos de igual hechura, de uno de los incondicionales del obispado o papado romano, que, leído con un mínimo de atención, descubre un trasfondo insospechado, a pesar del cuidado que se observa para no llamar a las cosas por su nombre o la ceguera o inconsciencia divina que demuestra el autor. G. Ariente, resume de este modo la biografía de Lotario de Segni, papa Inocencio III (Bis): “Este papa, que fue uno de los más ilustres de la Iglesia, vio la luz primera en Anagni, y era hijo de una noble familia de la que nacieron nueve pontífices. Estudio en París y en Bolonia. Su pariente, Clemente III, le nombró cardenal. Su pontificado de dieciocho años señala el apogeo del poder pontificio en la Edad Media. Elegido a los 37 años, desplegó una actividad prodigiosa, abrazando en su solicitud el Oriente y el Occidente. Como base de su actuación adoptó el programa de afianzar y restablecer la autoridad pontificia en los Estados de la Iglesia, salvar la Iglesia de Oriente, infligir un duro golpe a las nuevas herejías, llevar a los príncipes cristianos a la paz, reavivar el sentimiento religioso y extirpar los abusos.

Inocencio III empezó por reorganizar la Corte papal, tratando de reducirla a una vida sencilla y sustraerla a toda venalidad. Se ocupó del restablecimiento de la autoridad papal en Roma, minada por las veleidades republicanas que el pueblo seguía acariciando, y se atribuyó la facultad de nombrar al senador de Roma. Reconquistó para el papado la marca de Ancona y el ducado de Espoleto, y obligó a Constanza, reina de Sicilia, a reconocer la soberanía de la Santa Sede. En Alemania, después de haber asistido por algún tiempo como espectador imparcial a la lucha de los dos pretendientes al trono imperial, Otón de Brunswich y Felipe de Suabia, se declaró a favor del primero y le coronó en 1209. Pero Otón, apenas consagrado, trató de adueñarse de los dominios pontificios y del reino de Sicilia (1210). Inocencio III le excomul-

gó y declaró depuesto, e hizo que los príncipes germanos reconocieran como emperador a Federico II (1215), hijo de Enrique VI, que la reina Constanza, antes de morir, había confiado a su protección.

Habiendo abordado la cuestión de Francia, lanzó el interdicto contra el reino, excomulgando al rey Felipe Augusto, que había repudiado a su esposa, Ingelburga de Dinamarca sin el consentimiento papal, para casarse con Inés de Merania. El rey se resistió en un principio, pero luego tuvo que ceder, separándose de Inés y llamando nuevamente a su legítima esposa. Asimismo, Inocencio defendió la santidad del matrimonio contra Alfonso IX de León, que había contraído matrimonio contra los cánones. Entretanto, el rey Juan sin Tierra de Inglaterra oprimía a la población y se negaba a reconocer al obispo de Canterbury, Esteban Langton. El papa le excomulgó (1212), amenazándole con dar la investidura de Inglaterra al rey de Francia (1213). Juan se sometió, y se declaró vasallo de la Santa Sede.

Inocencio puso, además, todo su esfuerzo en reavivar el celo por las cruzadas; mas la expedición inspirada y organizada por él no tuvo buen resultado, pues los venecianos, con sus artimañas, la desviaron en provecho propio para la reconquista de Zara, y acabó luego, contra la voluntad de Inocencio III, con la conquista de Constantinopla y con la fundación de aquel imperio latino. En compensación, tuvo el consuelo de ver derrotados a los enemigos de la Cruz en la célebre batalla de Las Navas. También promovió la expedición contra los albigenses en el Mediodía de Francia, y para ponerles freno instituyó el tribunal de la Inquisición episcopal. Celebró luego el cuarto concilio de Letrán (1215, XII ecuménico), en el que fueron promulgados setenta cánones sobre la fe, las costumbres y la disciplina eclesiástica; también fueron condenados los herejes albigenses. Durante su pontificado fueron a Roma Santo Domingo y San Francisco de Asís, para obtener la aprobación de las dos órdenes instituidas por ellos. Invitó a Bulgaria, Servia y Galitzia a que se unieran con la Iglesia de Roma; defendió con energía los derechos de la Iglesia en Hungría, Polonia, Suecia y Noruega, y muchos reinos se convirtieron en sus vasallos, llevando el poderío social del papado a una grandeza jamás vista. Fundó la Universidad de París. Murió el 17 de Julio de 1216 en Perugia, mientras Pisa y Génova preparaban una nueva Cruzada inspirada por él. Fue sepultado en la catedral de Perugia, y en 1890 León XIII hizo trasladar sus restos a la basílica de Letrán, donde le erigió un monumento. Quedaron de este papa muchas obras, parte de

las cuales fueron impresas por primera vez en Colonia, en 1552. Comprenden, además de un tratado latino sobre el *Menosprecio del mundo*, los *Discursos*, los *Comentarios* sobre los salmos penitenciales, seis libros sobre los *Sacramentos* y, principalmente, una copiosísima colección de *Cartas*.² (G. Arienti: *Los Papas*). (Los subrayados, no son del original).

² El primer obispo de Roma con ese nombre y número fue Lando de Sezze, papa Inocencio III, que fue asesinado por el papa Alejandro III.

³ Se dirá de él que era sobrio y frugal, cuando en realidad, era miserable, capaz de vender a Cristo por una moneda, no por treinta; mientras que él mismo no se privaba de ningún lujo ni en la mesa ni en el lecho.

⁴ Fleuri, citando a Santa Lutgarda, afirma que esta mujer lo vio arder en el infierno. (Solís: *La Santidad del Pontificado*).

LUCIANI, Albino. (Ver *ALBINO Luciani*).

LUCIO DE PORFIRIO. (*Entre la leyenda y la historia*). Papa Lucio I. Los detalles biográficos sobre este hombre, que se encuentran en los libros oficiales del obispado romano, son evanescentes, aunque se precisa que había nacido en Roma y que era hijo de Porfirio. Siguien-

do pues la incertidumbre que hay en torno a las raíces del obispado romano, debe suponerse que fue un presbítero que ocupó el ambicionado trono obispal, tras la muerte de Cornelio el Patricio, papa Cornelio, del año 253 al 254¹. Se hace de él el sucesor y amigo del papa Cornelio, al que, se dice, acompañó al destierro. Pasado el tiempo, Lucio tendría que abandonar, a la fuerza, la ciudad imperial. Algunos autores lo hacen morir mártir, aunque otros lo niegan rotundamente. Lucio, con todo, fue incluido entre los afortunados que alcanzaron el olimpo judeocatólico y fue honrado con el título de santo, título póstumo del que gozaron la mayoría de los pastores míticos de la ciudad de Roma.

Su sucesor fue Esteban el Patricio, papa Esteban I (254–257).

¹ Listados oficiales, emanados de la corte del Imperio Vaticano o de sus colonias, afirman también que su permanencia como obispo de la ciudad del Tíber se prolongó algo más de ocho meses, del año 252 al 253, aunque no faltan relaciones que sitúan su gestión del año 255 al 257.



LLAVES. Símbolo de suprema dignidad de los reyes del Imperio Vaticano, conocidos vulgarmente con el nombre de papas o pontífices. En la confección de los textos evangélicos, los episcopos de la ciudad de Roma incluyeron todas las falsificaciones necesarias para que quedara fundamentada la creación de una iglesia y el derecho de ellos, los supuestos sucesores del supuesto Pedro el apóstol, para situarse por encima de los demás episcopos. No olvidaron tampoco afirmar que esta preeminencia era por delegación directa del fundador, que siendo como era el guardián de las llaves del reino, las había entregado a su representante para que las utilizara a voluntad. Como cielo y reino son una única entidad, la pretendida residencia de sus dioses trinitarios¹, mariológicos² y santorales³, esta residencia, por analogía con las creaciones de los hombres, era considerada un lugar limitado por muros y su entrada estaba

protegida por puertas que necesitaban unas llaves para abrirse. Estas llaves, por disposición divina en manos de los obispos de Roma, utilizadas sabiamente, constituyen una fuente inmarcesible de gracias espirituales para los rebaños cristológicos y resultan ser, para ello se forjaron, una fuente de ingresos fabulosos para el Vaticano, que las utilizan con generosa profusión para abrir las puertas del cielo siempre que los beneficios de una beatificación, santificación, jubileo, indulgencia y bula lo justifiquen.

¹ Yahvé–Cristo–Espíritu Santo.

² Son incontables las vírgenes marianas que se veneran, a pesar de los esfuerzos que hacen los sátrapas mitrados por convencer a sus rebaños de que se trata de la misma diosa o ídolo aunque con máscaras y atrezzo diferentes.

³ Lares de andar por casa, en el panteón romano. Un número, no despreciable, de santos judeocatólicos papistas no son más que la cristianización de los dioses menores latinos. (Cons. Emilio Bossi: *Jesucristo jamás existió*).

≈ M ≈

MACCHI, Lamberto. Jesuita de origen veronés, que por su fidelidad a los órdenes del papa recibió el título de monseñor.

A los 14 años de edad entró en la logia fundada años antes por Ignacio de Loyola. Su espíritu aventurero le empujaba a ello. Era un espía perfecto, maestro con la espada, los explosivos y en el arte de asesinar sin arriesgar la vida. Por orden directa del rey del judeocatolicismo papista y obispo de Roma Miguel Ghislieri, Pío V (1566–1572), fue a Escocia con el fin de averiguar quiénes habían sido los responsables de la muerte de su espía David Rizzio¹. Su contacto en Escocia sería Bothwell, jefe de la guardia de la reina. La mujer había indultado a los asesinos de Rizzio –entre los que se encontraba su propio marido, Darnley–, pero Macchi no puede ignorar la orden que le ha dado su señor, y tratará de asesinarlos a todos, en virtud de santa obediencia.

La noche del domingo día 9 de febrero de 1567, mientras Darnley está en una fiesta en el palacio de la reina, Macchi mina su casa y espera el regreso de éste para hacer explotar la carga. Hacia las 2 de la madrugada una explosión estremece Edimburgo, y Darnley deja de existir. El odio del papa Pío V y su venganza, se han cobrado la primera víctima. Machi, antes de volar la casa con Darnley dentro ha tenido tiempo de estrangularlo. Uno de sus ayudantes era José Rizzio, el hermano de David.

E día 15 de mayo de 1567, María, reina de Escocia, viuda ahora, y todavía de luto por la muerte de Darnley, se casa con James Bothwell.

Las aventuras de Lamberto Macchi al otro lado del Canal de la Mancha fueron de capital importancia para la corte del papado romano. Participó con Roberto Ridolfi en una conjura para matar a la reina de Inglaterra, Isabel I. La conjura descubierta, Ridolfi pudo huir, y Lamberto, que no fue descubierto, siguió actuando como agente del papismo durante varios años más, regresando posteriormente a Roma.

¹ Rizzio era, según algunos autores, un sacerdote o hechicero papista, que se ocultaba bajo la figura de un comerciante alegre, hábil, dicharachero y amante de la música, en el caso de que no fuera, como se rumoreaba, un jesuita.

MACHISMO, EI. El panorama que ofrece el religionismo abrahámico en la actualidad, con las tres sectas más conocidas en Occidente, el judaísmo, el judeocatolicismo y el judeoislamismo, es desolador. Probablemente no sea más que el resultado de la evolución de las sociedades matriarcales a las patriarcales, pero es indudable que su fundamentalismo y radicalismo ha impedido el progreso en este terreno.

El judeocatolicismo papista es cien por cien teorracista, como todos los monoteísmos que se precien, y machista y falócrata por necesidad. Ha despreciado

toda reforma y ha luchado contra la ciencia, la técnica y los conocimientos humanos históricos y sociales, que hubieran debido ayudarlo a evolucionar hacia la igualdad sexual. Ir más lejos, y llegar al desprecio dioses y de ídolos, sería pedirle demasiado.

La vocación falócrata del papismo tiene sus raíces en el machismo que empapa la *Biblia* y los *Evangelios*. Los escritores de la *Biblia* fueron unos machistas irredentos, y lo refleja el dios o ídolo que se fabricaron, Yahvé, cuya desprecio hacia la mujer no tiene límites. Machistas y falócratas fueron sus patriarcas, sus profetas, sus jueces y sus reyes. La mujer constituyó un objeto de placer, un objeto de tentación y perdición, o una incubadora. A lo más que puede aspirar es a completar esta imagen asumiendo el papel de una insensata, Eva (Génesis, III, 1-7), el de una inicua, como el caso de Rebeca cuando engaña a su esposo para favorecer a Jacob en perjuicio de Esaú (Génesis XXVII, 1-40), el de una asesina, como es el caso de Judith, cuando degüella a Holofernes dormido (Judith, XIII, 1-10), o el de Jael, cuando mata a Sísara, al que había recibido con muestras de afecto en su casa, para que no desconfiara y se durmiera tranquilo (Jueces, IV, 18-21), o el de una depravada y asesina abominable, como fue el caso de Jezabel (1ª Reyes, XVI y ss.).

Aunque en las *Biografías nicenas de Jesús* la mujer constituye un elemento decorativo pasable, en Pablo, el machismo y la falocracia hacen su aparición de nuevo, y destina a la mujer al servicio del hombre por decisión divina.

Los denominados Padres del Desierto y Santos Padres no ahorraron improperios a la mujer, a la que acusaron de ser una sentina o albañal y la causa de la pérdida del hombre.

Quienes más hicieron por encumbrar el obispado romano por encima de los demás obispados ofrecieron siempre de la mujer una imagen detestable y odiosa, a la que acusaron de ser la causa de la caída de la humanidad y el sacrificio en la cruz de Cristo. Los fundadores de las órdenes o logias religiosas, que fortalecieron el papismo ciegamente, fueron todos unos misóginos irredentos, que tuvieron a las mujeres como objetos de perdición, e hicieron de ellas el camino más seguro de condenación eterna. Desde Benito de Nursia a José María Julián Mariano Escriba Albás Contrán Blanc (Escrivá de Balaguer), pasando por Bernardo de Claraval, Francisco de Sales, Domingo de Guzmán, Ignacio de Loyola, Vicente de Paul, Juan Bosco, santos y fundadores de órdenes y asociaciones religiosas, todos inculcaron en sus seguidores el odio y el desprecio hacia la mujer. Y si no fueron más lejos fue porque, como en el caso de Pablo de Tarso, ambicionando sus riquezas y poderío, esperaron hacerse sus herederos o, al menos, que les hicieran objeto de sus donaciones.

El judeocatolicismo papista se decantó por la misoginia irredenta de sus sacerdotes o hechiceros cristológicos, por necesidad. La estructura piramidal, con el obispo de Roma a la cabeza de la misma, en la que desembocó la federación de iglesias que existió en los primeros siglos del judeocatolicismo sólo pudo darse prohibiendo a los presbíteros el matrimonio y la barraganería. Haciendo que el machismo se manifestara no en el uso de la mujer como un objeto sexual despreciable aunque necesario, sino en el alejamiento absoluto de ella y en la repugnancia visceral hacia su proximidad. En la actualidad, cuando los movimientos feministas tratan de derribar el teomachismo papista, el pasado histórico que condiciona la corte del Imperio Va-

ticano lo impide. Eliminar el celibato de los sacerdotes sería derribar los cimientos de la pirámide en que se asienta la teogrontocracia vaticana y su teofuncionariado; permitir que los sacerdotes se casen o vivan con sus amantes sería roer las entrañas de un imperio que ha costado siglos construir. Pero llegar a una igualdad entre los sexos sería reconocer la falsedad histórica de los contenidos bíblicos y evangélicos, que son los que se oponen a ella. El matrimonio o la libertad sexual podía igualar el la secta papista con los grupos reformados y ortodoxos, en los que sus presbíteros se casan. Sin embargo, eliminar el machismo sería dar al traste con el judeocatolicismo en todas sus sectas, ya que eliminaría la caída de la mujer, fundamentada en dicho machismo, y la necesidad de la redención, justificada por dicha caída. (Ver *La Mujer*).

MAFFEO BARBERINI. Papa Urbano VIII. Se ciñó la ansiada tiara, a la muerte de Alejandro Ludovisi, papa Gregorio XV, en el año 1623.

Nació en Florencia, en 1558, siendo su familia una de las más influyentes de la ciudad. Estudió leyes, fue embajador del obispo romano de turno en París, obispo de Nazaret, y el capelo cardenalicio lo recibió de Camilo Borguese, papa Pablo V, que lo nombró obispo de Espoleto. Poseedor de una gran riqueza, ambicioso y prepotente, estaba seguro de conseguir la codiciada corona del imperio pontificio. No se equivocó, aunque se oculten con discreto rubor los medios que empleó para ello.

A la muerte de Ludovisi, Roma era un hervidero, y las revueltas impedían cualquier intento de reunirse el cónclave. Barberini pagó a sus partidarios para que el miedo y el terror se extendieran por la ciudad, sin que se arredraran ante

el crimen y cualquier tipo de felonía. Cuando por fin los electores consiguieron reunirse, los tumultos amenazaron a los conclavistas, momento que empleó Barberini para ofrecerse como candidato más adecuado para recibir la tiara y terminar con los desórdenes callejeros. El efecto que produjo su discurso fue tan negativo, que todos los electores le negaron el voto. Barberini ni siquiera se inmutó, pero dio nuevas instrucciones a los alborotadores, que amenazaron a los conclavistas al grito de *¡Barberini papa o incendio y muerte!*

Al oír los conclavistas tales amenazas, a pesar de estar aterrorizados, siguieron negando el voto a este hombre, como lo demostraba el escrutinio. Fue entonces cuando los cardenales se dieron cuenta de que cada día que pasaba faltaba uno de los prelados a las discusiones. Aterrorizados comprobaron que era porque morían repentinamente o porque caían gravemente enfermos, y lo que terminó de espantarlos fue que quienes morían o desaparecían sin dejar rastro eran quienes más se oponían a la elección de Barberini como papa. Aunque les costara creerlo era evidente que este hombre estaba envenenando a los más recalcitrantes, como lo demostraba el hecho de que los enfermos podían recuperarse con la utilización de los antidotos prescritos para los venenos en boga.

A partir de esta constatación, dado que la impunidad de Barberini estaba asegurada por su poder y riqueza y la influencia de su familia, los conclavistas, más muertos que vivos, le dieron su voto. Su designación fue, sin duda alguna, del agrado del cielo, por el largo pontificado que le concedió.

Con Maffeo Barberini quedó clara y apodícticamente demostrada la afirmación de los panegiristas del pontificado, que afirmaban que cuanto más indecentes

eran los obispos de Roma, más se demostraba la naturaleza divina del papado romano y la intervención directa del Espíritu Santo en su elección.

El día 6 de agosto del año 1623, se ciñó la ambicionada tiara, y todos los cardenales se acercaron a besarle las manos y rendirle pleitesía.

Dejando de lado la original manera¹ en que el Espíritu Santo lo designó para regir los destinos del obispado de Roma y del judeocatolicismo papista, si por algo se distinguió este hombre, siguiendo el parecer de sus enemigos, fue por su nepotismo –que alcanzó límites insospechados–, por su teoogolatría, su totalitarismo y arbitrariedades, su tiranía: entre las barbaridades que hizo se cuenta la de utilizar el bronce del techo del Panteón para construir el baldaquino sobre el altar mayor del templo de San Pedro, lo que fue motivo de que se le dedicaran varios escritos satíricos.

A su hermano Antonio, monje capuchino, le dio el capelo de cardenal, lo mismo que a sus sobrinos; pretendió robar a la familia Farnesio el ducado de Parma, para ofrecérselo a los suyos. Y a tanto llegó su osadía que pretendió ofrecer el papado romano a su sobrino Francisco comprando los votos a los cardenales.

Pretendió aumentar los dominios de su imperio, querencia incontrolable en todos los dictadores, y epidemia que afectaba, como era natural, a todos los obispos de Roma. Se reservó el derecho, que hizo extensivo a sus sucesores, de canonizar a los santos, fijando las reglas para demostrar su ubicación en el paraíso judeocatólico latino.

Fue amante de la literatura y la música, y protector de escritores y artistas. A él se debe, también, la construcción de la residencia de verano de Castel Gandolfo. En el aspecto doctrinal, destacó la condenación del jansenismo, en 1643, con su

carta *In eminenti*, en respuesta al *Augustinus* de Jansenio. Este hombre fue otro de tantos que, con su sabiduría infalible, se opuso a las ideas de Galileo y lo condenó. Es más, cuando el científico murió, y quisieron enterrarlo en el panteón familiar de la Santa Croce, se opuso totalmente a ello. Y dijo al embajador Niccolini que “sería un ejemplo funesto para el mundo si se atribuyesen tales honores a un hombre que había sido llevado ante la inquisición romana por una opinión tan falsa y tan errónea como era el heliocentrismo, falsedad que había causado tan gran escándalo en la cristiandad al comunicarla a otros.” Iluminado por su infalibilidad divina, no tuvo reparo en afirmar, en el año 1640, que el universo y el hombre habían sido creados 5199 años antes de la era vulgar, fecha que ya defendiera el también infalible papa Gregorio XII, en el año 1580.

Pidió a los jesuitas que escribieran todas las obras que pudieran para demostrar que los obispos de Roma podían, por derecho divino, destronar reyes y dar sus reinos a quienes quisieran, tarea de la que se encargó, con singular presteza, el jesuita Santarelli².

Mateo Barberini, papa Urbano VIII, demostró ser, con su vida y milagros, el representante de Cristo en la Tierra, pues éste le salvó, en dos ocasiones al menos, de los ataques de quienes deseaban su muerte; la primera fue en el año 1632 y la segunda en 1640. Él, lógicamente, estuvo a la altura de las circunstancias, y llevó a la tortura y al cadalso a los implicados: no se podía dudar impunemente de la elección paraclital que lo había designado como rey divino del que sería llamado, en un futuro más o menos próximo, Imperio Vaticano.

Urbano moriría a finales de julio de 1644, siendo sepultado en un mausoleo, digno de un dios no de un hombre, debido al

cincel de Bernini. Su sucesor sería Juan Bautista Pamphili, papa Inocencio X (1644–1655).

¹ Que confirma la acuñación clerical, tan alabada y citada, de que su dios escribe derecho con renglones torcidos.

² Lo que no fue óbice para que otro jesuita, en Madrid, confesor del duque de Olivares, afirmara que el poder del obispo o papa romano era nulo en asuntos temporales. Esta nueva tesis demostraba, no que el confesor de Olivares tuviera más razón que su compadre Santarelli, sino que el papa era persona *non grata* en España.

MAGINULFO. Papa Silvestre IV. Fue consagrado obispo de la ciudad, el 18 de noviembre de 1105, a la muerte del papa Alberto de la Sabina, por el partido imperial, que rechazaba al obispo de la misma ciudad Pascual II, que había sido elegido en el año 1099. Maginulfo, tras su elección, viendo el agitado panorama que existía en Roma, prefirió retirarse a Tívoli, en donde esperó los acontecimientos. La suerte, sin embargo, le fue adversa. A la muerte del Emperador Enrique IV, que lo había impuesto, no tuvo fuerzas para mantenerse en el cargo, por lo cual quienes vencieron lo borrarón de los listados papales y lo declararon antipapa. Como en casos similares, el Espíritu Santo estaba con quienes se habían levantado con la victoria.

MAGISTERIO. Dentro del Imperio Vaticano, se da el nombre de “magisterio de la iglesia” al derecho que se arroga su clerecía de imponer su imperialismo religioso a todas las personas, pueblos y naciones, con el fin de parasitarlos sin resistencia alguna, y hacer de ellos, si posible fuera, pilares fundamentales para lograr el imperio mundial que tanto anhelan. Tales colectivos fundamentan su derecho apoyándose en los textos evangélicos, confeccionados y sacralizados por ellos, en los que están habituados a encontrar

todo lo que necesitan y quieren encontrar para justificar sus pretensiones. Con una euforia sorprendente, hablan del “magisterio ordinario”, del “magisterio extraordinario”, del “magisterio pontificio”, del “magisterio infalible”, del “magisterio ex cathedra”, del “magisterio evangélico”, del “magisterio sacerdotal”, del “magisterio conciliar”, etc., sandeces y definiciones mendaces, de una inanidad absoluta, con las que pretenden encandilar a las víctimas de sus enredos. Con el fin de poder extender más fácilmente su imperialismo, los príncipes cardenalicios y obispales de todo credo y secta han creado laboratorios de expansión cristológica, llamados centros de estudios, facultades de magisterio y seminarios, destinados a hombres y mujeres adictos, en los que se aprenden los elementos básicos de penetración social compulsiva, que constituirán la cantera del teofuncionariado cristológico en todas sus versiones.

MAIDALCHINI, Olimpia. Cuñada y amante del rey del judeocatolicismo pontificio, el obispo de Roma Juan Bautista Pamphili, papa Inocencio X. Siendo su cuñado un anciano cuando se ciñó la tiara imperial, colocó a sus propios hijos y parientes en los puestos más altos del reino. Colocó al cardenal Panciroli a la cabeza de la *Sancta Societas* y también como secretario de Estado. Cuando Mazarino llenó los palacios papales y Roma con sus espías, Olimpia puso en funcionamiento un servicio de contraespionaje, dentro de la *Sancta Societas*, al que se bautizó con el nombre de Orden Negra. Este servicio tenía como encomienda la eliminación de las personas que exigía la política cloacal del papa.

A la muerte de Inocencio X, Olimpia Maidalchini abandonaría los palacios papales. Moriría años después, a la edad de

64 años, tras haber sido gratificada generosamente al perder la dirección de la Orden Negra.

MAL, EI. Personificación de todos los elementos negativos que tiene la existencia para el hombre. El *mal* se opone al *bien*, personificación de todos los elementos positivos que tiene su existencia. Lógicamente no cuenta para nada el *mal* que afecta a los demás seres vivos –torturados y matados por el hombre, y obligados a matarse, herirse y devorarse unos a otros para poder vivir– y cuya causa está en la *bondad de la creación* y las exigencias impuestas por *el creador* en la existencia de todo ser vivo, orgánico, y en el mismo hombre. Por la misma razón, el *mal*, siendo un concepto universal, no tiene el mismo significado para todos los hombres, y mucho menos para todos los grupos humanos: el *bien* y la felicidad de unos puede residir en la destrucción y desgracia de otros, es decir, en su *mal*. Nos encontramos siempre con un término que se define en su relación con un observador, con un sujeto activo y con un sujeto pasivo determinados. Y, puesto que en la existencia de todos los seres vivos son esenciales los elementos negativos, que tienen fundamento en su constitución biológica –el dolor, el miedo, los desgarros, la mutilación, la agonía, la muerte–, el *mal* como expresión de sufrimiento y muerte, constituye una experiencia ineludible para todo ser vivo: la vida es muerte, y la muerte es vida, y ninguno de los dos elementos pueden darse sin la existencia del otro. Exista o no exista un *creador*, el *mal* y el *bien* constituyen una exigencia de la naturaleza, que condiciona la vida de todos los seres orgánicos. Pretender una existencia sin dolor constituye una utopía, entre otras razones porque el dolor, al igual que el hambre, es un elemento

esencial de la vida, que gracias a él nace, prospera, se transmite y conserva.

La personificación del *mal* constituyó, para el hombre primitivo, un recurso para justificar lo inexplicable y el mismo recurso empleó para el *bien*. Esta es una de las razones principales, si no la principal, por la que aparecieron los dioses negativos y positivos en su existencia. Y, dado que en la vida, los dolores y las tristezas, las desgracias y las penas eran más frecuentes y graves que las alegrías y los gozos, y se olvidaban más difícilmente, los dioses negativos tuvieron, y tienen, mayor importancia que los dioses positivos. El entorno agresivo en que se desarrolló la vida de todos los primates, incluido el hombre primitivo, no permitió, durante milenios, los devaneos filosóficos y el refinamiento de los conceptos en juego. La lucha por la vida constituía una prioridad absorbente de trágicas consecuencias para el individuo y para su tribu.

Los términos genéricos que se utilizaron para definir el *mal*, es decir, los dioses negativos, en todas las latitudes y todos los pueblos se identifican, en la actualidad, con diablo, demonio, maligno, etc., y se especifican, en función de lugares y grupos, con miles de palabras diferentes. En este campo, muy relacionado con la medicina primitiva, la imaginación de los hechiceros, chamanes, brujos, sacerdotes, sacerdotisas, magos y mistagogos, tuvo la palabra. Es suficiente repasar los listados de los teísmos del mundo, para darse cuenta de la infinidad de dioses negativos que existieron y las funciones tan dispares con las que amenazaban la existencia del hombre. En todos los grupos y tribus, los teofuncionarios primitivos fueron los encargados de mantener viva la existencia de tales divinidades, pues su papel en el grupo estaba unido a la perdurabilidad de sus dioses.

Cundo el paso de los milenios y la observación atenta del entorno, permitió al hombre refinar todos los conceptos, y se depuraron todos los teologismos y teísmos, el hombre fue incapaz de prescindir radicalmente de los dioses negativos y positivos, aunque terminó, en los teologismos más elaborados, por simplificar sus panteones y limitar el número de ídolos o dioses de los mismos. La bipolaridad *bien-mal* seguía estando presente en todos los aspectos de la vida, aunque la pluralidad de sus dioses o ídolos se hubiera reducido tanto que pareciera no existir más que un ídolo bueno y otro malo, a quienes hacían responsables de la mayoría de los elementos positivos y negativos que antes cargaban a sus panteones pluriteológicos y, sobre todo, plurisaturados. Esta dinámica de simplificación afectó a muchos de los panteones mundiales, pero sobre todo a los de las sociedades más “avanzadas”, que establecieron jerarquías divinas, en cuya cúspide colocaron al dios creador por excelencia.

En Oriente medio, el mundo semítico conoció multitud de dioses positivos y negativos, pero un grupo de tribus, gracias al fanatismo y fundamentalismo de sus hechiceros, terminaron por imponer como divinidad única a un ídolo llamado Yahvé, y a éste atribuyeron los elementos positivos y negativos que se daban en la comunidad. La historia de Yahvé, al menos como está redactada en la *Biblia*, constituye un exponente de los procesos que debieron de darse en las diferentes comunidades y latitudes para pasar del politeísmo al monoteísmo, o, precisando más, expresa el intento de pasar de una plurilatría o polilatría a una monolatría, pues los hebreos, a pesar de todas las apariencias, jamás fueron monoteístas: fueron o intentaron ser monolatrías. Los levitas unificaron las cualidades de todos

los dioses o ídolos conocidos, buenos o malos, en Yahvé y sus ángeles, estos últimos, dioses de segunda categoría, a quienes pusieron al servicio de aquél. En cuanto a los dioses primigenios del mal, que tales hechiceros, sacerdotes o levitas pretendieron eliminar de sus panteones al hacer de Yahvé la raíz de todas las desgracias, se los pretende ignorar por completo, pero se mantienen disimuladamente en sus concepciones: la serpiente, los animales prohibidos, el becerro de oro y, entre otros muchos, los dioses de los pueblos vecinos, que constituyen una amenaza para Israel y Judá, y son una tentación permanente para el denominado, en Oriente Medio y Occidente, Pueblo Escogido.

El judeocatolicismo, en todas sus sectas, ortodoxas, armenias, coptas, papistas, reformadas, neotestamentarias, etc., recogiendo el testigo de los judíos tradicionales, recibió con él las divinidades buenas, Yahvé y sus ángeles. Sin embargo, enredado en su propio juego, al tratar de justificar la presencia del mal en la vida de los hombres, tuvo que aceptar, en contra de sus deseos, el inevitable dualismo hebreo con sus dioses negativos, que trató de sacudirse lo más pronto posible. La feliz idea que tuvo fue la de convertir a todos los dioses negativos que enturbiaban la monolatría judía en ángeles caídos, para los que compuso una historia de enfrentamientos con Yahvé, tan inverosímil y pueril como su propia historia oficial. El teofuncionario cristológico tomó para ellos los nombres genéricos de diablos y demonios, palabras que, como ya se ha visto, existían en el mercado teológico mundial. Y como era inconcebible la existencia de un colectivo angelical, caído o no, sin un superior, dotaron a dicho colectivo de un jefe, Satanás, Satán, Belial, Maligno, al que encomendaron la divina e inevi-

table tarea de amargar la vida a Yahvé y a sus creaciones.

El fundamento de una rebelión angelical, aun a la luz de los conceptos empleados por el teofuncionariado cristológico para justificar su parasitismo, demuestra ser otra de tantas mendacidades e imbecilidades y memeces con que han saturado el mundo los hechiceros, sacerdotes, brujos obispos, hierofantes y papas de la pandemia evangélica, y no merece la pena detenerse en ella. Pero la propia formulación de la existencia de los ángeles caídos –y la existencia de un jefe para ellos, Satán, Belial o como se lo quiera llamar¹–, es capital para el desarrollo del judeocatolicismo filorromano imperial triunfante. En efecto, la corte del Imperio Vaticano, enredada en su propia estulticia y mendacidad, pretende justificar con esta formulación la existencia del denominado pecado original, causa de la perentoria necesidad de la encarnación yahvídica en la figura del Jesús evangélico, y, directa o indirectamente, causa también de la supuesta creación de la iglesia y la supremacía papal. Siguiendo al pie de la letra las enseñanzas catequísticas o catequéticas, el misterio de la condenación y salvación judeocatólica tiene dos partes claramente definidas.

1ª: Por el demonio (debe admitirse que fue Satanás) entró el pecado en el mundo, por el pecado la muerte y por la muerte la condenación eterna.

2ª: El amor de Yahvé a sus criaturas le obligó a ofrecer a su hijo en la cruz; con la cruz Jesús venció al pecado, con su victoria entró la salvación al mundo, por la salvación se creó el papado, y por el papado la iglesia².

La existencia, pues, del *mal* identificado ahora totalmente con el demonio, es la justificación ineludible del pecado y, sobre todo del pecado original, causa de la perdición y la muerte del hombre,

mientras que la existencia de Cristo, del papado y de la iglesia son consecuencia natural del pecado y no se justifican más que por el mal absoluto con que se ha identificado a Satanás.

La penosa sensación que produce el teologismo papista elaborado por la corte del Imperio Vaticano es tan humillante para su divinidad yahvídica–cristológica–paraclital, que no se concibe cómo insiste en mantener sus principios, pues dicha divinidad se limita a ser, como demuestra la *Biblia* y los evangelios, el corrector permanente de las elaboraciones del *mal* identificado con Satanás. Pero no solamente no se avergüenza de haber elaborado una caída y una redención de tamaña imbecilidad para justificar el papado, ocultando, y pretendiendo ignorar, que el judeocatolicismo existió antes de que existiera el Jesús evangélico, y puede que asista también a su muerte, sino que lanzado a esta carrera de absurdos no tiene medida alguna: pasa su existencia alabando, de un modo o de otro, las acciones de Satanás y demostrando su poderío y la alta estima en que lo tiene. Para comenzar, el Mundo está en posesión del Demonio, y lo estará hasta el fin de los tiempos, y, a juzgar por las apariencias es la única casa segura que tiene el hombre, con lo cual puede cerrarse el capítulo: lo que exista más allá de la muerte, de momento, pertenece al dominio de las elucubraciones mentales y la fantasía humana. La imagen evangélica de Satanás, tomando a Jesucristo en brazos para llevarlo de un lugar a otro con el fin de tentarlo, además de ser un absurdo y constituir un insulto incalificable para la trinidad yahvídica, es el triunfo absoluto de Satanás sobre ésta, a la que trae y lleva en función de sus caprichos. Pero el colmo de los colmos, en contra de todas las elaboraciones e interpretaciones de teólogos y místicos del teísmo cristo-

lógico, la muerte de Jesús en la cruz, es la expresión más clara de la superioridad del *mal* sobre el *bien*, de Satanás sobre Yahvé, pues aquél no solamente triunfa sobre éste en todas las esferas, sino que finalmente consigue matarlo. La supuesta resurrección de Jesús de que habla Pablo, de haber sido posible, no cambiaría para nada las situación: la balanza del poder, siguió siempre inclinada a favor de Satanás, como reconocen aun los más acérrimos partidarios de la rendición judeocatólica. Y, colmando toda medida, los sátrapas mitrados, tiaralizados, capelizados, y con ellos toda la corte de turiferarios del absurdo, teólogos y místicos de cazuela y talonario, no solamente aceptan la superioridad de Satanás sobre Cristo, sino que, por una broma del inconsciente, la alaban abiertamente en su liturgia, como lo demuestran al expresarse como se expresan, hablando del pecado, elaboración predilecta del *mal*, de Satanás, nada menos que al día siguiente de la crucifixión. Efectivamente, en la liturgia tradicional del sábado santo del papismo puede leerse: *O certe necessarium Adae peccatum, quod Christi morte delétum est! O felix culpa, quae talem ac tantum méruit habere redemptorem!* (¡Oh pecado de Adán ciertamente necesario, el cual con la muerte de Cristo fue borrado! ¡Oh feliz culpa, que mereció tener tal y tan grande redentor!)³

Que el fundamento del judeocaticismo papista sea precisamente el *mal*, sus demonios, no es una sorpresa para nadie. Tampoco es extraño que hayan sido los reyes del Imperio Vaticano quienes han alimentado el satanismo en todas sus formas, pues han sido los más persistentes y contumaces creadores de demonios, diablos y seres infernales, y quienes no dudaron jamás en su existencia y la de sus servidores⁴. La conclusión que se desprende de la existencia del *mal* es

que el miedo, la desgracia, la enfermedad, la angustia y la muerte, por encima de la salud, la seguridad, y la alegría de la vida fueron los principales fundadores de los teologismos mundiales. Ni el papa ni sus príncipes cardenalicios y mitrados pueden negar esta verdad, que sumerge al hombre en una realidad virtual que trastoca su existencia y le hace vivir en función de unos principios totalmente artificiales, elaborados por el teofuncionario cristológico para mantener su parasitismo y canibalismo histórico.

¹ Quien desee profundizar en la existencia de los ángeles y su "ciencia", la angeología, y conocer los nombres de los más famosos y sus funciones diabólicas o divinas, puede acudir a la obra de Gustav Davidson, ya citada. Probablemente sea la obra más extensa que se conoce sobre este tema.

² El papa, según se desprende de las Cortes Generales de Trento, del Vaticano I, y de la casuística jesuítica, está por encima de los concilios y es copartícipe de la naturaleza de Yahvé, gozando de su esencia divina gracias a la infalibilidad, que le hace a la vez omnisciente. Los turiferarios del papado no han dudado en afirmar, y así se desprende de las doctrinas actuales en vigor, que el papa, representante fiel de Cristo, puede existir sin la iglesia, pero ésta jamás podrá existir sin aquél. " ... Porque la idea de que la Iglesia entera no es, por sí misma y sin Papa, sino un cuerpo inanimado que recibe su alma y su forma por el Papa, según la expresión del cardenal Pallavicini, es una alucinación que antes no flotaba más que en algunos cerebros aislados y no encontró consistencia sino en la orden de los jesuitas. A esa alma, es decir, al Papa, pertenece, pues, la dominación sobre el universo católico; es monarca y señor del mundo, su autoridad es la base, el lazo y la inteligencia matriz del gobierno de la Iglesia... Belarmino (jesuita y cardenal) llega hasta pretender que si el papa se engaña prescribiendo pecados y prohibiendo virtudes, la Iglesia estaría obligada a tener los pecados por buenos y las virtudes por malas, si no quisiera pecar contra la conciencia." (Döellinger, *El Pontificado*. Cap. III, parte 4ª).

³ Todos los misales públicos y particulares, latinos o bilingües, anteriores a las reformas de las Cortes Generales del Vaticano II, ofrecen este texto. La cita está tomada de Vicente Molina, S. J.: *Misal completo latino castellano*. Sábado Santo, pag. 720. Octava edición. Editorial Hispania; Valencia.

⁴ Aparte de los textos evangélicos, consagrados por la burocracia y la nomenclatura clerical y patristica, el grado de exorcista, existente en el teofuncionariado cristológico, es el mejor exponente de esta verdad.

MANOS-MUERTAS. En derecho, esta expresión se aplica a los poseedores de bienes inmuebles que, de acuerdo con las reglas de la constitución de su dominio, no pueden enajenar ni vender su propiedad, aunque no es extraño que la expresión se utilice para referirse a los bienes más que a los poseedores. En el judeocatolicismo papista esta figura del antiguo derecho sirvió para que sus príncipes mitrados se encontraran con una cantidad de bienes inmuebles, tierras, posesiones y dominios cada vez más fabulosa, lo que les ayudó, de una manera decisiva, a construir lo que en la actualidad se denomina Imperio Vaticano.

Todas las posesiones que adquirían los colectivos implicados, curias, canonjías, órdenes religiosas, grupos religiosos, monacatos, asociaciones seculares y regulares, pasaban a ser propiedad de la "Iglesia", que automáticamente se convertía en *manos-muertas* e impedía su venta o enajenación.

La imposición del celibato al clero papista, aparte de la aportación de fuerzas, energía y dependencia psicológica que suponía para la construcción de una colectividad jerárquica y piramidal, sumisa a las órdenes de quienes estuvieran en la cúspide de la pirámide, en este caso la corte pontifical y el papa de Roma a la cabeza de la misma, tuvo una función enriquecedora decisiva, ya que impedía que los bienes que recibía y obtenía el sacerdote por razón de su cargo, los utilizara para alimentar a su esposa e hijos, fueran reclamados a su muerte por éstos, pasaran a su familia y pudieran ser vendidos. Éste fue un factor decisivo para la acumulación de beneficios de *manos-muertas*,

que fueron engrosando las riquezas de obispados, monasterios, residencias, templos, conventos, hospitales, hospicios, casas de misericordia y de enseñanzas, encomiendas, hermandades, cofradías y establecimientos permanentes.

Las rentas producidas por la explotación de *manos-muertas* iban a engrosar las bolsas de conventos, obispados y príncipes cardenalicios, la curia romana y el papado. Rentas que les permitían, a su vez, nuevas compras y construcciones que pasaban a ser propiedad eterna de la "Iglesia". La acumulación de *manos-muertas* en posesión del clero regular y secular fue un elemento fundamental para la construcción del feudalismo clerical, la monarquía pontificia y, como contrapartida, el empobrecimiento y la miseria del pueblo, convertido en siervo sujeto a la tierra y a los caprichos de abades, obispos, cardenales, papas, metropolitanos y patriarcas.

MARCEL LEFEBVRE. Papa de la dinastía tradicionalista de la Iglesia universal de Ecône, Suiza.

Nació en Tourcoing, en el año 1905, y era hijo de un industrial de Lille. Admitido por su inteligencia en la universidad Gregoriana de Roma, regida por los jesuitas, fue nombrado –ordenado, en lengua sacristal– sacerdote, en el año 1929. Como imperialista religioso al servicio de la corte del Imperio Vaticano, fue enviado de misionero a Gabón, en donde permaneció 14 años. En 1947 fue nombrado príncipe mitrado, y no tardó mucho tiempo en verse delegado apostólico, para terminar siendo arzobispo de Dakar.

A raíz del concilio Vaticano II, fundó la organización *Caetus internationalis patrum*, con el fin de oponerse a las directrices del concilio, y al que se adhirieron más de 400 obispos de todo el mundo. Constituía, en realidad, otro cisma dentro del judeocato-

licismo papista. Posteriormente, Lefebvre radicalizó más su postura, por considerar que el papa romano y su corte se habían apartado de las verdaderas enseñanzas de Jesucristo. Con la fundación, en el año 1969–70, en Ecône, del Seminario Internacional San Pío X, y su condena por los obispos franceses, la nomenclatura cardenalicia y la curia romana, Marcel Lefebvre se elevaba, por derecho propio, al supremo pontificado de su iglesia y se convertía en el papa ecuménico de la misma.

Roma no podía sufrir lo que consideraba una competencia desleal, y, como en sus mejores tiempos, suspendió al nuevo papa *a divinis* de sus funciones y lo amenazó con la excomunión (1975). Su Santidad Marcel Lefebvre ni siquiera se tomó la molestia de devolver la excomunión al obispo y papa de Roma, Giovanni Battista Montini, papa Pablo VI, como era de rigor que lo hiciera, siguiendo la costumbre que se dio en los cismas tradicionales hasta el siglo XV, y prefirió el desprecio. Montini se vio obligado a contemporizar y a dejar pasar el tiempo. Su apostolado se expandió por el mundo con suma rapidez, y floreció en U.S.A. en Suiza, Italia, Inglaterra, Alemania, Bélgica, Austria, Argentina, Francia, etc. Amigo de la milagrería tradicional, fue obispo protector del Ejército Azul de Nuestra Señora de Fátima.

Cuando Carol Wojtyla fue coronado como rey del Imperio vaticano y obispo de Roma, puesto que en el fondo era tan fundamentalista como Lefebvre, procuró la unión entre las dos sectas, pero la unificación fue imposible.

Lefebvre moriría en Martigny, el día 25 de marzo de 1991, mientras que su iglesia seguía su floreciente desarrollo.

MARCELINO EL PATRICIO. Papa Marcelino, santo. (*Entre la leyenda y la historia*). Se afirma de este personaje, que ocupó

el disputado obispado de Roma en el año 296, a la muerte de Cayo de Dalmacia o de Salona. Se cree que renegó de dioses y demonios para evitar las persecuciones que se atribuyen a Diocleciano. No tuvo inconveniente en arrojar al fuego creencias, la *Biblia*, los borradores de los *Evangelios*, que había ya en circulación, y a los dioses cristológicos y trinitarios para salvar la piel; ofreciendo además, el incienso destinado a dichos dioses a los dioses del Imperio, lo que hizo en los templos de la diosa Isis y de Vesta. En la historia del papado romano, se evita su nombre, aunque se ha procurado rehabilitarlo, para lo cual se lo ha incluido en el número de santos.

Eusebios Pamphili, nada sospechoso de heterodoxia, es más, inclinado a defender a las iglesias contra viento y marea y contra toda evidencia, en el capítulo 1º del libro VIII de su *Historia de la Iglesia*, en el que habla de la persecución de Diocleciano y sus causas, se ve obligado a admitir: “... 7) *Pero desde que nuestra conducta cambió, pasando de una mayor libertad al orgullo y la negligencia, y los unos empezaron a envidiar e injuriar a los otros, faltando poco para que nos hiciéramos la guerra mutuamente con las armas. Llegado el caso, y los pastores y sacerdotes desgarraban a los sacerdotes y pastores con las lanzas de las palabras, los creyentes se sublevaban contra los creyentes y una hipocresía y disimulo sin nombre alcanzaban el más alto grado de malicia, entonces el juicio de Dios, con parsimonia, como gusta de hacerlo, cuando aún se reunían las asambleas, iba suave y moderadamente suscitando su visita, comenzando la persecución por los hermanos que militaban en el ejército.*

8) *Y nosotros, como si estuviéramos insensibles, no nos preocupábamos de cómo hacernos benévola y propicia la divinidad, sino que, como algunos ateos que pien-*

san que nuestros asuntos escapan a todo cuidado e inspección, íbamos acumulando maldades sobre maldades, y los que parecían ser nuestros pastores y sacerdotes rechazaban la norma de la religión, inflamándose con mutuas rivalidades, y no hacían más que agrandar las rencillas, las amenazas, la rivalidad y la enemistad y odio recíprocos, reclamando encarnizadamente para sí el objeto de su ambición como si fuera el poder absoluto. Entonces, sí, entonces fue cuando, según dice Jeremías: 'oscureció el Señor en su cólera a la hija de Sión y precipitó del cielo abajo la gloria de Israel, sin acordarse del escabel de sus pies, en el día de su ira; ...'

*9) y según lo profetizado en los Salmos, 'destruyó el testamento de su siervo y con la ruina de la iglesia profanó su santuario, destruyó todas sus vallas y plantó la cobardía en sus fortalezas...'*¹

Que el mismo Eusebios Panphili, cuando apenas el religionismo cristológico tenía tres siglos de existencia oficial², se vea obligado a ver en la conducta de los obispos o papas la razón de las persecuciones, provocadas por la cólera de su dios Yahvé–Cristo–Espíritu Santo, ante la indecencia del teofuncionariado cristológico, obliga a reconocer que la realidad superaba con creces las peores acusaciones.

Marcelino fue uno de tantos, como lo fue su predecesor Cayo. Que la curia romana colocara a estos dos personajes entre el número de sus santos para rehabilitar su memoria, nada tiene de extraño: empeñada en santificar el papado romano para justificar su propia existencia era natural que lo hiciera, pues le iba la vida en ello y, lo que era más importante todavía, su propia gloria. Marcelino murió –afirma la curia romana– en el año 304, creando un mal antecedente para sus sucesores, que con el paso de los siglos, pretendieron atribuir al obispado de

Roma la infalibilidad por participación en la naturaleza divina del dios Yahvé –Cristo–Espíritu Santo.

A la muerte de El Patricio, dicen las crónicas, la sede romana estuvo vacante cuatro años, al cabo de los cuales se ciñó la mitra arzobispal Marcelo el Romano, papa Marcelo, (308–309).

¹ E. P.: *Historia Eclesiástica*. (BAC, Madrid, 2001).

² La historia oficial del judeocatolicismo filorromano imperial, tanto oriental como latino, comienza en el año cero de la era vulgar, aunque no faltan iluminados que colocan su comienzo con la creación del mundo relatada en el Génesis bíblico. La historia real es mucho más corta. (Ver *Jesucristo y Monarquía papal*).

MARCELINO FÉLIX LIBERIO. Más conocido como papa Liberio. Obispo de Roma, que alcanzó el obispado en el año 352, a la muerte de Julio I. Hombre que no dio muestras de saber nadar y guardar la ropa, es decir, nada político, y a quien se acusó de comprometer seriamente la pretendida infalibilidad del papa romano, que Juan María dei Conti Mastai–Ferretti, pontífice Pío IX, encontraría, siglos después, en su teogolatría, en su megalomanía divina y en el servilismo jesuítico. Heredando el problema que giraba en torno a san Atanasio, que había resultado una brasa insoportable en manos de su predecesor, Julio el Romano (papa Julio I), se sumergió de lleno en un mare magnum de errores que provocaron su desgracia. Anatematizó primeramente a Atanasio, luego trató de defenderlo, para retractarse después y terminar defendiéndolo de nuevo. En este vaivén de dogmatismos infalibles, consiguió ser desterrado por el emperador Constancio II por su oposición a los arrianos y por terminar defendiendo a Atanasio, fanático opositor del arrianismo. Tras perder el obispado de Roma, éste pasó a manos de Félix el Archidiácono (papa Félix II).

Cuando Liberio fue autorizado a volver a Roma y a recuperar el ambicionado trono, se sospechó que lo hizo porque había abrazado la que sería denominada herejía arriana, que antes condenaba, única razón que justificaba su regreso. Fuese lo que fuese, lo cierto es que el obispado romano se encontró con dos titulares que regentaron la diócesis cada uno por su lado y los dos infalibles. El pueblo, sin embargo, se negó a soportar a los dos, siendo Félix II obligado a abandonar Roma. Las aguas volvieron a sus cauces y la fórmula arriana perdió fuerzas y se estableció de nuevo la "ortodoxia", que Liberio abrazó de nuevo. Pero pasó el tiempo, cambiaron las tornas, y el concilio de Rímimi consagró la fórmula arriana y la hizo ortodoxa, divina y revelada, por lo que Liberio, cogido en falta, fue condenado de nuevo y terminó desterrado por herético, por orden de Eusebio, gran Chambelán de Constancio II, y en nombre de éste. Liberio vivió oculto hasta su muerte, ocurrida en torno al año 366, y habiendo disfrutado del trono obispal romano muy poco tiempo.

Las cronologías oficiales, intentando salvar lo insalvable, afirman de él: "... Los sufrimientos de la deportación y los malos tratos a que fue sometido debieron hacer flaquear sus fuerzas y, hábilmente asediado, parece que suscribió una fórmula poco precisa que los herejes presentaron en el concilio de Sirmio y que tendía a atenuar la fórmula nicena. Se le acusó de haber claudicado; pero en realidad distó mucho de ello."¹

Tratando de ocultar la versatilidad demostrada por este obispo, la curia romana, que con el tiempo sería transformada en la corte del Imperio Vaticano, no dudó en incluirlo entre el número de sus santos y dejar al papa Félix II en el aire, no insistiendo en su realidad como obispo de Roma, pero tampoco condenándolo, en la actualidad, como antipapa.²

El sucesor oficial de Liberio fue Dámaso el Hispano, papa Dámaso I (366–384).

¹ Giuseppe Arienti: *Los Papas. Desde San Pedro hasta Pío XII*. Liberio.

² Algunos manuales no dudan en hacerlo santo, afirmando que Gregorio el Grande lo colocó en los altares.

MARCELO CERVINI DE SPANNOCHI. Papa Marcelo II. Fue elegido el día 9 de Abril de 1555, tras la muerte de Giovanni María de Ciochi, antiguo cardenal del Monte, y más conocido como papa Julio III.

Había nacido en una aldea de nombre Fano o Montefano, en el año 1501, y su padre, Ricardo Cervini, de Montepulciano, era el tesorero apostólico en la Marca de Ancona.

Realizó sus estudios en Siena, y pronto se lo verá en Roma, en donde Julio de Médicis, papa Clemente VII Bis, lo empleará en varios cargos. Como secretario del obispo de Roma Pablo III, realizó a gusto de éste las gestiones que le encomendó en las cortes de Francia y Alemania, y a su regreso a Roma fue nombrado cardenal y le fueron entregados los obispados de Nicastro, Reggio y Eugubio.

Cervini, que no quiso renunciar a su nombre de pila, Marcelo, siendo el segundo de su nombre que ocupó el trono, nada más ceñirse la tiara, comenzó a dar muestras de una severidad de costumbres y vida, que no presagiaba nada bueno, ya que despidió de los palacios pontificales a nobles y cortesanos, licenció a la guardia suiza y trato de vivir con la misma sobriedad que había vivido hasta entonces. Y lo que auguraba su conducta sucedió: a finales del mes moría envenenado, aunque a sus súbditos se les ofreció la versión de que su dios Yahvé-Cristo-Espíritu Santo lo había llevado al cielo gracias a una apoplejía oportuna. Tenía 54 años de edad, y apenas había durado en el cargo veinte días.

A juzgar por los testimonios históricos¹ que ofrece la corte del Imperio Vaticano, la curia romana, en su afán por santificar su trono, fue recompensada con la gracia divina de enviar, en el breve plazo de unas horas, unos días o unos meses, al cielo a los obispos honrados y honestos –sanos y fuertes, también–, y la de conservar largos años, para exaltar y resaltar la grandeza de sus raíces divinas, a los más infames y, con no poca frecuencia, enfermos y pútridos, lo que constituye un milagro por partida doble.

Su sucesor sería Juan Pedro Carafa, papa Pablo IV (1555–1559).

¹ Y las justificaciones del teofunoriado, que afirma que, cuanto más corrupta y detestable es la curia vaticana, más se manifiesta en ella la gracia divina.

MARCELO EL ROMANO. (*Entre la leyenda y la historia*). Tras la muerte del obispo de Roma Marcelino el Patricio (papa san Marcelino), según las “crónicas” el trono obispal romano estuvo vacío durante cerca de cuatro años, a causa de las persecuciones. Cuando la tormenta amainó, ya entrado el año 308, fue escogido como pastor de la ciudad, Marcelo el Romano (papa Marcelo I). Su realidad histórica es discutida por algunos autores, mientras que otros hacen de él una prolongación del obispo anterior, con quien lo identifican. Fue considerado un hombre intransigente y duro, que habría contribuido a crear, entre los sectarios judeocatólicos, enemistades y enfrentamientos, que provocaron nuevas guerras civiles cristológicas –cismas en jerga sacristial–, luchas y derramamientos de sangre. El emperador Majencio le hizo responsable de dichas revueltas y le envió a cuidar sus establos¹. Sus incondicionales, lo liberaron una noche y lo escondieron en casa de una mujer llamada Lucila, que lo protegió. Majencio

lo apresó nuevamente y convirtió su refugio en unas cuadras en las que Marcelo tuvo que seguir cuidando al ganado. En el papel de mozo de cuadras murió, según dicen las crónicas, consumido por la miseria y las humillaciones, en el año 309, siendo colocado en el número de los bienaventurados judeocatólicos.

La diócesis romana pasaría a ser gobernada por Eusebio el Griego, papa Eusebio (309–310).

¹ No faltan quienes afirman que, en realidad, fue destinado a dicha tarea por no querer renunciar a su religión ni a su título. De ser creíble la historia, resulta evidente, a juzgar por los testimonios, que no se doblegó ante el poder imperial, y que soportó su destino hasta que la muerte escribió la última página de su vida.

MARCINKUS, Paul Casimir. Su familia era de origen lituano, y sus abuelos tuvieron que emigrar y terminaron aterrizando en Norteamérica. Nació en Cícero, antiguo pueblo y hoy uno de los arrabales de Chicago, el día 15 de Enero de 1922. Sus padres, Michael y Helen Marcinkus, le facilitaron los estudios. Se hizo sacerdote o hechicero papista y se dirigió a Roma para especializarse en derecho canónico. Trabajó en la Secretaría de Estado, en el Vaticano, y, tras varios destinos en algunas embajadas –nunciaturas, en jerga sacristial– el rey del Imperio Vaticano Montini, Pablo VI, lo hizo responsable de su seguridad personal. Unido a los servicios secretos de la corte imperial, la Sancta Societas y el Sodalitium Pianum, sus méritos le valieron el título de obispo, que consiguió en 1969. En 1971, Montini le entregó la dirección del IOR, la Banca Vaticana. Como director de dicho organismo hizo y deshizo a su antojo, asesorado por un círculo formado por Umberto Ortolani, Michele Sindona, Licio Gelli y Roberto Calvi, que tenían una estrecha relación con la mafia y la masonería. Contó para sus operaciones

con la ayuda incondicional de los servicios secretos del papado, entre cuyos agentes más estimables estaba el jesuita polaco Kazimierz Przyatek. Marcinkus no tardó en descubrir la íntima relación que existía entre Michele Sindona y el propio Montini, pues el primero había ofrecido su ayuda económica al segundo cuando éste era arzobispo de Milán, y Montini, futuro papa, no podía ignorar que el préstamo que le entregó Sindona provenía de la mafia, que utilizaba al banquero para lavar su dinero. Con tales informes, y la ayuda de los especialistas nombrados, Marcinkus no tuvo escrúpulo alguno en actuar como un auténtico corsario y filibustero de las finanzas a beneficio de la nomenclatura cardenalicia. Las operaciones fueron cada vez más arriesgadas, hasta que finalmente se identificaron con los protagonizadas por las mafias financieras de todo el mundo..

A la muerte del monarca Giovanni Battista Montini, su protector y encubridor, el día 6 de agosto de 1978, suena la alarma entre los asesores del IOR y el Banco Ambrosiano, dirigido por Calvi, y se ocultan y queman documentos ante la incógnita que supone, en principio, cualquier cónclave.

El día 26 de agosto de 1978, Albino Luciani es elegido rey del Imperio Vaticano y obispo de Roma, y tomará el alias papa Juan Pablo, el primero con este nombre. Luciani, informado por los documentos que le ofrecen los cardenales Pericle Felici y Giovanni Benelli, que descubren las actividades de Marcinkus, Calvi, la masonería y la mafia en el vaticano y sus finanzas, se preparó para terminar con ellas. No le dieron tiempo. Al mes de su elección apareció muerto.

La muerte de Luciani, inesperada para todos, no parece que pillara de sorpresa ni al arzobispo Marcinkus, ni al cardenal Jean Villot, ni a la logia masónica Propaganda

Due (P2), ni a Calvi, ni a Gelli, ni a Ortolani, ni a otros muchos de su entorno.

El nuevo papadiós, rey del Imperio Vaticano, Caron Wojtyla, que tomó el nombre de Juan Pablo II, al ceñirse la tiara imperial, mandó archivar todos los informes sobre la muerte de su predecesor, y dejó a la posteridad el estudio del caso. Mandó igualmente archivar todos los informes sobre las irregularidades de la Banca Vaticana, y en la corte imperial no se volvieron a mencionar. Para demostrar que no pensaba preguntar a nadie sobre el origen de las fortunas que ponían diariamente en sus manos, confirmó al todopoderoso Jean Villot, en su puesto de Secretario de Estado –primer ministro o ministro de la gobernación–, y dejó que las cosas siguieran como estaban. El arzobispo Marcinkus, que vio en la actitud de Wojtyla la aprobación de sus métodos y acciones, no sólo respiró tranquilo, sino que se lanzó a nuevas aventuras de dudoso carácter moral y ético. Utilizó, sin ningún escrúpulo, el dinero que le proporcionaban sus negocios y contactos con la mafia, la masonería y Calvi, para costear las actividades de Lech Walesa y Solidaridad en Polonia, como exigía el papa, y las de los militares de extrema derecha y organizaciones contrarrevolucionarias en Suramérica.

El afán compulsivo de Wojtyla por ayudar a Walesa y Solidaridad en Polonia había constituido una sangría para el IOR y el Banco Ambrosiano, cuyo director, Roberto Calvi, terminó con la soga al cuello, apremiado por las autoridades fiscales italiana. Por otro lado, en USA, Michele Sindona había sido juzgado por la ruina del banco Franklin, y Sindona era uno de los polos de las finanzas del Ambrosiano y la Banca Vaticana. El día 23 de marzo de 1980, Sindona era declarado culpable. Ni Marcinkus ni otros directivos, por unas causas o por otros, fueron a declarar a

su favor cuando el banquero se lo pidió. En 1982, Roberto Calvi no sabe cómo apartar la tormenta que se le viene encima al Banco Ambrosiano, y amenaza a Marcinkus y a varios capelados con un escándalo de dimensiones descomunales si el Ambrosiano se ve obligado a declararse en bancarota. Es imprescindible que el Vaticano devuelva los cerca de mil millones de dólares que han salido del Ambrosiano para financiar las ayudas compulsivas de Wojtyla a Walesa y Solidaridad, dinero que, de ser devuelto, librarían al Ambrosiano de la penosa situación en que se encuentra. Calvi, desbordado, confiesa que Marcinkus ha tenido la desfachatez de sacar cincuenta millones de dólares más de una filial del Ambrosiano, sin su autorización.

Marcinkus hace oídos sordos a las amenazas de Calvi, y con él todos los cardenales implicados en las finanzas de la curia. El rey del Imperio Vaticano, Wojtyla, se limita a pedir dinero y a exigir que éste no falte. Calvi, que tras las duras palabras que ha dirigido a la nomenclatura cardenalicia implicada en los desfalcos de su banco –robos de guante blanco– no las tiene todas consigo, pretende refugiarse en Londres para escapar no solo a las presiones fiscales, sino a la amenaza que se cierne sobre su cabeza. El día 15 de junio de 1982, llega a Londres.

El 18 de junio de 1982 será un día sorprendente para los observadores de la nomenclatura vaticana y su corte imperial. La noche del 18 al 19 de ese mes, Roberto Calvi aparece colgado de un puente de Londres. Antes de la hora fatídica, y con una meticulosa coordinación, el día 18 de junio, dos hombres traspasan la entrada de la sede del Banco Ambrosiano en Milán. Con una familiaridad que a nadie sorprende, suben al despacho de Calvi, se acercan a su secretaria, Graziella Corrocher, y a los pocos minutos la mu-

jer sería suicidada arrojándosela por la ventana. Una nota, sobre la mesa de su despacho, acusaba a Calvi de su suicidio y de la bancarota del Ambrosiano.

Marcinkus, apegado a la sotana blanca de Wojtyla fue capeando el temporal, mientras sus amigos y socios limpiaban el panorama, intentando escapar al maremoto que se avecinaba. No les dio tiempo. Licio Gelli, fue el primero en verse señalado por la policía, en otoño del 1982 era formalmente acusado con varios cargos serios. Poco después, Giuseppe Dellacha, ejecutivo del Ambrosiano y correo entre Marcinkus y Roberto Calvi se suicidaba también, arrojándose desde su despacho, en la sexta planta, de la sede central en Milán. Umberto Ortolani también se las tendría que ver con la justicia y la cárcel. Y Tiempo después, Michele Sindona, que había sido entregado a la justicia italiana, y estaba en prisión, moría envenenado en su celda, el día 22 de marzo de 1986.

El primer golpe sería para el arzobispo Marcinkus llegó el día 20 de febrero de 1987, con la orden de su detención firmada por el juez de Milán Antonio Pizzi. Junto a la orden de detención de Marcinkus estaba la orden de detención y encarcelamiento de Luigi Menni y Pellegrino Strobel, responsables directos de las finanzas de la Banca Vaticana. El rey Carol Wojtyla se opuso a esta orden protegiendo a sus incondicionales entre los muros de la diplomacia mundial, más fuertes que los de su fortaleza vaticana. Posteriormente, Wojtyla ayudaría a Marcinkus a escapar a USA, con un pasaporte diplomático, que lo protegía también de las autoridades americanas, con las que tenía varias cuentas pendientes.

En la actualidad, el arzobispo Paul Casimir Marcinkus vive retirado en una pequeña ciudad de Arizona, protegido por el pasaporte que le ofreciera, tiempo ha, su protegido y protector el papadiós Carol Wojtyla.

MARCOS DE PRISCO. Obispo de Roma, más conocido por papa Marcos. Se quiere hacer de él el sucesor de Silvestre I, colocándolo en el obispado romano a comienzos del año 336, pero existen demasiadas lagunas en la vida de este periodo del judeocatolicismo latino, para poder afirmar con seguridad nada, por lo que la vida de este hombre, como la de los supuestos obispos de los primeros siglos del judeocatolicismo imperial papista pertenece más a la leyenda que a la historia, sobre todo cuando el mismo obispado romano fue el más interesado en la destrucción de los documentos que podían demostrar su nacimiento y desarrollo. Para complicar más las cosas, los listados oficiales afirman de él que sólo se mantuvo en el ambicionado obispado nueve meses, muriendo en octubre del mismo año, lo que da pie a pensar que, de haber existido tal y como se afirma, pudo haber sido asesinado. En cualquier caso, fue divinizado, a imitación del religionismo imperial y oriental, y colocado en el olimpo judeocatólico con el título de santo¹.

A la muerte de Marcos se habla de una vacante de un año en el obispado. La mitra recaería, tras numerosas dudas, en Julio el Romano, papa Julio I (337–352).

¹ En cuanto a su sepultura, unos listados lo entierran en el cementerio de San Calixto, en la Vía Apia y otros en el de Santa Balbina, en la Vía Ardeantina.

MAREA EL PRESBITERO. Obispo de Roma, conocido, como papa Marea. Son muy escasos los historiadores que citan a este hombre como obispo o pontífice de Roma; tanto que no se lo menciona en ninguno de los listados oficiales, sea quien sea quien los haya compuesto o publicado. Y esto es, no porque no tengan conocimiento de su posible existencia, sino porque su gestión a la cabeza de las

comunidades judías renovadas o judeocatólicas de la ciudad de Roma fue tan breve que, para evitar preguntas indiscretas sobre su prematura y sorprendente muerte, prefieren ignorar su existencia: el asesinato para eliminar obstáculos y competidores a tan atractivo obispado como el romano, era ya una costumbre admitida por todos. El presbítero Marea habría sido elegido por el pueblo de Roma y su clero, a la muerte del obispo Vigilio, ocurrida a su regreso del destierro, y en Siracusa, a comienzos de junio del año 555. Sin embargo, el elegido no pudo gozar del cargo mucho tiempo, porque en agosto del mismo año, moría súbitamente. Tanto la muerte de Vigilio, como la de Marea hacen pensar que fueron provocadas por una generosa dosis de veneno por quienes aspiraban al ambicionado trono o deseaban colocar en él a sus partidarios. En el caso de Vigilio, una parte del clero y de la nobleza romana hacían responsable de su muerte a Pelagio de Roma, que sería su sucesor oficial; en la muerte de Marea, resulta imposible no descartar la posibilidad de que fuese asesinado por los mismos que tenían interés en eliminar a Vigilio, entre los que se encontraba el mismo Pelagio y, por encima de éste, el círculo del emperador de Bizancio. Marea tuvo una existencia tan efímera, que ni siquiera figura en el catálogo de los obispos elegidos, ya no digamos proclamados.

El sucesor oficial de Vigilio y de Marea sería Pelagio el Romano, papa Pelagio I (556–561).

MARÍN EL GALO. Rey y obispo de Roma, más conocido por papa Marín I. (Se lo conoce también con el nombre de Marino I y con el de Martín II). La pluralidad de los nombres se debe, entre otras razones, a ciertas confusiones en los listados oficiales y a su reelaboración¹, aunque

no solamente afecta a la nominación, sino que las contradicciones sobre su vida son evidentes, pues unos autores lo hacen un hombre virtuoso, mientras que otros recuerdan que su salud estaba quebrantada por los excesos sexuales, que le habían proporcionado algunas enfermedades venéreas que terminaron con su vida a los dos años de alcanzar el ambicionado trono. Marín fue elegido obispo de Roma a la muerte de Juan VIII Bis II, en el año 882. Era etrusco o toscano; había sido representante del obispo romano anterior, y había seguido de cerca la rehabilitación de Focio y su papel en la Iglesia Bizantina, lo que había hecho de él un enemigo visceral de este patriarca, al que odiaba con todo su corazón, y al que excomulgó, lo que hizo Focio también con él. Fue enemigo encarnizado del emperador Basilio, que no quiso reconocerlo como obispo de la antigua ciudad imperial por su actitud hacia Focio y la Iglesia griega. Durante su obispado romano tuvo que contemplar cómo los sarracenos destruían el monasterio de Montecassino, siendo ejecutados, por impíos e infieles, los monjes que en él vivían.

Anuló la condena que pesaba contra el obispo Formoso de Porto, que su predecesor había lanzado contra él, y que el nuevo obispo de Roma consideró impía e injusta. Dando al traste con la pretendida infalibilidad de los obispos romanos, deshizo, anuló y condenó varios actos, disposiciones y anatemas que sus predecesores inmediatos, Juan, Adriano y Nicolás habían sacralizado gracias a su magisterio infalible.

Marín el Galo (Marín I, Marino I, Martín II, etc.) murió en la primavera del año 884, y fue sucedido por Adriano de Vía Lata, más conocido por Adriano III (884–885).

¹ El error en la elaboración de tales listados sería confirmado, hacia el año 1281, por el obispo

de Roma Simón de Brión, papa Martín IV. Finalmente, se decidió denominar al obispo Marín o Marino I papa Martín II, y al obispo Marín o Marino II papa Martín III.

MARÍN EL ROMANO. Obispo de Roma, más conocido por papa Marín II. (Llamado también papa Marino II o papa Martín III). Fue elegido rey y obispo de Roma en el año 942, a la muerte de Esteban VIII Bis o IX. Es considerado como uno de los obispos o pontífices romanos menos indecentes del judeocatolicismo imperial latino, a pesar de que debió el ambicionado trono al príncipe Alberico II. Alejado del mundanal ruido, dejó que otros se ocuparan de los asuntos políticos mientras que él se dedicaba a favorecer el monacato y sobre todo la abadía de Montecassino.

El clero romano lo despreció al hacerle responsable de la decadencia del poder temporal del obispado de Roma, mientras no faltan autores que lo alaban precisamente por ello, por su actividad incansable por restablecer la disciplina eclesiástica, y por su dedicación a los pobres.

Su muerte ocurrió a finales de enero del año 946, y su sucesor fue Agapito el Romano, papa Agapito II (946–955).

MARTÍN DE TODI. Papa Martín I. Había nacido en Todi, Toscana, Italia, y era hijo de una familia patricia y rica. Fue elegido obispo de Roma en el año 649, a la muerte de Teodoro el Griego, papa Teodoro I, y consagrado sin la aquiescencia del emperador de Bizancio, lo que iba contra las costumbres del momento. El cargo se le subió a la cabeza, y antes de haber finalizado el año convocó un sínodo para condenar a los Monotelitas, el *Ecthesis* del emperador Heraclio y el *Typos* del emperador Constante II (Constantino II). Las disposiciones finales de la reunión, las rubricó Martín afirmando que condenaba a todos los que habían firmado y

publicado la *Ecthesis* de Bizancio, entre los que se encontraban, lógicamente, los patriarcas Pirro y Pablo, Teodoro, obispo de Farán, el patriarca de Constantinopla Sergio, lo mismo que el de Alejandría Ciro, a los que nombró expresamente.

El emperador, nada satisfecho con la soberbia y prepotencia del obispo romano, envió a Roma a Olimpo, hombre de confianza, que detuvo a Martín y lo hizo embarcar, en el año 653. En Naso estuvo un tiempo, y un año después alcanzó Constantinopla, en donde fue degradado y arrojado en prisión.

En ningún momento dio su brazo a torcer, y prefirió soportar con entereza todas las injurias de que fue objeto antes que retractarse. Hubiera sido ajusticiado, por su arrogancia y desprecio, pero el patriarca de Constantinopla, Pablo II, se apiadó de él y consiguió su perdón, aunque terminó desterrado en el Quersoneso, Tracia.

En Roma, el clero eligió a un nuevo obispo, Eugenio el Romano, papa Eugenio I. Roma tuvo entonces dos obispos o papas, ya que, Martín, a pesar de su destrocamiento, no renunció jamás al cargo, que sólo la muerte le arrebató, seis años después de su elección, en el año 655.

La prepotencia, orgullo y soberbia de este obispo romano, que fue uno de los primeros en querer juzgar a los emperadores, que habían apadrinado el religionismo cristológico, y creado el judeocatolicismo, y a quienes debían su posición en el Imperio romano, sorprende. También sorprende su entereza en la desgracia, y su constancia en la adversidad. Fuese por odio a los monotelitas, por fanatismo, por orgullo de casta, por no dar su brazo a torcer en una materia tan intrascendente y tan anodina como era la supuesta esencia y constitución de sus dioses trinitarios, pero en la que había comprometido su honor, o por

cualquier otra razón, jamás se retractó ni lamentó su suerte. Aunque una espina lo torturó en su desgracia: que habiéndose él mismo expuesto a todo tipo de humillaciones, arriesgando bienes, comodidad y vida por "la gloria" de la iglesia romana y su obispado, su clero lo olvidara tan pronto y escogiera a otro hombre para sentarse en su trono; y, lo que era peor, que dicho clero y sus jefes no tuvieran reparo en adular a sus verdugos y en negociar con los monotelitas para llegar cuando antes a un entendimiento con ellos¹.

Su postura y obstinación, le merecieron las alabanzas no solamente de la curia romana y todo el judeocatolicismo latino, que lo colocó en los altares como mártir, sino del judeocatolicismo griego que lo venera como confesor.

¹ Eugenio el Romano, su sucesor, conocido por San Eugenio I (654–657), al subir al trono, envió a sus emisarios a Constantinopla con el designio secreto de negociar con los monotelitas una fórmula de reconciliación. Es muy probable que Martín I tuviera conocimiento de estas gestiones.

MASONERÍA. (Francmasonería). Logias, de carácter cien por cien deístas, cuya finalidad era la de fomentar el humanismo y la fraternidad universal a través de la concordia, la ciencia, el conocimiento, la lógica y la razón. La primera logia se abrió en Londres, en 1717, y el atractivo que tenían su credo y principios ayudó a su expansión. Cargada de símbolos, tomados de los antiguos gremios de los constructores de edificios, y de grados, para expresar el progreso de los afiliados, tuvo una importancia fundamental dentro de algunos sectores, y su influencia se manifestó en no pocas ocasiones, en la política europea y, posteriormente, occidental.

El judeocatolicismo cristológico, tanto el de las sectas papistas como el de los grupos ortodoxos y reformados, vio en

la masonería una encarnación de sus propios demonios. Los reyes del religio-nismo cristológico latino, los obispos de Roma, a los pocos años de su aparición comenzaron a atacarla porque vieron en ella un enemigo declarado de sus privilegios. Apenas diecisiete años después de su fundación, el rey del Imperio Vaticano Lorenzo Corsini, papa Clemente XII (1730–1740), condenó, en la nueva constitución que impuso en los Estados Papales, con la pena de muerte y el robo de sus bienes, a los súbditos que participaran en los actos culturales de los masones. No contento con eso, y siempre en defensa de sus privilegios y su imperio, el día 28 de abril de 1738, publicó un decreto imperial –bula–, titulado *In eminenti*, por el que excomulgaba a cualquier súbdito vaticano que perteneciera a ella.

Para que no se pensara que la Constitución y las condenas del rey Lorenzo Corsini nacieron de los desvaríos de una mente trastornada por el peso áurico de la tiara papal, sus sucesores en el ambicionado trono insistieron en dicha condena. Quien heredó el trono a la muerte de Corsini fue Próspero Lambertini, papa Benedicto XIV Bis, que, el 18 de mayo de 1751, publicó un decreto imperial, *Providas*, por la que la condenaba. A las condenas citadas hay que sumar la pronunciada por Bernabé Luis Chiaramonti, papa Pío VII, la condena que, en 1865, pronunció Anniballe de la Genga, papa León XII, la de Juan María Mastai-Ferretti, que la condenó en 1865, la de Joaquín Pecci, papa León XIII, que, en su decreto imperial titulado *Humanum Genus*, insistió en su condena permanente y avisa a sus súbditos de los peligros que corren si se unen a tan perniciosa logia.

Los esfuerzos de los reyes del Imperio Vaticano, a pesar del encono con que persiguieron siempre a la Francmasonería,

no pudieron evitar su presencia en la misma corte del Imperio, es decir, en el Vaticano, en donde respetables obispos y cardenales eran miembros de diversas logias. Quizás por esta razón, la Masonería ha quedado reducida a un arcano del folclore europeo y mundial, aunque no por ello menos peligroso para los fundamentalistas de la ortodoxia cristológica. En el año 1968 el *Sodalitium Pianum*, el servicio de contraespionaje del papado, recibe la orden, del papa Montini, de investigar las infiltraciones masónicas en su corte. Cuando el informe llegó a sus manos, Montini mandó archivarlo y prohibió su consulta. A la Masonería pertenecía, entre otros, el banquero Michele Sindona, que el mismo papa convirtiera en su asesor financiero, y a quien entregó, lo mismo que a Roberto Calvi, Umberto Ortolani y Licio Gelli, gran maestre de la logia Propaganda Due (P-2) la dirección del Banco Vaticano. Entre los miembros de la misma curia que pertenecían a la masonería se encontraban Agostino Casaroli, que sería ascendido a Secretario de Estado por el papa Wojtyla, Agustín Bea, que fue Secretario de Estado con el papa Roncalli, Achille Lienart, arzobispo de Lille, Jean Villot, Secretario de Estado con Montini y Wojtyla, Sebastiano Baggio, prefecto de la Sagrada Congregación de Obispos, Pasquale Macchi, secretario personal de Montini, Ugo Polletti, vicario de la diócesis de Roma y Salvatore Pappalardo, arzobispo de Palermo, entre otros. No tenía nada de extraño, pues, que Montini mandara archivar el informe. A pesar de las prohibiciones y excomuniones dictadas por sus predecesores, los cancerberos de la ortodoxia, fundamentalistas a ultranza, eran los socios más distinguidos de las logias.

MASTAI-FERRETTI, Juan María. (Ver *JUAN MARÍA Mastai-Ferretti*).

MAURICE BOURDIN. Monje benedictino, que sería nombrado obispo de Coimbra y arzobispo de Praga, antes de ser nombrado obispo de Roma, en el año 1118¹. Se ciñó la tiara con el nombre de Gregorio VIII, gracias a la firme decisión del emperador Enrique V, y en contra de las facciones romanas que habían escogido a escondidas a Juan de Gaeta (Gelasio II). Este último tuvo que huir ante la llegada de Enrique a Roma, pero en cuanto éste se ausentó de la ciudad, Gelasio, que había excomulgado al emperador y a su protegido, regresó. Fue por poco tiempo, pues tuvo que huir de nuevo para no perder la vida a manos de Frangipane. Maurice Bourdin, Gregorio VIII, se mantuvo en el cargo cuatro años. Las facciones romanas, que habían escogido a Juan de Gaeta, maquinaron siempre su perdición, lo que no pudieron hacer mientras el emperador le dio su apoyo. Pero a raíz del tratado de Worms, en el año 1122, Enrique V dejó de proteger a su pupilo, y éste fue finalmente entregado al sucesor de Gelasio II, Guido de Borgoña, papa Calixto II, que lo mutiló, haciendo que le sacaran los ojos y lo castraran, terminando por recluirlo en varios monasterios. Maurice Bourdin, papa Gregorio VIII, moriría prisionero el año 1126.

¹ Se vivía un cisma –guerra civil cristológica–, con mayor o menor virulencia, desde hacía cerca de cuarenta años. En teoría Bourdin habría sucedido, cronológicamente, a Raniero Rainieri, papa Pascual II, muerto en el año 1118.

MAXIMUM ILLUD. Inicio de una carta, y título de la misma, del obispo de Roma y rey del Imperio Vaticano Jaime Della Chiesa, más conocido como papa Benedicto XV (1914–1922). En esta carta, Della Chiesa trata de recomendar a sus conquistadores e imperialistas religiosos –misioneros– el disimulo, para ocultar, lo

mejor posible, el objetivo de saquear los pueblos a través de su obra de evangelización. Las formas había que guardarlas, dando a entender que se respetaba la individualidad de los grupos evangelizados y la supremacía política de los conquistados. Quedaban lejos aquellos tiempos gloriosos en que un jesuita podía escribir sin ruborizarse: *Daba Dios felices sucesos á las armas del rey D. Juan III de Portugal, abriendo á sus ejércitos las puertas de Oriente para que enarbolasen sus estandartes adonde nace el sol. Y queriendo el piadoso rey que caminase la fe tanto como sus victoriosas tropas, y que fuesen aumentos de la religión los de su corona, buscaba con gran diligencia predicadores insignes que enviar á aquellas nuevas regiones, para que pagase Europa á la India en flotas del Evangelio flotas de oro, plata y piedras preciosas que enviaba la India a Europa.*¹

Era imposible actuar con la impunidad con la que se había actuado durante siglos. El imperialismo religioso y el saqueo material, político, social y humano eran los mismos, la corte del Imperio Vaticano no renunciaba a ellos, porque a ellos debía su existencia; pero se imponía el disimulo, la hipocresía y el engaño sistemático para no herir, si era posible, la sensibilidad de los pueblos y evitar las críticas y el rechazo sistemático a su penetración en los países de “infeles”.

¹ (Francisco García, maestro de teología de la Compañía de Jesús: *Vida y Milagros de S. Francisco Javier de la Compañía de Jesús. Apóstol de las Indias*. Capítulo III. Biblioteca del Apostolado de la Prensa, Madrid; año 1908).

MERCURIO DE PROYECTO. (Mercurial). Obispo de Roma, más conocido como papa Juan II, que ocupó la ambicionada sede a la muerte de Bonifacio el Godo, papa Bonifacio II. Fue, según algunos autores, el primer obispo de Roma que

prefirió utilizar un pseudónimo al ocupar el ambicionado trono¹. Mercurio fue un sacerdote de san Clemente, que, ante la evocación de paganismo que provocaba su nombre, prefirió tomar el de Juan. Este cambio se impondrá como costumbre, entre quienes alcanzaron la ambicionada corona, con el fin de ocultar la relación de los elegidos con las principales familias italianas o dinásticas, tratando, además, de borrar los antecedentes –no pocas veces turbios y cargados de crímenes– de que fueron protagonistas antes de llegar a obtener el pontificado romano. Mercurial fue escogido para el cargo en el año 532. Era natural de la provincia de Monte Celio e hijo de Proyecto de los Mercurios.

Al ocupar el cargo, fue acusado ante Alarico de que, tras la muerte del papa anterior, había ofrecido grandes cantidades de dinero para ser votado, y había vendido los vasos sagrados con este fin.

Condenó a los Acemitas, que negaban que el hijo de María fuera una de las personas de la Trinidad; excomulgó de nuevo a los Nestorianos y a los religiosos griegos; condenó al patriarca de Constantinopla, Antino, al considerarlo arriano. Mientras por un lado declaraba ortodoxas las doctrinas que su predecesor Hormisdas había excomulgado², ensalzó a los acéfalos a los que protegía la emperatriz.

La muerte le privó de la mitra en el año 535, cuando Justiniano, el nuevo emperador de Oriente, iba a imponer al obispo de Roma su propia ortodoxia, que pasaría a ser la ortodoxia oficial de la curia romana. Juan II sería colocado en los altares con el título de santo.

Su sucesor en la ambicionada sede fue Agapito Giordano, papa Agapito I (535–536).

¹ Afirmación que fue sostenida por la mayoría de los cronistas, aunque no faltan quienes aseguran que su nombre era Juan, de la familia de los

Mercurios, y por lo tanto tenía derecho a utilizar cualquiera de los dos nombres, porque le eran propios.

² Aprobó, en el sentido tradicional de los obispos romanos, siempre diferente al de los nestorianos, la afirmación o proposición *Unus de Trinitatis crucifixus est carne*, condenada por Hormisdas en Entiquiano, al excomulgar, sin querer escucharlos, por congraciarse con el emperador Justiniano, que los condenaba, a los monjes acemitas que la impugnaban.

MESA EPISCOPAL. Con este nombre, de un simbolismo esclarecedor, se definen los ingresos que el príncipe obispal de una diócesis tiene para su sustento, lujos y caprichos y el de sus familiares. Lógicamente, si el señor obispo no tuviera suficiente con tales ingresos, los tratados entre el rey del Imperio Vaticano –Estado Vaticano, en jerga sacristial– y sus colonias, hacen que éstas deban añadir nuevos ingresos para pagar el nivel de vida que el señor obispo desea darse. En lenguaje técnico se afirma que en ese caso el señor obispo tiene derecho a *una congrua* por parte de la colonia o Estado.

MIGUEL ANGEL CONTI. Papa Inocencio XIII. A la muerte de Juan Francisco Albani, papa Clemente XI, no hubo modo de ponerse de acuerdo entre los aspirantes a la codiciada tiara real electiva romana y sus padrinos, por lo que se llegó a un compromiso, con la elección de este hombre enfermizo e inofensivo, en espera de mejor oportunidad. Conti fue elegido el día 8 de mayo de 1721. Era romano y había sido cardenal obispo de Viterbo. La teopolítica de Conti fue la de no hacerse notar y dejar hacer, aunque se enemistó con los jesuitas, por la conducta de estos en el Oriente lejano, y defendió la denominada bula *Unigenitus*, de su predecesor en el ambicionado trono, contra los jansenistas. Su vida pública fue la que esperaban quienes lo habían elegido, de tal modo que Pasquino hubiera podido escribir:

*E morto il papa Conti che no ha fatto ben, perché non ha voluto, che non ha fatto mal, perché non ha potuto.*¹

A pesar de todo, el dinero es el dinero, reclamó su dominio sobre los territorios de Parma y Plasencia, y para demostrar que el reino de las dos Sicilia era un feudo del Imperio Vaticano, dio la investidura del mismo a Carlos VI. Y para agradecer lo que el duque de Orleans había hecho por el obispado romano, nombró cardenal a Dubois, recomendado del duque.

M. A. Conti, papa Inocencio XIII moriría, a los 69 años de edad, el 7 de marzo del año 1724, tras un corto reinado de tres años². El mismo Pasquino hubiera sintetizado su pontificado con dos palabras: *Dorme sempre*.

A su muerte la ambicionada corona fue a ceñir las sienes de Pedro Francisco Orsini, Papa Benedicto XIII Bis (1724–1730).

¹ Ha muerto el papa Conti, que nada bueno hizo, porque no quiso; que nada malo hizo, porque no pudo.

² No faltan versiones que acusan a los jesuitas de haberlo envenenado.

MIGUEL GHISLIERI. Papa Pío V. A la muerte de Juan Ángel de Médicis, (papa Pío IV), su sobrino Carlos Borromeo controló el cónclave, por lo que no paró hasta que la elección recayó en Ghislieri, llamado también el Alejandrino, porque había nacido en Bosco Marengo, cerca de Alejandría, el 17 de enero de 1504. Se ciñó la tiara a comienzos de enero del año 1566.

Era dominico, y había sido inquisidor en Como, en donde se distinguió procesando a cerca de dos mil personas y asesinando patibularmente, con la hoguera, tras la tortura, a cerca de doscientas. A él se debe la creación de los Monjes Negros, un grupo de asesinos consagrados, miembros todos de la Santa Inquisición, que se dedicaban al secuestro de hom-

bres, mujeres, ancianos y niños para interrogarles en las salas de tortura de la Inquisición papal. Eran especialistas en realizar los trabajos cloacales del papado.

Era un asceta y un fanático de la regla, del orden, de la tradición, y, lógicamente, de la contrarreforma, la inquisición y el patíbulo, a donde mandó a todo sospechoso que cayó en sus manos. En resumidas cuentas, como buen dictador, era un asesino nato, un teoasesino cristológico tiaralizado. Entre las medidas que adoptó, al subir al trono pontificio, se encuentra la de expulsar a todas las prostitutas de Roma, siendo azotadas y encarceladas las que fueran sorprendidas en la ciudad a partir del plazo dado. Ante medida tan drástica, los cardenales tuvieron que recordarle que las miles¹ de prostitutas que había en la corte papal eran necesarias al teofuncionario cistológico, para evitar que la clerecía cayera en el nefando pecado de la sodomía, y, lo que era más grave todavía, si las prostitutas abandonaban Roma, el papado perdería con su ausencia una de las rentas más productivas de la Iglesia de Roma.

Como el palacio de la inquisición había sido destruido a la muerte de Carafa, construyó uno nuevo con el fin de torturar y asesinar a los denominados herejes y protestantes. Si antes no daban abasto los inquisidores para torturar y matar, a partir de entonces, los procesos, las torturas y los crímenes llevados a cabo por la policía supranacional papal en todo el mundo sometido a su poder, se aceleran e incrementan. No es de extrañar que Giovagnoli lo colocara *“fra Tamerlano e Domenico Guzmán, nel luogo spettante ad uno dei più frenetici e sanguinari mostri che abbiano disonorato la razza humana”*².

Excomulgó al teólogo Miguel Baius; arrojó a los judíos de sus Estados, menos de

Roma y Ancona; ayudó al rey francés en la lucha contra los hugonotes, y a preparar la noche llamada de San Bartolomé, que su sucesor en el ambicionado trono pondría en práctica; excomulgó a Isabel de Inglaterra, y con la ayuda de Felipe II de España, envió secretamente a los jesuitas para tratar de asesinar a la reina. Es más creó³ un servicio de espionaje, la *Sancta Societas*, que todavía pervive con el nombre de la Entidad, y que, la primera finalidad importante que tuvo fue la de organizar todo el tipo de conjuras en las Islas Británicas con el fin que Inglaterra cayera en manos de María Estuardo de Escocia, tras matar a la Isabel, lo que nunca consiguió.

Este hombre, que llenó Europa de sangre, que no descansó persiguiendo a unos y a otros, que alentó las guerras civiles cristológicas en todos los lugares en los que la Reforma había echado raíces, que recomendó a Felipe II masacrar a los reformados en Holanda, para lo cual éste envió al duque de Alba, que se mostró un asesino vocacional y compulsivo, que no tuvo inconveniente en presenciar las torturas de las víctimas de la Inquisición, que organizó, aunque bajó a la sepultura antes de que tuviera lugar, la terrible noche de San Bartolomé, en la que serían asesinados miles de hugonotes en nombre de Cristo, en París y, en días sucesivos, en Francia entera, que no descansó hasta conseguir la derrota del Islam en el Adriático y el Mediterráneo, este hombre, insistimos, alcanzó la santidad, fomentando todo tipo de crueldades e ignominias, y derramando la sangre de cientos de miles de insensatos que se dejaban matar con tal de masacrar y exterminar a quienes él y su corte acusaban de herejes e impíos.

Entre los crímenes que tiene en su historial se cuenta los encomendados a los jesuitas con el fin de terminar con la vida

de todos los que habían participado en la muerte de su espía en la corte de María de Escocia, David Rizzio, un sacerdote que perdió la vida en manos del marido de la reina, Darnley, y de otros conjurados.

Miguel Ghislieri, papa Pío V, moriría, según crónicas, el 1 de mayo de 1572. Los servicios prestados por este obispo de Roma a la secta judeocatólica papista fueron tan grandes, que la corte o curia papal, la gran favorecida con sus crímenes y los de su organización, la *Sancta Societas*, lo colocó en el empíreo judeocatólico, en el año 1712, y lo honró con el título de santo.

Le sucedió Hugo Buoncompagni, papa Gregorio XIII (1572–1585).

1 ... entre Tamerlán y Domingo de Guzmán, en el lugar reservado para uno de los más vesánicos y sanguinarios monstruos que han deshonrado al género humano. Claudio Rendina: *I papa. Storia e segreti*. (Newton Compton editori. 3ª Edición. Roma, 1983).

2 Superaban los diez millares, mientras que algunos escritores hablan de más de 30.000 prostitutas en Roma y alrededores.

3 Se habla de que Ghislerie fue el creador del servicio de espionaje del Imperio Papista, lo que está lejos de ser verdad, pues antes de que el naciera, el servicio de espionaje de la corte papal tenía muchos siglos, que no años, de historia. El precedente más cercano a él, era el servicio de espionaje de la Santa Inquisición, que tenía antecedentes mucho más lejanos. Sí que es verdad que Ghislerie, antes de alcanzar el trono imperial, e inspirándose en los antecedentes que conocía, había dado forma y estructurado un servicio de espionaje profesional de gran eficacia, los Monjes Negros, lo que hizo en 1552, a las órdenes de Carafa, cuando éste era cardenal. Al ceñirse la corona imperial, Ghislerie resucitó la vieja organización que creara años antes, dotándola de todos los medios económicos necesarios para cumplir la misión que le encomendaba, entre las que figuraba la de llevar a cabo la política cloacal de los papas y los asesinatos necesarios a la gloria del papado.

MILCIADES EL AFRICANO. (*Entre la leyenda y la historia*). Obispo de Roma, más conocido por papa Milciades (Mel-

quiades, Miltiades). Las luchas por el disputado trono papal se habían prolongado durante más de un año a partir de la muerte del anterior episcopo de la ciudad, el mítico Eusebio, de cuya vida y milagros nadie habló durante siglos. Finalmente, en el año 311, el pueblo escogió como pastor a un oscuro sacerdote, originario de África¹, que fue testigo del reconocimiento oficial del judeocatolicismo como una de tantas religiones del Imperio, reconocimiento efectuado por Licinio y Constantino. En realidad, este reconocimiento oficial fue la señal para que todos los que ambicionaban el control de las comunidades judeocatólicas, se lanzaran a una carrera desenfadada para obtenerlo, siendo la única regla que gobernaba a los aspirantes la de que el fin justifica los medios, tan cara a todos los jerarcas y pontífices de todos los religionismos, y tan apreciada, entonces y ahora, por todas las órdenes o logias religiosas del Imperio Vaticano, no solamente la jesuítica y la opusdeísta.

Eusebios Pamphili (Eusebio de Cesarea), en su *Historia Eclesiástica*, no tiene reparo en afirmar que las persecuciones de Diocleciano y de otros emperadores no fueron más que un castigo yahvídico ante los crímenes e indecencias del clero². Si hubiera conocido lo que sucedería tras Constantino, Licinio, Teodosio y Justiniano hubiera podido afirmar con mayor razón lo que afirmó entonces. Pero no iba a tener la posibilidad de contemplar lo que se avecinaba; tampoco iba a existir otro Diocleciano que pusiera un freno a los desmanes y crímenes de los sacerdotes, pastores y pontífices de la nueva religión. No tardarían en ser los señores de la nueva sociedad, y nadie podría poner un freno a sus ambiciones.

El reconocimiento oficial fue la señal. Los escándalos del clero y obispos judeocatólicos fueron en aumento.

El obispado de Cartago, otra de las joyas de la corona, es disputado, con garras y colmillos por quienes lo codician. El obispo Ceciliano se enfrenta al obispo Marjorino. El primero es acusado de traidor a los *Evangelios*, el segundo es escarnecido como cismático. Por otro lado, el clero que ha sido rechazado no duda en repartir y vender los ornamentos y los vasos sagrados cultuales para apagar las penas y el desengaño. Quienes no se resignan a perder el obispado, como sucede con Botro y Calensio, recurren a los servicios de una mujer, Lucila, para que apoye su causa. Con el fin de conseguir la ayuda del emperador, los que se disputan la primacía de África acuden a Roma para dirimir el enfrentamiento. En primer plano se encuentra Ceciliano, que se enfrenta a Donato, el sucesor de Marjorino. En realidad la lucha viene originada por las ambiciones de estos hombres. Un concilio reunido en el palacio de Fausta, la mujer de Constantino, condena a Donato, pero es necesario que el emperador lo ratifique si lo considera justo o lo cree necesario; en caso contrario puede despreciarlo, por ser él la máxima autoridad de la nueva religión o iglesia. Sea cual sea la decisión de Constantino, los donatistas, ante la actitud de Milquiades, lo acusan de renegado y traidor.

Esto no es más que la punta del iceberg. Es de suponer que en todos los obispados o papados del judeocatolicismo está sucediendo lo mismo. Y es lógico pensar que cuando Teodosio equipare a todos los obispos o papas a los prefectos del Imperio, las luchas se recrudezcan, y los crímenes por alcanzar tales cargos se multipliquen. El reconocimiento del judeocatolicismo como nueva religión del Imperio no trajo la paz, sino la guerra en su seno. No es de extrañar que algunos historiadores consideren que fue el principio del fin para Roma.

Milquíades, testigo y protagonista privilegiado de este reconocimiento, gozaría de la nueva sinecura tres años, ya que en el 314, dejó cargo y vida. Su cuerpo fue enterrado, según las crónicas, en las catacumbas de San Calixto, y su alma, inconfundible, fue vista en el emperio por sus sucesores, lo que le mereció el título de santo.

Su sucesor en la privilegiada sede fue Silvestre el Romano, papa Silvestre (314–335).

¹ Autores hay que aseguran que era originario de Hispania. No existe tampoco unanimidad en las fechas, pues se afirma –quizás para ocultar la vacante del trono obispal romano durante un año– que fue elegido en el año 310.

² Libro VIII, Cap. I, párrafos de 7 a 9. (Ver *Marcelino el Patricio*).

MISIONAL, Cooperación. Nombre con el que se designa el esfuerzo realizado por el teofuncionariado papista, a las órdenes del rey del Imperio Vaticano, para ampliar las fronteras de sus dominios. El imperialismo religioso, encubierto bajo la forma de ayudas a los “países de misión”, es el motor principal que inspira la cooperación misional, imperialismo que se hace compulsivo en gran número de teofuncionarios del Vaticano. Los proselitistas e imperialistas evangélicos se agrupan principalmente en una serie de organizaciones controladas por la curia romana, entre las que se encuentran la Santa infancia, la de Obra de san Pedro apóstol, la Unión misionera del clero, la Obra pontificia de propagación de la fe, etc.

MISIONES CATÓLICAS. Título oficial con que se reconoce el departamento de penetración psicológica del imperio pontificio de la Ciudad del Vaticano, para la explotación teopolítica, teosocial y teo-comercial, de países y naciones. A la cabeza de esta institución se encuentra el papa. Para la mejor utilización de los re-

ursos que ofrece la explotación humana –religiosa, en jerga sacristial– en países de misión, los territorios a conquistar y parasitar se dividen en diócesis, vicarías apostólicas, prefecturas, misiones, abadías, etc. Cada jurisdicción se conoce con el nombre de la ciudad que controla la explotación del territorio, en la que se fija la sede del obispo o príncipe mitrado y que constituirá en lo sucesivo el foco de penetración más importante del religionismo evangélico al servicio del papado. De ésta se derivan las vanguardias misioneras, que estudian el mercado y sus posibilidades sobre el terreno. El conjunto se explota a través de los ejecutivos vaticanos, o delegaciones apostólicas, que hacen el trasiego de divisas, riquezas, oro, piedras preciosas o bienes, fáciles de transportar por valija diplomática, y que son los embajadores oficiales –en jerga papista, nuncios– delante de las autoridades de los países explotados. Cuando los territorios están controlados por las logias de preparación doctrinal y explotación comercial –órdenes, congregaciones y asociaciones religiosas, en argot vaticano– especializadas en la conquista “pacífica” o misionalización de los países “de infieles”, son los provinciales o sus representantes los encargados de la explotación y el trasiego de riquezas y dinero entre las colonias y Roma. Uno de los objetivos principales de todo el entramado es la formación de núcleos imperialistas controlados por los mismos aborígenes, es decir, la preparación de sacerdotes o hechiceros autóctonos, con el fin de hacer menos sospechosa la explotación papista del país y la de facilitar su presencia en todas las áreas de interés, sean de índole financiero, comercial, pedagógico, político o militar.

MISSIO SUI IURIS. Frase latina, utilizada en la corte del Imperio Vaticano, para

designar una división territorial en las provincias más alejadas del imperio papal. Normalmente está controlada por un jefe eclesiástico que no goza ni del título de prefecto ni de vicario, pero con toda la autoridad de éstos. Está codificada en la Congregación de Propaganda Fidei, organismo con que se denomina el departamento de apertura y explotación de mercados “religiosos” en tierras de “infielos”.

MITRA. Sombrero triangular para representar la prosapia y alcurnia de los príncipes obispaes del judeocatolicismo filorromano imperial en todas sus sectas. Como toda la parafernalia con que se adornan los sacerdotes o hechiceros del judeocatolicismo cristológico, fue tomada de los antiguos vestuarios y parafernalias cultuales de los religionismos que los precedieron. La mitra deriva del capirote o sombrero cónico que emplearon los sacerdotes “paganos”, y que se denominaba, en latín *camelaucum*. En la actualidad, tras variar sus modelos, ha quedado reducida a una especie de capirote, bordado en oro, compuesto por dos partes triangulares y unidas por una tela que termina de cerrarlas, y dos trozos de tela que cuelgan por el cogote. El obispo de Roma y rey del Imperio Vaticano, desde el instante que consiguió elevarse con el título de rey absolutista del antiguo judeocatolicismo imperial, despreciando la mitra, común a todos los obispos, se fabricó, para su uso exclusivo, un sombrero especial¹, único, aunque derivado también del *camelaucum*, consistente en una especie de cacerola invertida recubierta de seda bordada en oro y cubierta de piedras preciosas engastadas en ella, rematada por una cruz, también de oro, y con tres coronas, de metales preciosos superpuestas, expresión de su humildad divina².

¹ Su nombre oficial es el de tiara.

² Como el uso de la tiara es bastante engorroso, pesado y bochornoso, en la actualidad, prefieren utilizar la mitra.

MONARQUÍA. La palabra tiene una raíz griega que viene a traducirse por el gobierno de uno solo. Como dicho gobierno es el que se impuso, tras la destrucción de la federación de iglesias de los primeros siglos, en el judeocatolicismo latino, no es extraño que el rey del Imperio Vaticano considere sagrada toda monarquía, aduciendo que el monarca encarna, desde los orígenes de la institución, las cualidades morales, éticas, filosóficas y sociales más prístinas y adecuadas para defender los intereses de su pueblo, y, por lo tanto, su poder real tiene un origen divino indiscutible¹. De este modo se pretende ignorar y ocultar lo que la historia enseña: que los orígenes de las monarquías, la del Imperio Vaticano incluida, no tienen más fundamento que el uso y el abuso de la destreza empleada, sin misericordia alguna, por unos corsarios, filibusteros, facinerosos, ladrones y asesinos privilegiados por la fuerza, la astucia, la indecencia, la falta de escrúpulos o las armas, y que a lo largo de los siglos consiguieron establecer la primacía de sus conquistas aduciendo la legalidad de su poderío por designios divinos, cuando éste no estaba consagrado más que por la brutalidad de sus ambiciones perpetuadas, incrementadas y justificadas de generación en generación por el uso, el abuso y la rutina. Los príncipes mitrados del religionismo cristológico, desde su fundación mítica, han considerado siempre la monarquía, lo mismo que cualquier otra forma de autoridad social o estatal encarnada en una persona –príncipe, rey, zar, sha, emperador, pontífice–, la forma de gobierno más acorde con los designios yahví-

dicos, bíblicos y evangélicos. Esta es la razón por la que los antiguos obispos de Roma, mucho antes de que los corsarios y asesinos que crearon su dinastía electiva pudieran sospechar la duración y alcance del edificio del cual ellos serían las primeras piedras², impusieron a sus súbditos la obediencia ciega a los reyes, siempre que estos miraran por los intereses sacrosantos de la corte pontificia. Porque, todo hay que decirlo, cuando los reyes no querían sujetarse a los intereses del papado, en ese caso no había ninguna razón para obedecerlos, como la historia demostró con harta frecuencia.

¹ Desde mediados del siglo XX, jercas del Imperio Vaticano admiten, y con ellos todo el teofuncionariado pontifical, que la forma de gobierno de las naciones no constituye, en sí misma, ninguna dificultad para el establecimiento o la permanencia del imperio papal –la existencia del pueblo de dios, en jerga sacristial– por lo que ocultan las alabanzas que tradicionalmente han tenido hacia las monarquías, de las cuales ellos continúan siendo la expresión y el modelo.

² La angelical imagen evangélica de la piedra que sostiene todo el edificio eclesial, aparte de estar en contradicción fragante con las palabras del protagonista en otros lugares de los mismos textos, constituye una alegoría para niños, que oculta en su seno la actividad de unos corsarios, piratas, asesinos, tahúres, aventureros y criminales que construyeron dicho edificio, aventureros y criminales que fundaron la dinastía papal. (Ver *Simón Pedro y Ananías y Safira*).

MONARQUÍA PAPAL. Forma de gobierno dictatorial y totalitaria que rige en el Imperio Vaticano. Gobierna un territorio claramente determinado en el mundo entero, en donde sus súbditos, sin ser conscientes de ello, tienen una doble nacionalidad: la propia del país en el que han nacido o nacieron sus padres y la del Imperio, que se oculta bajo el eufemismo de religión católica, y al que pertenecen por el mero hecho de haber sido bautizados. Esta doble nacionalidad puede provocar una serie de conflictos

en sus miembros, cuando los intereses del rey del Imperio Vaticano y los de la nomenclatura cardenalicia chocan con los intereses de los gobiernos y países colonizados. Que la mayoría de los teístas cristológicos papistas ignoren la doble nacionalidad que poseen, no la hace menos real.

Los orígenes de esta monarquía, como los orígenes de cualquier monarquía, son escabrosos y están empapados en sangre, y desde luego, están alimentados por los mitos y las leyendas (las mentiras y las falsificaciones conscientes, habría que decir, para ocultar la verdad y confundir a los crédulos).

Habiendo nacido del sectarismo hebreo, más concretamente del judaísmo hierosolimitano de la diáspora, el embrión de lo que con el tiempo sería la monarquía papal, conoció las dificultades propias de cualquier escisión, pero no tardó en ser capaz de defenderse por sí mismo y ampliar su campo de acción pasando, de ser un grupo minoritario a convertirse, al cabo de los siglos, en la fuerza más temible de toda Europa. El precio en sangre de esta transformación, no pesa para nada en la conciencia de sus miembros y mucho menos en la de su teofuncionariado, ya que en el teísmo hebreo y en el judeocatólico, nacido de aquél, se da por supuesto que la gloria de sus dioses exige la sangre de innumerables víctimas, razón por la cual a sus sacerdotes les deja indiferentes la muerte y el exterminio de pueblos enteros con tal de satisfacer sus ambiciones, como lo demuestra la masacre de madianitas, jeseos, jebuseos y cananeos, en general, en los tiempos míticos del judaísmo, y la de los esenios, gnósticos, marcionitas, arrianos, cainitas, dositeos, ofitas, kukeanos, nicolaitas, barbelitas, ebionitas, donatistas, circuncelianos, monofisitas, pelagianos, priscilianistas, bogomilas, husitas, valdenses,

cátaros, albigenses y un largo e interminable etcétera, en los tiempos gloriosos del judeocatolicismo, grupos y colectivos que cayeron masacrados por las espadas de pontífices, obispos y papas, que utilizaron su sangre para fraguar la argamasa con la que se construyeron los cimientos del Imperio Vaticano, que era lo que importaba.

En la actualidad, lejanos ya aquellos tiempos de ignominia pública, descarada, la monarquía vaticana pretende guardar las formas ante una crítica cada vez menos complaciente, en espera de mejores tiempos. Las últimas convulsiones de la época moderna, si privan al obispo de Roma de los denominados Estados Papales, le permiten, gracias a su capacidad sidótica de evolución y de adaptación, la construcción de un imperio económico, político y social mucho más sutil y poderoso, y cuyas colonias se extienden por el mundo entero, y en donde él, el obispo y papa de Roma, sigue reinando con una impunidad que nadie le discute.

MONJES NEGROS, Los. Organización fundada por Miguel Ghisleri, cuando era inquisidor general –antes de lograr la tiara papal–, como una fuerza especializada de la Santa Inquisición, con el fin de llevar a cabo la política cloacal del papado. Se trataba de miembros de la inquisición, la policía supranacional del judeocatolicismo papista, que se dedicaban al secuestro, a escondidas, de hombres, mujeres y niños con el fin de interrogarlos y asesinarlos, si lo juzgaban oportuno, ocultamente, en las salas de tortura de la Inquisición. Sus agentes operaban siempre con el rostro cubierto para evitar ser conocidos y reconocidos. Juan Ángel Médicis, más conocido como papa Pío IV, ordenó la disolución de los Monjes Negros a su subida al trono, por las indecencias que cometían con prisioneros

y secuestrados, que eran más infames que las perpetradas por la Inquisición, si eso era posible, y a su fundador, Ghisleri, lo envió al destierro. Lógicamente, cuando Miguel Ghisleri alcanzó el trono pontificio, resucitó la organización, que pasó a formar parte del grupo de choque de la *Sancta Societas*, su servicio de espionaje.

MONOPOLIO CELESTIAL, El. (Exclusiva del “Paraíso”) Constituyó, tradicionalmente, la gallina de los huevos de oro del papismo; fue uno de tantos elementos que permitieron al obispo de Roma levantarse sobre los demás obispados y construir y hacerse señor y dueño del que terminaría siendo el Imperio Vaticano. Las razones de este monopolio –a partir del Islam, de la Reforma, y de la teocompetencia moderna bastante menguado– deben encontrarse en los condicionantes históricos por los que pasó el judaísmo heterodoxo de la diáspora y el Imperio Romano, en los siglos que precedieron y siguieron al inicio del cómputo actual. Su formación se asienta sobre las bases en las que se fundamenta todo teísmo. Entre éstas se encuentran la ignorancia, el miedo, la incertidumbre, la inseguridad psicológica de los individuos, la fatalidad, la resignación, la inercia y la manipulación descarada de los grupos dominantes. Estos colectivos, no resignándose a su debilidad biológica y su desplazamiento consecuente de la cabeza del grupo, se fueron protegiendo, al amparo de los textos bíblicos y evangélicos, en la fortaleza del corporativismo teoelectivo y teosacral¹.

El monopolio celestial, por lo que tiene de irracional, tuvo que ser impuesto por la bribonería y la fuerza, y la historia no desmiente esta afirmación. Primero se crearon los dioses. A estas entelequias se las ubicó en ninguna parte –en un hacia

lo alto impreciso, por lo regular– y esta ubicación, a fuerza de elevarla, se terminó identificándola con cielo. Los brujos o sacerdotes que los habían creado, viendo que era posible vivir cómodamente declarándose siervos electos de sus creaciones divinas, fomentaron su culto y su servidumbre. Para someter a los insumisos, se los amenazó con un castigo, en un lugar de tormentos, que terminó siendo ubicado en ninguna parte –por lo regular, “en lo profundo”– y a esta ubicación se la llamó infierno. El orden en que aparecieron estos conceptos, paraíso e infierno, no importa, aunque es de creer que antes que los cielos se crearan los infiernos, del mismo modo en que es muy posible que antes se crearan a las divinidades negativas que a las positivas, por el hecho de que perduran más las experiencias dolorosas que las agradables. Los conceptos morales y éticos de bueno y malo, debieron de fraguarse con el paso de los siglos y los milenios. En Occidente, el judaísmo, sin ser consciente de la importancia que tendría entre sus sectarios, había acuñado una palabra, el alma –la sangre de todo ser vivo–, que los levitas o sacerdotes del judaísmo reformado filorromano imperial, el judeocatolicismo, tradicionalmente llamado cristianismo, identificó con espíritu, concepto este último que no encierra significado concreto alguno y de una inanidad absoluta, pero que se maneja con una prodigalidad envidiable y se explica y utiliza con mayor prodigalidad todavía. Los nuevos pastores del nuevo y viejo religionismo abrahámico tenían ya sobre la mesa los elementos necesarios para motivar las necesidades de consumo teomístico y teocristológico. Se vieron obligados a echar mano de este recurso, porque la experiencia vital confirmaba que sus propios privilegios solo podían mantenerse a consta de la servidumbre

del grupo entero, y que dicha servidumbre sólo podía mantenerse por la fuerza, ya que la insumisión era una manifestación ineludible de la naturaleza. No quedó otro remedio más que el de sacralizar la fuerza, el brujerismo o sacerdocio y la pobreza. Como en esta vida, según los conceptos en vigor y la experiencia demostraba, no había beneficios exorbitados para todos, ni siquiera la posibilidad de una vida digna para la mayoría, hubo que predicar que existía otra vida tras la muerte, y que el hombre era eterno en el futuro². Pero el trago de la muerte, observable siempre en el entorno, no era fácil de compaginar con una eternidad, cuando se veía que todos los seres vivos morían sin remisión alguna, y que de sus despojos otros seres vivos se aprovechaban³. La vida eterna sí, si pudiera concebirse, pero en cualquier caso el obstáculo de la muerte y sus consecuencias, era un escollo difícil de evitar. La inventiva de hechiceros y sacerdotes judeocatólicos –levitas de nuevo cuño– no tardó en ponerse de manifiesto una vez más. Si el descubrimiento de la vida eterna exigía una nueva formulación para el hombre, que para nada se encontraba en los antiguos teísmos, ni siquiera en el yahvídico tradicional, no tendría mayor importancia. En los pliegues del manto de Yahvé se descubrió que éste había formado al hombre de un cuerpo y un espíritu –el alma, cuyas raíces judías ortodoxas la identificaban con la sangre– y que este espíritu o alma era de naturaleza divina e inmortal y la parte más importante del hombre. Los malvados y los perversos, por lo general los rectores de la comunidad y los grupos dominantes –entre los que se encontraba el teofuncionariado cristológico en bloque–, si gozaban del paraíso en la Tierra, sería a costa de su desgracia tras la muerte, cuyo pasaje les abría las puertas del infierno. Mientras

que los pobres, que habían aceptado con resignación su destino en la desgracia, verían colmar sus ansias de felicidad al despedirse de este mundo. Lógicamente, quienes habían ideado alma, cielo, infierno, eternidad, dioses o ídolos, al hacerse con las llaves del cielo, que encontraron en Yahvé, convertido ahora en Jehová-Cristo-Espíritu Santo, se hicieron también con el monopolio de su comercio⁴, por lo que los obispos de Roma, que eran los albaceas de Cristo, pudieron abrir sus puertas en la medida en que su mano se abría o cerraba para recoger las dádivas que exigían. Mientras hubo fuerzas para imponer el monopolio, y este se impuso siempre por la bribonería sacerdotal, obispal y pontificia, la coacción y la fuerza –las bulas, las tasas, las excomuniones, la inquisición, la degradación, las persecuciones, la tortura, los autos de fe, las guerras de religión son ligeras pruebas de los métodos empleados para imponerlo–, los negocios del obispado de Roma fueron miel sobre hojuelas. Cuando el monopolio se tambaleó, se acuñaron nuevas fórmulas y, en la medida en que la ignorancia era desterrada, los antiguos métodos persuasivos dieron paso a un conductivismo menos escandaloso y más acorde con la mentalidad moderna. En la actualidad, el monopolio ha desaparecido precisamente porque el negocio del teísmo cristológico en particular y el del teísmo en general, es tan atractivo, que no puede dejarse su explotación en manos de unos pocos privilegiados, aunque estén consagrados por los siglos.

1 Nadie debe extrañarse al observar que en todos los centros de poder, y no solamente en los teístas, la gerontocracia es reina y señora.

2 También en el pasado, como proyecto divino. Y no sólo como proyecto, puesto que en el dios Yahvé-Cristo-Espíritu Santo, el concebir y ser es uno, el hombre resulta ser –pese a los admirables teólogos que han descubierto los ar-

canos de esta divinidad o ídolo– una realidad eterna al igual que quien lo ha concebido, pues solo pudo concebirlo, por ser inmutable, desde la eternidad.

3 El despiece anatómico constituyó siempre un obstáculo para la resurrección de los cuerpos, por lo que tenía de dispersión. Pero se pretendía ignorar que la putrefacción estaba acompañada de una dispersión absoluta de los componentes, asimilados por todos los animales necróforos que se ceban con los despojos humanos. El canibalismo, en el que los elementos de un hombre sacrificado terminaban, además de dispersos, asimilados por otros hombres que habrían de resucitar con la carne de otros, convertida en su propia carne, era condenado con mayor razón.

4 El absurdo y las contradicciones adoban todos los teísmos, y, por lo tanto al judeocatolicismo cristológico. Mientras se ofrece el paraíso como alternativa a una vida de privaciones y dolores para los pobres, y el infierno amenaza a los ricos, estos pueden comprar todas las bulas, exenciones, dispensas y beneficios que deseen, lo que les garantiza, más que a los pobres, su admisión en él. Por si no fuera suficiente, tienen la posibilidad de pagarse todas las misas que quieran pagarse, para que la sangre de Cristo, cien por cien efectiva, les introduzca, si lo desean, en tan envidiable lugar.

MONOPOLIO DE LA VERDAD, EI. (Monopolio teológico). Es resultado del monopolio del poder, que, en los religionismos transcendentales, consigue los monopolios celestiales o paradisiacos, y el de la entrada a los mismos. Al amparo del poder, el monopolio de la verdad, teológico o teodoctrinal pretende establecerse también como monopolio legislativo, interpretativo y ejecutivo. Hubo un tiempo en que cualquier persona capacitada por su prudencia y conocimientos bíblicos y evangélicos, era reclamada por las diferentes iglesias para instruir a fieles y pastores. Con frecuencia eran buscadas por las comunidades que deseaban escuchar sus enseñanzas o pretendían terminar con algunos conflictos doctrinales, legales o históricos. No era extraño reunir a un grupo de hombres capacitados y “sabios” –las

mujeres estaban excluidas por sistema— que, ante un número amplio de fieles exponían sus opiniones con el fin de que el consenso general, en plena asamblea, estableciera cánones y reglas, impusiera la concordia entre litigantes y dictaminara interpretaciones. No necesitaban ser pastores de ninguna comunidad ni jefes de ninguna iglesia. Es más, ni siquiera se buscaba la unificación de criterios; bastaban con que no fueran contradictorios o, en el peor de los casos, que cualquier comunidad los hiciera propios, aunque estuvieran en contradicción con los principios de otras comunidades: Era la época mítica de los movimientos asamblearios eclesiales y cristológicos.

Pero el dinero, por diversas razones y cauces, fue haciendo ricas a las comunidades, y los pastores o presbíteros, comenzaron a ser liberados. Ello les permitió luchar con ahínco por conseguir parcelas de poder, que hubo que justificarlo con los textos evangélicos y bíblicos, que se compusieron y se alteraron en función de los intereses en juego. El reconocimiento y espaldarazo de los emperadores dotó a las distintas iglesias de un poder inesperado y de mayores riquezas. Sus pastores fueron asimilados a los prefectos del Imperio Romano. Las enseñanzas de los maestros y mentores itinerantes, sin terreno en que gobernar, fue desplazada por las opiniones de los pastores reunidos en concilios. De éstos empezaron a surgir las nuevas disposiciones, los nuevos decretos, las nuevas interpretaciones y los nuevos cánones, que, para que no se resquebrajara el sistema, procuraron ahora unificar. El concilio pasó a ser quien determinaba las doctrinas, cultos, confesiones y credos. En otras palabras, el concilio —reunión de los pastores— pasó a tener el monopolio de la verdad teológica y, sobre todo, el monopolio teopolítico —no había que

disgustar a los césares—. Los concilios lograron el monopolio del poder legislativo, interpretativo y ejecutivo, que se servía de los emperadores y los reyes para imponerse. Los fieles, delegando en sus pastores, hacía tiempo que, salvo excepciones muy contadas, apadrinadas por el dinero y las armas, no tenían peso alguno en el control de sus propias comunidades. El acceso al obispado, cuyo poder era codiciado por no pocos oportunistas, se hizo desde “arriba” o tras una selección que impedía las sorpresas desagradables. Para hacer el control más efectivo, el obispado se descompuso, con el tiempo, en ocho órdenes o grados, ostiario, lectorado, exorcistado, acolitado, subdiaconado, diaconado, presbiterado y obispo propiamente dicho.

Pero los ambiciosos no faltaron en ninguna corte obispal, y sus titulares o papas lucharon hasta la exageración no solamente por un pedazo de la tarta, sino por la tarta entera. Las iglesias más antiguas, Jerusalén, Antioquía, Alejandría, Éfeso, Laodicea, Roma, Constantinopla etc., pretendieron ponerse a la cabeza de las demás Iglesias, y lucharon por imponer sus criterios. En esta lucha, la balanza se inclinó a favor de la iglesia romana, que, sin parar en medios¹, no solamente se levantó sobre todas las demás iglesias, sino que impuso la idea de que la herencia de Jesucristo no era una comunidad o federación de iglesias, sino una sola iglesia, y que esta iglesia tenía su sede en Roma; los obispos de las demás diócesis, estaban subordinados a ella y eran meros representantes suyos. Los concilios, a pesar de todo, seguían teniendo el monopolio de la verdad, pero se veían cabalgando en la grupa del monopolio del poder, por lo que no tardó en caer también en manos del obispo de Roma, cuyos métodos criminales² continuaba siendo favorecido por

la historia. El concilio de Trento consagró esta nueva usurpación. El concilio Vaticano I, haría divino al obispo de Roma, que pasó a ser infalible. El monopolio del poder, se aunó ahora con el monopolio de la verdad, el teológico. Ambos monopolios, claramente establecidos gracias a la ayuda de las armas y las falsificaciones, constituyen el remate de una lucha despiadada por los centros decisivos del judeocatolicismo cristológico. Se conformaron al unísono, y se apoyaron mutuamente para encumbrar el obispado de Roma por encima de los demás obispados, por encima de los *Evangelios* y de la *Biblia* y por encima de Cristo. En la actualidad, firmemente establecido, los dioses trinitarios, Jesús el primero, han pasado a ser un elemento decorativo del judeocatolicismo papista, que tiene como punto de referencia exclusivo y dogmático al papadiós de turno. La soberbia y estulticia humana se expresa divinamente en la teogolatría del rey del Imperio Vaticano.

¹ Crímenes, robos, asesinatos, masacres, genocidios, razzias, despojos, rapiñas, conquistas, usurpaciones, que fueron siempre acompañados por la oportuna aparición de nuevas interpretaciones bíblicas, evangélicas, patristicas y conciliares, y de justificaciones pseudolegales amparadas en fraudes, falsificaciones, engaños, perjuros, traiciones, cohechos y arrogaciones.

² Fueron los métodos de todos los imperios.

MONTANARI, Gaetano. Revolucionario italiano, perteneciente al grupo de los Carbonarios, que surgieron en los Estados Papales a comienzos del siglo XIX. Su hermano Leonida, tres años antes, había caído en manos de la Sancta Societas y había sido asesinado patibularmente por la corte del Imperio Vaticano, siendo el rey del imperio, Aniballe della Genga, papa León XII, quien firmó la orden de asesinato. Montanari sería detenido con el revolucionario Gaetano Rambelli, cuando pre-

tendían ajusticiar al cardenal Agostino Rivarola, uno de los agentes más criminales de la *Sancta Societas* y mano derecha de su director Bartolomeo Pacca. Tras un simulacro de Juicio, G Montanari fue asesinado a finales de 1828, siendo decapitado. La orden del asesinato patibular fue firmada, como en el caso de su hermano, por el papa della Genga. Su compañero G. Rambelli sería ahorcado, tras otro simulacro de juicio, antes de finalizar el año.

MORAY, Lord. Noble escocés que participó en el asesinato del espía papal, sacerdote o hechicero, David Rizzio, en el palacio real, en presencia de la reina María de Escocia, el día 9 de Marzo de 1566. El rey del judeocatolicismo papista y obispo de Roma Miguel Ghisleri, pontífice Pío V, ordenó a los agentes de la *Sancta Societas*, concretamente al jesuita Lamberto Macchi, que asesinaran a todos los que habían participado en la muerte de Rizzio. Macchi, fiel a los deseos de su rey y señor, llevaría el deseo del papa a la práctica. Moray moriría de una estocada en el cuello, el día 11 de enero de 1570. La venganza era uno de los platos predilectos del papa Ghisleri, que, si por algo se distinguió, fue por ser uno de los papas del judeocatolicismo latino más sanguinarios y criminales de toda su historia, lo que le valió el título de santo y el ser colocado en los altares.

MONTINI, Giovanni Battista. (Ver GIOVANNI BATTISTA Montini).

MORTARA, Edgardo. Niño que fue secuestrado violentamente por orden de Juan María Mastai-Ferretti, papa Pío IX (1846–1878), el día 25 de junio de 1858, en Bolonia¹. El niño, de seis años de edad, fue arrancado de los brazos de su madre, por los sicarios del papa, en la casa fa-

miliar y en ausencia del padre, Momolo Mortara, siendo trasladado a toda prisa a Roma. La razón de este secuestro era que alguien había bautizado a escondidas al pequeño Edgardo, y por esta razón era súbdito del papa y el papa tenía el derecho de hacer con él lo que quisiera, lo que hizo mandando secuestrar al niño para arrancarlo de las manos pecaminosas de su familia, que era judía. El brutal y doloroso secuestro, que recordaba los que durante siglos habían realizado impunemente la policía inquisitorial del papado, constituyó un golpe angustioso tanto para el niño como para los padres, quienes, cuando llegaron a saber la verdad de lo que habían hecho con su hijo, no pudieron imaginar quién pudo haber sido capaz de bautizar al niño sin su permiso, y quién pudo haber ido al obispo y al papa con la noticia². Siendo un caso escandaloso de inmoralidad papista, no era excepcional, pues con frecuencia los hijos de los judíos eran bautizados secretamente, a espaldas de sus padres, aun en los ghettos de Roma, y arrancados, por esta razón, por la policía papal de los brazos de sus padres.

A pesar de los esfuerzos que padre y madre hicieron por recuperar al niño, no les fue posible, porque el rey del Imperio Vaticano, el todopoderoso Mastai-Ferretti, Pío IX, consideraba que era súbdito suyo, y no podía perderlo. Despreciando el escándalo que siguió al secuestro, el dictador papal, por motivos de honra o por prepotencia vesánica, no dio su brazo a torcer, y dio las órdenes oportunas para que se protegiera al niño de las injerencias perniciosas de sus padres.

Edgardo, lavado el cerebro, no escaparía nunca de la tela de araña cristológica en que el teofuncionariado papista lo fue envolviendo.

El niño fue primeramente recluido en la Casa de los Catecúmenos de Roma. Los

padres, tiempo después, pudieron visitarlo, pero no pudieron llevárselo con ellos. El tiempo fue pasando, y cuando Edgardo cumplió trece años de edad, habiendo permanecido más de la mitad de su vida hasta entonces dentro de un centro de condicionamiento mental –la Casa de los Catecúmenos–. El cerebro lavado por completo, el niño Edgardo decidió ingresar como novicio en la orden de los Canónigos Regulares del Laterano, con el fin de ser un monje más. Para afirmar su decisión decidió tomar el nombre Pío, para honrar a su nuevo protector y padre, el papa Pío IX, que fue quien, siete años antes, había ordenado secuestrarlo³. Posteriormente, el niño fue enviado, con nombre falso, a un convento de los Canónigos Regulares en Austria. Posteriormente sería enviado a Francia. Pío IX, que no podía olvidarse de él, por el escándalo tan tremendo que había levantado su secuestro y las secuelas que dicho secuestro trajo, seguía interesándose por él. Cuando Edgardo cumplió los 21 años de edad, en 1873, por dispensa especial, fue hecho sacerdote o hechicero judeocatólico papista. Mastai-Ferretti le envió una carta de felicitación y le adjudicó un fondo para ayudarlo.

Tras dedicarse al proselitismo más depurado, siendo solicitado desde numerosos lugares como predicador, Edgardo Mortara se retiró a una abadía, en Bélgica, en donde moriría a la respetable edad de 88 años, el día 11 de marzo de 1940. Sus padres, los grandes perdedores, hacía años que habían muerto.

¹ Los periódicos dieron la noticia, y el caso se discutió en diversos puntos de las naciones europeas, aunque alcanzó igualmente América. Fueron muchos los libros que se escribieron, o las publicaciones que se hicieron sobre el particular. En España, Dom Jacobus menciona la angustia del niño y de sus padres en un opúsculo, publicado con otros trabajos suyos, en *Esa Iglesia que tú no sabes, esa Iglesia que te ocultan*. Una

de las personas que más ampliamente expone lo sucedido con Edgardo Mortara ha sido David I. Ketzner, en su obra *The Kidnapping of Edgardo Mortara*. (Alfred A. Knopf. New York, 1997).

² La autora de dicha injuria había sido una criada judeocatólica papista, que aprovechó la ausencia de los padres para bautizar al niño por su cuenta y riesgo. Fue ella también la que avisó al señor obispo de la ciudad del bautismo del niño.

³ El papa, que veía como se derrumbaba su poderío ancestral por todos los puntos, debió de agarrarse al caso Mortara como a un clavo ardiendo, y, tras el error del secuestro, decidió no dar su brazo a torcer, para no tener que reconocer su falibilidad cuando pretendía ser reconocido ante todo el mundo como un ser infalible. Tuvo, con todo, la preocupación de visitar al niño en alguna ocasión y tuvo a bien dirigirle alguna carta personal, recordándole lo importante que era para él su carismática figura.

MUJER, La. La conversión de las sociedades matriarcales en patriarcales está en la raíz de parte de los males que aquejan a la mujer hoy día. Constituye una realidad que afecta a la mayoría de los grupos sociales, por no decir a todos, que existen en la actualidad. El desplazamiento de la mujer a un segundo plano, eliminó, también, la preeminencia de las diosas primigenias que fueron sustituidos por los dioses primigenios. Estos dioses o ídolos –entre los más tardíos se encuentran Baal, Moloch, Yahvé (ídolo de judíos, judeocatólicos y judeoislámicos), Odín, Marte, Cizin (dios maya de la muerte), Tenochtitlan (dios del Sol y de la guerra entre los aztecas)– fueron creados cien por cien agresivos, como eran los colectivos en que nacieron, en donde, dadas las circunstancias y los imperativos biológicos y sociales, la necesidad de la lucha –en la defensa y el ataque– era una imposición diaria y una condición indispensable para la supervivencia. El proceso de transformación de una sociedad matriarcal a patriarcal debió de ser largo, lo mismo que el desplazamiento de las diosas por los dioses. El panteón clásico ofrece

unas instantáneas, muy tardías ya, de este desplazamiento; las diosas, en este panteón, siempre están en un segundo plano respecto a sus iguales varones. Con la llegada de los dioses trinitarios judeocatólicos, las diosas desaparecieron definitivamente del panteón romano, aunque no se resignaron a morir, porque algunas resucitarían más tarde en los avatares de María¹, la supuesta madre y virgen del Jesús evangélico y sus hermanos. Quizás el desplazamiento no pudo evitarse, pero las consecuencias han sido catastróficas: Tales dioses –sus fabricantes y sacerdotes– necesitaban sangre, pues vivían, la mayoría de las veces, en sociedades en lucha, por lo que exigieron víctimas². Una muestra de esta avidez por la sangre se encuentra en la *Biblia*. El ídolo Yahvé de judíos, judeocatólicos y judeoislámicos (Alá, en el Corán), se pasa la vida asesinando a pueblos enteros, masacrando al hombre, exigiendo sacrificios humanos, vengándose sangrientamente, provocando guerras y produciendo hecatombes.

La culpabilidad de esa vocación compulsiva de los dioses hacia la muerte y el terror, hacia las carnicerías despiadadas, no sabemos a quiénes la achacarían los sacerdotes de tales dioses o ídolos, pero lo que no cabe la menor duda es que, en Occidente, la vocación criminal del cristianismo (judeocaticismo) y la vocación criminal de sus dioses o ídolos, los sacerdotes o hechiceros de Yahvé–Cristo–Espíritu Santo la achacaron a la mujer y sus actos. La *Biblia* y los *Evangelios*, una vez más, constituyen una manifestación inapreciable de esta justificación. Por la mujer entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte, nos recuerda el *Génesis*, y la muerte es un producto inexcusable de las guerras.

Para terminar de denigrar a la mujer y quitarle toda capacidad de decisión,

aparte de recordarle constantemente que era origen del pecado, la hicieron dependiente del hombre, pues de él descendía, como recuerda San Pablo en los *Evangelios*. "El varón no debe cubrir la cabeza, porque es imagen y gloria de Dios; mas la mujer es gloria del varón, pues no procede el varón de la mujer, sino la mujer del varón; ni fue creado el varón para la mujer, sino la mujer para el varón." (1ª Cor. XI, 7–9).

Una vez impuesto el racismo sexual, además por disposición divina, la sociedad consagró y enalteció el machismo³. Si se soportó la presencia de la mujer fue estigmatizándola como un mal, grave siempre, pero también como una exigencia inevitable para dar a luz, cuidar a los machos y ser el descanso del guerrero⁴. La historia del judaísmo, lo mismo que la del judeocatolicismo tradicional, es la historia de un machismo sacralizado por imposición de sus ídolos o dioses. Esta es la razón por la que la mujer en la *Biblia*, en los *Evangelios* y en el religionismo cristológico, sobre todo en el papismo, no tiene otro papel que el de ser la criada para todo del hombre.

El progreso mental y humano, científico y técnico podían, desde hace siglos, haber logrado la igualdad social de la mujer y el hombre, pero la ley de la inercia –y los intereses creados– hicieron esta igualdad imposible. La evolución de las inquietudes denominadas religiosas en todos los puntos del globo nos muestra claramente que cualquier rama o secta que surja dentro de un religionismo establecido, una vez que logra el poder, y pasa de ser minoría a ser mayoría, tienden a perpetuarse contra viento y marea, ignorando su propio proceso de formación. Ocurrió con el yahvidismo, una de tantas sectas como pululaban entre los parías de unas tribus marginadas de Oriente Medio; ocurrió con el judeocato-

licismo, una más entre las sectas judías que pretendían abrirse camino entre la rica y variada oferta teosocial que ofrecía el Imperio Romano; y ocurre, en la actualidad, con el papismo, una de las sectas judeocatólicas más corrosivas y machistas que tienen como raíces el semitismo abrahámico.

Aunque en Occidente, y en el papel, se formule la igualdad de los sexos, la realidad sigue siendo otra. La mentalidad de los pueblos, a pesar de las apariencias, no cambia visceralmente en una generación, en dos, en diez. La agonía de las religiones dura siglos, a veces milenios, y estas religiones –los teofuncionarios de todas las divinidades– son las que han condicionado la moralidad y la ética de la historia y pretenden eternizarlas eternizándose ellas.

Por desgracia para el colectivo femenino del judeocatolicismo papista, aunque no lo crea, por unas causas o por otras, entre las que no hay que descartar el miedo y la fuerza bruta, la mujer terminó aceptando el papel que les impusieron los sacerdotes o hechiceros cristológicos. Y sigue colaborando activamente en el mantenimiento de las desigualdades sociales y en la defensa de los intereses de las clases dominantes, que se encuentran entre los colectivos machos de la sociedad, al amparo de las doctrinas elaboradas por la corte del Imperio Vaticano. Y, si alguna mujer tiene la pretensión de salir del anonimato en que la ha sumergido el machismo bíblico y evangélico, lo hace, con frecuencia, tratando de asumir los papeles habituales del macho e intentando, no sólo emularlos sino superarlos en sus barbaridades. En lugar de tratar de eliminar para siempre al funcionariado cristológico y luchar por la erradicación de todos los teísmos y la desaparición de la nomenclatura vaticana, pretende recuperar el papel de

diaconisa y sacerdotisa y obtener el título oficial de presbítera y capelada y, si se tercia, el de pontífice máximo del papismo romano⁴, alcanzando así el trono y la tiara del Imperio Vaticano, con el que sueña.

El estudio del papel de la mujer en el desarrollo del judeocatolicismo filorromano imperial triunfante exigiría un tratado aparte. Dejando de lado la época moderna, en que su papel ha sido decisivo en la creación de logias que han acaparado la educación de las jóvenes y niñas, condicionando para siempre su futuro; sin hacer hincapié en los numerosos conventos que, siglos antes, fundaron algunas privilegiadas por la fortuna o por la inteligencia, conventos que eran, en ocasiones, auténticas cátedras en donde se adoctrinaba a reyes, príncipes, nobles, cardenales o papas; ignorando, también, la importancia que tuvieron en el Renacimiento, en donde su peso se hizo sentir en la elección de numerosos obispos romanos y sus acciones; no teniendo en cuenta el que la conversión al judeocatolicismo de numerosos reyes "bárbaros" se debió a la conversión previa de sus esposas, que los convencieron; y, sin insistir demasiado en el papel que jugaron en la conversión de los nobles romanos que consiguieron el que Constantino declarara el cristianismo religión del imperio, es evidente que la incidencia de la mujer para que las cosas siguieran los rumbos del papismo romano, y sean tal y como las conocemos en la actualidad, ha sido decisivo.

La mujer dedicó al judeocatolicismo tiempo y fortuna, ilusiones y vidas. Le entregó herencias, territorios, castillos y señoríos. Colaboró en las labores más ingratas para ensalzar a sus protegidos. Cuando lo pudieron, es decir, como emperatrices, reinas, princesas y señoras, pontificaron y torcieron la marcha de las

directrices teológicas que pretendían consagrarse e impusieron sus opiniones. Condicionaron, a través de sus maridos, las religiones y aun la historia de los pueblos europeos, que tuvieron que aceptar lo que a ellas se les antojaba. No teniendo, salvo en contadas ocasiones, la representación del poder, fueron quienes manejaron sus hilos, a la sombra de sus maridos o amantes. Y lo hicieron para que las cosas siguieran como estaban. A pesar de la importancia que tiene lo expuesto, hay algo todavía más grave.

La mujer, por su misma naturaleza, constituye un elemento transmisor fundamental en una cultura, por ser la persona que tiene un contacto inmediato y permanente con las nuevas generaciones al nacer. Y este papel de transmisora permanente lo ha asumido de un modo tan perfecto, que rara vez, a lo largo de la historia, el colectivo de mujeres se ha levantado contra esa imposición. Debieron darse algunas excepciones pero, o no las registra la historia o han pasado desapercibidas.

Es descorazonador comprobar cómo los grupos menos fortalecidos por "la fortuna" suelen ser los más reacios al cambio, debido al miedo a que se cambie para peor, como con frecuencia ha sucedido. Pero en el terreno del religionismo, mal que pese al teofuncionariado cristológico, la mujer cuenta con unos conocimientos científicos e históricos a su disposición que puede liberarla de la servidumbre que le ha impuesto el dogmatismo papista. Hoy más que nunca tiene al alcance de la mano los instrumentos de su propia liberación. Y los objetivos del feminismo internacional apuntan siempre a ese objetivo. Sin embargo, la observación atenta de su lucha, produce la sensación de que en realidad la mujer, al menos entre ciertos colectivos, no pretende liberarse de las

servidumbre sociales gratuitas e injustas, como son las impuestas por el tefuncionariado del Imperio Vaticano y otros estamentos sociales, sino que lucha por tener el mismo derecho que los machos para ejercer dicho teofuncionariado, y exige que le ofrezcan los papeles que se han ofrecido habitualmente al varón. De ser esto cierto, y no ser una mera impresión, el papel tradicional de la mujer, en esos colectivos, no habría cambiado en absoluto, como tampoco habría cambiado su mentalidad, pues seguiría siendo el transmisor más cercano al niño de los valores imperantes y víctima de la aceptación del sistema teosocial que se le ha impuesto. Insistimos; por muy feminista que se declare la mujer, por muchos báculos que porte o por muchas mitras que se ciña, sería siendo el juguete habitual del papismo y su colaboradora más alabada.

1 La resurrección de las diosas bajo la advocación de María, la madre del protagonista evangélico, Jesús, y sus hermanos, es harto conocida. No debe olvidarse que no solamente en el caso de las diosas, sino que, en el caso de los dioses, los reyes del Imperio Vaticano y su teonomencatura se limitaron a judeocaticolizar los panteones que veneraba y respetaba el Imperio Romano, lo mismo que sus fiestas. Las diosas se convirtieron en avatares de la madre de Jesús o en santas, y los dioses fueron convertidos en santos. Son cientos, por no decir millares, las María Vírgenes que se veneran por el mundo. Constituyen, con mucha frecuencia, la máscara que oculta la veneración a una diosa del lugar. Cuando, en el año 431, se reunió en Éfeso el concilio que declaró las ideas de Nestorio heréticas y, en contra de éste, los teólogos conciliares, afirmaron que María era la madre de Dios (Yahvé-Cristo-Espíritu Santo), “los Efesios se

alegraron sobremanera porque les habían devuelto a su diosa Artemisa, la madre de su dios primigenio, con otro nombre.” (G. de Sède: *Fátima, Enquête sur une imposture*. (Pg. 28. Ed. Alain Moreau; Paris, 1977).

- 2 No resulta extraño oír decir, a los sacerdotes o hechiceros cristológicos, que las guerras constituyen un periodo de prueba enviado por su dios Yahvé-Cristo-Paráclito en donde las vocaciones sacerdotales se multiplican y la Iglesia –el Imperio Vaticano– se robustece. Si la muerte siempre fue un negocio productivo para los colectivos sacerdotales de cualquier género o ídolo, y sobre todo para los religionismos monoteístas, que por esencia son cien por cien criminales, pues no admiten la competencia ni están dispuestos permitirla, para los sacerdotes o hechiceros trinitarios evangélicos lo fue más todavía. El fanatismo o fundamentalismo y ceguera del teofuncionariado yahvídico, cristológico, paraclital, lo mismo que su teogorronearía, teovampirismo y teoparasitismo, lleva aparejada la muerte, pues lo quieren todo, como dicen quererlo los dioses que se han forjado. Esta es la causa por lo que la andadura histórica del papismo esta plagada de guerras santas, de cruzadas, de asesinatos divinos, de castigos celestiales, de razzias santificadas, de criminales sagrados, de hecatombes yahvídicas, de sacrificios sangrientos, de saqueos cristológicos y de violaciones sagradas. Nombres como el de Constantino, Teodosio, Justiniano, Carlomagno, Gildebrando de Soana, Simon de Monfort, Torquemada, Salazar, Franco, Mussolini, Ante Pavelic, Pinochet, y miles y miles más suenan siniestramente en la heráldica del papismo.
- 3 “Gracias Señor, por no haberme creado mujer”, era el comienzo de una plegaria de un personaje judío.
- 4 En el paraíso coránico, los bienaventurados tendrán a su disposición todas las mujeres que quieran llevarse al lecho.
- 5 Siguiendo la misma línea, no sólo no protesta contra los ejércitos de todo tipo y carisma, que exterminan a sus hijos, sino que pretende empuñar la metralleta para aniquilarlos ella misma con sus propias manos, en lugar de disparar contra quienes organizan, ordenan, santifican y exigen las guerras.

≈ N ≈

NEPOTISMO. A partir de Teodosio, el cargo de obispo de las sectas judías filorromanas imperiales, equiparado al de prefecto romano, fue un objetivo todavía más envidiable para codiciosos, arrivistas, oportunistas y todo tipo de aventureros. Las luchas, más o menos soterradas o abiertas por conseguir la titularidad de una diócesis, fueron moneda corriente. La caída del Imperio no afectó para nada al teofuncionariado cristológico, que pasó a convertirse en consejero de los conquistadores, por lo que sus altos cargos fueron más codiciados todavía, sobre todo a partir del instante en que los jefes invasores se convirtieron al judeocatolicismo. Transformados en auténticos sátrapas mitrados, en señores feudales, los obispos actuaron en sus diócesis como príncipes absolutistas que a nadie tenían que rendir cuentas y que, en teoría, no tenían, por encima de ellos, más que a los reyes y sus representantes, los cuales, en ocasiones, quedaban demasiado lejos. Testimonio de esta realidad son las soberbias catedrales románicas y góticas, expresión de su propia soberbia y prepotencia, que mandaron edificar para gloria propia, los palacios arzobispaes, las posesiones inmensas que gobernaban, el número de esclavos y siervos que tenían a su servicio. Las diócesis no eran más que reinos de taifas, en los que los obispos gobernaban con absoluta libertad y poderío, como au-

ténticos sátrapas orientales. Ciertamente, había más o menos ricas, más o menos influyentes o poderosas, pero todas se habían convertido en un objetivo irresistible al alcance del mejor postor o el menos escrupuloso. Si para acceder a él había que pasar por el cadáver de los titulares o de amigos y enemigos, se pasaba. Los señores feudales y los mismos reyes, lo fueron gracias a tales métodos, y eran quienes marcaban las pautas y ponían y derribaban cabezas. El obispado Romano no escapó a esta realidad, siendo favorecido además, por su situación geográfica, excesivamente alejada de Bizancio, y a muchas jornadas de distancia también de los nuevos señores.

Cuando el obispado de Roma comenzó a elevarse, con todos los medios y falsificaciones a su alcance, por encima de los demás obispados, la ambicionada mitra romana, constituyó un motivo de discordia total. Convertida en la corona más envidiada de todos los obispados, en la corona de coronas, alcanzó nuevos valores y, por lo tanto, fueron mayores los esfuerzos por conseguirla. En esta situación, en donde los clanes y las tribus eran fundamentales para lograrla y, lo que no era tarea nada fácil, para conservarla, todos los métodos fueron válidos para poseerla y disfrutarla. El puñal y el veneno, los levantamientos y las guerras, constituyeron en ocasiones, el camino más seguro para hacerlo. Alcanzado el objetivo,

los titulares se vieron obligados a hacer lo que se hacía en todas las cortes: ofrecer los cargos de más responsabilidad a sus propios hijos o a los miembros de sus propias familias, con el fin de evitar ser asesinados, recurso por el que ellos mismos habían, en no pocas ocasiones, alcanzado la codiciada corona. Pero la imposición del celibato y la prohibición del casamiento al teofuncionario latino, fuesen simples presbíteros, obispos o cardenales, hizo que, en teoría al menos, los ocupantes del peligroso trono, no pudieran reconocer abiertamente, o en todo momento, a sus hijos como hijos. Se impuso para designarlos el nombre de nepotes que, en realidad, pretendía señalar sólo a los parientes y privados del papa. Esta es la razón del dicho popular "dios negó los hijos a los papas, pero les dio nepotes". Ninguna cabeza real, y menos la del obispo de Roma, podía estar segura si no contaba en torno a ella con un número incondicional de seguidores y protectores, una guardia de seguridad, de cuya fidelidad eran garantía –y no siempre– los lazos familiares, sobre todo si eran filiales y paternas. Este entorno de la realeza papal, lo mismo que la tarea que tenía encomendada fue el que se denominó nepotismo. El recurso y ejercicio del nepotismo, fue imprescindible, sobre todo cuando el obispado romano se lanzó a la carrera imparable que haría de él la monarquía –electiva, no dinástica– más poderosa de toda Europa. Ningún papa podía prescindir de él, acuciados por el miedo a encontrarse solo entre los buitres cardenalicios y arzobispales que ambicionaban la tiara.

El nepotismo lo abolió, al menos sobre el papel, el rey del Imperio Vaticano y obispo de Roma Antonio Pignateli, más conocido como pontífice Inocencio XII (1691–1700), con la bula *Romanum decet pontifice*.

NESSUN DORMA, La Operación. Proyecto exigido por el rey del Imperio Vaticano Giovanni Battista Montini, Pablo VI (1963–1978), con el fin de estudiar la situación de los distintos departamentos de la corte y las posibles implicaciones comerciales, políticas y financieras, con elementos ajenos a la iglesia, incluida la mafia, la corrupción de los miembros de la curia y las relaciones de la nomenclatura cardenalicia y todo el teofuncionario de la corte con la masonería. El proyecto, nacido de una reunión confidencial entre el papa Montini y los directores de la *Sancta Societas* y el *Sodalitium Pianum*, lo realizaron los servicios de espionaje y contraespionaje, pero su redacción definitiva recayó en el arzobispo Edouard Gagnon y en monseñor Estvan Mester, que en aquel momento era el responsable de la Congregación para el Clero.

Cuando el informe estuvo terminado, monseñor Gagnon pidió a la Secretaría de Estado una audiencia con el papadío Montini. La audiencia jamás fue concedida, y la misma Secretaría de Estado avisó a monseñor Gagnon para que el informe lo depositara en una caja de seguridad, y en una habitación reforzada. El día 2 de junio de 1974, las puertas de acceso a la caja de seguridad se habían abierto con sus llaves correspondientes, pero la caja de seguridad había sido forzada y sus dos cerraduras habían sido destruidas. El informe había desaparecido. Los rumores señalaron al cardenal Jean Villot, Secretario de Estado, y conocido con el alias de Vicepapa, como autor del robo. El papa Montini, al conocer todo lo ocurrido, por no poner patas arriba la corte entera, y ante el escándalo levantado, pidió a todos los implicados que jamás se hablar del caso. Gagnon hizo una nueva copia, pero ésta tampoco llegó a manos de Pablo VI. La secretaría de Estado, diri-

gida por el todopoderoso Jean Villot, y la nomenclatura cardenalicia demostraron ser más fuertes que el mismo rey del Imperio Vaticano, lo que por otro lado no tenía nada de extraño. Montini, que no se distinguía precisamente por la firmeza de sus decisiones, sino por la incertidumbre y la duda permanente, como no sin cierta ironía había dicho el papa Roncalli, que lo precedió en el trono, olvidó el asunto. Quienes no lo pudieron olvidar fueron las personas que hicieron el informe, pues pocos días después de la desaparición de la segunda copia, varios informadores fueron destinados a las fronteras del Imperio o a tierras de misión, y jamás pudieron volver a la corte.

NICCOLO SFONDRATI. (Nicolás Sfondrato). Rey y obispo de Roma, más conocido como papa Gregorio XIV, elegido a la muerte de Gian Battista Castagna, papa Urbano VII, el día 5 de diciembre de 1590. Sfondrati había nacido en Somma Lombardo, cerca de Cremona, el 11 de febrero de 1535. Enfermizo por naturaleza –fue llamado Nonato porque nació de una madre herida de muerte, estando embarazada de siete meses, a la que abrieron el vientre mientras agonizaba para extraerlo–, apenas disfrutó del cargo un año.

En su vida privada era un asceta sobrio y honrado, pero no se vio preparado para llevar la carga que le habían asignado. Consciente de su incapacidad para los negocios de Estado, puso el gobierno en manos de su nepote Paolo Emilio Sfondrati, al que nombró cardenal Secretario de Estado, pero su elección no fue afortunada. Las gestiones de su nepote fueron mortíferas para el obispado de Roma. Se entregó por entero a Felipe II de España, y se declaró por la *Liga* contra Enrique IV de Francia, al que excomulgó con sus prelados, y al que pretendió

derrocar con un ejército de mercenarios pagados con el dinero que Sixto V había podido acumular. Ofreció a Felipe II la corona de Francia, lo que no dejaba de ser una mendacidad más a añadir a las ya acumuladas.

La muerte de Niccolò Sfondrati, papa Gregorio XIV, ocurrida a mediados de octubre de 1591, terminó dando al traste con los devaneos políticos del nepote. Según dicen las crónicas, murió a los doce meses de su elección, con unos dolores espantosos a consecuencia de un cólico nefrítico provocado por “un cálculo rectangular de tres onzas de peso.” Su sucesor sería Juan Antonio Facchinetti, papa Inocencio IX (1591).

NICEA. Ciudad de Oriente Medio, en que tuvo lugar, el primer concilio ecuménico que registra la historia del judeocatolicismo filorromano imperial. Constituye uno de los exponentes más claros de la inoperancia del obispo de Roma todavía en el siglo IV. A pesar de que la corte o curia del Imperio Vaticano insiste en afirmar la preeminencia que siempre tuvo la sede romana, por ser la supuesta sede del Pedro evangélico, el sentir de los padres de la iglesia no es ese, y lo demuestran todos los concilios que se convocaron en Oriente Medio, y en los que para nada intervinieron, o apenas lo hicieron, los obispos de Roma o sus delegados, aparte de que jamás fueron convocados por tales obispos¹. El concilio de Nicea del año 325 ignoró por completo al obispo de Roma, en aquella ocasión Silvestre el Romano (314–335). Aunque los delegados de Silvestre estuvieron en la ciudad, nadie los hizo caso, y ni siquiera pudieron intervenir porque ignoraban por completo el griego, la lengua oficial.

¹ Los primeros ocho concilios ecuménicos, habidos en el primer milenio, fueron convocados por los emperadores de Bizancio.

NICOLÁS BOCCASINI. Obispo de Roma, más conocido por papa Benedicto XI. Fue escogido por el cónclave a la muerte de Benito Gaetani, papa Bonifacio VIII, en el año 1303. Había nacido en Treviso, en el año 1240, y era el general de la orden dominicana, siendo también cardenal y obispo de Ostia. Trató de suavizar las medidas adoptadas por Gaetani y levantó las excomuniones que con tanta generosidad y profusión había lanzado éste. Procuró mejorar la relación entre el obispado romano y la corona francesa. Pretendió, también, corregir las indecencias del clero y los abusos de la curia, pero era un tema tabú, y los clérigos no le dieron tiempo para ello. Las medidas que trató de imponer le crearon muchos enemigos. La situación en Roma se hizo conflictiva y Benedicto se refugió en Montefiascone, posteriormente en Orvieto, para asentarse, definitivamente, en Perugia (Perusa). Para terminar de acumular errores, estando ya instalado en Perugia, excomulgó, entre otros, a Guglielmo di Nogaret y Sciarra Colonna, con su bula *Flagitiosum scelus*. Al mes de lanzar la excomunión, el 7 de julio de 1304, cuando apenas llevaba ocho meses en el peligroso trono, moría envenenado. Los más atrevidos señalaron a los Orisini y los Colonna como autores. Otros, precisando, culparon a Guglielmo di Nogaret. Se cree que el veneno se había introducido en una bandeja de higos, que le ofreció un sacerdote en nombre de una abadesa de Roma.

Con el fin de no hacer hincapié en el modo fulminante en que el cielo se llevó a este hombre, la corte del que sería con el tiempo el Imperio Vaticano, le encontró un lugar en el atrio de su paraíso y le honra con el título de beato.

Su sucesor sería Beltrand de Goth, papa Clemente V (1305–1314).

NICOLÁS BREAKSPEAR. Obispo y rey de Roma, más conocido como papa Adriano IV. Ocupó el ambicionado trono a la muerte del rey Corrado della Suburra, papa Anastasio IV, en el año 1154.

Había nacido en Abbots-Langley, Inglaterra, en una familia pobre y sin recursos. El padre, un hombre que vivía en la miseria, tras la muerte de su esposa, se vio obligado a servir de criado en las cocinas del convento de San Alban. Nicolás, abandonado por su padre, vivió a trancas y barrancas hasta que se decidió a cruzar el Canal. Consciente de sus orígenes, y que nadie podría ayudarlo en lo sucesivo como nadie le había ayudado en su niñez, cuando más falta le hacía¹, siendo un joven despierto y ambicioso, decidió probar fortuna en el único terreno en que podía hacerla, en el clerical. En Francia, pudo hacerse admitir en el monasterio de San Rufo, no lejos de Aviñón. Sus cualidades lo hicieron destacar, y terminó siendo abad de dicho monasterio. El obispo de Roma Bernardo Paganelli, papa Eugenio III, lo hizo cardenal y lo nombró obispo de Albano; además, lo hizo embajador suyo en las corte de Dinamarca y Noruega. A la muerte de Anastasio IV, su diplomacia, ambición y falta de escrúpulos, le permitieron tocar todos los resortes para que el Espíritu Santo no tuviera otro remedio más que el de designarlo para el cargo vacante.

Una vez coronado como obispo y rey de Roma, trató de ser consecuente. Cuando los senadores y el pueblo se presentaron ante él, los arrojó de su presencia. El pueblo se sublevó bajo el mando del monje reformador Arnaldo de Brescia, que clamaba contra el poderío del obispo de Roma, sus desmanes y la corrupción del clero, pero Adriano excomulgó a Roma entera, por lo que la credulidad y el miedo hicieron que los romanos expulsaron de la ciudad a Arnaldo de Brescia y que

Adriano se levantara como el rey absolutista que siempre habían soñado ser los obispos de Roma.

Cuando Federico Barbarroja, sucesor de Conrado III, en el año 1155, se acercó a Roma para hacerse coronar emperador, Adriano IV le envió varios embajadores para que le entregara a Arnaldo de Brescia, que se había refugiado en su corte. Federico se lo entregó y Arnaldo fue conducido a Roma, prisionero, y terminó quemado vivo por el Santo Padre, que ordenó arrojar sus cenizas al Tíber.

Cuando el emperador, se alejó de Roma, el pueblo volvió a sublevarse contra su obispo o papa, y Federico no tuvo inconveniente en regresar y reprimir la rebelión. Nicolás se enemistó con los ciudadanos de su obispado, y terminó luchando abiertamente contra el emperador Federico Barbarroja.

La ambición, prepotencia, orgullo y teogolatría de este papa autoendiosado no tuvo límites. Pero su ambición estuvo a punto de costarle el trono, si no la vida, al enfrentarse a Guillermo de Sicilia, al que trató de aplastar. Habiendo sido derrotado, Adriano IV se refugió en Benevento, que fue sitiada, y tuvo que suplicar a Guillermo la paz. Se enfrentó al emperador, aduciendo que él, el papa, le había dado la corona, como antes que él otros papas la habían concedido a sus abuelos. Federico Barbarroja, sorprendido ante la osadía del Santo Padre, acusó al papa de sacrílego, y preparó un ejército para deponerlo, y Adriano, temeroso de su llegada, envió al emperador una retractación. El emperador se dio por satisfecho, pero el orgullo y la prepotencia de Adriano no tenían límites, y a la menor oportunidad que tuvo, trató de colocarse de nuevo por encima del emperador y deshacer sus proyectos. En un nuevo enfrentamiento, motivado, según algunos autores, por la dieta de Roncaglia

(1158), según otros, porque Federico había elegido al obispo de Ravena, y, según otros terceros, porque el duque Doduda se había negado a prestar homenaje a Federico y se había colocado al amparo de Adriano IV, el emperador mandó detener al papa. Sin embargo los emisarios no llegaron a tiempo de encontrarlo con vida.

Adriano IV, el único obispo de Roma de origen inglés, moriría en Anagni, en el año 1159, siendo sus sucesores Otaviano de Monticello, papa Víctor IV Bis (1159–1164), en lucha por el ambicionado trono con Orlando Bandinelli, papa Alejandro III (1159–1181).

¹ Sorprende que, habiendo durado su reinado a la cabeza del Imperio cristológico latino cinco años, en ninguna ocasión se preocupara por el bienestar de su familia, que se arrastraba viviendo de limosna en su país de origen. Lachatre asegura que su único objetivo era el de aumentar los dominios y los tesoros de los Estados Papales, siendo su avaricia, por otro lado, tan sórdida, que a duras penas se separaba de un céntimo, si no veía clara la ganancia que le iba a producir. Los mismos turiferarios del obispado de Roma, que, ignorando la sangre que derramó este hombre tienen para él todo tipo de alabanzas, nunca hablan de su generosidad, que jamás existió.

NICOLÁS EL PATRICIO. Papa Nicolás I. Se cree que su padre fue un tal Teodoro, médico romano, y que debió de nacer en el año 800 del cómputo actual. Alcanzó los grados de subdiácono, diácono, y terminó siendo consejero del obispo de Roma Benedicto III. El emperador Ludovico II, al conocer la muerte de Benedicto, ocurrida en el año 858, regresó a Roma, e impuso como obispo de la ciudad a Nicolás, que en aquél momento ni siquiera estaba presente entre los electores. Según el parecer de un gran número de historiadores fue un hombre ambicioso, déspota y autoritario, que no se detuvo ante ningún crimen para colocar el obis-

pado romano por encima de todo poder social y político. A él se debe la substitución de la mitra obispal, común a todos los obispos, y por tanto también al de Roma, por la tiara, corona real de una sola diadema o piso, pero que no tardaría mucho en llevar otras dos diademas, agregadas por los obispos romanos Bonifacio VIII y, al parecer, por Benedicto XII, que harían de la tiara papal, la corona de las coronas y, según el parecer de no pocos historiadores, el signo de la realeza más cruel, totalitaria, déspota y criminal que jamás haya conocido la historia de la humanidad. La ambición y orgullo de que Nicolás I había dado prueba desde el instante en que fue coronado obispo de Roma fueron criticados y condenados por Focio, patriarca de Constantinopla, que vio en su teogolatría un signo evidente de soberbia diabólica, lo que no dejó de manifestar, con otras palabras, en la carta que le dirigió. Nicolás, sabiéndose protegido por el emperador de Occidente, trató de anular la elección de Focio a la silla patriarcal. El resultado fue la separación definitiva del judeocatolicismo papista de la iglesia judeocatólica ortodoxa, lo que hizo que se multiplicaran todavía más las sectas derivadas del judaísmo reformado o cristológico.

En Occidente, luchó por situarse por encima de todos los obispados, a los que pretendía hacer vasallos del de Roma; no tuvo inconveniente en afirmar que el obispo y papa de la ciudad imperial (él, Nicolás) estaba por encima de la autoridad de todos y cada uno de los reyes del mundo, y tenía el derecho de juzgarlos a todos. Se considera que fue el primero en utilizar las falsificaciones conocidas como *Donación de Constantino* y *Decretales de Isidoro* para tratar de justificar sus ambiciones y para exigir que se le devolviera lo que, según tales falsificaciones, le pertenecía; a él se debe también el

cambio del canon 17 del concilio de Calcedonia, que tantos quebraderos dio al obispado romano.

Se dejó comprar por cualquiera que estuviera dispuesto a pagarle en oro sus bulas y sus anatemas; pretendió imponer la moralidad en las cortes, en función de los regalos que le destinaban; excomulgó a Ingeltruda, esposa del conde Boson de Lombardía, que se había fugado con su amante, y que había despreciado la intromisión de Nicolás en sus asuntos, y bendijo a Tietberga, que aparte de adúltera, se decía de ella que era también incestuosa, pues mantenía relaciones sexuales con su propio hermano.

Cuando el metropolitano de Ravena se declaró independiente de Roma, Nicolás, lleno de ira, convocó un sínodo que lo depuso y excomulgó; Juan acudió al emperador, pero los embajadores, que acudieron para estudiar la situación, gracias a los regalos que les hizo el obispo de Roma, dieron la razón a éste, y Juan tuvo que doblegarse a los requerimientos de Nicolás.

Para los reyes y príncipes de Francia, lo mismo que para sus obispos, que reprochaban a Nicolás su irrefrenable deseo de inmiscuirse en los asuntos que no le concernían, no tuvo otra cosa más que anatemas y excomuniones, que los reyes le pagaron, con un desprecio absoluto y en ocasiones, con el intento de destruirlo, objetivo que no consiguieron.

A este hombre se atribuye una frase que expresa el concepto que tenía de su propia grandeza: *“¡Es evidente, escribió Nicolás, que los papas (los de Roma) no pueden ser ligados ni desligados por ninguna potestad terrestre, ni siquiera la del Apóstol (Pedro), en el caso de que volviera sobre la tierra, ya que el mismo Constantino el Grande reconoció que los pontífices (los de Roma) ocupan el lugar de Dios sobre la tierra! ¡¡¡La Divinidad, no pudiendo*

ser juzgada por ningún hombre, nosotros somos, pues, infalibles, y sean cuales sean nuestro actos, nuestras ignominias, nuestras indecencias, sólo somos responsables de ellas ante nosotros mismos!!!¹

Nicolás I gozó de la ambicionada sede romana durante nueve años, muriendo en el año 867, siendo colocado en el emperio judeocatólico, por el impulso que dio a las ambiciones de la curia romana en su carrera hacia el poder absoluto, con el título de santo.

El ambicionado trono abandonado por Nicolás I caería en manos de Adriano el Romano, papa Adriano (867–872).

¹ Palabras atribuidas a Nicolás por Graciano, y citadas por Lachatre en su obra *Los Papas*.

NIHIL OBSTAT. Expresión latina que, impresa en un libro, declara que la censura clerical no encuentra nada contra los intereses del rey del Imperio Vaticano y del teofuncionariado cristológico.

NOCHE DE SAN BARTOLOMÉ. Nombre con el que ha pasado a la historia la noche de los asesinatos y masacres cometidos por los secuaces franceses del obispo de Roma, Hugo Buoncompagni, más conocido por papa Gregorio XIII, el rey Carlos IX y la reina madre Catalina de Médicis en París, masacres iniciadas la noche del 23 al 24 de agosto de 1572. Cuando el pontífice conoció la noticia, entonó un “Te deum”, con el fin de dar gracias a su divinidad Yahvé–Cristo–Espíritu Santo por el éxito del genocidio cometido a mayor gloria suya. Posteriormente los asesinatos se sucedieron en toda Francia y los príncipes mitrados del judeocaticismo papista pudieron respirar a placer habiendo exterminado a todos los competidores de aquel país. Los historiadores y turiferarios del papado trataron, con el paso del tiempo, de convencer a sus ovejas de que la Noche de San Bar-

tolomé no tenía carácter religioso, sino que fue el resultado de enfrentamientos políticos entre Catalina y Coligny, a quien había tratado de asesinar antes sin que tuviera éxito su intento.

Pudiera decirse que la Noche de San Bartolomé no era más que un ensayo de genocidio llevado a cabo por el papa Gregorio XIII, y que pudo inspirar, sin desmerecerlo en absoluto, los genocidios que los españoles y otros europeos estaban cometiendo en América, África y Asia con los indígenas, o los que protagonizarían los alemanes durante la guerra del 40–45 en los países conquistados. El ensayo sería demasiado escandaloso, por lo que los papas recurrieron a la Santa Inquisición para cometer sus crímenes sin alborotar demasiado a sus rebaños².

¹ Los turiferarios del papado, en primera línea los jesuitas, con un cinismo envidiable, jamás negaron las masacres y los genocidios, aplaudidos de todo corazón, pero se soliviantan, cada vez que se recuerda la entonación del “Te deum”, que, afirman, no se cantó. Las pruebas de este cinismo angelical a lo largo de la historia, sobran. La historia moderna puede confirmar la complacencia del rey del Imperio Vaticano, Eugenio Pacelli, papa Pío XII, ante las masacres perpetradas por su protegido Ante Pavelic en el Reino católico de Croacia, en tiempos de la 2ª guerra mundial, y la felicidad contagiosa del rey Carol Wojtyla y su corte pontifical ante los crímenes de Karadzic en Sebrenica y toda la República Serbia, lo mismo que el placer de la Iglesia Ortodoxa Serbia, que proclamó a Karadzic “Hijo predilecto de Jesucristo” mientras que los metropolitanos griegos lo reconocían como “Hijo de la Iglesia Griega”. Ciertamente, cuando las pruebas son tan demoledoras, la curia romana, de no poder evitar las críticas, guarda un prudente silencio en espera de encontrar, en los retorcidos recursos de su casuística, argumentos para negar tales hechos o justificarlos.

² El ensayo, a juzgar por algunos escritos, se quedó corto. Guy Bechtel y Jean–Claude Carrière, en su obra *Dictionnaire de la Betise et des erreurs de jugement* (Robert Laffont, Paris, 1965), citan al escritor Horace Torsellino, que en su obra *Epitome historiarum a mundo condito ad annum 1598*, (traducción Lagneau, 1706), lo siguiente: “El glorioso pontificado de Gregorio XIII co-

menzó bajo felices auspicios. Llevaba poco tiempo en el pontificado cuando recibió la agradable noticia de la masacre de los hugonotes. Se degollaron, solamente en París, más de sesenta mil... Por desgracia algunos escaparon con vida." En la misma entrada, los autores ofrecen unos párrafos de Guy Dufaur de Pibrac, que en su carta *Ornatissimi cujusdam viri, de rebus gallicis ad Stanislaum Elvidium epistola*, octubre 1572, escribe: "La noche de San Bartolomé nos traerá días serenos. Una dichosa fecundidad poblará nuestras tierras desérticas...

Mi querido Elvidius, que todos aquellos que puedan leer este escrito aprendan a no calumniar jamás una acción generosa... Este rey, al que llaman el más cruel de todos los reyes, fue, para los hugonotes, el mejor de los padres... El nombre de Carlos IX será sagrado para los hombres honrados. Los príncipes lo tomarán por modelo y lo imitarán en circunstancias parecidas."

NOVACIANO EL ESTOICO. (*Entre la leyenda y la historia*). Obispo de Roma. Antes de alcanzar el obispado romano había dado muestras de una gran profundidad filosófica, y un atractivo literario indiscutible, siendo considerado, a la vez, como el fundador del teologismo cristológico romano, por un tratado sobre la trinidad judeocatólica. Novaciano era presbítero a la muerte del obispo romano Fabian (Fabiano, 236–250). El tiempo pasaba y, sin embargo, la ambicionada jefatura permanecía vacante debido –dicen las crónicas– a las persecuciones del emperador Decio y a los crueles enfrentamientos existentes entre los aspirantes a dicha satrapía. A la muerte de Decio un tal Cornelio consiguió sentarse en el peligroso trono, siendo elegido por el pueblo simple y gran parte del clero bajo, pero lo mismo hizo Novaciano, elegido por varios obispos, y aliado de Novato. Las escaramuzas entre unos y otros fueron largas, hasta que un concilio dio la razón a Cornelio. Novaciano tuvo que abandonar Roma, siendo desterrado a Centum–Cellae¹. Se estableció en África, muriendo, se cree, en el año 253, año en el que también murió Cornelio. Novacia-

no, para simplificar y sacralizar las cronologías del obispado romano, sería designado antipapa.

¹ No faltan versiones, míticas todas ellas, que afirman que el nuevo emperador, Trevoniano Gallo, se inclinó a favorecer a Cornelio.

NULIDAD MATRIMONIAL. Recurso que los reyes del Imperio vaticano utilizan para "separar lo que dios unió", con el fin de recaudar dinero y acumularlo en las cajas fuertes de sus bancos y palacios. Como el conjunto de la doctrina evangélica, que puede interpretarse de mil maneras distintas, tan opuesta y contradictoriamente como se desee, siempre que la causa justa del dinero, el poder y el oportunismo político lo exijan, "lo que dios unió no lo separe nadie", que aparece en los textos evangélicos debe ser sabiamente interpretado, de lo cual se encargan los teólogos y teofuncionarios del Tribunal de la Rota, una de las secciones jurídicas del judeocatolicismo papista que más ingresos económicos ha tenido hasta ahora. Debido a que al Jesús evangélico se le olvidó matizar la afirmación antes citada, la infalibilidad pontificia vino a enmendarle la plana, y creó dicho tribunal con el fin de precisar lo que aquél no precisó por falta de tiempo. El tribunal papista de la Rota es quien tiene, por inspiración divina, la clave de las situaciones creadas por los matrimonios católicos que no son matrimonios, por lo tanto no es de aplicación en ellos la citada frase evangélica. A ojo de los encargados de las finanzas del Imperio Vaticano y de los administradores del obispo de Roma –ministros de finanzas, en jerga teopolítica–, el matrimonio puede ser declarado nulo por varias razones o series de razones, en las que destacan tres principalmente: por vicio substancial de consentimiento, que siempre que se quiera puede haberlo; por defecto de

celebración según la forma establecida, que también podrá encontrarse si se desea, y por la existencia de un impedimento dirimente, que no faltará nunca si es necesario. A estas tres series de razones se une una cuarta, que no suele formularse, pero que es la decisiva: siempre que se pague generosamente el proceso de anulación. Si, en primera instancia, se declara que existen causas de nulidad o no, y debido a que cualquier proceso judicial genera tanto más beneficios para los tribunales cuanto más se alargue, puede recurrirse la sentencia, que, en el caso de los interesados se explica, cuando es negativa para sus deseos, pero no queda muy justificada cuando, siendo positiva y favorable a los interesados, es la misma "iglesia", a través de sus fiscales, quien la recurre, cuando ella es la que la ha dictado. En principio, pues, y para evitar errores, se necesitan dos sentencias, acompañadas, eso sí, del dinero contante y sonante que estos procesos exigen¹. En fin, sólo cuando, tras pagar generosamente la apelación, y el fallo final sea favorable a "los no casados", puede afirmarse que el matrimonio, con hijos o sin hijos, no ha existido más que en apariencia, y por esta causa y razón es declarado nulo. En función de los concordatos existentes entre el Vaticano y las diversas naciones, la nulidad de un matrimonio proclamada por la Rota tiene implicaciones civiles de gran trascendencia por los intereses en juego.

¹ Cuando en España, tras la muerte del general Franco, se iba a introducir el matrimonio civil, y por tanto la separación civil, los titulares de los expedientes de nulidad que languidecían en el Tribunal de la Rota, en espera de nuevas aportaciones de dinero para engrasar las plumas de los jueces apostólicos, recibieron una comunicación de tales jueces o sus secretarios, con el fin de advertirles que, si lo deseaban, el tribunal podía acelerar sus conclusiones, siempre que las exigencias –monetarias, se entiende– se cumplieran. El recurso era tan descarado, que

resultaba imposible no pensar que era ante el temor de que en España no tuviera ya ningún sentido recurrir a la Rota, y la corte del Imperio Vaticano dejara de percibir tan sabrosos elementos como dicho tribunal le había proporcionado en ese país.

NUNCIATURAS APOSTÓLICAS. Embajadas del rey del Imperio Vaticano en los países extranjeros. Dejando de lado la presión diplomática que se ejerce desde ellas, resulta sorprendente el sistema de financiación que mantienen. Todos los Estados que instalan una embajada en cualquier país extranjero, cargan con su construcción y mantenimiento, lo mismo que con el mantenimiento de sus embajadores y empleados, sin embargo, en las nunciaturas apostólicas los gastos corren –en ocasiones abiertamente– por cuenta de los países en los que se instalan, a pesar de que oficialmente, tales gastos, las nóminas y los sueldos recaigan en el ministerio de asuntos extranjeros del Imperio Vaticano o la Secretaría de Estado. Por otro lado, dichas embajadas, resultan ser centros de tráfico de divisas y dinero negro, amén de otros "valores" de dicho país hasta el Vaticano o los bancos papales. Sin olvidar el que, como centro de espionaje, gracias a la práctica de la confesión y otras actividades de carácter confidencial, resultan ser un centro de información de primera magnitud para los intereses de la corte del Imperio Papista.

NUNCIO APOSTÓLICO. Embajador del Imperio Vaticano. Resulta ser, además, el responsable del espionaje de la corte papal en los países en que se instala, siendo los agentes o espías los cardenales, obispos, arzobispos, superiores de las órdenes, congregaciones, asociaciones y entidades religiosas de carácter papista que en ellos viven, y todo tipo de curas y frailes, que cuentan siempre con la di-

rección de conciencia de hombres y prohombres, y el jugoso y fructífero recurso de la confesión para el espionaje internacional o colonial¹. Como todo espionaje que se precie, y dejando aparte asuntos de mayor enjundia –financieros y políticos– no puede faltar en él la utilización o el ocultamiento de las rocambolescas situaciones creadas por las inevitables complicaciones de entrepierna² entre espiados y espiadas, agentes y miembros de los países colonizados o por colonizar, o personalidades del propio Imperio Vaticano, situaciones que escapan raramente al teofuncionariado cristológico, pues cada creyente es, en potencia, un espía al servicio del Vaticano. El nuncio debe actuar en tales situaciones, en función de los intereses en juego, y a él le corresponde valorar la utilización de los elementos conocidos o poner en práctica las soluciones enviadas desde la corte del Imperio vaticano.

¹ Jamás hay que olvidar que cualquier país católico, para la corte del Imperio Vaticano, no es más que una colonia a explotar, y cada país de misión una mina, en potencia, de su imperialismo.

² Cuando “las situaciones rocambolescas” afectan a los intereses del papa, en cualquier país, el nuncio debe estar al quite, para salvar la situación como sea. El 20 de mayo del año 1974, el arzobispo, cardenal y académico francés Jean Daniélou, murió en brazos de una prostituta de lujo, la señorita Mimi, cuando santificaba su entrepierna con ardoroso celo cristológico (1), en el cuarto piso de la calle Dulong, 56, (Paris

XVII). Monseñor Egano Righi–Lambertini, nuncio apostólico en París, avisó, por código secreto, a Monseñor Villot, secretario de Estado de Montini, papa Pablo VI, en el Vaticano. Por esta inoportuna muerte, podía saltar al público que el ilustre cardenal, tan amigo de la alta sociedad, a la que visitaba con carismática y apostólica publicidad era también un visitador asiduo, aunque discreto, de algunas putas de alta braga. Siguiendo las instrucciones de la corte, el nuncio, evitó que la noticia saliera en los periódicos, y los jesuitas, especializados en los trabajos cloacales del Vaticano, cargaron con el muerto –aunque discretamente– para exponerlo en postura y lugar más decorosos. El padre provincial de los jesuitas de París, padre Coste, dio un comunicado a la prensa sobre los últimos momentos gloriosos del eminente cardenal, y otro jesuita, el padre Xavier Tilliette se encargó de precisar, sin faltar un ápice a la verdad, “que el cardenal, un activista infatigable, en plena entrega a su vocación apostólica, había ido al encuentro del Dios vivo”, como escribió en “Le Figaro”, del día 24 de mayo de 1974. El gran público, admirado por la muerte, al pie del cañón, del prelado, que reflejaba la noticia, sólo tuvo alabanzas para él, y el nuncio respiró aliviado. Dadas las circunstancias, “el muerto” pudo ser ocultado con la mayor discreción y el cardenal enterrado con toda la pompa que requería su cargo y la complacencia última de la corte vaticana, que dio el carpetazo a tan apostólica muerte.

— — —

(1) “Los periódicos serios” pactaron con los representantes clericales, en presencia de la policía, “no dar la noticia si ninguno de ellos la daba, pacto que cumplieron”. La única revista que, en mayo de 1974, se atrevió a dar la noticia fue “Le Canard Enchaîné”, noticia que la ofreció igualmente en “Les dossiers du Canard”, de septiembre de 1982.



OBEDIENCIA. Exigencia inexcusable a las órdenes del rey absolutista del Imperio Vaticano, el obispo o papa de Roma. Esta exigencia ineludible deriva de su papel de representante absoluto de la divinidad trinitaria. En realidad, la obediencia, puede definirse como la actitud de sumisión a las órdenes de una persona, de la que se reconoce o, al menos, se admite, por las causas que sean, el derecho y el ejercicio del mando. La obediencia es propia de los colectivos gregarios y sadomasoquistas. La independencia es una manifestación de las mentes críticas, lúcidas y despiertas y, al menos teóricamente, es una exigencia del adulto en todas las latitudes. La obediencia es propia de niños, que viven la experiencia de una protección absoluta por parte de sus padres, a los que agradan con la sumisión plena a sus órdenes y mandatos. El estado de inmadurez mental y física es lo que caracteriza la naturaleza del niño, y es también la característica de toda persona físicamente adulta que no quiere tomarse la molestia de decidir por sí misma y prefiere que otros carguen con la responsabilidad de sus decisiones. Puede decirse que el complejo de Peter Pan, el niño que no quería crecer, se observa en todos los individuos que han renunciado a la madurez y a poner en sí mismos la responsabilidad de sus propios actos y vida. Quedan liberados de la responsabilidad, pero permanecen en un mundo de imposiciones que

se opone, en no pocas ocasiones, a sus ansias de liberación, produciendo una disfunción mental, no exenta de placer, aun sexual, en ocasiones, de aquí su dimensión erótico sadomasoquista. La realidad psicológica que expresa la obediencia en todos sus grados, y no digamos la obediencia ciega –más o menos expresada y sacralizada– constituye una manifestación penosa de infantilismo mental y gregarismo del hombre, o una expresión de la truhanería y la mendacidad humana.

La obediencia, como sumisión de las masas o los individuos a las normas, a los tabúes, a las leyes, no es más que un reflejo de la aceptación ciega a las personas o colectivos que las han establecido, sin preguntarse seriamente si tales normas, tabúes, o leyes son dignas de respeto o no, si son justas o injustas, si abusivas y discriminatorias, y si los colectivos que las han impuesto o las personas que las han confeccionado e implantado son honradas y merecen la consideración que exigen o son unos indecentes y cínicos dignos del desprecio más absoluto. La clerecía de cualquier idolatría –el teofuncionariado general–, y el ejército de cualquier ideología o sistema son los dos colectivos que destacan por esta aberración humana y global de la obediencia. La sumisión a las órdenes de los superiores libera al individuo totalmente de su responsabilidad de hombre para convertirse en autómatas dóciles, que garantiza su

“modus vivendi” en el ejercicio de la obediencia. Dicho individuo encuentra en el colectivo militar, en la congregación religiosa, en sus superiores, la imagen del padre protector, mientras que él se realiza como niño eterno. Es más, el grado supremo de la autoridad militar y religiosa siempre tiene en mente su sujeción a “instancias superiores”, la patria, dios, la humanidad, a las que remite su responsabilidad de obrar, lo que salva, en principio, al obediente de cualquier responsabilidad al cumplir las órdenes que recibe. En los colectivos clericales y castrenses nadie se libera de su condición de niño, ni nadie toma sobre sí la responsabilidad de sus acciones. Esto convierte tales colectivos en los protagonistas de las mayores aberraciones que puedan darse, y la historia está ahí para demostrarlo. Cualquier programa emanado de los superiores debe ser puesto en práctica por encima de todo considerando. Las injusticias mayores quedan justificadas ante la falta de crítica, a la que se ha renunciado desde el instante mismo en que se ha aceptado la obediencia como principal norma de conducta.

En el religionismo cristológico, sobre todo dentro del Imperio Vaticano, la obediencia al rey absolutista imperial–papa, en jerga sacristial– es automática y ciega. Dicho monarca se ha autoproclamado representante de la divinidad Yahvé–Cristo–Espíritu Santo en la Tierra, es decir, se ha proclamado papadiós, y cuando el ídolo papal habla, todo el mundo obedece. El carácter sadomasoquista de la obediencia se manifiesta en la beatífica sumisión infantil del adulto señalado, y el dedo omnisciente y poderoso de la corona imperial.

OBEDIENCIA CIEGA. La predicada por los colectivos militares y religiosos, con el fin de eliminar la capacidad de análisis

y juicio de éstos colectivos. En ocasiones, como es el caso de algunas órdenes o logias religiosas, los superiores de tales grupos inculcan a sus seguidores la creencia de que la sumisión a cualquier orden del superior, aunque lógica y racionalmente sea un absurdo y una aberración, constituye la acción más idónea, útil, efectiva y connatural que pueda darse en ese instante y sobre la materia tratada. Llegar a ese extremo, y además exigir del inferior que racionalmente acepte esa imbecilidad como una realidad evidente, y por lo tanto inexcusable, que implica no solo la plena aceptación del individuo, sino un esfuerzo mental que le haga llegar al convencimiento de que dicho acto es el más adecuado en la situación dada, dando por descontado, además, que debe poner todo su entusiasmo en su ejecución, debido a que es el mismo dios trinitario el que lo ordena a través del superior–divino–cristológico, alcanza lógicamente dimensiones de locura onírica inconcebibles. El caso más conocido, en el que se han inspirado muchos otros grupos, es el de la logia ignaciana o jesuítica, grupo que desde su fundación en el siglo XVI, y a pesar de no pocos roces, ha sido el palanganero más dócil del papado, y quien se ha entregado, visceralmente, a su servicio y, sobre todo, el que más ha colaborado abiertamente, en los últimos cuatro siglos, a la conformación del Imperio Vaticano. Es, igualmente, quien ha situado al obispo o papa de Roma por encima de los concilios ecuménicos, y quien le ha proporcionado la joya más envidiable y divina, aunque no por ello menos peligrosa, de la tiara pontificia: la infalibilidad. El cuarto voto de obediencia especial al obispo de Roma, que pronuncian todos los profesos, constituye la manifestación más clara de esta disponibilidad. La justificación de esta obediencia, que

Ignacio de Loyola exige a quienes entran y pretenden mantenerse en su organización, no admite dudas. Ignacio, en la carta dirigida *A los padres y hermanos de Portugal, fechada en Roma*, el 26 de marzo de 1553, al hablar, en el punto 2º, del principio fundamental de la obediencia, recuerda las palabras evangélicas: *El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desprecia, a mí me desprecia.* (Lc. X, 16). Y, no contento con ello, para afirmar, por encima de todo, el carácter divino de la obediencia, no duda en añadir otro pasaje escabroso de dichos textos: *En la cátedra de Moisés se sentaron y leyeron los Escribas y Fariseos. Guardad, pues, y haced las cosas todas que os dijeren, pero no hagáis conforme a sus obras.* (Mt. XXIII, 2). No contento con estas citas, termina en ese punto recordando unas palabras atribuidas a Pablo de Tarso, con las que se justifica la esclavitud del modo más grosero, al exigir la obediencia de siervos y esclavos a sus señores, como si éstos fuesen el mismo dios¹. En el punto 3º de su carta, al hablar de los *Grados de la obediencia*, afirma, citando a los autores bíblicos, que *es mejor la obediencia que no los sacrificios* (1ª Rey, XV, 22). Para demostrar mejor esta realidad, no duda en citar al denominado san Gregorio cuando dice que *Por otros sacrificios mátese carne ajena; más por la obediencia sacríficase la voluntad propia* (S. Greg. Morales, I, 35, c. 14, n. 28). Y continúa, líneas más adelante, ensalzando y justificando la obediencia ciega, puesta por él al servicio de los superiores, pero sobre todo, al servicio último del papado, al que considera la imagen real del Jesús evangélico: *... pues la obediencia es un holocausto, en el cual el hombre todo entero, sin dividir nada de sí, se ofrece en el fuego de caridad a su Criador y Señor por mano de sus ministros; y pues es una resignación entera de sí mismo, por la cual se despo-*

see de todo, por ser poseído y gobernado de la divina Providencia por medio del Superior, no se puede decir que la obediencia comprenda solamente la ejecución para efectuar y la voluntad para contentarse, pero aun el juicio para sentir lo que el Superior ordena, en cuanto (como es dicho) por vigor de la voluntad puede inclinarse. Insiste en este punto con singular fuerza, al final del apartado: *Así que la obediencia, aunque sea perfección de la voluntad propiamente (la cual hace pronta a cumplir la voluntad del Superior) es menester, como es dicho, que se extienda hasta el juicio, inclinándole a sentir lo que el Superior siente; porque así se proceda con entera fuerza del ánimo, de voluntad y entendimiento, a la ejecución pronta y perfecta.* En el punto 5º, al hablar de los medios particulares para la consecución de la obediencia, advierte a sus seguidores: *Así que no toméis la voz del Superior, en cuanto os manda, sino como la de Cristo, conforme a lo que San Pablo dice a los Colosenses, exhortando a los súbditos a obedecer a los Superiores: "Todo lo que hacéis, hacedlo de buena gana, como quien lo hace por servir al Señor, y no a hombres; y entendiendo que habéis de recibir en pago la eterna herencia de Dios, servir a Cristo nuestro Señor"* (Col. III; 23-4).

El segundo medio es, que seáis prontos a buscar siempre razones para defender lo que el Superior ordena, o a lo que se inclina, y no para improbarlo; a lo cual ayudará el tener amor a lo que la obediencia ordena; de donde también nacerá el obedecer con alegría y sin molestia alguna; porque, como dice San León: "No se sirve con forzada servidumbre cuando se ama y quiere lo que se manda" (San León, *De ieiunio septimi mensis* serm. 89 c.1).

El punto 6º de la misma carta, aunque parece que da opción al inferior para poner en cuarentena la orden del superior, resulta ser, en realidad, un modo inequí-

voco de que al superior le alcancen las objeciones que pudieran habersele ocultado al exigir la obediencia a un mandato, y que pueden serle suministradas por el inferior. Prevalece siempre, y por encima de todo, el cumplimiento de lo ordenado: *Con esto no se quita que, si alguna cosa se os representase diferente de lo que al Superior, y haciendo oración os pareciese en el divino acatamiento convenir que se la representádes a él, que no lo podáis hacer. Pero, si en esto queréis proceder sin sospecha del amor y juicio propio, debéis estar en una indiferencia antes y después de haber representado, no solamente para la ejecución de tomar o dejar la cosa de que se trata, pero aun para contentaros más y tener por mejor cuanto el Superior ordenare.*

El punto 8º, la exhortación final, es el siguiente: *Y así como he comenzado quiero acabar en esta materia, sin salir de ella, con rogaros por amor de Cristo nuestro Señor que no solamente dio el precepto, pero precedió con ejemplo de obediencia, que os esforcéis todos a conseguirla con gloriosa victoria de vosotros mismos, venciendo-os en la parte más alta y difícil de vosotros, que son vuestras voluntades y juicios; porque así, el conocimiento y verdadero amor de Dios nuestro Señor posea enteramente y rija vuestras ánimas por toda esta peregrinación, hasta conduciros con otros muchos por vuestro medio al último y felicísimo fin de su eterna bienaventuranza.*²

El fundamento que Loyola ofrece para exigir la obediencia ciega a los miembros de la logia que fundó esta basado en varios presupuestos teomísticos y metahumanos, propios del judeo-cristianismo papista, totalmente discutibles y falsos, pero no por ello menos útiles a quienes exigen la obediencia, puesto que constituyen los cimientos de una realidad virtual vivida en el mundo occidental desde que el hombre pudo hacer algo más que

responder instintivamente a los estímulos provocados por el contexto en que vivía y su entorno familiar. Que esta realidad virtual no tenga más fundamento que las veleidades mentales producidas por el miedo y la ignorancia del hombre primitivo, no tiene mayor importancia, ya que condiciona no solamente el modo de pensar, de actuar y sentir de cada uno, sino que impregna, al menos aparentemente, si no las células de todo su cuerpo, sí las neuronas de su cerebro: a cualquier parte que se dirija o mire, el hombre choca, desde su nacimiento, con supuestos elementos metanaturales, metahumanos, metafísicos, más conocidos por realidades espirituales, celestiales y divinas, que condicionan totalmente su modo de ser. Los hombres, desde el instante en que abren los ojos y dejan de percibir el rostro de su madre, se encuentran inmersos, al menos en el mundo occidental, en un espejismo que pudiera denominarse teodogmático de carácter claramente teopolítico y teosocial. No existe para ellos un mundo material, físico, químico y biológico, natural, independiente y claramente delimitado por la energía, la masa, sus desplazamientos y la velocidad, sino que existe un mundo, supuestamente teológico, del cual brota el mundo material, y al cual están sujetos. Es más, con frecuencia, la misma política se convierte en teología, al hacer de cualquier sistema político una realidad sagrada, intocable, muy por encima del individuo y los mismos grupos sociales. En este mundo, plagado de realidades oníricas –seres superiores e inferiores, divinos y humanos, dioses y demonios, patrias terrestres y patrias celestes, banderas cristológicas y diabólicas, ejércitos yahvídicos y satánicos, victorias angélicas y derrotas luciferinas, seres infernales o celestiales, fuerzas conscientes ocultas, legados divinos, testamentos celestiales,

leyes primigenias, sumisión y posesión divina, sumisión y posesión diabólica, obediencia evangélica, trascendencias, vida espiritual, paraísos, ofensas trinitarias y enojos infinitos, justicia y castigos divinos, torturas eternas, promesas espirituales, cielos, infiernos, milagrerías, elegidos divinos, ángeles, arcángeles, parusas, jerarquías infernales y paradisíacas, pecados, redenciones—, el hombre se ve obligado a adaptarse a los imperativos que exigen estas realidades virtuales, imperativos que, en último y primer término, son las exigencias de los núcleos de poder establecidos a la sombra de ellas; esta adaptación tiene su manifestación más decisiva y convincente en la sumisión ciega y absoluta a sus órdenes, es decir, en la obediencia ciega a los círculos del poder.

Ignacio, no pudiendo destacar en la vida militar y social de la corte, puso todos sus conocimientos al servicio de las realidades oníricas, el único terreno en que su deformación física —debido a una herida de guerra cojeaba visiblemente—, no le impedía destacar. Si los ejércitos humanos no lo necesitaban, los ejércitos celestiales, una vez demostrada su valía, no lo rechazarían. Que en su ofuscación no se diera cuenta de que la realidad virtual a la que pretendía servir no existía más que en la imbecilidad humana y en la bribonería de unos aventureros de crucifijo, cogulla y mitra, no tiene ninguna trascendencia. La obediencia ciega que él predicó, puesta al servicio de los intereses del obispado y papado de Roma, lo satisfizo lo suficiente como para sentirse orgulloso de su formulación, y tuvo el efecto inmediato de fortalecer los carcomidos muros del judeocatolicismo papista, y detener su ruina.

En realidad, Loyola nada nuevo ni original ofreció a sus seguidores y al religio-

ga: se limitó a reforzar, con sus técnicas de lavado de cerebro, sintetizadas en los *Ejercicios*, la secular servidumbre humana, poniendo en manos del papado romano una herramienta insidiosa y eficaz para imponer sus tropelías y construir el ambicionado Imperio Vaticano.

¹ *Carta a los Efesios*, VI, 5.

² Todas las citas se encuentran en las *Obras Completas de S. Ignacio de Loyola*. Ed. de I. Iparraguirre, S. I. y C. De Dalmases, S. I. (BAC, Madrid, 1963).

OBEDIENCIA Y REPRESIÓN SEXUAL.

Los reyes del Imperio Vaticano, la nomenclatura cardenalicia, los superiores de las logias religiosas, los abades y generales, es decir, todo el teofuncionario cristológico, en todas sus sectas, afirman con una rotundidad absoluta que la obediencia no es más que el ejercicio de la imitación de Cristo que, como recuerda el supuesto Pablo de Tarso, se hizo obediente hasta la muerte¹. Aparte de la mendacidad y estupidez que encierra esta afirmación que se atribuye a ese ser mítico del judeocatolicismo universal, pues reduce a sus divinidades supremas a meras marionetas de los intereses del hombre, la obediencia no tiene otro fundamento mas que la fuerza física o psicológica, por un lado, y la debilidad como corolario, por otro. En cualquier terreno que uno pueda introducirse, la obediencia nacerá, en principio, de estos elementos: fuerza (el que ordena) y debilidad (el que obedece). La forma que adopten, o los campos en que puedan estudiarse no se apartarán para nada de esta regla básica. La relación entre la obediencia y la represión sexual es fácil de ver cuando se estudia de cerca la naturaleza humana. La actividad sexual es una manifestación de la vida, que trata de prolongarse a través del apareamiento. Como impulsión biológica, para la especie entera, es tan fundamental como la alimentación,

el descanso y otras manifestaciones, en función de la especie de que se trate. Si la represión sexual fuese absoluta en toda la especie, la vida de la misma peligraría, lo mismo que peligraría si la especie se abstuviera de alimentarse. El individuo no cuenta, pero las pautas generales se manifiestan en todos los individuos, con mayor o menor intensidad. Si se reprime la sexualidad de un animal, este animal, en función de su especie y su realidad psicossomática, vivirá con mayor o menor intensidad esta frustración. Al hombre le sucederá lo mismo. Y para un grupo de personas, hombres y mujeres, a los que se reprima, la intensidad de esta frustración será tanto más grave cuanto más fácilmente puedan darse las posibilidades del ejercicio de la sexualidad: proximidad, contacto, promiscuidad, atractivo, etc. La represión sexual que afecta al individuo contaminado por cualquier religionismo convierte la infracción de dicha represión en pecado, y hace del individuo un ser torturado, porque difícilmente puede cumplir, por la misma naturaleza de que está compuesto, la abstinencia. Esta tortura hará de él un sujeto enfermizo, acomplexado, torturado, escrupuloso, que necesitará de un guía o maestro –superior o padre espiritual, en jerga teocastrense– para poder sobrellevar las múltiples dudas que provoca la exigencia de la castidad absoluta que se ha impuesto –en la creencia, que se le ha inculcado, de que agrada con dicha abstinencia a la divinidad²– y su trasgresión pecaminosa. Pero el superior o padre espiritual, es a su vez, víctima del mismo trauma, porque la represión sexual no perdona a nadie medianamente bien configurado, por lo cual se ve obligado a buscar la exigencia que impone a sus discípulos, novicios, o dirigidos, y la que él mismo se impone, tanto en las reglas del grupo o logia, como en sus superio-

res inmediatos, que, tratándose del clero secular, serán los obispos. Sin embargo los obispos y superiores generales de las logias religiosas, al igual que los fundadores de éstas, que exigen los votos de obediencia, castidad y pobreza a sus seguidores, son tan víctimas como los mandos intermedios –superiores locales, rectores, padres espirituales, maestros de novicios, etc.– y todos sus miembros, hechiceros o sacerdotes, hermanos legos, etc., de esta dolorosa realidad, por lo que necesitan, igualmente, encontrar en otra entidad, un superior a ellos, la imposición de esta frustración, para que les ayude a soportar la dolorosa complejidad mental que tortura su cerebro y todo su ser por la facilidad con la que el pecado se manifiesta en su vida. En último término, unos y otros se ven obligados a recurrir a los estamentos más altos de su religiosidad mórbida para justificar la castidad absoluta que se les exige. Y dentro de la secta judeocatólica papista, que es quien, en la actualidad, impone la castidad a todos sus sacerdotes o hechiceros, y aun a los mismos creyentes que no alcancen la edad del matrimonio o no pasen por él cuando la alcanzan, el estamento más alto no son los fundadores, ni los cardenales, que sufren la mismas frustraciones, sino el obispo de Roma y rey totalitario del Imperio Vaticano. Éste es el personaje último al que debe recurrir la nomenclatura cardenalicia, patriarcal y metropolitana para poder encontrar un alivio a las torturas que les impone un pecado que resulta no ser más que el fruto de las manifestaciones, que su misma divinidad impuso en la naturaleza del hombre, reprimidas por las prohibiciones que sus representantes en la tierra impusieron a sus rebaños. Pero como el obispo de Roma y rey del Imperio Vaticano, no es más que otro hombre, y en ocasiones tan rijoso como el más ri-

joso de los palomos o los moscones³, es necesario que se vea en él la imagen del representante del supuesto fundador de todo el entramado, para que el conjunto descansa en la segura complacencia de que la castidad viene exigida por su dios Yahvé–Cristo–Espíritu Santo, que la impone como medio para identificarse con él, y que ofrece el recurso a la obediencia como medio para mejor soportar los conflictos que crea.

Pero tanto el último monaguillo como el papadiós más soberbio, saben que la castidad es impracticable a nivel de especie, y, a pesar de los pesares, a nivel de grupo o logia, y, con muchísima frecuencia, a nivel de individuo, en todo tiempo y lugar, por lo que la caída y la tortura de todos entra a formar parte del juego. Esto origina, cuando los afectados son sinceros o se encuentran en las primeras etapas de su contaminación o formación, es decir, con toda la ilusión de la juventud, un estado general de debilidad mental, de infantilismo psíquico, que necesita del recurso permanente al superior, y en este recurso permanente se ejercita la obediencia, la sumisión, el autodesprecio, que es el estado ideal para el ejercicio del mando en los superiores, y la obediencia ciega en los inferiores. Pero con el paso de los años la sinceridad, que brota de la ilusión y la ignorancia, de la credulidad y la honradez, es imposible que no se pierda al vivir en un estado de permanente contradicción, en donde la caída permanente en el pecado se alterna con el ejercicio rutinario de la confesión y el recurso a los superiores, por lo que una persona honrada y que aún conserve un mínimo de fortaleza, ética y sentido común, debe abandonar tales juegos o sumergirse de lleno en el cinismo y la hipocresía más absoluta, aunque cabe la posibilidad de que derive y se hunda en la demencia⁴. Que el judeo-

catolicismo papista, el Imperio Vaticano, no hubiera podido existir sin el recurso a la represión sexual de los rebaños y la contribución de los “castrati” psicóticos, o castrados mentales que componen toda la clerecía y las órdenes o logias religiosas, se aprecia al instante cuando se observa las distintas sectas que componen el judeocatolicismo universal, y la trayectoria de éste en los primeros siglos de existencia. De todas las sectas que brotaron del judaísmo reformado imperial triunfante, ni la ortodoxa, ni la armenia, ni la copta, ni las reformadas, ni las mormonas, ni las iglesias jehovánicas modernas ni el judeoislamismo mundial se han estructurado y podido estructurar en construcciones piramidales tan férrreas y dogmáticas. Sólo la secta judeocatólica papista lo ha podido hacer, y eso a partir del siglo VIII, cuando las órdenes monásticas, que controlaron el obispado de Roma, lucharon por imponer la represión sexual, el celibato absoluto, al clero secular y a toda la clerecía; y cuando este mismo obispado, viendo los beneficios que le producía la creación de órdenes y logias religiosas en donde el voto de castidad y el de obediencia eran norma obligada, fomentó su aparición y sujeción directa a la curia romana.

¹ Las discusiones bizantinas en torno a la naturaleza de la trinidad yahvéica–cristológica–praclital dejaron claramente establecido el que Yahvé y Cristo eran coeternos y eran dioses en un mismo dios, cualidad de que gozaba también el Espíritu Santo. El revoltijo y rompecabezas que origina su naturaleza, unicidad, pluralidad trinitaria, esencia, potencia, dependencia e igualdad, diferencia y voluntades no tiene mayor significado ahora, como tampoco lo tiene el que a Yahvé se lo llame padre, a Cristo hijo y al Espíritu Santo sarpullido clónico de dios en dios. Lo que importa destacar es que en esta trinidad nadie es, por definición, superior a nadie, sea cual sea el papel que se les quiera atribuir en la denominada economía de la salvación: a Yahvé el de un viejo barbudo y gruñón, a Cristo el de un masoquista irredento, y al Espíritu

Santo el de un palomo sin sentido, destacando los tres por su falta de luces, como demuestran la *Biblia* y los *Evangelios*. Admitida la igualdad, ampliamente justificada en Bizancio, no puede existir obediencia, puesto que en la trinidad no hay superiores ni inferiores, ni puede haberlos, porque los seres divinos de los que estamos hablando, aunque quisieran, por definición también, no puede renunciar a su esencia, cien por cien idéntica en todos ellos. Esta es la razón por la que el mítico San Pablo, al hablar de la obediencia de Cristo, no dice más que tonterías, lo que mismo que todos aquellos que lo citan para justificar la sumisión que exigen a sus seguidores. Cristo no obedeció a nadie, porque nadie le podía mandar, y las referencias que, en su papel de Jesús, hacen los textos evangelios acerca del cumplimiento de la voluntad de su padre no son más que las elaboraciones de unos escritores que se vieron entre la espada y la pared a la hora de dar una consistencia teorracional a los desvaríos de su mente y pluma y para tratar de justificar la teoría condenatoria y salvífica que había compuesto para justificar su parasitismo.

² Que a los dioses o ídolos judeocatólicos –Yhavé, Cristo, Espíritu Santo, María y los lares de andar por casa o dioses santorales– les agrade la castidad, tiene menos fundamento que el pensar que les gusta jugar a las canicas. La oración, la represión, la súplica, los actos culturales de cualquier idolatría constituyen actividades del hombre cuyo fondo psicológico es tan humano, tan profundamente humano, que se ancla en los comportamientos irracionales de las especies vivas, pero que dejarían indiferentes a los dioses a los que supuestamente se dirigen en el caso de que éstos existieran. En la ilusoria aspiración de creer que se pone en contacto con entidades metanaturales supuestamente divinas, el hombre vive un espejismo, se ha creado una realidad virtual, y, en el fondo, no ha hecho otra cosa más que dar vueltas en torno a la noria degradando su propia naturaleza, cuando creía elevarla a las esferas divinas. Aunque los dioses concebidos por el hombre existieran, su esfuerzo por comunicarse con ellos sería de una inanidad absoluta. Los dioses, de existir, y los hombres, de existir para los dioses, estarían, unos de otros, a una distancia infinita en grado y en esencia. Ni pueden encontrarse ni pueden entenderse; y por no poder, no podrían siquiera concebirse mutuamente con un mínimo de verosimilitud.

³ La historia de los reyes absolutistas y la nomenclatura cardenalicia y obispal, que construyeron y mantienen lo que en la actualidad constituye el Imperio Vaticano, es bastante conocida, y no se necesita insistir en las indecencias libidinosas a que se entregaron en esa sacristía o

prostíbulo teológico y monumental que configura hoy el estado de la Ciudad del Vaticano y otras dependencias del obispado de Roma. La represión sexual que impusieron a los órganos más virulentos y activos del imperialismo cristológico –misioneros, ascetas, predicadores, apologetas, teólogos, teomísticos, etc.–, para lograr con más facilidad la sumisión absoluta y la obediencia ciega, fue letra muerta para la nomenclatura cardenalicia y príncipes obispales, que, con un cinismo divino, no solamente se entregaron tradicionalmente a los mayores excesos sexuales, sino que los explotaron económicamente como lo demuestran, entre otros, los *Libros de las Tasas* publicados por los obispos de Roma.

⁴ Esta es la razón por la cual no suele ser infrecuente, en las residencias de religiosos y sacerdotes, ver un número proporcionalmente alto de personas relativamente jóvenes que han perdido totalmente el norte, irresponsables irrecuperables, que necesitan la ayuda permanente de otras para poder conducirse con un mínimo de seguridad y no ser un peligro para ellos mismos.

OBISPO¹. Título de pastor aplicado a los príncipes mitrados del teísmo cristológico, y, por lo mismo, al rey del Imperio Vaticano. Sus orígenes son inciertos, a pesar de que se ha querido ver su fundación en los textos evangélicos. Sin embargo, siendo a todos luces evidente que tales textos fueron sacralizados por los jerarcas y los mismos jefes mitrados del judaísmo filorromano imperial a partir del siglo IV, está claro que los obispos no pueden tener su origen en los evangelios, sino que éstos resultan ser la manifestación más clara de la elaboración del colectivo obispal². En los primeros siglos del judeocaticismo, no hubo obispos: los levitas y rabinos debieron de ser los primeros pastores y guías de los judíos heterodoxos de la diáspora y, más concretamente de los judíos filorromanos (cristianos, en jerga común). Para evitar confusiones con los levitas y rabinos ortodoxos, tales pastores comenzaron a llamarse testigos, hermanos, predicadores, asistentes, exhortadores, etc., terminan-

do por tomar los nombres de diáconos y diaconisas y otros de corte griego y romano. Cuando las comunidades fueron creciendo, se acuñaron los nombres de subdiáconos, presbíteros, guías, papas (por padres), etc. Y sólo cuando las comunidades dominaron regiones enteras se crearon otros cargos, entre ellos los de epíscopo, como responsable de las mismas. Bajo su vigilancia estaban los diáconos de cada una de las células, aldeas y pueblos. Los pastores, obispos o padres siempre fueron escogidos por las comunidades que iban a presidir. Nadie podía estar a la cabeza de una comunidad que no lo hubiera elegido ella misma, y esto era de rigor para todos los episcopos, el de Roma incluido. Todos fueron nombrados, y serían nombrados durante siglos, por los habitantes del pueblo o comunidad por cuyos intereses iban a velar en lo sucesivo. El único papel que se les había confiado era el de procurar que las decisiones de la comunidad se cumplieran, tanto en la administración de los bienes, como en la aceptación de prosélitos, como en la forma de velar por los intereses metahumanos de la comunidad. Cuando la extensión del religionismo cristológico se hizo incontrolable, las decisiones importantes fueron delegadas en los representantes del pueblo. Posteriormente la elección recaería sobre las autoridades de la ciudad o región. Sin embargo, el obispado romano, que se vio favorecido por diversas causas en sus ambiciones, y que desde el siglo VI venía luchando por obtener la supremacía sobre todos los obispados, se dedicó a la falsificación y presentación de documentos y legajos que pudieran demostrar el derecho a la supremacía obispal que perseguía, por lo que lentamente, muy lentamente, fue colocando sus peones en el tablero político y eclesial hasta que finalmente consiguió levantarse por

encima de los demás obispos y, posteriormente, por encima de los concilios, terminando por declararse infalible. En la actualidad, los obispos de todas las diócesis son elegidos o confirmados por el obispo de Roma de turno, rey absolutista del Imperio Vaticano, pasando a ser meros representantes de éste en las provincias y colonias del imperio. (Ver *EL SACRAMENTO del orden*).

1 El religionismo cristológico, más concretamente el teofuncionariado evangélico, no inventó nada, se limitó a utilizar y plagiar los elementos que existían en el mercado teopolítico o religioso. Los nombres de diácono, presbítero, epíscopo, arzobispo (arjiepíscopo), metropolitano, patriarca existían en el mundo griego, romano y judío siglos antes de que el personaje Jesús-Cristo se hubiera podido imaginar y componer. (Sobre este punto resulta útil el artículo publicado por Papayota Papadopulu, titulado *Términos de las dignidades eclesiásticas en Bizancio y en la Grecia Moderna*, en *Actas del III Congreso de Helenistas de Iberoamérica Vitoria-Gasteiz, 2 al 5 de junio de 2005*. Universidad del País Vasco, Bilbao, 2007).

2 Es necesario leer atentamente los *Hechos de los apóstoles*, para darse cuenta de que lo que se pretende narrar en éstos precedió, a todas luces, a lo que se pretende narrar en las *Biografías nicenas de Jesús* (los denominados *Evangelios*). Es decir, que fue antes la comunidad judeocatólica, que los *Evangelios*; que fueron antes los *Evangelios*, que Jesús. El denominado concilio de Nicea es la mejor prueba de esta afirmación.

OBLATA. Impuesto exigido por las jerarquías judeocatólicas a sus ovejas, por mediación del Estado, bajo la denominación de "contribución religiosa", en otro tiempo llamada limosna, considerada, a los ojos del pueblo, como la ofrenda que cada uno de los creyentes hace al dios Yahvé-Cristo-Espíritu Santo. Su historia se pierde en los diezmos hebreos exigidos al pueblo para alimentar a la tribu de Leví, que se alzó con el hechicerismo o sacerdocio yahvídico entre los judíos. Posteriormente, cuando el judaísmo evolucionó hasta desembo-

car en el judeocatolicismo filorromano imperial triunfante –en palabras llanas, el imperialismo cristológico latino– las ofrendas las hacían los fieles en especies en los templos de la idolatría judeocatólica, costumbre que sería substituida, ya entrado el siglo XV, por la aportación áurica, más agradable y fácil de manejar, que además no sufría mermas ni desperdicios, y era, para mayor abultamiento, incorrupta.

ÓBOLO DE SAN PEDRO. Nombre que se da al dinero que la mayoría de los monarcas, presidentes, capitalistas, Estados, hombres de negocios, traficantes, mafiosos, capos, camorristas, banqueros, empresarios, imperialistas, logias, órdenes y congregaciones religiosas de todo credo y condición, y gran número de “simples” creyentes, envían al nuevo obispo de Roma y rey del Imperio Vaticano cuando éste es elegido. El denominado óbolo de san Pedro es de propiedad exclusiva del obispo romano de turno, y se cuenta entre los bienes particulares del rey del Imperio. Su imposición “gratuita”, que ningún papa ha querido eliminar, devolviendo el dinero que le entregan a quienes se lo enviaron, y prohibiendo su recepción en lo sucesivo, tiene sus raíces, para algunos historiadores ortodoxos, en las ofrendas que obligatoriamente se recogían, en algunos países, para el obispo de Roma. Algunos remontan esta costumbre al siglo VIII, en Inglaterra, lo que parece más que dudoso, puesto que el papado romano, aunque había conseguido ya situarse por encima de los demás papados del orbe, no tenía las características que hoy tiene. En la actualidad, los subalternos papales son los encargados de contabilizar dicho dinero e ingresarlo en las cuentas privadas del rey elegido.

OBRA PONTIFICIA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE. Uno de los focos de proselitismo más virulentos del religionismo cristológico. La historia de este centro dedicado al imperialismo religioso tiene sus orígenes, según comentan las crónicas, en una mujer francesa, la lionesa Paulina María Jaricot, nacida en el año 1799, y que tuvo la feliz idea, cuando apenas tenía veintiún años de edad, de ofrecer una cantidad determinada de dinero a la semana para la propagación del judeocatolicismo papista. Convenció a las obreras de una fábrica de Lyon para que hicieran lo mismo, y los príncipes mitrados del papismo, que vieron en la idea una posibilidad más de recaudar dinero a costa de quien más lo necesitaba, ya que el pobre jamás es tan pobre que no se le pueda despellejar todavía más, acogieron la idea con fruición. Los sucesivos reyes del Imperio Vaticano, entre los que se encontraban el señor Bernabé Luis Chiaramonti, papa Pío VII, el señor Gregorio Capellari, papa Gregorio XVI y el señor Jaime della Chiesa, papa Benedicto XV, la cargaron de felicitaciones y parabienes. El rey Aquiles Ratti, papa Pío XI, puso la tan fructífera institución, en el año 1922, bajo la protección directa de la corona.

OBRA PONTIFICIA DE LA SANTA INFANCIA. Institución dirigida a la propagación, entre los niños de “padres infieles”, del judeocatolicismo papista, haciéndolos víctimas, cuando todavía están indefensos y no pueden crear anticuerpos, del imperialismo pontifical. La característica más señalada de este imperialismo religioso es que emplea a los niños para dicha propagación, haciendo que colaboren, con todo el dinero que puedan sacar a sus padres, para el mantenimiento de los focos proselitistas, laboratorios o seminarios de contagio

intensivo. Junto a la aportación económica imprescindible se les pide la colaboración para la asistencia y educación de la "infancia pagana". La idea de este imperialismo infantil religioso se debió al francés Forbin-Janson, que la propuso a la corte del Imperio Vaticano, el año 1843, y que a la corte le faltó tiempo para aprobarla poco después, en el año 1846. Posteriormente, el rey Aquiles Ratti, papa Pío XI, se apresuró a sacralizarla y confirmarla como la segunda forma del imperialismo religioso vaticano más importante, siendo la primera la Obra Pontificia de Propagación de la Fe.

OBRA PONTIFICIA DE SAN PEDRO APÓSTOL. Instituto para la propagación del imperialismo vaticano en "tierra pagana o de misión", a través de la creación de seminarios en los "países de infieles". Las fundadoras aparentes de esta obra fueron las francesas Estefanía Bigard Cottin y su hija Juana, que la pusieron en marcha a finales del siglo XIX, y que, en el año 1922, el rey del Imperio vaticano Aquiles Ratti, papa Pío XI, la clasificó como la tercera de las obras de proselitismo teopolítico más importantes de la curia romana, tras la Obra pontificia de Propagación de la Fe y la Obra Pontificia de la Santa Infancia.

OBRAS CATÓLICAS. Comprende un gran número de instituciones cuya finalidad principal es el imperialismo religioso papista a través del proselitismo activo. Se incluyen en este apartado obras de todo tipo de propaganda a través de ayudas, servicios, colaboraciones, actos de piedad, caridad, instrucción, ateneos, universidades, institutos superiores, etc., que ocultan siempre la disposición de grandes medios económicos, públicos y privados, al servicio del imperialismo vaticano. Entre estas instituciones, y dejan-

do aparte las que dependen directamente de la curia, se encuentran las de san Vicente de Paúl, que son varias; la Obra del Pan de los Pobres de San Antonio; las Obras de asistencia a los emigrados; las destinadas al apostolado entre los marineros; la Pía Sociedad de San Jerónimo para la difusión de los textos evangélicos; la Unión Católica para las Ciencias sociales; la Pax Romana, de carácter universitario; la Unión de enfermeras de "San Camilo"; el Instituto Beato Angelico para el estudio del arte sagrado; la Obra diocesana de la Buena Prensa; el Apostolado de la Oración; la Cruzada Eucarística, etc.

OBRAS PONTIFICIAS. Nombre genérico con el que se designan las organizaciones de propagación del imperialismo vaticano que dependen directamente del obispado romano debido a su importancia y supranacionalidad.

OBSERVATORE POLITICO. Periódico italiano que, a comienzos del año 1978, publicó un artículo, firmado por Mino Pecorelli, periodista especializado en temas de la corte del Imperio Vaticano, sus reyes o papas y la nomenclatura cardenalicia. En dicho artículo se ofrecía una lista de los altos cargos de la curia y corte que pertenecían a la masonería y sus diferentes logias. La relación daba nombres, pelos y señales de cada masón. El artículo se titulaba la Logia Vaticana, y ofrecía la relación de más de ciento veinte miembros del teofuncionariado papista residentes o con actividades en la Ciudad del Vaticano, sede del Imperio. Príncipes capelados, príncipes mitrados, monseñores, prelados y oficiales de todo tipo que trabajaban a la vera del nuevo papa Albino Luciani, y que estaban en sus puestos desde el pontificado de su predecesor, el papa Montini. La lista se

remataba con el nombre de Licio Gelli, jefe supremo de la logia Propaganda Due (P-2). Se dio la circunstancia de que la lista publicada por Mino Pecorelli sería completada y ampliada, pocos días después, por los servicios secretos del Vaticano, la Sancta Societas y el Sodalitium Romano, con otros nombres que aparecieron en otra lista que el padre Giovanni DaNicola presentó en persona al recién elegido papa Luciani. En el informe de DaNicola figuraban el todopoderoso Jean Villot, Secretario de Estado, Ugo Poletti, cardenal vicario de Roma, Paul Marzinkus, monseñor Agostino Casaroli, el cardenal Sebastiano Baggio y monseñor Donato de Bonis, del Banco Vaticano. Los cardenales Benelli y Felici confirmaron a Luciani la veracidad de la lista.

Unos días después de la sospechosa muerte de Albino Luciani, su informador, el padre Giovanni DaNicola, apareció ahorcado en una parque romano; se pretendió hacer pasar su muerte por un suicidio, pero el golpe que tenía en la cabeza, descartaba totalmente esa posibilidad. A pesar de todo su caso se archivó sin que la policía moviera un dedo por aclararlo. Por otro lado, Mino Pecorelli, que seguía dando datos y más datos sobre la masonería, el IOR (Banca Vaticana), la mafia y sus relaciones con la nomenclatura vaticana, el arzobispo Marcinkus y Licio Gelli a través del Observatore Politico y otros medios, fue abordado por Licio Gelli, gran maestre de la logia Propaganda Due, para llegar a un acuerdo, con el fin de que interrumpiera a sus publicaciones. Las negociaciones no condujeron a nada, y pocas horas después, Mino Pecorelli apareció muerto a tiros en su coche: había sido asesinado en el más puro estilo mafioso. Fueron varios los cardenales que respiraron aliviados al conocer su muerte, al igual que lo hicieron cuando conocieron la muerte del papa Albino Luciani,

OCTAVA PARA LA UNIÓN DE LAS IGLESIAS. Iniciativa de algunos judeocatólicos reformados que, a principios del siglo XX, trataron de hacer un esfuerzo para conseguir la unidad de todas las sectas que componen el teísmo cristológico o judeocatolicismo mundial. Se afirma que fue Francis Watson quien por primera vez expuso la idea en un periódico de USA. La idea fue tomada con gran interés por la corte del Imperio Vaticano, por lo que algunos de sus reyes la aprobaron y recomendaron a sus teofuncionarios. Para darle un matiz mas pontifical, los papas romanos inician su octava el 18 de enero, día de la denominada cátedra de san Pedro, y la concluyen el 25 del mismo mes, día en que celebran la conversión del supuesto Pablo evangélico.

OCTAVIANO DE TÚSCULO. Papa Juan XII. La mayoría de los historiadores afirman que Octaviano era hijo de Alberico II y de Marozia, la madre de éste. Ocupó el disputado trono del obispado romano a la muerte de Agapito el Romano, papa Agapito II, en el año 956, gracias a que su padre lo destinó a él, haciendo jurar a la nobleza romana que lo elegiría para el cargo, lo que la nobleza cumplió, debido a que dicha elección coincidía con los deseos de Cristo, a quien iba a representar. Apenas tenía 18 años cuando se ciñó la ambicionada tiara. Cambió de nombre, y tomó el de papa Juan, siendo, según algunas crónicas, el cuarto obispo de Roma que lo hacía –el primero había sido Mercurio o Mercurial, papa Juan II, el segundo Catelino el Romano, que tomó el nombre de Juan III, el tercero Bonosio el Romano, que tomó el nombre de Benedicto I–. La vida que había llevado hasta entonces, la de un niño mimado sin moralidad ni traba alguna, continuó haciéndola con mayor libertad ahora. Entre otros méritos que se le atribuyen

está el de haber convertido el palacio Lateranense en un burdel de lujo, cuyos beneficios eran para él.

Su despotismo y orgullo, lo mismo que la mezquindad de que hizo gala siempre, la demostró cuando ofreció al emperador de Alemania Otón I, una copia del texto de la supuesta Donación de Constantino. El diácono Juan el Romano, que la había copiado, dijo al emperador que el documento era una falsificación descarada. El Santo Padre tuvo conocimiento de la revelación hecho por el diácono y, cuando el emperador se ausentó, hizo que al diácono se le cortaran los dedos.

El mismo emperador, al cual había acudido, solicitando ayuda contra Adalvert d'Ivrée, viéndose finalmente traicionado por el pontífice, lo destronó y mandó elegir como obispo de Roma y papa romano a León el Laico, papa León VIII, que fue consagrado con todos los requisitos y honores que merecía el cargo y la nueva elección del Espíritu Santo. Al marcharse Otón de Roma, Juan XII, volvió a la ciudad, se vengó cruelmente de quienes lo habían traicionado y de sus enemigos, mientras que el resto corría a postrarse a sus pies, reconociéndolo como único obispo de Roma. León VIII, tuvo que huir secretamente para escapar a la muerte, y fue excomulgado. El emperador, avisado de su regreso, apresuró su marcha hacia Roma, pero no tuvo tiempo de destronarlo de nuevo, porque un marido nada espiritual le quitó ese placer: había sorprendido al representante de Cristo profundizando la entrepierna de su esposa desnuda, en el lecho, y le machacó el cráneo a mazazos. Juan XII no pudo resistir tratamiento tan disuasorio y convincente, y murió pocos días después a consecuencia del mismo. Corría el año del señor 964, habiendo reinado, al filo de la navaja, durante ocho años. Su enemigo, el excomulgado papa León

VIII, tuvo la dicha de ver pasar su cadáver y recuperar el trono.

ODESSA, La organización. La palabra en sí constituye la abreviación de una entidad formada por los jefes alemanes al final de la 2ª guerra mundial, aunque su aparición es posterior a la guerra. El nombre completo de la misma era Organisation der SS–Angehörigen. Fue una entidad muy extendida cuya finalidad principal fue la de ayudar a los miembros de las SS y la GESTAPO a escapar de la justicia de los vencedores y a evitar cargar con la responsabilidad de las acciones de que eran responsables desde su ascensión al poder hasta 1945. La organización trataba de evitar los arrestos de los imputados y a proporcionarles ayuda legal –y de otro tipo, si se juzgaba necesario– si eran detenidos. El objetivo último era el de facilitar su fuga, si eran detenidos o estaban a punto de serlo, y si eran condenados, en el caso de ser juzgados. Para lograrlo, la organización se preocupaba de proporcionarles documentación falsa y un viaje con destino a lugares seguros de residencia, como eran los países árabes de Oriente Medio y Suramérica, especialmente Argentina y Paraguay. La ruta habitual, utilizada por nazis, ustachis y fascistas, partía de Austria e Italia (con especial ayuda de la corte Vaticana y sus servicio de espionaje, la Sancta Societas), hacia España, en donde era protegidos y ayudados por Franco y sus colaboradores, y en donde se escondieron nazis y fascistas de gran calibre, como Ante Pavelic, el dictador católico croata, y León Degrelle. Tras España las rutas se dirigían, habitualmente, hacia los países árabes de Asia Menor y, finalmente, al cono sur de América, en donde estaban amparados por dictadores como Juan Perón¹ (Argentina) y Alfredo Stroesner (Paraguay).

Odessa dejó de existir oficialmente hacia 1953, pero su puesto fue ocupado por otra organización, dedicada a los mismos fines, llamada Kameranderwerke, asociación que siguió prestando ayuda a todos los ex-nazis por todo el mundo, con el fin de trasladarlos y esconderlos hasta encontrarles un asilo seguro en países de extrema derecha.

La ayuda proporcionada por el papadíos Eugenio Pacelli², rey del Imperio Vaticano a Odessa y otras organizaciones similares fue crucial y de suma importancia. La íntima y fecunda relación de la corte del Imperio Vaticano con los criminales de guerra alemanes y croatas es demasiado conocida como para pretender negarlo. El llamado Pasillo Vaticano se creó para ayudarlos, y la *Sancta Societas* colaboró activamente para ponerlos a salvo.

¹ Perón, convencido por el Vaticano, se había prestado, en un principio a este juego, por pura cortesía y, probablemente, por convicción, pues era un dictador nato. Pero más adelante ofreció su ayuda a todos los científicos, ingenieros, y técnicos alemanes que quisieran establecerse a trabajar en Argentina, por lo que envió un representante suyo a Roma para que encaminara hacia su país a quienes buscaran una protección segura, una nueva identidad, y un modus vivendi acomodado.

² Oficialmente no existe ningún documento que pruebe esta aseveración, pero es lógico que así sea, como sucede con la política cloacal de todos los gobiernos. No hay mejor ciego que aquel que no quiere ver. En la ayuda a los nazis, fascistas y ustachis estuvieron implicados la *Sancta Societas* y el contraespionaje vaticano, el *Sodalitium Pianum*, así como destacadas personalidades mitradas del entorno papal. Si en la corte papal no se mueve una hoja sin el visto bueno del papa de turno –cuando éste se lo propone–, que una organización creada para ayudar a los antiguos amigos nazis y ustachis, como era el Pasillo Vaticano, funcionara durante varios años a espaldas del papa Pacelli era imposible. Pacelli, como era habitual en él, no vio lo que no quiso ver y autorizó lo que nadie podría demostrar que autorizó.

OFICIO ECLESIAÍSTICO. Cargo eclesiástico, la mayoría de las veces remunerado, que se dice instituido por la divinidad trinitaria o por la curia romana, que viene a ser lo mismo.

OFRENDA. Todo lo que cualquier creyente puede dar gratuitamente a los príncipes mitrados y sacerdotes del religionismo cristológico. En el judeocatolicismo general las ofrendas son sinónimo de limosna. No puede precisarse con claridad sus raíces, aunque las limosnas, más o menos forzosas o forzadas, en el papismo, tienen su origen en las costumbres de los levitas hebreos que vivían, por disposición divina según ellos, del diezmo y las primicias de todas las cosas: lo mejorcito de lo mejor. Sin embargo hay que reconocer, como recuerda la historia del religionismo mundial, que los sacerdotes o hechiceros, obispos y mistagogos de toda pandemia, de la clase que fuere, siempre recurrieron a las ofrendas, más o menos obligatorias, para vivir a costa de los fieles, a quienes idiotizaban con sus predicaciones, enseñanzas y teomilagría. Todos, con mayor o menor cinismo, con mayor o menor inocencia o truhanería, desde el brujo de turno hasta el papa o pontífice máximo, desde el vulgar hechicero al presbítero recién salido de los seminarios, consiguieron, consiguen y pretenderán hacerlo en el futuro, vivir a costa de las ofrendas de sus creyentes.

ORÁCULUM VIVAE VOCIS. Toma este nombre la concesión de una “gracia” hecha por los reyes del Imperio Vaticano. Puede ser por iniciativa propia o como respuesta a una súplica. Por regla general, se sigue, aunque no sea necesario, la formulación escrita de la misma como prueba evidente de su concesión. La “gracia” concedida, cuando es una respuesta, suele tener un valor determinado por las

tarifas en vigor, sobre todo cuando provienen directamente, sin intermediarios, de la corte vaticana.

ORDEN DE PREDICADORES. (Dominicos). Nombre de la logia fundada por Domingo de Guzmán, y que fue aprobada por el rey del imperio judeocatólico latino Cencio Savelli, más conocido por papa Honorio III, en el año 1216. Domingo se inspiró en la regla de san Agustín para la configuración de su grupo, que tuvo un atractivo evidente, pues pronto se extendió por toda Europa. Esta orden tiene en su haber, y sus afiliados tienen sobre su conciencia, miles de asesinatos patibulares cometidos por el papado a través de su policía supranacional, la Santa Inquisición, que ellos dirigieron con frecuencia, y que llevó al suplicio y a la hoguera a miles de inocentes que no cometieron otro delito más que el de no pensar como los dictadores de la curia papal, que pretendieron colocarse siempre por encima de todas las leyes sociales y divinas, y, lo que es peor, al margen de toda ética y toda moral que no fuera la suya.

ORDEN NEGRA, La. Organización selecta de contraespionaje creada por Olimpia Maidalchini, cuñada y amante del rey del judeocatolicismo papista, papa Inocencio X. Los agentes eran seleccionados entre los miembros de la *Sancta Societas*, y estaban destinados a luchar contra los espías de otros países que pululaban por Roma y los palacios papales, más concretamente contra los espías del cardenal Mazarino. Su metodología era radical: todos los espías descubiertos, tras torturarlos para obtener de ellos la mayor información posible, eran asesinados sin contemplaciones. Como era natural en la *Sancta Societas*, los agentes de la Orden Negra eran sacerdotes o religiosos

reclutados entre los dominicos, jesuitas, franciscanos, etc.; esta es la razón por la que fueron conocidos, también, como monjes de la Orden Negra. A la muerte del papa Pamphili, conquistó el ambicionado trono pontificio romano el director de la *Sancta Societas*, Fabio Chigui, que gobernaría con el alias papa Alejandro VII. Desplazó a Olimpia Maidalchini de la dirección, y ordenó disolver la Orden, pero el cardenal Sforza Pallavicino la puso nuevamente en funcionamiento. En tiempos del mismo Fabio Chigui (20-VIII-1662), la Orden Negra mató, en una algarada junto a la embajada francesa de Roma, a dos empleados de la misma.

ORDENACIÓN. Representación gestual, de supuesto carácter teomágico, con la que se pretende, a ojo de los teístas y crédulos de toda condición y grado, la transmisión de unos supuestos poderes metanaturales del ordenante al ordenado. La ordenación de los hechiceros, sacerdotes, chamanes, presbíteros, brujos, o lamas judeocatólicos del Imperio Vaticano sólo puede hacerla canónicamente –de acuerdo con las reglas aprobadas en Roma, pero no en otros lugares– el obispo, que a su vez sólo puede ser ordenado por otro obispo, y en última instancia por el rey del Imperio –papa, en jerga sacristial–.

Los judíos heterodoxos, que terminarían apropiándose en exclusiva del nombre de cristianos, como se demuestra en algunos textos evangélicos, se opusieron al sacerdocio. El nuevo dios que predicaba Marción no necesitaba ni del templo ni de sacerdotes, puesto que el hombre podía adorar a dios en el fondo de su corazón y en el lugar más tranquilo de su vivienda. La parafernalia cultural sacerdotal y del templo la rechazaron los judíos reformados visceralmente, lo que manifiesta en varias ocasiones el mismo Jesús.

Cuando las comunidades heterodoxas se impusieron a los judíos ortodoxos, y, sobre todo, cuando la secta judeocatólica imperial contó definitivamente con el auxilio de los emperadores romanos, teniendo constancia más que suficiente de que el fin del mundo predicado por Jesús tardaría en llegar¹, se sintió la necesidad de organizar y dirigir todo el movimiento. Esta necesidad llevó a la designación de responsables, los pastores, que recibieron los nombres de diáconos, padres o papas y obispos. Cada comunidad nombraba a quienes consideraba más idóneos, y su nombramiento era por un tiempo más o menos limitado. Con el paso de los siglos y la misma dinámica social, los cargos se fueron estabilizando, y, al hacerse permanentes, las comunidades dejaron en manos de los obispos la designación de los responsables directos, es decir de los diáconos y subdiáconos. La designación podía estar seguida de un acto más o menos solemne para la toma del cargo. El tiempo haría que la designación para obispo o papa de la diócesis dejara de ser un atributo de la comunidad para convertirse en un derecho de las autoridades más encumbradas y de los sectores más poderosos del colectivo. Cuando el obispo de Roma, también elegido tradicionalmente por los fieles de la comunidad, consiguió levantarse sobre los papas de otras comunidades, exigió reservarse el derecho de la elección obispal y arzobispal. Con la creación del cuerpo cardenalicio, controlado por las familias tradicionalmente más pudientes, se arrancó, de un modo definitivo y "legal"², de las manos de las comunidades romanas, el derecho a la elección de su obispo, y se puso en manos del colectivo de cardenales. El tiempo consagraría esta apropiación ilegal y antievangélica y, en la actualidad, el orden piramidal jerárquico totalmente

establecido, cualquier designación en el escalafón clerical se considera que emana del papa y, en última instancia, del dios Jesucristo, a través de unos actos culturales iniciáticos de carácter mágico, que transforman la esencia de las personas. Como nada nuevo hay bajo el sol, la ceremonia de ordenación, con mayor o menor imaginación o parafernalia cultural, se centra en la "imposición de las manos del oficiante sobre el ordenando". Con este gesto y las invocaciones necesarias se obliga a la divinidad de turno a que preste al postulante toda la asistencia necesaria para que pueda llevar a cabo el trabajo encomendado.

La imposición de las manos tenía un largo camino a sus espaldas. Pues los judíos la debieron de tomar de los egipcios, de aquí que el legendario Moisés, imagen calcada de legisladores como Manús, impusiera las manos a Josué para que le ayudara a realizar las tareas de gobierno y control del pueblo. Echándolo a buena parte, sólo la mendacidad y el deterioro mental de unos y otros –papas, obispos y sacerdotes–, o, siendo conscientes, la hipocresía, la indecencia y el cinismo más acendrado, pueden tratar de convencer a los espectadores, de que, con la ejecución de unos gestos dados, en este caso la colocación de las manos sobre la cabeza de una persona, mejor o peor adornados con otros pases de prestidigitación iniciática tan inútiles como huecos, la existencia de poderes supranaturales, metafísicos, metabiológicos y metacósmicos, que el teofuncionario cristológico, por propia confesión, tiene a su disposición, se transmita de los ordenantes a los ordenados, de los oficiantes a los aspirantes.

¹ La inclusión en los *Evangelios*(1) de los pasajes en los que Jesús y Pablo insisten en la inmediata venida del juicio universal, constituye un error que jamás han dejado de lamentar tanto

la corte del Imperio Vaticano como el teofuncionariado cristológico. Es evidente que la permanencia de tales textos, por unas razones o por otras, debió de escapar a las posibilidades de la nomenclatura evangélica en todas las latitudes y épocas, de lo contrario los hubieran hecho desaparecer.

(1) Ver *Biblia y Evangelios*.

² En la práctica, las comunidades judeocatólicas, la base, el pueblo, debieron de perder el derecho a la elección de sus superiores y pastores, en cuanto el cargo dejó de ser una servidumbre y pasó a constituir un privilegio altamente compensando por los beneficios y el prestigio que conllevaba.

ÓRDENES DE CABALLERÍA DE OBE-DIENCIA PAPISTA. Logias de caballeros armados judeocatólicos, aprobadas, en ocasiones, por los obispos de Roma de turno con el fin de defender el imperialismo papal. Les estaba encomendado el cuidado de las nuevas conquistas, lo mismo que la defensa de los colonos o peregrinos que se dirigían a ellas. Procuraban que las rutas, tanto antiguas como nuevas, estuvieran abiertas, y que la circulación de imperialistas judeocatólicos fuese viable por los países conquistados. Por regla general eran de carácter laico, pero siempre al servicio del obispado de Roma. Nacieron con las denominadas Cruzadas, y por afán de conquista o de afirmación de lo conquistado. Otras fueron creadas por los obispos romanos a título honorífico¹, como recompensa por los favores prestados a la curia romana. Estas últimas son de creación más reciente, aunque algunas se remontan al siglo XIV, y sus títulos son: caballero de la Orden Suprema del Cristo; los cuatro grados de la Orden Plana, que son caballero gran cruz, comendador con placa, comendador y caballero; la Orden de San Gregorio Magno, con cuatro grados también, creada por el rey Gregorio Capellari, más conocido por papa Gregorio XVI; la Orden de San Silvestre papa;

la Orden de San Gregorio Magno, que tiene, igualmente, cuatro grados, y que fue creada por el rey de Roma Juan María Mastai-Ferretti, papa Pío IX.

¹ Resulta endémica e incomprensible la que-rencia que existe en el mundo occidental por la acumulación de títulos honoríficos. No solamente, con frecuencia, nada positivo aportan, como no sea el pavoneo ante los sandios, sino que, como sucede con los "honoros" concedidos por el obispo de Roma, cuestan, en ocasiones, una fortuna.

ÓRDENES MENDICANTES. Logias religiosas que surgieron buscando el amparo del obispado de Roma, a partir del siglo XIII. A tiempos nuevos, métodos nuevos. El obispo de la antigua ciudad del Tíber se había colocado por encima de cada uno de los demás obispos, gracias a la ayuda de las órdenes monásticas, sobre todo la benedictina, a partir del siglo VII, y la de Cluny¹, tres siglos después, y se había convertido en el obispo más importante de Occidente.

A juzgar por sus manifestaciones, la aspiración última del obispado romano era colocarse por encima, no solamente de los demás obispados, sino por encima de las corporaciones obispales o concilios, para lo cual fueron de una ayuda inapreciable las órdenes mendicantes.

La característica principal de estas logias que entraban por primera vez escena, no era, en contra de lo que se cree, la pobreza individual o colectiva, que los obligaba a vivir de limosnas –pobreza y obligación que pronto desaparecerían de sus prácticas, si no de sus reglas–, cuanto la organización piramidal de la orden y la sujeción a un superior general, absoluto, en contacto directo con el obispo de Roma. A diferencia del monaquismo, las órdenes mendicantes aportaban también otras innovaciones, como era la unión de la vida regular con el proselitismo en la calle y en sus templos, y el imperialismo

religioso a todas las escalas, que podían efectuar no solamente en los reinos sujetos ya al papado de Roma, sino también en las conquistas proporcionadas por los nuevos descubrimientos. Además, y viendo la utilidad de trabajar en todos los frentes, estas órdenes tenían conventos para hombres y para mujeres, con reglas específicas para cada uno de los colectivos, y votos solemnes, mientras que creaban una tercera organización de laicos de ambos sexos, sujetos por votos públicos aunque sin obligación de vida en común. Entre las órdenes mendicantes, se encuentran los Agustinos, divididos en tres clases; los Carmelitas, con dos ramas; los Dominicos, conocidos como Padres Predicadores; los Franciscanos, con cuatro ramas; los Trinitarios, los Mercedarios, los Mínimos de San Juan de Dios, y la Orden Teutónica.

¹ Rama reformada benedictina.

ÓRDENES MILITARES. Logias de caballeros armados creadas para la defensa del religionismo cristológico, de carácter cien por cien imperialista, pero con la particularidad de que tuvieron su nacimiento en diferentes lugares del continente europeo. Fueron muchas, y de características múltiples. Entre ellas se cuentan las de Alcántara, Calatrava, Montesa, Santiago, Temple, Teutónicas, etc.

ÓRDENES MONÁSTICAS. Logias y asociaciones teopolíticas¹ de votos solemnes pero cuya organización es más bien independiente, federativa, es decir, cada monasterio o colectividad se gobierna independientemente de los demás, y no tienen un superior común. Entre éstas se encuentran los Benedictinos de san Benito, que a su vez están divididos en Benedictinos Negros, con 14 congregaciones diferentes, y los Benedictinos Blancos, con las congregaciones Camaldulenses

y las Cistercienses; los Mequitaristas (de rito armenio), los Valombrosanos y los Silvestrinos, grupos de carácter benedictino; los Cartujos, los Paulinos, los Antonianos y los Basilidianos.

¹ Todos los colectivos presuntamente religiosos, tanto femeninos como masculinos, por su carácter social, son cien por cien teopolíticos.

ÓRDENES RELIGIOSAS. Organizaciones, logias, asociaciones y demás colectivos de carácter teopolítico, dirigidos a la consolidación y propagación del Imperio Vaticano en el mundo entero. Se caracterizan porque se pronuncian unos votos¹ llamados "solemnes", que las diferencia de las congregaciones religiosas, en que sólo se hacen votos "simples", o de los institutos religiosos, en los que no se pronuncian votos. Se las conoce por órdenes canónicas, órdenes monásticas, órdenes mendicantes y órdenes de clérigos regulares, cada una con actividades concretas y diferenciadas, pero todas dirigidas a un proselitismo activo para lograr la expansión y fortalecimiento del judeocatolicismo papista.

¹ Se repiten siempre: pobreza, castidad y obediencia. Que sean privados, simples o solemnes, nada los diferencia. La parafernalia cultural y contextual es la que varía, lo mismo que la clase de compromiso, más o menos "oficial".

ORDINARIO. Dentro del papismo, se designa con este nombre al teofuncionario, mitrado o no, que posea una jurisdicción de gobierno ordinaria. En este caso se encuentran, entre otros, todos los obispos en activo, incluido el de Roma, aunque éste, a partir del concilio de Trento, se hizo también con el gobierno absoluto del judeocatolicismo en Occidente; los abades y prebostes *nullius*; los vicarios generales, y los cabildos catedralicios, abaciales o prelatos.

ORO DE CROACIA, La operación. Con este nombre se denomina la trama organizada por los servicios secretos del rey del Imperio Vaticano Eugenio Pacelli, papa Pío XII, para hacerse con las riquezas que Ante Pavelic y los ustachis habían robado de Croacia en su huida. El tesoro consistía en cientos de millones de dólares de la época (1944), que se había robado a serbios y croatas durante la existencia del llamado Reino Católico de Croacia. El saqueo estaba formado por ochenta millones de dólares en monedas de oro; en cerca de quinientos kilos en lingotes de oro puro; varios millones más en diamantes tallados y piedras preciosas, y una enorme cantidad de dinero en varias monedas extranjeras, sobre todo en dólares estadounidenses y francos suizos, las monedas más fuertes del momento. El papa Pacelli y su servicio secreto tuvieron conocimiento del botín saqueado por sus queridos ustachis y su no menos querido Ante Pavelic, por lo que movilizaron a sus agentes del espionaje y contraespionaje para que parte de aquella fortuna, si no toda, cayera en sus manos, fuese como fuese. El tesoro salió de Croacia con destino a Austria custodiado por los hombres de Pavelic y los de Pacelli, estos últimos, sacerdotes de la Sancta Societas. Una vez que se pagó a los británicos la parte correspondiente para que se liberara a Ante Pavelic y a otros jefes croatas, se destinó una parte importante para pagar al Vaticano su colaboración, que se estimó en más de cincuenta kilos de oro puro. El mismo padre Krunoslav Draganovic¹ y varios de sus agentes se hicieron cargo de trasladar la parte de Pacelli a Roma. La tajada principal, que se enterró "en lugar seguro" en la frontera con Austria "desapareció". Según varios testimonios de origen diferente, un informe secreto del Departamento del tesoro de los Estados Unidos

afirmó que a manos del papa Pacelli, Pío XII, fueron a parar cerca de doscientos millones de francos suizos del dinero desaparecido. El destino final del dinero croata que cayó en manos de Pacelli y su corte terminaría en varias cuentas secretas suizas. El ingreso en dichas cuentas lo efectuó el obispo Gregory Rozman, de origen eslavo. Rozman, un criminal de guerra y un antijudío visceral, protegido por varios agentes de la *Sancta Societas*, puso a disposición de Pacelli, y de una forma segura, el dinero robado por los ustachis a Croacia, dinero que serviría, entre otros destinos, para financiar las evasiones de criminales de guerra croatas a lugares seguros.

¹ Director del Colegio de San Girolamo degli Illirici, de Roma, residencia que el papa Pacelli, Pío XII, puso a disposición de los criminales de guerra nazis y ustachis que utilizaban el Pasillo Vaticano para escapar a la justicia.

ORTODOXIA. El sentido que da a este nombre su etimología griega es el de creencia recta, credo exacto. En sentido más amplio, constituye un sinónimo de triunfante, ganador, vencedor. Aunque el significado primigenio es evidente, sin embargo, dentro del religionismo cristológico, que empapa todo el judeocatolicismo filorromano imperial, victorioso o no, tiene el significado claro que le dan los teofuncionarios de la secta vencedora, que, en Oriente, es lógicamente la denominada iglesia ortodoxa, mientras que en Occidente es la secta papista. Cada uno de estos colectivos dice de sí mismo que está en la ortodoxia, mientras afirma que el contrario está en la heterodoxia. Cuando queda en un mero juego de opiniones y de palabras, su importancia es despreciable, pero cuando se señala a un grupo como heterodoxo, y se tiene el poder de condenarlo y de asesinarlo, la ortodoxia puede constituir una disculpa

excelente para cometer todo tipo de tropelías, asesinatos, masacres, genocidios y crímenes contra la humanidad, y pruebas no faltan para poderlo afirmar¹. La vocación criminal del cristianismo –del judeocatolicismo, hablando con propiedad– como señala la historia, tiene en su haber gran número de atrocidades de este género, cometidas desde el instante mismo en que el judaísmo filorromano imperial fue reconocido por Constantino como religión del imperio y, sobre todo, cuando Teodosio, en el año 380, lo convirtió en la única religión del mismo. Estos crímenes, genocidios y masacres, fueron perpetrados impunemente por los príncipes mitrados –los obispos–, los popes y papas ortodoxos, contra quienes no seguían su parecer y eran designados como heterodoxos o heréticos.

Por su parte, los papas mitrados del judeocatolicismo bizantino –popularmente, metropolitanos y patriarcas– consideran que la ortodoxia es el nombre que ha usurpado la secta judeocatólica papista, tras el cisma provocado, en el siglo IX, por el obispo y papa de Roma Nicolás I, llamado el Grande, que para ellos era un teogólata irredento, un dictador totalitario, un criminal irrecuperable, en una palabra, un infame orgulloso y ambicioso, que sólo quería situarse a la cabeza de todos los arzobispos, aunque tuviera que pisotear el cadáver de Jesucristo, si éste fuera un obstáculo para ello. El patriarca y papa de Constantinopla, Focio, advirtió a Nicolás de sus desvaríos, y ridiculizó la postura infantil de despreciar la mitra obispal para confeccionar una corona especial, llamada tiara, con el fin de resaltar la realeza que ambicionaba. Sin embargo, Nicolás I, cegado, según el patriarca, por la soberbia y el orgullo, se afirmó en su herejía y se separó definitivamente de la iglesia ortodoxa.

¹ La ortodoxia, en cualquier politeísmo, es difícil de establecer, por las mismas características de

su formulación, y porque cualquier desviación de los credos en juego pueden ser considerados como nuevas manifestaciones divinas y, si llegara el caso, como manifestaciones de nuevas divinidades. La pluralidad de dioses admite y genera más fácilmente la pluralidad de creencias, y por lo mismo, el respeto y la tolerancia. No sucede lo mismo en el monoteísmo, el cual, por su misma formulación, es excluyente –no admite la existencia de otros ídolos o dioses a su lado– y le es muy fácil incurrir en la tentación de establecer una ortodoxia más férrea derivada de su absolutismo e intransigencia. Esta es la razón por la que todos los monoteísmos, sean cuales sean los ídolos en juego, caen siempre en la aberración de la intolerancia y, por lo mismo, del recurso al crimen, al asesinato y al genocidio para imponer su ortodoxia, como ocurrió siempre con los ídolos del judaísmo y del judeocatolicismo, mal llamado cristianismo. Yahvé, Jesús, Jehová, Paráclito, Cristo, o como se los quiera llamar, lo mismo que sus sacerdote o hechiceros, son cien por cien celosos y, por lo mismo, criminales. En la *Biblia*, todas los deslices de cuernos con que Yahvé es ofendido, se solucionan con el asesinato del infiel. En los *Evangelios*, el protagonista Jesucristo, que no es más que un mala calcomanía de Yahvé, amenaza con terribles penas infernales a los traidores, en la otra vida, mientras que sus hechiceros o sacerdotes, para facilitarle la tarea, preparan el destino infernal de los infieles, torturándolos y asesinandolos en esta.

El monoteísmo constituye, en esencia, una tentación absolutista, cien por cien criminal, pues sólo puede existir con la anulación de cualquier otro teísmo y de cualquier otra ortodoxia. Esta es la razón por la que el yahvidismo judío, judeocatólico y judeoislámico ha sido el causante de las mayores masacres, genocidios y holocaustos que conoció la historia del teísmo mundial. (Quien desee profundizar en este campo, puede consultar la obra de Jean Soler, *La violence monothéiste*).

ORTOLANI, Angelo. Uno de los revolucionarios, perteneciente al grupo de los Carbonarios, que se enfrentaron al absolutismo y totalitarismo de los déspotas papales del Imperio Vaticano. Ortolani fue detenido junto al revolucionario Luigi Zanolli por los espías de la Sancta Societas, y asesinado patibularmente tras un simulacro de juicio. Anniballe della Genga, papa León XII, como era de rigor, firmó la

orden de su asesinato patibular. Ortolani fue ahorcado. El hecho tuvo lugar el día 13 de mayo de 1828. (Ver *Carbonarios*).

OTÓN COLONNA. (Oddone Colonna). Papa Martín V. En el año 1417, existían tres representantes de Pedro y la divinidad cristológica en la Tierra. Con el fin de poner un poco de orden en las cosas terrenales, se reunió el concilio de Constanza, que exigió la renuncia a los tres papas, a lo que se negó Benedicto XIII, por considerar que si era cierto que la autoridad del papa estaba por encima de la autoridad de los concilios, él tenía más derecho que ninguno a mantenerse en el cargo, pues era el más antiguo y el más legal de todos. Argumento difícil de despreciar, puesto que había sido elegido papa y aceptado con todos los requisitos legales que se exigen en tales situaciones. Contra Benedicto XIII estaba la idea, general en la tradición judeocatólica occidental y oriental hasta entonces, de que los concilios estaban por encima de los papas, verdad rotunda que en la actualidad niega el papado romano.

Si la visión moderna es la cristológica, el concilio de Constanza, a pesar de contar con no pocos parabienes, no tenía poder para destronar a Benedicto XIII, por lo tanto, sus decisiones eran inoperantes, y así lo entendió este papa, que siguió en sus trece, y que, para evitar ser asesinado, se había refugiado en su castillo de Peñíscola, España.

En contra de las tendencia que trataba de imponer el obispado romano –la de situarse por encima de los concilios–, el concilio de Constanza¹ eligió, en el año 1417, a un nuevo papa, al cardenal Otón Colonna, que tomó el nombre de Martín V, que había nacido en la Romagna, en el año 1365. El nuevo obispo romano, demostró ser de una pasta nada dúctil, y un asesino nato. Como primera medida,

pidió al cardenal de Pisa, legado suyo en Aragón, que se encargara de secuestrar al papa Benedicto XIII y enviarlo a Roma, como fuera, y, en el caso de que no pudiera hacerlo, lo eliminara de cualquier modo². El atractivo que tenía el crimen para los obispos de Roma, que generalmente ocupaban el ambicionado trono gracias a los crímenes y asesinatos, y se mantenían en él gracias a los asesinatos y los crímenes, hizo que el papa Martín V, intentara y utilizara, siempre que se lo inspiraron los cielos y le fue factible, esta vía para eliminar competidores y destruir a todos los que se interponían en su camino.

Tras la muerte de Benedicto XIII, sus sucesores en la línea Aviñón–Peñíscola, fueron Gil Sanchez Muñoz, papa Clemente VIII y Bernard Garnier, papa Benedicto XIV, extinguiéndose dicha dinastía en el año 1427, con la renuncia de éste último.

Al papa Martín V se deben los asesinatos de Juan Huss, al que Martín V ordenó quemar vivo; el de Jerónimo de Praga, que sería igualmente quemado vivo; y el de Wiclef, y lógicamente, con el asesinato patibular o no de los reformadores, exigió el exterminio y holocausto en masa de sus seguidores. A él se debe, según algunos historiadores, el asesinato del antiguo papa Juan XXIII, Baldassare Cossa, a quien Martín V, había prometido que disfrutaría del capelo cardenalicio mientras estuviera en vida; una profecía acertada, pues jamás le habría despojado de él antes de asesinarlo. Efectivamente, el antiguo papa Juan XXIII habría muerto en Florencia, poco después, según algunas versiones, envenenado por orden del papa reinante para evitarle la tentación de reclamar de nuevo la tiara.

Aparte de dedicarse a matar opositores y sospechosos, a conseguir dinero, a fortalecer la corte del judeoocultismo latino,

que él supo dirigir con férrea mano, a eliminar obstáculos, a someter a las ciudades que se habían emancipado del yugo del obispado romano, y a tratar de encumbrarse sobre todo lo humano y divino, tuvo tiempo para enriquecer a familiares y amigos³ a costa de los tesoros que acumulaba la corona, y fomentar la "piedad". Práctico siempre, y sabiendo la fuente inagotable de oro que eran los jubileos, anunció uno de próxima realización.

Este déspota y asesino –a juicio de historiadores independientes–, y a quien no cesan de alabar los turiferarios habituales del obispado de Roma, moriría en el año 1431, hay quien dice que de un ataque de rabia, cuyo resultado fue un derrame cerebral, motivado por la noticia de que el asesinato de Juan Huss no había servido para nada, puesto que sus seguidores y admiradores eran cada vez más numerosos en Europa Central.

Su sucesor sería Gabriel Condolmer, papa Eugenio IV (1431–1447), el cual no tuvo que enfrentarse, en lo sucesivo, a ningún oponente de la dinastía Aviñón–Peñíscola, ya que se daba por enterrado el "Gran cisma".

¹ Según los criterios emanados de la corte del Imperio Vaticano, este concilio no tenía poder para deponer a ningún papa, y mucho menos a Benedicto XIII. De lo contrario habría que seguir manteniendo en la actualidad la afirmación de que los concilios generales están por encima de cada uno de los obispos, el de Roma incluido, como había sido tradicional hasta el denominado concilio de Trento. Si se admite el poder absoluto de los concilios, como se desprende de la tradición y de los Santos Padres, el obispo de Roma es un farsante, al haberse proclamado superior a los concilios y el judeocaticismo papista entero está inmerso en el error más absoluto.

² Tras la muerte del papa Benedicto XIII, se difundió la noticia de que había sido asesinado por orden del papa Martín V. Los rumores se enriquecieron con numerosos detalles. Según éstos, el asesinato fue llevado a cabo por un religioso llamado Tomás Preco, que confesó que había envenenado al papa Benedicto XIII por orden del cardenal de Pisa a instancias del

papa Martín V. Según el parecer de numerosos historiadores, la veracidad de estos rumores era nula.

³ Los incondicionales de la corte del Imperio Vaticano, sintetizan la vida del papa Martín V de este modo: "... Se le acusa por el favor que dispensó a su casa; pero en parte se le puede excusar por la necesidad de tener a su alrededor personas seguras y fieles; por lo demás, es de elogiar en Martín V que en aquellos tiempos de tan gran confusión hubiese sabido restablecer con energía la autoridad espiritual y civil de los papas." (G. A. *Los papas*).

OTTAVIANO DE MONTICELLO. (Ottaviano de Monticello). Papa Víctor IV (en realidad, Víctor IV Bis), aunque sería más apropiado llamarlo Víctor V, pues tras él no existió ningún otro obispo romano con dicho nombre¹. Se ciñó la tiara en el año 1159, tras la muerte de Adriano IV. Pertenecía a la familia romana de los Túscolo, y contó con el visto bueno del emperador Federico Barbarroja, que le dio su apoyo en un concilio reunido en Pavía. Sin embargo, la elección se enfrentaba a la efectuada por el resto de los cardenales, enemigos del emperador, que escogieron a Rolando Bandinelli, teólogo y canonista insigne, discípulo de Graciano, y que fue coronado con el nombre de Papa Alejandro III. Tras esos electores estaban los intereses de España, Francia, Inglaterra, Hungría y otros países. Cada uno de los papas en pugna gobernó la parte de la ciudad que pudo controlar, y los países que les declararon obediencia. El emperador quiso mediar para aclarar la elección, pero Alejandro III se negó a presentarse ante él, y excomulgó al príncipe y al papa Víctor IV Bis. El cisma romano se prolongó durante varios años, con todo tipo de guerras civiles cristológicas y escaramuzas infames, pero finalmente, la balanza se inclinó en favor de Alejandro, pues Ottaviano moriría en el año 1164, en Luca, en donde se sintió repentinamente enfermo. Pero si la balanza se inclinó hacia Rolando Bandinelli,

eso no significó el fin del cisma, pues los seguidores de Víctor IV Bis nombraron a un nuevo papa para sucederle: Guido de Cremona, papa² Pascual III (1164–1168). La tumba del papa difunto, en un discreto monasterio de Luca, sería destruída por Alberto de Morra, papa Gregorio VIII, a su paso por la ciudad, en el año 1187, siendo sus restos arrojados fuera del templo.

Ottaviano de Monticello, papa Víctor IV Bis, sería borrado de los listados oficiales y denominado antipapa.

¹ Los cronistas oficiales borraron de las listas del obispado de Roma a Gregorio Conti (primer papa romano con el nombre de Víctor IV), por lo cual Ottaviano, al ser elegido por varios cardenales y electores, la nobleza y el pueblo romano para obispo de la ciudad imperial, es designado con ese nombre y número.

² Antipapa en las cronologías oficiales.

OTTOBONI, Pedro Vito. (Ver *PEDRO VITO Ottoboni*).

OTTOBONO FIESCHI. Papa Adriano V. Era genovés e hijo de los condes de Lavagna, personajes de gran renombre. A la muerte de Pedro de Tarentaise (Tarentaise), papa Inocencio V, los electores no quisieron ponerse de acuerdo,

y, para salir del paso, escogieron como obispo de Roma al cardenal Ottoboni de Fieschi, protegido de Carlos de Anjou, que no solamente no era obispo, sino que ni siquiera era presbítero. No faltan versiones que afirmen que antes de que pudiese ocupar el trono obispal romano, fue envenenado por los mismos cardenales que lo habían escogido. Se dice que, conociendo a sus asesinos, cuando sus familiares lo fueron a felicitar, les habló de este modo: "Era mejor que hubieseis venido antes de mi elección. La salud del cardenal Ottoboni era fuerte y envidiable, pero los cardenales conclavistas han hecho de él un papa moribundo." Antes de morir pudo dejar en suspenso la Constitución del obispo de Roma Teobaldo Visconti, papa Gregorio X, acerca de la composición del cónclave, que era lo que le habían pedido los cardenales que le habían dado su voto. El 11 de julio de 1276 fue elegido obispo o papa de Roma; el 16 de agosto del mismo año, el veneno administrado por los asesinos purpurados hacía su efecto y levantaba, para albergarlo, la losa de la sepultura. Entre los asesinos estaba, nadie lo duda, su sucesor, Pedro de Giuliano, papa Juan XXI (1276–1277).



PABLO EL DIÁCONO. Obispo de Roma, más conocido por papa Pablo I. A mediados del siglo VIII, era evidente que el obispado de Roma era y sería una potencia temible, lo que explica las luchas, conjuras, asesinatos y masacres que se cometieron, a cielo abierto, entre los aspirantes al título. En el año 757, estando en su lecho, agonizante, el obispo de Roma Esteban II Bis, los partidarios de una política de conveniencia y entendimiento entre el obispado romano y el emperador de Bizancio, escogieron como papa al presbítero Teofilacto. Sin embargo, otra parte de los electores prefirió escoger al hermano de Esteban II Bis, Pablo, que había estado siempre al lado de aquél. La lucha y las escaramuzas entre ambos partidos se prolongaron varias semanas tras la muerte del obispo. Un nuevo cisma local –guerra civil cristológica– se adivinaba en perspectiva, pero pronto se abortó: en el instante en que Pablo y sus partidarios masacraron a los oponentes. La victoria fue, pues, para Pablo y se ignora totalmente lo ocurrido con el papa y obispo Teofilacto. Pablo fue coronado el día 29 de mayo del año mencionado, y no tuvo inconveniente en despreciar, desde el primer día, la política de entendimiento entre Roma y Constantinopla, pues se inclinó descaradamente hacia la política de Pipino el Breve, rey de los francos, en donde veía más porvenir para la curia romana. A su vez, el rey, pidió a los nobles romanos

que fueran fieles al obispo. La ambición de este hombre no tuvo límites, y exigió que se le restituyeran íntegramente los bienes del “legado de san Pedro”, es decir, Bolonia, Imola, Osimo y Ancona “y todos los patrimonios, lugares, países y territorios de las diversas ciudades de la república de los Romanos”.

Pablo ordenó detener a Sergio, arzobispo de Ravena, por su fidelidad al rey de los longobardos, y lo mantuvo en prisión hasta el segundo año de su reinado.

Idólatra hasta el delirio, Pablo fue un apasionado coleccionista de los fiambres y momias santificadas. En un momento de inspiración divina o delirio filonecológico, necroerotismo divino y necrolatría, mandó desenterrar trescientos cadáveres, alegando que habían muerto en olor de santidad, y, tras colocarlos en ricos ataúdes, los distribuyó entre los frailes, monasterios, templos y conventos cediéndoles grandes rentas para mantener su culto.

Moriría en el año 767, y, no encontrándose en su vida ningún obstáculo para su santificación, lo que no había sucedido con su hermano Esteban II Bis, fue visto en el cielo y colocado en los altares.

A la muerte de este hombre fueron tres los elegidos por el Espíritu Santo para recibir la mitra de Roma o corona del que pronto terminaría siendo el Imperio Cristológico Papista, pero el único que mereció ser incluido en las cronologías de sus reyes fue Esteban de Sicilia, papa Esteban III Bis o IV (767–772).

PABLO SCOLARI. Papa Clemente III (en realidad, papa Clemente III Bis¹). Se ciñó la ambicionada tiara en el año 1187, a la muerte de Alberto del Morra, papa Gregorio VIII, habiendo sido elegido en la ciudad de Pisa, donde murió su predecesor. Había sido obispo de Palestrina y cardenal. Deseando volver a Roma, trató de conciliarse con los senadores, olvidando por un momento las guerras civiles cristológicas provocadas por los anteriores papas. Fue el promotor de la Tercera Cruzada, con la que pretendía recuperar Jerusalén, caída en poder de Saladino; su empeño fue un fracaso absoluto.

Como todos sus predecesores, la gran ambición de este papa fue la de colocar su trono por encima de todos los tronos de la tierra, distribuyendo reinos y principados, señoríos y pueblos, y haciendo a los demás reyes sus vasallos. Clemente III Bis moriría en el año 1191. Fue sucedido por Jacinto Boccanardi (Giacinto Bobone), papa Celestino III (1191–1198).

¹ Guiberto de Ravena fue elegido papa con el nombre de Clemente III (1080–1100). Al perder la batalla contra sus oponentes, perdería igualmente el título. Para guardar las formas, se lo declaró antipapa, como a todos los que perdieron la batalla final contra sus enemigos.

PACCA, Bartolomeo. Siendo cardenal, fue hecho jefe de la *Sancta Societas*, el servicio secreto papista, con Bernabé Luis Chiaramonti como obispo de Roma y rey del Imperio Vaticano (1800–1823). A la muerte de este rey, consiguió el ambicionado trono Anniballe della Genga, papa León XII, que confirmó a Pacca en el cargo. Cuando della Genga muere, Francisco Javier Castiglione se ceñiría la tiara imperial y reinaría con el alias Pío VIII. Este soberano mantuvo a Pacca como jefe supremo de la *Sancta Societas* y, por lo mismo, confirmó y santificó los métodos mafiosos que el cardenal utilizaba para exterminar a los grupos revo-

lucionarios que surgieron en su tiempo. Pacca se cebó, entre otros, con los Carbonarios y sus simpatizantes, a los que secuestro, torturó y asesinó con la despectiva frialdad que le permitía el convencimiento de servir a Cristo del mejor modo posible y el más agradable para dicha divinidad. Y lo hizo convencido también de estar defendiendo los valores eternos con que se habían adornado los papadioses tiaralizados, los obispos de Roma y reyes del Imperio Vaticano, imperio que los obispos de Roma habían construido acumulando crímenes, masacres y genocidios sobre la tumba de su supuesto fundador.

Pacca, entre otros, tenía en su haber el asesinato patibular de Angelo Targhini, Leonida Montanaria, Luigi Zanoli, Angelo Ortolani y de decenas y decenas de revolucionarios. Sometió a la tortura, con ayuda de su hermano en Cristo, el cardenal Agostino Rivarola, a todos los simpatizantes que pudieron secuestrar, simpatizantes que terminaron con un tiro en la nuca sus vidas en manos de tan meritorios prelados.

Pacca, jefe supremo de la *Sancta Societas* con varios emperadores tiaralizados, terminó su carrera con la elección de Bartolomeo Alberto Mauro Capelari, papa Gregorio XVI (1831–1848), que lo destituyó, poniendo en su lugar al cardenal Luigi Lambrosi, a quien entregó también la Secretaría de Estado. La causa de este descalabro fue la falta de visión de Pacca ante los sucesos que sorprendieron al nuevo rey del Imperio Vaticano: las protestas en Francia y la Revolución en Italia. El papa Capelari se vio obligado a pedir ayuda a Austria para sofocar el levantamiento. La revolución dominada, los austriacos se retiraron, pero una nueva ola de descontentos surgió, en 1832, sobre todo en la Romaña, en donde los revolucionarios amargaron la vida del

nuevo monarca y obispo de Roma. Los asesinos a sueldo del papado, los agentes de la *Sancta Societas*, detuvieron al revolucionario Giuseppe Balzani, al que asesinaron patibularmente, el día 14 de mayo de 1833. El papa, acusador, juez y verdugo, firmó la sentencia de muerte. A Giuseppe Balzani le fue cercenada la cabeza en el tajo, y sus restos fueron tirados a una fosa. No fue el único. Bartolomeo Alberto Mauro Capelari, pontífice Gregorio XVI, tendría el privilegio de ser uno de los papas que más crímenes patibulares ordenó, más de cien, independientemente de los asesinatos ocultos, mucho más numerosos, cometidos por los asesinos consagrados protagonistas de su política cloacal. Y las sentencias de muerte que firmó el papa Capelari, las firmó convencido de que él, dios de dioses en la tierra, era también el señor de la vida y de la muerte, lo que intentó demostrar por todos los medios a su alcance durante su reinado.

Cappa desaparecería para siempre del aparato represor de los Estados Papales, convencido de ser víctima de una injusticia manifiesta; había dedicado toda su vida al servicio de la corte del Imperio Vaticano y sus reyes divinos, y había sido gratificado con el desprecio más absoluto y, lo que era peor, con el olvido y el ostracismo más completo.

PACELLI, El trauma de. Por dos veces se ha pretendido iniciar el proceso de beatificación de Eugenio Pacelli, más conocido como papa Pío XII. La primera vez lo intentó Montini, Pablo VI. Este obispo de Roma y rey del Imperio Vaticano, amparándose en el proceso de beatificación de Angelo Giuseppe Roncalli, Juan XXIII Bis, inició el de Pacelli. Hubo que dar el carpetazo, y Montini, que tanto debía a Pacelli, tuvo que olvidarse de colocar a su mentor en los altares. El horno no estaba

para bollos. La última guerra mundial estaba muy cercana todavía, y la noticia levantó ampollas. El resultado final es que a pesar del gancho de Roncalli, no había quien justificara a Pacelli. En este caso, el proceso se perdió porque el difunto no había dado la talla. En diciembre del año 2009, Joseph Ratzinger, papa Benedicto XVI, anuncia su intención de beatificar a Pacelli. Aparentemente, emplea como gancho a Carol Wojtyla, Juan Pablo II; es decir, a la sombra de la beatificación de Wojtyla pretende, al parecer, beatificar al Papa de Fátima, como también se le llama. Y se ha producido lo que se esperaba: las protestas han sido tan grandes, que el Vaticano se ha visto obligado, al cabo de uno días, a declarar que lo único que se pretende es ver si el inicio de su causa es factible o no. Aparentemente, pues, el gancho de Wojtyla, como sucedió con el gancho de Roncalli, no ha servido para colocar a Pacelli camino de los altares: el muerto no ha hecho progresos y sigue sin dar la talla.

El error de la corte papal parece evidente y no se justifica, salvo "por la buena voluntad y la buena fe que asiste a la curia en sus proyectos". Pero si en el primer caso, es decir, con Montini, la beatificación de Roncalli se justificaba, aparentemente por sí misma¹, y en nada era favorecida por la beatificación de Pacelli, en el proceso iniciado por Ratzinger la situación no es la misma. La beatificación de Wojtyla, para tirios y troyanos, no tiene justificación alguna, es decir no se justifica por sí misma, pero Pacelli ha servido para catapultarle a las esferas celestiales, al haber centrado en sí todas las objeciones y protestas. El trauma de Pacelli es que no era demasiado bueno para alcanzar a Roncalli y es lo suficientemente malo para justificar a Wojtyla, que era lo que en realidad se pretendía.

Uno puede preguntarse ¿por qué no se inició el proceso de Wojtyla con el de Albino Luciani, Juan Pablo I? Y la respuesta habría sido para Wojtyla la que se llevó Pacelli al ser colocarlo junto a Roncalli: No daba la talla. Habría que haber dado el carpetazo al papa polaco, porque su historial, analizado con cierta serenidad, no es precisamente aleccionador. En sus mejores tiempos fue una estrella de la pantalla –había sido actor antes que fraile–, amaba las verbenas y los espectáculos, pero ceñida la tiara, y de cara a las cámaras, no pasaba de ser un personaje de feria y farándula como podían serlo Maurice Chevalier, Fred Astaire o el mismo Donald Reagan, que también levantaban olas de entusiasmo en sus actuaciones. Sus giras multigregarias hablan por él. En este terreno existía una pequeña diferencia con Pío XII: Pacelli era distante, aristocrático y despectivo con la plebe y no lo disimulaba. Visceralmente, nada tenía que envidiar al “Pastor Angélico: Su odio hacia cualquier movimiento de autogestión, de liberación social, de lucha igualitaria, de socialismo libertario o de simple socialismo, de emancipación obrera y popular, era igual o superior al odio que Pacelli tenía hacia judíos, anarquistas, eslavos, comunistas y ortodoxos. Y su amor y admiración hacia fascistas, militaristas, golpistas y asesinos con galones de extrema derecha, como Franco, Salazar, Pinochet, Videla nada tenía que envidiar a la admiración y el amor teorético que Pacelli sentía hacia los nazis, ustachis, Hitler, Mussolini y Reza Pavelic. Había pues, que buscar otras razones para justificar el aparente descalabro del departamento para las causas de beatificación. En la corte del Imperio Vaticano, en la actualidad, pesan mucho los intereses de Opus Dei, y es el Opus Dei quien tiene sumo interés en la beatificación de Wojtyla. La razón, insistimos como lo hemos

hecho en otra entrada de este trabajo, es natural. Wojtyla hizo beato a José María Julián Mariano Escriba Albás Corzán Blanc, más conocido como Josemaría Escrivá de Balaguer, el fundador del Opus Dei. A juzgar por algunas declaraciones que en su tiempo aparecieron en algunos medios, Wojtyla era ya un hombre cascado en mayo de 1992, cuando se beatificó a Escrivá. Su vida no había sido fácil, y las taras de la edad y las experiencias se manifestaron cruelmente. Tras la beatificación de Escrivá, suspiró como si se hubiera librado de una carga excesiva, y expresó la esperanza de que su santificación cayera en otros hombros. Los dirigentes del Opus no aceptaron esta renuncia, y debieron de insistir una y otra vez para que el papa polaco les hiciera el favor de santificarlo también. Entre otras, tenían dos cartas en la manga, decisivas para insistir contra viento y marea: Habían ayudado al cardenal venido del Éste a ceñirse la tiara, y lo habían sacado de apuros en numerosas ocasiones, entre otras tras los robos –desfalcos, en jerga económica– de Marcinkus al Banco Ambrosiano para ayudar a Walesa y al sindicato Solidaridad polacos. Pero sobre había una razón de peso que los obligaba a insistir. No podían dejar en manos del sucesor de Wojtyla la santificación de su fundador: Todo cónclave, a pesar de los pronósticos, constituye una incógnita. Wojtyla, por unas causas o por otras, a juzgar por los hechos, los complació y lo santificó. Aunque canónicamente el objetivo estaba logrado, no debieron de quedar contentos. La santificación efectuada por el pontífice polaco era un saldo. Su querencia hacia el público y las multitudes lo había llevado a santificar a todo el que tenía a mano, lo que no era precisamente un elemento positivo para el Opus. Y, mucho peor todavía: Wojtyla, en otoño de 2002, cuando le quedaban

dos años y medio de vida, estaba para el arrastre ya, y la santificación del fundador del Opus podía ser la consecuencia de una mente discapacitada por los años y las penalidades. El Opus, pues, necesitaba un refuerzo para tan frágil baluarte. Se imponía la santificación de Wojtyla al coste que fuera, y para desorientar a los creyentes, nada mejor que utilizar a Pacelli. La jugada les ha salido redonda: nadie ha protestado. De haberlo hecho con Albino Luciani, hubieran perdido la partida definitivamente. Juan Pablo I era un hombre bueno y realmente un mártir, que, si no había sucumbido por un asesinato físico, al menos había sido víctima de un homicidio moral, como reconocieron en el mismo Vaticano.

El trauma de Pacelli ha tenido como consecuencia la apertura del proceso de beatificación de un hombre que bien pudo tenerlo como maestro³. La partida, con todo, no está perdida para él. Impresionantes de mayor abolengo, y aun asesinatos declarados, lucen su título de santo sobre los altares del papismo.

¹ Mientras no aparezcan documentos desconocidos o reservados que lo desaconsejen.

² Su muerte repentina, no dio opción a ver su actuación como papa de Roma. Sin embargo, las opiniones que alcanzaron al público sobre él, a lo largo de su vida, resultan ser más humanas que las emitidas sobre el papa polaco. Su beatificación hubiera estado más justificada, a los ojos de gran número de creyentes, que la de Roncalli, Pacelli o Wojtyla.

³ Wojtyla se alió con los americanos, como Pacelli lo hizo con los alemanes, por su odio a los soviéticos, lo que jamás disimuló. La política cloacal de Pacelli y del Imperio Vaticano la continuó Wojtyla hasta límites insospechados. Los servicios secretos del papado, la Sancta Societas (la Entidad), y el Sodalitium Pianum, actuaron con Wojtyla con plena libertad. Si Pacelli ayudó a los dictadores alemanes, italianos y croatas, Wojtyla apoyó a Pinochet y a todos los dictadores sudamericanos que pudo, y protestó abiertamente cuando a Pinochet pretendieron juzgarlo por sus crímenes y genocidios. Seguía en esto último el ejemplo de Pacelli, que había

ayudado a Ante Pavelic y a numerosos nazis y ustachis a escapar de la justicia. Alimentó todo tipo de dictaduras de extrema derecha y felicitó a los dictadores. No quiso saber qué había detrás de la muerte de Luciani, y se contentó con la declaración de un homicidio moral, ordenando que se ocultaran todos los documentos del caso en lugar secreto. Tras la ruina del Banco Ambrosiano, varias personas que trabajaban en la órbita del Vaticano fueron suicidadas⁽¹⁾ y nada hizo por aclarar la verdad ante el público. Vio, como Pacelli, sólo lo que quiso ver, e ignoró como éste, lo que quiso ignorar. Arruinó a miles de familias italianas con los desfalcos cometidos en su nombre en el Banco Ambrosiano, para seguir la política imperialista americana en Polonia con el fin de descalabrar a la Unión Soviética...

(1) El arzobispo Marcinkus, sospechoso de exigir y propiciar tales asesinatos y actor activo de los robos (desfalcos) al Ambrosiano, tuvo que salir a escondidas del Vaticano para escapar a la justicia italiana. Debió su impunidad en Estados Unidos a que Wojtyla le había concedido un pasaporte diplomático para evadirse de la justicia de aquel país, que también lo reclamaba.

PACELLI, Eugenio. (Ver *EUGENIO Pacelli*)

PALIO. Baldaquino móvil, compuesto por un trozo de tela, generalmente roja, con cenefas en los bordes, y cuatro, seis, ocho o más palos para mantenerla en alto en el aire extendida. Normalmente es un elemento protector, utilizado en todo el mundo en festividades y actos solemnes, con el fin de honrar a una o varias personas. Los príncipes mitrados del judeocatolicismo cristológico copiaron su uso a partir del siglo VI, y siguen utilizándolo, con mayor o menor profusión de signos y bordados, en sus parafernalias culturales, aunque está reservado a los personajes más encumbrados de su escalafón: el rey del Imperio Vaticano, patriarcas y primados.

PAPA. Nombre con el que se conoció a todos los encargados¹ de las comunidades judías heterodoxas filorromanas, cuando se distanciaron claramente del

judaísmo hierosolimitano y mosaico. El distanciamiento exigió el desprecio de la terminología sagrada en boga en el judaísmo, por cuya causa las denominaciones de levitas, sacerdotes², rabinos y sumos sacerdotes³, que les eran propios, se fueron desechando. Tales encargados, que tuvieron también los nombres de pastores, predicadores, servidores, y que posteriormente serían denominados diáconos, diaconisas, presbíteros, y, finalmente, obispos, eran denominados siempre papas, costumbre que permaneció dentro del judeocatolicismo durante siglos. En el siglo VI, puede verse cómo el título de papa se emplea en los formularios de la cancillería de Constantinopla para designar a los elegidos por el pueblo como jefes de la comunidad. Hasta bien entrado el siglo IX y aún el X, el título de papa se dio a los obispos y, sobre todo, a los metropolitanos.

En pleno siglo XI, en el año 1075, el rey de Roma Hildebrando de Soana, papa Gregorio VII, exigió, con su escrito "*Dictatus papae*" que el título de papa se reservara, en lo sucesivo, para él mismo y sus sucesores; decisión que no se realizó, pues la costumbre de designar con el nombre de papa a todos los pastores y sacerdotes siguió vigente en la Iglesia de Occidente durante mucho tiempo, y nunca desapareció de la Iglesia ortodoxa griega, que todavía la conserva, puesto que la palabra papa, del griego "pappas", es un término cariñoso para designar a los padres.

En el judeocatolicismo latino, el sentido que la palabra "papa" encierra en la actualidad no es más que el resultado de un proceso de falsificaciones que culmina con el "*Dictatus papae*" mencionado y que se sacraliza definitivamente, a partir de Gregorio VII, con la aceleración de los trámites necesarios para justificar evangélica, histórica y consuetudinariamente la primacía del obispo de Roma.

Si el judeocatolicismo está compuesto por un conjunto de sectarios nacido en las comunidades judías de la diáspora; si los evangelios nacen con Marción⁴, y sólo tras la derrota definitiva de Bar Cocheba en el año 136; si Marción murió hacia el año 160, y hasta su muerte su evangelio y las cartas con las que se presentó a las comunidades judías de Roma, no pudieron ser muy alterados; si los primeros textos evangélicos canónicos fueron escritos en griego, y proceden de una mezcla incalculable de ideas, tendencias y doctrinas que expresan una simbiosis, más o menos lograda, entre el judaísmo, el helenismo alejandrino y la filosofía oriental; si hasta entrado el siglo IV no se perfila la imagen de un posible Jesús histórico, pues hasta entonces sólo se predica en nombre del Xristós bíblico; si hasta entrado el siglo III no existe la posibilidad de diferenciar, en las sinagogas y comunidades judías, quiénes eran judíos ortodoxos y quiénes eran heterodoxos, por lo tanto tampoco es posible diferenciar a los sacerdotes y rabinos judíos de los sacerdotes y rabinos heterodoxos; si la palabra griega "ekklessia" (iglesia) no designa una organización de ningún género, sino que se da este nombre a cualquier tipo de asamblea y reunión de individuos, y sólo con el paso de los siglos se designará con él a los seguidores de Jesús, y éste fue configurado a partir del denominado "concilio" de Nicea, en el año 325; si hasta el reconocimiento del judeocatolicismo como entidad diferente al judaísmo, los únicos templos cristianos sólo pudieron ser las sinagogas y, en las ciudades importantes, como Roma, las catacumbas judías; ¿cómo es posible que se hable, antes del siglo III, de una institución sacerdotal, episcopal, arzobispal y papal derivada de la persona de Jesús cuando, como hemos señalado, apenas se había esbozado su figura?

Las jerarquías del judeocatolicismo filorromano imperial latino, secta que salió triunfante de los largos siglos de lucha entre los sectarios de todo tipo que se desgajaron del judaísmo ortodoxo, tuvieron, hasta la creación de la imprenta, y aun después, todo el tiempo que quisieron para destruir, transformar, inventar, componer, falsificar, desfigurar y adaptar todos los posibles documentos que pudieran descubrir sus orígenes y las raíces de su movimiento. Teniendo en cuenta los elementos que se han mencionado, sólo cabe decir que aquellos documentos, evangélicos o no, que hablen de Pedro como sucesor de Jesús, y del obispo de Roma como sucesor de Pedro, son falsificaciones descaradas, perpetradas por el papado romano para justificar su existencia. También puede afirmarse que los personajes de los tres primeros siglos del judeocatolicismo, citados por el papismo como padres fundadores de su movimiento, deben de ser mirados con mucha reserva, ya que existen serias presunciones de que fuesen judíos descontentos o judíos heterodoxos, a los cuales se les ha robado su identidad, falsificando su vida, sus creencias y sus escritos.

Si la existencia histórica de Jesús –cruce entre una divinidad y una criatura– es nula por necesidad, la existencia del papado vaticano como derivación de la autoridad de aquél es más falsa todavía, aparte de que el proceso de fabricación del papado es demasiado conocido para poderlo ocultar.

Una vez diferenciados, al menos dentro del judaísmo de la diáspora, los sectores más radicales de los judíos ortodoxos y los judíos heterodoxos, éstos últimos fueron imitando, como no podía suceder de otro modo, los esquemas clericales tradicionales judíos, griegos y romanos, de aquí que a la cabeza de las nuevas

comunidades se levantarán los nuevos rabinos o pastores, que eran designados por las asambleas de fieles. A tales pastores se les llamó diáconos y, posteriormente, presbíteros –hasta que se creó la clase de los obispos– y, como padres de la comunidad, papas. Como las luchas entre judíos inconformistas y renovados se producen en todas las comunidades judías, en todas ellas se comienzan a dibujar, primeramente de un modo confuso, con el paso de los siglos de un modo más nítido, las figuras de los nuevos pastores y responsables. A la cabeza de tales comunidades se encuentran la comunidad de Jerusalén, la de Alejandría, cuna probable de los evangelios, la de Antioquía, la de Éfeso y, con el paso de los siglos, y al mismo nivel que las mencionadas, las comunidades de Constantinopla y de Roma. Puede afirmarse con seguridad que, hasta el reconocimiento oficial de Constantino, la comunidad judeocristiana de Roma, como afirma Ignacio de Doellinger en su obra *El Pontificado*, no tiene ninguna relevancia, y sólo participa en las discusiones sobre la fiesta de la Pascua, del bautismo de los denominados herejes y la doctrina de la penitencia. En los primeros siglos del judeocatolicismo la iglesia de Roma, con su obispo a la cabeza, no destaca para nada sobre las demás iglesias ni en el terreno doctrinal, ni el dogmático, ni en el jerárquico ni en el apostólico. En aquellos siglos hubiera significado una locura el que algún obispo de Roma hubiera pretendido situarse por encima de los demás obispos de otras comunidades. La institución del papado romano quedaba muy lejos todavía, y las falsificaciones evangélicas que pretenderían justificarlo quedaban todavía más alejadas. De todos era conocido que Xristós, entidad abstracta y nada corpórea, jamás había designado al supuesto apóstol Pedro

como cabeza de su movimiento, y más conocido era que Pedro, de haber existido, jamás había estado en Roma y mucho menos había muerto en esta ciudad. La inexistencia del principado de Pedro es tan evidente, que un autor, en quien se pretende apoyar y justificar la antigüedad del obispado de Roma, como es Eusebios Pamphili (Eusebio de Cesarea), en pleno siglo IV, jamás menciona para nada que el apóstol Simón sea el jefe de la Iglesia, entre otras cosas, porque jamás habla de una iglesia, sino de las Iglesias, poniendo a cada una de las comunidades al mismo nivel. Pero no termina aquí esta prueba, sino que puestos a decir, afirma que Jesús fue el primer pastor de la diócesis de Jerusalén, y que su sucesor inmediato fue su primo Santiago, lo que haría del obispado o papado de la ciudad de David el más importante de todos los papados.

Las falsificaciones del contenido evangélico se elaboraron lentamente, con el paso de los siglos, y brotaron con los mismos textos pretendidamente sagrados. Jesús afirma, en varias ocasiones, que la generación que convive con él ha de conocer el fin del mundo. A los apóstoles les dice, insistentemente, expresiones como esta: "Cuando veáis estas cosas, pensad que el fin del mundo está cerca." En Marcos XIII, 29 y 30, lo dice con una claridad meridiana: "Así también vosotros, cuando veáis suceder estas cosas, entended que está próximo (el fin), a la puerta. En verdad os digo que no pasará esta generación antes de que todas estas cosas sucedan."

Si Jesús consideraba que el fin del mundo estaba a las puertas, no tuvo necesidad de fundar ninguna iglesia, y, por lo tanto, no tuvo necesidad alguna de colocar a nadie a la cabeza de una organización inexistente.

¹ Es probable que tales encargados hayan sido identificados, durante la transición del judaísmo

de la diáspora al judeocatolicismo florromano, con los levitas y rabinos del judaísmo tradicional.

- ² Con el paso de los siglos, y dado que el fin del mundo no parecía que pudiera ocurrir de inmediato, tuvieron que retomar el nombre de sacerdotes, ya que esta palabra estaba excesivamente implantada en el mundo de las realidades virtuales creado por todos los religionismos magicoteológicos, y no se podía ignorar.
- ³ Desecharon el título de sumo sacerdote, pero, con el tiempo, recuperaron el de pontífice y pontificado. El de pontífice máximo fue aplicado al emperador romano durante varios siglos, pues era él el verdadero pontífice máximo del judeocatolicismo, por encima de cualquier obispo o papa y por encima de los concilios.
- ⁴ Que Marción sea el verdadero autor, o sea una escuela o secta judía heterodoxa la representada por él, no tiene mayor importancia.

PAPADO. Por el uso y sentido general que se dio a esta palabra, podría designarse con ella la sucesión de los obispos o pastores de cada una de las iglesias o comunidades (diócesis, en jerga sacristial) que surgieron con la evolución del hebraísmo mosaico hacia el judeocatolicismo florromano imperial. Se deriva de la palabra papa, cuya raíz procede del griego "pappas", que significa padre. Expresaría, pues, la sucesión de los responsables de cualquier diócesis o el carácter que tenía su conjunto. Por esta razón podría y debería hablarse del papado de cada comunidad, en la medida en que en cada una hay un papa –padre– o superior que vela por los intereses de la misma.

La práctica revela una realidad diferente. Si la utilización de esta palabra y su significado siguen vigentes, aunque de un modo informal, dentro del judeocatolicismo ortodoxo, que todavía utiliza el nombre de papa para designar a sus pastores y sacerdotes, sobre todo a sus obispos, no sucede lo mismo con el judeocatolicismo latino, y más concretamente con el vaticano. En efecto, En el siglo XI, la clerecía de la ciudad de Roma, pre-

tendió eliminar el derecho de todos los obispos a utilizar el título de papa, para limitar su uso al obispo de la antigua ciudad imperial, que deseaba distinguirse de algún modo de los demás obispados, y que gozaba de una autoridad, en aquel tiempo, ya indiscutible. La restricción se fue imponiendo lentamente y, en la actualidad, se ha conseguido que, en sus dominios, la palabra papado sólo se utilice para designar la curia romana, la corte del Imperio Vaticano, en otras palabras, la sucesión de los obispos de Roma y su organización.

A pesar de esta prohibición, la palabra papado puede ser utilizada, recuperando su significado tradicional, y sin faltar al sentido original de su raíz, para designar la sucesión de los obispos de cada una de las diócesis y el mismo obispado, sean cuales seas las arrogaciones que quiera imponer la curia vaticana.

Con este criterio puede hablarse de los papados de todas las comunidades hebreas reformadas del Imperio romano en las que se impuso el judeocatolicismo filorromano por encima del judeocristianismo hierosolimitano y mosaico, y no solamente de las comunidades como Antioquía, Jerusalem, Alejandría, Lyon, Constantinopla, Roma, Marsella, Cartago, Toledo, Éfeso, etc.

Uno de los autores a tener en consideración para el estudio del papado universal es Eusebios Pamphili, más conocido por Eusebio de Cesarea; aunque, no hay que olvidarlo, su interés estriba no tanto en la fiabilidad de sus listados cuanto en la pluralidad de iglesias que descubren sus escritos. En primer lugar porque, en la relación que ofrece de todos los obispos de las diversas diócesis que él dice conocer, todos son iguales en autoridad, dignidad y gobierno, aunque no lo sean en ciencia, ni en sabiduría ni en prudencia. Todos tienen –y nos encontramos

en pleno siglo IV– la misma autoridad, y nadie destaca por encima de nadie, estando sometidos todos a la autoridad de los concilios. En último y primer término está afirmando, de un modo o de otro, que todos los obispados o papados configuran una federación de poderes idénticos, expresión de una federación de comunidades o iglesias. Entre los obispados (papados) que menciona, se encuentran entre otros, el de Bostra, Cartago, Cesarea de Capadocia, Cesarea de Palestina, Corinto, Éfeso, Egipto, Emesa, Smirna, Galia, Gaza, Hierápolis, Iconio, Laodicea, Lyon, Nicomedia, Ponto Euxino, Sardes, Sidón, Tarso, Tiro, Tolemaida. (Ver *Eusebios Pamphili*).

PAPADO DE ALEJANDRÍA. Uno de los más decisivos, en su tiempo, pues en dicha ciudad se efectuó la traducción al griego de la *Biblia*. La comunidad de judíos que no sabía expresarse en arameo o hebreo en esta ciudad egipcia, caída en poder de los griegos, era tan grande, que los Ptolomeos decidieron traducir aquel libro al griego, con el fin de satisfacer las demandas de la comunidad. La traducción, conocida como la de los *Setenta*, fue el origen de la denominación de cristianos con la que se comenzó a conocer a los hebreos doscientos años antes de la supuesta encarnación de un avatar del ídolo o dios judío Yahvé en el Jesús evangélico. Una relación de los supuestos primeros pastores, padres o papas de esta ciudad –episcopos–, se encuentra en la *Historia eclesiástica* de Eusebio de Cesarea. (Ver *Eusebios Pamphili*).

PAPADO DE ANTIOQUÍA. Una de las primeras comunidades del judeocatolicismo filorromano fue la de Antioquía, plagada de judíos que renunciaron al judaísmo mosaico para convertirse en judíos filorromanos. Eusebio

de Cesarea habla con frecuencia de los obispos de esta ciudad en su *Historia Eclesiástica*, y ofrece una relación amplia de los titulares de la diócesis. (Ver *Eusebios Pamphili*).

PAPADO DE CONSTANTINOPLA. A partir del instante en que se hizo de la secta cristológica una de tantas religiones del Imperio, siempre se consideró que el emperador era su verdadero sumo pontífice: el judeocatolicismo filorromano imperial triunfante no tenía otro sumo sacerdote. El paso definitivo lo había dado Constantino, una vez que las sectas judías heterodoxas se manifestaron, al menos en algunos medios, como sectas totalmente independientes de la autoridad hierosolimitana y de los levitas y sacerdotes mosaicos. Los obispos o papas de cualquier ciudad, serían meros representantes, no de Cristo, sino del Emperador, elegidos, en principio, por la misma comunidad en la que ejercían sus cuidados. Todas las comunidades judeocatólicas, desde las de Jerusalén a las de Antioquía, desde las de Éfeso a las de Roma, desde las de Lyon a las de Laodicea, desde las de Armenia a las de Constantinopla, desde las de Egipto hasta las de las Galias, tenían como Pontífice máximo al Emperador: sus obispos o papas eran meros representantes de la autoridad del Imperio Romano. La importancia del papado de Constantinopla fue capital a partir de Constantino, ya que, al fijar en esta ciudad su residencia, transmitió a sus sucesores el pontificado judeocatólico, sucesores que lo ejercieron, sobre todo, desde dicha ciudad, aunque la autoridad ordinaria la ejerciera su patriarca o papa. Puede resultar normal, con todo, su ausencia de las cronologías que Eusebios Pamphili ofrece en su *Historia de la Iglesia*¹, debido a su lejanía y a su reciente exaltación por Constantino.

La importancia del papado de Constantinopla o del Imperio bizantino es fundamental por dos razones. En primer lugar por la cronología que ofrece dicho papado de los pontífices o patriarcas de su propia ciudad. En segundo lugar por la cronología de los listados que ofrece de la ciudad de Roma. Ambos listados, hay que destacarlo, comienzan a partir del instante en que Constantino convierte el judaísmo heterodoxo o judeocatolicismo –comúnmente llamado cristianismo– en religión del Imperio. El de Constantinopla se inicia con Metrophanes (315–327), y continúa con Alexandros (327–340), Pablo I (340–341), Eusebios (341–342), Pablo I, nuevamente (342–344), Makedonios I (342–348), Pablo I, nuevamente (348–350), Makedonios I, nuevamente (350–360), Eudoxios (360–369), Demophilos (369–379), Euagrios (369–370), Gregorios I (379–381), Maximos (381), Nektarios, (381–397), Juan I Chrysostomos (398–404), etc. El listado total de los papas o patriarcas ecuménicos de Constantinopla, hasta el año 1459, año en que se consumó la caída del Imperio romano de Oriente, fueron 137 –existen ausencias y regresos–, cerrándose la cronología con Georgios Kurtesios, Gennadios II (1453–1459).

El papado o patriarcado de Constantinopla, al ofrecer el listado de los obispos de la cismática iglesia de Roma que guarda en sus archivos, lo comienza con Silvestre el Romano, Silvestre I (314–355), despreciando totalmente los obispos que las cronologías romanas compusieron para justificar la presunta línea ininterrumpida de sus obispos desde Jesús hasta Silvestre.

La discrepancia entre ambas iglesias fue continua, y lo mismo sucedió con sus listados, que fueron alterados en función de los oportunismos teopolíticos del momento. El obispado de Roma, más favorecido por las situación política general,

luchó constantemente para colocarse por encima de la Iglesia de Constantinopla. Por esta razón, cuando, debido a la presencia del emperador, el obispo o papa de Constantinopla comenzó a utilizar el título de Patriarca ecuménico, el obispo de Roma protestó enérgicamente contra esa pretensión, pues esperaba él ser denominado con ese título. (Ver *Eusebios Pamphili*).

¹ La importancia económica, comercial y estratégica del Bósforo obliga a pensar que la comunidad judía de esta localidad, antes de Constantino, debió de ser notoria, y, por lo tanto, la existencia de judíos heterodoxos, designados como cristianos, que rechazaban el fundamentalismo hierosolimitano.

PAPADO DE JERUSALÉN. La visión e impresión que producen los listados obispa-les o papales de Eusebios Pamphili en su Historia Eclesiástica, resulta sorprendente, entre otras razones, porque en el tiempo que fija sus listados ni siquiera se había configurado el Jesús evangélico, supuesto fundador del sectarismo cristológico.

Y resulta más desconcertante la impresión que produce, cuando se observa con detenimiento el listado que ofrece para el obispado o papado de Jerusalén, pues no duda en afirmar que el primer obispo de la ciudad fue el Jesús evangélico, y que los quince primeros obispos o papas que dirigieron la comunidad eran todos hebreos, por ser circuncisos. Tales obispos o papas, siguiendo siempre su *H. E.*, fueron, por orden de sucesión, Santiago, Simeón, Justo, Zaqueo, Tobías, Benjamín, Juan, Matías, Felipe, Séneca, Justo, Leví, Efrén, José y Judas. Coincidiendo el obispado o papado de este último con el principado de Adriano y el levantamiento de Bar Cocheba (132–136).

Tanto este listado, como la precisión que hace, de que todos son anteriores al levantamiento de Bar Cocheba, resultan enigmáticos. En primer lugar, porque es inconcebible que en los años que prece-

dieron a la destrucción de Jerusalén, en el año 70 del cómputo actual, y los que precedieron al levantamiento de Bar Cocheba en el año 132 hubiera judíos filorromanos habitando tranquilamente en Israel, Judea y Jerusalén, en un ambiente cargado de odios y reivindicaciones contra los invasores. Un judío filorromano era un traidor declarado, y por lo tanto, habría sido expulsado del país o simplemente asesinado, y los judeocatólicos no eran más que judíos pro Roma. Por no concebirse, no se concibe que en un pueblo tan fundamentalista como era el judío, se permitiera el lujo de tener en su seno a unos sectarios partidarios abiertamente de sus opresores: los hubieran matado a todos¹. Ya tenían bastante con aguantar a los saduceos y recaudadores de impuestos, como para soportar, en un ambiente de efervescencia fundamentalista y de rebelión compulsiva, a quienes eran sus enemigos declarados y, por lo tanto, traidores a exterminar.

En segundo lugar, sorprende que se pretenda hacer a todos los obispos o papas mencionados circuncisos. Resulta igualmente imposible. Si se da por supuesto que el Jesús evangélico murió crucificado en el año 33 del cómputo actual; si se admite que las discusiones sobre la circuncisión, entre los supuestos Pablo y Pedro tuvieron lugar en los años inmediatos a la muerte de Jesús, y quedó zanjada para siempre la cuestión de la circuncisión, en lo sucesivo obsoleta para todo el mundo, los hebreos incluidos, no se concibe que cien años más tarde, se siga practicando la circuncisión entre los judeocatólicos o se siga admitiendo habitualmente para jefe de la comunidad de Jerusalén nada menos que a judíos conversos.

Es de sobra conocido que el judeocaticismo sólo pudo comenzar su existencia a raíz de la derrota de Bar Cocheba, derrota que hizo cambiar la visión del mesías lu-

chador y triunfador que supuestamente esperaba el pueblo judío, para convertirse, a la luz del derrumbe de todas las esperanzas que había despertado el nuevo mesías levantisco, en un mesías apolítico, resignado, y consentidor, que se deja hacer y deshacer mientras es conducido al degolladero. Sólo entonces, ante esta derrota definitiva, tan definitiva que los desterró para siempre de su patria, los judíos más descontentos y oportunistas pudieron comenzar a vislumbrar una salida “mística” a las ansias de poder y de venganza del pueblo judío en general, salida que conduciría a la creación oficial y definitiva del judeocatolicismo.

La conclusión final es que el listado de obispos o papas, anteriores al principado de Adriano, que ofrece Eusebio para Jerusalén, o es mera invención o constituye el listado de levitas o rabinos, más o menos conocidos en las turbias aguas en que nacieron los movimientos sectarios judíos que comenzaban a manifestar su descontento con el judaísmo ortodoxo hierosolimitano. Y lo mismo puede decirse de los listados que ofrece para las demás comunidades o iglesias.

Tras la Caída de Bar Cochebas, en el año 136, ofrece una amplia lista de pastores u obispos para la antigua ciudad de David, pero, en realidad, se limita a dar una sucesión de nombres, Marcos, Casiano, Publio, Máximo, Juliano, Cayo, Símaco, otro Cayo, otro Juliano, Capitón, Máximo, Antonino, Valente, Doliquiano, Narciso, Díos, Germanión, Gordio, nuevamente Narciso, Alejandro,... Mazabanes, Hime-neo, Zabdas, Hermón, que nada dicen, y de los cuales, en general, nada informa. (Ver *Eusebios Pamphili*).

¹ La figura del mártir Esteban, de los *Hechos de los apóstoles*, hubiera sido más creíble y, desde luego, no hubiera sido la única, aunque debe puntualizarse que habría sido matado no por motivos religiosos, sino por traidor y partidario de Roma.

PAPADO DE ROMA. Nombre que se da a la institución del colectivo de obispos, supuestos o no, que tuvo Roma. También es sinónimo de corte imperial vaticana. El término papado comenzó a acuñarse en el siglo XII, en tiempos de Leone Ostiense. La fabricación del papado romano, tal y como se conoce en la actualidad, fue un proceso largo y lento, realizado en función del oportunismo político, social y económico que agitó, en un principio al Imperio Romano y, posteriormente, a los grupos y pueblos que terminaron estableciéndose y surgiendo en las riberas del Mediterráneo, tras la caída de Roma. Para situar en un contexto adecuado el problema que plantea su existencia y la de todas las iglesias y papados que componen el teísmo cristológico, debe tenerse presente:

1º: Que el judeocatolicismo filorromano imperial triunfante estaba compuesto de multitud de comunidades o iglesias totalmente independientes unas de otras¹, siendo la autoridad de todos sus responsables la misma. Estaba formado, en realidad por una federación de iglesias, cuyas fundaciones se atribuían a personajes más o menos míticos –en ocasiones, a los discípulos y apóstoles del supuesto Jesús evangélico–, nacidas en las comunidades judías o hebreas tradicionales y de la diáspora, distribuidas por todo el territorio del Imperio y allende sus fronteras.

2º: Que ningún presbítero u obispo, en los primeros siglos del judeocatolicismo, pretendió colocarse por encima de los demás presbíteros u obispos, o ser obedecido en otra diócesis que no fuera la suya propia.

3º Que el título de papa lo tuvieron todos los jefes de las comunidades judeocatólicas dispersas por el mundo hasta que el obispo de Roma Gregorio VII, en el año 1075, en la proposición décimo prime-

ra de su *Dictatus papae* exige para sí, en exclusiva, dicho título, aduciendo "*quod hoc unicum est nomen in mundo*" (que es un nombre único en el mundo).

4º: Que todos los obispos históricos de la ciudad de Roma, estuvieron sujetos a la autoridad de los sínodos y de los concilios o asambleas del conjunto de los pastores y episcopos. Asambleas y sínodos que rechazaron, con frecuencia, sus opiniones y exigencias doctrinales.

5º: Que todos los obispos y los concilios estaban sujetos a la autoridad del pontífice máximo, que era el emperador.

6º: Que hacia finales del principado de Cómodo, cuenta la leyenda, Víctor presbítero de la comunidad de Roma, pretendió excomulgar a las Iglesias de Asia, por las discusiones en torno a la pascua, lo que produjo tal alboroto, que a poco más el excomulgado fue él, por su prepotencia, arrogancia y presunción. Ninguna iglesia tenía el derecho de inmiscuirse en los asuntos de las demás, y ninguno de sus pastores podía juzgar la actuación de los demás pastores. Víctor, insiste la leyenda, se ganó el desprecio de los demás obispos, y el mismo Ireneo de Lyon tuvo que intervenir para poner los puntos sobre las íes.

7º: Que el obispo de Roma, Virgilio, en el año 553, fue excluido de la comunión de la Iglesia por el quinto concilio general, y que sólo fue admitido de nuevo cuando reconoció públicamente, ante todos los papas de las demás diócesis, que había sido un instrumento de Satanás. El historial de Virgilio es sintomático, ya que refleja la superioridad de los concilios y sínodos sobre todos y cada uno de los obispos en lo tocante al gobierno, la doctrina y al dogma, y lo lejos que estaba ese obispo de aspirar a la infalibilidad con un mínimo de pudor, puesto que se contradujo varias veces a lo largo de todo el proceso. Como señala Doellinger: "en

primer lugar, excomulgó a los que condenaban los tres capítulos, es decir, a los que tenían los escritos de Teodoro, Teodoreto e Ibas por heréticos; en seguida maldijo á los que los consideraban ortodoxos, es decir, que pensaban como él mismo había pensado poco antes; luego, al poco tiempo, aquel papa versátil, convencido al fin por el emperador y el concilio, condenaba de nuevo la condenación de los tres capítulos." (*El Pontificado*, pág. 35).

8º: Que cuando se reunió un sínodo para dirimir si Xristós tenía dos voluntades, una divina y otra humana, el obispo de Roma, Honorio (625-638), preguntado por los demás papas que participaban en dicho sínodo, acerca de su opinión sobre el tema, se declaró por la fórmula que posteriormente se declararía herética. Reunido otro concilio en el año 680 para terminar de solucionar el problema, este concilio declaró herético al papa Honorio, y pidió que se borrara su nombre de los libros de todas las iglesias.

9º: Que el obispo de Roma, Adriano (772-795), en el año 824 fue condenado, debido a sus doctrinas absurdas, por una asamblea o concilio de papas, reunidos en París. La acusación que pesó sobre este papa de Roma difunto, fue la de que "había ordenado una adoración supersticiosa de las imágenes."

Es evidente que el peso de las opiniones del papa de Roma no tenían mayor valor que las opiniones de los papas de otras diócesis y, sobre todo, que la opinión de cualquier papa estaba siempre sujeta a los dictámenes de los sínodos y concilios. Pero si en el orden doctrinal ninguna autoridad destacaba por encima de otras –de aquí el miedo que tuvieron todos los papas de Roma a los concilios, que los podían deponer o aun declarar heréticos, como sucedido con el papa Honorio–, en el terreno político y práctico, por

una serie de circunstancias históricas, sí que se fueron imponiendo por encima de los demás papas de otras diócesis.

En los primeros siglos del cristianismo las sedes patriarcales de Jerusalén, Alejandría, Antioquía, Éfeso, Constantinopla, etc., y los obispados de Lyon, Marsella, Toledo o Roma tuvieron la misma importancia, y su poder era similar en todas las diócesis. Pero la tendencia a acaparar y centralizar poderes, pronto se descubrió un tentación para todos. En un principio la cabeza de la incipiente iglesia estuvo allí en donde había nacido; y como la iglesia había nacido a la vera de las comunidades judías helénicas, los primeras documentos se redactan en griego –la lengua de los Evangelios– y no en Roma ni a la vera del obispo de Roma; y como el emperador reside en Constantinopla, las decisiones más importantes en lo tocante a la religión fueron tomadas en dicha ciudad, y los documentos siguen siendo redactados en griego.

Pronto el Emperador comenzó a estar demasiado lejos, y el obispo de Roma, habiéndose salvado la incipiente secta judeocatólica de la destrucción que arrasó el Imperio Romano de Occidente, inició la lucha hacia la supremacía de su diócesis sobre las demás, en busca de la autoridad absoluta. Y si esto no pudo lograrlo en el terreno doctrinal y dogmático, puesto que los errores los acumulan sobre su cabeza con tanta profusión como cualquier ser humano, en el terreno económico y político tuvo más suerte. La conversión de las autoridades invasoras al credo judeocatólico latino, hizo que sobre el obispo de Roma lloviesen privilegios, donaciones y prebendas. La rapiña y la acumulación de tierras y de riquezas, que tenían su origen en la apropiación de los bienes de las antiguas religiones y dioses del imperio, se vio potenciada por la generosidad con que

trataban al obispado romano los nuevos señores y las sinecuras que le ofrecieron. Con el dinero llegó el poder y las influencias. Se pagaron especialistas para la falsificación y confección de todo tipo de documentos que pudieran demostrar la importancia histórica de los obispos de la ciudad imperial. Con la alteración adecuada de documentos y textos de todo tipo, se fundamentó el derecho a dirimir problemas y disputas. El Imperio Carolingio no estaba lejos, y sería la confirmación del papado romano.

Los estados papales, plenamente establecidos, ante la impotencia de Bizancio, inician la emisión de documentos civiles que demuestran el poderío de que gozan. El primer escrito de éste género fue emitido por el rey Eudes de Lagery, papa Urbano II, el 5 de Julio de 1098, a favor de Ruggero, conde de Calabria y de Sicilia. El comienzo de dicho documento es revelador: "*Urbanus episcopus seruus seruorum Dei. Carissimo filio Rogerio comiti Calabriae et Siciliae salutem et apostolicam benedictionem...*" (Urbano obispo, siervo de los siervos de Dios. Carísimo hijo Ruggero, conde de Calabria y Sicilia, para ti la salud y la bendición apostólica...)². El obispo de Roma utiliza el título de Pontífice, no el de papa, como termina el documento: "*Dat. Salerni per manum Ioanni sanctae Romanae ecclesiae diaconi, Ill. nonas iulii, indictione VII, pontificatus domini Urbani secundi [anno] XI.*" Y la fórmula de la bendición apostólica que encabeza la carta, señala con claridad la pretensión de hacer del obispado de Roma la cátedra apostólica.

Jamás el supuesto carpintero de Nazaret podría haber imaginado hasta dónde iba a llegar la gloria de sus sucesores. Nunca los obispos de Roma alcanzarían el poder y la influencia que tuvieron entonces. Era lógico que quisieran reservarse el título de papa en exclusiva. Todos los demás

títulos de grandeza, pontífice, rey, sumo sacerdote, emperador, faraón, califa, sátrapa, etc., escapaban a su control. (Ver *Eusebios Pamphili*).

¹ La mejor prueba de esto la ofrece el *Apocalipsis*, que menciona las diversas iglesias que existen en Asia, siete iglesias, número simbólico que sugiere la existencia de otras muchas. Las que menciona son las de Éfeso, Esmirna (Smirna), Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia, y Laodicea (*Apoc. I, 11*). Este texto constituye una prueba capital del pluralismo eclesial, y, al mismo tiempo, de la primacía de las iglesias de Asia sobre las iglesias del norte, sur y oeste del Imperio. El autor de los textos, ni siquiera menciona la iglesia de Roma, que ninguna importancia tenía. Pero lo más importante es que jamás habla de una iglesia, sino de varias, y lógicamente, jamás habla de un jefe absoluto para una iglesia única, sino que sugiere, con la pluralidad de iglesias, la pluralidad de pastores.

² (*Raccolta di Concordati su materie ecclesiastiche tra la Santa Sede e le Autorità Civili*. Roma. Tipografía Poliglotta Vaticana, 1919).

PAPALES, Fuentes. Es difícil el estudio de los listados papales de las distintas comunidades que conformaron y conforman el judeocatolicismo universal. Parte, porque la sucesión de pastores, metropolitanos, archimandritas, presbíteros y obispos no se registraron, parte porque los documentos fueron destruidos, parte porque al adelantar la aparición del judeocatolicismo –impropiamente llamado cristianismo– varios siglos antes de que realmente existiera –tras la ruptura definitiva con la casa madre del judaísmo hierosolimitano–, el vacío fue rellenado con sujetos míticos, cuya vida sólo existió en la pluma de quienes los compusieron¹. Existe la posibilidad, con todo, de recurrir a los martirologios tanto de la secta judeocatólica papista como los de las iglesias ortodoxas y orientales para establecer algunos listados. Con frecuencia llenan sus páginas personajes que estuvieron a la cabeza de las diversas comunidades. Eso puede apreciarse

claramente en el judeocatolicismo ortodoxo, y no faltan ejemplos en el judeocatolicismo latino.

Las fuentes del obispado de la ciudad de Constantinopla son más creíbles porque la iglesia ortodoxa no pretendió nunca ofrecer ningún listado antes del reconocimiento del judeocatolicismo (cristianismo) como religión del Imperio. Las de Roma son despreciables e inútiles para los obispos que ofrecen antes del siglo IV. A partir de este siglo son más aceptables, lo que no quiere decir que correspondan siempre a la realidad, por el esfuerzo insistente que hizo el papismo por tratar ofrecer unas cronologías módicas y ejemplares.

Para el papado de Roma, entre las más antiguas fuentes citadas, se cuentan las siguientes:

1º.– *Hegesipus*, personaje a quien se sitúa en el año 160.

2º.– *Ireneo de Lyon*, del que se afirma que debió de vivir hacia el año 180.

3º.– *Eusebios Pamphili* (264–340), más conocido por *Eusebio de Cesarea*², y al que se hace amigo de Constantino el Grande.

4º.– El *Liberian Catalogue*, texto que se considera escrito en el siglo IV.

5º.– El *Liber Pontificalis*, cuya redacción primera se pretende situar a mediados del siglo VI, y que será completado por sucesivas manos hasta el reinado de Eneas Silvio Piccolomini, papa Pío II (1438–1464). Posteriormente le será añadida la serie de obispos de Roma que reinaron tras Eneas.

Existe un segundo *Liber Pontificalis*, el *Liber Pontificalis Completus ex Codice Der-tusensi*, cuyo texto o contenido debió de aparecer en Barcelona, en el año 1925.

¹ A éstas y otras dificultades se añade la tendencia irresistible de utilizar los materiales existentes, las anécdotas que corresponden a personajes reales, para la composición de otras vidas

que nada tienen que ver con los mismos, con el fin de ocultarlos y, con el claro objetivo de engañar a los lectores. Esto origina una confusión más, pues los datos verídicos desorientan al investigador, tanto como sirven a los objetivos que persiguen los falsificadores.

² En su *Historia Eclesiástica*, ofrece los obispados o papados de numerosas iglesias, la de Roma incluida. Lógicamente, el escepticismo, a pesar de las alabanzas que tienen para él los turiferarios de la corte del Imperio vaticano, brota de sus páginas con sólo abrir dicho libro. (Ver *Eusebios Pamphili*).

PAPALES, Listados. A pesar de los esfuerzos que, a partir de Gregorio VII, hicieron los reyes y obispos de la ciudad de Roma para utilizar el título, en exclusiva, de papa y borrar los listados de otras satrapías, no lo consiguieron¹. Por esta razón, si algún listado de los jerarcas del judeocatolicismo filorromano imperial triunfante merece el nombre de papal, son los listados de las iglesias orientales, entre las que se encuentran las que el mismo *Apocalipsis* menciona, Éfeso, Esmirna (Smirna), Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea, y las iglesias tradicionales de Armenia, Grecia, Etiopía, Constantinopla, Jerusalén, Alejandría², Antioquía, Cartago, etc., tanto por su probada antigüedad y continuidad, como por haber constituido los verdaderos impulsores del judeocatolicismo universal. La pretensión de los obispos de la ciudad de Roma, de considerar únicamente los listados propios como únicos válidos, al hacer de esta ciudad la sepultura de los supuestos apóstoles Pedro y Pablo, no deja de ser lo que es: una pretensión que no tiene ningún fundamento. El denominado apóstol Pedro, de haber existido, puede que abandonara en alguna ocasión Israel, pero si algo es seguro sobre la vida de esta entelequia, a juzgar por los contenidos evangélicos, es que jamás pisó Italia, y mucho menos Roma. Cuando el papa y la nomenclatura cardenalicia afirman que Pedro vivió y murió en la

ciudad del Tíber, mienten a ciencia y conciencia³, y son contumaces en la mentira⁴, por lo cual, su pretensión de exclusividad hay que descartarla de plano.

Por otro lado, por la lógica de la historia y por las afirmaciones doctrinales y tradicionales que entran en juego, listados papales deben ser considerados no solamente la enumeración de los titulares de cada una de las antiguas Iglesias orientales y africanas, sino los titulares de las Iglesias occidentales, como las de Lyon, Toledo, Arlés, Burdeos, Ravena, etc., que en tiempos remotos hicieron sombra al obispado de Roma, y que éste se cuidó, por todos los medios, de debilitar, someter y aun destruir. (Ver *Fuentes PAPALES* y *Eusebios Pamphili*).

¹ El judeocatolicismo eslavo, inspirado en el ortodoxo, considera igualmente a todos sus sacerdotes y metropolitanos papas.

² Alejandría habría sido la ciudad que abrió el camino hacia el judeocatolicismo, al haberse efectuado en ella la traducción de la *Biblia* al griego, y dar origen a las consecuencias teopolíticas que esta traducción tuvo.

³ Hacen, también, morir a Pablo en Roma, ante la necesidad de ocultar la enemistad, por no decir el odio, que reflejan los *Hechos* y las *Cartas* entre estos dos supuestos pilares del religionismo Cristológico.

⁴ La afirmación, años ha, de que la tumba de Pedro había sido descubierta en el Vaticano constituye, igualmente, una mendacidad colosal, sólo asimilable para las tragaderas de los rebaños judeocatólicos. Recientemente, a principios de diciembre del año 2006, la corte del Imperio vaticano anunció igualmente el descubrimiento de la tumba de Pablo. Afirmer que estas dos entelequias terminaron muriendo, en nombre de su ídolo Jesucristo en Roma, hacia los años sesenta del cómputo actual, cuando todavía dicho ídolo no era siquiera una posibilidad, no deja de ser una impudicia digna de admiración.

PAPISA JUANA, La. (Ver *JOHANNES Angelicus*).

PARRICIDIO, El. La necesidad que tuvo el judeocatolicismo filorromano imperial triunfante de demostrar que no debía ser identificado con el judaísmo hierosolimi-

tano o mosaico, cuando todo denunciaba su filiación e identidad con él, hizo que los sectarios que lo componían se vieran obligados a ser los asesinos compulsivos de sus propios padres y hermanos, los hebreos tradicionales, para dejar bien clara su independencia de ellos. La vocación criminal del cristianismo¹ se refuerza con este imperativo práctico, teopolítico, con el fin de cobijarse definitivamente a la sombra del Imperio romano. Una vez logrado este objetivo, los obispos, papas y sus turiferarios y aduladores teológicos, prolongaron sus crímenes hasta límites inconcebibles con el fin de borrar sus propias raíces y la cuna en la que nacieron, destruyendo, con los libros y documentos judíos, a todos sus autores. Para lograr, sin escrúpulo alguno, este objetivo saludable y cristológico, este parricidio reiterado, inventaron la expresión *deicidas* (asesinos de dios), la cual, aplicada a sus propios padres, hacía de su exterminio una necesidad compulsiva y santificadora para todo creyente de corazón. El papado romano, la corte del que terminaría siendo el Imperio Vaticano fomentó estos crímenes siempre que el oportunismo teopolítico o teofinanciero se lo exigía.

Las razones históricas del parricidio judeocatólico –cristianismo, en lenguaje común– son harto conocidas. Las razones psicológicas, son más confusas. Las razones teofinancieras tampoco resultan fáciles de expresar. El odio hijo-padre no se resuelve fácilmente con el asesinato del padre, puesto que el hijo siempre tendrá conciencia de que si es algo es por su origen, y de que matando al padre, destruye algo de su propio ser. Esta realidad sumergió a las autoridades del judeocatolicismo florromano, papista o no, en una crisis de identidad que, con Cristo o sin Cristo, todavía no han llegado a resolver. Las razones teofinancieras no han sido tampoco nada

claras. Los mismos obispos o papas de Roma, tuvieron que acudir a los judíos, en muchísimas ocasiones, para resolver sus problemas económicos y que les saquearan sus finanzas. El recurso de asesinarlos para acaparar sus riquezas, estaba moderado por la necesidad de recurrir a sus préstamos y conocimientos financieros cuando no tenían otro modo de salir de apuros. Esta última razón dio lugar a las ambivalencias que se producían, en ocasiones, entre el papado y sus rebaños con respecto a los judíos. Por un lado, los papas y teologistas habían ofrecido todas las razones “evangélicas”, “legales”, “éticas”, “sociales”, “morales”, “jurídicas” e “históricas” para que se los exterminara sin escrúpulo alguno, pues era una medida higiénica querida por su dios, lo que la plebe, en tiempos de vacas flacas, epidemias o pandemias, se prestaba a hacer por inspiración divina y con un entusiasmo contagioso. Por otro lado esos mismos papas y obispos, en ocasiones, incrédulos hasta la médula, y siempre necesitados de dinero, se veían forzados a frenar a sus rebaños, para no destruir el becerro de oro y, debe suponerse, por un resto de humanismo y escrúpulos, aunque esto último está por demostrar.

Con todo, y a pesar de las justificaciones psicológicas que pueden condicionar todo asesinato y genocidio, la vocación criminal del cristianismo¹, su vocación hacia el parricidio, está demasiado demostrada por la historia. De nada sirve tratar de atenuar la responsabilidad de sus autores por dislates psicológicos o traumas de infancia. Los obispos y papas judeocatólicos fueron asesinos a ciencia y conciencia, fueron contumaces, y lo fueron durante siglos: los evangelios confeccionados por ellos, y el derecho que inspiraron los señala como auténticos criminales y parricidas.

¹ En realidad, judeocatolicismo.

PARRY, William. Espía inglés en Europa, pero espía también al servicio del papado romano. Había trabajado para la *Sancta Societas* y, por encargo de ésta, pretendió matar a Isabel I de Inglaterra, intentona que realizó en 1584. Sus simpatías por el papismo lo traicionaron, pero la propia Isabel exigió que se lo dejara en libertad. A instancias de la *Sancta Societas* y, sobre todo, del rey del judeocatolicismo papista, Hugo Buoncompagni, más conocido como pontífice Gregorio XIII, que no estaba dispuesto a bajar a la tumba sin terminar antes con la vida de la reina, Parry preparó una nueva conjura. Reunió a varios nobles descontentos y ambiciosos para el atentado, pero el duque de Wesmoreland, Edmon Neville, uno de los conjurados, por causas desconocidas, comunicó el proyecto al secretario de la reina, Walsingham. Parry fue detenido y, bajo la tortura, no tardó en confesar. A través de Thomas Morgan, noble de confianza de María, reina de Escocia, pudieron descubrirse todas las ramificaciones de la conjura, y, entre ellas, se descubrió la mano del viejo papa.

William Parry fue ejecutado el día 2 de mayo de 1585. Quien diera la orden de asesinar a la reina a cualquier precio, el papa Buoncompagni, uno más entre tantos reyes tiaralizados que pretendieron asesinarla, había bajado a la tumba apenas veinte días antes que él.

PASCUAL EL ARCHIDIÁCONO. (Pascual el Arcediano). Su vida permanece en la penumbra hasta el instante en que destaca como archidiácono o arcediano de Roma bajo el obispo o papa de la antigua ciudad imperial Conon¹ (686–687). Descubrió su ambición cuando, presintiendo la próxima muerte del obispo, compró la ayuda de Juan Platyn, nuevo exarca bizantino de Ravena. El exarca hizo todo lo posible para que, a la muerte de Conon,

en el año 687, Pascual fuese elegido papa, y su gestión fue coronada por el éxito: era el primer papa con dicho nombre. Sin embargo las cosas se complicaron, ya que otro grupo de electores eligió al arcipreste Teodoro. Ambos papas, con sus partidarios respectivos, ocuparon distintas dependencias del palacio Laterano. Pascual I no dio su brazo a torcer, y lo mismo hizo Teodoro. La situación se hizo insostenible para todos, y una nueva guerra civil cristológica, de carácter local –un nuevo cisma, en jerga clerical– se ofrecía en perspectiva, por lo que los nobles y el alto clero decidieron escoger a otro papa en el Palatino. Los ciudadanos de Roma acogieron la noticia con entusiasmo y asistieron a la coronación del tercer papa, que se llamaba Sergio, y era el sacerdote titular de Santa Susana. Teodoro renunció al cargo y se sometió a Sergio. Pascual I tuvo que ser obligado a renunciar, aunque se negó a ello. Hizo nuevos intentos por conseguir la ayuda del exarca de Ravena, pero todos fracasaron, puesto que el exarca, al conocer la situación, y dejándose comprar por Sergio que le había ofrecido una cantidad mayor que la ofrecida por Pascual, apoyó a Sergio. Pascual fue destronado y hecho prisionero en un monasterio, acusado de prácticas mágicas. Moriría, años después, se supone que asesinado, sin renunciar al título de papa, aunque la posteridad le conoce con el de antipapa.

¹ Ver *Teodoro el Presbítero*.

PASCUAL MASSIMI. Papa Pascual I, aunque, en rigor, debía de ser considerado Pascual I Bis. Había nacido en Roma y era hijo de Bonoso (Bonosio). Era prior del monasterio benedictino de San Esteban, y encargado del reparto de las limosnas a los peregrinos, lo que le permitió acumular una gran fortuna, que empleó para conseguir el cargo de obispo de Roma, cargo que recayó sobre él el 25 de Enero

del año 817, a la muerte de Esteban IV (o V), el hijo de Marino. Hombre orgulloso, prepotente y soberbio, duro y déspota, inició su reinado, consagrándose sin esperar el consentimiento de Ludovico Pío, que se consideró ultrajado.

En Oriente, volvió a surgir el interminable problema de la adoración de las imágenes, que provocó nuevas guerras civiles cristológicas, escaramuzas, y asesinatos en nombre de una mayor fidelidad al Yahvé bíblico, que las prohibía, o al Jesús evangélico, que olvidó tratar el tema al pasar por este mundo. Pascual anatematizó al emperador de Oriente, León V, por iconoclasta, y trató de alimentar, a costa de la población, a quienes fueron expulsados de Bizancio por su persistencia en la idolatría escultural.

A este papa se debe uno de los milagros más sonados de la época: el hallazgo del cuerpo de Santa Cecilia en el cementerio Pretextat, cubierto con paños de oro y sangre fresca, para la cual Pascual ya había reconstruido el templo de la santa y dispuesto un féretro para depositarla y presentarla a la adoración de los fieles. El maravilloso evento sirvió para distraer a los romanos, y para que se olvidaran de los problemas que causaba la política de su obispo y rey. No tuvo reparos en recurrir a todo tipo de falsificaciones para establecer el imperio teopolítico de la curia romana, para lo cual se sirvió del denominado *Pactum Ludovicianum*, extraño documento, del cual sólo se conservan algunas copias del siglo XI, y con el cual se pretende confirmar, entre otros, el derecho del obispo de Roma a poseer los denominados Estados Papales, en los que se incluían la Calabria, Nápoles, Córcega, Sardaña y Sicilia. Educado en la severa regla benedictina, pretendió la reforma de toda la curia con el fin de imponer la autoridad propia, por lo que no tuvo inconveniente en recurrir al crimen y los asesinatos

siempre que lo juzgó útil y conveniente. Con ocasión de la visita de Lotario, asociado al gobierno del imperio por su padre, éste se escandalizó ante la vida depravada del clero y los dignatarios papales, y sobre todo por la riqueza y magnificencia de los palacios del papa, al que amenazó si no convocaba un concilio para corregir su vida y la del clero romano, y para purificar las costumbres. Pascual prometió a Lotario todo lo que éste quiso, pero en cuanto Lotario abandonó Roma, el papa detuvo a Teodoro, que era primiciero y a León, que era nomenclator, y los acusó de haber revelado a Lotario su vida y milagros, provocándole la vergüenza de tener que soportar los reproches que éste le había dirigido. Su castigo fue inmediato: mandó que se les dejara ciegos y fuesen decapitados. La noticia llegó al Emperador Luís el Benigno, que pidió explicaciones al papa, pero éste se declaró inocente ante sus representantes, y lo mismo hicieron los obispos que presentó como testigos de su inocencia. El emperador, no queriendo entregar al papa al verdugo, fingió aceptar las explicaciones que le dieron. No faltan autores que aseguran que, siendo odiado por el pueblo debido a su crueldad y despotismo, a su muerte, ocurrida el 11 de febrero del año 824, los romanos arrancaron su cadáver del lecho mortuorio y lo arrastraron por las calles de Roma, para arrojarlo en un muladar. Finalmente, sus despojos serían enterrados en el templo de San Práxedes. La curia romana, agradeciendo sus desvelos, le dio el título de santo.

Su sucesor inmediato sería Sisinio el Plebeyo, papa Sisinio II, que sería destronado a los cuatro meses¹ por Eugenio de Santa Sabina, papa Eugenio II (824–827) y sus partidarios.

¹ Y honrado, en los listados oficiales, con el título de antipapa.

PASILLO VATICANO, EI. Con este nombre se denominó la organización que montó la corte del Imperio Vaticano, durante el reinado de Eugenio Pacelli, Pío XII (1939–1958), para ayudar a escapar de la justicia de los vencedores, tras la Segunda guerra mundial, a los jerarcas alemanes, croatas y fascistas que provocaron la guerra y se distinguieron por sus atrocidades y crímenes contra la humanidad. Los responsables del Pasillo Vaticano, el papa Pacelli¹ y la nomenclatura cardenalicia, organizaron un servicio efectivo –por lo demás, bien pagado– que permitió la huida impune hacia destinos seguros –Argentina, Uruguay, Chile, Australia–, de personajes como el denominado Carnicero de Lyon, el señor Klaus Barbie, que tuvo el honor de dirigir la Gestapo en aquella ciudad; Erich Priebke, capitán de las SS; el médico del campo de exterminio de Auschwitz, Josef Mengele; Hans Fischböch, general de las SS; Adolf Eichmann, y el mismo Ante Pavelic, amigo personal de Pacelli, y a quien ofreció incalculables tesoros, como recuerdo imborrable del Estado Católico de Croacia.

Por el Pasillo Vaticano pasaron, según algunas cifras bastantes discretas, más de mil ustachis y una número incalculable de alemanes nazis, sin contar las figuras envergadura que se han mencionado y otras como ellas. La curia vaticana, responsable del Pasillo, colaboró activamente con la organización alemana Odessa, que operaba en Suramérica con gran libertad aunque con igual prudencia, procurando acompañar a sus protegidos hasta el lugar de destino, si hacía falta, tras haberlos dotado de pasaportes falsos, documentación, papeles y una nueva personalidad.

¹ Se ha tratado de exculpar al papa o rey Pacelli de la existencia del Pasillo Vaticano, pretensión de una inutilidad manifiesta. Eugenio Pacelli,

papa Pío XII, no sólo era un admirador de los nazis, sino que él mismo era un pronazi visceral, que en los años triunfales de Hitler no dejó de felicitarle por su aniversario. Vio con indiferencia la invasión de Checoslovaquia y la de Polonia, y con placer la de Ucrania y la Rusia. Bendijo los aviones italianos que iban a bombardear Etiopía, y apoyó incondicionalmente la creación del Estado Católico de Croacia, cuyo dictador, Ante Pavelic, un asesino visceral, recibió bendición tras bendición de Pacelli, y, todo haya que decirlo, a cambio Pavelic puso Croacia a los pies del papado y colmó a éste de fabulosos regalos.

Las pruebas son concluyentes tanto si se contempla su actuación personal como si se considera la conducta de sus ministros y de la nomenclatura vaticana a sus órdenes y servicio. Altos ministros de la corte de Imperio Vaticano, como el cardenal Montini –futuro rey y papa Pablo VI–, el cardenal Eugène Tisserant, Antonio Caggiano y Pietro Fumasoli–Biondi, jefe de la Sancta Societas, actuaron abiertamente ocultando a los criminales de guerra y facilitándoles todo tipo de ayudas y coartadas para escapar a la justicia, y fueron quienes diseñaron las rutas a seguir en su evasión definitiva. En esta tarea fueron ayudados por los obispos Alois Hudal, Heinemann, Kark Bayer y otros como ellos. El dinero para hacerlo lo daba el papa Pío XII, de una racanería que superaba la del más usurero de los prestamistas judíos, pero lo daba. Y no hay que olvidar que antes, esos mismos asesinatos alemanes y croatas habían llenado las arcas del papa con el dinero robado a sus víctimas. En el Pasillo Vaticano colaboró, en conjunto, desde Pío XII hasta el último monaguillo, pasando por la nomenclatura cardenalicia, la Sancta Societas, el Sodalitium Pianum, y agentes como los padres Petranovic, Draganovic, Döméter, Cucko, etc., comprometidos más directamente con las tareas prácticas del servicio de fugas. Pretender, como se intenta aun hoy día, exculpar a Pacelli aduciendo que ignoró por completo los manejos que se trajeron sus ministros durante varios años, constituye, más que una defensa, un insulto para el mismo Pacelli, que desde que había recibido el título de sacerdote o hechicero cristológico, a los 23 años de edad, había vivido y trabajado en el Vaticano y para el Vaticano, y sabía, más que nadie, lo que se guisaba en sus fogones.

PASTORAL. Nombre con el que se conoce, dentro del judeocatolicismo papista, las cartas que los príncipes mitrados del religionismo cristológico, dirigen a sus

ovejás. Las del obispo de Roma y rey del Imperio Vaticano, pueden también llevar otras denominaciones. Tales cartas tienen en realidad un sentido teopolítico evidente, pues siempre van dirigidas al mejor control de las masas de creyentes por dichos sátrapas, por mucho que aparenten que van dirigidas al denominado desarrollo espiritual de las mismas.

PATRIMONIO DE SAN PEDRO. Eufemismo para designar las riquezas, en bienes inmuebles del Imperio Vaticano. En tiempos primitivos constituyó el origen de los Estados Papales y la raíz del actual Imperio Vaticano.

Si se desea bucear en su historia, en busca de su fundamento, se encontraría que dicho patrimonio deriva del *Patrimonium Principis* de los emperadores romanos. Tras las donaciones de los emperadores, como fuente determinante de sus riquezas, se encuentran las herencias y las donaciones de la nobleza, aunque no hay que descartar las donaciones de personas sin ningún vínculo nobiliario. Roma era, en su tiempo, la ciudad más rica del Imperio, y ello se nota. Una vez asentadas las bases y establecido un territorio mínimo, propiedad de la comunidad de creyentes, el dinero llovió de los impuestos y de los diezmos que, en la medida el que el territorio se agrandaba con conquistas, usurpaciones y nuevas donaciones, fueron siendo cada vez más importantes. Las donaciones de los reyes francos fueron determinantes en este terreno, pues convirtieron a los obispos de Roma en auténticos príncipes y reyes feudales. Logrado el centralismo, la invención de las indulgencias supuso un incremento incalculable de ingresos, lo mismo que los jubileos, las ventas de reliquias, las autorizaciones, las licencias y dispensas. El poderío económico y el poderío político y territorial convirtieron

a un mero sacristán de una diócesis sin importancia, en el rey del Imperio Vaticano, la primera potencia mundial en términos relativos y la tercera o la cuarta en términos absolutos.

PAVELIC, Ante. Nació en Bradina, Herzegovina, en 1889. Con una querencia indiscutible a la acción y al mando, y una tendencia irrefrenable hacia el poder y la megalomanía, tras varios peripecias, entre las que se cuenta su colaboración en el asesinato del rey Alejandro I, consiguió, en 1941, el poder absoluto en Croacia. Fue el protagonista, a la sombra del papado Romano, más concretamente del rey del Imperio Vaticano Eugenio Pacelli, Pío XII, al que visitó para pedir su bendición, de uno de los mayores crímenes contra la humanidad cometidos en Europa. Con la ayuda de Hitler, al que tenía como maestro y mentor, mandó asesinar a más de quinientos mil personas, la mayoría serbios ortodoxos, aunque no faltaron varios de miles de gitanos, anarquistas, comunistas, islámicos y judíos¹. Las perspectivas que tales asesinatos abrían para el Imperio Vaticano eran tan grandes, que, a pesar de las informaciones de los crímenes que se estaban cometiendo en el Estado Católico de Croacia, para depurar el país de todos elementos que no fueran judeocatólicos papistas, el pontífice Pío XII, dijo a sus príncipes capelados y mitrados en Croacia y a su teofuncionariado, que no interfirieran para nada en la marcha de los acontecimientos y dejaran todo en manos de dios, que en aquella ocasión, para el Santo Padre, debían de ser las de su fiel Pavelic y sus ángeles exterminadores, los Ustachis. No solamente no interfirieron para nada en los asesinatos colectivos y programados con singular devoción por Pavelic y su equipo, sino que se vio a varios sacerdotes y frailes franciscanos, con la metralla-

ta en la mano, asesinando gozosamente, se supone que en nombre de su dios cristológico, a serbios ortodoxos de todo tipo y condición.

Las recompensas que el papadiós Pío XII recibió de las generosas manos de Pavelic debieron de ser tan grandes que, al finalizar la guerra, cuando Ante Pavelic era buscado² para ser juzgado como criminal de guerra, Pío XII, lo protegió caritativamente para que pudiera escapar a la justicia de los vencedores.

Con la ayuda de la corte del Imperio Vaticano, y su rey Pacelli, el dictador croata pudo escapar a todos los controles y refugiarse, en 1945, en Austria, posteriormente en el Vaticano, terminando su periplo en Madrid, tras pasar por Argentina. En la capital de España disfrutó de las riquezas acumuladas durante su dictadura, al amparo de otro asesino bendecido por el papado romano y su teofuncionariado, Franco, hasta que le sorprendió la muerte.

En el Vaticano, y como un detalle preferencial del papa, Pavelic estuvo alojado en el colegio Pío Pontificio (mayo 1946), luego en una pequeña casa de Castalgandolfo, residencia veraniega de los papas romanos, y posteriormente en San Girolano, bajo la custodia de Krunoslav Draganovic, mientras esperaba ser embarcado hacia su destino definitivo. En 1948, Pavelic pudo embarcar, camino de Argentina, custodiado por miembros de la Sancta Societas, que permanecieron con él durante dos años. Sin embargo, en 1957, sufrió en aquel país un atentado que lo obligó a abandonar aquellas tierras. Finalmente se establecería en Madrid, en donde moriría en 1959, a los 70 años de edad.

¹ Los asesinatos cometidos por Pavelic y sus fieles Ustachis, escandalizaron a todo el mundo, salvo al papa Pacelli, su corte y su teofuncionariado, que los bendijeron con angelical complacencia.

En una obra de los científicos Georges Charpak y Ricahrd L. Garwin, titulada *Feux Follets et Champignons Nucléaires*, se cita, de pasada, el panorama que vivió el Estado Católico de Croacia creado por Ante Pavelic y el socorro espiritual del papa y sus tonsurados. "Durante la segunda Guerra mundial, leemos, los Ustachis croatas, bendecidos por sus sacerdotes católicos, alcanzaron la fama debido a las masacres y genocidios de serbios ortodoxos y judíos. No había en Auschwich deportados judíos croatas, ya que la mayoría habían sido masacrados en la propia Croacia por los Ustachis." (Pag. 314, Obra citada, Editions Odile Jacop, Paris, 1997). Una información más completa, sobre este tema, se encuentra en la obra del historiador Eric Frattini, *La Santa Alianza. Historia del espionaje vaticano. De Pío V a Benedicto XVI*. (Cap. 15. *El fin de los mil años, 1940-1945*. Espasa Calpe; Madrid, 2005).

² Lógicamente fue buscado, pero lo que no suele mencionarse en los libros de historia, es que Ante Pavelic había caído prisionero de los ingleses, y que su libertad fue comprada, por intervención del Vaticano y directa de los miembros de la *Sancta Societas*, a los ingleses, siendo su rescate pagado con parte del tesoro que Pavelic había robado a su pueblo, en la llamada Operación Oro de Croacia. Lógicamente, una parte considerable del tesoro, cerca de doscientos millones de francos suizos fueron a parar a las manos del papa Pío XII y las cuentas secretas del Vaticano en los bancos suizos.

³ Los científicos citados en la nota primera, en la misma página y obra, muestran su asombro ante la información que llegó a su poder relativa a lo que estaba ocurriendo en la actualidad, en Croacia. Su presidente, Tudjman, "... pretende repatriar, con todos los honores, las cenizas del jefe Ustachi Ante Pavelic..." Es extraño su asombro. Como sucede con el general Franco en España, que no faltan admiradores que piden su santificación, los autores del libro citado parece que ignoran que personajes de este calibre han sido envidiados y admirados, y fueron colocados por la corte del Imperio Vaticano en los altares.

PEDRO. (Ver *SIMÓN Pedro*).

PEDRO, Cartas de. Escritos que, unidos a otras cartas y textos, forman lo que puede denominarse *Buena nueva*, y cuyo conjunto, para simplificar, en esta obra, se designa con la palabra genérica *Evangélicos*¹. En una de ellas, el obispado ro-

mano pretende fundamentar su primacía sobre los demás obispos del teísmo cristológico, aduciendo que la carta demuestra la presencia de este hábil chairo² en la capital del Imperio.

Que un pescador, de la última de las aldeas judías pudiera expresarse por escrito en griego, ya era milagro; que además supiera articular dos frases seguidas sin perder el hilo, para dictar las cartas, en el caso de que no supiera escribir, no lo era menos; pero pensar que los soldados del César de turno vigilaban los correos particulares, que eran imposible vigilar, puesto que cualquier viajero podía ser portador de noticias y cartas, era una estupidez mayor que las anteriores. Y aceptar que Pedro era un personaje tan conocido en el Imperio, que necesitara esconderse de la policía del mismo para no ser capturado, es pura mentecatez. Por ello, asegurar que en la carta que se le atribuye, en donde dice Babilonia debe leerse Roma es de una estulticia divina o de una truhanería ejemplar, destinada a convencer a unos psicópatas perdidos en el marasmo de su credulidad. Además, Pedro, en dicha carta, no afirma, en absoluto, que el se encuentre en Babilonia.

La crítica hace tiempo que demostró que las dos cartas que se atribuyen a Pedro no son más que falsificaciones que no merecen consideración alguna.

1 Puesto que se ha traducido la palabra "evangelio" por "buena nueva", es lógico que todos los escritos contenidos en lo que en la actualidad se llama "nuevo testamento" se incluyan en los *Evangelios*, puesto que constituyen una parte fundamental de la "Buena nueva". De este modo se evitaría la adulteración de la *Biblia* con el injerto evangélico, y se evitarían los errores y apropiaciones injustificadas que se derivan de este injerto. (Ver *Biblia* y *Evangelios*).

2 Por navajero. Si se leen sin prejuicios las líneas evangélicas que narran la escena de Ananías y Safira, las deducciones que pueden sacarse son aterradoras. La conclusión para nada favorece

al papado romano, que quedará marcado para siempre con el sello de su predilección compulsiva hacia el crimen: La vocación criminal del cristianismo ofrece aquí una de sus raíces. En esta escena Pedro hace alarde de una habilidad tan increíble con su faca al asesinar, en un abrir y cerrar de ojos, a Safira y su esposo Ananías, según narran los *Hechos de los apóstoles*, que bien podía ser envidiada por los navajeros de Sierra Morena.

PEDRO BARBO. Papa Pablo II. Fue elegido en el año 1464 a la muerte de su predecesor, Eneas Silvio Piccolomini, más conocido por papa Pío II. Pedro Barbo, veneciano, nacido en el año 1418, de una rica familia de comerciantes, se hubiera dedicado al comercio de no haber sido por su tío, el obispo de Roma Eugenio IV, que lo animó a seguir la carrera clerical; gracia a él, a los 20 años ya era cardenal, tras haberlo hecho arcediano de Bolonia y protonotario apostólico. Eneas Silvio Piccolomini, papa Pío II, lo hizo obispo de Padua. Fue significativo el que, una vez elegido obispo de la antigua ciudad imperial pretendiera llamarse Formoso (Hermoso), idea que le quitaron de la cabeza los mismos electores. Se decidió, tras largos titubeos, a tomar el nombre de Paulo (Pablo), siendo consagrado el 16 de septiembre de 1464.

Como la gran mayoría de los aspirantes al cargo, y que compraron votos y firmaron pagarés antes del cónclave o en el mismo cónclave, una vez ceñida la corona, despreció los compromisos contraídos por considerar que dañaban su figura como representante de Cristo en la tierra. Como gran parte de sus predecesores, y la mayoría de quienes lo siguieron en el trono, olvidó, o pretendió olvidar, que el obispado de Roma había sido creado después de los de Jerusalén, Antioquía, Alejandría, Éfeso, Corinto, etc. Que en los primeros cuatro siglos los patriarcados de las ciudades mencionadas, juntamente con el de Constantinopla,

fueron más importantes que el obispado de Roma. Que la curia romana se las vio y se las deseó –y en la actualidad todavía no lo ha conseguido, diga lo que diga la corte del Imperio Vaticano– para hacer de Pedro el comendatario del Jesús evangélico y para meterlo con calzador entre sus paredes y listados. Que el obispo de Roma, antes de hacerse representante y sucesor de Cristo, tuvo que luchar con garras y colmillos para hacerse sucesor de Pedro. Y que mientras pretendía actuar como un ser por encima del bien y del mal, además de infalible, había dado muestras, más que suficientes, de su venalidad, vesania, ignorancia, contradicciones y mendacidad.

Pedro Barbo, papa Pablo II, autoidolátrico cien por cien, teogólata compulsivo, cuando no ocupa el tiempo en contemplarse en el espejo y coleccionar joyas y esculturas, lo emplea en amargar la vida a quienes no están dispuestos a secundarlo. Esta es la razón por la que no soporta a los Médicis, a los Ferrante, a quienes trató de destruir, y la razón por la que se enemista con Luis XI de Francia. Excomulgó y depuso al rey de Bohemia, Jorge Podiebrad, por la permisibilidad que tuvo hacia los husitas, y dio dicho reino al rey de Hungría, Matías Corvino.

De ideas claras, siendo enemigo acérrimo de todo humanismo y conocimiento, prohibió la enseñanza a los niños en las escuelas, declarando que el saber era coto reservado a los clérigos, y afirmando que la religión debía matar la ciencia ya que la ciencia mataba la religión. Su oposición a la enseñanza se manifestó también en la expulsión de la Cancillería romana de todos los científicos, humanistas y escritores independientes, dejando en ella las cuatro cacatúas capeladas y mitralizadas que como él, hablaban de trapos, cremas y pócimas.

Cuando algunos cardenales le recordaron los juramentos y promesas que había hecho antes de elegirlo, se volvió contra ellos, los depuso y encarceló. Condenó al historiador Platina, a Pomponio Leto y a otros muchos humanistas a la tortura, que tuvo el placer de presenciar haciendo todo tipo de comentarios burlescos mientras sus víctimas se desangraban y aullaban de dolor. No pudiendo demostrar la acusación de haber tratado de conspirar contra el papa, éste los acusó de herejes, y la mayoría murió en manos del verdugo durante las sevicias a que fueron sometidos. Platina, pudo sobrevivir gracias a su constitución y la intervención directa de Federico III.

El representante de Cristo Pedro Barbo, papa Pablo II, rodeado siempre por sus meninos, sus favoritos, aduladores y “esteticiens”, dado a la molicie, al lujo y a la autocomplacencia más narcisista, moriría, víctima de su intemperancia¹, según rezan las crónicas extraoficiales, la noche del 29 de julio del año 1471, de una indigestión, tras una cena pantagruélica rematada con la ingestión de dos melones. Su reinado a la cabeza del imperio cristológico latino, que duró siete años, lo resumen, la mayoría de los historiadores, en una frase: *Fue tan mezquino como vano*.

En efecto, crímenes e infamias patibulares aparte, su obispado fue gris, no exento de intrigas e indecencias, y quedó definido por la vacuidad, pomposidad y el lujo.

Su sucesor sería Francesco della Rovere, papa Sixto IV (1471–1484).

¹ Las crónicas oficiales se limitan a señalar que murió de una apoplejía.

PEDRO BUCCA PORCA. (Petrus Os Porci, Pedro Cara de Cerdo). Obispo de Roma a la muerte de Juan XVIII, en el año 1009. Fue más conocido como papa Sergio IV.

Es considerado el primer obispo de la antigua ciudad imperial que pretendió organizar una cruzada contra el dominio islámico, aunque murió sin conseguirlo. Durante su reinado murió Juan Crescencio, lo que permitió al obispo de Roma una cierta autonomía, pues siempre, a pesar de la servidumbre que el obispado romano trataba de imponer a los demás obispados e iglesias, sus titulares fueron juguetes en manos de reyes, príncipes y emperadores.

Algunos historiadores, entre los que se encuentran Ciaconio y Platina, afirman que era un hombre prudente y honrado, y probablemente el menos indecente de todos los que se ciñeron la corona del imperio judeocatólico. Hay quien asegura que se retiró a un monasterio por no soportar las intrigas del palacio papal. Su muerte, según las crónicas, ocurrió el 12 de mayo del año 1012, siendo sepultado en el templo de san Juan, en el Laterano. La ambicionada tiara se repartió entre Gregorio de los Crescencios¹, papa Gregorio VI (1012–1014), y Teofilacto Tusculano, papa Benedicto VIII (1012–1024).

¹ Gregorio, habiendo perdido la batalla, tras dos años de reinado, frente a su enemigo Teofilacto, más fuerte y rico, sería declarado antipapa.

PEDRO DAMIÁN. (1007–1072). Cardenal y obispo de Ostia. Se lo hizo doctor del judeocatolicismo papista por las alabanzas que tuvo hacia el pontificado romano. Llegó a afirmar que el emperador recibe el poder del obispo de Roma, y que lo ejerce por delegación, y que sólo es legítimo en la medida en que permanece fiel a los deseos del papa romano. El remate de esta declaración era que si hiciera falta, el obispo de Roma podría deponer al emperador siempre que lo creyera conveniente y fuera esa su voluntad. Declaración tan afortunada le mereció el título de santo.

PEDRO DE CANEPANOVA. (Pedro de Pavía). Papa Juan XIV. Ocupó el trono del arzobispado romano en los últimos días del año 983 o primeros del 984, a la muerte de Benedicto Tusculano, papa Benedicto VII. Algunos historiadores lo hacen natural de la ciudad de Pavía, de la que alcanzaría el obispado o papado. Habría sido canciller del emperador Otón II, lo que habría facilitado su elección al obispado romano.

Juan XIV no pudo disfrutar mucho tiempo de la tiara, ya que, a los pocos meses de su elección, en la misma Roma, moría su protector, el emperador Otón.

Francon Ferruccio, más conocido con el nombre de papa Bonifacio VII, cargado de riquezas, regresó de Constantinopla llamado por sus incondicionales y, con la ayuda de la familia de los Crescencio, pudo sentarse de nuevo en el añorado trono, que había abandonado años antes. Juan XIV fue encarcelado en el castillo de Sant'Angelo, en donde sería envenenado por orden del papa Bonifacio VII¹. Se cree que su asesinato tuvo lugar a mediados de agosto del año 984. Un año más tarde, su verdugo lo seguiría a la tumba, envenenado también por los aspirantes al trono cristológico.

¹ Otras versiones aseguran que lo hizo morir de hambre.

PEDRO DE GIULIANO. (Pedro Juliano). Papa Juan XXI. Se lo llama, también, Pedro el Hispano¹. Perteneció a la nobleza italiana, y había sido obispo de Frascati y cardenal obispo de Túsculo. Alcanzó la tiara en el año 1276, a la muerte de Ottobono Fieschi, papa Adriano V. Su elección fue precedida por luchas y escaramuzas, conciliábulos e intrigas que terminaron en un cónclave, en el Palacio de Viterbo, del que no se permitió salir a ningún cardenal antes de que fuese elegido el nuevo obispo romano.

Hombre ambicioso, en el poco tiempo que duró su reinado desarrolló una actividad frenética²: intervino en las rencillas entre los reyes de Francia y España; trató de organizar una nueva cruzada contra el Islam; pretendió lograr la unión del judeocatolicismo papista con el ortodoxo, siempre, como es lógico, con el pontífice romano a la cabeza, intento que terminó en un fracaso absoluto.

Su muerte, ocurrida en 1277, un año más tarde de su elección, se debió, según unos autores, a que murió aplastado por el derrumbe de un muro; otros afirman que un palacio, que estaba construyendo, se vino entero sobre él, y no faltan quienes aseguren que fue simple y llanamente asesinado por los mismos electores que le habían ofrecido el papado.

Su sucesor sería Juan Cayetano Orisini, papa Nicolás III (1277–1280).

¹ No faltan documentos que afirman que nació en Lisboa o sus alrededores.

² Que se debía, según algunos autores, a su secretario Cayetano, que le sucedería en el trono.

PEDRO DE LUNA. Obispo de Roma en Aviñón, más conocido por papa Benedicto XIII. Ocupó el ambicionado trono a la muerte de Roberto de Ginebra, papa Clemente VII, en el año 1394. Mientras esta elección tenía lugar en Francia, en Italia había otro obispo romano, el napolitano Pietro Tomacelli (Pedro T.), papa Bonifacio IX, que no era reconocido por los cardenales franceses. El cisma dentro del judeocatolicismo latino, abierto años antes con la elección del papa Urbano VI (1378), el rechazo de éste por los cardenales franceses –incluido Pedro de Luna, cardenal aragonés– y la elección en Aviñón del papa Clemente VII, se prolongaba ahora con la elección de Pedro de Luna. Por su parte, Bonifacio IX, sucesor de Urbano VI, tuvo que aceptar la situación, aunque no se resignara a ella. Y lo

mismo debió de suceder con Benedicto XIII. Ambos, en su fuero interno, debían de reconocer que cada uno había sido elegido de acuerdo con los cánones imperantes siempre en torno a todos los obispados, y no solamente en torno al obispado o papado romano: la ley del más fuerte y el más audaz y, de creer en los cuentos de hadas, la añadida inspiración del Santo Espíritu.

Pasan los años y, el clero francés, que toleraba muy mal los impuestos del papa de Aviñón, se reunió en París, en el año 1398, e hizo una declaración en la que justificaba la no obediencia a las decisiones de Benedicto XIII, aunque dejaba muy claro que eso no significaba que había que obedecer al papa italiano. El rey de Francia, que soportaba malamente un papa aragonés en la corte de Aviñón, trató de negociar con Bonifacio IX su derrocamiento, pero Bonifacio, aunque no le agradara la situación, desconfiaba de las intenciones del rey francés, y dio largas al asunto, tratando de reforzar, por otro lado, su posición en Alemania. El tiempo no se detiene; se suceden los obispos de Roma en Italia, y Benedicto XIII ve pasar sus ataúdes con la terca resolución de todo aragonés que se precie. Desprecia el concilio o asamblea de Pisa (1405) y sus resoluciones. El mismo desprecio tiene para el de Constanza (1415). Hombre prudente, viendo la versatilidad del mundo y las nuevas corrientes de poder en Europa, Benedicto XIII terminó por refugiarse en su principado de Peñíscola, y allí murió¹, a comienzos de junio del año 1424, sin abdicar del título² que le había sido conferido como sucesor de San Pedro, 30 años antes³. Los cardenales que él había creado designaron a su sucesor, Gil Sánchez Muñoz, que se ceñiría la tiara con el nombre de pontífice y papa Clemente VIII; a éste seguiría Bernard Garnier, papa Benedicto XIV, que nada

tuvieron que ver con sus homónimos de los listados oficiales y extraoficiales.

1 Envenenado, según algunas lenguas, extremo que, según el parecer de no pocos historiadores, no tiene fundamento alguno.

2 El papado de Benedicto XIII plantea una reflexión instructiva: o los concilios tienen autoridad sobre cada uno de los obispos o papas de toda el judeocaticismo filorromano imperial, el de Roma incluido, como así sucedía en los primeros siglos de existencia de esta secta judía heterodoxa, y por lo tanto Benedicto XIII, no pudiendo estar por encima de los concilios, había dejado de ser obispo o papa de Roma, aunque la sede la tuviera en Aviñón o cualquier otro lugar; o el papa es superior a todos y cada uno de los concilios (Trento, 1545–1563) y su autoridad está por encima de las resoluciones de estos, y, por lo tanto, Benedicto XIII, elegido con todas las garantías necesarias, por ser, a partir de la muerte de Bonifacio IX, el papa más antiguo, estaba por encima de cualquier concilio. En el primer caso, ningún papa, a pesar de las declaraciones de Trento, sería superior al concilio, por lo tanto todos los papas, desde Trento fueron heréticos, incluido, como es lógico, Mastai-Ferretti, papa Pío IX, que se declaró a sí mismo infalible. En el caso de que el papa fuese superior al concilio, Benedicto XIII también lo sería y, por lo tanto, estaba en su derecho al despreciar las resoluciones de los concilios de Pisa y Constanza, siendo sus protagonistas, los obispos y cardenales que no aceptaban su autoridad y pretendieron derrocarlo, unos heréticos. El dilema provocado por Benedicto XIII se ocultó con el equívoco recurso de declararlo antipapa.

3 La trayectoria de este hombre, en síntesis, demuestra el tesón y orgullo de un hombre consecuente y enérgico, que está convencido de que la verdad y el derecho están de su lado. Cuando fue elegido, la Universidad de París le ordenó abdicar y pretendió reunir un concilio. Benedicto XIII, excomulgó a la universidad y al concilio. El rey de Francia trató de detenerlo, pero el papa, refugiado en su palacio, resistió un asedio de más de siete meses. El normando Braquemont, señor de un castillo cercano, ayudó al papa a fugarse. Cuando se encontró en Chateau Raynard, de donde era imposible desalojarlo, el papa aprovechó para degradar a todos los cardenales con el fin de impedir una nueva elección. Y a quienes estaban de su parte, les hizo firmar un documento en el que le testimoniaban una obediencia ciega y absoluta. A raíz de este hecho, recuperó Aviñón, excomulgó a tirios y troyanos y mandó una embajada

a Bonifacio IX. Cuando el rey de Francia quiso prenderlo de nuevo, se refugió en Cataluña, y desde allí se dirigió a su castillo de Peñíscola. Ni los concilios, ni las gestiones de Segismundo doblegaron su voluntad. La mayoría de los cardenales que lo habían votado, o estaban muerto o se habían pasado a su enemigo. El quedó, frente al oportunismo teopolítico de todos, solo, irreductible y firme, enarbolando la bandera de su legitimidad.

PEDRO DE TARANTASIA. (Pedro de Tarantaise). Fue el primer obispo de Roma brotado de las filas de la orden dominicana. Se ciñó la tiara pontifical con el nombre de papa Inocencio V. Se cree que nació en Saboya, en el año 1225, aunque otros lo hacen Borgoñés. Los dominicos lo destinaron a la Universidad de París. Pasado el tiempo sería elegido obispo o papa de Lyon y, posteriormente, obispo cardenal de Ostia. Su reinado, en Roma, comenzó en enero–febrero del año 1276, a la muerte de Teobaldo Visconti, papa Gregorio X, cuando tenía 51 años de edad, y su elección, se afirma, fue debida a la influencia de Carlos de Anjou, hermano de san Luís rey de Francia. El poco tiempo que duró en el mortífero trono le sirvió para levantar la excomunión que su predecesor, Teobaldo Visconti, papa Gregorio X, había lanzado contra Florencia. No tuvo tiempo de hacer mucho más, pues las buenas intenciones que tenía se quedaron en eso, intenciones. A finales de junio de aquel mismo año fue envenenado por los cardenales aspirantes al trono y las fuerzas que se oponían a su política y la de sus electores. Como algunos de sus predecesores, tenía la firme intención de reformar la curia y la disciplina del clero y los monjes, y cometió el tremendo error de anunciarlo.

Fue de los pocos papas romanos que merecieron, a pesar de su estrechez de miras, el apelativo de honrado y honesto.

Para guardar las formas, la corte del que habría de ser el Imperio vaticano, no tuvo

inconveniente en verlo en el atrio de su paraíso y honrarle con el título de beato. Era un modo digno de ocultar que había sido asesinado en la misma corte y por la nomenclatura cardenalicia.

El trono que Tarantasia dejó vacante, iría a parar a las manos de Ottoboni Fieschi, papa Adriano V (1276), que correría la misma suerte: un mes tardaron los cardenales y la curia romana en preparar el veneno y deshacerse de este representante de Cristo.

PEDRO EL ARCIPRESTE. Papa Pedro II. Fue escogido obispo de la ciudad de Roma, a la muerte de Juan V, en el año 686, por el clero de dicha urbe. Tuvo que disputar el trono con Teodoro el Presbítero (papa Teodoro I), que había sido escogido por el ejército, y con Conon el Anciano (papa Conon) que había sido escogido por el pueblo. La balanza se inclinaría finalmente hacia Conon, y Pedro II fue depuesto, lo mismo que Teodoro I.

PEDRO FILARGI. (Pedro Filargo). Papa Alejandro V. A comienzos del siglo XV, durante la lucha de Pedro de Luna, papa Benedicto XIII, y el también obispo de Roma Gregorio XII, se decidió elegir un nuevo pontífice con el fin de zanjar salomónicamente el conflicto entre ambos. La elección, en 1409, de Pedro Filargi al solio episcopal romano fue aprobada por los partidarios de los dos pontífices en ejercicio, y contaba con la aprobación de los Franciscanos, pues Filargi pertenecía a su logia, y la de gran parte del colegio cardenalicio, ya que era también cardenal y arzobispo de Milán. Sin embargo, la nueva elección, en lugar de terminar con el cisma romano lo multiplicó, ya que lo único que se consiguió fue que, en lugar de un papa como se pretendía, hubiera tres. Pedro Filargi fue consagrado obispo de Roma y papa en la catedral de Pisa,

el 7 de Julio de 1409. Este papa apenas tuvo tiempo para otra cosa más que para beneficiar a la orden franciscana de la que había brotado, pues pocos meses después de su elección y consagración murió en Bolonia, ¿asesinado, quizás, por el santísimo padre y papa Baltasar Cossa, más conocido con el nombre de Juan XXIII? El veneno le habría sido administrado por su médico de cabecera, Daniel de Santa Sofía, en un clíster o enema (lavativa).

El poco tiempo que pudo mantenerse en el trono pontificio fue suficiente para que excomulgara y depusiera a Ladislao, rey de Nápoles, al que odiaba de todo corazón.

A pesar de su elección regular y el apoyo de los Franciscanos, Pedro Filargi sería declarado antipapa, pues perdió demasiado pronto puesto y vida, y no estaban los tiempos para tomarlo en serio, a pesar de la solemnidad con que había sido consagrado pontífice universal.

Su sucesor sería Baltasar Cossa de Procida, papa Juan XXIII (1410–1417), que tuvo que vérselas con Benedicto XIII y Gregorio XII.

PEDRO FRANCISCO ORSINI. Papa Benedicto XIII Bis¹. Se ciñó la corona del Imperio Vaticano, en el año 1724, a la muerte del obispo de Roma Miguel Angel Conti, papa Inocencio XIII.

Había nacido en Gravina, y era el primogénito de la familia Orsini (Ursini). A pesar de las perspectivas que se abrían para él, renunció a las ventajas que le deparaba su familia para hacerse dominico. La mano de su familia, con todo, no lo abandonó, y terminó siendo nombrado cardenal y arzobispo de Benevento, aunque se afirma que él se resistió a ello. A los 75 años fue elegido obispo de Roma.

Hombre totalmente condicionado por el teísmo cristológico más fundamentalista,

confió el gobierno del imperio judeocatólico a su antiguo barbero Nicolás Coscia, al que hizo cardenal, mientras él se dedicaba a descubrir bienaventurados en el cielo para darles el título de santo. Gracias a esta querencia², santificó, entre otros, a Isidro Labrador, a Gonzaga, a Juan de la Cruz, a Estanislao de Kostka, a Margarita de Cortone y a Juan Nepomuceno, santificaciones que suponían unos ingresos ingentes de dinero para la curia.

Siendo dominico no podía, aunque quisiera, llevarse a bien con los jesuitas, por lo que éstos le pagaron con la misma moneda, aparte de que los métodos empleados por unos y por otros para los mismos fines estaban, en ocasiones, en total oposición. Además, las interferencias y los obstáculos a los objetivos respectivos eran obligatorios, debido a las parcelas de poder que cada grupo tenía. Esta fue la razón por la que, cuando el cardenal Noailles envió al papa varios estudios en los que se ponían en duda las actuaciones de los hijos de Ignacio y sus creencias e ideas, el Sacro Colegio, dominado por los jesuitas, cuidó de que no se publicaran.

Orsini se opuso radicalmente, al parecer, a las adaptaciones chinescas de los cultos cristológicos efectuadas por los jesuitas en el Lejano Oriente.

Murió en el año 1730, a los ochenta años de edad, después de haber sufrido todo tipo de humillaciones por parte de su protegido, el cardenal Nicolás Coscia³. Su sucesor en el trono sería Lorenzo Corsini, papa Clemente XII (1740–1758).

¹ Antes que él, de 1394 a 1424, Pedro de Luna, obispo romano de Aviñón, se había ceñido la corona imperial o tiara pontificia con el nombre de papa Benedicto XIII.

² Chohería, vicio o querencia compulsiva que se apoderó también de Carol Wojtyla, papa Juan Pablo II, que descubrió, según propia declaración, en el emperio judeocatólico, infinidad de nuevos inquilinos.

³ A la muerte del Benedicto XIII Bis, el cardenal Coscia dio con sus huesos en el castillo de Sant'Angello, en donde moriría prisionero, en 1755.

PEDRO PIERLEONE. (Pietro Pierleoni). Papa Anacleto II. En el año 1131, a la muerte de Lamberto de Fagnano, papa Honorio II, Pedro fue elegido para ocupar el ambicionado y peligroso trono del Imperio judeocatólico, por una parte de los electores, cuando por otro lado era elegido para ocupar el mismo trono Gregorio Papareschi, papa Inocencio II. Anacleto II fue reconocido obispo de Roma por Castilla, Aragón, Inglaterra, Génova y Francia, pero tenía como enemigo a Bernardo de Claraval –el futuro san Bernardo– que lo odiaba a muerte. Ambos papas se excomulgaron mutuamente; sin embargo, Pierleone, si contaba con la elección y ayuda del Espíritu Santo en el cielo, no contaba con el dinero y las armas en la tierra, elementos con los que contaban los partidarios de Inocencio II, y, para colmo de desgracias, tenía por enemigo personal a Bernardo, que consiguió que en la reunión de Étampes fuese considerado ilegítimo. A pesar de todo, la lucha entre los dos papas y las consecuentes guerras civiles cristológicas, no se decantaron, durante varios años, hasta que el santo padre Inocencio II logró envenenar a su oponente, quien, al no ser capaz de librarse del veneno, y perder la guerra con la vida, fue declarado antipapa. Anacleto II murió en el año 1138, tras siete años de pontificado. Su enemigo, Gregorio Papareschi, papa Inocencio II, tuvo la divina satisfacción de ver pasar su cadáver.

PEDRO RAINALDUCCI DE CORBARA. Papa Nicolás V¹. Hombre de humilde cuna, había nacido en Corbara (Corvaro), en los Abruzzi. Estuvo casado con Giovanna Mattei, a la que abandonó, tras

nueve años de matrimonio, para ingresar en la orden franciscana, residiendo en el monasterio de Santa María en Aracoeli, en Roma. Fue elegido por los cardenales partidarios de Luís de Baviera, cuando éste fue excomulgado por el papa aviñonés Jacques–Arnaud d’Euse, papa Juan XXII. Pedro, con fama de santo y de resignado al mismo tiempo, harto de intrigas, pero sobre todo, tras la derrota de Luís de Baviera frente a Roberto de Nápoles, dejaría la tiara pontificia y se sometería, en el año 1330, al papa francés, que no lo mandó asesinar, como era habitual, sino que se conformó con sepultarlo en un calabozo hasta que muriera². Aunque la elección de Pedro Rainalducci como papa de Roma no tuvo ninguna característica especial que no se encontrara en una parte importante de otros obispos de dicha ciudad, por la incapacidad que tuvo de defender el título, fue declarado antipapa³.

¹ De la dinastía electiva romana, por contraposición a la de Aviñón.

² Algunas versiones aseguran que, tras pasearlo públicamente con una soga al cuello, mandó estrangularlo.

³ El estudio de los hechos, demuestra que Pedro fue una víctima que no pudo escapar al juego de los señores que le habían ofrecido el cargo, juego al que quizás se había unido precipitadamente.

PEDRO ROGERIE MOTROUX. (Ver *PIE-RRE ROGER de Beaufort*).

PEDRO TOMACELLI. Papa Bonifacio IX. Fue elegido en Roma, a la muerte de Urbano VI, en noviembre del año 1389, cuando, por otro lado, había sido elegido, en Aviñón, Roberto de Ginebra, papa Clemente VII.

Tomacelli, nacido en Nápoles, pertenecía a la nobleza y era cardenal en su ciudad natal. La primera medida que tomó fue la de eliminar a los senadores, para evitar que pusieran dificultades a sus ambicio-

nes. Adelantó el jubileo, pues necesitaba dinero, y vendió las indulgencias del mismo a quien las quería y tenía dificultades para acudir a Roma. Cuando se enteró de que unos sacerdotes las estaban vendiendo más baratas que él, los hizo detener y torturar en prisión. Fijó, definitivamente, una tercera corona en la tiara del obispado romano¹, con el fin de manifestar que el obispo de Roma estaba por encima de cualquier autoridad en la tierra.

Tomacelli invitó a renunciar a su homólogo de Aviñón, pero Clemente no tuvo ningún interés en complacerlo, pues tanto derecho tenía el romano como el aviñonés en ceñirse la tiara. Mientras los correos iban y venían, murió Clemente VII, y los cardenales reunidos en Aviñón eligieron papa al cardenal Pedro de Luna, que tomó el nombre de pontífice Benedicto XIII. Tomacelli invitó a Benedicto XIII a que renunciara a la primacía, con el fin de que un cónclave o concilio general escogiera a un nuevo obispo de Roma, pero el papa Benedicto XIII le respondió que diera ejemplo y renunciara él primero. Pedro Tomacelli, mientras demostraba un odio mortal a Benedicto XIII, procuraba sacar dinero por todos los medios, para los objetivos que se había propuesto, por lo que vendió su alma a dios y al diablo. Ofreció todo tipo de absoluciones para cualquier tipo de crimen, con tal de que se pagaran bien pagadas; vendió prebendas y títulos al mejor postor; pretendió incrementar el imperio papal con la compra de principados y reinos; especuló con lo infernal y lo sagrado; dio todo tipo de facilidades para congraciarse con el clero por medio de limosnas y sobornos; y abrió las puertas del cielo a cualquiera que estuviera dispuesto a pagar por ello. El éxito que tuvo el jubileo convocado, fue tan sorprendente, que no daba crédito a sus ojos,

pues llenó sus arcas con las aportaciones de los peregrinos, a los que vendió todo tipo de amuletos, talismanes y fetiches de sus dioses yahvídicos, cristológicos, paraclitales, mariológicos y santorales, bulas y exenciones. Su codicia y usura fueron ejemplares y alabadas en todas las partes, sobre todo por sus parientes, a los que convirtió en potentados. Bonifacio IX moriría en octubre de 1404, a raíz de un acceso de cólera que tuvo frente a los embajadores del papa de Aviñón Benedicto XIII, que negaron que su encomienda tenía la finalidad de proponerle la compra del papado, como aseguraba Bonifacio, y afirmaron que éste era quien les había propuesto dicho trato. Su sucesor en el obispado romano sería Cosme Migliorati, papa Inocencio VII (1404–1406).

¹ Según algunos historiadores, quien por primera vez colocó una tercera corona en la tiara fue Jacques–Arnaud d’Euse, papa Juan XXII (1316–1334).

PEDRO VITO OTTOBONI. Papa Alejandro VIII. Fue elegido obispo de la ciudad imperial el día 6 de octubre de 1689, a los 79 años de edad, tras la muerte de Benedicto Odescalchi, papa Inocencio XI. Era veneciano, y, antes de alcanzar el obispado de Roma, fue obispo o papa de Frascati y cardenal. De ideas fijas, negó cualquier privilegio a la iglesia galicana. Recuperó Aviñón y el condado de Venosino, gracias a la buena disposición que finalmente tuvo Luís XIV hacia él. Se rodeó de nepotes, a los que enriqueció con tanta liberalidad como pudo. A su sobrino, si no hijo, Antonio Ottoboni le regaló una fortuna a costa de las arcas del Vaticano. Murió el 1 de febrero de 1691. Si por algo se distinguió, aparte de su nepotismo, fue por el odio a los jansenistas, a los que combatió por todos los medios que tuvo a su alcance, y por la lu-

cha sin cuartel contra las declaraciones de la iglesia galicana presentadas por la Universidad de París. Contra dichas declaraciones escribió una proclama –bula, en lenguaje sacristial–, que fue rechazada y condenada por dicha iglesia.

Pedro Vito Ottoboni, papa Alejandro VIII, moriría a comienzos de febrero del año 1691. Su sucesor en el trono sería Antonio Pignateli, papa Inocencio XII (1691–1700).

PELAGIO DE UNIGILDO. Papa Pelagio II. Fue elegido por el pueblo romano obispo de la ciudad a la muerte de Benedicto I, mientras Roma era asediada por los longobardos. Hijo de un tal Unigildo o Vinigildo, de raíces godas u ostrogodas, su consagración, en el año 579, no contó con la confirmación de Tiberio, emperador de Bizancio, lo que supuso un mal perdonable debido a la situación política y militar que vivía la ciudad. Pelagio, tranquilizado por esta causa, no tuvo inconveniente en dirigirse a Tiberio, solicitando ayuda para librarse del cerco. La ayuda enviada no fue suficiente, y Pelagio solicitó de los reyes francos su apoyo. Su política, debido a las circunstancias por las que atravesaba Roma y toda Italia, no fue nada fácil.

Pretendió unir a los obispos de Venecia e Istria a su obediencia, pero aquéllos se negaron, por lo que Pelagio acudió a Smaragda, gobernador de Italia, para que empleara la fuerza para convencerlos. Pelagio se ensañó con ellos, y no fueron pocos los que murieron bajo la tortura y la espada. El emperador, al tener conocimiento de los crímenes del obispo de Roma, ordenó a Smaragda que suspendiera las ejecuciones y controlara el fanatismo del obispo.

Cuando el patriarca de Constantinopla, Juan el Ayunador, fue proclamado en un concilio obispo universal, Pelagio, enloquecido, escribió una carta en la

que insultaba al patriarca, despreciaba al concilio y prohibía a los clérigos asistir a las misas celebradas por aquél hombre que destruía la igualdad de la iglesia, tomando un título contrario a la humildad episcopal. Lo que no decía en la carta era que ese título lo ambicionaba él mismo, por lo que no pudo soportar el que el patriarca y el concilio de Constantinopla se le adelantaran.

Pelagio, con la condena del patriarca y papa de Constantinopla, se apartó definitivamente del religionismo evangélico dando lugar a un nuevo cisma dentro del judeocatolicismo filorromano imperial triunfante.

Durante el obispado de este hombre, en Hispania, el rey de los visigodos, Recaredo, renunció al arrianismo, persiguiendo a todos los seguidores de Arrio, con gran alegría de Pelagio. El concilio de Toledo prohibió a los sacerdotes o levitas judeocatólicos vivir públicamente con sus esposas.

Pelagio mandó a Constantinopla, como enviado suyo, a Gregorio de Anici, al que sacó del convento en que se encontraba, con el fin de pedir al emperador ayuda contra los longobardos. Poco después, Gregorio, llamado a Roma ante la inutilidad de su esfuerzo, se refugió en su retiro. A comienzos del año 590, Pelagio, contaminado por la peste, según unos autores, atacado por una enfermedad desconocida, según otros, tuvo que renunciar a todas sus ambiciones. Moriría en febrero, habiendo sido causa, con su ambición y soberbia, de una ruptura, cada vez más insalvable, entre las distintas sectas que componían el religionismo cristológico. Y, lo que era peor, habiendo reforzado los cimientos, del que sería denominado con el tiempo Imperio vaticano, con la sangre de las víctimas de su fanatismo y teogolatría.

Su sucesor sería Gregorio de Anici, papa Gregorio I (590–604).

PELAGIO EL ROMANO. Papa San Pelagio I. Oficialmente se lo considera el sucesor de Vigilio (540–555), sin embargo, debe recordarse que una parte considerable de los habitantes y del clero habían elegido, a la muerte de Vigilio, ocurrida el 7 de junio de 555, a Marea como obispo de su ciudad. La muerte repentina de Marea en agosto del mismo año, y la poca trascendencia que tuvo su elección, hacen que las crónicas hagan de Pelagio de Roma el sucesor de Vigilio, cuando debía ser considerado, en realidad, el sucesor de Marea. Pelagio, que había trabajado un tiempo para Vigilio, había sido impuesto por Justiniano como obispo de la ciudad del Tíber, mientras que el pueblo romano y todos los obispos, salvo los de Perusa y Firentino, lo rechazaron. A pesar de todo, Pelagio ocupó el cargo, y sería conocido, para la posteridad, por papa Pelagio I. Como fue acusado abiertamente del asesinato del obispo romano Vigilio y de las humillaciones que éste hubo de sufrir en Constantinopla, y de la muerte de Marea, sólo pudo mantenerse en la ambicionada sede con la ayuda del patricio Narsés, que le aconsejó que hiciera una declaración pública de inocencia. Pelagio, siguiendo su consejo, se dirigió en procesión desde el templo de san Pancracio al de san Pedro, y juró en el púlpito, con la mano sobre los *Evangelios*, que era inocente de los delitos de los que se le acusaba. Fue un hábil diplomático, que trató, por encima de todo, de fortificar el poder del obispo de Roma contra la ingerencia de Bizancio, lo que no dejaba de ser una incongruencia, puesto que él había sido nombrado por Justiniano.

Su gestión fue aborrecida por numerosos romanos y por las iglesias de Oriente y África. Al igual que Vigilio, se vio obligado, por las veleidades de la historia, a contradecirse en varias ocasiones, aun-

que su papel de perseguidor de herejes le vino como anillo al dedo. La situación del judeocatolicismo imperial, debido a las ambiciones de los obispos de Roma se fue deteriorando progresivamente y Pelagio, con los antecedentes que tenía, los crímenes de Vigilio y Marea que le acusaban, su encarnizamiento con herejes y enemigos, y las veleidades de sus doctrinas, no era la persona más adecuada para apaciguar los ánimos.

Durante el obispado de este hombre, se celebró el tercer concilio de París, en el que fueron excomulgados los que atentarán contra los bienes del clero.

A pesar de su habilidad diplomática y política –quizás por ello– no pudo impedir que fuera considerado un papa herético y un asesino, mientras que otros lo tuvieron por santo. Pelagio murió en el año 560, aunque algunas crónicas retrasan su muerte hasta marzo de 561. Los servicios prestados a la curia romana fueron tan notorios, a pesar de las guerras civiles cristológicas y calamidades que había provocado, que la curia lo vio, con crímenes o sin crímenes, en el paraíso y le honra con el título de santo.

La mitra de Roma fue a parar a manos de Catelino el Romano, papa Juan III (561–574).

PETRANOVIC, Karlo. Sacerdote o hechicero judeocatólico papista de origen croata. Entusiasta incondicional de Ante Pavelic (1889–1959), el dictador, durante la Segunda guerra mundial, participó activamente, según algunos testimonios¹, metralleta en mano, en las matanzas de serbios ortodoxos durante las depuraciones religiosas y étnicas llevadas a cabo por Pavelic y sus Ustachis, con la bendición paternalista del papa Pacelli, Pío XII. Petranovic, cuando el Reino Católico de Croacia se tambaleaba, se refugió en el Vaticano y terminó trabajando

para su servicio secreto, es decir, para la Sancta Societas y el Sodalitium Pianum. La guerra terminada, el mariscal Tito pidió su extradición al Vaticano, para que fuese juzgado por sus crímenes, pero el papadiós o rey divino Pacelli, se negó rotundamente a ello. Petranovic encontró un refugio al lado del papa y siguió trabajando para él durante toda su vida.

¹ Existen varios testimonios gráficos. Petranovic no tuvo inconveniente en fotografiarse con criminales de guerra alemanes a los que ayudó a evadirse. Igualmente se conserva alguna fotografía de él, en la que éste bendice, se supone que con caridad cristológica, una fosa común en la que yacían los cadáveres de numerosos serbios ortodoxos asesinados por los Ustachis papistas con el beneplácito del obispado croata.

PIERRE ROGER DE BEAUFORT. (Pedro Rogerie de Montroux). Papa Gregorio XI¹. Era sobrino de Pierre Roger de Maumont, papa Clemente VI, quien lo hizo cardenal a la edad de 18 años, por ser uno de sus meninos predilectos. Fue uno de los últimos papas de la dinastía de Aviñón que no tuvo competidores en Roma. Elegido el 30 de diciembre de 1370, tras la muerte de Guillaume de Grimoard, papa Urbano V, trasladó la curia papal a la antigua ciudad imperial, ante el temor de que en esta ciudad se eligiera otro papa que le disputara la primacía del religionismo cristológico latino. Tenía 39 años de edad cuando ocupó el ambicionado trono. Contribuyó también a este traslado la insistencia que demostró Catalina de Benincasa (Santa Catalina de Siena), que le pidió que regresara a dicha ciudad con el fin de salvarla de la corrupción. La decisión del traslado a Roma no gustó a la iglesia francesa; tampoco gustó a Inglaterra la sangría que Beaufort realizó para mantener sus lujos en la nueva corte ni la condena de Juan Wicleff. Fueron muchos también quienes no vieron con buenos ojos su condena de Marsilio de

Padua y Juan de Jandún (o de Perugia). Y fueron muchos más los que vieron con horror los asesinatos perpetrados por este pontífice y el rey Carlos V de Francia contra quienes seguían practicando las doctrinas de los valdenses y los albigenes, con el fin de robarles sus posesiones e incrementar las arcas de las dos cortes. Gregorio XI y Carlos V fueron también los responsables del asesinato patibular –quemada viva en París– de Juana de Daubenton, mujer excepcional por su inteligencia y elocuencia. La carta en la que propuso a los cardenales que lo siguieron a Roma el que eligieran papa, a su muerte, entre quienes ya estaban en la ciudad del Tíber, sin esperar la llegada de otros, daría origen a otra de las divisiones que ensangrentaron los países de Europa durante decenios con interminables guerras civiles cristológicas. Tenía el propósito de trasladar la corte de nuevo a Aviñón, pero la muerte lo sorprendió, antes de que pudiera hacerlo, el año 1378.

Su sucesor sería, a los ojos del encolezado pueblo, Francesco Tebaldeschi, que renunció al trono cuando las turbias aguas del obispado de Roma se calmaron un poco (1378).

¹ Dinastía de Aviñón.

PIERRE ROGER DE MAUMONT. (Pedro Roger, Pedro–Rogert). Papa Clemente VI. Fue elegido para ocupar la sede pontifical de Aviñón a la muerte de Jacques Fournier, papa Benedicto XII, en marzo del año 1342. Nació en Maumont, cerca de Limoges. Era benedictino y antes de alcanzar el pontificado, había sido arzobispo de Rouen y cardenal de Santa Nerea y Santa Aquilea. Fue un gran diplomático y un epicúreo, mundano hasta la médula, a quien los cardenales eligieron porque, sabiendo que estaba arruinado, le pudieron imponer todo tipo de con-

diciones para darle el cargo. El aceptó todo y más ante las perspectivas que se le abrían.

Los ciudadanos romanos insistieron en que trasladara la corte a Roma –Petrarca fue uno de los delegados–, pero este obispo les dio largas.

Terminó con el movimiento revolucionario de los frailes menores; inició la reforma del calendario; favoreció a todos sus nepotes y familiares, y se llenó los bolsillos, dejando hacer y deshacer a los cardenales que le habían dado la corona.

No descuidó los asuntos políticos, que le sirvieron para agradecer favores y recibir recompensas.

Roberto de Nápoles patrocinó la boda de su nieta Juana con Andrés de Hungría, dejando a dos tutores para su cuidado. El papa Clemente VI, aduciendo que el reino de Nápoles estaba ligado a la Santa sede, reclamó el reino y envió a él a uno de sus delegados para gobernar en su nombre y coronar a la mujer cuando fuera llegado el tiempo. Juana, que no debía estar demasiado contenta con el marido asignado, se entregó a quien pudo y terminó por estrangular a su marido. Cuando se casó con su primo Luís de Tarento, el hermano del difunto, Luís de Hungría, se apresuró a vengar a su hermano, y Juana se refugió en Aviñón. Clemente compró a la mujer el condado de Aviñón, donde tenía su sede, por varios miles de florines de oro, que jamás pagó. Acusada públicamente Juana del asesinato de su marido Andrés, el santo padre Clemente VI la declaró inocente, y, para demostrar mejor su inocencia, terminó llevándosela al lecho pontifical.

En Roma, en el año 1347 se organizó una sublevación, a la voz de Nicolás Rienzi, que pretendía instaurar de nuevo la República, aunque fue abortada gracias al dinero que distribuyó el papa.

Durante la peste que asoló Aviñón, el papa, según algunos testimonios, se preocupó de organizar el socorro de las víctimas, según otros, de lo que se preocupó fue de recoger los bienes de los muertos, alegando que pertenecían a la iglesia.

Organizó el jubileo del año 1350 e hizo llegar a Roma ingentes cantidades de dinero, que terminaron en las arcas del palacio de Aviñón. Se atribuye a este santo padre la expresión “tesoros de la iglesia”, para referirse al potencial negocio de las indulgencias, juzgado, por la mayoría de los historiadores, como un timo a escala universal nacido de la bribonería pontifical y la estupidez humana.

En otoño del año 1352, Pierre Roger de Maumont, cuyo reinado al frente del imperio cristológico fue uno de los más bochornosos, se sintió gravemente enfermo. Los médicos le aseguraron que la enfermedad era mortal. Consciente de la situación que vivía, publicó una bula en la que se podía leer una extraña declaración, redactada más o menos en estos términos: “Si tras haber sido elegido primado de la Iglesia, hemos expresado de palabra o por escrito algún propósito contrario a la religión y a las costumbres, lo revocamos y lo sometemos a la corrección de nuestro sucesor.” Declaración que, por provenir de un hombre que gozaba del don divino de la infalibilidad, resulta, al menos sorprendente.

Jean Visconti, a quien el papa había vendido el cardenalato de Bolonia por cien mil florines de oro, fue señalado como autor de una respuesta, injuriosa, a la proposición del papa.

El día 6 de diciembre 1352 el papa Clemente VI, estando en Villeneuve de Aviñón se despedía de este mundo. El cadáver de este hombre fue llevado a la abadía de la Chaise-Dieu, en la que había sido monje.

Su sucesor sería Etienne Aubert, papa Inocencio VI (1352–1362).

PIETRO ANGELERI DA MORRONE. (Pietro da Morone, Pedro Angeleri de Morone, Pedro Mouron). Papa Celestino V. Fue elegido el día 5 de julio de 1294, cuando no era más que un eremita perdido en el monte, en el Abruzzo, entre los Celestinos, grupo religioso del que era fundador, y tras dos años largos de guerras civiles cristológicas, y escaramuzas sangrientas entre las facciones que se disputaban el ambicionado trono tras la muerte de Jerónimo Masci, papa Nicolás IV. Una de las facciones, la de los Gibelinos, estaba dirigida por Jacques Colonna, enemigo declarado de Carlos II, rey de Sicilia, mientras que la de los Güelfos estaba dirigida por el cardenal Mateo Rosso, de los Ursinos. No hubo modo de entenderse entre ellos, hasta que después de dos años largos, y gracias a la muerte del hermano del cardenal Napoleón de San Marcos y una jugada del obispo de Tusculum Jean Bouccamace, escogieron a Pietro Angeleri de Moroni, al que el obispo había atribuido una profecía que afirmaba la muerte de todos los cardenales si antes de cuatro meses no elegían al nuevo obispo de Roma. Para solucionar el problema, y puesto que el supuesto profeta no militaba en ningún partido ya que era un eremita, lo escogieron a él para ocupar el disputado trono. El hombre, que no terminaba de asombrarse, a pesar de su negativa, fue coronado y entronizado en la peligrosa corte.

Había nacido en torno al año 1222, en Isernia, en la provincia de la Puille y era hijo de unos pobres labriegos, a quienes el destino favoreció con doce hijos. El padre se llamaba Angelier y la madre María. Como el niño demostraba una tendencia indiscutible hacia el religionismo, la madre procuró que aprendiera a leer.

Cuando pudo disponer de su vida, Pietro se alejó de su familia y se refugió en la montaña. No tardó en encontrar imitadores, que se sujetaron a su obediencia y regla. A pesar de su ignorancia y casi total analfabetismo, fue ordenado sacerdote, a instancia de los numerosos creyentes que lo visitaban.

A los 72 años de edad, los cardenales que lo habían elegido obispo de Roma, enviaron una embajada que fue a buscarlo a su retiro de Muron, y a cuyo mando estaba el arzobispo de Lyon. Cuando Pietro supo la razón de dicha embajada, pidió un tiempo para meditar la propuesta, y se recluyó de nuevo en su retiro, una pobre cueva en la que apenas podía mantenerse de pie ni tumbado. Al cabo de tres horas, abrió la covacha y dijo a los embajadores que aceptaba el cargo.

Su consagración fue realizada en Aquila, el 29 de agosto de 1294, fijando su residencia en Nápoles. Gracias a sus gestiones se llegó a un entendimiento entre Carlos de Sicilia y el rey Jaime de Aragón. Nombró, entre los sacerdotes que el pueblo romano consideraba realmente honrados, a varios cardenales. Renovó la constitución de Gregorio y procuró la reforma del clero y de los monjes.

Cuando la curia romana supo que pensaba trasladar la corte a Nápoles, el odio que habían suscitado las reformas que había iniciado no tuvo límites, y los cardenales se conjuraron para terminar con él. No atreviéndose a envenenarlo o asesinarlo de otra manera, como era habitual entre prelados en la curia, por la fama de santo que tenía y el cariño del pueblo hacia él, algunos historiadores afirman¹, que el cardenal Benedetto Gaetani (Benito Cayetano, Benedicto C.) ideó un artificio para que abdicara voluntariamente, digno de la picaresca cardenalicia más refinada, con milagro incluido². Sabiendo que el

papa se retiraba a orar a una capilla secreta y diminuta, en la que había un crucifijo colgado de la pared, hizo comunicar dicha cámara con el piso superior por medio de un conducto secreto que desembocaba justamente a la altura de la cabeza de la imagen. Cuando Pedro Angeleri, a la noche, se retiraba a la capilla, una voz, que parecía venir del mismo crucificado, le advirtió repetidas veces: "¡Celestino! ¡Celestino! ¡Arroja de ti la aplastante carga del papado, porque es superior a tus fuerzas!" Asombrado, el pobre hombre se debatió entre la duda y la extrañeza durante varios días, pero, ante la insistencia de la voz, que consideró que venía del cielo y del mismo Cristo crucificado, terminó por renunciar al trono. Cuando comunicó su intención a la curia, los cardenales, siguiendo su juego, con Gaetani a la cabeza³, le pidieron con lágrimas en los ojos que no los abandonara.

Sus partidarios, entre los que se encontraban sus discípulos, los celestinos, el rey Carlos II de Sicilia, los napolitanos, y algunos obispos y cardenales sinceros, le pidieron que siguiera en el trono, pero Celestino, a quien todas las noches la voz celestial, le conminaba a que dejara la pesada tiara que podía ser la causa de su condenación, terminó por renunciar definitivamente al trono.

El día 13 de diciembre del mismo año de su elección, 1294, se presentó delante del consistorio, vestido de pontifical y la tiara ceñida, y con el documento de abdicación en sus manos. Con voz segura, el anciano leyó la siguiente declaración: "Yo, Celestino, quinto del nombre, declaro que me resulta imposible alcanzar mi salvación en el trono de San Pedro. Deseando, pues, llevar una vida mejor y encontrar el descanso y la consolación de mi vida pasada, renuncio a la soberana dignidad de la Iglesia, de la que mis predecesores han hecho una profe-

sión. Me reconozco incapaz de ejercer las funciones pontificias, y doy, desde este instante, al sagrado colegio la total y entera facultad de elegir un jefe para gobernarlo.”⁴

El cardenal Matthieu Rosso, hizo observar a Celestino, que su renuncia no podía ser aceptada, si antes él mismo, como autoridad suprema de la Iglesia, no promulgaba un decreto por el que el obispo de Roma pudiera renunciar al cargo, ya que nadie lo había promulgado hasta entonces. El decreto ya preparado por los cardenales que estaban en el juego, fue presentado a Celestino, que lo firmó al instante, ordenando que el documento formara parte de las decretales. Tras dar esta última orden, Celestino abandonó el consistorio.

Benedetto Gaetani hizo aprobar al instante el decreto de renuncia. Pietro Angelieri, se despojó de los vestidos pontificales y la tiara, se vistió el sayal, oró, por última vez, ante el Cristo de los milagros, que tantas veces le había advertido que dejara el cargo, y abandonó el palacio papal.

Su sucesor, Benedetto Caetani, papa Bonifacio VIII (1294–1303), temiendo que sus partidarios terminaran convirtiéndolo para que recuperara la corona despreciada, y lo destituyeran a él, lo encarceló en Roma, de dónde el anciano se fugó. B. Caetani, no dudó en enviar a sus esbirros para que lo capturaran. El ex papa de Roma Celestino V fue conducido, finalmente, a Fumone, en donde moriría en mayo de 1296. No faltan autores que consideren que este ex papa fue asesinado por orden del papa Bonifacio VIII. Pocos años después sería colocado en el emperio católico y honrado con el título de santo, por Beltrand de Goth, papa Clemente V.

¹ Lachatre y Jean Mathieu–Rosay, *La véritable Histoire des Papes*, entre otros.

² Este artificio o recurso milagroso, utilizado en varios templos de diferentes religionismo, y no solamente del judeocaticismo cristológico, ha sido negado rotundamente por la curia romana y sus incondicionales.

³ Con una ingenuidad angelical, los incondicionales de la corte del Imperio vaticano, han tomado esta actitud de Benedetto Gaetani como una prueba apodíctica de la honradez y sinceridad de este hombre, que consiguió sentarse en el trono obispaal romano con el nombre de papa Bonifacio VIII. G. Arienti, halagando los oídos de la curia romana hasta el éxtasis, no duda en escribir: “Se ha discutido sobre la conducta de Bonifacio VIII, su sucesor, y se ha fantaseado sobre imaginarios temores que éste inculcara a Celestino para hacerle abdicar; pero la sana crítica histórica le ha hecho justicia y, por el contrario, vemos que el cardenal Gaetani (Bonifacio VIII) fue uno de los que se opusieron a la renuncia. Asimismo, si Bonifacio VIII recluyó a Celestino en el castillo de Fumona, no fue para quitarle de en medio, sino para impedir que se abusara de la ingenuidad de Celestino contra la Iglesia. (G. Arienti: *Los papas*).

Manuel Aragonés Virgili, en su *Historia del Pontificado*, que cuenta con una introducción de Bernardino Llorca, S. J., insiste en la misma línea: “No es cierto, como han pretendido algunos autores, que el cardenal Benito Gaetani que le sucedió con el nombre de Bonifacio VIII, le hubiese dicho con una bocina, simulando una voz del cielo, que debía abandonar prestamente la tiara. *Esto es una miserable fábula que ningún apoyo encuentra en el testimonio de los tiempos*—dice Eduardo Blasco...

Después vivió ocultamente. Pero su sucesor, Bonifacio VIII, ordenó que fuese buscado y, al encontrarle, lo encerró en la fortaleza de Sulmona para evitar el peligro de cisma.

No se olvide que la extraordinaria candidez de Celestino podía ser aprovechada por los mismos intrigantes que habían abusado de sus virtudes mientras ocupaba la cátedra de San Pedro, para arrancarle de su retiro lanzando la Iglesia a un cisma desastroso. Para evitar este serio peligro, Bonifacio VIII puso guardias prudentemente en el castillo de Sulmona, cerca de Florencia, donde vivía Celestino en compañía de dos religiosos de su Orden. *Eum in custodia posuit Bonifacius ad cautelam vitandi dissidii: aliqui enim mussitabant, quod cedere Papatui non potuit* (Jordán). Pero es triste reconocer que sus guardianes no siempre le trataron con la humilde reverencia que debieran.” (Obra citada, Casa Editorial Rafael Casulleras; Barcelona 1945; Tomo II, pag. 134).

⁴ El texto original de la renuncia de Celestino V, que, de haber sido escrito por éste, debiera estar en italiano, puesto que Celestino V ignoraba por completo el latín y se expresaba siempre en lengua romance, se desconoce. Como texto original se presenta el siguiente: "Ego Caelestinus Papa V. motus ex legitimis causis, id est causa humilitatis, et melioris vitae, et conscientiae illaesae, debilitate corporis, defectu scientiae, et malignitate plebis, et infirmitate personae, et ut praeteritae solitariae vitae possim reparare quietem, sponte ac libere cedo Papatui, et expresse renuncio loco et dignitati, oneri et honori, dans plenam et liberam facultatem ex nunc sacro coetui cardinalium eligendi, et providendi dumtaxat canonice universali Ecclesiae et pastore bono et apto. (Citado por M. A. Virgili: *Historia del Pontificado*).

PIETRO DA MORONE. (Ver *PIETRO ANGELERI da Morrone*).

PIÓ DE AQUILEYA. (*Pertenece a la leyenda*). Papa Pío I. Personaje que aparece en todos los listados papales, oficiales y no oficiales, cuya existencia histórica es más que dudosa. Eusebios Pamphili, más conocido por Eusebio de Cesarea, hace de él el noveno obispo de Roma, aunque no ofrece ningún dato más sobre su vida. Su biografía se debe a la acción de los turiferarios del papado romano –futuro Imperio Vaticano–, que, a instancias de la curia, rellenaron como pudieron los primeros siglos del judeocatolicismo, elaborando una vida para cada uno de los obispos que figuraban en los listados míticos de la ciudad, con el fin de dar mayor consistencia a los mismos. Las falsificaciones abarcan desde la muerte del supuesto Jesús, en el denominado año treinta y tres del cómputo común, hasta finales del siglo III en que ya existe la posibilidad de que aparezcan escritos, dudosos siempre, sobre alguna pastores destacados de las comunidades heterodoxas judías, de las cuales nacerían el judeocatolicismo filorromano imperial. Con respecto a esta figura fantasmal, debe decirse que ni siquiera la curia ro-

mana pierde el tiempo en unificar criterios y construir una vida medianamente verosímil para él, pues mientras unos listados, que llevan el visto bueno de la censura más ortodoxa¹, lo colocan en la inexistente comunidad de Roma del año 158 al 167 (Anuario Pontificio per l'anno 1937), otros listados, con el *Nihil Obstat* también², lo colocan del año 140 al 155, y elaboran para él una supuesta vida que nada tiene que ver con la anterior. (Ver *Papas, Papado e Ignacio de Doellinger*).

¹ Giuseepe Arienti: *Los Papas desde san Pedro hasta Pío XII. Cronología*. Ediciones Mercedes. Barcelona – MCMXLV.

² Giustino Boson y otros: *Enciclopedia del Católico. Tercera parte. Diccionario L–Z*. Versión española bajo la dirección de Cipriano Monserrat. (Editorial Seix Barral; Barcelona, 1951). Los Anuarios Pontificios modernos ofrecen estas nuevas fechas.

PLATO CARDENALICIO. Eufemismo con que se designa el sueldo de los príncipes cardenalicios. No tiene en cuenta los beneficios económicos y sociales de los que gozan por las abundantes gracias colaterales que conlleva el cargo.

PODER PONTIFICIO, Los agentes del. Son varios y constituyen el resultado de una lucha permanente, durante siglos, por establecerse como una unidad imperial, cuya cabeza se sabe protegida por unas barreras infranqueables que le dan solidez y le abren nuevos horizontes. Desde el apadrinamiento de Constantino y Teodosio, todos los obispados trataron de conseguir el mayor número de parcelas de poder posible, para mantener, al menos, la federación de comunidades que había constituido la gestación del judeocatolicismo, pero los condicionantes históricos, dividiendo el terreno en dos campos, el ortodoxo y el latino, impidieron dicha federación. Las comunidades asiáticas y africanas, tras las invasiones bárbaras en el norte de África, quedaron

sometidas al patriarcado de Constantinopla, que siendo menos brutal y ambicioso que el obispado romano, no por ello dejaba de ser la cabeza de la Iglesia Oriental al ser la sede del emperador. Las comunidades occidentales latinas, agarradas por la presencia permanente de los invasores, se vieron impotentes para frenar la ascensión de Roma, que no tuvo que sufrir esa servidumbre, y cuyos obispos, de un modo compulsivo y brutal se colocaron a la cabeza de las mismas. En este ejercicio de usurpaciones, conquistas y anexiones, el pontificado romano fue creando las barreras, los muros y las columnas que le permitirían elevarse y lo harían inexpugnable. Entre estos muros, que a la vez constituyen los agentes de su poder, se encuentra, en primer lugar: Roma y sus ciudadanos, que desde el tiempo de los césares han espoleado al obispo romano y lo han protegido para que recupere la capitalidad, que perdieron con Constantino, al precio que sea. De aquí que el medio utilizado no tenga ninguna importancia si se consigue el objetivo perseguido.

Un segundo muro de contención, a la vez que ariete irresistible, lo constituye el lenguaje de las categorías jurídicas adoptado por el judeocatolicismo papista como institución, lenguaje que redacta y da forma a los contenidos legales que impone en el imperio cristológico, y cuya expresión manifiesta es el Derecho Canónico.

Otro de los muros y órganos de poder lo constituye la curia romana, la corte del imperio, que se establece como el espacio personal –íntimo, familiar y cien por cien machista, cuando no misógino– al servicio del obispo de Roma. Tiene como finalidad el proteger al pontífice romano de las agresiones exteriores para evitar su desgaste en la lucha por la ascensión al poder absoluto o en el ejercicio de este poder.

Una barrera más, que defiende al rey del Imperio Vaticano de toda agresión, y que a su vez constituye la vanguardia directora de los objetivos de la curia y del papado, y que domina a todo el teofuncionariado cristológico, incluido los príncipes mitrados, es la nomenclatura cardenalicia, que ha logrado monopolizar la elección del papadiós y rey divino. Los miembros de dicha nomenclatura, los capelados, son quienes constituyen la curia y corte y quienes velan por la integridad de la organización aun en contra de la voluntad del papa¹, si llegara el caso.

Un quinto muro, cuya eficacia se demostró inapreciable a lo largo de la historia del judeocatolicismo papista, y que ya en tiempos de Gregorio de Anici, papa Gregorio I (590–604) encaminó al papado romano en la senda que lo haría alcanzar su naturaleza imperial, está constituido por las logias u órdenes religiosas, que el mismo Anici utilizó para destruir la federación de iglesias y minar la autoridad de los demás obispos con el fin de situarse por encima de todos y cada uno de ellos. Tales logias, tanto femeninas como masculinas, han resultado ser de una eficacia envidiable en la centralización del poder en Roma y, sobre todo, en la conquista de nuevos mercados a través del imperialismo religioso –evangelización y apostolado, en argot teoimpositivo–, al que se entregan en cuerpo y mente. Entre estas logias debe señalarse la benedictina, la dominica, la franciscana, la carmelita, la jesuítica –clásicas todas ellas–, y las de nueva acuñación, que superan en número y efectivos a las antiguas, aunque puede que no las superen en importancia e influencias.

¹ Tan en contra, que no tuvo jamás inconveniente en asesinar a los papas cuando pretendían atentar contra los intereses de la nomenclatura y los de “la Iglesia romana”.

PODER TEMPORAL DEL OBISPO DE ROMA. En la actualidad se manifiesta en dos campos. El primero se refiere a los contenidos territoriales que se aprobaron en el tratado de Letrán establecido, en 1929, entre el papa y Mussolini¹. El segundo hace referencia a los territorios en los que domina como rey absolutista del Imperio Vaticano. Ambos territorios ofrecen características muy dispares. En el tratado de Letrán quedó establecida la soberanía absoluta del obispo de Roma en la denominada, en la actualidad, Ciudad del Vaticano y otras propiedades del papado en la ciudad. Su señorío, en estos territorios, es absoluto, y se expresa como en cualquier monarquía totalitaria, con la potencia y rigor de una soberanía indiscutible y dictatorial. Además, tales territorios constituyen el centro neurálgico de todo su poderío imperial. En lo tocante al Imperio, es decir, en todo lo que se refiere a las colonias que domina, y que constituyen las fuentes principales de sus ingresos, debe hacerse una serie de consideraciones. Cualquier país judeocatólico, confesional o no, está habitualmente gobernado por sus príncipes cardenalicios, mitrados, primados, metropolitanos y clerecía –el teofuncionariado cristológico–, que son quienes se encargan de controlar a los gobiernos legales de tales países, con el fin de que les permitan ejercer el parasitismo más completo sobre sus habitantes. En este sentido, nadie puede ponerlo en duda, aunque todos pretendan ignorarlo, cualquier ciudadano de una colonia del Imperio Vaticano, posee, desde el momento en el que es bautizado, dos nacionalidades: la propia y la del judeocatolicismo papista. A partir, pues, de la colonización de un país, quienes estén a la cabeza del mismo, se verán obligados a gobernar teniendo en cuenta los intereses políticos de la corte vaticana.

Los tratados entre la corte de la curia vaticana y los “protectorados”, facilitarán los intereses económicos del obispado de Roma, y permitirán la afluencia de riquezas del país a las arcas vaticanas. La doble nacionalidad constituirá un recurso de control y chantaje sobre los deseos de independencia de la colonia, chantajes y control a los que recurrirá la corte papal cuando los gobiernos pretendan ejercer su soberanía a espaldas de los intereses de la nomenclatura cardenalicia y de la corte obispa de Roma². Puestos entre la espada y la pared, todos los creyentes aducirán, como se lo piden sus parásitos episcopales, la objeción de conciencia, que los liberará de la obligación de comportarse como dignos ciudadanos de un país independiente. Si el país está controlado por una dictadura confesional papista, miel sobre hojuelas: en este caso, el gobierno, identificado totalmente con los intereses del Imperio Vaticano, exprimirá a sus ciudadanos sin guardar siquiera las formas y se repartirá amigablemente con el obispo de Roma todos los beneficios que pueda obtener de ellos. Las bendiciones papales santificarán y sacralizarán la dictadura y el saqueo, en nombre de la teopolítica cristológica. Para encandilar a las víctimas y los necios –con un desparpajo repugnante, pues ni siquiera recurren al disimulo–, se hablará de la verdadera religión, la suya, la única con derecho a existir, y la protección de la conciencia, cerrando las puertas a cualquier colonización religiosa que no sea la del Vaticano. Cuando un país es ajeno a la órbita del obispo de Roma o haya adoptado otro religionismo que no sea el cristológico pontifical, la corte vaticana insistirá en el derecho a la libertad religiosa y en su obligación ineludible, más que derecho, de introducir imperialistas en el mismo –misioneros, en jerga sacristial– que preparen el terreno para

nuevas colonizaciones, invocando la libertad de expresión y la libertad de elección. Si las posibles ganancias merecen la pena, el obispo de Roma ordenará al clero secular y regular el envío inmediato de imperialistas cristológicos, con el fin de dominar, a la mayor brevedad posible, las nuevas tierras a conquistar. Si la presa es envidiable, no tendrá inconveniente en recurrir a las armas en nombre de sus ídolos trinitarios, o en provocar la inestabilidad social, política y económica, a cuyo amparo se introducirá en el país, del mismo modo en que un virus se introduce en una célula que quiere infectar.

El poder temporal del obispado de Roma y la corte papal, nadie lo ignora, es incommensurable y, sobre todo, pretende serlo. La megalomanía de que están infectados, los obliga a ensancharlo cada día más; la realidad social, cada vez más sensible, al menos en algunas regiones de Occidente, frente a ciertas manifestaciones de ese poder, los ha obligado a ser cautos y, no quedándoles otro recurso, a ejercer ese poder en el terreno de la economía al amparo de sociedades anónimas, sociedades fantasmas, testaferros y paraísos fiscales. Pero en el terreno en el que se manifiesta con una brutalidad aplastante, sin disimulo alguno la mayoría de las veces, es en el terreno de la educación. Los largos siglos de experiencia en el control y manipulación de las conciencias han convencido a la corte del Imperio Vaticano y a sus reyes de que la educación es la inversión más segura para el dominio universal: con su llave en la mano, todas las ambiciones pueden colmarse, todos los tesoros están a su disposición, y todos sus sueños pueden ser satisfechos³. Cuestión de tiempo.

¹ Los Estados Papales, en tiempos de la unificación de Italia (mediados del siglo XIX), ocupaban todo el centro de Italia, y se extendía desde

el mar Tirreno hasta el mar Adriático, bajando hasta cerca de Gaeta, por el oeste, y subiendo hasta Bolonia y Ferrara por el este. Esta pérdida no había sido asimilada por el papado de Roma y era una fuente interminable de reclamaciones. Las negociaciones con Mussolini fueron dirigidas a establecer un territorio mínimo independiente –la Ciudad del Vaticano–, y una compensación económica que consolara a los papas de las pérdidas territoriales y los beneficios que producían. La generosidad de Mussolini fue más allá de lo que el obispo de Roma esperaba de él.

² En casos extremos los reyes del Imperio Vaticano no dudarán en recurrir a las armas –a veces con una grosería y prepotencia repugnantes–, y provocar o propiciar golpes de Estado o guerras, como ocurrió en Portugal, con ocasión de la República, en España, en el 36, en Chile con Allende, etc.

³ Esta es la razón por la que tanto en los países por colonizar, como en los colonizados, su prioridad inmediata es la creación y mantenimiento de escuelas y centros de formación que, en el fondo, resultan ser los principales focos de penetración del imperialismo papista en tales países.

PONCIANO DE CALPURNIA. (*Entre la leyenda y la historia*). Papa Ponciano. Personaje etéreo, levita, rabino o presbítero de Roma, cuya existencia y vida sólo existe en el martirologio de la curia vaticana, que lo hace responsable de la comunidad judeocatólica de la ciudad imperial. Según algunas versiones habría sido romano y pertenecería a una familia de nombre Calpurnia, siendo elegido pastor de la comunidad por sus fieles, en el año 230¹, cuando la figura del Jesús evangélico estaba en fase de fabricación. Por no existir, ni siquiera existían los textos evangélicos canónicos, en las versiones aprobadas, pretendida base del judeocatolicismo papista.

La biografía mítica de este hombre afirma que el emperador Alejandro Severo² le despojó, lo desterró y lo condenó a trabajar en las minas. Algunas versiones lo hacen morir a garrotazos en la isla de Tavolara, en el año 235 o 238.

Es otro de los fantasmales obispos romanos elevados al empíreo vaticano con el título de santo.

Su sucesor, según las cronologías oficiales, habría sido Antero el Griego, papa Antero (235–236).

¹ A la muerte de Urbano el Romano, papa Urbano I. Las fechas, siempre imprecisas, oscilan en los diversos listados. Van desde el año 230 al 233, e igual ambigüedad existe acerca de su deposición y muerte.

² No faltan afirmaciones que aseguran que fue condenado por Maximino Tracio.

PONTIFICAL ROMANO. Libro en que están descritos los actos culturales que deben tenerse en cuenta y seguirse en la denominada consagración de los sátrapas mitrados del judeocatolicismo filorromano latino. Comprende todas las instrucciones que han de observarse para hacer de un presbítero de ínfima clase, un episcopo o hechicero mayor. El libro en sí trataba de unificar y codificar las representaciones cómico-cultuales con las que los pastores de las diversas comunidades pretendían sacralizar a sus ovejas y ayudantes, lo mismo que sus ritos y objetos de culto. La primera codificación de tales actos se cree que fue intentada en Inglaterra, concretamente en York, en el siglo VIII, y se atribuyó a un tal Egberto, episcopo de la ciudad. La idea no pudo arraigar hasta pasados varios siglos, y todos los episcopos de las diversas satrapías siguieron utilizando los actos culturales habituales impuestos por la tradición en cada una de las comunidades. Sólo cuando la satrapía romana y su curia consiguieron situarse por encima de cada una de las demás satrapías o diócesis, el obispo de Roma pretendió imponer sus costumbres culturales a los demás obispados, y dio lugar a la publicación del primer libro denominado *Pontifical Romano*, que fue preparado por Burchard y Patrizzi Piccolomini; di-

cho libro vio la luz a finales del siglo XV, concretamente en el año 1485, cuando era obispo de la antigua ciudad imperial Juan Bautista Cibo, más conocido como papa Inocencio VIII. A mediados del siglo XVI, Juan de Médicis, papa Clemente VII, volvió a hacer una edición, que pasó a ser la oficial para todo la secta papista. La importancia de este libro, impuesto por la curia romana, era abrumadora, pues constituía una piedra fundamental, al imponer los ritos de Roma a las demás satrapías. Contribuía a condicionar las costumbres de otros pueblos y países a las imposiciones del obispo romano y a fortalecer el imperialismo teopolítico de su corte. La última edición que se conoce de este libro se remonta al año 1888 y fue ordenada por Joaquín Pecci, papa León XIII.

PONTÍFICE. Título con el que se conoció, en las religiones antiguas a los sumos sacerdotes de las mismas. El título de pontífice se aplicó, también, en ocasiones, al sumo sacerdote judío. Dentro del religionismo cristológico es el título que utilizaron, en su día, los príncipes arzobispa-les¹ del judeocatolicismo filorromano imperial latino, aunque en la actualidad constituye un título que se pretende reservar, lo mismo que el de papa, el obispo de Roma.

¹ Existen testimonios abundantes que lo recuerdan. Cuando a comienzos del siglo XX fue elegido un nuevo príncipe arzobispal para la satrapía cristológica de Madrid–Alcalá, el afortunado que obtuvo el cargo ofreció una publicación en cuya portada puede leerse: *“Carta pastoral que el Excmo. e Ilmo. señor Dr. D. José M^o Salvador y Barrera, obispo de Madrid–Acalá, dirige a sus diocesanos al inaugurar su pontificado.”* (Imprenta del asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús. Madrid, 1908).

POPPO DE BRIKEN. Tras la muerte de Suitger de Morsleben, papa Clemente II, los romanos pidieron al emperador

la designación de Alinardo, obispo de Lyon, mientras tanto Teofilacto el Niño, papa Benedicto IX, regresó a Roma y se apoderó del trono del imperio judeocatólico latino, con la ayuda de su familia, y en él pudo mantenerse más de medio año. El emperador se decidió finalmente por Poppo de Brixen, que fue acompañado a Roma por Bonifacio, marqués de Toscana, por orden del emperador. El papa Benedicto IX abandonó la ciudad el día 17 de julio del año 1048, día en el que llegaba el emisario con el elegido. Poppo fue coronado al instante. Sin embargo su obispado romano fue efímero: a los veintitrés días de su coronación, es decir, el 8 de agosto del año 1048, moría en Preneste con terribles dolores, que acusaban la acción del veneno y la mano del papa Benedicto IX, siendo enterrado en el templo de San Lorenzo extramuros.

Benedicto, que no se resignaba a perder la tiara que se le había arrebatado o había cedido por enésima vez, con la ayuda de sus incondicionales, no esperó ni un día para ocupar la ambicionada y peligrosa sede pontifical.

POSTULADOR. La corte imperial vaticana, posee, entre sus múltiples cargos, el de postulador. Resulta ser un cardenal que, desviviéndose por los intereses monetarios de su papa y reino, previo avance sustancioso de valores monetarios, asegura que “el alma” de un difunto está situada en los anaqueles del cielo en espera de que se le una el cuerpo para seguir en dichos columbarios, y emplear el tiempo en salmodias celestiales. El postulador, gracias a su olfato, ayudado sobre todo por los depósitos “para la causa”, descubre fácilmente que el difunto ha muerto en olor de santidad, y está en el anfiteatro celeste. Oficialmente, se dice de él que es el representante legítimo de los interesados en divinizar a un

individuo, es decir, en lenguaje castizo, colocarlo en los altares del judeocatolicismo papista con el título de santo.

PREBENDA. En el judeocatolicismo papista, las prebendas definen, específicamente, el derecho que tienen todos los canónigos a recibir los beneficios eclesiásticos sujetos a dicho título. Se ignora cuál es el origen de ese derecho, pero es algo que ni siquiera se plantea. El “derecho” existe y los sacerdotes mayores y menores del judeocatolicismo papista, todo el teofuncionariado de segunda clase, exigen tales beneficios como derivados de su elección evangélica y siguiendo la doctrina acuñada por la teoparasitología y la teogorronearía paulina¹. Cuando los pueblos, hartos del parasitismo de obispos, cardenales y papas tratan de escapar a la explotación sacralizada que los consume, la reacción de los colectivos clericales, de todo el teofuncionariado, no se hace esperar y, si está en sus manos, imponen con las armas la servidumbre y la esclavitud a sus levantiscos rebaños, a los que masacrarán sin escrúpulos y asesinarán con un cinismo angelical en nombre de Cristo. Guardando siempre las forma, entonando misereres y kirieleisones y, cuidando no mancharse las sotanas,² ahogarán en sangre los anhelos de libertad de sus víctimas. Si los rebaños son dóciles, las prebendas y beneficios llueven como un maná en las faltriqueras de los colectivos clericales, que no tienen más que bendiciones para su dios, y alabanzas para la sumisión de sus teocorderos.

¹ En las cartas atribuidas a Pablo no falta la alusión de que quien se dedica al altar viva de él, para justificar su parasitología y canibalismo y las prebendas que deben caer, con generosa abundancia, sobre los autodenominados “ministros de la palabra”. Queda por descubrir, a ojos de cualquier lector, en qué lugar de sus biografías nicenas habla Jesús de monasterios,

altares, cirios, canónigos, sacerdotes, obispos y papas.

² Si las circunstancias lo permiten, el teofuncionariado, desde el papa al último monaguillo, no tendrá inconveniente en bañarse en sangre y desgarrar gozosos, "¡Por el triunfo del reino de Cristo!", como dice la canción, los cuerpos de sus víctimas con sus propias manos, como demuestra la historia. Si es necesario guardar las formas, para no mancharse ni manos ni sotanas –las conciencias, por las deformaciones psicóticas sufridas en los seminarios y casas de adoctrinamiento, jamás las considerarán manchadas– recurrirán a los asesinos de rigor, los teodosios de turno, los justinianos, las teodoras, los carlomagnos, los torquemadas, los pavelics, los francos, los pinochets, los teofundamentalistas y fanáticos, a los que azuzarán como a dogos para reprimir cualquier deseo de emancipación.

PRECEPTO. Los príncipes mitrados del religionismo cristológico definen como preceptos las obligaciones que emanan de sí mismos o del rey del Imperio Vaticano. Para suavizar un poco la penosa impresión de que tales preceptos estén encaminados a mantener las sinecuras conseguidas a través de todo tipo de falsificaciones, fraudes, indecencias, arrogaciones, usurpaciones, asesinatos, crímenes y guerras, se remiten al *Derecho Canónico*, manual en el que se contempla todo tipo de atribuciones del colectivo clerical evangélico, emanadas de la corte vaticana, y compuestas por la curia papista. Hablan de legítimos superiores –que son ellos–, leyes a cumplir –las suyas–, sanciones exigidas –ante el temor de las pérdidas de sus sinecuras y prebendas–, y de mandamientos de dios y de la iglesia, creaciones melifluas de su compulsiva codicia.

PREFECTOS APOSTÓLICOS. Dentro del imperialismo religioso del judeocatolicismo papista, reciben este nombre los denominados prelados eclesiásticos delegados por el rey del Imperio Vaticano de turno para el gobierno de los países o

territorios de incorporación reciente a la corona obispal romana. Tales prefectos pueden ser obispos o tener autoridad episcopal. Constituyen una prolongación de los antiguos vicarios apostólicos. El papel de estos imperialistas es lograr cuanto antes la incorporación absoluta de los países de "infeles" a la corona papista, para poder iniciar su explotación sistemática y económica de una manera rentable bajo la adormecedora ilusión de un paraíso envidiable para después de la muerte al lado de su nuevo dios Yahvé–Cristo–Espíritu Santo.

PREMIO, EI. Constituye una de las motivaciones más rastreras para lograr una conducta considerada ética y moralmente aceptable. Para los teístas de todo tipo y casta, es el motor que, tras el temor al castigo, condiciona su conducta y moralidad. Justificar una ética por el miedo al castigo o por la codicia de un premio, como lo hace el judeocatolicismo cristológico, papista o no, expresa la pobreza tanto del teofuncionariado evangélico como la de su contenido doctrinal. A pesar de todo, o precisamente por ello, el acicate del premio es un elemento capital para la explotación del hombre por el hombre, y ha sido empleado hasta la exageración, y se sigue empleando, en el Imperio Vaticano, para afirmar el poder de su rey o papadiós y mantener sus privilegios y los de su clerecía.

PRIMADO PONTIFICIO. Título que se arrogaron los obispos de Roma. En la historia de esta apropiación puede apreciarse una progresión evidente, aunque lenta y larga, pues sus pasos se confunden con las etapas seguidas por la aparición, desarrollo, fortalecimiento, madurez y establecimiento de lo que terminaría llamándose Imperio Vaticano, identificado totalmente con el primado.

Dejando a un lado los tiempos míticos, que se extienden desde la traducción de la *Biblia* al griego (año -200) hasta la derrota de Bar Cocheba, en el año 136, pasando por la destrucción del templo de Jerusalén (año 70)¹, a través de la evolución histórica del hebraísmo mosaico y las propias declaraciones de obispos y pontífices del judeocatolicismo papista pueden establecerse unas divisiones claramente definidas, aunque no sean las únicas posibles ni las más comunes. La primera abarcaría desde la derrota mencionada de Bar Cocheba² y la aparición de Marción (año 140) hasta Teodosio (379–95). En estos dos siglos largos se acelera la descomposición del hebraísmo mosaico en múltiples sectas, entre las cuales las sectas filorromanas imperiales han sido las más oportunistas y beneficiadas, pues han llegado, bajo el nombre de sectas cristianas o cristianismo³ a ser consideradas la religión única del Imperio. En este período del nacimiento del judeocatolicismo filorromano imperial, la confusión que existe entre judíos ortodoxos y renovados sigue siendo tan grande que no hay modo de diferenciarlos, aunque se vislumbran ya los aspectos dogmáticos, doctrinales y culturales que los separarán en el futuro. Es un época en que los nuevos pastores de las sectas heterodoxas judías emprenden la tarea de confeccionar unos libros que oponer a la *Biblia*, para justificar la nueva dirección que han tomado⁴. En este tiempo se perfila, aunque de un modo confuso, la figura del protagonista de las futuras *Biografías de nicenas de Jesús* (los evangelios tradicionales), al que se pretenderá hacer responsable de la nueva dirección emprendida por los sectarios judíos filorromanos.

En esta etapa, al menos durante el primer siglo de este período, no hay diferencia entre rabinos, levitas, diáconos y

presbíteros, puesto que todos son los pastores que velan por el mantenimiento de la grey en sus apriscos. Y, por un juego del azar, existe un testimonio sobre la importancia indiscutible de las “iglesias” de Asia sobre las del resto del Imperio, testimonio encontrado en la *Buena Nueva (Evangelios)*, concretamente en el *Apocalipsis*, que menciona ya las iglesias de Éfeso, Esmirna (Smirna), Pérgamo, Tiatina, Sardis, Filadelfa y Laodicea, y para nada menciona la de Roma, que probablemente, cuando se escribió el *Apocalipsis*, todavía no existía.⁵

La segunda etapa sería la comprendida entre la declaración de Teodosio, convirtiendo al judeocatolicismo filorromano imperial en religión única del Imperio (año 380) y la muerte, en el año 604, de Gregorio de Anici, más conocido como papa Gregorio I el Grande. En esta etapa de doscientos años se aprecia cómo los patriarcas de Jerusalén, Alejandría, Antioquía, Bizancio, Corinto, Éfeso y otras ciudades tienen más peso, dentro del Judaísmo imperial, que el obispo de Roma. Pero constituye una etapa fundamental, puesto que en ella ya se observan los esfuerzos de los obispos de la antigua ciudad imperial por situarse por encima de los demás obispados. El mismo Anici, con la ayuda de la poderosa Orden benedictina, no escatimó ningún esfuerzo en este sentido, y, además, lo que se advertirá de una eficacia fundamental para lograr ese objetivo, trató de imponer su visión sobre el celibato sacerdotal, esfuerzo condenado al fracaso, en aquel instante, y que provocó la risa y la mofa, más que las protestas, de los obispos de las demás diócesis.

Una tercera etapa se inicia a la muerte de Gregorio de Anici y concluye con la muerte de Hildebrando de Soana (papa Gregorio VII)⁶, en el siglo XI. En este período, sobre todo durante el reinado de

Hildebrando, se pretende reservar el título de papa, en exclusiva, para el obispo de Roma, título que pasará a constituir el más ambicionado dentro del judeocaticismo filorromano imperial latino. Esta etapa es, para algunos historiadores, la más gloriosa del obispado romano, aunque no señala, con todo, el apogeo de este pontificado.

La cuarta etapa comprendería desde el siglo XI hasta el siglo XV, cierre teórico de la denominada Edad Media. En esta etapa, el predominio del obispado romano sobre los demás obispados del judeocaticismo es absoluto, pero es un predominio que, por su misma naturaleza y los tiempos que corren, al pretender imponerse por encima de las fronteras y Estados que se van configurando, lleva en su seno su perdición, como se demostrará en la etapa siguiente. La quinta etapa no alcanza el siglo, y finaliza con el concilio de Trento (1563), en el que se afirma que el obispo de Roma es superior a cualquier obispo y está por encima de los mismos concilios, por lo tanto, puede hablarse ya, de un modo acertado, de primacía pontificia. Es de notar, que en esta quinta etapa se ha materializado ya la ruptura entre el judeocaticismo papista y el reformado, ruptura que se hará cada vez más profunda y amplia. En el siglo XVII, el judeocaticismo filorromano imperial triunfante está dividido, aparte de otros grupos más o menos diferenciados, entre el armenio, el ortodoxo griego, el copto, el papista y los reformados, al que se unirá, en tiempos del Zar Pedro el Grande (1682–1725), el ortodoxo ruso. En esta misma línea se completa la última etapa, con el concilio Vaticano I, en el que se dogmatizó que el obispo de Roma era infalible. Lógicamente, cuando se termina reconociendo que una autoridad goza del don de la infalibilidad, atributo cien por cien divina que lleva como corolario la cualidad

divina de la omnisciencia, sólo así puede darse la infalibilidad, se esta reconociendo que esta autoridad goza, en esencia, de la naturaleza de los dioses, y por encima de éstos nada hay: la creación del primado pontificio quedaba concluida y sacralizada. (Ver *MONARQUÍA Papal*).

-
- ¹ Época en la que el nombre de *cristianos* se hace común entre algunos sectarios judíos tras su aparición en Alejandría y las colonias griegas doscientos años antes
 - ² Un punto radical de inflexión previo, al menos en el ánimo y en las formas, lo constituye la destrucción del templo de Jerusalén y la aparición de Vespasiano como emperador y las servidumbres que impuso a los judíos como reparaciones de guerra. A partir de esta época, el realismo político, social y religioso de muchos judíos descontentos con el judaísmo hierosolimitano, tradicional y fundamentalista, por cuya causa se veían perseguidos y abrumados con impuestos, debió de crear un caldo de cultivo que facilitaría, con el paso del tiempo, la transformación definitiva operada tras la derrota de Bar Cocheba.
 - ³ El nombre de Cristianos, como es de sobra conocido, corresponde, cien por cien a los hebreos o judíos ortodoxos, que fueron también conocidos y llamados, hasta el siglo V y VI con los nombres de nazarenos, hebreos, israelitas, judíos, samaritanos, egipcianos, galileos, títulos que, hasta entonces había estado utilizando el pueblo romano para designar a todos los hebreos fueran cuales fueran las sectas en las que militaran.
 - ⁴ Esta razón impulsará la creación de las *Biografías de Jesús*, cuyo contenido constituirá una mezcla del evangelio de Marción y sus cartas y los relatos históricos y piadosos, que circulaban ya entre los judíos, acerca de los cabecillas y jefes que se opusieron a los invasores y opresores.
 - ⁵ El Apocalipsis, libro evangélico, atribuido tradicionalmente a Juan, el discípulo predilecto de Jesús, constituye una espina dolorosa para todos los que insisten en afirmar la presencia de Simón Pedro en Roma, y la importancia de la comunidad "cristiana" de dicha ciudad. Su silencio, rotundo silencio, sobre este punto, cuando habla de sectas y "herejías" muy posteriores, expresa la evidente realidad de que Pedro, de haber existido, jamás estuvo en Roma, y, por lo tanto, su muerte en la ciudad imperial es una afirmación falsa. El Apocalipsis constituye, además, una prueba irrefutable de la existencia de una organización eclesial federal, imposible que existiera

en el tiempo en que quiere fijarse la elaboración de los *Evangelios*, es decir, en el siglo I.

⁶ Para algunos autores, H. Aldobrandini (de los Aldobrandescos).

PRIVILEGIO PAULINO. (Privilegio de la fe). Denominación con la que se designa “el divorcio legal”, de los incrédulos. Se apoya en dos elementos capitales. El primero es que el casamiento entre incrédulos no es un verdadero matrimonio, sino un concubinato, digno de los peores castigos, porque el dios Yahvé–Cristo–Paráclito, no los ha unido. Segundo, al no emanar del dios mencionado, no constituye un sacramento para la eternidad, por lo tanto, puede y debe romperse. De estos dos elementos se deriva que la ruptura de dicho matrimonio no sería más que la terminación de un proceso habitual de pecado, por lo tanto, es deseable.

Los reyes del Imperio Vaticano justifican la separación entre incrédulos en las palabras atribuidas al Pablo neotestamentario, en la carta primera a los Corintios, VII, 12 a 15. Matizan, con todo, sibilamente, porque el supuesto Pablo habla de un matrimonio en que una persona es creyente y la otra no, y que ésta ya no quiere vivir con la persona crédula; en este caso, según Pablo, la separación se admite como consecuencia de la actitud de la persona incrédula, mientras que tales obispos aseguran que, en el momento en que la persona se convierte al judeocatolicismo papista, tiene derecho a abandonar a su cónyuge y casarse de nuevo con otra, aunque la otra persona no desee el divorcio. Para mayor burla, la separación, que debería estar al alcance de los interesados si se dan las condiciones señaladas por Pablo, constituye una reserva y una atribución del obispo de Roma, el cual, con las razones apodícticas que presenta toda dádiva generosa de dinero, encuentra más que de necesidad dicho divorcio. Para facilitar todavía más la ruptura real del matrimo-

nio, el obispo romano puede delegar su supuesta potestad en un representante. A esta indecencia sacralizada, aparte de privilegio paulino, lo denominan también “privilegio de fe”, aduciendo que la “salvación del alma” está por encima de cualquier considerando humano y social, y es la razón última de la vida del hombre.

PROMOTOR DE JUSTICIA. Nombre con el que se designa a quien vela por los intereses del rey del Imperio Vaticano y los de su corte en los tribunales sacristiales. Su origen está en los procesos inquisitoriales consagrados por Lotario de Segni, más conocido por el papa Inocencio III, que se ciñó la corona del imperio cristológico, es decir, la mitra obispal romana, a finales del siglo XII.

PRÓSPERO LAMBERTINI. Papa Benedicto XIV (propiamente, Benedicto XIV Bis)¹. Se ciñó la tiara imperial de la curia romana en el año 1740, a la muerte de Lorenzo Corsini, papa Clemente XII. Había nacido en Bolonia, estudió derecho y teología. La publicación de un trabajo, *Acerca de la beatificación y la canonización de los siervos de dios*, le dio fama e influencia. Fue elegido arzobispo de Ancona y cardenal; posteriormente arzobispo de Bolonia. Tenía fama de hombre honrado y honesto, por lo que su acceso al trono del obispado romano lo encontraron muchos electores más que justificado.

A él se debe la abolición de la costumbre de castrar a los niños cantores de la capilla imperial del Vaticano, castración impuesta por los reyes del judeocatolicismo papista con el fin de que conservaran su voz atiplada para deleite y complacencia del dios yahvídico, cristológico y paraclital². Utilizó a los jesuitas para sus fines, sin que aparentemente pasara por protector suyo. Condenó la Masonería, lo que resultó sorprendente para algunas personas,

aunque se justificó la condena como una concesión a los cardenales más reaccionarios de su corte. Procuró suavizar las relaciones con Francia, sin alterar por ello la situación creada por el decreto *Unigenitus*. Prohibió las adaptaciones chinescas que los jesuitas estaban haciendo de los actos culturales y sacramentales, tenidas por supersticiones, aunque sin mencionarlos expresamente, lo que le agradecieron. Despreció las actividades de su servicio secreto, la Sancta Societas, aunque confirmó a la cabeza de la misma, a Neri Corsini, sobrino de su predecesor. El desprecio al servicio de espionaje y asesinos a sueldo de su corte debe buscarse en su propia honestidad y ética, más que en el odio que se le ha atribuido hacia los jesuitas.

Moriría el 3 de Mayo de 1758, a los 83 años de edad, siendo considerado como uno de los obispos o papas romanos menos indecentes que se ciñera la corona del Imperio Vaticano.

Su sucesor en el trono sería Carlos Rezzonico, papa Clemente XIII (1758–1769).

¹ Bernard Garnier, de la dinastía Aviñón–Peñíscola, fue el primer papa con ese nombre y número.

² La razón estaba fundamentada, en realidad, en la misoginia oficial de la corte del Imperio Vaticano, que no permitía que la mujer tuviera ningún papel en los templos, salvo el de fregona, y mucho menos en los actos culturales.

PROTONOTARIO APOSTÓLICO. Dentro del teofuncionariado cristológico y en el terreno de la heráldica y los títulos y escalafones del absolutismo imperial papista, se denomina de esta manera a cualquier prelado honorario que goza del privilegio de llevar la sotana prelatia. El título, como es lógico, es concedido, principalmente, por el rey del Imperio Vaticano o sus representantes. A su vez, este título ofrece subdivisiones y sutilezas honoríficas dignas de un coleccionista puntilloso y un especialista en fueros.

PROVINCIA ECLESIAÍSTICA. Principado metropolitano, que comprende varios principados mitrados menores, llamados diócesis. El judeocatolicismo papista pretende justificar tales principados, aduciendo que tienen su origen en los supuestos tiempos apostólicos neotestamentarios.

PSEUDÓNIMO. Nombre que sustituye al de nacimiento, y que generalmente emplean artistas y escritores como nombre de pluma y pincel. Este cambio resulta ser una costumbre muy extendida entre novelistas, actores y autores teatrales. Pero no es exclusiva del mundo de las letras y las artes. Los obispos de Roma, cuando luchaban por colocarse a la cabeza de todos los obispados del judeocatolicismo latino, para solemnizar su coronación y dignificar su reinado, utilizaron con frecuencia un pseudónimo. Aquella costumbre se ha mantenido, y en el presente es habitual el cambio de nombre entre los afortunados que han alcanzado el ambicionado trono del Imperio Vaticano. Por regla general, el pseudónimo se une a los títulos “nobilíarios” que el cargo ha acumulado: papa, pontífice, santo padre, su santidad, primado, patriarca ecuménico, siervo de los siervos de Cristo, representante de dios en la Tierra, y varios alias más. El pseudónimo, alias o nombre ficticio lo comenzó a utilizar por primera vez el obispo de Roma Mercurio (532 al 535), cuyo nombre evocaba demasiado a los dioses clásicos, lo que no podía permitirse en un representante de los dioses o ídolos yahvídicos trinitarios. En este caso, la inocencia del cambio del nombre, resulta evidente. Pero no siempre el empleo del pseudónimo o alias entre los obispos de Roma tuvo un carácter tan anodino. Con mucha frecuencia la costumbre sirvió para ocultar a los rebaños judeocatólicos latinos la unión íntima entre los obispos de dicha ciudad y las casas reinantes de Italia y de Europa, lo mismo que

el parentesco familiar existente entre los diferentes obispos que ocuparon el ambicionado trono. (Ver *Dinastías papales*).

PSICOTEOFUNCIONARIADO. Dentro del judeocatolicismo papista, el Imperio Vaticano, institución que agrupa a todos los hechiceros, diáconos, brujos, presbíteros, sacerdotes, chamanes, obispos, levitas, arzobispos, rabinos, monseñores, lamas, cardenales, daláis lamas, papas, ulemas, pontífices, almuecines, sumos pontífices o como se los quiera llamar, que lo configuran. Constituye una organización que trata de imponer el imperialismo religioso al mayor número de hombres, mujeres y pueblos posibles, con el fin de parasitarlos libremente, evitando a la vez, en principio –dependiendo de la ignorancia de los parasitados– el que la víctima sea consciente de su parasitismo. El psicoteofuncionariado, como cualquier institución establecida piramidalmente, admite grados, que se diferencian tanto por la actividad de sus individuos como por la compensación que proporciona dicha actividad. Los elementos activos más numerosos y simples, novicios, postulantes, seminaristas, hechiceros, diáconos, magos, presbíteros, brujos o sacerdotes son quienes abren brecha en las sociedades y los individuos para iniciar su parasitismo, recibiendo el apelativo de párrocos, misioneros y apóstoles. Su psiquismo está condicionado totalmente por un fanatismo que se manifiesta mórbidamente por su fundamentalismo compulsivo. Los beneficios de su parasitismo se transmiten al instante a los grados superiores de la pirámide, rectores, canónigos, obispos, abades, que a su vez, los transmiten a instancias más altas, arzobispos, patriarcas, metropolitanos, monseñores, antes de llegar a cardenales, nuncios y legados, para alcanzar, finalmente, la

cúspide de la pirámide, en donde sumos sacerdotes, pontífices o papas, reciben el néctar y la ambrosía del parasitismo general, habiéndose limitado su actividad al control de sus ejércitos de base por medio de los cuadros intermedios.

El psicoteofuncionariado papista está firmemente estructurado, y probablemente sea el más amplio, tanto en el número de grados como en sus calificaciones, de todos los teísmos del mundo, no solo del cristológico. La ascensión, por méritos, está firmemente regulada y siempre se hace con la aprobación, más o menos unánime, de los colectivos superiores, y la determinante del papa de turno o sus representantes.

PSICOTEOFUNCIONARIO. Dentro del papismo, individuo adicto al teísmo evangélico y que, llevado por su fanatismo compulsivo y su fundamentalismo, decide dedicar su vida, en lo sucesivo, al imperialismo cristológico papista, para lo cual se inscribe en los centros radicales de teopsicomentalización¹ –seminarios, postulados, casas de formación, noviciados, etc.– en los que se hace vivir al individuo una realidad virtual, pretendidamente metahumana –espiritual, en argot clerical– que lo condicionará toda su vida. Esta realidad virtual hará de él un instrumento dócil a los imperativos emanados de los estamentos superiores. El deterioro psicológico que demuestra su conductivismo es directamente proporcional a sus ansias compulsivas de transmisión de su ideología viral, dirigidas siempre al fortalecimiento del Imperio Vaticano, bajo la aparente entrega al servicio del protagonista de las *Biografías nicenas de Jesús* y los contenidos evangélicos.

El psicoteofuncionario primitivo, quizás inconsciente de su misma realidad y la de los sujetos de su servidumbre, creó a sus ídolos, los dotó de cualidades metahu-

manas –cualidades humanas elevadas a la enésima potencia–, los sacralizó, y por un proceso de enajenación y ofuscación mental, nada fácil de explicar en la actualidad, terminó creyendo que él mismo era el resultado directo de sus propias criaturas, es decir, concluyó afirmando que los hombres son creados por los dioses o ídolos que salieron de las mentes y las manos de esos mismos hombres. Una vez establecida esta inversión, y habiendo transferido a sus creaciones las cualidades que encontró en su propia esencia, el psicoteofuncionario tiene a gala hacerse representante de sus creaciones divinas y convertirse en su servidor: termina siendo el siervo y el esclavo de sus propias creaciones, materializadas en ídolos, amuletos y talismanes trinitarios, cristológicos, mariológicos y santorales. El colectivo de psicópatas teológicos consagrados no parece ser consciente, al menos públicamente, de su propio desgarramiento mental, y termina convertido en un teoparásito y teogorrón en nombre de sus idolatradas creaciones celestiales. Pero como todo funcionario debe, por encima de cualquier consideración, ser un irresponsable en manos de autoridades y superiores competentes, el psicoteofuncionario, encuentra en sus superiores y, sobre todo, en la autoridad última, la justificación de sus desvaríos, la razón de su parasitismo y el premio a sus desvelos.

¹ En muchos de los casos, irreversible. Resulta difícil recuperar la salud y evadirse por completo de los elementos contaminantes que se inoculan en tales centros. Es más, pudiera ser que el individuo llegara a despreciar el contenido impulsor de su teoparasitismo, por considerarlo falso, pero la costumbre y el miedo a iniciar una nueva vida, impedirán, en muchas ocasiones, dar el paso definitivo para su liberación. De darse esta última situación, el fanatismo compulsivo del teofuncionario será sustituido por el ejercicio hipócrita de sus obligaciones, en aras de un parasitismo puro y duro, ejercido con un cinismo ejemplar, disposición que, a pesar de la sinceridad y honradez de algunos de sus miembros, descubre la esencia íntima de todo estamento sacerdotal.

PURGATORIO, El. Plagio más que invención de los teofuncionarios y teólogos del religionismo cristológico. Su inane existencia constituyó y constituye una de las fuentes de riquezas más fabulosas de la corte del Imperio Vaticano.

El negocio de las indulgencias, explotado por el teísmo papista, se originó y se mantiene por la utilización de este lugar de castigos y torturas, creado por los desvaríos mentales y el teovampirismo papista. Los elementos doctrinales que lo justifican constituyen una aberración, pues se limitan, por analogía, a aplicar a sus dioses trinitarios las conductas que desbordan al hombre cuando está enojado o se deja llevar por la ira y la contrariedad. El hombre se ve dominado por la rabia y sus dioses también deben estarlo. El hombre es vengativo y crea, si le es posible, lugares en que poder practicar su venganza, y sus dioses hacen lo mismo. El hombre es rencoroso, y sus dioses lo son más.

El purgatorio, lo mismo que el infierno, no es más que la expresión de la venganza del dios Yahvé–Cristo–Espíritu Santo, que, siendo más rencoroso que el mismo hombre, castiga con creces a los insumisos que se mofan de él o, peor todavía, lo desprecian y aun lo ignoran. A pesar de todo, una concepción tan rastrera de los dioses, de los hombres y de la justicia dio sus frutos y sirvió al teofuncionariado evangélico para dominar pueblos y sociedades. Su imposición, y el deseo de escapar a su amenaza, tan rastreramente concebida, llenó los bolsillos y las faltriqueras de obispos y papas y los ayudó a construir el Imperio Vaticano. El mercado de las indulgencias y los libros de las tasas constituyen una pequeña muestra del poder áurico del purgatorio, que no desmerece en nada al poder económico del infierno, en el cual se inspira.

= Q =

QUIROTECAS. Guantes de diversos colores que los reyes del Imperio Vaticano y otros príncipes mitrados del teologismo cristológico utilizan en sus actos culturales.

QUIROTONIA. La secta católica ortodoxa griega y la secta católica papista, entre los actos culturales de iniciación, tienen el denominado de “imposición de las manos”, o quirotonia, acto mágico con el cual, y gracias a la varita mágica de la estupidez humana, los príncipes mitrados del teísmo cristológico convierten a un incondicional en uno de sus transmisores consagrados. Con dicho juego de prestidigitación e inanidad psicótico-teomística, tales jerarcas y sátrapas obligan a su ídolo Yahvé-Cristo-Espíritu Santo a bajar sobre cualquier aspirante para que, al igual que a Melquisedec, lo haga sacerdote *in eternum*. Es decir, ponen a su supuesta divinidad al servicio inexcusable de los intereses de sus propias criaturas.

QUOD APOSTOLICI. Nombre de una carta del obispo de Roma Joaquín Pec-

ci, papa León XIII. Dicha carta no es más que una diatriba contra los racionalistas que pretenden liberar al hombre de la servidumbre y calamidad del judeocatolicismo, que tantos crímenes, guerras, masacres, genocidios y pestes ha provocado en nombre de su divinidad o ídolo Yahvé-Cristo-Paráclito. Los reyes mitrados de la corte del Imperio Vaticano, y con ellos todo el teofuncionariado cristológico, no podían sufrir por más tiempo los esfuerzos que los racionalistas y humanistas estaban haciendo para eliminar todos los teísmos habidos y por haber, sobre todo el teísmo judeocatolicismo bíblico y evangélico, que azota desde tiempos inmemoriales al mundo occidental, por lo que se defendieron con garras y colmillos para no perder sus privilegios y sinecuras. El monarca que gobernaba entonces el Imperio era Pecci, el cual, aterrizado ante los vaivenes de la historia, recurrió a dios y al diablo para mantenerse en el cargo y azuzar a sus adoradores contra los racionalistas y humanistas. Fruto de sus desvelos y los de la corte vaticana, fue esta carta.



RADIO VATICANA. Fue creada, en 1931, con el fin de poder llevar la ideología del Imperio Vaticano y la corte papal a los confines del mundo. El rey divino o papadiós Aquiles Ratti, más conocido como Pío XI, la puso en manos de los jesuitas. Desde aquel año, las emisiones en lenguas extranjeras se han multiplicado, y es muy posible que no exista ninguna emisora en el mundo que la supere en este terreno. A su vez ha sido utilizada, sobre todo en tiempos de la Segunda guerra mundial y la guerra fría, para transmitir el mayor número de mensajes cifrados desde la cabeza del Imperio –el Vaticano– hacia sus colonias.

RANIERO RAINIERI DE BLEDA. Papa Pascual II. Había nacido en Bleda, no lejos de Roma, se cree que en el año 1050, y era monje de Cluny, por lo tanto benedictino reformado. Sucedió en el ambicionado trono al rey Eudes de Lageri (Otón de Chatillón), papa Urbano II, siendo elegido en el año 1099.

Era un hombre de la hechura de Hildebrando de Soana (papa san Gregorio VII), que lo había nombrado cardenal, acabando por tener las manos tan manchadas de sangre como las tuvo Gregorio, si no más, aunque, como aseguran algunos historiadores, con menos escrúpulos todavía que su protector. Convencido de que no había gloria divina que no naciera de la gloria del obispado de Roma, su propia gloria, tuvo tiempo, a lo largo de

casi las dos décadas que duró su reinado, para intentar demostrar que por encima de él no había nadie, que su teoogolatría era infinita. La querella de las investiduras es un buen ejemplo de ello: el obispo de Roma, él, Pascual II, era el único que podía decidir quién debía ocupar las sedes vacantes de otros obispados y era el único que podía decir qué debía hacerse en cada uno de ellos. En esta querella, el obispo o papa de Roma había olvidado que los fieles de cada una de las iglesias primitivas eran quienes escogían a quienes querían tener por sus propios pastores o papas, y que no le correspondía ni a él, ni a ningún rey, escoger ni imponer a nadie.

Una vez en el ambicionado trono, trató de destruir a Guiberto de Ravena, papa Clemente III, en cuanto se enteró de su elección, y no paró hasta que logró su objetivo, que le llevó años; hizo lo mismo con el sucesor de Clemente, el papa Teodorico, que apenas se mantuvo dos años con vida; igual suerte corrió el papa Alberto de la Sabina, que duró unos meses en el peligroso trono. A Maginulfo, papa Silvestre IV, lo destronó sin miramientos. El puñal, el veneno, la traición y las conspiraciones fueron los crucifijos carismáticos del papa Pascual II, a los que acudía, siempre que la oportunidad se lo permitía, para rematar el eficaz recurso de las excomuniones.

Se enfrentó a los señores de Roma, los Corsini y los Colonna; se opuso al rey

de Inglaterra en el tema de Anselmo de Cantorbery; odiando visceralmente al emperador Enrique IV, consiguió que su hijo, Enrique V, se levantara contra él, y le arrebatara el trono, siendo, finalmente, conducido a prisión y envenenado, pues el papa exigía su muerte; posteriormente se enfrentaría también a su aliado, que no quería renunciar a las investiduras.

Pascual II, en busca de aliados para su política tortuosa, viajó por Italia y por Francia, y en todos los sitios condenó el derecho de los reyes a sus tronos, fuera cual fuera su fundamento. Sin embargo, las guerras –civiles cristológicas, cismas o querellas, tanto da–, que impregnaron de sangre las manos de este obispo o papa de Roma como impregnaron de sangre a los constructores de imperios, fueran cuales fuesen las razones de su fundación, no pudieron evitar su claudicación final. Enrique V, tan tortuoso como el papa, tras visitarlo en Roma se lo llevó con él, y le obligó, finalmente, a firmar el que será llamado “Privilegio de las investiduras”. El hecho tuvo lugar a comienzos de febrero del año 1111.

Cuando Enrique abandonó Italia, los cardenales reprocharon a Raniero Rainieri, a su regreso a Roma, el que hubiera firmado dicha concesión. El papa se disculpó como pudo, y una reunión o asamblea declaró a Enrique V enemigo de dios, y lo excomulgó: lo que el papa firmó que no haría jamás, excomulgar a Enrique, lo hizo la asamblea de cardenales por él.

Entre las acciones que se recuerdan de este obispo de la ciudad de Roma, está la aprobación de la Orden del Temple y la de los Caballeros Hospitalarios de San Juan de Jerusalén. Se afirma que excomulgó a Burdino, arzobispo de Praga, porque no se resignaba a perder, a beneficio del obispado romano, las prerrogativas papales de que siempre habían gozado los obispos de cualquier iglesia.

La vida de este monarca cristológico no fue nada tranquila, pues se vio en la necesidad de huir, fue alojado forzoso de los muros de una prisión, y tuvo que soportar alguna intriga fraguada para deponerlo. Moriría a finales de enero de 1118, con la salud quebrantada, por su claudicación y derrota.

El trono que Pascual II tuvo que abandonar con la muerte sería disputado por Juan Caetano, papa Gelasio II (1118–1119) y por Maurice Bourdin, papa Gregorio VIII (1118–1126).

RATTI, Ambrosio Damián Aquiles. (Ver *AMBROSIO D. A. Ratti*).

RATZINGER, Joseph. (Ver *JOSEPH Ratzinger*).

RAVAILLAC, Jean-François. Nacido en Angoulême, y era hijo de un practicante, del que tomó la profesión. Entró en la logia cisterciense, los renovados de San Bernardo, pero fue expulsado en el mismo noviciado a causa de su pesimismo y la visión siniestra que tenía de las cosas. Tras pasar por situaciones más o menos penosas, debido a la penuria económica en que vivía, terminó siendo maestro de escuela. Fue captado por *la Sancta Societas* y por los jesuitas, de los cuales terminó siendo amigo y admirador, que tenían el propósito, por encargo directo del papadíos o rey divino Camilo Borghese, obispo de Roma y más conocido como Pablo V, de asesinar al rey Enrique IV de Francia. Ravaillac, miembro más o menos reconocido de la *Sancta Societas*, formaba parte de un grupo especializados de asesinos consagrados, en gran parte sacerdotes jesuitas y dominicos, denominado Círculo Octogonus. Ravaillac, según las versiones más favorables al papa, se ofreció para la tarea de asesinar al rey, fuese como fuese, para cumplir

las órdenes del pontífice. Ravaiillac aceptó la misión, y, tras la preparación psicológica y técnica que exigía, se dispuso a cumplirla. El día en que pudo cumplir la misión para la que se le había preparado, fue el 14 de mayo de 1610. "Estando sentado sobre una piedra, observando la puerta del Louvre, se dio cuenta de que el rey subía a una carroza, en conversación con el duque de Sully. Eran un poco antes de las cuatro de la tarde, y el rey se dirigía al Arsenal, sin escolta alguna. Ravaiillac siguió la carroza, y en la callejuela de la Féronnerie, en la que los caballos no pudieron avanzar, se subió a la rueda trasera y cuando el rey se inclinaba hacia el duque de Epernon para decirle algo al oído, le dios dos puñaladas, siendo la segunda mortal de necesidad pues le cortó la arteria del pulmón."¹

Al autor le sorprende que Ravaiillac no pretenda huir, por lo que fue detenido, justo al tiempo en que tres hombres enmascarados pretendían matar a Ravaiillac, hombres que fueron puestos en fuga. Ravaiillac, sometido a la tortura no acusa a nadie y se declara el único responsable del asesinato. Al ser registrado se encontró entre sus pertenencias un extraño trozo de pergamino que, como se descubriría más tarde, pertenecía a un grupo selecto de asesinos al servicio del papado romano, llamado Círculo Octogonus. Fue condenado a ser descuartizado por cuatro caballos de tiro. Cuando la sentencia iba a cumplirse, Ravaiillac, convencido por los profesores de la Sorbona Filesac y de Gamache, hizo una declaración, que no pudo ser utilizada, y de la que no ha quedado registro alguno preciso.²

Cuando la noticia llegó a la corte del rey divino Camino Borguese, Pablo V, obispo de Roma, la alegría lo desbordó, aunque tuvo el detalle de oficiar la pantomima teatral y cultural de una misa solemne por el eterno descanso de su víctima.

¹ Ladvoat. *Dictionnaire historique et bibliographique*. Nouvelle édition. Ravaiillac. (Paris, 1822).

² Las causas de esta extraña anomalía se pretende achacarla a la mala letra del escribiente Voisin, totalmente ilegible, lo que resulta sorprendente. Otra de las causas que justificaban la ilegibilidad de la lectura por los jueces era que Ravaiillac, en su declaración, había dado los nombres de varios nobles, relacionados con la corte, a los que los jueces no se atrevieron a inculpar ni detener. Se afirmó igualmente, que el día de autos, por la mañana, el rey había sido avisado de que alguien buscaba su muerte, y que Enrique despreció el aviso, lo que tampoco hubo modo de corroborar cuando se investigó el caso, o, al menos, no quedó un registro del hecho.

RECONCILIACIÓN DE TEMPLOS. Parafernalia cultural, dentro de la secta judeocatólica papista para hacer que un templo que, según sus criterios, ha sido profanado¹, quede desprofanado y pueda estar en condiciones de funcionamiento normal. La reconciliación o desprofanación es una prerrogativa del príncipe mitrado de turno, que puede delegar en un representante. Para dicho acto se necesita, según los cánones de la milagrería del sectarismo papista, un agua bendita especial que va mezclada con cenizas, de lo contrario los conjuros del chaman mitrado no pueden tener efecto.

¹ En realidad, el término constituye una mendacidad y un sinsentido. La divinidad más ínfima siempre estará a una distancia infinita de la más perfecta de las criaturas, por lo que ninguna acción de éstas puede afectarla. De ahí que cualquier profanación se advere una imposibilidad absoluta.

REFORMA. Se designa, con este nombre, la búsqueda, emprendida en el centro y norte de Europa, por encontrar en la *Biblia* y los *Evangelios*, las bases auténticas de la herencia yahvídica y cristológica. La corte del Imperio Vaticano, negando esta realidad, utiliza el nombre de Reforma para denigrar lo que ellos definen como

el sectarismo de unos heréticos a los que no pudieron aplastar por las armas, a pesar del empeño que pusieron en ello.

REFORMA, Causas de la. Las causas del movimiento reformista o protestante, como habitualmente se lo llama, deben buscarse en la trayectoria histórica del judeocatolicismo mundial y, finalmente, del occidental o latino. Son complejas, y nada fáciles de precisar, si bien existen algunas razones, más que evidentes, que lo provocan y determinan.

A partir del siglo IV, con el denominado primer concilio de Nicea¹, se pretendió, velando por los intereses de Constantino, que había convocado dicho concilio, que la nueva secta judía, elevada a religión del imperio, unificara creencias y criterios, y evitara en lo sucesivo que los obispos actuaran, en el terreno doctrinal y dogmático, con la liberalidad mental e inspiracional con la que habían actuado hasta entonces. De este propósito, que no necesidad, surgió la urgente compulsión de escoger unos textos definitivos para todos y la preocupación por resumir, en un pequeño código, el contenido visceral de toda la secta, idolatría o religionismo, código que se dio en llamar símbolo de Nicea o Credo. El carácter constantinopolitano de este concilio demuestra claramente que la autoridad máxima de la idolatría cristológica recaía en el Emperador, y que todos los obispos, sin excluir a los más importantes, como eran los patriarcas de Antioquía, Jerusalén, Alejandría, Éfeso y Constantinopla, eran meros representantes del emperador en sus satrapías, y, lo que resulta más evidente, ninguno de ellos, a pesar de la importancia de los obispos citados, estaba por encima de los demás. El concilio, es decir, la asamblea de los episcopos velaría, en lo sucesivo, por la ortodoxia tanto del credo niceno como

de los textos de *la Buena Nueva*¹. La caída del Imperio Romano de Occidente trastocó, años después, la situación de todo el mundo judeocatólico. Entran en liza dos elementos nuevos: la lejanía del emperador del debilitado Imperio de Oriente y la necesidad, para el postrado Imperio de Occidente de recurrir a él en demanda de ayuda, cuando la situación para alguna de las antiguas provincias se hace angustiosa. Los obispos de Roma, que, tras la marcha del emperador a la nueva capital, se veían como sustitutos de él en la ciudad imperial, comienzan a considerar seriamente la posibilidad de levantarse como garantía absoluta de la ortodoxia en Occidente y, lo más importante, comienzan a actuar como si realmente lo fuera: Constantinopla queda lejos, y los patriarcados de Alejandría, Antioquía y Jerusalén, y aun el mismo patriarcado de la nueva ciudad imperial no tienen fuerza para oponerse a sus pretensiones. A pesar de todo, debe obrar con prudencia. Todos los intentos abiertos de actuar como referencia ineludible del judeocatolicismo han sido acogidos por los demás episcopos con un desprecio absoluto y han caído en el ridículo; es más, el mismo emperador, el verdadero sumo pontífice del judeocatolicismo cristológico y la máxima autoridad del mismo, no lo consiente. Sin embargo, a finales del siglo VI, alcanza el obispado de Roma Gregorio de Anici, más conocido por papa San Gregorio I el Grande. Este hombre, que se ciñe la mitra romana en el año 590, no está solo: a su lado tiene la todopoderosa orden benedictina, que lo ayuda en su tarea de minar la autoridad de los demás obispos en las diócesis en las que se halla establecida y apoyar todas sus decisiones. Cuando muera, al comienzo del siglo VII, el obispado de Roma habrá conseguido iniciar abiertamente su carrera hacia la

primacía absoluta, que no conseguirá hasta varios siglos después, pero que ya nadie tendrá fuerza para disputarle. A partir del siglo XII, la denominada iglesia de Jesucristo no tendrá nada que ver con los supuestos evangélicos que, se admite, fueron su razón y causa, sino que será, por encima de todo, la iglesia del obispo romano, que, para mayor burla, ha exigido a los demás obispos la renuncia al título de papas que poseían desde los primeros años del judeocatolicismo. Pero la carrera hacia la supremacía del obispado romano no ha podido hacerse sin dinero; los documentos no pueden ser falsificados o compuestos sin la ayuda de especialistas y eruditos; la compra de voluntades, reyes y príncipes no se hace sin recompensas; la balanza de la justicia no se inclina donde uno quiere si antes no engrasa a los jueces que la hacen funcionar. Es necesario, por ello, encontrar los medios para comprar justicia, reyes y especialistas del fraude. Para lograr las grandes fortunas que necesita, el obispo de Roma ha vendido a dios y al diablo, a Cristo y al Anticristo, y a su propia madre, al mejor postor; al mismo tiempo ha procurado confeccionar todos los documentos necesarios para que tales ventas pueda hacerlas sin ser acusado de simonía, lo que por otro lado no hay patriarca, metropolitano o príncipe mitrado que, a partir del siglo XII, pueda echárselo en cara. Los demás obispos, por no quedar atrás, siguen su ejemplo, y no hay estamento o escalafón dentro de la jerarquía judeocatólica papista que no pueda obtenerse con dinero. Los mismos historiadores papistas reconocen que los abusos y las inmoralidades de la corte pontificia, de los príncipes mitrados de cualquier diócesis, del clero y de los conventos, de los príncipes y reyes papistas alcanzan niveles divinos. El mismo papado romano resulta ser el más indigno de todos

los papados u obispados. La supuesta asistencia paraclital que lo inspira ha vuelto a quedar por los suelos ante los denominados cismas –guerras civiles cristológicas– que él mismo ha provocado, y en donde dos y tres elegidos por su Espíritu Santo se disputan la sangrienta tiara pontificia. Para colmar todo, a Juan de Médicis, más conocido por papa León X, se le ocurre la feliz idea, para sangrar todavía más al sufrido pueblo judeocatólico latino, de poner en circulación unas acciones que permiten, a todo el que las compre, una parcela en el cielo judeocatólico, con escrituras incluidas. La vulgar estafa, llevada a cabo con la ayuda del cardenal Alberto de Maguncia, alertó a gran número de hombres que, al instante, son secundados por multitudes ingentes en sus protestas. El pueblo no podía sufrir con tanto descaro la bochornosa corrupción de la nomenclatura cardenalicia y arzobispal de Roma y toda su clerecía, y se unió al instante a las quejas de Lutero y Zuinglio. Los reyes tampoco soportaron por más tiempo la corrupción de que hacían gala los príncipes mitrados, y despreciaron el autoritarismo que Roma pretendía seguir imponiendo. A las protestas de Lutero y Zuinglio se unen las de Calvino y Federico de Sajonia. Enrique VIII de Inglaterra, ante la actitud del obispo de Roma, que no podía admitir su divorcio con Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos de España, para casarse con Ana Bolena, ante el miedo a la reacción de aquellos reyes, recibe la negativa como un insulto, y termina tirando con el caldero la soga, sacudiéndose para siempre el teoparasitismo papista. Pasan los años; se suceden las guerras civiles cristológicas, y el panorama se hace más angustioso para la ambición del papado romano. En Dinamarca, Cristián II se unió a la Reforma, mientras que en Noruega no tardó en

ser introducida por Cristián III. Holanda no dudó mucho en seguir sus pasos, aunque no fuese más que por la enconada lucha que estaba librando contra Felipe II, de tan infausta memoria para los holandeses, y su sanguinario duque de Alba. Otros países y príncipes sufrieron la tentación de sacudirse el imperialismo romano con mejor o peor resultado. En cualquier caso, el judeocatolicismo papista perdió gran parte de Europa y sus pérdidas se hicieron notar en el Nuevo Mundo. La vuelta a los orígenes, que exigían los reformadores, hizo que todos se volcaran en el estudio de los denominados libros sagrados del judeocatolicismo universal, por lo que un grupo muy numeroso de judeocatólicos reformados estudiaron a fondo los textos originales de la *Biblia* y de los *Evangelios* y ofrecieron nuevas traducciones de ellos en lenguas vernáculas, que fueron condenadas al instante por el obispo de Roma y rey del judeocatolicismo latino e incluidas en el *Index librorum prohibitorum*. Fue el escándalo más bochornoso que jamás pudieron contemplar los sufridos rebaños del papismo: la condenación de los textos escritos, según ellos, por su dios Yahvé-Cristo-Espíritu santo, textos de los que supuestamente emanaba su autoridad. A pesar de todo lo expuesto, las causas de la Reforma, para el obispo de Roma y su nomenclatura siguió siendo el rechazo a las palabras de Cristo, "Venid a mí, todos los que andáis agobiados, que yo os aliviaré; porque mi yugo es suave y mi carga ligera", que ellos edulcoraron con todo tipo de guerras, masacres, genocidios y crímenes contra la humanidad.

¹ Ver *Biblia* y *Evangelios*.

REINALDO DE SEGNI. Papa Alejandro IV. Perteneció a la familia de los condes de Segni, y fue sobrino del papa Gregorio IX, que le entregó el título de cardenal y

el de obispo de Ostia. Había nacido en Jenne, cerca de Anagni. Elegido obispo y rey de Roma a la muerte del rey Sinibaldo Fieschi, papa Inocencio IV, en el año 1254, demostró ser un hombre tranquilo, enemigo de las guerras y amante del dinero. Durante su obispado, permaneció con frecuencia fuera de la ciudad, gobernada por el senador Brancalione de Andalò, de ideología republicana. Reinaldo de Segni estuvo inmerso en las luchas entre Gibelinos y Güelfos, muy a pesar suyo, y fue incapaz de adoptar una postura efectiva para poner fin a ellas. Trató de destituir al senador Brancalione, que el pueblo llevó en triunfo al Capitolio. Excomulgó al Senado, que le amenazó con ahorcarlo con sus cardenales, si insistía en meterse donde nadie lo había llamado. Inocencio, viendo que las cosas se torcían para él, se refugió en Viterbo y, posteriormente, en Anagni.

Pretendió unir el judeocatolicismo oriental al latino, bajo su tiara, pero la aventura resultó fallida. Fortaleció la policía supranacional del obispado de Roma, la Santa Inquisición, a la que concedió todo tipo de poderes, y se opuso con rigor especial a los grupos de los flagelantes y los espirituales, que iniciaron su andadura pública bajo su reinado.

Alejandro IV moriría, fuera de Roma, el 25 de Mayo de 1261, siendo su sucesor en el trono obispal Jacques Pantaleón, papa Urbano IV (1261-1264).

RELIQUIAS, El tráfico de. Otra de las múltiples fuentes de dinero, que ayudan a financiar los lujos que se permite la corte del Imperio Vaticano, la constituye el tráfico de reliquias: momias, huesos, cadáveres, colmillos y objetos que pertenecieron, supuestamente, a los prohombres fieles a la curia romana y al pontífice de turno. El tráfico de reliquias constituyó siempre, en todo tipo de re-

ligionismo, un negocio de lo más productivo. Lo mismo sucedió en el judeo-caticismo cristológico. Ésta fue una de las razones, por las que Roma se reservó la declaración de santidad de sus fieles más distinguidos y se reservó también el reconocimiento de las reliquias de los mismos. El mercado estaba servido. Los elementos que ocultan este tráfico, en donde las falsificaciones se multiplican hasta la saciedad, como es habitual en la corte del papadíos o rey divino de turno, son dignos de mencionar.

En primero lugar está, como se ha dicho, el dinero. A veces se pagaron fortunas fabulosas por el tobillo o el dedo de un supuesto santo, compra que, como es lógico, sólo se lo podían permitir los príncipes y los reyes. Una vez que se puso de moda la construcción de capillas, catedrales y templos dedicados a los santos del escalafón celestial, carretas enteras de huesos, maderos, espinas, clavos, etc., de todos los seres humanos y divinos que pudieran concebirse, recorrían los caminos de Europa con destino a tales sitios, o su venta en el mercado negro, y, como siempre, Roma era la principal beneficiada por este tráfico en donde la autenticidad era lo que menos importaba siempre que viniera. avalada por un certificado de la curia, que en ocasiones era tan falso como las propias reliquias. La posesión de una reliquia de primera categoría constituía una fuente de privilegios y dinero, ya que la multitud acudía a venerarla con una pasión y ceguera digna de admiración, en donde el elemento fundamental era la limosna que producían los detritos del santo en cuestión. Tampoco era lo mismo poseer un trozo de la toca de una santa cualquiera o poseer el cuerpo de Santiago Apóstol, como bien lo saben en Galicia.

El tráfico de las reliquias, su adoración y conservación, exigía una ocupación per-

manente, pues con frecuencia dependía de ella la milagrería general, tan fructífera siempre, en oposición a los conocimientos científicos y médicos a los que fue siempre tan reacio el papado. Las reliquias fueron uno de los pilares de la ignorancia, elemento capital para todo religionismo, pues se esperaba de ellas lo que los estudios y la investigación deberían haber hecho y no podían por estar condenados.

Las reliquias fueron en ocasiones la causa y la justificación de guerras e invasiones –las cruzadas fueron organizadas o predicadas por los papas con el fin de recuperar las supuestas reliquias dejadas a su paso por el Jesús evangélico, es decir, la recuperación de los denominados Santos Lugares–, conflictos que siempre resultaban beneficiosos para el papado, al alejar de sus fronteras las tormentas.¹

¹ Son mucho los trabajos en que se mencionan las reliquias que se conservan en algunos templos. Una relación sucinta, pero significativa, se encuentra en A. Castro Zafra, obra citada; Págs. 106–7).

RERUM ECCLESIAE. Título y comienzo de una carta del obispo de Roma Aquiles Ratti, papa Pío XI, en la que pide a su teofuncionariado y siervos que pongan más ilusión en la propagación evangélica y en el logro de nuevos fieles, con el fin de extender al máximo el imperialismo vaticano (en jerga vaticana, impulsar la actividad misionera), y dar fluidez y lustro a la economía papal y clerical. La mencionada carta tuvo la dicha de conocerla el Mundo el 28 de febrero de 1926, y tenía como objetivo desprestigiar los movimientos de emancipación humana que estaban desbaratando el Imperio Vaticano, tan costosamente construido por la corte papal y el teofuncionariado cristológico.

RERUM ORIENTALIUM. Carta de Aquiles Ratti, papa Pío XI, publicada en 1928, con el fin de convencer al judeocatolicismo ortodoxo para que renunciara a su error y para que admitiera la autoridad de Roma. A su vez, los obispos y patriarcas ortodoxos no dejaron de recordar a Ratti, mentores y epígonos, que no son ellos los que se han apartado de la iglesia creada por Jesucristo, sino que es la soberbia y prepotencia del obispo de Roma, su curia y prelados quienes se apartaron definitivamente del evangelio y de la iglesia ortodoxa, la única legítima y evangélica, y la única que puede admitirlos en su seno si están dispuestos, con humildad y confianza, a integrarse en ella.

RESCRIPTO. Palabra de origen latino, que viene a sintetizar una frase latina que expresa la idea “respuesta dada a una pregunta”. La curia romana, acostumbrada a una jergonza sacristial y clerical que oculte, mistifique, y mantenga en la ignorancia a quienes están siempre dispuestos a admirarse de su sabiduría monipodiana, suele utilizar para expresarse giros antiguos y formas ininteligibles para la mayoría de sus ovejas, de aquí que en lugar de utilizar la palabra “respuesta” utilice “rescripto”. A cualquier súplica, demanda o información que se le pida, y siguiendo siempre con su jerga hampista, puede responder en “forma graciosa”, forma directa, o en “forma comisoría”, cuando una persona se encarga de llevar la respuesta y recibir el pago que se exige por la concesión. Cuando las respuestas vienen “directamente” del papa de turno, existen acuñaciones de rigor impuestas por el uso. Si es el mismo monarca quien debe responder, la fórmula es “Facto verbo cum Sanctissimo” (el escrito se somete al santísimo padre); si debe considerarse, “Dilata” (ne-

cesita tiempo); si los sátrapas tializados o la clerecía romana ven un perjuicio, la respuesta es “Non expedire” (no interesa a la gloria de dios); si se quiere dar largas al asunto, “Iterum proponatur” (Le falta una póliza o es ilegible), etc.

RIDÍCULO. Resulta imposible concebir las evangelizaciones forzosas y sus millones de asesinatos en nombre de Cristo, las Cruzadas, las masacres y crímenes contra la humanidad de los papas y la corte del Imperio Vaticano para extender su dominio, las denominadas guerras de religión, los cismas, auténticas guerras civiles cristológicas y evangélicas, sin el proselitismo compulsivo hebreo y su marcada tendencia al asesinato y al exterminio en nombre de su dios yahvídico. Resulta igualmente inconcebible la creación de los órganos represivos de este Imperio, entre los que destaca la Santa Inquisición, sus códigos penales y la criminalidad y arbitrariedad de sus tribunales y jueces, el *Index Librorum Prohibitorum*, la censura, las penas y excomuniones, la tortura y el asesinato patibular –horca, hoguera y decapitación– de quienes no estaban contaminados por la pandemia teocristológica, y de quienes no estaban infectados por la inanidad de las ideas metanaturales, es decir, por el mundo onírico de los espejismos espirituales, por la necesidad pura y simple de conservar dicho imperio. Ni el imperialismo babilónico, ni el egipcio, ni el cartaginés, ni el griego, ni el romano, por mencionar los más próximos a nosotros, justificaron jamás sus conquistas por razones pretendidamente religiosas, ni reprimieron a sus ciudadanos, en nombre de la integridad de sus imperios, por tales razones.

Es también verdad que la vocación criminal del cristianismo (en realidad, judeocatolicismo), en todas sus sectas,

se potencializa, entre otras causas, por la necesidad de distanciarse de la casa madre, el judaísmo hierosolimitano y mosaico, al cual había robado la *Biblia* y su pasado histórico. Esta necesidad de distanciamiento, debido a los condicionantes impuestos por Roma, fue la que impulsó a los judeocatólicos a exterminar a sus propios padres, con el fin de demostrar que ellos, a pesar de las apariencias, no eran judíos. También es verdad que demostraron abiertamente esta vocación hacia el crimen a partir del momento en que Constantino reconoció al judeocatolicismo cristológico como una religión más del Imperio y, sobre todo, desde que Teodosio la convirtió en la única legal (380), momento en que, sin freno alguno, sus miembros se dedicaron a exterminar a los seguidores de otros dioses, para imponer su dios Yahvé, judío hasta la médula, al que ya habían desnaturalizado y avinagrado, convirtiéndolo en Yahvé–Cristo–Espíritu Santo. Roma era un Imperio, y el judeocatolicismo heredó de Roma también sus ansias imperiales. El hebraísmo era intransigente y criminal hasta la médula –según se desprende del contenido de la *Biblia*– y el judeocatolicismo también lo fue. Resulta evidente, pues, que la vocación criminal del judeocatolicismo tiene raíces muy profundas en su pasado histórico, y por lo tanto nadie debe rasgarse las vestiduras por ello.

Sin embargo, insistimos, resulta imposible achacar el ensañamiento de los sacerdotes, obispos y papas del religionismo cristológico a la necesidad, primero, de construir su imperio y, posteriormente, de mantenerlo cuando, debido a las sacudidas de la ciencia, el sentido común, la filosofía y el nacimiento de las nacionalidades, se resquebraja y se hunde. Resulta difícil también admitir las indecencias criminales de la clerecía y teo-

funcionariado cristológicos, simplemente por el miedo a perder sus sinecuras. Hay algo más en este modo de comportarse tan contradictorio con lo que predicaban en la actualidad y predicaron a lo largo de los siglos, porque su conducta no es explicable en términos imperialistas, ni políticos y, ni siquiera, en términos teopolíticos y teoeconómicos. Teopolíticos fueron otros imperios, y en ninguno se observan, por razones religiosas¹, las torturas, los crímenes, las masacres y los genocidios contra sus propios ciudadanos, imputables a los sacerdotes, obispos y papas judeocatólicos². Ni siquiera en aquellos pueblos que sacrificaban en los altares de sus dioses a los enemigos se observa una conducta similar.

Los hebreos, como demuestra la *Biblia* en alguna ocasión, sacrificaron en sus altares a sus propios hijos. No faltan, debe insistirse sobre este punto, los autores judíos que afirman que levitas, rabinos y sumos sacerdotes fueron los primeros enemigos del pueblo hebreo, al cual sacrificaron a lo largo de la historia para imponer sus creencias y a Yahvé, afirmación de la que, por otro lado, la misma *Biblia* ofrece pruebas incontestables. Teniendo presentes estos elementos, puede admitirse, sin miedo a equivocarse, que aquí reside una de las razones por las que el judeocatolicismo fue criminal con sus hijos también: no es más que una secta o un conjunto de sectas derivadas del hebraísmo mosaico, y tomó de sus padres su querencia hacia el filicidio.

Pero si la herencia, la *Biblia* y aun los *Evangelios*, inspiran esta tendencia compulsiva hacia la criminalidad de que hace gala la historia del papismo vaticano y todo el judeocatolicismo, los elementos citados no explican todo.

Los grandes imperios de la antigüedad jamás se volvieron, por razones religiosas, contra sus propios hijos y contra los

pueblos sometidos, y Roma, en donde la libertad de creencias y religión era fundamental, mantuvo una tolerancia absoluta para las creencias de todos los grupos que constituían su imperio, siempre que se respetara el orden social impuesto por ella. Sólo con la llegada del judeo-catolicismo al poder, Roma se olvidó de esta regla de oro, y comenzó a exterminar a los adoradores de los antiguos dioses del Imperio y a los adoradores de los dioses oficiales –los yahvídicos– que no seguían las formas culturales y dogmáticas impuestos por las jerarquías que establecían la ortodoxia. Y si bien es verdad que el poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente, tampoco en esta realidad humana, política y teopolítica debe encontrarse la mórbida complacencia en las torturas y los crímenes patibulares de sus príncipes tialarizados, capelizados y mitrados: papas, obispos y cardenales.

Deben existir elementos ocultos, aparte de la herencia, que condicionan totalmente la actitud psicológica de quienes controlan y controlaron siempre el judeo-catolicismo. Y, puesto que decimos actitud psicológica, es necesario introducirse en los recovecos insondables de la mente humana. Esta actitud psicológica, no cabe duda, debe estar condicionada por el miedo, que es el elemento instintivo más compulsivo y frustrante, que va unido a la posibilidad de perder la vida. Pero, debemos preguntarnos, ¿qué miedo?

Paradójicamente, la pérdida de la vida puede pasar a segundo plano ante otros imperativos. Una madre puede luchar hasta la muerte por salvar a sus hijos; una mujer puede perder la vida por salvar la de su amiga o la de su amante; cualquier persona, que se enfrenta en duelo, arriesga su vida; un soldado, debidamente aleccionado, puede perder la vida por defender una posición, y la

pierde sin vacilar; el capitán de un barco, no podía abandonar el barco hasta haber salvado al último pasajero y al último marinero, aunque ello le costara la vida, y, cuando el barco se hundía por culpa suya, prefería morir con el barco a escapar a la muerte. El odio puede también optar por la pérdida de la vida con tal de dañar a la persona o la entidad odiada. El resultado de un juego, de una competición, puede terminar con la vida de los jugadores. Una apuesta y una prueba pueden también esconder la muerte, que se acepta con plena conciencia. También puede perderse la vida por defender unas creencias o para manifestar su fe en ellas, sean de orden político, teopolítico o social.

La conclusión es que existen razones por las que el individuo prefiere la muerte antes que aceptar unas situaciones o el resultado de las mismas. Estas situaciones están relacionadas con impulsiones naturales, como el sexo, el amor, la agresividad o el odio (al peligro, real o aparente), o con conceptos sociales, como el honor, la religiosidad, el patriotismo.

El miedo a la pérdida del honor puede manifestarse en campos dispares y en contextos también diferentes, y, por la degradación moral que supone dentro del grupo en el que el individuo está inmerso, lleva como corolario el miedo al ridículo. Este último, el miedo al ridículo, puede esclarecer un poco la actitud mórbida que ofrecen las personas que se exponen a él o han sido expuestas a él a la fuerza. Es evidente, también, que si ese miedo resulta compulsivo en un individuo de una colectividad, puede arrastrar a toda la colectividad cuando ésta queda contagiada o tiene los mismos sentimientos, y puede hacer que la conducta irracional de un miembro sea la conducta irracional de toda la colectividad.

Ahora bien, si las raíces del miedo a perder el honor o el miedo al ridículo, que constituye la otra cara de la misma moneda, son múltiples, también lo son las manifestaciones que el miedo puede engendrar: deseos de venganza, de desquite, de destrucción y aun de auto-destrucción, de dañar y dañarse, etc. Llegados a este punto, no parece que sea una mera coincidencia, el que dos colectivos, el castrense y el teofuncionariado, de una irracionalidad y mendacidad absoluta, sean los que más miedo tengan al ridículo y a las burlas, y sean los que comercien, crezcan y engorden con la muerte y cavando tumbas. De estos dos colectivos, el único que reclama nuestra atención es el teofuncionariado, y puesto que hablamos del judeocatolicismo cristológico, él justifica esta entrada.

El ridículo puede definirse, en este campo, como la sensación de vergüenza que afecta al teofuncionario y al teofuncionariado general, hechiceros, sacerdotes, brujos, obispos y papas, cuando se los enfrenta con la inanidad de sus creencias, mitos, ídolos, prácticas culturales, y exhibicionismo cómico de sus misas, procesiones, farándulas y la parafernalia de sus vestuarios teatrales. Este ridículo, cien por cien teocristológico, por su carácter frustrante y vengativo tiene, entre otras, una dimensión psicótica, mórbida, ya que se encuentra, entre otros elementos capitales, en la base de las reacciones fundamentalistas y agresivas de la clerecía y los príncipes mitrados y tialarizados del Imperio Vaticano aunque ellos no lo quieran reconocer. Afecta, nadie lo duda, a todos los fanáticos y fundamentalistas, sean clericales o no, jóvenes o viejos. El proceso psicológico que condiciona esta sensación de ridículo, sobre todo cuando está provocado más que por la burla por el desprecio, resulta escurridizo, aunque no por ello deja de ser real.

Pudiera iniciarse con la observación de que los humanistas, del género que sean, no parecen más infelices que ellos, teístas declarados y compulsivos, que tan convencidos están de la existencia de sus ídolos o dioses y la necesidad de bailarles el agua. El contraste entre las justificaciones³ de la vida de los humanistas y de los antihumanistas o teístas, induce a pensar que la distancia que los separa debe de ser insalvable, a juzgar por la incidencia que tiene en la vida de cada uno de ellos: el teísta o antihumanista, matará al hombre en nombre de sus dioses trinitarios, cristológicos, mariológicos y santorales, para "santificarse" y "salvarse" y contaminar a hombres y pueblos con sus creencias, como demuestra la vocación y la historia criminal del cristianismo⁴ y aun para "salvar eternamente" al mismo hombre que asesina, mientras que el humanista y naturalista vivirá y dejará vivir, respetando al hombre por encima de cualquier pensamiento, ideología o creencia. Los teístas, idólatras o antinaturalistas, al referir todos los actos de su vida a las supuestas divinidades o ídolos se distancian teórica y radicalmente de los humanistas o naturalistas, que evitan totalmente la contaminación teológica o teomística, del género que sea, y que ven en la vida lo que la vida y la Naturaleza les ofrece, despreciando al mismo tiempo las elaboraciones oníricas de sacerdotes o hechiceros, que hipotecan⁵ el presente –sobre todo el de sus rebaños– por un futuro incierto que sólo existe, a juzgar por su propia historia, en su ignorancia o bribonería, en su mendacidad o indecencia, en su estulticia o cinismo.

Si a las justificaciones tan dispares entre unos y otros se unen las razones que los humanistas contraponen a las elaboraciones pseudológicas y metanaturales de los teístas, estas últimas ancladas en

la ignorancia, la irracionalidad, la magia y el miedo, y a los contenidos pseudocientíficos de los denominados libros santos de cada pandemia teológica –en el caso del Imperio vaticano, la *Biblia* y los *Evangelios*– la sensación de ridículo del teofuncionariado se acentúa y, por lo mismo, su frustración. Nadie, en su sano juicio, puede pretender que la vida que la Naturaleza genera e impone tiene como justificación la voluntad metafísica, espiritual, infinita, consciente de sí misma y de su entorno, creadora y omnipotente de un ser bueno y amante de sus creaciones. En un mundo, en donde el sufrimiento es elemento esencial e inevitable de la vida, y en donde la muerte y el dolor de unos seres es fundamental para la pervivencia de otros, una concepción de ese género no sólo resulta una aberración y un absurdo, sino una broma de mal gusto. Enfrentado a esta realidad, el teísta o antihumanista terminal, invadido por una metástasis que afecta a todas sus células, sólo tiene el recurso de aducir “los misterios insondables”, “el enigma selectivo de la predestinación”, “la voluntad desconcertante” de la divinidad que se ha fabricado, mientras que para el teísta honrado e inteligente estas razones constituyen una mentecatez sublime que lo hundirá todavía más, si pretende ser consecuente, en un desamparo vergonzoso.

Pero es difícil aceptar el fracaso existencial cuando se llega a una edad en la que las posibilidades van desapareciendo debido a que en la lucha por la vida, el vigor de la juventud, la sagacidad, el arrojo y la valentía, son elementos capitales para afianzarse y vivir con un mínimo de dignidad⁶. Cuando la razón viene a corregir las imposiciones y estragos sufridos en la infancia por la credulidad e indefensión ante los engaños sistemáticos de los sacerdotes, obispos y papas que hi-

cieron de la propagación de la estulticia y mendacidad teocrisológica su *modus vivendi*, y cuando la madurez comienza a temperar las impulsiones vitales, muchas posibilidades han desaparecido ya, por lo que, si el teofuncionario, quiere rehacer su vida, se encuentra en una encrucijada difícil de resolver: renunciar a la existencia llevada hasta entonces, siendo consecuente con la nueva visión que le ofrece su experiencia, o refugiarse en la mentira, pretendiendo ignorar las razones que han desbaratado las bases de sus creencias. Al optar por la segunda alternativa, el equilibrio mental del teísta se resiente todavía más, al verse forzado a buscar razones “sublimes” con el fin de ocultar la sinrazón de su elección. Y, si no ha alcanzado todavía el cinismo y la hipocresía connatural a los estamentos más altos de las jerarquías del Imperio Vaticano, su corte y sus prelados, el ridículo y la vergüenza lo acompañarán en lo sucesivo. Ridículo, vergüenza y humillación que, si se han sentido públicamente, aunque no estuvieran amargadas por la burla, pueden generar un odio y unos deseos de venganza que no lo dejarán vivir en paz, y que tratará de satisfacer, lanzándose de cabeza a un fundamentalismo más radical y aun criminal, pretendiendo encontrar la justificación de sus barbaridades en la convicción de unas ideas y creencias que él, en su fuero interno, no quiere confesarse que son falsas, aunque está convencido de ello. La huida hacia el peligro que provoca estas autoextorsiones psicológicas, este autodesajuste mental, esta auto-ruptura interna, esta autojustificación injustificable, hará de él un sujeto dócil en manos de quienes, más duchos o cínicos, sepan manejarlo y pongan, por encima de cualquier otro considerando, el bienestar propio o el de la logia a la que se pertenece por encima del bien

común. El individuo, el teofuncionario, lanzado por esta pendiente, necesitará matar y exterminar, pero sobre todo, necesitará cumplir órdenes, para encontrar en “lo alto” o en sus superiores, la justificación a sus crímenes. Mas, siendo consciente, en su fuero interno, de la inanidad de sus justificaciones y de la criminalidad de sus acciones, hundido en su propia vergüenza, pretenderá, en nuevos arrebatos psicomísticos, afirmarse más en su apostolado criminal, en sus cruzadas, aduciendo siempre la pureza de sus intenciones evangelizadoras, y sembrando la muerte en nombre de Cristo. Internamente será un hombre desgarrado⁷, pero a los ojos de cualquier teísta será un asceta digno de admiración. En realidad, como el borracho que bebe para olvidar la vergüenza de beber, el teísta, si las circunstancias se lo permiten, no será más que un asesino sacralizado que tortura y mata para no reconocer el placer embriagador que le produce la agonía y la sangre de sus víctimas y la reacción vergonzosa de saberse un criminal humillado, rencoroso y vengativo que puede ser descubierta⁸. Resulta ser un aborto humano consagrado, que termina matando más y exigiendo más víctimas para evitar la vergüenza de saberse un asesino.

¹ Por razones de pervivencia, muchos pueblos de la antigüedad sacrificaron a sus reyes-dioses, como es de sobra conocido, pero era para que con su sangre joven, derramada antes de que la decrepitud la esterilizara y la invalidara, la naturaleza entera, campos, cosechas, animales y rebaños florecieran de nuevo. (Ver el trabajo de Frazer, *La rama dorada*. El apartado titulado *El chivo expiatorio*).

² Los mártires cristianos, de haber existido, serían lo que realmente indica su nombre, mártires judíos. Los judeocatólicos florromanos imperiales, entre otras cosas robaron a los hebreos no solamente la *Biblia*, su pasado histórico y su dios Yahvé, sino el nombre de cristianos y también sus mártires. En los dos primeros siglos del cómputo actual no pudo haber ningún mártir judeocatólico por la sencilla razón de que no se había confeccionado todavía al supuesto fundador, el Jesús evangélico. Si alguno hubo, no

sería, en principio, más que un judío renovado, que oscilaba entre Jerusalén y Roma sin saber qué carta jugar.

³ Justificaciones, que no la vida, ya que la existencia de todo ser vivo, mal que les pese a los antihumanistas o teístas, discurre por los cauces señalados e impuestos por la naturaleza, sin que nadie, por muy místico que se considere, pueda evadirse de esta servidumbre o realidad. Es más, por razones que no pueden señalarse en este apartado, la vida material de los teístas, sobre todo del teofuncionario y de los sátrapas mitrados, si tiene algún carácter testimonial sacro, es en el goce de las realidades materiales, goces de los que no se privan nunca, convencidos, como escribieron con un cinismo divino en las *Biografías de Jesús*, de que en esta vida les pertenece, por designio cristológico, el ciento por uno.

⁴ Hablando con propiedad, como demuestra la *vocación y la historia criminal del judeocatolicismo*, pues en él se centran estas entradas. Debe señalarse, con todo, que el judaísmo (abrahámico) nació también, como demuestra la *Biblia*, con una querencia inevitable hacia la criminalidad en nombre de su dios Yahvé, Jehová, Elohim o como se lo quiera llamar.

⁵ No solamente hipotecan el presente de sus rebaños, sino que no tienen inconveniente en asesinar, exterminar y masacrar a los humanistas y aun a sus propios rebaños teístas, en nombre de Jesucristo, aduciendo la necesidad de salvarlos de la muerte eterna. Un teísta cristológico, insistimos, encontrará siempre natural el asesinato individual o colectivo, en nombre de sus ídolos o divinidades. Una persona que no esté infectada por ninguna pandemia religiosa respetará siempre, por encima de cualquier considerando teológico, la vida del hombre.

⁶ Nadie habla de triunfar en la vida, pues ya es una aspiración satisfactoria vivir y dejar vivir. El triunfo siempre se hace sobre algo o sobre alguien, y la misma palabra encierra contenidos difíciles de justificar cuando implica la utilización o el aniquilamiento del otro.

⁷ De no ser un hombre desgarrado sería, como la nomenclatura cardenalicia del Imperio Vaticano –incluido el papa– un conquistador puro y duro, a quien nada importa el número de víctimas que originan su ambición y su prepotencia, justificadas en nombre de sus dioses o ídolos yahvélicos, cristológicos, paraclitales, mariológicos o santorales.

⁸ Que lleve los nombres de cruzado, conquistador, inquisidor, evangelizador, misionero, dominico, jesuita, franciscano, carmelita o delegado papal, o los últimos del escalafón del teofuncionario papista, catequista, brujo, presbítero, hechicero o párroco, es intrascendente.

RIDOLFI, Roberto. Banquero florentino, miembro de la Sancta Societas, a quien el papadiós o rey divino Miguel Ghislieri, obispo de Roma, más conocido por Pío V (1566–1572), encargó el asesinato de Isabel I de Inglaterra, encargo que había hecho y haría a otros súbditos de fidelidad acrisolada, como los jesuitas y dominicos. El plan de Ridolfi consistió en una rebelión contra la reina, rebelión que contó con el visto bueno de Ghislieri. La rebelión interna estaría apoyada por el desembarco, en varios puntos de Inglaterra, de tropas españolas. Asesinada Isabel, rebeldes y españoles pondrían en el trono a María Estuardo, reina de Escocia. En el interior del país contaban con la participación de varios nobles, entre los que se encontraban los duques de Norfolk, Weshmoreland, Arundel y Northumberland. El monarca español, Felipe II, aunque no consideraba que el momento fuese el más indicado, se unió a la conjura debido a su fidelidad al papa romano. La conjura fue un fracaso, y Ridolfi se dio por satisfecho escapando con vida. Fue visto nuevamente por Florencia, en donde moriría a comienzos del siglo XVII. Las versiones sobre su muerte son dispares. Una de ellas asegura que murió en manos de los espías de Isabel Tudor.

RITUAL ROMANO. Manual en el que se recogen las prácticas mágico culturales –sacramentales, en jerga vaticana– del judeocatolicismo papista. Su historia es relativamente reciente, puesto que el deseo de unificar criterios no fue evidente hasta el siglo XVII, cuando se vio la necesidad de que los sacerdotes judeocatólicos papistas no fueran más ignorantes que los rebaños que creían en las insensateces que predicaban. A pesar de todo, no hubo concordancia entre unos manuales y otros, por lo que el monarca Camilo Borghese, papa Paulo V, en el año

1614, publicó un manual oficial, el *Rituale*, que venía inspirado principalmente en una obra sobre los ritos en vigor, publicada en el año 1586 por Julio Antonio Santorio. Posteriormente se hicieron varias ediciones, hasta que, en el año 1925, Aquiles Ratti, papa Pío XI, publicó una que estuvo en vigor hasta los tiempos modernos.

RIVAROLA, Agostino. Hechicero o sacerdote papista, que logró el título de cardenal. Dedicado al servicio del espionaje vaticano, a las órdenes del cardenal Bartolomeo Pacca, jefe de la Sancta Societas desde comienzos del siglo XIX, con los reyes del Impero Vaticano Bernabé Luis Chiaramonti (Pío VII), Anniballe della Genga (León XII), y Francisco Javier Castiglioni (Pío VIII), Rivarola luchó con ahínco contra los revolucionarios que amenazaban dar al traste con el papado y su imperio. Fue uno de los entusiastas más activos y criminales de la política cloacal de los papas. Por sistema, este cardenal, a todos los sospechosos de simpatizar con los Carbonarios y otros grupos revolucionarios, los secuestraba, los torturaba y los liquidaba con un tiro en la nuca. Cientos de personas se vieron condenadas al exilio para escapar de las manos de este asesino y las de sus monarcas y señores. Para hacer más efectiva la represión, creó un grupo, denominado Sanfedisti, encargado de llevar a la práctica, con el mayor sigilo, los crímenes encargados por el papado y la nomenclatura cardenalicia a la *Sancta Societas*.

RIZZIO, David. Sacerdote judeopapista¹, que formaba parte del séquito del embajador de Saboya, el marqués de Moreta, en su visita a Escocia. Dominaba la música y la poesía, tenía entonces unos 26 años, y era uno de los espías más activos de la Sancta Societas. María Es-

tuado, impresionada por las cualidades de Rizzio, solicitó del embajador, que le prestara a Rizzio para su propio servicio. Rizzio terminó convirtiéndose en ayuda de cámara². La reina, encantada con los servicios del sacerdote, despidió a su secretario privado Raullet y puso a Rizzio en su lugar. Gracias al puesto que ocupaba, el sacerdote pudo informar a Pío V de todo lo que sucedía en la corte. Para no sentirse solo en el entorno agresivo de la corona, pidió a su hermano José que se uniera a él. Los dos hermanos trabajan para defender los intereses de la corte romana, pero David se convierte en un incondicional de la reina, que le gratifica poniendo en sus manos, materialmente, el gobierno de Escocia, despreciando al rey consorte.

Enrique Darnley, que se ve excluido por completo del gobierno, y que no tiene otro título más que el de consorte, termina deseando la muerte de Rizzio, del que sospecha que ha ocupado su lugar en el lecho real, por lo que prepara con otros nobles una conjuración para matarlo, sin saber que él mismo es un muñeco en manos de otros conjurados, que ven, en el asesinato por celos de Rizzio, una justificación para sus planes.

El día 9 de marzo de 1566, Rizzio recibe una advertencia de uno de sus espías, pero la desprecia. Al anochecer, los conjurados entran en las dependencias de María de Escocia y arrancan de su lado al sacerdote, al que matarán fuera de la presencia de la reina. Entre los conjurados están Ruthven, Fawdon-Shide, John Knox, Moray y, en último y primer término, el rey consorte Enrique Darnley.

María Estuardo tiene que soportar esta humillación y tuvo que condescender con los conjurados, a los que, aparentemente perdonó. Pero quien no perdonó la muerte de su agente fue el rey del imperio judeocatólico papista Miguel Ghis-

lieri, pontífice Pío V, que puso en movimiento a los agentes más decididos de la Sancta Societas, los jesuitas y les dio la orden personal, de matar, como fuese, a quienes habían matado a Rizzio. El hombre que se encargaría de llevar a cabo esta misión fue el jesuita y monseñor Lamberto Macchi. Darnley sería su primera víctima, al que estranguló con sus propias manos antes de hacerlo saltar por los aires con su palacio³.

1 Algunas biografías afirman que era jesuita, lo que resulta difícil aceptar por falta de documentos válidos.

2 Y aun de cama, de la reina, como aseguran algunos autores. Esta es la razón por la que el hijo que la mujer gestó estando casada con Darnley, sea tenido, por algunos autores, por hijo de Rizzio.

3 Los trabajos de los turiferarios del papado, escritos en torno a la suerte de María Estuardo, al hablar de este hecho, aseguran que fueron los asesinos de Rizzio quienes mataron a Darnley con el fin de destruir a la reina. "La crainte de la contagion qui pouvait atteindre le prince enfant, avait fait choisir a son père un palais éloigné d'Holyrood, et ce fut le moment que les meurtriers de Rizzio crurent opportun pour achever de réduire Marie en leur puissance." (Le Comte de Falloux, *Histoire de Saint Pie V Pape. De l'Ordre des Frères Prêcherus*. 2 Vol. Pag. 304, Tome 1. Ambroise Bray, Libraire-Éditeur; Paris, 1858).

ROBERTO DE GINEBRA. Papa Clemente VII. Fue elegido pontífice por los cardenales franceses, cuando quisieron deponer, por medio de un concilio general, a Bartolomé de Prignano, papa Urbano VI, que había demostrado ser de una indecencia divina. Este papa despreció los dictámenes del concilio, pero ello no impidió que los electores escogieran para sucederle al cardenal Roberto de Ginebra, conocido por "Boia di Cesena", elección que tuvo lugar en el año 1378, cuando Urbano VI llevaba cinco meses en el cargo, y ya había dado pruebas de la tela de la que estaba hecho. No habiendo renunciado Urbano VI al cargo, y defendiendo con uñas y dientes su

tiara contra los intentos de Clemente VII de capturarlo o terminar con su vida, se inició uno de los denominados cismas de Occidente, guerra civil cristológica, que afectó a todo el judeocatolicismo latino, en donde el Espíritu Santo estableció dos dinastías de representantes de Cristo, una en Roma y otra en Aviñón. Roberto de Ginebra fue reconocido por los reinos de Francia, Escocia, Alemania y los reinos de España, y se mantuvo en el pontificado hasta el año 1394, en el que falleció. Los listados papales romanos, mantuvieron en su relación a Urbano VI como papa y a Clemente VII lo relegaron al oprobio con el nombre de antipapa, lo que era lógico, pues los listados de Aviñón hacían lo mismo con Urbano VI, a quien consideraban depuesto por indigno.

El sucesor de Clemente VII sería Pedro de Luna, papa Benedicto XIII (1394–1423).

ROBERTS. Nombre de un sacerdote papista que, en el año 1870, publicó un libro titulado *Los decretos pontificales contra el movimiento de la Tierra*. En él demostraba, citando todos los documentos emitidos por el papado, las condenas que recayeron sobre Galileo y su teoría heliocentristas. Demostró que el papa Paulo V había presidido en persona el tribunal que condenó al científico en el año 1616; que el papa Urbano VIII había provocado, dirigido y promulgado, en el año 1633, la condenación final del mismo, y que el papa Alejandro VII, con su bula de 1664, había echado por tierra, de una manera absoluta y definitiva, la infalibilidad papal y la bíblica.

RODRIGO BORJA¹. Papa Alejandro VI. Nació en Játiva, Valencia, en el año 1431. Destinado, en un principio, a la carrera de las armas, cambió de parecer cuando su tío Alfonso Borja fue elegido rey y obispo de Roma, tomando el nombre

de papa Calixto III (Bis) para gobernar el imperio que se ponía en sus manos. Este hombre, protector incondicional de Rodrigo², lo nombró cardenal, en el año 1456, posteriormente vicescanciller de la Iglesia y obispo de Valencia. Imitando la costumbre de algunos de sus predecesores, Rodrigo compró la elección del obispado de Roma, que consiguió el día 11 de agosto de 1492, a la muerte de Juan Bautista Cibo, papa Inocencio VIII. Favoreció a todos sus hijos, pues tuvo varios conocidos del público, a quienes quiso como padre amantísimo que era, entre los cuales se encontraban César y Lucrecia, protagonistas de no pocas obras críticas y literarias. Su reinado no fue muy largo, pues moriría once años después de su elección, pero fue intenso y, a pesar de las críticas, muy duras en ocasiones, que tuvo, varias lanzas se rompieron a su favor, pues fue un indecente sincero hasta la exageración, que no tuvo inconveniente en hacer abiertamente lo que antes y después de él hicieron no pocos papas a escondidas o con disculpas metafísicas, razones de estado o debilidades humanas que los desbordaban y lamentaban. Rodrigo fue mujeriego, cínico, hipócrita, asesino (ordenó matar patibularmente, entre otros, a Jerónimo Savoranola, al que antes había excomulgado, porque le reprochaba públicamente su indecencia), simoníaco, incrédulo, incestuoso, adúltero ejemplar – aunque sus múltiples correrías nunca lo apartaron de Vanozza de Cattanei (de la que tuvo cinco hijos declarados)– y padre amantísimo, pues tanto amó a su hija Lucrecia que no tuvo, según el parecer de algunos historiadores, inconveniente en acostarse con ella, intimidad de la que nadie debe escandalizarse pues siempre fue moneda corriente, y nada tiene de excepcional: al fin y al cabo, según rezan los cánones, el dios Yahvé, de judíos y ju-

deocatólicos, fue más lejos todavía y no tuvo inconveniente en dejar preñada a su propia hija, la virgen María, personaje que aparece en los mitos judeocatólicos evangélicos, imitando en esto a Júpiter, Brahma y los dioses principales de numerosos teísmos.

Aceptando la concordancia que existe en la mayoría de los críticos e historiadores cuando analizan la trayectoria y la catadura moral de este pontífice, no faltan autores que ven en este santísimo padre a uno de los hombres más sanos de su tiempo, ya que, a pesar de estar a la cabeza del religionismo yahvídico, cristológico y paraclital en su versión papista, era evidente que no creía en absoluto en lo que representaba oficialmente, y era evidente, también, que no creía ni en dios ni en el diablo, ni estaba infectado por el teísmo cristológico, que con tanta virulencia deformó a muchos de sus predecesores y seguidores en el cargo. Es decir, como diría más de un historiador: era un cínico y un hipócrita redomado, que se aprovechó de los sandios que creían en Cristo, la Iglesia y el papado, y que tuvo el desparpajo de reírse de ellos y no ocultarlo.

La mayoría de los historiadores están de acuerdo en afirmar que fue el amante de una viuda española, que tenía dos niñas, a las cuales, con el espíritu ecuménico que caracteriza a todos los sacerdotes y hombres de iglesia, inició en los arcanos del amor. Cuando la mujer murió, encerró a la hija mayor en un convento y la pequeña, Catalina Vanozza (Vanozza de Cattanei), paso a ser su amante preferida, con la que tuvo los cinco hijos mencionados, Luís, Juan³, César, Jofre y Lucrecia.

No tuvo ningún inconveniente en vender todo tipo de títulos y prebendas para enriquecerlos. Juan, el menor, fue hecho duque de Gandía y príncipe de Beneven-

to. A César lo nombró cardenal arzobispo de Valencia, y tenía en mente ofrecer a todos ellos la soberanía de Nápoles, Venecia, Florencia y, para no quedarse corto, la de Italia entera.

Aventurero infatigable, el obispado romano fue otra aventura más para él. Se alió con Carlos de Francia para conquistar Nápoles, y cuando le pareció bien solicitó la ayuda de los turcos contra los franceses. Orgullosa y prepotente, ofreció a los reyes de España y Portugal todos los territorios del mundo que no poseyeran los príncipes judeocatólicos, siendo el protagonista del Tratado de Tordesillas (Valladolid, España), en donde se trazó, con las denominadas *Bulas Alejandrinas*, la línea divisoria del mundo conocida como *Línea alejandrina*. Quitó capelos para hacerse con las riquezas de los titulares, y, para aumentar todavía más su fortuna y la de sus hijos, creó varios cardenalatos con el fin de venderlos a precio de oro al mejor postor. El empleo del veneno fue una querencia irresistible en él, y con él hizo y deshizo vidas y arruinó familias enteras, eliminando a enemigos y amigos, cuando sus intereses se encontraban.

Sensible como cualquier tirano, lamentó la muerte de su hijo Luís a manos de su hermano César, por razones no muy claras para unos historiadores, aunque otros afirman que fue porque los dos eran amantes de su hermana Lucrecia, y César no lo soportaba.

Político ambicioso, audaz y realista, no tuvo tiempo de poner en marcha los planes de expansión que proyectaba, pues la ingestión accidental de una mala comida frenó, en seco, su carrera. Rodrigo Borja murió en el año 1503, tras ocho días de enfermedad. Los enemigos que habían doblado el espinazo ante él, no tardaron en recuperarse y sucederlo; también se encargaron de denigrarlo; te-

nían material y razones para hacerlo, no en vano el pueblo romano dijo de él:

Sotto Cesare Roma fue grande, ora e grandissima;

*Regna Alessandro Sesto. Quello fu uomo, questo però è Dio.*⁴

Y como dios, estaba al otro lado del bien y del mal. De aquí que todos sus crímenes, como los de los dioses, estaban justificados. Si había que cargarlos a la cuenta de alguien, debían cargarse, como reconocen no pocos eruditos, a la cuenta de la estupidez humana y la truhanería y ambición sacerdotal, que convirtieron un patio de Monipodio de la clericalia romana en la corte más ambicionada del mundo: la del Imperio Vaticano.

Cuando Joaquín Pecci, papa León XIII, puso a disposición del historiador alemán Ludwig Pastor (Ludovico Pastor), barón von Campersfelden (1854, Aachen, Prusia-1928, Innsbruck, Austria), los archivos secretos de la corona, le recordó que al permitirle aproximarse a la historia de los obispos de Roma, que él ponía en sus manos, debía ser con la sana disposición de expresar “primero la caridad, luego la verdad”. El historiador, siguiendo el consejo de su mentor, sintetiza de este modo la vida y milagros del papa Alejandro VI en su *Historia de los papas*⁵, síntesis que no duda en recoger y citar G. Ariento: “*La conducta de este hombre de indomable sensualidad y amante de la buena vida, contradice en todo, a las exigencias del papel que en esta tierra debía representar. Con toda desenvoltura se entregó hasta el fin de su vida a una conducta pecaminosa. Mas, caso singular, la manera con que atendió a los asuntos puramente eclesiásticos, nunca dio motivo de reproche alguno. La pureza de la doctrina eclesiástica permaneció intacta. Fue como si la Providencia divina hubiese querido demostrar que los hombres*

pueden inferir daño a la Iglesia, más nunca destruirla.”

Lógicamente, Ludovico Pastor, teísta cristológico hasta la médula, ante el varapalo que se llevaron los “asuntos puramente eclesiásticos” en las declaraciones y escritos de otros obispos romanos, que se contradijeron y se atacaron entre sí como gallos en celo, dejando la patristica, los dogmas y el magisterio peor que un bebedero de patos, siguió viendo en ellos la mano de su divina Providencia. Además, lo único que demuestran las palabras de este historiador, es que Rodrigo Borja, papa Alejandro VI, no perdió el tiempo en declaraciones doctrinales, que le tenían sin cuidado: se limitó, en este terreno, a seguir la corriente. Los objetivos de su vida fueron la buena vida y su familia, y a ellos se atuvo. Como buen humanista que era no iba devanarse los sesos para elucubrar sobre una divinidad en la cual no creía y sobre una *Biblia* judía y unos *Evangelios* judeocatólicos que juzgaba un amasijo de sandeces compuesto por un grupo de ciegos iluminados por el mosto a la luz de un delirio colectivo.

Su sucesor en el trono sería Antonio Francisco Todeschini Piccolomini, papa Pío III (1503).

¹ Se observan las grafías R. Borgia y R. Borja.

² No faltan historiadores que, con mayor o menor convicción, señalen que Rodrigo Borja era el hijo del papa Alejandro Borja, papa Calixto III Bis y su propia hermana, Joanna, casada con un hombre llamado Godofredo Lenzuolo de Valencia, al que Alejandro habría obligado a cambiarse de apellido para que tomara el suyo.

³ Juan fue el hijo misterioso del que hablan algunos historiadores, y que constituyó siempre un enigma. Algunos autores afirman que murió asesinado a los pocos días de recibir el ducado de Benevento, mientras que otros hablan de que murió de enfermedad en su juventud.

⁴ Bajo César Roma fue grande; ahora es grandísima: reina Alejandro VI. Aquél fue hombre; éste es dios.

⁵ *Geschichte der Päpste seit dem Ausgang des Mittelalters*, 16 vol. (1886-1933).

ROLANDO BANDINELLI. Papa Alejandro III¹. Nació en Siena. Tras sus estudios, y siendo profesor en Bolonia, Bernardo Paganelli, papa Eugenio III, le dio el título de cardenal. A la muerte de Nicolás Breakspear, papa Adriano IV, en el año 1159 fue elegido obispo de la ciudad del Tíber, pero su elección fue rechazada por otro de los grupos dominantes, el imperial, que escogió a Ottaviano de Monticello (Octaviano), que ocupó dicho obispado con el nombre de papa Víctor IV (Bis). Rolando Bandinelli se refugió en Anagni, sin renunciar al cetro pontificio, por lo que los partidarios de ambos monarcas obispaes se batieron el cuero durante cinco años, saliendo los partidarios de Rolando vencedores, por la sencilla razón de que Ottaviano murió antes, causa más que suficiente para ser borrado de los listados papales y recibir el título de antipapa. Rolando Bandinelli disputó durante diecisiete años el trono a Ottaviano y sus sucesores², huyendo de un país a otro, intentando escapar a los hombres del emperador, y procurando, a su vez, buscar la perdición de éstos, organizando todo tipo de traiciones y conjuras. En el año 1179 convocó cortes generales –III concilio Lateranense– y en estas cortes se trató de determinar con mayor rigor las normas para la elección del rey del judeocatolicismo latino y obispo de Roma.

Se le atribuye un libro titulado *Sententiæ Rolandi Bononiensis*. Durante el concilio de Tours, en el año 1163, este monarca o papa prohibió “el estudio de la física y las leyes del mundo” a todos los eclesiásticos –los únicos que podían estudiar en aquel entonces– bajo pena de excomunión y condena.

Bandinelli falleció en Citta di Castello, a finales de agosto de 1181.

De vida tan disoluta³ como la que había llevado Gregorio VII, al que se lo compa-

ra⁴, algunas iglesias lo tienen por santo y como tal lo veneran. Sorprende esta veneración cuando los hechos hablan por él. Fue un hombre vengativo, cruel, cínico e hipócrita, que se ganó a pulso el odio de los ciudadanos de Roma, y este odio se manifestó, brutalmente, al morir: su cadáver fue apedreado por la multitud. La ambicionada mitra de Roma fue destinada a Ubaldo Allucingolli, papa Lucio III (1181–1185).

¹ En algunos manuales oficiales figura como Orlando Brandinelli.

² Estos fueron Guido de Cremona, papa Pascual III (1164–1168), Juan de Struma, papa Calixto III (1168–1178) y Lando de Sezze, papa Inocencio III (1179–1180).

³ “Repudió mujeres, tuvo concubinas públicas, hijos bastardos y usurpó reinos.” (Llorente).

⁴ G. Arienti no duda en afirmar: “Fue un papa de espíritu indomable y de gran talento, uno de los más grandes después de Gregorio VII, y pudo ver surgir las libertades cívicas en Italia.”

ROMANO DE GALLESE. Obispo Roma, al que se conoce como papa Romano. Consiguió la ambicionada y sangrienta tiara pontificia en agosto del año 897, a la muerte de Esteban de Giovanni, papa Esteban VI Bis o VII, que fue estrangulado por los partidarios de Gallese. Su nombramiento, según los estudiosos de la dinastía electiva vaticana, fue debido a la influencia del partido imperial. Por esta causa, una de sus primeras acciones fue la de rehabilitar la memoria del obispo o papa de Roma Formoso, denigrada por Esteban de Giovanni (papa Esteban VI Bis), anulando los decretos de Esteban contra Formoso. Sin embargo no tuvo tiempo para hacer mucho más; pocos meses después, sería recluido en un convento y asesinado, a comienzo del año 898, por quienes aspiraban a ocupar su puesto. Su asesinato no sorprendió a nadie: también fueron asesinados los tres últimos papas romanos que lo precedieron, como lo sería igualmente quien lo

siguió, Teodoro de Focio, papa Teodoro, que no llegó a durar en el peligroso trono ni siquiera un mes.

ROMANO DE TÚSCULO. Papa Juan XIX. Consiguió el ambicionado trono, en el año 1024, a la muerte de su hermano, el papa Benito VIII. Su posición social –cónsul, duque y senador–, prestigio y poder, le permitieron comprar, con desmedida generosidad, a los electores, acto calificado de simonía¹. Con el fin de eliminar cargos de conciencia molestos, en el mismo día se hizo consagrar sacerdote y obispo de la ciudad, pasando de lego a pontífice en menos de veinticuatro horas, un record pocas veces visto en la “iglesia”. Siendo un hombre práctico, amante del lujo, el poder y el dinero, se dio cuenta de que el trono papal, que con tantos esfuerzos habían construido los obispos de Roma, era otro de tantos tronos sujeto a las leyes de la oferta y la demanda, por lo que no tuvo ningún inconveniente en entrar en negociaciones con el patriarca de Constantinopla al que se lo ofreció². Las negociaciones llevaban buen camino, cuando se hicieron públicas, provocando un escándalo que lo hizo objeto del odio del pueblo, odio que fue alimentado por los demás obispos y por la orden cluniacense.

A la muerte del emperador Enrique II, ocupó el trono su hijo Conrado II, a quien Juan XIX coronó emperador junto a la emperatriz Gisela, en 1027.

En Francia se celebró un concilio de la Iglesia galicana, reunido en Limoges, que prohibió al obispo de Roma vender la absolución a los excomulgados en perjuicio de los obispos que los hubieran separado de sus iglesias.

Por la vida disoluta que llevó y por su tiránico gobierno, se hizo tan odioso a los romanos, que estos trataron de ajusticiarlo en varias ocasiones; pero este

santo padre pudo capear las tormentas y gozar del trono hasta que su cuerpo no dio más de sí, muriendo en el año 1032/3.

Su sucesor fue Teofilacto el Niño, papa Benedicto IX (desde 1032 hasta 1048, con renunciaciones y recuperaciones de la corona).

¹ Giuseppe Arienti, haciéndose eco de las justificaciones que emanaron de la corte del Imperio Vaticano, no duda en afirmar: “*Fue un buen papa, y centralizó en sí ambos poderes mejor de lo que lo había hecho su hermano. Su elección se realizó no sin ciertas sospechas de simonía, e iba contra los cánones al pasar en un solo día del estado seglar al pontificado. Mas parece que su excelente conducta y el temor a los disturbios fueron la causa de una excepción tan grave en las normas canónicas.*” (G. A.: *Los Papas*).

² Existen varias versiones sobre el tema de las negociaciones con el patriarca de Constantinopla. Una, la que exponemos, se encuentra en Claudio Rendina: *Il papi, Storia e segreti*. La segunda, que habitualmente se encuentra entre historiadores independientes, afirma que, el patriarcado de Constantinopla, que de un modo tradicional, utilizaba el título de obispo ecuménico, ofreció éste a Juan XIX, el cual no tuvo inconveniente en regatear el precio para comprarlo. Las negociaciones iban por buen camino, pero no pudieron mantenerse ocultas, por lo que, al hacerse públicas, hubo un escándalo inimaginable dentro del judeocatolicismo latino. Una tercera versión afirma que el papa Juan XIX jamás pretendió vender el obispado, sino el título de que gozaban los patriarcas de Constantinopla, al que la curia romana consideraba que no tenían derecho porque pertenecía al obispo de Roma. Una cuarta versión, favorable a la curia romana, afirma que los encuentros entre los representantes de las dos iglesias nada tenían que ver con tales negociaciones, de aquí que ni siquiera las mencionen.

ROSSI, Pellegrino. Jurisconsulto italiano, nacido en Carrara, en 1787, perteneciente a la nobleza, y nacionalizado francés. Estudió derecho en Bolonia. Partidario de Juan Murat, a la derrota de éste, se refugió en Inglaterra y terminó en Francia; en 1836 ingresó en la Academia de Ciencias Morales y Políticas de ese país. En 1845, el Gobierno Francés

lo envió a Roma para tratar la cuestión de los jesuitas. Mastai-Ferretti, rey del Imperio Vaticano y obispo de Roma con el alias papa Pío IX, y del cual era consejero Rossi, le pidió que se hiciera cargo del gobierno de los Estados Papales. En 1848, Rossi aceptó. Siendo un progresista, a pesar de su prudencia a la hora de diseñar un programa de gobierno, fue muy mal visto por los reaccionarios de la corte vaticana.

La carrera de este jurisconsulto, que dio a la prensa numerosos trabajos de indudable valor –*Traité de droit penal, Cours d'économie politique, Cours de droit constitutionnel*, entre otros– se truncó el día 15 de noviembre de 1848. La versión oficial que dio la corte pontificia de su asesinato fue que un *bersaglieri* tirolés lo había asesinado de un puñalada certera en la yugular. La confesión fue puesta en duda por muchos historiadores. La versión extraoficial fue que Rossini tenía muchos enemigos, sobre todo entre los cardenales conservadores, entre los que se encontraba el jefe de la Sancta Societas, Luigi Lambruschini, que tenía a su disposición los puñales y venenos de los miembros del Círculo Octogonus, la Orden Negra y otros similares, dispuesto a acatar al instante sus órdenes sin hacer preguntas. El asesino, según los datos en juego sólo había podido brotar de las filas de dichas organizaciones. Justifica esta suposición el que Rossi había sido asesinado según los métodos fulgurantes de los asesinos a sueldo del Vaticano, especialista en magnicidios; por otro lado, a pesar de las pomposas declaraciones del papa Mastai-Ferretti, Rossi era un estorbo, una equivocación y un error del papa, quien, a pesar de las esperanzas que había despertado al ser elegido pontífice, era un reaccionario visceral, y no podía despedir a Rossi sin demostrar claramente su error, su falta

de visión política y la pueril asistencia del Espíritu Santo en su gobierno; alimenta esta suposición, también, el hecho de que, a pesar de la omnipresencia de los agentes de la Sancta Societas en los Estados Papales, en donde no se movía una hoja sin que ellos lo supiera, nadie tuvo conocimiento de lo que se preparaba; otro motivo más, que alimenta esta suposición, está en el hecho de que Rossi no tuviera ese día la protección que le correspondía por su cargo. Para remate de lo dicho, debe advertirse que no se investigaron para nada las causas del atentado ya que la misma corte vaticana paralizó la investigación.

No resultaba arriesgado afirmar que el atentado debió de ser cometido por mandato directo del cardenal Luigi Lambruschini, si no por “instancias superiores”, y con el visto bueno del colectivo más reaccionario de la nomenclatura vaticana.

RUSSICUM, El. Movimiento de mercenarios cristológicos, compuesto por fundamentalistas papistas que pretendieron colonizar la Unión Soviética, en los años 30 del siglo XX. Fue creado por orden del papadiós y rey divino Aquiles Ratti, obispo de Roma y más conocido como Pío XI, en el año 1929. Eran pagados con promesas místicas, indulgencias y bulas, avemarías y rosarios y, si se terciaba, con el mantenimiento escueto. Debían hablar ruso a la perfección y saber la historia de Rusia al dedillo. Como jefe de esta rama de espías e imperialistas papistas estaba Michel d'Herbigny, un hechicero o sacerdote que pertenecía a la logia jesuítica y que tenía el grado de monseñor. Su campo de acción debía ser, en un principio, Polonia, más que la propia Rusia.

La organización sufrió un duro golpe cuando uno de sus agentes más importantes, precisamente el secretario de D'Herbigny, monseñor Alexander

Deubner, fue expulsado de Polonia por espionaje a favor de los servicios secretos soviéticos. D'Herbigny fue automáticamente destituido y enviado a una residencia perdida, con la orden expresa de su general, Ledochowsky, de no hablar jamás de la organización ni del Vaticano. El Russicum, a pesar de todo, siguió funcionando, y sus miembros trabajarían para infiltrarse en la Unión Soviética a cualquier precio. Durante la Segunda guerra mundial, pretendieron, con todo tipo de artimañas y cambios de nombre, avanzar con los ejércitos alemanes que intentarían conquistar aquél país. El proyecto fracasó porque Hitler no deseaba eliminar el judoatolicismo ortodoxo para implantar el papista, pues sólo creía en la raza aria y sus mitos.

A partir del papa Montini es cuando nuevamente la operación Russicum volvió a revivir¹, aunque no pocos de sus agentes cayeron en las redes de la KGB –cerca de quinientos– delatados por un espía so-

viético en el Vaticano, el padre Alighiero Tondi, que era el hombre de confianza de Montini y su secretario particular.

El Russicum constituía una versión nueva de los proyectos del Imperio Vaticano y sus reyes para invadir Inglaterra, Escocia e Irlanda con sacerdotes o hechiceros papistas, preparados en Roma, en Valladolid y otros lugares, en los Colegios de los Escoceses fundados en tales sitios con el fin de terminar con el judeocatolicismo anglicano en tiempo de la reina Isabel I y sus sucesores.

¹ Los proyectos que la corte del Imperio Vaticano forjó con la intención de eliminar de Rusia el judeocatolicismo ortodoxo para implantar el papista, fueron varios y de características dispares. Uno de ellos pretendía –y quizás lo lograra en algunos casos– utilizar la noche para lanzar a sus agentes en paracaídas desde aviones americanos, en las fronteras menos protegidas. Los miembros de esta vanguardia, bien entrenados, debían ser capaces de comportarse como auténticos rusos y lugareños para no levantar sospechas.



SABINIANO DE BLERA. A la muerte de Gregorio de Anici, papa Gregorio I el Grande, en el año 604, y después de una vacante de cerca de seis meses, en la que las ambiciones de unos se enfrentaban al poder de otros, y en donde la codicia de todos impedía la designación de sus enemigos a la peligrosa tiara, salió triunfador este hombre, más conocido como papa Sabiniano. Había nacido en Blera, en la Tuscia, Italia, y era hijo de un noble llamado Bono. Trabajó al servicio de Gregorio de Anici, y había sido enviado por éste a Constantinopla, con el fin de oponerse a la declaración que el patriarca de Constantinopla había hecho de ser Patriarca ecuménico, declaración que iba en contra de las pretensiones de Gregorio, que deseaba el título de ecuménico para sí mismo. Sabiniano, por unas causas o por otras, no consiguió lo que su jefe le pidió, por lo que debió regresar junto a éste. A la muerte de Anici, en el año 604, ocupó su puesto.

Fue acusado de codicioso, además de miserable porque, en tiempo de hambre, vendió el trigo que tenía en sus graneros a precio de oro, lo que le atrajo el odio y el desprecio del pueblo y la nobleza. No pudo disfrutar mucho de tan ambiciosa situación; el día 22 de febrero de 606, a los dos años de haber sido elegido, expiraba con terribles dolores. Su muerte repentina y dolorosa demostraba que el veneno podía haber terminado con su vida. Como tantas veces sucedió con los

asesinatos y crímenes cometidos por los papas y contra ellos los palacios pontificales, el pueblo ignoró quién pudo ser la mano ejecutora.

A su muerte, por los intereses en juego, la ambicionada mitra romana no tuvo titular. Cuando la espera se hacía más insostenible, cerca de un año más tarde, Bonifacio Kataandiokes, pudo hacerse con ella, siendo conocido, para la posteridad, como papa Bonifacio III (607).

SACRAMENTO DEL ORDEN, EI. Rituales supuestamente mágico iniciáticos, por los que un príncipe mitrado confiere unos supuestos poderes metanaturales –siempre invisibles, inodoros, inaudibles, incoloros e imperceptibles, pero reales y verídicos a los ojos de la credulidad más acendrada, la fe– a un aspirante. Con dichos rituales, el ordenado queda preparado no solo para la alta magia –siempre invisible, no hay que olvidarlo– que se estila dentro del Imperio Vaticano, sino para la defensa de los intereses de los reyes de su imperio, que es para lo que, en realidad, lo han destinado.

Para quienes deseen profundizar en esta materia, nada mejor que hacerlo a través de sus doctores:

“Este sacramento se denomina “Orden” por dos razones: a) porque coloca a los que lo reciben en un orden o categoría superior al de los simples fieles, y designa en esta acepción el estado permanente de los ministros de la Iglesia llamado

“orden clerical” o simplemente “Clero”, distinto del orden seglar o laicado; b) porque comprende una gradación, una verdadera jerarquía, puesto que no se llega al grado perfecto sino después de haber pasado por sucesivos grados llamados “Órdenes”...

Jerarquía de Orden.— La integran siete Órdenes: presbiterado, diaconado, subdiaconado, acolitado, exorcistado, lectorado y ostiariado. Las tres primera Órdenes se llaman “mayores o sagradas”, ... las cuatro restantes se llaman “Órdenes menores”... A estas siete Órdenes hay que añadir la del episcopado, que es la plenitud del sacerdocio, y la de la primera tonsura, que no es propiamente una orden, sino una ceremonia eclesiástica, en la cual un seglar renuncia a la vida del siglo, y, tomando a Dios por herencia, se dispone a recibir las Órdenes sagradas... El Subdiaconado consagra definitivamente a Dios a quien lo recibe, y le impone de por vida la obligación de rezar el Breviario y guardar castidad perfecta.... El episcopado, o plenitud del Sacerdocio, da la potestad de confirmar, ordenar, entender en lo concerniente a la fe y gobernar una porción de la Iglesia denominada “diócesis”...

Sus efectos.— Son los siguientes: a) un aumento de la gracia santificante, que hace santo y acepto a Dios a quien recibe este sacramento con las debidas disposiciones; b) la gracias sacramental, que es un derecho a las gracias actuales de que tendrá necesidad el ordenado para desempeñar dignamente las funciones de su ministerio; c) el carácter sacramental, en cuya virtud el ordenado, asociado al sacerdocio de Jesucristo y diferenciado de los seglares, queda investido de la potestad de desempeñar en la iglesia determinadas funciones sagradas.” (Monseñor Cipriano Montserrat, presbítero. Catedrático de teología Mo-

ral en el Seminario Mayor de Barcelona y profesor titular de Religión en el Instituto “Jaime Balmes”: *Manual Escolar de Religión con arreglo al programa oficial. Para institutos, centros de Enseñanza Media y Candidatos al examen de Grado*. Notas tomadas de las páginas 310 a 313. Novena edición, prologada por el Excmo. y Rvmo. Dr. D. Gregorio Modrego Casáus, Arzobispo–Obispo de Barcelona. Editorial Lumen, Barcelona, 1955).

Ni que decir tiene que las *Biografías nicenas de Jesús*, no mencionan para nada a ostiarios, obispos, subdiáconos y demás elegidos. Tampoco se necesitaba, pues claramente anunció su protagonista que el fin del mundo estaba al alcance de la mano, y que parte de los que lo escuchaban iban a poderlo contemplar. Lo mismo puede decirse de los efectos que produce el sacramento mencionado, que, insistimos, aparte de ser invisibles, inodoros, inaudibles, intangibles e imperceptibles, y por ello improbables, siguen dependiendo de unos pases de prestidigitación que no pueden apreciarse en los libros mencionados.

Lo que sí que está claro es que el sacramento del orden condena, hay que recalcarlo, condena al ordenado a una castidad absoluta en contra de las mismas *Biografía nicenas de Jesús*, en donde jamás se menciona que su protagonista haya exigido o condenado a los apóstoles a la castidad perpetua, siendo por el contrario notorio que algunos eran casados, como el mítico Pedro. Tal es así, que hasta muy entrado el renacimiento y en fechas posteriores, los sacerdotes casados eran habituales; es más, hasta la época moderna se vio con una naturalidad asombrosa el que todos los sacerdotes tuvieran sus barraganas y queridas, a pesar de los esfuerzos que estaban haciendo todos los papas y la nomenclatura cristológica con ellos por prohibirlo.

La importancia de la imposición de la castidad, como la importancia de las supuestas “gracias” y “efectos” invisibles que confiere este sacramento, solo se vislumbran cuando se conoce a fondo el papel de los seminarios y el proceso de formación que se sigue en ellos. (Ver *Los Elegidos y Ordenación*).

SAFIRA. La lectura simple y llana del pasaje de los *Hechos de los Apóstoles*, en los que se habla de esta mujer y su esposo Ananías, produce la extraña sensación de que nos encontramos con el primer crimen, un doble asesinato, perpetrado y cometido, a sangre fría, por el denominado primer pontífice cristiano y sucesor directo de Jesucristo, el apóstol Pedro. De ser así, no es extraño que algunos autores, de ética dudosa para el judeocatolicismo pontifical, consideren que la vocación criminal del cristianismo –judaísmo tradicional–, reflejada con harta insistencia en los textos bíblicos, se perpetúa y refuerza en la vocación criminal del judeocatolicismo filorromano y, sobre todo, papista, expresada en los mismos textos evangélicos, e inaugurada, con el asesinato de este matrimonio, por la chaira sangrienta de Pedro y sus nazarenos (Ver *Ananías y Eliseo*).

SAMARITANO, Parábola del. Este relato, narrado por las *Biografías nicenas de Jesús*, en Lucas, X, 30-37, es otro de los textos que, debe sospecharse, no pudieron ser suprimidos o alterados a tiempo por las jerarquías romanas. Sólo así puede aceptarse su permanencia en dichos textos. La parábola demuestra el cinismo y la indecencia del clero y de los sacerdotes de toda laya, es decir, del teofuncionariado mundial. Puede atribuirse a Marción o cualquier otro escritor enemigo de la tribu de Leví, por el papel tan bochornoso que atribuye a los colectivos levíti-

cos y sacerdotales, que se opusieron a su evangelio y a sus ideas religiosas. Pero la acusación es para todos los sacerdotes, por lo que sorprende su permanencia. La acusación es clara: la indiferencia de las castas sacerdotales hacia el dolor humano es total. Sólo se romperá cuando pueda sacar alguna ventaja de él o un beneficio hacia el propio colectivo. Si es un pobre el necesitado, no moverán un dedo. Se lo impedirán multitud de razones místicas y espirituales, o aun considerandos más procaces, como el no mancharse la sotana. El carácter tribal, racista, interesado, de la clerecía es el que priva: los míos son, sobre todo, “mis hermanos pudientes de religión”, los pobres no lo son tanto. El hombre herido de la parábola sólo puede ser un judío, por lo tanto un hermano pobre del colectivo sacerdotal y levítico. Por considerandos de dinero, de formas y prestigio, ni los sacerdotes ni los clérigos le atienden. Sólo un extranjero, que nada tiene que ver con él, un samaritano, que no comulga religiosamente con los judíos, se acerca al herido, lo cura y lo socorre, ocupándose de todos sus gastos por razones humanitarias.

Si la actitud de los sacerdotes, levitas y pontífices resulta siempre denigrada en boca de Jesús, hay algo todavía más terrorífico en la *Buena Nueva* (las *Biografías de Jesús, Hechos, Cartas, Apocalipsis*): el humanismo, si no es en nombre de la divinidad cristológica, no vale para nada, no existe como humanismo. La parábola citada aquí, en último y primer término, no se compuso y expuso para alabanza del humanismo, sino para denigrar a la clerecía y a los teofuncionarios mosaicos.

SAMUEL. Es considerado, por el religio-nismo hebreo y sus ramificaciones judeocatólicas, en todas sus ramas, desde la ortodoxa a la armenia, desde la copta a

la papista, desde las renovadas hasta las mormónicas como el primer gran profeta que sucedió a Moisés y el último de los jueces, estando su vida relatada en el *Libro de las Crónicas de la Biblia*.

El personaje bíblico de Samuel demuestra a la perfección la vocación criminal del judaísmo y las sectas judeocatólicas que se derivaron de él, y el carácter religioso y clerical de todos los asesinatos y crímenes cometidos por levitas, rabinos, pontífices, obispos y papas, y que se conocen históricamente con el nombre de conquistas, cruzadas, evangelizaciones, autos de fe, misiones, Bézier, Mont Segur, Noche de San Bartolomé, Valdenses, etc. El deseo del Vaticano y el papado por desprenderse de sus responsabilidades históricas, teñidas de sangre y de masacres de todo tipo, hizo, ante las críticas despertadas por su actuación, que tratara de justificarse aduciendo que los asesinatos y crímenes contra la humanidad de que fueron protagonistas fueron obras de los reyes, los príncipes, y las autoridades civiles. El relato bíblico de Samuel¹, echa por tierra estas pretensiones y otras similares. Samuel obliga a Saúl a asesinar, por mandato de su dios, a todos los Amalecitas, "No perdones; mata a hombres, mujeres y niños, aun los de pecho." (1 Samuel, XV, 3). Saúl, por unos considerandos, que pudieran no ser siquiera humanitarios, perdonó la vida al rey Agag de Amalec. Samuel, llevado "de la ira de su dios", puede decirse, le escope a la cara: "*¿No quiere mejor Yahvé la obediencia a sus mandatos que no los holocaustos y las víctimas? Mejor es la obediencia que las víctimas. Y mejor escuchar que ofrecer el sebo de los carneros. Tan pecado es la rebelión como la superstición, y la resistencia como la idolatría. Pues que tú has rechazado el mandato de Yahvé, él te rechaza también a ti como rey.*" (1 Samuel, XV, 22-23). El peor pecado que ha podido cometer un rey lo ha cometido Saúl:

no ha obedecido el mandato de asesinar a todo el mundo y de terminar con todo ser vivo, que recibió de la máxima autoridad religiosa del pueblo, Samuel, y por lo tanto es indigno de llevar sobre su cabeza la corona real, que Samuel le arrebatara para darla a quien será dócil a la casta sacerdotal, David, un asesino indecente y un bandido de la peor laya, pero fiel y pródigo con el clero, que le colmará de gloria. Además, Samuel, en un gesto prepotente y repugnante, dando a entender que lo que él ha expresado es, por encima de todo, el deseo de su dios, y que ese deseo hay que cumplirlo al pie de la letra, manda llevar a su presencia al rey perdonado por Saúl, Agag, y lo degüella él mismo, con toda impunidad, en el altar del dios yahvídico, delante de todo el pueblo y delante del avergonzado Saúl. Y lo degüella, en un acto de prepotencia y soberbia bochornoso y repugnante, yendo en contra del precepto de Yahvé de no derramar la sangre de ningún hombre, señalado en Génesis IX, 6, aparte de degollarle en el mismo altar de quien se lo prohíbe.

¹ De ser ciertos los contenidos bíblicos, lo que siempre han afirmado los príncipes mitrados del judaísmo y del judeocatolicismo, Samuel hubiera encontrado la justificación de su actuación en Moisés, al cual procuró emular, y en su mismo ídolo Yahvé, que hizo del crimen, las masacres y el exterminio inmisericorde de los pueblos y de los hombres, el método imprescindible de ofrecer a los hijos de Abraham una tierra en la que habitar.

SANCTA SOCIETAS. (Santa Alianza). Nombre tradicional del servicio de espionaje del rey del Imperio vaticano, servicio que, en la actualidad, se conoce con el nombre de La Entidad. (Ver *ESPIONAJE vaticano*).

SANFEDISTI. Nombre de una logia creada por la corte del Imperio Vaticano, más concretamente por el jefe de la Santa

Alianza el cardenal Bartolomeo Pacca, con el fin de llevar adelante la política cloacal de los papas, en los agitados tiempos del siglo XIX, en que los Estados Papales se tambaleaban por los movimientos revolucionarios que agitaban, Francia y Europa entera. Estaba formada por religiosos de todo tipo y casta, y tenía como misión, al amparo de la Sancta Societas, la Orden Negra y el Círculo Octogonus, de secuestrar, torturar y asesinar secretamente¹, a todos aquellos que pusieran en solfa el derecho de los obispos de Roma a explotar la ignorancia de los pueblos y a imponer su teoparasitismo. Sus víctimas fueron, principalmente, los Carbonarios y grupos similares, revolucionarios italianos, que actuaron principalmente en la Romaña, y que fueron abatidos sin compasión alguna por sus agentes.

¹ En ocasiones, sus víctimas llegaron vivas ante los jueces de la corte papal, pero fueron asesinadas patibularmente tras un simulacro de juicio.

SANTA ALIANZA. Tratado establecido entre el zar de Rusia y los reyes de Austria y Prusia, en París, en septiembre de 1815. El resto de las naciones lo consideró de una nulidad absoluta. (Ver *Liga Santa*).

SANTA SEDE. Corte del Imperio Vaticano y residencia habitual del obispo de Roma. Constituye el Estado del Vaticano, centro neurálgico y de gobierno del imperialismo teopolítico del judeocatolicismo papista. En ella se encuentra el disputado trono del Imperio Vaticano y la soberbia corona, adornada, es obligatorio reconocerlo, con todo tipo de crímenes, usurpaciones y falsificaciones, la tiara romana, corona de coronas. En torno al cetro, trono y corona del rey del Imperio, se mueve la nomenclatura cardenalicia, que ayuda al rey pontífice a

mantener, gobernar y parasitar el imperio que se han construido.

Para los leguleyos del parasitismo judeocatólico papista –especialistas en derecho canónico, en jerga vaticana– con el nombre de Santa Sede se designa la naturaleza del obispo de Roma tanto como el conjunto de los órganos supremos que ayudan a dicho obispo a gobernar y ampliar, si posible fuera, el Imperio Vaticano. Tales órganos supremos, guiados por la corte o curia romana, constan de las congregaciones, los oficios, los tribunales y demás organismos de control dirigidos a la mejor explotación de los recursos del Imperio.

SANTIDAD. Título honorífico que, dentro del religionismo mundial, llevan los jefes supremos de algunos grupos. En el judeocatolicismo latino, este título se reserva para el rey del Imperio Vaticano, el papa de Roma.

SANTIFICACIÓN, Proceso de. Trámites que el monarca del Imperio Vaticano inicia, siguiendo el parecer de sus consejeros o su voluntad personal, para declarar que la supuesta alma de una persona se encuentra en el columbario del paraíso judeocatólico. A pesar de su inspiración en los procesos de divinización del Imperio Romano, existen algunas diferencias evidentes entre ellos, aunque la inanidad de unos y otros es manifiesta. En esencia, el proceso de santificación pretende crear modelos y pautas de comportamiento. Esta es la razón por la que ensalza a los fundamentalistas cristológicos que hicieron de la propagación de sus creencias un ideal compulsivo a beneficio de la corte papal. El premio a los servicios prestados es la inclusión de su nombre en las listas vaticanas de los opositores aprobados en el escalafón celestial. La querencia mórbida occidental a los títulos nobiliarios, se

manifiesta en la compulsiva necesidad de saberse honrado aun a título póstumo, a pesar del costo tan tremendo del título de santo. Aunque, todo hay que decirlo, salvo casos excepcionales, sus sucesores, herederos físicos o morales¹, son quienes más ansían su santificación, pues supone su propia confirmación, la confirmación del grupo o logia en los caminos de santidad cristológica.

¹ Un ejemplo claro y reciente fue el caso del español José María Julián Mariano Escriba Albás Corzán Blanc, fundador del Opus Dei, más conocido como Josemaría Escrivá de Balaguer, que, ya en vida, se expresaba con la seguridad de que iba a ser colocado en el paraíso judeocatólico tras su muerte. En lenguaje llano: sus hijos eran conscientes de que tenían la obligación de conseguir para él el título honorífico de santo, entre otras razones, por la querencia compulsiva que tenía de coleccionar títulos, diplomas, birretes, medallas, y todo tipo de hojarasca y chatarra nobiliaria. Gracias a los favores que el Opus había hecho a Carol Wojtyła, papa Juan Pablo II, y las presiones que ejerció el grupo sobre Carol, este hombre lo descubrió en el paraíso papista, por lo que su nombre se encuentra incluido en los listados nobiliarios celestiales.

SARTO, José. (Ver *JOSÉ Sarto*).

SATÁN. Satanás. (Ver *Satanás, El Demonio y El Mal*).

SATANÁS. Según las apariencias ofrecidas por la corte del Imperio Vaticano, es el nombre con el que se designa a uno de los personajes diabólicos que componen la dualidad Yahvé–Demonio, del judeocaticismo en todas sus sectas, desde las ortodoxas a la armenia, desde las renovadas a las papistas, desde las neotestamentarias a las mormonas. Tanto si se toma en sentido propio como en sentido genérico, Satanás constituye la justificación última y real del Imperio Vaticano y el papa, al ser la causa primera y última de la existencia del Jesús niceno. En efecto, de no haber existido Satanás,

Satán, Belial, Lucifer no se hubiera dado la caída de Adán y Eva y, por lo mismo, tampoco hubiera existido la necesidad del supuesto misterio de la redención, origen de la existencia del obispo o papa de Roma, según su propia doctrina. La inspiración de esta concepción, nada original por otro lado, la encuentran los teologistas del judeocaticismo cristológico en los teísmo que lo precedieron. (Ver *El Demonio y El Mal*).

SATANISMO¹. Elemento fundamental del dualismo judeocatólico. Al igual que la demonología, el satanismo puede definirse como el culto a Satán, a Luzbel, a Belial, etc., cuya existencia es tan cara a todas las pandemias teopolíticas, más conocidas como religión. Constituye una reliquia de los miedos ancestrales que afligieron al hombre y que éste trató de explicar construyendo sistemas, supuestamente metanaturales, que aliviaran o, al menos, dieran sentido a las sensaciones miedosas que lo torturaban. El culto satánico, demoníaco, a los dioses negativos, al mal, tiene el mismo fundamento irracional que el culto a sus opuestos, los dioses positivos, los dioses buenos, aunque, por lógica, debería admitirse, que el culto a los dioses negativos precedió siempre al culto a los dioses positivos, es decir, antes fue el “demonio” que las “divinidades buenas”, antes fue “Baal” que Buda”, antes fue Moloch que Jesús. Esta afirmación se apoya en un proceso elemental de la vida del hombre y, probablemente, de todo ser vivo. El bien, en la naturaleza humana, se da por admitido sin que nadie piense en él ni en sus autores o posibles autores, mientras que el dolor y el sufrimiento, que con frecuencia conducen a la muerte, al ser tan nefastos y penosos, no se olvidan. El hombre, dañado por el entorno o por un cataclismo, que ha sufrido y ha estado a

punto de perder la vida, no olvida tan fácilmente la experiencia, pues le va la vida en ella si no la evita en lo sucesivo. La experiencia negativa hace de él un ser más consciente de sí mismo y de su situación en el entorno, y lo obliga, quiera o no quiera, a buscar un responsable de la misma a quien suplicar, con todo tipo de recursos, reverencias, oraciones y adoraciones, el cese de los mismos. La misma pervivencia de las situaciones nefastas, negativas y dolorosas en la memoria del hombre, muy por encima de la pervivencia de las experiencias alegres y positivas, debió de facilitar la implantación de los cultos a los dioses negativos por encima del culto a los dioses positivos, del mismo modo en que el sentimiento precede siempre a la razón.

Debieron de pasar los milenios antes de que el hombre, hasta entonces acuciado compulsivamente, como todo ser vivo, por las exigencias impuestas por la lucha por la vida, pudiera dedicarse a "perder el tiempo", es decir, no necesitara dedicar toda su atención a defenderse de los animales de presa y a buscar comida y descanso, y encontrara, cada vez más frecuentemente, ratos de ocio en los que pudiera dedicarse a la observación pura y la "filosofía". En esta etapa encuentran toda su justificación la creación de los dioses positivos.

Sea cual sea el proceso seguido, sea cual sea el origen de los "dioses" negativos o positivos, de la angeología buena y maligna, lo que sí es evidente, es que la creencia en ellos, por las mismas exigencias y procedimientos que llevaron a su elaboración, sumergió al hombre en realidades virtuales, más o menos teotribales, que se encuentran en el origen de todas las realidades virtuales teosociales y teopolíticas que afligen a la humanidad en la actualidad, sobre todo a partir del momento en que brujos, sacer-

dotes, hechiceros, magos, hierofantes y chamanes, el teofuncionariado primitivo, comenzó a controlar la mente y las creencias de los grupos, tribus, clanes y pueblos. El satanismo, en el mundo occidental, es una de ellas y, todo hay que decirlo, su pervivencia se debe a la persistencia del teofuncionariado cristológico, que necesita de aquél para su propia pervivencia. Sin la existencia del Satán no hubiera existido el pecado, y sin el pecado no habría sido necesaria la redención, y sin la redención no habría sido necesario Jesús, y sin Jesús ni el papismo ni la corte del Imperio Vaticano habrían encontrado la razón de ser que sus reyes y príncipes tiaralizados y mitrados aducen para su justificación. En otras palabras: la razón de ser de los dioses buenos está en la existencia de los dioses malos, la razón de ser de los ángeles buenos está en los ángeles malos, la razón de ser de Yahvé está en Baal, la razón de ser de Jesús está en Lucifer, la razón de ser del judeocaticismo está en el satanismo, y la razón de ser de la corte papal está en la corte satánica. Queda por demostrar que la existencia de Yahvé, Jesús, y todos los denominados dioses positivos haya sido menos nefasta que la de Baal, Moloch, Lucifer y todos los dioses negativos que ha conocido la teopolítica mundial y la historia onírico-teológica del hombre.

En la actualidad, el satanismo pervive, y en ocasiones pervive exigiendo víctimas, del mismo modo en que pervive el yahvidismo y yahvidismo trinitario exigiendo también víctimas, como las exigió y produjo en el pasado². Que las víctimas actuales del papismo no sepan el origen de su desgracia, no por ello es menos dolorosa y sangrante su actuación. Es suficiente acercarse a la corte del Imperio Vaticano y a los palacios de los sátrapas mitrados de todo el mundo, para darse cuenta de que el lujo de que

están rodeados sus reyes, los príncipes cardenalicios, monseñores y metropolitanos, príncipes arzobispaes y obispaes, abades y superiores de las órdenes religiosas, no es un lujo inocente, sino el fruto de la explotación inmisericorde de seres humanos, fruto que termina siendo transferido, por nuncios, cardenales y albaceas, a las cámaras secretas del Vaticano, sus bancos y las casas madres de las logias cristológicas, en donde sigue siendo consagrado.

¹ Ver *Departamento del EIR*.

² Las conversiones forzosas, las evangelizaciones a sangre y fuego, las guerras de religión, la Santa Inquisición, los Tribunales, de la fe, los cismas –guerras civiles cristológicas–, son pequeñas muestras de las masacres, genocidios, crímenes contra la humanidad que el judeocatolicismo papista produjo para lograr construir el Imperio Vaticano y su corte, la Ciudad del Vaticano. Si a estos crímenes se unen los producidos por el judeocatolicismo filorromano imperial en su conjunto, del cual el papismo no es más que una más entre tantas sectas, las cifras de las víctimas de la pandemia bíblica, evangélica y cristológica se hacen aterradoras. Nunca el Satanismo alcanzará a producir un número tan grande de víctimas, guerras y genocidios. Si a tales víctimas se unen las producidas por el judaísmo ortodoxo y heterodoso, lo mismo que por el Islam, teísmos que completan, con el judeocatolicismo las religiones abrahámicas, el panorama se hace desolador: nunca la historia de la humanidad conoció ni conocerá religiones más nefastas y sanguinarias.

SECRETARÍA DE BREVES A LOS PRÍNCIPES. Departamento de la corte del Imperio Vaticano encargado de las relaciones diplomáticas con los príncipes mitrados del judeocatolicismo papista y con los soberanos, gobiernos y “hombres ilustres”. Se encarga de la redacción de las cartas a dichos señores y su traducción latina. Tales cartas pueden ir firmadas por el monarca del Imperio de turno, el obispo de Roma, y llevan su sello, aunque pueden ir firmadas por su secretario, llevando entonces el sello del anillo piscatorio.

SECRETARÍA DE ESTADO DE SU SANTIDAD. Departamento oficial de la corte del Imperio Vaticano encargada de los asuntos principales del monarca. Tiene como misión la gestión de los asuntos oficiales y extraordinarios de la administración del imperio religioso montado por el obispo de Roma y el Vaticano. Su origen se remonta al siglo XV, con el nombre de Cancillería Apostólica; posteriormente llevó los nombres de Cámara Secreta, Secretariado íntimo, Cardenal Nepote, Secretariado de Estado, etc. En la actualidad, como departamento de control de todos los asuntos de la corte papal, es el equivalente al ministerio de la gobernación de cualquier estado, al que está supeditado el departamento de asuntos exteriores, y el departamento de publicaciones del papismo.

SECRETARIUM. Sacristía reservada al obispo de Roma en las antiguas basílicas, y en las que el monarca del imperio judeocatólico se vestía con los ropajes de ceremonia para las representaciones cómico culturales de las cuales era protagonista.

SECULAR, Brazo. Escudo que los obispos de Roma utilizaron para desembarazarse de la acusación de torturadores y asesinos, que con harta frecuencia se ganaron, alegando que eran los poderes civiles quienes se encargaban de las torturas y de las ejecuciones de quienes ellos designaban como herejes. Lo que callan la corte del Imperio Vaticano y los monarcas papales, es que las leyes fueron escritas por los obispos de Roma o inspiradas por ellos, y, sobre todo, fueron legalizadas y sacralizadas por dichos monarcas. Todas las leyes y todos los artículos que hacían referencia en el código civil a los problemas de conciencia o religiosos, fueron tales jerarquías quienes los impusieron con el fin de proteger

los privilegios y las sinecuras de que venían gozando desde la caída del Imperio Romano de Occidente o, para ser más precisos, desde los tiempos de Teodosio, en el año 380. Y silencian igualmente el que, cuando las autoridades civiles andaban remisas a la hora de aplicar las leyes impuestas por ellos, obispos y papas exigían su aplicación bajo pena de condenación eterna y la destitución inmediata o la pérdida de sus bienes y aun de la vida de los jueces o reyes remisos. La policía del papado y del Vaticano, la Santa Inquisición, organismo totalmente religioso dirigido por los Dominicos y, en ocasiones, por los Franciscanos y los Jesuitas, fue la responsable, al igual que las jerarquías eclesiásticas y papales que la dirigían o dirigían sus secciones locales, nacionales o coloniales, de las confiscaciones, robos, torturas y ejecuciones que cayeron sobre cientos de miles de inocentes cuyo único delito fue el de no pensar como ellos. El brazo secular, la herramienta de la que se sirvió el papado para cometer sus crímenes, muy pocas veces tuvo autonomía para obrar por cuenta propia. El desglose de las víctimas del cristianismo que cita Voltaire, y que Pigault Lebrun incluye en su trabajo¹ demuestra, sin necesidad de recurrir a otros documentos, cómo los obispos y papas cristianos no solo fueron los inspiradores e instigadores de miles de asesinatos y masacres, sino que fueron el brazo ejecutor de los mismos. (Ver *Samuel*).

¹ *El libro negro del Vaticano, la Biblia.*

SEgni, Reinaldo de. (Ver *REINALDO de Segni*).

SEGUIDORES DE JEHÚ, Los. Sociedad secreta, nacida a comienzos del siglo XIX, y a la sombra de la Sancta Societas y la corte del Imperio Vaticano, con el fin de llevar adelante la política cloacal de los

papas. Tenían como misión específica la de oponerse a las múltiples sociedades liberales y grupos que luchaban por un mundo mejor, secularizado y libre del teoparasitismo secular del teofuncionariado cristológico, la nomenclatura cardenalicia y el papadiós o rey divino, el obispo de Roma. Estaba compuesta, como ocurría con los grupos papistas de los Hábitos Negros y la Sociedad de los Trece, por hechiceros o magos teocristológicos de todo tipo y logia. Su actuación se manifestó, básicamente, a comienzos del XIX, en plena agonía de los Estados Papales.

SEMEL IN DIE. Fórmula latina que utiliza la corte del Imperio Vaticano para expresar que las indulgencias sólo pueden ganarse una vez al día. La fórmula puede expresarse *in anno, una vice*, indicando de este modo el plazo válido de la misma. (Ver *Indulgencias*).

SEMINARIO. Lugar de condicionamiento psicológico y lavado de cerebro de los aspirantes al sacerdocio o hechicerismo cristológico. Están destinados a la preparación del teofuncionariado o clero secular. Suelen estar diseminados por las distintas provincias o diócesis, y dependen de los obispos o arzobispos de la misma. Cumplen el papel que en las logias religiosas efectúan los noviciados, postulados y casas de formación. Una vez con el título de sacerdotes, serán la cantera de la que se nutrirá el escalafón clerical entero. Constituyen el relevo de la gerontocracia cristológica y la gran esperanza de los reyes del Imperio Vaticano. Son, nadie lo duda, la sangre fresca con la que la teonomenclatura mundial espera rejuvenecer las más que vetustas vísceras del judeocatolicismo evangélico. (Ver *Los ELEGIDOS*).

SEPARACIÓN LEGAL. Los obispos de Roma y los príncipes mitrados del judeocatolicismo papista, y con ellos todo el teofuncionario cristológico, para mejor controlar y dominar al hombre, con el fin de parasitarlo con mayor efectividad, reglamentaron cada uno de sus actos y se levantaron como los dispensadores únicos del permiso de su ejercicio, aduciendo que el mítico Jesús evangélico y pretendido fundador del judeocatolicismo los había sacralizado a todos y a cada uno y había puesto en sus manos el poder legislativo, interpretativo, judicial y ejecutivo. De ahí que el hombre tuviera que pedir dispensa para ser gestado, para nacer, para vivir, para comer, para unirse con otra persona de distinto sexo –la posibilidad de unirse con una del mismo sexo, era coto vedado, salvo en los seminarios, conventos, sacristías, clausuras y claustros–, para convivir con ella, para separarse si lo deseaba, para tener hijos, para no tenerlos, para madurar, para envejecer, para morir, actividades que todas las criaturas de la naturaleza hacían por imposición divina, sin que aparentemente tuvieran que pedir permisos ni certificados a ningún colectivo superior de ningún género o especie, como era evidente para cualquiera. El teofuncionario papista controló todas las actividades y las tasó, y tanto para unirse como para separarse había que pagar. La separación legal se hizo factible², como enseña la curia romana, si obedecía a motivos admitidos por la ley –la de dicha curia– previo fallo de la autoridad eclesiástica competente, la suya, y siempre que se pagara, y bien pagado, el servicio. El tribunal de la Rota, que hasta no hace poco controlaba todas las separaciones y las hacía legales, según los criterios propios, que se atribuían al Jesús evangélico, sabía de esto. La separación legal puede ser temporal o perpetua, y

en ambos casos es la curia romana quien debe sentenciarla. Entre los motivos de separación admitidos por el denominado derecho canónico se encuentran la sodomía y los pecados de bestialidad, lo mismo que el adulterio; la oposición de uno de los cónyuges a la formación cristológica de los hijos –oposición al lavado de cerebro exigida por el teofuncionario papista¹–, la criminalidad de una de las partes y su ignominia pública; los peligros de infección del alma y aun del cuerpo por la cohabitación; también puede llegar a ser causa de separación el que uno de los cónyuges –suele especificarse que el hombre– golpee al otro, no de una forma racional, prudente, discreta y caritativa, sea arbitraria o no, sino excesiva, escandalosa, mutilante o incapacitante. Debe señalarse, que la separación legal, admitida por los sabios doctores del Vaticano, según los criterios paraclitales y contenidos en la *Biblia* y los *Evangelios*, la tradición y los concilios, no permite a los cónyuges nuevas relaciones con otras personas, ni la cohabitación afectiva o sexual con ellas. También hay que recordar, que la separación legal nada tiene que ver con el divorcio, que jamás lo admitirán los administradores de la justicia divina –príncipes mitrados y teólogos– puesto que claramente lo prohibió Jesús: “Lo que dios unió no lo separe el hombre”. La Rota sabiamente dictamina, en los casos que aparentemente hubo matrimonio ante el altar, que los supuestos cónyuges pueden volver a casarse, porque no hubo matrimonio, a pesar de las apariencias. Tampoco hay matrimonio válido cuando es civil –todos viven en un bochornoso concubinato–, ni cuando ninguno de los cónyuges es judeocatólico papista; en este último caso, si uno de los cónyuges se hace papista, la separación es automática y puede casarse, esta vez con todas

las garantías y beneplácito del Vaticano y del cielo, con otra persona que no esté en el error, es decir, sea también papista.

-
- ¹ Oposición a la catequización, en jerga Vaticana.
² Y es factible para todos aquellos que consideran que la unión afectiva y sexual sólo puede realizarse tras pasar por las sacristías.

SEPTENARIO SACRAMENTAL. Esta singular expresión es el nombre con el que los príncipes mitrados y teólogos del papismo, que se reunieron en el concilio de Trento, finalizado en el año 1563, designaron los supuestos sacramentos que atribuyeron al Jesús evangélico.

SERGIO DE PALERMO. Papa Sergio I el santo. A la muerte del obispo de Roma Conon (Conone, Conón), que apenas pudo mantenerse un año en el ambicionado trono, desde octubre del año 686 a septiembre del año siguiente, fueron tres los obispos elegidos: el primero Pascual, que ganó el trono gracias a la ayuda de una parte de los electores, animados por el exarca de Ravena, Juan Platyn; el segundo Teodoro¹, elegido por el pueblo; el tercero y último fue Sergio, que contó con los votos de los magistrados, la milicia y una parte numerosa del clero, que esperaban con él eliminar a los anteriores y terminar con el problema creado. Sin embargo, ni Pascual ni Teodoro renunciaban al cargo. Sergio, más hábil y ducho, a pesar de que parecía el más débil y llevó las de perder en un primer momento, salió triunfador de la disputa, porque prometió al exarca Juan una suma mayor de la que le ofrecía Pascual. Pascual terminó prisionero en un monasterio, "en donde moriría forzado" –dicen las crónicas– hacia el año 692. Teodoro, viendo el cariz que tomaban las cosas, prefirió renunciar y no tuvo inconveniente en aceptar los hechos. Sergio, tras pagar por su elección al exarca Juan

(Giovanni Platina) todo el dinero que le había prometido Pascual y algo más², fue consagrado y pudo, mal que bien, disfrutar del trono y dar rienda suelta a su orgullo y a sus ambiciones. Era siciliano e hijo de un hombre llamado Tiberio. A pesar de ser presbítero, su ignorancia era manifiesta. Según algunas crónicas, lo primero que hizo fue detener a Teodoro, bajo la acusación de practicar la magia, y de tener contactos con el Diabolo. Lo arrojó en prisión y mandó envenenarlo.

Se distinguió, sobre todo, por el odio que tuvo al patriarcado de Constantinopla y a toda la iglesia ortodoxa, porque se mantenían, a pesar de decretos y amenazas, en paridad con el obispado de Roma, cuando éste aspiraba a elevarse por encima de todos los obispos, y aun sobre los patriarcados de Jerusalén, Antioquía, Alejandría, y Constantinopla, es decir, quería colocarse a la cabeza del judeocatolicismo general, aunque tuviera que provocar un cisma –guerra civil cristológica– para ello. Sergio no quiso reconocer los cánones del concilio universal constantinopolitano del año 692, que le enviara Justiniano para que los aprobara, porque para nada había participado el obispado de Roma en él, ni siquiera como elemento decorativo, y veía que no se habían tenido en cuenta las aspiraciones de supremacía que él mismo se arrogaba. Justiniano mandó como representante suyo a Zacarías, para detenerlo y conducirlo a Bizancio, pero Sergio sobornó a los soldados, que estuvieron a punto de matar al dignatario bizantino. Su ambición desmesurada, y la situación desastrosa en la que lo había colocado el precio pagado para ceñirse la corona mitral, hicieron que a la muerte del rey de Wenex, Cedwallo, que había llegado a Roma de visita, siendo recibido con grandes honores, y bautizado por Sergio, éste se apoderara de todas sus riquezas con

la disculpa de ofrecerle un funeral grandioso y de abrirle las puertas del cielo³.

Durante su reinado, se celebró el concilio denominado *in Trullo*⁴, con el fin de fijar credos y costumbres, que alimentaría las discordias entre Bizancio y Roma.

A él se atribuyen muchas disposiciones de gobierno relativas a la buena marcha de la comunidad. Declaró que el matrimonio había sido instituido y bendecido por dios. Exigió una mayor pureza en las relaciones matrimoniales de los clérigos, a los que prohibió casarse en segundas nupcias. A los arzobispos les prohibió el concubinato. Autorizó la entrada en los monasterios y conventos a los niños que hubieran cumplidos los diez años, a pesar de que sus fundadores, entre ellos San Basilio, atrasaban esta entrada hasta los diecisiete. Exigió que los templos fueran dedicados únicamente a las funciones culturales, y no a mercados y lugares de reuniones profanas.

Sergio colaboró firmemente en el control de los demás obispados y diócesis –aunque fracasó en el control de la Iglesia de Toledo, pues Witiza, rey de España, se negó a pagarle ningún tributo–, siendo tan decisiva su actividad en este campo, que quienes lo sucedieron en el cargo no dudaron en hacer de él un santo y colocarlo en el olimpo a su muerte, ocurrida en otoño del año 701.

Su sucesor sería Juan el Griego, papa Juan VI (701–705).

¹ La confusión que reina en crónicas y listados no favorece el conocimiento preciso de los litigantes en juego. Debe tratarse, es de suponer, de Teodoro el Presbítero, que ya había competido por la mitra romana con Pedro el Arcipreste y el mismo Conon.

² Sergio, para pagar la deuda contraída con el exarca Juan de Ravena, saqueó los templos y vendió hasta las coronas de oro que pendía sobre el altar de San Pedro.

³ Tanto se las abrió, que no faltan autores que afirman que Cedwallo, aquejado repentinamente por una extraña enfermedad que lo llevó a la

tumba a las pocas horas, debía su tránsito a la solicitud de Sergio.

⁴ Hace referencia al último de los dos concilios celebrados en Constantinopla, en el Trullus, sala del Palacio Sagrado. El primero se tuvo en el año 680–681, y el segundo en el año 692. Este último no fue reconocido oficialmente por el obispado de Roma.

SERGIO DE TÚSCULO. Papa Sergio III. Existen historiadores que hacen de este elegido por el Espíritu Santo para gobernar el judeocatolicismo filorromano imperial papista no solamente el asesino del papa Cristóbal el Romano, papa Cristóbal, que lo precedió en el trono de dicho obispado, sino también el asesino de Romano de Gallese, papa Romano, extremo, este último, que la historia deberá dilucidar. Sergio había tratado también de conseguir la corona imperial judeocatólica latina en el año 898, con ocasión de la extraña, por prematura y repentina, muerte de Teodoro de Focio, papa Teodoro II, y no le faltaron votos, pero la victoria fue para Juan de Tívoli, papa Juan IX. Sólo tras matar a Cristóbal el Romano, papa Cristóbal, en el año 904, tuvo la fuerza suficiente para mantenerse en el trono, y no perderlo.

Enemigo irreconciliable del papa Formoso y sus amigos, al afirmarse la tiara sobre su cabeza, persiguió a todos los partidarios de aquél, y a todos los consagrados por él, y aprobó la condena que el papa Esteban VI había hecho de Formoso y anuló las actas firmadas por Teodoro II y Juan IX, pretendiendo rehabilitar su memoria. Este vaivén de negaciones y verdades infalibles, de declaraciones y oposiciones, de consagraciones y condenas cristológicas, demostraban el carácter celestial del papado, la verdad eterna de sus doctrinas y la designación del obispo de Roma como sucesor de Jesús, del mismo modo en que las insensateces de Yahvé en la *Biblia* y las de Jesús en los

Evangelios, constituían una prueba maravillosa de sus realidades divinas.

La influencia de los Teofilacto, que lo mantuvieron en el trono, dominó la política del religionismo romano durante el papado de Sergio III. Las dos hijas de Teofilacto, Marozia y Teodora la Joven, hacían y deshacían en Roma, según su voluntad. La misma Marozia, esposa de Alberico de Espoleto, se convirtió, según las crónicas, en la amante del papa.

Aparte de satisfacer venganzas, eliminar enemigos, y ocupar el tiempo con sus amantes, Sergio, siguiendo la impronta de la mayoría de sus sucesores, trató de colocar su trono por encima de todos los obispados y, como es lógico, por encima del patriarcado de Constantinopla, interviniendo en Oriente para desprestigiar a los sucesores de Focio, que seguían empeñados en declararse obispos ecuménicos. Tuvo tiempo, igualmente, de desprestigiar a la iglesia galicana, que se empeñaba, contra viento y marea, al igual que el obispo de Ravena, en declarar que en punto a autoridad y poder, todas las iglesias eran iguales, pues todas eran iglesias de Cristo y sus pastores poseían todos la misma dignidad.

Sergio de Túsculo, que tanto había luchado por conseguir el ambicionado y peligroso trono, pudo mantenerse en él hasta el año 911, en que murió. La corte del Imperio Vaticano, que no ha dudado en denigrar a Cristóbal hasta el punto de colocarlo entre los antipapas, está tratando de rehabilitar la memoria de Sergio, del que pretende ignorar que asesinó a su predecesor para ceñirse la corona del imperio, al tiempo que niega sus relaciones en el lecho con Marozia que señala el historiador Liutprando, aduciendo que el Muratori las desprecia.

Su sucesor en el trono y obispado de Roma sería Anastasio el Patricio, papa Anastasio III Bis (911–913).

SERGIO EL ROMANO. Papa Sergio II. A la muerte de Gregorio el Patricio, papa Gregorio IV, en el año 844, la nobleza y el clero romano escogió a Sergio como obispo de la ciudad, pero la mayor parte del pueblo escogió como obispo y pastor suyo al diácono Juan, al que consagró en el Laterano. Los partidarios de Sergio organizaron una nueva guerra civil cristológica y armaron a los soldados para masacrar el movimiento popular, y pronto el obispo romano Juan se vio sólo y abandonado. Despojados de su obispado, Juan escapó a la pena de muerte, pero fue condenado al exilio. Sergio quedó como único candidato a la corona imperial judeocatólica, y fue proclamado obispo de Roma aunque sin el visto bueno del emperador Lotario. Cuando posteriormente el emperador quiera anular la elección por medio de su hijo Luís, rey de Italia, no podrá hacerlo, debido a la habilidad de Sergio. Luís, en contra del parecer de sus consejeros y algunos obispos, declaró válida su elección y se ausentó de Roma, tras dejar que sus soldados asolaran la campiña romana en castigo por haber consagrado a Sergio sin esperar la autorización de su padre.

En el año 846, los sarracenos desembarcaron en Ostia y destruyeron los alrededores de Roma, destruyendo y saqueando las basílicas de san Pedro y san Pablo extramuros. Posteriormente derrotaron a las tropas de Lotario, cerca de Gaeta, y se adentraron por Italia saqueando y llevándose con ellos un gran botín.

Las crónicas dicen que Sergio no pudo soportar los saqueos de unos y otros y que murió de dolor, en el año 847, siendo su sucesor León el Romano, papa León IV (847–855).

SERVUS SERVORUM DEI. Frase atribuida al obispo de Roma Gregorio de Anici, papa San Gregorio el Magno (590–604).

Resulta llamativa esta frase, que pretende ser un ejemplo de humildad, en boca de un obispo que es considerado uno de los más soberbios, prepotentes, déspotas, y absolutistas de todos los obispos romanos. Se pretende justificar esta frase en el orgulloso papa, rey de reyes y señor de los señores –y no solamente por copartícipe en la naturaleza divina de su ídolo Jesucristo, sino por su propia magnitud y trascendencia–, diciendo “que era un ejemplo de humildad que oponía este hombre al patriarca de Constantinopla Juan”, que se había proclamado patriarca ecuménico. Estulticia tan grande sólo puede formularse, sin rubor, ante los rebaños del papismo, cuando todo el mundo sabía que él, Gregorio, estaba loco por hacerse con el título de patriarca ecuménico, y por ser proclamado el único, el absoluto, el más grande de todos los nacidos de mujer; cuando todo el mundo sabía que era uno de los papas que más hicieron por colocar al obispado de Roma por encima de todos los demás obispados de Occidente, y por encumbrar a su obispo en el trono celestial por la naturaleza intrínseca de su título. La traducción literal de la frase es “el siervo de los siervos de dios”; y debe traducirse, según algunos exegetas, como “el último siervo de los monjes”, aduciendo que los monjes son los servidores de la divinidad Yahvé–Cristo–Espíritu Santo.

SEVERINO DI LABIENO. Obispo de Roma, más conocido por papa Severino. Consiguió la ambicionada sede a la muerte de Onorio I, ocurrida a mediados de octubre del año 638, pero no pudo coronarse hasta cerca de dos años después, a finales de mayo del año 640, por decisión del emperador Heraclio (Heracleo), ante su negativa a firmar la fórmula de fe monotelita de la *Ectesis* de Sergio¹. Este hecho marca la vida de Severino y, en cierto, modo la del obispado de Roma.

Tras la negativa de Severino, Mauricio, representante del emperador, asaltó el palacio de Letrán en donde se había refugiado el obispo electo, y selló y controló, en espera de las órdenes de su superior, todas las riquezas que en él halló, que en teoría se utilizaban para socorrer a los pobres y, en la práctica, servían para mantener el lujo y la buena vida de los clérigos y la corte obispal romana. A Roma acudió también el exarca Isacio, que expulsó a numerosos clérigos. Temiendo lo peor, Severino suscribió la *Ectesis* para poder ocupar el ambicionado trono. Este acto le confirmaba como obispo de Roma, pero quedaba claro que se había ceñido la ambicionada mitra por su herejía.

Siglos después, quienes tratan de defender el ascua ardiente de la infalibilidad papal, encontraron un argumento convincente para exonerarlo, afirmando que cayó en la herejía antes de ser coronado, no después. Pero dicho argumento resulta de una mendacidad ejemplar, ya que, según los cánones, se es obispo o papa de una diócesis desde el instante mismo en que se es elegido y se acepta la elección. Por lo tanto, fue herético siendo infalible. La duda sólo podía existir en caso de que la aceptación o la suscripción de la herejía hubieran sido fingidas, pero entonces caía automáticamente en el engaño y la falta de fiabilidad por su insinceridad en un tema tan grave. A la postre, su postura, fuese sincera o no, colocó al obispado romano en una situación nada envidiable. Si la *Ectesis* era herética, él, siendo el obispo o papa de Roma, no podía adherirse a ella ni suscribirla; de hacerlo, a los ojos de sus rebaños, era un herético y un traidor, y fuese infalible en lo sucesivo o no, lo que sí que era cierto es que estaba incapacitado ética y moralmente para imponer a ninguno de sus fieles ninguna exigencia eclesial o evangélica. No

suscribirla ni aceptarla era renunciar al cargo, pero su integridad moral quedaba a salvo –nadie amenazaba su vida–, y hubiera sido un modelo a imitar por sus fieles, que con mitra o sin mitra, hubieran podido encontrar en él la imagen de Jesús crucificado.

Los hechos y la historia afirman que aceptó...

Su reinado no duro mucho, apenas sesenta días, pues murió a los dos meses de ocupar oficialmente el trono. Juan el Dálmata, papa Juan IV (640–642) sería su sucesor.

¹ *Ectesis* o *Éctesis*. Hace referencia al contenido doctrinal que había elaborado Sergio, que intentaba apaciguar con ella las disensiones producidas por la adopción del monotelismo, y que el emperador Heraclio hizo suyo y trató de imponer en todo el judeocatolicismo. En síntesis resultaba una doctrina dentro de la más depurada ortodoxia histórica, que evitaba meterse en puntualizaciones peligrosas. Aceptaba dos naturalezas en el Verbo y dos personas. Pero admitía una sola voluntad en él, ya que de lo contrario debía aceptarse que la voluntad correspondiente a la naturaleza humana, por su misma constitución, tendría que rebelarse contra el sufrimiento y la muerte, recurso que su mismo dios o ídolo ha imprimido en los seres precisamente para su propia pervivencia; de no ser así, era obligado reconocer que quedaba totalmente anulada por la naturaleza divina y voluntad divina, lo que venía a ser lo mismo (1). Esta es la causa por la que la *Ectesis* afirma claramente, que la carne del Verbo, animada por su alma, no podía realizar una acción opuesta al espíritu divino que se le unió hipostáticamente.

(1) Dando por admitida la unión hipostática entre la más excelsa de las divinidades que ha fabricado la mente del hombre y una de sus criaturas, siempre queda por resolver el problema de las dos voluntades. Si se acepta la existencia de dos naturalezas de tales magnitudes, independientes aunque unidas, resulta difícil aceptar la existencia de dos voluntades. Sería como admitir que el niño en estado de gestación puede actuar y manifestarse al margen de la voluntad de la madre y fuera de ella; si le es dado creer y pensar, crea lo que crea o piense lo que piense, no puede hacer otra cosa más que seguir el juego que le permite su condición. Ni su pen-

samiento ni su voluntad, de existir, pueden hacer nada en contra de los condicionantes a que está sometido.

La unión hipostática resulta ser una aberración y un absurdo –por no decir una memez– de magnitud infinita, ya que constituye un fenómeno de una magnitud contradictoria todavía mayor de la que podría existir entre una voluntad independiente del niño en estado de gestación y la voluntad de su madre. En efecto la denominada unión hipostática, por definición, constituye la unión de la naturaleza humana del Jesús evangélico¹, cien por cien orgánica, con una naturaleza inorgánica, puramente espiritual², la del denominado Verbo, existente más allá del Universo, en donde se colocan todas la divinidades, que la supera en esencia y grado, por definición, infinitamente. Pensar que al Jesús evangélico, en cuanto hombre, le queda otro recurso más que el decir amén a lo que imponga su supuesta naturaleza divina constituye otro de los desvaríos hipostáticos en que cayó la mendacidad humana y sacralizaron los santos padres del religionismo cristológico, papas incluidos.

¹ La naturaleza humana de Jesús, al haberse gestado, por definición, sin concurso de varón, deja de ser humana para ser una entelequia imposible, por mucho que se pretenda admitir la milagrería yahvídica. Si no hay varón, no hay hombre, se empeñe quien se empeñe. El Jesús evangélico no puede ser más que un aborto divino o una inanidad onírica, la nada sumergida en el vacío más absoluto.

² Todavía por definir, el espíritu y su naturaleza constituyen el recurso taumatúrgico más socorrido –junto al de los misterios insondables de dios– para justificar todas las mendacidades elaboradas por los teofalsarios y teofuncionarios de cualquier idolatría, y, lógicamente, la de los teoparásitos y teogorrones cristológicos.

SIENA. Ciudad italiana en la que se celebraron unas cortes generales (concilio o asamblea de los príncipes mitrados del judeocatolicismo imperial), en el año 1423. Se celebraron cuando ceñía la ambicionada tiara del obispado de Roma Otón Colonna, más conocido por papa Martín V. En él se promulgaron varios decretos con el fin de asesinar patibularmente, masacrar y exterminar en nombre del Jesús evangélico a los judeocatólicos husitas y wiclefitas, y a todos los segui-

dores del papa Benedicto XIII. El concilio de Siena fue una continuación del de Pavía, y se prosiguió con el de Basilea. De un modo indirecto, este concilio demostró lo que siempre había demostrado ser ley, por revelación, tradición y consenso universal dentro del judeocatolicismo filorromano imperial triunfante: que el colegio de obispos reunidos había estado, estaba y debía estar siempre, por institución divina, por encima de cualquiera de los obispos, fuesen los patriarcas de Jerusalem, Antioquía, Alejandría, Éfeso y Constantinopla, fuesen los obispados de Toledo, Milán, Roma, Lyon o de cualquier otra ciudad, por muy importante que fuese su sede.

SIGNATURA, Supremo tribunal de la.

Nombre del tribunal supremo de apelación. En el derecho establecido por el judeocatolicismo papista, tiene el poder de juzgar las acciones delictivas de los tribunales de la Rota y de sus miembros. Juzga casos de competencia entre organismos inferiores y entiende de los casos civiles del estado de la Ciudad del Vaticano. En general, controla el aspecto interpretativo y ejecutivo del judeocatolicismo papista, aunque la última palabra la tiene el obispo de Roma, que resulta ser el intérprete más idóneo del derecho divino y humano.

SILABO. (Ver *Syllabus*).

SILENCIO DE LOS HISTORIADORES, EL.

El silencio de los historiadores, por no decir su connivencia con los triunfadores, ayudó a convertir Europa y el Mundo entero en un cementerio con una frecuencia tenebrosa. Las acusaciones de asesino contra un hombre que mataba a otro las convertían en alabanzas y elogios cuando otros hombres, tiaralizados, mitrados o coronados, mataba a cientos

y miles de víctimas. No era de extrañar que quienes tenían vocación de criminales aspiraran a ceñirse la tiara pontificia del Imperio Vaticano o las coronas de otros imperios y reinos, sin miedo a ser tratados de asesinos, déspotas y tiranos. Tales aspirantes a la gloria, dando rienda suelta a sus vocación compulsiva hacia la necrofilia, iban a recibir los honores y homenajes de los historiadores, que transformarían sus indecencias criminales en estimulantes alleluyas, y las cantarían con la misma pasión con la que cantaban el Ave María y los himnos nacionales. Las guerras las convirtieron tales historiadores en folclore nacional, y los muertos en exigencias cristológicas y patrióticas.

Es suficiente releer los libros y manuales de historia y repasar una biblioteca universitaria para confirmar esta verdad, y para preguntarse si jamás tales historiadores se dieron cuenta de lo que estaban haciendo, y de cómo fomentaban el crimen colectivo y las hecatombes reales, las masacres y los genocidios, con su silencio y su connivencia. Los historiadores del papado, al menos los establecidos oficialmente con el título, no escapan, salvo muy contadas excepciones, a esta regla. Es por ello por lo que, al encontrar historiadores de la talla de Karlheinz Deschner¹, uno respira aliviado. No todos aceptan el que se les tire el pan a la boca y se los llamen perros, como parecen decir los que estudian la trayectoria histórica de los reyes del Imperio Vaticano, un imperio que se formó, como todos los imperios, con el saqueo, las guerras, las razzias, los robos y las masacres sistemáticas de pueblos enteros. Que la exposición de los crímenes y crítica de los papas y la teonomencatura cristológica hayan sido obra de filósofos, humanistas y pensadores, y no de historiadores, cuando éstos eran quienes más acceso

tenían a los documentos que demostraban sus indecencias y genocidios, nada bueno dice a favor de este colectivo, por mucho que adornen sus exposiciones con una retórica aséptica y gorgoritos supuestamente imparciales. Que con su silencio, cuando no con sus alabanzas cómplices, han fomentado los crímenes colectivos de sus protagonistas, nadie lo duda, y a las pruebas nos remitimos. Cuando una inmoralidad es alabada, los imitadores se reproducen como hongos, y las inmoralidades de los papas, de los cardenales, de los obispos, de la teonomenclatura y del teofuncionariado cristológico fueron alabadas hasta la exageración y dieron sus frutos: los crímenes, masacres y genocidios en nombre de Cristo cometidos por los obispos y papas se multiplicaron a lo largo de mil quinientos años, al igual que los cometidos por quienes habían sido acunados por el judeocatolicismo papista y, en general, evangélico, y se ceñían una corona o adornaban sus mangas con unas estrellas. Y, con una nota irónica de siniestras connotaciones, tales crímenes tuvieron lugar y se fomentaron –una disculpa endémica– en nombre de la paz, la supuesta paz, que dicen ofrecer al mundo sus protagonistas mitrados. Hay que apartarse de los historiadores al uso, para encontrar un poco de luz en los documentos ofrecidos por el devenir del tiempo y por aquellos estudiosos que no tuvieron miedo de salirse del camino altamente beneficioso de las alabanzas a ultranza del papado. Ver lo que hicieron, y expresar lo que vieron, es tarea de cualquier historiador digno de ese nombre. Interpretarlo también. Pero resulta sospechoso que sólo se vean los hechos que interesan a los vencedores y, cuando se interpretan, se interpreten también con los ojos de quienes se llevaron la palma de la victoria.

La criminalidad del papado romano no es una hipótesis; pudiera ser un axioma, pero va más allá, pues su evidencia es tan apodíctica y contundente que está demostrada por su propia existencia: de no ser así, no hubiera existido; le hubiera sido imposible. Todo monoteísmo es criminal por naturaleza, y más si es apostólico (imperialista o misionero). Para ilustrar la esencia criminal del papado y del judeocatolicismo imperial, nada mejor que ofrecer una visión, mínima, del panorama ofrecido por los obispos romanos en su carrera ascendente hacia el poder absoluto. Y para ello, nada mejor que ceder la palabra a Karlheinz Deschner:

“Estoy contemplando unas fotografías: cadáveres de niños en un campo de concentración croata²...

Otros niños fueron a parar a Theresienstadt, a Auschwitz, Jasenovac... Mis camaradas murieron sin tener hijos. Ellos mismos eran aún niños. En un día de marzo como éste avanzábamos jadeantes por una pradera a la vista de Breslau... Y dispararon contra nosotros como en una batida de caza... Durante unos instantes me arrodillé junto a él. Yacía de espaldas. Su cabello tenía un brillo claro y los intestinos se le salían por el vientre. Tenía diecisiete años. Sus ojos estaban pendientes del cielo, azules y vagamente fijos en el cielo primaveral mientras gemía continuamente “madre”, “madre”...

Millones murieron así. En esta guerra, la última. En lo que alcanza nuestra mirada retrospectiva: codicia y violencia; una cadena de catástrofes, de perpetua banarrota. Historia.

...

Durante milenio y medio fue inculcado el cristianismo a los europeos. Generación tras generación, a dominadores y dominados, a sacerdotes y laicos, a maestros y discípulos. El cristianismo lo impregnaba todo, regía sobre todo. Influyó sobre

la vida privada, pública; sobre la familia, el matrimonio, el amor, la educación, la economía, el derecho y el Estado. No obstante lo cual, todavía en el siglo XX, las naciones cristianas han llevado a cabo las mayores guerras de la historia, aniquilando en ellas a más hombre que en el conjunto de todas las épocas preteritas.

...

Para los cristianos más antiguos el servir en el ejército era algo impensable. Sus escritos de los primeros siglos no lo permiten nunca. Los Padres de la Iglesia prohíben el matar en legítima defensa. Apenas el emperador Constantino les concede, en el año 313, la libertad religiosa y, en el año 314 decretan ya la excomunión para los soldados desertores. Quien arrojaba las armas quedaba excluido. Antes lo había sido quien no las arrojaba...

Envuelto en saco y ceniza, el papa Esteban II³ mendigó del rey franco Pipino una guerra contra los lombardos con quienes los francos vivían en perfecta armonía. Una colosal falsificación (reconocida once siglos más tarde) y dos sangrientas campañas militares dieron origen al Estado Pontificio, que los soberanos francos y sajones confirmaron y engrandecieron a cada paso.

Pero pronto fueron los mismos papas quienes aparecieron con yelmo, cota de malla y espada. Ya tenían su propio ejército, su propia marina, su propia fábrica de armas. Luchaban por cada condado, por cada palacio y castillo. Rapiñaron ducados enteros. Por todas partes enrolaron mercenarios para degollar a sus compatriotas.

León IX ignoró los esfuerzos de los cluniacense en pro de la paz... El cluniacense Hildebrando (su sentencia favorita: Maldito sea el hombre que se retraiga de derramar sangre con su espada) convocó, una vez papa con el nombre de Gre-

gorio VII, a todo el orbe a la formación de un ejército a cuya cabeza marcharía él como "caudillo y obispo"... Urbano VI había hecho asesinar al obispo de Aquila y ejecutar a cinco cardenales a los que previamente mandó torturar horriblemente... Pío V y Sixto V entablaron grandes batallas navales contra turcos y británicos, en Lepanto y en el Canal. Julio II (su divisa: Cuando no me ayuden las llaves de San Pedro, ayúdeme su espada) condujo guerras casi cada año de su pontificado, obteniendo tales éxitos que el emperador Maximiliano jugó con la idea de hacerse papa.

...

Y al igual que los papas, también los obispos y los abades. Eran hijos, hermanos o primos de la nobleza mundana y tan codiciosa de riqueza y poder como ella. Eran, ciertamente, no menos odiados que aquélla, como lo atestiguan los numerosos asesinatos de obispos y abades en la Edad Media, las numerosas guerras y persecuciones contra la clericalia y asimismo incontables documentos literarios... En todos los obispados hubo algún obispo encabezando disensiones que duraban en ocasiones años enteros. No perdonaban, a menudo, ni a mujeres ni a doncellas. Asesinaban ancianos y niños, a veces con su propia mano y a la par que lo hacían con "los herejes", como fue el caso del arzobispo de Colonia Dietrich von Moers.

A sus adversarios les saltaban los ojos a cuchillo, como hizo en 1368 el abad de Reichenau con todos los ciudadanos de Constanza que cayeron en sus manos. Ahorocaban a todos sus prisioneros como hizo el obispo Dietrich de Osnabruck en 1379. Obligan a los rebeldes a implorar gracia arrojándose a sus pies y, pese a ello, decapitaban a un buen número de ellos. Así procedió, en 1415, el obispo de Lieja, J. De Wittelsbach.

...
También la guerra santa fue propugnada por el clero a lo largo de los siglos...

Ya en el Rhin y en el Danubio (los cruzados) abatieron a millares de judíos. Después violentaron y asesinaron a los cristianos de Hungría. En la toma de Jerusalén, un viernes del verano de 1099, a la hora de la crucifixión, como narran extasiados los cronistas, masacraron a casi 70.000 sarracenos... En el Templo organizaron tal degollina que –testimonia el clérigo Raimundo de Aguilers– gracias al milagroso y justo juicio de Dios, chapoteaban en sangre hasta las rodillas e incluso hasta la silla de los caballos. Después –anota el autor de la *Gesta Francorum*, un testigo ocular– los nuestros, felices y llorosos de alegría se aproximaron a venerar la tumba de nuestro Redentor.

...
¡Tabula rasa! Guerra total. Su ideal desde la Edad Media hasta las cruzadas fascistas de Abisinia, España, Croacia, Rusia. Hasta el genocidio de Vietnam, con el respaldo del cardenal Spellmann...

Las cruzadas desembocaron en seguida en un fiasco completo para el mundo católico. Ejércitos enteros desaparecieron sin dejar huella y también 50 mil niños⁴. Salvo ellos (los papas) únicamente Hitler envió, en época posterior, niños a la guerra...

Pero los papas espoleaban de continuo hacia nuevas cruzadas, convertidas en idea dominante de su política exterior..." (K. D. *Opus Diaboli. Catorce ensayos irreconciliables sobre el trabajo en la viña del señor*. Traducción Anselmo Sanjuán. Citas tomadas de la página 23 a la 29. Editorial Yalde, Zaragoza, 1990).

Todavía en la actualidad, hoy día, historiadores y analistas de la historia siguen guardando una actitud de supuesta y fría observación de los hechos. A un personaje tan pagado de sí mismo como es Eugenio Pacelli, papa Pío XII, que apro-

bó, con parabienes sin cuento, cuando era cardenal, el levantamiento de la clerecía y los militares contra la República en España, y que ignoró, siendo papa, los crímenes sistemáticos con que la clerecía y militares exterminaron a los republicanos tras la guerra; que apadrinó, entre otros, los crímenes de Hitler, Mussolini y Ante Pavelic; que deseaba terminar con todos los judeocatólicos ortodoxos de Polonia y Rusia, y no dijo una palabra sobre las purgas que se hicieron sobre ellos en aquellos países; que miró para otro lado ante los miles de asesinatos que su protegido Ante Pavelic estaba cometiendo contra los ortodoxos, serbios y judíos⁵, y que ordenó al teofuncionariado de Croacia que no interfiriera en absoluto en lo que estaba haciendo ese criminal; es más, aleccionó, con sus bendiciones y silencios al clero papista a que participara en aquellas masacres y genocidios, como lo hicieron los franciscanos, con la metralleta en la mano; que protegió a los principales criminales nazis, fascistas y ustachis cuando perdieron la guerra, y los ayudó a escapar sanos y salvos a Argentina, Chile y España y a otros países; a este hombre, decimos, no saben qué hacer para colocarlo en los altares, de lo cual no hay que protestar, pues bien está al lado de otros asesinos santificados, pero que pretendan ponerlo como modelo, que en el fondo es lo que se intenta para sacralizar su figura y crímenes y, sobre todo, para santificar las ingentes riquezas que recibió el Vaticano de nazis, fascistas, ustachis por su ayuda y comprensión, es otro cantar.

Con la santificación de Pacelli se pretende acallar para siempre las discusiones sobre su persona, con el fin de que no sea criticado en lo sucesivo y no salgan a la luz detalles más siniestros todavía sobre vida. La corte del Imperio Vaticano piensa, y no le falta razón, que tras su santifi-

cación ningún historiador, digno de ese nombre, tendrá la osadía de apartarse del juicio emitido por la nomenclatura cardenalicia sobre su persona; no habrá ningún historiador que quiera suicidarse profesionalmente yendo en contra del dictamen sacrosanto de la curia papal. (Ver *El trauma de PACELLI*).

¹ Autor, entre otros trabajos, de la *Historia criminal del cristianismo* (varios tomos) y *La política de los papas en el siglo XX*. Volumen I, *Entre Cristo y Maquiavelo*; Volumen II, *Con Dios y con los fascistas* (1939–1995).

² Hace referencia a los crímenes de Reza Pavelic, el dictador del Estado Católico de Croacia, ayudado, en su ascensión, por el papa Pío XII y la Iglesia, y, protegido, en su fuga para escapar a la justicia, por el mismo rey del Imperio Vaticano. Se calcula que este hombre y el teofuncionario católico de Croacia asesinaron a cerca de 500 000 croatas, entre los que se contaban miles de judeocatólicos ortodoxos e innumerables serbios.

³ Se trata de Esteban II Bis, Esteban el Arcediano.

⁴ Hace referencia a la llamada Cruzada de los niños.

⁵ Quienes consultaron los ficheros de los campos de concentración y de exterminio alemanes, demostraron su sorpresa ante la ausencia de judíos croatas. El papista Ante Pavelic había tenido el detalle de exterminar, en casa, a todos los que no pudieron huir a tiempo y cayeron en sus manos.

SILVERIO DE HORMISDAS. Papa san Silverio. Hijo del obispo o papa de la misma ciudad Hormisdas. A la muerte de su predecesor, Agapito Giordano, papa Agapito I, en el año 536, y debido a la situación caótica que vivía Roma, el rey Teodoto, al que Silverio había entregado una gran suma de dinero y prometido su ayuda frente a los designios del emperador de Bizancio, impuso su elección, siendo consagrado obispo o papa de la ciudad hacia mediados de junio del mismo año.

Por otro lado, la emperatriz Teodora quiso imponer como obispo de la ciudad al diácono Vigilio, que ya designara Bonifacio el Godo (papa Bonifacio II) como

sucesor suyo, por lo que envió a Belisario a Roma para que la mitra fuese colocada sobre su protegido.

Silverio, a pesar de las promesas que había hecho a Teodoto, lo traicionó y abrió las puertas de la ciudad a Belisario.

Belisario exigió que Silverio renunciara a los decretos del concilio de Calcedonia y aprobara las proposiciones de los acéfalos, pero cuando el obispo presentó dichas disposiciones a su clero, éste reaccionó violentamente, rechazando tales disposiciones y amenazándolo con deponerlo si las firmaba. El obispo, dudando entre el miedo al conde y la reacción de la clerecía romana, no fue capaz de decidirse y se encerró en un templo. Estando allí fue acusado públicamente de haber querido traicionar al emperador. Las aparentes falsificaciones de unos documentos, y las intrigas de Vigilio, que ansiaba colocarse la peligrosa mitra romana sobre su cabeza, fueron motivo más que suficiente para ello. Silverio apenas gozó de algo más de un año del peligroso trono. En el año 537 perdió el cargo, y, aunque por orden de Justiniano fue puesto en libertad, terminó desterrado en una isla en la que moriría de hambre, si no asesinado por los secuaces de su sucesor, el papa Vigilio (537–555). El hecho de que Silverio hubiera sido condenado por Bizancio fue suficiente para que la curia romana, que aspiraba a colocarse por encima de aquel patriarcado, lo colocara entre sus bienaventurados con el título de santo.

SILVESTRE EL ROMANO. Obispo de Roma, más conocido por papa Silvestre I. Ocupó el cargo, a la muerte de Milciades el Africano, papa Milciades, del año 314 al 335. Sus padres fueron Gusta y Rufino. Si algo seguro se sabe de él, es que fue un maniquí en manos de Constantino, quien, dándose cuenta de la

gran cantidad de judíos heterodoxos o judeocatólicos que había en el Imperio, decidió recurrir a ellos para que Roma gozara no sólo de unidad administrativa, política y militar, sino religiosa, haciendo del judaísmo reformado filorromano e imperial, la religión de Roma. Silvestre no fue más que el hombre de paja de Constantino; no podía ser otra cosa. En orden de primacía, más solera que el obispado de Roma tenían los patriarcados de Jerusalén, Alejandría, Corinto, Éfeso y Antioquía. Además, Constantino, hombre pragmático donde los hubiera, era realmente el único obispo de los obispos, lo que hacía de su nueva sede, Constantinopla, la cabeza del judeocatolicismo. Si en algún momento el judeocatolicismo, nacido de las sectas heterodoxas judías de la diáspora de carácter filorromano, cambió definitivamente de rumbo, fue en este momento, puesto que pretendiendo –según el parecer de gran número de historiadores– ser un movimiento cien por cien espiritual, alejado de la teocracia y teopolítica asfixiante del judaísmo hierosolimitano y castrador de la ley mosaica, cayó en la teocracia y teopolítica romana impuesta por Constantino. Los levitas y rabinos judíos de nuevo cuño se transformarían, con Teodosio, en prefectos romanos, y llegarían a ser las máximas autoridades teociviles en las provincias romanas y sus satrapías, con el título de episcopos. Durante el largo obispado de Silvestre, cerca de 21 años, el judeocatolicismo conoció unas luchas internas tan aterradoras y sanguinarias, que hicieron temblar a los antiguos dioses del Imperio y, lo que era mucho peor, a sus seguidores: lo que se avecinaba, al ver cómo se trataban entre sí los miembros de la nueva religión, no auguraba nada bueno para los seguidores de las antiguas.

Como las disputas entre donatistas y “ortodoxos” abarcaban ya el Imperio entero, aunque se centraran en África, se convocó en Arlés una asamblea o concilio con el fin de terminar con ellas. Se volvió a declarar herejes a los donatistas y se los anatematizó, lo que no hizo más que agravar el problema.

Según algunas crónicas, se celebró otra asamblea en Ancira, cuyos cánones fueron de capital importancia para los clérigos casados o que deseaban casarse. Otra asamblea más se tuvo en Neocesarea, en los que volvió a tocarse el tema del matrimonio de los clérigos. Se prohibió su matrimonio, pero se admitió con licencia de los obispos, lo que constituyó una fuente de riquezas inagotables para los príncipes mitrados, que cobraban por cada licencia. El obispo alejandrino Arrio, nacido en Libia, negó la divinidad del Jesús evangélico, lo que alborotó el gallinero una vez más, pues daba al traste con todo el entramado del judeocatolicismo, ahora filorromano, imperial y triunfante. Con el fin de condenar a los seguidores de Arrio, y poner orden en otros campos, Constantino convocó el concilio de Nicea, en donde se hizo la última selección de las *Biografías de Jesús*: sobre cerca de setenta, que habían sido seleccionadas en otras cribas, se escogieron los cuatro tenidos por menos malos, cuya autoría se dio a Mateo, Marcos, Lucas y Juan, personajes que, hasta el día de hoy, nadie ha conseguido saber quiénes son en realidad. En la misma asamblea quedó claro que por encima de las asambleas de obispos no había ninguna autoridad. Como nota capital, el concilio trató de ilegalizar el matrimonio de los clérigos y de obligar a los casados a renunciar a la mujer si aspiraban a convertirse en levitas o sacerdotes de la nueva secta judía, lo que levantó tantas protestas que, se prefirió no insistir sobre el particular.

Por su parte, los donatistas, que se vieron zarandeados por un lado y por otro, acusaron a Silvestre de haber renegado de sus creencias y ofrecido incienso a los antiguos dioses del Imperio.

Silvestre moriría en el año 336 –el mismo año en que moriría Arrio–, siendo enterrado en el cementerio de Priscila. Por los servicios prestados, fue visto en el empíreo judeocatólico y honrado con el título de santo.

Su sucesor fue Marcos de Prisco, papa Marcos (336).

SILLA GESTATORIA. Palanquín. Especie de andas o silla de mano, en la que eran llevados, en Oriente y Oriente Medio, los nobles y personas adineradas. La costumbre, establecida en Roma y Grecia, pasó a los obispos y pastores del judeocatolicismo filorromano imperial. La silla gestatoria, nombre específico que se da al palanquín dentro del teísmo cristológico latino, era un atributo de todos los príncipes mitrados –obispos o papas, en jerga vaticana–, de todas las diócesis del imperio judeocatólico. Sin embargo, cuando el obispado de Roma quiso reservarse para sí el título de papa, título que tenían todos los obispos del judeocatolicismo, también se reservó el uso exclusivo del palanquín –la silla gestatoria–, obligando a los demás obispos a renunciar a él. En la actualidad, a pesar de la prepotencia y orgullo de su corte, pocos reyes del denominado Imperio Vaticano tienen la debilidad de recurrir a este signo de racismo social y bajeza moral heredado de la tiranía, el feudalismo y el absolutismo.

SÍMACO. Ver *Símmaco el Sardo*.

SIMBOLISMO. Recurso al que está acudiendo el obispado de Roma y todo su teofuncionariado para mantener sus

privilegios. Hasta hace apenas cincuenta años, la *Biblia* y los *Evangelios* eran la palabra de sus dioses trinitarios, Yahvé, Cristo y Espíritu Santo. Sus contenidos eran tenidos por científicos y cuasi dogmáticos, y con ellos justificaron todo tipo de tropelías, asesinatos, genocidios y crímenes contra la humanidad que les vino en ganas. Pero en la actualidad, cuando la ignorancia, fuente de todos los dioses, va siendo erradica, la *Biblia* y los *Evangelios*, en los que apoyan sus pretensiones y justifican su imperio y codicia, pueden ser cualquier cosa menos unos modelos de moralidad y ética, y menos que otra cosa las manifestaciones de unos dioses de bondad infinita. Los protagonistas divinos de estos libros son los más rastro de todos los panteones y los más indecentes que los delirios humanos han podido fabricar. El rey del Imperio Vaticano, y con él todo su teofuncionariado, pretendiendo salvar lo insalvable, ocultando cínica e hipócritamente su pasado doctrinal e histórico, intentan convencer a sus rebaños que la *Biblia* y los *Evangelios* siguen siendo la palabra de su dios trinitario, aunque hay que descubrir en ellos la clave del simbolismo que los inunda, pues no pueden ser tomados al pie de la letra. Por si su indecencia no fuera evidente con el encubrimiento de su pasado histórico, el obispo romano y sus teoturiferarios con él no dudan en afirmar que ellos tienen la clave de dicho simbolismo, como ayer tuvieron la encomienda de su defensa literal.

SÍMMACO EL SARDO. Papa Símmaco (o Símaco). A la muerte de Anastasio el Romano (papa Anastasio II Bis), en el año 498, la comunidad romana escogió para obispo a Lorenzo, arcipreste de Santa Práxedes, mientras que otros, principalmente dentro del clero, escogían a Símmaco, hijo de un hombre llamado

Fortunado. Unos y otros contaban con el peso de las armas para imponerse. Una nueva guerra civil cristológica –cisma en lenguaje clerical– se inició para disputarse el codiciado trono. Finalmente, los nobles de la ciudad determinaron que ambos obispos o papas acudieran a Ravena para que el rey Teodorico determinara, aunque era arriano, es decir, hereético, quién era el elegido por el Espíritu Santo. Teodorico determinó que el cargo sería para quien hubiera sido elegido en primer lugar, lo que no estaba nada claro, por lo que Símmaco, más astuto y retorcido, fue quien se quedó en el cargo mientras Lorenzo perdía el puesto, a pesar de todo el apoyo del pueblo y sus partidarios.

Símmaco se ciñó la codiciada mitra romana del año 498 al 514. Lo primero que hizo fue convocar un concilio para determinar que en lo sucesivo la elección del obispo de Roma se hiciera lo más regular posible, por mayoría absoluta y sólo tras la muerte del obispo reinante, y que todo aquél que prometiera su voto antes del fallecimiento del obispo, fuese castigado. Era un modo sibilino de tratar de ocultar que de ese modo había sido elegido él.

Pero la situación no quedó resuelta. Símmaco fue acusado de adulterio y otros crímenes. Los partidarios de Lorenzo el Arcipreste llamaron a éste a Roma para que ocupara la sede de la cual consideraban indigno al Sardo. La presencia de Lorenzo no arregló las cosas y la lucha entre partidarios de unos y de otros se agudizó, sembrando las calles de Roma de cadáveres.

Se pidió a Teodorico que enviara un visitador para que arreglara la situación y se convocó un sínodo, pero sus gestiones no condujeron a nada. El cortejo de Símmaco fue atacado por sus enemigos, y hubiera perecido si las tropas del emperador no

lo hubieran salvado. En represalia, sus partidarios asesinaron a todos los clérigos que pillaron por las calles, y violaron a las jóvenes que descubrieron.

Símmaco, que intentaba sortear los escollos de su ambición oscilando como veleta en el vórtice de un huracán, añadió a los delitos de que se le acusó tradicionalmente el de maniqueo, acusación que partió del emperador Anastasio. En lugar de tratar de demostrar su inocencia en todas las acusaciones que habían caído sobre él, se refugió en su fortaleza, despreciando a jueces y sínodos, y aprovechó su refugio para acusar al emperador de entiquiano.

Si en Roma los desórdenes y los crímenes cristológicos estaban a la orden del día, en Oriente las cosas no iban mejor, pues los judeocatólicos arrianos degollaban a los judeocatólicos romanos en nombre de Cristo con la misma pasión y crueldad con que éstos exterminaban a aquéllos cuando podían hacerlo. Los templos y los monasterios eran el campo de batalla. A pesar de que los obispos orientales fieles al credo romano pidieron ayuda a Símmaco, éste hizo oídos sordos a sus súplicas: si odiaba a los maniqueos hasta la exasperación, de tal modo que no perdonó la vida a ninguno que pudo caer en sus manos, más le interesaba que las iglesias de Oriente y África quedaran debilitadas y, si llegara el caso, destruidas. La desgracia de aquellas hacían la fortuna de Roma.

Símmaco, consciente quizás de su propia miseria y ambición, o espoleado por su propio orgullo y afán de justificarse, escribió su propia apología.

Este hombre, cuya vida tortuosa, a juzgar por los testimonios de la mayoría de los historiadores, estaba empapada en sangre de las víctimas de su ambición y soberbia, moriría a mediados del año 514. Al colocarse por encima del emperador

y los reyes de Italia, ponía al obispado de Roma por encima de todo poder material, y al colocar a la iglesia romana por encima de las iglesias constantinopolitanas y africanas, lo ponía por encima de todo poder pseudoespiritual o teopolítico. Estas fueron las razones por las que, la curia romana, agradecida, con sangre o sin sangre en sus manos, lo vio un día en el columbario celestial y lo glorificó y glorifica con el título de santo.

Su sucesor en el obispado y trono de Roma fue Celio de Hormisdas, papa Hormisdas (514–523).

SIMÓN BARJONA. (Ver *Simón Pedro*).

SIMÓN DE BRIE. (Ver *SIMÓN de Brión*).

SIMÓN DE BRIÓN. (Simón de Brión). Papa Martín IV. Fue escogido, entre guerras civiles cristológicas, enfrentamientos, batallas y algaradas, en Viterbo, a la muerte, en el año 1280, de Juan Cayetano Orsini, papa Nicolás III. A esa ciudad se había trasladado Carlos de Anjou, que excluyó de las listas de los electores a todos los cardenales candidatos de los Orsini, que no pudieron participar en la elección, porque los viterbeses se lo impidieron a la fuerza. Tras seis meses de guerras civiles por el puesto, desde la muerte de Nicolás III, quien se levantó con el ambicionado trono fue Simón, en 1281, que resultó ser un juguete en las manos de quien le había dado el cargo: Carlos de Anjou.

Simón era francés, y había estado al servicio del rey San Luís de Francia, siendo amigo de su hermano Carlos. Participó en el cónclave gracias a su título de cardenal de Santa Cecilia. Su conocimiento de la corte francesa lo había hecho idóneo para gestionar las ambiciones de los reyes tializados del Imperio cristológico en aquella corte, por lo que Teobaldo

Visconti (papa Gregorio X), Otoboni Fieschi (papa Adriano V), Pedro de Giuliano (Juan XXI) y su predecesor en el ambicionado trono, Juan Cayetano Orsini (Nicolás III) lo eligieron para defender sus intereses en ella.

Una vez en el trono, excomulgó al emperador de Oriente, Miguel Paleólogo¹, lo que no contribuyó a mejorar las relaciones con el hijo de éste, Andrónico, que se distanció del obispado de Roma de un modo definitivo.

Expulsó a los gibelinos de Roma, quienes tuvieron que refugiarse en Forli, y dio orden de que se los matara, deseo que no pudo realizarse, porque Guido de Montefeltro, derrotó a los partidarios del papa.

El 7 de mayo de 1282, en la isla de Sicilia se produjo la venganza denominada “Vísperas Sicilianas”, en donde los nativos y soldados de Pedro de Aragón degollaron a varios miles de franceses². Carlos de Anjou acudió a ver a Simón de Brión, y éste excomulgó a los Sicilianos, que habían perpetrado la matanza de franceses y expulsado a los que no pudieron matar, al rey de Aragón, que se había proclamado rey de la isla, y a todos los enemigos políticos de Carlos de Anjou.

Estando inmerso en las consecuencias políticas y sociales de su amistad con Carlos, tuvo que abandonar Orvieto para refugiarse en Perusa, muriendo en esta ciudad a finales de marzo del año 1285. Su sucesor sería Jacopo Saveli, papa Honorio IV (1285–1287).

¹ Con el fin de crear una disculpa que justificara el ataque por el que Carlos de Anjou proyectaba apoderarse de Constantinopla.

² Algunos autores hablan de ocho mil franceses degollados en unas horas.

SIMÓN PEDRO. (Cefas, Khefas, Pedro, Simón Barjona). (*Pertenece a la leyenda*). Personaje evangélico, al que se hace

compañero y discípulo del mítico Jesús, el hijo del dios o ídolo Yahvé de judíos, israelitas, samaritanos y otros. De este hombre de ficción, como de todos los nombres que se mencionan en los textos citados se dicen cosas, se lo obliga a hablar, se lo obliga a manifestarse, se lo obliga a transmitir una doctrina, pero raramente puede encontrarse el lector en él un hombre de carne y hueso. Ciertamente, si se quiere mirar con indulgencia los textos en que se manifiesta, se pudiera decir de él que parece ardiente, traidor, impulsivo, desconfiado, primitivo, envidioso, mezquino, ambicioso, inconstante, miedoso y cobarde; pero eso sería tener que admitir que cada palabra o acto oculta a un hombre, por vacua que sea. Nada sorprende esta inanidad psicológica y humana, si se tiene en cuenta que lo mismo sucede con su maestro y toda la pléyade de discípulos, que se limitan a ser coreógrafos de la doctrina que desean transmitir quienes han compuesto, completado, corregido y alterado las diversas partes de que se componen todos los textos de las *Biografías nicenas de Jesús*. Pedro, como Jesús, es el resultado de un rompecabezas en el que se han mezclado tal variedad de cosas, acontecimientos, ideologías, sucesos históricos, mensajes, doctrinas, plagios bíblicos, de tan difícil armonización, que sorprende a propios y extraños la pretensión de los príncipes mitrados del judeocatolicismo imperial y su teofuncionariado por considerar históricos tales textos.

Si se deja de lado profundizar en la imposibilidad psicológica de Pedro y el papel que se le quieren atribuir en los textos bíblicos, y se acerca uno a la pretensión de los reyes del Imperio Vaticano, de hacer que este hombre estuviera en Roma y en ella muriera, el desconcierto surge todavía con mayor fuerza. Para tirar por los suelos esta pretensión, es suficiente

recordar las palabras de Pablo, en donde dice claramente que "a los apóstoles directos del señor" –Pedro y compañía– se reservaban las ovejas de Israel, mientras que él, Pablo, se reserva los goyines, es decir, los extranjeros: "*De los que parecían ser algo –lo que hayan sido en otro tiempo no me interesa, que dios no es aceptador de personas–, estos que representaban algo, nada me impusieron de más; antes al contrario, cuando vieron que se me había confiado el evangelio de la incircuncisión, como a Pedro el de la circuncisión– pues el que obró en Pedro para el apostolado de la circuncisión, obró también en mí para el de los gentiles–, Santiago, Cefas y Juan, que pasan por ser las columnas, reconocieron la gracia a mi dada, y nos dieron a mí y a Bernabé la mano en señal de comunión, para que nosotros nos dirigiésemos a los gentiles y ellos a los circuncisos.*" (Gál. II, 6 a 9).

Antes de la guerra del año 70 con Vespasiano como general y, finalmente, como emperador, Israel estaba poblada mayoritariamente por los hebreos, por lo que Pedro, de ser cierto lo que afirma Pablo no tenía ninguna necesidad de salir de Israel, de no poder permanecer en Jerusalén, para encontrar todas las ovejas a las que quisiera predicar la buena nueva que le habían encomendado y que se había reservado. Pero no terminan aquí las dificultades. Para cortar de raíz las posibles giras wojtylianas de este personaje, en que sus denominados sucesores podrían embarcarlo, hay que ceñirse a los mismos textos. Por las manifestaciones que se encuentran en los *Evangelios*, se aprecia que Pedro es ya un hombre hecho y derecho cuando se encuentra con Jesús. Que su vida ha sido dura; que no le ha sobrado nunca ni comida, ni trabajo ni dinero. Que a la muerte de Jesús Pedro no podía estar ya para muchos trotes, es más que evidente, en una sociedad en la

que la media difícilmente podía superar los treinta años, incapacidad que se descubre en la dificultad que tiene aun para mantenerse despierto en las situaciones más tensas en que lo ponen sus creadores. Es decir, Pedro chochea en los evangelios y si no babea ya no tardará mucho en hacerlo. Pensar que a su edad, estaba para aprender latín y embarcarse a la aventura es de una necedad manifiesta: nadie se lo ha pedido ni nadie se lo podía pedir, por la sencilla razón de que él no podía estar en condiciones físicas para intentarlo siquiera.

Sin embargo, habiéndose escrito las *Biografías de Jesús* y los demás textos que componen la *Buena Nueva* (los *Evangelios*) tras la existencia del judeocatolicismo filorromano imperial triunfante –lo demuestra a todas luces el denominado concilio de Nicea, en el año 325, que fue en donde se terminaron de componer y seleccionar tales biografías– había que tratar de justificar la lubricidad codiciosa que provocaba la joya de la corona, es decir, la sede tradicional del Imperio, la misma Roma, que, a pesar de la marcha del emperador a Constantinopla, y quizás por ello, era el pedazo más suculento de la tarta de la nueva religión. Y justificar tal pretensión era difícil, puesto que, a todas luces, y según las enseñanzas bíblicas y los mismos textos evangélicos, la joya de la corona debía de ser Jerusalén, la ciudad elegida por el dios Yahvé–Cristo–Espíritu Santo para hacer de ella su residencia; la ciudad en la que se había manifestado la gloria yahvídica durante siglos; la ciudad en la que transcurrió la vida de Jesús y se había consumado su sacrificio; la ciudad en la que se había manifestado el Espíritu Santo y había iluminado a la incipiente iglesia. Negar esta primacía a la Ciudad santa por excelencia era difícil. Encontrar un motivo que la justificara, era más difícil todavía.

No hallando una razón de peso para hacerlo, los jefes de las sectas judeocatólicas filorromanas alteraron, sin escrúpulo alguno, los textos evangélicos a su gusto; trataron de imponer, torturando escritos, frases y palabras, la idea de la primacía de Pedro, aunque para ello contradijeran abiertamente el mensaje de salvación inmediata que Cristo había predicado; y, puestos a falsificar y justificar las falsificaciones, obligaron a Pedro a viajar a Roma y a morir en ella¹. Si los documentos y la lógica se manifestaban en contra de estas fabulaciones, las leyendas y los mitos podían enmendarlas la plana, y a ellos acudieron.

Los datos biográficos que se elaboraron para este hombre son parcos. Hijo de Jonás, de la tribu de Neftalí, nace junto al lago de Genesaret, y siendo pobre, está destinado a ser pescador, lo mismo que su hermano Andrés, y se piensa que perteneció a la secta nazarena, pues siendo judío, lo natural era que fuese sectario. Encuentra a Jesús, gracias a su hermano, y no se aparta en lo sucesivo de su lado. Jesús, que anuncia el fin del mundo inmediato, y que no tiene necesidad de fundar ninguna secta a su vez, hace a Pedro cabeza de dicha secta, lo que supone un rompecabezas difícil de explicar.

No terminan aquí las sorpresas. Cuando se quiere hacer de Pedro un ser infalible y la cabeza de una Iglesia que no tiene sentido, los mismos textos evangélicos tiran abajo estas pretensiones. Pedro desbarra de tal manera, que el de Tarso le tuvo que llamar la atención por sus errores. Y este mismo Pablo de Tarso nos recuerda, como hemos anotado antes, que Pedro y sus compañeros de primera hora, serán los pastores de los hebreos, mientras que él mismo se reservaba a los romanos y gentiles. Con otras palabras está expresando, con una claridad meridiana, que Pedro no tiene por qué

meterse en apriscos ajenos, y que debe limitarse a quienes quieran seguirlo de las ovejas de Israel. Habrá, pues, tantas iglesias como puedan fundarse, y tantos pastores como iglesias se funden. Su supuesta primacía evangélica, no deja de ser lo que es, una supuesta primacía que no tiene fundamento alguno más que en las ambiciones del papado romano, que ve lo que no existió nunca en los *Evangelios*, y fuerza el sentido de éstos para que afirmen lo que él quiere afirmar².

Si la supremacía no hay que encontrarla en los textos aludidos, el derecho moral y ético a esa primacía, menos todavía, salvo que se de por admitido que el crimen y el asesinato es la mejor forma de apostolado y la joya más preciada del papado romano³. No hablemos tampoco de la infalibilidad doctrinal y, por lo mismo, de la supremacía docente y pastoral, ya que si el modo de conducirse de Pedro fue intempestivo y nada ejemplar cuando Jesús vivía, no mejoró en nada cuando éste desapareció y el Espíritu Santo vino a sustituirlo. Pablo escribe: *“Pero cuando Cefas fue a Antioquía, en su misma cara le resistí, porque se había hecho reprehensible. Pues antes de venir algunos de los de Santiago, comía con los gentiles; pero en cuanto aquellos llegaron, se retraía y apartaba, por miedo a los de la circuncisión. Y consintieron con él en la misma simulación los otros judíos; tanto, que hasta Bernabé se dejó arrastrar a su simulación. Pero cuando yo vi que no caminaban rectamente según la verdad del Evangelio, dije a Cefas delante de todos: Si tú siendo judío, vives como gentil y no como judío, ¿por que obligas a los gentiles a judaizar?”* (Gal. II, 11 a 14).

Quizás pueda ser arriesgado pensar que cualquier obispado primitivo –Alejandría, Antioquía, Jerusalén, Corinto, Éfeso, Laodicea, Esmirna, etc.– ambicionaba situarse a la cabeza de todo el movimien-

to sectario judeocatólico, pero no lo es pensar que el de Roma, al ser creado, sí ambicionaba ese puesto⁴. Por ello, en cuanto fue constituido, corrió hacia la primacía. Lo demuestra el que no tuvo inconveniente, favorecido como lo fue por las condiciones teopolíticas del Imperio, falsificar todo lo falsificable para lograrlo: llevó a Pedro a Roma y lo hizo residir en ella, obligando al pobre hombre a escribir dos cartas, cuando apenas sabía hablar. Y, como era demasiado escandalosa la enemistad y las envidias que existían entre el Pedro y el Pablo evangélicos, los hizo morir como hermanos en la antigua ciudad imperial para borrar la penosa impresión que causaba su enemistad, y justificar sus propias ambiciones.

Sin embargo, hagan lo que hagan los papadioses o reyes divinos del Imperio Vaticano, retuerzan como retuerzan los textos bíblicos y evangélicos, la estancia de Pedro en Roma no deja de ser una quimera. Ni está justificada por las *Biografías de Jesús*, ni por los *Hechos*, ni por las *Cartas*, ni por Pablo, ni por la historia. De justificarse sólo lo estaría por los fraudes, las falsificaciones, el interés y la leyenda, y, ¿cómo no?, por la indecencia y las ambiciones de los obispos romanos. Una indecencia y un desparpajo continuamente renovados, y que obliga a decir a Eugenio Pacelli, Pío XII, en la noche de Navidad de 1950, que la tumba de Pedro había sido descubierta en Roma. Apenas dieciocho años más tarde, Bautista Montini, Pablo VI, el 26 de junio de 1968, con la misma luz con que Pío XII descubrió la tumba de Pedro, aseguró que el cuerpo de éste había sido encontrado –se supone que en la misma tumba descubierta por su predecesor– y que no ofrecía dudas su autenticidad⁵.

¹ El motivo de las falsificaciones estaba más que justificado. Jerusalén, en aquel momento, era un solar lleno de escombros, en medio de un

país que se había convertido en un erial; había sido destruida, casi por completo, en el año 70, y no quedó mejor librada en el año 136, tras la caída de Bar Cocheba. Era el último rincón del Imperio en que deseara vivir una persona medianamente sensata. Era un nido de fundamentalistas judíos, resentidos y empobrecidos por las guerra, los tributos y las calamidades históricas. Roma era la ciudad más grande de todo el Mediterráneo; era la ciudad tradicional de los césares; la urbe gloriosa envidiada por todos. Magnífica en sus monumentos, en sus templos, en sus palacios, en sus fuentes. Residencia habitual de artistas y poetas, de embajadores y pontífices, de dioses y divinidades. Roma era Roma, mientras que Jerusalén no era más que un triste recuerdo.

² Se prescinde de las más que posibles adulteraciones y cambios que pudieron sufrir los textos primitivos evangélicos para que fueran acomodándose a las necesidades del obispado romano.

³ Ver *Ananías y Safira*.

⁴ Las razones pudieron ser múltiples, pero una, que juzgamos decisiva –ignorada por todos los críticos e historiadores– no pudo faltar: la ciudad de Roma no aceptaba perder el papel preponderante que había tenido como cabeza del Imperio. Roma no soportaba, ni soportó nunca, la primacía de Constantinopla en el terreno político, ni la de Jerusalén en el terreno cristológico. Por la misma causa –los celos, la envidia y el orgullo–, tampoco pudo soportar jamás el papado de Toledo, el de Ravena, y mucho menos el de Aviñón: embriagada por su propia prepotencia, luchó hasta la exageración contra todos los papados que pudieron hacerle sombra.

⁵ Las falsificaciones en torno a este personaje no faltaron nunca. Jacques de Voragine (1227–1298), en su *Leyenda Dorada*, en la entrada *San Pedro Apóstol*, afirma que este personaje siguió a Simón el Mago a Roma, que habló con Nerón, que se encontró en dicha ciudad a Pablo, y que hizo numerosos milagros allí antes de morir.

SIMONÍA. Venta de cargos y “poderes” dentro del religionismo evangélico, aunque por extensión se aplica a cualquier teísmo. El teofuncionariado cristológico recurrió a ella para obtener dinero y para aumentar las reservas de sus arcas. Hubo un tiempo en que en Roma estaba en venta no solamente la tiara papal, sino hasta el cargo de monaguillo. Para las fauces insaciables del papismo todo era vendible. Se vendían títulos, abadías,

parroquias, obispados, divorcios, licencias, exenciones, permisos, dispensas, capelos, mitras, indulgencias, bulas, indultos, diócesis, gracias, perdones, fallos judiciales, el cielo y la tierra y el mismo Cristo. Todos los obispados y papados, incluido el romano, y sobre todo cuando éste comenzó a tener la importancia que alcanzaría a partir del siglo VI, estaban en venta, y los electores se dejaban comprar fácilmente cuando el dinero ofrecido merecía la pena. La corrupción de la corte y curia romana era tan grande, que no podía obtenerse ningún beneficio eclesiástico¹ si no mediaban antes las ofertas de dinero.

La palabra tiene su origen en los *Evangelios*, en donde uno de los personajes citados, Simón el mago, pretende comprar los poderes suprahumanos de que aparentemente hacían gala los apóstoles.

¹ La acuñación, “beneficios eclesiásticos”, habla por sí misma: en lo tocante al teofuncionariado y a la Iglesia entera, todo eran sinecuras. Todo el que se hacía sacerdote o religioso, entraba en un convento o en alguna abadía, conseguía un bonete o un capelo, era para vivir de las rentas y gozar como pequeños o grandes sátrapas en sus satrapías o reinos de taifas. El mismo sentido tiene la acuñación de “canonjía”, que expresa el buen vivir de quienes obtenían un beneficio eclesiástico, es decir, se convertían en teofuncionarios cristológicos.

SIMPLICIO DE CASTINO. Papa San Simplicio. Hijo de un hombre llamado Castino, nació en Tibur (Tívoli), ciudad del Lacio. Fue elegido en el año 468, por la comunidad romana y sus dirigentes, a la muerte de Hilario. Si por algo se distinguió fue por el cisma que provocó, al no querer admitir las decisiones de la iglesia ortodoxa constantinopolitana, ya que tenía muy claro que el obispado de Roma tenía que ser el heredero absoluto del imperio romano. Su testarudez y petulancia hicieron que viera una herejía en la doctrina defendida por Acacio y

admitida por el emperador Zenón. En el fondo del cisma que se originó (guerra civil cristológica que duró cerca de cuarenta años) entre el judeocatolicismo filorromano imperial oriental–africano y el occidental se veía siempre la ambición del obispado de Roma por colocarse a la cabeza de los demás obispados y controlar la secta judeocatólica desgajada, claramente ya, del judaísmo ortodoxo.

No quiso confirmar las decisiones del concilio de Calcedonia sobre el rango del obispado de Constantinopla, y persiguió a los entiquianos, a Zenón, Augusto y Acacio, aunque posteriormente, como Zenón salió victorioso de su lucha contra Basilio, Simplicio trató de congraciarse con aquél. Igualmente se opuso a que Timoteo de Eluso, obispo de Alejandría, conservara su cátedra. La razón de esta oposición era que Timoteo profesaba la doctrina de un monje africano –admirador de las doctrinas y opiniones de Filón de Alejandría, que vivió precisamente en la época en la que el Imperio Vaticano sitúa el nacimiento de su protagonista evangélico–, que afirmaba que Jesús no había existido jamás.

Simplicio moriría en el año 483, y la curia romana, que pudo ver su alma en el paraíso, no fue capaz de saber a dónde fueron a parar sus restos mortales.

Su sucesor sería Celio Félix de Anici, papa Félix II Bis o III (483–492).

SINDONA, Michele Eugenio. Nació el día 8 de mayo de 1920, en Patti, a unos veinte kilómetros al oeste de Messina, Sicilia. Su familia era pobre y sin recursos. Su padre, Antonio Sindona, había malgastado en el juego la mitad de la fortuna que había heredado de su propio padre. La otra mitad, la había regalado la abuela Nunziata, a quienes eran más pobres que ellos.

Ya en el colegio, Michele tuvo que sufrir el que sus compañeros se rieran de él debido a la ocupación de su padre; llevar una floristería, era una actividad juzgada humillante por ser propia de campesinos. La sensación de desamparo, debido a su pobreza, y los sinsabores que debió de sufrir por ello, le acompañaron durante muchos años. La miseria acunó su nacimiento, su infancia, su juventud y sus primeros años de independencia.

Siendo un joven inteligente, siempre el primero de la clase, cuando cumplió los 18 años edad, en 1938, obtuvo una beca que le permitió estudiar en la Universidad de Messina. En 1942 había obtenido su licencia en derecho fiscal. Mientras estudiaba, pudo trabajar en varios bancos distintos, en los que aprendió los secretos de las finanzas, que tantas puertas le abrirían en el futuro.

Durante la guerra, la invasión de Sicilia por los americanos, propiciada por la mafia, le abrió nuevos horizontes, y le creó nuevos amigos. La historia, sin embargo, comenzó para él cuando comprendió que nada podía hacer en Messina, en donde estaba trabajando como un brillante economista, administrador y consejero, pero sin horizonte alguno debido a las limitaciones propias de la ciudad. Un abogado amigo le recomendó que fuera a Milán. Michele así lo hizo. Con él llevaba la bendición de su obispo, una poderosa ayuda en Italia, y, lo más importante, una carta de presentación que lo conduciría hasta el arzobispo de Milán, Eugenio Battista Montini, futuro papa, que ya para entonces era secretario de Estado en la corte del Imperio Vaticano. Debe aceptarse que la bendición del obispo y la recomendación que puso en sus manos hubieran sido inútiles si Michele no hubiera sido un trabajador inagotable, un administrador escrupuloso, un hombre perspicaz en los nego-

cios, un especialista en las finanzas y un ambicioso sin fronteras. Su contacto con Montini, le abriría las puertas del Vaticano. Su enlace sería monseñor Tondini, un pariente lejano de los Sindona, y Massimo Spada, noble y consejero financiero del Vaticano, que lo apadrinó.

A partir de aquí, la historia es más conocida. Michele Sindona, a quien no le faltaron nunca los contactos con la mafia, como a cualquier siciliano, contaría con otros tres apoyos fundamentales en su ascensión, el Vaticano, los políticos y la piratería económica –llegaría a ser un autentico corsario y filibustero de las finanzas–, elementos para quienes el poder, con su cortejo de corrupción, inmoralidad y crímenes, eran esenciales. Junto a ellos, no puede despreciarse la ayuda inestimable que prestó a Sindona la masonería, en la cabeza de Licio Gelli, que llegaría a ser jefe de la logia Propaganda Due (P-2).

Cuando Montini todavía no era el papadíos o rey divino de turno del judeocaticismo pontificio romano, se benefició de los servicios y préstamos de Sindona, por lo que se estableció entre ellos una amistad y una colaboración que duró hasta la muerte de Montini. Ambos hombres tenían muchos elementos y experiencias que los aproximaban, y ambos estaban espoleados por la ambición del poder, por lo tanto la del dinero, elemento fundamental para alcanzar el primero. Montini, a la muerte del papa Roncalli, logró, con la ayuda de la masonería, sentarse en el trono imperial pontificio, y no tardó en poner en manos de Michele Sindona el control de las finanzas del Vaticano. En la órbita de Montini se moverían, junto a Sindona, Roberto Calvi, Licio Gelli y Umberto Ortolani, el arzobispo Marcinkus y el cardenal Jean Villot. Con el paso del tiempo, unos y otros serían los protagonistas principales del mayor

escándalo teopolítico del momento –el presunto asesinato del papa Albino Luciani, Juan Pablo I– y uno de los mayores escándalos financieros en que tantas veces se bañó y se bañaría la teoeconomía y el teoparasitismo de la corte Vaticana: el derrumbe del Banco Ambrosiano y las repercusiones que tuvo para otros bancos¹ y la fiscalía italiana.

Sindona estuvo en contacto directo con la mafia siciliana, a la que devolvió con creces toda la ayuda que le habían prestado en los inicios de su carrera. Desde su puesto de consejero financiero y fiscal de varios bancos, y como principal accionista de multitud de empresas, era consejero, asesor y amigo, de mafiosos no capelados, ni mitrados, como Carlo Cambino (USA), Colombo y Bonano, Genovese, Luchese, etc., para los cuales blanqueaba el dinero que ganaban con la prostitución, la usura, la pornografía, los juegos, los robos bancarios (fraudes), utilizando los paraísos fiscales de Beirut, Liechenstein y Suiza. Las cosas fueron viento en popa hasta que las autoridades americanas, que seguían sus aventuras financieras con interés creciente, lo acusaron abiertamente de varios delitos. El día 13 de junio de 1980, Michele Sindona era condenado formalmente por un tribunal estadounidense, convicto de numerosos delitos financieros, y otros que no lo eran, a veinticinco años de cárcel. El arzobispo Marcinkus, y otros miembros de la nomenclatura vaticana, que tuvieron opción de declarar a favor del acusado en la embajada americana en Roma, se negaron a hacerlo, a pesar de que su testimonio hubiera sido fundamental para ayudar a Sindona. Tras cumplir varios años de condena en USA, Sindona fue transferido a Italia, en donde sería condenado a cadena perpetua el día 20 de marzo de 1986.

Sindona, en vista del comportamiento del papadiós Wojtyla y toda la nomenclatura vaticana, amenazó con declarar todo lo que sabía acerca de las relaciones criminales entre la corte vaticana y la mafia, si no le ayudaban a poner fin a su condena. Con dicha amenaza, firmó, como lo hizo Roberto Calvi, años antes, su condena de muerte. El Vaticano, la nomenclatura cardenalicia, no estaba dispuesto a que se orearan sus trapos sucios, su política cloacal y la unión hipostática entre el papado y el hampa. Bastante tenía con el descrédito que había hecho llover sobre San Pedro Wojtyla con su admiración y ayuda descarada y provocativa hacia Pinochet, Videla, Somoza y otros dictadores y asesinos; además, todavía no había terminado de digerir el escándalo financiero del Banco Ambrosiano y el IOR.

La Sancta Societas se movilizó, y el día 22 de marzo de 1986, pocos días después de que el financiero lanzara su amenaza, Michele Sindona apareció muerto en su celda de la prisión de Voghera. Había sido envenenado por sus antiguos socios.

1 Derrumbe propiciado por el compulsivo deseo del rey del Imperio Vaticano Carol Wojtyla de ayudar a Lech Walesa y a su sindicato Solidaridad, con el fin de hacer que Polonia se librara de la dominación comunista y terminara siendo la colonia predilecta de su imperio. El odio del papa Wojtyla al comunismo, del cual había sido víctima, pasó por encima de cualquier considerando, y sus ansias de venganza llevaron a la ruina al Banco Ambrosiano y a su director, Roberto Calvi, al exigir del director de IOR (la Banca Vaticana), el arzobispo Marcinkus, cada vez mayores sumas de dinero, que salieron de los depósitos de dicho banco, y que jamás fueron restituidas. En su momento, el robo –desfalco o fraude, en jergonza teofinanciera y judicial– superaba la cifra de los mil millones de dólares, que, de haber sido restituidos –lo que no estaba dispuesto a hacer el papa Wojtyla y sus teoparásitos– hubieran permitido la salvación del Banco Ambrosiano, y la salvación de Calvi, que terminó asesinado por la corte del Imperio Vaticano con la inestimable ayuda de la mafia y la masonería (Propaganda Due).

SINIBALDO FIESCHI. Tras el asesinato de Godofredo de Castiglione, monje cisterciense más conocido por papa Celestino IV (1241), sobre todo cuando el pueblo exigió el castigo de los cardenales que lo habían envenenado, Roma fue un hervidero de luchas, escaramuzas y guerras civiles cristológicas, que hicieron imposible la elección rápida de un sucesor. Finalmente, ante el miedo de que Francia eligiera un papa independiente para su país, los romanos se apuraron y escogieron a Sinibaldo Fieschi (S. Fiesco), que pertenecía a la familia de los condes de Lavagna, de Génova, y que era sacerdote y cardenal de San Lorenzo. Este hombre subió al trono pontificio romano con el nombre de Inocencio IV. Su elección había tenido lugar a finales de junio del año 1243. Sería uno de tantos obispos de Roma que consideraron que, por encima de su trono, no había ningún poder en el mundo. Pagado de su propia gloria, soberbio, prepotente, orgulloso, teogólata compulsivo, convencido de ser la encarnación de su divinidad, idea que impuso a sangre y fuego, convirtió la tierra en un camposanto y en pasto de buitres y hienas. El gobierno que pretendía imponer al mundo este rey tializado, uno de los más mortíferos que conoció nunca la corte del judeocatolicismo latino, exigía el sacrificio de miles de víctimas para demostrar las excelencias pacificadoras de su evangelio.

Ambicioso, combativo, trató con todos los medios a su alcance de extender la grandeza del papado. Enemigo del emperador, que quería poner trabas a sus ambiciones, hizo todo lo posible por dominarlo, pero no lo consiguió. No sintiéndose seguro en Roma, se refugió en Lyon. Convocó un concilio para excomulgar a Federico y lograr que los príncipes alemanes lo asesinaran como fuera, si no era posible deponerlo, y predicó una cruzada contra su hijo Conrado, al que procuró envenenar también. Los motines y conjuraciones provocados por

la ambición y megalomanía de este papa romano son incontables: la desolación y la muerte seguían cada uno de sus pasos.

Aparte de su injerencia en los asuntos de gobierno de todos los pueblos y reinos de Europa, en donde hizo gala de una ambición desmesurada y de un desprecio absoluto por la vida de sus súbditos, tuvo tiempo para predicar una nueva cruzada contra el Islam, que dejó indiferentes a todos los príncipes, salvo a Luís de Francia –futuro santo–, iluminado irredento que terminó sus días en dicha aventura.

Sinibaldo Fieschi, obispo de Roma más conocido por el nombre de Inocencio IV, estando refugiado en Nápoles, como consecuencia de una guerra que había provocado su propia ambición, al saber que los ejércitos pontificios habían perdido la guerra contra Manfredo, tío y tutor de Conrado, el heredero del trono imperial, a quien el obispo quería dominar, murió en un ataque de rabia y desesperación. Su muerte, ocurrió a comienzos del mes de diciembre del año 1254, fue un alivio para los sufridos súbditos del obispado romano.

Su sucesor en el trono sería Reinaldo de Segni, papa Alejandro IV (1254–1261).

SIRICIO EL ROMANO. Papa Siricio. Las crónicas, más o menos míticas, del obispado de Roma lo hacen hijo de un hombre llamado Tiburcio, y nacido en Roma, siendo el sucesor de Dámaso, en el año 384, a pesar de que Ursino reclamó el puesto para él. En su tiempo, el judeocatolicismo filorromano imperial se debatía entre la ortodoxia de Prisciliano, la de los jovinianos y bonosianos, que negaban la pretensión de algunos iluminados de hacer a la madre del Jesús evangélico virgen, y otras tendencias. Finalmente triunfaría el judeocatolicismo más aberrante, dictatorial y dogmático, separándose en grado sumo de la ortodoxia y haciendo del obispado de Roma el principal autor y responsable de todos los cis-

mas que conocería el nuevo judaísmo. Los príncipes mitrados de Roma, no pudiendo fundamentar en los textos evangélicos su pretensión de elevarse sobre los obispos y papas de otras diócesis para imponer su imperialismo religioso, a pesar de las alteraciones e interpolaciones hechas en sus textos, pretenden ver en el obispo Siricio el ejemplo de esa aspiración absolutista y dictatorial. Aducen para ello una supuesta carta de Siricio al papa y obispo de Zaragoza, un tal Himerio, que le habría pedido su parecer en unos asuntos. Siricio murió en el cargo, en el año 399, y entró en el lote de obispos de la antigua ciudad imperial que la curia romana envió a su emperio dándoles el título de santo.

Su sucesor en la jefatura de la diócesis romana fue Anastasio Massimi, papa Anastasio I (399–401).

SISINIO EL PLEBEYO. Papa Sisinio I Bis. (Zizimo; en realidad Sisinio II). Fue elegido por el pueblo y el clero, a la muerte de Pascual I, en el año 824. Sin embargo esta elección, cien por cien canónica, puesto que seguía la costumbre habitual de que fuese la misma comunidad de los fieles la que eligiera a sus propios obispos o pastores, no fue del agrado de la nobleza, que prefirió escoger a un tal Eugenio, presbítero romano del templo de Santa Sabina, y que fue aceptado por Lotario, enviado e hijo del emperador Ludovico Pío. Un nuevo cisma local, con las secuelas de guerras y asesinatos en nombre de Cristo, volvió a originarse en la ya más que ensangrentada Roma. La victoria fue para los nobles. El pueblo y el bajo clero, en teoría los únicos electores válidos, fueron derrotados, por lo que Sisinio no pudo mantenerse en el ambicionado trono. Eugenio y sus sucesores se encargarían de borrar todo vestigio del popular obispo, y las crónicas colocaron a Sisinio en el número de los antipapas por haber perdido, con la batalla, el pontificado.

SISINIO EL SIRIO. Papa Sisinio (Zizimo; propiamente Sisinio I). Era sirio de nacimiento, y su padre fue un sacerdote griego llamado Juan. Fue consagrado el 15 de enero del año 708, tras varios meses de disputas entre los aspirantes a ceñirse la ensangrentada mitra del disputado trono, a la muerte del monarca Juan VII. Su elección, viendo la grave enfermedad que lo tenía postrado, sólo pudo ser decidida en espera de que las fuerzas en litigio afilaran sus puñales y consiguieran desequilibrar la situación que se hacía insoportable, y que los ciudadanos romanos exigían que se terminara de una vez por todas. Sisinio no tuvo tiempo para acostumbrarse al cargo, pues murió a las tres semanas de ser consagrado. La causa oficial de su muerte fue la gota.

Su sucesor sería Constantino el Sirio, papa Constantino I (708–715).

SIXTO EL ARQUITECTO. Papa Sixto III el Santo. Ocupó el cargo a la muerte de Celestino de Campania, papa Celestino I, del año 432 al 440. Todas las fuentes coinciden en afirmar que era oriundo de Roma. Había sido pelagiano en su juventud pero, viendo los vientos que corrían dentro del judaísmo filorromano imperial, prefirió renunciar a sus creencias, para abrazar la secta que más tarde sería reconocida, de una vez por todas, como la definitiva de los emperadores de Bizancio y, lógicamente, de la ciudad de Roma, convirtiéndose en un perseguidor implacable de Juliano de Eclana y de los pelagianos. El apelativo de Arquitecto se lo merece por las obras y construcciones que efectuó durante su obispado, que, como alguien observó con toda razón, constituirían, por sus riquezas, una tentación permanente para posibles invasiones. Los hagiógrafos del papado romano hicieron a este hombre un santo, y así se lo ha venerado hasta el presente. Sin embargo, un estudio más detallado de los testimonios documenta-

les que hay sobre él, ha recomendado que se lo borrara del empíreo y del santoral, aduciendo que el pontífice que lo colocó allí lo confundió con otro bienaventurado. La razón de este descalabro pudiera estar en que algunos historiadores hacen de este hombre un modelo de hipocresía, intolerancia y, sobre todo, un asesino nato, en el más puro sentido del término. Quemó los libros de Nestorio; forzó las puertas de un convento para violar a una religiosa llamada Crisagonia (o Crisogonia). Cuando el clérigo romano Basso denunció el hecho, y, ante el escándalo, el emperador Valentiniano III convocó un concilio para deponer al papa y degradarlo, el papa compró a los jueces para que dictaran sentencia favorable. El concilio condenó a Basso, confiscó sus bienes y los entregara a Sixto III. Tres meses después, Sixto III envenenó a Basso, y durante la enfermedad que lo llevaba a la tumba el papa no se apartó de él y terminó dándole con el viático las últimas dosis de veneno. Y, para estar seguro de su destino, no se apartó de él hasta que fue enterrado. Sixto, que se distinguió por su afán de oponerse a las sedes de África y Asia, recibió en su seno a quienes aquellas condenaban. A su muerte, ocurrida a finales de marzo del año 440, legó una gran fortuna a la curia romana, por la que ésta no dudó en verlo en el paraíso judeocatólico y honrarlo con el título de santo, que en la actualidad se le discute. Fue enterrado, con todos los honores, en la basílica de San Lorenzo.

La ambicionada mitra romana caería en manos de León de Volterra, papa León I (440–461).

SIXTO EL GRIEGO. (*Entre la leyenda y la historia*). Papa Sixto II. La historia oficial del Imperio vaticano afirma que fue obispo de Roma, del año 257 al 258¹, por designación de su predecesor Esteban el Patricio (papa Esteban I). Sus hagiógrafos lo hacen nacer

en Atenas, y lo consagran en tiempos de las persecuciones de Valeriano, de las cuales él mismo no se libró, pues habría perecido en ellas. Se dice de él que intervino en las discusiones mantenidas entre el judeocatolicismo africano y el de Oriente Medio con el romano sobre la inanidad del bautismo y su modo de administrarlo, lo mismo que sobre la conducta a seguir con los denominados heréticos, que, en resumidas cuentas, eran todos los que se oponían a los caprichos de los sucesivos obispos de Roma. Se asegura, igualmente, que se opuso a los sabelianos con especial encono.

Según las crónicas oficiales, brotadas del departamento de falsificaciones de la corte pontificia, en el año 258, Macriano, que gobernaba Roma mientras el emperador Valeriano se enfrentaba a los Persas, sorprendió a Sixto el Griego en el cementerio con parte de su clero. Allí mismo fue ejecutado con sus seguidores.

La ambicionada mitra, a su muerte, no tuvo titular en un año. Al cabo de ese tiempo, la consiguió Dionisio el Griego, papa Dionisio (259–268).

¹ Años inciertos; algunos listados afirman que su obispado se prolongó del año 260 al 261.

SIXTO EL ROMANO. (*Pertenece a la leyenda*). Obispo de Roma, más conocido por papa Sixto I. Personaje mítico, cuyo fundamento estriba en la necesidad de llenar de algún modo el tiempo que va desde la supuesta muerte del Jesús evangélico, y los períodos en los que la historia y sus documentos pueden ofrecer algún dato verosímil sobre el judeocatolicismo en la ciudad del Tíber, problema que afecta a todos los obispos de Roma que lo precedieron y siguieron hasta bien entrado el siglo III de la era común. Se lo sitúa en los turbulentos años de evolución del judaísmo ortodoxo mosaico y hierosolimitano hacia formas más aceptables para los tiempos y los países en los que su proselitismo había fructifi-

cado, de ahí que todo sean ambigüedades en torno a su vida, sin otro aval más que las afirmaciones del servicio de falsificaciones de la corte o curia del Imperio Vaticano y la proclividad al fraude de los obispos de Roma. El denominado Catálogo Liberiano lo hace obispo de dicha ciudad en el año 115, tras el mítico Alejandro del Caput Tauri, papa Alejandro I. El Catálogo Feliciano lo señala como mártir –título al que se recurre siempre que nada puede decirse de algún supuesto personaje situado en este período–, que habría muerto en torno al año 126. La imposibilidad de su existencia como pastor de los rebaños cristológicos es más que evidente, si se tiene en cuenta que el supuesto fundador del judeocatolicismo universal, Jesús, ni siquiera era entonces una posibilidad. No faltan quienes van más lejos todavía, y le dan por padre a un cierto Pastor, de la familia de Elvidia, y completan su biografía, diciendo que era romano y que había nacido en la región de la Vía Lata.

Se atribuye a esta entelequia tiaralizada el encabezamiento de sus cartas con la fórmula siguiente: “*Sixto, obispo universal de la Iglesia católica apostólica, a todos los obispos, salud en el Señor.*”

Las cronología oficiales le dan como sucesor a Telesforo el Griego, papa Telesforo (126–136).

SOCIEDAD DE LOS TRECE, La. Grupo creado por el servicio de espionaje de la corte del Imperio Vaticano, la Sancta Societas y sus ramificaciones, el Círculo Octogonus y la Orden Negra, con el fin de llevar adelante la política cloacal de los reyes del imperio, los papadioses o reyes divinos de turno. Tenían como misión inmediata la de luchar clandestinamente, y siempre al margen de la ley, contra los nuevos movimientos de liberación y formación del hombre, que nacieron con la Revolución francesa y se extendieron por Europa. Cuando los

movimientos de liberación alcanzaron Italia y los Estados Pontificios, a partir de siglo XIX, el judeocatolicismo papista luchó con garras y colmillos contra ellos. La Sociedad de los trece fue la respuesta de la corte del Imperio Vaticano contra los deseos de liberación del hombre.

SODALITIUM PIANUM. Agencia de contraespionaje de la corte del Imperio Vaticano. Fue fundado por monseñor Umberto Benigni, con el visto bueno del cardenal Rafael Merry del Val, secretario de Estado del Vaticano, y la bendición del papadiós o rey divino José Sarto, más conocido como pontífice Pío X el santo (1903–1914). Tuvo desde su fundación la encomienda sacra de llevar adelante la política cloacal de los papas y su imperio. El movimiento, por las siniestras características que tuvo y tiene, aun entre la nomenclatura vaticana, fue bautizado con el nombre de Sagrado Terror. Pero contó siempre con el apoyo de José Sarto, que sería colocado en los altares, y el de su secretario de Estado Merry del Val. Posteriormente, habiendo dado pruebas de una eficacia digna de todo elogio, el Sodalitium Pianum, lo mismo que la Sancta Societas, el servicio de espionaje del papa, unificarían su dirección y serían controlados por un cardenal que gozara de la confianza absoluta del monarca de turno.

SOTERO DE FONDI. (*Pertenece a la leyenda*). Papa Sotero el santo. La corte del Imperio Vaticano hace de esta entelequia un obispo de Roma, oriundo de Campania, que habría sucedido, en dicho cargo, a un tal Aniceto en el año 167¹. Se afirma de él que combatió a los montanistas con todas sus fuerzas, y que dispuso que las mujeres se limitaran a ser meras espectadoras en los actos cultuales. Las cronologías oficiales lo hacen morir mártir bajo Marco Aurelio, en el año 174, lo que constituye una falsedad manifiesta,

pues Marco Aurelio jamás persiguió a nadie por motivos religiosos.

Se asegura que socorrió a los pobres haciendo colectas para ellos, costumbre que permanece en la actualidad, aunque, a juzgar por los hechos, tales colectas terminaron entonces, y terminan ahora, en los bolsillos del teofuncionariado.

Su sucesor en el obispado romano habría sido un hombre llamado Eleuterio de Nicopoli, papa Eleuterio (175–189).

¹ Algunos listados afirman que ocupó la ya ambicionada sede del año 175 al 182.

SPECULADORES. Título de un edicto –bula, en argot vaticano– proclamado por Fabio Chigi, papa Alejandro VII, por el que condenaba todos los libros que enseñaran que la Tierra giraba en torno al Sol. Chigi, que alcanzó el ambicionado trono en el año 1655, y que conservaría la tiara imperial hasta el instante mismo de su muerte, ocurrida en el año 1667, confirmaba con su infalibilidad divina todas las disposiciones de los reyes clericales que le precedieron. Reyes pontificios que insistieron hasta la saciedad en afirmar que el universo fue, era, y sólo podía ser geocéntrico, porque así lo había escrito su dios Yahvé–Cristo–Espíritu Santo en la *Biblia*, así lo habían considerado todos los denominados fundadores del judeocatolicismo o padres de la iglesia, y así lo afirmaban la tradición y la autoridad papal. Verdad infalible que no solamente supuso la condenación de Galileo Galilei, sino el asesinato patibular, por los infalibles reyes papales y su teofuncionariado, de un número incalculable de inocentes que pensaban que la Tierra, en contra de tan profundos argumentos, de las infinitamente sabias divinidades bíblicas y de tantas personalidades libres de error, giraba en torno al Sol.

STANGL, Franz. Comandante del campo de Concentración de Treblinca, Polonia, en

donde el gobierno alemán de Hitler construyó un campo de reclusión, que terminaría siendo de exterminio, en 1943. Entre comunistas, anarquistas, judíos, parías y otros grupos minoritarios, en dicho campo fueron exterminados, según cifras más o menos sopesadas, más de 500.000 hombres. Stangl, cuando la derrota del Eje era evidente, huyó de Alemania y, gracias al Pasillo Vaticano, la organización Odessa, la nomenclatura cardenalicia y el teofuncionario papal, pudo escapar de la justicia de los vencedores y encontrar un refugio en Suramérica. Franz Strangl fue protegido directamente por el obispo Alois Hudal, que le proporcionó una documentación falsa con la que pudo cambiar radicalmente de personalidad. Estuvo refugiado en Roma y protegido por miembros de la Sancta Societas hasta que pudo refugiarse, sano y salvo, en Argentina.

STATUTA APOSTOLORUM. Según los jercas mitrados del judeocatolicismo en todas sus sectas y ramas, constituyen una colección de escritos cuyos autores son los mismísimos apóstoles del Jesús evangélico. Si se piensa que la biografías de Jesús –los denominados evangelios– sólo tuvieron carta de ciudadanía ya muy entrado el siglo cuarto, y hasta el siglo VI, al menos, no se puede asegurar cuáles han podido ser realmente, debido a que, de los supuestos textos aprobados en el denominado concilio de Nicea no hay ni un documento original, puede uno imaginar la verosimilitud de unos escritos atribuidos a sus personajes. Los mismos príncipes cardenalicios y mitrados y demás especialistas o exegetas de los *Evangelios*, afirman con toda seriedad que, si bien algunos escritos pudieran prestarse a dudas, otros llevan a todas luces la garantía divina y, por supuesto, dogmática de la curia romana. Entre los documentos que no ofrecen duda alguna de que “salieron” de las mano de los pro-

tagonistas evangélicos se encuentran *la Doctrina de los doce apóstoles* y *el Pastor de Hermas*. Entre los documentos que pudieran ofrecer alguna duda deben señalarse *la Didascalia de los doce apóstoles y santos discípulos del señor* y *la Tradición apostólica de san Hipólito*. El contenido de tales libros hace referencia a disposiciones culturales, doctrinales y de gobierno, lo que no termina de asombrar, puesto que ninguno de los personajes que aparecen en los textos evangélicos mismos, de ser creíble su contenido, habría imaginado la necesidad de un culto, una doctrina o un gobierno, para un religionismo que anunciaba el fin del mundo antes de que muriera la generación que lo anunciaba y escuchaba.

STEPINAC, Alojzije. Arzobispo judeocatólico papista de Zagreb, que colaboró abiertamente con Ante Pavelic en la construcción del Reino Católico de Croacia. No sólo colaboró, sino que insistió ante el rey del Imperio Vaticano y obispo de Roma Eugenio Pacelli, Pío XII, para que recibiera en su trono y corte al dictador croata, lo que el papa hizo. Monseñor Alojzije jamás tuvo un asomo de crítica ante los crímenes contra la humanidad de Pavelic; es más, se derretía en alabanzas ante los holocaustos que organizaba. Nunca trató de impedir las carnicerías del dictador, sino que admiraba complaciente a los teofuncionarios que estaban a sus órdenes –entre los que destacaban los franciscanos–, cuando, metralleta en la mano, exterminaban a los serbios ortodoxos. Es de sobra conocido que, antes de dar comienzo el exterminio sistemático de serbios, ortodoxos o no, el ministro de justicia de Ante Pavelic convocó a todos los obispos de Croacia a una reunión. En ella Pavelic dijo a obispos y cardenales, que, en el futuro reino de Cristo en Croacia, no había lugar para los serbios. Monseñor Alojzije preguntó al ministro, cuál sería la suerte

de los serbios, y le fue respondido que no tendrían otra alternativa que la deportación y el exterminio.

La Santa Sede, en decir el papa Pacelli y sus teonomencatura, que no ignoraba el proyecto ni las masacres que se siguieron, exigió a sus agentes que evitaran cualquier roce con las autoridades croatas y se abstuvieran de mencionar lo que estaba ocurriendo en el país. El resultado del silencio del papa Pío XII, por no decir su aprobación a los crímenes de Pavelic, fue el exterminio de más de 450.000 serbios en honor de Cristo y la gloria del Imperio Vaticano. Lo ocurrido en el Estado Católico de Croacia, al amparo del rey Eugenio Pacelli, papa Pío XII, no fue siquiera una guerra civil cristológica, sino un exterminio cristológico, una masacre y holocausto yahvídico-mesiánico-paraclital de unos hermanos en cristo a los que se odiaba cristológicamente. En Croacia, por su pasado histórico, se había cumplido el mandamiento del dios trinitario de judíos, judeocatólicos y judeoislámicos del diente por diente y el ojo por ojo que alimenta no solo la doctrina bíblica, sino la evangélica y coránica, en donde la venganza ahoga cualquier sentimiento humanitario.

Monseñor Alojzije Stepinac, entusiasta incondicional de Ante Pavelic y su gobierno pronazi, refugiado a la sombra del papa en Roma, sería el protector de Pavelic, al finalizar la guerra. Ayudó a escapar al dictador a través del Pasillo Vaticano y los sistemas que el papado creó para proteger a los nazis, fascistas y ustachis que huían de la justicia de los vencedores. Él, a su vez, descansó en el señor protegido por la amplia sombra del papa, que se negó a entregarlo a las autoridades yugoslavas, cuando éstas solicitaron su extradición para que respondiera por los crímenes de guerra en los que había colaborado y había sido protagonista.

Años después, el señor Carol Wojtyla, papadiós y rey divino más conocido como papa Juan Pablo II, hizo beato a monseñor Alojzije Stepinac y lo colocó en la antesala del paraíso judeocatólico, durante su visita a Croacia, el día 3 octubre de 1998.

SUFRAGIO. Los príncipes mitrados y teólogos del judeocatolicismo papista definen con esta palabra la posibilidad de que las obras de los que creen en ellos y sus doctrinas puedan beneficiar a los vivos y, sobre todo, a los muertos. El sufragio por los muertos, el más productivo, nace, por un lado, del dogma de la existencia del Purgatorio, un lugar que tiene su existencia real en las mentes de los sugestivos creyentes y en los príncipes tializados que lo imaginaron y dogmatizaron. Lugar en donde las supuestas almas de los supuestos seres vivos –sólo los hombres, puesto que la redención sólo se hizo para ellos–, se purifican con atroces tormentos hasta el instante en que hayan purgado sus supuestas faltas en la Tierra. Por otro lado, nace también del dogma de la comunión de los santos, por el cual unos y otros, todos los creyentes, son beneficiarios de los méritos de todos, con lo que aquél que tenga puntos positivos en exceso o acumulados puede aplicarlos a las ánimas que penan en dicho lugar de tormentos. La desazón que produce este sufragio es de tal categoría, que no puede concebirse que nadie, ya no en su sano juicio –lo que jamás se pide a un crédulo o teísta–, sino medianamente sensato pueda aceptar tales conceptos. La razón es obvia. Si los méritos del supuesto salvador evangélico son infinitos y cubren con creces todos los mundos y universos que puedan concebirse, no se explica la existencia del purgatorio, pues los sufrimientos de las supuestas ánimas que en él penan es totalmente gratuito: los méritos infinitos de Cristo cubrirían con creces las mayores barbaridades, que, al fin y al cabo,

no serían más que devaneos de las mentes perturbadas de unas criaturas que no son, por definición, ni una mota de polvo en el Cosmos. Una divinidad que permitiera la existencia del purgatorio, se degradaría hasta la autoaniquilación, y sería la más indecente de las divinidades: crearía un lugar de torturas infinitas¹ que sólo tienen de finito el tiempo², y que, en su omnisciencia, vería continuamente, pero permanecería insensible a los sufrimientos de sus hijos predilectos, únicamente porque los puntos positivos que reúnen no son suficientes para alcanzar el cupo que su amorosa justicia ha establecido.

Lo que oculta el entramado del purgatorio, del sufragio y la comunión de los santos es mucho más prosaico. Del purgatorio puede liberarse con la mortificación, las oraciones y las limosnas. Las dos primeras constituyen el decorado, que no puede faltar en un negocio bien montado. Las limosnas son lo menos decisivo –en, palabras de la clerecía– pero lo más deseado. Y el negocio del purgatorio se ha demostrado tan productivo para las arcas de la corona del Imperio Vaticano, que sacerdotes, obispos, abades, cardenales y papas, y con ellos todo el teofuncionario cristológico, no pueden renunciar, honradamente, a sus grandes beneficios. De hacerlo, además de ser considerados falsarios y asesinos serían imbéciles.

¹ Los teólogos hablan, en sus espeluznantes delirios o bribonerías, de que las penas del purgatorio son similares a las del infierno aunque suavizadas por la esperanza de que algún día terminarán.

² El empleo de los términos utilizados en la designación de los seres metahumanos: infinitos, omniscientes, espíritus puros, y similares, por contraposición a los empleados para designar a los del Universo Mundo: limitados, creados, corporales, etc., excluye radicalmente la posibilidad de comunicación e interrelación entre unos y otros. De aquí se deduce una verdad apodíctica: ni hay ofensa del hombre hacia las supuestas divinidades ni puede haberla. Además los mismos papas, arzobispos, sacerdotes, cardenales y presbíteros reconocen esta

realidad, desde el instante mismo en que confiesan que el hombre no puede redimirse por sí mismo. Si no puede redimirse, porque no hay paridad entre el ofensor y el ofendido, entre el hombre y su dios Yahvé, tampoco puede pecar, porque la paridad, sin pecado original o con él, entre dos seres tan magistralmente definidos y separados por una distancia infinita tanto en esencia como en grado, es imposible, lo que excluye totalmente la ofensa.

SUITGER DE MORSLEBEN. Papa Clemente II. Fue elegido tras la renuncia a la tiara romana del papa Gregorio VI, a finales del año 1046. Era descendiente de los condes alemanes de Morsleben. Antes de la elección, había sido obispo o papa de la ciudad de Bamberg. Fue elegido para el obispado o papado de Roma por el emperador Enrique III, aunque no por ello renunció a su primer obispado. Con la ayuda de Cluny trató de combatir la exagerada simonía que reinaba en la curia romana y en torno a la elección del obispo de la antigua ciudad imperial. Tuvo que enfrentarse, también, al hecho de que la tiara pontificia la reclamaba para sí el papa Benedicto IX, que no estaba dispuesto a renunciar a ella. Habiendo acompañado al emperador a Alemania, a pesar de que sabía muy bien que los romanos no veían con buenos ojos la imposición de un obispo imperial, Clemente II decidió regresar a su nueva sede. En el camino hacia Roma, a comienzos de octubre del año 1047, estando en Pesaro, murió envenenado por el santo padre Benedicto IX.

SUMO SACERDOTE. Autoridad pontifical del religionismo mosaico o judaísmo ortodoxo. Cuando el judaísmo hierosolimitano evolucionó hacia el judeocatolicismo, en sus diversas sectas, el obispado de Roma, ya entrado el siglo VIII, quiso hacer de su obispo el sacerdote principal de su religión, pero, a pesar de que la tentación fue muy grande, no quiso utilizar para él el título de sumo sacerdote, por la connotaciones judías clásicas que tenía¹, por lo que se contentó con el título de sumo pontífice

o pontífice máximo, común a otras idolatrías. (Ver *Pontífice y Primado pontificio*).

¹ Objeción absurda: los elementos principales de la idolatría cristológica son cien por cien hebreos y su libro principal, los *Evangelios* –, que comprende las *Biografías de Jesús, Hechos, Cartas y Apocalipsis*, el conjunto de lo que puede llamarse *Buena Nueva*– en cierto sentido no es más que un refrito de algunos pasajes de la *Biblia* judía y elementos más o menos históricos robados al judaísmo ortodoxo.

SUSPENSIÓN. Sinónimo de censura eclesiástica. En una sociedad teocrática como la que pretenden imponer los reyes del Imperio Vaticano, la suspensión tiene dos vertientes. Por un lado, puede llevar a la privación de los beneficios de que goza un sujeto inscrito en el teofuncionariado cristológico. Por otro lado, y dependiendo de los concordatos entre el Vaticano y un país dado, la suspensión puede llevar a la privación de los beneficios sociales de que goce un individuo. En la actualidad, como el control de las sociedades escapa, al menos oficialmente, a sus manos, la suspensión se dirige a los cuadros ejecutivos del papismo y depende de los caprichos y arbitrariedades del obispo de Roma y de sus representantes, aunque su formulación ordinaria se encuentra en el denominado derecho canónico. La suspensión, total o parcial, puede afectar a los actos de gobierno, los actos mágicos culturales y sacramentales, y a las personas que los ejercen, desde el monaguillo más humilde al cardenal mejor situado. Al único que no afecta en la actualidad, es al obispo o papa de Roma, a pesar de que, hasta el concilio de Trento, es decir, durante más de mil años, dicho obispo o papa pudo ser suspendido por el colegio de los obispos o concilio –cortes generales del Imperio judeocatólico latino–, que había sido hasta entonces la verdadera autoridad de todo el judeocaticismo florromano imperial.

SYLLABUS. Palabra latina de origen griego, que tiene el significado de “índice de un libro”. En conjunto, el *Syllabus* es un catálogo de ochenta proposiciones que señalan los errores principales del siglo XIX, según el punto de vista del rey del Imperio Vaticano. La destrucción sistemática, por parte del papado, de toda doctrina que no se ciñera a su ortodoxia, y de todo pensador, intelectual, filósofo, o religioso heterodoxo, a lo largo de los siglos, llegó al culmen de la elaboración teórica con la publicación del *Syllabus*, documento en el que se recoge el derecho del obispo de Roma a erigirse como juez supremo de la conciencia humana. El *Syllabus* fue compuesto por los jesuitas por encargo de Juan María Mastai-Ferretti, papa Pío IX, cuya integridad mental quedó demostrada cuando se declaró infalible por necesidad. En él se recogen algunas condenas que dicho iluminado había ido expresando en varias alocuciones consistoriales, encíclicas y escritos. El *Syllabus* fue publicado el día 8 de Diciembre de 1864 junto a la carta¹ de protesta *Quanta cura*. En él se condena el panteísmo, el naturalismo, el racionalismo, la libertad filosófica, el indiferentismo religioso, la masonería, las sociedades secretas, el socialismo, el comunismo, y se anatematiza la soberanía del pueblo y el sufragio universal, etc. Al mismo tiempo defiende el derecho a la censura por parte de la nomenclatura cristológica y la corte del Imperio Vaticano; reclama el derecho de los príncipes mitrados a inmiscuirse en los asuntos políticos de los pueblos que constituyen las colonias de dicho imperio, exige el derecho del papado romano a los bienes materiales y su dominio sobre las cosas temporales. Clama por la inmunidad e impunidad eclesiástica, por el primado del obispo romano, por la capitalidad de Roma para el judeocaticismo mundial, y por el derecho de insurrección contra los gobiernos que no siguen la

política de dicho obispo, etc. Se defiende el poder temporal del obispo de Roma desde el punto de vista histórico, teológico-canónico, político-social, jurídico, y condena "la iniquidad revolucionaria". En resumen, el *Syllabus* constituye la defensa del poder tradicional del papado, puesto en entredicho y sacudido por los avatares de la historia, y condena todos aquellos movimientos e ideas que hicieron y hacen tambalearse dicho poder. Sigue, pues, en la línea de permanente oposición hacia todo movimiento cultural independiente, se opone a la libertad religiosa, a la libertad de cultos, a la libertad de opiniones, a la libertad de enseñanza, y a la libertad de imprenta (Proposición LXXIX). En último término defiende la vuelta a la edad gloriosa del papismo y de su imperio, en donde el poder y la prepotencia del obispo de Roma eran absolutos; recurre a la imposición de la ignorancia como bien ineludible de la naturaleza humana y de la sociedad; exige el control de la conciencia de los individuos y de los pueblos para someterlos a su talón. Manifiesta su derecho a determinar cuáles deben ser los pensamientos que ocupen la mente del hombre y las lecturas que alimenten sus conocimientos, por lo que exige la imposición de la censura oral y escrita, de cátedras y publicaciones. Clama por la vuelta al Medioevo, en donde la voluntad del papa era ley, y en donde su brazo alcanzaba los confines más recónditos de la mente humana. El *Syllabus* constituyó, en el siglo XIX en el que fue publicado, el exponente más claro de la dudosa ética papal, y el testimonio más perfecto de su sistemática oposición a la verdad y a la felicidad del individuo y de los pueblos. Las consecuencias de esta publicación fueron negativas, no tanto para los humanistas, que, a pesar de los frenos de las idolatrías de todo credo y la especial del teísmo cristológico, seguía caminando en busca de su fe-

licidad, madurez y emancipación, cuanto para el mismo judeopapismo y sus teístas, pues demostraba su falta de moralidad, la del credo que ofrecía y la falsedad de sus raíces. Ante las groseras interpretaciones de la historia y las burdas aspiraciones de dominio que exigía, la legitimidad del papado desaparecía por completo. Siendo tan evidente la falta de credibilidad del obispo de Roma, la iglesia no podía avalar los *Evangelios*, con lo que la autoridad de éstos caía por los suelos sin necesidad de llegar a un análisis interno, como el ofrecido por algunos autores e historiadores. Pero si los textos evangélicos no podían ser avalados por la Iglesia, ésta lo era aún menos por los *Evangelios*, cuyo contenido había sido determinado por la misma iglesia. Las eternas pregunta ¿qué fue antes la Iglesia o Cristo?, ¿el papado o Jesús? se resolvían definitivamente a favor de la Iglesia y del papado, que fueron quienes fabricaron a Cristo y la figura de Jesús en función de sus intereses y a su medida, hecho que por otro lado demuestra la historia. El *Syllabus*, con su sarta de sandeces, pretensiones y absurdos, con su añoranza de las épocas gloriosas ya perdidas, era un aviso para todas las mentes despiertas de la época. Si, contra toda evidencia, el papado insistía en ofrecer la mendacidad y la mentira por encima de los hechos históricos, ¿qué no habría hecho cuando su poder omnímodo y absoluto, apoyado en las armas del Imperio Romano o del carolingio y el de los reyes filopapistas de toda laya, le permitió la destrucción impune de todos los hombres, documentos, libros y testimonios que pudieran oponerse a sus pretensiones? ¿Qué no habría fraguado cuando la falsificación o confección de cualquier documento que apoyara su causa se juzgaba oportuna y necesaria y podía hacerla con toda impunidad y estaba justificada por el mismo dios en la Tierra?

 1 Encíclica, en argot sacristial.



TASAS, Libro de las. (*Taxae Cancellariae Romanae, Taxae Sacrae poenitentiariae Apostolicae*). Libro¹ en el que el obispo de Roma y rey del Imperio Vaticano publicaba las tarifas a pagar por los diversos pecados cometidos². El pago de los precios establecidos perdonaba automáticamente cualquier infamia. Entre los pecados que estaban tasados en el libro mencionado se encuentran: el haber abusado de una mujer en un templo o capilla, el que un sacerdote haya hecho un casamiento clandestino, el de un sacerdote que vive con una barragana o concubina, el incesto con la propia madre o hermana, etc.; la violación, la revelación de la confesión, el homicidio entre laicos, el asesinato de un laico por un sacerdote, el aborto producido por las palizas de un marido a su esposa, el abortar, el delito de un sacerdote que procura y participa en un aborto³, el parricidio, el fratricidio o el asesinato de la propia mujer, etc. (Ver *Anexo Séptimo. Pagar para pecar. El libro de las Tasas*).

¹ Son varias las ediciones. Dom Jacobus, en su obra *Esa Iglesia que tú no sabes, esa iglesia que te ocultan*, citando la edición de 1651, hace mención de algunas de los crímenes e indecencias que se contemplan en dicho libro.

² Según algunos testimonios, nunca faltaron las tasas por los pecados por cometer, pago que perdonaba cualquier crimen, asesinato, incesto, violación o infamia que se cometiera en el futuro, posibilidad que, lógicamente, sólo estaba a disposición de las bolsas principescas y reales.

³ Llama la atención la oposición que la corte del Imperio Vaticano y su teofuncionariado ofrecen, en la actualidad, a la libertad del aborto, cuando su papadiós y la nomenclatura cardenalicia y mitrada, en otros siglos, eran los primeros que lo fomentaban –perdonaban–, siempre que se pagara bien pagado, y cuando ellos mismos, en conventos, residencias y colegios hicieron y hacen abortar a sus religiosas y otras mujeres para evitar el escándalo.

TEBALDO BOCCADIPECORA. Papa Celestino II. Tebaldo Boccadipecora, (Theobaldus Buccapecus) sucedió a Guido de Borgoña, papa Calixto II, en el año 1124, gracias a la influencia de la familia de los Pierleoni, en lucha contra los Fraghipane, y el apoyo incondicional del cardenal diácono Jonatghan, amigo íntimo de los Pierleoni. Los Fraghipane, no se dieron por vencidos, porque apenas Tebaldo se había colocado la corona mitral en la cabeza, se presentaron con armas en las manos, y el cardenal Aimerico a la cabeza, en el Laterano, en donde lo sorprendieron, y lo obligaron a firmar su renuncia al codiciado trono. Celestino II, con los argumentos que traían en la mano, firmó lo que quisieron para evitar lo peor, pero en las luchas y matanzas que se organizaron después de la firma, quedó malherido. Los partidarios de los Fraghipane, con el documento en la mano, proclamaron a Lamberto Fagnano, nacido en Imola, y obispo de Ostia, nuevo obispo de Roma. A pesar de todo, parte de los cardenales reunidos

en el cónclave consideraron a Tebaldo Boccadipicora verdadero papa, y a Honorio II un usurpador. Celestino II moriría, a los pocos días, a consecuencia de las heridas provocadas, y su pontificado se dio por perdido en las listas oficiales del papado romano: algunos listados ni siquiera lo señalan como antipapa.

TEÍSTA. Antihumanista. Persona que niega y combate el humanismo y el naturalismo, la razón, la lógica y el sentido común, para refugiarse en el mundo onírico de los desvaríos mentales. Se opone a la concepción realista y física del Universo, la evolución de la materia física y orgánica, para refugiarse en el magismo, lo sobrenatural, lo metamaterial y las divinidades nacidas y creadas por la ignorancia, el miedo y el terror provocados por las causas inexplicables que envolvieron la infancia del hombre. Los teístas constituyen el magma en que aparecen, crecen y se desarrollan los teofuncionarios de las divinidades que se crearon, se crean y se crearán, incluidas las divinidades bíblicas y evangélicas de las que se sirvieron los reyes del Imperio Vaticano para establecer su dinastía. (Ver *Humano humano y Hombre teísta*).

TELESFORO EL GRIEGO. (*Pertenece a la leyenda*). Obispo de Roma, más conocido por papa Telesforo. Las cronologías míticas de los obispos de Roma, le dan una vida tan legendaria como inverificable¹, diciendo de él que habría nacido en Grecia, siendo hijo de un hombre denominado Pastor, y sucedido en el obispado de Roma a Sixto el Romano, papa Sixto I, santo, gobernando la supuesta diócesis del año 125–136². Unas crónicas, atribuidas a Eusebio, afirman que fue martirizado en tiempos de Antonio Pío. La curia romana tiene, con todo, la prudencia de reconocer que las decisiones culturales

de este obispo, encontradas en el *Liber Pontificalis*, son falsas. Como remate de una vida tan evanescente, fue colocado en el empíreo judeocatólico y honrado con el título de santo.

Su sucesor en la, entonces, inexistente diócesis romana fue Higinio el Ateniese, papa Higinio (136–140).

¹ Un historiador, tan poco sospechoso de heterodoxia, como es Giuseppe Arenti, en su obra *Tutti i Papi*, traducida al español por el presbítero Cipriano Monserrat, y censurada por Bernardino Llorca, S. J., afirma, al hablar de Telesforo, “De este papa, al igual que de sus predecesores inmediatos, no registra la historia ningún hecho importante.” ¿No es importante su propio martirio, tantas veces aducido como testimonio primordial de la verdad de los contenidos por los que se muere? De haber escrito que de este hombre, sus predecesores y seguidores inmediatos no registra la historia nada, y no solamente nada importante, martirio incluido, tampoco hubiera faltado a la verdad.

² Según las versiones con el *Nihil Obstat*.

TEOBALDO VISCONTI. Papa Gregorio X. Nacido en Piacenza, fue elegido papa de Roma en Viterbo, en el año 1272¹, tres años después de la muerte de su predecesor, el rey Guy de Foulques, papa Clemente IV, debido a que los cardenales, que desde hacía tiempo eran los únicos electores de tales obispos, no se ponían de acuerdo. Teobaldo se encontraba, en aquel momento, en San Juan de Acre, Palestina. Fue más conocido por papa Gregorio X, y su labor a la cabeza de este obispado y como jefe “absoluto” del Imperio cristológico latino se manifestó por los esfuerzos que hizo para unir el judeocatolicismo latino, es decir las sectas obedientes a Roma, a las cuales él gobernaba, con el judeocatolicismo ortodoxo griego, pretensión que no llevó a ningún resultado duradero.

Predicó otra cruzada, y pidió a los reinos de Italia hombres y dinero. Convocó el sínodo de Lyon, que se inauguró a comienzos de marzo de 1274. Exigió que la

elección del obispo de Roma se hiciera a puerta cerrada, y que no se permitiera regresar a ningún cardenal al lugar en el que se tuviera cónclave en el caso de salir. Anatematizó la elección de Rodolfo de Habsburgo como emperador, pero dejó más que claro que no dudaría en reconciliarse con él, si le ofrecía la corona de Sicilia tras arrebatársela a Carlos de Anjou.

Entre sus excomuniones, que no podían faltar en la ambiciosa política de este obispo de Roma, se cuenta la que recayó sobre Florencia, que no respondió como él quería a sus exigencias militares y económicas.

Este hombre moriría a comienzos del año 1276, en Arezzo, cuando regresaba de la asamblea o sínodo de Lyon. Por los encomiables servicios prestados a la curia Romana, sus sucesores lo divinizaron y colocaron en el número de sus santos².

Su sucesor sería Pedro de Tarantasia, Inocencio V (1276).

¹ Hay autores que señalan el año 1271.

² No faltan quienes afirman que se quedó en el atrio del paraíso del judeocatolicismo latino, es decir, lo honraron únicamente con el título honorífico de beato.

TEODORICO, Pontífice judeocatólico.

Obispo de Roma, elegido a la muerte de Guiberto de Ravena, papa Clemente III, por los grupos que apoyaban al rey Enrique en contra de las facciones nacionalistas. Éstas, a la muerte de Eudes de Lagery, papa Urbano II, a finales del año 1099, habían escogido a Raniero Rainieri de Bleda, que tomaría el nombre de papa Pascual II. De Bleda, que había perseguido a Guiberto de Ravena, y que consiguió envenenarlo, perseguiría igualmente al papa Teodorico. Este último había sido elegido por los Colonna y otros nobles, en el monasterio de San Lorenzo.

Raniero, hombre práctico y sin escrúpulos, así como había conseguido eliminar

a Clemente III, se propuso, igualmente, eliminar a su sucesor, al que consiguió hacer víctima de una traición, y lo entregó a los Normanni, quienes lo recluyeron en la abadía de Caba dei Tirreni. Teodorico moriría, en dicha abadía en el año 1102. Siendo sus partidarios los perdedores en las luchas por el ambicionado trono e imperio, Teodorico fue otro de los papas y reyes pontificios incluidos en los listados de los antipapas. Su sucesor fue el papa Alberto de la Sabina, que apenas pudo mantenerse unas semanas en el cargo.

TEODORO DE FOCIO. Papa Teodoro II. Las noticias sobre este hombre, que sólo pudo mantenerse en el cargo 20 días, y que pudo haber sido asesinado sin escrúpulo alguno, como era habitual en las turbias aguas del obispado o papado de Roma, son imprecisas. La versión más común es que nació en Roma, de origen griego, siendo su padre un tal Focio. Se habría ceñido la tiara a finales del año 897, a la muerte de Romano, gracias a la ayuda del emperador Lamberto, y habría desaparecido de Roma y de la historia a las tres semanas justas de haber aparecido en ella. Ante la falta de datos fidedignos, por la destrucción de los documentos de la época o por otras causas, la leyenda se encargó de completar la vida y destino de este hombre, diciendo de él que, entre otras cosas, convocó un sínodo y rehabilitó la memoria del obispo de Roma Formoso, cuyo cadáver, durante su breve obispado, habían encontrado unos pescadores.

La corona o mitra, que de Focio tuvo que abandonar, pasó a manos de Juan de Tívoli, papa Juan IX (898–900).

TEODORO EL GRIEGO. Papa Teodoro I. Hijo de un obispo griego de Jerusalén, nació en esta ciudad hacia finales del si-

glo VI. Fue hecho obispo de Roma, por decisión de la corte bizantina, a la muerte de Juan el Dálmata, papa Juan IV, en el año 642, y por imposición directa del exarca Isacco, con la idea de que no se opusiera a los deseos de Bizancio. Sin embargo, hombre ambicioso, enérgico y autoritario, considerando que el emperador estaba lejos, se opuso a la política de la corte y condenó los movimientos judeocatólicos monotelitas, tan estimados por Bizancio. Su ambición y prepotencia afirmaron cada vez más las tendencias cismáticas del obispado de Roma, que ambicionaba el control de todas las sectas renovadas judías. Se opuso al patriarca de Constantinopla, Pirro, y a su sucesor Pablo II. Cuando Pirro cayó en desgracia, y pretendió encontrar ayuda en Roma, Teodoro lo recibió con buenas palabras, pero nada hizo por ofrecerle la ayuda que le pedía. Pirro, ante la actitud del obispo de Roma, trató de nuevo de congraciarse con el emperador a través de su exarca, y Teodoro, quitándose la careta, lo anatematizó con admirable encono y violencia, lo mismo que a Pablo II.

A pesar de los pronunciamientos de fe y de caridad cristológica con que suplicaban a los cielos, lo cierto es que el obispado de Roma y el patriarcado de Constantinopla, al igual que sus acólitos, se odiaron sinceramente, se traicionaron siempre que pudieron, y pretendieron solucionar con las armas lo que la razón y la cordura consideraban que no eran más que desvaríos de unas mentes desquiciadas.

Cuando Teodoro el Griego condenó a Pablo y a Pirro, el emperador Constantino (Constante), solidarizándose con sus patriarcas y, por otro lado, tratando de mediar en la situación, promulgó un escrito llamado *Typos*¹, con el fin llevar la concordia al judeocaticismo imperial. No fue posible. A Teodoro le faltó tiem-

po para condenar dicho escrito y afirmar que la sede romana era superior a cualquier sede, y su obispo era el único obispo ecuménico, y ello por designación de Cristo, como lo demostraba la sagrada escritura y la tradición.

Teodoro, ante la imposibilidad de controlar Oriente, trató, con mayor fortuna, de dominar Occidente, por lo que envió cartas y representantes a varios pueblos y países de Europa. En esta tarea y en la de desenterrar los cadáveres de varios mártires, le sorprendió la muerte (649). Su reinado había durado cerca de siete años. La diócesis y corona que él dejaba pasaron a manos de Martín de Todi, papa Martín I (649–655).

¹ Para evitar las discordias que envenenaban el religionismo cristológico, esta proclamación se remitía a las resoluciones de los santos padres del judeocaticismo sobre la encarnación del Verbo y prohibía añadir a los dogmas ninguna interpretación que no fuera patristica, bajo pena de caer en el juicio del dios trinitarios y atraer la ira del emperador.

TEODORO EL PRESBITERO. Conocido también por Teodoro el Arcipreste. Obispo de Roma, al que corresponde, en realidad, el nombre de papa Teodoro I Bis. Sacerdote judeocatólico, nacido en Roma, y escogido por el ejército, en el año 686, a la muerte de Juan V. El ejército, para asegurar su permanencia en el peligroso trono, se encerró en el templo de San Juan de Letrán, y no permitió que nadie se opusiera a su candidato. A pesar de todo, tuvo que disputar el ya más que ambicionado obispado, con el arcipreste Pedro (papa Pedro II), que había sido elegido por el clero, y contra Conon, escogido por parte del pueblo. Finalmente, la balanza se inclinó a favor de Conon, y tanto Teodoro I como Pedro II, tuvieron que renunciar a dicho obispado. La duración del pontificado de Teodoro fue tan efímera, que ni siquiera figuró en los

listados de los obispos de Roma denominados antipapas, aunque ha sido incluido en la actualidad en algunos listados¹, en pugna con Sergio de Palermo y Pascual el Archidiácono.

¹ El evanescente reinado de este obispo romano no está nada claro. Los listados papales, en función de las tendencias de sus autores, adelantan o atrasan la aparición de este hombre en la conflictiva diócesis. Algunos listados meridionales fijan su promoción a la muerte de Juan V, como se deduce de esta entrada, pero ciertos autores nórdicos colocan su aparición en escena un año después, a la muerte del obispo romano Conon (687), y disputando la tiara con Pascual I y Sergio I. Según estas versiones, el papa Sergio, al afirmarse en el trono, habría detenido a Teodoro, al que acusaría de mago, y lo habría envenenado en prisión, a donde lo habría arrojado.

TEODOSIO. (Flavius Theodosius). Emperador romano, nacido en el año 347, hijo del general Teodosio el Viejo. Ocupó el principado del año 379 al 395. No demostró ningún interés en mantener la integridad del Imperio que había recibido, sino que todos sus esfuerzos se centraron en el engrandecimiento del judeocatolicismo imperial. Con el edicto que publicó el 28 de febrero del año 380, hizo de este secta judía la religión única del Imperio. Intentó exterminar el judeocatolicismo arriano y maniqueo. A él se debe la convocatoria del denominado segundo concilio ecuménico, en la que integró las jerarquías de la sectas judeocatólicas, es decir, todo el teofuncionariado cristológico, en el orden civil imperial. La ofuscación que padecía lo llevó a agravar las penas contra los denominados herejes y apóstatas. Y, decidido a terminar con las religiones antiguas del Imperio, persiguió a todos los sacerdotes de las divinidades clásicas, con el fin de que se adorara únicamente al ídolo yahvídico, cristológico y paraclital. Prohibió, bajo pena de muerte, los oráculos y la asistencia a los antiguos cultos y an-

tiguos templos. Por si no era suficiente con las medidas tomadas para olvidar a los antiguos dioses clásicos, en el año 393, prohibió los Juego Olímpicos.

Es responsable, y quizás más que Constantino, del establecimiento de las bases para que la teopolítica trinitaria se perpetuara como el religionismo absoluto indiscutible del mundo latino, ya que, al equiparar a los obispos con los prefectos romanos –gobernadores de las provincias–, les dotó de las riquezas, poderes y posibilidades connaturales al cargo, poderes y riquezas que jamás quisieron perder, y a los que se agarraron como sanguijuelas a sus víctimas.

Teodosio promulgó hasta quince edictos encaminados a descubrir, procesar y ajusticiar a los denominados herejes, que eran todos los que no pensaban como él. Llegó a crear una magistratura de carácter excepcional, a los que se denominó inquisidores de la fe, que no imponían otra pena mas que la de muerte.

La ayuda prestada por este hombre al obispo de Roma fue excepcional, y a tanto llegó, que convenció a Graciano, emperador de Occidente, para que proclamara a dicho obispo como suprema autoridad de todas las iglesias de Occidente.

Murió en Milán, en el año 395. Los príncipes mitrados del judeocatolicismo filorromano imperial, y toda la corte vaticana, en agradecimiento a los servicios prestados, le honraron y honran con el título de Grande.

TEOFILACTO EL ARCHIDIÁCONO. Obispo de Roma, conocido como papa Teofilacto. Fue elegido a la muerte de Esteban II Bis, en abril del año 757, por los partidarios de una política armónica entre el obispo romano y el emperador de Bizancio. Sin embargo tuvo que disputar el ambicionado trono con el hermano de Esteban, Pablo, y los partidarios de éste,

los “bárbaros”. La guerra civil cristológica (cisma más o menos local) que se originó duró tiempo, pero la batalla definitiva la ganaron los partidarios de Pablo. Teofilacto fue despojado de la corona obispa romana, ignorándose qué fue de él y cómo terminaron sus días. Los historiadores papistas, para justificar los hechos, y habiendo tenido Teofilacto que renunciar a la tiara imperial, lo declararon antipapa, mientras que otros simplemente lo ignoran.

TEOFILACTO EL NIÑO. Papa Benedicto IX. Una vez más, el Espíritu Santo, a la muerte de un obispo de la antigua ciudad del Tíber, en este caso a la muerte de Romano de Túsculo, papa Juan XIX, en el año 1033, escogió para ceñirse la tiara nada menos que a un niño, llamado Teofilacto¹, de la familia de los condes de Túsculo, e hijo del cónsul Alberico III. El portentoso y sorprendente milagro tuvo lugar en el año 1033, con una aquiescencia absoluta de todos los electores, que lo designaron mientras guardaban en sus bolsas el precio recibido por sus votos, elección que fue aceptada por el emperador alemán Conrado II. Era uno de tantos miembros de la familia de los condes de Túsculo consagrados para regir los destinos del judeocatolicismo imperial latino. Teofilacto estuvo a la altura de su papel, y las connaturales cualidades del papado se hicieron más evidente todavía, para algunos críticos, que no dudaron en afirmar que las indecencias y depravaciones que crearon el papado –lo mantuvieron y mantienen– alcanzaron alturas sublimes. Pero ahí donde los críticos no ven más que la corrupción humana, un creyente no ve más que la acción del ídolo Yahvé–Cristo–Espíritu Santo, tanto más divina cuanto más corrupta, lo que confirma su carácter celestial.

Teofilacto el Niño tuvo que luchar contra sus enemigos, con gran peligro de su vida, pero salió victorioso gracias a las espadas de sus partidarios tusculanos. Los Crescencios, sus enemigos más encarnizados, no cesaron en su empeño y, tras muchos esfuerzos, en el año 1035–6, si no logran matarlo, consiguen, amotinando al pueblo, hacerlo huir. Se refugió en Cremona, junto al emperador. A partir de este momento las crónicas se hacen confusas y aun contradictorias y los hechos tienen visos de romance de ciegos. Los romanos nombraron entonces obispo a un hombre llamado Juan de Sabina, que se ciñó la tiara con el nombre de pontífice Silvestre III. Éste aprovechó para excomulgar a Benedicto IX. Sin embargo, en el año 1038, Teofilacto el Niño volvió triunfante a Roma y el sumo pontífice Silvestre III tuvo que huir para salvar la piel, ya que no pudo salvar la tiara, que se la ciñó de nuevo Benedicto. Teofilacto lo primero que hizo fue excomulgar, a su vez, a Silvestre III. Pasan los años y, hacia 1044, el pueblo llano, harto nuevamente de Benedicto, lo expulsa de la ciudad, que cayó, otra vez, en manos del Silvestre III. En Mayo de 1045, Benedicto consigue de nuevo la tiara pero, dándose cuenta de que los tesoros acumulados en los palacios papales se habían esfumado, pues tan indecente como él era Silvestre, decidió vender la ambicionada corona imperial al mejor postor. Un primer comprador fue un prelado, llamado Juan, experimentado en las artes mágicas, conocido con el nombre de papa Juan XX. Apenas aguantó en el cargo cuatro meses, siendo ignorado en lo sucesivo. El arcipreste Giovanni Graciani ofreció una fuerte suma a Benedicto, y la corona pontifical pasó al nuevo comprador, que se la ciñó con el nombre de papa Gregorio VI (en realidad Gregorio VI Bis). Mientras tanto, para complicar las

cosas, el emperador Enrique III, hijo de Conrado II, llegó a Italia y, en la ciudad de Sutri, en el año 1046, convocó un concilio o asamblea general con el fin de eliminar a todos los papas en circulación. El concilio, por orden del Emperador, nombró obispo de Roma a Suidger de Morsleben², que tomará el nombre de papa Clemente II, por lo que Roma contó con cuatro papas en ese instante y antes de que se materialice la renuncia o la deposición de los anteriores. Los tusculanos dejaron obrar al emperador y su séquito, sin alterarse lo más mínimo, esperando que Enrique III abandonase Roma. Suidger de Morsleben, viendo lo que le esperaba, y a instancias del emperador, regresó con él a Alemania. La muerte le sorprendió fuera de su antigua diócesis, en octubre de 1047, y nadie dudó que murió envenenado por los partidarios de Benedicto IX. En el año 1048, mientras un cónclave se reunía para elegir un nuevo obispo de Roma, y los legados imperiales imponían la elección del obispo de Brixen, Popponio, como nuevo papa, que tomó el nombre de Dámaso II, Benedicto IX hizo su aparición y, despreciando los compromisos de sus ventas, las decisiones del concilio y las expectativas del cónclave, reclamó la ambicionada corona, que se ciñó con entera libertad y complacencia. Dámaso II, apenas tuvo tiempo de saberse elegido, pues a los 25 días de su nombramiento, murió, y todos los dedos señalaron a Benedicto IX como autor de esta nueva y fulminante muerte. Benedicto no tuvo reparo en colocarse la irresistible tiara una vez más. El resultado final fue que el emperador, decidido a terminar con el juego de los condes de Túsculo, obligó a Teofilacto a abandonar la tiara, y éste terminó retirándose a su castillo de Túsculo. Otros afirman que se retiró al monasterio de Grottaferrata, cerca de Frascati, en donde habría sido

sepultado. Su muerte debió de ocurrir entre los años 1050 al 1055, cuando apenas tenía 35 años de edad.

La ambicionada tiara pasaría a ceñir las sienes de Bruno de Egisheim–Dagsbourg, papa León IX (1049–1054).

¹ Se llegó a afirmar que sólo tenía 12 años cuando se ciñó la imperial tiara, extremo llamativo; pero lo que sí es cierto es que era un joven sin experiencia, en manos de su padre.

² También conocido por Snigero, obispo de Bamberg.

TEOFILACTO TUSCULANO. Papa Benedicto VIII. Historiadores como Lachatre aseguran que, a la muerte de Pedro Bucca Porca, papa Sergio IV (1009–1012), fue elegido obispo de Roma Teofilacto Tusculano, que se ceñiría la tiara imperial con el nombre de Benedicto VIII, y que fue destronado por el pueblo romano, que no pudo soportar sus indecencias. En su lugar eligieron a Gregorio de los Crescencios, que subió al peligroso trono con el nombre de Gregorio VI. Teofilacto acudiría al emperador, y terminaría ocupando el trono perdido. Pero otros historiadores, entre los que se encuentra Claudio Rendina, afirman que el primer elegido fue Gregorio de los Crescencios, que tuvo que enfrentarse con la facción de los Tusculanos, que había escogido a Teofilacto. El recurso al emperador se saldó con el derrocamiento de Gregorio VI, que cayó en el olvido.

Fuesen los que fuesen los prolegómenos de su pontificado, Benedicto, seguro ya en el escurridizo trono obispal romano, con la ayuda de sus hermanos Romano y Alberico, se dedicó, con todos los medios a su alcance, a fortalecer los Estados Papales y a dar rienda suelta a sus ambiciones y venganzas.

Ante las amenazas del Islam, no tuvo inconveniente en ceñir su armadura y, espada en mano, luchar contra los “infeles”. Se afirma de él que mandó decapitar a gran número de judíos ortodoxos, por-

que el viernes santo celebraban sus ceremonias en la sinagoga.

En el año 1020, ante el miedo a un ataque del emperador bizantino, por su ayuda a los griegos, Teofilacto se trasladó a Alemania con el fin de reclamar la ayuda del emperador nórdico.

Reunió un sínodo en Pavía en el que prohibió al clero, tanto secular como regular, casarse o tener concubinas, declarando a sus hijos siervos (esclavos), aunque las madres fuesen libres, y solicitó del emperador Enrique, que confirmara estos decretos.

Su pontificado fue agitado, no exento de peligros mortales, pero se mantuvo en el trono clerical, contra viento y marea, hasta junio de 1024, en que lo sorprendió la muerte. Tras su desaparición, según el parecer de la mayoría de los historiadores, se aceleró la decadencia del papado romano. Su hermano Romano sería quien se ciñera la tiara, con el nombre de papa Juan XIX (1024–1032).

TEOFUNCIÓNARIADO. (Ver *Psicoteofunciónariado*).

TEOFUNCIÓNARIO. (Ver *Psicoteofunciónario*).

TEOPOLÍTICA. Palabra que expresa la naturaleza política de todo religionismo y teologismo. Por definición, si no toda política¹ es teología, sí toda teología es política. Cualquier sistema psicoteológico, cualquier concepción socioteológica, por su misma esencia, es política. El judeocatolicismo imperial triunfante, Imperio Vaticano o judeocatolicismo papista, constituye, por encima de todo, un entramado político que, por su misma naturaleza, resulta ser un sistema de carácter monárquico, absolutista, totalitario, dictatorial y sacralizado, con el obispo de Roma –ser divinizado por la

insensatez humana y Juan María Mastai-Ferretti, que lo declaró infalible– a la cabeza del mismo. No hay acción impuesta por el rey del Imperio Vaticano, papadiós en la Tierra, que, bajo la disculpa de su trascendencia metahumana, no constituya una acción cien por cien política. Su mismo nacimiento, desarrollo y pervivencia fue pura política, como también lo son, en esencia, sus objetivos: la expansión del imperio que gobierna, el dominio del mundo, y el control de los pueblos y las conciencias².

¹ Que no toda política sea teologismo está por ver. Los sistemas políticos, monarquía, dictadura, fascismo, comunismo, socialismo, democracia, federalismo, etc., tal y como se han manifestado hasta el presente, se imponen en nombre de principios y concepciones sociales que son considerados y venerados como sacrosantos, insoslayables e inamovibles, es decir, que terminan siendo deificados.

² Con la disculpa de lograr la mundialización del reino de Cristo, que es el suyo.

TEORRACISMO. Elemento fundamental en la gran mayoría de los teísmos monolátricos y, sobre todo, monodivinos, pues suelen ser excluyentes. Los reyes del Imperio Vaticano, herederos directos de sus padres judíos, unieron al racismo tradicional hierosolimitano y mosaico¹, el odio provocado al tener que demostrar que ellos, los judeocatólicos imperiales (erróneamente llamados cristianos), nada tenían que ver con los judíos mosaicos y hierosolimitanos (los verdaderos cristianos), con los cuales se los confundían. De aquí que se dedicaran a degollarlos en aquellos lugares en que los encontraban y a apropiarse de sus riquezas y bienes. Para hacerlo con mayor facilidad y sin escrúpulo alguno acuñaron para sus padres la acusación de deicidas. El teorracismo está impuesto por el dios Yahvé–Cristo–Espíritu Santo en la *Biblia*, y su avatar Jesús lo predica en los *Evangelios*.

El judeocatolicismo general no solamente se dedicó exterminar a los judíos sino que, tras su reconocimiento y el apoyo de Teodosio, Justiniano y otros emperadores, se dedicó a masacrar a los seguidores de otros dioses o ídolos que no fueran los cristológicos–yahvídicos–paraclitales, apoderándose a la vez de sus riquezas y templos. Y cuando los dioses clásicos romanos fueron borrados del panteón, y se impusieron como únicas divinidades los ídolos trinitarios judeocatólicos, los presbíteros y obispos de la nueva y vieja religión más favorecidos por los avatares de la historia se dedicaron a destruir a todos los grupos que pudieron hacerles sombra, degollándose entre ellos en función de las tendencias que demostraban los distintos emperadores. Se acuñaron los términos de herejía para hacerlo con más libertad. Con lo cual se demostró que los monoteísmos son criminales por esencia y vocación, como lo había demostrado el judaísmo siempre, lo demostraba hasta la saciedad el judeocatolicismo y lo demostró, en su tiempo el islam, secta, como las dos anteriores, abrahámica también. Además se demostró, como ya lo había hecho el judaísmo, que su querencia hacia el crimen se manifestaba, con mayor encono, contra sus propios miembros, como por otro lado ponía en evidencia la propia *Biblia* y la historia de la incipiente y vieja secta católica.

Cualquier teísmo es proselitista, pero el monoteísmo lo es compulsivamente, por lo cual se cree en la obligación de imponer su credo y sus ídolos a los demás, al precio que sea. Es, por lo tanto, cien por cien imperialista, ya que los dioses ajenos le hacen la competencia, por lo que no queda otro remedio que destruirlos. Pero el mejor modo de destruir los dioses ajenos es el de destruir a sus adoradores, por lo que el masacrar a éstos se convier-

te en una obligación. El teorracismo, que exige claramente la delimitación y las fronteras de las creencias, es criminal por necesidad, como lo demostró el judaísmo cuando pudo hacerlo en la antigüedad, y como lo está demostrando en la actualidad. Y como lo ha demostrando el judeocatolicismo, papista o no, a lo largo de mil quinientos años largos de existencia. El resultado de todos sus crímenes es la toma de conciencia del poder, el uso del poder y la exclusiva del mismo. Por su ejercicio las riquezas de los paganos pasan a sus bolsillos, y las de los herejes, disidentes e insumisos también. Además, para los “paganos”, “apóstatas”, “descarriados” y humanistas², aparte de la tortura y la muerte, que nada arreglan en ocasiones, existe la esclavitud, que, con frecuencia, es más productiva. La relación entre el teorracismo y los reyes del Imperio Vaticano, es evidente. Gracia al primero, los obispos de Roma, organizaron guerras, protagonizaron todo tipo de crímenes, asesinatos y genocidios, reclamaron territorios, usurparon poderes, acumularon riquezas. Gracias a su intransigencia, heredada de los judíos, conquistaron pueblos, ciudades y naciones y exigieron impuestos y gabelas. Y gracias al cinismo y a la hipocresía de que hicieron gala, desplegaron, cuando no les era posible recurrir a las armas, un ejército de invasores de crucifijo y cogulla, llamados misioneros, para conquistar, por la infiltración insidiosa, aparentemente pacífica, los países codiciados. El imperialismo religioso, que en realidad oculta el imperialismo económico más indecente, fue una constante en su trayectoria histórica; en él se encuentra la razón de su pervivencia.

En la actualidad, cuando los papas, y el teofuncionariado cristológico no pueden degollar abiertamente a quienes no piensan como ellos ni adoran a sus feti-

ches, se contentan con obstaculizar su entrada en los países en que dominan, mientras exigen la libertad religiosa en donde se les niega la entrada.

¹ Se impone no olvidar nunca el origen judío del racismo cristiano (judeocatólico).

² Personas no contaminadas con ningún teísmo.

TEOSIS. Palabra de origen griego que tiene el significado de deificación. A pesar de que no quiera reconocerse, es el proceso de divinización de todo lo humano y, por lo tanto, resulta ser un sinónimo de santificación. No hay que olvidar que el proceso de santificación, tan en boga dentro del judeocatolicismo papista, no es más que un plagio de las costumbres orientales y, más próximo a nosotros, de la costumbre romana de deificar a los hombres más destacados y, sobre todo, a los emperadores, que en ocasiones fueron deificados aun en vida. Algunos estudiosos ven en la teosis el grado más alto de santificación, aquél en el que el individuo santificado se funde con la divinidad, lo que para otros resulta ser un desvarío más de una mente ya trastornada por su misma psicosis o un reclamo elaborado por la bribonería de unos tahúres o mafiosos mitrados, consagrados por la estulticia humana.

TERRITORIO ECLESIASTICO. En el Imperio Vaticano, este territorio está dividido en países sujetos firmemente a la corona absolutista del obispo de Roma –única realeza electiva que permanece en la actualidad en todo el mundo occidental¹–, llamados territorios de derecho común y países en vías de colonización o apropiación, conocidos con el nombre de territorios de misión. Los primeros están gobernados por los príncipes mitrados, y sus funciones y atributos están codificados en el Derecho Canónico, con el fin de hacer más viable su gobierno y la explo-

tación parasitaria del territorio. Suelen dividirse en provincias, diócesis, abadías, parroquias, etc., y están controlados por la denominada Sagrada Congregación Consistorial. Los denominados países de misión, son la gran esperanza de la corona vaticana y sus ansias compulsivas imperiales, pues espera ejercer en ellos un parasitismo rejuvenecedor, tan necesario para las arcas de la nomenclatura cardenalicia, el rey del Imperio y, en general, para todo el teofuncionariado occidental, carcomido ya por la polilla y la decrepitud. La teogerontocracia vaticana, como vampiros compulsivos, espera sedienta la sangre joven, impoluta, a la que inocular el dogmatismo clerical con el fin de que se conviertan en misioneros en los territorios de derecho común, quienes, hastiados ya de la monarquía papal y el judeocatolicismo, desprecian la idolatría cristológica y pontificia.

¹ Algunos observadores ven en el general de los jesuitas, por su carácter absolutista y vitalicio, otra monarquía electiva como la del obispo de Roma. No es de extrañar, por ello, que el general de los jesuitas sea llamado papa negro.

TIARA. Palabra de origen persa con la que se designaba la corona de sus reyes y las de otros sátrapas o jercas orientales. Del Oriente lejano y del Oriente Medio pasaron al judaísmo creencias, mitos, ideas religiosas, textos, oraciones, plegarias, ídolos y dioses, objetos culturales, conceptos y abstracciones; del judaísmo ortodoxo pasaron al judaísmo heterodoxo y al judaísmo filorromano imperial triunfante y, a través de éste, al judeocatolicismo papista, siendo utilizados por éste último con nuevas transformaciones. Entre los objetos tomados de Oriente y Persia, vigentes en el papismo, se encuentran la mitra y la tiara. Pero tuvieron que pasar los siglos antes de que estos dos signos de poder entraran en

uso. La mitra fue la primera adquisición, que todavía se mantiene, pues es el gorro distintivo de los obispos que gobiernan las provincias del Imperio Vaticano. La tiara, aunque de creación más tardía todavía, constituye la corona del obispo o papa de Roma y rey del Imperio Vaticano. Sólo cuando la ambición del obispo de Roma comenzó a manifestarse abiertamente, a partir del siglo VI, la mitra, más o menos común a todos los obispos occidentales, se le hizo pequeña y en la medida en que crecía su poder y su ambición, soñó con otros distintivos más excepcionales. El obispo de Roma comenzó adoptando la tiara, una especie de gorro alto, cilíndrico en la base y de casquete esferoidal o cónico en su parte alta¹, rematado por un fetiche cruciforme de oro y piedras preciosas. En un principio dicho gorro sólo llevaba una corona. Mas en la medida en que crecía el poder del dicho obispo fue creciendo su ambición, y la necesidad de añadir a la primera corona una corona más y aun una tercera para demostrar que su omnipotencia, reflejo de su poder temporal, espiritual y divino, era absoluto, y, lo que era más importante, que él, teogólatra celestial, como Cristo, era el rey de reyes, el señor de los señores, a quien le debían obediencia y pleitesía todos los reyes de la tierra y todos los pastores religiosos, y aun los monarcas del cielo. La tiara de tres coronas, si es el símbolo de las dos espadas, la material y la espiritual, lo era también de la justicia divina, por el obispo romano ejercida². Pero sobre todo, la tiara constituye el símbolo y la expresión de la estulticia humana, de la mendacidad del hombre, de la debilidad mental de quien se la ciñe y de quien la venera, de quien la ensalza y la envidia, de quien la sacraliza y pondera, y una muestra dolorosa de la prepotencia, orgullo y vesania de quienes la confeccionaron.

¹ Antes de elevar el judeocatolicismo a la religión del Imperio, y según las propias palabras y doctrinas del papado romano, no hubo necesidad de signos distintivos, como tampoco hubo necesidad de templos, puesto que el dios o ídolo Yahvé–Cristo–Espíritu Santo, en su encarnación Jesús, sólo pedía ser adorado con el corazón y nunca en templos ni en público. Sólo cuando el dinero llovió a manos llenas de la corte imperial a los pastores y jefes judeocatólicos, debió de sentirse la necesidad de tener templos, de copiar los actos culturales de sus padres judíos y los de las antiguas religiones del Imperio, y hacer más solemnes sus ritos de iniciación, lo mismo que a diferenciar los grados de diácono, presbítero y pastores que se fueron creando. La mitra debió de ser adoptada mucho después y debió de estar a disposición de todos los jefes de la comunidad que quisieran utilizarla. El uso de la tiara por parte del obispo de Roma sólo pudo hacerse cuando éste ya había comenzado su ambiciosa carrera hacia el liderazgo absoluto, y había comenzado a distinguirse de los demás obispos, lo que no pudo ser antes del siglo VIII, o quizás más tarde. Se sabe, con una cierta seguridad, que hasta el siglo IX no tuvo más que una corona, que se atribuye a Nicolás el Patricio, papa Nicolás I; a mediados del siglo XII se adorna con la segunda, colocada por Gerardo de Borgoña, pontífice Nicolás II, y en el siglo XIV, el rey del Imperio Vaticano Jacques–Arnaud d’Euse, papa Juan XXII, debió de poner la tercera. Las tres coronas áureas se añadieron a medida que el poderío de la curia romana y, sobre todo, el orgullo y prepotencia de sus obispos o papas alcanzaba las cotas de soberbia divinas que refleja la historia.

² Algunas personas, no exentas de escrúpulos o de una visión más evangélica, han tratado de suavizar la vergonzosa y penosa manifestación de enajenación que expresa la tiara vaticana y sus coronas, y el hecho de haber sido fabricada con los metales más caros y las piedras preciosas más estimadas que encontrarse pudiera, diciendo que era manifestación de la humildad de quien es –se autotitula– “el último criado de los criados de Cristo”, el papa, que se ve obligado a aceptar, contra su voluntad, un gorro que es el destinado a Cristo triunfador (1). Esta forma de argumentar, tantas veces utilizada por la curia romana y sus turiferarios, justifica la afirmación de que cuando un pobre se muere de hambre por falta de recursos está confirmando su exceso de riquezas.

(1) No existe ningún lugar en los *Evangelios* y, más concretamente en las *Biografías nicenas de Je-*

sús, en el que su protagonista, exija que se le entregue una corona de oro para exaltar su realeza. Es más, a juzgar por los contenidos evangélicos, la tiara expresa una burla vergonzosa hacia Cristo y un insulto humillante hacia él, pues si algo ciñeron sus sienes, según los textos mencionados, fueron las espinas de una corona que se le impuso antes de llevarlo al patíbulo.

TIERRA, Antigüedad de la. Siempre constituyó una tentación para los jerarcas tiaralizados del imperio judeocatólico y su teofuncionariado, en todas sus sectas, ramas y derivaciones, fijar, con la mayor precisión posible, no solamente la cronología de la Tierra, sino la fecha exacta de su creación, y, con ella, la del Universo entero, que coinciden totalmente. Para ello, nada mejor que atenerse a la infalibilidad papal. Ésta, ateniéndose a la *Biblia* y a los *Evangelios*, dictaminó que el Universo mundo tenía una antigüedad de 4000 años. Esta cifra se refiere a la existencia del Universo antes del cómputo actual. Puede extenderse, en función de los autores, pero resulta siempre la más común, y la sacralizada por la infalibilidad pontificia.

Los cálculos, ofrecidos por la crítica interna bíblica vinieron a confirmar los años que la sabiduría divina del papa había adelantado. El empeño no era banal, puesto que ya había sido estudiada su antigüedad por Orígenes, Lactancio, Clemente de Alejandría y, en general, por los llamados Santos Padres de la Iglesia, que dieron unas fechas que giraban en torno a los seis mil años, lo que demostraba que ninguno de ellos contaba con la infalibilidad. El mismo Agustín de Hipona, menos versado en cronologías, afirmó que el Universo tenía una antigüedad de 4000 a 6000 años; ambigüedad y tolerancia que expresaba una falta de precisión absoluta, cosa natural, por otro lado, cuando su especialidad era la naturaleza trinitaria y asuntos de más enjundia. A pesar de todo, el de Sagasta, como

tenía tendencia a pontificar e imponer su criterio, aseguró que era una herejía afirmar que el Universo era más antiguo. Isidoro de Sevilla, fue de este parecer, y sus cálculos le confirmaron dichas fechas. Vicente de Beauvais, en su *Speculum historiae*, demuestra, con todo tipo de argumentos, que el Universo mundo tenía una antigüedad de 4000 años en el inicio de la era común. En el siglo XVII, John Lightfoot, autoridad de la universidad de Cambridge, y una de las personas más versadas en lengua hebrea, precisó todavía más la fecha y afirmó que la creación del Mundo y del Universo había tenido lugar el 23 de octubre del año 4004 antes de Jesucristo, a las nueve y media de la mañana. En los tiempos modernos, Sidney Colley, con su obra *The Scripture of truth*, publicada en el año 1906, y que mereció el aplauso de todos los príncipes mitrados del judeocatolicismo imperial, confirmó científicamente lo que los papas habían declarado infaliblemente y los fundadores de la secta judeocatólica habían calculado: la Tierra tenía una antigüedad total de 6000 años, desde su creación hasta el siglo XX.

TIERRA, Movimiento de la. El papa Alejandro VII, en el ejercicio de su infalibilidad pontificia, todavía por descubrir por Juan María Mastai-Ferretti, papa Pío IX, pero no por ello menos real y operante desde Simón Pedro, condenó por medio de un decreto, titulado *Speculatores*, en el año 1664, toda creencia en la teoría de que la tierra era móvil y que giraba alrededor del Sol, prohibiendo igualmente la enseñanza y divulgación de la misma. La sabiduría divina había escrito en la *Biblia* que el sol se detuvo por necesidades estratégicas para Josué, y si se detuvo era porque daba vueltas alrededor de la Tierra. Alejandro VII se limitó a ser consecuente con las enseñanzas bíblicas y

la lámpara maravillosa de la fe de la que hablará el concilio Vaticano II.

TISSERANT, Eugène. Príncipe mitrado y capelizado francés. Nació en mayo de 1884. En 1907 le dieron el diploma de sacerdote o hechicero judeocatólico papista –ordenación, en jerga sacristial–. Gran aficionado a las lenguas orientales, pronto destacó por su capacidad en este campo. En el año 1936, el papadiós y rey divino y obispo de Roma Ambrosio Damián Aquiles Ratti, pontífice Pío XI, le dio el título de príncipe cardenalicio. En el año 1937, el mismo monarca lo nombró obispo de Ostia. De 1936 a 1959, fue secretario de la congregación para la Iglesia Oriental. De 1959 a 1971, en que se retiró, estuvo de bibliotecario y archivero del Vaticano. A la muerte del rey divino Aquiles Ratti, Pío XI (1922–1939), que lo tenía en gran estima, fue el único cardenal que se opuso a la elección de Eugenio Pacelli como obispo de Roma y rey del Imperio Vaticano.

En el año 1941, Pacelli, que tuvo conocimiento de los planes de Hitler para invadir la Unión Soviética, encargó a Tisserant la conquista de estos territorios para el papado, aprovechando la penetración brutal de la Wehrmacht en ellos. La operación ordenada por Pacelli, encargada al cardenal y a la Sancta Societas, fue bautizada con el nombre en clave de *Plan Tisserant*. La inspirada aventura de Pío XII costó la vida a más de doscientos sacerdotes o hechiceros papistas, y no contó para nada con la aprobación de Hitler, que no pensaba eliminar el comunismo para introducir otras quimera tan nefasta como el imperialismo cristológico, cuando él tenía sus propios dioses a quien honrar e imponer. A pesar de todo, el Vaticano, tras el fracaso de los dioses arios y el más rotundo y evidente de Hitler y sus superhombres, ayudó a los je-

fes alemanes, que pudieron pagárselo, a escapar de la justicia de los vencedores. Tisserant fue uno de los encargados de esta segunda aventura, que contaba con todas las bendiciones del papadiós Eugenio Pacelli, y que permitió a varios miles de nazis, fascistas y ustachis, criminales de guerra, huir de Europa y encontrar un refugio seguro en Suramérica y Australia.

Eugène Tisserant, tras su retiro, se instaló en Albano Laziale, en donde Murió en 1972. A las pocas semanas de su muerte, saltó a la prensa uno de los escándalos más espectaculares de la corte del Imperio Vaticano. Según sus memorias, el papadiós y rey divino Ambrosio Damián Aquiles Ratti, más conocido como pontífice Pío XI (1922–1939), había sido asesinado, por orden de Mussolini. La causa de este asesinato estaría motivada en el hecho de que el papa Ratti había convocado a los obispos italianos en Roma para excomulgar al dictador italiano. Un día antes de la convocatoria, Ratti fue asesinado por su médico, que le puso en el cuerpo una inyección letal, en el más puro estilo renacentistas. La noticia la publicó nada menos que la popular revista *Paris Match*, aunque no fue la única, pues la revista *Panorama* también la publicó¹.

Si el hecho era cierto, la postura de Tisserant, oponiéndose a la elección de Pacelli para ocupar el cargo de rey divino y papadiós del Imperio Vaticano, contenía, en el fondo, una acusación evidente, pues Eugenio Pacelli era entonces el cardenal Secretario del Estado Vaticano, y, por lo tanto, era imposible que no se hubiera contado con él, o con su silencio, para cometer el crimen, pues era quien podía haber dado la alarma, como cardenal camarlengo y máxima autoridad en el imperio. La causa de su silencio y complicidad –de existir ésta– estaría en

que Pacelli era un nazista y fascista compulsivo², mientras que Ratti, a pesar de que las ventajas del tratado de Letrán firmado con Mussolini eran más que evidentes, y favorecían las ambiciones del papado romano³, despreciaba, al parecer, a fascistas y nazis, lo que no ignoraban ni Hitler ni Mussolini.

¹ Los teoturiferarios papales jesuíticos respondieron al instante negando que la afirmación fuera cierta. Pero Paris Match respondió con un nuevo artículo afirmando la certeza del hecho, y ofreciendo nuevos testimonios.

² El fascismo criminal del papa Pío XII se hizo más que evidente, con las alabanzas interminables que dirigió a Hitler en su fulgurante carrera ascendente, en el silencio cómplice de todos sus crímenes e invasiones, y en la ayuda que proporcionó a los criminales de guerra alemanes y nazis para que pudieran escapar a la justicia, tras su derrota. En cuanto a su prostitución y ayuntamiento con el dictador italiano, sea suficiente decir que no tuvo reparo alguno en bendecir los aviones que iban a masacrar Etiopía, cuando los Etíopes no contaban ni siquiera con tirachinas para derribarlos.

³ Las concesiones que hizo Mussolini al papado, superaron con creces las esperanzas de la nomenclatura cardenalicia y su rey divino, gracias a la habilidad demostrada en las negociaciones por el representante papal, el cardenal Gasparri.

TISSERANT, Plan. Nombre clave de un proyecto exigido por el rey del Imperio Vaticano, Eugenio Pacelli, Pío XII, al cardenal Tisserant y a la Sancta Societas, representada por su director Robert Leiber, para infiltrarse en la Unión Soviética, al amparo de los ejércitos alemanes que desataron la *Operación Barbarroja*. Tisserant, un especialista en lenguas eslavas y orientales, dirigió, más que el mismo Robert Leiber, el proyecto. El principal agente del Vaticano en los territorios soviéticos conquistados por la Wehrmacht era el espía del Vaticano en dichos territorios, el sacerdote o hechicero papista Nicolas Estorzi, cuyo nombre en clave era El Mensajero.

Los jefes alemanes, entre los que se encontraba Alfred Rosenberg, se opusieron a los planes del imperialismo religioso papista, lo que se demostró en el juicio contra los criminales Nazis en Nuremberg. Fon Papen declaró, en 1945, y ante el tribunal que lo juzgaba, que la evangelización de la Unión Soviética fue una operación organizada exclusivamente por el papismo, y promovida por Pío XII en contra de los deseos de Alemania.

El plan incluía la utilización de capellanes castrenses españoles e italianos a las órdenes de El Mensajero, Nicolás Storzi. La operación clandestina se mantuvo hasta 1943, en que los reveses de las tropas alemanas obligaron a los imperialistas religiosos al servicio del papa a retroceder con el ejército alemán derrotado. Se calcula que los miembros de la Sancta Societas, teomercenarios fundamentalistas, que murieron en la aventura del iluminado papa Pacelli, fueron más de doscientos.

TÍTULOS, Los. Antigua denominación que se daba a los lugares y casas de reunión de los sectarios judeocatólicos. Estaban desperdigados por las ciudades del Imperio y, en general, agrupaban a una comunidad de sectarios que preferían utilizar el título de cristianos en lugar del de judíos. Los títulos terminaron designando las iglesias o templos.

TOMÁS DE AQUINO. Nació en Roccasecca, en el año 1225, de padres más o menos emparentados con la nobleza normanda. De niño estuvo en la abadía benedictina de Montecassino. A los catorce años, fue devuelto a su familia. Cinco años más tarde entró en la logia dominicana, en la que permaneció hasta el fin de sus días. Dedicado al estudio y la enseñanza, fue honrado con el título de doctor angélico por la cantidad de papel

que emborronó con sus elucubraciones mentales. Según algunos historiadores, fue un hombre que, dado a la gula y la vida sedentaria, necesitó que su mesa de trabajo tuviera una amplia entalladura para poder ajustar su generoso vientre a ella y poder alcanzar las plumas y los infolios. No debe uno, pues, extrañarse, de que todas las representaciones que se hacen de él, lo muestren rollizo y ple-tórico. Por su aportación al pontificado romano, fue hecho doctor y, a su muerte, a los 49 años de edad, fue colocado, en los altares. Dio nombre a una de tantas ramas del teologismo papista.

TOMÁS DE FUENLLANA. Hombre nacido en la Mancha, España, en la localidad de Fuenllana, en el año 1488. Vivió y creció en Villanueva de los Infantes, de aquí que se lo conociera con el nombre de este último pueblo. A la muerte de sus padres ingresó en la orden agustiniana, en donde su celo y discreción lo hicieron escalar puestos, terminando por ser nombrado arzobispo de Valencia, ciudad en la que creó uno de los primeros viveros, si no el primero, de propagación cristológica, que se construyeron siguiendo las pautas que emanaron del concilio de Trento. La importancia de dicho vivero –seminario– para la formación del teofuncionariado papista fue tan grande, y el peso de los agustinos era tan fuerte entonces, que a la muerte de Fuenllana, ocurrida en 1555, la curia romana se vio obligada a verlo entre los habitantes del cielo y a honrarlo con el título de santo. Los seminarios serían en lo sucesivo las muletas imprescindibles del pontificado romano y de los reyes del Imperio Vaticano, y la cantera más segura de sacerdotes o hechiceros papistas diplomados.

TOMÁS PARENTUCELLI. (Tomás Sarzano). Obispo de Roma, más conocido

como papa Nicolás V (en realidad, Nicolás V Bis)¹, y que fue elegido, en el año 1447, a la muerte de Gabriel Condolmer, papa Eugenio IV. Había nacido en Luni, Toscana. Fue secretario del cardenal Albergati, en Florencia, y alcanzó el título de cardenal obispo de Bolonia.

Se cree que, gracias a sus gestiones cerca de Carlos de Francia, logró que Amadeo de Saboya, papa Félix V, abdicara.

Cuando el emperador Paleólogo le pidió ayuda para combatir a los turcos, que amenazaban con apoderarse de Constantinopla, hizo oídos sordos a sus llamadas de socorro. El odio que se tenía en Roma a la Iglesia griega que, contra viento y marea, se mantenía independiente, como había sido norma para todas las Iglesias en los primeros siglos del judeocatolicismo, se manifestó de una manera radical en el desprecio a las súplicas angustiosas que procedían de Bizancio. El resultado fue que el día 29 de mayo del año 1453, Constantinopla, cayó en manos de los Turcos², dando por terminado, de una vez para siempre, el Imperio Romano de Oriente. Tomás Parentucelli, papa Nicolás V Bis, hay que suponer que, para guardar las formas y no demostrarse muy alegre con la caída definitiva de la Iglesia griega, a la que nunca pudo dominar, trató de que los príncipes europeos organizaran una cruzada³ contra los turcos. A la falta de entusiasmo con que propuso la cruzada, le respondieron con la misma falta de ilusión, por lo que nada se hizo. Es más, su alegría se truncó, al saber que los turcos habían permitido la existencia de la Iglesia griega, a la que ayudaron a mantener ritos y cultos, aunque les confiscaron la mitad de sus templos.

El emperador de Alemania, Federico III, le pidió que excomulgara a los Austriacos, que se rebelaban, lo que Nicolás hizo ante la perspectiva de repartirse sus riquezas

con el emperador. Para ello subscribieron el tratado de Aschaffenburg.

Se volcó en el engrandecimiento de Roma y de los palacios papales. Gran amigo de los libros, favoreció museos y bibliotecas, dedicando gran parte de su pontificado a buscar códices, manuscritos y originales perdidos.

Hartos de la prepotencia y corrupción del papa y los cardenales, que explotaban a la población como sanguijuelas, varios nobles romanos, con Esteban Porcari a la cabeza, en el año 1455, trataron de sacudirse su yugo y prepararon una conspiración con el fin de instaurar la República. La conjuración descubierta, el papa ordenó crucificar⁴ a Porcari en el castillo de Sant'Angello; ahorcó a veinte conjurados y a quince más los quemó vivos. Con este último acto de soberanía y justicia cristológica, el papa Nicolás V Bis, se encaminó a la tumba corroído por la gota, siendo sepultado a finales de marzo de ese mismo año en el templo de San Pedro.

Su sucesor sería Alfonso Borja, papa Calixto III Bis (1455–1458).

¹ Fue el segundo papa de dicha ciudad con este nombre, siendo el primero Pedro Rainalducci.

² Cayó bajo el empuje de un ejército turco reforzado por mercenarios alemanes, griegos, húngaros, polacos y latinos, es decir, con la ayuda inestimable de sus hermanos en Cristo.

³ La idea de la cruzada, según algunos autores, nació del emperador Federico, al ver que ahora tenía por vecino al terrible Mohamed II.

⁴ Otras versiones aseguran que, tras la tortura, fue ahorcado.

TOMKO, Josef. Sacerdote o hechicero judeocatólico papista que alcanzó el grado de cardenal. Durante el reinado del papadíos y rey divino Carol Wojtyla (1978–2005) fue jefe del servicio de contraespionaje del Imperio Vaticano, el *Sodalitium Pianum*, antes de que el rey Wojtyla unificara la Sancta Societas y el servicio de contraespionaje y los pusie-

ra a las órdenes de Luigi Poggi. Tomko, durante la presidencia de Carter en USA, había estado en contacto con Zbigniew Brzezinski, su asesor de Seguridad Nacional para los asuntos de Polonia, y entre ambos idearon un plan, sacralizado por Wojtyla y que contaba con el visto bueno del presidente americano, que consistía en inundar Polonia de libros anticomunistas y procapitalistas, con el fin de fomentar el descontento de los polacos y su rebelión contra Moscú. El proyecto fue bautizado *Libro Abierto*, y se inició a partir de 1980.

TORNA, La. Nombre que en Cataluña recibe el añadido de mercancía a un producto, para completar el peso cuando no se puede dar la vuelta completa del dinero entregado por el comprador, por falta de monedas fraccionarias. En el resto de España, la torna es el pedazo de pan que añade el vendedor para completar el peso.

En el terreno que nos ocupa, la torna puede llamarse al dinero que ricos y poderosos, ladrones y estafadores, capitalistas y dictadores, el hampa y las mafias de todo tipo y credo, los ladrones de guante blanco y rateros de “todo a cien”, acaudalados honrados y pobres de solemnidad entregan generosamente a los reyes del Imperio Vaticano, su nomenclatura y teofuncionariado, para hacerse perdonar crímenes, robos, estafas, cohechos, rapiñas y corrupciones históricas, políticas y sociales, y librarse de los escrúpulos, si los hubiera. Constituye, como la torna comercial, un elemento de justificación para compensar una apropiación indebida, aceptada por el uso, la falta de pruebas o por el miedo, y que la iglesia ha santificado siempre, por ser una fuente inagotable de riquezas¹. Resulta ser una de las formas más fecundas de enriquecimiento de los religionismos de todo tipo,

no solo el cristológico. Uno se ve obligado a admitir que la conciencia de los ricos no parece estar muy segura, y que los escrúpulos pudieran quitarles el sueño. Siendo siempre una justificación, las motivaciones pueden ser muy dispares, en función de los protagonistas. Puede ser el exhibicionismo –lo demuestran las suntuosas fundaciones–; la incapacidad de disfrutar de lo robado, conseguido o heredado; una cierta tendencia hacia la bondad, demostrada, en ocasiones, con los “propios”, nunca con los “otros”; una inversión, para escapar a los impuestos, en la que se mezclan, con el oportunismo fiscal, los deseos de justificarse.

En cualquier caso, lo que en esta entrada definimos como torna y que comprende, herencias, donaciones, limosnas, fundaciones, etc., entregadas al teofuncionario cristológico, constituye una parte muy importante de los fondos económicos de propiedad eclesiástica, fondos que tiene su origen en una desigualdad económica y social, que tiene mucho que ver con las injusticias cometidas por los poderosos a lo largo de los siglos. Y fondos que fueron entregados para tranquilizar la conciencia de los donantes, cuando no era simplemente el reparto acordado entre la iglesia y aquellos para justificar y santificar sus tropelías. A lo largo de la historia, desde los tiempos míticos, los creyentes entregaron a las iglesias –a sus teofuncionarios– riquezas y bienes². Los emperadores les colmaron de riquezas y privilegios; los conquistadores pusieron en sus manos reinos, castillos y feudos, que habían robado y arrebatado a otros señores más débiles que ellos; los nuevos conversos se desprendieron de todo a favor de su nueva idolatría; los señores feudales –dejando aparte cardenales, arzobispos, obispos y abades, que lo fueron siempre– les construyeron abadías y templos.

En la actualidad, para los inspectores fiscales de todo tipo y color, constituye una fuente de sobresaltos la rapidez con la que las nuevas ofertas teomísticas –las nuevas religiones, llamadas sectas– se hacen de oro, sin que puedan ser acusados sus promotores, profetas, gurús, maestros o dioses de fraudes o explotación indebida, y a pesar de la dura competencia que hay en el mercado. Ciertamente, con frecuencia están libres de impuestos, pero su enriquecimiento acelerado les resulta inexplicable y siempre milagroso. Como en los mejores tiempos de la idolatría cristológica, llueven sobre ellos, beneficios y cheques, donaciones y tierras, edificios y acciones, sin que aparentemente tengan que hacer esfuerzo alguno para conseguirlo. Sus fieles y creyentes se desprenden de todo para alcanzar el paraíso que les prometen.

El judeocatolicismo cristológico entero –ortodoxo, papista, reformado– lleva gozando de esta mina desde hace dos mil años, si no es más, pues resulta ser una secta judía. Las donaciones le han llovido en masa. Ellas contribuyeron también a construir su Imperio. La ruptura entre ortodoxos y latinos y entre papistas y reformados fueron rupturas que nacieron por motivos económicos más que religiosos³. La tarta era grandísima y no tenían que ser los obispos de Roma y su nomenclatura los únicos beneficiarios. Esta afluencia de dinero sirvió para robustecer las ambiciones del papado romano y para contar con las armas para imponerse sobre todos sus pares. La torna –la entrega que santifica una rapiña– no fue la única fuente de riquezas, nadie lo ignora, pero tuvo una importancia capital en los primeros siglos de su andadura, y sigue siendo, hoy día, cuando las nuevas ofertas metanaturales se multiplican como hongos, una fuente inagotable de beneficios para la corte del Imperio Vaticano.

-
- ¹ Uno de los apartados del Libro de las Tasas, publicado por los papas de Roma, dice claramente que el ladrón puede quedarse con la mercancía robada siempre y cuando entregue a la Iglesia una parte sustanciosa de lo robado. Si el ladrón lo hace así, el resto pasa a ser religiosamente de su propiedad, y el antiguo propietario no tiene derecho a reclamar nada. (Ver *Libro de las TASAS*).
- ² Jamás se descarta la posibilidad de que el pobre inocente dé todo lo que tiene, como es el caso de la anciana que nada en la miseria pero ofrece su óbolo con generosidad, como recuerdan las *Biografías nicenas de Jesús*.
- ³ Una vez que las jerarquías se hicieron con la exclusiva de la salvación, el judeocatolicismo ortodoxo la ofrecía a un precio menos costoso que el latino, además permitía casarse a sus sacerdotes y pastores, lo que la hacía más agradable. La ruptura entre papistas y reformados tuvo las mismas motivaciones. La salvación, con los reformados, era menos onerosa que con el papa, cuya insaciabilidad era infinita, y que la cobraba a precio de oro –recuérdense las bulas y las tasas–, mientras que con Lutero y los reformadores que lo precedieron y siguieron, la salvación era gratis: bastaba la fe para ello. Tenía, al igual que el judeocatolicismo ortodoxo, el aliciente de la mujer y la familia.

TORQUEMADA, Juan de. Conocido también con el nombre de Turrecremata. Nació en Valladolid, y pronto ingresó en la orden dominicana, en donde hizo estudios y carrera. Trasladado a Roma, participó en el concilio de Basilea, en donde defendió los intereses de la curia romana y los imperialistas de Gabriel Condolmer, papa Eugenio IV, que quería situarse por encima de los concilios. Fue partidario de hacer a la madre del protagonista evangélico, María, inmaculada al ser concebida. Se opuso a las tendencias puristas de Wiclef y Huss, levantándose en defensa del papismo, su totalitarismo y dictadura. En el año 1439 estuvo en el sínodo de Florencia, y fue uno de los redactores de un acuerdo para la unión del papismo con la iglesia griega. Teórico, partidario del poder absolutista y el imperialismo del obispo de Roma, hizo todo lo posible por encumbrarlo hasta

el cielo, lo que le valió ser honrado con el título de cardenal. Murió en Roma, en el año 1468. Su sobrino, Tomás de Torquemada, fue inquisidor general en los reinos de España.

TORQUEMADA, Tomás. Inquisidor español (1420–1498), elegido por el papa Sixto IV. Dominicó, como su tío Juan de Torquemada, fue confesor de los Reyes Católicos y quien más luchó por imponer en España los intereses del papado romano y organizar la Inquisición en este país. A él se atribuye, aunque no existen pruebas para afirmarlo, la expulsión de los judíos de estos pagos. Él es el responsable del asesinato patibular de más 3.000 personas, y la desgracia de muchas más sometidas a la tortura y otras sevicias, en nombre de Cristo y los intereses del papado. Murió en Ávila, en el convento de Santo Tomás que fundó aprovechando los bienes que robó a los judaizantes.

TOTIES QUOTIES. Fórmula latina, empleada en la corte del Imperio Vaticano, para expresar que las indulgencias ganadas pueden serlo todas las veces que se cumplan las prescripciones dadas, sin límite de tiempo.

TRACTARIANOS. Nombre que recibió un movimiento de renovación judeocatólico anglicano, nacido o fraguado entre el profesorado de la Universidad de Oxford, Inglaterra, ya avanzado el siglo XIX. La palabra deriva de la inglesa *tracts*, especie de folletos o panfletos en los que exponían sus ideas. Muchos profesores de renombre se afiliaron a dicho movimiento y otros lo abandonaron, como fue el caso de Enry Newman, que no solamente dejó el movimiento, sino que abandonó totalmente el judeocatolicismo anglicano para afiliarse al pa-

pista, gesto que le valió el título principesco de cardenal ofrecido por el rey del Imperio Vaticano. El grupo fue conocido no solamente como "Movimiento de Oxford", sino "puseísta", por uno de sus líderes más destacados, B. Pusey, "ritualista", debido a que, conscientes de la importancia del rito para el encandilamiento de las masas ignorantes de creyentes, deseaban darle mayor importancia y esplendor en sus actos culturales, y también por "anglopapistas", por su deseo de recibir al judeocatolicismo vaticanista en su seno.

TRADICIÓN. Para el papa y su teofuncionariado, la tradición constituye, en realidad, el pilar más importante de su dogmatismo, a pesar de que afirmen que sus raíces se encuentran en los textos evangélicos y la *Biblia*. Los contenidos de la *Biblia* y de los *Evangelios*, aparte de aburridos, soporíferos e insoportables en conjunto¹, son equívocos, contradictorios, absurdos, procaces, repugnantes y gratuitamente sanguinarios en múltiples ocasiones, y con mucha frecuencia desconcertantes, por inmorales, racistas, machistas, esclavista, bochornosos, e invitadores al crimen, a la vez que aberrantes y absurdos y repugnantes, reflejo de la infinidad de manos, corrientes, ideas, pueblos, ideologías y conceptos en que se inspiraron sus autores. Por lo mismo, no pueden ser tomados ni en serio ni como modelos. Es más, ni siquiera pueden ponerse en manos de los creyentes, si corren peligro de leerlos: sería el mejor modo de invitarlos a la deserción, por poco inteligentes que fueran. Necesitan, pues, que sus contenidos sean transformados en una papilla digestiva de atractiva inocuidad. Esto obliga a cuidar la selección, la traducción y la presentación, y lógicamente, ésta es tarea de los príncipes mitrados, que pretende-

rán arrogarse ese derecho aduciendo la tradición y Cristo, que ellos mismos han sacralizado, y el infantilismo e ignorancia de sus rebaños de creyentes. Justifican la tradición aduciendo que constituye una serie de hechos, preceptos y doctrinas que tuvieron por protagonistas al Jesús evangélico, sus apóstoles y sus sucesores inmediatos, pero que no fueron consignados por escrito porque el papel debía andar escaso en aquellos tiempos. Lógicamente, si algo demuestra la tradición, es el derecho de sacerdotes, obispos, cardenales y papas a decidir cuáles son los textos de la *Buena nueva* (*Biografías de Jesús, Hechos, Cartas y Apocalipsis*) y su contenido y qué es la tradición, y cuál es la herencia verdadera que, en conjunto, ha legado ésta. La tradición se llama apostólica, cuando se remonta a los protagonistas evangélicos; y es eclesiástica cuando procede del teofuncionariado en todos sus grados. Éstos, según los textos que ellos mismos han canonizado, aseguran que son los únicos representantes de Cristo y la única autoridad legal que puede garantizar el contenido íntegro y seguro de la tradición, porque ellos constituyen el verdadero magisterio divino, filtro maravilloso² al que el dios Yahvé-Cristo-Espíritu Santo dio el poder de discernir lo verdadero de lo falso. Esto les permite asegurar, primero, que la Revelación ya está concluida, y que no se necesita para nada la vuelta de Cristo a la Tierra, porque todo lo que tenía que decir ya está dicho y está encerrado en la *Biblia*, o en los *Evangelios*, o en la Tradición (con mayúscula); en resumidas cuentas viene a decir que Cristo sobra y ya no es necesario; segundo, que en las tres fuentes citadas, *Biblia, Evangelios* y Tradición, los reyes del Imperio Vaticano, en la medida en que su Paráclito lo crea conveniente, pueden encontrar todo lo que deseen para el gobierno de su grey,

en función de tiempos, lugares y oportu-
nismos teopolíticos, teosociales y teomo-
netarios: los contenidos de tales fuentes
son infinitos, como infinitos son sus au-
tores; tercero, que el intérprete único y
exclusivo de la Tradición sólo puede ser,
en último y primer término, el obispo de
Roma y rey del Imperio Vaticano, que por
coparticipación en la naturaleza de los
dioses, es infalible.

¹ Como en cualquier libro, por muy nefando, aburrido y detestable que sea, sobre todo cuando tiene similar extensión, algunas líneas bíblicas pueden resultar, para algunos lectores, atractivas y bellas, y lo mismo puede decirse de los *Evangelios*. Pero tales páginas, si llaman la atención, es por contraste, más que por su supuesto valor literario, que, en conjunto, es de una ramplonería, mal gusto, vulgaridad y aburrimiento ejemplares. En cuanto a su contenido, constituye, en conjunto, una sarta de procacidades, majaderías, inverosimilitudes, exageraciones y dislates, de tan soberana envergadura, que si algún juicio debiera emitirse sobre él, sería el de que constituye el exponente más claro de la estupidez humana y el cretinismo divino, parcelas envidiables para antropólogos e historiadores, pero no para el solaz de un lector inocente. Que unos explotadores de la credulidad –levitas, espiscopos, rabinos, sacerdotes, hechiceros, cardenales, brujos, papas y chamanes–, para justificar su parasitismo tradicional, se empeñen en afirmar que una muestra tan inequívoca de la insensatez y la criminalidad humana es una manifestación excepcional e insuperable de la literatura mundial, es justificable, pues de ello viven; pero que exista una sola persona adulta que, habiendo leído el libro, coincida con tales lumbreras y mistificadores, resulta inconcebible. Si ello es posible, es porque la fe que tales maestros exigen impone la pérdida incondicional de la duda y la renuncia a la reflexión, al análisis y al estudio liberado de prejuicios, elementos fundamentales para la elaboración de un juicio honrado y justificable sobre cualquier texto y creencia.

² En sí, la interpretación de la “revelación” y de la “tradición”, siempre es el resultado de filtros maravillosos, lámparas maravillosas, interpretaciones divinas, es decir, de la teomilagería o teotaumaturgia vaticana, que continuamente remitirá a los secretos insondables de la divinidad las contradicciones y aberraciones que brotan de la *Biblia* y de los *Evangelios*, de la Tradición y sus intérpretes.

TRATADO DE LETRÁN. Nombre que recibe el acuerdo firmado entre el obispo de Roma y el ejecutivo del Estado Italiano, Mussolini, en el año 1929, por el cual se creaba el Estado Vaticano, gobernado por dicho obispo como autoridad absoluta, indiscutible y totalitaria, y se establecían las relaciones entre los reyes del Imperio Vaticano y el gobierno italiano. La importancia de este tratado para el imperialismo papista ha sido decisiva, y no solamente en el terreno económico. Aparte de las compensaciones y otros privilegios, se ha hecho de la sacristía vaticana, sus clérigos y curia un Estado en paridad de derechos con cualquier otro Estado. En las colonias papistas, ello obliga, a todo bautizado, a anteponer, en caso de litigio, los intereses del Estado Vaticano a los de su propio pueblo o nación. En el terreno económico, su importancia es evidente. Hasta la caída de la Unión Soviética, en el año 1990, el Estado Vaticano era la tercera potencia económica mundial en términos absolutos; en términos relativos, era la primera. Desaparecida la Unión Soviética, el auge de Japón y China no ha empeorado la situación económica del Estado Vaticano.

TREBLINKA. Lugar situado cerca de Ostrow Mozowiecka, junto al río Bug, en Polonia. En esta localidad, en el inicio de la Segunda guerra mundial, tras la invasión alemana, los jefes nazis construyeron un campo de concentración al que fueron a parar ingentes cantidades de comunistas, gitanos, anarquistas, judíos, descontentos y desamparados. Las víctimas que murieron en él, entre los grupos señalados y otros más o menos minoritarios, se contaron por miles. Uno de los jefes de este campo fue Franz Stangl, quien, al finalizar la guerra, con la ayuda del Vaticano y su servicio secreto, la Sancta Societas, consiguió

escapar a la justicia internacional de los triunfadores y refugiarse en Argentina. El nombre del campo evoca uno de los episodios más siniestros de Alemania, la corte del Imperio Vaticano y del papadíos y rey divino Eugenio Pacelli, pontífice Pío XII. En efecto, este obispo de Roma, Pacelli, aplaudió con fervoroso entusiasmo la subida de Hitler al poder; con no menos ominosa prudencia, ignoró y silenció sus crímenes y genocidios, y, con no menos generosidad, ayudó a los criminales nazis, entre ellos a Franz Stangel, jefe de Treblinka, a escapar de la justicia. Stangel fue ayudado hasta que pudo encontrar un lugar seguro, en Suramérica, para disfrutar, en paz, de las múltiples riquezas que le había proporcionado su cargo.

TRENTO. Ciudad italiana, en la que se tuvo un sínodo o asamblea de singular importancia para el cisma papista. Fue inaugurado en el año 1545 y prolongado, con altibajos, discusiones y aplazamientos, hasta 1562. Sus protagonistas fueron, indiscutiblemente los jesuitas y el obispo de Roma, que pretendieron arrogarse el poder de gobernar y contro-

lar el judeocaticismo imperial filorromano en todos los campos, y dejar claro que la autoridad del obispado romano estaba muy por encima de las asambleas de obispos. Puede decirse que ésta es la conclusión más importante de Trento, y para eso fue convocado y controlado por el obispado de Roma y los jesuitas. La autocracia, por la cual llevaban luchando los obispos de Roma desde el siglo VII, si no antes, había terminado de triunfar. Tres siglos después, Juan María Mastai-Ferretti, papa Pío IX, haría divinos a los papas, al hacerse él mismo infalible, también con ayuda de los jesuitas, en el concilio Vaticano I.

TRIBUNALES ECLESIASTICOS. Órganos de justicia clerical, cuya última instancia se encuentra en el obispo de Roma o sus delegados. Canónicamente se dividen en tribunales de la Santa Sede y de los restantes príncipes mitrados. Son variopintos, como variopintas son las funciones a las que se dedican. Se conocen con los nombres de Diocesanos, la Sacra Penitenciaria, la Congregación de Ritos, la Signatura Apostólica, la Sacra Rota Romana, etc.



UBALDO ALLUCINGOLLI. Papa Lucio III. Fue elegido en el año 1181, a la muerte de Rolando Bandinelli, más conocido como papa Alejandro III. Era toscano y había sido obispo de Ostia y cardenal del templo de Santa Práxedes. Había sido escogido en Velletri, y desde este lugar se trasladó a Roma.

Hombre avaricioso, su racanería le hizo suprimir los regalos de trigo y ropa propios de las fiestas papales, lo que produjo una decepción grande en el pueblo, que no esperó mucho para manifestarse. Cuando pretendió eliminar a los cónsules romanos, se organizó una insurrección contra él, insurrección que le obligó a ausentarse de Roma para salvar la vida, excomulgando, desde su refugio de Verona a todos los romanos.

Lucio recurrió al emperador y a los príncipes alemanes para solicitar ayuda y dinero. Los alemanes lo colocaron en el trono, sin embargo, no pudieron permanecer mucho tiempo en la región¹, por lo que Lucio III debió abandonar nuevamente la ciudad.

En Verona convocó un sínodo, que algunos historiadores consideran que fue la raíz primitiva de la Santa Inquisición, policía supranacional al servicio del obispado de Roma, más temible y arbitraria que las SS, la CIA, la KGB y la PIDE trabajando al alimón. En dicho sínodo, celebrado en 1184, Ubaldo Allucingolli condenó al tormento y a ser quemados vivos a los arnandistas, josefinos, humi-

llados o pobres de Lyon (valdenses), pasaginos y patarinos, bajo la acusación de ser enemigos del Cristo al que adoraban. No se contentó con torturar y asesinar a quienes lo despreciaban, sino que, dotado de una querencia compulsiva hacia el exterminio y genocidio “porque dios lo quiere”, y nadie mejor que él para saber lo que dios quería, terminó con la vida de multitud de inocentes anónimos, acusados de herejes, a los que quemó vivos. Una muestra del celo divino que le inspiraba se encuentra en sus esfuerzos por organizar una tercera guerra de exterminio y conquista contra el Islam –cruzada, en lenguaje teoapostólico–, proyecto que no fue secundado por ninguno de los soberanos de la época. Murió, en Verona, a mediados de 1185, siendo sepultado en su catedral.

La tiara iría a parar a las manos de Uberto Crivelli, papa Urbano III (1185–1187).

¹ Una de las razones invocadas, fue la de que los romanos habían envenenado las aguas. Más sensato sería pensar que la avaricia de Lucio III le impidió pagar generosamente a las tropas que vinieron en su ayuda, por lo que regresaron a su país sin haber podido lograr su objetivo.

UBERTO CRIVELLI. (Humberto C.). Papa Urbano III. Consiguió el obispado romano a finales de noviembre del año 1185, a la muerte del rey Ubaldo Allucingolli, papa Lucio III, y tras grandes discusiones. Su elección había tenido lugar en Verona. Era arzobispo de Milán y cardenal

de San Lorenzo cuando alcanzó la tiara. Hombre severamente juzgado por su mezquindad, nació en el seno de una familia noble de Milán, los Crivelli. Siguió la política de sus predecesores, y se opuso al emperador Federico Barbarroja siempre que pudo hacerlo. Urbano, al conocer que el patriarca de Aquileya, había coronado a Enrique VII, hijo de Barbarroja, cuando él mismo se había negado a hacerlo, fue dominado por la ira, y, para vengarse del patriarca, lanzó contra él una excomunión fulminante. No contento con esta medida, citó al emperador a Verona, con el fin de excomulgarlo, lo que motivó que los veroneses lo expulsaran de la ciudad, por lo que se trasladó a Venecia, ciudad en la que encontró un respiro, y pudo preparar una nueva cruzada contra el Islam. Sin embargo no pudo ver realizado este sueño. Su temperamento, su orgullo y prepotencia, seriamente probados por las contradicciones que le oprimían, provocaron en él explosiones de rabia y cólera incontenible que fueron minando su salud. La puntilla la recibió, con la noticia de la caída de Jerusalén en manos de Saladino, noticia que lo enfureció hasta postrarlo en el lecho y llevarlo a la tumba. Apenas disfrutó dos años la ambicionada tiara pontifical, pues murió a mediados de octubre de 1187, siendo su sucesor Alberto de Morra, papa Gregorio VIII, cuyo reinado apenas duró unas semanas, pues murió antes de finalizar el año.

UNAM SANCTAM. Son las dos primeras palabras latinas con las que comienza una carta de Benito Gaetani, papa Bonifacio VIII, dirigida contra Felipe el Hermoso de Francia, en 1302. Con dicha carta, Gaetani pretendía reclamar la unidad de las iglesias locales bajo su cetro, con miras a la construcción de un imperio bajo la tiara pontificia, a lo cual se oponían Felipe y otros reyes europeos. Por otro

lado, exponía la doctrina de que el poder temporal tiene su más justo cometido al servicio del poder espiritual del papado, por lo que Gaetani exigía que, en la práctica, fuera así, aunque no quedaba muy claro en qué consistía el poder espiritual, pues las nociones de espíritu y mística están todavía por definir y demostrar. En palabra llanas venía a afirmar que los sátrapas mitrados del judeocatolicismo papista debían estar por encima de reyes y príncipes, como así lo había dispuesto su divinidad Yahvé–Cristo–Espíritu Santo, y el mismo Gaetani, como representante suyo declaraba. Felipe el Hermoso despreció la soberbia, prepotencia y delirios de grandeza de dicho obispo, y se mofó de la carta y su contenido.

UNIGENITUS. Denominación de un carta del rey del Imperio Vaticano Juan Francisco Albani, papa Clemente XI, firmada en 1713, en la que dicho señor y la curia vaticana condenaban más de cien proposiciones del francés y teólogo Quesnel. En realidad, Albani pretendía condenar, con el beneplácito de Luis XIV de Francia, el jansenismo, al que deseaba destruir, aduciendo que los pasajes evangélicos en que se apoyaba Quesnel había que saber leerlos, entenderlos e interpretarlos.

UNIÓN MISIONERA DEL CLERO. Asociación del clero secular, con el fin de engrandecer el Imperio Vaticano, a través del imperialismo religioso y las invasiones cristológicas de los denominados países salvajes y del tercer mundo –países de misión, en jergonza vaticana–. En el fondo no es más que un colonialismo religioso, o, precisando más, teopolítico, basándose en las ambiciones del obispado de Roma y su teofuncionariado, que se creen con derecho a destruir otras creencias y religiones para imponer su

propia idolatría. Las raíces de este movimiento se encuentran en Pablo Manna, un hombre que perteneció al Instituto Pontificio de las Misiones Extranjeras de Milán. En 1815, este imperialista religioso redactó, a beneficio del obispado romano, unos estatutos que fueron calurosamente acogidos por Jaime Della Chiesa, rey del Imperio Vaticano, más conocido como papa Benedicto XV.

URBANO EL ROMANO. (*Entre la historia y la leyenda*). Papa Urbano I. Este hombre, según los cronistas e historiadores incondicionales del Imperio Vaticano, habría alcanzado el trono episcopal en el año 227, a la muerte de Calixto de Ravennatio, papa Calixto I, y habría muerto en el año 233¹. Es uno de los míticos episcopos que colman el espacio entre la muerte del Jesús evangélico, en el año 33, y los documentos históricos más o menos fidedignos y verosímiles que confirman la existencia de un obispo o pastor judeocatólico claramente establecido en la antigua ciudad imperial. En cuanto a su muerte, autores que cuentan con el visto bueno del Vaticano afirman que fue decapitado poco después del martirio de santa Cecilia, mientras que otros aseguran que murió plácidamente en el lecho. Justifican esta última afirmación diciendo que Alejandro Severo dejó de perseguir a los judeocatólicos, lo que aprovechó Urbano para hacer "grandes conversiones" y organizar los beneficios temporales de su comunidad. Como a todos los obispos romanos, supuestos o no, de los cinco primeros siglos, salvo los excepcionalmente negativos² para la santificación del papado, fue colocado en el empíreo judeocatólico y honrado con el título de santo.

Su sucesor sería, según las cronologías oficiales, Ponciano de Calpurnia, papa Ponciano (230–235/8).

¹ Genealogías dignas de todo crédito afirman que fue obispo de Roma del año 222 al 230.

² Más que negativos o indecentes, conflictivos por sus doctrinas al filo de la herejía. Obispos de Roma indecentes, criminales y asesinos fueron santificados por la curia romana si sus crímenes, indecencias y asesinatos sirvieron para engrandecerla.

URSINO EL DIÁCONO. Obispo de Roma, más conocido como papa Ursino o Ursicino. Fue elegido a la muerte del obispo o papa Liberio, en el año 366, aunque otros electores eligieron a Dámaso. Ursino fue proclamado obispo por el pueblo y el clero, aunque la facción que apoyaba a Dámaso era también notoria. Pronto se desencadenó la guerra civil cristológica, en este cisma local, generalizándose la lucha armada entre los partidarios de ambos obispos. La guerra sembró las calles de Roma de cadáveres y heridos, lo mismo que los templos de Santa María in Trastevere, el de San Lorenzo y la basílica Liberiana. La victoria, con todo, se inclinó al lado de Dámaso, que pasó por encima de los cadáveres de sus enemigos –se habló de más de 137 masacrados en uno de los templos– para poder sentarse, como príncipe absoluto, en el trono del obispado romano. Lógicamente, el triunfador y responsable de las matanzas se ganó el título definitivo de papa romano y fue declarado santo –su victoria sólo podía ser debida al cielo–, mientras que la víctima más conocida de su ambición, Ursino, tuvo que huir, aunque no por ello renunciara al obispado de Roma, y anduvo desterrado de un lugar a otro, aunque volvió a aparecer para reclamar el obispado romano a la muerte de Dámaso y contra Siricio, su sucesor. La curia y corte del Imperio Vaticano, fiel al principio de que la victoria final es la que santifica cualquier crimen y justifica cualquier ignominia, lo borró de sus listados, ya que, al dejarse arrebatar la silla obispal, perdió todos sus derechos.

USTACHA. (Ustasa). Constituyó y constituye un movimiento teopolítico de extrema derecha, fundado por Ante Pavelic, en 1929, cuya finalidad era la independencia de Croacia de la corona austro-húngara. Sus miembros eran conocidos con el nombre de ustachis. En sus comienzos, estaba formado por un grupo de fascistas, pronazis y fundamentalistas judeocatólicos papistas, que no tuvieron inconveniente en recurrir al terrorismo de estado, y que en uno de sus atentados consiguieron ajusticiar al rey Alejandro (1934), por lo que Pavelic tuvo que huir para escapar a la justicia. Cuando los alemanes, con Hitler a la cabeza, invaden Yugoslavia, al comienzo de la Segunda guerra mundial, Ante Pavelic y sus ustachis colaboraron con los invasores, y se lanzaron a una lucha sin cuartel contra la resistencia. Al amparo de Hitler y del soberano del Imperio Vaticano, el papadiós o rey divino Eugenio Pacelli, más conocido por pontífice Pío XII, Pavelic consiguió la "independencia" de lo que se llamaría el Estado Católico de Croacia, protegido por los nazis y por la corte papal. Su gobierno, fue dictatorial y asesino hasta la médula, pues gracias a sus ansias de purificación de la raza, Ante Pavelic, con la ayuda de sus ustachis, los nazis y el Vaticano, asesinó a más de quinientas mil personas¹, la mayoría serbios ortodoxos –lo que fue bendecido por el papa Pío XII, con grandes alabanzas–, y gran número de anarquistas, comunistas, gitanos y judíos². Con la derrota de Italia, Alemania y Japón, el partido pasó a la clandestinidad, y Ante Pavelic, huyó, protegido por el papa Pío XII, que lo retuvo en Roma hasta que pudo embarcarlo hacia Suramérica, aunque terminó refugiándose a la vera de otro dictador, Franco, en Madrid, en donde estableció finalmente el cuartel general de los ustachis escapados de la justicia.

¹ Las cifras que se han dado para contabilizar los asesinatos cometidos por el gobierno de Ante Pavelic en su Reino Católico de Croacia, superan, en algunos historiadores o enciclopedias, las 700.000 víctimas, cifra dudosa para una extensión –la Gran Croacia– de cincuenta mil kilómetros cuadrados y una población total de cuatro millones y medio de habitantes. Hacer, además, que tales víctimas sean judíos constituye un despropósito, sobre todo cuando se pretenden, o parece que se pretende dar a entender, que tales víctimas fueran ejecutadas en un solo campo de exterminio, el de Jasenovac. (*Enc. Larousse. Ustacha. Tomo 20; ed. De 1982*)

² No era de extrañar que en los campos de exterminio nazis no se encontraran croatas judíos. La razón era simple; aparte del poco número de judíos que habitaba la región, Ante Pavelic, con la bendición del Vaticano –frailes, como los franciscanos, animaron el exterminio de los grupos minoritarios con la metralleta en la mano–, se ocupó, personalmente, de hacerlos desaparecer sobre el terreno.

USTACHIS, Los. Miembros del partido nacionalista croata fundado por Ante Pavelic, y que lucharon contra la corona austro-húngara, a partir del año 1929, en que se fundó la Ustacha, nombre con que se conoció dicho partido. A ellos se debe la ejecución del rey Alejandro (1934). Cuando Hitler conquistó Yugoslavia, la zona constituida por Croacia fue puesta en manos de Pavelic, que la gobernó con mano de hierro, intentando exterminar a todos los croatas que no eran judeocatólicos papistas, por lo que los croatas eslavos, los serbios, los grupos minoritarios, como anarquistas, comunistas, gitanos, judíos y otros, que no pudieron escapar a tiempo, fueron eliminados. En esta labor de purificación teorracista colaboró la iglesia católica, con la sonrisa beatífica del papa Pío XII como estímulo, pues este soberano despreciaba a ortodoxos, eslavos, judíos y no hablamos del odio que le inspiraban anarquistas, socialistas y comunistas.

Desde que se creó el Estado Libre de Croacia (para otros, el Estado Católico de Croacia), las matanzas de disidentes y no disidentes, de ortodoxos, gitanos, anarquistas, comunistas y judíos constituyeron un espectáculo diario. El exterminio duró de 1941 a 1945, y fue tan cruel y sanguinario, que escandalizó a los mismos nazis, aunque fueron vistos con singular complacencia por la corte del Imperio Vaticano y los obispos croatas, que vieron en dicho exterminio la forma más rápida de eliminar la competencia ortodoxa e implantar el judeo-cristianismo papista. En el exterminio sistemático de los grupos mencionados participaron los miembros de varias logias papistas, entre los que encontraron los franciscanos, que, metralleta en mano, colaboraron con los ustachis en la teopurificación étnica, tras fomentar el teorracismo cristológico.

El papadiós o rey divino Pacelli, en el limbo de su teocomplacencia, no tuvo inconveniente en ayudar, sin disimulo alguno, a Pavelic en sus campañas teopurificadoras de Croacia, pues dio la orden a sus príncipes mitrados, de que no interfirieran en la labor llevada a cabo por Pavelic. La orden no debía escandalizar a nadie pues, al fin y al cabo, era algo que los obispos de Roma habían estado haciendo desde Justiniano a Franco y Hitler, pasando por Carlomagno y asesinos de igual envergadura. No era de extrañar, tampoco, pues Pacelli guardó un silencio más que complaciente y cómplice ante las barbaridades alemanas en Polonia y en Rusia. La benevolencia de este papa hacia los ustachis fue tan grande que no tuvo inconveniente en bautizar a este grupo de asesinos "La vanguardia fervorosa de la cristiandad."



VALENTIN DE VÍA LATA. Papa Valentín (o Valentino). Pertenecía a la familia de los Leonzi, y se cree que su padre era un ciudadano romano llamado Pedro. Siendo arcediano de Roma, había sido elegido obispo de dicha ciudad a la muerte del rey Eugenio de Santa Sabina, papa Eugenio II, acaecida el mes de agosto del año 827. La amistad que existió con su predecesor, que le colmó de riquezas y honores, dio lugar a que se pensara que, en realidad, era hijo suyo. Su reinado a la cabeza del judeocatolicismo latino fue efímero, apenas cuarenta días.

Los cronólogos oficiales parece que no encontraron ninguna razón para detenerse un instante a pensar en la brevedad del reinado de Valentín de Vía Lata. Ninguno de ellos llama la atención sobre el hecho de que un hombre joven, sano y fuerte muriera a los pocos días de haber sido elegido para ocupar el trono del que, con el tiempo, sería el Imperio Vaticano. Es necesario buscar en las cronologías ajenas a la curia romana, la razón de este descalabro del Espíritu Santo que inspira, como representante de su otro yo, Cristo, a un hombre al que no le da tiempo siquiera a ceñirse la divina tiara. Algunos historiadores, que no ahorran los detalles indeseables de los papas, no encuentran anomalía alguna en este hecho, y se limitan a señalar que el obispado de Roma perdió, con la prematura muerte de Valentín de Vía Lata, un pastor digno de elogio. Fleuri es quien mencio-

na, citando a Papebroch¹, que este obispo fue asesinado² por quien sería su sucesor, Gregorio el Patricio, más conocido por papa San Gregorio IV(827–844).

¹ Daniel Papebroch (1628–1714). Sacerdote jesuita, que concluyó los *Acta Sanctorum* comenzados por Bolland. Personaje controvertido, que, debido a sus escritos, provocó la ira de los Carmelitas que denunciaron sus obras ante la Inquisición, aduciendo que estaban cargadas de herejías. Fue necesaria la intervención del papa para que cesara la polémica promovida. Es autor también de una obra titulada *Propylaeum antiquarium circa veri ac falsi discrimen in vetustis membranis*, y de la obra que compuso para defenderse de los ataques que sufrió por su *Acta*, titulada *Responsio ad exhibitionem errorum*. Se conserva, también un manuscrito titulado *Annales Antwerpienses*.

² En rigor, acusa al papa San Gregorio “de haber precipitado la repentina muerte de Valentín.”

VAGNOZZI, Egidio. Sacerdote o hechicero judeocatólico papista, que consiguió el cargo de arzobispo y alcanzó el diploma de cardenal o príncipe capelado. Trabajaba en la corte del Imperio Vaticano cuando su papadiós o rey divino, Giovanni Battista Montini, pontífice Pablo VI, en 1967, creó una sección administrativa para el control de las finanzas del imperio y de la corte o curia. Montini puso a su cargo a Vagnozzi. El cardenal aceptó el cargo, pero poco después de ponerse a la cabeza de su gestión, renunció al mismo debido a la relación que existía entre Montini y Michele Sindona, el llamado Banquero de la Mafia. El cardenal

Egidio no comprendía, tampoco, el significado de las entradas masivas de dinero en el Vaticano –millones de dólares cada semana– que se evaporaban, también, en una semana, por no decir en un día; no acababan de ser ingresadas por una puerta cuando ya salían por otra.

Vanozzi, para no tener que confesar la causa real de su dimisión, afirmó que deseaba alcanzar la jubilación en su patria, a donde quería regresar. Antes de abandonar el Vaticano, el cardenal Vagnozzi tuvo que darse por enterado de que no podía hablar jamás de sus conocimientos sobre la Banca Vaticano (IOR), ni sobre todo aquello de lo que había tenido conocimiento mientras estuvo e la cabeza del departamento de finanzas.

Murió a los 74 años de edad, sin que llegara a saber¹ que el dinero que circulaba fugazmente por las manos del papa y su corte, procedía de la mafia que lo obtenía de la prostitución, la pornografía, los chantajes, la droga, los crímenes programados, los fraudes y todo tipo de operaciones delictivas de altos vuelos, y servía para financiar todo tipo de golpes de estado –de extrema derecha– y levantamientos en unos países y otros.

¹ Quizás debiera no descartarse la sospecha de que su retiro se debía a que sabía demasiado la procedencia y el destino de tales fortunas.

VATICANO. Sede del cisma judeocatólico papista. Beneficiario de todas las falsificaciones históricas concernientes a los principios fundacionales del judeocatolicismo cristológico. Central de falsificaciones. El Vaticano, léase obispo de Roma y, más que éste, el obispado romano, en la actualidad papa y papado respectivamente, dirigieron sus esfuerzos a la destrucción sistemática de todos aquellos documentos que podían demostrar el origen real de su secta. Esto explica la falta de las obras de los escrito-

res que ellos mismos citan en sus libros. Tomaron de ellos lo que bien les pareció y destruyeron sus trabajos. Esta política de destrucción la justificaron con la *Biblia* en la mano y con los *Evangelios*. Para poderla ejercer con la conciencia tranquila, la incluyeron entre las acciones meritorias apostólicas. Y allí en donde los apóstoles destacaron, ellos no tenían por qué dudar. “... y bastantes de los que habían profesado las artes mágicas traían sus libros y los quemaban en público, llegando a calcularse el precio de los quemados en cincuenta mil monedas de plata; tan poderosamente crecía y se robustecía la palabra del Señor.” (Hechos, XIX, 19-20). Con éste y otros pasajes de la *Buena nueva*¹ justificaron, siempre a mayor gloria del ídolo trinitario, la quema sistemática de obras y autores; justificaron el *Index librorum prohibitorum*; justificaron la censura y las hogueras; justificaron el asesinato, la tortura y el exterminio de quienes no pensaban como ellos; justificaron las masacres, los genocidios y la y exterminios protagonizados por los papas, cardenales y obispos que crearon y dirigieron la Santa Inquisición y Santo Oficio (en la actualidad Congregación para la Doctrina de la Fe, departamento que dirigió el actual obispo de Roma, Joseph Ratzinger, Benedicto XVI); justificaron los crímenes contra la ciencia, sus protagonistas y sus obras; justificaron todas las tropelías contra el conocimiento y la búsqueda de la verdad por caminos ajenos a los suyos. Por otro lado se volcaron en la fabricación sistemática de otros documentos que pudieran ayudar a fundamentar sus pretensiones. Cuando el poder político del obispo de Roma se impuso sobre todos los demás obispos del mundo judeocatólico, comenzaron a brotar de los Estados Papales (raíz del Imperio Vaticano actual), todo tipo de documentos falsos que fueron consolidando su reputación

como árbitro del mundo, hasta llegar a la situación moderna en la que, por los avatares de la historia, perviven, contra viento y marea, tratando de prolongar los privilegios que con todo tipo de crímenes consiguieron. El Imperio Vaticano, firmemente establecido, constituye en la actualidad, la tercera o cuarta² potencia económica mundial en términos absolutos, y la primera en términos relativos. Y el papa, como emperador absoluto y absolutista de dicho imperio, gracias a la ceguera y estupidez secular impuesta por sus sacerdotes y la rutina, sigue siendo considerado el representante más digno de Jesús, aquel supuesto dios nacido en un establo porque sus padres, siendo tan pobres, no tenían en donde refugiarse para pasar la noche.

¹ Ver *Biblia y Evangelios*.

² Tras USA, Japón y China, según unos autores, o tras USA, la Comunidad Europea y China, según otros.

VICARIO. En lenguaje clerical, administrador de diócesis vacantes, de parroquias ajenas; auxiliar del obispo de turno, gobernante de tierras de conquista o colonias del Imperio Vaticano –tierras de misión o de infieles, en lenguaje cristológico–. Tienen varios nombres, en función del origen y destino: vicario apostólico, capitular, eclesiástico, foráneo, general, parroquial, etc. Cada uno, tiene una misión específica claramente definida.

VÍCTOR EL AFRICANO. (*Pertenece a la leyenda*). Obispo de Roma, hijo de un tal Félix, y más conocido como papa Víctor I. Personaje mítico, a quien se hace sucesor del papa Eleuterio, en el año 189 de la era vulgar. Es mencionado por Eusebios Pamphili y el *Liber Pontificalis*, pero la credibilidad de todos los listados existentes, en lo que se refiere a la relación de los obispos romano hasta el siglo III y

IV, es más que dudosa. Se lo hace morir en el año 199, siendo su sucesor un tal Ceferino (199–217).

En el tema de la Pascua¹, las biografías oficiales afirman que pretendió excomulgar a los obispos asiáticos y a sus iglesias, porque se apartaban de su parecer, pero ocultan que dicha pretensión se volvió contra él, pues a punto estuvo de ser excomulgado por las iglesias de las Galias y sus obispos, entre los que destacaba Ireneo de Lyon.

¹ Tantas veces comentado, y que resulta de una inanidad absoluta. La pascua judeocatólica constituye un esfuerzo desafortunado por ocultar la pascua judía. Resulta desconcertante –por no emplear un término más preciso– que no haya podido determinarse en que día ocurrió la muerte del protagonista evangélico, a pesar de tantos y tan prodigiosos sucesos como tuvieron lugar en el Universo, la Tierra, Israel, Jerusalén y el Templo, y a pesar de su capital importancia para el judeocatolicismo universal, que es necesario cambiar su evocación todos los años, por falta de testimonios verídicos, mientras se recuerdan las fechas de otros sucesos intrascendentes más lejanos. Con la vida ficticia de Víctor el Africano y la de sus predecesores y seguidores, se mencionan problemas y hechos que debieron de surgir en las comunidades judías en siglos posteriores, y que los autores de las falsificaciones históricas del obispado de Roma adelantaron con el fin de dar consistencia a sus míticos titulares. El tema de la pascua fue uno de ellos.

VIEJOS CATÓLICOS. Nombre que tomó para sí, en el año 1870, un colectivo de alemanes que se desgajó del judeocatolicismo papista, al que había pertenecido hasta entonces. El movimiento nació con el historiador, profesor y sacerdote papista alemán Ignacio de Döllinger, como una forma de protesta contra el obispo de Roma y rey del Imperio Vaticano Juan María Mastai-Ferretti, papa Pío IX, que reinó durante 32 años, de 1846 a 1878, tiempo más que suficiente para que se manifestaran todo tipo de conductas absolutistas y caprichosas, de-

bidas a su propia naturaleza y al cargo. Con una prepotencia ejemplar, un orgullo insoportable, arrebatos de ira que podían nacer de una psicosis tanto genética como adquirida, tuvo la demencial idea, fomentada por su corte y la logia jesuítica, de declararse infalible, lo que implicaba la participación en la naturaleza divina de su creador Yahvé–Cristo–Espíritu Santo. La psicosis teocrática había llevado a este espécimen humano a una de las manifestaciones más lastimosas de enajenación mental. Sin embargo, a pesar de la debilidad neuronal que implicaba esa pretensión y declaración, el colectivo judeocatólico papista, salvo honrosas excepciones, aceptó el nuevo dogma que Juan María Mastai–Ferretti incrustó, convulsivamente, como una joya insuperable, en la estulta y carcomida tiara papal, junto al dogma de la Inmaculada Concepción, que él había descubierto gracias al ejercicio de su misma infalibilidad. De nada sirvió que este autócrata demencial utilizara a los jesuitas y el Vaticano I para disimular el origen de aquel acto bochornoso –aunque no por ello menos explicable en la carrera de absurdos del obispado romano–: propios y ajenos sabían el origen de dicha declaración. Juan María Mastai–Ferretti había dado demasiadas muestras de su enajenación imperial, de su prepotencia absolutista, de su manía dictatorial, de su teogolatría desbordante como para no acertar con su origen. Ignacio de Doellinger, cuando supo la pretensión del rey del Imperio Vaticano, se apresuró a escribir un libro, *El Pontificado*, en el que, como historiador y especialista que era, demostró cuál había sido la trayectoria real del obispado romano, y cómo se había fraguado el poderío dictatorial de aquella curia y su monarca. Cuando el libro fue impreso, a pesar del pseudónimo, las miradas se dirigieron hacia

él. La corte vaticana se sacudió como si un áspid la hubiera mordido, y Mastai–Ferretti, convulsionado por la rabia y la ira, lo excomulgó al instante y, a pesar de la moderación que le pedía su corte imperial –la curia vaticana– ante la fama y la estima que tenía el mundo de especialistas y docentes hacia la labor y seriedad de De Doellinger, incluyó el libro en el *Index librorum prohibitorum*. No contento con eso, pretendió que las universidades y centros en que enseñaba su autor lo expulsaran de sus aulas. Ignacio no dio su brazo a torcer, a pesar de las presiones directas de obispos y cardenales fieles al Vaticano, que le garantizaban el capelo cardenalicio si se retractaba y se sujetaba a los deseos de Mastai–Ferretti. Ante la condena de Pío IX, fueron muchos los alemanes que se unieron a De Doellinger y rechazaron las pretensiones de aquel psicótico irrecuperable. Su colectivo, que se opuso a varios de los dictados del Vaticano I, terminó siendo conocido bajo el nombre de Viejos Católicos, en su afán por identificarse con las directrices de los fundadores del judeocatólicismo primitivo. (Ver *Juan María Mastai–Ferretti*).

VIGILANTI CURA. Nombre de una carta escrita por el obispo de Roma Aquiles Ratti, papa Pío XI, en el año 1936, contra el cine, al ver que no podía controlarlo.

VIGILIO EL ROMANO. Papa Vigilio. Hijo del cónsul Juan. Bonifacio el Godo, papa San Bonifacio (530–532), antes de morir, designó, por decreto, a Vigilio como sucesor suyo, por sus habilidades diplomáticas. El escándalo que provocó fue tan grande, que Bonifacio tuvo que anular el decreto por ir en contra de la costumbre general de todas las iglesias. Tuvo que pasar el tiempo antes de que Vigilio pudiera ceñirse la mitra romana, lo que sólo pudo hacer a la muerte de Silverio de

Hormisdas, papa Silverio, en el año 537. Era miembro de la nobleza romana, y se afirma de él que fue un hombre ambicioso y colérico, con arrebatos de violencia peligrosos, aunque también indeciso y compulsivo.

Había estado en Costantinopla como acompañante de Agapito y representante de Silvestre.

A Vigilio se lo conoce, también, como el Papa de los Tres Capítulos. Este nombre hace referencia a la herejía que defendió, y que posteriormente sería condenada. En efecto, y según el parecer de varios especialistas¹, en espera de ocupar el puesto, firmó unos documentos en los que se comprometía, si llegaba a ocupar el obispado romano, a reconocer el derecho de Antimio, Severo y Timoteo a sus obispados, aparte de que juraba que condenaría los denominados tres capítulos, relativos a Teodoro de Mopsuesta, Ibas de Edesa y Teodoreto de Ciro, lo mismo que sus escritos, las cartas de San León y los decretos de Agapito, lo que equivalía, entre otras cosas, a condenar los decretos del concilio de Calcedonia. Al parecer, Vigilio lo juró y firmó todo, y le entregaron, contra recibo, una suma enorme de oro, a devolver cuando lograra la ambicionada mitra romana.

Al llegar a Nápoles, tuvo conocimiento de la elección de Silverio, por lo que escribió a la emperatriz, que mandó una orden al conde Belisario para que destronara a Silverio, anulando su elección.

Vigilio, una vez en el trono obispal romano, rompió con Teodora, para seguir sus propias ideas. El emperador, que estaba obsesionado con el contenido doctrinal y dogmático de la secta judeocatólica, quiso que Vigilio aprobara lo que él aprobaba y condenara lo que él condenaba, a lo que se había comprometido Silverio cuando se le auguró el obispado romano, por lo que lo llevó a la corte de

Constantinopla. Vigilio, para poder recuperar el obispado, pretendió escapar, pero no pudo hacerlo hasta que declaró y firmó todo lo que el emperador quería. A la vuelta a Roma, en el año 555, y estando cerca de Siracusa, murió, no faltando autores que aseguren que había sido envenenado.

Los incondicionales del Imperio Vaticano han tratado de rehabilitar a este hombre, que tan mal parada dejaría la infalibilidad del papado, y que hubo un tiempo en que fue colocado en los altares. Pero un estudio más detallado de los hechos que lo tuvieron de protagonista, eliminaron la posibilidad de su rehabilitación, ya que su mera mención constituía un baldón demasiado descarado para los intereses del pontificado vaticano. La lacra que constituye su conducta es tan pesada, que, finalmente, terminaron borrándolo del santoral. Las iglesias de Oriente y del Norte de África sabían que, cuando le interesó, como recuerda Teodoro, el obispo de Cesarea, condenó los tres capítulos, y cuando sus intereses le obligaron a aceptarlos, condenó a quienes los condenaban como él antes había hecho; y este contradecirse, no lo hizo una vez, sino varias veces.

Su sucesor inmediato sería Marea el Presbítero, papa Marea (555), que sería asesinado a los dos meses de ocupar el trono.

¹ Doellinger entre ellos.

VILLOT, Jean. Sacerdote o hechicero judeocatólico papista que llegó a conseguir el diploma de cardenal y terminó de cardenal camarlengo, título que disfrutó durante dos interregnos. Había nacido en 1905, en Saint-Amant-Tallende, Francia. Pasó por todos los grados del escalafón hasta que consiguió dominar la política de la corte del Imperio Vaticano, en donde se estableció después de ha-

ber sido secretario general del obispado de Francia, arzobispo de Lyon y cardenal. El papa Montini lo nombró subsecretario del concilio Vaticano II y, lo más importante, le ofreció el puesto de secretario del Estado Vaticano –primer ministro–, cargo que ocupó desde 1969 hasta su muerte, ocurrida en Roma en 1979. Era, pues, un hombre de estado a la medida de Montini, aunque más exacto sería decir que el papa Montini era un hombre de Villot.¹

Lo que las biografías oficiales no suelen decir es que era un hombre que pertenecía a la masonería y que estaba relacionado con Licio Gelli, el gran maestro de la logia Propaganda Due, P-2.

Fue un hombre que, por su larga estancia entre los muros y murallas del Vaticano, estaba al tanto del mundo cloacal organizado por los representantes del dios yahvídico–cristológico–paraclital en la tierra, los papas romanos. Por esta misma causa era quien más conocimiento tenía de las implicaciones del papado en el turbulento mundo de las finanzas secretas que giraban en torno a los paraísos fiscales, la mafia, la corrupción, la prostitución y el oportunismo político.

Si alguien pudo saber lo que sucedió tras la muerte de Montini, y la elección sorpresiva de Albino Luciani, como papa de Roma, y, sobre todo, las causas de la muerte de este pontífice, fue el cardenal Villot².

¹ La elección de Montini se debió, con toda probabilidad, a su designación por la masonería y los cardenales masones, entre los que se encontraba Villot.

² La nomenclatura cardenalicia implicada en el presunto asesinato del papa Juan Pablo I, tendría en el cardenal secretario del Estado Vaticano, un hombre de una discreción a toda prueba. Si hubo un crimen, y si Villot, Marcinkus y la teonomenclatura vaticana eran los responsables del mismo ante el miedo a que Albino Luciani, el nuevo papa, descubriera la verdad y el nombre de los implicados en los negocios su-

cios de la Banca Vaticana, Villot se llevó, a juzgar por los hechos publicados, el secreto a la tumba; los demás conjurados, si quedara alguno con vida, no han roto, hasta el presente, la ley del silencio, tan cara entre mafiosos, capelados o no. (Ver *Marcinkus*).

VINEAM DOMINI. Con estas dos palabras da comienzo un decreto del rey del Imperio Vaticano, Juan Francisco Albani, papa Clemente XI (1700–1721), en contra de los jansenistas franceses y los doctores de la Sorbona.

VISITA. En el judeocatolicismo papista, nombre genérico que encierra multitud de actos de control efectuados por la curia romana y sus representantes, y que, por lo general, reciben el nombre de visitas canónicas. Su justificación está más que establecida, siendo la última y la primera la extensión y el fortalecimiento del Imperio Vaticano y su control por la corte papal. En función de la finalidad y los protagonistas de tales visitas se las define con un nombre u otro. Deben recordarse las visitas religiosas, las pastorales, apostólicas, obispaes, conventuales, diocesanas, etc. Como siempre, se ha tratado de dar a este tipo de control un carácter metahumano, pretendiéndolo diferenciar claramente de las mismas acciones de carácter civil, denominadas inspecciones, aduciendo que el poder de los jercas tializados y mitrados del papismo tienen una finalidad especial, paternal, en busca del bienestar espiritual de las ovejas que componen sus rebaños. Lógicamente, se oculta y silencia, que el bienestar de todos los rebaños, constituye la gloria y el bienestar de sus pastores, que se alimentan y viven de ellos. En resumidas cuentas, el objetivo último y principal de las visitas es un objetivo cien por cien teopolítico y teoeconómico: la explotación de los rebaños cristológicos, el incremento de las

ganancias de esa explotación, y la recaudación de los beneficios producidos.

VITALIANO DE SEGNI. Obispo de Roma, más conocido como papa Vitaliano. Era hijo de un hombre llamado Anastasio, y natural de Segni (Campania). Se ciñó la mitra del obispado romano en el año 657, a la muerte de Eugenio I. Vitaliano fue coronado en tiempos agitados, no teniendo más remedio que doblegarse a la política de los emperadores de Bizancio¹. Tuvo que soportar el saqueo de Roma por el emperador Constante II; se enfrentó al arzobispo de Ravena, Mauro, que negaba la pretensión del obispo de Roma de inmiscuirse en los intereses de otras iglesias. Ambos obispos se excomulgaron mutuamente, y Vitaliano no pudo contemplar el final de dicha disputa.

Cuando Constante fue asesinado en Siracusa, en el año 668, Vitaliano hizo todo lo posible para que la corona pasara al hijo del emperador, Constantino IV Pogonato, el legítimo heredero del trono. A él se debe el que el judecatolicismo anglicano adoptara los ritos latinos, sumisión que

consiguió nombrando al clérigo Teodoro obispo de Cantorbery, para oponerlo al arzobispo de York, que despreciaba la pretensión del obispado de Roma de controlar también su iglesia.

La importancia que este hombre tuvo para el imperialismo papista romano le hizo merecedor del título de santo.

Murió en el año 672, y su sucesor sería Adeodato el Monje, papa Adeodato II (672–676).

¹ Esta afirmación, común entre los historiadores oficiales del obispado de Roma, debe tomarse con reservas. No faltan autores que afirman que Vitaliano trató de nadar y guardar la ropa, y que en realidad se acercó a la iglesia griega porque no deseaba que fuera un obstáculo en los planes ambiciosos que tenía sobre Occidente. Algunos llegan a afirmar que estuvo dispuesto a comulgar con las creencias “heréticas” por las que el papa Martín I y el patriarca Máximo, desde dos puntos opuestos, habían perdido la vida, creencias que el papa San Eugenio I, había defendido a espaldas de su clero, aunque públicamente las atacara. Una razón que apoya esta reserva proviene, precisamente, de Bizancio: el patriarca de Constantinopla, Juan, colocó el nombre de Vitaliano en los dípticos sagrados de su iglesia. Esto no hubiera podido suceder si Vitaliano, en aquel momento, se manifestaba enemigo sincero de la iglesia griega y su credo.

≈ X ≈

XP. Su origen es discutido. Los jerarcas tiaralizados y mitrados de la curia romana, han echado a rodar todo tipo de leyendas y conjeturas sobre tales letras, siguiendo el contenido del refrán castellano que dice "a río revuelto ganancia de pescadores". Una de tales leyendas afirma que son las letras que puso Constantino, el primer gran padrino del judeocatolicismo filorromano imperial, en su lábaro, antes de conseguir la victoria sobre Maxencio. Otra leyenda asegura que son las dos primeras letras del nombre griego de la divinidad evangélica Jesús.

Otras quieren remontar sus raíces a los símbolos egipcios¹. Todas, en cualquier caso, pretenden justificar los fundamentos racionales o divinos de su idolatría.

¹ Debe recordarse que los judíos de todo credo y secta, entre los que se encuentran los heterodoxos filorromanos de la diáspora, más conocidos por judeocatólicos, eran llamados por los griegos y romanos, entre otros nombres, cristianos, galileos, nazarenos, samaritanos, hebreos, egipcianos, etc.

XRISTÓS. Traducción al griego de la palabra hebrea mesías. (Ver Jesucristo).



YAHVÉ EL SILENCIADO. La corte del Imperio vaticano, mantiene la tendencia, que se observa también en las jerarquías judeocatólicas ortodoxas, coptas, y reformadas¹, de generalizar creencias, valores y conceptos de tal modo que su aplicación concreta abarque el mayor número de campos y de posibilidades aunque estén en evidente contradicción unos con otros, con el fin de ofrecer a cada colectivo lo que cada colectivo quiere oír, y armonizando el discurso final a los intereses y objetivos sacerdotales, obispales y papales. Esta es una de las razones por las que jamás mencionan, salvo en contadas ocasiones, el nombre real de su dios, Yahvé, o su versión aguada trinitaria, Yahvé–Cristo–Espíritu Santo, y prefieren utilizar el término genérico “dios”, que abarca las concepciones más dispares y peregrinas, y que el término Yahvé no permite, puesto que, como personaje dotado de historia, y de una identidad precisa² la utilización de su nombre evoca al instante la figura que los amanueses divinos que la compusieron dibujaron de él y que plasmaron en la *Biblia*. Otra de las razones del silencio programado a que han sometido las jerarquías de las sectas judeocatólicas, sobre todo las papistas, a Yahvé, y que no es la menos importante, deriva de la propia historia de la formación del judeocatolicismo, y que nos remite a los siglos en los que el judaísmo heterodoxo estaba en pugna con los judíos ortodoxos por el

dominio de las sinagogas y el control de las comunidades. Como es de sobra conocido, desde el siglo segundo antes del cómputo actual, es decir doscientos años antes de la supuesta venida al mundo de Jesús, ya se utilizaba el nombre de “cristiano”, y con él se conocía a los judíos en lengua griega y latina. Cuando los judíos heterodoxos consiguieron, con el nombre oficial de cristianos, en el siglo IV, el reconocimiento de Roma, se encontraron con que, según una costumbre ancestral, la mayoría de los ciudadanos romanos identificaban el “cristianismo” con el judaísmo, pues para ellos se trataba de la misma religión, aparte de que el dios de judíos y cristianos era el mismo: Yahvé. Los jerarcas de la nueva secta judía reconocida por Roma se vieron en la obligación de demostrar ante todo el Imperio que ellos no eran judíos, sino que eran “cristianos”, y que esta religión no podía en lo sucesivo ser confundida con el judaísmo, para lo cual se lanzaron al asesinato programado y sistemático de judíos ortodoxos y fundamentalistas, con el fin de deshacer el equívoco. En este afán de diferenciación, lógicamente, se vieron obligados a ocultar el verdadero nombre de su dios, Yahvé, pues en el Imperio Romano se conocía a los seguidores de los diversos cultos en función del dios que adoraban. Malamente los cristianos iban a poder demostrar que no eran judíos, cuando adoraban al mismo dios que éstos. Esta necesi-

dad fue el origen del rechazo al nombre Yahvé de su dios, nombre que, de haber sido utilizado en aquél tiempo, se hubieran apresurado a borrar de las sinagogas y las catacumbas arrebatadas a los judíos ortodoxos³ y de todos los escritos en que pudieran haberlo hallado. Lo que sí que es evidente, es que el nombre de Yahvé (Elohim, Jehová, etc.) desapareció de todos los textos confeccionados a partir de entonces. El nombre genérico "dios", era mucho más adecuado para ellos, razón que justifica el que, ya en los mismos textos evangélicos, cribados y aderezados según los intereses de la secta judeocatólica imperial triunfante, nunca aparece el nombre de Yahvé, por otro lado tan vapuleado en los primeros textos evangélicos escritos por Marción, que le hace el dios malo del Antiguo Testamento. Jesús, según los Evangelios, habla del Padre, de Dios, pero jamás lo nombra con su nombre propio, Yahvé.

Y sin embargo, exegetas y traductores, sacerdotes y papas, saben que el dios judeocatólico es Yahvé. Que si Jesús era dios, sólo tiene por padre a Yahvé; que si la Trinidad es una entidad real y no una mera elucubración, la Trinidad es Yahvé y también Yahvé es el Padre, Yahvé es el Hijo y Yahvé es el Espíritu Santo. Pero se imponía, por razones políticas y aun "por la misma gloria" de Yahvé, silenciar su nombre, y así se hizo.

-
- ¹ Las excepciones a esta regla son pocas; la más conocida es la de los Judeocatólicos Testigos de Jehová, que tienen a gala hablar continuamente de Yahvé o Jehová en sus escritos, homilias y conversaciones.
 - ² Todo lo precisa que puede ser en ese amasijo de absurdos, aberraciones, contradicciones y barbaridades que constituye la *Biblia*, su biografía oficial.
 - ³ No era fácil encontrar escrito el nombre de Yahvé, por la repugnancia de los judíos a pronunciarlo y expresarlo directamente, costumbre que facilitó su desaparición.

= Z =

ZACARÍAS EL GRIEGO. Papa Zacarías. Griego e hijo de Policronio, alcanzó el ambicionado obispado en el año 741, a la muerte de Gregorio el Sirio, papa Gregorio III (731–741), y se mantuvo en él hasta su muerte, en el año 752. Hizo todo lo que pudo por engrandecer el naciente imperio papista e incrementar las riquezas de la corona judeocatólica, a pesar de la guerra permanente con Bizancio y los longobardos, lo mismo que las querellas entre iconoclastas e iconolatras.

Cuando Luitprando inició sus nuevas campañas, Zacarías le envió embajadores, prometiéndole la entrega del duque de Spoleto, enemigo declarado del rey, a cambio de las ciudades que le habían sido arrebatadas. El duque, hijo de uno de los hombres que más habían contribuido al engrandecimiento del obispado de Roma, al conocer la traición del papa y asqueado de su indecencia, renunció a su posición y se hizo religioso.

Luitprando, libre del duque, se negó a entregar al papa las cuatro ciudades precio que fijara el papa por su traición. Posteriormente, firmada la paz por veinte años, el obispo de Roma recuperó las ciudades en juego y varios territorios más, entre los que se encontraban las ciudades de Sabina, Narni, Ossimo y Ancona.

Zacarías, según todos los indicios, colaboró o justificó el que fuese destronado el rey de los franceses Quilderico, poniendo en su lugar a Pipino, padre de Carlo Magno. El obispo de Roma espe-

raba contar con la ayuda de Pipino para dominar a los longobardos y, por otro lado, sacudirse definitivamente la tutela de Bizancio. Su esperanza fue satisfecha, porque poco después Capronimo perdió el trono que recayó en Artabase, y sólo lo recuperó cuando cedió grandes dominios al papa.

Colaboró en la reforma del judeocatolicismo franco con Pipino el Breve, hijo de Carlos Martel. Persiguió, a instancias de san Bonifacio, a Virgilio, un sacerdote y obispo escocés del cual se asegura que sus conocimientos y ciencia lo habían llevado a afirmar que la Tierra era redonda, habitada en todos los lugares, y que el Universo podía contener otros soles y otros mundos como el nuestro. Zacarías, gracias a su infalibilidad, señaló como perversa, inicua y condenable la idea de la esfericidad de la Tierra y la existencia de los antípodas, y todas las ideas de Virgilio sobre el universo, totalmente incompatibles con la teología científica de la *Biblia*, de los *Evangelios*, de la Tradición, y de la inspiración del Santo Espíritu.

A su muerte, en el año 752, el trono vacante fue ocupado por Esteban el Romano, papa Esteban II, que sólo duró dos días en el cargo, y, posteriormente, por Esteban el Arcediano, papa Esteban II Bis o III (752–757).

Zacarías sería colocado en el número de los santos judeocatólicos pontificales, por su labor en el engrandecimiento del que terminaría siendo el Imperio Vatica-

no. Es más, no faltan autores que afirman que con él se consolida definitivamente la existencia de los Estados Papales.

ZANOLI, Luigi. Revolucionario italiano, que fue detenido por el cardenal Agostino Rivarola y el cardenal director del servicio de espionaje del Imperio Vaticano, la Sancta Societas. Zanoli fue asesinado patibularmente el día 13 de mayo de 1828. Había sido acusado de carbonario y de haber ofendido la sacra y real majestad del papadíos y rey divino Anniballe della Genga, pontífice León XII (1823–1829). Tras la orden del asesinato patibular, firmada por el papa della Genga, Zanoli fue decapitado, mientras que su compañero y revolucionario Angelo Ortolani, que fue detenido al mismo tiempo que él, tras la comedia del juicio y la firma del inefable León XII, sería asesinado patibularmente en la horca.

ZÓSIMO EL GRIEGO. Papa Zósimo. Era griego y, según el parecer de algunos autores, de origen judío, siendo su padre un sacerdote de nombre Abrahán. Consiguió el ambicionado cargo, en el año 417, a la muerte de Inocencio de Albano, papa Inocencio I, pero apenas pudo mantenerse un año en él, pues murió en el año 418.

En las luchas verbales entre los diversos obispos, fue convencido por las palabras de Celestio y Pelagio, que habían sido condenados por los obispos africanos, apoyando a los primeros en contra de los segundos. Sin embargo, ante las amenazas que pudieran surgir de África, se retractó, y la admiración primera se convirtió en odio hacia los pelagianos, por la difícil situación en la que lo habían colocado.

Aparte del ardor con que persiguió a sus adversarios, es conocido, principalmente, por la superchería y la falsificación de varios cánones del denominado concilio de Nicea, cánones referentes a supuestas apelaciones del judeocatolicismo africano al romano. La revisión de las denominadas actas de Nicea, que se conservaban en Cartago, descubrió las mentiras de Zósimo, que fue acusado públicamente de embustero, acusación que no pudo escuchar porque la muerte había llamado a su puerta antes de que volvieran sus legados de África. La curia romana, a pesar de todo o precisamente por ello, lo entronizó en su cielo, y lo honró con el título de santo: el fin justificaba todos los medios, y la curia tenía razones para elevarlo a los altares, pues a él debía una de las piedras –pequeña, pues no dispuso de tiempo para una mayor colaboración– con que se construyeron los cimientos del Imperio vaticano.

ANEXOS

ANEXO PRIMERO

CONSIDERACIONES

A) Gran parte de los listados oficiales, salvo los dedicados a los párvulos y a la catequesis, han procurado eliminar la numeración correspondiente a la sucesión de los obispos romanos*, tanto míticos como reales, por la dificultad que entraña, aunque se restrinjan los criterios de selección. Esta dificultad se acrecienta cuando se pretende, con un criterio más realista, incluir a los elegidos al trono por los grupos dominantes que ocuparon la ambicionada sede y la perdieron a los pocos meses o días, por no decir a las pocas horas, ante enemigos más fuertes. Si se amplían más los criterios de selección, con el fin de incluir a espontáneos, disidentes, elegidos por grupos minoritarios, en Roma y fuera de Roma, y aun fuera de Italia, que tuvieron a bien designarse con el nombre de papas, aunque éstos sean pocos, la tarea se complica.

A pesar de todo, y sin agotar la búsqueda, se enumera en este trabajo con el fin de dar una idea de la cronología aproximativa, de acuerdo con los criterios mantenidos por la corte del Imperio vaticano y sus propios listados, incluyendo en la misma, en busca de la mayor claridad posible, a los obispos de Roma que, debido a que fueron derrotados** en la lucha por defender su derecho al trono pontificio, fueron borrados de los listados y declarados antipapas o totalmente ignorados.

* Las ediciones recientes del Anuario Pontificio también la han eliminado.

**Y, con no poca frecuencia, asesinados por los mismos papas que los sucedieron o con los que tuvieron que competir, aunque no se especifique su desaparición porque en la naturaleza de los crímenes políticos y teopolíticos está el engaño y la confusión.

B) La monarquía electiva del Imperio vaticano, en su proceso de formación, conoció todos los avatares de cualquier monarquía y por ello fueron muchos los aspirantes al trono que se enfrentaron entre sí con garras y colmillos para conseguirlo, y que dirimieron, con las armas en el campo de batalla, o los puñales y venenos en la mesas, las alcobas y templos, su aspiración a ceñirse la corona imperial o tiara pontificia.

Si, en los tiempos modernos, se guardan las apariencias bajo sonrisas cristológicas de refinada diplomacia, y los titulares del obispado romano siguen siendo electivos, no por ello la conquista de la corona imperial deja de ser una sórdida batalla de intereses. Los aspirantes al premio, la nomenclatura cardenalicia, saben que el trono que les puede estar destinado se levanta sobre un osario, y los escrúpulos de nada sirven si desean llevarse la palma de la victoria. Habiendo llegado a donde han llegado, no pueden ignorar que la tiara que rige los destinos

del Imperio Vaticano, además de la corrupción y la ambición, que constituyen su esencia, encierra miles, por no decir millones, de crímenes, genocidios, engaños, traiciones, locuras y vesanias, pues solo así pudo configurarse. No es hora de rasgarse las vestiduras.

C) Los tiempos míticos de cualquier imperio, como sucedido con los del Imperio Romano y las dinastías antiguas, perdidos en las brumas del olvido, se remitieron a los cielos y los dioses, por lo que los reyes del Imperio Vaticano, los obispos romanos, no pudiendo hacer otra cosa para santificar su pasado crapuloso y su inclinación compulsiva al crimen, siguieron las líneas trazadas por quienes los precedieron, y los pusieron en manos de los dioses y los cielos, la leyenda y la fábula. Pedro y Jesús no son más que dos personajes de ciencia ficción con injertos humanos, y lo mismo puede decirse, sin desviarse uno mucho de la realidad, de los levitas obispales anteriores a Silvestre el Romano, Silvestre I, (314–355). Todos los imperios y reinos procuraron silenciar el pasado criminal de sus constructores, forjadores y reyes, y, cuando no pudieron hacerlo, lo sublimaron con el fin de justificar sus crímenes. La curia romana, que más tarde se identificaría totalmente con la corte del Imperio Vaticano y el Imperio mismo, hizo igual: todo menos reconocer el origen corsario y filibustero de sus fundadores.

Los obispos romanos y el teofuncionariado evangélico, negándose a admitir sus raíces y padres judíos, pretenden igualmente ignorar y ocultar el pasado y presente de su formación y evolución y los de sus reyes o papas, con el fin de ofrecer a súbditos y colonias un listado limpio y aséptico, sin mácula alguna. Esta es la razón por la que a las guerras civiles cristológicas, que se dieron como hongos en primavera en todas las diócesis (satrapías obispales), las denominaron cismas, y a los criminales y sus secuaces que se enfrentaron a muerte para alcanzar las mitras de mando o las tiaras papales, los santificaron si vencieron, o, si perdieron, cuando no pudieron ignorarlos los consideraron antiobispos o denominaron antipapas con el fin de no revelar la corrupción y podredumbre que encierran los oropeles cristológicos por los que lucharon.

En la relación que se presenta, en contra de la costumbre de las cronologías oficiales, los obispos romanos que, según la leyenda o la historia, tuvieron que disputar el trono contra otros elegidos, pero que fueron derrocados o asesinados por sus oponentes y los partidarios de éstos, o silenciados por “la causa divina”, se encuentran con el mismo derecho que sus enemigos y vencedores, en este listado. La cronología, con todo, y a pesar de los esfuerzos hechos para completarla lo mejor posible, incluyendo siempre a los inexistentes o dudosos obispos anteriores a Silvestre I, quizás no señale a todos los obispos míticos o reales que lucharon por mantenerse en el ambicionado trono, y de los cuales es difícil rastrear su existencia en los documentos disponibles. Es posible que tampoco señale a todos los espontáneos que se dieron en diversos países y lugares, y que, como jefes de sus comunidades cristológicas, aborreciendo el papado de Roma, tuvieron el título de papas, pues eran los padres y, en ocasiones, los fundadores de las mismas y se tenían por más dignos representantes de Cristo que los obispos romanos. Pero la panorámica que se ofrece de unos y otros, sin duda alguna, puede ayudar a comprender mejor la realidad que encierra, que es lo que se pretende.

CH) Al inicio de la era común, los judíos, que aparte de ser llamados egipcianos, galileos, israelitas, hebreos, samaritanos, nazarenos, y que desde el tiempo de los Ptolomeos, desde hacía cerca de ciento cincuenta años, eran conocidos también como cristianos, a partir de la destrucción del templo de Jerusalén (año 70), se dividieron, si ya no lo estaban bastante, en múltiples sectas más, algunas en desacuerdo total con el judaísmo hierosolimitano radical y fundamentalista, causante de tantos levantamientos y represiones, y, todo hay que decirlo, responsable de tantas penalidades gratuitas para el pueblo llano y sencillo que sólo aspiraba a vivir y dejar vivir*. Es lógico pensar que una gran mayoría, para escapar a la servidumbre e impuestos establecidos por Vespasiano (año 70) sobre ellos como compensación de guerra, se decidieran a utilizar el nombre de cristianos, menos común que los demás, con preferencia al de judíos, hebreos o israelitas, con el fin de librarse de dichas cargas y para distanciarse en lo sucesivo del judaísmo fundamentalista, militante y guerrero. Con esta perspectiva no resulta una suposición descabellada pensar que las comunidades del orbe romano, al menos las más importantes, Jerusalén, Antioquía, Alejandría, Éfeso, Laodicea, etc., pudieran señalar la presencia de pastores y guías de grupos cien por cien judíos que llevaran ahora, consciente y voluntariamente el nombre de cristianos. Que a tales pastores y guías, con el paso de los siglos, se los transformara de judíos heterodoxos en judeocatólicos florromanos imperiales, en el sentido que tiene hoy día esta expresión, no debe sorprender a nadie. La comunidad judía de Roma debió de sufrir igualmente esta transformación, pero no por ello sus pastores dejaban de ser visceralmente judíos, como la misma comunidad.

* En contra de lo que la historia escrita pueda afirmar, los grandes enemigos de los judíos no fueron los extraños, egipcios, persas, romanos y griegos, ni siquiera los reyes del judeocatólicismo cristológico latino –Imperio Vaticano en la actualidad– que los persiguieron y estigmatizaron con mayor crueldad que Hitler y su gobierno nazi, sino sus propios pontífices, levitas y rabinos quienes, siguiendo los ejemplos que encontraron en la *Biblia*, los masacraron para imponer su fanatismo y fundamentalismo. (Esta intolerancia y fanatismo la heredaría el levitismo o teofuncionariado evangélico –sacerdotes, obispos, cardenales, abades y papas– que se comportaría con los fieles judeocatólicos peor que sus padres lo hicieron con el pueblo hebreo).

D) A pesar de lo que la lógica pudiera hacer pensar, el vacío de poder (vacante en el trono), que se produjo en varias ocasiones, cuando nadie tenía fuerzas para ceñirse por sus propios medios la ambicionada mitra, corona o tiara, sólo se originó cuando el obispado dejó de ser una carga y se convirtió en una sinecura evidente, y, sobre todo, cuando, siendo envidiado por los beneficios que llevaba consigo, se robó el derecho de elección a los fieles, y pasó a estar controlado por el clero, los nobles, el emperador y, finalmente, los cardenales. El proceso se dio en todas las diócesis, cortes o satrapías obispales, cuyos pastores, obispos, sátrapas o reyezuelos, en un tiempo elegidos por el pueblo, serían elegidos finalmente por el clero local y la nobleza y, finalmente, como sucede en la actualidad, elegidos o controlados y confirmados por el Vaticano. La falta de acuerdo entre los aspirantes al trono y sus padrinos, entre los cardenales y los poderes que representaban, hizo que, en ocasiones, las vacantes se prolongaran meses y meses, y aun años. Estas vacantes las hemos señalado, en principio, cuando superaban los seis meses; ayudan a comprender la codicia y ansias de posesión que provocaba la ambicionada mitra romana, y el poder envidiable en que se había convertido.

ANEXO SEGUNDO

CRONOLOGÍA*

Aclaración: No existe documento alguno que demuestre la existencia de algún obispo romano en los dos primeros siglos de la era vulgar, por la sencilla razón de que no podían existir al no existir siquiera el judeocatolicismo. Los listados que ofrece la curia romana o corte del Imperio Vaticano para estos siglos, y años posteriores inmediatos constituyen “un inocente y caritativo fraude”, como todos los suyos, para justificar, lo que jamás podrá creer nadie, en su sano juicio: la existencia de una línea ininterrumpida entre el Jesús evangélico –cuya vida, mejor o peor configurada, recibió una existencia oficial a partir del siglo IV– y Joseph Ratzinger.

Al haber situado el nacimiento de Jesús, varios siglos antes de que tuviera lugar su creación, se originó un problema insoluble, puesto que se imponía, para justificar el papado romano, rellenar esos siglos con unas vidas que fueran creíbles, lo que constituía una tarea nada fácil, dado los anacronismos evangélicos.

La *Biografía nicena de Jesús*, atribuida a Lucas, coloca la vida de su protagonista en tiempos de César Augusto; y, para justificar su nacimiento en Belén, menciona un empadronamiento que jamás existió. Precisa un poco, afirmando que ocurrió en tiempos de Herodes, mención que hace también la *Biografía de Jesús* atribuida a Mateo. El esfuerzo de Lucas, que, por otra parte, escribe de oídas, como el mismo confiesa, no constituye más que un recurso habitual en manos de novelistas y narradores. Las *biografías de Jesús* tuvieron carta de ciudadanía entrado el siglo IV, por lo que resulta más que sospechosa la precisión de Lucas y la de Mateo, precisión con la que se pretende ocultar una realidad molesta: la de que dichas biografías –por razones que hemos mencionado en otros lugares– se escribieron mucho después de la existencia real del judeocatolicismo cristológico, es decir, tras la existencia de las Iglesias. Esta razón es suficiente para negar la existencia de los “sucesores del Pedro” en los primeros siglos de la era vulgar. Hasta finales del siglo II, por no decir hasta bien entrado el siglo III, no pudo haber pastores cristológicos de las comunidades judías reformadas, fuesen levitas y rabinos filorromanos o meramente heterodoxos, por la sencilla razón de que no se había hecho del mesías judío (kristós, xristós), un personaje divino, y no se había podido crear la figura de su encarnación, el Jesús niceno.

Los esfuerzos que hace la corte del Imperio Vaticano para rellenar el listado de los supuestos sucesores de Pedro en Roma, son hercúleos, pero constituyen una mendacidad. Es mucho más creíble el listado que ofrece el judeocatolicismo ortodoxo de sus papas o patriarcas, cronología que sólo se inicia a partir del siglo IV, exactamente en el año 315, momento en que comienza a tener sentido la consignación de sus pasto-

res, y época en la que, en realidad, debió de iniciarse la cronología de los obispos de Roma. No es de extrañar que la Iglesia ortodoxa sólo haya consignado a los obispos romanos que se dan a partir de esta fecha, con Silvestre el Romano (314–335), negando los anteriores, que han de considerarse falsos. (Ver *Papado de Bizancio*).

A pesar de lo dicho, y solo para ofrecer a los lectores la posibilidad de que ellos mismos sean quienes realicen la selección que se impone, se han consignado todos los supuestos obispos de Roma de los primeros siglos, que la corte vaticana ofrecen en sus listados.

* Los reyes pontificios que estuvieron a caballo, entre dos siglos, van colocados en el siglo en que más años reinaron.

Nota 1ª: El signo = significa “más conocido por”; el signo >< significa “enfrentado a”, “en lucha, él o sus partidarios, contra los partidarios de”, aunque puede también sugerir que las fechas dadas para el reinado de dos o tres obispos se superpongan etc.; el signo => significa “sucedido por”. Las interrogaciones, ¿?, sugieren la duda sobre la rápida desaparición del obispo romano, no descartándose la posibilidad de su asesinato.

Nota 2ª: Los años de reinado de cada uno de los obispos, y no hablamos de los tiempos míticos, son aproximativos pues no existe seguridad alguna hasta el final de la Edad media, y, con frecuencia hasta la Edad moderna, sobre la duración exacta del reinado de cada uno de ellos.

Nota 3ª: La numeración, insistimos, sólo puede ser orientadora y aproximativa; existen demasiadas lagunas en la historia del obispado romano y es necesario no descartar la duda. Y no hay que olvidar que todos los obispos señalados antes de Silvestre el Romano, papa Silvestre I (314–355) constituyen mera ficción o están configurados con retazos tomados de personajes que pudieran haber sido responsables de algunos colectivos de judíos heterodoxos filorromanos, pero que jamás pudieron ser los sucesores de Jesús, entre otras razones, porque éste estaba en proceso de fabricación todavía, y no tuvo carta de ciudadanía –y no se sabe qué carta– hasta el concilio de Nicea, en el año 325.

Nota 4ª: Junto al nombre, aparece, en ocasiones, una palabra, benedictino, dominico, imperial, etc., o dos, Imperial y Teodora. Tales palabras expresan los grupos que determinaron su elección al obispado de Roma, por pertenecer a ellos, o las personas concretas que lo colocaron en el cargo. Cuando no se especifica, el nombre y apellido sugieren el origen de la familia –en principio, la más alta nobleza de Roma– que lo apadrina.

Nota 5ª: Parte de obispos romanos, sobre todo de los primeros cinco siglos, en los listados oficiales llevan el título de santo. El título y la aplicación constituyen una mendacidad e inanidad evidente, cuando no un insulto para las personas honradas que ven cómo la corte del Imperio Vaticano ha sacralizado, con harta frecuencia, a filibusteros, predadores y asesinos que el único mérito que tuvieron fue el de contri-

buir a la formación de dicho imperio. Siguiendo las pautas oficiales, el título, a pesar de su vacuidad, se ha conservado en estos listados.

* * *

A: Obispos de Roma míticos, cuya existencia no tiene ningún fundamento, ni siquiera como levitas o rabinos a la cabeza de las comunidades judías heterodoxas filorromanas. A pesar de todo están incluidos en los listados oficiales y en el llamado por L. Duchesne *Liber Pontificalis*, en Eusebios Pamphili, en Ireneo de Lyon y en otros autores y algunas crónicas, de dudosa factura, que se quieren remitir al siglo V o VI, de lo que no hay garantía alguna. No tienen más fundamento que la necesidad que tuvo el obispado romano, para justificar su existencia a la cabeza del judeocatolicismo filorromano latino, de ofrecer una sucesión verosímil de sus pastores, desde los tiempos en que sitúa a su Jesús evangélico hasta el instante en que la nueva secta judía (cristianismo oficial) fue reconocida como religión del Imperio el año 313. Que a los personajes ficticios de tales listados se aplicaran detalles de personajes más o menos reales que estaban en boca de judíos ortodoxos y reformados, o de tráfugas teopolíticas, que desertaban o se inscribían en función de los intereses del momento, no por ello altera su naturaleza de seres de ficción, aunque sí complica su estudio.

SIGLO I

- 1.– Simón Barjona = Simón Pedro o Pedro I, santo (33–67).
- 2.– Lino de Volterra = Lino, santo (67–76).
- 3.– Cleto el Romano = Cleto, santo (76–78 o 78–90).
- 4.– Clemente el Judío = Clemente I, santo (90–97).
- 5.– Evaristo el Hebreo = Evaristo, santo (98–105).

SIGLO II

- 6.– Alejandro del Caput Tauri = Alejandro I, santo (105–115).
- 7.– Sixto el Romano = Sixto I, santo (115–126).
- 8.– Telesforo el Griego = Telesforo, santo (126–136).
- 9.– Higinio el Ateniense = Higinio, santo (136–140).
- 10.– Pío de Aquileya = Pío I, santo (140–155).

B: Obispos de Roma míticos, es decir, sin garantía alguna, cuya existencia podría identificarse con la existencia de los posibles levitas o rabinos de las comunidades judías heterodoxas totalmente antifundamentalistas. Su posible aparición pudiera haber tenido lugar, a partir de la derrota de Bar Cocheba (132–136), la diáspora consiguiente y la aparición de Marción, en el año 140, con las primeras cartas, el primer texto evangélico que se conoce, y un nuevo dios para las comunidades judías –conocidas con el nombre de cristianas– inclinadas ahora a la renuncia total de la simbología judía, sus formas culturales y su credo. Sin embargo, la credibilidad de tales listados será dudosa durante mucho tiempo. El mismo Eusebios Pamphili, que sólo vio lo que quiso ver, escribió lo que quiso escribir, y citó lo que a todas luces no eran más que devaneos de su mente, se ve obligado a reconocer, en su *Historia de la Iglesia*, que los quince primeros pastores que ofrece de la comunidad de Roma, tras Pedro, fueron judíos circuncisos* (hasta Calixto I), lo que demuestra, no la veracidad de sus listados, sino la confusión tan grande que existió en

los tres primeros siglos de la era común en las comunidades judías en su transformación hacia el judeocatolicismo filorromano imperial, y cómo este proceso exigió el paso de los años y de los siglos. Es oportuno recordar, que la circuncisión había sido rechazada a partir de Pablo, es decir, en los supuestos tiempos apostólicos, de una vez para siempre, y Calixto I reinó muy entrado ya el siglo III, lo que resulta inconcebible.

* Sorprende que afirme lo mismo de los quince primeros obispos de Jerusalén.

11.– *Justino el Sirio = Justino* (... –165) >·<

12.– Aniceto el Sirio = Aniceto, santo (155–166).

13.– Sotero de Fondi = Sotero, santo (167–174 o 166–175).

14.– Eleuterio de Nicopoli = Eleuterio, santo (175–189).

15.– Víctor el Africano = Víctor I, santo (189–199).

SIGLO III

16.– Ceferino el Romano = Ceferino, santo (199–217).

17.– *Hipólito el Letrado = Hipólito, santo* (217–235) >·< **18.**– Calixto de Ravennatio = Calixto I, santo (217–222 o 218–223).

C: Ya en pleno siglo III, es muy probable que, a pesar de la confusión reinante, los grupos de judíos ortodoxos y los grupos judeocatólicos puedan ser más fácilmente delimitados, y que los levitas o sacerdotes de unos y otros colectivos comiencen a ser diferenciados con mayor facilidad entre los iniciados. Con el paso del tiempo la confusión tendería a desaparecer, aunque no exista garantía alguna para afirmar la veracidad indiscutible de las cronologías, nombres y hechos.

Para el común de los mortales, la confusión se prolongaría hasta el siglo V o VI, pues los romanos, hasta estos siglos, no tuvieron muy clara la diferencia entre judíos y cristianos (judeocatólicos).

19.– Urbano el Romano = Urbano I, santo (227–230 o 222–230).

20.– Ponciano de Calpurnia = Ponciano, santo (230–235/8).

21.– Antero el Griego = Antero, santo (235–236).

22.– Fabián el Paraclitado = Fabián, santo (236–250).

Vacante del trono, un año largo.

23.– Cornelio el Patricio = Cornelio, santo (251–253). >·< **24.**– *Novaciano el Estoico = Novaciano* (251–253).

25.– Lucio de Porfirio = Lucio I, santo (253–254).

26.– Esteban el Patricio = Esteban I, santo (254–257).

27.– Sixto el Griego = Sixto II, santo (257–258).

Vacante del trono, un año.

28.– Dionisio el Griego = Dionisio, santo (259–268).

29.– Félix el Romano = Félix I, santo (269–274).

30.– Eutiquiano de Luni = Eutiquiano, santo (275–283).

31.– Cayo de Dalmacia = Cayo, santo (283–296).

32.– Marcelino el Patricio = Marcelino, santo (296–304).

SIGLO IV

Vacante del trono, cuatro años.

33.– Marcelo el Romano = Marcelo I, santo (308–309).

34.– Eusebio el Griego = Eusebio, santo (309–310).

Vacante del trono, un año largo.

35.– Milciades el Africano = Milciades, santo (311–314).

CH) A partir del edicto de tolerancia (año 311), el judeocatolicismo (cristianismo) pasa a ser una de tantas religiones del Imperio Romano. A partir de entonces, es menos incierta la relación de los obispos o presbíteros romanos que se sucedieron a la cabeza de la diócesis de Roma. Eso no significa que los elementos legendarios desaparezcan, y que algunos de tales obispos o presbíteros no sean mera leyenda.

36.– Silvestre el Romano = Silvestre, santo (314–335).

37.– Marcos de Prisco = Marcos, santo (336).

Vacante del trono, cerca de un año.

38.– Julio el Romano = Julio I, santo (337–352).

39.– Marcelino Félix Liberio = Liberio (352–366) >·< **40.**– *Félix el Archidiácono* = *Félix II* (355–365). Imperial.

41.– Dámaso el Hispano = Dámaso I, santo (366–384). >·< **42.**– Ursino (366–)

>·< **43.**– Siricio el Romano = Siricio, santo (384–399)

44.– Anastasio Massimi = Anastasio I, santo (399–401).

SIGLO V

45.– Inocencio de Albano = Inocencio I, santo (401–417). >·< **46.**– *Anastasio el Ignorado* = *Anastasio II* (408).

47.– Zósimo el Griego = Zósimo, santo (417–418).

48.– *Eulalio el Arcediano* = *Eulalio* (418–419; derrotado). >·< **49.**– Bonifacio el Romano = Bonifacio I, santo (418–422).

50.– Celestino de Campania = Celestino I, santo (422–432).

51.– Sixto el Arquitecto = Sixto III, santo (432–440).

52.– León de Volterra = León I, santo (440–461).

53.– Hilario el Sardo = Hilario, santo (461–468).

54.– Simplicio de Castino = Simplicio, santo (468–483).

55.– Celio Félix de Anici = Félix II **Bis** o III, santo (483–492). Imperial.

56.– Gelasio el Africano = Gelasio I, santo (492–496).

57.– Anastasio el Romano = Anastasio II **Bis** (496–498).

SIGLO VI

58.– *Lorenzo el Arcipreste* = *Lorenzo* (498–obligado a renunciar). >·< **59.**– Símmaco el Sardo = Símmaco, santo (498–514).

60.– Celio Hormisdas = Hormisdas, santo (514–523).

61.– Juan Catelín el Toscano = Juan I, santo (523–526).

62.– Félix de Castorio = Félix III **Bis** o IV (526–530). Imperial.

63.– *Dióscoro el Griego* = *Dióscoro* (530. Asesinado). >·< **64.**– Bonifacio el Godo = Bonifacio II (530–532).

65.– Mercurio de Projecto = Juan II (533–535).

66.– Agapito Giordano = Agapito I, santo (535–536).

67.– Silverio de Hormisdas = Silverio, santo (536–537).

68.– Vigilio el Romano = Vigilio (537–555). Imperial; Teodora.

69.– *Marea el Presbítero* = *Marea* (555– 2 meses. Asesinado). >·< **70.**– Pelagio el

Romano = Pelagio I (556–561). Imperial; Justiniano.

71.– Catelino el Romano = Juan III (561–574).

Vacante del trono, cerca de un año.

72.– Bonosio el Romano = Benedicto I (575–579).

73.– Pelagio de Unigildo = Pelagio II (579–590).

74.– Gregorio de Anici = Gregorio I el Grande, santo (590–604). Benedictino.

SIGLO VII

75.– Sabiniano de Blera = Sabiniano (604–606).

Vacante del trono, cerca de un año.

76.– Bonifacio Kataandiokes = Bonifacio III (607).

77.– Bonifacio de Marsica = Bonifacio IV, santo (608–615).

78.– Adeodato el Romano = Adeodato I, santo (616–618).

Vacante del trono, un año.

79.– Bonifacio el Napolitano = Bonifacio V (619–625). Benedictino.

80.– Honorio de Campania = Honorio I. (625–638).

Vacante del trono, dos años.

81.– Severino di Labieno = Severino (640).

82.– Juan el Dálmata = Juan IV (640–642).

83.– Teodoro el Griego = Teodoro I (642–649). Exarca Isacco.

84.– Martín de Todi = Martín I, santo (649–655) >< **85.**– Eugenio el Romano = Eugenio I, santo (654–657).

86.– Vitaliano de Segni = Vitaliano, santo (657–672).

87.– Adeodato el Monje = Adeodato II (672–676).

88.– Domno de Mauricio = Domno (676–678).

89.– Agatone de Palermo = Agatone o Agatón, santo (678–681).

Vacante del trono, un año largo.

90.– León el Siciliano = León II, santo (682–683).

Vacante del trono, cerca de un año.

91.– Benedicto de Saveli = Benedicto II, santo (684–685).

92.– Juan el Sirio = Juan V (685–686).

93.– *Pedro el Arcipreste = Pedro II (686. Destronado).* >< **94.**– *Teodoro el Presbítero = Teodoro I Bis (686. Destronado).* >< **95.**– Conón el Anciano = Conón (686–687).

96.– *Pascual el Archidiácono = Pascual I (687. Destronado y asesinado en prisión).* Imperial. >< **[94].**– *Teodoro el Presbítero = Teodoro I Bis. 2ª vez (687 ¿?).* >< **97.**– Sergio de Palermo = Sergio I, santo (687–701). Por el exarca Giovanni.

SIGLO VIII

98.– Juan el Griego = Juan VI (701–705).

99.– Juan de Platón = Juan VII (705–707).

100.– Sisinio el Sirio = Sisinio I (708).

101.– Constantino el Sirio = Constantino I (708–715).

102.– Gregorio el Romano = Gregorio II, santo (715–731).

103.– Gregorio el Sirio = Gregorio III, santo (731–741).

104.– Zacarías el Griego = Zacarías, santo (741–752).

- 105.**– Esteban el Romano = Esteban II (752. Fallecido a los dos días ¿?). ><
106.– Esteban el Arcediano = Esteban II **Bis** o Esteban III (752–757).
107.– *Teofilacto el Archidiacono* = *Teofilacto* (757. Destronado). Imperial. ><
108.– Pablo el Diácono = Pablo I, santo (757–767). Dinastía real.

Vacante del trono, cerca de un año.

- 109.**– *Constantino de Nepi* = *Constantino II* (767–768). Nobleza, los Nepi. ><
110.– *Felipe el Monje* = *Felipe* (768. A los dos días era destronado y mutilado). ><
111.– Esteban de Sicilia = Esteban III **Bis** o IV (767–772). Benedictino.
112.– Adriano Colonna = Adriano I (772–795).

SIGLO IX

- 113.**– León de Arupio = León III, santo (795–816).
114.– Esteban de Marino = Esteban IV **Bis** o V (816–817).
115.– Pascual Massimi = Pascual I, santo (817–824). Benedictino.
116.– *Sisinio el Plebeyo* –*Sisinio II* (824. Destronado). >< **117.**– Eugenio de Santa Sabina = Eugenio II (824–827).
118.– Valentín de Vía Lata = Valentín o Valentino (827. Cuarenta días ¿?).
119.– Gregorio el Patricio = Gregorio IV (827–844).
120.– *Juan el Diácono* = *Juan VIII* (844. Destronado y encarcelado). >< **121.**– Sergio el Romano = Sergio II (844–847).
122.– León el Romano = León IV, santo (847–855). Benedictino.
123.– Johannes Angélicus = Juan VIII **Bis**, Papisa Juana (855. Asesinada).
124.– *Anastasio de Arsenio* o *Anastasio el Bibliotecario* = *Anastasio III* (855. Al mes

dejó el trono). >< **125.**– Benedicto el Romano = Benedicto III (855–858).

- 126.**– Nicolás el Patricio = Nicolás I el Grande (858–867). Imperial.
127.– Adriano el Romano = Adriano II (867–872).
128.– Juan el Longobardo = Juan VIII **Bis** II (872–882).
129.– Marín el Galo = Marín I o Martín II (882–884).
130.– Adriano de Vía Lata = Adriano III, santo (884–885).
131.– Esteban de Vía Lata = Esteban V **Bis** o VI (885–891).
132.– Formoso el Romano = Formoso (891–896. Envenenado).
133.– Bonifacio el Excomulgado = Bonifacio VI (896. Envenenado).
134.– Esteban de Giovanni = Esteban VI **Bis** o VII (896–897. Estrangulado).
135.– Romano de Gallese = Romano (897. ¿?). Imperial.
136.– Teodoro de Focio = Teodoro II (897. No llegó al mes ¿?). Emperador Lamberto.
137.– Juan de Tívoli = Juan IX (898–900). Benedictino.

SIGLO X

- 138.**– Benedicto de Mammolo = Benedicto IV (900–903).
139.– León de Ardea = León V (903. Asesinado). Benedictino.
140.– Cristóbal el Romano = Cristóbal (903–904. Asesinado).
141.– Sergio de Túsculo = Sergio III (904–911). Nobleza, Teofilacto.
142.– Anastasio el Patricio = Anastasio III **Bis** (911–913).
143.– Landón de Sabina = Landón (913–914). Nobleza, Teodora.
144.– Juan de Tossignano = Juan X (914–928).
145.– León Cristoforo = León VI (928. ¿?). Nobleza, Marozia.

146.– Esteban de Teudomondo = Esteban VII **Bis** u VIII (928–931).

147.– Juan de Marozia = Juan XI (931–935).

148.– León el Reformador = León VII (936–939). Benedictino. Marozia.

149.– Esteban el Germano = Esteban VIII **Bis** o IX (939–942).

150.– Marín el Romano = Marín II o Martín III (942–946). Príncipe Alberico.

151.– Agapito el Romano = Agapito II (946–955).

152.– Octaviano de Túsculo = Juan XII (955–964). Nobleza, Tusculanos. ><

153.– León el Laico = León VIII (963–965). Imperial. >< **154.**– *Benedicto el Gramático* = *Benedicto V* (964–966). >< **155.**– Juan de Teodora = Juan XIII (965–972). Nobleza.

156.– Benedicto el Germano = Benedicto VI (973–974) >< **157.**– Francone de Ferruccio = Bonifacio VII (974. Va a Constantinopla). ><

158.– Domno el Romano = Domno II (974. Tres meses ¿?). =>

159.– Benedicto Tusculano = Benedicto VII (974–983). => **160.**– Pedro de Canepanova = Juan XIV (983–984).

[**157.**]– Francone de Ferruccio = Bonifacio VII. [Recupera el trono, al que nunca había renunciado, tras regresar a Roma]. (984–985. Envenenado).

161.– *Juan el Romano* = *Juan XV* (985. Asesinado a los pocos días). >< **162.**– Juan de Gallina Alba = Juan XV **Bis** (985–996).

163.– *Juan Filagato* = *Juan XVI* (997–998. Destronado, mutilado y asesinado). Benedictino. >< **164.**– Brunón de Carintia = Gregorio V (996–999).

SIGLO XI

165.– Gerberto de Orillac = Silvestre II (999–1003). Benedictino, imperial.

166.– Juan Sicconi = Juan XVII (1003).

167.– Fasano el Romano = Juan XVIII (1004–1009).

168.– Pedro Bucca Porca = Sergio IV (1009–1012).

169.– *Gregorio de los Crescencios* = *Gregorio VI* (1012–1014. Destronado). Nobleza. >< **170.**– Teofilacto Tusculano = Benedicto VIII (1012–1024). Nobleza.

171.– Romano de Túsculo = Juan XIX (1024–1032). Nobleza.

172.– Teofilacto el Niño = Benedicto IX (1032–1044. Destronado). Nobleza.

>< **173.**– Juan de Sabina = Silvestre III (1045–1046. Destronado). ><

174.– Juan el Mago = Juan XX (1046. Murió a los 4 meses de reinado. ¿?). =>

175.– Juan Graciano = Gregorio VI **Bis** (1045–1046. Renunció). ><

176.– Suitger de Morsleben = Clemente II (1046–1047).

>< [**172.**]– Teofilacto el Niño = Benedicto IX. 2º o enésima vez (1047–1048. Destronado). Nobleza. ><

177.– Poppo de Brixen = Dámaso II (1048–Envenenado). Imperio germano. =>

[**172.**]– Teofilacto el Niño = Benedicto IX. 3ª o enésima vez (1048. Destronado definitivamente).

178.– Bruno de Egisheim–Dagsbourg = León IX, santo (1049–1054).

Vacante del trono, un año.

179.– Gebardo de Dollnstein–Hirschberg = Víctor II (1055–1057). Imperial.

180.– Federico de Lorena = Esteban IX **Bis** o X (1057–1058). Benedictino.

181.– *Juan el Bobo* = *Benedicto X* (1058–1060. Depuesto). >< **182.**– Gerardo de Borgoña = Nicolás II (1059–1061).

183.– *Cadalo de Parma* = *Honorio II* (1061–1072). >< **184.**– Anselmo de Baggio = Alejandro II (1061–1073).

185.– Hildebrando de Soana = Gregorio VII, santo (1073–1085. Destronado). Cluniacense. ><

186.– *Guiberto de Ravena* = *Clemente III* (1080–1100. Destronado).

>< **187.**– Desiderio de Benevento = Vic-

tor III, beato (1086–1087. Envenenado). Benedictino. >< **188.**– Eudes de Lagery = Urbano II, beato (1088–1099).

SIGLO XII

189.– Raniero Rainieri = Pascual II (1099–1118). Cluniacense. >< **[186].**– Guiberto de Ravena = Clemente III. [Alcanza de nuevo el trono y lo conserva] (1080–1100). => **190.**– *Teodorico* (1100–1102). Nobleza, Colonna. => **191.**– *Alberto de la Sabina* = *Alberto* (1102). >< **192.**– *Maginulfo* = *Silvestre IV* (1105. Destronado). Imperial.

193.– Juan Caetano = Gelasio II (1118–1119). Benedictino. >< **194.**– *Maurice Bourdin* = *Gregorio VIII* (1118–1126). Destronado y prisionero). Benedictino.

195.– Guido de Borgoña = Calixto II (1119–1124).

196.– *Teobaldo Boccardipechora* = *Celestino II* (1124. Asesinado). Nobleza, Pierleoni. >< **197.**– Lamberto de Fiagnano = Honorio II **Bis** (1124–1130). Nobleza, Fraghipane.

198.– Gregorio Papareschi = Inocencio II (1131–1143). >< **199.**– *Pedro Pierleone* = *Anacleto II* (1131–1138. Envenenado). Nobleza. >< **200.**– *Gregorio Conti* = *Víctor IV* (1138. Destronado).

201.– Guido de Castellis = Celestino II **Bis** (1143–1144).

202.– Gerardo Caccianemici = Lucio II (1144–1145).

203.– Bernardo Paganelli = Eugenio III, beato (1145–1153).

204.– Corrado della Suburra = Anastasio IV (1153–1154).

205.– Nicolás Breakspear = Adriano IV (1154–1159). Monje.

206.– *Ottaviano de Monticello* = *Víctor IV Bis* (1159–1164). >< **207.**– Rolando Bandinelli = Alejandro III (1159–1181).

>< **208.**– *Guido de Cremona* = *Pascual III*

(1164–1168). => **209.**– *Juan de Struma* = *Calixto III* (1168–1178). => **210.**– *Lando de Sezze* = *Inocencio III* (1179–1180. Estrangulado).

211.– Ubaldo Allucingolli = Lucio III (1181–1185). Nobleza.

212.– Uberto Crivelli = Urbano III (1185–1187). Nobleza.

213.– Alberto de Morra = Gregorio VIII (1187). Benedictino.

214.– Pablo Scolari = Clemente III **Bis** (1187–1191).

215.– Giacinto Bobone = Celestino III (1191–1198).

SIGLO XIII

216.– Lotario de Segni = Inocencio III **Bis** (1198–1216). Nobleza.

217.– Cencio Savelli = Honorio III (1216–1227). Nobleza.

218.– Hugolín de Segni = Gregorio IX (1227–1241).

219.– Godofredo de Castiglioni = Celestino IV (1241. Envenenado).

Vacante del trono, dos años.

220.– Sinibaldo Fieschi = Inocencio IV (1243–1254).

221.– Reinaldo de Segni = Alejandro IV (1254–1261). Nobleza.

222.– Jacques Pantaleón = Urbano IV (1261–1264).

223.– Guy de Foulques = Clemente IV (1265–1268).

Vacante del trono, cerca de cuatro años.

224.– Teobaldo Visconti = Gregorio X, beato (1272–1276). Nobleza.

225.– Pedro de Tarantasia = Inocencio V (1276). Dominicó.

226.– Ottobono Fieschi = Adriano V (1276).

227.– Pedro de Giuliano = Juan XXI (1276–1277).

228.– Juan Cayetano Orsini = Nicolás III (1277–1280).

229.– Simón de Brión = Martín IV (1281–1285). Carlos de Anjou.

230.– Jacopo Savelli = Honorio IV (1285–1287).

Vacante del Trono, cerca de un año.

231.– Jerónimo Masci = Nicolás IV (1288–1292). Franciscano.

Vacante del trono, más de dos años.

232.– Pietro Angeleri da Morrone = Celestino V, santo (1294. Renunció). Fundador de los Celestinos.

233.– Benedicto Gaetani = Bonifacio VIII (1294–1303). Nobleza.

SIGLO XIV

234.– Nicolás Boccassini = Benedicto XI, beato (1303–1304. Envenenado). Dominicó.

La ciudad de Roma no renuncia a las ganancias que conlleva la corte obispal o papal y, despreciando a la dinastía de Aviñón, que no puede destruir, reinstaura su propia monarquía, dando origen, con ambos tronos, al denominado Gran cisma de Occidente. El Espíritu Santo, la infalibilidad pontificia y el mismo Cristo se dividen entre ambas coronas. Con el paso de los años, la dinastía romana será la más fuerte, y la dinastía de Aviñón, buscando parajes más seguros, se trasladará a Peñíscola, España, en donde continuará hasta la muerte de Bernard Garnier (Benedicto XIV).

243.– Francesco Tebaldeschi (1378. Renunció).

244.– Bartolomeo Pignano = Urbano VI; Roma (1378–1389). >< **245.**– Roberto de Ginebra = Clemente VII, Aviñón (1378–1394). >< **246.**– Pedro Tomacelli = Bonifacio IX, Roma (1389–1404). ><

Vacante del trono, cerca de un año.

235.– Beltrand de Goth = Clemente V (1305–1314).

Vacante del trono, dos años. Inicio de la dinastía romana de Aviñón.

236.– Jacques–Arnaud d'Euse = Juan XXII (1316–1334) >< **237.**– *Pedro Rainalducci de Corbara* = Nicolás V (1328–1330. Renunció). Franciscano, elegido por su Orden.

238.– Jacques Fournier = Benedicto XII (1334–1342). Cisterciense, elegido por su Orden.

239.– Pierre Roger de Maumont = Clemente VI (1342–1352). Benedictino.

240.– Étienne Aubert = Inocencio VI (1352–1362).

241.– Guillaume de Grimoard = Urbano V, beato (1362–1370). Benedictino, elegido por su Orden.

242.– Pierre Roger de Beaufort = Más conocido como Gregorio XI (1370–1378).

SIGLO XV

>< **247.**– Pedro de Luna = Benedicto XIII; Aviñón y Peñíscola (1394–1423). >< **248.**– Cosme Megliorati = Inocencio VII; Roma (1404–1406). => **249.**– Angelo Corrarario = Gregorio XII, Roma (1406–1415). Franciscano. >< **250.**– Pedro Filargi =

Alejandro V; Pisa (1409–1410). Franciscano. => **251.**– Baltasar Cossa de Procida = Juan XXIII, Pisa (1410–1417). >·< **252.**– Otón Colonna = Martín V; Roma (1417–1431). >·< **253.**– Gil Sanchez Muñoz = Clemente VIII; Peñíscola (1424). => **254.**– Bernard Garnier = Benedicto XIV; Peñíscola (1427).

Tras el traslado de la corte de Aviñón a Peñíscola, por Pedro de Luna, papa Benedicto XIII, el trono obispal romano no volvió a encontrar un enemigo de talla que pudiera hacerle sombra. El Espíritu Santo, la infalibilidad pontificia y el mismo Cristo renunciaron, hasta una nueva ocasión, a la partogenesis a que los había obligado el cisma.

255.– Gabriel Condolmer = Eugenio IV (1431–1447). >·< **256.**– *Amadeo de Saboya* = Félix V (1439–1450).

257.– Tomás Parentucelli = Nicolás V **Bis** (1447–1455).

258.– Alfonso Borja = Calixto III **Bis** (1455–1458). Nobleza.

259.– Eneas Silvio Piccolomini = Pío II (1458–1464).

260.– Pedro Barbo = Pablo II (1464–1471).

261.– Francesco della Rovere = Sixto IV (1471–1484). Nobleza, franciscano.

262.– Juan Bautista Cibo = Inocencio VIII (1484–1492). Nobleza.

263.– Rodrigo Borja = Alejandro VI (1492–1503). Nobleza.

SIGLO XVI

264.– Antonio Francisco Todeschini Piccolomini = Pío III (1503). Nobleza. (¿Envenenado?)

265.– Giuliano della Rovere = Julio II (1503–1513). Nobleza.

266.– Juan de Médicis = León X (1513–1521). Nobleza.

267.– Adriano Florent = Adriano VI (1522–1523).

268.– Julio de Médicis = Clemente VII Bis (1523–1534). Nobleza.

269.– Alejandro Farnesio = Pablo III (1534–1549). Nobleza.

270.– Giovanni María Ciocchi del Monte = Julio III (1550–1555).

271.– Marcelo Cervini de Spannochi = Marcelo II (1555. ¿?).

272.– Juan Pedro Carafa = Pablo IV (1555–1559).

273.– Juan Ángel de Médicis = Pío IV (1559–1565). Nobleza.

274.– Miguel Ghislieri = Pío V, santo (1566–1572). Dominico. Médicis.

275.– Hugo Buoncompagni = Gregorio XIII (1572–1585).

276.– Félix Peretti de Montalto = Sixto V (1585–1590). Franciscano.

277.– Gian Battista Castagna = Urbano VII (1590. ¿?).

278.– Niccolo Sfondrati = Gregorio XIV (1590–1591). Nobleza.

279.– Juan Antonio Facchinetti = Inocencio IX (1591. ¿?).

280.– Hipólito Aldobrandini = Clemente VIII **Bis** (1592–1605).

SIGLO XVII

281.– Alejandro Octaviano de Médicis = León XI (1605. ¿?).

282.– Camilo Borguese = Pablo V (1605–1621).

283.– Alejandro Ludovisi = Gregorio XV (1621–1623).

284.– Maffeo Barberini = Urbano VIII (1623–1644). Nobleza.

285.– Juan Bautista Pamphili = Inocencio X (1644–1655).

286.– Fabio Chigi = Alejandro VII (1655–1667).

287.– Julio Rospigliosi = Clemente IX (1667–1669).

288.– Juan Bautista Emilio Altieri = Clemente X (1670–1676).

289.– Benedicto Odescalchi = Inocencio XI, beato (1676–1689).

290.– Pedro Vito Ottoboni = Alejandro VIII (1689–1691).

291.– Antonio Pignatelli = Inocencio XII (1691–1700).

SIGLO XVIII

292.– Juan Francisco Albani = Clemente XI (1700–1721).

293.– Miguel Ángel Conti = Inocencio XIII (1721–1724).

294.– Pedro Francisco Orsini = Benedicto XIII **Bis** (1724–1730). Dominico. Nobleza.

295.– Lorenzo Corsini = Clemente XII (1730–1740).

296.– Próspero Lambertini = Benedicto XIV **Bis** (1740–1758).

297.– Carlos Rezzonico = Clemente XIII (1758–1769).

298.– Lorenzo Juan Ganganelli = Clemente XIV (1769–1774). Franciscano.

299.– Juan Ángel Braschi = Pío VI (1775–1799).

SIGLO XIX

300.– Bernabé Luís Chiaramonti = Pío VII (1800–1823).

301.– Anniballe della Genga = León XII (1823–1829).

302.– Francisco Javier Castiglione = Pío VIII (1829–1830).

303.– Bartolomeo Alberto Mauro Cape-lari = Gregorio XVI (1831–1846). Camaldulense.

304.– Juan María Mastai–Ferretti = Pío IX (1846–1878).

305.– Joaquín Pecci = León XIII (1878–1903).

SIGLO XX

306.– José Sarto = Pío X, santo (1903–1914).

307.– Jaime della Chiesa = Benedicto XV (1914–1922).

308.– Ambrosio Damián Aquiles Ratti = Pío XI (1922–1939. Asesinado).

309.– Eugenio Pacelli = Pío XII (1939–1958).

310.– Angelo Giuseppe Roncalli = Juan XXIII **Bis** (1958–1963).

311.– Giovanni Battista Montini Pablo VI (1963–1978) >·< **312.**– *Auguste Michele Colin = Clemente XV*. Dinastía suiza–francesa–italiana (1973–...).

>·< **313.**– *Marcel Lefebvre*. Dinastía francesa–suiza (1975–1991). **314.**– *Clemente Domínguez Gómez = Clemente XV Bis*. Dinastía española (1976–...).

315.– Albino Luciani = Juan Pablo I (1978. ¿?).

316.– Carol Wojtyla = Juan Pablo II (1978–2005).

SIGLO XXI

317.– Joseph Ratzinger = Benedicto XVI (2005–...).

ANEXO TERCERO

ORDEN ALFABÉTICO POR PSEUDÓNIMOS, ALIAS O NOMBRE HABITUAL

Nota: Van en cursiva quienes, por causas ya explicadas a lo largo de este trabajo, en los listados oficiales son ignorados o considerados antipapas. Señalamos, con una nota entre paréntesis, los obispos o presbíteros a la cabeza de la curia romana que pertenecen a la leyenda o semileyenda. Insistimos: Antes del siglo segundo ningún obispo o presbítero pudo existir, ni en Roma ni en cualquier otro lado, por la sencilla razón de que el judaísmo heterodoxo de la diáspora no se había transformado, todavía, en el judaísmo heterodoxo filorromano radical, y no podía existir ninguna diferencia entre los levitas filorromanos y los futuros sacerdotes o hechiceros cristológicos. Que existieran luchas y enfrentamientos entre representantes de ortodoxos y heterodoxos, nadie lo duda. Pero las nuevas comunidades sólo tenían un objetivo claro: Si querían vivir en el Imperio Romano, debían distanciarse, definitivamente, del judaísmo hierosolimitano y mosaico, que tantos problemas estaba dando y había dado siempre. Y esta visión no pudo hacerse mayoritaria hasta la derrota de Bar Cocheba en el año 136 del cómputo actual.

Si, en lugar de borrarlos de los listados presentados, se señalan estos presbíteros o papas de Roma legendarios y mitológicos, es con el fin de ofrecer las elaboraciones que la corte del Imperio Vaticano ha forjado para ellos.

Adeodato I = Adeotado el Romano (616–618).

Adeodato II = Adeodato el Monje (672–676).

Adriano I = Adriano Colonna (772–795).

Adriano II = Adriano el Romano (867–872).

Adriano III = Adriano de Vía Lata (884–885).

Adriano IV = Nicolás Breakspear (1154–1159).

Adriano V = Ottobono Fieschi (1276 ¿?).

Adriano VI = Adriano Florent (1522–1523).

Agapito I = Agapito Giordano (523–536).

Agapito II = Agapito el Romano (946–955).

Agatone o Agatón = Agatone de Palermo (678–681).

Alberto o Adalberto = Alberto de la Sabina (1102 ¿?).

Alejandro I = Alejandro del Caput Tauri (105–115). (*Pertenece a la leyenda*).

Alejandro II = Anselmo de Baggio (1061–1073).

Alejandro III = Rolando Bandinelli (1159–1181).

Alejandro IV = Reinaldo de Segni (1254–1261)

Alejandro V = Pedro Filargi. Pisa (1409–1410).

Alejandro VI = Rodrigo Borja (1492–1503).

Alejandro VII = Fabio Chigi (1655–1667).

Alejandro VIII = Pedro Vito Ottoboni (1689–1691).

Anacleto I (Ver Cleto).

Anacleto II = Pedro Pierleone (1131–8).

Anastasio I = Anastasio Massimi (399–401).

Anastasio II = Anastasio el Ignorado (408 ¿?).

Anastasio II **Bis** = Anastasio el Romano (496–498)

Anastasio III = Anastasio de Arsenio (Anastasio el Bibliotecario) (855. Al mes dejó el trono).

Anastasio III **Bis** = Anastasio el Patricio (911–913).

Anastasio IV = Corrado della Suburra (1153–1154).

Anastasio el Bibliotecario (Anastasio III).

Aniceto = Aniceto el Sirio (155–166). (*Pertenece a la leyenda*).

Antero = Antero el Griego (235–236). (*Entre el mito y la historia*).

Benedicto I = Bonosio el Romano (575–579).

Benedicto II = Benedicto de Savelio (684–685).

Benedicto III = Benedicto el Romano (855–858).

Benedicto IV = Benedicto de Mammolo (900–903).

Benedicto V = Benedicto el Gramático (964–966).

Benedicto VI = Benedicto el Germano (973–974).

Benedicto VII = Benedicto Tusculano (974–983).

Benedicto VIII = Teofilacto Tusculano (1012–1024).

Benedicto IX = Teofilacto el Niño (1032–1044. Destronado. Regresará por dos veces y por dos veces más será destronado).

Benedicto X = Juan el Bobo (1058–1060).

Benedicto XI = Nicolás Boccassini (1303–1304. Envenenado).

Benedicto XII = Jacques Fournier (1334–1342).

Benedicto XIII = Pedro de Luna. Aviñón–Peñíscola (1394–1423).

Benedicto XIII **Bis** = Pedro Francisco Orsini (1724–1730).

Benedicto XIV = Bernard Garnier. Peñíscola (1427).

Benedicto XIV **Bis** = Próspero Lambertini (1740–1758).

Benedicto XV = Jaime de la Chiesa (1914–1922).

Benedicto XVI = Joseph Ratzinger (2005–...).

Bonifacio I = Bonifacio el Romano (418–422).

Bonifacio II = Bonifacio el Godo (530–532).

Bonifacio III = Bonifacio Kataandiokes (607 ¿?).

Bonifacio IV = Bonifacio de Marsica (608–615).

Bonifacio V = Bonifacio el Napolitano (619–625).

Bonifacio VI = Bonifacio el Excomulgado (896. Envenenado).

Bonifacio VII = Francone de Ferruccio (974. Se ausentó. Retomó el trono de 984–985).

Bonifacio VIII = Benedicto Gaetani (1294–1303).

Bonifacio IX = Pedro Tomacelli. Roma (1389–1404).

Calixto I = Calixto de Ravennatio (217–222 o 218–223). (*Pertenece a la leyenda*).

Calixto II = Guido de Borgoña (1119–1124).

Calixto III = Juan de Struma (1168–1178).

Calixto III **Bis** = Alfonso Borja (1455–1458).

Cayo = Cayo de Dalmacia (283–296). (*Entre el mito y la historia*).

Ceferino = Ceferino el Romano (199–217). (*Pertenece a la leyenda*).

Celestino I = Celestino de Campania (422–432).

Celestino II = Teobaldo Boccadipicora (1124. Asesinado).

Celestino II **Bis** = Guido de Castellis (1143–1144).

- Celestino III = Giacinto Bobone (1191–1198).
- Celestino IV = Godofredo de Castiglioni (1241. Envenenado).
- Celestino V = Pietro Angeleri (1294 ¿?).
- Clemente I = Clemente el Judío (90–97). (*Pertence a la leyenda*).
- Clemente II = Suitger de Morsleben (1046–1047).
- Clemente III = Guiberto de Ravena (1080–1100).*
- Clemente III **Bis** = Pablo Scolari (1187–1191).
- Clemente IV = Guy de Foulques (1265–1268).
- Clemente V = Beltrand de Goth (1305–1314).
- Clemente VI = Pierre Roger de Maumont (1342–1352).
- Clemente VII = Roberto de Ginebra. Di. de Aviñón (1378–1394).*
- Clemente VII **Bis** = Juan de Médicis (1523–1534).
- Clemente VIII = Gil Sánchez Muñoz. Di. de Peñíscola (1424).*
- Clemente VIII **Bis** = Hipólito Aldobrandini (1592–1605).
- Clemente IX = Julio Rospigliosi (1667–1669).
- Clemente X = Juan Bautista Altieri (1670–1676).
- Clemente XI = Juan Francisco Albani (1700–1721).
- Clemente XII = Lorenzo Corsini (1730–1740).
- Clemente XIII = Carlos Rezzonico (1758–1769).
- Clemente XIV = Lorenzo Juan Ganganelli (1769–1774).
- Clemente XV = Auguste Michel Colin. Di. suiza-francesa. (1973. Recluido en un manicomio en Venecia).*
- Clemente XV **Bis** = Clemente Domínguez Gómez. Di. sevillana (1976–...)*
- Cleto (Anacleto) = Cleto el Romano (76–78 o 78–90). (*Pertenece a la leyenda*).
- Conón = Conón el Anciano (686–687)
- Cornelio = Cornelio el Patricio (251–253). (*Entre el mito y la historia*).
- Constantino I = Constantino el Sirio (708–715).
- Constantino II = Constantino de Nepi (767–768 ¿?).*
- Cristóbal = Cristóbal el Romano (903–904. Asesinado).
- Dámaso I = Dámaso el Hispano (366–384).
- Dámaso II = Poppo de Brixen (1048. Envenenado).
- Dionisio = Dionisio el Griego (259–268). (*Entre el mito y la historia*).
- Dióscoro = Dióscoro el Griego (530. Asesinado).*
- Domno I = Domno de Mauricio (676–678).
- Domno II = Domno el Romano (974. Tres meses. ¿?).
- Eleuterio = Eleuterio de Nicopoli (175–189). (*Pertenece a la leyenda*).
- Esteban I = Esteban el Patricio (254–257). (*Entre el mito y la historia*).
- Esteban II = Esteban el Romano (752. Fallecido a los dos días ¿?).
- Esteban II **Bis** o III = Esteban el Arcediano (725–757).
- Esteban III **Bis** o IV = Esteban de Sicilia (767–772).
- Esteban IV **Bis** o V = Esteban de Marino (816–817 ¿?).
- Esteban V **Bis** o VI = Esteban de Vía Lata (885–891).
- Esteban VI **Bis** o VII = Esteban de Giovanni (896–897. Estrangulado).
- Esteban VII **Bis** o VIII = Esteban de Teudomondo (928–931).
- Esteban VIII **Bis** o IX = Esteban el Germano (939–942).
- Esteban IX **Bis** o X = Federico de Lorena (1057–1058 ¿?).
- Eugenio I = Eugenio el Romano (654–657).
- Eugenio II = Eugenio de Santa Sabina (824–827).

Eugenio III = Bernardo Paganelli (1145–1153).

Eugenio IV = Gabriel Condolmer (1431–1447).

Eulalio = *Eulalio el Arcediano* (418–419. Destronado).

Eusebio = Eusebio el Griego (309–310). (Entre el mito y la historia).

Eutiquiano = Eutiquiano de Luni (275–283). (*Entre el mito y la historia*).

Evaristo = Evaristo el Hebreo (98–105). (*Pertenece a la leyenda*).

Fabián = Fabián el Paraclitado (236–250). (*Entre el mito y la historia*).

Felipe = *Felipe el Monje* (768. A los 2 días destronado y mutilado).

Félix I = Félix el Romano (269–274). (*Entre el mito y la historia*).

Félix II = *Félix el Archidiácono* (355–365).

Félix II **Bis** o III = Celio Félix de Anici (483–492).

Félix III **Bis** o IV = Félix de Castorio (526–530).

Félix V = *Amadeo de Saboya* (1439–1450):

Formoso = Formoso el Romano (891–896. Envenenado).

Francesco Tebaldeschi (1378. Renunció).

Gelasio I = Gelasio el Africano (492–496).

Gelasio II = Juan Caetano (1118–1119 ¿?).

Gregorio I = Gregorio de Anici (590–604).

Gregorio II = Gregorio el Romano (715–731).

Gregorio III = Gregorio el Sirio (731–741).

Gregorio IV = Gregorio el Patricio (827–844).

Gregorio V = Brunón de Carintia (996–999).

Gregorio VI = *Gregorio de los Crescencios* (1012–1014. Destronado).

Gregorio VI **Bis** = Juan Graciano (1045–1046. Renunció).

Gregorio VII = Hildebrando de Soana (1073–1085. Destronado).

Gregorio VIII = *Maurice Bourdin* (1118–1126. Destronado y encarcelado).

Gregorio VIII **Bis** = Alberto de Morra (1187 ¿?).

Gregorio IX = Hugolín de Segni (1227–1241).

Gregorio X = Teobaldo Visconti (1272–1276).

Gregorio XI = Pierre Roger de Baufourt (1370–1378).

Gregorio XII = Angel Corrarío. Di. Romana (1406–1415).

Gregorio XIII = Hugo Buoncompagni (1572–1585).

Gregorio XIV = Niccolò Sfondrati (1590–1591).

Gregorio XV = Alejandro Ludovisi (1621–1623).

Gregorio XVI = Bartolomeo Alberto Mauro Capelari (1831–1846).

Higinio = Higinio el Ateniese (135–140). (*Pertenece a la leyenda*).

Hilario = Hilario el Sardo (461–468).

Hipólito = *Hipólito el Letrado* (217–235). (*Pertenece a la leyenda*).

Honorio I = Honorio de Campania (625–638).

Honorio II = *Cadalo de Parma* (1061–1072).

Honorio II **Bis** = Lamberto de Fiagnano (1124–1130).

Honorio III = Cencio Savelli (1216–1227).

Honorio IV = Jacopo Savelli (1285–1287).

Hormisdas = Celio Hormisdas (514–523).

Inocencio I = Inocencio de Albano (401–417).

Inocencio II = Gregorio Papareschi (1131–1143).

Inocencio III = *Lando de Sezze* (1179–1180. Estrangulado).

Inocencio III **Bis** = Lotario de Segni (1198–1216).

Inocencio IV = Sinibaldo Fieschi (1243–1254).

Inocencio V = Pedro de Tarantasia (1276 ¿?).

Inocencio VI = Étienne Aubert (1352–1362).

Inocencio VII = Cosme Megliorati. Din. romana (1404–1406).

Inocencio VIII = Juan Bautista Cibo (1484–1492).

Inocencio IX = Juan Antonio Facchinetti (1591 ¿?)

Inocencio X = Juan Bautista Pamphili (1644–1655).

Inocencio XI = Benedicto Odescalchi (1676–1689):

Inocencio XII = Antonio Pignatelli (1691–1700).

Inocencio XIII = Miguel Ángel Conti (1721–1724).

Juan I = Juan Catelín el Toscano (523–526).

Juan II = Mercurio de Projecto (533–535).

Juan III = Catelino el Romano (561–574).

Juan IV = Juan el Dálmata (640–642).

Juan V = Juan el Sirio (685–686)

Juan VI = Juan el Griego (701–705).

Juan VII = Juan de Platón (705–707).

Juan VIII = Juan el Diácono (844. Destronado y encarcelado).

Juan VIII Bis = Johannes Angélicus (855. Asesinada).

Juan VIII **Bis II** = Juan el Longobardo (872–882).

Juan IX = Juan de Tívoli (898–900).

Juan X = Juan de Tossignano (914–928).

Juan XI = Juan de Marozzia (931–935).

Juan XII = Octaviano de Túsculo (955–964).

Juan XIII = Juan de Teodora (965–972).

Juan XIV = Pedro de Canepanova (983–984).

Juan XV = Juan el Romano (985. Asesinado a los pocos días).

Juan XV Bis = Juan de Gallina Alba (985–1996).

Juan XVI = Juan Filagato (997–998. Destronado, mutilado y asesinado).

Juan XVII = Juan Sicconi (1003 ¿?).

Juan XVIII = Fasano el Romano (1004–1009).

Juan XIX = Romano de Túsculo (1024–1038).

Juan XX = Juan el Mago (1045. Murió a los 4 meses de reinado ¿?).

Juan XXI = Pedro de Giuliano (1276–1277).

Juan XXII = Jacques–Arnaud d’Euse (1316–1334).

Juan XXIII = Baltasar Cossa de Prócida. Di. de Pisa (1410–1417).

Juan XXIII **Bis** = Angelo Giuseppe Roncalli (1958–1963).

Juan Pablo I = Albino Luciani (1978. ¿Asesinado?).

Juan Pablo II = Carol Wojtyla (1978–2005).

Julio I = Julio el Romano (337–352).

Julio II = Giuliano della Rovere (1503–1513).

Julio III = Giovanni María Ciochi del Monte (1550–1555).

Justino = Justino el Sirio (...– 165). (*Pertenece a la leyenda*).

Landón = Landón de Sabina (913–914).

León I = León de Volterra (440–461).

León II = León el Siciliano (682–683).

León III = León de Arrupio (795–816).

León IV = León el Romano (847–855).

León V = León de Ardea (903. Asesinado).

León VI = León Cristoforo (928 ¿?).

León VII = León el Reformador (936–939).

León VIII = León el Laico (963–965).

León IX = Bruno de Egisheim–Dagsbourg (1049–1054).

León X = Juan de Médicis (1513–1521).

León XI = Alejandro Octaviano de Médicis (1605).

León XII = Anniballe della Genga (1823–1829).

León XIII = Joaquín Pecci (1878–1903).

Liberio = Macelino Félix Liberio (352–366).

Lino = Lino de Volterra (67–76). (*Pertenece a la leyenda*).

Lorenzo = Lorenzo el Arcipreste (498–9. Obligado a renunciar).

Lucio I = Lucio de Porfirio (254–257). (*Entre el mito y la historia*).

Lucio II = Gerardo Caccianemici (1144–1145).

Lucio III = Ubaldo Allucingolli (1181–1185).

Marcel Lefebvre. Di. francesa–suiza (1975–1991).

Marcelino = Marcelino el Patricio (296–304). (*Entre el mito y la historia*).

Marcelo I = Marcelo el Romano (308–309). (*Entre el mito y la historia*).

Marcelo II = Marcelo Cervini de Spannochi (1555).

Marcos = Marcos de Prisco (336 ¿?).

Marea = Marea el Presbítero (555. Asesinado a los 2 meses).

Martín I = Martín de Todi (649–655).

Martín II (o Marín I) = Marín el Galo (882–884).

Martín III (o Marín II) = Marín el Romano (942–946).

Martín IV = Simón de Brión (1281–1285).

Martín V = Otón Colonna. Di. romana (1417–1431).

Milciades (Melquiades) o Milciades el Africano (311–314). (*Entre el mito y la historia*).

Nicolás I = Nicolás el Patricio (858–867).

Nicolás II = Gerardo de Borgoña (1059–1061).

Nicolás III = Juan Cayetano Orsini (1277–1280).

Nicolás IV = Jerónimo Masci (1288–1292).

Nicolás V = Pedro Rainalducci de Corbara (1328–1330. Renunció).

Nicolás V Bis = Tomás Parentucelli (1447–1455).

Novaciano = Novaciano el Estoico (251–253). (*Entre el mito y la historia*).

Pablo I = Pablo el Diácono (757–767).

Pablo II = Pedro Barbo (1464–1471).

Pablo III = Alejandro Farnesio (1534–1549).

Pablo IV = Juan Pedro Carafa (1555–1559).

Pablo V = Camilo Borguese (1605–1621).

Pablo VI = Giovanni Battista Montini (1963–1978).

Pascual I = Pascual el Archidiácono (687. Destronado y asesinado en Prisión).

Pascual I Bis = Pascual Massimi (817–824).

Pascual II = Raniero Rainieri (1099–1118).

Pascual III = Guido de Cremona (1164–1168).

Pedro I (Simón Pedro) = Simón Barjona (33–67). (*Pertence a la leyenda*).

Pedro II = Pedro el Arcipreste (686. Destronado).

Pelagio I = Pelagio el Romano (556–561).

Pelagio II = Pelagio de Unigildo (579–590).

Pío I = Pío de Aquileya (140–155). (*Pertenece a la leyenda*).

Pío II = Eneas Silvio Piccolomini (1458–1464).

Pío III = Antonio Francisco Todeschini Piccolomini (1503 ¿?).

Pío IV = Juan Ángel de Médicis (1559–1565).

Pío V = Miguel Ghislieri (1566–1572).

Pío VI = Juan Ángel Braschi (1775–1799).

Pío VII = Bernabé Luís Chiaramonti (1800–1823).

Pío VIII = Francisco Javier Castiglioni (1829–1830).

Pío IX = Juan María Mastai-Ferretti (1846–1878).

Pío X = José Sarto (1903–1914).

Pío XI = Ambrosio Damián Aquiles Ratti (1922–1934. Asesinado).

Pío XII = Eugenio Pacelli (1939–1958).

Ponciano Ponciano = Ponciano de Calpurnia (230–235/8). (*Entre el mito y la historia*).

Romano = Romano de Galese (897 ¿?)

Sabiniano = Sabiniano de Blera (604–606).

Sergio I = Sergio de Palermo (687–701).

Sergio II = Sergio el Romano (844–847).

Sergio III = Sergio de Túsculo (904–911).

Sergio IV = Pedro Bucca Porca (1009–1012).

Severino = Severino di Labieno (640 ¿?).

Silverio = Silverio de Hormisdas (536–537).

Silvestre I = Silvestre el Romano (314–335)

Silvestre II = Gerberto de Orillac (999–1003)

- Silvestre III = Juan de Sabina (1045–1046. Destronado).
- Silvestre IV = Maginulfo* (1105. Destronado. Vivió hasta 1111)
- Símmaco = Símmaco el Sardo (498–514).
- Simplicio = Simplicio de Castino (468–483).
- Siricio = Siricio el Romano (384–399).
- Sisinio I = Sisinio el Sirio* (708 ¿?).
- Sisinio II = Sisinio el Plebeyo (824. Destronado).
- Sixto I = Sixto el Romano (115–126). (*Pertenece a la leyenda*).
- Sixto II = Sixto el Griego (257–258). (*Entre el mito y la historia*).
- Sixto III = Sixto el Arquitecto (432–440).
- Sixto IV = Francesco della Rovere (1471–1484).
- Sixto V = Félix Peretti de Montalto (1585–1590).
- Sotero = Sotero de Fondi (167–174 o 166–175). (*Pertenece a la leyenda*).
- Telesforo = Telesforo el Griego (125–136). (*Pertenece a la leyenda*).
- Teodorico (1100–1102).
- Teodoro I = Teodoro el Griego (642–649).
- Teodoro I **Bis** = Teodoro el Presbítero (686. Destronado).
- Teodoro II = Teodoro de Focio (897. No llegó al mes).
- Teofilacto = Teofilacto el Archidiácono (757. Destronado).
- Urbano I = Urbano el Romano (227–230 o 222–230). (*Entre el mito y la historia*).
- Urbano II = Eudes de Lagery (1088–1099).
- Urbano III = Uberto Crivelli (1185–1187).
- Urbano IV = Jacques Pantaleón (1261–1264).
- Urbano V = Guillaume de Grimoard (1362–1370).
- Urbano VI = Bartolomeo Prignano. Di. romana (1378–1389).
- Urbano VII = Gian Battista Castagna (1590).
- Urbano VIII = Maffeo Barberini (1623–1644).
- Ursino (366 ¿?).
- Valentín (Valentino) = Valentín de Vía lata (827. Cuarenta días ¿?).
- Vigilio = Vigilio el Romano (537–555).
- Vitaliano = Vitaliano de Segni (657–672).
- Víctor I = Víctor el Africano (189–199). (*Pertenece a la leyenda*).
- Víctor II = Gebardo de Dollnstein–Hirschberg (1055–1057);
- Víctor III = Desiderio de Benevento (1086–1087. Envenenado).
- Victor IV = Gregorio Conti* (1138. Destronado).
- Víctor IV Bis = Ottaviano Monticello* (1159–1164).
- Zacarías = Zacarías el Griego (741–752).
- Zósimo = Zósimo el Griego (417–418).

ANEXO CUARTO

GRUPOS DE PODER QUE HICIERON EL PAPADO ROMANO Y CONSTRUYERON EL IMPERIO VATICANO

PRIMERO. Como protagonista absoluto, desde los tiempos míticos hasta la actualidad, se encuentra, por encima de todo, el mismo pueblo de la ciudad de Roma, que, a pesar de ser la última comunidad tradicional que se adhiere al judaísmo filorromano imperial –a larga distancia de las iglesias de Jerusalén, Antioquía, Alejandría, Éfeso, Laodicea, Corinto, etc.– no se resigna a ser una más, sino que quiere ser, como en sus buenos tiempos, la primera.

SEGUNDO. El Imperio Romano –Occidente y Oriente– y el Sacro Imperio Germano. Es decir, los emperadores, que a su vez son expresión de los grupos de poder que los respaldan. En este grupo hay que incluir los reyes de las naciones más poderosas europeas del momento.

TERCERO. A partir del siglo VI las logias religiosas, principalmente la de los benedictinos (en todas sus ramas). A larga distancia de éstos, se encuentran dominicos, franciscanos, jesuitas, y, modernamente, los opusdeístas.

CUARTO. Las familias nobles y patricias romanas que, a lo largo de los siglos, dominarán la vida de Roma y, por lo tanto, el obispado y papado romano, y se irán renovando, como grupos determinantes, en función de los avatares de la historia. Por orden de sucesión, y dejando de lado los tiempos míticos, que se han rellenado según la inspiración de los falsarios y falsificadores pontificios romanos de los siglos V, VI y sucesivos, entre estas familias son de señalar*:

Hasta el siglo XII:

- 1.– Los Theophylactus (los Teofilactos).
- 2.– Crescentius (los Crescencios).
- 3.– Los condes de Túsculo y algunos descendientes de los Teofilactos.
- 4.– La familia Pierleone.
- 5.– La familia de los Conti, que aparecerá en siglos sucesivos.

A partir del siglo XIII:

- 6.– La familia Fieschi
- 7.– Los Visconti.
- 8.– Los Orsini.

9.– Los Saveli.

10.– Los Caetani.

11.– Las familias francesas de Aviñón.

12.– Las familias venecianas.

13.– Los Colonna.

15.– Los Piccolomini de Siena.

Hasta avanzado el siglo XVI.

16.– La familia della Rovere

17.– La familia Cibo.

18.– La familia Borja.

19.– La familia de los Médicis.

20.– Los Farnesios.

- 21.– Los Esforza.
- 22.– La familia Monte.
- 23.– La familia Carafa.

Hasta mediados del siglo XVIII.

- 24.– La familia Boncompagni.
- 25.– Los Damascenos.
- 26.– Los Peretti.
- 27.– Los Orsini.
- 28.– Los Esfondrati.
- 29.– Los Aldobrandini.
- 30.– Los Borgueses.
- 31.– Los Orsini.
- 32.– La familia Torlonia.
- 33.– Los Ludovisi.
- 34.– Los Barberini.
- 35.– Los Pamfli.
- 36.– Los Saveli.
- 37.– Los Colonna.
- 38.– Los Chigui.
- 39.– Los Albani.
- 40.– Los Rospigliosi.
- 41.– Los Colonna.
- 42.– Los Altieri.

- 43.– Los Odescalchi.
- 44.– Los Ottoboni.
- 45.– Los Boncompagni.
- 46.– Los Pignatelli.
- 47.– Los Carafa.
- 48.– Los Orsini.
- 49.– Los Corsini.

Hasta el siglo XX.

- 50.– Los Lambertini
- 51.– Los Rezzonico.
- 52.– Los Brachi.
- 53.– Los Pamfli.
- 54.– Los Chiaramonti
- 55.– Los Genga.
- 56.– Los Castiglioni
- 57.– Los Cappellari.
- 58.– Los Ferretti.
- 59.– Los Pecci.
- 60.– Familia della Chiesa.
- 61.– Los Ratti
- 51.– Los Pacelli
- 52.– Los Montini.

Aparecen, de tarde en tarde, algunos obispos y papas romanos que no tienen ningún respaldo familiar, conventual o religioso, pero son los menos, y con frecuencia, deben contar con la oposición sangrienta de tales grupos, que no dudan en destronarlos, mutilarlos y asesinarlos, si sus intereses lo recomiendan.

* Para el estudio de las familias que hicieron y configuraron el papado romano resulta de gran utilidad la obra de George L. Williams, *Papal Genealogy. The families and Descendants of the Popes.* (McFarland & Company. U.S.A, 1998).

ANEXO QUINTO

LA IGLESIA Y EL SUPUESTO MENSAJE DE AMOR Y DE PAZ DE JESÚS

254: Novaciano disputa la jefatura de la comunidad judeocatólicas de Roma al sacerdote Cornelio. Los partidarios de uno y otro se matan y asesinan entre ellos con fervor cristológico. Cornelio consiguió la victoria, por lo que fue declarado santo. Los muertos de uno y otro bando superan el centenar. Cornelio y Novaciano en Roma, lo mismo que sucederá con Cipriano y Novat en Cartago, manifiestan, que no inician, las guerras que se dieron en el judeocatolicismo filorromano y mundial por alcanzar el poder, y que superan, con mucho, las 20.000 víctimas, entre asesinatos a sangre fría y caídos en el campo de batalla.

255: El sacerdote de Cristo Novat, tras matar a patadas en el vientre a su mujer, disputa con las armas en la mano el obispado o papado de Cartago a Cipriano. Los muertos entre los partidarios de ambos aspirantes superan el centenar.

311: Tras el decreto de *Tolerancia* de Constantino, y sobre todo con Teodosio (379–395), comienza a predicarse que existen guerras justas e injustas, y se termina afirmando que todas las guerras organizadas y provocadas por el obispo de Roma son justas.

313: Edicto de Tolerancia. El judeocatolicismo, secta judía, pasa a ser una religión más del Imperio.

“Los judeocatólicos filorromanos asesinan al hijo del emperador Galero; matan

a un niño de ocho años, hijo del emperador Maximino y a una hija del mismo emperador, que tenía siete años. La emperatriz, su madre, es sacada de palacio y arrastrada con sus mujeres por las calles de Antioquía y arrojada, con sus hijos y sus mujeres, al Oronte. Para cumplir aniquilación tan cristológica ha sido necesario matar a soldados, sirvientes y defensores, acción que no ha podido saldarse sin la muerte de numerosos conjurados. Las víctimas totales no pudieron ser inferiores a los doscientos muertos.” (Voltaire, Dic. Fil.).

325: En Nicea se acuña el término con-substancialidad. Su defensa y ataque, a lo largo de los siglos, se manifestó en guerras civiles cristológicas entre judeocatólicos arrianos y judeocatólicos atanasistas, que se estiman produjeron más de 300.000 muertos.

355: Muerte del antiguo obispo de Casae Nigra, Numidia, Donato (Donatus). Sus doctrinas darían lugar al judeocatolicismo donatista y al asesinatos en masa de sus fieles, que produjeron más de cuatrocientos muertos.

366: Consigue el obispado o papado de la ciudad de Roma Dámaso el Hispano. Para ello ha tenido que pasar por encima de los cadáveres de los seguidores de Ursino, otro de los aspirantes. Los muertos que se retiran de templos y calles son cerca de ciento cincuenta. La criminali-

dad de este hombre se manifestó en el exterminio compulsivo de arrianos, priscilianistas, apolinaristas y macedonios, lo que le valió el título de santo.

379: Teodosio es elegido emperador de Oriente (hasta 395). Decreta la pena de muerte para todos los herejes.

380: El Código Teodosiano obliga a quemar vivos, con sus libros, a los "heréticos" y adoradores de otros dioses que no sean los dioses judeocatólicos Yahvé, Cristo, Espíritu Santo.

391: Teodosio impone el judeocaticismo como única religión para todo el Imperio. Se prohíben bajo pena de muerte los cultos a los antiguos dioses; se destruyen sus templos o se convierten en templos de los dioses del judeocaticismo filorromano imperial, la terna Yahvé–Cristo–Espíritu Santo.

417: Muere el papa Inocencio I. Nadie olvida que, cuando regresó a Roma, tras haberse refugiado en Ravena, puso todo su empeño en exterminar a novacianos y pelagianos, a los que consideraba enemigos mortales.

430: Muere Agustín de Tagaste. A él se debe la afirmación de que hay guerras que se hacen por mandato divino, como las dirigidas al exterminio de los herejes. Es uno de los primeros que sustituye la autoridad de los evangelios –de Cristo– por la de los papas.

440: Muere el papa Sixto III el Santo. En su haber estaba el asesinato del clérigo romano Basso, que lo había denunciado al emperador por Valentiniano III por sacrilego y violador de una religiosa.

504: Año en que debieron de terminar las luchas, que se prologaron cerca de cuatro, entre los partidarios de Sím-maco y los de Lorenzo por conseguir el disputado trono del obispado romano. La guerras entre ambos aspirantes llenaron los templos y las calles de cadáveres.

514: Hormisdas es elegido obispo de Roma. En su tiempo el obispo de Alejandría Protero será degollado, lo mismo que sus seguidores, por los judeocatólicos latinos. Unos y otros se degüellan entre sí, en nombre de Cristo, para alcanzar el poder.

527: Justiniano emperador de Bizancio (hasta 565). Establecería la pena de muerte contra los judeocaticos maniqueos allá donde se los descubriese o se manifestaran.

532: Muere el papa Bonifacio II. En su haber tiene, entre otros, el asesinato del papa Dióscoro, con el que había disputado el trono.

587: En España el rey visigodo se convierte al judeocaticismo y el pueblo es obligado a hacer lo mismo. Comienza el exterminio de los arrianos en España.

590: Muere el papa Pelagio II. En su haber tiene los crímenes cometidos para conquistar Venecia e Istria y someterlos a su obediencia.

606: En febrero, y tras dos años de reinado, muere el papa Sabiniano, con terribles dolores que acusaban el uso del veneno.

660: El 9º Concilio de Toledo establece que los hijos ilegítimos de los clérigos sean esclavos del templo en que ejerce su padre.

664: Concilio de Whitby. El rey Oswy abandona el judeocaticismo céltico y acepta el romano; todos sus súbditos tienen que hacer lo mismo bajo pena de muerte.

701: Muere el papa Sergio I. Fue acusado de haber envenenado al rey de Wenes, Cedwallo, cuando éste visitó Roma, con el fin de robarle sus riquezas con la disculpa de hacerle un grandioso funeral.

708: Constantino I papa. Se vengó del obispo de Ravena Félix, mandando que le cortaran la nariz y le sacaran los ojos. Lo mismo hizo con varios patricios, entre

los que se encontraba Calinico. Los que no murieron con la tortura fueron mandados al destierro.

726: El emperador de Bizancio, León III, desprecia la idolatría escultural pero el obispo Gregorio el Romano, más conocido por papa Gregorio II (715–731), la fomenta para oponerse al judeocatolicismo oriental. Las guerras civiles cristológicas y masacres que se organizaron por este motivo a lo largo de los años, en función de las tendencias de los emperadores y obispos de Roma, produjeron más de 60.000 muertos.

749: El obispo o papa de Roma Zacarías recomienda a Pipinio el Breve que destrone al rey merovingio y se haga con el título de rey. La usurpación sacralizada costaría la vida a quienes se opusieron a ella.

751: Pipinio (Pepino, Pepín) el Breve, en Soisson, Francia, es coronado rey de los Francos, tras acabar con la dinastía merovingia, aconsejado por el papa de Roma Zacarías. Inicio de la dinastía carolingia. Las víctimas de esta suplantación son incontables.

754: Pipinio, a instancias del papa, inicia la guerra contra los lombardos (durará hasta 756), con el fin de robarles los territorios. Las guerras, con miles de muertos a causa de las ambiciones de los obispos de Roma, proporcionaron a éste el Exarcado de Ravena. En compensación, el papa le dio a Pipinio el título de Patricio de los Romanos. Estos saqueos y piraterías por parte del papa y del rey franco constituyen los verdaderos inicios de los Estados Papales y del Futuro Imperio Vaticano. El robo, que Bizancio no ha podido evitar, pone en manos del papa 43.000 kilómetros cuadrados.

756: Año en que Pipinio el Breve termina de arrebatarse a los lombardos las tierras del Exarcado de Bizancio, para entregárselas al obispo de Roma. Los Estados

Papales comienzan a ser una realidad indiscutible que durarán hasta finales del siglo XIX. La entrega comprende La Pentápolis, Rimini, Pesaro, Fani, Sinigaglia y Ancona, embrión de los que sería siglos después el Imperio Vaticano. El obispo de Roma Esteban II Bis, justifica el robo que ha hecho a los lombardos y a Bizancio, aduciendo que los territorios le pertenecían a él por la *Donación de Constantino*.

768: El diácono Cristoforo se apodera del obispo de Roma Constantino, le saca los ojos y lo tira en las mazmorras de un convento, coronando, después, a su protegido, el papa Esteban de Sicilia, que será conocido como papa Esteban III (bis).

771: Carlomagno, rey de los Francos (hasta 814). Inicia las conversiones forzadas al judeocatolicismo en los reinos que saquea y conquista. Para satisfacer al papa y su querencia compulsiva hacia el asesinato cristológico hará degollar a 200.000 sajones; pretende con estos asesinatos convencer a estos pueblos de las excelencias del mensaje de paz que anuncian la Iglesia y los *Evangelios*.

799: Una revolución popular, con numerosos muertos, expulsa al obispo o papa de Roma León III de la ciudad.

817: Pascual Massimi, papa Pascual I Bis, consigue la tiara pontificia. Entre sus acciones, se cuenta la de mandar asesinar a Teodoro y a León, dos de sus cortesanos, que habían revelado al emperador Lotario las indecencias de su vida.

827: Muere, a los cuarenta días de haber sido elegido obispo de Roma, Valentín de vía Lata, papa Valentín (Valentino). Sería asesinado, según el jesuita Papebroch, por su sucesor, el papa San Gregorio IV.

845: "La emperatriz Teodora, viuda de Teófilo, hizo asesinar compulsivamente a 100.000 maniqueos, porque su confesor le impuso dicha penitencia, y hasta entonces, por falta de celo y fervor cristológico, se había limitado a empalar,

ahorcar y ahogar 20.000. El genocidio ordenado por esta evangélica y fervorosa mujer superó con creces las 120.000 víctimas arrianas señaladas." (Voltaire, Dic. Fil.).

866: Nicolás el Patricio, obispo de Roma más conocido como Papa Nicolás I, promulga una decreto por el que se prohíbe la aplicación de la tortura en los procesos eclesiásticos, lo que demuestra que la tortura era habitual en los mismos. El decreto, con todo, fue letra muerta.

872: Inicio del papado de Juan VIII Bis. Detuvo al duque Sergio de Nápoles, acusado de traición y, tras torturarlo y arrancarle los ojos, mandó asesinarlo.

880: Muere Juan Escoto Erígena, perseguido y anatematizado por el papa de Roma y sus ministros. Afirmó que los Padres de la Iglesia se contradicen con frecuencia entre ellos en la interpretación de la *Biblia*. Sus obras fueron quemadas.

882: El obispo de Roma Juan el Longobardo, papa Juan VIII Bis, es envenenado y rematado a martillados en la cabeza por sus mismos familiares.

896: El concilio Lateranense –llamado Concilio del cadáver–, convocado por el papa Esteban VI, desentierra, a los nueve meses de su muerte, el cadáver del papa Formoso; juzga dicho cadáver; lo denigra y anatematiza en pleno concilio –el mismo papa se encargará de ello–, al que ha sido conducido, y lo arroja a un estercolero.

897: Los amigos y partidarios del difunto papa Formoso, se apoderan del santo padre Esteban VI Bis, y, tras destronarlo, lo retienen prisionero en un convento, en donde lo estrangularán para vengar a su amigo. Uno de sus asesinos, Romano de Gallese, será el nuevo papa.

Desde este año hasta el año 996, un siglo entero, se sucederán varios papas de Roma de los cuales 9 morirán asesinados por los mismos cardenales que aspira-

ban al ambicionado trono y a ser los dignos representante de Cristo en la Tierra.

903: León de Ardea, papa León V, muere asesinado junto a quien le había despojado del cargo, el papa Cristóbal. Ambos fueron degollados en prisión por Sergio de Túsculo, papa Sergio III.

928: En el castillo de Sant'Angelo, muere asesinado, por orden de Marozia, el obispo de Roma Juan de Tossignano, papa Juan X.

931: Muere asesinado el obispo de Roma Esteban de Teudomondo, papa Esteban VII Bis.

964: El obispo de Roma Octaviano de Túsculo, papa Juan XII (955–964), ordenó que le cortasen los dedos al diácono y copista Juan, que realizó una copia ornamentada de la *Donación de Constantino*, pero que reveló al emperador Otón I la falsedad del documento, lo que el papa no le perdonó.

972: Muere el papa Juan XIII. Siendo papa y hecho prisionero, tras escapar de la cárcel y reunirse con el emperador, mandó asesinar a todos los sospechosos de haber contribuido a su caída.

974: El obispo de Roma Benedicto el Germano, papa Benedicto VI, es asesinado por orden del papa Bonifacio VII (Francone de Ferruccio).

983: Muere Benedicto VII. En su haber tiene, entre otros crímenes, el haber mandado degollar, con la ayuda del emperador Otón, a cerca de cincuenta invitados a su mesa a los que emborrachó primero.

984: Muere de hambre –aunque hay quien afirma que fue, en realidad, envenenado– el obispo de Roma Pedro de Canepanova, papa Juan XIV, condenado por el papa Bonifacio VII.

998: El emperador Otón III regresa a Roma, detiene al obispo romano Juan Filagato, papa Juan XVI, y, tras sacarle los ojos y cortarle la lengua, lo pasea por la ciudad. Reafirma en el obispado o papa-

do romano a Brunón (Bruno) de Carintia, papa Gregorio V, que le estará eternamente agradecido.

999: Muere, posiblemente envenenado, el obispo de Roma Brunón de Carintia, papa Gregorio V. En su haber tiene el asesinato de su competidor al trono el papa Juan XVI, al que detuvo, mutiló salvajemente y luego mandó matar.

1002: El duque Walk de Hungría (rey Esteban I) que se pasó al judeocatolicismo, gracias a las gestiones del obispo de Roma Brunón de Carintia (Gregorio V), obliga a su pueblo a hacer lo mismo, bajo pena de muerte.

1003: Muere –según versiones, asesinado– el obispo de Roma Juan Sicconi, papa Juan XVIII. Las versiones ortodoxas afirman que contrajo la malaria.

1024: Muere el papa Benedicto VIII. En su haber se cuenta el asesinato de varios judíos ortodoxos, a los que mandó decapitar con la disculpa de que un viernes santo habían celebrado sus cultos en las sinagogas.

1033: Teofilacto el Niño, papa Benedicto IX, se ciñe la tiara Romana. En su haber, entre otros asesinatos, se cuentan los del papa Clemente II y Dámaso II.

1044: El pueblo romano expulsa, con las armas en la mano, al papa Teofilacto el Niño, Benedicto IX, y da el obispado de Roma a Juan de Sabina, que toma, para ceñirse la corona papal y reinar, el nombre de Silvestre III (1045–1046).

1046: Teofilacto el Niño expulsa al papa Silvestre III y recupera el ambicionado trono obispal romano, que no tardará en vender a Juan el Mago, papa Juan XX.

1047: Muere envenenado el obispo de Roma Suitger de Morsleben, papa Clemente II (1046–7); su asesinato se debió al papa Benedicto IX.

1048: Muere envenenado el obispo de Roma Poppo de Brixen, papa Dámaso II (1048).

1054: El obispo de Roma Bruno de Egisheim–Dagsbour, papa León IX, afirma, con la falsificación de la *Donación de Constantino* en la mano, que los obispos y papas de la ciudad de Roma son los herederos más poderosos de la tierra. Para demostrarlo no tiene inconveniente en organizar todo tipo de guerras y saqueos, que costaron la vida a miles de personas.

1057: El emperador del Sacro Imperio, manda ahorcar en Goslar, Baja Sajonia, a unos supuestos herejes.

1059: El obispo de Roma Gerardo de Borgoña, papa Nicolás II (1059–1061), el día 13 de abril, publica el decreto *In nomine domine*, rechazando el derecho secular de los emperadores en la elección o ratificación de los obispos de Roma, dando lugar a la llamada Guerra de las Investiduras, que durará 64 años, hasta la paz de Worms. Las víctimas del orgullo papal se contarán por millares. Entre otras hazañas de este hombre está la de que mandó destruir las propiedades del conde Gerardo de Galera, la ciudad incluida, y pasar a cuchillo a sus habitantes.

1061: Alcanza el obispado romano Anselmo de Baggio, papa Alejandro II, y en él se mantendrá hasta su muerte, en el año 1073. El cardenal Hildebrando de Soana, su confidente y mentor, le aconsejará que bendiga la invasión normanda en Inglaterra.

1063: Se publica la primera indulgencia de cruzada que se conoce, para la guerra contra los musulmanes en España. La concedió Anselmo de Baggio, papa Alejandro II. Con ella en la mano, los judeocatólicos papistas hispanos podrán asesinar, a diestro y siniestro, a los hispanos islámicos sin remordimientos de conciencia.

1073: Hildebrando de Soana, consigue sentarse en el trono del imperio papal romano y se hace coronar con el nombre

de obispo y papa Gregorio VII. Con este hombre empieza una lucha a muerte entre el obispado romano y la corte del Sacro Imperio Romano, que Hildebrando justificará con los *Dictatus Papae*, y que, a lo largo del tiempo, llenaría Europa de cadáveres, siendo más de 300.000 las víctimas de esta vesania papal.

1076: Hildebrando de Soana, papa Gregorio VII, escribe una carta al obispo Herman de Metz, en la que asegura que si el papa tiene el poder de juzgar a los clérigos, con mayor razón podrá juzgar a los laicos. Su superioridad sobre los príncipes, reyes y emperadores, no admite discusión. Esta pretensión llenará Europa de cadáveres.

1085: El Omnipotente papa Gregorio VII, que tanta sangre hizo derramar, y que de tantos cadáveres sembró Europa, muere en el destierro.

1086: Alcanza el obispado romano Desiderio de Benevento, papa Victor III (será envenenado en 1087). Predica una cruzada contra los sarracenos del Mediterráneo. Según algunas crónicas, quizás exageradas y, sobre todo, inverificables, se mataron 100.000 sarracenos. Los muertos judeocatólicos papistas no se especificaron.

1088: Alcanza el trono del futuro Imperio Vaticano Eudes de Lagery, papa Urbano II. Se mantendrá en él hasta el año 1099. En este tiempo escribe una carta a su teofuncionario y súbditos en las que los obliga al asesinato legal de los herejes “porque es un beneficio para ellos mismos –las víctimas– que se les prive de la vida lo antes posible porque cuanto más vivan más errores cometerán y más se pervierten, con lo que su condena eterna será más grave y dolorosa todavía.” Este papa no duda en afirmar, que matar a un excomulgado no es un homicidio, ni siquiera un delito. Llega a afirmar, en su carta –epístola CXXII, invitando al cri-

men y al asesinato del hereje, “... porque ese cristiano ejemplar le corta la cabeza a su hermano con las entrañas abrasadas de amor a la Santa Madre Iglesia.” Las universidades, haciéndose eco de las recomendaciones y ordenes del papa, impondrán esta doctrina y conducta. Matar a un hereje se ha convertido, gracias al papa Nicolás II, Gregorio VII, Urbano II y otros como ellos, en una acción gloriosa y santa.

El papa Urbano II organiza la Primera cruzada. Le imita Pedro el Ermitaño, que consigue reunir cerca de 40.000 hombres. Éstos, mientras van de camino, asesinan a los judíos de Maguncia, Spira, Worms, etc. En Hungría asesinan a cerca de 4.000 campesinos en un solo día.

1095: Eudes de Lageri, papa Urbano II, sacralizando la guerra, predica la Primera Cruzada, no para defender el judeocaticismo latino, sino para restablecer la autoridad del obispo de Roma. Nace el mercado de las indulgencias con variantes de todo tipo. A quienes no van a las cruzadas, el papa les ofrece el cielo si pagan. Los pobres, como no pueden ofrecerse ese lujo, es decir, no pueden pagarse el cielo con dinero, serán carne de cañón; para hacerles más atractiva la aventura, tendrán derecho a todo tipo de saqueos, crímenes e ignominias, pues la muerte o la victoria les abrirá, automáticamente, las puertas del cielo. El mismo papa no tiene inconveniente en afirmar que quien en su país de origen es pobre, allí, en las tierras por conquistar para el dios Yahvé–Cristo–Espíritu Santo, la llamada Tierra Santa, será rico.

1096: Comienza la denominada Primera Cruzada, organizada por el obispo de Roma Eudes de Lagery, más conocido por papa Urbano II (1088–1099). Su finalidad es la de eliminar tensiones peligrosas para reyes, príncipes y papas en Europa con la disculpa de la conquista de los

denominados Santos Lugares. Esta primera cruzada, según algunos estudios, tuvo un costo de cerca de 1.000.000 de muertos. El costo en vidas de la totalidad de las cruzadas supera los 2.000.000 de judeocatólicos; se prescinde totalmente de los asesinatos, masacres y genocidios de musulmanes que fueron cometidos por el papado y sus enviados, y sus caídos en luchas, batallas y guerras.

1099: Las hordas judeocatólicas –cruzados, en jerga sacristial– que cayeron sobre Palestina conquistan Jerusalén y asesinan a todos a sus habitantes .

1101: El obispo de Roma, gracias a la *Donación de Constantino*, justifica los estados papales y sus ambiciones territoriales. La ortodoxia papal será defendida por la Santa Inquisición –en la actualidad, Congregación para la Defensa de la Fe–. La excomunión aterroriza a quienes se resistan a pagar los impuestos. Y, por si fuera poco, el primer ejército mercenario europeo es el del obispado de Roma.

1102: Muere, en la abadía de Caba dei Tirreni, Teodorico, que apenas tuvo tiempo de disfrutar del título de papa, pues nada más ser elegido lo detuvo Pascual II y lo entregó a los Normanni. El papa Pascual II fue también el asesino de Guiverto de Ravena, a quien envenenó.

1111: Raniero Rainieri, obispo y papa de Roma, más conocido por Pascual II (1099–1118), y el emperador Enrique V firman el Pacto de Sutrí, con el fin de poner término a la Guerra de las Investiduras. El tratado no pudo llevarse a efecto porque los obispos o papas de todas las diócesis de Occidente lo boicotearon.

1113: La logia u orden de caballería de San Juan, cuyo objetivo es la lucha contra el “infiel”, es reconocida por el obispo de Roma Raniero Rainieri, papa Pascual II (1099–1118).

1118: Muere Pascual II. El odio que tenía al emperador Enrique IV era tan grande, que

no paró hasta conseguir que su hijo Enrique V, se levantara contra él y lo envenenara.

1119: El obispo de Roma Guido de Borgoña, papa Calixto II, celebra un concilio en Toulouse con la finalidad de asesinar a todos los cátaros del Languedoc. En su haber se cuenta la tortura de su competidor en el trono, el papa Gregorio VIII, al que, cuando cayó en sus manos, mandó torturarlo, le sacó los ojos, lo castró y lo arrojó en prisión,

1122: Acuerdo de Worms. Finaliza la Guerra de las Investiduras, dejando miles de muertos como recuerdo.

1124: Muere, como consecuencia de las heridas que le produjeron los partidarios del que sería conocido como papa Honorio II, el papa Celestino II, que ni siquiera tuvo tiempo de disfrutar del peligroso trono un día.

1138: Muere envenenado el papa Anacleto II. El autor de este crimen, según algunos historiadores, fue su enemigo el papa Inocencio II. Los enfrentamientos entre ambos papas habían costado la vida a muchos de sus partidarios.

1140: Año en torno al cual la curia o corte del futuro Imperio Vaticano crea y compone los cánones para justificar su existencia no sólo por la fuerza, sino por el derecho: el tratado *De Ecclesia*. Los obispos y papas de Roma, tras usurpar el poder, lo legitimizan.

1147: Bernardo de Clairvaux predica, por orden del obispo de Roma, la Segunda Cruzada.

1148: Las hordas de cruzados cristológicos que asolaron Oriente Medio fracasan en su pretensión de conquistar Damasco. –Nace Raimundo V de Tolosa. Cuando alcance el poder, dictará penas de muerte por el fuego, en defensa de la ortodoxia de Roma. La Santa Inquisición da sus primeros pasos. El asesinato en nombre de Cristo contra sus mismos seguidores se hará sistemático.

1154: Nicolás Breakspear consigue el ambicionado trono del obispado romano y se hace coronar papa Adriano IV; será, hasta la actualidad, el único obispo o papa de Roma inglés. Su realeza estuvo empapada en sangre.

1155: El papa Eugenio III manda asesinar a Arnaldo de Brescia. La víctima fue ahorcada, su cuerpo quemado y sus cenizas arrojadas al Tíber.

1157: Se reúne un concilio en Reims, con el fin de exterminar a valdenses, cátaros y otros grupos denominados heréticos por el judeocatolicismo papista.

1179: El papa romano Alejandro III, en el III concilio ecuménico de Letran, exige del emperador Federico Barbarroja y de todos los príncipes la cárcel, la tortura y la muerte contra los cátaros y albigenses.

1180: El papa Alejandro III manda asesinar al papa Inocencio III, que estaba prisionero en la abadía benedictina de la Santísima Trinidad de la Cava.

1181: Ubaldo Allucingolli, consigue el obispado de Roma y toma el nombre de papa Lucio III. Una de sus primeros decretos fue el ordenar el exterminio de albigenses, valdenses, cátaros, humillados, etc., tras su excomunión perpetua.

Lucio, defendiendo siempre el pan y la sal del obispado de Roma, a todos los clérigos que compiten ilegalmente con él en el tráfico y la venta de reliquias de santos, ordena que se los marque al rojo vivo y se los exilie; a los laicos que hagan lo mismo, ordena que se los mutile.

1182: El rey francés Felipe II expulsa, bajo pena de muerte, a los judíos de Francia.

1184: Sínodo de Verona. El obispo de Roma Ubaldo Allucingolli, papa Lucio III, en presencia de emperador Federico Barbarroja, excomulga a perpetuidad en él, y condena a muerte, a los denominados grupos heréticos, entre los que destacan valdenses y cátaros. El 4 de noviembre Ubaldo publica un decreto, *Ad*

Tollendam, por el que se crea oficialmente la Santa Inquisición (más tarde llamado Santo Oficio, para evitar las connotaciones siniestras y sangrientas que tenía, y, en la actualidad, Congregación para la Doctrina de la Fe), que se encargará de torturar y asesinar, a beneficio del papa, a cientos de miles de desgraciados que cayeron en sus garras.

1189: Tercera Cruzada (terminará en 1192).

1191: En la fiesta de pascua judeocatólica, el emperador Enrique VI entregó a Celestino III, como regalo, la ciudad de Tusculum. El papa mandó destruirla y degollar a sus habitantes.

1197: Pedro II de Aragón, aconsejado por los príncipes arzobispaes, dicta la pena de muerte contra los denominados herejes.

1198: Lotario de Segni consigue ocupar el trono obispal romano; será llamado papa Inocencio III (Bis). Por decreto amplía el campo del poderío papal del terreno "religioso" al civil, en razón del pecado. Las aspiraciones autocráticas de este hombre inundan de sangre Europa durante años y años. Las posesiones totales de la Iglesia en tiempos de este ambicioso compulsivo constituían la cuarta parte del territorio total de Europa.

1199: El obispo de Roma Lotario de Segni, papa Inocencio III Bis, autoriza a los Caballeros Teutones su transformación en orden militar. Tras su expulsión de Oriente Medio, estos monjes guerreros saquearon y asolaron los países del Mar Báltico, estimándose el número de víctimas de sus campañas evangélicas y cristológicas en más de 100.000 muertos.

1202: Cuarta cruzada (terminará en 1204). Las hordas judeocatólicas, incapaces de pagar el transporte a los venecianos, la harán en su beneficio.

1204: Los cruzados capturan Constantinopla, la saquean e instalan un rey latino.

1208: Masacres y genocidios cometidos por el obispo de Roma Lotario de Segni, papa Inocencio III Bis, contra los albigenes. El exterminio duró desde este año hasta el año 1213. Las criminales cruzadas produjeron más de 100.000 muertos.

1209: Los asesinos a sueldo del papa toman Beziers y exterminan a más de 30.000 personas; no respetan ni a los niños, ni a los ancianos ni a las mujeres.

1210: Los asesinos al servicio del papado romano queman vivos a 140 cátaros en la localidad de Minerve. En Casi, quemaron vivos a 60 y en Lavour a 400.

1212: El obispo de Roma y papa Inocencio III Bis organiza la Cruzada de los Niños. 30.000 niños franceses, alemanes y de otros puntos fueron enviados a conquistar los denominados Santos Lugares. Miles fueron, violados y vendidos como esclavos, por los mercaderes de todo tipo que acudieron como moscas a la miel que se les ofrecía; incontables murieron por el camino.

1215: Cuarto concilio de Letrán contra cátaros, valdenses y grupos similares, que son condenados a muerte. Lotario de Segni, papa Inocencio III Bis, en el mismo concilio, exigió el exterminio de quien predicaban la pobreza en la Iglesia.

1217: Quinta cruzada (sexta con la de los Niños), predicada por el papa Inocencio III Bis, y su sucesor; los cruzados no consiguen adueñarse de Egipto. Terminaría en 1222.

1220: El 22 de noviembre, el emperador Federico II, por exigencias del obispo de Roma Cencio Savelli, papa Honorio III, condena a muerte a todos los herejes que se descubra.

1224: A instancias de Honorio II, nuevos decretos del emperador Federico II contra la herejía. La condena volverá a repetirse años después.

1226: Luis VIII de Francia, aconsejado por sus obispos, condena a la hoguera a los

denominados herejes. Constituye otro de los antecedentes de la Santa Inquisición.

1228: Sexta cruzada (o séptima, con la de los Niños), predicada por el obispo de Roma Hugolín de Segni, papa Gregorio IX, y dirigida por el emperador Federico II. Los cruzados conquistan Jerusalén. Terminará en 1229. Las víctimas de esta aventura criminal son incontables.

1229: El papa Gregorio IX, a través de sus embajadores, impone a Luis IX, rey de Francia, de 14 años de edad, la obligación de quemar vivos a los denominados herejes, lo que el rey ordenó. La Santa Inquisición rueda desde hace años con la bendición compulsiva del obispo de Roma. Sus crímenes, en nombre de Cristo y a beneficio del papado romano, serán incontables.

1231: El obispo de Roma Hugolín de Segni, papa Gregorio IX (1227–1241), restablece una vez más la policía supranacional del papado, la Santa Inquisición, el Santo Oficio, en la actualidad Departamento para la Doctrina de la fe. Sus víctimas se cuentan por cientos de miles a lo largo de los siglos. El inquisidor general para Alemania fue Conrado de Marburgo, torturador y asesino vocacional que asesinó, en nombre de Cristo y del papa de Roma, a miles de inocentes.

1234: El papa Inocencio IV exige la tortura, en los tribunales de la fe, contra los acusados. Según él es el método cristológico más divino para conocer la verdad.

1239: El obispo de Roma Ugolín de Segni, papa Gregorio IX, asesina a 200 cátaros en Mont-Aimé.

1240: Son quemados vivos, por asesinos al servicio del papa Gregorio IX, 225 cátaros en Montségur, tras haber éstos entregado el castillo.

1247: Guerra civil cristológica, provocada por la ambición del obispo de Roma Sinibaldo Fieschi, papa Inocencio IV (1243–1254), entre los aliados de este obispo y el emperador Federico II.

1248: Séptima cruzada (octava, con la de los Niños), organizada por el obispo de Roma Fieschi, papa Inocencio IV, al mando de Luís IX de Francia, que morirá en ella. Terminará en 1270.

– En este año se da por restablecida definitivamente la Santa Inquisición, el Santo Oficio, la Congregación para la doctrina de la fe (su designación nominación actual), policía supranacional al servicio del papado romano y los reyes papistas. Las cifras más sopesadas hablan que asesinó patibularmente, a cerca de 200.000 personas. Los torturados por ella son incontables.

1252: Sinibaldo Fieschi, obispo o papa de Roma Inocencio IV, publica un decreto y ordena en él la aplicación de la tortura por sus múltiples beneficios y ventajas para conocer la verdad y glorificar a su dios. El decreto o bula llevará el nombre de *Ad extirpanda*.

1254: El 15 de mayo de este año, Sinibaldo Fieschi, papa Inocencio IV, publica una decreto –bula– prohibiendo a los laicos discutir sobre religión. En el mismo condena con la muerte cualquier forma de herejía.

1255: Cae en manos de asesinos a sueldo del papa Alejandro IV el castillo de Quéribus, en el Languedoc. Los defensores del castillo fueron todos quemados vivos por los asesinos papales.

1260: Muere el inquisidor de Urgel Ponçe de Blanes. Conocido por sus crueldades cristológicas y la quema de los denominados herejes. Había sido nombrado por el obispo de Roma Gregorio IX.

1265: El papa Clemente IV propicia el asesinato del joven Conradino, de 15 años de edad, por Carlos de Anjou. Conradino era el heredero del Reino de las dos Sicilias, territorio que el papa ambicionaba unir a su tiara.

1275: Muere Raimundo de Peñaflo, declarado santo. Dominicano español, fundador de la Orden de la Merced. Redactó un libro

titulado *Manual práctico de inquisidores*. Fue uno de los primeros manuales que codificaron la tortura y el asesinato patibular en nombre de Cristo. Raimundo y Jaime I el Conquistador establecieron el nuevo tribunal de la inquisición en Aragón.

1276: El obispo de Roma Pedro de Tarantasia, más conocido por papa Inocencio V, es el primer dominico elegido rey de los Estados Papales. Fue envenenado a los cinco meses de ceñirse la ambicionada corona o tiara.

Ottobono Fieschi, papa Adriano V, que sucede a de Tarantasia, es asesinado por los cardenales y aspirantes al trono, a las pocas semanas de ser coronado.

1277: El papa Nicolás III consigue la tiara. En su haber tiene la preparación de las “Vísperas Sicilianas”, carnicería en la que fueron asesinados todos los franceses que había en la isla de Sicilia.

El filósofo franciscano Roger Bacon, inglés, es exiliado por hereje (hasta 1292).

1282: Simón de Brión, obispo o papa de Roma Martín IV (1281–1285), excomulga al rey Pedro III de Aragón y lo declara depuesto. Simón ordena una cruzada –una nueva guerra civil cristológica– contra el reino de Aragón.

1294: El obispo de Roma Pietro Angeleri da Morrone, papa Celestino V, tras renunciar a la corona, inducido por quien sería su sucesor, Bonifacio VIII, será encarcelado por éste y, probablemente, asesinado por orden del nuevo papa.

1296: Guerras civiles cristológicas entre el obispo de Roma Benedicto Gaetani, papa Bonifacio VIII (1294–1303) y el rey de Francia Felipe IV.

1297: El obispo de Roma Benedicto Gaetani, papa Bonifacio VIII, tratando de destruir a la familia Colonna, organizó todo tipo de guerras, batallas y asesinatos sistemáticos de dicha familia y sus seguidores, cuyos resultados fueron más de 6.000 muertos.

1303: El papa Bonifacio VIII, cuyo odio hacia los Colonna es proverbial, tras conseguir que los Colonna le entreguen Palestrina (Praenestres), arrasa la ciudad, con sus habitantes dentro, y solo deja en pie la catedral.

1304: Año en que fue envenenado el obispo de Roma Nicolás Bocassini, papa Benedicto XI Bis.

1305: Consigue la tiara pontificia quien sería llamado Clemente V. Entre otras glorias, tiene la de haber asesinado al emperador Enrique VII de un modo original: haciendo que se vertiera el veneno en el cáliz con el que se le dio la comunión. A los médicos que descubrieron el veneno en el cuerpo del emperador, los mandó quemar vivos.

1307: El obispo de Roma Beltran de Goth, papa Clemente V, ordena, presionado por el rey de Francia Felipe IV, el exterminio de los templarios.

1312: El obispo de Roma Clemente V publica el decreto *Vox Clamantis*, por el que ordena la desaparición de la orden del Temple. La agonía de los templarios, empezada años antes, es rematada con este decreto.

1314: El 18 de Marzo de este año son asesinados patibularmente, por el papa Clemente V y el rey francés, las más altas autoridades del Temple, que fueron quemadas vivas a mayor gloria del dios Yahvé-Cristo-Espíritu Santo. Las víctimas más conocidas fueron Jacques de Molay, Hugues de Pairaud, Geoffroy de Gonneville y Geoffroy de Charney.

1316: Los Franciscanos de la Santa pobreza declararán herético al papa Juan XXII, elevado al pontificio este año; el papa, en venganza, manda detenerlos, torturarlos y hace quemar vivos a 124 franciscanos.

1320: Año de nacimiento de Nicolau Emeric, personaje al servicio de las ambiciones del rey del Imperio Judeocató-

lico Latino, el obispo de Roma. Emeric escribirá *Directorium Inquisitorum*, manual en que se recogen las torturas y las normas para aplicarlas en las cárceles de la policía supranacional del papado, la Santa Inquisición, conocida también por Santo Oficio y Congregación para la Doctrina de la Fe. El manual constituye un elemento imprescindible, según el rey del Imperio vaticano, para conocer la verdad.

1327: En Florencia, el papa y sus sicarios queman vivo al astrónomo italiano Francesco Stabili, Cecco D'Ascoli, por defender la esfericidad de la Tierra.

1338: Inicio de la Guerra de los Cien Años, nueva guerra civil cristológica en Europa.

1362: Muere el papa Inocencio VI. Entre otros actos meritorios se lo recuerda por el asesinato de los fraticelos, por haber mandado quemar vivo a Juan de Chatillón, asesinato que presenció con singular gozo, y por el asesinato del tribuno Rienzi, que había hecho posible la República en Roma.

1370: Inicia su reinado el papa Gregorio XI, responsable de las matanzas y asesinatos de valdenses y albigenses en Francia. En su cuenta está el asesinato patibular de Juana de Daubenton, mujer excepcional por su inteligencia, que fue quemada viva en París.

1377: Pierre Roger de Beaufort, papa Gregorio XI, dinastía de Aviñón, regresa a Roma y manda asesinar a miles de personas en la ciudad de Cesena que se había levantado contra los abusos de unos mercenarios bretones papales.

1378: Muere Gregorio XI. Su muerte puede considerarse el inicio del denominado Gran Cisma de Occidente. Guerras civiles cristológicas que causaron más de 50.000 muertos.

1389: Muere el papa Urbano VI. En su haber tiene, entre otros crímenes, la tor-

tura y el asesinato de cinco cardenales, a los que acusó de conspirar contra él.

1394: Muere el santo padre Clemente VII, más conocido por Carnicero de Cesena, lugar en que sus asesinos a sueldo habían matado a cerca de 4.000 personas, aunque sus crímenes y masacres son incontables.

1399: Muere el inquisidor general de Aragón Nicolás Eimerich, autor del *Directorio de los inquisidores*, manual de tortura y asesinatos en nombre de Cristo y del papado romano. El libro se convirtió en la joya predilecta de los asesinos consagrados de la Iglesia.

1404: Cosme Megliorati, papa Inocencio VII, asesina a los representantes de los Colonna y los Gibelinos que habían acudido a él para reclamar sus derechos. Los asesinatos del papa provocaron la ira de la población. Inocencio, para salvar el pellejo se refugió en Viterbo, huyendo de los amotinados.

1409: La guerra civil cristológica –el cisma– iniciada en el año 1378, es ahora a tres bandas, con tres papas que se excomulgan y anatematizan con odio infinito cuando no pueden desgarrarse las entrañas. La situación se prolongó hasta el año 1415.

1414: El 5 de noviembre da comienzo, en Constanza, un concilio para terminar con el cisma y las guerras civiles cristológicas que se arrastran desde hace años. El papa Benedicto XIII, lo desprecia y termina refugiándose en Peñíscola.

1415: El obispo de Roma Baltasar Cossa de Procida, más conocido por papa Juan XXIII (Pisa, 1410–1417), asesina patibularmente al sacerdote Juan Huss, en Constanza, quemándolo vivo, y a pesar de que Huss tenía un salvocoducto firmado por el emperador. Al mismo tiempo asesina a su amigo Jerónimo de Praga. Los crímenes de este santo padre y de su compañero de aventuras, el emperador

Segismundo, dieron lugar a la guerra y la cruzada contra los Husitas, que fueron asesinados y masacrados. En tan cristológica y caritativa campaña de exterminio murieron más de 150.000 personas.

1417: Otón Colonna consigue el obispado romano, siendo más conocido por papa Martín V. En el mismo año de su elección tratará de asesinar al obispo o papa de Roma Benedicto XIII, su oponente, sin poder hacerlo.

Colonna publicó un decreto excomulgando a todas las sectas heréticas del momento, y sobre todo a quienes leyesen los libros de Wiclef y Hus.

1428: El obispo de Fleming, por orden del obispo de Roma Otón Colonna, papa Martín V, desentierra el cadáver de Juan Wiclef, lo quema y arroja sus cenizas al río Swift para evitar que sea honrado y venerado por sus seguidores.

1431: Juana de Arco es asesinada patibularmente –quemada viva–, acusa de brujería, por el teofuncionariado inglés y la complacencia y doctrina del obispo o papa de Roma.

1447: Muere Gabriel Condolmer, papa Eugenio IV. No solamente mandó asesinar a quienes se había conjurado contra él, sino que al fraile Masins, lo torturó cruelmente en público y mandó matarlo en presencia de una gran multitud.

1455: Tomás Parentucelli, papa Nicolás V Bis, descubre una conjuración para proclamar la República en Roma, hartos los romanos de su tiranía. El papa crucificó a Esteban Porcari, su responsable, en el castillo de Sant'Angelo; ahorcó a veinte conjurados más, y a quince más los quemó vivos. Fue uno de los últimos actos criminales de su representación cristológica.

1464: Muere el papa Pío II. Cuando los romanos, hartos de sus desmanes, proclamaron la República, este papa organizó un ejército de mercenarios y tomó la ciudad exterminando a diestro y siniestra.

tro. Remató la carnicería que había organizado ahorcando a todos los que se habían destacado en la revuelta.

1471: Muere el papa Pablo II. Había sometido a la tortura al historiador Platina y a otros humanistas. Platina pudo salvarse y recuperarse, pero otros murieron en la tortura. El papa se permitió el lujo de presenciar las torturas y hacer todo tipo de comentarios injuriosos sobre los torturados.

1478: La Inquisición española es establecida por los reyes Fernando e Isabel y la autorización del obispo o papa de Roma Francesco della Rovere, Sixto IV (1471–1484).

1479: El obispo de Roma Francesco della Rovere, papa Sixto IV, tras haber organizado un complot contra los Médicis, coronado con el asesinato de Giuliano de Médicis, organizó una guerra sin cuartel entre el papado y Florencia.

1481: En Sevilla, España, son quemados vivos, por orden del papa romano y su Santa Inquisición, los primeros judaizantes sevillanos.

1483: El obispo de Roma Sixto IV publica un decreto por el que nombra al dominico Tomás de Torquemada inquisidor general. Este carnicero compulsivo, asesinará, a beneficio del papado romano, a cerca 8.800 personas con la tortura y la hoguera.

– En España se establece el Consejo de la Suprema y Real Inquisición.

1484: Juan Bautista Cibo consigue la corona del futuro Imperio vaticano y se la ciñe con el nombre de papa Inocencio VIII. Con su decreto *Summis Desiderantis* organiza el asesinato en masa de las mujeres acusadas de Brujería. Las mujeres quemadas vivas por este asesino cristológico y sus sucesores se cuentan por millares.

1492: Colón descubre América. La aventura americana, en donde se permitieron

todo tipo de genocidios, masacres y asesinatos en masas, ya había costado, en el siglo XVIII más de 5.000.000 de muertos entre los nativos (el dominico Las Casas habla de 12.000.000 de víctimas). Hasta finales del siglo XX, las víctimas de los esfuerzos de evangelización judeocatólica no pueden contabilizarse, ni las luchas entre conquistadores papistas y judeocatólicos reformados por lograr controlar las mejores regiones de aquel continente.

1494: Nuevas guerras civiles cristológicas: el rey francés Carlos VIII invade Italia.

1497: Los judíos son expulsados de Portugal.

1498: El día 23 de mayo, Savoranola es asesinado patibularmente por Rodrigo Borja, papa Alejandro VI, que lo ahorca y luego quema su cuerpo, disipando sus cenizas. Con Savoranola, el papa mandó asesinar, también patibularmente, a los frailes Silvestre y Domingo. Las cenizas de los tres asesinados por el papa fueron recogidas y, desde el Ponte Vecchio, arrojadas al Arno.

1510: El obispo de Roma Giuliano della Rovere, papa Julio II, aliado con Venecia, organizan una nueva guerra civil cristológica para expulsar a los franceses de Italia.

1513: Consigue el trono del obispado de Roma Juan de Médicis, papa León X. Desde que este hombre se ciñó la corona del Imperio papal hasta la muerte del obispo de Roma Julio Rospigliosi, papa Clemente IX (1667–1669), Europa entera fue bañada en sangre por las ambiciones papales. La sangre corrió a raudales por Alemania, Flandes, Francia, Holanda, Irlanda, etc., no encontrándose verdugos que pudieran cortar tantas cabezas y encender tantas hogueras como la caridad de Cristo necesitaba para extender su mensaje de paz y amor predicado por los papas de Roma. Los nombres de Vau-

dois y Cévennes, entre otros, resuenan con siniestra evocación. Las víctimas de tales matanzas cristológicas superan los 2.000.000 de muertos, según las cifras más sopesadas.

1517: Martín Lutero clava sus 95 tesis, en protesta por la codicia del papado romano y la estafa de sus indulgencias, en la puerta de la iglesia de Wittenberg. La protesta de Lutero dará lugar a una época de asesinatos, masacres, guerras civiles cristológicas, genocidios y destrucciones por toda Europa central, en nombre de la pureza evangélica y bíblica, cuya víctimas se contarán por cientos de miles de muertos.

1521: Dieta de Worms. El obispo de Roma Juan de Médicis, papa León X condena como herético, en la dieta de Worms, a Martín Lutero, al que excomulga. Los seguidores del reformador, descubiertos en los dominios del papa, tras la tortura, serán quemados vivos.

1522: Alcanza el obispado romano Adriano Florent, papa Adriano VI, asesino directo de 1.344 personas condenadas por él.

1526: El obispo de Roma Julio de Médicis, papa Clemente VII Bis (1523–1549), establece una alianza con Francisco I de Francia, Francisco Sforza de Milán, con Venecia y con Florencia para luchar, en una nueva guerra civil cristológica contra el emperador Carlos V. (Liga de Cognac).

1529: Enrique VIII de Inglaterra, no consigue que el obispo de Roma Julio de Médicis le conceda la separación de Catalina de Aragón, y decide independizar la iglesia de Inglaterra de la de Roma. La reacción del papa será una lucha sin cuartel contra Inglaterra y sus reyes.

1532: Paz de Núremberg; intenta poner fin a los asesinatos, masacres y genocidios cometidos por papas y reyes en nombre de Cristo.

1534: Enrique VIII de Inglaterra se declara cabeza de la Iglesia anglicana, despreciando las pretensiones de los obispos romanos.

En este año ocupa el ambicionado trono del Imperio papista Alejandro Farnesio, más conocido por papa Pablo III. Durante su reinado, no tendrá inconveniente en aliarse con los turcos en contra del emperador del Sacro Imperio Romano, Carlos V, al que el círculo próximo al papa proyectaba envenenar.

1536: Los judeocatólicos papistas se levantan contra la corona inglesa. Nuevas masacres en nombre de Cristo, entre los secuaces del papa de turno y el rey inglés. Las protestas, en un bando y en otro, se ahogaron en sangre.

1545: En Cabrières de Aviñón se asesina, en nombre de Cristo, a todos los valdenses que se encontraron. La campaña de exterminio sufrido por este pueblo formaba parte de una campaña general que afectó a varios comarcas y regiones, Mérindol entre ellas. Las víctimas mortales de esta depuración cristológica y racismo evangélico, fomentada por el obispo de Roma Farnesio y sus secuaces franceses, fueron acerca de 18.000.

1553: María, hija de Enrique VIII y Catalina de Aragón, reina de Inglaterra; será conocida como "Bloody Mary" (María la Sanguinaria), por los crímenes cometidos a favor del papado. Se introduce en Inglaterra el judeocatólicismo papista y sus príncipes obispaes y arzobispaes se hacen dueños de la situación tras exterminar, con la complacencia de la reina, a todos los reformados que pudieron.

1555: Inglaterra en manos del obispo o papa de Roma. La represión papista se cobra miles de vidas. 300 protestantes, entre los que se encuentra Cranmer son quemados vivos a mayor gloria del papado romano y su Cristo.

Juan Pedro Carafa es elegido obispo de Roma, y toma el nombre de papa Pablo IV. Antiguo inquisidor general, a él se debe la orden de recluir a los judíos en ghettos.

1557: Inglaterra y España, con el visto bueno del obispo de Roma, se enfrentan a Francia en una nueva guerra civil cristológica, que produce miles de víctimas, en la batalla de San Quintín. La victoria será para los ejércitos papistas.

1558: Inglaterra rechaza el judeocatolicismo papista. Nuevos enfrentamientos y masacres en nombre de Cristo.

1559: Juan Ángel de Médicis, consigue la corona pontificia, siendo conocido por papa Pío IV. Descubriría una conjuración para derrocarlo encabezada por Benito de Ascolti. El papa se vengó torturando a los conjurados y quemándolos vivos.

1560: El teólogo español Alfonso de Castro publica en París un libro sobre las herejías. *Adversus omnes haereses libri XIII*. Este hombre, alabado por la corte papal romana hasta el éxtasis, afirma que "ningún crimen es más grande que la herejía y ninguna persona más criminal que un hereje, al que hay que eliminar porque es un enfermo que no quiere curarse."

1562: Guerras teopolíticas en Francia entre los Hugonotes –reformados franceses– y papistas. Se prolongaron hasta 1598.

1566: Miguel Ghilieri, papa Pío V, crea el servicio de espionaje papal, la Sancta Societas. Se encargará de la política cloacal de los papas, los trabajos sucios al margen del escándalo y de los asesinatos anónimos por "Dios y por la Iglesia". Sus miembros serán sacerdotes o hechiceros cristólogos y se reclutarán, con frecuencia, entre los jesuitas.

1570: El día 3 de Julio, en Roma, es asesinado patibularmente –quemado vivo– por el obispo de Roma Miguel Ghislieri, papa Pío V, y sus secuaces, el humanista Anonio Paleario.

1572: Masacre de la Noche de San Bartolomé, organizada por el obispo o papa de Roma y los reyes de Francia. Los Hugonotes, Reformados de Francia fueron masacrados esa noche en París, siendo más de 3.000 los cadáveres que contabilizaron, a mayor gloria de dios, al día siguiente. En el resto de Francia, las masacres comenzaron en cuanto les llegó la orden.

1576: Tras el genocidio de los Hugonotes, por orden del obispo y papa de Roma, los protestantes son prohibidos en Francia.

1585: Elección de F. P. de Montalto, papa Sixto V. En lugar de liberar a varios presos de la cárcel, como era habitual en la elección de un nuevo papa, mandó matar a varios prisioneros. Cinco años más tarde moriría asesinado, siendo sus asesinos, según los relatos oficiosos, los jesuitas.

1586: Conspiración entre el papado romano y los reyes papistas contra Isabel I de Inglaterra. En la conjura intervino María, reina de Escocia. Las víctimas y los asesinatos provocados por los conjurados y la policía isabelina son incontables.

1588: Felipe II de España, incitado por el obispo de Roma Félix Peretti de Montalto, papa Sixto V, organiza una guerra civil cristológica contra los Ingleses. La batalla naval que decide el conflicto, la batalla de Trafalgar, la pierden estrepitosamente el papa y el rey español. Las víctimas de esta guerra civil cristológica se cuentan a millares.

1589: El judeocatólico reformado Enrique de Navarra sube al trono francés tras el asesinato del rey Enrique III, judeocatólico papista.

1590: Batalla de Ivri. Enrique IV de Francia (E. de Navarra) vence a las tropas del papismo.

Muere envenenado el papa Urbano VII, cuando apenas llevaba diez días en el ambicionado trono romano.

1591: Eufame Macalyane fue quemada viva, en Edimburgo, por las autoridades de la Iglesia, por haber conseguido parir sin dolor. La mujer que la ayudó fue torturada y quemada viva por las mismas autoridades.

1595: Muere bajo la tortura a que lo sometieron el papa de Roma y sus sicarios, Cornelio Loos, profesor de la universidad de Tréveris. Su delito fue el haber puesto en duda la existencia de las brujas y su trato con los demonios judeocatólicos. El rector de la misma universidad, Dietrich Flade, fue estrangulado y su cuerpo tirado a las llamas, por el mismo delito y los mismos autores.

1598: El Edicto de tolerancia de Nantes, por el que los protestantes adquieren los mismos derechos que los papistas, pone fin a las guerras civiles cristológicas organizadas por la ambición del obispo de Roma.

El jesuita Mariana publica *De rege et Regis institutione*, en Toledo, con la autorización de Felipe III, el visto bueno del Santo oficio (Santa Inquisición, Departamento de la Doctrina de la Fe), libro en el que predica el regicidio legal, lícito y compulsivamente obligatorio.

1599: El jesuita Roberto Belarmino (1542–1621), turiferario hasta la coprofanía del papismo, es nombrado cardenal por Hipólito Aldobrandini, papa Clemente VIII Bis. Entre las perlas de su sabiduría se encuentran afirmaciones como estas “El Estado no puede permitir la libertad de creer”, “Los herejes pueden ser excomulgados, luego también matados”, y no le tiembla el pulso al escribir “que el asesinato en la hoguera del hereje no deja de ser un acto de piedad a favor de la víctima” Y, rematando todo lo anterior, no duda en justificar al papado confesando “que la Iglesia no tuvo más remedio que exterminar a los herejes”. Tales afirmaciones le valieron el título

de Doctor de la Iglesia y el de santo, y pueden verse en las obras que legó a la posteridad, entre las que son alabadas *Disputationes de rebus fidei*, *De laicis secularibus* y *Catecismos*.

1600: Es asesinado patibularmente, por el papa y sus secuaces, el filósofo y humanista dominico Giordano Bruno. El jesuita y cardenal Belarmino, el santo, fue uno de los que firmaron su asesinato en la hoguera.

1605: Se ciñe la tiara Pablo V. Mandó matar patibularmente al escritor Piccinardi de Cremona, por escribir un libro contra el papa Clemente VIII, libro que no llegó a publicar siquiera.

1606: Se publica en Barcelona, España, la obra del eclesiástico Gonzalo de Illescas, *Historia pontifical y católica*, que justifica, con una ingenuidad candorosa, tanto la necesidad y aun la obligación de la tortura y los crímenes papales contra la denominada herejía como la obtención compulsiva de dinero por los papas. La obra y autor fueron ensalzados por la corte papista ante la comprensión de que hacía gala el eclesiástico español.

1615: Se publica un libro del carmelita Paolo Antonio Foscarini sobre Copérnico y la revolución de los astros, y es automáticamente prohibido y condenado por herético.

1618: Defenestración de Praga. Tres gobernadores judeocatólicos papistas son lanzados por las ventanas al reclamar Bohemia la independencia. El hecho dará lugar a la guerra civil cristológica conocida con el nombre de Guerra de los Treinta Años, entre papistas y reformados. Las víctimas que originó se cuentan por millones. El resultado es digno de mencionarse: 80.000 familias destruidas; 900 pueblos borrados del mapa; de 21.000.000 de alemanes cerca de 9.000.000 murieron, quedaron lisios o se dieron por perdidos.

1619: El día 19 de febrero, el papa romano y su policía, tras torturarlo y arrancarle la lengua, queman vivo al sabio Julio César Lucilio Vanini, por defender la idea de la evolución.

– El primer cargamento de esclavos negros llega a Virginia. Las víctimas africanas de la evangelización americana se cuentan por millones.

1622: Los imperialistas religiosos al servicio de la corte del imperio papista –misioneros, en jerga sacristial–, son ejecutados en Japón al descubrirse sus intención de someter el país a la corona vaticana. Las guerras civiles que provocaron estos imperialistas produjeron miles de muertos en dicho país.

1626: Batalla de Dessau, nueva guerra civil cristológica. Los soldados judeocatólicos papistas derrotan y, finalmente, masacran a los reformados.

1631: La ciudad de Magdeburg es saqueada por los soldados judeocatólicos al servicio del papado romano.

1634: En Loudun, Francia, las autoridades de la Iglesia, tras torturarlo durante días enteros, queman vivo Urbano Grandier, sacerdote papista. Las autoridades fundamentaron su condena en las posesiones diabólicas provocadas por él en un convento de religiosas, hecho que se demostró científicamente gracias a la infalibilidad papal y la lámpara maravillosa de la fe.

– Nace Balthasar Bekker, pensador holandés. Puso en duda la existencia de las brujas y el poder del Demonio judeocatólico y su existencia, lo que le atrajo las iras del papado. Fue perseguido y sus trabajos quemados.

1636: En Shimabara, Kyushi, Japón, estalla una insurrección de judeocatólicos papistas contra el gobierno central, insurrección que tenía como promotores, entre bastidores, a los imperialistas religiosos papistas –misioneros, en jerga

sacristial, básicamente jesuitas–. La guerra civil que se organizó hasta el aplastamiento total de la insurrección, según estimaciones sopesadas, causó cerca de 300.000 muertos.

1639: Primera Guerra de los Obispos entre Carlos I y la Iglesia Escocesa. Se terminará con la Pacificación de Dunse.

1640: Segunda Guerra de los Obispos; se terminará con el Tratado de Ripon.

1641: En Irlanda, los judeocatólicos papistas se levantan y exterminan, en todo el país, a cerca de 30.000 judeocatólicos reformados.

1644: Juan Bautista Pamphili, elegido papa, toma el nombre de Inocencio X. Para vengarse del duque de Parma, que no quería reconocer una supuesta deuda, arrasó ciudad de Parma con sus moradores dentro.

1648: Año en que se firma la paz de Westfalia y que pone fin a la Guerra de los treinta años, que costó varios millones de muertos. A pesar del coste sangriento de esa guerra, el obispo de Roma Juan Bautista Pamphili, papa Inocencio X, el día 26 de noviembre, publica un decreto llamado *Zelus Domus Dei*, declarando nula dicha paz. La sangre derramada por los millones víctimas no era suficiente todavía para calmar su teogolatría y satisfacer su teovampirismo.

1649: Cromwell termina, a sangre y fuego, con todas las revueltas del judeocaticismo papista en Irlanda.

1657: La inquisición romana reconoce que, desde tiempos inmemoriales, no se había llevado un solo proceso correctamente, y que se había aplicado ilegalmente la tortura y condenado a muerte a multitud de inocentes. No por ello cambiaron sus métodos.

1684: El obispo de Roma Benedicto Odescalchi, papa Inocencio XI organiza la Santa Liga, con Venecia, Austria y Polonia, para luchar contra los Turcos.

1685: Luís XIV anula el Edicto de Nantes. En Francia quedan prohibidas todas los religionismos salvo el cristológico papista. Más de 50.000 familias judeocatólicas reformadas (hugonotes) son obligadas a abandonar Francia.

1688: La Revolución Gloriosa. Jaime III de Orange desembarca en Inglaterra para librarla del yugo del judeocaticismo papista. Jacobo II se refugia en Francia.

1692: Juicios a las Brujas de Salem, en Nueva Inglaterra.

1713: El obispo de Roma Juan Francisco Albani, papa Clemente XI, promulga un decreto, *Unigenitus*, por el que condena a los Jansenistas. En el mismo, califica a Pascasio Quesnel de hereje y condena y prohíbe el estudio de la *Biblia* y de los *Evangelios*.

1780: Levantamientos sangrientos contra los judeocatólicos papistas en Londres, dirigidos por lord George Gordon.

1791: El día 6 de julio, el obispo de Roma, papa Pío VI, escribe una carta a Luís XVI, ex rey de Francia, deseándole, por la gracia de su dios, una recuperación pronta de la corona.

1808: En contra del obispo de Roma y sus teofuncionarios, José Bonaparte suprime la Inquisición en España.

1809: Bernabé Luís Chiaramonti, obispo de Roma más conocido por papa Pío VII, excomulga a Napoleón ante la pérdida de los Estados Papales.

1813: Las cortes de Cádiz suprimen la Inquisición.

1814: Fernando VII restablece la Inquisición en España.

1823: La Revolución española es masacrada.

Sube al trono del Imperio vaticano Anniballe della Genga, que se corona con el nombre de León XII. Escribirá una carta a Luis XVIII, rey de Francia, afirmando que "quien no es buen católico no es buen monárquico."

1831: El día 3 de febrero estalla la revolución en los Estados Pontificios, un día después de ser elegido rey del Imperio vaticano Bartolomeo Alberto Mauro Capelari, que se ciñó la ambicionada corona papal con el nombre de Gregorio XVI. La represión ordenada por el nuevo rey fue tan brutal, que a los pocos días los revolucionarios fueron exterminados y la revolución abortada.

1870: Pocos días antes de la caída de Roma, el papa Pío IX y sus sicarios asesinan patibularmente a varios revolucionarios, entre los que se encontraba Paolo Muzzi; es el último ahorcado en los Estados Pontificios.

El día 19 de septiembre, Juan María Mastai-Ferretti, rey del Imperio vaticano, y papa de Roma, huye de la ciudad refugiándose en el Vaticano. Al día siguiente, los ejércitos toman la ciudad, aunque, como estaba programado, son varios los muertos, pues Mastai-Ferretti no ha querido que la ciudad se entregara sin lucha: la obcecación y prepotencia de este hombre ha costado la vida a 60 personas.

En octubre, un plebiscito, con 167.540 votos a favor y 1.057 en contra, incorpora Roma a la nación Italia. El rey del Imperio vaticano, el papa Mastai-Ferretti –más conocido por Pío IX– lanza una excomunión fulminante contra los políticos y el ejército italiano.

1910: Desde finales de este año, los obispos portugueses atacan violentamente, con sus escritos y desde los púlpitos, la separación de la Iglesia y del Estado ordenada por la República Portuguesa.

1911: El rey del Imperio Vaticano José Sarto (papa Pío X) publicó un decreto condecoratorio contra la República Portuguesa; lleva el título *Jamdudum in Lusitania*.

1915: Golpe de estado en Portugal, dado por el general Pimenta de Castro, para derribar a la República. Esta auspiciado y apoyado por el rey del Imperio Vaticano,

su teofuncionariado, los monárquicos y los latifundistas.

1917: Las agitaciones revolucionarias en Portugal son masacradas a sangre y fuego. Las víctimas son incontables. La iglesia portuguesa, que ha participado en la represión con toda la eficacia de su logorrea cristológica y sus fusiles consagrados pretende santificar sus crímenes con la impostura de Fátima. La represión es tan cruel, que durante muchos años el pueblo portugués se verá sumido en la más absoluta de las miserias mientras se pretende encandilarlo con el folclore fatimista.

1921: En la Unión Soviética se produce un hambre brutal, que durará hasta 1922, y que provocaría más de dos millones de muertos. La situación la aprovechará el general de los jesuitas, Ledochowski, para tratar de introducirse en ella y lograr la unión con el judeocatolicismo ortodoxo. La idea fue acogida, con gran entusiasmo por el Vaticano y su corte. La ayuda la pagaron los rusos con objetos de arte, oro, plata y piedras preciosas, "de carácter religioso", que salieron del país y terminaron en la corte vaticana.

1922: Mussolini es nombrado primer ministro de Italia. El antiguo anarquista es ahora un compañero de ruta y de cama del papismo.

1925: Aquiles Ratti, Pío XI, en su alocución del día 14 de diciembre, no tiene palabras suficientes para alabar al fascismo y, lógicamente, a Mussolini; así lo entendió el mundo y era lo que Ratti y Mussolini querían.

1929: Pío XI (Aquiles Ratti), el 13 de febrero, ante las concesiones y beneficios que ha conseguido con el Tratado de Letrán, alaba a Mussolini hasta la impudicia y no duda en afirmar que éste ha sido enviado por los cielos.

1933: Ambrosio Damián Aquiles Ratti, papa Pío XI, en septiembre, celebra una

misa en San Pedro ante la presencia de 40.000 jóvenes fascistas. La alegría del papa es incontenible.

1931: Isidro Gomá y Tomás, príncipe mitrado de Tarazona, España, da a la imprenta un folleto en el que incluye dos pamfletos propagandísticos titulado, el primero, *Los deberes cristianos de Patria*, el segundo *Los deberes de la hora presente*. Dirigido a luchar contra los movimientos republicanos y la misma República, no duda en afirmar: "... Con todo, unas sencillas reflexiones nos convencerán de que un Estado cristiano reclama un política cristiana... Una sociedad, hemos dicho, no se concibe sin Dios, ni la ha visto jamás la historia; luego no puede gobernarse sin Dios. Dondequiera que haya hombres, hay sociedad y hay religión... Se ha dicho que la incredulidad aparece en la historia como un fenómeno monstruoso; tan monstruoso como éste es el fenómeno de una política atea." (Libr. Casulleras. Barcelona, 1931. Pag. 28. IX.– La política cristiana).

1932: Se ultimán la redacción del concordato entre el Vaticano y la Alemania Nazi. El concordato sería firmado en el año 1933, por el rey del Imperio Vaticano, Aquiles Ratti (Pío XI), a través de su representante Eugenio Pacelli (futuro Pío XII), y Hitler a través de su representante y canciller Von Pappen. El concordato, que favorecía hasta límites insospechados los intereses del rey del Imperio Vaticano, afirmaba en el artículo XVI, que los obispos debían jurar fidelidad al Reich ante Dios y los Evangelios, y hacer todo cuanto estuviera en sus manos para protegerlo.

1933: Isidro Gomá y Tomás, ascendido en el escalafón clerical, ahora príncipe mitrado de Toledo y primado de España publica un panfleto reaccionario, titulado *Horas Graves*, (Librería Casulleras. Barcelona, 1933), dirigido al teofuncio-

nariado español con el fin de levantarse contra la República y sus leyes. Entre las perlas que ofrece en él afirma, se pregunta: “¿Qué más cabe para sacudir el yugo de unas leyes injustas que son una vergüenza para una nación católica, que oprimen la conciencia de millones de ciudadanos, que si prevalecieran, a más de una injusticia enorme, causarían irremediable quebranto en el tesoro de cosas divinas que la Iglesia ha depositado a fuerza de siglos en el alma española?” (pag. 44). El panfleto lo firma Gomá y Tomás “En Nuestro Palacio Arzobispal de Toledo, a 12 de Julio de 1933”.

1934: El obispado alemán, con el visto bueno del rey del Imperio Vaticano, se inclina resueltamente hacia la política de Hitler. Burger, obispo auxiliar de Freiburg, no tiene inconveniente en afirmar “... las metas del gobierno del Reich... eran, ya desde un buen principio, las mismas que las de nuestra Iglesia Católica.” (K. Deschner: *La política de los papas en el siglo XX*. Vol. I. Entre Cristo y Maquiavelo. Edi. Yalde, Zaragoza, 1994. Pag. 459–60). Las persecuciones contra anarquistas, comunistas, judíos y otros grupos ya habían comenzado. El mismo historiador cita, varias líneas después, las palabras del presidente general de la Asociación de Jóvenes Católicos, Monseñor L. Wolker, que declaró, un año antes, “... El nuevo estado alemán lleva en sí mismo algo de la Ciudad de Dios.” Y “... el gobierno del Reich no encarna otra cosa que el cumplimiento de un designio divino.” (K. Deschner, obra citada).

1935: Aquiles Ratti, papa Pío XI, a finales de agosto justifica, con buenas palabras, la necesidad que tenía Mussolini para conquistar Abisinia. “Estaba justificada, venía a decir, por ser una guerra defensiva! ante un aumento de población –la italiana– que necesitaba espacio para vivir.” (K. Deschner. Obra citada).

1936: El rey del Imperio Vaticano, la nobleza, militares, burguesía y terratenientes se unen para combatir la República Española; Italia y Alemania los ayudarán. La guerra durará tres años.

1937: El día primero del mes de julio, la casi totalidad de los obispos y arzobispos españoles, 43, y 5 vicarios capitulares, escriben una carta a los obispos del mundo entero para justificar los crímenes contra la República Española que estaban cometiendo con ayuda de los militares golpistas, los monárquicos, los falangistas, los requetés y otros grupos de insurrectos. Encabeza la carta Isidro Gomá y Tomás, príncipe capelado y príncipe arzobispal de Toledo, seguido por Eustaquio Ilundain y Esteban, príncipe capelado y príncipe arzobispal de Sevilla. Sólo dos obispos, Mateo Múgica de Vitoria y Francisco Vidal y Barraquer de Tarragona, se negaron a firmar indecencia tan descomunal.

1938: El Secretario de Estado de la corte del Imperio Vaticano, el príncipe capelado Eugenio Pacelli (futuro papa Pío XII), el día 5 de marzo de este año, envía una carta a Isidro Gomá y Tomás, arzobispo de Toledo, dándole todos los parabienes necesarios de parte de Ambrosio Damián Aquiles Ratti (papa Pío XI), que lo felicita por la respuesta tan alentadora de los obispos del mundo ante la carta que los obispos españoles habían escrito para justificar la destrucción de la República Española, el golpe de Estado protagonizado por los militares, la Iglesia y los monárquicos, golpe de estado que tanto la corte del Imperio Vaticano como el teofuncionariado cristológico papista mundial considera una nueva cruzada por Cristo y para Cristo. La respuesta y la carta de Pacelli se publicaron en una obra, aparentemente sin nombre de autor, titulada *El Mundo Católico y la Carta Colectiva del Episcopado Español*. (Ediciones Rafe, Burgos, 1938).

1939: Muere, presuntamente asesinado, el obispo de Roma y rey del Imperio vaticano Ambrosio Damián Aquiles Ratti, papa Pío XI.

El 15 de marzo, Hitler ocupó Praga. Eugenio Pacelli, que se había ceñido la tiara real del Imperio Vaticano, con el alias Pío XII, pocos días antes, sólo tiene palabras de alabanza para el Führer. Los crímenes y genocidios cometidos en Checoslovaquia hasta el final de la guerra fueron bendecidos por el papa y protagonizados, al alimón, por los nazis y el teofuncionariado papista. Destacó, entre otros muchos papistas, el obispo Tiso, que fue presidente de la república de Eslovaquia bajo el patrocinio de Hitler, y que sería ahorcado, tras la guerra, con grandes manifestaciones de dolor del Vaticano, que hizo todo lo posible por salvarlo.

El día 1 de septiembre Alemania inicia una masacre sistemática de Polonia. Pío XII jamás condenó esta agresión, era imposible: era más nazi que el mismo Hitler. La Wehrmacht, tanto en tierra, en el mar, como en el aire cuenta con el mejor teofuncionariado papista –los obispos, vicarios y curas castrenses–, que tantos méritos hicieron para santificar y glorificar las masacres y genocidios bajo el aliento protector del Vaticano.

1940: Tras la derrota de la República Española por los golpistas (ejército, nobleza, falange, clerecía, príncipes obispaes, requetés, etc.), el asesinato patibular de los republicanos se hace sistemático. Desde mediados del año anterior, hasta avanzados los años cincuenta, el número de asesinados, tras un simulacro de juicio, supera con mucho las ciento veinticinco mil víctimas. Los deseos de venganza y el rencor acumulado durante la República, desbordan a la clerecía, militares golpistas, monárquicos y reaccionarios. El rey del Imperio Vaticano, Eugenio Pacelli (papa Pío XII), y toda la teonomencatura

cristológica, los teofuncionarios españoles y sus jefes mitrados estimulan la limpieza teorracista de los ganadores, santificando sus crímenes y participando con entusiasmo pascual en ellos.

1941: El 22 de junio Hitler invade la Unión Soviética. La invasión es aplaudida en el Vaticano. Con la Wehrmacht se aventuran en el país miles de hechiceros o sacerdotes papistas –aparte de los sacerdotes o brujos castrenses de las tropas. Tienen como finalizar desplazar el judeocatolicismo ortodoxo para imponer el judeocatolicismo papista.

1942: En su mensaje navideño el papa Pío XII no tiene inconveniente en pedir al mundo papista y civilizado la destrucción de la Unión Soviética “... Declarad la guerra a las tinieblas de un mundo que se aleja de Dios.” El pasaje no era más que alabanza burda hacia Hitler y su invasión de Rusia.

1943: Las masacres cometidas en la católica Croacia, desde el año 1941 hasta este año son escalofriantes. Pero no se terminaron aquí, pues se prolongarán hasta el final de la guerra. Sus autores fueron tanto los alemanes –bombardeos– como los católicos ustachis a las órdenes de Ante Pavelic, su presidente. Fueron dirigidas contra los ortodoxos, los serbios y los judíos. En sólo unas semanas a mediados de 1941, con el silencio cómplice del papa Pío XII, si no con su estimulante bendición, “... fueron asesinados ya tres obispos y más de cien sacerdotes y monjes ortodoxos juntamente con 180.000 serbios y judíos.” (K. D. Obra citada). Al cabo de ocho meses las víctimas mortales ascendieron a 350.000. Se calcula que los muertos totales superaron el medio millón, mientras Pío XII, bendecía a los asesinos. Este mismo papa, al final de la guerra, procuró, ponerlos a salvo de lo aliados. Ante Pavelic, el protagonista de los genocidios, amigo del papa, fue

salvado por éste y ayudado a escapar a Argentina, terminando por establecerse en España bajo el manto protector de Franco.

1945: Mussolini es ejecutado por un grupo de partisanos. Hitler se suicidará antes de que las tropas rusas alcancen el centro de Berlín. Ante Pavelic, aunque capturado por los ingleses, será liberado por una jugosa cantidad de dinero; la operación de rescate ha sido dirigida y efectuada por el Vaticano. Eugenio Pacelli, pontífice Pío XII, fiel a los compro-

misos "morales" establecidos con estos seres admirables, protectores del judeo-catolicismo papista, ayudará a las altas jerarquías derrotadas de los tres países a huir de la justicia a través del Pasillo Vaticano y otras organizaciones.

...

1975: Muere Francisco Franco, protagonista indiscutible de la Cruzada Española. Fue apadrinado siempre por el teofuncionariado papista español y la corte del Imperio Vaticano, a los que pagó con creces los favores hechos.

ANEXO SEXTO

EL PAPADO ROMANO Y SU INFALIBILIDAD DIVINA

Nada mejor, para abrir este anexo, que ceder las palabras al historiador Ignacio de Doellinger, del cual ofrecemos un resumen del cap. prim. parte 3ª, *La antigua constitución de la Iglesia*, de su libro *El Pontificado*:

“En tiempos del Imperio romano, la primacía difería profundamente de lo que llegó a ser en los últimos siglos de la Edad Media; basta para apreciar la diferencia, bajo el concepto del poder y del prestigio, con registrar los hechos siguientes:

1º Los obispos de Roma no tenían participación alguna en la convocatoria de los concilios. Todos los grandes concilios, en los que se reunían los obispos de diversas comarcas, fueron ordenados por los emperadores...

2º (*A los obispos de Roma*) No les correspondió la presidencia en Nicea, ni en los dos concilios de Éfeso, en 431 y 449, ni en el quinto del año 553; tampoco en Calcedonia en el año 451, ni en el de Constantinopla del año 680... La actitud de obispo de Roma León I (440–461) demuestra que los obispos de aquella ciudad no pretendían la exclusiva de ese derecho; envió delegados suyos a Éfeso, aunque supo que el emperador no le había nombrado presidente, sino que había elegido al obispo de Alejandría.

3º Ni los decretos dogmáticos de los concilios, ni los concernientes a la vida y constitución eclesiástica necesitaban que los confirmase el obispo de Roma; porque la fuerza y la autoridad de tales decretos residían en el consentimiento de las Iglesias, tal como se manifestaban, ya en el concilio, ya después por la aprobación general. No estando de acuerdo estos hechos con la teoría que posteriormente se impuso, se fabricó, más adelante, en Roma, una pretendida confirmación del concilio de Nicea por el obispo de aquella ciudad Silvestre (314–335) a todas luces falsa y despreciada y rechaza por las Iglesias de Oriente y África.

4º Durante los mil primeros años de la Iglesia jamás se dio el hecho de que un obispo de Roma dirigiese a las comunidades de iglesias del orbe una decisión concerniente a la fe y compuesta para el conjunto de los creyentes...

5º Los obispos de Roma no poseían ninguno de los tres poderes que constituyen los verdaderos atributos de la soberanía; no tenían ni el poder legislativo, ni el poder ejecutivo, ni el poder judicial...

6º Nadie pensaba entonces en ir a buscar cerca de los obispos romanos dispensas de las leyes de la Iglesia. Nunca, en aquellos tiempos, se pagaban tasas o impuesto a la sede Roma (no había curia). Se hubiera tenido por una abominación, al mismo tiempo que por una locura, promulgar leyes de las que cada cual pudiera emanciparse pagando una tasa...

7ª Los obispos de Roma no tenían entonces el poder de excluir a una persona o a una iglesia de la comunidad de toda la catolicidad. Podían, sí, apartar de su comunión a ciertos obispos o iglesias, o despojarles del carácter eclesiástico, y lo hicieron a menudo; pero esto no tenía consecuencia alguna en cuanto a la situación de los excomulgados frente a otros obispos o iglesias, como se vio, entre otros, en el interminable cisma de Antioquía, de 366 a 413. E inversamente, no podían procurar, al que estuviese excluido de otra diócesis, la comunidad con las otras Iglesias, ni aun admitiéndolo en la comunión de su propia comunidad romana.

8º Durante mucho tiempo se ignoró, en la misma Roma, que Pedro hubiese legado derechos particulares a la sus sucesores romanos...

9º El sistema que se denominó más adelante Sistema Pontificio, fue rechazado con horror por el mejor y más grande de los obispos de Roma, Gregorio el Magno (590–604), cuando empezó a manifestarse, y aunque no consistiese, al principio, más que en títulos honoríficos...

10º Existen varias Iglesias nacionales particulares que jamás estuvieron subordinadas a Roma y que no tuvieron nunca relaciones ni correspondencia con ella, sin que la cosa pareciese entonces una defección, o bien crease dificultades relativas a la comunidad eclesiástica..."

CRONOLOGÍA

189.– Según las leyendas y los mitos echados a rodar por la curia del Imperio vaticano, en este año fue elegido obispo de Roma Víctor, que trató de imponer sus ideas sobre el bautismo, la pascual y la penitencia de los herejes. Tales ideas fueron rechazadas. por las iglesias de Asia Menor por heréticas.

215.– Año en que se sitúa la muerte de Clemente de Alejandría. Demostró, con la *Biblia* en la mano, que la Tierra estaba situada en el centro del Universo. Por estas y otras verdades bíblicas, patrísticas y clericales, fue colocado entre los santos del judeocatolicismo universal. Sin embargo Benedicto XIV, más infalible que sus predecesores, lo expulsó del paraíso católico y lo borró del santoral.

254.– Consigue el obispado de la ciudad de Roma Esteban I. Trató de imponer por la fuerza sus ideas sobre el bautismo. Las iglesias de África y Asia le amonestaron por su arrogancia y soberbia. Cipriano y Firmiliano de Cesarea le negaron todo derecho a imponer o prescribir ninguna doctrina fuera de su diócesis.

306.– El concilio de Elvira, España, rechaza totalmente las ideas sobre la penitencia que el obispo de Roma impone en su diócesis de Italia.

325.– Concilio de Nicea. La presidencia de este concilio no fue ocupada por el obispo de la ciudad de Roma, como tampoco la ocuparon ni él ni sus delegados en los concilios que se dieron antes del siglo VIII.

337.– Julio el Romano alcanza el obispado de Roma, y reinó con el nombre de papa Julio I. En un sínodo celebrado por él, declara ortodoxo a Marcelo de Ancira, con lo cual Julio cae en la herejía sabeliana, que profesaba Marcelo. Hilario de Poitiers condenó públicamente por herético al papa Julio, a quien la curia romana no dudó en dar el título de santo.

354.– Nace Agustín de Hipona; negará la existencia de los antípodas, porque ni la Biblia ni los evangelios hablan de ellos. De su parecer fueron otros padres de la Iglesia, como fue el caso de San Bonifacio, y gran número de papas romanos.

358.– El obispo de Roma o papa Liberio es excomulgado por Hilario de Poitiers por herético.

360.– El concilio de Laodicea rechaza el libro del *Apocalipsis* por falso. El obispo de Éfeso, que se encuentra entre los padres conciliares, lo rechaza también.

384.– Obispo de Roma Siricio. Se negó, porque no tenía ni el derecho ni el poder de hacerlo, a anatematizar al obispo Bonosus, porque sólo podían hacerlo la Iglesia de Iliria y sus obispos.

410.– Papado de Inocencio I. En una carta al concilio de Mileto afirma que los niños que no reciban la comunión y mueran van directamente al infierno. El concilio de Trento condenará esta doctrina por herética.

414.– El concilio de Ancira declara como una apostasía de la verdad divina la creencia en las brujas y en los adoradores de Satanás. Constituye una condena de los papas de Roma y sus creencias en la brujería, creencias que manifestaron e impusieron abiertamente, a partir del siglo XIII.

417.– Papado de Zósimo. Defenderá la herejía de Celestino, condenada por su predecesor el papa Inocencio de Albano. Los obispos africanos lo amonestan seriamente. Zósimo, en un concilio celebrado en Cartago reconoce su falta y anatematiza a Celestino y a Pelagio.

418.– Muere Zósimo. A este papa y a Inocencio I se les debe la falsa afirmación de que el “canon de Sárdica” se decretó en el concilio de Nicea.

419.– Los obispos de África escriben al obispo de Roma Bonifacio I “que no están dispuesto a aceptar su prepotencia y orgullo, al tratar de juzgar, en segunda o tercera instancia a otros obispos”, como había pretendido hacerlo al amparo de las falsificaciones del concilio de Sárdica.

422.– Consigue el obispado romano Celestino de Campania, papa Celestino I.

Este hombre condenó a Nestorio, pero su condena no tuvo ningún valor general hasta que el concilio de Éfeso, ordenado por el emperador, en el año 431, examinó dicha condena y la consideró aplicable a la Iglesia general.

430.– Muere Agustín de Hipona. Dejó escrito que la decisión del obispo de Roma no tiene ningún valor general si no es aceptada e impuesta por un concilio general o ecuménico.

449.– León de Volterra, papa León I, escribe una carta que se considera de contenido dogmático. Estaba dirigida a Flavio. El mismo León reconoce que la carta y su contenido no tiene ningún valor si no es confirmada por un concilio general, lo que hizo el concilio de Calcedonia.

451.– El emperador convoca un concilio en Calcedonia. La presidencia no la ocupó ni el obispo de Roma ni sus delegados; es más, el concilio rechaza las propuestas y pretensiones de León, obispo romano. Para mayor vergüenza de dicho papado, el concilio demostró las falsificaciones que los obispos de Roma habían introducido en las actas del concilio de Nicea, concretamente en el canon sexto. En este canon, los papas romanos habían añadido fraudulentamente la expresión “La Iglesia romana ha tenido siempre la primacía.”

454.– Aparece el *Commonitorium* de Vicente Lerins. En él, no menciona para nada el que, en pleno siglo V, existiera ninguna idea sobre la infalibilidad del obispo de Roma, lo que dadas las características de la obra resulta a todas luces revelador: no existía. San Agustín, años antes, guarda el mismo silencio sobre el particular.

492.– El papa Gelasio, en una carta dirigida a los obispos de Piceno, declara que hay que dar la comunión a los niños, porque si morían sin haberla recibido, iban directamente al infierno. Esta doctrina

fue defendida también por el papa Inocencio I. El concilio de Trento la declararía herética.

495.– Gelasio declaró –y era la primera vez que un obispo tuvo la arrogancia de hacerlo– en contra de la doctrina universal, de las Iglesia de Asia y las de África. y del Canon 28 del concilio de Calcedonia, su derecho, como obispo de la ciudad de Roma, a confirmar todos los concilios.

505.– La incipiente curia romana comenzó su tarea de falsificaciones. El obispo de Roma y su corte compusieron las actas de un denominado concilio de Sinuesa, la Fábula del obispo Marcelino, *La Constitutum Silvestris*, la *Gesta Liberii*, etc.

546.– El obispo o papa de Roma Vigilio (Virgilio) declara ortodoxa la herejía de Teodoro, Teodoreto e Ibas, considerados nestorianos, por lo que él mismo cae en la herejía.

547.– Vigilio, tras declarar el año anterior ortodoxa la doctrina de Teodoro, Teodoreto e Ibas, la declara ahora herética.

553.– Vigilio aprueba de nuevo la doctrina nestoriana de Teodoro, Teodoreto e Ibas, cayendo nuevamente en la herejía. El 5º Concilio ecuménico (Éfeso) declaró al papa Vigilio herético y lo apartó de la Iglesia. Vigilio tuvo que retractarse para ser de nuevo admitido, y tuvo que condenar otra vez los “tres capítulos”.

550.– El concilio de Cartago declara herético al obispo y papa de Roma Honorio, por ir en contra de la doctrina aprobada en el concilio de Calcedonia.

556.– Papa Pelagio. Ante la herejía de sus predecesores en el obispado romano, reconoció totalmente la autoridad de los Concilios y se sometió a ella para no caer en el error. Es más, cuando habla de los cismáticos, afirma que se apartan de las iglesias apostólicas de Jerusalén, de Alejandría y de Antioquía, jamás de Roma.

604.– Muere Gregorio I, último hombre denominado padre de la Iglesia. Ni él, ni ninguno de los padres que lo precedieron consideraron el pasaje de Lucas XXII, 32 como una muestra de la prioridad de Pedro sobre los demás apóstoles. Para mayor asombro, siempre rechazó, por criminal y blasfemo, el título de Patriarca Ecuménico –del sistema pontificio actual–, al que aspiraron con compulsiva avidez sus sucesores.

625.– Papa Honorio I. Defendió la herejía monotelita, que sería condenada por el concilio general de Constantinopla del año 680.

632.– Isidoro de Sevilla, al describir los grados de las Iglesias, menciona únicamente cuatro: patriarcas, arzobispos, metropolitanos y obispos. Jamás menciona el grado de pontífice o a nadie superior a los patriarcas. El título de papa pertenecía a todos los responsables de las comunidades de fieles.

649. El papa Martín I rechaza, en un concilio local, el monotelismo en el que había caído el papa Honorio I en el año 625. Su condena no tuvo ningún valor hasta que el concilio de Constantinopla no condenó dicha doctrina.

680.– El concilio III de Constantinopla declaró herético al papa de Roma Honorio y lo borró de los listados de la iglesia de Occidente; con anterioridad había sido borrado de los listados de Oriente. Los fabricantes de la infalibilidad del obispo de Roma, los Jesuitas, con Roberto Belarmino (el Santo) a la cabeza, negarían, contra toda evidencia, la autenticidad de las actas de dicho concilio.

681.– Muere Agaton. Fue el primer obispo de Roma que, para evitar el desprecio que había caído sobre la diócesis romana a causa de la herejía del papa Honorio, interpretó las supuestas palabras atribuidas a Jesús en Lucas XXII, 32, como designación de su primacía sobre los demás apóstoles.

688.– La Iglesia española convoca el concilio de Toledo y censura en él una carta del papa Benedicto II el Santo, afirmando que contradecía impudentemente a los Padres de la Iglesia.

692.– Concilio de Calcedonia. El falsificador italiano Graciano, trabajando al servicio del obispo de Roma, transformó el canon 36 de este concilio con el fin de que dijera lo que no decía, con miras a favorecer la primacía romana.

710.– Beda el Venerable (674–735), es quien, por primera vez, hace uso descarado de las falsificaciones en torno a los obispos de Roma, con el fin de apoyar su aspiración a la primacía.

725.– El papa Esteban II Bis (o III) decretó que podía romperse el matrimonio con una sierva para tomar otra mujer. Este decreto era contrario a la doctrina general, que afirmaba que entre libres y siervos los matrimonios eran siempre indisolubles.

731.– Papa Gregorio III. Recurrirá a los exorcismos para terminar con las tormentas, el pedrisco, los rayos y huracanes. Según su infalibilidad, el origen de tales fenómenos climatológicos estaba en los demonios.

741.– Papa Zacarías. Condenará al obispo de Salzburgo, Virgilio, porque afirmaba la existencia de los antípodas. Zacarías declaró falsa, perversa, inicua y condenable la afirmación de Virgilio.

752.– Se materializan las falsificaciones y fraudes que se conocen como *Donación de Constantino*. Tales falsificaciones afirman que el obispo de Roma Silvestre había recibido de Constantino Occidente entero y el poder absoluto sobre todos los obispos y las sedes de los patriarcas de Antioquía, Alejandría, Constantinopla y Jerusalén. Ante falsificación tan burda, lógico es preguntarse cuál fue entonces la herencia de los hijos de Constantino.

754.– El obispo de Roma presenta a Pipino la falsificación de la curia romana conocida con el nombre de *Donación de Constantino*, con el fin de que el rey “restituya” al obispo de Roma los territorios que éste ambicionaba.

769.– Papa Esteban III Bis. Condena en un asamblea todas las declaraciones, decretos y decisiones del papa Constantino II, por heréticas.

772.– Papa Adriano I. Aprobaría la adoración idolátrica de las imágenes en el segundo concilio de Nicea, pero no tuvo fuerzas para imponer su decisión; la iglesia francesa y el emperador la rechazaron.

777.– El papa Adriano I escribe a Carlomagno una carta en la que le comunica la existencia de la *Donación de Constantino*. Espera que el rey le devuelva entera la donación cuando la recupere. Era una invitación al saqueo sangriento de los territorios reclamados por el papa.

789.– El abad español Beatus, como en su tiempo lo hiciera Isidoro de Sevilla, al hablar de las jerarquías de la iglesia habla de los patriarcas, arzobispo, metropolitanos y obispos, y no menciona otras. El más elevado es el de patriarca.

787.– El 2º concilio de Nicea declara herético de nuevo al obispo o papa de Roma Honorio.

794.– El concilio de Francfort y los *Libros Carolinos* rechazan la adoración de las imágenes defendida por los obispos y papas de la ciudad de Roma.

816.– Muere el papa León III. Se había negado, porque consideraba que no tenía autoridad para ello, a alterar el símbolo de Nicea, alteración que le habían pedido algunos obispos franceses.

824.– El concilio de París condena los absurdos (absana) que había defendido el papa Adriano I imponiendo la adoración de las imágenes.

830.– Nacimiento de Juan Escoto Erígena. En sus obras afirma que el sentido

común y la razón deben analizar los contenidos de la *Biblia* y de los *Evangelios*, y recuerda que los intérpretes y Padres de la Iglesia se contradicen al interpretarlos. Fue perseguido y sus obras fueron llevadas a la hoguera.

845.– El papa Sergio II presenta una de las falsificaciones más espectaculares de cuantas fabricó el obispado de Roma: las *Decretales de Isidoro*, cien pretendidas decretales, todas falsas, de los antiguos obispos de Roma y los concilios.

856.– Muere Rábano Mauro, abad de Fulda y arzobispo de Maguncia. Demostró que el firmamento es sólido y sostiene las aguas por encima de los cielos, porque dicho firmamento es de hielo. La teoría, tomada de Ezequiel, defendida por san Jerónimo, Beda, Isidoro de Sevilla y el papado romano, la expone con claridad divina.

858.– Papa Nicolás I. Afirmó a los Búlgaros, que el bautismo en nombre de Cristo bastaba, y que no era necesario hacerlo en nombre de la trinidad entera. Nicolás se oponía de este modo al papa Pelagio y a la tradición y ortodoxia. Nicolás cayó de este modo en la herejía. Tampoco tuvo inconveniente en utilizar las falsas decretales de Isidoro, fabricadas 13 años antes, para justificar sus ambiciones y dar base legal a la codicia del papado romano. Con tales decretales en la mano, no tiene inconveniente en utilizar los anatemas y la excomunión contra quienes no acepten sus imposiciones.

869.– El 4º concilio de Constantinopla declara herético al papa de Roma Honorio.

896.– El papa de Roma Esteban VI Bis (VII) desentierra el cadáver del papa Formoso para juzgarlo y denigrarlo en el concilio Lateranenses, en que se declaró al difunto papa herético, excomulgado y condenado.

897.– Tras asesinar al papa Esteban VI Bis, se hace con la corona del Imperio

judeocatólico papista Romano de Gallese, papa Romano, que anula, por falsos y heréticos, todos los decretos y todas las disposiciones doctrinales de Esteban.

968.– El papa Juan XIII consagra la campana mayor de la catedral de Letrán. Estaba destinada, como todas las campanas, a ahuyentar a los demonios, las tempestades y las plagas.

1000.– Puede afirmarse, sin caer en el error, que, en el milenio que cierra este año, ningún obispo de Roma tuvo la osadía de dirigirse a la Iglesia universal para imponer sus criterios. Las disposiciones dogmáticas sólo podían emitirlas los concilios generales, el conjunto de los obispos. El obispo de Roma no poseía ninguno de los atributos de gobierno: el poder legislativo, el judicial y el ejecutivo.

1059.– El papa Nicolás II, en el Concilio de Roma, renovó la herejía carpenaita, al afirmar que en el sacramento de la eucaristía se tocaba sensiblemente el cuerpo de Cristo, que también se comía y mascaba con los dientes.

1073.– Consigue el obispado romano Hildebrando de Soana, papa Gregorio VII. A este hombre, mentor de varios obispos romanos, se debe el giro hacia la infalibilidad del obispado romano y su pretensión de colocarse por encima de los concilios universales.

1078.– Gregorio VII afirma, delante de su concilio, que su empleo arbitrario de la excomunión se inspira en sus predecesores.

1080.– El papa Gregorio VII afirma que tiene el poder, dado por Cristo, de destronar a los reyes. Esta pretensión llenará Europa de sangre.

1085.– Otón (Eudes de Lagery), futuro papa Urbano II, convalida, como legado del papa reinante, las consagraciones de los obispos de Mayenza, Augsburgo y Coire. Pero siendo ya obispo de Roma, anuló, a su vez, las ordenaciones de su adversario Guiberto de Ravena, papa

Clemente III. Con su actuación como legado de un papa y como papa después, cayó en la herejía al considerar que la eficacia de los sacramentos dependía de la censura eclesiástica.

1110. Muere Miguel Constantin Psellus. Publicó un libro titulado *Obra de los demonios*, que sirvió para iniciar, dentro del judeocaticismo latino, un proceso auspiciado por los papas, de lucha contra "la locura." Bajo la disculpa de torturar a los demonios con el fuego, el humo, los malos olores y todo tipo de injurias, se denigraba y torturaba al enfermo hasta que terminaban matándolo.

1123.– El papa Calixto II organiza el primer sínodo ecuménico convocado por un obispo de Roma. Los anteriores fueron convocados por las Iglesias orientales y los emperadores. A pesar de la importancia que se quiso darle (300 obispos y 600 sacerdotes, la mayoría italianos), esta reunión paso inadvertida para las Iglesias orientales y gran parte de las occidentales.

1139.– El papa Inocencio II organiza el segundo sínodo de Letrán e invalidó las ordenaciones sacerdotales y obispales de los partidarios del papa Anacleto, que murió asesinado al poco tiempo de su elección. Inocencio, con este acto de despotismo papal, cayó en la herejía, pues según los cánones, el valor de un sacramento no depende de la arbitrariedad de los papas.

1142.– En torno a este año se fabrican en Bolonia, a beneficio del obispado o papado romano, las falsificaciones conocidas con el nombre de *Decretales de Graciano*. En estos escritos, las falsificaciones de Isidoro se unían a las de los gregorianos, Diosdonado, Anselmo, Gregorio de Pavía y las del mismo Graciano. El conjunto de tales falsificaciones constituyó el nuevo derecho canónico al servicio del obispo de Roma.

1159.– Alejandro III. Es uno de los primeros que impone la idea de que el obispo de Roma es el representante del dios Yahvé–Cristo–Espíritu en la Tierra. Esta idea la expondrá, pocos años después, Inocencio III.

1163.– Alejandro III, con ocasión del sínodo de Tours, prohibió el estudio de la física y las leyes del mundo a todos los eclesiásticos. La excomunión amenazaba a quienes no respetaran la prohibición. El mismo Santo Domingo condenó solemnemente todas las investigaciones por la experiencia y la observación, siendo imitado por el general de los franciscano.

1179.– Alejandro III convoca el tercer sínodo romano. Este sínodo, se limita, como los dos anteriores, a aceptar las imposiciones del papa de turno.

1191.– Papa Celestino III. Decretó que el papa tenía poder para disolver los matrimonios, lo que fue juzgado por los papas Adriano VI e Inocencio III Bis como una herejía.

1193.– Nace Alberto Magno. Defendería la posibilidad de la existencia de los antípodas; notó el influjo de la naturaleza entera, montañas, mares, nubes, sol y luna, en las plantas, animales y el hombre. Se le prohibió que siguiera estudiando y expusiera sus ideas por ir en contra de la ciencia bíblica, evangélica, patrística y papal.

1197.– Muere en Reims Petrus Cantor (P. el Chantre, P. Cantor). En sus trabajos expresa el dilema que agitaba al hombre en su tiempo ante la arbitrariedad y los abusos del obispo de Roma y la sumisión que, a pesar de todo, despertaba su prepotencia y codicia. Víctima de este dilema, no duda en afirmar "... Es de temer que las exenciones pontificias originen un distanciamiento general del imperio espiritual de Roma, porque no se puede justificarlas con las Sagradas Escrituras.

Pero, de otro lado, sería sacrílego pretender censurar lo que el obispo de la Iglesia de la ciudad de Roma hace. Dios no deja que la Iglesia romana caiga en el error. Se debe, pues, admitir que el papa romano obra por impulso del Espíritu Santo, a fin de llegar un día a reinar solo, después de haber apartado a todos los otros jefes de la Iglesia." (Doellinger: *El Pontificado*. Cap. *El cisma*).

1198.– Papa Inocencio III Bis. Fue el primero, con su decreto *Navit*, en establecer el derecho de que los obispos de Roma intervengan como jueces en las causas civiles. Rechaza, por herética, la doctrina del papa Celestino III, que afirmaba que si uno de los esposo caía en la herejía el matrimonio quedaba roto. Declara, también que el negarse a prestar juramento, porque estaba prohibido en los *Evangelios*, constituía una herejía digna de muerte.

1230.– El franciscano Angelicus Bartholomaeus, ofrece el libro *De proprietatibus rerum*, en el que demuestra que la *Biblia* y los *Evangelios* constituyen los manuales científicos más perfectos que jamás hayan existido.

1231.– Gregorio IX ordena, por decreto, al brazo secular, que extermine a las personas, fundamentalmente mujeres, acusadas de brujería y que tengan tratos con el Demonio.

1234.– Lucas de Tuy (El Tudense) inicia, por encargo de la reina doña Berenguela, su *Cronicón*, obra en la que falsifica totalmente la historia de la Iglesia española y toledana, a beneficio de la corte y curia romana, armonizándolas con las falsificaciones de Graciano, Isidoro, Cirilo, Tomás de Aquino, etc.

Inocencio IV impone la tortura, en los tribunales de la fe, contra los acusados. Según este papa, la tortura es el método divino más adecuado para conocer la verdad.

1243.– La orden dominicana prohíbe a todos sus miembros el estudio de la medicina y de la historia.

1248.– El concilio de Mane prohíbe los estudios anatómicos, porque el cuerpo era el templo del Espíritu Santo, y si se dividía, para estudiarlo, no podría producirse su resurrección en el día del juicio final. Prohibió, también, la cirugía a los frailes.

1252.– El papa Inocencio IV publica un decreto y ordena en él la aplicación de la tortura por sus múltiples ventajas para conocer la verdad. El decreto lleva el título *Ad extirpanda*.

1261.– Año en que aparece en Roma un falso documento, elaborado por un dominico anónimo, sobre las tradiciones de las Iglesias orientales y a beneficio del obispado romano. Urbano IV aprovechó la falsificación para afirmar que el trono romano era la única autoridad en el terreno doctrinal de la Iglesia universal. El documento lo entregó a T. de Aquino, que lo utilizó, por orden del papa, contra las Iglesias griegas y orientales.

1264.– Vicente de Beauvais abandona este mundo. En su obra *Speculum historiae*, demuestra, con gran satisfacción de la curia romana, que la fecha exacta de la creación del Universo–mundo tuvo lugar 4.000 años antes de la encarnación de Jesús.

1274.– Muere, cuando se dirigía al sínodo de Lyon, Tomás de Aquino. Con él se justificó el sistema pontificio por encima del sistema arzobispal y conciliar. El concilio de Constanza (1414–1418) tiraría por los suelos la primacía del pontificado romano sobre los obispos reunidos en concilio, defendida por Tomás, y dejaría claro que el papa no era infalible ni podía serlo. En materia de fe, la infalibilidad correspondió siempre, y correspondía, a las Iglesias reunidas en concilio, a las que estaban sometidos todos los obispos,

el de Roma incluido. Tras la muerte de Aquino, varios historiadores de su propia logia, entre los que se encontraban Nicola, Lequien, Quetif y Echard fueron los primeros en declarar abiertamente que su maestro había errado y que tras él se engañaron todos sus seguidores.

1276.– Papa Adriano V. Siendo profesor de teología en Lovaina, afirmó que varios papas romanos habían sido heterodoxos, y que era cierto que un papa podía caer en la herejía en sus decisiones y en sus bulas.

1278.– El dominico Martín de Troppau es nombrado por Nicolás III obispo de Guesen. Más adelante, siendo penitenciario y capellán del papa, recibió la orden de reescribir la historia de las Iglesias con el fin de armonizarlas con las falsificaciones de Graciano, los fraudes de Isidoro, los de Gregorio, los del Falso Cirilo y todas las falsedades que T. de Aquino había elaborado apoyándose en ellos y por inspiración propia. La historia de Troppau resultó la más alabada por la corte del Imperio papista.

1280.– El fraile franciscano Pedro Oliva (1248–1298) es la primera persona, que se conozca, que afirma que el obispo de Roma es infalible.

1287.– El general de los dominicos prohíbe el estudio de la química a sus miembros.

1303.– Bonifacio VIII publica un decreto, *Unam Sanctam*, dirigido al judeocatolicismo latino. Según las teorías del jesuita Roberto Belarmino, la publicación del decreto constituía la primera vez, en toda la historia del judeocatolicismo, que un papa de Roma se manifestaba infalible.

1305.– Papa Clemente V. Mandó destruir todas las bulas del papa Bonifacio VIII contra Francia y su rey.

1316.– Juan XXII. Ante la utilización hecha por T. De Aquino de las falsificaciones de Isidoro, las de Graciano, las de Gregorio, las de Cirilo, etc., no dudó en

exclamar: “Tomás ha hecho tantos milagros como artículos ha escrito; se lo puede, por lo tanto, canonizar aunque no haya realizado prodigios sensibles.”

En contra de su propio decreto *Quorundam*, terminaría declarando herético al papa Nicolás III por considerar que la pobreza cristológica, que éste alabó, era falsa.

Los Franciscano pobres declararon al papa herético, y Juan XXII, en venganza, hizo que los detuvieran, los torturaran, y quemaran vivos a 124 franciscanos.

1318.– El dominico Tolomeo de Lucas es nombrado, por Juan XXII, obispo de Torcello. Recibió el encargo de escribir la historia de la Iglesia de acuerdo con los intereses del papado romano y utilizando para ello las falsificaciones de los gregorianos, las de Isidoro, las de Graciano, las del falso Cirilo y las elucubraciones oníricas de Tomás de Aquino. El resultado fue más elogiado que los escritos de Martín de Troppau elaborados cuarenta años antes.

1320.– Año de nacimiento de Nicolau Emeric, que con el tiempo escribirá *Directorium Inquisitorum*, libro en el que se recogen las normas y torturas a aplicar a los acusados para saber la verdad de los hechos. El libro contó con la bendición, elogios y alabanzas de los papas de Roma.

1324.– El 10 de noviembre, con el decreto *Qui Quorundum*, el obispo o papa de Roma y rey del que terminaría siendo conocido por Imperio Vaticano, Jacques-Arnaud d’Euse, papa Juan XXII, condena como herética la doctrina de la infalibilidad, y al fraile franciscano Pedro de Oliva (1248–1298), que la había formulado, lo condena por herético.

1327.– Francesco Stabili, llamado Cecco d’Ascoli, es quemado vivo, en Florencia, acusado de hechicería, por afirmar que la Tierra es esférica y asegurar la existen-

cia de los antípodas, ideas contrarias a las afirmaciones del papado romano fundamentadas en la *Biblia* y los *Evangelios*.

1334.– Muere Juan XXII. Este papa fue obligado a retractarse por emitir una doctrina, sobre los muertos, que los teólogos de París juzgaron herética.

1353.– Inocencio VI rechaza las capitulaciones que juró y firmó al ser elegido obispo de Roma pero antes de ser consagrado. Tales capitulaciones, a beneficio del colegio cardenalicio, las incumplió totalmente, siendo, pues, un perjuro.

1378.– Papa Urbano VI. Su rigor llevó a algunos cardenales a nombrar a otro papa, Clemente VII, lo que dio lugar a una de las guerras civiles cristológicas –cismas– más crueles y largas que afectó al judeocatolicismo latino. Los representantes de Cristo se anatematizaron y excomulgaron con fervor cristológico mutuamente desde dos tronos pontificios diferentes, el de Aviñón y el de Roma. Esta lucha, a golpe de anatemas, excomuniones y acusaciones de herejía, se prolongó hasta el año 1409, en que un tercer representante de Cristo entró en liza.

1388.– La Facultad de teología de París rechaza la doctrina de los Dominicos y de santo Tomás de Aquino con respecto a la infalibilidad papal, y considera que ésta es una herejía abominable. La misma facultad señaló otros errores doctrinales en los papas.

1401.– Nace el cardenal Nicolás de Cusa. Afirmaría que había que acercarse con cautela a los textos bíblicos; despreció las *Decretales de Isidoro*, por considerarlas meras falsificaciones. A su muerte, en 1464, sus trabajos fueron condenados por los papas romanos y colocados en el Índice.

1406.– Muere en Florencia Coluccio Salutati. Fue secretario de los papas Urbano V y Gregorio XI. Afirmó "... que puestas que todo poder eclesiástico emana

del papa, y que un papa irregularmente elegido no posee en sí ningún poder, no puede transmitir ninguno. Por consiguiente, todos los sacerdotes y obispos consagrados desde la muerte de Gregorio XI (1370–1378), son incapaces de conferir sacramentos. Por lo tanto, cuando un católico adora la eucaristía consagrada adora a un ídolo." (Döellinger: *El Pontificado*. Cap. *El Cisma*). La causa de esta declaración estaba en Gregorio VII, que había impuesto en la Iglesia latina el sistema pontificio en contra del sistema episcopal.

1409.– El cisma iniciado en el año 1378, es ahora a tres bandas, con tres papas que se excomulgan y anatematizan con un odio divino. La situación se prolongó hasta el año 1415.

1414.– Se inicia el concilio de Constanza, convocado por el emperador Segismundo, compuesto por 300 obispos del judeocatolicismo entero, 300 doctores y los delegados de 15 universidades, con el fin de terminar con la existencia de tres representantes de Cristo, todos infalibles. Durará hasta el año 1418. En las sesiones 4ª y 5ª declaró que todo concilio ecuménico, regularmente convocado, que represente a la Iglesia, tiene una autoridad que procede inmediatamente de Cristo, y todos, incluso el papa de Roma, están obligados a obedecerlo en las cosas que afecten a la fe, a la extirpación del cisma y a la reforma general de la Iglesia en su cabeza y en sus miembros.

1417.– El concilio de Constanza elige como obispo de Roma a Otón Colonna, papa Martín V. Martín trató de anular los decretos del concilio que ponían un freno al totalitarismo papal romano y a su pretensión de infalibilidad.

1418.– Finaliza el concilio de Constanza. Dictaminó que el obispo de Roma, como cualquier otro obispo o papa, está sometido al concilio, por lo tanto no es infali-

ble. Son las iglesias y su representación, el concilio, las depositarias de las promesas de Cristo, y no el papa de la iglesia de Roma. Cualquier papa puede, pues, incurrir en el error y deber ser juzgado, consecuentemente, por el concilio.

1431.– Papa Eugenio IV. El 18 de diciembre de este mismo año ordenó la disolución del Concilio de Basilea, porque iba en contra de la pretendida primacía papal.

1433.– El 4 de febrero, Eugenio V acepta la reanudación del Concilio de Basilea, y el día 15 de diciembre emitió un decreto anulando todos los que había publicado en contra del concilio. Se justificó aduciendo que la última bula en que atacaba la superioridad del concilio sobre el papa, “se había publicado sin su consentimiento.” En el decreto de retractación afirmaba “... retiramos las 3 bulas, para mostrar al mundo... como nos sometemos sinceramente a la Iglesia universal y al Santo concilio de Basilea.” El concilio de Basilea había demostrado lo siguiente: Que el papa de Roma se había equivocado al pretender disolverlo, y que el concilio podía existir legalmente a pesar del decreto de disolución de un papa, con lo que demostraba que el concilio era superior a cualquier papa, aunque fuese el romano.

1434.– En torno a este año el cardenal Juan de Torquemada compuso su libro *Summa Ecclesia*, al que seguirá, años después, *Flores sententiarum divi Thomae Aquinatis de Auctoritate Summi Pontificis collecti in concilio Basiliensi anno 1437 Jussu cardinalis Juliani*. Constituyen las obras cumbres de la apología del sistema pontificio hasta la aparición de R. Belarmino. Se apoya totalmente en las falsificaciones de Isidoro y, sobre todo, en las del pseudo Cirilo. Pondera tanto a éste, que no tiene inconveniente en aceptar que se desconozca a Tomás de

Aquino antes que a Cirilo. Afirma, con el mayor desparpajo, que el papa romano es infalible, y que los obispos no tienen más poder que el que reciben del papa romano, y que las decisiones de un concilio sin la aprobación del papa romano son nulas. Las conclusiones finales las adoba con los pasajes falsos de Anacleto y de Clemente, con las falsificaciones del concilio de Calcedonia, con las de Cirilo y con multitud de testimonios ficticios y oníricos.

1437.– Eugenio IV confirma la idea de la existencia de las brujas y sus tratos con los demonios, animando a luchar contra ellas.

1438.– El rey francés abre en Bourges una asamblea de los Estados Laicos y del Clero, origen de la *Pragmática Sanción de Bourges*. Esta asamblea consagraba la libertad de las elecciones eclesiásticas y los principios de autoridad suprema de los concilios generales sobre todos los obispos, el de Roma incluido; condenaba los abusos del papado y su curia relativos a las supervisiones, reservas, apelaciones, etc. La *Pragmática* fue la primera expresión de lo que se llamó, más adelante, las Libertades de la Iglesia Galicana, que los obispos o papas romanos trataron de destruir siempre.

1439.– El concilio de Basilea–Ferrara–Florencia depone al obispo de Roma Eugenio IV, porque se oponía a los decretos del concilio de Constanza sobre la superioridad de los concilios sobre el papa. Es elegido nuevo obispo de Roma el duque Amadeo de Saboya, que tomó el nombre de papa Félix V. Eugenio IV no se resignó, y acudió a la Iglesia griega para mantenerse en el trono.

El 23 de noviembre, Eugenio IV envía una carta a las Iglesias griegas, tras el concilio de Florencia, en la que expone cómo debían ser administrados los sacramentos. Su exposición inutilizaba, dentro de la

Iglesia griega, tres sacramentos, mientras que en la Iglesia latina inutilizaba todos menos uno. Con esta carta el papa, aparte de destruir la infalibilidad pontificia, hacía tambalearse la existencia misma del judeocatolicismo universal.

1447.– Muere el papa Eugenio IV. Sus intrigas le dieron la victoria sobre el concilio de Basilea, que lo había depuesto, y sobre la Iglesia alemana, que lo había condenado. A pesar de todo, en su lecho de muerte publicó un edicto en el que reconocía los decretos de Constanza en lo tocante a la supremacía de los concilios sobre los papas de Roma y sobre su reunión regular.

1455.– Muere el obispo cartujano Alonso de Madrigal, llamado El Tostado. En sus escritos expone claramente que el Concilio es superior al papa romano en materia de fe, dogmas, costumbres, etc., de acuerdo con la doctrina decretada por los concilios de Constanza y Basilea. De su opinión eran los prelados y teólogos españoles, entre los que se encontraba Andrés Escobar. Los jesuitas y la policía inquisitorial impondrían, con la tortura y la hoguera la infalibilidad pontificia sobre los concilios.

1455.– Muere el papa Nicolás V Bis. Publicó, durante su pontificado, un decreto en el que declaraba nulos y sin efectos todos los escritos, procesos, censuras y decretos del papa Eugenio IV contra el concilio de Basilea o cualquier otro. Debían considerarse como no escritos nunca y arrancados de los escritos de Eugenio para siempre. Con esta acción quedaba claro que la autoridad del concilio estaba por encima de la autoridad del papa de Roma.

1456.– El papa Calixto III, ante la aparición de un cometa, decretó solemnes rogativas públicas para evitar la amenaza de los Turcos, pues los relacionó con el cometa. La fórmula acuñada por este

infalible representante de Cristo fue “De los Turcos y del cometa, líbranos, Señor”.

1458.– Papa Pío II. Es tan grande el odio que tiene hacia los concilios, aun los locales, que cualquier llamamiento a ellos suponía la excomunión automática para quien lo hiciera.

1460.– Con el año comienza una época en la que los aduladores y oportunistas ponen sus plumas al servicio del papado romano tratando de demostrar que el papa es superior a los concilios. Capistrano, Jerónimo de Albano, Tomás Campuggi, Tomás Elisio, Cristóbal Marcel, Caelio Jordano, son unos entre muchos. La época durará hasta mediados del siglo XVI. Los autores nada nuevo aportan pues beben todos en las mismas falsificaciones y se comportan todos como teoturiferarios compulsivos.

1463.– Pío II, a pesar del miedo y odio que tenía a los concilios, puesto entre la espada y la pared, reconoció en una bula de retractación, que la autoridad del concilio ecuménico estaba por encima de la autoridad del obispo y papa de Roma, como lo definió el concilio de Constanza y reconocía el de Basilea.

1464.– Papa Pablo II. Comete perjurio al no respetar las capitulaciones que juró y firmó antes de ser consagrado. Una vez coronado, obligó a los cardenales que lo eligieron a firmar otras capitulaciones, sin permitirles leerlas, bajo amenaza de excomunión.

1471.– Sixto IV publica un decreto por el que se reserva la fabricación y comercialización de corderitos de cera –*agnus deí*– y su culto para ponerse a salvo de los encantamientos y maleficios. Según el infalible papa, el contacto de dichos corderitos aseguraba el perdón de los pecados, preservaba del incendio, de los naufragios, del granizo y de las tempestades.

1477.– El carmelita Mathias Farinator publica, por encargo del papa, una obra titulada *Lumen animae*, para demostrar que los rayos, truenos, tormentas y borrascas son resultado de la acción del demonio y del dios bíblico.

1484.– Papa Inocencio VIII. Publica un edicto –bula– contra la hechicería. En él confiesa, su miedo a los hechiceros. Con su infalibilidad asegura la existencia de relaciones sexuales entre hombres y demonios, al tiempo que afirma que la hechicería perjudica las cosechas y provoca la esterilidad de hombres y mujeres. Dará la orden de que se asesinen y exterminen a todas las personas acusadas de hechicera, sean brujos, brujas, súcubos o íncubos, y todos aquellos que tengan, de la forma que sea, trato con los demonios. El destino de los acusados será la tortura y la hoguera.

1486.– Inocencio VIII reconoce válida y acertada la declaración de la Universidad de París, expresada por sus teólogos Almain y Juan Mayor, que declaran que era una herejía la superioridad del papa de Roma sobre los concilios.

1512.– Julio II publica el libro de las Tasas, en el que se tarifaron todos los pecados habidos y por haber. No era el primero, pues Juan XXII ya había publicado uno; pero mientras este último se mantuvo en la curia romana en secreto, Julio II no duda en dar a la imprenta el suyo y hacerlo público.

1516.– León X publica un decreto, titulado *Pastor aeternus*, por el que condenaba la *Pragmática Sanción* de Francia y proclama, en contra de los concilios de Constanza y Basilea, que el papa de Roma posee plena autoridad y poder ilimitado sobre los concilios; puede, a su voluntad, convocarlos, trasladarlos y disolverlos. Las pruebas que aduce para fundamentar su decreto son todas falsificaciones elaboradas en la misma corte papal o por sus turiferarios.

1517.– León X, con la ayuda del rey francés, consigue destruir la *Pragmática Sanción de Bourgues* de la Iglesia galicana. La *Pragmática* colocaba los concilios por encima del papado romano.

1522.– El papa Adriano VI calificó al papa romano Celestino III como herético, por su doctrina sobre el divorcio.

1542. Nace el futuro cardenal y jesuita Roberto Belarmino (el Santo). Fue uno de los turiferarios, a ultranza, del papado romano y quien acuñó el término *ex cathedra* (en la cátedra). Con este término se pretendía precisar la naturaleza metanatural y divina de las decisiones del obispo de Roma. Sin embargo, Belarmino, incapaz de definir qué debía entenderse por una manifestación *ex cathedra* y otra que no lo era, dejó sin resolver el espinoso problema que los jesuitas italianos habían creado con su servilismo papal.

1543.– Muere Nicolás Copérnico, uno de los primeros hombres en demostrar que la Tierra giraba en torno al Sol, hecho que iba en contra de los contenidos bíblicos y el papismo. Para no caer en las garras del papa y su policía se ausentó de Roma y su descubrimiento permaneció oculto hasta después de su muerte.

1545. Inicio del concilio de Trento. El cardenal de Lorena, defendiendo los concilios de Constanza y Basilea, declaró en él que toda la Iglesia francesa consideraba herético el sistema pontificio instaurado en Roma a partir del siglo XI. Los jesuitas, a pesar de todo, trataron de sacralizar la herejía de la primacía papal sobre el concilio e imponerla en Francia.

1546.– El 8 de abril, el concilio de Trento señala los libros auténticos, escritos por su dios Yahvé–Cristo–Espíritu Santo, de la *Biblia* y de los *Evangelios*. La lista se advertirá tan falsa como sus autores.

1555.– El papa Pablo IV no duda en reconocer que su policía supranacional, la

Inquisición, era el único sostén del trono pontificio romano en Italia.

1558.– El papa Pablo IV publica un decreto, titulado *Cum ex apostolatus officio*, por el que afirma, "... en virtud de la plenitud de su poder apostólico, que el papa, en su calidad de pontífice máximo, es el representante de dios en la tierra; posee la plenitud del poder sobre los pueblos y reinos; juzga a todos y no puede, en este mundo, ser juzgado por nadie." Junto a esta muestra de teogolatría compulsiva, al querer colocar su trono en los cielos para apoyar su superioridad sobre los concilios, tira por los suelos su pretendida infalibilidad, al afirmar en el mismo decreto que "...si se descubre en lo sucesivo que un papa u obispo haya mostrado sentimientos heréticos o cismáticos, todo lo que tal prelado hubiese hecho desde aquella época será nulo y anulado." El infalible Pablo IV, con este decreto, no solo reconoce su posibilidad de errar, sino, lo que es más grave, anula el valor, *per se*, de los sacramentos.

1559.– Se prohíbe leer la *Biblia* (incluidos los *Evangelios*) en lengua vulgar, siendo colocada en el *Index librorum prohibitorum*.

1564.– Muere, en un naufragio, Andrés Vesalio, considerado el padre de la anatomía. Mientras Carlos V, del que era médico, vivió, Vesalio no fue molestado. Pero con la llegada de Felipe II al poder, las jerarquías eclesiales papistas trataron de que fuese asesinado patibularmente acusado de haber disecado a un hombre vivo y estudiar los cadáveres, lo que constituía una abominación.

1565.– Muere el papa Pío IV. Estableció el juramento universalmente impuesto al clero latino –la *Professio fidei Tridentina*– con la obligación de no interpretar jamás la *Biblia* y los *Evangelios* sino con arreglo a la interpretación de los denominados Santos Padres. Este juramento hace perjurios al clero, obispos y papa,

pues ninguno de los denominados Santos Padres, ninguno, dedujo de tales textos la supremacía del obispo de Roma sobre los demás obispos, sobre los concilios y sobre las Iglesias en comunión.

1572.– Se publica uno de los sermones del obispo de Altmark, Alemania, titulado *Recuerdo teológico del nuevo cometa*. En él, exponiendo la idea de obispos y papas, afirma que el vapor de los cometas es el humo de los pecados humanos.

1577.– Jacob Heerbrand, profesor de la universidad de Tubinga, siguiendo las doctrinas del papa, afirmó que los cometas eran envidados por su dios para moralizar al hombre, por el miedo a los castigos que presagiaba. Jacob se limitaba a expresar la doctrina del papa seguida por todas las escuelas y universidades.

1580.– Jean Bodin publica, con el visto bueno del papado romano, *Deomonomanía de los brujos*, exigiendo la muerte cruel de quienes eran acusados de brujería. En sus escritos mantiene las afirmaciones de los papas que aseguraban que los cometas eran almas humanas que vagaban por el espacio ocasionando la peste, el hambre y la guerra.

1589.– El profesor y rector de la Universidad de Tréveris, Dietrich Flade, es estrangulado y quemado vivo, por el papa de turno y su policía, la Santa Inquisición, por haber dudado de la existencia de las brujas y su trato con los demonios.

1590.– Muere Sixto V. Cuando más se esforzaban los jesuitas, con su cardenal Roberto Belarmino (el Santo) a la cabeza, en hacer infalible al papa de Roma, Sixto V tiró por los suelos la pretendida infalibilidad pontifical, al publicar su *Biblia*, "con la amenaza de excomunión a quien tratara de alterarla o cambiarle una sola letra". Poco tardó en comprobarse que el infalible papa había cometido más de 2.000 errores en ella. Para salvar lo insalvable, los jesuitas, con Belarmino a la

cabeza, echaron la culpa a los impresores, destruyeron el engendro papal, y la imprimieron de nuevo como si fuese la preparada por manos del papa.

1591.– Los jesuitas, como Roberto Belarmino (el Santo), que no dudaron en escribir “que el papa no puede errar jamás ni en cuestiones morales ni en el dogma”, son alabados, en un decreto, por Gregorio XIV, que reconoce su sabiduría, ciencia y méritos.

1595.– Muere tras ser torturado por el papa y su policía inquisitorial, y antes de poder ser llevado al patíbulo, Cornelio Loos, pensador nacido en 1546, profesor de la universidad de Tréveris. En su obra *La Verdadera y falsa magia*, pone en duda la existencia de las brujas y sus tratos con las potencias infernales del judeocatolicismo papista.

1598.– Muere Pierre Binsfeld, obispo de Trèves. Escribió, con la complacencia papal, *Tratado de la fe en las confesiones de las brujas*. Utilizó todo un capítulo para demostrar el poder de las campanas para ahuyentar las legiones infernales y terminar con el rayo, el trueno, el granizo y las tempestades.

1605.– Por encargo del papa, el jesuita y cardenal Roberto Belarmino (el Santo) y el cardenal Baronio preparan un breviario en el que introducen la vida y milagros de unos falsos papas, anteriores a Nicea, llamados Ceferino, Cayo, Pío, Calixto, Anacleto, Ponciano, Evaristo, que no existían en los breviarios antiguos, ni en los antiguos martirologios.

1608.– Muere el jesuita español Martín del Río. Publicó una obra, que obtuvo los elogios más fervientes del papado, en la que demostraba, gracias al teocientifismo bíblico, el poder de los demonios sobre la naturaleza y el universo entero.

1615.– Se publica el libro del carmelita Paolo Antonio Foscarini en defensa de Copérnico y sus escritos, libro que será

prohibido por el papa que lo declarará erróneo, falso y herético.

1616.– El día 13 de marzo, el papa Pablo V publica un decreto, condenando todos los escritos que afirmaban la Tierra giraba en torno al Sol, por ser un hecho imposible y, a todas luces, falso.

1619.– El día 19 de febrero, el papa romano y su policía –la Inquisición– arrancan la lengua al sabio Lucilio Vanini, y lo queman vivo, por afirmar sus creencias en la evolución del hombre y la naturaleza.

1620.– Conrado Dieterich, profesor en la Universidad de Giessen, publica un estudio magistral –a juicio de las autoridades de la Iglesia–, en el que afirma que cada cometa es un astro creado de la nada por su dios para expresar su cólera.

1621.– Muere el cardenal jesuita Belarmino (el Santo). No había dudado en afirmar, recibiendo todo tipo de felicitaciones y elogios papales, “que si el papa se engañara prescribiendo pecado y prohibiendo virtudes, la Iglesia estaría obligada a tener los pecados por buenos y las virtudes por malas, si no quería pecar contra la conciencia.” (Dœllinger: *El Papado*; Cap. III, 4). Belarmino se apoyaría en las falsificaciones de Isidoro –reconocidas, ya entonces, como fraudes– para afirmar la infalibilidad papal. Era una muestra más de la consigna jesuítica de que el fin justifica siempre los medios. Con esta perspectiva –aparte de su propia ignorancia en la materia– hay que ver la obligada retractación que exigió a Galileo, por propia iniciativa y por encargo del papa, sobre sus declaraciones acerca de la rotación de la Tierra en torno al Sol.

1623.– Gregorio XV ordena a la Inquisición que condene a cadena perpetua a todo aquel que, mediante un pacto con Satanás, hubiera ocasionado la impotencia del hombre o perjudicado a los animales o las cosechas.

1625.– Muere Jacobo I rey de Inglaterra. Amante de la *Biblia* y de los *Evangelios*, publicó un libro titulado *Demonología*, en el que demostraba la existencia de las brujas, teoría justificada y afirmada por la doctrina infalible de los papas de Roma.

1626.– Se publica, bajo la mirada complaciente del papa romano, *Tesaurus Exorcismorum*, manual que los exorcistas judeocatólicos papista emplearon para luchar contra la posesión diabólica.

1627.– Urbano VIII publica el decreto *Santa cena*, preelaborado por otros obispos de Roma antes que él –Gregorio XI, Gregorio XII, Pío V, etc.– por el que excomulga y maldice a todos los herejes y cismáticos, a todos los que les den asilo, los favorezcan o los defiendan. Condena igualmente a quienes lean libros heréticos, a los que apelen contra los papas en un concilio.

1631.– El jesuita Melchor Inchofe, expresando la doctrina papal, la bíblica y la evangélica, denunció la aberración que suponía la creencia en la rotación de a Tierra alrededor del Sol defendida por Galileo. Los papas de turno sonrieron satisfechos antes esta muestra de sabiduría bíblica, y lo elogiaron con complaciente solicitud.

1633.– El papa Urbano VIII condenó el heliocentrismo, y a todos los que lo afirmaban los puso en manos de su policía inquisitorial.

1634.– Nace Balthasar Bekker, pensador holandés. Por poner en duda la existencia de las brujas y el poder del demonio judeocatólico, lo mismo que su existencia, se atrajo las iras del papado, siendo perseguido y sus trabajos quemados.

1640.– Urbano VIII declara que la creación del hombre había tenido lugar 5.199 años antes del momento en que hacía su declaración, fecha que deducía su infalibilidad y se desprendía de la *Biblia*.

1644.– El papa romano Urbano VIII prohibió que se enterrara a Galileo en el cementerio familiar, porque constituiría un ejemplo funesto el que se le atribuyeran tales honores cuando había defendido una teoría tan falsa y errónea como era la de que la Tierra giraba en torno al Sol.

1648.– El día 20 de noviembre, Inocencio X publica el decreto *Zelus domus dei*, por el que condena la paz de Westfalia, como nula y no pactada, sin efecto sobre el pasado, el presente y el futuro. La paz de Westfalia garantizaba la igualdad de derechos a papistas y reformados.

1664.– El papa Alejandro VII, niega rotundamente, por inspiración divina y apoyándose en la *Biblia*, los *Evangelios*, los Santos Padres –entre ellos San Agustín– y la tradición, que la Tierra gire en torno al Sol.

1655.– Muere Inocencio X. No tuvo reparo en confesar que, dedicado a la judicatura no tenía ni idea de teología, lo que no impidió que fuera infalible y actuara como tal, condenando a diestro y siniestro según la inspiración del momento, que se supone era la del Espíritu Santo.

1672.– Agustín de Angelis, rector del colegio Clementino de Roma, prepara una nueva edición de *Lectiones Meteorologicae*, en la que afirma que los cometas los envía dios como mensajes de desgracias.

1673.– Muere el dominico Juan Nicolai. Fue uno de los primeros en demostrar los errores de Tomás de Aquino. Para suavizar el descalabro que hacía al divino teólogo y a los papas que lo proclamaron doctor, lo canonizaron y lo colocaron en el cielo, aclaró que Tomás había sido engañado por las falsificaciones de Anacleto, de Cirilo, de los gregorianos, de Isidoro, etc. Con Nicolai, otros dominicos, como Lequien Quetif y Echard, desmitificaron el trabajo de Tomás sobre el pontificado romano.

1684.– Juan Buxtorf el Joven, demuestra, con gran alegría del papado, que el dios de judíos y judeocatólicos había escrito el texto masorético de la *Biblia*.

1700. Papa Clemente XI. Publicó el decreto *Unigenitus*, un edicto dirigido para imponer por la fuerza la supremacía de los papas de Roma sobre los concilios. Constituyó una victoria de los jesuitas sobre la Iglesia francesa, que costó miles de víctimas.

1704.– Muere Jacobo Benigno Bossuet, obispo de Meaux. Declaró que las teorías de Galileo y Newton acerca del giro de la Tierra alrededor del Sol eran falsas por ser contrarias a la *Biblia*, a los *Evangelios* y al magisterio papal. Fue colmado de bendiciones pontificias.

1711.– Se publica en Francia un manual, *Teología de Poitiers*, en el que se niega la infalibilidad del papa, y se tienen, como lo afirmaron los concilios de Constanza y Basilea, a las asambleas ecuménicas como las más altas autoridades de la Iglesia universal.

1713.– A pesar de que habían sido ya demostrados los errores de Tomás de Aquino y las falsificaciones de Isidoro, Graciano y otros, los jesuitas insisten en afirmar, con tales falsificaciones, las de Cirilo y las de otros como él, la infalibilidad del papa y su superioridad sobre los concilios.

1725.– Los jesuitas consiguen, en contra de la Iglesia galicana, en un sínodo celebrado en Aviñón, que se proclame la infalibilidad del papa de Roma, y se considere el edicto *Unigenitus* como un decreto infalible del concilio.

1739.– En Francia, los partidarios de la infalibilidad papista, convencidos por los manejos de los jesuitas, publican un libro, *Teología de Grenoble*, alabando la infalibilidad del obispo de Roma.

1740.– Papa Benedicto XIV Bis. Los jesuitas aprovecharon el reinado de este

hombre para tratar de colocar en el cielo a Roberto Belarmino y lograr su propia gloria, a la vez que fortalecían la idea de la infalibilidad del papa de Roma y su superioridad sobre los concilios, tantas veces defendidas por Belarmino.

1760.– Con la caída de la influencia jesuítica, comienza a desaparecer la doctrina de la infalibilidad del papa de todos los manuales y de todas las escuelas de teología. La doctrina de la superioridad de los concilios sobre el papa, tal y como se había determinado en los concilios de Constanza y Basilea, se impone de nuevo.

1761.– En Francia, la idea de la superioridad del concilio sobre el papa era tan fuerte, que aun los mismos jesuitas franceses rechazaban, en contra de los generales de la logia, el poder directo o indirecto del papado en lo temporal. Así se habían manifestado en 1713 y 1757, y lo seguirían haciendo siempre que pudieron.

1773.– El papa Clemente XIV promulga el decreto de disolución de la Compañía de Jesús. Los jesuitas, defensores ciegos de la infalibilidad papal, quedan suprimidos por los más beneficiados de sus desvelos*. Con el decreto de la disolución de la Compañía de Jesús, benedictinos, cartujos, franciscanos, agustinos, clero y profesores rechazan públicamente la superioridad del papa sobre los concilios y enseñan los decretos de Constanza y Basilea sobre la superioridad absoluta de los concilios sobre el papa.

*No es fácil mantener esta afirmación. Los más beneficiados no fueron ni han sido los papas, sino los mismos jesuitas. Su voto de obediencia, y no hace falta recurrir al cuarto voto, los obligaba, en conociendo la intención y la voluntad del superior, a obedecer, al instante, los deseos del mismo. Una parte no despreciable de los jesuitas, alegando que no se había promulgado en público dicho

decreto en los lugares en que se encontraban, siguieron fieles a la orden y se refugiaron en países en que dicho decreto no se publicó nunca, aunque estuviera en todas las lenguas: demostraban con su casuística, que cuando sus intereses se oponían a los del papado, ellos tenían la preferencia.

1789.– Pío VI escribe a los arzobispos alemanes que la iglesia no ha aceptado nunca la paz de Westfalia, que ya condenó, en 1648, el papa Inocencio X.

1793.– La edición de este año de la *Teología de Poitiers*, gracias a la influencia del papismo, reconoce, en contra de la primera edición (1711), que la autoridad del obispo o papa de Roma está por encima de los concilios. Hace, igualmente, infalible al papa.

1798.– El papa romano y las autoridades clericales crean una sociedad con el fin de oponerse a la vacuna, una vez que Boyer, a comienzos del siglo, la descubriera. La oposición del papa y la corte romana a la vacuna la fundamentaron en el hecho de que constituía un desafío al cielo y la voluntad de su dios.

1800.– Papa Pío VII. Napoleón, que juzgó necesario mantener en vigor el judeocaticismo papista en Francia, negoció con Pío VII unos acuerdos. La infalibilidad del obispo de Roma y su primacía volvieron a triunfar sobre los concilios.

1801.– Se firma el concordato entre Napoleón y Pío VII. El galicanismo y la Iglesia francesa habían terminado, aunque no los roces entre los dos soberanos.

1814.– Pío VII reconstituye la logia jesuítica, y lo hace concediéndole todos sus antiguos derechos y prerrogativa. La superioridad de los papas de Roma sobre los concilios recibirá un nuevo impulso con ellos.

1820.– Masio, famoso teólogo judeocatólico, publicó *Transformación de la mujer de Lot en estatua de sal*, obra que le

mereció los mayores elogios de todas las autoridades del judeocaticismo latino en todas sus sectas. Demuestra, con la ayuda de su dios, el proceso exacto, paso a paso, de la transformación de la mujer en cloruro sódico.

1832.– Se publica en Bélgica la Constitución. El papa Gregorio XVI publicó una carta en la que afirmaba que "...la libertad de conciencia era un absurdo inmenso."

1846.– El día 9 de Noviembre Pío IX proclamó que él era infalible, y con él todos los papas. La carrera hacia la infalibilidad del obispo de Roma había costado siglos de falsificaciones, fraudes, sangre y vidas. A pesar de todo, codearse con los dioses, con esta proclamación, tenía su gota amarga: la divinidad la habían alcanzado antes que él los emperadores romanos, los faraones egipcios, los emperadores chinos, las dinastías japonesas y un largo etcétera.

1847.– El jesuita italiano Juan Perrone (1794–1876) publica un estudio titulado *¿Es definible dogmáticamente la Inmaculada Concepción?* En ella, explica que ni la *Biblia*, ni los *Evangelios*, ni la Tradición eran necesarios para la definición de un artículo de fe. El papa –dice con otras palabras– es suficiente para ello. Lógicamente, Mastai-Ferretti, papa Pío IX, alabó la sabiduría divina de Perrone y la oportunidad de su escrito.

1848.– La corte del Imperio vaticano tuvo conocimiento de que el escocés James Young Simpson, el año anterior, había utilizado el cloroformo como anestesia para mitigar el dolor en las operación. El papa se opuso a su empleo, por considerarlo impío e ir en contra del castigo bíblico, y pidió la cabeza de Simpson.

1854.– El 8 de diciembre, Pío IX, siguiendo la exposición del jesuita Juan Perrone, confirmó a María, la madre del protagonista de las *Biografía nicenas de Jesús*, inmaculada en su concepción y lo

declaró artículo de fe, apropiándose, del papel reservado a los concilios ecuménicos hasta entonces.

1856.– El día 26 de Julio, Pío IX, condena y declara nulas las leyes españolas que imponían la libertad de cultos.

1860.– El cardenal Geissel, aleccionado por los jesuitas, organizó un sínodo en Colonia con el fin de pedir a obispos y cleros que mentalizaran a los fieles con la idea de la infalibilidad del papa.

1864. El 8 de diciembre, Pío IX presentó su carta *Quanta Cura* y el *Syllabus*; ambas eran obra de los jesuitas. La mayoría de los obispos aceptaron las imposiciones del papa como si fueran del mismo Cristo.

1868.– El día 22 de junio, el papa Pío IX maldijo la Constitución austriaca, a la que "... en nombre de nuestra autoridad apostólica, rechazamos y condenamos de una manera general..."

1870.– El 6 de enero, Pío IX pronuncia, en el concilio Vaticano I, la profesión de fe. Por este acto, el mismo desaprobaba, con dicha declaración, el dogma de la inmaculada concepción que el mismo había proclamado el 8 de diciembre de 1854. A juzgar por los hechos, y a pesar de su infalibilidad, que pronto declararía oficialmente el concilio Vaticano I, no se había dado cuenta del conflicto en que se había sumergido por su prepotencia y fatuidad y la adulación jesuítica.

El día 18 de julio Ferretti hace proclamar al concilio Vaticano I la infalibilidad papal. Nadie se atrevió a mencionar los decretos del concilio de Constanza y Basilea, y quienes lo pretendieron no pudieron hacerlo.

1875.– Las autoridades de la Universidad judeocatólica de Vanderbilt, Usa, expulsan de la misma al profesor de geología Alejandro Winchell. La razón no oficial fue que Winchell había afirmado que la antigüedad del hombre superaba los años que ofrecía la *Biblia*.

1877.– James Constantino publica *El darwinismo o el hombre mono*, ridiculizando la teoría de la evolución y a Darwin. Pío IX, complacido con dicha publicación, nombró a James oficial de la Orden de San Silvestre. Cuando el mismo autor publicó *El hombre del Génesis comparado con el hombre mono, o la educación religiosa opuesta a la educación atea*, en la que seguía tirando por los suelos todos los descubrimientos científicos realizados hasta el momento, el papa y el arzobispo de París dieron las gracias al autor en nombre de la ciencia y de la religión.

1881.– Muere el obispo francés Luis Gastón Adrian Segur, nacido en 1820. Tras la publicación del *Origen de las especies* de Darwin, con el beneplácito del papa romano, afirmó que una doctrina tan infame –la evolución– tiene por padre el orgullo, por madre la impureza y por hijo las revoluciones. Viene del infierno y al infierno vuelve, arrastrando consigo a los miserables que no se sonrojan al aceptarlas y proclamarlas.

1883.– El obispo español Urquinaona y Bidot, portavoz de la palabra del papa romano León XIII, declaró falsa, impía y escandalosa la idea de la evolución expuesta por Darwin y defendida en España por el Médico Chil y Naranjo.

1886.– Monseñor Haussmann, en Wandelburg, condena, con el visto bueno del papa León XIII, a quienes tenían por mitos las afirmaciones de la *Biblia* y negaban la existencia de la estatua de sal en que se había convertido la mujer de Lot, según dicho relato.

1902.– Muere Christoph Ernst Luthardt, profesor de teología judeocatólica papista en Leipzig. Afirmó, tras las publicaciones de Darwin, que la doctrina evolucionista estaban en contradicción abierta con la *Biblia* y la teología papista.

ANEXO SÉPTIMO

LA ESCALADA HACIA EL IMPERIO FINAL (Sección Doctrinal y Jurídica)

La conquista del poder supremo por los obispos de Roma, que se manifestó, de un modo inequívoco, en el pulso, en Canossa, entre Hildebrando de Soana, Gregorio VII, y el emperador Enrique IV, constituyó una escalada que dejó un torrente de guerras, destrucción y muertes a su paso. Perdida entre las brumas queda, oficialmente, sus orígenes. Se inicia, oficialmente, con Constantino el Grande, en el año 311, y se culmina con la creación del Estado de la ciudad del Vaticano (1929), sede del Imperio Vaticano, tras el trauma que supuso ese cambio de piel que fue la caída de los Estados Papales, en tiempos de Juan María Mastai-Ferretti (1846–1878).

Los hitos de esta ascensión, son innumerables; algunos son evidentes, otros no lo son tanto, pero todos contribuyeron a elevar hasta la cumbre del poder político y económico mundial a sus jerarcas, reyes o emperadores tiaralizados, los obispos o papas de Roma, al amparo de sus declaraciones bíblicas, evangélicas y patrísticas, declaraciones que ocultan un teoparasitismo infinito sazonado por una teohipocresía y un teocinismo de igual calibre. Entre los escalones de esta ascensión, y dejando a un lado los conflictos armados y sus víctimas, tema de otro apartado, se encuentran los siguientes:

- Se inicia la falsificación de toda la historia del judeocatolicismo, y la carrera hacia la autoridad máxima del mismo, haciendo que uno de los seguidores del protagonista de las *Biografías nicenas de Jesús*, Pedro, acuda a Roma, hecho inaceptable y, sobre todo, imposible. Pedro no deja de ser un ser mítico, que no tiene ninguna necesidad de viajar a Roma cuando su supuesto maestro le ha dicho que la generación que lo contempla verá el fin del mundo y asistirá, con sus ojos, a la llegada del juicio final. A Pedro se lo obliga a morir en la capital del imperio para justificar la creación de una iglesia que, por las mismas palabras de Jesús, ninguno de los escritores de sus biografías había pensado construir porque no tenía sentido alguno hacerlo.
- Los jerarcas del Imperio Vaticano insisten en afirmar que antes de que finalice el siglo segundo, se han escrito varios textos, atribuidos a los supuestos seguidores de Jesús y judeocatólicos posteriores. Entre estos escritos se señalan la *Didaché*, que se afirma pertenece al siglo I, y que se la conoce como *Doctrina de los doce apóstoles*; siete epístolas atribuidas al Ignacio de Antioquía y el libro denominado *Pastor de Hermas*. (En realidad, a juzgar por lo que afirma Manuel Aragonés Virgilio, autor de *Historia del Pontificado*; Bar-

celona, 1945, *Pastor* sería el nombre de una obra del hermano del papa Pío I, llamado Hermas). Es difícil aceptar la existencia de tales libros, cuando su base y fundamento, su justificación, echa por los suelos tales pretensiones. Los Evangelios, antes de justificar a nadie, deben demostrar la autoridad que los asiste, y, ante las pruebas que se ofrecen, puede pensarse que los textos canónicos evangélicos son posteriores a los libros y personajes citados, que se quieren apoyar en ellos.

- El concilio de Elvira, Granada, celebrado en el año 300 o 309, fue citado, a lo largo de los siglos, como uno de los concilios que ya, en los tiempos míticos del judeocatolicismo filorromano imperial, exigía el celibato de los sacerdotes o hechiceros cristológicos. La afirmación se apoyaría, sobre todo, en el canon 27, que afirma que "El obispo, y todo clérigo no puede tener en su casa ninguna mujer extraña, sino hermana, o hija consagrada a dios", y en el canon 33 que recuerda "Establecióse una prohibición general de los obispos, presbíteros, diáconos y subdiáconos, que ejercen sus ministerios, sobre que se abstengan del uso con sus mujeres, (con quienes estaban casados antes de entrar en el ministerio de la iglesia) y el que falte a esta ley, sea excluido del honor." El análisis de los textos conservados, tiró por los suelos esa afirmación, a todas luces falsa, pero no borró la importancia que tuvo para la imposición del celibato.
- Constantino publica, en el año 311, el edicto de Milán, por el que reconocía al cristianismo como religión del Imperio.
- El concilio de Nicea, celebrado, según todas las crónicas, en el año 325, y que fue convocado por Constantino, señala cuáles serán, en lo sucesivo, las cuatro *Biografías de Jesús* pertenecientes a la

ortodoxia y los cánones. Estas biografías, junto a los *Hechos*, las *Cartas* y el *Apocalipsis* llevan en este momento el nombre de *Buena Nueva* o *Evangelios*. Hasta la convocación del concilio, el número de *Biografías de Jesús* que pululan por calles, pueblos y ciudades, son incontables. En Nicea se presentaron algo más de cincuenta, tras una selección en la que se eliminó una cantidad ingente de textos. Las leyendas echadas a rodar por la corte del Imperio Vaticano afirman que la selección de los cuatro se debió a un milagro; la historia asegura que se escogieron cuatro porque eran cuatro los puntos cardinales; la razón considera que, ante las muestras canónicas, los que se despreciaron debían de ser bochornosos hasta la náusea. No habiendo ninguna texto de los originales aprobados, es imposible saber cuáles fueron los escogidos por aquellos sesudos teolumberas del absurdo cuando conectaron con su Espíritu Santo. En ese cóctel de maravillas que componen la *Buena Nueva*, la crítica actual considera falsos

- no poseen la antigüedad que se les quiere dar- los *Hechos de los Apóstoles*, el *Apocalipsis*, la *Biografía de Jesús* de Juan, las dos *Epístolas de Pedro*, la de los *Hebreos* y varias más.
- El sínodo de Arlés, del año 353, en el que participaron únicamente obispos de Occidente, señala que, en lo sucesivo, Roma será el punto de referencia de las iglesias latinas, mientras que Constantinopla lo será de las iglesias griegas.
- Nace Agustín de Hipona (año 354). Sus doctrinas y opiniones, influirán profundamente en el desarrollo del credo judeocatólico filorromano imperial, y condicionarán, a lo largo de los siglos, las creencias dogmáticas de esta nueva secta judía. Será uno de tantos hom-

- bres que denigren las relaciones entre hombre y mujer y, sobre todo, haga de la mujer la ocasión de pecar para el hombre. Se opondrá a la presencia de la mujer en los templos y su proximidad a los sacerdotes. Es el primero que, de un modo franco y abierto, reconoce que la autoridad de la "Iglesia" está por encima de los textos evangélicos. "no creería ni en la *Biblia* ni en los *Evangelios*, viene a decir, si la iglesia no me lo mandare." Esta afirmación, tantas veces citada por los apologetas del papismo, puede tener una versión totalmente diferente a la dada hasta ahora, y es la de que, Agustín, conociendo la historia de la Iglesia, sabe que ella fue la fuente y la autora de los evangelios, y no a la inversa, es decir, primero fue la Iglesia, luego los Evangelios y luego Jesús, lo que por otra parte no tiene nada de sorprendente, pues es lo que afirma la lógica, los documentos y la historia.
- El mítico San Antonio, muere en su retiro del monte Quelzoûn, al sur de Alejandría, en el año 356. Deja tras él una organización de anacoretas, los Antonianos, que tratarán de seguir su estilo de vida. Se dice de él que fue uno de los que más combatieron a los Arrianos y ayudaron a establecer el credo de la ortodoxia que domina en la actualidad dentro del judeocatolicismo papista. La vida de anacoreta, que las sectas judeocatólicas cristológicas fomentaron, estaba inspirada en el eremitismo judío y los anacoretas de la idolatría yahvídico semita. Se justificaba en el deseo de ganarse el denominado reino de los cielos del que hablan los Evangelios, y que estaba al caer, según dicen tales textos. La falsedad de las palabras atribuidas al protagonista evangélico sobre el inmediato fin del mundo terminará por quitar todo atractivo a esta forma de vida.
 - Dámaso (366–384) se declara pontífice máximo. Es el primer obispo de Roma que lo hace.
 - Muere, en el año 379, el llamado Basilio el Grande, obispo de Cesarea. Se considera uno de los padres de la vida ascética, cuyo desarrollo organizó. Tuvo un grupo de seguidores, los Basiliianos, que siguieron su ejemplo y enseñanzas. A pesar del atractivo del sadomasoquismo consagrado que encierra este estilo de vida, dejará de tener adeptos cuando se adviere que las palabras del Jesús evangélico sobre la próxima llegada del juicio final son pura mentira.
 - Teodosio el Grande (379–395) hace del judeocatolicismo filorromano imperial la única religión del Imperio. Pide a Graciano, emperador de Oriente, que proclame al obispo de Roma suprema autoridad de todas las iglesias de Occidente.
 - El emperador Graciano (375–383) promulga un decreto, en el año 378, por el que declara el obispado de Roma superior a todos los de las iglesias de Occidente. Ordena al vicario de Roma, Aquilino, que todas las causas de los obispos occidentales las resuelva el obispo de Roma o un colegio de 15 obispos vecinos. Siendo más fácil acudir a Roma que reunir a 15 obispos y ponerlos de acuerdo, se termina acudiendo a Roma.
 - Graciano promulga un decreto prohibiendo la herejía y declarando una fe única, la de Nicea. Teodosio lo imitó y, a partir de entonces, el judeocatolicismo niceno sería obligatorio en todo el Imperio bajo pena de muerte.
 - La existencia de dos bloques políticos, el Imperio de Occidente y el de Oriente divide al judeocatolicismo filorromano imperial triunfante en dos bloques: las iglesias orientales (griegas) y las occidentales (latinas).

- La caída del Imperio Romano de Occidente con las invasiones bárbaras (405)
 - Roma sería conquistada en junio del año 410, por los visigodos-, hace que los señores y autoridades huyan y dejen Roma sin poder ni autoridad civil, lo que aprovecharán sus obispos para tomar el poder.
- Muere, en Belén, en el año 419 o 420 Jerónimo, considerado doctor de la secta judeocatólica universal. Fue otro de los personajes que consideraban a la mujer como encarnación de Satanás y un peligro para el Hombre. En esta doctrina, defendida también por Agustín de Hipona, se fundarán todos los argumentos contra las manifestaciones sexuales de los sacerdotes y la prohibición, en el judeocatolicismo papista, del matrimonio para los mismos. Los defensores de la castidad, y no solamente de la castidad sacerdotal, mantienen vigente el lema "cualquier relación sexual es pecaminosa" (*omnis coitus inmundus est*), y que el sacerdote no puede celebrar el sagrado misterio de la misa, actualización del sacrificio doloroso de la cruz, después de haberse entregado a la mujer buscando los placeres de la carne.
- Muere, en el año 430, Agustín de Hipona o de Sagasta, al que los jerarcas de la secta judeocristológica papista declararían doctor de la Iglesia. Poco después de su muerte hace su aparición la organización de los Canónigos Regulares de San Agustín, agrupación que afirma seguir la doctrina de A. de Hipona. Su finalidad, como la de la gran mayoría de las logias que se formarán en el futuro, será, aunque se abuse de los eufemismos para designarla, el imperialismo religioso.
- Las invasiones bárbaras, en el norte de África, que se desarrollaron del año 429 al 439, terminaron con la oposición de las iglesias africanas a Roma. La lucha por el poder eclesial se desarrollará entre el patriarca de Constantinopla y el obispo de la antigua ciudad imperial.
- Las invasiones islámicas en Oriente y el norte de África, que terminan con los patriarcados de Jerusalén, Antioquía y Alejandría, estrangulan a Constantinopla, que no podrá ocuparse de los intereses imperiales en Occidente, lo que deja paso libre al obispado de Roma para encumbrarse sobre los demás obispados.
- La situación política hace que los obispos occidentales, salvo el de Roma, sean vasallos de los reyes invasores y dependan de ellos; su libertad coartada, no podrán defenderse de los intentos del obispo romano por colocarse por encima de todas las diócesis.
- Los obispos de Roma, a la sombra de los emperadores de Oriente y Ravenna, buscan la independencia absoluta, aunque tengan, en ocasiones, que ser confirmados por ellos. También quedan lejos de los reinos francos y germanos, por lo que su autonomía se va estableciendo cada vez más firme, mientras juegan con los intereses de los invasores y los imperio. Esta independencia hará que los obispos occidentales se agrupen a su alrededor, con el fin de buscar protección.
- En la lucha por la primacía entre Constantinopla y Roma, los obispos de la antigua ciudad imperial gozan de mayor autonomía, pues los mismos emperadores, los verdaderos pontífices máximos de la iglesia universal, que no hacen otra cosa más que pontificar, agarrotan a los patriarcas de Constantinopla, que verán disminuir su poder real mientras crece el del obispo de Roma.
- El obispo de Roma Gelasio I (492-496) escribe, en el año 495, una decretal

señalando cuáles eran las sedes más antiguas y su orden jerárquico. Roma, para él, era la primera, y así lo manifiesta. Constantinopla, a pesar del emperador, era la última llegada.

- Benito de Nursia, en el año 529, crea la abadía de Monte Casino, cuna de la Orden Benedictina. Será la primera logia religiosa en Occidente que promueva la centralización del poder eclesial en las manos del obispo de Roma. Las abadías, que en ocasiones se instalarán en lugares en donde no existe obispado alguno, gozaron por este hecho de una independencia absoluta, no estando sujetas a ningún obispado, ni siquiera al de Roma. Esta es la razón por la que se las denominó *abadia nullius diocesis*, para indicar que no dependían de ningún obispo. Como la logia benedictina estaba constituida, en sus orígenes, por una federación de abadías, debieron darse varias reformas en la misma antes de que las abadías quedaran supeeditadas a los superiores generales de las logias reformadas. Gracias a la centralización del poder terminarán sujetándose a la obediencia de los obispos de la ciudad de Roma. Son varios los obispos romanos que brotaron de las filas benedictinas.
- El obispo de Túnez, Víctor, en uno de sus trabajos, *Chronica*, escrito en el siglo VI, denuncia y manifiesta que Anastasio, emperador de Oriente (491–518) había mandado corregir los textos evangélicos por las memeces que habían escrito en ellos sus autores.
- El obispo de Roma Pelagio el Romano (Pelayo), más conocido como Pelagio I (556–561), nada más colocarse a la cabeza de la diócesis comenzó a enviar carretas de reliquias –objetos y fiambres de muertos– al rey Childeberto, con el fin de que las utilizara en su imperialismo religioso y las depositara en templos y capillas para atraerse a los fieles con la supuesta milagrería que se les atribuía. En este mismo siglo VI, el emperador Justiniano había convertido su palacio en un depósito de fiambres de los supuestos santos del judeo-catolicismo filorromano imperial.
- Isidoro de Sevilla (560–636), define la función de los reyes como una obligación para difundir, por la fuerza de las armas las palabras de los sacerdotes. En palabras llanas vienes a decir, que su obligación es la de dedicarse al imperialismo religioso.
- Gregorio de Anici, papa Gregorio I (590–604) será el primer obispo de Roma que pertenecerá a una logia religiosa, la benedictina, que lo ayudará en sus esfuerzos por elevarse por encima de los demás obispados. Pretenderá imponer el celibato absoluto en el clero, lo que le acarreó no pocas burlas. A pesar de sus esfuerzos y los de sus imitadores, el celibato clerical no pudo imponerse hasta entrado el siglo XIII o más tarde todavía. Es más, la prohibición del matrimonio y su cumplimiento legal definitivo no supuso nunca la continencia de los clérigos, obispos, abades o monjes que, dispusieron siempre de barraganas, amas de llaves, queridas y amantes de toda procedencia, estado y hábito. Lo que sí logró dicha prohibición e imposición fue que el fruto de la sexualidad clerical, en lugar de ser reconocido abiertamente, fuera la mayoría de las veces abortado en condiciones pésimas para la madre –fuese religiosa o no– o asesinado tras su nacimiento.
- En la ciudad de Toledo, España, se celebra el IX concilio de la ciudad, que se inaugura el 2 de noviembre del año 655. El canon décimo de este concilio, dice textualmente: “Que sean esclavos de la Iglesia los que nacieren de Clérigo,

- desde Subdiácono arriba, y los Padres sean castigados según derecho; para ver si así se remedia la incontinencia de los Clérigos" (*Diccionario portátil de los concilios*). Traducción de D. Francisco Pérez Pastor. Por don Joaquín Ibarra, Impresor de cámara de S. M. Madrid, MDCCLXXXII).
- Adeodato el Monje, Adeodato II (672–676), es el primero obispo y rey de Roma que utiliza la expresión *salutem et apostolicam benedictionem*, para firmar sus escritos. Constituye uno de los primeros pasos descarados para establecer la primacía del obispado de Roma sobre los demás obispados, al considerarse heredero único e indiscutible de Pedro y del colegio apostólico. Trató, igualmente, de imponer el celibato en su clero, lo que antes que el había hecho, entre otros, Gregorio de Anici, Gregorio I.
 - En el año 726, el obispo de Roma Gregorio II (715–731), se opone al emperador León III el Isáurico, cuando éste ordena la destrucción de las imágenes y el pago de los impuestos. El representante del emperador en Ravena no tiene fuerzas para reprimir la rebelión y los enviados del emperador son masacrados por el obispo de la antigua ciudad imperial y sus partidarios. Gregorio ha demostrado su fuerza y ambición. El emperador confisca las propiedades romanas, pero Gregorio II se alía con los lombardos, que derrotan a los bizantinos y se apoderan de las posesiones del emperador en Ravena y otros lugares. Los territorios robados al emperador, ahora en manos del obispo de Roma, gracias a los lombardos, constituirán la raíz y origen de los Estados Papales.
 - Pipino el Breve (715–768), padre de Carlomagno, entregó al obispo de Roma el exarcado de Ravena, y lo convirtió en rey de dichos territorios.
 - Pablo el Diácono, obispo y rey de Roma más conocido como pontífice Pablo I (757–767), envía, en el año 758, una espada a Pipinio (Pipino). El significado que en la curia romana se da a ese regalo era que el emperador recibía la fuerza del papa de Roma y, por lo tanto, debía defenderlo y ponerla a su servicio.
 - León de Arrupio, León III, obispo y rey de Roma y de los recién inaugurados Estados Papales, por la gracia de Pipino el Breve, en la navidad del año 800, corona emperador a Carlomagno. Al hacerlo, usurpa un poder que no tenía. Al mismo tiempo creará un precedente, pues sus sucesores podrán afirmar que el papado romano está por encima de los emperadores, a los cuales ha coronado. A pesar de todo, el acto en sí no fue más que una ceremonia realizada en un templo, importante, pero carente de "liturgia" y solemnidad.
 - Esteban de Marino, papa Esteban IV Bis, (816–817), el mismo año en que se ciñe la tiara, se dirige a Reims, con el fin de coronar al hijo de Carlomagno, Luis I. El pontífice ofreció a Luis una corona, que según decía, había pertenecido a Constantino (lo que no era cierto). Con ese regalo, hacía del nuevo emperador un sucesor de Constantino. La celebración, en Reims, constó de dos partes: la coronación, de origen bizantino, y la unción, de origen bárbaro. El hecho, pues, constituía un acto teopolítico cien por cien, que tendrá su importancia sobre todo para el papado, que se situará por encima de los emperadores, a los que se digna coronar.
 - Se organizan, en Francia, a partir del año 816, varios concilios o sínodos entre el alto clero francés, el único estamento que posee una cultura digna de ese nombre. El movimiento intelectual, en el siglo IX, anteriores

- y posteriores, está localizado exclusivamente en los círculos del alto clero. No hay laicos cultos. Esta es la razón por la que los consejeros reales son siempre eclesiásticos.
- Lotario I, nieto de Carlomagno e hijo de Luis I, estando en Italia, en el año 823, acude a Roma para ser coronado emperador de los romanos por el obispo y rey de Roma Pascual Massimi, papa Pascual I. Durante la coronación, de un ritual sobrecargado y puntillito, el emperador, coronado y ungido, recibió una espada del obispo de Roma. El significado estaba claro: El papa hacía del emperador su brazo armado, con lo cual éste recibía su poder del papa y a él estaba sujeto.
 - El sínodo de Roma del año 826, presidido por el obispo y rey de la ciudad, mantiene la vieja doctrina de que “el adulterio de la esposa es un motivo válido para divorciarse de ella, pudiendo el esposo contraer nuevas nupcias posteriormente. Años después, este decreto se invalidará con los decretos de otros sínodos.
 - Los concilios de París, convocados en el siglo IX, utilizan para defender los intereses de la hierocracia romana, palabras que se atribuyen falsamente a Constantino el Grande. Entre otras, citan las siguientes refiriéndose a los obispos: “Dios os ha dado poder en la tierra para juzgar, y por lo tanto debemos, en justicia, ser juzgados por vosotros; pero vosotros jamás podréis ser juzgados por nosotros.”
 - En el año 840 muere Agobardo, arzobispo de Lyon. Fue uno de los personajes más ilustrados de su tiempo. Condenó los duelos, las pruebas de la verdad del agua y del fuego, y escribió un tratado entero para demostrar que las brujas no eran las que provocaban las tormentas. Afirmó, entre otras cosas, que la espada que ofrecían los obispos de Roma a los emperadores del Sacro Imperio era para que fueran empleadas en la conquista de los pueblos “bárbaros”, y para someterlos al dios verdadero. En palabras castizas, la declaración del arzobispo afirmaba que la espada debía emplearse para ejercer el imperialismo religioso en nombre del papa.
 - Anastasio de Arsenio (A. el Bibliotecario), que alcanzó el trono romano en el año 855, y tuvo que renunciar a él un mes más tarde, afirmaba, en el año 860, que el obispo de Roma era el vicario de Dios en la Tierra y el portero del Cielo.
 - Lotario pide a León el Romano, Pontífice León IV, que corone a su hijo Luis II. El papa romano coronó y ungió a Luis, dando a entender que le ofrecía la posibilidad de defenderlo. Luis II, haciendo honor a su nueva condición, se atreverá a escribir al emperador de Oriente, en el año 871, diciéndole que había recibido de la sede apostólica romana la autoridad de su poder, idea que trataron de imponer siempre los papas de la ciudad imperial.
 - Los siglos IX, X y sucesivos, los obispos de Roma y el teofuncionariado mitraado, el único culto, se lanzarán a una fabricación sistemática de documentos falsos. Los principales centros de falsificación se encuentran en Reims y en Mainz. La finalidad de estas falsificaciones, efectuadas en verdaderos talleres de fraudes, es apoyar la ideología hierocrática del obispado romano y la supremacía absoluta de su titular, revistiéndola de una pátina de antigüedad. Los fraudes, engaños y mentiras que se acuñan en tales documentos fueron antes echados a rodar oralmente por la curia y corte romana con el fin de mentalizar a sus fieles y conseguir que calaran en la sociedad.

- Consigue el obispado de la ciudad del Tíber León el Romano, pontífice León IV (847–855). Fue uno de los obispos de la antigua ciudad imperial que no tuvieron escrúpulo alguno en fomentar el tráfico de fiambres de supuestos santos para venderlos como reliquias a precio de oro. Este augusto personaje vació los cementerios de residuos óseos y de momias con el fin de llenar las arcas del Vaticano con el producto de su venta. La curia romana era la encargada de etiquetar los fiambres y garantizar su procedencia, y facturarlos tras el pago de las facturas. Quienes quisieran competir con el papado en este tráfico de supuestas reliquias, corrían peligro de ser torturados y mutilados por competencia desleal.
- En torno al año 850 aparecen las falsificaciones y fraudes conocidos como *Hispania Augustodonensis*, los *Capitula Agilrami*, la *Capitularia de Benedicto Levita* y las *Decretales del Falso Isidoro Mercatore*. Todos dirigidos a colocar por encima de reyes, obispos y concilios, a los obispos de Roma, que era quienes, en el fondo, auspiciaban, ordenaban y se servían de tales fraudes y falsedades. Los textos falsos conocidos con el nombre de *Colección de Benedicto Levita* –tan falso el nombre como el contenido– brotó de los centro de falsificación de Mainz o sus alrededores. Esta colección cita nada menos que 1721 decretos y leyes en total, de los cuales sólo unos 400 eran auténticos. Estas falsificaciones ocuparon el segundo lugar, en orden de importancia, tras las del *Falso-Isidoro*. El tercer lugar, en cuanto a importancia de las falsificaciones dedicadas a hacer del obispo de Roma un teogólatra celestial y omnipotente en la Tierra, lo merecen unos supuestos escritos de Adriano Colonna, pontífice Adriano I (772–795) dirigidos al obispo de Agilram, en el año 785.
- En diciembre del año 850 tiene lugar un concilio en Pavía, que emitió XXV cánones. Impone que las personas anatematizadas –los hombres– “... no puedan llevar armas, ni juzgar causas, ni ejercer ninguna función pública, ni hallarse en las asambleas, ni hacer visitas...” La hierocracia es la política de la realeza, que acepta los dictámenes de los eclesiásticos y el obispo de Roma. No hay leyes civiles; todas son clericales o inspiradas por ellos, pues el clero alto es el único que tiene la cultura suficiente para dictarlas e imponerlas. Y, aunque las leyes civiles existan, son nulas en el terreno eclesiástico o cuando se enfrentan al derecho canónico.
- En el año 855 aparece una de las falsificaciones mayores fabricada por el papado romano para su beneficio propio. Se trata de los escritos del *Seudo-Isidoro*, fabricados pretendiendo seguir el estilo y modelo de Isidoro de Sevilla. Esta falsificación y fraude presentaba documentos de los obispos de Roma y los decretos sinodales como si hubieran sido confeccionados por los sucesores inmediatos de los apóstoles. Abarcaban un periodo que iba desde los tiempos apostólicos hasta el principado de Silvestre el Romano, pontífice Silvestre I (314–335), falsificaciones que se descubrirían en el siglo X. A pesar de que el fraude y el engaño organizado por los papas romanos y sus esbirros fueron descubiertos, los decretos y cánones se siguieron utilizando, como si fueran auténticos, en los siglos posteriores, ya que constituían una mina para los intereses de la curia y corte romana. Encabeza los escritos la supuesta carta que el papa Clemente I había escrito al apóstol Santiago a Jerusalén. Carta que sería ampliada

posteriormente con varias páginas más por falsificadores más modernos y entusiastas. Un tema recurrente en tales falsificaciones y fraudes, y en otros del mismo tenor, y siempre a beneficio de la gloria del obispo romano, era el de afirmar que jamás los concilios estuvieron capacitados para dictar decretos vinculantes si no estaban presididos por el obispo de Roma, lo que significaba una grosera mentira. El punto más importante era, lógicamente, la falsa donación de Constantino, que se justificaba con todo tipo de pruebas. Junto con la *Biblia* y los *Evangelios*, el *Falso-Isidoro* fue el libro más utilizado por la curia Romana para establecer su poderío sobre reyes, obispos, y concilios. La colección completa de esta falsificación pasó al derecho canónico, tal cual, en todos las diócesis del papismo. Con dichos fraudes en la mano, los autores y turiferarios del papado romano establecieron el sistema político de la hierocracia papista romana y las bases legales del futuro Imperio Vaticano. La otra cara de la moneda que tuvieron las falsificaciones de los papas romano fue la de establecer la idea de que los reyes y príncipes lo eran por la gracia de dios (se supone que Yahvé-Cristo-Espíritu Santo, dioses del judeocatolicismo papista), y para mantener la minoría legal de los pueblos, afirmando que la mujer y el hombre no tenían capacidad para gobernarse por sí mismos y que necesitaban la guía y el cuidado permanente del clero y del rey. Las falsificaciones de *Pseudo-Isidoro* pasaron en bloque a los *Decretos de Graciano* (*Decretum Gratiani*).

- Nicolás el Patricio, más conocido como papa Nicolás I (858-867), defensor compulsivo de la supremacía del obispo de Roma, llevado por su orgullo y el oportunismo político, excomulga

al patriarca de Constantinopla Focio, convirtiéndolo en un hereje. Nicolás fue el primer obispo romano en utilizar las falsificaciones del *Pseudo-Isidoro* para fortalecer su obispado y encumbrarse por en cima de los reyes y de otros obispos. Sus sucesores, a pesar de que en el siglo X se descubrió la falsedad de tales decretales, siguieron utilizando dichas falsificaciones afirmando que no lo eran. Nicolás aseguró rotundamente, que los papas de Roma habían sido establecidos como príncipes del mundo entero. Y que el supremo poder jurisdiccional corresponde al papa romano, cuyos decretos eran obligatorios para todos los cristianos, pues era el heredero universal de San Pedro. Con la soberanía universal como disculpa, exigió de príncipes y reyes el exterminio de todas las personas consideradas herejes por él.

- Consigue la ambicionada tiara romana Adriano el Romano, pontífice Adriano II (867-872). No tuvo inconveniente en declarar que Pedro había recibido de Jesús el gobierno de la Iglesia, y que por lo tanto, todas las disposiciones del papado provenían de Cristo, al que representaba.
- El emperador del Sacro Imperio Romano, Carlos el Gordo, fue coronado, en el año 881 por Juan el Longobardo, pontífice Juan VIII Bis. Juan recordó al emperador que era coronado por "privilegio de la Sede Apostólica."
- En el siglo IX se estableció una de las bases que daría lugar a la denominada Querrela de las Investiduras, y que tanta sangre derramó, debido a las guerras civiles cristológicas que organizó el obispo de Roma en su carrera hacia la soberanía absoluta. En Germania era natural que los señores construyeran los templos judeocatólicos y designaran a un clérigo para regirlos. Estos templos eran llamados Iglesias

Pertenecientes. Siendo un medio rural, la importación del templo era muy limitada, puesto que aldeas y pueblos eran pequeños. Pero cuando la población fue creciendo, y los hombres se agruparon en torno a dichos templos, la importancia del clérigo aumentó, sobre todo cuando tales templos y aldeanos se convertían en obispados o sede de los obispos, o bien cuando las construcciones podían albergar a varios hombres. Los nobles, en este caso los emperadores germanos, quisieron mantener los privilegios que se derivaban de este hecho, pero el poder de los obispos y sobre todo el poder de los obispos romanos había crecido lo suficiente como para atreverse a luchar contra ese derecho adquirido. El obispo de Roma, que desde hacía siglos venía luchando por colocarse por encima de los demás obispos de todo el judeocatolicismo y aun de los mismos reyes y emperadores, luchaba, y desde hacía siglos también, por conseguir que la elección de cualquier obispo se debiera a él mismo y a su sagrada voluntad. Su ambición y prepotencia chocaron siempre con los derechos de los emperadores, que no deseaban renunciar a ellos. Tras innumerables excomuniones, enfrentamientos, víctimas, guerras y ríos de sangre provocados por la teogolatría papal, el conflicto se terminó con la paz de Worms, en el año 1122.

- En la logia benedictina se opera, en el año 910 una revolución sorprendente. El monje Benedicto Bernon, que está convencido de que el monaquismo llevado hasta entonces no es el que conviene en la actualidad –a las puertas del milenio, sin perspectiva de ese fin del mundo que los *Evangelios* habían anunciado y que el teofuncionariado cristológico posponía siempre para no negarlo– funda, con el duque Guiller-

mo de Aquitania, la abadía de Cluny, en Borgoña. En contra de lo que era habitual entre las abadías benedictinas, que conformaban una federación, Cluny constituye una logia jerárquica, en donde todas las abadías están sujetas a un superior general, independientes todas ellas de la autoridad de los obispos locales, y que solo obedecen al papa a través de ese superior. El sistema jerárquico que establecen Bernón y Guillermo de Aquitania se refleja en Roma, por un deseo cada vez más fuerte y compulsivo de centralizar el poder del judeocatolicismo occidental –el oriental es irreductible– en la figura de una autoridad única, la del obispo de Roma, que encuentra en los cluniacenses, como había encontrado, cuatro siglos antes, en sus padres los benedictinos, una ayuda inapreciable para sus ambiciones. El afán de riquezas y poder que demostraron los superiores y abades sujetos a la obediencia de Cluny, se armonizaba fielmente con la codicia áurica y de poder de los obispos romanos, de ahí el atractivo que tuvo desde el primer momento y su gran desarrollo.

- El siglo XI es considerado el siglo de oro de las falsificaciones fraguadas por el obispado romano y sus teoturiferarios compulsivos. En Reims, en Mainz, en Bolonia, en París, en Roma y en otros puntos de la geografía europea, las cancillerías clericales forjan decretos y más decretos, leyes y más leyes, que pretenden ser escritos por los apóstoles si no el mismo Cristo. Y tales falsificaciones están destinadas siempre a ensalzar el papel del obispado romano. En conjunto tales falsificaciones demostraban que lo que decía el obispo romano de turno ya lo habían dicho sus predecesores siglos atrás o el mismo Jesús o Yahvé. La falsificación

- hacía que un decreto nuevo, escrito en un viejo pergamino, que aparecían en los archivos papales siempre que la necesidad lo requiera, se convirtiera en una costumbre admitida desde hacía siglos por la sacrosanta tradición. Entre las falsificaciones que aparecen en este siglo existe una en que se atribuye al papa Zósimo, en el año 420, el primado de Roma y la infalibilidad.
- En el año 1012 hacen su aparición, en Italia, la logia de los Camaldulenses. Tres años más tarde lo hacen los Valombrosianos, también en Italia. Ambas tienen como objetivo principal el fortalecimiento del sistema papal romano.
 - En agosto del año 1020, el obispo y rey de Roma Teofilacto Tusculano, papa Benedicto VIII, ante el concilio reunido en Pavía "... se quejó en el de la vida licenciosa del Clero. Expuso que deshonoraba a la Iglesia, y que disipaba los grandes bienes que había recibido de la liberalidad de los Príncipes, empleándolos en mantener mujeres y enriquecer sus hijos: hizo ver que los Clérigos están obligados a la continencia ..." (*Dic. Portátil de los Concilios*). El papa Benedicto VIII, señala en este concilio, con una ingenuidad encantadora, una de las razones más importantes para impedir que los sacerdotes se casen y tengan hijos. Los matrimonios de los sacerdotes o hechiceros católicos impiden la concentración de riquezas –el poder y autoridad– en manos de la "Iglesia" y, por lo tanto, en manos del papado y la nomenclatura cardenalicia y obispal. Impiden el establecimiento de una iglesia piramidal y un papado dictatorial y absolutista.
 - Con el fin de evitar los matrimonios y aventuras de cama del teofuncionario papista (obispos, abades, presbíteros y monjes), el concilio de Burges del año 1031, prohíbe a los fieles casarse con las hijas de los párrocos.
 - Bruno de Egisheim–Dagsbour, papa León IX (1049–1054), envía unos legados a Constantinopla, pero el orgullo del legado, el cardenal Humberto de Silva Candida, impide todo arreglo y entendimiento; prepotente y chulo excomulga al patriarca Miguel Cerulario, lo que hace la ruptura entre las iglesias de Roma y Constantinopla definitiva.
 - El rey y obispo de Roma Federico de Lorena, papa Esteban IX Bis (1057–1058), convocó varios sínodos en el año 1057, en que se ciñó la tiara imperial. En todos ellos insistió en la necesidad de impedir los matrimonios de los presbíteros y los clérigos. Dos años más tarde, Gerardo de Borgoña, papa Nicolás II (1059–1061), en el sínodo celebrado en abril del año 1059, ordena que los presbíteros y los diáconos guarden la continencia. Quince años más tarde, en el año 1074, Hildebrando de Soana, papa Gregorio VII, ordena que los (sacerdotes) que vivieran en concubinato no pudieran celebrar la misa o servir en el altar para las funciones inferiores. El sínodo de Roma del año 1083, convocado también por Gregorio VII, obliga a los obispos a enseñar las letras en sus templos, y se les prohibió tolerar la incontinencia de los clérigos.
 - En el año 1072, el arzobispo de la ciudad francesa de Rouen, publicó un decreto contra las mujeres y esposas del teofuncionario cristológico. La ira que provocó dicho decreto hizo que las esposas de los párrocos y sacerdotes trataran de lincharlo, lo que provocó la huída precipitada del arzobispo para salvar la vida. El matrimonio, todavía en el siglo XII, era habitual en el clero.
 - En el año 1084, San Bruno funda la orden o logia de los Cartujos, en un

- terreno áspero y duro cerca de Grenoble. Fundamentalmente se dedican a la contemplación, aunque con sus bienes mantienen algunas escuelas. Puede considerarse una de las pocas logias de la secta católica papista que han sufrido los avatares de la historia sin necesidad de cambio alguno en sus constituciones.
- Hildebrando de Soana, H. Aldrobrandesco, obispo de Roma, más conocido como Gregorio VII (1073–1085), publica, en el sínodo de Roma del año 1076, sus *Dictatus papae*, la manifestación de prepotencia y soberbia más descomunal y vergonzosa de todas las que brotaron de las plumas de los obispos de Roma, y no fueron pocas. Se reserva el título de papa, y se coloca por encima de todos los obispos del orbe, de los concilios y de los príncipes, reyes y emperadores.
 - En el año 1077, Hildebrando de Soana, Gregorio VII, en un gesto de teogolatría compulsiva, obliga al emperador de Alemania, Enrique IV, a humillarse ante él y pedirle perdón, junto al castillo de la condesa Matilde de Toscana, en Canossa.
 - Los Cistercienses entran en escena, en el año 1098, fundados por el monje benedictino Roberto, superior de Molesme, que se retiró a Cîteaux con ánimo de seguir las enseñanzas de Benito de Nursia. En contra de lo que se podía esperar, constituye un enfrentamiento con la tendencia de Cluny, y pretende sujetarse a las reglas primigenias que Benito había establecido. Bernardo de Clairvaux fue uno de los hombres más determinantes de este grupo, y que luchó contra viento y marea por fortalecer la autoridad imperial del obispo de Roma y colocar a dicho obispo por encima de todos los obispos del religionismo cristológico.
 - En el año 1099, Gérard, un benedictino de paso por Palestina, funda los Hospitalarios de San–Juan de Jerusalén. El obispado de Roma reconoció esta orden militar en el año 1154. Se dedicaba a la defensa de los intereses del teofuncionariado cristológico en aquellas tierras.
 - Raniero Rainieri, pontífice Pascual II (1099–1118), pretende suavizar las luchas entre el papado de la ciudad de Roma y el Imperio de Oriente, con el fin de colocar a la iglesia en el terreno “espiritual” que le corresponde. Para ello descalifica los enfrentamientos de sus predecesores con el Imperio. La curia y corte romana no se lo permiten. El poder y la ambición han construido el papado romano, y la nomenclatura cardenalicia, que controla la corte, no renunciará a ellos a pesar de los mismos papas.
 - En el año 1118, Hugues de Payns, en Francia, funda la Orden del Temple (Les Templiers). El concilio de Troyes, gracias a Bernardo de Clairvaux la aprobará. Tiene como finalidad la defensa militar del judeocaticismo cristológico.
 - Los príncipes mitrados que se reúnen en el II concilio de Letrán, en el año 1139, al hablar, en el canon 6 del celibato de sus hechiceros o sacerdotes, afirman que éstos son templo de dios, un sagrario, la morada del señor. La tentación de reprimir la sexualidad dentro del papismo, tenía una larga tradición y varios objetivos claros, por los que lucharon, luchaban y lucharían las órdenes monásticas, primero, las mendicantes después, y todas las que se sucedieron: el de hacer más dóciles a los sacerdotes en manos de la jerarquías; el evitar la dispersión y desaparición de los bienes clericales; la estructuración de un sistema piramidal y jerárquico omnipotente, con el obispo

- de Roma a la cabeza, como jefe absoluto y, si posible fuera, como papadiós omnisciente.
- El concilio de Reims, del año 1148 declara nulos los matrimonios de los eclesiásticos constituidos en los ordenes sagrados; declara nulos, igualmente, los matrimonios de los religiosos y religiosas. Estos decretos de este concilio demuestran claramente que todavía, en el siglo XII, era habitual que los teofuncionarios cristológicos papistas se casaran. Pero no solamente era habitual en el siglo XII, sino que lo es todavía en el siglo XVI, ya que el concilio de Trento (1545-1563), insistiendo en la prohibición de los matrimonios de sacerdotes, religiosos y religiosas, ofrece una prueba palpable de su existencia. El obispado romano estaba empeñado en una lucha sin cuartel contra la libertad humana de sus sacerdotes, y no renunciaba a ella, por las pérdidas económicas que suponían, y la autoridad que le restaba. El canón IX de la Sesión XXIV de este concilio dice así “Si alguno dijere que los clérigos ordenados de subdiáconos, o los religiosos, que han hecho voto solemne de castidad, pueden contraer matrimonio, y que es válido el que hubieren celebrado, contra la ley eclesiástica o el voto; que la doctrina opuesta no es otra cosa sino la condenación del matrimonio; y que pueden contraerle todos los que no creen tener el don de la castidad, aunque hayan hecho voto de ella, sea excomulgado; puesto que Dios no la niega a los que debidamente se la piden, ni permite que seamos tentados más allá de nuestras fuerzas.” (*Los sacrosantos ecuménicos concilios de Trento y Vaticano*. Anastasio Machuca Díez; Madrid, 1903).
 - En el año 1158, se funda en la Península Ibérica la orden militar de Calatrava. Tiene como objetivo principal la defensa del religionismo cristológico y la expulsión de los musulmanes de la tierra que los vio nacer y en la que nacieron sus padres e hijos. Cuatro años después, en 1162, se funda, con los mismos objetivos, la orden militar de Evora. En 1175, tiene lugar la creación de la orden militar de Santiago de Compostela. Apenas un año después, en 1176, se funda la orden de Alcántara, también militar y con la finalidad compulsiva de expulsar, como las anteriores, a los musulmanes de su tierra en aras del imperialismo cristológico.
 - Nace, en el año 1194, Santa Clara, que será la fundadora, con Francisco Bernardone (F. de Asís), de la orden o logia femenina de las Clarisas. El grupo sigue las reglas que Francisco impuso a sus seguidores. Entre otras actividades está la de la enseñanza y, como una constante insoslayable en ambos grupos y otros similares, el imperialismo religioso.
 - Varios caballeros alemanes fundan la Orden Teutónica (*Ordo Sanctae Mariae Teutonicarum*), en el año 1197, aunque sus raíces, se afirma, se remontan al año 1143. Se rige por las reglas de San Juan de Jerusalén y las del Temple, y tiene como objetivos la defensa del imperio cristológico.
 - Francisco Bernardone (F. de Asís) funda, en el año 1208, el grupo o logia de los Franciscanos, que será aprobado, por el obispo de Roma en el año 1219. La finalidad de este grupo es la enseñanza y, sobre todo, el imperialismo religioso. Algunos de sus miembros alcanzaron la tiara imperial del obispado romano.
 - Lotario de Segni, Inocencio III Bis (1198–1216), reclama el poder absoluto para el papado de Roma, y afirma “No soy vicario de Pedro, sino de Cris-

- to." Con la mayor inocencia asegura que todos los reinos del mundo son vasallos suyos.
- Aunque la mitología judeocatólica considera que los Carmelitas Descalzos fueron fundados por los personajes bíblicos Elías y Eliseo, el realismo más pragmático afirma que su fundación fue obra de San Alberto, patriarca de Jerusalén, que escribió su regla entre los años 1206 a 1214, para los solitarios del monte Carmelo, cerca de Haifa, Palestina. Las reglas fueron aprobadas por el obispado Romano en el año 1226.
 - Domingo de Guzmán, el día 22 de diciembre del año 1216, consigue que el obispo de Roma Honorio III, en Toulouse, confirme la existencia jurídica y legal de la logia que había creado en el año 1215. La Orden Dominicana o de Predicadores, sería la directora principal de la Santa Inquisición, la policía supranacional al servicio del obispado de Roma.
 - En el año 1245 se convoca un concilio en Lyon. En él, Sinibaldo Fieschi, rey y obispo de Roma más conocido como Inocencio IV, presentó varios legajos de pergamino, supuestas copias de otros originales, para que los obispos reunidos en concilio los firmaran. En tales legajos figuraban todos los supuestos privilegios concedidos a la curia romana y a sus obispos por Constantino, reyes y príncipes. Todos fueron rechazados, con buenas palabras, por los obispos, ya que todos eran falsos. La donación de Constantino (*donatio Constantini*) al papa Silvestre I ponía en manos de los papas de Roma toda Europa occidental, lo que hacía que sus hijos tuvieran que recurrir a la caridad pública al haber perdido la herencia.
 - Hacen su aparición los Agustinos, que se pretenden fundados por Agustín de Hipona y continuadores de la obra de los Canónigos Regulares de San Agustín. Su fundación tuvo lugar en Italia, hacia mediados del siglo XIII. Se dedican a la enseñanza, a la catequesis y al imperialismo religioso.
 - El obispo Jacques de Voragine (Jacques de Varazze) escribe la *Leyenda Dorada*, que da al público en el año 1264. Una recopilación de las vidas de los denominados santos del religionismo cristológico, que servirá como fuente de inspiración para multitud de libros y biografías y de lectura a miles de crédulos. El fervor y el fanatismo que se desprenden de sus páginas provocará las ansias de imitación de numerosos creyentes y justificará el comercio de las supuestas reliquias de tales santos, que se pondrán de moda en los siglos sucesivos. Los obispos o papas de Roma, y con ellos el teofuncionario cristológico, dejan que corran las leyendas como distracción de sus súbditos, cuando no las fomentan con su propia ignorancia o cinismo.
 - El concilio de Burges, iniciado el día 19 de septiembre de 1286, obliga a todos los fieles a confesarse, al menos, una vez al año. No es la primera vez que se ordena, este rendir cuentas de las conciencias. Era el mejor modo de controlar, con las conciencias, las acciones de los creyentes.
 - Benedicto Gaetani, papa Bonifacio VIII (1294–1303), publica la bula *Unam Sanctam*, el día 18 de noviembre de 1302, en la que viene a afirmar que todos los reinos del mundo son suyos.
 - Bertrand de Goth, papa Clemente V (1305–1314), fija su residencia en Aviñón y consigue centralizar todavía más el poder de la iglesia latina en manos del rey y obispo de Roma.
 - Pierre Roger de Baufourt, papa Gregorio XI (1370–1378), devuelve a Roma la sede del papado, y deja establecido

- una amplia red de comunicaciones por las que llegan ingentes cantidades de dinero y riquezas a la curia.
- A la muerte de Pierre Roger de Beaufort, papa Gregorio XI (1370–1378), el pueblo romano exige, violentamente, que el cónclave elija un papa Romano, por lo que fue escogido y consagrado Francesco Tebaldeschi, que, cuando se calmaron los ánimos, se apartó del peligroso trono cristológico. A partir de este instante, se inicia una nueva guerra civil cristológica, un nuevo cisma, que duró hasta 1450.
 - Se convoca el concilio de Pisa, en el año 1409, con el fin de terminar con la guerra civil cristológica –cisma–, que estaba minando la autoridad y credibilidad en el judeocaticismo papista. El concilio, dominado por la nomenclatura cardenalicia, que no estaba dispuesta a perder sus privilegios, no se materializó en nada concreto.
 - Baltasar Cossa, papa Juan XXIII (1410–1417), será el obispo romano de la dinastía de Pisa.
 - En plenas guerras civiles cristológicas, cisma, el papa Juan XXIII convoca el concilio de Constanza auspiciado por el emperador.
 - El concilio de Constanza, que se inauguró el 5 de noviembre de 1414 y se clausuró el día 22 de abril de 1418, “desposeyó” a los obispos de Roma reinantes, que eran tres, y eligió uno nuevo, el cardenal Otón Colonna, papa Martín V (1417–1431). El concilio tenía como finalidad a) terminar con el cisma, b) eliminar las herejías, c) la reforma del clero y de todo el teofuncionariado, lo que no intentó siquiera.
 - Juan Hus, que había sido citado al concilio, y que estaba en posesión de un salvoconducto firmado por el mismo emperador Segismundo, fue asesinado patibularmente –tras ser torturado fue quemado vivo– por el teofuncionario cristológico asistente al concilio, el día 6 de julio de 1415, con un desprecio absoluto hacia las órdenes del emperador. A la indecencia humana y divina, papas, cardenales y obispos, los padres vigentes de la iglesia de Jesucristo, unieron el asesinato infame.
 - Constanza, que había tratado de corregir la corrupción de la corte papal y la de todo el teofuncionariado, no lo logró. También pretendió colocar su propia autoridad por encima de la del obispo de Roma, pero esta espina candente, la rechazó Otón Colonna, en cuanto se vio con la tiara imperial. El emperador Segismundo no quiso insistir, ni los reyes hicieron presión alguna. Si el conciliarismo estaba por encima del obispo de Roma, lo que rechazaban sus pontífices, la otra cara de la moneda que tenía esa declaración era que las asambleas y los parlamentos estaban por encima de los reyes y emperadores, lo que ningún príncipe estaba dispuesto a aceptar. El fracaso de dicho concilio era de esperar, y pronto cayó en el olvido.
 - Tomás Parentucelli, papa Nicolás V Bis (1447–1455) es considerado el primer pontífice del renacimiento. Fue el primero que renunció al escudo familiar y que adoptó las “llaves de San Pedro” como emblema de su reinado y poderío.
 - El Beato Juan Soreth funda, el día 14 de octubre de 1453, en Francia, las Religiosas Carmelitas (L’Ordre de Nôtre-Dame de Mont-Carmel), compuesta de tres grupos: las Descalzas, Calzadas y Terciarias. En las Carmelitas Descalzas ingresó, en el año 1535, la española Teresa de Jesús, conocida, sobre todo, por la confesión de su teoerotismo y la inocencia de sus copulaciones místicas.

- Eneas Silvio Piccolomini, papa Pío II (1458–1464), no tolera a los cardenales, que le recuerdan las decisiones del concilio de Constanza, y les hace ver que el poder en el Imperio Cristológico pertenece al papa y sólo a él. Lo demostró con sus ejércitos y el asesinato de los descontentos.
- Francesco de la Rovere, papa Sixto IV (1471–1484), se considera un papa renacentista. Su despotismo y prepotencia es magistral. Autorizó el establecimiento de la Inquisición en España y nombró al dominico Tomás de Torquemada como inquisidor general. La Inquisición sería el ejército del papado al que se encomendaría la política mafiosa y cloacal –consagrada, para su justificación–, de los papas.
- Rodrigo Borja, papa Alejandro VI (1492–1503), consigue la tiara imperial. Su prepotencia y ambición lo hacen el árbitro de las decisiones mundiales. A él se debe el reparto de las tierras descubiertas y por descubrir de los conquistadores europeos, quienes, al amparo de su imperialismo religioso, masacrarán a los habitantes de América y Asia para robarles riquezas y tierras.
- El siglo XVI, con el desarrollo de la imprenta, verá prohibir la lectura de la *Biblia* y los *Evangelios*. Hasta entonces sólo el alto clero, abades y algunos frailes eran capaces de leer y firmar, lo que había hecho innecesaria esa prohibición. Del siglo XVI al XX, desde el concilio de Trento a Pío IX, más de 12 obispos o papas de Roma prohibieron la lectura de dichos textos. En Trento no sólo se prohibió la lectura de los libros citados, sino que en la sesión del 22 de febrero, de 1562, se leyó una carta del obispo de Roma que dejaba al concilio el cuidado de formar un catálogo de libros prohibidos.
- Giuliano della Rovere, papa Julio II (1503–1521). Condenó los concilios franceses, organizó la Liga de Cambrai para fortalecer su poder y derrotar a los venecianos, y dejó claro que, por encima de él, no había ninguna autoridad ni en la iglesia ni en el inmenso mundo que se abría a las conquistas de los ejércitos cristológicos.
- Juan de Médicis, rey y obispo de Roma, más conocido por León X (1513–1521). Prepotente y orgulloso, dejándose llevar por la fiebre de su teogolatría, inspirado, no tuvo reparo alguno en declararse superior a los concilios. Inició, a escala industrial y mundial, con el obispo Alberto de Maguncia, el fabuloso timo de las indulgencias y ofreció una nueva versión del libro de las *Tasas*, en el que se especificaba el valor de cada pecado y su perdón por el pago correspondiente en dinero.
- Ante los abusos, la inmoralidad y los crímenes de los reyes del Imperio Papista, y, sobre todo, ante la burla escandalosa del fraude y timo de las indulgencias fomentados por el santo padre Juan de Médicis (León X), el obispo de Maguncia y la corte papal, Martín Lutero fijó, el día 31 de octubre de 1517, las 95 tesis que constituían sus protestas en la puerta del templo de la Universidad de Wittemberg. Al Médicis le faltó tiempo para excomulgarlo. El orgullo de León X daría lugar a una nueva ruptura, un nuevo cisma, cargado de guerras civiles cristológicas, en el ya fragmentado judeocatolicismo filorromano imperial. La ruptura de Lutero haría que el papado se atrincherara en la represión a ultranza de sus rebaños y en el centralismo romano más abyecto e implacable. La Inquisición, sería su baluarte más seguro.
- Adriano Florent, papa Adriano VI (1522–1523). Pretendió corregir la co-

- rrupción de la nomenclatura cardenalicia, la inmoralidad y codicia de su teofuncionariado y terminar con el negocio de las indulgencias, controlado por la logia franciscana. No tuvo tiempo alguno. Fue envenenado cuando se empeñaba en esa batalla perdida. Su muerte venía a demostrar que la curia y corte papal era más fuerte que el mismo papa.
- Los sacerdotes o hechiceros Gaetano de Tienne y Juan Pedro Carafa fundan la congregación o logia de los Teatinos, en el año 1524. Tiene como objetivo la enseñanza y el imperialismo cristológico. Pedro Carafa conseguiría la tiara imperial en el año 1555; sería más conocido como pontífice Pablo IV.
 - Mateo de Bascio (Matheo de Bassi) funda, en Italia, en el año 1525, una de las tres ramas más importantes de los Franciscanos. Sus miembros llevan el nombre de capuchinos, y se dedicarán a la predicación, la enseñanza y al imperialismo religioso.
 - En el año 1534, Enrique VIII de Inglaterra, declara la independencia de la iglesia anglicana. El centralismo y la represión de la corte papal se acentúa. El papa pretenderá, por todos los medios, recuperar la colonia inglesa a cualquier precio.
 - Ignacio de Loyola, tras fundar la Compañía de Jesús (Societas Iesu), en el año 1534, consigue que Alejandro Farnesio, rey del Imperio Papista, más conocido como pontífice Pablo III, la aprobara en el año 1540. El decreto papal con la aprobación llevaba el título *Regimini militantis Ecclesiae*. La nueva logia sería, durante largos años y siglos, la ejecutora de la política mafiosa y cloacal de los papas romanos, su defensora a ultranza y uno de los pilares de su imperialismo religioso. Los jesuitas, como se conoce a los miembros de la nueva logia, serán quienes defiendan, contra viento y marea al judeocatolicismo papista de Roma contra el judeocatolicismo reformado europeo. Si la reforma no prosperó en Italia, Bélgica, España, Portugal, y otros puntos, fue por el encarnizamiento criminal de sus miembros contra los renovados.
 - En España, en el año 1537, se funda el orden o logia de los Hermanos de San Juan de Dios. Se dedica a la enseñanza y al imperialismo cristológico.
 - En el año 1545 se inicia el concilio de Trento, que será controlado enteramente por la logia jesuítica al servicio del papado, de aquí que la figura del obispo de Roma y rey del que terminaría siendo el Imperio Vaticano, saliera reforzada y fuese colocada por encima de los concilios. Trento, que finalizaría en el año 1563, constituye una de las paradojas más sorprendentes del judeocatolicismo cristológico latino. El concilio, la asamblea general de todas las iglesias y, por lo mismo, la máxima autoridad dentro del judeocatolicismo cristológico, reniega de la primacía absoluta, que siempre le ha correspondido, para reconocer que una de las partes que lo componen, el obispo de Roma, es superior al todo. La incomprensible paradoja ha sido formulada e impuesta gracias a la colaboración de los jesuitas. El obispo de Roma se convierte, gracias a una tragicómica prestidigitación verbal, en la cabeza del papismo, una de tantas sectas como conforman el judeocatolicismo occidental o latino.
 - Muere Lutero, en el año 1546. Gracias a sus doctrinas y apostolado, media Europa ha dejado de ser papista. La corte obispal de Roma, tratará, con la fuerza de las armas, de recuperar las colonias perdidas. Europa entera será su campo de batalla.

- El florentino Felipe de Neri funda el Oratorio, en Italia, en el año 1551. El obispo de Roma de turno lo aprueba en el año 1575. Su finalidad es el imperialismo religioso, la ayuda a los necesitados y la enseñanza. Tendrán en sus manos, también, durante un tiempo, la dirección de las casas de formación de sacerdotes o brujos cristológicos.
- En el año 1555, consigue el trono del Imperio Papista, Juan Pedro Carafa, que gobernaría con el nombre de Pablo IV. Fue el fundador, con Cayetano de Thiède, de la logia de los Teatinos. Una vez ceñida la tiara imperial, potenció las atribuciones de la Santa Inquisición, siendo tan aficionado a los crímenes cristológicos y a los asesinatos patibulares, que se reservó en exclusiva la dirección de la temible organización policial.
- Miguel Ghislieri, más conocido como papa Pío V, funda, en el año 1556, año en que se ceñió la tiara Imperial del obispado romano, el servicio de espionaje de dicho obispado al que se denominó Sancta Societas y, en la actualidad, se denomina La Entidad. Antes de fundarla, había ensayado ya varias formas de espionaje, en los tiempos en que había sido Inquisidor general, es decir, jefe supremo de la policía supranacional de obispado o papado romano. En realidad, aunque luego tendría una autonomía absoluta, el servicio de espionaje de los papas constituyó, en un principio, el servicio de espionaje de la Inquisición. Otro de los obispos de Roma que más recursos y poderes puso en manos del espionaje papal, y del que se dice que fue el verdadero creador material de dicho servicio, fue Félix Peretti de Montalto, pontífice Sixto V (1585–1590). Los agentes de este servicio fueron básicamente jesuitas y dominicos, aunque, con el paso del tiempo, también se reclutaron sacerdotes seculares. La política cloacal y mafiosa del papado se puso en manos de este servicio que, con el paso de los años, contaría con secciones especializadas para el crimen y la eliminación silenciosa, discreta y fulminante de los condenados por los papas.
- Juan Ángel de Médicis, papa Pío IV (1559–1565), convoca las últimas sesiones del concilio de Trento, que sería clausurado el día 14 de diciembre de 1563, y en donde quedaría consagrada, en lo sucesivo, la superioridad del obispo de Roma sobre los concilios. De la misma vena que su predecesor, Juan Pedro Carafa (Pablo IV), se opuso a cualquier negociación que implicara una disminución del poderío papal. No solamente fue incapaz de detener la corrupción que inundaban su imperio y la curia romana, sino que se rodeó de nepotes a los que proporcionó poder y riquezas.
- Uno de los acuerdos tomados en el concilio de Trento, en el año 1563, impone la necesidad de que los obispos creen casas de formación –seminarios– para los futuros sacerdotes o hechiceros cristológicos, para la preparación del teofuncionario secular. Los hermanos del Oratorio fueron los que comenzaron dicha tarea.
- Félix Peretti de Montalto, pontífice Sixto V, muere en el año 1590. Fue el verdadero diseñador y fundador, a las órdenes Gisleiri, Pío V, y de Carafa, Pablo IV, del servicio de espionaje de la corte papal, la Sancta Societas. Creado dicho servicio para llevar a cabo la política cloacal y mafiosa de los papas, las operaciones secretas en que intervinieron e intervendrían sus agentes, tuvieron, en ocasiones, consecuencias desastrosas para personas, comunidades y pueblos. Entre las actividades en

que se vieron mezclados sus agentes por orden de los diversos papas que se ciñeron la tiara imperial, deben señalarse los atentados contra Isabel de Inglaterra, los asesinatos de la Noche de San Bartolomé en Francia, la Aventura de la Armada Invencible española, el asesinato de Guillermo de Orange, el asesinato de los reyes Enrique III y Enrique IV de Francia, la Guerra de Sucesión española, las crisis en Francia con el cardenal Richelieu y, más tarde, con Mazzarino, el atentado contra el rey José I de Portugal, la Revolución Francesa, el ascenso y caída de Napoleón, la Guerra de Cuba, la guerra de Secesión americana, las relaciones secretas entre el Vaticano y Kaiser Guillermo II durante la Primera guerra mundial, las negociaciones con Adolfo Hitler, la ayuda a Reza Pavelic y el robo del oro de Croacia, la Organización Odesa, la lucha contra el comunismo, la financiación de Lech Walesa y el sindicato Solidaridad, las estafas y robos al Banco Ambrosiano de Milán, las relaciones de la masonería con el Vaticano, el tráfico de armas y las relaciones papado-mafia, la utilización de los paraísos fiscales, la financiación de golpistas y gobiernos de extrema derecha, la ayuda a Anastasio Somoza, a Jorge Videla y a Pinochet, la colaboración con la CIA usaca y el Mosad israelí...

- En el año 1597, en Italia, se crea la congregación de los Clérigos Regulares de las Escuelas Pías. Tiene como objetivo la formación de la juventud y el imperialismo cristológico.
- Andrien Bourdoise, en el año 1620, funda a los Sacerdotes de Saint-Nicolas-du Chardonnet, con la finalidad específica de formar a los hechiceros o sacerdotes cristológico en sus seminarios.
- Se funda en Francia el grupo o logia de los Lazaristas (P. Paules, Congregación de la Misión, etc.). El autor es Vicente

de Paúl. Tiene varios objetivos: la dirección de las Hijas y Damas de la Caridad, fundadas por Paúl y Luisa de Marillac; la formación del teofuncionariado papista; el imperialismo religioso, etc.

- Fundación del grupo o logia de los San Sulspicianos, por M. Olier, en el año 1641. Siguen las líneas de Vicente de Paúl y la finalidad principal es la formación del teofuncionariado papista y el imperialismo religioso.
- La aventura de Galileo Galilei (1564–1642) señala el apogeo de las manifestaciones públicas del saber científico de la infalibilidad papal. Dicho saber está fundamentado en la *Biblia*, los *Evangelios*, los Santos Padres, la Tradición y la verdadera ciencia y la verdadera fe de las que hablará, cuatro siglos más tarde, el concilio Vaticano II. En su afán por mantenerse en el cenit del poder y en la ola del tiempo, la corte del Imperio Vaticano, el papa, la nomenclatura cardenalicia y todo su teofuncionariado, defienden la omnipotencia y omnisciencia pontificia y se oponen a cualquier investigación en cualquier campo. Afirman, que el único conocimiento que realmente debe ocupar al hombre, es el conocimiento de Cristo bajo la guía infalible de sus representantes. El episodio de Galileo Galilei señala el punto de inflexión del control de la ciencia por el papismo. El papado romano seguirá imponiendo sus criterios científicos sacralizados, pero la investigación y la valentía de algunos científicos irán tirando por los suelos todos sus dogmas, aunque no termine con su prepotencia y teogolatría.
- Con la paz de Westfalia, en el año 1648, se cierra el periplo abierto con la aventura de Canossa y la prepotencia de Hildebrando de Soana, Gregorio VII, teogólatra compulsivo que quiso elevarse hasta el infinito y hacer de Cristo

- un representante suyo en los cielos. El rey del Imperio Vaticano, Juan Bautista Panphili, pontífice Inocencio X, se opondrá con garras y colmillos a dicha paz y la declarará ilegal. Por ella, Suiza se aleja definitivamente de la corrupción de la corte del Imperio Vaticano, mientras que el obispo de Roma tratará, por todos los medios a su alcance, de recuperar la colonia perdida y de reprimir, todavía más si posible fuera, a sus súbditos, con el fin de oponerse a cualquier veleidad de independencia.
- La Sociedad de las Misiones Extrajeras es fundada en París, en el año 1653, por Alexandre Rhodes y François Pallu. Tiene como objetivo la formación del clero autóctono para mejor implantar en los países a conquistar, el imperialismo religioso papista.
 - En el año 1673, nace, en Francia, Griñon de Montfort. Será el fundador, directo o indirecto –con la ayuda de los jesuitas–, de las Hijas de la Sabiduría (1703), de la Congregación del Espíritu Santo (1705) y la Compañía de las Misioneras de María (1718), dirigidas las tres a la enseñanza y al imperialismo cristológico.
 - Se funda en Francia, en el año 1680, a los Hermanos de las Escuelas Cristianas, también llamados de la Salle. Su fundador es Jean-Baptiste de la Salle (1651–1719). Se dedican, especialmente, a la enseñanza y al imperialismo cristológico.
 - A comienzos del siglo XVIII surge, en Francia, la congregación de los Hermanos de Saint-Paul-de-Chartres. Louis Chavet será su fundador. Como objetivos está la visita a los enfermos y el imperialismo religioso a través de la enseñanza.
 - En el año 1720, Pablo de la Cruz funda, en Italia, la orden o logia de los Pasionistas. Tiene como finalidad el imperialismo religioso y la enseñanza.
 - El italiano Alfonso María de Ligorio funda, el 9 de noviembre de 1732, la Congregación del Santísimo Redentor, que fue aprobada por Benedicto XIV, en el año 1749. Tiene como objetivos primarios la enseñanza, la catequesis y el imperialismo cristológico.
 - Juan Ángel Braschi, rey del Imperio Vaticano y obispo de Roma, más conocido como Pío VI (1775–1799), afirma que la lectura de la *Biblia* y de los *Evangelios* es perjudicial, y hace más daño que beneficio. Con declaraciones como estas la autoridad del obispo de Roma se coloca por encima de sus libros santos. Siglos antes, Agustín de Hipona afirmaba que veía tantos absurdos en la *Biblia* y los *Evangelios*, que sólo creía en dichos libros porque la Iglesia se lo ordenaba.
 - La Revolución Francesa, en 1789, supone un aviso para la corte del Imperio Vaticano. Juan Ángel Braschi, pontífice Pío VI (1775–1799), conocerá los arrestos y la muerte en libertad vigilada.
 - El 16 de mayo de 1809, Napoleón une los Estados Papales al imperio francés. La soberanía pontificia se ve seriamente amenazada, aunque resurgirá, momentáneamente, de sus cenizas.
 - Con la derrota definitiva de Napoleón, en la batalla de Waterloo, Bélgica, en 1815, se puso fin al imperio de Napoleón y supuso el resurgir de los Estados Papales. Aunque la gloria del obispo de Roma recibe una bocanada de aire fresco con dicha derrota, sus días están contados.
 - Se fundan, en Francia, en el año 1816, los Oblatos de María inmaculada. Congregación eclesiástica dirigida a la enseñanza y el imperialismo religioso.
 - En Francia, en el año 1817, se funda la logia o instituto religioso de los Hermanos Maristas de las Escuelas. Dedicados a la enseñanza y al imperialismo religioso.

- so, es uno de los institutos que cuenta con un número notable de afiliados.
- El catalán Claret funda en Vich, en el año 1849, a los Misioneros Hijos del Corazón de María, más conocidos como Claretianos. Se reconocieron en Roma en 1860 y 1870. El objetivo era el imperialismo religioso a través de las escuelas y la enseñanza.
 - Juan Bosco funda, en Turín, Italia, el día 18 de diciembre de 1859 la Sociedad de San Francisco de Sales o Sociedad Salesiana. Está dirigida al imperialismo religioso a través de la enseñanza. Años más tarde, en 1872, fundará el grupo femenino llamado Salesianas de Don Bosco, con la misma finalidad que la logia o congregación masculina.
 - Juan María Mastai-Ferretti se ciñe la tiara imperial en 1846. Tendrá que contemplar la desaparición definitiva de los Estados Pontificios, y no podrá presenciar su resurgir en la forma de un nuevo imperio. En un gesto de impotencia, recurrirá al lastimoso recurso de declararse infalible. Con esta declaración, que realizó a través del concilio Vaticano I, coloca a los obispos de Roma a la misma altura de los dioses –actuaron, como si lo fueran, durante siglos–, al mismo tiempo en que se derrumba su sabiduría infinita –que la ciencia y la investigación ha tirado por los suelos– y su señorío territorial. Este hombre, en un esfuerzo agónico por impedir el matrimonio de los clérigos y los religiosos, publica un decreto, *Apostólica Sedis*, por el que excomulga a los sacerdotes y clérigos que contraigan matrimonio religioso o civil.
 - En el año 1877, nace, en las Indias Orientales, Elena Chopetin, más conocida como María de la Pasión. Sería la fundadora de las Franciscanas Misioneras de María. León XIII dio a conocer su obra en Europa. En 1896 se aprobó en Roma su instituto. Está dedicado a la enseñanza y al imperialismo religioso.
 - Ambrosio Damián Aquiles Ratti, papa Pío XI (1922–1939) negocia con Mussolini la creación de la Ciudad del Vaticano, que se convertirá, en lo sucesivo, en la capital de un nuevo y viejo imperio clerical.
 - En el año 1931, el rey del Imperio Vaticano Aquiles Ratti, pontífice Pío XI (1922–1939) funda la emisora conocida como Radio Vaticana. Dirigida a la consolidación del judeocatolicismo papista y, sobre todo, al imperialismo religioso, conocerá pronto un éxito sorprendente y será el sistema más fácil y rápido para enviar, en clave, a todos los nuncios, legados, cardenales y obispos, las órdenes de los papas. Su potencia pronto permitió al la corte vaticana el envío a todo el mundo de consignas y mensajes permanentes de concienciación ideológica, primer paso para su imperialismo cristológico.
 - Carol Wojtyla, rey del Imperio Vaticano, más conocido por papa Juan Pablo II, muere en el año 2005. Se había ceñido la tiara imperial gracias a la oportuna muerte de su predecesor, Albino Luciani, papa Juan Pablo I. Wojtyla fue uno de los papas que más se beneficiaron de las actividades de los servicios de espionaje y contraespionaje del Vaticano, la Sancta Societas o La Entidad –se deja de lado la sospecha, de amplios sectores de los medios de comunicación, de que Luciani hubiera sido asesinato por dichos servicios, lo que le facilitó a Wojtyla el ascenso al ambicionado trono– pues, entre otras actividades, eliminaron a todos los testigos de los implicados en los robos de guante blanco al Banco Ambrosiano con el fin de financiar, en Polonia, a Lech Walesa y su sindicato Solidaridad, objetivo compulsivo de Wojtyla. Pero no fue el único que se sirvió con gene-

rosidad de la ayuda de este servicio y que procuró que éste contara siempre con los medios necesarios para cumplir las tareas encomendadas. Fueron muchos los papas que los ayudaron y potenciaron. Dejando de lado a Pío V, Gregorio XIII y Sixto V, y a quienes, antes que éstos, pusieron en marcha la

Santa Inquisición y su servicio de investigación, deben señalarse a Clemente VIII Bis (1592–1605), León XI (1605), cuya labor principal la hizo como cardenal, Pablo V (1605–1621), Gregorio XI (1621–1623), León XII (1823–1829), Pío IX (1846–1878), Pío XII (1939–1958) y Pablo VI (1963–1978).

ANEXO OCTAVO

PAGAR PARA PECAR. EL LIBRO DE LAS TASAS

Llama la atención, el que la corte del Imperio vaticano oponga tantas dificultades para el aborto, la eutanasia, las uniones libres, etc., cuando durante años y siglos obispos, cardenales y papas estuvieron cobrando para perdonar el crimen, el aborto, el infanticidio, al igual que cobraron por los sacrilegios, los incestos, las violaciones, e indecencias, los perjurios cometidos y por cometer. A tanto llegaron, que no tuvieron inconveniente en tarifar cada una de las actividades que hoy prohíben, con el fin de sacar dinero para pagarse lujos y caprichos y para construir su imperio. Una de las pruebas más decisivas de esta afirmación la constituye el *Libro de las Tasas*.

“El *Libro de las Tasas* apareció impreso, por primera vez, en Roma, en 1471, pero el uso de las tasas existía desde mucho antes, puesto que un gran número de las disposiciones del libro se apoya en las prescripciones de los antiguos papas, en particular de Juan XXII (1216–1334), cuyo nombre se cita diecinueve veces.

En 1479 apareció una nueva edición, de la que aún quedan dos ejemplares. En los cuarenta años siguientes se imprimieron otras varias ediciones para uso de los empleados de la curia, a la vista de los papas; la de León X, en 1516, es la última impresa en Roma; contiene, reunidas, las tarifas de la Cancillería (que expedía dispensas, privilegios, nombramientos, etc., bajo forma de bulas pontificias) y de la Penitenciaría (que entendía de absoluciones y casos reservados).

En 1520 se publicó en Francia una copia de la edición de León X, publicada por la imprenta de la Universidad de Paris, con real privilegio. Esta edición se reprodujo varias veces hasta mediados del siglo XVI. En fin, el *Libro de las Tasas* se unió a diversas colecciones oficiales bajo los auspicios del papa, como en el *Tractatus universi juris* (*Oceanus juris*), cuyo editor, Zileto, en 1583, ofrecía la dedicatoria a Gregorio XIII.

En 1564, Pío IV publicó el *Índice* acordado en el sínodo de Trento; no mencionaba el *Libro de las Tasas*. En 1570, apareció en Amberes, por orden del rey de España, un *Apéndice del Índice de Trento*, conteniendo una *Praxis et Tasa officinae poenitentiarum Papae*. En 1590, Sixto V reprodujo aquella condenación, sin cambio en su *Índice*. En 1596, Clemente VIII, en su edición del *Índice*, añadió: *Ab haereticis depravata*, y Benedicto XIV hizo esta edición más clara, intercalando la palabra *cum* delante de *ab*, y desde entonces todas las ediciones del *Índice* dicen: *Praxis et Taxa off poenit. Pap. cum ab haereticis depravata*, ‘porque ha sido desnaturalizada por los herejes’. Condenación que demuestra bien a las claras la existencia de un *Libro de las Tasas*, libro que se condena por su forma falsificada. Las ediciones que aparecieron en la misma

Roma antes de la Reforma no pueden figurar entre las falsificaciones imputadas a los herejes; únicamente, pues, las publicadas después de 1560 por los adversarios de Roma, son las que condena la curia.

...

He aquí, según esa edición oficial, algunos ejemplos de las exenciones, absoluciones, indulgencias, etc.... que vendía la Santa Sede; abarcaban todos los aspectos de la existencia humana y se dirigían a todas las clases de la sociedad, desde el rey hasta el siervo, pasando por el clérigo y la mujer...

La modicidad de los precios, que se ven indicados en 'grossi' o *gruesos*, en una de las colecciones más antiguas de las *Taxas*, no debe engañar; no es más que aparente. Un grueso, en el siglo XIV representaba un valor bastante importante... La pequeña cifra que figuraba en la tasa era un simple engaño, que la curia mantenía con cuidado para no desalentar a la clientela.

TARIFAS:

Absoluciones por incestos, abortos:

Absolutio pro eo qui matrem, sororem, aut aliam consanguineam suam aut commatrem carnaliter cognovit gr. 5.

Pro eo qui virginem defloravit gr. 6.

Pro marito qui uxorem sua permisit, de qua peperit abortivum et ante tempus gr. 6.

Pro muliere quae bibit aliquem potum aut alium actum fecit, per quem destruxit foetum in utero vivificatum gr. 5.

Por asesinatos y homicidios de padres, madres y hermanas; lo mismo que los cometidos por sacerdotes y clérigos:

Absolutio pro eo qui interfecit patrem, matrem, sororem etc. (según los casos) gr. 5 ó 6.

Nota.— Quod si interfecto sit clericus, suspenditur ab executione suorum ordinum .. gr. 7.

Super homicidio laicali pro laico gr. 5.

Si tamen, sit clericus gr. 7.

Por infanticidio por el padre:

Absolutio por viro e uxore, qui invenerum juxta se puerum oppresum gr. 6.

Por rapiña, incendios:

Absolutio et dispensatio super spoliis, incendiis, rapinis et laicalibus homicidiis gr. 8.

Por perjurios, falsos testimonios, falsificaciones de bulas del papa:

Absolutio pro perjuro gr. 6.

Pro illo qui litteras testimoniales falsas scripsit gr. 7.

Pro eo qui falsificavit litteras apostolicas gr. 18.

Por simonía:

Absolutio pro vitio simoniae, pro laico gr. 6.

Pro presbytero gr. 7.

Pro monacho gr. 8.

Por concubinato:

Absolutio pro concubinario... taxatur ad gr. 7.

Por fornicación en una iglesia:

Abolutio por eo qui in ecclesia cognovit mulierem et alia mala commisit gr. 6.

Absolución para el fraile que hubiera llevado zapatos escotados y hábito anudado:

Absolutio pro monacho portante sotulares rostratos et tunicas nodatas gr. 7.

...

Se vendían igualmente absoluciones generales, salvo para los casos reservados, mediante gr. 16.

Y absoluciones para toda la vida, mediante gr. 25.

Vendíase también el ejercicio de derechos naturales, como ... construir escuelas gr. 30.

Construir hospicios gr. 19.

(Juan XXII exigió por la erección de un hospital en París 100 gr.)

Por remisión de un juramento:

Relaxatio juramenti pro laico praestiti in instrumento nullo gr. 12.

Remisión de una pena infligida por el papa:

Relaxatio interdicti in castro vel villa gr. 100.

Et, si in civitate gr. 150.

...

Los privilegios y exenciones que vendía la Santa Sede abarcaban todos los aspectos de la existencia ...

La bula *In coena Domini* excomulga a los que perciban impuestos de sus súbditos sin permiso del papa:

'Item excommunicamus et anathematizamus omnes, qui, in terris suis, nova pedagia seu gabellas, praeterquam in casibus sibi a jure seu ex speciali sedis apostolicae licentia permissis, imponunt vel augent, seu imponi vel augeri exigunt.'

...

Los papas podían dispensar de la observancia de todas las leyes divinas y humanas, concedían dispensas para todos los grados de matrimonio prohibidos. Este capítulo ocupa un puesto importante en el *Libro de las Tasas*; las tarifas variaban según la fortuna de los individuos. Los pobres que no podían pagar, quedaban excluidos del beneficio de estas dispensas; un pasaje único del *Libro de las Tasas* declara 'que semejantes favores y dispensas no pueden concederse a los pobres, porque no pueden pagar y porque 'no son, no pueden ser consolados' (alusión al pasaje de Mateo, 2, 18: '*Rachel plorans filios suos et noluit consolari, quia non sunt*') (*Dispensatio de contrahendo... Idem est iudicium in secundo gradu et componitur cundatario in maxima summa, aliquando 300 et etiam 600 et alias juxta qualitatem personarum. Et, nota diligenter, quod hujusmodi gratia et dispensationes non conceduntur pauperibus, quia non sunt, ideo non possunt consolari...*) (*Parte B, titulo de matrimonialibus*.) La negociación con la Dalería, de que se habla aquí, ascendía a 300 ó 600 ducados, según la calidad de las personas.

Los robos estaban permitidos:

En el título *De indultis laicorum* se lee: *Quod absolvatur communitas de certis mala ablatis* gr. 100.
Remissio facta uni diviti de mala ablatis, taxetur ad gr. 50;
pauperi vero 20.

En el título *De confirmationibus et concessionibus alienationum bonarum ecclesiasticorum*:

'Licentia recipiendi de male ablatis usque ad dictam summam (1.000 florines) = gr. 50. Ista plus taxatur, quia respicit majorem favorem et plus utilitatis percipitur inde.'

Además, el culpable debe 'negociar con la Cámara apostólica y entregarle una parte del bien ilegítimamente adquirido; en estas condiciones, puede quedarse con lo restante con tranquilidad de conciencia.

Únicamente el delito de herejía no comportaba ninguna negociación; en este caso, la curia se apoderaba de todo y se apropiaba la totalidad de los bienes del culpable. No se dejaba a los hijos del hereje sino los ojos para llorar, e Inocencio III consideraba como pura misericordia el dejarles la vida.

...

El dominico Labat, en un viaje que hizo a Sicilia a principios del siglo XVIII, encontró la bula de los precios y las negociaciones sobre los pecados, fijada en la puerta de una iglesia. El concesionario de la venta de indulgencia ofrecía la absolución a todo el que hubiera robado, saqueado, matado, etcétera, mediante componendas que variaban entre el 5 y el 30 por 100 de los bienes robados; el predicador, desde el púlpito, y los confesores, explicaban al pueblo las ventajas de tales indulgencias. (Labat, *Viaje por España e Italia*, tomo V, Amsterdam, 1731).

Una bula de Sixto V, en 1480, *Domini et salvatoris nostri*, dice: Hemos concedido a Angelo de Clavasio (su legado) la autorización de negociar sobre los bienes mal adquiridos, de manera que a los culpables, después que entreguen una parte de esos bienes, se les absuelva de lo restante de los bienes robados o adquiridos por la usura, y no se les obligue a devolverlos.

'Concessimus Angelo de Clavasio facultatem componendi super mala ablatis, incertis vel per usurarium pravitatem quaesitis bonis, ita ut soluta aliqua quantitate a reliquorum male ablatorum et per usurariam pravitatem extortorum restitutione absoluti existant et ultra restituere minima teneantur.' (V. *Bibliotheca Cypriana*, Lipria, 1733, p. 110).

Consérvase el texto de una de las fórmulas escritas de absolución, que, poco antes de Lutero, el arzobispo Alberto de Maguncia, en nombre del Papa, entregaba a sus delegados, encargados de negociar con los ladrones, usureros, contrabandistas, etc. *'Indulgeo atque concedo, ut soluta parte vel tali summa pro hoc sancto opera a reliquorum injuste possessorum ulteriores restitutione absoluti existant et ultra minima restituere teneantur. In nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti.'* (Ibid., p. 214)

En sus instrucciones a sus delegados, el arzobispo decía que, aun cuando se conociera al legítimo poseedor, se podría dar la absolución a condición de que el culpable entregase una suma importante para una obra piadosa. (V. Gerdesius, *Introductio in historiam evangelii renovati*", 1744, v. I, *Monumenta*, pág. 83 y sig.)

Para obtener la bula de negociación no era necesario arrepentirse ni confesar (*ad ... consequendam participationem hujusmodi non requiruntur contritio et confessio*). Una

vez con la bula de composición en la mano, el culpable podía considerarse como legítimo poseedor.

...

El juez que recibió dinero por dictar un fallo injusto puede negociar: 'Item, si algún juez ordinario o delegado o asesor hubieren recibido algún dinero u otra cosa por dar mala o injusta sentencia o por dilatar la causa en perjuicio de la parte... en tal caso se pueden y deben negociar de lo que así recibieren.'

Puede y debe, igualmente, negociar el testigo que recibió dinero por jurar en falso, el fiscal o el acusador que depositaran una queja o retiraran una acusación, los escribientes, los notarios, etc. ... 'Item, que si algún testigo por testificar falso, o algún fiscal o acusador por acusar a alguno falsamente, o dexarle de acusar, siendo obligado de acusarlo, recibió alguna cosa, se puede negociar de lo que así recibió.'

Todas las mujeres que no son prostitutas públicas, sino pecadoras en secreto, pueden negociar sobre el dinero o las joyas recibidas; así también, los hombres que recibieron por la misma razón regalos de mujeres solteras. 'Item, todas las mujeres que no son públicamente deshonestas pueden negociar cualquier dinero o joyas que por causa fea tuvieren recibido, y los hombres, si de mujeres que no tienen marido, pueden negociar por la misma razón.'

El tabernero que echa agua al vino, el tendero que dé un peso falso, puede negociar. 'Item, si alguno ha vendido vino aguado por puro o medido con falsa medida o hubiere vendido otra cosa alguna con menores pesos o medidas o vendido una cosa por otra o mezclado o pesado o mal vendido ... pueden negociar.'

Puede negociarse sobre todos los casos previstos y no previstos por la bula; el permiso de negociar es general.

Si después de la negociación y compra de la bula, el verdadero propietario reclama lo suyo, el ladrón tiene derecho a rechazar la demanda. (*Infertur ex dictis, hanc compositionem esse tutam in conscientia et post eam factam debitorem non teneri in foro interno aliquid ulterius restituere, etiamsi postea verus dominus ejusmodi honorum compareat.* Mendo, loc. Ci., p. 369.)

Inútil es añadir que la bula de la Cruzada abre de par en par las puertas del cielo y borra todos los pecados. En el siglo XVI la compraba todo el mundo, mendigos y señores. El que se hubiera abstenido de hacerlo, se hubiese hecho sospechoso a los inquisidores.

...

Aprovechábase todo. La curia vendía indulgencias por 200.000 años de duración en esta vida y en la otra. No desdeñaba ninguna fuente de ingresos.

Las prostitutas de Roma pagaban cada una al papa un tributo semanal, que reportaba a la curia en el siglo XV un total anual de 20.000 ducados. (*Romana scorta in singulas hebdomadas Julium pedent Pontifici, qui census annuus nonnumquam viginti millia ducatos excedit.*— Agrippa von Nettesheim en Koch, *De obscaenis pontificorum decimis*, Fleusburgi, 1707, página 17).

...

En el siglo XVII, el jesuita Petrasancta estima que los papas deben autorizar la prostitución de *facto et de jure*; se apoya para esta demostración en las Sagradas Escrituras, que no prohíben en ninguna parte la prostitución (*quid si dixero, Scripturam sacram, ni meretrices sint numquam prohibuisse?*). Silv. Petrasancta, S.J. *Nota in epistolam Petri Molindi ab Balzacum, Antwerpiae*, 1634, p. 143 sig.

...

La venta de indulgencias no era sino una de las ramas de la vasta industria productiva de los obispos de Roma. Otras fuentes, no menos fecundas, alimentaban los ingresos de la curia; unas, regulares y fijas, otras, ocasionales y variables.

Entre las primeras hay que citar los derechos percibidos por la confirmación de obispos y arzobispos, que reportaban considerable sumas a la cámara apostólica (la *Camera apostolica, mater peuniaru*, dice la *Glossa in regul. 66 cancel. Innocentii VIII*).

Estos derechos comenzaron ya a aplicarse en el siglo XIII, pero la tarifa precisa sobre cada obispado y abadía no se estableció hasta el siglo XIV. Un ejemplar completo de estas tarifas, que perteneció al papa Benedicto XIV, y heredado por la biblioteca de la ciudad de Bolonia, nos ha conservado la nomenclatura de las tasas. Los arzobispados de Magenza, Colonia, Treves, y Salzburgo tenía que pagar, cada uno, 10.000 florines oro ... El arzobispado de Rouen, 12.000 florines; el de Toledo, 8.000; el de Seus, 6.000; el de Tolosa, 5.000; el Sevilla, 5.000;...; el conjunto de las abadías de la diócesis de París estaba tasado en 18.366 florines oro, y las de las diócesis de Rouen, en 24.206.

Las tasas aumentaron en los siguientes siglos ... Dalberg, para obtener su confirmación como coadjutor de Magenza y de Worsus, se vio obligado a pagar a Roma 80.000 florines oro.

El *pallium* que se imponía a los arzobispos reportaba, igualmente, sumas importantes: así, ya en el siglo XIII, se ve al arzobispo Enrique II de Treves, quien en 1265 fue desposeído por haberse negado a recibir el *pallium*, teniendo que pagar por su reintegración 165.000 florines de oro ... El prelado que era trasladado a otro obispado, aunque poseyese el *pallium*, estaba obligado a comprarlo por segunda vez.

El total de las sumas no lo percibía por completo el papa; una legión de cardenales, sobrinos de los papas, cortesanos, empleados de la curia, se repartía el maná de oro. Solamente las Tasas del *Pallium* iban derechas a la Cámara apostólica y no se repartía ni con los cardenales ni con los 'vacabilistas'.— El descuento y la repartición de las diferentes fracciones del precio pagado nos son conocidos por las facturas que la curia dirigía a los interesados. El arzobispos Ernesto de Salzburgo recibió, en 1745, por su confirmación una cuenta de 31.338 escudos, en la que figuraban bajo el nombre de Propina, las siguientes sumas: Propina para el Santo Padre, 1.500 escudos y 1.500 julianos; propina el protector, 1635 escudos; para los cardenales, 5.887 escudos; para los criados del papa y los guardias de corps, 1.000 escudos y 1.000 julianos; para los caballeros de los santos Pedro y Pablo, 1.500 escudos y 1.500 julianos, etc.

El diccionario de Maroni, *Dizionario de erudizione storico-ecclesiastica*, emprendido por orden de Gregorio XVI, nos da interesantes detalles sobre ese ejército de empleados y funcionarios, repartidos en congregaciones y colegios con los nombres más diversos (mamelucos, jannizeri, plumbatores, etc.) Varias de estas categorías o clases diversas de empleados compraban sus cargos (*uffici vacabili*) como una colocación ventajosa, que producía, en general, el siete u ocho por ciento.

Los *uffici vacabili* llegaba ya, en tiempos de Sixto IV (1417–1484), a 650 y, en conjunto, proporcionaban a la caja pontificia un ingreso de 100.000 escudos. ... León X elevó su número a 2.150, y se procuró así 900.000 florines oro. ... Sixto V (1585–1590) aventajó a sus antecesores; creó un gran número de *uffici vacabili* y aumentó los precios. Estas diversas operaciones le reportaron millón y medio de escudos.

...

Las *anatas* constituían otra rama importante de las rentas pontificias. En el sentido estricto de la palabra, las *anatas* concernían al bajo clero ... Las sumas totales percibidas por Roma debían ser bastante importantes, puesto que se ve a la diócesis de Magencia pagar en un solo año 175.000 florines de *anatas* ... las *anatas* no se suprimieron sino por el concilio de Basilea; pero poco después las restablecieron los papas por medio de concordatos ...

Al capítulo de las *anatas* hay que añadir el de las *Reservas*. Roma, desde Inocencio III, se había reservado el derecho a disponer de los beneficios, abadías y obispados. Aquél a quien investía recibía un indulto, o una bula de provisión, o una bula de expectación, si el titular no había muerto todavía. Para obtener una de estas diversas bulas había que distribuir propinas a una cohorte de funcionarios, y aun después de haber obtenido la investidura, el candidato no siempre estaba seguro de poder disfrutarla, porque para la misma prebenda se concedían a menudo a un rival una nueva bula, que, por medio de la fórmula 'no obstante', anulaba la primera. Los postulantes se veían obligados a pleitear en Roma o a disputarse, sobre el terreno, el beneficio en litigio. ... Benedicto XIV, en 1740, vendió al rey de España el derecho de disponer de los cargos de iglesias, beneficios, etc., por la suma de 133.333 escudos, más 5.000 de honorarios anuales para el nuncio de Madrid.

Al lado de los impuestos que afectaban directamente al clero, Roma percibía de los pueblos rentas considerables bajo forma de tributos permanentes, tales como el *Dinero de San Pedro*. Éste nació en Inglaterra, en los siglos VIII y IX, con motivo de los "regalos" que los príncipes tomaron la costumbre de hacer a las tumbas de los Apóstoles. Tales "regalos" se transformaron rápidamente, ya en el siglo X, en impuestos regulares. ...

Al *Dinero de San Pedro* se añadió, además, en el siglo XIII, una nueva contribución. En 1213, el rey Juan tributó al papa el homenaje feudal de sus reinos de Inglaterra e Irlanda, y se comprometió a pagarle un tributo anual de 4.000 florines oro. En 1316, Eduardo II se obligó a pagar al papa el atraso de veinticuatro años, es decir, 24.000 florines, y Eduardo III entregó, igualmente, una suma de 30.000 marcos.

...

En España, toda comarca arrancada de las manos de los moros se hacía enseguida tributaria del *Dinero de San Pedro* (*Regnum Hispaniae proprium est S. Rom., ecclesiae, dice el Cod. Corsiniano, v. p. 130, n. 441.*)

...

A los impuestos permanentes hay que añadir los tributos irregulares, tales como el *Diezmo de Saladino*, creado en la época de las cruzadas. ... En 1272, Eduardo I obtuvo de su amigo Gregorio X que el legado le diese o prestase una pequeña parte del diezmo de Saladino cobrado en Inglaterra. Percibió 400.000 marcos; el legado se llevó lo restante a Roma. ... Todos los pretextos políticos o religiosos eran buenos para imponer una contribución ocasional. Los papas reclamaban hasta diezmos especiales para sostener sus guerras personales. Así, Luciano III, en 1189, impuso a los ingleses una tasa extraordinaria para ayudarle a someter a sus propios súbditos, los romanos sublevados. ...

Todas aquellas contribuciones, regulares o irregulares, se percibían con inexorable rigor. La excomunióon seguía al punto al retraso o la negativa en el impuesto. Go-

dofredo, obispo de Passau, por ejemplo, fue excomulgado en 1357, por no haber pagado bastante pronto su diezmo. El obispo de Toul, en 1287, fue desposeído por resistirse a un legado que reclamaba el diezmo. ... Los confesores tenían orden de negar la absolución si el penitente no había satisfecho su deuda, *Dinero de San Pedro* u otra. Seis veces al año, el sacerdote pronunciaba desde el púlpito la excomunión contra los delincuentes.

...

Roma adquiriría también dinero por el comercio de *reliquias*. Desde la Edad Media, la curia se reservó el derecho de decidir sobre la autenticidad de una reliquia, y cuando decide que es verdadera, vende su aprobación. ... Todavía en nuestros días, una congregación especial se ocupa de la busca de reliquias, y se puede calcular la importancia de sus negocios por el número de sus empleados; actualmente cuenta con más de veintiocho consultores. ...

Se tienen más datos sobre las sumas que Roma se embolsa con las canonizaciones. El acto de canonización de Leopoldo de Austria (1484) costó 25.000 florines oro; el de San Francisco de Sales (1665) 31.900 escudos, y en el siglo XVIII, la de Pío V, 30.000 escudos a los dominicos. Como sucede en todas las transacciones con la curia, el acto de canonización comporta, además, sumas accesorias más considerables que el precio de la misma acta; primero, las que originan los interminables procesos que preceden a la canonización; después las que siguen al acto, como los enormes gastos de la ceremonia en San Pedro y los no menos enormes regalos al papa y a toda la curia. ... Los ingresos que Roma obtiene de ciertos países pueden considerarse como rentas anuales; por ejemplo, por lo que respecta a España, a fines del siglo XVIII, el cardenal de Bernis calculaba las sumas anuales que Roma recibía de España, por los procesos de canonización, en más de un millón de libras." (Extracto del Apéndice B. Las tasas de la cancillería, pg. 392 a 420, en *El Pontificado*, de Ignacio de Doellinger. Traducción del alemán por Demetrio Zorrilla. Madrid, La España moderna).

BIBLIOGRAFÍA

Ver, también, *Libros de Interés*

- AUBRUN, Michel: *Le livre des papes (Liber Pontificalis)*. (Miroir du Moyen Âge; Brepols, Belgium, 2007).
- ALBERIGO, G. & otros: *Historia de los Concilios ecuménicos*. (Sígueme. Salamanca, 1993).
- ALTA, Abbé: *Le Christianisme du Christ et celui de ses vicaires*. (Vigot Frères. Paris, 1935).
- ANUARIO PONTIFICIO. Varios años. (Cittá del Vaticano).
- ARADI, Zsolt: *I papi*. (Società editrice vita e pensiero. Milano, 1957).
- ARAGONÉS VIRGILI, Manuel: *Historia del Pontificado. Vidas de los pontífices romanos desde san Pedro, príncipe de los apóstoles, hasta Su Santidad Pío Papa XII, gloriosamente reinante*. 3 Volúmenes. (Rafael Casulleras. Barcelona, 1945).
- ARETIN, Karl Otmar von: *El papado y el mundo moderno*. (Biblioteca para el hombre actual. Madrid, 1970).
- ARIENTI, Giuseppe: *Tutti i papi*. (Italia, 1940).
- BALLESTER, Rafael: *Historia de los papas*. (Bruguera. Barcelona, 1972).
- BARREIRO ORTIZ, José: *Vademécum histórico del Pontificado romano*. (Soc. Gen. Esp. de Librería. Madrid, 1942).
- BAYER, F. J. *Das Papstbuch*. (Drei Masken Verlag. München, 1925).
- BURCKHARDT, Jacob: *Del paganismo al cristianismo. La época de Constantino el Grande*. (F. de C. Económica. Madrid, 1982).
- BURIO, Gulielmo: *Romanorum Pontificum. Brevis notitia*. (Ex Typographia Seminarii. Patavii, MDCCLIII).
- CASTRO ZAFRA, Antonio: *Los círculos del poder. Apparatus vaticano*. (Edi. Popular. Madrid, 1987).
- Pío II. Así fui Papa*. (Edi. Argos Vergara. Barcelona, 1980).
- COEN, Leonardo y SISTI, Leo: *Marcinkus, "El banquero de dios". El oscuro mundo de las finanzas del Vaticano*. (Grijalbo, 1991).
- COMMEAUX, Charles: *Les conclave contemporains*. (Édi. France–empire. France, 1985).
- CORBETT, James A.: *Historia de los papas*. (B. del hombre Contemporáneo. Edi. Paidós. Buenos Aires, 1975).
- CORNWELL, John: *El Papa de Hitler. La verdadera historia de Pío XII*. (Planeta, Barcelona, 2000).
- CORRAL, C. y GIMENEZ, J.: *Concordatos vigentes*. (Fundación Universitaria Española. 2 Vol. Madrid, 1981).

CRONOLOGÍAS: Anuario Pontificio de 1937, 1970 y 1976, Anuario Católico Español, Enc. Cattolica, Das Papstbuch, Dizionario Enc. Italiano, Enc. Europea, Espasa, Sansoni, Larousse, Britannica, Sopena.

CHAMBERLIN, E. R. : *The bad Popes*. (New American Library. USA, 1971).

CHASSAGNARD, Guy: *Le petit Dictionnaire de la Franc-Maçonerie*. (Alphe, 2005).

DACIO, Juan: *Diccionario de los papas*. (Edi. Destino. Barcelona, 1963).

DAMPIER, W.: *Histoire de la science et de ses rapports avec la philosophie et la religion*. (Payot. Paris, 1951).

DAVIS, Raymond: *The Book of Pontifis (Liber Pontificalis)*. (Liverpool University Press, Liverpool, 2000).

– *The Lives of the Eighth-Century Popes (Liber Pontificalis)*. (Liverpool University Press, Liverpool, 2007).

– *The lives of the Ninth-Century Popes (Liber Pontificalis)* (Liverpool University Press, Liverpool, 1995).

DE BAVIERA, P. Constantino: *El papa. Un retrato de su vida*. (Edi. Destino, Barcelona, 1956).

DE CARLI, Ferruccio: *La corte Pontificia e il cerimoniale delle udienze*. (Bardi Editore. Italia, 1951).

DE JOURNAL, M. J. Rouët: *Enchiridion Patristicum. Loci SS. Patrum, doctorum scriptorum ecclesiasticorum*. (Herder; Bardelona, 1946).

DENZINGER, Enrique: *El magisterio de la Iglesia*. (Bib. Herder. Barcelona, 1963).

DESCHNER, Karlheinz: *Historia criminal del cristianismo*. (Varios volúmenes. Edi. Martínez Roca. Barcelona, 1990).

– *Opus Diaboli*. Catorce ensayos irreconciliables sobre el trabajo en la viña del Señor. (Yalde, Zaragoza, 1990).

– *La política de los papas en el siglo XX*. Vol. I: *Entre Cristo y Maquiavelo*. Vol. II: *Con dios y con los fascistas (1939–1995)*. (Yalde, Zaragoza, 1994–5).

DIFONZO, Luigi: *Michele Sindona, el banquero de San Pedro*. (Planeta, 1984).

DOELLINGER, Ignacio de: *El Pontificado*. (La España moderna. Madrid).

DUBARRY, Armand: *La cuñada de un papa. Vida de Doña Olimpia. Según un manuscrito del siglo XVII*. (Miguel Guijarro. Madrid, 1878).

DUFFY, Eamon: *Saints and Sinners. A History of the Popes*. (Yale University Press. London, 1997).

DOMINGO, Victoriano: *Y dijo el ángel: "No habrá más tiempo". Los vaticinios de San Malaquías*. (Edi. Marte. Barcelona, 1972).

DUCHESNE, L.: *Les premiers temps de l'état pontifical*. (Fontemoing & Comp. Paris, 1911).

ENCICLOPEDIAS: Larousse, Britannica, Salvat, Espasa, Dizionario Enciclopedico Sansoni, Dizionario Enciclopedico italiano, Dic. Oxford, Enciclopedia Cattolica, Enciclopedia Europea, Dictionnaire Historique de la papauté.

FABRY, François: *Les origines du judaïsme et du Christianisme*. (René Debresse. Paris, 1933).

FALCONI, Carlo: *Storia dei papi e del Papato*. (CEI. Roma–Milano, 1968).

– *I Papi del ventesimo secolo*. (Feltrinelli. Milano, 1967).

– *Il silenzio de Pio XII*. (Italia).

- FALLANI, Giovanni y Mario ESCOBAR: *Vaticano*. (Luis Miracle. Barcelona, 1949).
- FERRARA, Orestes: *Le pape Borgia (Alexandre VI)*. Traduit par Francis de Miomandre. (Honoré Champion. Paris, 1939).
- FERRER BENIMELI, José A. e MOIA, Aldo A.: *La masoneria oggi*. (Bastogi, 1991).
- FRANCESCHI, Gustavo J.: *El pontificado Romano*. (Difusión. Buenos Aires, 1944).
- FRATTINI, Eric: *La Santa Alianza. Historia del espionaje vaticano. De Pío VI a Benedicto XVI*. (Espasa Calpe; 5ª Ed. Madrid, 2005).
- FRIEDLANDER, Saul: *Pie XII y le III Reich. Documents*. (Édi. du Seuil. Cher, France, 1964).
- GILL, Joseph: *Eugenio IV, papa de la unión de los cristianos*. (Espasa. Madrid, 1967).
- HALPHEN, Louis: *Études sur L'Administration de Rome au Moyen Âge (751–1252)*. (Honoré Champion. Paris, 1907).
- HANSON, Neil: *The confiden hope of a miracle: The real history of the Spanis Armada*. (Doubleday; London, 2003).
- HARNACK, Adolf von: *Marcion. L'évangile du Dieu étranger*. (Cerf. Paris, 2005).
- HAYWARD, Fernand: *Histoire des papes*. (Payot. Paris, 1942).
- Le dernier siècle de la Rome pontificale*. (Payot. Paris, 1928).
- HEULHARD, Arthur: *Tu es Petrus. L'histoire et la légende*. (Tallandier. Paris, 1904).
- HUDSON, Henry: *Papal Power. Its origins and Development*. (Evangelical Press. England, 1981).
- HUTCHINSON, Robert: *Their Kingdom come. Inside the secret world of Opus Dei*. (St. Martin's Press. New York, 1997).
- IDE, Arthur F.: *Unzipped, the Popes bare all. A frank study of sex & Corruption in the Vatican*. (American Atheist Press; Tejas, 1987).
- IGARTUA, Juan Manuel: *¿Quién escribió la "Profecía de San Malaquías"?* (Acerbo. Barcelona, 1978).
- JOHNSON, Humphrey: *The Papacy and the Kingdom of Italy*. (Sheed and Ward. London, 1926).
- KELLY, J. N. D. *The Oxford Dictionary of popes*. (Oxford University Press. Great Britain, 1988).
- KNOWLES, David: *El monacato cristiano*. (Biblioteca del hombre actual; Madrid, 1969).
- KÜHNER, Hans: *Dictionnaire des papes. De saint Pierre á Jean XXIII*. (Buchen-Chastel. Paris, 1958).
- LACHATRE, Maurice: *Histoire des papes*. 3 Vol. (Librairie du Progrés. Paris).
- LANFREY, P.: *Historia política de los papas*. (Biblioteca científico literaria. Madrid).
- LECCISOTTI, Tommaso: *Montecassino*. (Badia di Montecassino, Italia, 1971).
- LEITD, Herbert: *La perfección sexual en el matrimonio*. (Editorial Jasón, Madrid).
- LENZMAN, I.– *Los orígenes del cristianismo*. (Grijalbo. México, 1965).
- LESOURD, Paul: *Entre Rome et Moscou. Le jésuite clandestin, Mgr Michel d'Herbigny*. (P. Lethielleux, Paris, 1976).
- LIERDE, P. C. Van: *Derrière les portes Vaticanes*. (Mame. Paris, 1957).

- LIVINGSTONE, E. A.: *The concise Oxford Dictionary of the Christian Church*. (Oxford University Press. Great Britain, 1990).
- LOOMIS, Louise Rope: *The Book of the Popes: Liber Pontificalis*. (Columbia University Press. Norwood, 1916).
- LOYOLA, Ignacio: *Obras completas*. Transcripción, introducción y notas del P. Ignacio Iparraguirre, S. I. (Bib. De Aut. Cristianos; Madrid, 1952).
- MAALOUF, Amin: *Las cruzadas vistas por los árabes*. (Del Prado. Madrid, 1994).
- MACKEY, Albert G. *Encyclopedia of Freemasonry*. (Philadelphia, 1917).
- MACHUCA DÍEZ, Anastasio: *Los sacrosantos ecuménicos concilios de Trento y Vaticano en latín y castellano*. (Madrid, 1903).
- MARTIN, Malachi: *The Jesuits. The society of Jesus and the betrayal of the Roman Catholic Church*. (Simon & Schuster; New York, 1988).
- MARTÍNEZ DÍEZ, Gonzalo: *Bulario de la Inquisición española hasta la muerte de Fernando el Católico*. (Edi. Complutense. Madrid, 1997).
- MARTIRE, Egilberto: *Santi e Birboni. Luci e ombre nella Storia dei Giubilei*. (A. Barion Editore. Milano, 1950).
- MATHIEU-ROSAY, Jean: *La véritable histoire des papes. Du royaume des cieux aux royaumes terrestres*. (Grancher. Paris. 1991).
- MATILLO, Rossend Domenech: *Marcinkus. Las claves secretas de las finanzas del Vaticano*. (Ediciones B; 1987).
- MÉTIVIER, Henri: *Précis historique de la formation des États du Saint-Siège*. (La Flèche. 1800).
- MIQUEL, Pierre: *Les guerres de religion*. (France Loisirs. Paris, 1980).
- MITRE, Emilio: *Judaísmo y Cristianismo. Raíces de un gran conflicto histórico*. (Mitre. Madrid, 1980).
- MOLINER, José María: *Historia de la espiritualidad*. (Edi. El Monte Carmelo; Burgos, 1972).
- MOLINOS, Miguel de: *Guía espiritual*. (Alianza Ed.; Madrid, 1989).
- MOURRET, Fernand: *L'Église et le Monde Barbare*. (Bloud & Gay. Paris, 1921).
- NEUVECELLE, Jean: *Iglesia, capital Vaticano*. (Edhasa. Barcelona, 1957).
- NICHOLS, Peter: *The pope's divisions*. (Penguin Books. Great Britain, 1982).
- OLIN, John C.: *The catholic Reformation: Savonarola to Ignatius Loyola. Reform in the Church, 1495-1540. Documents illustrative of the main facets of a vital movement*. (Harper & Row. New York, 1969).
- OSTROGORSKY, George: *History of the Byzantine State*. (Basil Balckwel. Oxford, 1980. Título original alemán: *Geschichte des Byzantinischen Staates*).
- PALLENBERG, Corrado: *Le finanze del Vaticano*. (Palazzi editore. Milano, 1969).
– *The Vatican from Within*. (George G. Harrap. London, 1961).
- PARIS, Edmond: *Le Vatican contre l'Europe*. (Fischbacher. Paris, 1959).
- PASTOR, Ludovico. *Historia de los papas*. (Varios tomos).
- PÉREZ SANTOS, Francisco: *Diccionario portátil de los concilios*. 2 tomos. (3ª impresión. Madrid, 1782).

- PIAZZESI, Gianfranco y BONSANTI, Sandra: *La historia del banquero Roberto Calvi. De la presidencia del Ambrosiano al puente de Blackfriars*. (Planeta, 1984).
- PICHON, Charles: *Le Vatican*. (Artheme Fayard. Paris).
- PINGLÉ, Jacques: *L'Inquisition ou la dictature de la foi*. (Perrin. Paris, 1982).
- PORTIGLIOTTI, Giuseppe: *I Borgia*. (Garzanti. Italia, 1940).
- RAMOS–OLIVEIRA, Antonio: *Los papas y los emperadores*. (Oasis. México, 1973).
 –*Los orígenes del Cristianismo y de la Iglesia*. (Oasis. México, 1972).
- RENDINA, Claudio: *I papi. Storia e segreti*. (Newton compton editori. Roma, 1984).
- RIBADENEYRA, Pedro de: *Historias de la Contrarreforma*. (Bib. De Aut. Cristianos; Madrid, 1945).
- RICHÉ, Pierre: *Gerbert D'Aurillac. Le pape de l'an mil*. (Fayard. Cher, France, 1987).
- RODRIGUEZ-SOLÍS, Enrique: *La santidad del pontificado. Crónica general de los romanos pontífices. Sus crímenes, vicios. Apostasías y virtudes*. (Museo Universal. Madrid, 1986).
- ROSA, Peter de la: *Vicarios de Cristo. La cara oculta del Papado*. (Martínez Roca. Barcelona, 1989).
- SALDAÑA, Quintiliano: *Siete ensayos sobre sociología sexual*. (Editorial Mundo Latino. Madrid, 1929).
- SAUNIER, Eric, directeur: *Encyclopédie de la Franc-Maçonnerie*. (Le livre de poche, 2000).
- SCHUSTER, Ildefonse: *Saint Benoît et son temps*. (Robert Laffont, Paris, 1950).
- SEUMOIS, André V.: *Introduction à la missiologie*. (Administration der Neuen Zeitschrift für Missionswissenschaft. Suiza, 1952).
- SIMONNOT, Philippe: *Les papes, l'Église et l'argent*. (Bayard, Paris, 2005).
- SISTI, Leo y MODOLO, Gianfranco: *Il banco paga. Roberto Calvi e l'avventura dell'Ambrosiano*. (A. Mondadori; Milano 1982).
- SOSA WAGNER, Francisco: *Pío IX, el último soberano*. (Yalde, Zaragoza, 2000).
- SPIVAIN, Charles: *Histoire de Pie IX le Grand et de son pontificat*. Trois vol. (Desclée de Brouwer. Lille, 1878).
- TARDINI, Domenico: *Pio XII*. (Tipografia poliglotta Vaticana, 1960).
- VANEIGEM, Raoul: *La résistance au christianisme. Les hérésies des origines au XVIII siècle*. (Fayard. France, 1993).
- VOIVENEL, Paul: *La castidad perversa*. (Editorial Jasón, Madrid).
- VORAGINE, Jacques: *La légende dorée*. Traducción J. –B. M. Roze. (Garnier–Flammarion. Paris, 1967).
- WHITE, A. D.: *Historia de la lucha entre la ciencia y la teología judeocatólica*. Traducido por José de Caso. (La España Moderna. Madrid).
- WILLIAMS, George L.: *Papal Genealogy*. (McFarland & Company. North Carolina, USA, 1998).
- XAVIER, Adro: *El papa de Peñíscola. Un siglo de Europa*. (Edi. Petronio. Barcelona, 1975).
- ZABOROV, Mijail: *Historia de las cruzadas*. (Sarpe. Madrid, 1985).

LIBROS DE INTERÉS

- AARNS, Mark & LORTUS, John: *Ratlines: The Vatican's Connection*. (Arrow; New York, 1991).
- *Unholy Trinity. The Vatican, the Nazis and the Swiss Banks*. (Griffin; New York, 1998).
- Academia de Ciencias Sociales de la URSS: *El ateísmo científico*. (Júcar. Madrid, 1983).
- ALDRED, Cyril: *The Egyptians*. (Thames and Hudson. London, 1962).
- ÁLVAREZ, David: *Spies in the Vatican. Espionage and Intrigue from Napoleon to the Holocaust*. (Univ. Pres of Kansas; Kansas, 2002).
- AMBELAIN, Robert: *El hombre que creó a Jesucristo. La vida secreta de S. Pablo*. (Edi. Martínez Roca; Barcelona, 1987).
- *Los secretos del Gólgota*.
- ANTA DIOP, Cheikh: *The African Origin of Civilization. Myth or Reality*. (Lawrence Hill and company. U.S.A., 1974).
- ANTA RODRIGUEZ, Ambrosio: *Justicia. Los errores religiosos*. (Gráfica literaria. Madrid, 1931).
- AUGSTEIN, Rudolf: *Jesus son of man*. (Urizen Books. New York City).
- Autores, varios: *La moral sin dios. Ensayo de solución colectiva*. (Edi. Góngora. Madrid).
- BAIGENT, Michael, Richard LEIGH y Henry LINCOL: *El enigma sagrado*.
- *El legado mesiánico*.
- BAUER, Bruno: – *Kritik der evangelischen Geschichte des Johannes*.
- *Kritik der evangelischen Geschichte und der Synoptiker*.
- *Kritik der Evangelien und ihres Ursprungs*.
- *Kritik der paulinischen Briefe*.
- *Christus und die Cäsaren*.
- BAUER, Eddy: *Espías. Enciclopedia del Espionaje*. (8 Vol.). (Idées & Éditions; Paris, 1971).
- BAUMGARTNER, Frederic J.: *Behind Locked Doors: A History of the Papal Elections*. (Palgrave Macmillan; New York, 2003).
- BAYARD, Jean-Pierre: *Histoire des Légendes*. (que sais-je?; Paris, 1961).
- BEATI Y MOGLIA, Enrique: *Cartago mística. Ietzús Krishena, origen de la idolatría Iesus-Christológica del catolicismo ortodoxo, papista y protestante*. (Madrid, 2006).
- BERGH VAN EYSINGA, G. A. Van: – *Die Holländische Kritik des Neuen Testaments. Ihre Geschichte und Bedeutung für die Erkenntnis der Entstehung des Christentums*.
- *Radical Views about the New Testament*.
- *Voorchristelijk Christendom. De voorbereiding van het Evangelie in de Hellenistische Wereld*.

- BERGUA, Juan: *Historia de las religiones*. (Var. Tom. Clásicos Bergua; Madrid, 1964).
- BEYNON, Frederick L.: *El hombre esclavo de dios*.
- BLANQUART, Henri: *Les mystères de la nativité Chrístique*. (Laffont. Paris, 1973).
- BLASCHKE, J., IBÁÑEZ, J. M., PALAO PONS, P.: *La caída del Imperio Vaticano*. (Robin Book; Barcelona, 1992).
- BLET, Pierre: *Pius XII and the Second War World*. (Paulist Press; New Jersey, 1997).
- BOEHTINGK, Arthur: *Zur Aufhellung der Christusmythologie*.
- BOMINGHAUS, Ernest: *La religion des Germains*.
- BORGHINI, Álvaro: *Jesús de Nazaret: el hombre hecho Dios. Estudio filológico de los Evangelios y primeros escritos cristianos*. (Siglo XXI; Madrid, 2002).
- BOSSI, Emilio: (Ver MILESBO).
- BOSSY, John: *Giordano Bruno y el caso de la embajada*. (Anaya & Mario Muchnik; Barcelona, 1994)
- BOUYSSONIE, Amedée: *La religion des temps préhistoriques*.
- BRANDÉS, Jorge: *Jesús es un Mito*.
- BUDGE, E. A. Wallis: *Egyptian magic*. (Wings Books. USA, 1991).
- BURCKHARDT, Jacob: *Reflexiones sobre Historia Universal*. (Fondo de cultura económica. México, 1961).
- *Del paganismo al cristianismo. La época de Constantino el Grande*. (F. de C. E. His., México, 1982).
- BURNOUF, Emile: *La science des religions*.
- BUYSSE, Paul: *Jésus devant la Critique*.
- BYING, Edward J.: *El mundo de los Árabes*. (Espasa-Calpe. Madrid, 1956).
- CALLAHAN, William J.: *La iglesia católica en España*. (Crítica, Barcelona, 2002).
- CAMACHO, Santiago: *Biografía no autorizada del Vaticano*. (Ediciones Martínez Roca, 2005; Madrid).
- CANTÚ, César: *Historia Universal*.
- CARNOY, Albert: *La religion des Perses*.
- CASTRO ZAFRA, Antonio: *Los Círculos del Poder. Apparát Vaticano*. (Edi. Popular. Madrid, 1987).
- *Así fui Papa. Pío II*.
- CAVANNA: *dieu, mozart, le pen et les autres...* (Presses de la cité; Paris, 1992).
- CAVOLI, Alfio: *La Papessa Olimpia*. (Edit. Scipioni; Milán, 1992).
- CELSE: *Contre les chrétiens*. (J. J. Pauvert, editeur. Utrecht, 1965).
- CENTRE ROGER IKOR: *Les Sectes. État d'urgence*. (Albin Michel; Paris, 1995).
- CICERÓN, Marco Tulio: *Sobre la naturaleza de los dioses*. (Albor; Madrid, 1999).
- COMPTON, Piers: *The Broken Cross: the Hidden Hand in the Vatican*. (N. Spearman; New York, 1995).
- CONDAMIN, Albert: *La religion des Babyloniens et des Assyriens*.
- CONYBEARE, Fred. Cornwallis: *Myth, Magic, and Morals*. (Watts and. Co. London, 1910).
- CORNEVIN, Robert: *Histoire de l'Afrique. Tome I: Des origines au XVI siècle*. (Payot. Paris, 1967).
- CRÉPON, Pierre: *Les Religions et la Guerre*. (Albin Michel Edi. Paris, 1991).
- CRIVELLI, Camile: *La religion des anciens Mexicains*.

- CHATRE, Maurice de La: *Historia de los Papas y Reyes. Homicidios, Envenenamientos, Parricidios, Adulterios, Incestos de los Pontífices Romanos*. (Juan Pons, Editor; Barcelona, 1869. Título original: *L'Histoire des papes*).
- CHIOVARO, Francesco et BESSIÈRE, Gérard: *Urbi et Orbi: Les papes dans l'Histoire*. (Gallimard, Paris, 1995).
- DAHIMANN: *La religión de Japón*.
- DAVY, Marie-Madeleine: *Encyclopédie des Mystiques*. (4 Vol. Seghers. París, 1977).
- DAWKINS, Richard: *El espejismo de dios*. (Título original: *The God Delusion*). (Espasa; Madrid, 2007).
- DE DYVE, Christian: *Poussière de vie. Une histoire du vivant*. (Fayard; Paris, 1996).
- DE GUBERNATIS, Angelo: *Mitologia*. (Manuali Hoepli. Milano 1880).
- DEL COLLE, Beppe: *Olga y Gorbachov. Mil años de Cristianismo en Rusia*. (Edi. Paulinas; Madrid, 1989).
- DEL MEDICO, H. E.: *La Bible Cananéenne. Découverte dans les textes de Ras Shamra*. (Payot, Paris, 1950).
- DESCHNER, Karlheinz: *Historia criminal del Cristianismo*. (Var. Tomos. Edi. Martínez Roca; Barcelona, 1990...).
- *Opus Diaboli. Catorce ensayos irreconciliables sobre el trabajo en la viña del Señor*. (Edit. Yalde; Zaragoza, 1990).
 - *La política de los papas en el siglo XX*. (2 Vol. Edit. Yalde; Zaragoza, 1994).
 - *La historia sexual del cristianismo*. (Edit. Yalde; Zaragoza).
- DESCHNER, Karlheinz y Anselmo SANJUAN: *En qué creo yo*. (Edit. Yalde, Zaragoza, 1992).
- DESCHNER, Karlheinz y Jorst Herrmann: *El anticatolicismo. Doscientas razones en contra de la Iglesia y a favor del mundo*. (Yalde; Zaragoza, 1996).
- D'HOLBACH, Paul Thyry: *Le Christianisme dévoilé, ou examen des principes et des effets de la Religion Chretienne*.
- *La contagion sacrée ou histoire naturelle de la superstition*.
 - *Histoire critique de Jésus-Christ, ou analyse raisonnée des évangiles*.
- DI GIOVACCHINO, Rita: *Scoop mortale: Mino Pecorelli, storia di un giornalista kamikaze*. (T. Pironti Edi.; Náples, 1994).
- DIDEROT, Denis: *Le neveu de Rameau*. Édition critique avec notes et lexique par Jean Fabre, Professeur à la Sorbonne. (Librairie Droz; Genève, 1963).
- DOM JACOBUS: *Esa Iglesia que tú no sabes. Esa Iglesia que te ocultan*. (Madrid, 2006).
- DOELLINGER, Ignacio de: *El pontificado. Cómo, cuándo, dónde y quiénes crearon el papado católico*. (Trad. Del alemán por Demetrio Zorrilla. Madrid, 2005).
- DRAPER, Juan G.: *Conflictos entre la religión y la ciencia*. (Sempere. Valencia).
- DREWS, Arthur: *El mito de Jesús. Análisis de las pruebas aducidas para demostrar la existencia de Jesús*. (Madrid, 2005).
- *Die Petruslegende*.
 - *Das Markusevangelium als Zeugnis gegen die Geschichtlichkeit Jesu*.
 - *Der Sternhimmel in der Dichtung und Religion der alten Völker und des Christentums. Eine Einführung in die Astralmythologie*.
 - *Die Entstehung des Christentums aus dem Gnostizismus*.
 - *Die Zeugung der Geschichtlichkeit Jesu in Vergangenheit und Gegenwart*.
- DUPUIS: *Origine de tous les cultes*.

– *Abrégé de l'Origine de tous les cultes.*

DURKHEIM, Émile: *Les formes élémentaires de la vie religieuse. Le système totémique en Australie.* (Presses Universitaires de France; Paris, 1979).

EMBREE, Ainslie T. y Wilhelm FRIEDRICH: *India. Historia del subcontinente desde las culturas del Indo hasta el comienzo del dominio inglés.* (Siglo XXI. Madrid, 1974).

EVSING, Emmanuel: *La gran impostura.*

EYMERIC, Nicolau: *Manual de los Inquisidores.* (Edi. Fontamara; Barcelona, 1974).

FAURE, Sébatien: *Doce pruebas que demuestran la no existencia de Dios.* (Edi. La Máscara. Madrid, 1999).

F. I. de V.: *Historia política del pontificado romano.*

FERNÁNDEZ ALDABALDE, Ramón: *Fetichismo y Religión.* (Edit. Zero; Bilbao, 1975).

FOLLAIN, John: *City of Secrets. The Truth behind the Murders at the Vatican:* (Harper Collins; New York, 2003).

FRANCE, Anatole: *Le jardin d'Épicure.* (Calmann-Lévy. Paris, 1921).

FREIXEDO, Salvador: *El cristianismo, un mito más.* (Quintá, Madrid, 1986).

FRIEDMAN, Richard Elliot: *¿Quién escribió la Biblia?* (Ed. Martínez Roca, 1988).

GALBRAITH, John Kenneth: *La anatomía del poder.* (P. y J.; Barcelona, 1984).

GANEVAL: *Jésus dans l'histoire n'a jamais vécu.*

GARRIDO, Fernando: *¡Pobres Jesuitas! Origen, doctrinas, máximas, privilegios y vicisitudes de la Compañía de Jesús desde su fundación hasta nuestros días. Seguida de la Monita secreta o instrucciones ocultas de los Jesuitas, por primera vez publicadas en castellano.* (2ª Ed. Madrid, 1881).

GHYKA, Matila: *Philosophie et mystique du nombre.* (Payot, Paris, 1952).

GIRARD, Rene: *La violence et le sacré.* (Grasset; Paris, 1972).

GODARD, André: *Les règnes de dieu. Le Messianisme.* (Perrin. Paris, 1930).

GOGUEL, Maurice: *Jésus de Nazareth, mythe ou histoire.*

GONZÁLEZ, Amado: *Las grandes riquezas de los Jesuitas en la Historia y en la actualidad.* (Impr. Aldecoa; Burgos, 1933).

GONZÁLEZ-BLANCO, Edmundo: *Los Evangelios Apócrifos.* (3 Vol. Ed. Bergua).

GOUCHOUD, P.-L.: *Le mystère de Jésus.*

GRAND-CARTERET, John: *Contre Rome. La bataille anticléricale en Europe.* (Louis Michaud. Paris).

GRAND MAISON, Léonce: *Jésus dans l'histoire et dans le mystère.*

GRAND MAISON, Léonce et Joseph HUBY: *La religion catholique au XX siècle.*

GRAU, José: *Catolicismo Romano. Orígenes y desarrollo.* (2ª ed. actualizada de Concilios).

GRIMBERG, Carl: *El Alba de la Civilización.* (Daimon. Barcelona, 1980).

GRINGOIRE, Pedro: *Los Rollos de Qumran. (Mar Muerto).* (Edamex, México, 1984).

GUARINI, Mario: *I mercanti del Vaticano. Affari e scandali: l'industria della anime.* (Kaos Ediz.; Milán 1998).

HARNACK, Adolf von: *Marcion. L'évangile du dieu étranger. Contribution à l'histoire de la fondation de l'Église catholique.* (Traduit par Bernard Lauret. Edit. Cerf. Paris, 2005)

- HASLER, August Bernhard: *Cómo llegó el Papa a ser infalible. Fuerza y debilidad de un dogma.* (Planeta. Barcelona, 1980).
- HAVET, E.: *Le Christianisme et ses origines.*
- HERTLEIN, Eduard: *Was wissen wir von Jesus? Ein Beitrag zur Orientierung in der Frage der Geschichtlichkeit Jesu, nach einem Vortrag.*
- HIMES, Norman E.: *Il controllo delle nascite dalle origini ad oggi.* (Sugar Editore; Varese, 1965).
- HOCHART: *Études d'histoire religieuse.*
- HOURAINI, Albert: *Historia de los Pueblos Árabes.* (Ariel. Barcelona, 1992).
- HUBY, Joseph: *La religion des Grecs.*
– *Christus* (dans Manuel d'Histoire des religions. Paris, 1934).
- HUDSON, Henry T.: *Papal Power.* (Evangelical Press; U.S.A., 1981).
- IBARRETA, Rogelio H.: *La Religión al alcance de todos.* (Prod. Edi.; Barcelona, 1980).
- JELINEK, J.: *La Grande Enciclopedia Illustrata dell'Uomo Preistorico.* (Fratelli Melita Editori. Praga, 1988).
- JENSEN, P.: *Das gilgameschepos in der Weltliteratur.*
– *Moses, Jesus, Paulus. Drei Sagenvarianten des babylonische Gottemenschen Gilgamesch.*
– *Hat der Jesus der Evangelien wirklich gelebt?*
- JERPHAGNON, Lucien: *Julien dit l'Apostat.* (Seuil. Paris, 1986).
- JOHNSON, Edwin: *Antique Mater. A Study of Christian Origins.*
- JUGNON, Ouvrage collectif sous la direction D'Alain: *Pourquoi nous ne sommes pas chrétiens.* (Max Milo Éditions; Paris, 2009).
- KALTHOFF, Albert: *Das Christusproblem, Grundlinien zu einer Sozial-Theologie.*
– *Die Entstehung des Christentums, neue Beiträge zum C.*
– *Was wissen wir von Jesus? Eine Abrechnung mit Prof. Bousset.*
- KAUTSKY, Karl: *Orígenes y fundamentos del Cristianismo.* (Edi. Nacional. Chile, 1972).
- KEE, Alistair: *Constantino contra Cristo. El origen de la alianza entre la Iglesia y el poder político.*
- KI-ZERBO, Joseph: *Historia del África Negra. 1. De los orígenes al siglo XIX.* (Alianza Editorial. Madrid, 1980).
- KRAEMER & SPRENGER: *El martillo de las brujas.* (Ed. Felmar. Madrid, 1976).
- KREGLINGER, Ricardo: *La evolución religiosa de la humanidad.* (Edi. Biblos. Madrid, 1927).
- KRIECK, Ernst: *Die neueste Orthodoxie und das Christusproblem.*
- KRYVELEV, A.: *Historia atea de la Religiones.* (2 Vol. Bibl. Júcar; Madrid, 1982).
- LANFREY, P.: *Historia política de los papas.* (Li. Victoriano Suárez. Madrid).
- LANGANEY, André, Jean CLOTTE, Jean GUILAINE et Dominique SIMONNET: *La plus belle histoire de l'homme. Comment la terre devint humaine.* (Seuil; Paris, 1998).
- LAROUSSE, Pierre: *Gran Diccionario universal del siglo XIX.* (Obra incluida en el índice de libros prohibidos por los reyes del Imperio Vaticano).
- LAVRETSKII, I.– *Vatikan.*
- LAZARE, Bernard: *L'Antisémitisme, son histoire et ses causes.* (L. Chailley, Paris, 1894).

- LA BON, Gustave: *Bases scientifiques d'une Philosophie de l'Histoire*. (Flammarion; Paris, 1931).
- LE GOFF, Jacques: *Un autre Moyen Âge*. (Gallimard; Rance, 1999).
- LE ROY, Alexandre: *Les populations de culture inferieure*.
- LEGGÉ, Francis: *Forerunners and Rivals of Christianity*.
- LENZMAN, I.: *Los orígenes del cristianismo*. (Grijalbo. México, 1965).
- LOISY, Alfredo: *El Evangelio y la Iglesia*. Traducido, con autorización del autor, por Alberto Giménez Fraud. (Librería de Francisco Beltrán. Madrid, comienzos del siglo XX).
- LOMAS, F. J. y Federico DEVIS: *De Constantino a Carlomagno. Disidentes Heterodoxos Marginados*. (Univ. de Cádiz. Cádiz, 1992).
- LUBLINSKI, Samuel: *Die Entstehung des Christentums aus der antiken Kultur*. – *Das werdende Dogma vom Leben Jesu*.
- LLORENTE, Juan Antonio: *Portrait politique des Papes considérés comme princes temporels et comme chefs de l'Église depuis l'établissement du saint-siège à Rome jusque en 1882*.
- LLORENTE, Juan Antonio: *Historia Crítica de la Inquisición de España*. (José Montaner; Barcelona, 1868).
- MAC NEILL, Jhon: *La religion des Celtes*.
- MALVERT: *Ciencia y religión*. (Madrid, 1896).
- MALLON, Alexis: *La religion des Egíptiens*.
- MANEN, Van: *Die Unechtheit des Römerbriefes*.
- MARTIN, Michael: *Alegato contra el cristianismo*. (Laetoli, Navarra, 2007).
- MARTIN, Walter: *The Kingdom of the Cults*. (Bethany House Publishers; Minnesota, 1985).
- MARTINELLI, Cyril: *La religion des Romains*.
- MASSÉ, Daniel: *L'énigme de Jésus-Christ*. (Edit. Du Sphinx. Paris, 1930).
- MATHIEU-ROSAY, Jean: *La Véritable histoire des papes. Du royaume des cieus aux royaumes terrestres*. (J. Grancher. Paris, 1991).
- MEMMI, Albert: *Dictionnaire critique a l'usage des Incrédules*. (Éditions du Félin; Paris, 2002).
- MENCKEN, Henry Louis: *On Religion*. (Prometheus Books, 2002, U.S.A.). – *Prejudices. A slection* (Selected and with an introduction by James. T. Farrell. (The Johns Hopkins University Press, 1996; Baltimore, U.S.A.).
- METANOIA, Éditions: *L'Évangile selon Thomas. Traduction, Présentation et Commentaires de Philippe Suarez*. (Dijon-Quetigny, 1975)
- MILESBO. (Emilio BOSSI): *Gesù Cristo non è mai esistito*. (Jesucristo nunca existió).
- MINOIS, Georges: *Historia de los infernos*. (Paidós; Barcelona 1991).
- MONTANELLI, Indro: *Historia de los Griegos. Historia de Roma*. (Plaza y Janés. Barcelona, 1976).
- MOUSNIER, Roland: *The assassination of Henry IV; the tyranicide problem and the consolidation of the french absolute monarchy in the early Seventeenth century*. (Scribner publisher; New York; 1973).
- MUKITANOV, N. K.: *Ot Strabona da Nachis Dnei*. (Misl. ed. Moskvá, 1985).
- NEMOJEWSKI, Andrei: *Bog Jezus*.
- NIKEL, Johanes: *La religion d'Israel*.

- NIN Y SILVA, Celedonio: *Introducción al estudio de las Religiones*. (Edi. Claridad. Buenos Aires, 1946).
- NOËL, J. F. M.: *Diccionario de Mitología Universal*. (2 V. Edicomunicaciones. Barcelona, 1991).
- NEWBERG, Andrew; D'AQUILI, Eugene and RAUSE, Vince: *Why God Won't go away. Brain Science and the Biology of Belief*. (Ballantine Books. New York, 2001).
- ODIFREDDI, Piergiorgio: *Il Vangelo secondo la scienza. La religione alla prova del nove. Con una nuova prefazione dell'autore*. (Einaudi; Torino, 1999).
– *Perché non possiamo essere cristiani. (E meno che mai cattolici)*. (Longanesi; Milano, 2008).
- ORBANEJA, Fernando de: *Lo que oculta la iglesia*. (Espasa. Madrid, 2004).
- PALENBERG, Corrado: *Le Finanze del Vaticano*.
- PARIS, Edmund: *The Vatican versus Europe*. (The Wickliffle Press; Nueva Zelanda, 1989).
- PAYRAT, A.: *Histoire élémentaire et critique de Jésus*.
- PIGAULT-LEBRUN, Charles A.: *El libro negro del Vaticano: La Biblia*. (Tántalo Ed. Madrid, 1988).
- POLLARD, John F.: *Vatican & Italian Fascism*. (Cambridge Uni. Press; Cambridge, 1985).
- POUSSINS, Vallée: *Boudisme et religions de l'Inde*.
- POWER, Edmond: *L'Islande*.
- PRIETO ARCINIEGA, A. M.: *La historia como arma de la reacción*. (Akal editor. Barcelona, 1976).
- PROMUS: *Die Entstehung des Christentums*.
- PUENTE OJEA, Gonzalo: *Fe cristiana, Iglesia, poder*.
- PAZY MÉLIA, A.: *Papeles de la Inquisición. Catálogos y extractos*. (Patronato del Archivo Histórico Nacional. Madrid, 1947)
- RASCHKE, Hermann: *Die Werkstatt des Markusevangelisten. Eine neue Evangelientheorie*.
- RAW, Charles: *The moneychangers. How the Vatican Bank enabled Roberto Calvi to steal \$250 million for the heads of the P2 Masoni Lodge*. (Vintage-Ebury; Londres, 1992).
- REEVES, Hubert, Joël DE ROSNAY, et Dominique SIMONNET: *La plus belle histoire du monde. Les secrets de nos origines*. (Seuil; Paris, 1996).
- REICHEN, Charles-Albert: *Historia de la Astronomía*. (Edi. Continente, S. A. Madrid, 1965).
- REINACH, Salomon: *Orfeo. Historia general de las religiones*. (Ismo. Madrid, 1985).
- RICHARD, Jean: *Le royaume latin de Jérusalem*. (P. Univ. de France; Paris, 1953).
- ROBERTSON, John M.: *Breve Historia de la Cristiandad*. (L. Bergua; Madrid, 1936).
– *Christianity and Mythology*.
– *Pagan Christs, studies in comparative herology*.
– *Evangelienmythen*.
– *The Historical Jesus. A survey of positions*.
– *The Jesus problem. A restatement of the Myth theory*.
- RODRIGUEZ NAVARRO, Eloy: *Séneca. Religión sin mitos*. (Syntagma. Madrid, 1969).
- RODRIGUEZ-SOLIS, Enrique: *La santidad del Pontificado. Crónica General de los Romanos Pontífices, sus crímenes, vicios, apostasías y virtudes*. (Ed. El Museo Universal. Madrid, 1986).

- ROUSSELOT, Pierre, Joseph HUBY y otros: *La religion chretienne*.
- RUSSELL, Bertrand: *Pourquoi je ne suis pas chrétien?* (J. J. Pauvert. Utrecht, 1966).
– *Sobre dios y la religión*. (Alcor, Barcelona, 1992).
- SADLER, Gilbert T.: *Has Jesus Chris lived on earth?*
– *The inner meaning of the four gospels*.
– *Behind the New Testament*.
- SALDAÑA, Quintiliano: *Siete ensayos sobre sociología sexual*. (Mundo Latino. 2ª Edi. Madrid, 1929).
- SCOTT, George Ryley: *A History of torture*. (Studio Editions, Ltd, 1995. England).
- SÉPULCRE, Jean: *La force, principe de la morale*. (Payot, Paris, 1936).
- SHOTWELL, James T.: *Historia de la Historia en el mundo antiguo*. (F. de Cul. Económica. Madrid, 1982).
- SIMONNOT, Philippe: *Les papes, l'Église et l'argent*. (Bayard, 2005).
- SMITH, William Benj: *Der vorchristliche Jesus*.
– *Ecce Deus. Die urchristliche Lehre des reingöttlichen Jesus*.
- SOLER, Jean: *La violence monothéiste*. (Editions de Fallois. Paris, 2008).
- SOSA WAGNER, Francisco: *Pío IX. El último soberano*. (Edit. Yalde, Zaragoza, 2000).
- SOUBIRAN, André y Jean KEARNEY: *El diario de la medicina*. (Caralt, editor. Barcelona, 1963).
- SOUTHWORTH, Herbert R.: *El mito de la cruzada de Franco*. (Plaza y Janés; Barcelona, 1986).
- STAHL, Robert: *Le Document 70*.
- STEUDEL, Friedr.: *Wir Gleheter vom Fach!*
– *Im Kampf um die Christusmythe*.
– *Das Chrstusproblem und die Zukunft des Protestantismus*.
- STOLDT, Hans–Herbert: *History and criticism of the Marcan Hypothesis*. (Mercer University Press. Georgia, 1980).
- STRAUS, David Friedr.: *Leben Jesu*.
- SUTHERLAND, Norman: *The Massacre of St. Bartholomew and the European Conflict, 1559–1572*. (Barnes & Noble; New York, 1996).
- TEMPRANO, Emilio: *El árbol de las pasiones. Deseo, pecado y vidas repetidas*. (Ariel; Barcelona, 1994).
- TERÁN FIERRO, Daniel: *Prisciliano. Mártir apócrifo*. (Edi. Breogán; Madrid, 1985).
- TOKAREV, S. A.: *Historia de las Religiones*. (Akal Bolsillo. Madrid, 1979).
- TORRES DE CASTILLA, Alfonso: *Historia de las persecuciones políticas y religiosas*.
- TRINH XUAN THUAN: *Le chaos et l'harmonie. La fabricati3n du Réel*. (Fayard; Poitiers, 1997).
- TURMEL, Joseph: *Histoire du dogme de la papauté*.
- VALLEJO, Fernando: *La Puta de Babilonia*. (Seix Barral, 2007; Barcelona).
- VANEIGEM, Raoul: *La Résistance au Christianisme. Les hérésies des origines au XVIII siècle*. (Fayard. France, 1993).
- VINSON, Julien: *Les religions actuelles. Leurs doctrines, leur évolution, leur histoire*. (Adrien Delahaye et Émile Lecrosnier. Paris, 1888).

- VOIVENEL, Paul: *La castidad perversa, Peligros, trastornos, crímenes y aberraciones de la castidad.* (Edit. Jasón; Madrid)
- VOLNEY: *Las ruinas de Palmira.*
- VOLTAIRE: *Diccionario filosófico.*
- VOLLERS, Karl: *Die Weltreligionen in ihrem geschichtliche Zusammenhange.*
- WHITE, E. G.: *El conflicto de los siglos durante la era cristiana.*
- WHITTAKER: *The Origins of Christianity, with an Outline of van Manens Analysis of the Pauline Literature.*
- WILKINSON, J. Gardner: *The Ancient Egyptians. Their life and customs.* (Bonanza. New York, 1988).
- WIPPER, R.: *Die Entstehung des Christentums.*
- WIGER, Léon: *La religion des chinois.*
- WILLIAMS, Paul L.: *The Vatican exposed. Money, murder and the Mafia.* (Prometheus Books; New York, 2003).
- WOODROW, Ralph: *Babilonia, misterio religioso.* (Evangelistic Association. California).
- YOUNG, Georges: *Constantinople depuis les origines jusqu'à nos jours.* (Payot. Paris, 1934).
- ZULUETA, Luis de: *La oración del incrédulo.* (Bib. Nueva. Madrid).
- ZEITLIN, Irving M.: *Jesus and the Judaism of His Time.* (Polity Press; Oxford, 1989).

EDICIÓN NO VENAL, COMPUESTA DE QUINCE EJEMPLARES DESTINADOS AL REGISTRO DEL
DÉPOSITO LEGAL, PRUEBAS DE DISEÑO Y CORRECCIONES DE AUTOR,
PUBLICADA EN PRIMAVERA DE 2010

